THE LIBRARY OF CONGRESS

THE LIBRARY OF CONGRESS

8

672
799

D. J. E. HARTZENBUSCH.

OBRAS ESCOGIDAS

DE

DON J. E. HARTZENBUSCH,

EDICION QUE CONTIENE

LAS CORRECCIONES HECHAS ULTIMAMENTE POR EL AUTOR.

PARIS.
BAUDRY, LIBRERÍA EUROPEA,
3, QUAI MALAQUAIS, AU PREMIER ÉTAGE,
CERCA DEL PUENTE DES ARTS.

1850

PQ6527
.A1
1850

DON JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

La vida del poeta, como la del artista, reside toda entera en las obras de su imaginacion. Ese principio de actividad que Dios puso en el alma de todos los hombres, mas ó menos fecundo, mas ó menos poderoso, busca en cada uno de ellos un punto de salida, un respiro, porque como es de la naturaleza del fuego, ni puede permanecer oculto, ni le es dado esquivar su destino. Él produce, no solo todas las acciones, mas tambien todos los conatos de acciones de la humanidad. Enérgico, impetuoso, superabundante en algunos, los impele á acometer grandes empresas materiales. Estos son los hombres de accion: de ellos, unos llevan á otras naciones las armas, la gloria y la civilizacion de la suya: tales son los guerreros y los conquistadores, Alejandro, César, Gonzalo de Córdoba, Hernan Cortés, Gustavo Adolfo y Napoleon. Otros, movidos de una sublime curiosidad, trasponen las montañas, surcan los mares y van á buscar en remotos climas aquel misterioso *mas allá*, aquel vago desconocido que siempre fué el constante anhelo de los grandes denuedos y de las grandes inteligencias: estos son los viajeros, los mareantes, los descubridores, Cristóbal Colon, Sebastian Cano, Lapeyrouse, los capitanes Cook y Ross. Otros en fin, en esta categoría de exuberantes actividades, consagran la suya á menos generosos fines ó porque les falta el freno de la moralidad, ó porque predomina absolutamente en sus almas el principio de la ambicion, principio noble y hermoso cuando le contrapesa el sentimiento de la justicia, principio mezquino en su origen y detestable en sus consecuencias, cuando campea solo é insolente en una cabeza necesariamente mal organizada. « La ambicion, dice Chateaubriand [1], es de todas las almas; domina á las pequeñas; las grandes la dominan. » Las grandes actividades en las almas pequeñas producen las disposiciones díscolas, descontentadizas, insubordinadas: estos son los conspiradores de oficio, los cabecillas, los intrigantes de alta ó de baja ralea, toda esa caterva de hombres nocivos, en fin, que son para las sociedades elementos perennes de disolucion.

A estas tres categorías pueden referirse todos los efectos de las actividades que me atreveré á llamar materiales ó de accion, para expresar que en ellas tiene una gran parte, sino la principal, la materia ó el

[1] Vida de Rancé.

cuerpo; pero hay otras actividades de tan noble y alta naturaleza, que como mas pura y directamente emanadas de la divinidad, residen solo en la inteligencia y nos aparecen como esencialmente espirituales, porque no vemos sus medios reales de accion y solo se nos descubren por sus maravillosos efectos. Cuando conquista el guerrero, cuando descubre el mareante, cuando subvierten el conspirador ó el rebelde el órden establecido, vemos y palpamos los medios que para ello emplean, las legiones, las espadas, la artillería y la sangre y las lágrimas que siguen la triunfadora marcha del primero; las naves, las agitaciones personales, los afanes sin fin que pone en juego el segundo; las perfidias, los crímenes, los desastres, inseparable y terrible secuela del conspirador y del rebelde. Estas hombres hacen grandes cosas, pero las hacen con grandes medios; siempre hay cierta proporcion, cierta correspondencia lógica y necesaria entre los medios empleados y los resultados obtenidos: la historia de estos resultados es la historia de aquellos medios; el genio, que no es mas que una de las formas de la actividad del alma, los pone en accion, pero ¿qué haria sin ellos? Nada.

No así el genio colocado en otras condiciones, ó sea la actividad del espíritu mas purificado, mas sutil, cual se encuentra en el artista y en el poeta. ¿Con qué, de qué crean ambos? ¿De donde saca el compositor músico, por ejemplo, esas celestiales melodías que nuestra mente se imagina emanadas de las coros angélicos? El poeta, ¿de donde saca esos personajes á quienes da vida y cuerpo, que conocemos, que amamos, que existen, en fin, como existimos nosotros? ¿De donde saca Homero aquellas grandes batallas que nos cuenta y que vemos presentes, con sus choques de veloces carros, con sus nubes de dardos, con sus furibundas lanzadas? Y Cervantes ¿cómo animó tan maravillosamente á los dos inmortales hijos de su entendimiento? La actividad de su alma les dió la vida, los puso en movimiento, pero los medios de que se valió para ello no están á nuestra vista, porque no son medios materiales; es menester deducirlos del contexto de la obra, pues no tenemos ningun otro dato, á menos de que los deduzcamos del estudio del hombre; pero ¿cómo hemos de estudiar á este, sino por sus obras, únicas manifestaciones de su vida que llegan al mundo exterior? El estudio de la obra hace conocer al hombre, porque este está todo entero en aquella, así como el estudio del hombre suele contribuir al mejor conocimiento de la obra. Esto, aplicable á todos los artistas en general, lo es muy particularmente á los poetas, y entiendo por poetas á todos los que escriben superiormente sobre las cosas de la fantasía y del corazon, así en prosa como en verso. Para mí, tan poeta seria Cervantes, aun cuando en su vida hubiese escrito un verso, como Homero y Virgilio, cuya prosa nos es desconocida: mas poeta es Fenelon en su *Telémaco*, Chateaubriand en sus *Mártires*, que Voltaire en su *Enriada* ó Iriarte en su poema de la *Música*. Para mí la poesía no está en la forma, sino en la esencia, no en el verso, sino en el pensamiento. Los que no opinan así, discurren en mi concepto como uno que, confundiendo á la mujer con las ropas talares porque de ordinario las usan, tomase por mujer á todo objeto que accidentalmente las llevase, aunque fuese un hombre, auuque fuese una percha.

He dicho que la vida del poeta está toda en sus obras, y que del estudio simultáneo de estas y de aquella resulta el conocimiento cabal de una y otras. Bajo este concepto, no hay duda que son utilísimas las biografías de personajes ilustres escritas por sus contemporáneos, porque solo ellos pueden conocer bien la vida de aquellos personajes y explicar una multitud de incidentes y circunstancias que tal vez aclaran la intencion y ponen en relieve todo el mérito de algunas composiciones. Esto en lo tocante á su utilidad artística y literaria; pero nadie ignora además que estamos de tal suerte organizados, que es para nosotros uno de los mayores placeres, y en cierto modo una necesidad, conocer las vidas de aquellos hombres que, bajo cualquier concepto, sobre todo si es bueno, han fijado la atencion de los demás; y como este placer y esta necesidad son uno de los mas nobles instintos de la naturaleza humana, es conveniente y útil satisfacerlos. En las vidas de los hombres célebres, las menores circunstancias ofrecen un interés gigantesco; y ¿qué sabemos á qué grado de celebridad alcanzarán entre nuestros descendientes los personajes que hoy alcanzan alguna entre sus contemporáneos? No nos toca á nosotros decidirlo; aun cuando se nos supusiera, que es difícil, bastante desapasionados para emitir un voto imparcial, todavía se nos deberia recusar por incompetentes, pues no se juzgan bien de cerca las obras artísticas. Abstengámonos pues de fallar en esta cuestion, pero séale lícito á la amistad y á un profundo y razonado aprecio de la persona y de las obras del señor Hartzenbusch, creer y vaticinar que no será ciertamente este ingenio uno de los menos célebres cuando empiece para nosotros la posteridad. Vamos pues á dejarle estos ligeros apuntamientos acerca de su vida y escritos.

Nació don Juan Eugenio Hartzenbusch en Madrid el dia 6 de setiembre de 1806, siendo sus padres Santiago Hartzenbusch, aleman, natural de Schwadorf, pueblo inmediato á Colonia, y María Josefa Martinez Calleja, hija de un labrador de la villa de Valparaiso de abájo, Obispado de Cuenca, cerca de Huete. Tenia el padre de nuestro poeta un hermano, llamado Juan, establecido en España, donde ejercia el oficio de ebanista, mereciendo por su habilidad, mas adelante, serlo del Rey; y con este motivo, Santiago, que en su primera juventud fué labrador como sus padres, se trasladó á la edad de diez y nueve años á Madrid, donde aprendió y empezó á ejercer el mismo oficio con él. Aquel hermano fué padrino de Juan Eugenio y le puso su nombre.

Siendo todavía muy niño, perdió nuestro poeta su buena madre en circunstancias que merecen referirse, porque prueban la exquisita sensibilidad de que estaba dotada, y porque nunca son indiferentes las que tienen relacion inmediata con los hombres destinados á vivir en la posteridad, como creo que lo está el que es objeto de esta biografía.

A los dos años escasos del nacimiento de Juan Eugenio, ocurrió en Madrid el horroroso asesinato y arrastramiento por las calles del infeliz don Luis Viguri, el dia 4 de agosto de 1808. Viguri, antiguo intendente de la Habana, y, como dice en su enérgico lenguaje el conde de Toreno (*Hist. del Levant.*, etc., lib. 5º), «uno de los mas menguados cortesanos del Prín-

cipe de la Paz,» vivia en la capital retirado y oscurecido, aunque s[illegible] por eso de continuar siendo, como en los tiempos de su valimi[illegible]l blanco de la impopularidad que perseguia en aquellos aciagos dias [illegible]os los amigos y hechuras del célebre privado. Grande en verdad d[illegible] ser aquella, pues sin el mas leve motivo fundado en su presente condu[illegible], ni mas pretexto que la instigacion de un criado resentido, el populacho de Madrid, llevado de su ciego encono, allanó la casa de aquel infeliz y, como queda dicho, le arrastró inhumanamente por las calles de la capital. Pasó la horda feroz en su sangrienta carrera, con el clamoreo y desarrapado séquito que entales casos acostumbra la canalla, por la calle de las Infantas, donde vivia la familia de Hartzenbusch. La madre de este, que se hallaba entonces en el octavo mes de su segundo embarazo, se asomó á la reja de su casa, oido el tumulto, y exclamó horrorizada: *¡Ay! ¡qué lástima!* A este grito de compasion tan natural, parece que contestó uno de la inmunda gavilla: *Con el que tenga lástima se debia hacer otro tanto.* María se asustó, se retiró y nada dijo; pero la impresion que produjeron en ella aquellas brutales palabras fué tan profunda, que, un mes despues, al dia siguiente de dar á luz su segundo hijo, perdió la desventurada el juicio y vivió solo quince dias en un continuo delirio, repitiendo muchas veces á gritos las voces de los matadores de Viguri: *¡Viva Fernando VII! ¡Muera José I!* Esta circunstancia fué causa de que se atribuyese con mucha probabilidad el extravío de su razon y su consiguiente fallecimiento, al espectáculo y amenaza arriba referidos. El parto sin embargo habia sido feliz; fruto de él fué Santiago, hermano único de Juan Eugenio, que fué ebanista, como su padre. Tenia María Martinez cuando murió, veinte y dos años; la dulzura y timidez de su carácter sencillísimo justifican mas y mas la conjetura antes indicada sobre la causa de su prematura muerte. Otro rasgo dará á conocer á aquella pobre madre. Su marido era no solamente un buen ebanista, sino habilísimo tornero en maderas y metales, y excelente constructor de barómetros é instrumentos de matemáticas. Encargóle la villa de Madrid que ejecutara una obra de este género, y como el dia en que debia hacerse el ajuste, se presentase en su casa un alguacil, vestido casualmente en traje de ceremonia, para acompañarle, y le manifestase que tuviera la bondad de seguirle inmediatamente porque le estaban aguardando en la villa, la buena María, que oyó estas palabras, é ignoraba que los alguaciles nunca van á prender vestidos de golilla, se abrazó llorando con su marido y exclamó: *¿Por qué quieren llevar preso á mi marido? Mi marido no ha hecho nada para que le prendan.* ¿Qué mucho que en una organizacion tan delicada hiciese terribles estragos la escena que anteriormente hemos bosquejado, y que su vista, junta con la bárbara réplica del que se irritó de la piedad de María Martinez, bastase á hacer naufragar la razon y aun la vida de esta desventurada?

Aunque de genio muy apacible, el padre de Hartzenbusch era hombre taciturno y de escasísimo trato de gentes, sin tenerlo particular ó íntimo con nadie; así fué que su hijo, privado en tan tierna edad, como hemos dicho, de las caricias maternales y de las dulzuras que derrama siempre sobre la vida doméstica la presencia de una buena madre, pasó una niñez bastante triste y entró en la adolescencia sin haber conocido mas

so[illegible] que la de los oficiales que asistian al taller de su padre, y aun es[illegible]nente á las horas de trabajo. En estas circunstancias particulare[illegible] su vida, tan influyentes siempre en los primeros años, puede h[illegible] en mi concepto el secreto de ese carácter peculiar que se advie[illegible] las composiciones de nuestro poeta, carácter reconcentrado, profu[illegible]do, observador y suavemente melancólico. La soledad inclina á la meditacion, y la meditacion unida al estudio, su inmediata y casi indispensable consecuencia, es la fuente de las grandes y sólidas concepciones. En las obras de Hartzenbusch hay un no sé qué de grave y meditabundo, que recuerda mucho el gusto aleman, resultado á que tal vez contribuyen por partes iguales, la circunstancia de su orígen, su conocimiento de la lengua y literatura de sus padres, y el aislamiento y retiro en que pasó los primeros y siempre decisivos años de la vida. Por eso me he detenido un poco en señalar esta circunstancia, como influyente, á lo que creo, en la índole y tendencias de su ingenio.

Don Juan Eugenio Hartzenbusch, que tan alto puesto debia ocupar en el parnaso dramático, cumplió los quince años sin saber qué cosa eran el teatro ni el drama. Su padre no iba nunca al primero, y la casualidad hizo que hasta aquella época no cayese en sus manos ninguna composicion teatral. Hartzenbusch es un ejemplo insigne de la irresistible y proverbial fuerza de lo que se llama vocacion. Nacido y criado en el taller de un menestral; sin el menor estímulo, antes bien con el obstáculo poderoso, entre otros muchos, que debia oponerle la desaficion de su padre al teatro, todo parece que se conjuraba para apartarle de él: Hartzenbusch, sin embargo, conoció y cultivó el teatro. El instinto dramático, digamoslo así, pudo mas que las trabas sociales: lo mismo sucede siempre que aquel, como todos los demás instintos, existe verdaderamente poderoso y robusto: tampoco bastó la barrera del claustro á cerrar la puerta de los triunfos escénicos á Tirso de Molina: tampoco logró apartar de la carrera de las armas al vencedor de Lepanto, una crianza dirigida á hacerle abrazar la profesion religiosa: como una misteriosa sirena, el claustro atrajo á su santa sombra á aquel gran vástago de la belicosa estirpe de los Guzmanes, santo Domingo el fundador.

No por lo que dejo referido de la ninguna aficion del padre de Hartzenbusch al teatro, se infiera que fuese de tan estrechas ideas, que mirase con aversion la literatura y los demás estudios ajenos de su profesion. Lejos de eso, era hombre instruido, y aun quiso dar á su hijo mas elevada carrera que la suya propia, destinándole al estado eclesiástico; pero vista la poca inclinacion del muchacho, abandonó su designio, sin renunciar por eso á hacerle adquirir una instruccion superior á la que se acostumbra en su clase. Hartzenbusch cursó el latin y los dos primeros años de filosofía en los estudios de San Isidro el Real de Madrid. Tocóle por preceptor de retórica y poética un padre jesuita de mucha edad, el P. Pedro Roca, autor de un gran número de composiciones sagradas en latin, todas inéditas, hombre de una erudicion vastísima en los idiomas latino y griego, el cual, como jamás habia enseñado otra cosa, ni aun se acordó de decir á sus discípulos que existia una poética castellana; de modo que Juan Eugenio, dejados ya los estudios, y desti-

nado á la profesion de su padre (que enfermo casi continuamente, necesitaba quien dirigiese su taller) aprendió el arte métrico por casualidad, habiéndole caido en las manos el del P. Losada. Robando los ratos que podia á una ocupacion ingrata, leyó algunas comedias y estudió el francés y el italiano.

He dicho mas arriba que además del desvío de su padre hácia el teatro, otros muchos obstáculos debian alejar de él á Hartzenbusch. En efecto, cuando llegó este á la edad en que pueden empezar á manifestarse con algunos frutos, aunque todavía no sazonados, las disposiciones literarias, nuestra literatura, y señaladamente la dramática, se hallaba en un estado de decadencia ó mas bien de postracion, inaudito en los fastos de la historia moderna. El teatro nacional entonces, es decir, desde el año 23 hasta los últimos de la vulgarmente llamada *ominosa década*, comprimido por una censura estúpida, desertado por el público á quien tenia infatuado la manía filarmónica como suele infatuarle todo lo que es moda en otras partes, como le tienen infatuado en el dia los brincos y las arlequinadas de los danzantes, como le infatuará acaso mañana cualquiera otra novedad igualmente filosófica, y como le infatua en fin todo lo que á la circunstancia de venir de fuera, reune la de costarle mas de lo que vale, el teatro, digo, no ofrecia entonces ni honra ni provecho; ni honra, porque la censura del famoso P. Carrillo, entre otros, estaba siempre pronta á cortar las alas al ingenio que osaba remontarse algun tanto; ni provecho, porque los cómicos ni pagaban ni podian pagar decorosamente á los poetas. ¡Qué elementos para fomentar la vocacion dramática! Pues con ellos han luchado y al cabo los han vencido los apreciables escritores que son ahora los decanos de nuestra literatura dramática (hablo solo de los que siguen escribiendo para el teatro), Gil y Zárate, Breton de los Herreros, y Hartzenbusch. Por lo mismo que no hago mérito aquí de los que empezaron ya á florecer antes de esta época, como Quintana, Martinez de la Rosa, Gorostiza, prescindo ahora de los que pertenecen á esta última era de nuestra historia dramática, por el escaso ó ningun influjo que tuvieron sobre ellos las circunstancias particulares de aquella época aciaga, tales como García Gutierrez, Zorrilla, Rubí y algunos otros, tan jóvenes en el dia, que entonces eran niños.

En diciembre de 1824, hallándose su padre ausente de Madrid, asistió por primera vez Hartzenbusch al teatro con su hermano, verdadera escapatoria de muchachos. Eligieron el teatro mas cercano á su casa, que era el del Príncipe, donde se ejecutaba aquella noche el *Antinoo en Eleusis*, ópera en un acto; despues un baile pantomímico, y, por fin de fiesta, un sainete. La sorpresa de Hartzenbusch, al alzarse el telon, es inexplicable: ya he dicho que ni aun idea tenia de lo que eran teatros, decoraciones, dramas ú óperas: hasta ignoraba que estas se cantan, y por de contado estaba muy distante de sospechar que era italiana la de *Antinoo*: sin embargo, estuvo como encantado durante toda la representacion. Verdad es que esta, para entonces, era de las de mas aparato: el *Antinoo en Eleusis*, aunque de escaso mérito lírico, presentaba un espectáculo de grande atractivo para los ojos. Aparecia en la primera escena una decoracion magnífica, vista de ángulo, que representaba el

templo de Ceres; la estatua de la diosa se veia en medio, y delante de ella un altar humeando; sacerdotes, sacerdotisas y pueblo salian por un lado y otro de la escena, se arrodillaban y entonaban un coro. Toda esta pompa escénica debia producir grande impresion en un muchacho dotado de buenas disposiciones para el teatro y excitar su aficion á él; en efecto, desde entonces, asistir al teatro fué su pensamiento continuo, su sueño de oro, como hoy se dice, pero sueño que por desgracia muy pocas veces logró ver realizado todavía por espacio de algunos años.

Ya habian caido empero las primeras semillas de la vocacion dramática en aquella alma juvenil; ya faltaba solo que las fecundasen el tiempo y el estudio, trabajo lento, oculto y misterioso, que seria muy importante, pero que no es fácil ó que mas bien es imposible seguir paso á paso en las diferentes fases de su generacion. Bástenos haber señalado el momento de su principio; vamos á señalar ahora sus progresivos y visibles resultados hasta el momento de su completo desarrollo que, por mi parte, creo ver llegado en las dos obras capitales de nuestro poeta, que son: *Los Amantes de Teruel*, y *Doña Mencia ó la Boda en la Inquisicion*. Estas dos bellísimas obras resumen, en mi concepto, todas las cualidades dramáticas de que tan pródigamente dotó la naturaleza al señor Hartzenbusch.

En el año 1825 empezó Hartzenbusch á leer comedias y á traducir algunas del francés, para ejercitarse en el conocimiento de este idioma: aquellas traducciones eran todas en prosa. La primera que hizo en verso, y que mas bien fué una imitacion que no una traduccion, es tambien la única que ha conservado y publicado, bajo el título de *Floresinda*: en 1845 salió á luz en la *Galería dramática*. Pidióle un amigo suyo, que queria desempeñar en un teatro casero un papel trágico nuevo, que le escribiese uno expresamente; y Hartzenbusch, no atreviéndose todavía á correr los azares de una composicion original, adoptó un término medio, cual fué el de ajustar á nuestro teatro la *Adelaida Duguesclin*, de Voltaire, introduciendo en ella reformas, felices unas, y otras inspiradas por su inexperiencia y tambien por circunstancias particulares que no estará de mas tomar en cuenta. Habiase representado el año antes en el teatro del Príncipe la tragedia de Ducis titulada *Abufar*, traducida por don Dionisio Solis, con el título de *Zeidar ó la Familia árabe*. Concluia la tragedia sin ninguna muerte y con dos casamientos, lo que disgustó mucho; y como tampoco moria nadie y habia una boda en la *Adelaida*, Hartzenbusch echó, como suele decirse, por el atajo; introdujo nada menos que dos muertes en su traduccion, y para imposibilitar el matrimonio, hizo que uno de los personajes muertos fuese cabalmente la novia. Como las obras de Voltaire estaban prohibidas, creyó que era necesario disfrazar todavía mas el original, para que no le conociese la censura, y en efecto, trasladó la accion á España á los tiempos del Rey don Pedro, y le puso tal, en suma, que no le hubiera conocido su mismo autor. No satisfecho aun con tan radicales mudanzas, puso en práctica la máxima en que acababa de empaparse con la lectura de Alfieri, y echó fuera los confidentes, que es una de las reformas que arriba califiqué de felices; pero inexperto en el arte, sin tener como nunca

habia tenido, quien le aconsejase en tan difícil senda, no advirtió que era un desacierto conservar los caractéres y el lenguaje de los caballeros franceses del siglo quince, ó mas bien el carácter y el lenguaje del mismo Voltaire, que, salvo rarísimas excepciones, se reproducen como nadie ignora, en todos sus personajes, en personajes españoles, aunque de la misma época. Todavía resaltó mas esta inadvertencia, cuando años despues, queriendo dar al teatro su obra, que antes no se habia representado mas que en una casa particular, y recelando que aun conservase algo del pecado, entonces imperdonable, de su orígen, refundió de nuevo su imitacion, trasladando la accion al siglo VII y haciendo por consiguiente mas impropia la aplicacion de las ideas y sentimientos de un filósofo del siglo XVIII á los Godos del tiempo del Rey Vamba. Esta última refundicion es la que se ha impreso en la citada *Galería dramática*, y la misma que presentó su autor en 1834 á la empresa de los teatros de Madrid, que, con poco tino á lo que creo, no tuvo á bien admitirla. Mejor acogida merecia en mi concepto una obra que, prescindiendo de otras muchas cualidades recomendables, tiene la tan esencial en España de abundar en hermosos versos. Hartzenbusch, sea dicho en paz de las antiguas empresas de nuestros teatros, no halló en ellas, al principio de su carrera, el estímulo que merecian su talento y sus esfuerzos. Los primeros pasos de este poeta en la senda literaria la hallaron muy escabrosa; pero para esto, como para la repulsa antedicha, hay una explicacion que daré mas adelante, cuando llegue á esta época de la vida de nuestro personaje, á la que hemos saltado ahora por seguir la historia de su primera composicion dramática en verso, y trasponiendo un espacio de siete años, de los que algo debemos decir.

La primera obra de Hartzenbusch que se puso en escena en teatro público fué una muy buena refundicion del *Amo criado*, comedia de don Francisco de Rojas, una de las mejores de este felicísimo ingenio. Estrenóse esta refundicion en el teatro de la Cruz el 24 de abril de 1829, á los seis dias de haberse estrenado en el Príncipe la famosa *Pata de Cabra*, que, como recordarán muchos de mis lectores, ponia en conmocion á todo Madrid, merced á la infinita sal que supo derramar sobre un papel, de suyo muy necio, nuestro inimitable Guzman. *El Amo criado* se representó hace pocos años en el Liceo con varias enmiendas.

Siguieron á esta refundicion, en el mismo año de 29, dos piezas traducidas del francés por Hartzenbusch, que se representaron tambien en la Cruz, y fueron: *el Regreso inesperado*, de Regnard, y *el Tutor*, de Dancourt. Aquella gustó; esta no hizo mas que pasar.

No conocia á la sazon Hartzenbusch nada del teatro moderno francés, y poquísimo del moderno español, que en verdad poco tenia que conocer, pues apenas puede decirse que existiese entonces; algunas traducciones muy mutiladas y tal cual pieza original de Gorostiza, Gil y Zárate y Breton de los Herreros, eran el único alimento de nuestra escena. Hartzenbusch, además, ocupado en las tareas de su oficio, muy rara vez asistia al teatro. Toda su atencion se dirigió, pues, á estudiar nuestro antiguo repertorio y el teatro clásico francés, estudio utilísimo, las-

timosamente desatendido por nuestros jóvenes poetas, y á que debe Hartzenbusch ese lenguaje castizo y esa solidez de concepcion que nos seducen en casi todas sus composiciones. Su aficion á nuestros antiguos dramáticos rayaba en él en una especie de idolatría, y para tributarles mas rendido culto, no satisfecho con estudiarlos asiduamente, se dedicó á refundir algunas de sus mas bellas composiciones, llevado del laudable deseo de ver restaurado en nuestra escena el lustre del ingenio nacional. Con esta mira refundió por entonces las dos lindísimas comedias *los Empeños de un acaso* de Calderon y *la Confusion de un jardin*, de Moreto.

No es esta la ocasion de discutir sobre la conveniencia ó no conveniencia de las refundiciones de comedias antiguas : ya traté este punto con alguna extension al dar cuenta en *el Heraldo* (véase el del 9 de julio de 1844), de la que hizo el mismo señor Hartzenbusch del *Médico de su honra*, de Calderon. A aquel artículo remito al lector, si me es lícito citar como de algun peso mi propia opinion, que, en suma, les es favorable, siempre que reunan las circunstancias debidas. Cierto que no es poco lo que puede decirse y se dice contra las refundiciones ; pero á todos esos argumentos en contra, se puede responder con uno en pro, que en mi concepto no tiene réplica : ó hemos de renunciar á ver en la escena una multitud de admirables composiciones antiguas, que como las escribieron sus autores, no se pueden representar, ó es preciso refundirlas; y como no creo posible probar que debamos renunciar á verlas representadas, probado se está que es necesario refundirlas. Es difícil, muy difícil hacerlo; esto no es mas que una razon, entre mil, para que no se encarguen de tan arduo trabajo sino hombres capaces de llevarlo á cabo con acierto. El señor Hartzenbusch lo ha hecho en varias ocasiones, y su mismo ejemplo es justamente un argumento en apoyo de mi opinion arriba citada, y una prueba de la utilidad que reportan de tales trabajos los ingenios que se dedican á ellos con aplicacion y conciencia. Ya he dicho y es evidente que al profundo estudio de nuestro antiguo teatro que ellos han impuesto al señor Hartzenbusch, debe este poeta gran parte de ese sabor castizo, de ese grande interés y de esa singular maestría en la pintura de los caractéres que distinguen á la mayor parte de sus obras.

Como quiera que sea, á aquellas dos refundiciones de Calderon y Moreto, debió nuestro poeta la feliz casualidad de ver abierta la entrada de uno de nuestros teatros públicos para su primera composicion original en la noche del 8 de febrero de 1831. Veamos cómo.

Queria la empresa de teatros de entonces poner en escena un comedion de don Manuel Fermin de Laviano, titulado *la Restauracion de Madrid*, uno de aquellos monstruosos abortos dramáticos del siglo pasado, por el estilo de los que tan ingeniosamente simbolizó Moratin en *el Gran cerco de Viena* del insigne don Eleuterio.

Excusado es decir si la obra seria absurda; pero parece que habia producido mucho dinero en el siglo pasado y aun en el presente, recomen-

dacion que vale tanto ó mas que cualquiera otra para las empresas, y así la de entonces encargó á Hartzenbusch que la refundiese, pues á este oscuro género se limitaba entonces la escasa nombradía de nuestro poeta, y aun eso solo entre bastidores, no habiendo todavía sonado su nombre para nada fuera de ellos en la trompa de la fama literaria. Bien se le alcanzaban á Hartzenbusch las dificultades del encargo; conocia muy bien que por hábil que fuese la refundicion, era imposible que se sostuviese en nuestra escena del dia una comedia que sobre ser muy ridícula, se fundaba en aquel tan conocido milagro de Nuestra Señora de Atocha, cuando resucitó á la mujer y las hijas de Gracian Ramirez, degolladas poco antes por este valeroso capitan, segun larga y candorosamente refiere Jerónimo de Quintana en el libro I de su *Antigüedad de Madrid*. Sin embargo aceptó; resolucion verdaderamente heróica, y que no fué, sea dicho en su elogio, mas que un sacrificio igualmente heróico de su propia reputacion hecho ante las aras de Calderon y Moreto; aceptó, repito, con la capciosa mira de hacerse propicia á la empresa y obtener de ella que se representasen sus dos queridas refundiciones de *los Empeños de un acaso* y *la Confusion de un jardin*. Sin embargo, una vez tomado el compromiso, era preciso cumplirle, aunque no al pié de la letra, pues vista absolutamente la imposibilidad de que una refundicion, cualquiera que fuese, llegara á sostenerse en la escena, determinó tomar del original el título y el argumento, y manejar este como Dios le diese á entender. Pensó primeramente tomar el encargo con calor, y hacer una obra regular y concienzuda, en verso y con la posible subordinacion á las reglas del arte: en este sentido escribió todo un acto en romance endecasílabo, pero vió que de este modo se falseaba enteramente la índole de su cometido, que iba á resultarle una obra sin el espectáculo que le pedian, y echando, como quien dice, cuerpo al agua, rasgó lo escrito y compuso su drama en prosa con los imprescindibles requisitos de pompa y ruido, pero sin el dichoso milagro. El drama se representó en la Cruz y fué silbado, como no podia menos de serlo; y para colmo de desdicha, no se representaron las dos refundiciones de Calderon y Moreto. El pobre poeta hizo el sacrificio por entero, y su sacrificio fué perdido. Esto era lo mas triste para él, porque no lo esperaba. Habia previsto y aceptado la derrota solo para que sirviese de pedestal á sus dos amados ingenios, y su derrota fué estéril para ellos.

De aquella susodicha silba á que su mala estrella le hizo asistir, sentado como una víctima resignada en un rincon de la última fila del palco por asientos, data una costumbre que todavía conserva Hartzenbusch y que conservará mientras viva á menos de violar un juramento solemne. Juró que no volveria á asistar á la primera representacion de ninguna de sus obras, y lo ha cumplido, perdiendo así repetidas ocasiones de ver compensados aquellos justos silbidos con muchos aplausos, mas justos todavía.

A aquel trago de acíbar siguieron para Hartzenbusch otros, acaso no menos amargos, pero de distinta especie. Todos sus conatos para que se representasen sus nuevos trabajos se estrellaron en la dureza, muy natural como luego veremos, de las empresas, ó en su propia escasa

fortuna. Tradujo varias piezas del francés; con las unas acudió tarde al teatro, y las otras no fueron admitidas. Hizo una especie de refundicion del *Edipo* de Voltaire, agregándole retazos de Sófocles y Séneca; tradujo la *Mérope* de Alfieri y escribió una *Medea* original. Todos estos afanes fueron perdidos para su reputacion del momento, pero no para su fama futura, pues con ellos se formó su gusto, se robusteció su ingenio y templó sus fuerzas para acometer mas arduas empresas. Aquel duro y solitario aprendizaje del arte fué para Hartzenbusch lo que eran para los antiguos paladines los años de prueba que les imponian los estatutos caballerescos, una preparacion rigurosa, pero necesaria, triste, pero muy provechosa. ¿Quién sabe? Tal vez si la suerte le hubiera sonreido como á otros, en el principio de su carrera; si el capricho del público ó una feliz casualidad hubieran dado á sus primeros ensayos la gloriosa recompensa que solo deberia estar reservada á los frutos ya maduros; si nuestro poeta, en fin, hubiera recogido sin trabajo, sin verdadero merecimiento, esas ricas cosechas de aplausos con que otros se han visto premiados como por encanto, acaso, repito, este prematuro premio hubiera sido tan funesto para él cuanto saludables y útiles le han sido los improbos afanes, la silenciosa perseverancia, el tenaz estudio á que le obligaron la severidad del público y las repulsas de las empresas. Hartzenbusch se hubiera creido maestro cuando todavía no era mas que mal discípulo; se hubiera desvanecido con el vapor de su primer triunfo; se habria naturalmente desdeñado de estudiar, y el necesario desengaño á que se hubiera expuesto, como tantos otros, como para tantos otros tambien hubiera sido para él inútil y cruelmente doloroso. Su feliz talento se hubiera secado en flor, hubiera resultado perdido para la gloria del arte, y su ejemplo hubiera servido solo en los anales de la literatura, para aumentar el largo catálogo de los escarmientos dados á arrogancias precoces.

Prometí algunas páginas mas arriba explicar por qué fueron tan desgraciados como queda dicho y como todavía veremos, los primeros pasos de Hartzenbusch en la carrera literaria, y ya ha llegado el momento de cumplirlo. Para que comprenda bien el lector esta explicacion, preciso será que volvamos un poco la vista atrás, trasladándonos por un momento á algunos años antes de la época de que voy escribiendo.

Contados serán los lectores de esta biografía, que no recuerden, como tan reciente, ó no conozcan por lo menos la revolucion literaria que se efectuó en Madrid al mismo tiempo y por los mismos pasos que la revolucion política, de que todavía no hemos salido ni tan completa ni tan felizmente como de aquella. Tal fué la revolucion llamada romántica. Tanto se ha escrito, bueno y malo y malísimo sobre ella, que seria hasta empalagoso insistir aquí sobre este punto: baste decir que en el corto espacio de dos años, desde 1834 hasta 1836, dicha revolucion principió, luchó, y, sea dicho en paz de los escasos disidentes que todavía protestan contra ella, triunfó. El bastardo clasicismo de fines del siglo pasado y principios del presente quedó derrotado; el gusto del público abrazó con entusiasmo los principios y las producciones de la nueva escuela francesa; apadrinó sus atrevidas reformas, sancionó con aplau-

sos su toma de posesion de los teatros y de todos los demás géneros de amena literatura. ¿Hizo bien? ¿hizo mal? ¿abusó de su triunfo la nueva escuela? Hábil para escarnecer y destruir, ¿no acertó á fundar mas que un edificio efímero, como cimentado fuera de los eternos principios del sano juicio y de la moral? Cuestiones son estas que ni creo posible decidir todavía, ni seria este en todo caso el momento oportuno de intentarlo; no hago mas que consignar un hecho porque lo necesito para manifestar sus relaciones con el asunto de que voy tratando, es decir, su influencia sobre el personaje de quien escribo. Aquella revolucion romántica, en que tomaron parte en distintos sentidos tantos jóvenes de talento y tantas incapacidades, nació, creció y se consumó sin que Hartzenbusch supiese nada de ella en el taller donde ganaba un jornal. La atencion y el estudio de Hartzenbusch se estaban todavía allá en los tiempos de Moliere, Regnard y Alfieri, que eran para él *los modernos*, mientras el público tenia fijos los ojos en Victor Hugo y Alejandro Dumas: entre el poeta aspirante y sus deseados oyentes, mediaba un siglo: *inde mali labes*; de aquí la desgracia de Hartzenbusch, los desaires que le hacian las empresas, conocedoras de las necesidades del momento, que Hartzenbusch entonces no sospechaba siquiera.—De ello dió una prueba señalada presentando para su admision, en 1834, la tragedia arriba mencionada de *Floresinda*, que, como ya hemos dicho, fué desechada por su regularidad clásica sin que bastasen á compensar este pecado sus hermosos versos y algunas situaciones realmente interesantes. La misma suerte tuvo y por los mismos motivos otro drama original, pero en prosa, que escribió á poco de haber rayado la nueva era de libertad política y literaria. Era su argumento la noble resistencia con que el Infante don Fernando de Antequera, tio de don Juan II, conservó al Rey niño la corona con que le brindaban los grandes. Titulábase la obra *el Infante don Fernando de Castilla*. Nunca se ha impreso.

Ya por este tiempo habia mudado un poco la condicion de Hartzenbusch y tomado un giro algo mas favorable á sus instintos y anhelos literarios. En el año 1834, muerto ya su padre, Hartzenbusch habia estado trabajando, como simple jornalero, en la obra de mueblaje que se hizo para el salon de Próceres del Buen Retiro; mas viéndose, acabada aquella, sin tener donde emplear su poca ó mucha habilidad fabril (punto es este que no me juzgo competente para decidir), aprendió la taquigrafía, y al año siguiente entró como taquígrafo temporero en la redaccion de la *Gaceta*. En esta situacion, aunque todavía no de las mas brillantes, ya tuvo nuestro poeta mas holgura y recursos para cultivar sus ocupaciones favoritas. Cerradas las Cortes, en 1836, volvió á echar mano de la obra que debia fundar de pronto su magnífica reputacion literaria, y corrigió ó mas bien compuso de nuevo el drama titulado *los Amantes de Teruel*, que habia principiado dos años antes y que abandonó entonces por una rara coincidencia. Lo que llevaba escrito, prosa todo, y el plan de su obra, coincidian exactamente con el *Macías* de Larra; igual combinacion, igual número de personajes principales, iguales caractéres, igual modo de distribuir la materia. Hartzenbusch no vió representar el *Macías* (su pobreza le impedia entonces asistir al teatro), pero lo leyó, y encontrándose con su obra hecha por otro y aplaudida en cabeza ajena,

hubo necesariamente de abandonarla. Pero el argumento, á pesar del vicio radical del desenlace histórico, le gustaba en extremo; habia meditado mucho sobre él; veia los escollos en que habian tropezado al manejarle algunos antiguos poetas, Rey de Artieda, Montalvan y otros, y se habia lisonjeado con la fundada esperanza de evitarlos; hacíasele muy duro renunciar á un pensamiento que por tanto tiempo habia halagado su imaginacion, y al cabo se resolvió en buen hora para él á probar fortuna. Discurrió que variando el plan, aun se podria manejar aquel asunto tan altamente dramático : entonces imaginó introducir una madre y un padre que antes no habia; entonces principió la accion en Valencia y echó mano de una mora, Zulima, personaje interesantísimo, superiormente enlazado con la accion, y con quien antes no habia contado. Escrito el drama, lo consultó con su amigo el inteligente actor don Juan Lombia, y este le dió consejos que Hartzenbusch necesitaba mucho : dos años consecutivos habian transcurrido sin que el pobre taquígrafo hubiese puesto los piés en el teatro. De todos los dramas franceses de la nueva escuela que se habian traducido, solo vió representar el *Antony*; de los originales, solo *la Conjuracion de Venecia* y *el Trovador*. Lombia le indicó varias enmiendas acertadas, que Hartzenbusch se complace en recordar á sus amigos con una modesta ingenuidad que le honra, y entre otras, una muy sustancial. En el acto cuarto, aparecia Marsilla al lado de Teruel recobrándose de una caida que habia dado del caballo, caida que Hartzenbusch queria que se tuviese en cuenta al ir á morir Marsilla en el acto siguiente : para esto, es decir, para fijar mas este incidente en la memoria del espectador, prolongaba la escena del recobro con un breve soliloquio del héroe caido. Lombia dijo : « Va bien » (son sus propias palabras, que sé por boca del mismo Hartzenbusch), « va bien » que Marsilla se caiga del caballo y pierda el sentido del golpe; pero » en recobrándose, Marsilla no habla, si no que monta á caballo y parte » para Teruel. Si usted quiere que hable parado en la escena, es preciso » atarle : necesita usted unos ladrones. » La observacion era justa, y Hartzenbusch no titubeó en adoptarla. La escena, pues, del bosque, y aun la felicísima idea de oirse las campanas de Teruel primero cerca y luego lejos, al pasar el espectador de la casa de Segura al sitio en que se halla detenido Marsilla, y que tan buen efecto produce siempre, pertenecen á Lombia.

Los Amantes de Teruel se representaron por primera vez en enero de 1837 (1). Pocos dramas han sido mas aplaudidos y, en mi concepto, ninguno con mas justicia. En estos términos dió cuenta de aquella primera representacion el malogrado Larra, en un excelente artículo que fué el último de los que escribió : « Venir á aumentar el número de los vivientes, ser un hombre mas donde hay tantos hombres; oir decir de sí : es un tal *fulano*, es ser un árbol mas en una alameda. Pero pasar cinco ó seis lustros oscuro y desconocido, y llegar una noche entre otras, convocar á un pueblo, hacer tributaria su curiosidad; alzar una cortina, conmo-

1 Damos el texto de este drama conforme con las varias é importantes correcciones que en él ha hecho el autor, reduciéndole de cinco actos á cuatro. Todavía no se ha representado ni impreso bajo la nueva forma en que ahora se publica por primera vez.

ver el corazon, subyugar el juicio, hacerse aplaudir y aclamar, y oir al dia siguiente de sí mismo al pasar por una calle ó por el Prado: *aquel es el escritor de la comedia aplaudida*, eso es algo; es nacer; es devolver al autor de nuestros dias por un apellido oscuro un nombre claro; es dar alcurnia á sus descendientes, en vez de recibirla de ellos..... El drama que motiva estas líneas tiene en nuestro pobre juicio bellezas que ponen á su autor, no ya fuera de la línea del vulgo, pero que lo distinguen tambien entre escritores de nota.» Citando luego aquellos dos versos del acto quinto:

En presencia de Dios formado ha sido.
— Con mi presencia queda destruido!

añade Larra: «Sublime respuesta, tan sublime por lo menos como el famoso *qu'il mourût* de Corneille.»

Esta bellísima obra colocó de repente á Hartzenbusch en la primera fila de las celebridades literarias, y aun extendió su reputacion fuera de España: los teatros, los editores, los periódicos solicitaron su cooperacion; desde entonces empezó á escribir en estos últimos, ya en prosa ya en verso. No es posible que vayamos siguiendo aquí una á una aquellas varias publicaciones, conocidísimas además, y sobre las cuales bastará que echemos una rápida ojeada general cuando lleguemos á la época en que dió á luz el autor las principales de ellas reunidas en un tomo, que fué en el año de 1843. Sigamos ahora, como mas importante, la série de sus mas notables producciones dramáticas, haciendo una ligera reseña de las varias fortunas que han corrido.

Siguió á *los Amantes de Teruel* el *Ernesto*, imitacion infeliz de la *Angela* de Dumas. Disgustó y debió disgustar por su excentricidad, particularmente los tres primeros actos. Solo se representó una noche, porque el censor suspendió las representaciones, hasta que se hiciesen ciertas enmiendas, con las cuales el drama venia á quedar lo mismo que antes. El censor hizo mal, á lo que creo, en exigirlas, pero los actores anduvieron acertados en no querer continuar representando el drama.

El drama original que siguió á este desgraciado ensayo puso el sello á la reputacion de Hartzenbusch. *Doña Mencia* ó *la Boda en la Inquisicion* le acreditó resueltamente de buen poeta dramático en el concepto del público, escamado ya de tantos primeros aciertos que han sido tambien los últimos, y cada dia mas reacio en dar su aprecio con fácil indulgencia. El éxito de *Doña Mencia* superó con mucho al de *los Amantes*. Su Majestad agració al aplaudido autor con la cruz de Isabel la Católica, y la empresa de teatros le regaló una pluma de oro, plata y nácar, adornada de un rubí.

Despues de *la Redoma encantada*, lindísima comedia de magia que escribió Hartzenbusch por compromiso de amistad con los empresarios del teatro y que se representó treinta y cuatro noches consecutivas, la obra mas aplaudida y en mi concepto la mejor de las muchas que luego ha dado este poeta al teatro es el drama *Don Alfonso el Casto*, notable sobre todo por su excelente versificacion. No ha sido tan feliz el señor

Hartzenbusch como en el trágico, en el género puramente cómico, á pesar de hallarse trozos saladísimos en la *Doña Mencia* y en *los Amantes de Teruel*, por ejemplo; pero sus composiciones en este género, fuera de las comedias de magia, han sido generalmente recibidas por el público con frialdad: tales son *la Visionaria*, *las Batuecas* y *la Coja y el Encogido: el Bachiller Mendarias* fué bastante bien recibido. *Honoria* y *Primero yo*, no obstante sus muchas bellezas, gustaron poco; lo mismo sucedió con *el Novio de Buitrago*, traduccion libre de Picard. Generalmente las obras de este poeta ofrecen grandes dificultades de ejecucion; hábil además en la pintura de los caractéres, hasta sus personajes secundarios son importantes, como ya observó Larra, y reclaman que se encarguen de su desempeño buenos actores: como en nuestros teatros escasean estos, no menos que los medios materiales de dar el necesario aparato á los espectáculos, las obras de Hartzenbusch suelen no producir en la escena todo el efecto que debieran. Así es que muchas de ellas, y muy señaladamente *Primero yo*, gustan mucho mas leidas que representadas.

La dificultad de su ejecucion que antes he señalado puede haber contribuido tambien á que generalmente se hayan representado poco en Madrid, aun las mas aplaudidas.

Para completar el catálogo de las composiciones dramáticas de este autor, réstame citar el *Juan de las Viñas* y *los Polvos de la Madre Celestina*, comedias de magia, *el Barbero de Sevilla*, traduccion de Beaumarchais, y otras dos traducciones del francés, que son *la Abadía de Penmark* y *el Abuelito*. Esta no se ha representado. En la comedia de don Juan Diana titulada *¡Es un Bandido!* tuvo tambien alguna parte.

En 29 de mayo de 1845 se estrenó en el teatro del Príncipe *la Jura en Santa Gadea*, drama en tres actos y en verso que fué bien recibido. Por entonces tambien escribió en compañía del señor Rubí la piececita *Una onza á terno seco*, imitacion feliz de *la Maison en loterie*, de Picard. *La Madre de Pelayo*, que se representó por primera vez en el Príncipe la noche del 24 de marzo de 1846, es la última obra de empeño que Hartzenbusch ha dado á la escena. Es un drama muy bien escrito, formado en parte sobre las tradiciones que existen acerca de doña Luz y su esposo Favila, y en parte sobre el asunto de Mérope, pero con la particularidad de que el desenlace es distinto del de todas las *Méropes:* en ellas el sacrificio de la madre es casarse por salvar la vida al hijo; en *la Madre de Pelayo*, doña Luz muere porque viva el futuro libertador de España. — Para las fiestas con que solemnizó Madrid las bodas reales en el mismo año de 1846, escribió una zarzuela en un acto titulada *la Alcaldesa de Zamarramala*. En compañía del señor Breton de los Herreros refundió posteriormente *la Esclava de su Galan* de Lope.

He citado los títulos que puede presentar el señor Hartzenbusch al glorioso dictado de buen poeta dramático, que no le negará ciertamente la posteridad. No es menos apreciable este autor considerado como poeta lírico: sus composiciones tituladas *la Medianía del Ingenio*, *al Busto*

de mi Esposa, *el Alcalde Ronquillo* y otras están superiormente versificadas y abundan de pensamientos nuevos, robustos y muy elevados. Su poesía es generalmente sustanciosa, es decir, rica de ideas; cautiva tanto por la esencia como por la forma: nunca es redundante: siempre dice algo al corazon ó á la fantasía; acaso linda alguna vez con el prosaismo, nunca con la vacía hinchazon de los versificadores que no saben pensar ó no tienen pensamientos que expresar, defecto harto comun en nuestros escritores en verso y de que sin duda ha contribuido mucho á libertar á Hartzenbusch su profundo estudio de los poetas alemanes, pensadores por excelencia. En el tomo en que ha publicado sus obras sueltas, hay varias traducciones del aleman, *la Infanticida*, *la Campana*, admirable composicion de Schiller, el *No me olvides* y treinta fábulas del célebre Lessing, escritas originalmente en prosa y versificadas por Hartzenbusch con una gracia y una naturalidad que recuerdan las mas felices composiciones en este género de Iriarte y Samaniego.

De estas fábulas y otras suyas originales, hasta el número entre todas de ciento y dos, formó una coleccion que se imprimió en 1848. Para concluir con las publicaciones mas importantes de este escritor, réstanos solo mencionar una correctísima edicion que ha dado de las comedias escogidas de Tirso de Molina (tomo V de la *Biblioteca de autores españoles*) y dos tomos que lleva ya publicados del teatro de Calderon, que formará cuatro, coleccion la mas completa que se conoce de las obras de este insigne poeta. En el tomo II incluyó *El acaso y el error*, comedia desconocida de Calderon, primer bosquejo de *La señora y la criada*.

Entre sus artículos en prosa son muy notables un excelente juicio crítico de las obras de don Ramon de la Cruz leido en el Liceo, y una memoria sobre la vida y escritos de don Dionisio Solis. — La prosa de Hartzenbusch es pura y castiza; pero por mi parte prefiero sus versos.

El señor Hartzenbusch fué nombrado en enero del año 44 oficial primero de la clase de primeros con consideracion de Bibliotecario de la Nacional de Madrid, que desempeña en el dia. Por la misma época se dignó Su Majestad agraciarle con la cruz supernumeraria de Carlos III. En marzo de 1847 le admitió en su seno la Real Academia española, con cuya ocasion leyó un magnífico discurso titulado *Carácter distintivo de las obras dramáticas de don Juan Ruiz de Alarcon*. En los años 46 y 47 escribió la crítica teatral para el periódico titulado *el Español*.

E. DE O.

Madrid, octubre de 1849.

LOS AMANTES DE TERUEL,

DRAMA EN VERSO Y PROSA

Y EN CUATRO ACTOS, QUE, COMPUESTO EN CINCO, SE ESTRENÓ EN MADRID EN EL TEATRO DEL PRINCIPE A 19 DE ENERO DE 1837.

PERSONAS.

DON JUAN DIEGO MARTINEZ GARCES DE MARCILLA, ó MARSILLA.
DOÑA ISABEL DE SEGURA.
DOÑA MARGARITA.
ZULIMA.
DON RODRIGO DE AZAGRA.
DON PEDRO DE SEGURA.
DON MARTIN GARCES DE MARSILLA.
TERESA.
ADEL.
OSMIN, africano.
SOLDADOS MOROS, DAMAS, CABALLEROS, PAJES, CRIADOS, BANDIDOS.

El primer acto pasa en Valencia, y los demás en Teruel.

Año de 1217.

ACTO PRIMERO.

VALENCIA.

Dormitorio morisco, magnificamente adornado, con lámparas, jarrones de flores y pebeteros. A la derecha del espectador una cama, junto al proscenio; á la izquierda una ventana con celosías y cortinajes. Puerta grande en el fondo, y otras pequeñas á los lados.

ESCENA PRIMERA.

ZULIMA, ADEL, JUAN DIEGO MARSILLA, ADORMECIDO EN LA CAMA: SOBRE ELLA UN LIENZO CON LETRAS DE SANGRE.

Zul. No vuelve en sí.
Adel. Todavía
Tardará mucho en volver.
Zul. Fuerte el narcótico ha sido.
Adel. Poco há se lo administré.
— Dígnate de oir, señora,
La voz de un súbdito fiel,
Que orillas de un precipicio
Te ve colocar el pié.
Zul. Si disuadirme pretendes,
No te fatigues, Adel:
Partir de Valencia quiero,
Y, lo juro, partiré.
Adel. ¿Con ese cautivo?
Zul. Tú
Me has de acompañar con él.
Adel. ¡Así al esposo abandonas!
¡Un Amir, señora, un Rey!
Zul. Ese Rey, al ser mi esposo,
Me prometió no tener
Otra consorte que yo.
¿Lo ha cumplido? Ya lo ves.
A traerme una rival
Marchó de Valencia ayer.
Libre á la nueva Sultana
Mi puesto le dejaré.
Adel. Considera...
Zul. Está resuelto.
El renegado Zaen,
El que aterra la comarca
De Albarracin y Teruel,
Llamado por mí ha venido,
Y tiene ya en su poder
Casi todo lo que yo
De mis padres heredé,
Que es demás para vivir
Con opulencia los tres.
De la alcazaba saldremos
A poco de anochecer.
Adel. ¿Y ese cautivo, señora,
Te ama? ¿Sabes tú quien es?
Zul. Es noble, es valiente, en una
Mazmorra iba á perecer
De enfermedad y de pena,
De frio, de hambre y de sed:
Yo le doy la libertad,
Riquezas, mi mano: ¿quién
Rehusa estos dones? ¡Oh!
Si ofendiera mi altivez

Con una repulsa, caro
Le costara su desden
A mis favores! Há tiempo
Que este acero emponzoñé,
Furiosa contra mi aleve
Consorte Zeit Abenzeit:
Quien es capaz de vengarse
En el príncipe, tambien
Escarmentara al esclavo,
Como fuera menester.
Adel. ¿Qué habrá escrito en ese lienzo
Con su sangre? Yo no sé
Leer en su idioma; pero
Puedo llamar á cualquier
Cautivo...
Zul. Él nos lo dirá,
Yo se lo preguntaré.
Adel. ¿No fuera mejor hablarle
Yo primero, tú despues?
Zul. Le voy á ocultar mi nombre:
Ser Zoraida fingiré,
Hija de Mervan.
Adel. ¡Mervan!
¿Sabes que ese hombre sin ley
Conspira contra el Amir?
Zul. A él le toca defender
Su trono, en vez de ocuparse,
Contra la jurada fe,
En devaneos que un dia
Lugar á su ruina den.—
Mas Ramiro no recobra
Los sentidos: buscaré
Un espíritu á propósito... (*Vase.*)

ESCENA II.

OSMIN, POR UNA PUERTA LATERAL; ADEL, MARSILLA.

Osm. ¿Se fué Zulima?
Adel. Se fué.
Tú nos habrás acechado.
Osm. He cumplido mi deber.
Al ausentarse el Amir,
Con este encargo quedé.
Es mas cauto nuestro dueño
Que esa imprudente mujer.
El lienzo escrito con sangre,
¿Dónde está?
Adel. Allí. (*Señalando la cama.*)
Osm. Venga.
Adel. Ten.
(*Le da el lienzo y Osmin lee.*)
Mira si es que dice, ya
Que tú lo sabes leer,
Dónde lo pudo escribir,
Porque en el encierro aquel
Apenas penetra nunca
Rayo de luz: verdad es
Que rotas esta mañana
Puerta y cadenas hallé
Por el preso: debió así
El subterráneo correr,
Y hallando el lienzo...
Osm. ¿Es posible?
(*Asombrado de lo que ha leido*).
Adel. ¿Qué cosa?
Osm. ¡Oh vasallo infiel!
Avisar al Rey es fuerza,
Y al pérfido sorprender.
Adel. ¿Es este el pérfido?
(*Señalando á Marsilla.*)
Osm. No;
Ese noble aragonés
Hoy el ídolo será
De Valencia y de su Rey.
Adel. Zulima viene.
Osm. Silencio
Con ella, y al punto ve
A buscarme. (*Vase.*)
Adel. Norabuena.
Así me hará la merced
De explicarme lo que pasa.

ESCENA III.

ZULIMA, ADEL, MARSILLA.

Zul. Déjame sola.
Adel. Está bien. (*Vase.*)

ESCENA IV.

ZULIMA, MARSILLA.

Zul. Su pecho empieza á latir
Mas fuerte: así que perciba...
(*Aplícale un pomito á la nariz.*)
Mars. ¡Ah!
Zul. Volvió.
Mars. ¡Qué luz tan viva!
No la puedo resistir.
Zul. De aquella horrible mansion
(*Corriendo las cortinas de la ventana.*)
Está á las tinieblas hecho.
Mars. No es esto piedra; es un lecho.
¿Qué ha sido de mi prision?
Zul. Mira este albergue despacio,
Y abre el corazon al gozo.
Mars. ¡Señora...!
Zul. Tu calabozo
Se ha convertido en palacio.
Mars. Di, porque yo no me explico
Milagro tal, di, ¿qué es esto?
Zul. Que eras esclavo, y que presto
Vas á verte libre y rico.
Mars. ¡Libre! ¡Oh divina clemencia!
Y ¿á quién debo tal favor?

Zul. ¿Quién puede hacerle mejor
Que la Reina de Valencia?
Zulima te proporciona
La sorpresa que te embarga
Dulcemente: ella me encarga
Que cuide de tu persona,
Y desde hoy ningun afan
Permitiré que te aflija.
Mars. ¿Eres...?
Zul. Dama suya, hija
Del valeroso Mervan.
Mars. ¿De Mervan? (*Ap.*) ¡Ah! ¡Qué recuerdo!
(*Busca y recoge el lienzo.*)
Zul. ¿Qué buscas tan azorado?
¿Ese lienzo ensangrentado?
Mars. (*Ap.*) Si esta lo sabe, me pierdo.
Zul. ¿Qué has escrito en él?
Mars. No va
Esto dirigido á tí;
Es para el Rey.
Zul. No está aquí.
Mars. Para la Reina será.
Haz pues que á mi bienhechora
Vea: por Dios te lo ruego.
Zul. Conocerás aquí luego
A la Reina, tu señora.
Mars. ¡Oh!...
Zul. No estés con inquietud.
Olvida todo pesar;
Trata solo de cobrar
El sosiego y la salud.
Mars. ¡Defienda próvido el cielo
Y premie con altos dones
Los piadosos corazones
Que dan al triste consuelo!
Tendrá Zulima, tendrás
Tú siempre un cautivo en mí:
Hermoso es el bien por sí,
Pero en una hermosa, mas.
Ayer, hoy mismo, ¿cuál era
Mi suerte? Sumido en honda
Cárcel, estrecha y hedionda,
Sin luz, sin aire siquiera,
Envuelto en infecta nube
Que húmedo exhala el terreno,
Paja corrompida, cieno
Y piedras por cama tuve.
Hoy... si no es esto soñar,
Torno á la luz, á la vida,
Y espero ver la florida
Márgen del Guadalaviar,
Y retratándose en él,
Señoreando la altura,
Blancas como nieve pura
Las torres que alza Teruel.
No es lo mas que me redima
La noble princesa mora;
El bien que me hace, lo ignora
Aún la propia Zulima.
Zul. Ella siempre algun misterio
Supuso en tí, y así espera
Que me des noticia entera
De tu vida y cautiverio.
Una vez que en tu retiro
Las dos ocultas entramos,
Te oimos, y sospechamos
Que no es tu nombre Ramiro.
Mars. Mi nombre es Diego Marsilla,
Y cuna Teruel me dió,
Pueblo que ayer se fundó,
Y es hoy poderosa villa,
Cuyos muros, entre horrores
De atroz guerra levantados,
Fueron con sangre amasados
De sus fuertes pobladores.
Yo creo que al darme ser,
Quiso formar el Señor,
Modelos de puro amor,
Un hombre y una mujer;
Y para hacer la igualdad
De sus afectos cumplida,
Les dió un alma en dos partida,
Y dijo: Vivid y amad.
Al son de la voz creadora
Isabel y yo existimos,
Y ambos los ojos abrimos
En un dia y una hora.
Desde los años mas tiernos
Fuimos ya finos amantes,
Desde que nos vimos, antes
Nos amábamos de vernos;
Porque el amor empezó
A enardecer nuestras almas
Al contacto de las palmas
De Dios cuando las crió;
Y así fué nuestro querer,
Prodigioso en niña y niño,
Encarnacion del cariño
Adelantado al nacer;
Seguir Isabel y yo,
Al triste mundo arribando,
Seguir con el cuerpo amando
Como el espíritu amó.
Zul. Inclinacion tan igual
Solo dichas pronostica.
Mars. Soy pobre, Isabel es rica.
Zul. (*Ap.*) Respiro.
Mars. Tuve un rival...
Zul. ¿Sí?
Mars. Y opulento.
Zul. Y bien...
Mars. Hizo
Alarde de su riqueza...
Zul. ¿Y qué? ¿Rindió la firmeza
De Isabel?

Mars. Es poco hechizo
El oro para quien ama.
Su padre, si, deslumbrado...
Zul. ¿Tu amor dejó desairado,
Privándote de tu dama?
Mars. Le vi, mi pasion habló
Su fuerza exhalando toda,
Y suspendida la boda,
Un plazo se me otorgó,
Para que mi esfuerzo activo
Juntara un caudal honrado.
Zul. ¿Es ya el término pasado?
Mars. Aun vivo, señora, aun vivo.
Seis años y una semana
Me dieron: los años ya
Cumplieron hoy; cumplirá
El primer dia mañana.
Zul. Sigue.
Mars. Un á Dios á la hermosa
Di, que es de mis ojos luz,
Y combatí por la cruz
En las Navas de Tolosa.
Gané con brioso porte
Crédito allí de guerrero;
Luego en Francia prisionero
Caí del conde Monforte.
Huí, y en Siria un francés
Albigense refugiado,
A quien habia salvado
La vida junto á Besiés,
Me dejó, al morir, su herencia:
Volviendo con fama y oro
A España, pirata moro
Me apresó y trajo á Valencia:
Y en pena de que rompió
De mis cadenas el hierro
Mi mano, profundo encierro
En vida me sepultó,
Donde mi raro custodio,
Sin dejarse ver ni oir,
Me prolongaba el vivir,
O por piedad ó por odio.
De aquel horrendo lugar
Me sacais: bella mujer,
Sentir sé y agradecer:
Dí cómo os podré pagar.
Zul. No borres de tu memoria
Tan hidalgo ofrecimiento,
Y haz por escuchar atento
Cierta peregrina historia.
Un jóven aragonés
Vino cautivo al serrallo:
Sus prendas y nombre callo;
Tú conocerás quien es.
Toda mujer se lastima
De ver padecer sonrojos
A un noble: puso los ojos
En el esclavo Zulima,
Y férvido amor en breve
Nació de la compasion:
Aquí es brasa el corazon;
Allá entre vosotros nieve.
Quiso aquel jóven huir;
Fué desgraciado en su empeño;
Le prenden, y por su dueño
Es condenado á morir.
Pero en favor del cristiano
Velaba Zulima: ciega,
Loca, le salva: — más, llega
A brindarle con su mano.
Respuesta es bien se le dé
En trance tan decisivo:
Habla tú por el cautivo;
Yo por la Reina hablaré.
Mars. Ni en desgracia ni en ventura
Cupo en mi lenguaje dolo.
Este corazon es solo
Para Isabel de Segura.
Zul. Medita y concederás
Al tiempo lo que reclama.
¿Sabes tú si es fiel tu dama?
¿Sabes tú si la verás?
Mars. Me matara mi dolor
Si fuera Isabel perjura:
Mi constancia me asegura
La fineza de su amor.
Con espíritu gallardo,
Si quereis, daré mi vida:
Dada el alma y recibida,
Fiel á su dueño la guardo.
Zul. Mira que es poco prudente
Burlar á tu soberana,
Que tiene sangre africana,
Y ama y odia fácilmente.
Y si ella sabe que, cuando
Yo su corazon ofrezco,
La horrible afrenta padezco
De ver que lo estás pisando,
Volverás á tus cadenas
Y á tu negro calabozo,
Y allí yo con alborozo
Que mas encone tus penas,
La nueva te llevaré
De ser Isabel esposa.
Mars. Y en prision tan horrorosa,
¿Cuántos dias viviré?
Zul. ¡Rayo del cielo! el traidor
Cuanto fabrico derrumba:
Defendido con la tumba,
Se rie de mi furor.
Trocarás la risa en llanto.
Cautiva desde Teruel
Me han de traer á Isabel...
Mars. ¿Quién eres tú para tanto?
Zul. Tiembla de mí.
Mars. Furia vana.

Zul. ¡Insensato! la que ves
No es hija de Mervan, es
Zulima.
Mars. ¡Tú la Sultana!
Zul. La Reina.
Mars. Toma, con eso
(*Dándole el lienzo ensangrentado.*)
Correspondo á tu aficion:
Entrega sin dilacion
A hombre leal y de seso
El escrito que te doy.
Sálvete su diligencia.
Zul. ¡Cómo! ¿Qué riesgo...?
Mars. A Valencia
Tu esposo ha de llegar hoy,
Y en llegando, tú y él y otros
Al sedicioso puñal
Pereceis.
Zul. ¿Qué desleal
Conspira contra nosotros?
Mars. Mervan, tu padre supuesto.
Si tu cólera no estalla,
Mi labio el secreto calla,
Y el fin os llega funesto.
Zul. ¿Cómo tal conjuracion
A tí...?
Mars. Frenético ayer
La puerta pude romper
De mi encierro: la prision
Recorro, oigo hablar, atiendo...
— Junta de aleves impía
Era; Mervan presidia.
Traidoras nuevas creyendo,
Tu esposo hoy á la ciudad
Venir debiera. Salvarle
Resuelvo, para obligarle
A ponerme en libertad,
Y con roja tinta humana
Y un pincel de mi cabello
La trama en un lienzo sello,
Y el modo de hacerla vana.
Poner al siguiente dia
Pensaba el útil aviso
En la cesta que el preciso
Sustento me conducia.
Vencióme tenaz modorra,
Mas fuerte que mi cuidado:
Desperté maravillado,
Fuera ya de la mazmorra.
Junta pues tu guardia, pon
Aquí un acero, y que venga
Con todo el poder que tenga,
Contra tí la rebelion.

ESCENA V.

OSMIN, ZULIMA, MARSILLA.

Osm. ¡Señora...!
Zul. (*Ap.*) ¡Un espía!
Mars. (*Ap.*) ¿Qué
Es esto?
Osm. No te dé miedo
Mi vista: perderte puedo;
Pero yo te salvaré.
Zul. ¡Osmin! ¿Tú?
Osm. Cerca de aquí
Está el Rey.
Zul. ¡Destino atroz!
Osm. Mervan ha dado la voz
Contra el Rey y contra tí.
De riesgo doble inminente
Hoy amenazada estás,
Con el verdugo detrás,
Con la rebelion al frente.
Zul. No pienses que me acobarde
Yo de tu voz, ni de nada:
Gente hay aquí denodada,
Que las espaldas me guarde.
Osm. Todos te defenderemos,
Si apartas de tí al cautivo.
Zul. De nadie la ley recibo.
Voces dentro. ¡Muera el tirano!
Mars. Dejemos
Cuestiones: á combatir;
Que llegando á peligrar,
No debe querer triunfar
Quien se pare á discurrir.
¡Una espada!

ESCENA VI.

ADEL, Soldados moros, Dichos.

Adel. Toma y ven,
(*Dando una espada á Marsilla.*)
Que fuerzan ya la alcazaba.
Zul. (*Ap.*) ¡Aquí de la gente brava
Que ha venido con Zaen!
(*Dirígese rápidamente á la puerta del fondo, la abre, y aparece dentro una cuadrilla de bandidos.*)
Adel. / *Osm.* } ¡Traicion!
Soldados moros. ¡Traicion!
Zul. (*A los bandidos.*) Vengadores
De una mujer ofendida,
Quitad á todos la vida.
Los bandidos. ¡Mueran!
Adel, Osm. y los sold. mor. ¡Mueran los traidores!
(*Pelean unos con otros, y cae el telon.*)

ACTO SEGUNDO.

TERUEL.

Sala con tres puertas en casa de don Pedro Segura.

ESCENA PRIMERA.

DON PEDRO, SENTADO; ISABEL, PONIENDO EN UN BUFETE LA ESPADA QUE ACABA DE DESCEÑIR A SU PADRE.

Ped. Basta, hija, basta: escuderos hay para eso. — ¿Tambien las espuelas?

Isab. ¡Es tan dulce para mí serviros, despues de una ausencia tan larga!

Ped. No te me has apartado un instante de la memoria, mientras he permanecido en Monzon. Fuí allá con don Rodrigo de Azagra en servicio del jóven Rey, para defenderle de los Infantes que le disputan el cetro; pero en medio de la agitacion guerrera de aquellos muros, yo pensaba solamente en mi hija, que tan triste habia quedado en Teruel. Y á fe que á la vuelta no te hallo mas alegre.

Isab. ¡Querido padre!

Ped. Y como sé la razon... y no está en mi poder el remedio...

Isab. ¡Qué me recordais!...

Ped. Ya que se ha retirado tu piadosa madre (probablemente á dar gracias á Dios por mi feliz llegada), voy á referirte un suceso, que delante de ella no he querido contar. Os he dicho que nada notable me ha pasado en Monzon: hija mia, no es cierto. La vida de tu padre ha estado en peligro.

Isab. ¡Qué me decís! ¿Cómo?

Ped. Acaso me hayas oido hablar de un caballero llamado Roger de Lizana.

Isab. ¿No es uno de la órden del Temple?

Ped. Sí, por cierto, era templario. Roger, hombre de pasiones fogosas, habia perdido el juicio y el uso de la lengua, devorado por el remordimiento de un crímen oculto: pero, como su demencia era pacífica, no se habia pensado en privarle de libertad. Un dia entra en mi posada furioso, cierra las puertas, echa las llaves por la ventana, y se arroja á mí diciendo en mal articuladas voces que uno de los dos habia de quedar en el sitio.

Isab. ¡Ay, mi Dios!

Ped. Ni él venia con armas, ni estaban las mias en aquel aposento. Roger, debilitado por su dolencia, no era muy temible contrario; pero su frenesi rabioso le prestaba fuerza incansable. La lucha entre los dos fué cruel, espantosa. Diez, veinte veces tuve su cuello bajo mis piés, veinte veces se levantó, y me acometió con mas pertinacia: me fué preciso darle cien muertes, deshacerle, despedazarle de la manera mas horrorosa. Por fin á mis voces, acudió y forzó la puerta don Rodrigo, tu prometido esposo...

Isab. ¡Ah!

Ped. Y dejando á mi víctima en su poder, me aparté de allí con espanto. Lejos de aquel sitio, mi primer impulso fué agradecer al Señor el haberme conservado la vida; luego... te aseguro que sentí no haber perecido á manos del loco, porque, en verdad, no anduve yo muy cuerdo cuando prometí á don Rodrigo tu mano sin consultarte. Con mi muerte, quedabas libre del compromiso.

Isab. ¡Ah, padre! ¿No temeis arrostrar la muerte, y os falta valor para atropellar una palabra?

Ped. Soy esclavo de ella, soy caballero.

ESCENA II.

TERESA, DON PEDRO, ISABEL.

Ter. Señor, una visita.

Ped. Hoy quiero descansar en el seno de mi familia. Di que mañana recibiré la bienvenida de toda Teruel.

Ter. Muy bien pensado. Parece que adivinábais que la tal visita no habia de seros muy agradable. Figuraos que es allá don Martin de Marsilla, que no os puede ver.

Ped. ¿Es Marsilla? que venga. Al enemigo que me busca, nunca me niego.

Ter. ¡Ay! Pues malo es abrir la puerta á los enemigos. (*Vase.*)

Ped. Vete con tu madre, Isabel.

Isab. (*Ap.*) Solo tengo esperanza en ella. (*Vase.*)

ESCENA III.

DON PEDRO.

Vendrá á pedir que se verifique el desafío, que tenemos pendiente. Justo es. El altercado fué al tiempo de mi partida: se difirió el duelo hasta mi regreso, y he vuelto ya. Pero don Martin ha estado enfermo, y creo que aun se halle convaleciente. ¡Oh! si no está bien restablecido, no cruzará su espada con esa. (*Señalando la suya, que está en el bufete.*)

ESCENA IV.

DON MARTIN, DON PEDRO.

Mart. Don Pedro Segura, seais bien venido.

Ped. Y vos, don Martin Garcés de Marsilla,
Seais bien hallado: tomad una silla.
(*Siéntase don Martin, mientras don Pedro va á tomar su espada.*)
Mart. Dejad vuestra espada.
Ped. Con pena he sabido
(*Sentándose.*)
La grave dolencia que habeis padecido.
Mart. Al fin me repuse del todo.
Ped. No sé...
Mart. Domingo Celada...
Ped. ¡Fuerte hombre es, á fe!
Mart. Pues siempre á la barra le gano el partido.
Ped. Así os quiero yo. Desde hoy, elegid
Al duelo aplazado seguro lugar. [hablar.
Mart. Don Pedro, yo os tengo primero que
Ped. Hablad en buen hora: ya escucho, decid.
Mart. Causó nuestra riña...
Ped. La causa omitid:
Sabémosla entrambos. Por vos se me dijo
Que soy un avaro, y os privo de un hijo.
De honor es la ofensa, precisa la lid.
¿Teneisme por hombre de aliento?
Ped. Sí tal.
Si no lo creyera, con vos no lidiara.
Mart. Jamás al peligro le vuelvo la cara.
Ped. Sí, nuestro combate puede ser igual.
Mart. Será por lo mismo...
Ped. Sangriento, mortal...
Ha de perecer uno de los dos.
Mart. Oid un suceso feliz para vos;
Feliz para entrambos.
Ped. Decídmele. ¿Cuál?
Mart. Tres meses hará que en lecho de duelo
Me puso la mano que todo lo guia:
Del riesgo asustada la familia mia,
Quiso en vuestra esposa buscar su consuelo.
Con tino infalible, con próvido celo
Salud en la villa benéfica vierte,
Y enfermo en que airada se ceba la muerte,
Le salva su mano, bendita del cielo.
Con vos irritado, no quise atender
Aviso que daba piadosa inquietud.
«No cobre (decia) jamás la salud,
Si mano enemiga la debe traer.»
Mayor mi teson, á mas padecer,
La muerte en mi alcoba plantó su bandera.
Por fin una noche... ¡Qué noche tan fiera!
Blasfemo el dolor hacíame ser;
Pedia una daga con furia tenaz,
Rasgar anhelando con ella mi pecho...
—En esto á mis puertas, y luego á mi lecho,
Llegó un peregrino, cubierta la faz.
—Angel parecia de salud y paz...
—Me habla, me consuela; benigno licor
Al labio me pone; me alivia el dolor,
Y parte, y no quiere quitarse el disfraz.
—La noche que tuve su postrer visita,
Ya restablecido, sus pasos seguí.
Cruzó varias calles, viniendo hácia aquí,
Y entró en esa ruina de gótica ermita,
Que á vuestros jardines términos limita.
Detúvele entonces; el velo cayó,
Radiante la luna su rostro alumbró...
Era vuestra esposa.
Ped. ¡Era Margarita!
Mart. Confuso un momento, cobréme despues,
Y vióme postrado la noble señora.
—Con tal beneficio, no cabe que ahora
Provoque mi mano sangriento revés.
Don Pedro Segura, decid á quien es
Deudor este padre de verse con vida,
Que ya nuestra lid está fenecida.
Tomad este acero, ponedle á sus piés.
(*Da su espada á don Pedro, que la coloca en el bufete.*)
Ped. ¡Feliz yo que logro el duelo excusar
Con vos, por motivo que es tan lisonjero!
Si pronto me hallásteis, por ser caballero,
Cuidado me daba el ir á lidiar.
Con tal compañera, ¿quién no ha de arriesgar
Con susto la vida, que lleva dichosa?
Ella me será desde hoy mas preciosa,
Si ya vuestro amigo quereisme llamar.
Mart. Amigos seremos.
(*Danse las manos.*)
Ped. Siempre.
Mart. Siempre, sí.
Ped. Y al cabo, ¿qué nuevas teneis de don Diego?
En hora menguada, vencido del ruego
De Azagra, la triste palabra le dí.
Si antes vuestro hijo se dirige á mí,
¡Cuánto ambas familias se ahorran de llanto!
No lo quiso Dios.
Mart. Yo su nombre santo
Bendigo; mas lloro por lo que perdí.
Ped. ¿Pero qué...?
Mart. Despues de la de Maurel,
Donde cayó en manos del conde Simon,
De nadie consigo señal ni razon,
Por mas que anhelante pregunto por él.
Cada dia al cielo con súplica fiel
Pido que me diga qué punto en la tierra
Vivo le sostiene, ó muerto le encierra:
Mundo y cielo guardan silencio cruel.
Ped. El plazo otorgado dura todavía.
Un hora, un instante le basta al Eterno:
Y mucho me holgara, si fuera mi yerno
Quien á mi Isabel tan fino queria.
Pero si no viene, y cúmplese el dia,
Y llega la hora... por mas que me pesa,

Me tiene sujeto sagrada promesa:
Si fuera posible, no la cumpliria.
Mart. Diligencia escasa, fortuna severa
Parece que en suerte á mi sangre cupo:
Quien á la desgracia sujetar no supo,
Muéstrese sufrido cuando ella le hiera.
A Dios.
Ped. No han de veros de aquesa manera.
Yo quiero esta espada; la mia tomad (*Dásela.*)
En prenda segura de fiel amistad. [diera.
Mart. Acepto: un monarca llevarla pu-
(*Vase don Martin, y don Pedro le acompaña.*)

ESCENA V.

MARGARITA, ISABEL.

Marg. (*Ap.*) Aunque nada les oí,
(*Siguiendo con la vista á los dos que se retiran.*)
Deben estar ya los dos
Reconciliados.
Isab. (*Que viene tras su madre.*) Por Dios,
Madre, haced caso de mí.
Marg. No, que es repugnancia loca
La que mostrais á un enlace,
Que de seguro nos hace
A todos merced no poca.
Noble sois; pero mirad
Que quien su amor os consagra,
Es don Rodrigo de Azagra,
Que goza mas calidad,
Mas bienes: en Aragon
Le acatan propios y ajenos,
Y muestra, con vos al menos,
Apacible condicion.
Isab. Vengativo y orgulloso
Es lo que me ha parecido.
Marg. Vuestro padre le ha creido
Digno de ser vuestro esposo.
Prendarse de quien le cuadre
No es lícito á una doncella,
Ni hay mas voluntad en ella
Que la que tenga su padre.
Hoy dia, Isabel, así
Se conciertan nuestras bodas:
Así nos casan á todas,
Y así me han casado á mí.
Isab. ¿No hay á los tormentos mios,
No hay mas consuelo que deis?
Marg. Basta: no me recordeis
Vuestros locos amoríos.
Yo por delirios no abogo.
Idos.
Isab. En vano esperé.
(*Sollozando al retirarse.*)
Marg. ¡Qué! ¿Llorais?
Isab. Aun no me fué
Vedado este desahogo.
Marg. Al Señor con fe sencilla
Ese llanto encaminad.
Infinita es su piedad.
Aun puede volver Marsilla.
Isab. ¡Ah! vos le nombrais. (*Arrebatada.*)
Marg. Me asombro
De vos, Isabel, me espanto.
¿Debeis conmoveros tanto
Solo porque yo le nombro?
Puede volver, es verdad;
Mas siendo cosa indecisa,
Conviene esperar sumisa
La divina voluntad.
Isab. Bien, señora, se me alcanza
Lo que exige la obediencia,
Mi estado, mi conveniencia,
Y en fin mi poca esperanza.
Muerto es mi adorado ya...
Cuatro años há que no escribe...
¡Cuatro años!... Y acaso vive;
Pero ¡cómo vivirá!
Tal vez, llorando, en Sion
Arrastra por mí cadenas,
Quizá gime en las arenas
De la líbica region.
Con aviso tan funesto
No habrá querido afligirme.
Yo trato de persuadirme,
Y sin cesar pienso en esto.
Yo me propuse aprender
A olvidarle, sospechando
Que infiel estaba gozando
Caricias de otra mujer.
Yo escuché de su rival
Los acentos desabridos,
Y logré de mis oidos
Que no me sonaran mal.
¡Pero ay! cuando la razon
Iba á proclamarse ufana,
Vencedora soberana
De la rebelde pasion;
Al recordar la memoria
Un suspiro de mi ausente,
Se arruinaba de repente
La fortaleza ilusoria,
Y con ímpetu mayor,
Tras el combate perdido,
Se entraba por mi sentido
A sangre y fuego el amor.
Yo entonces á la virtud
Nombre daba de falsía,
Rabioso llanto vertia,
Y hundirme en el atahud
Juraba en mi frenesí
Antes que rendirme al yugo
De ese hombre, fatal verdugo,
Genio infernal para mí.

Marg. Por Dios, por Dios, Isabel,
Moderad ese delirio:
Vos no sabeis el martirio
Que me haceis pasar con él.
Isab. ¡Qué! ¿mi audacia os maravilla?
Pero estando ya tan lleno
El corazon de veneno,
Fuerza es que rompa su orilla.
No á vos, á la piedra inerte
De esa muralla desnuda,
A esa bóveda que muda
Oyó mi queja de muerte,
A este suelo donde mella
Pudo hacer el llanto mio,
A no ser tan duro y frio
Como alguno que le huella,
Para testigos invoco
De mi doloroso afan;
Que si alivio no le dan,
No les ofende tampoco.
Marg. ¿Quién con ánimo sereno
La oyera? — El dolor mitiga:
De una madre, de una amiga
Ven al cariñoso seno.
Conóceme, y no te ahuyente
La faz severa que ves:
Máscara forzosa es
Que dió el pesar á mi frente;
Pero tras ella te espera,
Para templar tu dolor,
El tierno, indulgente amor
De una madre verdadera.
Isab. ¡Madre mia! (*Abrázanse.*)
Marg. Mi ternura
Te oculté... porque debí...
— ¡Há quince años que hay aquí
Guardada tanta amargura!
Yo hubiera en tu amor filial
Gozado, y gozar no debo
Nada ya desde que llevo
El cilicio y el sayal.
Isab. ¡Madre!
Marg. Temí, recelé
Dar á tu amor incentivo,
Y solo por correctivo
Severidad te mostré.
Mas oyéndote gemir
Cada noche desde el lecho,
Y á veces en tu despecho
Mis rigores maldecir,
Yo al Señor, de silencioso
Materno llanto hecha un mar,
Ofrecí mil veces dar
Mi vida por tu reposo.
Isab. ¡Cielos! ¡Qué revelacion
Tan grata! ¡Qué injusta he sido!
¿Que tanto me habeis querido?
¡Madre de mi corazon!
Perdonadme... ¡Qué alborozo
Siento, aunque llorar me veis!
Seis años há, mas de seis,
Que tanta dicha no gozo.
Mi desgracia contemplad,
Pues ya por ventura cuento
Que mis penas un momento
Aplaquen su intensidad.
Pero este rayo que inunda
En viva luz mi alma yerta,
¿Dejareis que se convierta
En lobreguez mas profunda?
Madre, madre á quien adoro,
El labio os pongo en el pié:
Mi aliento aquí exhalaré
Si no cedeis á mi lloro. (*Póstrase.*)
Marg. Levanta, Isabel; enjuga
Tus ojos; confia: sí,
Cuanto dependa de mí...
Isab. Ya veis que en rápida fuga
El tiempo desaparece.
Si pasan tres dias, ¡tres!
Todo me sobra despues,
Toda esperanza fallece.
Mi padre, por no faltar
A la palabra tremenda,
Le rendirá por ofrenda
Mi albedrío en el altar.
Vuestras palabras imprimen
En su alma la persuasion:
En mí toda reflexion
Fuera desacato, crímen.
Y yo, señora, lo veo:
Podrá llevarme á casar;
Pero en vez de preparar
Las galas del himeneo,
Que á tenerme se limite
Una cruz y una mortaja,
Que esta gala y esta alhaja
Será lo que necesite.
Marg. No, no, Isabel; cesa, cesa;
Yo en tu defensa me empeño:
No será Azagra tu dueño,
Yo anularé la promesa.
Me oirá tu padre, y tamaños
Horrores evitará.
Hoy madre tuya será
Quien no lo fué tantos años.

ESCENA VI.

TERESA, MARGARITA, ISABEL.

Ter. Señoras, don Rodrigo de Azagra pide licencia para visitaros.
Marg. Hazle entrar: á buen tiempo llega. (*Vase Teresa.*)
Isab. Permitid que yo me retire.

Marg. Quédate en la pieza inmediata, y escucha nuestra conversacion.

Isab. ¿Qué vais á decirle?

Marg. Oyelo, y acabarás de hacer justicia á tu madre.

(*Vase Isabel.*)

ESCENA VII.

DON RODRIGO, MARGARITA.

Marg. ¡Ilustre don Rodrigo...!

Rod. ¡Señora! Al fin nos vemos.

Marg. Honrad mi estrado, ya que la prisa de venir á mi casa no os ha dejado sosegar en la vuestra.

Rod. Aquí vengo á buscar el sosiego que necesito. (*Siéntanse.*) ¿Qué me decís de mi desdeñosa?

Marg. ¿Me permitireis que hable con toda franqueza?

Rod. Con franqueza pregunto yo. — Hablad.

Marg. Mi esposo os prometió la mano de su hija única, y por él debeis contar de seguro con ella. Pero la delicadeza de vuestro amor y la elevacion de vuestro carácter ¿se satisfarian con la posesion de una mujer cuyo cariño no fuese vuestro?

Rod. El corazon de Isabel no es ahora mio, lo sé; pero Isabel es virtuosa, es el espejo de las doncellas: cumplirá lo que jure; apreciará mi rendida fe, y será el ejemplo de las casadas.

Marg. Mirad que su afecto á Marsilla no se ha disminuido.

Rod. No me inspira zelos un rival cuyo paradero se ignora, cuya muerte para mí es indudable.

Marg. ¿Y si volviese aun? ¿Y si antes de cumplirse el término se presentara tan enamorado como se fué, y con grandes mejoras en su fortuna?

Rod. Mal haria en aparecer antes, ó despues de mis bodas. Él prometió renunciar á Isabel, si no se enriquecia en seis años; pero yo nada he prometido. Si vuelve, si vive, uno de los dos ha de quedar solo junto á Isabel. La mano que pretendemos ambos, no se compra con oro; se gana con hierro, se paga con sangre.

Marg. Vuestro lenguaje no es muy reverente para usado en esta casa y conmigo; pero os le perdono, porque me perdoneis la pesadumbre que voy á daros. Yo, noble don Rodrigo, yo que hasta hoy consentí en vuestro enlace con Isabel, he visto por último que de él iba á resultar su desgracia y la vuestra: tengo pues que deciros, como cristiana y madre, tengo que suplicaros por nuestro Señor y nuestra Señora, que desistais de un empeño, ya poco distante de la temeridad.

Rod. Ese empeño es público, hace muchos años que dura, y se ha convertido para mí en caso de honor. Es imposible que yo desista. No os opongais á lo que no podreis impedir.

Marg. Aunque habeis desairado mi ruego, tal vez no le desaire mi esposo.

Rod. Mucho alcanzais con él; adora en vos, y lo mereceis, porque há quince años que os empleais en la caridad y la penitencia; pero... ¿os ha contado ya la muerte de Roger de Lizana?

Marg. ¡Cómo! ¿Roger ha muerto?

Rod. Sí, loco y mudo, segun estaba; desgraciadamente, segun merecia, y á manos de don Pedro, como era justo.

Marg. ¡Cielos! Nada sabia de ese infeliz.

Rod. Ese infeliz era muy delincuente, era el seductor de una dama ilustre.

Marg. ¡Don Rodrigo!

Rod. Y la dama era la esposa mas respetable de esta ciudad.

Marg. Por compasion..... Roger ha muerto.

Rod. Espiró en mis brazos: yo tendí sobre el féretro su cadáver: yo hallé sobre su corazon unas cartas...

Marg. ¡Cartas!

Rod. De mujer: cinco: sin firma todas; pero yo os las presentaré, y vos me direis quien las ha escrito.

Marg. ¡Callad! ¡callad!

Rod. Si no, acudiré á vuestro esposo: bien conoce la letra.

Marg. ¡No! Dádmelas, rompedlas, quemadlas.

Rod. Se os entregarán; pero Isabel me ha de entregar á mí su mano primero. Dios os guarde, Señora.

Marg. Deteneos, oidme.

Rod. Para que os oiga, venid á verlas.

(*Vase.*)

Marg. Escuchad, escuchadme.

(*Vase tras don Rodrigo.*)

ESCENA VIII.

ISABEL, Y DESPUES TERESA.

Isab. ¿Qué es lo que oí? No lo he comprendido, no quiero comprender ese misterio horrible: solo entiendo que de infeliz, he pasado á mas.

(*Sale Teresa.*)

Ter. Señora, un jóven extranjero ha llegado á casa pidiendo que se le dejara descansar un rato...

Isab. Recíbele, y déjame: no puedo hablar ahora ni ver á nadie.

Ter. Ya se le recibió, y le han agasajado con vino y magras; por señas que nada de ello ha probado, como si fuera moro ó judío. Aparte de esto, es muy lindo muchacho: he trabado conversacion con él, y dice que viene de Palestina.

Isab. ¿De Palestina?

Ter. Yo me acordé al punto del pobre don Diego... Como os figurais que debe estar por allá...

Isab. ¡Sí! Llámale pronto. (*Vase Teresa.*) ¡Vírgen piadosa! Que haya sido sueño lo que pienso que oí. ¡Oh! pensemos en el que viene de Palestina.

ESCENA IX.

ZULIMA, EN TRAJE DE NOBLE ARAGONÉS; TERESA, ISABEL.

Zul. El cielo os guarde.
Isab. Y á vos
Tambien.
Zul. (*Ap.*) Mi rival es esta.
Isab. Mejor podreis descansar
En esta sala, que fuera.
Ter. Este mancebo, señora,
Viene de lejanas tierras,
De Jerusalen, de Jope,
De Belen y de Judea.
Isab. ¿Cierto?
Zul. Sí.
Ter. Y ha conocido
Allá gente aragonesa.
Zul. Un caballero traté
De Teruel.
Isab. ¿Cuál? ¿Quién? ¿Quién era?
Su nombre.
Zul. Diego Marsilla.
Isab. ¡Os trajo Dios á mi puerta! —
¿Dónde le dejais?
Ter. Entonces
¿Era ya rico?
Zul. Una herencia
Cuantïosa le dejaron
Allí.
Isab. Pero ¿dónde queda?
Zul. Hace poco era cautivo
Del rey moro de Valencia.
Isab. ¡Cautivo! ¡Infeliz!
Zul. No tanto.
La esposa del Rey, la bella,
La generosa Zulima,
Le quiso.
Ter. ¡Qué desvergüenza!
Isab. ¡Y qué! ¿No viene por eso
Marsilla donde le esperan?
Ter. ¿Se ha vuelto moro quizá?
Zul. (*Ap.*) Ya que padecí, padezca.
Finjamos.
Isab. Hablad.
Zul. No es fácil
Resistir á una princesa
Hermosa y amante: al fin
Marsilla, para con ella,
Era un miserable.
Ter. Pero
Vamos, acabad...
Isab. (*Ap.*) ¡Apenas
Vivo!
Zul. El Rey llegó á saber
Lo que pasaba; la Reina
Se salvó, favorecida
Por un bandido, cabeza
De la cuadrilla temible
Que hoy anda por aquí cerca;
Y Marsilla...
Isab. ¿Qué?
Zul. Rogad
A Dios que le favorezca.
Isab. ¡Ha muerto! ¡Jesus! valedme.
(*Desmáyase.*)
Ter. ¡Isabel! ¡Isabel! ¡Buena
La habeis hecho!
Zul. (*Ap.*) Sabe amar
Esta cristiana de veras:
Yo sé mas; yo sé vengarme.
Ter. ¡Señora! ¡Paula! ¡Jimena!
(*A Zul.*) Buscad agua, llamad gente.
Zul. Allá voy. (*Ap.*) Con esta nueva
Se casará. (*Vase.*)
Ter. ¡Dios confunda
La boca ruin que nos cuenta
Noticia tan triste!... Pero
Un prójimo que no prueba
Cerdo ni vino, ¿qué puede
Dar de sí?
(*Salen dos criadas, que traen agua.*)
Venid apriesa
Vosotras: dadme aquí, dadme
El agua.
Isab. ¡Ay Dios! ¡ay Teresa!

ESCENA X.

MARGARITA, ISABEL, TERESA, CRIADAS.

Marg. ¿Qué sucede?
Isab. ¡Ay, madre mia!
Ya no es posible que venga.

Murió.
Marg. ¿Quién? ¿Marsilla?
Ter. ¿Quién
Ha de ser?
Isab. Y ha muerto en pena
De serme infiel.
Ter. Una mora,
Que dicen que no era fea,
La esposa del reyezuelo
Valenciano, buena pieza
Sin duda, nos le quitó.
Isab. ¡En esto paran aquellas
Ilusiones de ventura
Que alimentaba risueña!
Conmigo nacieron, ¡ay!
Se van, y el alma se llevan.
Ese infausto mensajero
¿Dónde está? Dile que vuelva.
Marg. Sí: yo le preguntaré...
Ter. Pues como nos dé respuestas
Por el estilo... Seguidme.
(*Vanse Teresa y las criadas.*)

ESCENA XI.

MARGARITA, ISABEL.

Isab. ¿Quién figurarse pudiera
Que me olvidara Marsilla?
¡Qué sonrojo! ¡qué vileza!
Pero ¿cómo ha sido, cómo
Fué que no lo presintiera
Mi corazon? No es verdad:
Imposible que lo sea.
Se engañó, si lo creyó,
La Sultana de Valencia.
Solo por volar á mí,
Quebrantando sus cadenas,
Dejó soñar á la mora
Con esa falaz idea.
Mártir de mi amor ha sido,
Que desde el cielo, en que reina,
De su martirio me pide
La debida recompensa.
Yo se la daré leal,
Yo defenderé mi diestra:
Viuda del primor amor
He de bajar á la huesa.
Llorar libremente quiero
Lo que de vivir me resta,
Sin que pueda hacer ninguno
De mis lágrimas ofensa.
No he de ser esposa yo
De Azagra: primero muerta.
Marg. ¿Tendrás valor para...?
Isab. Sí,
Mi desgracia me le presta.
Marg. ¿Y si te manda tu padre...?
Isab. Diré que no.
Marg. Si te ruega...
Isab. No.
Marg. Si amenaza..
Isab. Mil veces
No. Podrán enhorabuena,
De los cabellos asida
Arrastrarme hasta la iglesia,
Podrán maltratar mi cuerpo,
Cubrirle de áspera jerga,
Emparedarme en un claustro,
Donde lentamente muera:
Todo esto podrán, sí; pero
Lograr que diga mi lengua
Un sí perjuro, no.
Marg. Bien,
Bien. Tu valor me consuela.
(*Ap.* Nada oyó: mas vale así.
La culpa, no la inocencia
Debe padecer.) Ten siempre
Esa misma fortaleza,
Y no te dejes vencer,
Suceda lo que suceda.
Tambien se armará tu madre
De valor en tu defensa.
Matrimonio sin cariño
Crímenes tal vez engendra.
Yo sé de alguna infeliz
Que dió su mano violenta,
Y siendo ya madre.... ¡ay! sí,
Desdoró su vida honesta,
Y lleva quince años ya
De dolor y penitencia,
Y al fin le toca morir
De oprobio justo cubierta.
Isab. ¡Ah, madre! ¿qué dije yo?
Me olvidé con esa nueva
De otra desdicha tan grande,
Que á mi desdicha supera. [Isabel!
Marg. (*Con arrebato.*) ¡No te cases,
Isab. Sí, madre: mi vida es vuestra:
Dárosla me manda Dios,
Lo manda naturaleza.
Marg. ¡Hija!
Isab. Por fortuna mia,
Marsilla al morir, me deja
El corazon sin amor,
Y sin lugar donde prenda.
Por mas fortuna, Marsilla
De mí se olvidó en la ausencia,
Y puso en otra mujer
El amor que me debiera.
Por dicha mayor, Azagra
Es de condicion soberbia,
Zeloso, iracundo: así
Mis lágrimas y querellas
Insufribles le serán,
Querrá que yo las contenga,

No podré, se irritará
Y me matará.
Marg. ¡Me aterras,
Hija, me matas á mí!
Isab. Tengo yo cartas que lea:
Puede encontrármelas.
Marg. ¡Oh
Si como las tuyas fueran
Otras!...
Isab. Y tengo un retrato
En esta joya. (*Saca un relicario.*)
¿Son esas
Sus facciones? Pues sabed
Que sin maestro ni regla,
De amor guiada la mano,
Torpe antes y luego diestra,
Yo supe á ese rostro dar
Semejanza tan perfecta.
Me sirvió para suplir
De Marsilla la presencia;
Inútil sirviente ya,
Fuera de la casa queda.
Permitidme que le bese
Por última vez, por esta.
Tomad. ¿Veis? El sacrificio
Consumo, y estoy serena,
Tranquila... como la tumba.
Imitad vos mi entereza,
Mi calma... y no me digais
Una palabra siquiera.
De mí vuestra fama pende:
La conservareis ilesa.
Yo me casaré: no importa,
No importa lo que me cuesta. (*Vase.*)

ESCENA XII.

MARGARITA.

¿Y debo yo consentir
Que la inocente Isabel
Por mi egoismo cruel
Se ofrezca mas que á morir?
Pero ¿cómo he de sufrir
Que, perdida mi opinion,
Me llame todo Aragon
Hipócrita y vil mujer?
Mala madre me hace ser
Mi buena reputacion.
A todo me resignara
Con ánimo ya contrito,
Si al saberse mi delito,
Yo sola me deshonrara.
Pero á mi esposo manchara
Con ignominia mayor.
¡Hija infeliz en amor!
¡Hija desdichada mia!
Perdona la tiranía
De las leyes del honor.

ACTO TERCERO,

DIVIDIDO EN DOS PARTES.

PARTE PRIMERA.

Retrete (ó gabinete) de Isabel, con dos puertas.

ESCENA PRIMERA.

ISABEL, TERESA.

Aparece Isabel ricamente vestida, sentada en un sillon junto á una mesa, en la cual hay un espejo de mano, hecho de metal. Teresa está acabando de adornar á su ama.

Ter. ¿Qué os parece el adorno de la cabeza? Nada, ni me oye. Que os mireis, os digo: tomad el espejo. (*Se le da á Isabel, que maquinalmente le toma, y deja caer la mano sin mirarse.*) A esotra puerta. ¡Miren qué trazas estas de novia! Prenderé el velo como se pueda. (*Isabel inclina la cabeza.*) Pero alzad la cabeza, Isabel. Si esto es amortajar un difunto.

Isab. ¡Marsilla!

Ter. (*Ap.* Dios le haya perdonado.) Ea, se concluyó. Bien estais. Ello, sí, me habeis hecho perder la paciencia treinta veces.

Isab. ¡Madre mia!

Ter. Si echais menos á mi señora, ya os he dicho que no está en casa, porque para ella la caridad es antes que todo. El juez de este año, Domingo Celada, tenia un hijo en tierra de infieles: Jaime, ya le conoceis. Hoy, sin que hubiese noticia de que viniera, se le han encontrado en el camino de Valencia unos mercaderes, herido y sin conocimiento. Por un rastro de sangre, que iba á parar á un hoyo, se ha conocido que debieron echarle dentro; y se cree que hasta poder salir, habrá estado en el hoyo quizá mas de un dia, porque las heridas no son recientes. Vuestra madre ha sido llamada para asistirle: me ha encargado que os aderece; os he puesto hecha una imágen; y ni siquiera he logrado que deis una mirada al vestido para decir si os gusta.

Isab. Sí, es el último.

Ter. ¡El dulcísimo nombre de Jesus! No lo querrá Dios, Isabelita de mi alma: no lo querrá Dios; antes os hará tan dichosa como vos mereceis. Pero salid de ese abatimiento: mirad que ya van á venir los convidados á la boda, y es menester no darles que decir.

Isab. ¿Qué hora es ya? (*Con sobresalto.*)

Ter. No tardarán en tocar á vísperas ahí al lado, en San Pedro. Es la hora en que salió de Teruel don Diego, y hasta que pase, mi señor no se considera libre de su promesa.

Isab. Sí, á esa hora, á esa hora misma partió... para nunca volver. En este aposento, allí, delante de ese balcon estaba yo llorando sobre mi labor, como ahora sobre mis galas. Continuamente miraba á la calle por donde habia de pasar, para verle; ahora, aunque mire, no lo veré. Por allí vino, dirigiendo el fogoso alazan, enseñado á pararse bajo mis balcones. Por allí vino, vestida la cota, la lanza en la mano, al brazo la banda, último don de mi cariño. «Hasta la dicha, ó hasta la tumba,» me dijo. «Tuya, ó muerta,» le dije yo, y caí sin aliento en el balcon mismo, tendidas las manos hácia la mitad de mi alma que se ausentaba. — ¡Suya, ó muerta! Y voy á dar la mano á don Rodrigo. ¡Bien cumplo mi palabra!

Ter. Hija mia, desechad esas ideas. Yo ¿qué os he de decir para consolaros? Que os he visto nacer, que habeis jugado en mis brazos y en mis rodillas... y que diera yo porque recobraseis la paz del alma y fueseis feliz, diera yo todos los dias que me quedan que vivir, menos uno para verlo.

Isab. ¿Feliz, Teresa? Con este vestido, ¿cómo he de ser feliz? ¡Pesa tanto, me ahoga tanto...! Quítamele, Teresa. (*Levantándose.*)

Ter. Señora, que viene don Rodrigo.

Isab. ¿Don Rodrigo? Busca pronto á mi madre. (*Vase Teresa.*)

ESCENA II.

DON RODRIGO, ISABEL.

Rod. Mis ojos por fin os ven
A solas, ángel hermoso.
Siempre un amargo desden
Y un recato rigoroso
Me han privado de este bien.
—Trémula estais: ocupad
La silla.

Isab. ¡Ante mi señor!

Rod. Esclavo direis mejor.
Soberana es la beldad
En el reino del amor.

Isab. ¡Mentida soberanía!

Rod. De mi rendimiento fiel,
Que dudarais, no creia.
¡Si á conocer, Isabel,
Llegaseis el alma mia!

Isab. ¿Para qué? Señas ha dado
Que indican su índole bella.

Rod. Mi destino desastrado
Solo mostrar me ha dejado
Lo deforme que hay en ella.
Un Azagra conoceis
Orgulloso y vengativo;
Y otro por fin hallareis,
Que en vuestro rigor esquivo
Figuraros no podeis.
El Azagra que os adora,
El Azagra para vos,
Aun no le visteis, señora,
Y nos conviene á los dos
Una explicacion ahora.

Isab. Mis padres pueden mandar;
Yo tengo que obedecer;
Nada pretendo saber:
Hiciera bien en callar
Quien ha logrado vencer.

Rod. El vencedor, que aparece
Lleno ante vos de amargura,
Manifestaros ofrece
Que sabe lo que merece
Doña Isabel de Segura.
Os vi, y en vos admiré
Virtud y belleza rara:
Digno de vos me juzgué,
Y uniros á mí juré,
Costara lo que costara.
Maldicion mas espantosa
No pudo echarme jamás
Una lengua venenosa,
Que decir: «No lograrás
Hacer á Isabel tu esposa.»
«Lidiaré, si es necesario,
Por ella, con todo el orbe,
Clamaba yo de ordinario;
¡Infeliz el que me estorbe,
Competidor, ó contrario!»
En mi zeloso furor
Cabe hasta lo que denigre
Mi calidad y mi honor.
Amo con ira de tigre;
Pero es muy grande mi amor.
No el vuestro, tan delicado,
Me pinteis para mi mengua:
Quizá no le haya expresado
En seis años vuestra lengua,
Sin que me lo hayan contado.
Cuantas cartas escribió
Marsilla ausente, leí:
Él su retrato no vió,
Yo sí; junto á vos aquí
Siempre tuve un guarda yo.
Ha sido mi ocupacion
Observaros noche y dia;

Y abandonaba á Monzon
Siempre que lo permitia
La marcial obligacion.
Viéndoos al balcon sentada
Por las noches á la luna,
Mi fatiga era pagada:
Jamás fué mujer ninguna
De amante mas respetada.
Para romper mis prisiones,
Para defectos hallaros,
Fueron mis indagaciones;
Y siempre para adoraros
Encontré nuevas razones.
Seducido el pensamiento
De lisonjeros engaños,
Un favorable momento
Espero, hace ya seis años,
Y aun llegado no le cuento.
Pero, por dicha, quizá
No deba estar muy distante.

Isab. ¡Qué! ¿Pensais que cesará
Mi pasion, muerto mi amante?
No; lo que yo vivirá.

Rod. Pues bien, amad, Isabel,
Y decidlo sin reparo;
Que con ese amor tan fiel,
Aunque á mí me cueste caro,
Nunca me hallareis cruel.
Mas si ese afecto amoroso,
Cuya expresion no limito,
Mantener os es forzoso,
Yo, mi bien, yo necesito
El nombre de vuestro esposo.
No mas que el nombre, y concluyo
De desear y pedir:
Todas mis dichas incluyo
En la dicha de decir:
« Me tienen por dueño suyo. »
Separada habitacion,
Distinto lecho tendreis:
¿Quereis mas separacion?
Vos en Teruel vivireis,
Yo en la corte de Aragon.
¿Temeis que la soledad
Bajo mi techo os consuma?
Vuestros padres os llevad
Con vos; mudareis en suma
De casa y de vecindad.
Nunca sin vuestra licencia
Veré esos divinos ojos...
— ¡Ay! Dádmela con frecuencia. —
Si os oprimen los enojos,
Hablad, y mi diligencia
Ya cañas, ya una batida,
Ya banquetes dispondrá.
Si llorais... ¡Prenda querida!
Cuando lloreis, ¿qué os dirá
Quien no ha llorado en su vida?
Míseros ambos, hacer
Con la indulgencia podemos
Menor nuestro padecer.
Ahora, aunque nos casemos,
¿Me podreis aborrecer?

Isab. ¡Don Rodrigo! ¡Don Rodrigo!
(*Sollozando.*)

Rod. ¿Llorais? ¿Es porque me muestro
Digno de ser vuestro amigo?
¿No sufrí del odio vuestro
Bastante el duro castigo?

Isab. ¡Oh! no, no: mi corazon
Palpitar de odio no sabe.

Rod. Ni al mirar vuestra afliccion,
Hay fuerza en mí que no acabe
Rindiéndose á discrecion.
Es ya el caso de manera,
Que el infausto desposorio
Viene á ser obligatorio
Para ambos: lo demás fuera
Dar escándalo notorio.
Pero el amor que os consagro
Se ha vuelto á vos tan propicio,
Que si Dios en su alto juicio
Quiere obrar hoy un milagro...
Contad con un sacrificio.
Ayer, si resucitara
Mi aciago rival Marsilla,
Sin compasion le matara,
Y, sin limpiar la cuchilla,
Corriera con vos al ara.
Hoy, resucitado ó no,
Si antes que me deis el sí
Viene... que triunfe de mí.

Isab. ¡Vos sí que triunfais así
De esta débil mujer!
(*El llanto le ahoga la voz por unos instantes; luego al ver á don Pedro y á los que le acompañan, se contiene exclamando.*)
¡Oh!

ESCENA III.

DON PEDRO, DON MARTIN, TERESA, DAMAS, CABALLEROS, PAJES; ISABEL, DON RODRIGO.

Ped. Hijos, el sacerdote que ha de bendecir vuestra union, ya nos está esperando en la iglesia; tanto mis deudos como los de Azagra me instan á que apresure la ceremonia; pero aun no ha fenecido el plazo que otorgué á don Diego. Al toque de vísperas de un domingo salió de su patria el malogrado jóven, seis años y siete dias hace: hasta que suene aquella señal en mi oido, no soy libre para disponer de mi hija. (*A don Martin.*) Porque veais de qué

modo cumplo mi promesa, os he rogado que vinierais aquí.

Mart. ¡Inútil escrupulosidad! No os detengais. No romperá mi hijo el seno de la tierra para reconveniros.

Isab. (*Ap.*) ¡Infeliz!

Ped. Fiel á lo que juré me verá desde el túmulo, cual me hallaria viviendo.

Rod. Isabel deseará la compañía de su madre: pudiéramos pasar por casa del juez...

Ter. Ahora empezaba el herido á volver en su conocimiento. Si antes de vísperas no se halla mi señora en la iglesia, es señal de que no puede asistir á los desposorios: esto me ha dicho.

Ped. La esperaremos en el templo. (*A don Martin.*) Si la pesadumbre os permite acompañarnos, venid...

Mart. Excusadme presenciar un acto que debe serme tan doloroso...

Ped. Estad seguro de que mientras no oigais las campanas, no habrá dado su mano Isabel. Estos caballeros podrán atestiguar que se esperó hasta el cabal vencimiento del plazo. Marchemos.

Isab. (*Ap.*) Morada de mi pasado bien, ¡á Dios para siempre!

(*Vanse todos, menos don Martin.*)

ESCENA IV.

DON MARTIN.

Con pena, con zelos veo yo á Isabel dirigirse al altar. La tenia ya por hija, me quitan su filial cariño, y ella consiente. Pero ¿qué falta hace al mísero cadáver de mi hijo la constancia de la que él amó? Si su sombra necesita lágrimas, ¿no le bastan las mias?

ESCENA V.

ADEL, DON MARTIN.

Adel. Cristiano, busco á Martin Marsilla, que está aquí, segun se me dice: ¿eres tú?

Mart. Yo soy.

Adel. ¿Qué sabes de tu hijo?

Mart. ¡Moro!... Su muerte.

Adel. Esa noticia... ¿quién la ha traido?

Mart. Un jóven forastero.

Adel. ¿En donde pára?

Mart. Apenas se detuvo en Teruel: yo no pude verle.

Adel. ¿Qué ha pasado con Jaime Celada?

Mart. Le han herido gravemente al llegar á la villa: en su lecho yace todavía sin voz ni conocimiento.

Adel. ¿Luego tú nada sabes?

Mart. ¿Qué vas á decirme?

Adel. Acabo de averiguar que disfrazada con traje cristiano, ha entrado en Teruel Zulima, la esposa del Amir de Valencia.

Mart. ¿La que fué causa de la pérdida de mi hijo?

Adel. Ella es la que ha fingido esa pérdida. Él la desdeñó, y ella se ha vengado mintiendo.

Mart. ¡Mintiendo!

Adel. ¡Anciano! Bendice al Señor: aun eres padre.

Mart. ¡Dios poderoso!

Adel. Tu hijo libró de un asesinato pérfido al Amir de Valencia, y el Amir le ha colmado de riquezas y honores. Herido en un combate, no se le permitió caminar hasta reponerse. Jaime venia delante para anunciar su vuelta... Sigueme, y no pararé hasta poner á Marsilla en tus brazos. (*Vase.*)

Mart. (*Alzando las manos al cielo, arrebatado de júbilo.*) ¡Señor! ¡Señor!

ESCENA VI.

MARGARITA, DON MARTIN.

Marg. (*Dentro.*) ¡Isabel! ¡Isabel! (*Sale, y repara en don Martin, que se retiraba con Adel.*) Don Martin...

Mart. (*Deteniéndose.*) Margarita, sabedlo...

Marg. Sabedlo el primero. Jaime Celada...

Mart. Ese moro que veis...

Marg. Ha vuelto en sí.

Mart. Viene de Valencia.

Marg. Jaime tambien.

Mart. Vive mi hijo.

Marg. Lo ha dicho Jaime. Corred, impedid ese casamiento. (*Oyese el toque de vísperas.*)

Mart. ¡Ah! Ya es tarde.

Marg. ¡Dios ha rechazado mi sacrificio!

Mart. ¡Hijo infeliz!

Marg. ¡Hija de mis entrañas! (*Vanse.*)

SEGUNDA PARTE.

Bosque inmediato á Teruel.

ESCENA PRIMERA.

MARSILLA, ATADO A UN ARBOL.

Infames bandoleros,
Que me habeis á traicion acometido,

Venid y ensangrentad vuestros aceros:
La muerte ya por compasion os pido.
—Nadie llega, de nadie soy oido:
Vuelve el eco mis voces, y parece
Que goza en mi dolor y me escarnece.
Me adelanté á la escolta que traia:
Su lento caminar me consumia.
Yo vengo con amor, ellos con oro.
—Enemigos villanos,
Los ricos dones del monarca moro
No, como yo, darán en vuestras manos:
Tienen quien los defienda.
Pero las horas pasan, huye el dia.
¿Qué vas á imaginar, Isabel mia?
¿Qué pensarás, idolatrada prenda,
Si esperando abrazar al triste Diego,
Corrido el plazo ves, y yo no llego?
Mas por Jaime avisados
En mi casa estarán: pronto, azorados
Con mi tardanza... Sí, ya se aproxima
Gente. ¿Quién es?

ESCENA II.

ZULIMA, EN TRAJE DE HOMBRE; MARSILLA.

Zul. Yo soy.
Mars. ¡Cielos! ¡Zulima!
¿Tú aquí? (*Ap.*) ¡Presagio horrendo!
Zul. Vecinos de Teruel vienen corriendo,
A quienes, mas que á mí, toca librarte:
Yo solo en esta parte
Me debo detener, mientras te digo
Que Isabel es mujer de don Rodrigo.
Mars. ¡Gran Dios! Mas no; me engañas, impostora.
Zul. Zaen, que llega de Teruel ahora,
Zaen ha visto dar aquella mano
Tan ansiada por tí.
Mars. Finges en vano.
Tú ignoras que mi próxima llegada
Previno un mensajero.
Zul. Tú no sabes
Que un tirador certero
Supo dejar tu prevision burlada,
Saliéndole al camino al mensajero.
Yo hablé con Isabel, yo de tu muerte
La noticia le di, y á los bandidos
Encargué que tu viaje detuvieran.
Yo, celebradas de Isabel las bodas,
Te las vengo á anunciar.
Mars. ¿Con que es ya tarde?
Zul. Mira mi gozo: si te resta duda,
Te informará quien á librarte acuda.
Yo mi amor te ofrecí, bienes y honores,
Y te inmolé mi fe y el ser que tengo;
Tú preferiste ingrato mis rencores:
Me ofendiste cruel, cruel me vengo.
A Dios: en mi partida
Te dejo por ahora con la vida,
Mientras padeces en el duro potro
De ver á tu Isabel en brazos de otro.
(*Vase.*)

ESCENA III.

MARSILLA.

Monstruo, por cuya voz ruge el abismo,
Vuelve y di que es engaño
Todo lo que te oí.
(*Forceja para desatarse.*)
Lazos crueles,
¿Cómo me resistís? ¡Ligan cordeles
Al que hierros quebró! ¿No soy el mismo?
¡Ah! no. Mujer fatal, cortos instantes
Me quedan que vivir, si no has mentido;
¡Pero permita Dios que mueras antes!

ESCENA IV.

ADEL, PASANDO POR UNA ALTURA; MARSILLA.

Adel. Rumor aquí he sentido.
Atraviesan el valle bandoleros
Con Zulima á caballo.
Yo, cueste lo que cueste,
La tengo de prender: voy á ver si hallo
Cerca mis compañeros.
Mars. ¿Quién va?
Adel. Marsilla es este.
(*A voces.*) ¡Aquí! Por ese lado, caballeros.
(*Vase.*)

ESCENA V.

DON MARTIN, CABALLEROS Y CRIADOS; MARSILLA.

Mart. (*Dentro.*) Él es.
Mars. ¡Mi padre!
Caballero 1º. (*Dentro.*) Él es.
Mars. ¡Padre!
Mart. (*Dentro.*) ¡Hijo mio!
Id aprisa, corred, libradle pronto.
(*Salen caballeros y criados que desatan á Marsilla.*)
Mars. Desatadme, decidme...
Mart. (*Saliendo.*) ¡Hijo querido!
Mars. ¡Padre!
Mart. Por fin te hallé.
Mars. Decid... ¿es tarde?
Yo quisiera dudar... Mi mal, ¿es cierto?
Mart. Respóndante las lágrimas que vierto.
Hijo del alma, á quien su hierro ardiente
La desgracia al nacer marcó en la frente,
Tu triste padre, que por verte vive,
Con dolor en sus brazos te recibe.
¿Quién tu llegada ha retardado?

Mars. El cielo..
El infierno... No sé... Facinerosos...
Una mujer... Dejadme.
Mart. ¿La Sultana?
¿Esos bandidos que cobardes huyen
De los guerreros que conmigo traje?
— ¿Te han herido?
Mars. ¡Ojalá!
Mart. ¿Te han despojado?
Mars. Nada he perdido. La esperanza solo.
Mart. ¡Suerte cruel! Cuando el fatal sonido
De la campana término ponia...
Mars. ¡Esa tigre anunció la muerte mia!
Mart. ¿Lo sabes?
Mars. De ella.
Mart. ¡Horror! Entonces era
Cuando Celada, el habla recobrando,
La traidora noticia desmentia.
Corro al templo á saber... Miro, enmudezco.
¡Eran esposos ya! Tu bien perdiste...
Dios lo ha querido así... Pero aun te quedan
Padres que lloren tu destino triste.
Mars. El ajeno dolor no quita el mio.
¿Con que llenais el hórrido vacío
Que el alma siente de su bien privada?
¡Padre! Sin Isabel, para Marsilla
No hay en el mundo nada.
Por eso en mi doliente desvarío
Sed bárbara de sangre me devora.
Verterla á rios, para hartarme quiero,
Y cuando mas que derramar no tenga,
La de mis venas soltará mi acero.
Mart. Hijo, modera ese furor.
Mars. ¿Quién osa
Hijo llamarme ya? Fuera ese nombre.
La desventura quiebra
Los lazos con el hombre
Y con la vida y la virtud. Ahora
Que tiemble mi rival, tiemble la mora.
Poco tiempo del triunfo harán alarde:
Para acabar con ambos aun no es tarde.
Mart. ¡Desgraciado! ¿Qué intentas?
Mars. Con el crímen
Aniquilar el crímen. Una vida
De Isabel me separa: que perezca.
Mart. ¡Hijo!...
Mars. Perecerá.
Mart. No...
Mars. ¡Maldecido
Mi nombre sea, si la sangre odiosa
De mi rival no vierto!
Mart. Es poderoso...
Mars. Marsilla soy.
Mart. Mil deudos le acompañan...
Mars. Mi furia á mí.
Mart. Respeto te merezca
El vínculo...
Mars. Es sacrílego, es injusto.
Mart. En presencia de Dios formado ha sido.
Mars. Con mi presencia queda destruido.

ACTO CUARTO.

Habitacion de Isabel en la casa de don Rodrigo. Dos puertas á la izquierda del espectador, una en el fondo, y una ventana sin reja á la derecha. Es de noche, hay luces en el cuarto

ESCENA PRIMERA.

DON PEDRO, DON MARTIN.

Ped. Ya cesó la vocería.
Mart. Ya se tranquiliza el pueblo.
Zaen en la cárcel queda
Con los demás bandoleros.
Ped. Milagro ha sido salvarlos,
Mayor que lo fué prenderlos.
Mart. Y no los prenden quizá,
Si no acuden tan á tiempo
Los moros que de Valencia
Con los regalos vinieron
De su Rey para mi hijo.
¡Regalos ya sin provecho!
¡Castigue Dios á quien tiene
La culpa!
Ped. ¡Oh! lo hará. — Primero
Que vayamos esta noche
Los dos al ayuntamiento,
Donde ya deben hallarse
Juntos el juez y mi yerno,
¿Tendreis, don Martin, á bien
Que los dos conferenciemos
Un rato?
Mart. Hablad.
Ped. Aquí está
Zulima.
Mart. Bien me dijeron
Los moros.
Ped. En esta calle
Arremetió con los presos
Un tropel de gente, y ella,
Puesta en libertad en medio
Del tumulto, se arrojó
Por estas puertas adentro.
Mart. Confesad que don Rodrigo
La salvó.
Ped. No lo confieso,

Porque no lo vi.
Mart. Yo, en suma,
No diré que fué mal hecho:
Él debe á la mora estar
Agradecido en extremo.
Por ella logra la mano
De Isabel.
Ped. Resentimiento
Justo mostrais; pero yo,
Que he sido enemigo vuestro,
Necesito de vos hoy.
Mart. Aquí me teneis, don Pedro.
Ped. Sois quien sois. — Esa mujer
Nos pone en terrible aprieto.
Ya veis, los moros reclaman
Su entrega con mucho empeño.
Mart. Y mientras el juez resuelve,
Cercada se ve por ellos
Esta casa.
Ped. Y bien, ¿quisierais
Que entre vos y yo, de un riesgo
Libráramos á Teruel?
Mart. Crímen fuera no quererlo.
Ped. Si en la junta de la villa
Negamos, como debemos,
La entrega de la Sultana,
Va á ser enemigo nuestro
El Rey de Valencia, y puede
Grandísimo daño hacernos.
Mart. Y el que recibimos ambos
De su mujer, ¿es pequeño?
Ped. Pero es mujer, y nosotros
Cristianos y caballeros.
Mart. Proseguid.
Ped. El compromiso
Queda evitado, si hacemos
Al instante, que huya.
Mart. Hagámoslo.
— Págueme Dios el esfuerzo
Que me cuesta no vengarme.
Disponed.
Ped. Con un pretexto
Llevaos los moros de aquí.
De vos harán caso.
Mart. Creo
Que sí.
Ped. Lo demás es fácil.
Puesta ya en salvo, diremos
Que ella huyo por sí.
Mart. Voy pues;
Y ya que la mano tiendo
Al uno de los autores
De mi desventura, quiero
Dársela tambien al otro.
Decid al dichoso dueño
De esta casa y de Isabel,
Que mire en estos momentos
Por su vida; que mi hijo
Va, loco de sentimiento
Y de furor, en su busca
Por Teruel; y ¡vive el cielo,
Que, doliente como está,
Valor le sobra al mancebo
Para vengar!... Perdonadme.
A Dios. Voy á complaceros,
Y á buscarle y conducirle
Esta noche misma lejos
De unos lugares, en donde
Vivimos los dos muriendo.
(*Vase por la puerta de la izquierda mas cercana al proscenio.*)
Ped. Id con Dios. ¡Padre infeliz!
¿Y nosotros? Me estremezco
Al pensar en Isabel,
Cuando de todo el suceso
Llegue á enterarse.

ESCENA II.

TERESA, DON PEDRO.

Ter. (*Dentro.*) ¡Favor!
Que me vienen persiguiendo. (*Sale.*)
Ped. ¡Teresa! ¿Qué hay? ¿Quién te sigue?
Ter. Las ánimas del infierno...
Las del purgatorio... No
Sé cuales; pero las veo,
Las oigo.
Ped. Mas ¿qué sucede?
Ter. ¡Ay! Muerta de susto vengo.
¡Ay! — Isabel me ha enviado
Por mi señora corriendo,
Que volvió, no sé por qué,
A la casa del enfermo;
Y antes de llegar, he visto
En un callejon estrecho
Junto á la ermita caida...
¡Jesus! Convulsa me vuelvo
A casa.
Ped. ¿Qué viste? Di?
Ter. Una fantasma, un espectro,
Todo parecido, todo,
Al pobrecito don Diego.
Ped. Calla, no te oiga Isabel.
Guarda con ella silencio. —
Marsilla ha venido, y ella
No lo sabe.
Ter. Pero ¿es cierto
Que vive?
Ped. ¿No ha de ser?
Ter. ¡Ay!
Pues otra desgracia temo.
Ped. ¿Cuál?
Ter. No lo aseguraré,
Por si es aprension del miedo;
Sin embargo, yo creí

Ver que se llevaba el muerto
Asido del brazo al novio.
Ped. ¿Qué dices?
Ter. Aun traigo el eco
De su voz en los oidos.
Con alarido tremendo,
« Vas á morir (le decia),
Vas á morir. » « Lo veremos, »
Replicaba don Rodrigo;
Y echando votos y retos,
Iban los dos como rayos
Camino del cementerio.
Yo, señor, ya les recé
La salve y el padre nuestro
En latin.
Ped. Se han encontrado,
Y van á tener un duelo.
Esto es antes.

ESCENA III.

ISABEL, POR LA SEGUNDA PUERTA DEL LADO IZQUIERDO; DON PEDRO, TERESA.

Isab. ¡Padre!
Ped. Aguárdame
Aquí: pronto volveremos
Tu madre, tu esposo y yo.
Venid, Teresa. (*Vanse los dos.*)
Isab. ¿Qué es esto?
¡Mi padre me deja sola,
Cuando con tanto secreto
Un moro me quiere hablar!
Sin duda están sucediendo
Cosas extrañas aquí.
(*Acércase á la segunda puerta.*)
Llegad. Al mirarle tiemblo.

ESCENA IV.

ADEL, ISABEL.

Adel. Cristiana, que das honor
A tu equivocada ley,
Yo imploro, en nombre del Rey
De Valencia, tu favor.
Isab. ¡Mi favor!
Adel. ¿Tendrás noticia
De que salió de su corte
Zulima, su infiel consorte,
Huyendo de su justicia?
Isab. Sí.
Adel. Mi señor decretó
Con rectitud musulmana
Castigar á la Sultana,
Ya que á Marsilla premió.
Isab. ¿Premiarle llamas, cruel,
Al darle muerte sañuda?
Adel. Tú no le has visto, sin duda,
Entrar como yo en Teruel.
Isab. ¡Marsilla en Teruel!
Adel. Sí.
Isab. Mira
Si te engañas.
Adel. Mal pudiera.
Infórmate de cualquiera,
Y mátenme si es mentira.
Isab. ¡Eterno Dios! ¡Qué infelices
Nacimos! ¿Cuándo ha llegado?
¿Cómo es que me lo han callado?
Y tú ¿por qué me lo dices?
Adel. Porque estás, á mi entender,
En grave riesgo quizá.
Isab. Perdido Marsilla, ¿ya
Qué bien tengo que perder?
Adel. Con viva lástima escucho
Tus ansias de amor extremas;
Pero aunque tú nada temas,
Yo debo decirte mucho.
Marsilla á mi Rey salvó
De unos conjurados moros,
Y el Rey vertió sus tesoros
En él, y aquí le envió.
Él despreció la liviana
Inclinacion de la infiel...
Isab. ¡Oh! ¿Sí?
Adel. Y airada con él,
Vino, y se vengó villana,
Contando su falso fin.
Isab. ¡Ella!
Adel. Con un gavilla
De bandidos, á Marsilla
Detuvo, ya en el confin
De Teruel, donde veloces
Corriendo en tropel armado,
Le hallamos á un tronco atado,
Socorro pidiendo á voces.
Isab. Calla, moro: no mas.
Adel. Pasa
Mas, y es bien que te aperciba.
— La sultana fugitiva
Se ha refugiado en tu casa.
Isab. ¡En mi casa mi rival!
Adel. Tu esposo la libertó.
Isab. ¡Ella donde habito yo!
Adel. Guárdate de su puñal.
Por zelos allá en Valencia
Matar á Marsilla quiso.
Isab. A tiempo llega el aviso.
Adel. Confirma tú la sentencia
Que justo lanzó el Amir.
Por esa mujer malvada
Para siempre separada
De Marsilla has de vivir.
Ella te arrastra al odioso
Tálamo de don Rodrigo.

Envíala tú conmigo
Al que le apresta su esposo,
Pena digna del ultraje
Que sufre.
Isab. Sí, moro, salga
Pronto de aquí, no le valga
El fuero del hospedaje.
Como perseguida fiera
Entró en mi casa; pues bien,
Al cazador se la den,
Que la mate donde quiera.
Mostrarse de pecho blando
Con ella, fuera rayar
En loca: voy á mandar
Que la traigan arrastrando.
Sean de mi furia jueces
Cuantas pierdan lo que pierdo.
¡Jesus! Cuando yo recu
Que hoy pude... ¡Jesus mil veces!
No le ha de valer el llanto,
Ni el ser mujer, ni ser bella
Ni reina. ¡Si soy por ella
Tan infeliz! ¡tanto, tanto!...
Vamos á ver: tu señor
¿Qué suplicio le impondrá?
Adel. Una hoguera acabará
Con su delincuente amor.
Isab. ¡Su amor! ¡Amor desastrado!
Pero es amor...
Adel. ¿Y es bastante
Esa razon?...
Isab. ¡Es mi amante
Tan digno de ser amado!
Le vió, le debió querer
En viéndole. — (*Llorando.*) Y yo que hacia
Tanto que no le veia...
¡Y ya no le puedo ver!
— Moro, la víctima niego
Que me vienes á pedir:
Quiero yo hacerle sufrir
Castigo mayor que el fuego.
Ella con feroz encono
Mi corazon desgarró...
Me asesina el alma... yo
La defiendo, la perdono. (*Vase.*)

ESCENA V.

ADEL.

He perdido la ocasion.
Suele tener esta gente
Acciones, que de un creyente
Propias en justicia son.
Yo dejara con placer
Este empeño abandonado;
Pero el Amir lo ha mandado,
Y es forzoso obedecer. (*Vase.*)

ESCENA VI.

MARSILLA, POR LA VENTANA.

Jardin, una ventana... y ella luego.
Jardin abierto hallé, y hallé ventana;
Mas ¿dónde está Isabel? ¡Dios de clemencia!
Detened mi razon, que se me escapa,
Detenedme la vida, que parece
Que de luchar con el dolor se cansa.
Siete dias hace hoy, ¡qué venturoso
Era en aquel salon! Sangre manaba
De mi herida, es verdad; pero agolpados
En derredor de mi lujosa cama,
La tierna historia de mi amor oian
Los guerreros, el pueblo y el monarca,
Y entre piadoso llanto y bendiciones
« Tuya será Isabel » juntos clamaban
Súbditos y señor. Hoy no me ofende
Mi herida, rayos en mi diestra lanza
El damasquino acero... — No le traigo...
Y hace un momento que con dos me ha-
llaba. [tia
— Salvo en Teruel y vencedor, ¿qué angus-
Viene á ser esta que me rinde el alma,
Cuando, acabada la cruel ausencia,
Voy á ver á Isabel?

ESCENA VII.

ISABEL, MARSILLA.

Isab. Por fin se encarga
Mi madre de Zulima.
Mars. ¡Cielo santo!
Isab. ¡Gran Dios!
Mars. ¿No es ella?
Isab. Él es.
Mars. ¡Prenda adorada!
Isab. ¡Marsilla!
Mars. ¡Gloria mia!
Isab. ¿Cómo, ¡ay! cómo
Te atreves á poner aquí la planta?
Si te han visto llegar... ¿A qué has venido?
Mars. Por Dios... que lo olvidé. Pero ¿no
basta,
Para que hácia Isabel vuele Marsilla,
Quererla ver, necesitar mirarla?
¡Oh! ¡qué hermosa á mis ojos te presentas!
Nunca te vi tan bella, tan galana...
Y un pesar, sin embargo, indefinible
Me inspiran esas joyas, esas galas.
Arrójalas, mi bien; toca modesta,
Cándida flor en mi jardin criada,
Vuelvan á ser tu angelical adorno:
Mi amor se asusta de riqueza tanta.
Isab. (*Ap.*) ¡Delira el infeliz! Sufrir no
puedo
Su dolorida atónita mirada.

¿ No entiendes lo que indica este atavío,
Que no puedes mirar sin repugnancia?
Nuestra separacion.
Mars. ¡ Poder del cielo!
Sí. ¡Funesta verdad!
Isab. ¡ Estoy casada!
Mars. Ya lo sé. Llegué tarde. Vi la dicha,
Tendí las manos, y voló al tocarla.
Isab. Me engañaron, tu muerte supusie-
Y tu infidelidad. [ron
Mars. ¡ Horrible infamia!
Isab. Yo la muerte creí.
Mars. Si tú vivias,
Y tu vida y la mia son entrambas
Una sola no mas, la que me alienta,
¿ Cómo de tí sin tí se separara?
Juntos aquí nos desterró la mano
Que gozo y pena distribuye sábia;
Juntos al fin de la mortal carrera
Nos toca ver la celestial morada.
Isab. ¡Oh! ¡ si me oyera Dios!...
Mars. Isabel, mira,
Yo no vengo á dar quejas: fueran vanas.
Yo no vengo á decirte que debiera
Prometerme de tí mayor constancia,
Cumplimiento mejor del tierno voto
Que, invocando á la Madre inmaculada,
Me hiciste amante la postrera noche
Que me apartó de tu balcon el alba.
« Para tí (sollozando me decias),
O sino para Dios. » ¡ Dulce palabra,
Consoladora fiel de mis pesares
En los ardientes páramos del Asia
Y en mi cautividad! Hoy ni eres mia,
Ni esposa del Señor. Di, pues, declara
(Esto quiero saber) de qué ha nacido
El prodigio infeliz de tu mudanza.
Causa debe tener.
Isab. La tiene.
Mars. Grande.
Isab. Poderosa, invencible: no se casa,
Quien ama como yo, sino cediendo
A la fuerza mayor en fuerza humana.
Mars. Dímelo todo, pues, dilo.
Isab. Imposible.
No has de saberlo.
Mars. Sí.
Isab. No.
Mars. Todo.
Isab. Nada.
Pero tú en mi lugar tambien el cuello
Dócil á la coyunda sujetaras.
Mars. Yo no, Isabel, yo no. Marsilla supo
Despreciar una mano soberana,
Y la muerte arrostrar, por quien ahora
La suya vende y el porqué me calla.
Isab. (*Ap.*) ¡ Madre mia!
Mars. Discúlpate.
Isab. (*Ap.* ¿ Qué digo?)
Tendré que confesar que soy culpada.
¿ Cómo no lo he de ser? Me ves ajena.
Perdóname... Castígame por falsa. (*Llora.*)
Mátame, si es tu gusto. — Di si quieres
Que implore tu perdon arrodillada.
Mars. No, que debo yo ser, ídolo mio,
Quien ponga el labio donde tú la planta.
No es de arrepentimiento el lloro triste
Que esos luceros fúlgidos empaña;
Ese llanto es de amor, yo lo conozco,
De amor constante, sin doblez, sin tacha,
Ferviente, abrasador, igual al mio.
¿ No es verdad, Isabel? Dímelo franca:
Va mi vida en oírtelo.
Isab. ¿ Prometes
Una órden mia obedecer?
Mars. ¡ Ingrata!
¿ Cuándo me rebelé contra tu gusto?
Mi voluntad, ¿ no es tuya? Dispon, habla.
Isab. Júralo.
Mars. Sí.
Isab. Pues bien: yo te amo, vete.
Mars. ¡ Cruel! ¿ Temiste que ventura tanta
Me matase á tus piés, si su dulzura
Con venenosa hiel no iba mezclada? —
¿ Cómo esas dos ideas enemigas
De amor y de destierro hiciste hermanas?
Isab. Ya lo ves, no soy mia, soy de un hombre,
Que me hace de su honor depositaria,
Y debo serle fiel. Nuestros amores
Mantuvo la virtud libres de mancha:
Su pureza de armiño conservemos. —
Aquí hay espinas, en el cielo palmas. —
Tuyo es mi amor y lo será: tu imágen
Siempre en el pecho llevaré grabada,
Y allí la adoraré; yo lo prometo,
Yo lo juro; mas huye sin tardanza.
Libértame de tí, sé generoso:
Libértame de mí...
Mars. No sigas, basta.
¿ Quieres que huya de tí? Pues bien, te dejo.
Valor... y separémonos. — En paga,
En recuerdo, sinó, de tantas penas
Con gozo por tu amor sobrellevadas,
Permite, Isabel mia, que te estrechen
Mis brazos una vez, y que su estampa
Deje en tu frente cándida mi labio.
Isab. No soy libre, Marsilla; soy esclava.
Mars. Es el postrer á Dios: será un cariño
De un hermano dulcísimo á su hermana,
Cual mi fe tierno, cual tu frente puro.
Isab. No, no: jamás.
Mars. En vano me rechazas.
Isab. Deteneos... ó llamo...

Mars. ¿A quién, aleve?
Nómbrale sin rebozo, y luego llama.
Pero en vano será: no te figures
Que tu voz oiga, y á tu grito salga.
No lisonjeros plácemes oyendo,
Su vanidad en el estrado sacia,
No; lejos de los muros de la villa
Muerde la tierra que su sangre baña.
Isab. ¡Qué horror! ¿Le has muerto?
Mars. Pérfida, ¿te afliges?
Si lo llego á pensar, ¿quién le librara?
Isab. ¿Vive?
Mars. Merced á mi nobleza loca,
Vive: apenas cruzamos las espadas,
Ya en su costado se clavó la mia:
Un momento despues hundido estaba
Su orgullo en tierra, en mi poder su acero.
¡Oh! ¡maldita destreza de las armas!
¡Maldito el hombre que virtudes siembra,
Que le rinden cosecha de desgracias!
No mas humanidad, crímenes quiero.
A ser cruel tu crueldad me arrastra,
Y en tí la he de emplear. Conmigo ahora
Vas á salir de aquí.
Isab. ¡No, no!
Mars. Se trata
De salvarte, Isabel. ¿Sabes qué dijo
El cobarde que lloras desolada,
Al caer en la lid? «Triunfante quedas;
Pero mi sangre costará bien cara.»
Isab. ¿Qué dijo? ¿Qué?
Mars. «Me vengaré en don Pedro,
En su esposa, en los tres: guardo las car-
Isab. ¡Jesus! [tas.»
Mars. ¿Qué cartas son?
Isab. ¡Tú me has perdido!
La desventura sigue tus pisadas.
¿Dónde mi esposo está? Dímelo pronto,
Para que fiel á socorrerle vaya,
Y á fuerza de rogar, venza sus iras.
Mars. ¡Justo Dios! ¡y decia que me amaba!
Isab. ¿Con su pasion funesta reconvienes
A la mujer del vengativo Azagra?
Te aborrezco. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

MARSILLA.

¡Gran Dios! Ella lo dice.
Con furor me lo dijo, no me engaña.
Ya no hay amor allí. Mortal veneno
Su boca me arrojó, que al fondo pasa
De mi seno infeliz, y una por una
Me roe, me devora las entrañas!
Yo con ella, por ella, para ella
Viví... sin ella, sin su amor, me falta
Aire que respirar... era amor suyo
El aire que mi pecho respiraba.
Me le negó, me le quitó: me ahogo,
No sé vivir.
Voces dentro. } Entrad, cercad la casa.

ESCENA IX.

ISABEL, TRÉMULA Y PRECIPITADA; MARSILLA.

Isab. Huye, que viene gente, huye.
Mars. (*Todo trastornado.*) No puedo.
Voces dentro. } ¡Muera, muera!
Mars. Eso sí.
Isab. Ven.
Mars. ¡Dios me valga!
(*Isabel le ase de la mano, y se entra con él por la puerta del fondo.*)

ESCENA X.

ADEL, HUYENDO DE VARIOS CABALLEROS CON ESPADAS DESNUDAS. DON PEDRO, MARGARITA, CRIADOS.

Caballeros. ¡Muera, muera!
Ped. Escuchad.
Adel. Aragoneses,
Yo la sangre vertí de la sultana;
Pero el rey de Valencia, esposo suyo,
Tras ella me envió para matarla.
Consorte criminal, amante impía,
La muerte de Marsilla maquinaba,
La muerte de Isabel: para ambos era
Esta punta sutil envenenada.
(*Muestra el puñal de Zulima.*)
Marsilla lo que digo corrobore.
Cerca de aquí ha de estar.
(*Abrese la puerta del fondo, y sale por ella Isabel, que se arroja en brazos de Margarita. Marsilla aparece tendido en un escaño.*)

ESCENA ULTIMA.

ISABEL, DICHOS.

Isab. ¡Madre del alma!
Adel. Vedle allí.
Ped. ¡Justo Dios! Inmóvil...
Isab. ¡Muerto!
Adel. Cumplió Zulima su feroz venganza.
Isab. No le mató la vengativa mora.
Donde estuviera yo, ¿quién le tocara?
Mi desgraciado amor, que fué su vida,
Su desgraciado amor es quien le mata.
Delirante le dije: «Te aborrezco.»

El creyó la sacrílega palabra
Y espiró de dolor.
Marg. Por todo el cielo...
Isab. El cielo que en la vida nos aparta,
Nos unirá en la tumba.
Ped. ¡Hija!
Isab. Marsilla
Un lugar á su lado me señala.
Marg. ¡Isabel!
Ped. ¡Isabel!
Isab. Mi bien, perdona
Mi despecho fatal. — Yo te adoraba. —
Tuya fuí, tuya soy : en pos del tuyo
Mi enamorado espíritu se lanza.
(*Dirígese á donde está el cadáver de Marsilla; pero antes de llegar, cae sin aliento con los brazos tendidos hácia su amante.*)

DOÑA MENCÍA,

DRAMA EN TRES ACTOS EN VERSO,

ESTRENADO EN EL TEATRO DEL PRINCIPE A 9 DE NOVIEMBRE DE 1838.

PERSONAS.

DOÑA MENCIA.
DOÑA INES.
DON GONZALO.
DON GUTIERRE.
CHACON.
SALOMÉ.
SEIS DAMAS.
UNA TORNERA DE UN CONVENTO.
RELIGIOSAS.
UN COMISARIO DE LA INQUISICION.
ALGUACILES DE LA INQUISICION.
UNA CRIADA.
CRIADOS.

La escena es en Madrid; el primer acto en un jardin y el segundo en una sala de casa de doña Mencía; el último en un convento.

La accion pasa á principios del siglo XVII.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un jardin. Por la derecha del actor se va á una puerta que da á la calle; por la izquierda, á la que comunica con la casa. Un cenador en el fondo, y dos mesas de piedra en el proscenio, una á cada lado. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA MENCIA, DON GUTIERRE, CHACON.

(*Salen los tres por la izquierda: doña Mencía en traje como de beata, y don Gutierre con el escudo de la inquisicion.*)

Menc. ¿Es aquí la cita?
Chac. Aquí.
Menc. ¡Gentil enredo averiguo!
Y un criado tan antiguo
Como tú, ¡me vende así!
Chac. Yo nunca traiciones hago.
Cuando de Madrid partió
Vuesarced, ¿á quién dejó
Por ama?
Menc. Aquí y en Santiago
Yo era siempre la señora,
Y en tí mi hermana debia...
Chac. ¡Haber tenido un espía
De sus pasos! En buen hora,
Si se me hubiese mandado.
Mandóseme obedecer:
¿Qué me tocaba?
Gut. Oir y ver...
Chac. Y callar, como he callado.
Gut. Y denunciarnos el nombre
Y señas...
Chac. ¿Sé yo escribir
Acaso?
Gut. Y no recibir
Dinero de ese buen hombre.
Chac. ¡Yo!
Gut. Vaya, hermano Chacon,
No me lo quiera negar:
Sabe que soy familiar
De la santa inquisicion.
Adelante, pues confiesa
La culpa de fautoría.
Chac. Ya dije cuanto sabia.
Gut. Mala escapatoria es esa.
Menc. Vamos, declara...
Chac. Sin fruto
Me atosigan usarcedes;
Que á no mentir...
Gut. No te quedes
Confitente diminuto.
Menc. Ese galan, di, ¿quién es?
Gut. Trata de espontanearte.
Chac. Es un hombre de buen arte

Que pretende á doña Ines,
Y se llama don Gonzalo.
¿No lo he dicho ya? ¡Qué afan!
Menc. Prosigue... ó pierdes mi pan.
Gut. Prosigue... y te haré un regalo.
Chac. No me trastornen el juicio.
Gut. Canta por bien...
Chac. Don Gutierre,
Si sé mas, que se me encierre
Mañana en el santo oficio.
Menc. ¿Y hay en ese galanteo
Cada dia su papel
De él á ella?
Chac. Y de ella á él.
Gut. Y Chacon es el correo.
Menc. ¿Es cierto que no ha tenido
Nunca del jardin la llave
Don Gonzalo, y que no sabe
Mi casa ni mi apellido?
Chac. Primera vez que trasnocha
Es esta: no se han hablado
Sino en el Parque, en el Prado...
En el Soto... y en Atocha.
Gut. Mira..
Chac. Usarcedes recelan
Sin causa de mí.
Menc. Veremos.
Gut. Por ahora le daremos
Absolucion *ad cautelam*,
Si fiel y debidamente
Nos sirve.
Chac. Gallego soy.
Menc. Vé por ese galan.
Chac. Voy,
Que ya le tendré impaciente.
(*Vase por la derecha.*)

ESCENA II.

DOÑA MENCIA, DON GUTIERRE.

Menc. ¡Amoríos en mi casa,
Templo de la honestidad!
Gut. Ahora determinad,
Ya que os dije cuanto pasa.
De vuestra hermana y de vos
He tenido la tutela,
Y os puede servir de escuela
Mi conducta con las dos.
La templanza en caso igual
Hace...
Menc. Pecais de indulgente.
Gut. Aprende uno á ser clemente
De aquel santo tribunal.
Yo, cuando la fe se salva,
Disculpo cualquier error,
¡Ay! y para los de amor
Fuí siempre como una malva.
Menc. Yo mas rígida seré.
Gut. Vos sois jóven todavía;
No digais, doña Mencía:
«De esta agua no beberé.
Menc. Quien los veinticinco cuenta
Sin que al amor se sujete...
Gut. Puede amar de veintisiete,
Y aun pudiera de cuarenta.
Menc. Vos sabeis que amar no debo,
Y me conoceis á fondo.
Gut. Pues yo de mí no respondo,
Y no soy ningun mancebo.
Menc. Pronto mi pecho vestido
Vereis de un hábito ya,
Y él mi defensa será
Contra el arco de Cupido.
¿Habrá quien mi gusto tilde
Que en lo mejor se ha cifrado?
Gut. Toda ambicion es pecado:
Debierais ser mas humilde.
Menc. Si presumo, es de constante.
Gut. Quisiera, por esos fieros,
Bien enamorada veros,
Siendo á mi gusto el amante.
Menc. Desde niña vocacion
Tuve yo de religiosa...
Vos...
Gut. Hízomela dudosa
Lo verde de la razon.
Es al mundano Babel
Santo y bueno renunciar;
Mas antes conviene entrar
Y ver lo que pasa en él:
Que si luego con fervor
Pide una doncella el velo,
Elegida está en el cielo
Para esposa del Señor.
Vuestro carácter adusto
Que yo no supe regir,
Os hizo en casa vivir
Cautiva de vuestro gusto;
Y acosábame la idea
De que pudieran un dia
Pesaros en demasía
El hábito y la correa,
Y que diriais quizá:
«Yo jamás el mundo vi,
Yo no sé lo que hay allí;
Pero me consumo acá;
Y en tentacion horrorosa
El ánimo vacilante,
Me recuerda cada instante
Que fuí rica y soy hermosa.»
Por eso fué empeño mio
(Y fué empeño de prudencia)
Negaros siempre licencia
Para el ansiado monjío.
Ya que estais en libertad,
Cumplid vuestro anhelo santo;

Mas no exijais otro tanto
De Ines en su corta edad.
Es niña, y en esto fundo
De su yerro la disculpa;
Que á los diez y seis no es culpa
Tener aficion al mundo:
Y su mísera horfandad
Y el feo doble borron
Que mancha su frente, son
Harto dignos de piedad.
Yo en ese galante trato,
Por mas que en su exámen entro,
Ni aun leve sospecha encuentro
De herejía de recato.
Voto que una monicion
Hagais á Ines, y solemne;
Pero ha de quedarle indemne
Toda vuestra proteccion.
Menc. Y bien que yo compadezca
De Ines el amor fatal,
¿No debo cortar el mal
Sin dar lugar á que crezca?
¿Es mi hermana por ventura
Libre de elegir estado,
Cuando su destino airado
La condena á la clausura?
Vos mismo ¿no convenís
En que esta la noche sea
Que por vez última vea
Ines á su Belianís;
Y que antes que la pasion
Aumente dificultades,
Del siglo las vanidades
Inmole á la religion?
Pues si en mí no hay mas rigores
Para Ines que los que en ella
Vierte su enemiga estrella,
¿De qué son vuestros temores?
¿Sentís que sus ojos bellos
Se humedezcan si la riño,
O temeis que yo el cariño
La saque por los cabellos?
Gut. Severo es quien nunca erró.
Menc. ¿Es reprension ó lisonja?
Gut. Es verdad.
Menc. Yo he de ser monja:
No es Ines mejor que yo.
Gut. Eso hace que os aconseje
Olvidar por un momento
Su bastardo nacimiento,
Y que fué su madre hereje.
Menc. Ya vienen aquí por fin
(*Mirando á la izquierda.*)
Dama y dueña. Les oiré.
Gut. Yo tengo llave: saldré
Por la puerta del jardin.
(*Don Gutierre se va por la derecha, doña Mencía se retira al cenador.*)

ESCENA III.

DOÑA INES, ATAVIADA CON ESMERO; SALOMÉ.

Ines. Salomé, pisa mas quedo.
Sal. ¡Animas del purgatorio!
Si está de aquí el dormitorio
De la señora...
Ines. No puedo
Desechar mi sobresalto.
Temo... siento haber venido.
Sal. Entonces...
Ines. Este vestido
¿No tiene el talle muy alto?
Sal. ¿A estas horas reparais
En el talle?
Ines. Ya se ve.
¿Cómo le pareceré?
Sal. Bien pronto á saberlo vais.
Ines. Pero ¿hay desventura tal?
La única vez de mi vida
Que me he visto bien prendida,
¡Enredarme en un rosal
La cabeza! ¿Se conoce...?
Sal. No, que estais hecha un lucero.
Ines. Salomé... ¡Cuánto te quiero!
¿Verdad que hoy hasta las doce
Nos detendremos?
Sal. Es mucho.
Ines. Media hora, poco mas.
Sal. No, no.
Ines. Rigorosa estás.
¡Soy tan feliz cuando escucho
De don Gonzalo el acento!
Y esta noche que es preciso
Decirle, segun tu aviso,
Que trate mi casamiento;
Que ya de su romería
Vino mi hermana y tutora;
Que soy... ¿Quién en media hora
Encaja esa letanía?
Sal. Ya vereis como yo igualo
La plática al tiempo bien.
Ines. A raya mi lengua ten;
Mas deja hablar á Gonzalo.
Sal. ¡Mucho habremos conseguido!
¡Apenas soleis decirle
Sí ó no!
Ines. Si para oirle
Me falta tiempo y sentido.
Sal. Ya; pero esa timidez
Tanto de cartuja peca,
Que sospechoso la trueca
Don Gonzalo en esquivez.
Ines. ¡Oh! no tal: cuerdo varon
Es él, y mi amor primero:
Conocerá que le quiero
Con todo mi corazon.

Nunca el dia olvidaré
Cuando un astro que bendigo,
Le trajo á encontrar conmigo
En aquel auto de fe.
¡Con qué arrogante ademan
Me abrió paso entre la gente!
Sal. Traza tiene de valiente
Sin duda el buen capitan.
Ines. ¡Con qué dulzura afeó,
Sacándome del tropel,
La curiosidad cruel
Que á la funcion me llevó!
Sal. Esta noche hay que tratar
De funcion mas importante:
De cuándo con vuestro amante
Ireis al pié del altar.
Con mi señora en Madrid,
Es imposible que siga
El galanteo.
Ines. ¡Ay, amiga!
Yo tiemblo...
Sal. ¿De qué? Decid.
Ines. De mi destino tirano,
Cuyo rigor me acobarda.
¿Querrá á la pobre bastarda
Gonzalo entregar su mano?
Sal. Solo debe un caballero
Ver la palabra que dió;
Que nadie se enamoró
Que fuese á mirar primero
Para dar vuelo á su llama,
Si el parroquial testimonio
Daba fe del matrimonio
De los padres de la dama.
Lunares pueden mas negros
Que el que á vos os incomoda,
Perdonarse en una boda
Que al novio no le da suegros.
Ines. ¡Qué has dicho, loca de tí!
¿Gimiera yo como gimo
Si tuviese el dulce arrimo
De la madre que perdí?
Yo me arrojara en su seno,
Y al revelar mi pasion,
De maternal compasion
Sé que lo encontrara lleno.
Tambien por su daño supo
Lo que es amar la infeliz,
Y por un leve desliz
Baldon eterno le cupo.
Ella la muda elocuencia
Comprendiera de mi llanto;
Pero ¡ay! ¡cuánto temo, cuánto,
La rígida indiferencia
De una hermana que latir
Jamás con tierno desvelo
Sintió su pecho de hielo;
Que me destinó á vestir
La mortaja por adorno;
Que de monja me ensayó,
Y claustro en casa me dió
Sin locutorio y con torno!
¿Qué hará conmigo al saber
Que inobediente á su imperio
Abjuré del monasterio?

ESCENA IV.

DOÑA MENCIA, SALIENDO RAPIDAMENTE DEL CENADOR; DOÑA INES, SALOMÉ.

Menc. Ella viene á responder.
Ines. ¡Cielos!
Menc. Idos. (*A Salomé.*)
Sal. ¡Oh Dios! (*Vase.*)
Menc. Ven á este lado,
Ven aquí, donde rota la espesura
Del frondoso jardin, plácida vierte
Sus resplandores mágicos la luna:
Ven; que admirar á mi placer deseo
Tu gentil atavío y apostura.
¡Traje rico y galan! Parda estameña
No el brillo ya de tu beldad ofusca;
Tornasolada seda y albo encaje
Realzan de tu tez la rosa pura,
Y compartida en rizos y trenzado
Tu cabellera con primor se anuda.
¡Mal empleado afan! Solo á mis ojos
Tu gala lucirás y tu hermosura. [mana.
Ines. Mencía, compasion: eres mi her-
Si conoces mi error, oye mi excusa.
Menc. Quien voluntario en el peligro cae,
¿Cómo de su imprudencia se disculpa?
Cuando yo, de mi voto en cumplimiento,
Fuí del apóstol á besar la tumba,
¿Qué me oiste decir? «Sola te quedas:
El que de tí cuidó y en mí renuncia
Su cargo tutelar, conmigo parte;
De tí fiamos la custodia tuya.
Si tu sosiego, si tu dicha quieres,
No quebrantes la rígida clausura
Que guardamos las dos. Solo el camino
Que desde casa al templo te conduzca
Debes saber, y atravesarle solo
Cuando principie á derramar confusa
Su luz el alba: con tupido velo
Tu semblante solícito se cubra,
Y cerrados á plática liviana
Ten los oidos, y la boca muda,
Pues mujer que del hombre ser no puede,
Fuerza es, Ines, que de los hombres huya.»
¿No fueron estas mis palabras?
Ines. Ellas
Acaso de mi eterna desventura
La sentencia serán. ¿No adivinaste
Que al decirme: «De hacer lo que te cumpla
Te doy poder; pero de usarlo tiembla,

Porque á grave peligro te aventuras, »
Iba á exclamar mi voluntad curiosa:
«Quiero ese riesgo ver con que me asustan?»
De nuestra patria Méjico en los años
En que la luz de la razon despunta
Vine aquí; y en domésticas labores
Ocupada y en místicas lecturas,
Yo de la corte del tercer Felipe
Bien lejos de gozar la pompa nunca,
Solo la casa vi que nos encierra,
Una calle, un altar y una tribuna.
Arida sí, pero tranquila el alma,
No anhelaba quebrar las ligaduras
Que no echaba de ver: á conocerlas,
A romperlas, tu voz inoportuna
Me enseñó y alentó. Tú me vedaste
Ver, y por eso vi: tuya es mi culpa.

Menc. ¿Fuí yo quien á los brazos de Gonzalo...?

Ines. Me puso en ellos mi cruel fortuna.
Yo, muerta de terror...

Menc. Debió por cierto,
Sí, debió ser gravísima tu angustia
En aquella ocasion. ¿Y no has pensado
Por qué á tí sola, de la inmensa turba
Que el tremendo espectáculo miraba,
Piedad causó la descreida chusma?
¿Cómo no recordaste que enemigos
De Dios, á cuya fe con loca furia
Traidora guerra entre tinieblas hacen,
Organos del infierno y sus hechuras,
La pena de morir ardiendo vivos
Aun para tanto crímen no era mucha?
En tanto que sardónicos apodos
Excitaba el color, la catadura
De cetrinos sectarios de Mahoma,
Sucios hebreos y arrugadas brujas,
¿Qué viste tú que de dolor y asombro
Te derribó en el suelo moribunda?

Ines. Vi una mujer ¡oh Dios! jóven, hermosa,
Suelta la larga cabellera rubia,
Sobre la frente la coroza llena
De emblemáticas, hórridas figuras,
Atrás sujetas con rigor las manos,
Sujeto el labio con mordaza ruda,
Por el temor quizá de que sus ayes
Hasta en el alma de sayon mas dura
Despertasen piedad. Cuando los ojos
Puse en aquella faz cárdena y mustia,
Cuando el lloro entendí que le arrancaba
El reciente dolor de la tortura,
Cuando cayó la triste, y arrastrando
Vi llevarla á quemar casi difunta...

Menc. La imágen propia de tu madre viste.

Ines. ¡De mi madre! ¡Gran Dios!

Menc. Secuaz ilusa
Beatriz de los errores de Lutero...

Ines. ¡Luterana!

Menc. Así en Méjico su culpa
Fué al brasero á expiar.

Ines. ¡Madre infelice!
Y yo ignorante de su fin...

Menc. Y oculta
Siempre su suerte para tí quedara
Sin la insana aficion que se conjura
Contra mi cuerdo plan. El desgraciado
Que un traidor á la fe cuenta en su alcurnia,
Resentido, defectos á los jueces
De rectitud ó de saber imputa;
Cegado ya con tan falaz idea,
Disculpar al apóstata procura;
De las disculpas al exámen pasa
Del contagioso error; le ve, le gusta,
Le da su sangre pérfido consejo,
Brillante la mentira le deslumbra,
Y tenaz abrazándose con ella,
De su linaje el crímen perpetúa.
Crímen que si perdon jamás alcanza,
Solo es porque quizá jamás se purga.

Ines. ¡Bárbara proscripcion! ¡horrible pena!

Menc. Horrible, Ines, y sin embargo justa.
Un traidor, un falsario, un asesino,
Una consorte desleal, se acusan
De su crímen al cielo que perdona,
Y su infamia con ellos se sepulta,
Y el mundo á las virtudes de los hijos
El yerro de los padres disimula;
Mas cuando Dios condenacion eterna
Contra el impío pertinaz pronuncia,
Si el hombre compasivo le mirara,
¿No escarneciera la Justicia Suma?
Por eso, Ines, el mísero que nace
Con esa mancha original impura
Causa á todos horror: temen la lepra
Que retoñar en él puede fecunda;
Témenla con razon, húyenle todos,
Un mendigo famélico le insulta,
Y este anatema general impide
Que la herética peste se difunda.

Ines. Pero ¿con qué delito los rigores
De ese anatema merecí?

Menc. Pregunta,
Pregúntame ¿por qué la sacra toca
Quiero en tu frente colocar?—¿Quién busca,
Quién, di, de una mujer la mano acepta,
Si el sambenito vil se alza en su cuna?

Ines. ¡Hija de luterana!

Menc. No imagines
Que el peso de tu afrenta no me abruma.
De nuestro padre en el cristiano pecho,
Sí, Beatriz Coronel sembró la duda;
Sábelo, y á oprobiosa penitencia
El noble don Alfonso de Lanuza
Se hubo de sujetar.

Ines. Todo á mi daño

Concurre.
Menc. Y todo contra mí se junta.
Los cinco lustros de cumplir acabo,
Mis vanidades el espejo adula,
Y las rejas de hierro de mi calle
De oro las puedo hacer. ¿Y qué disfruta
De tantos dones tu infeliz hermana?
Traje humilde su cuerpo desfigura...
Soledad y oracion sus horas llenan...
Y con todo la sangre que circula
Por mis venas es llama, y en mi pecho
Tal vez el corazon pide ternura.
Pretendientes tambien tuvo mi dote;
Pero ¿qué suerte la nupcial coyunda
Me podia ofrecer?
Ines. Si eras amada...
Menc. Ines, el himeneo desanuda
La venda del amor. Viera mi esposo
En sus parientes esquivez adusta,
Viera en los superiores menosprecio,
Viera en el vulgo desacato y burla;
Y al hallar de su afrenta y abandono
La causa en su mujer, cual leve espuma
Su amor, ya de deber, se disipara,
Y vendria el desden, la queja injusta,
Y el triste al fin, el sepulcral olvido.
Del vicio entonces en el ara inmunda
Su corazon y su caudal pusiera,
Y raro huésped en la casa suya,
En ella solo con placer entrara
De su esposa á mandar la sepultura.
Si esta vida me diera el matrimonio,
¿Cuál puedes esperar?
Ines. ¡Oh! ¡cómo injurias
De Gonzalo el amor! Las opiniones
Tú del mundo sabrás, yo sé la suma
De cariño que el pecho de Gonzalo
Fiel atesora para mí.
Menc. No dura
Ese cariño, Ines.
Ines. Durará el mio,
Que es el primero.
Menc. Es fuerza que concluya,
Y que el velo de esposa del Eterno
La ignominiosa marca nos encubra.
Ines. Si puedo con Gonzalo ser dichosa,
¿Porqué han de arrebatarme mi ventura?
Menc. Yo tengo autoridad...
Ines. Es imposible
Que un mandato cruel mi pecho cumpla.
Menc. ¡Ines! ¡Ines! á mi furor te expones. [escuda.
Ines. Mi horfandad propia contra tí me
Menc. Me debes el vivir...
Ines. Esclava...
Menc. ¿Sabe
Mi pupila que tal desenvoltura,
Nada por cierto de su sangre ajena,
Puedo yo escarmentar? ¿Que si se escucha
Cerca de aquí mi voz, mis gentes llegan,
Y á una seña esas galas le desnudan,
Se las truecan en áspero cilicio,
Y cortado el cabello, la sepultan
Donde olvide que hay sol?
Ines. Allí á Gonzalo
Conservaré mi fe.
Menc. ¿Con que rehusas
Mis órdenes cumplir?
Ines. Yo no respeto
Caprichos de una hermana furibunda,
Que envidiosa quizá...
Menc. ¿De tí? Te juro
Que ha de costarte cara la calumnia.
Ines. Prueba á arrancar, si quieres, de
La imágen que hay en él. [mi pecho
Menc. (*Aparte.* Valga la astucia:
Finjamos.) Bien: y si Gonzalo fuera...
Ines. ¿Qué? ¿Infiel?
Menc. Infiel á Dios.
Ines. No me confundas.
¿Cómo...?
Menc. Si fuera hereje...
Ines. ¡Santo cielo!
¡Hereje!
Menc. Si encargada su captura
Don Gutierre tuviera...
Ines. ¡Oh! que le salve,
Que le salve por Dios. Corro en su busca.
Menc. Va á venir al momento: aquí á
Prenderá. [Gonzalo
Ines. Compadece mi amargura.
Si peligra mi bien, anonadada,
Gimiendo imploro tu favor y ayuda.
Libra á mi amante, líbrale.
Menc. ¿Prometes...?
Ines. ¿Qué? Di.
Menc. Dar al olvido esa locura.
Ines. Si no lo he de cumplir, ¿á que
Menc. Pues Gonzalo será... [ofrecerlo?
Ines. ¡Suerte iracunda!
Menc. Tú lo quieres.
Ines. Me rindo.
Menc. ¿A todo?
Ines. A todo.
Menc. Escríbele un papel...
Ines. ¡Una repulsa!
Menc. Clara, indudable.
Ines. ¡Hermana!
Menc. De otra suerte...
Ines. Basta, yo escribiré. Mienta la plu-
Que es virtud el mentir. ¡Me sacrifico [ma,
Por él! — ¡y él creerá que soy perjura!
Menc. Vete, y sin dilacion la carta escribe:
Por ella enviaré. Fia en mi industria
La suerte de Gonzalo.

Ines. ¿Y no he de verle?
Menc. Jamás. Importa que con presta
Salga de España. [fuga
Ines. Sí, y á mí entre tanto
Que mi dolor agudo me consuma.
Menc. En breve el tiempo curará esa pena.
Ines. La mia sin la muerte no se cura.
Menc. Pena que da el amor, ofende poco.
Ines. ¡Permita Dios que como yo la sufras! (*Vase.*)

ESCENA V.

DOÑA MENCIA. DESPUES CHACON.

Menc. Creo que no la reduzco
Sin esta superchería.
Discúlpeme la intencion
Del uso de la mentira. (*Sale Chacon.*)
Chac. Don Gonzalo está á la puerta.
Menc. No le habrás dicho...
Chac. Ni pizca.
El recado que le dí
Es el de doña Inesita.
Menc. Dile que venga, y despues...
Chac. Despues dejaré que riñan
Vuesas mercedes á gusto,
Y salvaré mi costilla.
Menc. Has de traerme un papel
De Ines, y una luz.
Chac. ¿Misiva
Tenemos?
Menc. Y me la entregas
Con sigilo.
Chac. (*Aparte.*) Dios me asista,
Y entre tantos enemigos
Me libre de una paliza. (*Vase.*)
Menc. (*Sola.*) Quiero conocer al hombre
Que tiene tan derretida
Y tan briosa á mi hermana.
Tal vez será un estantigua;
Pero ella, que solo ha visto
Al tutor...

ESCENA VI.

DON GONZALO, DOÑA MENCIA.

Gonz. ¡Ines querida!
Menc. No es Ines á quien hablais,
Ni vendrá.
Gonz. Señora mia...
Menc. Señor don Gonzalo, creo
Que os habrá dado noticia
Ines de mí.
Gonz. ¿Sois su hermana?
Menc. Sí. Perdonad la visita
Que, sin desearlo vos,
Os hace doña Mencía.
Gonz. No la esperaba por cierto,
Y no sé qué vaticina.
Falta á vuestro lado, falta
La estrella que aquí me guia,
Y entre esperanza y temor
Incierta el alma vacila.
Menc. Por las palabras que os oigo,
Y el tono que las anima,
Veo que amais... Digo, creo
Que el amor así se indica,
Pues como yo nunca amé,
No tengo en esto pericia.
Gonz. ¿No amasteis? ¿Qué empleo dais
A las gracias peregrinas
Que os atribuye la fama?
Menc. Cuales sean, ofrecidas
Están á Dios.
Gonz. Se le deben
Las prendas de mas valía.
Menc. Mejor, segun esa regla,
Las de mi hermana debian
Consagrársele. Yo soy
La noche, y ella es el dia.
Gonz. Señora, ¿qué me anunciais?
Cruel recuerdo me agita.
Ines creo que me habló
De un arreglo de familia
Que al claustro la destinaba.
Menc. Fué resolucion precisa,
Y así...
Gonz. ¿Me vais á mandar
Que de su amor me despida?
¿Me llamais con ese fin?
Hablad: ¿sois vos quien me priva
De su cariño, ó es ella
Quien mis promesas olvida?
Menc. Quisiera que me escuchaseis
Con el alma mas tranquila.
Gonz. Si á una nueva dolorosa
Con reflexiones prolijas
Me pretendeis preparar,
Excusad esa fatiga.
La costumbre de sufrir
Con el mal familiariza,
Y yo debo al infortunio
Muy frecuente compañía.

ESCENA VII.

CHACON, CON UNA CARTA Y UNA LUZ; DOÑA MENCIA, DON GONZALO.

Chac. Señora.
Menc. Si dais licencia...
Gonz. Vos no debierais pedirla.
(*Hablan bajo doña Mencía y Chacon.*)
Menc. ¿Traes la carta de Ines?
Chac. Llorando á lágrima viva
Me la entregó.
Menc. Dame, y vete.

(*Da una ojeada al billete á la luz de la bujía, puesta por Chacon en una de las mesas de piedra.*)
Está como yo queria.
Chac. (*Aparte.*) ¿En qué parará el enredo? (*Vase.*)

ESCENA VIII.

DOÑA MENCIA, DON GONZALO.

Menc. Decidme: ¿os es conocida
La letra de Ines?
Gonz. Sí.
Menc. Ved
A la luz de la bujía
Esa carta. (*Se la da.*)
Gonz. (*Abre y lee la carta.*) Es de su
Menc. Ines de Lanuza firma. [mano.
Gonz. ¡Me abandona!
Menc. Pues no tuvo
(*Aparte, mirando á don Gonzalo mientras este lee.*)
Tan mal gusto mi hermanita.
Gonz. Ya lo comprendo: por esto
A mi lado la veia
Confusa, callada... Bien.
Menc. (*Aparte.*) Quiere vencerse.
Gonz. ¡Ah!
Menc. (*Aparte.*) Suspira.
Gonz. Sí, de tres lustros á ocho
La distancia es infinita.
Niña al fin. Sea en el claustro
Feliz.
Menc. (*Aparte.*) ¡Cómo se querian!
¿Y un hombre de su edad ama
Así?
Gonz. (*Leyendo.*) «Olvidadme: movida
De noble impulso...» (*Rasga la carta.*) Se
Figurado que está linda [habrá
Con la toca, y esto basta.
Menc. (*Aparte.*) Pena da...
Gonz. ¿Mas porqué habia
De ser la jóven que amé,
Del vulgo de ellas distinta?
Presuntüosas, falaces
Y volubles, todas miran
El amor cual pasatiempo,
Que cansa si no varia.
Quien las conoce y las ama,
Que de juguete les sirva.
Menc. Males hay que bienes hacen.
Quizá ese papel os libra
De algun arrepentimiento.
Gonz. ¿De qué me arrepentiria?
Menc. Es bastarda Ines.
Gonz. Bastardo
Ha sido un rey de Castilla,
Y no el peor.
Menc. Tiene luego
Contra sí...
Gonz. ¿Qué?
Menc. La ignominia
De...
Gonz. ¿Cuál?
Menc. La del aspa roja,
Que no es una niñería.
Gonz. No os escandalice oir
Que eso poco significa
Para mí.
Menc. Me huelgo mucho
De vuestra filosofía.
Gonz. Yo no me dejo arrastrar
De la opinion que domina,
Si justa no me parece.
Virtud y amor necesita
Mi corazon, no blasones,
Que mas que ilustren, engrían.
Por eso á Ines adoré:
Me la figuré sencilla,
Capaz de amarme... Lo supo
Fingir bien. He de hacer trizas
La imágen que mis pinceles...
Menc ¿Pintar sabeis?
Gonz. Yo servia
En Flandes; fuí prisionero
Muchos años, y reunidas
Necesidad y aficion...
Menc. Entonces no es maravilla.
Y ¿habeis retratado á Ines...?
Gonz. Pintaba una alegoría,
Y dí á la *Felicidad*
El rostro de mi querida.
Menc. Si vos feriarme quisierais
Ese cuadro...
Gonz. No es artista
En España, es capitan
Don Gonzalo de Mejía,
Y su obra sin interés
Si os agrada, os la dedica.
Menc. Mil gracias. Si las facciones
Que trazasteis con delicia
Ya os atormentan, podeis
Con otras sustituirlas.
Borrais la cara de Ines,
Y en su lugar...
Gonz. Temeria
Si no tuviese delante
Un modelo, repetirla.
Un modelo hermoso.
Menc. Tanto
Como Ines.
Gonz. Mas todavía.
Menc. Y ¿dónde hallareis tan rara
Beldad?
Gonz. La tengo á la vista.
Menc. Es de noche: no veis bien;

Las sombras os alucinan.
Gonz. Si entre las sombras erré,
La luz mi engaño corrija.
(*Toma de la mesa la luz, y contempla el rostro de doña Mencía.*)
Menc. Quitad.
Gonz. Permitid que admire
Ese rostro donde unidas
La modestia y la belleza
Respeto plácido inspiran.
O son memorias ó sueños
Mios; pero esa caida
Dulce de ojos, ese tierno,
Rosicler de las mejillas,
Esos labios agitados
Por la ligera sonrisa
De un goce interno, inocente,
Me ofrecen la imágen viva
Que de la felicidad
Se creó mi fantasía.
Menc. Acabad, no estais ahora
Retratándome.
(*Le quita la luz y la apaga.*)
Gonz. Consiga
Yo de vos ese favor.
Con una sola visita
Que os digneis de concederme...
Menc. ¿No fuera descortesía
Tachar el rostro de Ines
En presencia de ella misma?
Gonz. ¿En su presencia? ¿Pensais
Que á verme se atreveria?
Menc. Además, el barrio sabe
Que solo mi estrado pisa
Un anciano, y si venis
A casa, lo notarian.
Gonz. Pasar á la mia vos
Fuera bondad excesiva;
Pero...
Menc. Yendo disfrazada,
Nada el recato peligra.
Gonz. ¡Tanta merced!
Menc. Quiero ver
Si Ines está parecida.
Gonz. Es retrato de memoria.
¿Cuándo os espero? Querria
Concluir pronto mi cuadro,
Y ofrecérosle en primicias
De mi amistad.
Menc. Decid vos
Cuándo os acomodaria
Que os visitase.
Gonz. Mañana,
Si no hay cosa que os lo impida.
Menc. Iré con mi camarera
Mañana despues de misa.
Gonz. Doblais mi agradecimiento.
Menc. Basta ya de cortesías.
Perdonad, tengo cuidados
Que á despediros me obligan.
Gonz. Culpad vos á vuestra suma
Bondad, que al abuso incita,
Si ya no me retiré.
Menc. Venid, seré vuestra guia,
(*Dándole la mano.*)
Porque es de esos emparrados
La hojarasca tan tupida,
Que no vereis el camino.
Gonz. Vuestros ojos lo iluminan.
Menc. Entonces excuso daros
La mano. (*Suelta la de don Gonzalo.*)
Gonz. Yo puedo asirla. (*Lo hace.*)
Menc. Quedo, que la tratais mal.
Gonz. Sujeto á una fugitiva.
Menc. Si os viera en este momento
Ines...
Gonz. ¡Ah! me vengaria...
Menc. ¿Cómo?
Gonz. ¿Cómo? Así.
(*Besa la mano á doña Mencía.*)
Menc. (*Con dignidad.*) ¿Qué es eso?
Gonz. Un desquite de justicia,
Un tributo á la virtud.
Menc. Una licencia atrevida.
Gonz. Perdonad...
Menc. Respetuoso
Os quiero.
Gonz. Yo á vos benigna.
(*Se encaminan á la puerta.*)
Menc. (*Aparte.*) Galan es el don Gonzalo.
Gonz. (*Aparte.*) Hermosa es doña Mencía.
(*Vanse.*)

ACTO SEGUNDO.

Sala con dos ventanas, una en el fondo que cae á un jardin, y otra á la derecha, que da á la calle: ambas adornadas con cortinas de damasco. Tres puertas, dos á la izquierda y una á la derecha. Tapices, silleria guarnecida tambien de damasco, mesa y escritorio de nogal, etc.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA INES, DON GUTIERRE, SEIS DAMAS JÓVENES.

(*Doña Ines, bizarramente vestida, y don Gutierre, sentados. Tres de las damas aparecen agrupadas al rededor de Ines, otra tañe la vihuela, y las dos últimas bailan.*)

Gut. (*Acabado el baile.*) Gallardamente
Dama 1ª. Muy bien, amigas. [bailado.

Otras damas. Muy bien.
Dama 2ª. Muchas gracias, don Gutierre.
Dama 3ª. Nada dice doña Ines.
Ines. ¿Qué he de decir yo de baile,
Si no sé mover un pié?
Dama 1ª. Pues eso mas os harán
En el convento aprender.
Dama 3ª. ¿Tambien en los monasterios
Se usa la danza?
Gut. Tambien
Se gozan ratos allí
De desahogo y placer.
Dama 3ª. El padrino del monjío
Parece que sabe...
Gut. Sé
Lo que hay de verjas adentro,
Porque administro...
(*Habla bajo con la dama 3ª.*)
Dama 1ª. Tened
Valor, doña Ines: mirad,
Nosotras, toditas seis,
Tarde ó pronto religiosas
Como vos hemos de ser,
Y sin embargo vivimos
Mas contentas que un Belen.
Ines. Soy yo poco bulliciosa;
Y este dia...
Dama 4ª. Ya se ve:
Dia de mudar estado
¿No ha de dar en que entender?
Loca estoy de discurrir,
Y eso que me falta un mes
Para entrar en el convento,
Qué padrino elegiré.
Todas. Un buen mozo.
Gut. Niñas, dar
Viso de ridiculez
A estas materias, no es justo.
¡Qué diantre! ya que charleis...
Dama 5ª. Para misereres, harto
Tiempo nos queda despues.
Dama 1ª. Hoy que entra doña Inesita
En religion, es de ley,
Por despedida del mundo,
Loquear cuanto nos dé
La gana.
(*Levántanse las seis jóvenes y rodean á don Gutierre.*)
Dama 2ª. Señor padrino,
Respete vuestra merced
Nuestros derechos.
Dama 4ª. Señor
Padrino, hay que conceder
Alguna cosa á las pobres
Que, mal su grado tal vez,
Se encierran en una celda,
Solo por obedecer.
Gut. Pero escuchad.
Dama 1ª. Nada escucho.
Yo, tuerta como me veis,
Y corcovada y sin novio,
(¿Quién diablos me ha de querer?)
Tenia una repugnancia
Feroz al santo fardel,
Y ¿sabeis cómo me han hecho
Decir que lo tomaré?
Arguyendo á mi joroba
Mi madre con un cordel.
Dama 6ª. Yo fuí destinada al velo
Un mes antes de nacer.
Dama 2ª. Las tres somos segundonas.
(*Señalando á las damas 4ª y 5ª.*)
Dama 3ª. Yo soy noble como el rey,
Bien que pobre: me queria
Un ricote portugués;
Pero fué su quinto abuelo
Mesonero en Santaren,
Y á Dios boda: otra no sale,
Paso ya de veintitres,
¿Qué han de hacer conmigo?
Gut. Pero..
Dama 1ª. Callad.
Dama 2ª. No nos repliqueis.
Gut. Es que...
Dama 3ª. Dejadnos en paz.
Dama 4ª. Echarle de aquí.
Todas. Eso es.
Dama 1ª. ¿Para qué queremos viejos?
Todas. Afuera, afuera con él.
(*Asen de don Gutierre y le empujan entre las seis hácia la puerta.*)
Ines. Señoras, oid.
Gut. Soltadme,
Familia de Lucifer.
Todas. Fuera estorbos.

ESCENA II.

DOÑA MENCIA, UNA CRIADA, LOS MISMOS.

Menc. ¿Qué sucede
Por aquí?
Gut. Mirad...
Dama 2ª. Sabed...
Dama 2ª. Don Gutierre se desmanda
Con nosotras.
Gut. ¡Yo!
Todas. ¿Pues quién?
Menc. ¡Eh! basta de necedades.
Decid: ¿dónde dispondré
Que os sirvan el agasajo?
¿En el jardin, en aquel
Cenador, ó en esta sala?
Todas. En el jardin.
Menc. (*A la criada.*) ¿Lo entendeis?
Avisad al punto. (*Vase la criada.*)

Dama 1ª. Vamos,
Vamos todas en tropel
Al jardin. Ines conmigo.
Ines. (*Aparte.*) ¡Qué infeliz es la mujer!
Dama 1ª. Dios os guarde, don Gutierre.
Todas. Padrinito, hasta despues.
(*Vanse doña Ines y las seis damas.*)

ESCENA III.

DOÑA MENCIA, DON GUTIERRE.

Menc. ¡Buena gavilla de locas
Me fuisteis vos á traer!
¡Y qué ofrezcan al Señor
Muñecas de este jaez!
Gut. ¿Qué tiene de singular?
El claustro es el almacen
De los frutos conyugales
Difíciles de vender.
Menc. No decís mal.
Gut. Por supuesto;
Y aunque vuestra hermana esté...
Menc. Ines se llama.
Gut. Costumbre
Vieja, mala de perder.
Y eso que infinitas veces
He leido ese papel
Que, muerta ya vuestra madre,
Con los suyos encontré.
Menc. Desde que lo he recibido
De vos, lo he vuelto á leer
Veinte veces hoy. ¡Qué dama
La tal Beatriz Coronel!
Gut. Esa sumaria dejad
Suspensa, y sobreseed
En el asunto. Yo dije:
¿Quiere en religion poner
Doña Mencía á Inesita?
Vea el escrito, y despues
Que la dote como quiera.
Yo mi obligacion haré
De este modo, aunque Dios sabe...
Menc. ¿Qué razon hay de temer?
¿Qué hay allí que deje duda?
Gut. Pues yo sí dudo.
Menc. Atended.
(*Saca de un escritorio un papel y lee.*)
Cuando llegue á Méjico esta carta, Beatriz hermosa, ya habré pisado yo las playas europeas. Mi único consuelo al separarme para siempre de la mujer que adoro, es la certeza de que su reputacion queda salva; pero ¡cuántas penas acibaran esta idea consoladora! Hay en Méjico un hombre, un caballero, cruelmente engañado; un hombre que llama hija suya á la que tú sabes que es mia, fruto de mi oculto amor. Este recuerdo me envilece á mis ojos hasta el punto de desconocer que de aquel engaño pende quizá nuestra vida. A Dios, Beatriz: borra de tu memoria los vínculos que nos unen, y sé tan feliz como yo me ausento desgraciado.
¿A quién escribe este amante
Que se firma *don Guillen Herrera?*
Gut. A la luterana,
Beatriz, la madre de Ines.
Menc. ¿Y el hombre que llama hija
A la que no ha dado el ser...?
Gut. Parece que es don Alfonso
Lanuza.
Menc. Sí, con soez
Artificio de mi padre
Burlaron la buena fe
Beatriz y el galan oculto
Por su comun interés.
(*Pone el papel en el escritorio.*)
Misterios del sentimiento
Vengo al fin á comprender:
Esos renglones explican
El orígen del desden
Que hácia Ines mal de mi grado
Sentí desde la niñez.
Mi corazon rehusaba,
Sin que supiese por qué,
Sangre de orígen extraño
Por mia reconocer.
Nada me toca.
Gut. Con todo,
Yo vuelvo á mi pesadez.
Vuestra madre doña Juana
Leonor de Villarroel,
Vuestra madre, que debia
Ese secreto saber,
¿Por qué razon lo calló?
Menc. Porque un tiempo amiga fué
De Beatriz.
Gut. Porque temió
Un engaño padecer;
Porque, como yo, dudaba
Mucho lo que vos creeis.
A pesar de todo vos
Dotais con esplendidez
A esa muchacha, la dais
Estado...
Menc. ¿Qué puedo hacer
Mas?
Gut. Quemar ese billete.
Ya ¿para qué lo quereis?
Sin fecha de lugar, ni año...
Y ha de ser falso tambien.
¿Quién escribe á una querida
Con tan seca rigidez,
Sin doscientos ay-de-míes,

Sin lo de ingrata, cruel,
Fiera...?

ESCENA IV.

SALOMÉ, CON UN BOLSILLO VACÍO EN LA MANO; DOÑA MENCIA, DON GUTIERRE.

Sal. Señor don Gutierre,
Doña Brígida Garcés,
La corcovadita, os ruega
Que de pasar os digneis
Un rato al jardin, y añade
Que ya podeis recoger
Este bolsillo.
Gut. (*Tomándolo.*) ¡Es el mio!
Por la cara de Jaen
Que me le quitaron.
Sal. ¡Huy!
¡Jesus qué desfachatez!
Gut. Y sin blanca me le vuelven.
Menc. ¡Lindo juego!
Sal. (*A don Gutierre.*) No os quejeis.
Veinte pobres á la puerta
La generosa merced
Agradecen...
Gut. Pues he sido
Generoso sin querer.
Sal. Hacer bien nunca se pierde.
Gut. ¡Maldita de Dios amén
La tuerta! El chasco sabrá
Su confesor; y pardiez,
Que ha de tenerla ocho dias
A cilicio y sin comer. (*Vase.*)

ESCENA V.

DOÑA MENCIA, SALOMÉ.

Sal. ¡Qué niñas estas de hogaño!
¡Miren qué damas de prez!
Desenvueltas, bellaconas,
Bachilleras... Pues volved
La vista á los mancebitos.
El mejor no vale tres
Ardites. ¡Tan estragados!
Sin respeto á la vejez...
Ni á la juventud tampoco;
Porque en diciendo que ven
Dos ojos negros, al punto
A minar, á corromper
La lealtad de las criadas,
Para que tercien...
Menc. ¿Y qué?
¿Venís con carta de algun
Almibarado doncel?
Sal. ¡Para esos tratos soy yo!
Menc. Acabad.
Sal. ¡Buena sandez
Fuera! ¿No me despedisteis
Por don Gonzalo? Al revés:
Aunque supiera que vos
Me habiais de agradecer
La mensajería...
Menc. ¿Cómo?
Sal. Entereza es menester,
Eso sí; pero primero
Soy yo. — Que tengo interés
Grande en hablar con tu ama. —
No, señor, no soy infiel. —
Que me importa honor y vida
Verla. — Pues no la vereis. —
Que voy á salir al punto
De Madrid. — Marchad, y buen
Viaje. — Que no es Inesita
Con quien deseo tener
Esta explicacion forzosa,
Que es doña Mencía. — Bien;
Que lo sea.
Menc. ¿Quién te hablaba
De esa manera? ¿Se fué?
¿Qué le has dicho?
Sal. Yo le dije:
Tan embozada traeis
La cara, que no conozco
Si sois don Gonzalo, ó quién.
Menc. ¡Gonzalo!
Sal. Me dió un anillo,
Y me ofreció un puntapié,
Y, para quejarme á vos,
Eché de miedo á correr.
Ponédmele de atrevido...
Menc. Sí, yo le reprenderé.
Marcha á buscarle al momento.
Sal. Si tuvo la avilantez
De seguirme. (*Llama.*) Don Gonzalo.
Menc. ¿Está aquí? (*Sale don Gonzalo.*)
Sal. Miradle.
Menc. Ved
Que á nadie...
Sal. ¡Jesus! ¡Poquito
Me lo habrá encargado él!
Menc. Salid ahora.
Sal. Sí, voy
Al jardin con doña Ines. (*Vase.*)

ESCENA VI.

DON GONZALO, DOÑA MENCIA.

Gonz. ¡Mencía!
Menc. ¡Qué atrevimiento!
¡Qué imprudencia! — Pero vienes
Turbado. ¿De qué? ¿Qué tienes?
Gonz. Mencía, de tí me ausento.
Menc. Cuando mi aficion honesta
En deber se va á trocar,

Cuando me vas á llamar
Esposa, ¿qué ausencia es esta?
¿Es verdad, Gonzalo mio?
¡Tú me dejas, inhumano!
Gonz. Contra mí se alza una mano
Que puede mas que mi brio.
Menc. Contra cualquiera poder
Que te amenace sañudo,
Mi amor te ofrece un escudo
Que nadie podrá romper.
En mi casa encontrarás
Seguridad y regalo. —
¿No me quieres ya, Gonzalo?
No, si de Madrid te vas.
Gonz. ¡Si te quiero me preguntas!
¿No es esta tu mano blanca
La que de mi pecho arranca
Mil emponzoñadas puntas
Que en él me clavó el pesar
Desde mis años primeros?
Hasta que vi tus luceros,
¿Supe de veras amar?
¿Amar con afecto blando
Sin conocer inquietud,
Descansando en la virtud,
Y en la dicha descansando?
Creía yo que era amor
Un fuego ardiente y voraz,
Una guerra en que la paz
Disgusto daba y temor;
Mas tú descubrir me has hecho,
Estrella de mi ventura,
Del amor la parte pura
Que estaba oculta en mi pecho;
Y me parece el amarte
Tan justo y santo deber
Como el de adorar al Ser
Que la vida nos reparte.
No es mi amor llama que oscila
Movida de viento vario,
Es luz que en un santüario
Arde callada y tranquila,
Es la afeccion natural
Que se tienen dos gemelos
Trasladados á los cielos
Desde el seno maternal.
Menc. ¡Y me abandonas, infiel!
Quédate: no me abandones.
Gonz. Con ocultarme te expones
A persecucion cruel.
Menc. Venga la persecucion,
Como te deje á mi lado.
Gonz. ¿Sabes que estoy denunciado...?
Menc. ¿A quien?
Gonz. A la inquisicion.
Menc. ¿Es posible? Tú me engañas.
Gonz. A ser otro el enemigo,
¿Huyera yo de él?
Menc. (*Aparte.* Castigo
Parece de mis marañas.)
Mas ¿cómo supiste...?
Gonz. Aviso
Me ha dado mi delator.
Menc. Prémiele Dios el favor.
Gonz. Pero anduvo tan remiso,
Que yo el piadoso billete
Todavía repasaba,
Y ya en centinela estaba
Frente á mi casa un corchete.
Menc. En grave peligro estás.
(*Corre las cortinas de la ventana del fondo.*)
Gonz. Me salvaré: no te azores.
Menc. Pero á los inquisidores,
¿Por qué sospecha les das?
¿Por qué temes que el severo
Tribunal su rayo lance?
Gonz. Tengo una Biblia en romance...
Y un retrato de Lutero.
Menc. ¡Ay, Gonzalo de mi vida!
Gonz. Y por esto se me acusa.
Menc. No tienes ninguna excusa.
Perdido estás, yo perdida.
Mas yo para tí soy mucho.
¿Harás lo que yo te ruegue?
Gonz. ¿Qué habrá que mi amor te niegue?
Menc. Ve y denúnciate...
Gonz. ¡Qué escucho!
¡Que doble yo la rodilla
Al santo oficio!
Menc. El monarca
Se la dobla, y cuanto abarca
La corona de Castilla,
Círculo entero del sol.
¿Serás hombre de mas cuenta...?
Gonz. La inquisicion es la afrenta
Del claro nombre español.
Menc. ¿Qué has dicho? Sin duda fué
Ilusion lo que entendí.
Ningun cristiano habla así
Del tribunal de la fe.
Gonz. Codicia y pérfida saña
Crearon ese instituto,
Que á cien reinos dando luto,
Despuéblaselos á España.
Con la sospecha por guia,
Ciego tribunal sentencia
Rigores á la inocencia,
Perdon á la hipocresía.
Propicio al denunciador,
Contrario del acusado,
Allí el triste calumniado
Perece sin defensor.
Piérdele su noble aliento
Al que sin crímen está,
Y á morir al fuego va

Quien no miente en el tormento.[1]
Poder que al abrigo crece
Del altar y del dosel,
A los dos se finge fiel,
Y á los dos desobedece.
Queriendo á la fe servir,
Su moral desacredita;
Queriendo vengarla, irrita
En lugar de convertir;
Y con disculpa menor
Que la ceguedad indiana,
Banquetes de carne humana
Da por culto al Criador.
Menc. Cierra ese labio blasfemo,
Porque oyéndote desmayo,
Y ante mis ojos un rayo
Que te haga ceniza temo.
Yo misma, yo, que te adoro,
Yo ya me debo acusar
De que te pude escuchar.
Parte. ¿Necesitas oro?
¿Necesitas un caballo?
Uno y otro te daré,
Y un guia, y te salvaré.
Gonz. Si hay voces, yo no las hallo
Para pintar la efusion
De este pecho agradecido.
Menc. Ibas á ser mi marido:
Cumplo con mi obligacion.
Pide, si quieres, mi fama,
Mi caudal, mas: mi existencia;
Pero de mí mi conciencia
Deber mas alto reclama.
Huye, pues quieres huir:
Yo imploraré tu perdon
Aquí de la inquisicion.
Gonz. Nunca lo he de permitir.
De culpa que no cometo
A nadie perdon le pido.
Menc. Si culpa no has cometido,
¿Por qué temes el decreto
Del tribunal? Él sabrá...
Gonz. ¿Y me juzgará inocente
Si escucha mi voz valiente,
Que quizá le acusará?
Furioso de que acrimine
Sus fanáticos excesos,
Astillas me hará los huesos
Para que Dios me ilumine.
Menc. De la vergüenza y del potro
Te libras segun indico.
Gonz. Yo ni miento ni suplico,
Y allí es preciso uno y otro.
Pasar yo por delincuente
Y respetar el error,
Es vileza, es deshonor
Que mi sangre no consiente.
Dejemos pues de consuno
Este mísero confin:
En él de los dos al fin
No tuvo cuna ninguno.
¿Quién quiere vivir tampoco
De tanto riesgo cercado,
Como pájaro entregado
A los caprichos de un loco,
Donde hace la tiranía
Que pone á las almas yugo,
De un sacerdote un verdugo,
De cada fiel un espía?
Las palabras del contento,
Las figuras del decir,
El saludarse, el vestir,
El holgar, el alimento,
Todo bajo aspecto falso
Aquí se manda mirar,
Y todo puede llevar
Al español al cadalso.
¿Qué sosiego no alborota
La fama tener, la vida,
De los labios suspendida
De un escrupuloso idiota?
Menc. No mas, Gonzalo, no mas:
Harto sufrí tus extremos.
Vete.
Gonz. ¡Nos separaremos!
Menc. Para no vernos jamás.
Tú no me has amado, tú
No eres noble ni cristiano,
Ni es tu orígen castellano,
Ni has nacido en el Perú.
¿A Dios humillarte dudas,
Rogándotelo tu amada?
Contigo, ¿no puedo nada?
Gonz. No á las lágrimas acudas
Para vencer mi entereza.
Menc. ¿Y es sacrificio pequeño
Reconocerte por dueño,
Rindiéndote mi aspereza?
Yo que de la sociedad
Repelida me miraba,
Y en el claustro me encerraba
Por despecho y vanidad;
Yo que al amor en buen hora
Renunciaba por no oir
A mi marido decir:
« Soy mejor que vos, señora; »
Yo que bajo el peso enorme
De un baldon, acaso justo,
Vivia, si no con gusto,
Con mi ignominia conforme;
Y apelando á noble ardid
Que la ignominia cubriese,
Queria que me debiese
Un rico templo Madrid,
Donde entre vírgenes puras,
Modelos de caridad,

Hallase yo la igualdad
Y de la paz las dulzuras;
¡Yo nada te sacrifico!
¡De mi opinion la mudanza
Nada merece ni alcanza
De aquel á quien la dedico!
¿Nada es atraerme toda
La befa del vulgo atroz,
Que sin piedad á una voz
Escarneciera mi boda?
¿Por qué en el pérfido halago
De tus palabras creí?
¡Desventurada de mí!
¡A tanto amor este pago!

(*Al decir doña Mencía el verso «yo nada te sacrifico» se han asomado con precaucion doña Ines y Salomé á la ventana del fondo, entreabriendo las cortinas.—Doña Mencía se apoya en un sillon, volviendo la espalda á don Gonzalo para ocultar sus lágrimas: don Gonzalo se acerca á ella con ternura.*)

ESCENA VII.

DOÑA INES Y SALOMÉ, A LA VENTANA; DOÑA MENCIA Y DON GONZALO, SIN VERLAS.

Ines. (*Bajo á Salomé.*) Ves ¡qué hermana!
Sal. (*Bajo á doña Ines.*) Reprimíos.
Gonz. ¿Así de mi amor te atreves
(*A doña Mencía.*)
A dudar?
Ines. (*Aparte.*) ¡Aleve! ¡Aleves!
No puedo ver mas.
Sal. (*Bajo á doña Ines.*) Veníos.
(*Quítanse de la ventana.*)

ESCENA VIII.

DOÑA MENCIA, DON GONZALO.

Gonz. Resuélvete á la partida.
Menc. ¿Dónde piensas ir?
Gonz. A Flandes.
Menc. Sí, son alicientes grandes
La creencia y la querida.
Gonz. Me injurias.
Menc. Mucho labró
El trato herético en tí.
Gonz. No; pero la contra oí,
Y tú sabes solo el pro.
Menc. Si tu fe viviera aun
Tan pura como debia...
Gonz. En España es herejía
Tener sentido comun.
Menc. Di tú que nunca me amaste,
Y cese el disimular.
A Flandes vas á buscar
A la dama que dejaste.
Gonz. ¡Yo!
Menc. Tú. ¿No me has confesado...?
Gonz. El amor de que te hablé
Una vez, en Lima fué.
Menc. De Lima te has ausentado,
Y hacerlo tu dama pudo.
Gonz. Solo á Méjico pasó:
Allí cruel la llevó...
Menc. ¿Quién?
Gonz. Un padre testarudo.
Menc. Tú sin duda la seguiste.
Gonz. Era mi primer cariño,
Y yo entonces casi niño.
Menc. ¿Con que en Méjico viviste?
Gonz. Poco tiempo, y encubierto
Con otro nombre.
Menc. ¿Cuál era?
Gonz. El de don Guillen...
Menc. ¿Herrera?
Gonz. ¿Por dónde lo has descubierto?
Menc. ¡Qué oigo! Beatriz Coronel
¿Fué acaso...?
Gonz. Fué la que dió...
He sabido que murió.
Menc. ¿Has escrito este papel?
(*Preséntale el que antes á don Gutierre.*
Gonz. Sí, para ella. ¿Dónde está
Mi hija? De esa infeliz
¿Sabes como de Beatriz?
Menc. Sí, sí.
Gonz. Dime..
Damas 1ª y 2ª. ¡Ah, ah, ah!
(*Riendo dentro.*)
Menc. Vienen: ocúltate.
(*Tómale el papel, y se lo guarda en el pecho.*)
Gonz. Quiero
Saber...
Menc. Que vas á perderte.
Gonz. No: revélame la suerte...
Menc. Retirarte es lo primero.
Ven.
(*Conduce á don Gonzalo hasta la primera puerta de la izquierda, y desde el umbral le señala el aposento donde debe ocultarse.*)
Allí.

ESCENA IX.

LAS DAMAS 1ª y 2ª, DOÑA MENCIA.

Dama 1ª. Señora, trate
De hacerse menos huraña;
Venga en amor y compaña

A tomar el chocolate.
Menc. Yo tenia que hacer...
Dama 2ª. Uno
Mi ruego, si es necesario.
Dama 1ª. Si rezabais el rosario,
Despues...
Menc. (*Aparte.* ¡Empeño importuno!)
Estaré un instante.
Dama 1ª. ¡Bueno!
Vereis allí, ¡qué alborozo!
Don Gutierre está hecho un mozo;
Pero al pobre le condeno.
Menc. Juicio.
Dama 1ª. Cuando el caso llega,
Le tengo.
Menc. ¡Valiente loca!
Dama 1ª. La mas fruncida de boca
Es la que mejor la pega.
(*Vanse por la derecha.*)

ESCENA X.

DOÑA INES, SALIENDO POR LA SEGUNDA PUERTA DE LA IZQUIERDA.

Ninguno está. — Se llevaron
A la traidora de aquí.
¿Es cierto que yo le vi?
Mis ojos ¿no me engañaron?
Ellos eran: me burlaron;
Y aquel riesgo tan temido
Villano artificio ha sido
Para que sumisa diera
Mi cabello á la tijera,
Mis amores al olvido.
¿Esta de un hombre es la fe?
¿Merecia tal traicion
Mi sencillo corazon?
Yo que ciega le adoré,
¿Le ofendí jamás? ¿En qué?
Nací con fatal estrella.
¿Será mi hermana mas bella?
¿Es que á Gonzalo engañó
Como á mí? No importa, no:
Perjuro es él, vil es ella.
(*Llégase á la puerta por donde se entró don Gonzalo.*)
Cerrado. — Aquí está el infiel.
¿Para qué le quiero hablar?
Me está esperando el altar.
¡Bien dispuesta voy á él!
No es mi corazon cruel;
Mas ¿puede tener templanza
La mujer que á ver alcanza
Su candor escarnecido,
Ajeno su bien querido?
Venganza, zelos, venganza.

ESCENA XI.

DON GUTIERRE, DOÑA INES.

Gut. ¿Sola aquí Inesita? Sí,
Que ya basta de bureo.
Que me place el encontrarte.
Ines. Yo de que vengais me alegro.
Necesito consultaros.
Gut. Yo preguntarte. Sentémonos.
(*Siéntanse.*)
Ines, quien impune deja
Un delito, se hace reo
De aquel delito.
Ines. Es verdad.
Gut. ¡Friolera! Si es proverbio
Inquisitorial. ¡Oh! y es
Cuanto cabe encarecerlo,
Porque el santo oficio debe
A Dios su establecimiento,
Que antes de crear el mundo,
Le puso...
Ines. ¿Dónde?
Gut. En el cielo.
Allí en auto general
Dios, inquisidor primero,
Condenó al ángel hereje
Con sus cómplices al fuego.
Él á Adan heretizante,
Porque del castigo impuesto
Se atrevió á dudar, formó
Secretamente proceso;
Y el padre de las naciones
Oyó el judicial decreto,
Vestido un sacro de piel,
Sambenito de su tiempo,
Y confiscados sus bienes,
Inhábil para el empleo
De guardian del Paraíso,
Pena sufrió de destierro,
Y toda su vida tuvo
Por cárcel el universo.
Ines. Yo no dudo, don Gutierre...
Gut. Si consta del Pentateuco.
Sara, mujer de Abrahan [1],
Fué contra Ismael protervo
Inquisidora...
Ines. Esa Sara
Que me decís, ¿tuvo zelos?
Gut. Moisés inquisitorió
A Faraon y á su pueblo,

[1] *Officio inquisitoris Sara functa est, cum Ismaelem ob idololatriam à domo Abrahæ expulit.*

Casi todos los despropósitos que hacina aquí don Gutierre están copiados de la obra del inquisidor Luis de Páramo titulada: *De origine et progressu Inquisitionis.*

Samuel al Rey gordo Agag,
David á los filisteos,
Y Nabucodonosor...
Ines. ¿No os parece un sacrilegio
Que á una huérfana infeliz...?
Gut. Despues que vió á los mancebos
Del horno de Babilonia
Salir de la llama ilesos...
Ines. ¿Adónde vais á parar
Con tal preámbulo?
Gut. A esto:
A decir que la herejía
Es crímen de privilegio,
Crímen, digo, que á la regla
General no está sujeto:
Que es obligacion forzosa
De todo fiel verdadero
Delatar á los herejes
Que sepa lo son de cierto;
Delatar á los que dude
Si lo son ó si lo fueron,
O tema que lo serán
Si no se pone remedio;
Y delatarse á sí mismo
Si en herético concepto
Desplegar el labio pudo
Por malicia ó desacuerdo.
Ines. Don Gutierre, me asustais.
Gut Aunque el temerario acento
Suene en retirada estancia
Sin testigos, no por eso
Se libra el que le profiere
Del anatema tremendo
De la excomunion.
Ines. ¡Jesus!
Gut. Ines, en este momento
Se me encarga que descubra
De un hereje el paradero.
Ines. ¿De un hereje? ¡Ahora!
(*Con ironía amarga.*)
Gut. Ines,
En esta casa le vieron
Entrar; á verte ha venido...
Ines. (*Levantándose.*) Mienten, mienten;
No viene por mí. [ese pérfido
Gut. ¿Tú sabes...?
Ines. Otros ojos le rindieron,
¡Ay! y por eso los mios
Se llenan de lloro acerbo.
Gut. ¿Te olvidas de que hoy sus puertas
Abre para tí el convento,
Y que hay entredicho allí
Para profanos recuerdos?
Ines. Yo quise bien, quiero aún.
Mi hermana..
Gut. Obra con acierto...
Ines. ¿Usurpándome mi amor?
¡Qué infamia!
Gut. Pasmado quedo.
Ines. A ella busca don Gonzalo:
Requebrándose estuvieron
Aquí.
Gut. ¿Le quiere Mencía?
Ines. ¿Si le quiere? Con extremo.
Menos que yo, sin embargo.
Gut. ¿Y le oculta...?
Ines. Por supuesto:
De vos, de la inquisicion.
Gut. ¡Cómo! ¿A un secuaz de Lutero?
Brujo es sin duda el hereje,
Y os ha barajado el seso
Con hechizos.
Ines. Sí, señor,
Bien decís, es hechicero.
Gut. ¿Y dónde está?
Ines. No os lo digo,
Si no me haceis juramento
De que no peligrará
En la inquisicion.
Gut. Prometo
Que le tendrán... bien seguro.
Ines. Que se ha de salvar.
Gut. Haremos
Que se averigue con él
El mejor padre maestro.
Un alma vale... Y ¿está
En la casa...?
Ines. Solo quiero
Que Mencía no se case
Con él, ya que yo le pierdo.
Gut. ¡Casarse con él Mencía!
¿Soy acaso yo tan viejo?
¡Buen lance fuera que al fin
De diez años de silencio,
Cuando ella mas madurez,
Cuando yo mas prisa tengo,
Viniera ¿quién? un hereje
A trastornar mis proyectos!
Ines. ¿Vos amabais á mi hermana?
Gut. ¿Cuánto há que en un monasterio
Estaria ella si no?
Ines. Haced que sus devaneos
Renuncie, y os dé la mano.
Gut. Lo intentaré por lo menos.
Ines. ¡Yo, pobre de mí...!
Gut. Durante
Tu noviciado, veremos
Qué se puede hacer...
Ines. ¿Por quién?
Gut. Por tí.
Ines. Mi agradecimiento...
¿Qué hareis conmigo? ¿Sacarme
De allí?
Gut. Si ese caballero...
Ines. Es un traidor, un aleve...
Gut. Malo.

Ines. Pero amable...
Gut. Bueno.
Ines. Sano corazon...
Gut. Mejor.
Ines. Hombre de chapa, discreto,
Bizarro...
Gut. Un mozo sin tacha,
Como se reduzca al gremio
De la iglesia.
Ines. Yo en el coro
Pasaré el dia pidiendo
Su conversion al Señor.
Por él ceñiré mi cuerpo
De agudas puntas; por él
Será una losa mi lecho;
Mis rodillas abrirán
Huella profunda en el suelo,
Y la bóveda celeste
Penetrarán mis lamentos.
Gut. Y él se reconocerá,
Él abjurará en secreto,
Nadie lo sabrá, Mencía
Cederá, y os casaremos.
Ines. ¡Ah! ¡mi bienhechor, mi amigo!
Gut. Con que no perdamos tiempo.
Dime: ¿dónde...?
Ines. Debe estar
Sin duda en el aposento
Que hay al fin de este pasillo.
Gut. Chit, chit.
(*Salen varios alguaciles de la inquisicion.*)
Aquí le tenemos.
(*Don Gutierre va á abrir la puerta que le ha designado doña Ines.*)
Ines. Está cerrada.
Gut. (*Echando el cerrojo.*) Se pasa
El cerrojo, y queda preso
Por aquí.
Ines. Del otro lado...
Gut. Como la llave conservo
Del jardin, y es la maestra,
Si es menester, abro y entro.
Vamos, en nombre de Dios, (*Santiguase.*)
Hijos. Por allá saldremos.
Ines. (*Con ahinco.*) Tratádmele bien.
Gut. Descuida.
Nuestro pio ministerio
Tiene por obligacion
La dulzura y miramiento,
Y con la gorra en la mano
Al coche le llevaremos.
(*Vanse don Gutierre y los alguaciles por la segunda puerta de la izquierda.*)

ESCENA XII.

DOÑA INES.

Si se acercase á esta puerta...
(*Llégase á la puerta del pasillo y llama blandamente.*)
Si yo... —Gonzalo.—Está lejos.
Y ¿qué me puede decir?
Me engañaria de nuevo.
Huiria, le perderia.
Bien hice, no me arrepiento.

ESCENA XIII.

DOÑA MENCIA, DOÑA INES.

Menc. La hora llegó de que tu á Dios re-
Esta mansion en que viví contigo: [ciba
Te llama el claustro á su feliz abrigo,
Y llega ya por tí la comitiva.
Ines. (*Agitada.*) Un instante, un instante.
Menc. Don Gutierre...
Ines. No le llames: vendrá.
Menc. Tu ánimo esfuerza.
Mengua es que ya tu voluntad se tuerza.
Tu guia es la virtud; nada te aterre.
Ines. Calla. ¿No oíste?
Menc. ¿Qué?
Ines. Rumor lejano.
Menc. ¿Dónde?
Ines. Aquí... por aquí.
(*Señalando la puerta del pasillo.*)
Menc. Todo reposa.
Ines. No: percibo la marcha silenciosa...
Menc. ¡Qué agitacion, Ines!
Ines. Y no es en vano.
¿Cómo no tiemblas si mi susto miras?
Menc. ¿Temblar? ¿De qué?
Ines. Con frialdad lo dices;
Mas pierden tus mejillas sus matices,
Vagan tus ojos, con afan respiras.
Testimonio me dan á tí contrario
Tu seno, tus mejillas y tus ojos.
Para todos, hermana, tiene abrojos
De la vida mortal el campo vario.
Menc. ¿Qué me quieres decir?
(*Dando una ojeada furtiva á la puerta que cerró.*)
Ines. ¡Ah! ¡tus miradas
Ya esa puerta hácia sí tambien atrae!
Sus hojas por tu mano están cerradas;
Mas la víctima al fin tras ellas cae.
Sé tus amores.
Menc. Compasion, silencio.
(*Asustada y suplicante.*)
Ines. Yo compasion en el jardin pedia:
¿Qué respondió la bárbara Mencía?

Menc. Por el Señor...
Ines. Su nombre reverencio;
Mas su justicia en mi favor imploro.
Sí, su justicia, que vengarme debe
De una mujer feroz, de un hombre aleve
Que me sumieron en eterno lloro.
Menc. ¡Ah! si el peligro de Gonzalo sa-
No reveles, Ines, que aquí se esconde. [bes,
Ines. Imposible de mí que lo recabes.
A perfidia, perfidia corresponde.
Menc. Sus pasos ya la inquisicion acecha..
Ines. Lo sé.
Menc. Y si pasa del umbral tremendo...
Ines. Pasará...
Menc. Un dia le verás ardiendo
En hoguera voraz.
Ines. (*Aparte.*) ¡Oh! ¡qué sospecha!
Menc. Enemigo tenaz del santo oficio
Gonzalo, y orgulloso como noble,
Primero que á la súplica se doble,
Ha de hacer su vida sacrificio. [clemencia,
Ines. ¿Cielos! ¿Será verdad? ¿Ni habrá
Ni es de Gonzalo que vencer se deje?
Menc. Él para el tribunal será un hereje,
Y su teson á muerte le sentencia.
Ines. ¡A muerte!
Menc. Sí.
Ines. ¡Gran Dios!
Menc. Ines, aparta
De tí el rencor; que del puñal que vibres
No hay medio, no, de que tu pecho libres.
Mira lo que descubro en esa carta
De Gonzalo á tu madre. (*Se la da.*)
Ines. (*Viendo la firma.*) *Guillen* dice.
Menc. Es Gonzalo.
Ines. ¡Es su letra! No comprendo...
(*Lee.*)
« Fruto de oculto amor... » Todo lo entiendo.
No soy tu hermana.
Menc. No.
Ines. ¡Qué es lo que hice!
Menc. (*Con terror.*) ¡Ines!
Ines. Abre esa puerta: todavía
Puede...
Menc. ¿Fuiste capaz...?
(*Se oye un coche que arranca.*)
Ines. ¡Una carroza!
Ya es tarde.
Menc. ¡Le prendieron! Goza, goza
(*Asomándose á la ventana de la derecha.*)
Tu venganza, cruel, ella es la mia.
Ines. ¡Desdichada!
Menc. Buscó tu enojo ciego
Dos victimas; hay tres.
Gonz. (*Dentro.*) Sirve de madre
A mi hija, Mencía.
Menc. Oye á tu padre,
Al que conduces á morir al fuego.
Gonz. Abrázala por mí.
(*Dentro, ya á mayor distancia.*)
Menc. No: la maldigo.
Vil instrumento de mi suerte esquiva,
Mancha mi nombre, de mi bien me priva.
Si la dejo vivir, es por castigo.
Ines. Padre, ¡perdon!
(*Yendo hácia la ventana.*)
Menc. Su muerte y mi tormento
Caigan...
Ines. ¡Piedad!
(*Arrojándose á los piés de doña Mencía.*)
Menc. Sobre tu frente impura.
Ines. Abreme aquí á tus piés la sepultura.
Menc. Ven á espirar de angustia en el convento.
(*Cógela violentamente de un brazo y llevásela consigo.*)

ACTO TERCERO.

El teatro representa un locutorio. A la linea de la penúltima caja, una verja que cruza el ancho de la escena, dejando una puerta grande en el medio; en el fondo la de la portería, y una ventanilla para ver quién llama. El espacio comprendido entre la verja y el telon de foro, da paso por la derecha á la huerta ó jardin del convento, y por la izquierda á las piezas de oficio. Otra puerta, colocada entre las primeras cajas de la izquierda, comunica con el claustro. Una mesa á la derecha. Sillas y cuadros devotos.

ESCENA PRIMERA.

CHACON Y VARIOS CRIADOS; LA TORNERA DEL CONVENTO Y ALGUNAS HERMANAS LEGAS, TODOS EN LA PORTERÍA.

(*Las legas transportan á las piezas de oficio varios azafates, fuentes de dulces y garrafas que reciben de los criados.*)
Chac. (*A las legas.*) Tomen esos aza-
¡Pese á su flema! [fates,
Torn. ¡Qué humor!
Chac. ¡Por vida de mi señora!
(*Mirando hácia el portal.*)
Torn. No jure el escuderon.
Chac. (*Irritado.*) ¡Madre tornera!
Torn. No debo...
Chac. Hacer de predicador.
¿Qué le importa que yo jure
O cante el kyrieleison?
Cuide de cobrar la sisa

De las confituras...
Torn. ¡Yo!
Chac. Ella y todas golosean.
Torn. Piense bien y hable mejor.
Chac. ¿Si sabremos lo que pasa
En dia de profesion?
Torn. ¿Fué monja?
Chac. Fuí monacillo.
Váyanse ellos.
(*A los criados, los cuales se retiran.*)
Torn. ¿Se acabó?
Chac. ¿No tienen ya para hacer
Año y medio colacion?
¿O quieren hoy engullirse
Toda la calle Mayor?
Torn. Quiero... que se marche ya.
(*Chacon pasa por un momento al portal: cuando la tornera va á cerrar la puerta, vuelve aquel á la portería trayendo un cuadro de cinco cuartas de alto, cubierto con un lienzo.*)
Chac. Menos precipitacion.
Cargue con esto.
Torn. (*Tomando el cuadro.*) ¡Jesus!
Si pesa...
Chac. Sus ciento y dos
Inviernos son los pesados.
Traiga acá. (*Quítale el cuadro.*)
Torn. Si es un tablon.
(*Chacon pasa al locutorio y pone el retrato encima de una mesa, arrimándolo al muro.*)
Chac. Para la celda de Ines.
Torn. ¿Algun santo?
Chac. Padeció
Martirio al menos, y en casa
No faltó quien devocion
Le tuviera.
(*La tornera descubre el retrato por un instante: Chacon al verle hace un ademan de cólera.*)
Torn. Es un retrato
De mujer. ¿Quién...?
Chac. ¡Mala tos
Coja la dueña barbuda
Que en mis manos entregó
Tapado ese cuadro así,
Para no ver el error!
Torn. ¿Cuál?
Chac. Que no es esa la madre
De Ines.
Torn. La equivocacion
Se remedia con un viaje.
Chac. Falta que otro cometió,
Yo no la enmiendo. Y que puede
Ser esta alguna aprension
De las que tiene mi ama:
Tal vez ella lo mandó;
Porque su caletre, vamos...
Cada vez está peor.
Torn. Anda enferma.
Chac. Y medio loca.
Si hoy mismo... Al diablo la doy.
Torn. ¿Por qué?
Chac. Porque desde casa
Aquí no se dirigió.
La busco, y... nada: me aguardo,
Y... Perdóneme el Señor. (*Toma una silla.*)
Torn. ¿Qué hace?
Chac. ¿No lo ve? Me siento.
Torn. No puede, hermano Chacon,
Quedarse en el locutorio.
Chac. Eh, madre San Armengol,
Conceda por lo traido
Hospedaje al portador.
Torn. No es posible; salga fuera.
Chac. Sin ver á Inesita, no.
(*Como quien busca un pretexto.*)
Torn. Vaya á la reja del coro,
Y la verá á su sabor
Al profesar.
Chac. Para hablarla,
¡Pintiparada ocasion!
¿No entra don Gutierre aquí?
Torn. Es nuestro administrador.
Él solo y doña Mencía
Los exceptuados son
De la órden que esta mañana
La superiora me dió.
A nadie mas quiere ver
La hermanita Encarnacion,
Ines en el siglo.
Chac. Tome
(*Dando á la tornera una caja de tabaco.*)
Un polvo, vaya.
Torn. ¡Qué olor!
Chac. Es rico.
Torn. Famoso.
Chac. Guarde
La caja.
Torn. Sea por Dios.
Chac. Y déjeme á la Inesita
Ver, así de refilon,
Cuando venga.
Torn. Espere ahora
En el jardin.
Chac. Bien, ya estoy.
Torn. Despues... (*Llaman á la puerta.*)
Llaman.
(*Va á ver quién es, y señala á Chacon por dónde se va al jardin.*)
Por ahí.
¿Quién? (*A Chacon.*) Marche sin dilacion.
Gut. (*Dentro.*) Soy yo, madre.
Torn. Es don Gutierre.
Ya van. (*A Chacon.*) Salga: ¿no me oyó?

Chac. ¿Viene mi ama con él?
Torn. Sí tal.
Chac. (*Aparte al irse.*) ¡Maldito moscon!
Aguardaré á que la deje
Sola. (*Vase Chacon. Vuelven á llamar.*(
Torn. Señores, ya voy. (*Abre.*)

ESCENA II.

DOÑA MENCIA, DON GUTIERRE; LA TORNERA.

Gut. Sea Dios en esta casa.
Torn. Él les dé su bendicion.
Gut. ¿Trajeron...?
Torn. Todo. El retrato
Es ese. Chacon dudó
Si acaso...
Menc. ¿Dónde está Ines?
Torn. A los piés del confesor.
Voy, voy á ver si despacha
Para que venga con vos. (*Les da sillas.*)
Siéntense. (*Aparte al irse.* Doña Mencía
Parece un cadáver hoy.) (*Vase.*)

ESCENA III.

DOÑA MENCIA, DON GUTIERRE.

Menc. (*Sentándose.*) ¡Ay!
Gut. ¡Qué abatida! ¿Os sentís
Con grave indisposicion?
Menc. ¿No os acordais? Mi ventura
Hoy há un año que murió.
Gut. No tal, el martes pasado...
Menc. Martes fué; teneis razon.
Hasta la memoria ya
Me ha trastornado el dolor. —
¡Un año sin verle, un año
Sin saber si pereció,
Si...!
Gut. ¡Qué! don Gonzalo vive.
Menc. Vive en una reclusion,
Vive... ¿dónde? Me lo callan,
Nadie responde á mi voz,
Ninguno alivia las penas
De mi triste corazon.
Gut. Mencía, hija...
Menc. Callad.
¡Hija! Palabra de horror.
¿Por qué á esa fatal mujer
Vida mi Gonzalo dió?
Y esa América que cria
Tanta serpiente feroz,
¿Por qué á la cuna de Ines
Una de ellas no envió?
Gut. ¿Qué decís?
Menc. ¡Ah desgraciada!
Bien merece compasion.
Padre y amante ha perdido.
Gut. Confianza en el Señor.
A la hija y á la esposa,
Católico ya de pro,
Quizá pronto don Gonzalo
Vendrá á dar un alegron.
Menc. ¡Oiga mi ruego ferviente
La Madre del Salvador!
¿Cómo tornará á mis brazos
De aquella horrible mansion,
De aquel infierno de vivos
Donde mi zelo me hundió?
¡Mi zelo! mi ceguedad,
Mi insensatez.
Gut. El mejor
Partido, el único propio
De tan árdua situacion
Como la vuestra, ese fué:
Con la prontitud mayor,
Antes de veros citada,
Pedir reconciliacion.
Enamorada de un hombre,
Que el santo oficio mandó
Prender como sospechoso
De vehementi, erais vos
Muy sospechosa tambien.
Menc. ¡Qué escarmiento, qué leccion!
Yo, fanática, impelida
De escrupuloso temor,
Al tribunal me presento,
¡Y una horrorosa prision
Encuentro por recompensa
De la fe que me guió!
Gut. ¡Eh! dejad...
Menc. Me ven sencilla,
(*Arrebatándose por grados.*)
Y me acusan de traicion.
Con preguntas que no entiendo,
Que Satanás inventó,
En laberinto enredoso
Pierden mi imaginacion.
Hablando me contradigo,
Hágome rea si no.
De mi linaje me piden
Toda la historia interior;
Exigen la de mi vida,
Cada dia que pasó;
Cuenta quieren que les dé
De cada palpitacion
De mi pecho, sin piedad,
Sin respeto á mi pudor.
¡Mónstruos!
Gut. Señora...
Menc. Os detesto.
Recibid mi execracion.
Gut. (*Aparte.*) Ya su delirio...
Menc. ¡Impostores!
Queme un rayo abrasador

Vuestras entrañas de hiena,
Vuestra lengua de escorpion.
Gut. Mirad que estais...
Menc. No estoy loca:
(*Levantándose frenética.*)
Sé que digo, sé quién sois.
¡Tan vil sospecha de mí!
Apartad, calumniador.
Gut. (*Aparte.*) ¡Un mes en el santo oficio
Qué estrago en ella causó!
Vaya, si...
Menc. ¡Misericordia!
(*Vagando por el proscenio.*)
Escuchadme sin pasion.
Compadecedme. — ¡Qué frio!
Si aquí no penetra el sol.
Mirad que tiemblo, que lloro.
¿Cuándo Mencía lloró?
Ya no hay en mis nervios fuerza,
Ni hay en mi sangre calor. —
Os lo juro, sacerdote.
Desconocidos me son.
Amo á Gonzalo, es verdad;
Pero por el Redentor
Que no sé de esos herejes. —
¡Vos lo creeis! ¡Oh baldon! —
Habré de mentir. — La mano
Quieta, vil ejecutor. —
¡Agarrotada, prensada
Con esos cordeles! ¡Oh!
¡Colgada de allí! Pero ¿es
Un tigre un inquisidor? —
Soltadme. — ¡Cielos, valedme!
¡Ay, ay!
(*Huye despavorida por el teatro, y se agarra convulsa á un sillon. Don Gutierre acude á sostenerla.*)
Gut. (*Despues de una pausa.*) Ya se des-
Querida Mencía... [fogó.
Menc. ¿Quién?
¡Ay! ¡qué diferente voz!
¿Dónde estamos, don Gutierre?
Ya lo comprendo. Perdon.
Habré dicho... Tal combate
Mi espíritu padeció.
Gut. (*Ap.*) ¡Qué pueda aquel tribunal
Incurrir en un error!
En estos tiempos sucede
Lo que nunca sucedió.
Menc. ¡Qué vergüenza! ¡Yo casada!
¡Casada en la inquisicion!
¡Yo, cielos, haber mentido
En ofensa de mi honor!
¡Ay! al ver el potro, dije
Mas que se me preguntó.
«¿Me libro así de miraros?
¿Sí? pues deshonrada estoy.»
Gut. ¿Quién habrá que se figure
Que se mienta de terror?
Juicios son incomprensibles
Para el hombre los de Dios.
Menc. Boda con auspicios tales
Es boda de maldicion.
¡Ni aun para darle la mano,
Vi á mi esposo!
Gut. Él me otorgó
Su poder, y el desposorio
Se celebró en comision.
¿Cómo ver á don Gonzalo,
Cuando se le sentenció
A cárcel en un convento,
Sin mas comunicacion
Que la de algun religioso?
No era posible. — Rigor
Es por cierto de mi estrella:
Querer casarme con vos,
Y hacerlo *in caput alienum.*
Dios me dé resignacion.
Pero Mencía, que sabe
Con qué ternura la amó
Siempre este viejo, que fué
Su amigo, padre y tutor,
No le negará en su pecho
Algun pequeño rincon,
Premio de un tierno desvelo
Que nunca se desmintió.
Vendrá Gonzalo, hija mia,
Renovareis vuestra union,
Crecerán en torno vuestro
Los frutos de vuestro amor:
Permitidme ser testigo
De la dicha de los dos.
Menc. ¡Don Gutierre!
Gut. Ya lo veis:
De aquí desapareció
El escudo cuya vista
Os infundiera pavor.
Remordimientos confieso
Que el dejarlo me costó;
Pero si en mí el tribunal
Ha perdido un servidor,
Un conde ocupó mi puesto;
Y aunque es noble profesion
La de familiar, requiere
Temple de tanto vigor,
Tanta dureza de entrañas...
Y yo no soy un Neron.
Basta para pesadumbres
La primera que me dió.
¿Cuándo pude sospechar
En mi cristiano fervor
Que lágrimas me costara
Cumplir con mi obligacion?
Mas no recordemos esto.
¿Me juzgais acreedor
A un lugar en vuestra casa

Y otro en vuestra estimacion?
Menc. ¡Ah señor! ¡Ah padre mio!
Esa pregunta ofendió
La gratitud que es en mí
Deuda de mi pundonor.
De hacienda y de vida debo
A vos la conservacion.
Mil veces hubiera muerto
Devorada de dolor,
Sin esta mano que al alma
Con la esperanza alentó. (*Bésasela.*)

ESCENA IV.

DOÑA INES, VESTIDA DE BLANCO Y CORONADA DE FLORES; LA TORNERA, DOÑA MENCIA, DON GUTIERRE.

Torn. ¡Mírenla qué hermosa! Miren
Del monasterio la flor,
La joya, la que de santa
Tiene predestinacion.
Ines. ¡Mencía!
Menc. Ven á mi lado,
Ines. (*Se sienta doña Ines.*)
Torn. (*A don Gutierre.*) De órden su-
Que paseis vos á la celda [perior,
De la abadesa.
Gut. Allá voy.
(*Vanse él y la tornera.*)

ESCENA V.

DOÑA MENCIA, DOÑA INES.

Ines. Nada sabias ayer
Del padre por quien suspiro:
¿Qué males debo temer
Hoy que en tu semblante miro
Mas marcado el padecer?
Menc. No: ningun descubrimiento
Hice que mi llanto borre
Ni que le dé crecimiento;
Mas cada instante que corre
Pierdo de esperanza ciento.
Ines. ¡No tendré la bendicion
De mi padre en este dia
De eterna separacion!
Darásmela tú, Mencía,
Y con ella tu perdon.
Menc. ¡Perdon me pides á mí,
Tú que mi víctima fuiste!
No me atormentes así.
Ines. Tú mas que yo padeciste;
Yo mas delincuente fuí.
¡Un padre á fieros sayones
Entregado por su hija!
Menc. ¡Inútiles reflexiones!
Esa acusacion prolija
No limará sus prisiones.
Ines. Cuando miro la violencia
De tu profundo pesar...
Menc. Dios me dará resistencia:
Mi pena no ha de dudar
Mas que dure mi existencia.
Y ¿qué he perdido? Un esposo.
¿Por qué le vi? ¿Por qué amé?
¿Por qué al asilo piadoso
Que me llamaba, marché
Con paso tan perezoso?
Ya es mi amor obligacion;
Sacro nudo ya me liga;
Pásmete la admiracion:
No hay momento que no diga
La palabra, maldicion.
Detesto la noche aciaga
Causa de mi amor funesto,
Que ánimo y cuerpo me llaga;
Mi triste enlace detesto
Que horrores sin fin me amaga.
Y ¿cómo no detestar
Un afecto que tal vez
Halló en mi seno lugar
Solo porque castigar
Quiso el cielo mi altivez?
Usurpando principió;
Pero pronto su conquista
Con lágrimas la regó:
¡Bien el corazon pagó
Los deslices de la vista!
Fué mi suerte lastimera
La de amar para sufrir:
Para amar de tal manera,
Mas me valiera morir
Antes que á Gonzalo viera.
Ines O tú delirando estás,
O no es tu lenguaje fiel,
O negarme no podrás
Que tu alma henchida de hiel
No supo querer jamás.
De haber sentido el amor
¡Tener, por llanto que cueste,
Ni despecho ni rencor!
¿Qué extraño lenguaje es este
Con mas ira que dolor?
¿Me ves á mí revestida (*Levántase.*)
De este cándido cendal
Que severo me intimida?
Pues aun mi pasion fatal
Vive debajo dormida.
Y no evito que despierte
Ni que turbe mi quietud,
Pues grita en acento fuerte
Que no ofendí á la virtud,
Y á mí me burló la suerte.
Allá en la nocturna sombra
Desvariando el deseo,

Voz escucho que me nombra,
Y vago fantasma veo
Que seduce mas que asombra.
De arrayan y de azucenas
Le ciñe la noble frente
Corona resplandeciente,
Símbolo de amor sin penas,
Tan feliz como inocente.
De la nieve la blancura
Luce en su flotante ropa,
Y con ojos de ternura
Pone en mi mano la copa
Del placer y la ventura.
Mas cuando voy á templar
En ella mi ardiente sed,
Dentro me miro arrastrar
De una inquebrantable red
A las gradas de un altar;
Y allí en cáliz de afliccion
Trocado el de goce puro,
Bebo contra mi intencion,
Y en él el tósigo apuro
De la desesperacion.
Y al alzarme sobre el lecho,
Despierta por mi alarido,
Aun en el cóncavo techo
Resuena un nombre querido
Que repito á mi despecho.
La dicha de que gocé
Con mis fugaces amores,
Como relámpago fué:
Las espinas y las flores
Confundidas encontré.
Mas tengo recuerdo tal
De aquel tiempo delicioso,
Que diera por tiempo igual
Toda una vida glacial,
Todo un siglo de reposo.
Y decirme necesito
Mil veces á cada instante
Que ese nombre que repito
Es de padre, y no de amante,
Y que es mi pasion delito.
Que si delito no fuera,
Si con el velo expiar
Otro crímen no quisiera,
¿Qué brazo tan fuerte hubiera
Que aquí me obligara á entrar?
Dióme el retiro energía;
Ya en fuerza y valor abundo...
(*Suena dentro una campana llamando á coro.*)
¡Fuerza inútil y tardía!
Convulsion de la agonía
De quien muere para el mundo.
¿Escuchas esa campana?
Ella dobla por Ines,
Que ya ni rival ni hermana,
Su loca aficion mundana
Vencida pone á tus piés. (*Póstrase.*)
Menc. Alza.
Ines. Esa pared me ofrece
De un nuevo mundo la orilla:
Si de las pasiones crece
Al rededor la semilla,
Dentro se agosta y perece.
Tú, en quien hoy la dignidad
Sagrada de madre acato,
Pide á la Suma Bondad
Para esta frente que abato,
El don de conformidad.
Menc. ¡Ines mia!
Ines. La aversion
Que nos separaba esquiva
Espire en esta mansion,
Y hoy en el cielo se escriba
Nuestra reconciliacion.
Menc. Sí, ven, y á gozar empieza,
Ya que antes sufriste el peso
De mi bárbara dureza,
Hoy en este dulce beso
La efusion de mi terneza.
Ines. ¡Madre amada!
(*Estréchanse cariñosamente.*)
Menc. ¡Qué rubor!
El primero que le he dado.
Ines. Hoy es doble su valor.

ESCENA VI.

LA TORNERA, VARIAS RELIGIOSAS, DOÑA MENCIA, DOÑA INES.

Una rel. Está todo preparado.
Menc. Vuela al seno del Señor.
(*Levántase doña Ines, da un paso hácia el claustro, y se detiene mirándole con terror.*)
Ines. Tiemblo... yo no sé de qué.
Ese claustro me da miedo.
Ven conmigo.
Menc. Luego iré;
Ni moverme ahora puedo.
Las rel. (*A doña Ines.*) Animo.
Ines. Dios me le dé.
(*Vase con las monjas.*)

ESCENA VII.

DOÑA MENCIA, LA TORNERA.

Menc. De su flaqueza el asomo
Me da pesadumbre suma:
Por mal agüero le tomo,
Y un peso el alma me abruma
Como una losa de plomo.
(*Quiere levantarse y no puede.*)

Clavada estoy al asiento.
¡Qué congoja, qué temblor!
Torn. ¡Señora!
Menc. No sé qué siento.
¡Ah!
Torn. Le da un frio sudor.
(*Tomándole una mano.*)
Menc. Faltándome va el aliento.
Torn. ¡Favor! La comunidad
Está en el coro...

ESCENA VIII.

CHACON, DOÑA MENCIA, LA TORNERA.

Chac. ¡Señora!
Menc. No me dejeis.
(*Trémula y casi sin conocimiento lleva la mano á la bolsa que trae á la cintura para sacar de ella un pomo: Chacon abre la bolsa y da á su ama á oler el espíritu que ella no acertaba á encontrar.*)
Chac. Respirad.
Vos, madre, traed ahora
Un vaso de agua: marchad.
Torn. Corriendo. (*Vase.*)

ESCENA IX.

DOÑA MENCIA, CHACON.

Menc. Esta angustia mia...
Chac. ¡Voto á Juan de Marchamalo!
Valor.
Menc. Siento mejoría.
Chac. Si hallara así don Gonzalo
A vuesarced, ¿qué diria?
Menc. ¡Cuándo, cuándo le veré!
Chac. Poco á poco el tiempo avanza,
Y no creo yo que esté
Tan lejos...
Menc. ¡Vana esperanza!
Chac. Pues yo acá la fundo...
Menc. ¿En qué?
Chac. Tiene un año muchos dias,
Mucho un preso que sufrir;
Se hartará de resistir,
Y no aguardará al Mesías
Que le venga á redimir.
Menc. ¿Quién auxilio le ha de dar,
Si procura su evasion?
Chac. Ahí entra el alambicar,
O tener una ocasion
Y saberla aprovechar.
Menc. ¿Tú crees...?
Chac. Como él batalle
Probando trazas y modos
De fuga, tal vez los halle. —
El mejor dia en la calle
Me dice: acá estamos todos.
Menc. Sueños.
Chac. Usarced no atina
Cómo yo el caso comprendo.
Don Gonzalo está que trina:
Viene á darle un reverendo
Una leccion de doctrina. —
El capitan echa el taco
De muerte, bufa, patea:
El fraile sorbe tabaco,
Y en la exhortacion emplea
Ya el grito, ya el arrumaco. —
Id noramala, fray Blas. —
Hermano, por San Dionís. —
Callad, voto á Barrabás. —
Que tiene el alma en un tris. —
Que le derriengo de un tras. —
Agárrale del gollete,
Preséntale un argumento
De lógica de Albacete... —
¡Hermano! clama el pobrete,
¡Guarde el quinto mandamiento! —
Desnúdese. — ¡San Benito! —
Acuéstese. — ¡San Marcelo! —
Déjese atar. — ¡Santo cielo! —
¿No quieres callar, maldito?
Pues trágate ese pañuelo. —
Se viste, le abren la puerta,
Ladea el rostro y se tapa,
Sale, pasa por la huerta,
Ve un jaco, monta y escapa
Sin que ninguno lo advierta.
Menc. ¿Te burlas de mi afliccion?
Chac. No me burlo.
Menc. ¿No? ¡Jesus!
Di: ¿se salvó? Di, Chacon.
Chac. ¿Y tendremos... patatús?
Menc. Sácame de confusion.
¿Le has visto?
Chac. Serenidad.

ESCENA X.

LA TORNERA, TRAYENDO UN VASO DE AGUA; LOS MISMOS.

Torn. Aquí está...
Chac. Ya no hace falta.
(*Llaman á la portería; la tornera deja el vaso en una mesa, y acude á la puerta.*)
¿Sabeis quién llama?
Menc. (*Dando un grito.*) ¡Él!
Chac. Callad.
Menc. El corazon se me salta
Del pecho. Es él: ¿no es verdad?
Chac. Él es: juicio.

Torn. Un religioso
Quiere hablaros.
Menc. Venga luego.
Torn. Sí, dice muy afanoso
Que es para asunto forzoso.
Chac. Si es fray Tomás Villadiego.
Menc. Dejádmele ver y hablar.
(*La tornera va á abrir.*)
Chac. Dadme dinero ó la llave;
Tengo un coche que ajustar.
(*Habla bajo con su ama, que le entrega una llave.*)
Torn. Allí está.
(*A don Gonzalo, que sale vestido de fraile.*)
Menc. (*Aparte.*) ¡Oh Dios! no me acabe
Mi gozo.
Chac. (*A la tornera.*) Venidme á echar.
(*La tornera, despues de haber despedido á Chacon, se retira por detrás de la verja.*)

ESCENA XI.

DON GONZALO, DOÑA MENCIA.

(*Permanecen ambos inmóviles y en silencio hasta que se retira la tornera: abrázanse luego tiernamente.*)
Gonz. ¡Mencía!
Menc. ¡Dulce esposo!
Gonz. ¡A verte llego!
Menc. Tomad mi vida ahora, Dios cle-
Mira, Gonzalo, mi marchita frente, [mente.
Mira en lo que sufrí mi amante fuego.
Gonz. Ya termina ese afan.
Menc. Mi dicha dudo.
¿Es cierto, es cierto que á mi bien abrazo?
Habla, y habla de amor. ¡Tu labio mudo,
Cuando acabó de nuestra ausencia el plazo!
Gonz. Si es menos halagüeño mi len-
Repara en la ocasion y en el paraje, [guaje,
Repara en mi disfraz.
Menc. ¡Ah! te comprendo.
Gonz. Quebranté mi prision.
Menc. Vienes huyendo.
Gonz. Vengo por tí. ¿Vacilará Mencía
En seguirme esta vez?
Menc. ¿No soy tu esposa?
Tu voz espera la obediencia mia.
Salgamos de esta casa peligrosa.
Gonz. Mas peligro en la tuya me pre-
Acechada estarás. Víctima has sido [vienes:
Ya de la inquisicion, y pruebas tienes
De que no hay á sus ojos escondido
Secreto ni lugar. A este he venido
Cuando supe que en él te detenia
Piadosa obligacion por todo el dia,
Y aquí trazar nuestra partida puedo.
Menc. Sea pronto.
Gonz. A la noche. Todavía
Se ignorará mi fuga de Toledo.
Menc. ¿Allí recluso en celda penitente...?
Gonz. Allí me condenaba la sentencia,
Que mis jueces creyeron indulgente,
A maldecir diez años la existencia.
Menc. ¡Diez años!
Gonz. Figurártelo pudiste
Recibiendo la equívoca licencia
De nuestro enlace vergonzoso y triste.
Esos diez años de prision sin verte
Eran sentencia para mí de muerte.
Reo ya de la vida despedido
Fuí para el tribunal; mano de viuda
Fué la que no estreché cuando la diste.
Menc. Dios de nuestro penar compade-
Por fin el lazo desatado anuda [cido,
Que nuestra dicha hará. No te recuerdes
Dónde ni cómo se formó.
Gonz. Bien era,
Bien era necesario que tuviera
Mayor cariño que en sus años verdes
Quien con alma de noble y española,
Con la altivez de la conciencia justa,
Con la arrogancia de soldado sola,
Todo el orgullo de su frente adusta
Rindió al querer de la mujer que amaba,
Y á muerte pronta, si de oprobio llena,
Prefirió agonizar en la cadena,
Prefirió un siglo de existencia esclava.
Yo vi una carta de pasion henchida
Que me brindaba con tu mano hermosa;
Solicitando en muestra cariñosa
Que implorase una gracia aborrecida...
Menc. Tímida, delirante, seducida,
Tu libertad me figuré segura,
Crédula al prometer de la impostura.
Gonz. Bien recelaba yo. «Será artificio
De la impiedad del tribunal notoria;
Pero sacie (exclamé) su vanagloria,
Y hagamos al amor el sacrificio.»
Menc. Al sacrificio yo grata y sensible,
Bien que ni con mi vida te le pago,
Tú, Gonzalo, verás que satisfago
La parte toda de pagar posible.
Finos afectos que pedirme piensa,
Discurre caprichosas invenciones
Con que te dé mi amor la recompensa;
Pídeme rendimientos, sumisiones,
Delirios de abrasados corazones;
Más que codicie tu pasion avara,
Más mi agradecimiento te prepara.
Será mi afan adivinar tu gusto,
Cumplírtele será mi estudio y arte,
Será ofenderte mi contínuo susto,
Mi gozo verte, mi delicia hablarte,
Mi único pensamiento idolatrarte.

Pendiente de tu amor la vida mia,
Si le perdiera yo... me mataria.
Gonz. ¡Esposa!
Menc. De tus ojos la influencia
Ya en mí restaura mi vigor marchito:
Muerte me tuvo tu fatal ausencia;
Lozana con tu vista resucito.
Hasta los mismos hórridos agüeros,
Hijos de nuestra boda tenebrosa,
Que preludio de males verdaderos
Creía en mi pesar supersticiosa,
Ya de mi mente rápidos se alejan,
Y en el nublado cielo que veia
Sol de placer y viento de alegría
Limpio el azul de la ventura dejan.
Ya otro cuidado el corazon no siente
Que el de la fuga, cuyo instante tarda.
¿Dónde, cómo ha de ser?
Gonz. Oye: esta noche...
Menc. Di; que nada contigo me acobarda.
Gonz. A las diez...
Menc. Sigue.
Gonz. Detenido un coche
Junto la ermita habrá de San Vicente.
Menc. Allí estaré á las diez.
Gonz. Y ¿no podria
Llevarme allí tambien mi esposa cara...?
Menc. ¿Qué deseas?
Gonz. La dulce compañía...
Menc. ¿De quién?
Gonz. Mis juveniles extravíos
Pienso que sabes.
Menc. Tu intencion declara.
Gonz. Produjeron aquellos amoríos...
Menc. Pero...
Gonz. Ya para siempre nos separa
Nuestro destino del hispano suelo.
No ver, no conocer á la hija mia
Me llena el corazon de desconsuelo.
Soy padre.
Menc. Al punto la verás.
(*Mirándole con extrañeza.*)
Gonz. ¿Y dónde?
Menc. Aquí.
Gonz. ¡Oh placer!
Menc. Con ánimo devoto,
Quizá en este momento que lo digo,
Su frente humilde bajo el velo esconde,
Y á Dios se enlaza con estrecho voto.
Gonz. ¡Prenda del corazon! yo te bendigo.
Purifiquen tu cuna tus virtudes.
Menc. Tu bendicion merece y la del cielo.
Gonz. ¿Ella recibe con Ines el velo?
Menc. Es Ines.
Gonz. Imposible.
Menc. No lo dudes:
Hija tuya es Ines. — ¿En quién pensabas
Encontrar esa hija que llorabas?
Gonz. Sin luz alguna que mi norte fuera
Creí que tu apellido la encubriera,
Y que su orígen á saber llegaste
Como deuda cercana y compañera.
Cuando el billete vi por mí trazado
De esa infeliz el nombre me ocultaste,
Y allá en la soledad del monasterio
Soltando riendas á la mente incierta,
Ya habitante del índico hemisferio,
Ya en tierna edad la imaginaba muerta.
Menc. Vive; y un sentimiento equivocado
Confirma la verdad que has escuchado.
De Beatriz Coronel Ines nacida,
Fué la tierna aficion que te inspiraba,
Impulso de la sangre conmovida.
Gonz. No era Beatriz á la que yo adoraba.
Menc. Tú me confundes. El papel que viste,
¿No fué para Beatriz? Tú lo dijiste.
Gonz. Fué esa mujer de mi amorosa llama
Protectora solícita y prudente,
Amiga de Leonor, y no mi dama.
Menc. ¡Leonor! (*Ap.* Me da cuidado este accidente.)
Gonz. Mal mi dolor acerbo pintaria
De esa carta el lenguaje indiferente,
Cuando yo de Leonor me despedia.
Menc. El apellido de Leonor...
Gonz. Lo ignoro.
El velo del misterio mas profundo
Su flaqueza encubrió, y á su decoro
No se atrevió ni con malicia leve
La lenguaraz murmuracion del mundo.
Menc. Su patria...
Gonz. Lima.
Menc. Lima...
Gonz. Tiempo breve
Nuestro cariño fiel vivió tranquilo.
Busqué los brazos de mi amada bella
Una vez, y otra vez en el asilo
Que los suspiros de los dos oia,
Y una vez y otra vez allí sin ella
Me vió la noche, y el luciente dia.
La perdí.
Menc. ¿Te olvidó?
Gonz. Nos separaron.
Menc. Lejos quizá de Lima...
Gonz. La casaron.
Menc. ¿Dónde?
Gonz. En Méjico.
Menc. ¡Oh Dios!
Gonz. En tí suscito...
Menc. Solo curiosidad. Di.
Gonz. Vez postrera
Fué que nos vimos cuando el rostro lleno
De lágrimas, tributo del delito,
Me reveló que ya su triste seno...

Menc. Y de ese amor la prenda lastimera... [bida,
Gonz. Sin sospecha en el mundo reci-
Fué de un nombre usurpado la heredera.
Menc. ¿Qué nombre? ¿Descubrístelo?
Gonz. En mi vida.
De Leonor estorbómelo el recato
Y el ruego de Beatriz y mi partida. [ciada
Menc. ¿Qué años debe contar la desgra-
Que debió el ser al delincuente trato?
Gonz. Veintiseis.
Menc. (*Aparte.*) ¡Es mi edad!
Gonz. Estás turbada.
Menc. (*Aparte.*) Leonor, que ha sido su segundo nombre...
La carta con las suyas encontrada...
Gonz. ¿Qué puede haber en esto que te asombre?
¿Qué puede haber que temas?
Menc. Mal tan grave,
Que posible no mas en mí lo creo,
Si es que en humana desventura cabe.
(*Sus inciertas miradas, que expresan su inquietud, se detienen en el retrato que está sobre la mesa.*)
Si en vez de ese retrato, aquí pudiera
Otro manifestarte que poseo,
Una mirada tuya destruyera
O colmara la angustia en que me pones.
Gonz. ¿Qué retrato importaba que yo
¿De quién es ese? [viera?
Menc. De Beatriz.
Gonz. ¡Qué dices!
Registrándolo empiece mi deseo
De penetrar tan hondas confusiones.
(*Lo descubre.*)
Menc. ¿Se truecan por hechizo sus facciones?
Gonz. ¡Cielo santo! Leonor es la que veo.
Menc. ¡Infelices nosotros, infelices!
Gonz. Es Leonor, mi Leonor.
Menc. Di que te engañas:
Miente, engáñame á mí.
Gonz. ¿Qué hay que te aflija?
Menc. ¿Con que fué esa mujer?...
Gonz. Mi amor primero.
Menc. Esa misma me tuvo en sus entra-
Gonz. ¡A tí! [ñas.
Menc. A mí sola.
Gonz. ¡Ser á quien imploro!
¡Tú, desdichada, tú!
Menc. Yo soy tu hija.
Gonz. Ten el labio. ¡Qué horror!
Menc. Decirlo quiero.
Yo soy tu esposa.
Gonz. Calla.
Menc. Y yo te adoro;
Que en tí un amor inextinguible puse.
Gonz. Deja que alumbre la razon tu mente. [acuse,
Menc. Deja que al cielo blasfemante
Que con mi corazon juega inclemente.
Solo á un hombre hasta mí llegar consiente,
Solo por él inflama mi tibieza,
Y hallando su placer en mi congoja,
En los brazos del único me arroja
Cuyo amor me vedó naturaleza.
Llena, cielo enemigo, tus furores,
Y acaba con un rayo mis amores.

ESCENA XII.

DOÑA INES, YA CON EL HABITO DE PROFESA; VARIAS RELIGIOSAS, LA TORNERA, DOÑA MENCIA, DON GONZALO.

Gonz. ¡Ines!
Ines. El sacrificio he consumado.
Menc. ¿Dónde me oculto?
Ines. ¡Santo Dios! ¡qué miro!
No es ilusion, es él.—¡Padre adorado!
De gozo al veros y de pena espiro.
¡Padre! (*Va á abrazarle.*)
Menc. (*Deteniéndola.*) Aparta.
Ines. Tu acento delirante...
Menc. Apártate, mujer, ese es tu amante,
De cuya fe leal te he despojado.
Gonz. Cesa.
Ines. ¡Qué espanto el corazon me inunda!
Menc. El infierno á mi amor ha presi-
Gonz. Ven. [dido.
Menc. A mi padre encuentro en mi marido.
Ines. La cólera del cielo te confunda.

ESCENA ULTIMA.

UN COMISARIO Y ALGUACILES DE LA INQUISICION; LOS MISMOS.

Comis. (*Dentro.*) Paso á la inquisicion: franca la puerta.
Todos. ¡La inquisicion!
(*Terror general: la tornera va á abrir.*)
Menc. ¡Jesus!
Gonz. ¡Ah! me han seguido.
Ines. (*A la tornera.*) No abrais.
Gonz. Abrid.
Ines. Su perdicion es cierta.
Gonz. Vengan esos verdugos: los espero.
(*Saca un puñal.*)
(*La tornera abre: el comisario y los alguaciles se precipitan en el locutorio.*)

Comis. Prended al fugitivo, desarmadle.
Gonz. Solamente, canalla envilecida,
Mi cadáver tendreis.
(*Va á herirse : doña Mencía le detiene.*)
Menc. Suelta ese acero.
Gonz. Quita.
(*Mientras don Gonzalo y doña Mencía forcejan asidos del puñal, los esbirros se apoderan de don Gonzalo. El puñal queda en manos de doña Mencía.*)
Ines. Yo espiro.
(*Cae desmayada en brazos de las religiosas.*)
Comis. A su prision : llevadle.
Gonz. ¡Mi prision!
Comis. Durará lo que tu vida.
Gonz. (*A doña Mencía.*) ¿Lo ves?
Ese puñal me libertaba.
Menc. Su lugar es aquí, y aquí se clava.
(*Atraviésase el pecho, y cae muerta. Don Gonzalo y las religiosas lanzan un grito de horror.*)

ALFONSO EL CASTO,

DRAMA EN TRES ACTOS EN VERSO,

ESTRENADO EN EL TEATRO DE LA CRUZ A 25 DE JUNIO DE 1841.

PERSONAS.

ALFONSO, *llamado despues el Casto.*	NEFTALI.
JIMENA.	UN PLATERO.
SANCHO.	UN ESPADERO.
ORDONO.	UN ENTALLADOR.
BERNARDA.	SOLDADOS.
SILO.	ESCLAVOS.
LUPO.	ESCLAVAS.
TOIDA.	DUEÑAS.
	PAJES.

La escena en el acto primero es en un valle de Galicia poco distante del monasterio de Samos (anteriormente Sámanos); el segundo acto y el último pasan en Oviedo.

La accion es en el año 792.

A DON JOSÉ ZORRILLA,

EN MUESTRA

DE GRATITUD Y AMISTAD

J. E. H.

ACTO PRIMERO.

A la derecha del espectador, en las últimas cajas, un cobertizo ó soportal, que da entrada á una casa de labor; á la izquierda, en el proscenio, una cruz grande de piedra sobre un pedestal rodeado de escalones; en el fondo un pais fragoso. Debajo del cobertizo una mesa, y sobre una silla una rueca con un copo de lana blanca.

ESCENA PRIMERA.

SANCHO, BERNARDA, SILO, LUPO, SOLDADOS.

(*Sancho está debajo del cobertizo, sentado á la mesa, escribiendo en un papiro ó pergamino: Bernarda tiene toca de viuda.*)

San. (*A Bernarda.*) Yo daré cuenta en
De vuestras declaraciones, [Oviedo

Bern. Y eso ¿qué me importa?
Silo. Mucho,
Si le mintiéreis al Conde.
Bern. ¡Conde, y tan mozo! Persona
Será de mérito enorme.
¿Dónde gobierna?
Silo. En Saldaña,
Tierra de Leon.
Bern. ¡Demontres!
¡Tierra de pan! Si pudiera
Irme trayendo á terrones
A Galicia tres yugadas
De la buena, era en el orbe
Yo la mas feliz.

ESCENA II.

JIMENA, QUE SALE CON TOCA BLANCA; TRAYENDO UNAS LLAVES EN LA MANO; DOS ESCLAVOS, DOS ESCLAVAS; DICHOS.

Jim. (*A Bernarda.*) Las llaves
De las puertas y los cofres.

Bern. Ténganlas.
(*Tomándolas, y poniéndolas encima de la mesa.*)
Silo. (*Cogiendo una.*) ¡Llave de hierro!
No es utensilio de pobre.
Bern. No las uso yo de palo,
Gracias á los bienhechores.
San. (*A Lupo.*) Vos registrareis la casa.
Bern. (*A Jimena.*) Vaya ella con esos
Déles cuanto quieran; pero [hombres.
Ellos, sin pedir, no tomen.
Lupo. Nada tomarán, villana.
Bern. Bernarda, no se equivoque,
Bernarda me llamo.
Lupo. Sepa
Que no trata con ladrones.
San. Id.
(*Lupo toma las llaves, y entra en la casa precedido de Jimena y seguido de algunos soldados y de los esclavos.*)

ESCENA III.

SANCHO, BERNARDA, SILO, SOLDADOS.

Bern. Inútil será.
Silo. Basta
Con verlo.
Bern. Aunque se desojen,
No hallarán al fugitivo.
San. Segun todos los informes,
Aquí pasó cuatro dias
O cinco.
Bern. Cinco, señores,
Cinco.
Silo. Y la tarde de ayer.
Bern. ¿La tarde? Y tambien la noche.
Durmió, se levantó en paz,
Cumplió con sus devociones,
Le dí el almuerzo, me dió
Un abrazo, y acogióse...
Silo. ¿Adónde?
Bern. A otro nido.
Silo. ¿Cuál?
Bern. Así mi difunto Jorge
Gloria tenga, como es cierto
Que puesta en los escalones
De aquella cruz, le perdí
De vista, mirando al bosque.
San. (*A Silo.*) Nada sabrá: y si lo sabe,
Lo callará.
Bern. Se supone.
¿Habia de permitir
Que llevaran en prisiones
Al que dí yo de mamar?
Aunque me hicieran gigote.
Cuando él se vino á Subrego,
Ya tendria sus razones.
San. ¿Con que en vuestra casa, en fin,
Don Alfonso no se esconde?
Bern A fe de g llega honrada
Lo juro, á fe de mi nombre
Y de nodriza de Rey.
Silo. Ya no es Rey.
Bern. No se alborote.
Si Alfonso no reina ya,
Reinó, y en dos ocasiones.
Mas sáqueme, por la Vírgen,
El de Saldaña, y perdone,
De una duda; pues con todo
Que he nacido en estos montes,
Tengo un sobrino alarife,
Maestro de gran renombre,
Y fuí de casa del Rey
Fruela, que de Dios goce;
Y allí, de oir platicar
A guerreros y doctores
Tantas veces, comprendí
Que ha de haber algun desórden
En Asturias y Galicia
Siempre que haya sucesiones
De reyes; pero elegido
El sucesor, acabóse.
Y como hace un año ya
Que juntos los electores
Admitieron la renuncia
De don Bermudo, y acordes
Juraron á Alfonso, digo:
Para que así le destronen,
¿Qué habrá hecho?
San. Malquistarse
Con la Iglesia y con los nobles.
Silo. Y basta.
Bern. Pueden alzar
El Rey que les acomode,
Verdad es; pero á este, dicen
Que van á meterle monje
Si le pillan, y le quieren
Cegar como á los traidores:
¿De qué delito le acusan
Los que tal pena le imponen?
San. Quiso hacer guerra á los moros
Contra el voto de la corte,
Y que tuvieran ancianas
Por amas los sacerdotes...
Silo. Y que al francés Carlomagno
Rindieran los españoles
Vasallaje.
Bern. Si es verdad
Lo que habeis dicho á la postre,
Mereceria por eso
Que le colgaran de un roble.
Silo. Pues todo es cierto.
Bern. Pues yo
Me figuro que los próceres
No tendrian mucha gana

De ir á sacudir mandobles;
Los clérigos no querrian
Ver á su lado visiones;
La embajada vino bien
Para achacar mil horrores
A Alfonso; y si da la gente
En decir que rabia el gozque,
Sea verdad ó no sea,
Todos á matarle corren.

ESCENA IV.

JIMENA, LUPO, SOLDADOS, ESCLAVOS, DICHOS.

Lupo. No está.
Bern. Ya lo dije.
San. Silo,
Mirad los alrededores
Antes de emprender la marcha,
Si gustais.
Silo. Estoy conforme. [hija...
Pero escuchad. (*Aparte á Sancho.*) Esa
(*Baja la voz.*)
San. No deis en cavilaciones.
(*Siguen hablando aparte.*)
Silo. Ordoño lo encargó tanto... [bores.
Bern. (*A su gente.*) Cada cual á sus la-
(*Los esclavos se retiran; Jimena toma la rueca, se sienta y se pone á hilar.*)
Silo. ¿Quereis que yo la examine?
San. Yo lo haré.
Silo. A ver qué responde.
(*Se marcha con algunos soldados.*)

ESCENA V.

SANCHO, JIMENA, BERNARDA, LUPO, SOLDADOS.

San. ¿Con quién vino don Alfonso?
Bern. Con su bridon y su estoque.
San. ¿Llegó solo?
Bern. Rey caido
Suprime los batidores.
San. ¿Y su hermana?
Jim. (*Aparte.*) ¡Oh Dios!
(*Cáesele el huso.*)
Bern. ¿Jimena?
San. Pues.
Bern. ¿Corriendo él á galope,
Le pudiera ella seguir?
Ni ¿á qué? Si no la conocen.
¿Hay álguien que la haya visto
En trece años ó catorce?
Donde quiera está segura.
(*Jimena deja caer otra vez el huso: Bernarda le alza.*)
Tenga cuidado la torpe.
Jim. Perdone, señora madre.
Bern. Vaya adentro.
Jim. No se enoje.
(*Se levanta para retirarse.*)
San. Temblando está. Si nosotros
Damos á vuestros temores
Motivo, pronto marchamos.
Bern. A su cuarto, y no se asome.
San. No me priveis de la vista
De esa bellísima jóven;
Que juro que su habla dulce,
Sus angélicas facciones,
La agitacion que amortigua
El brillo de sus colores,
La mirada de modestia
Y el señorío del porte,
Impresion hubieran hecho
En un corazon de bronce.
¡Qué poco, serrana bella,
Te ennegrecieron los soles!
¡Qué poco se ha ejercitado
En campesinas labores
La mano con que avergüenzas
El blanco vellon que coges!
Bern. Ya que el de Saldaña mira
Con ojos tan reparones,
Y lo blanco de la cara
Le ha dado al momento golpe,
¿Cómo es que la blanca toca
No parece que le choque?
A doncella consagrada
A Dios, no se dicen flores.
Jim. Denme licencia...
San. Esperad.
Hablé así, no porque ignore
Cuánto respeto merece
Quien ese velo se pone,
Sino porque me dejé
Llevar de las ilusiones
Que hace un año á mi memoria
Vienen y se van veloces.
Jim. No me está bien escuchar
Livianas conversaciones.
San. Con ese desden, zagala,
Con que tus elogios oyes,
Me pagó tambien un dia
La ingrata de mis amores.—
Era una tarde de otoño;
Trasponia el horizonte
El sol, dorando la cima
De los árboles mayores
Que daban sombra á una casa
Coronada de una torre;
Cantaban allá á lo lejos
Alegres trabajadores,
Que cerraban los portillos
De unos rotos paredones;
Percibíase á otro lado

El eco de una arpa, dócil
A una mano, que en la tuya
Hizo el Señor que se copie.
¡Qué bien á la tañedora
Me representas! Al borde
De una fuente se sentaba,
Dando la espalda á unos bojes;
Y clavados en la arena
Los ojos deslumbradores,
Y asomando en su mejilla
Encendidos arreboles...
Jim. Callad. (*Aparte á Sancho.*)
San. «Callad, exclamaba,
Si al jardin quereis que torne.»
Pensé que amenazas eran
Para encubrirme favores:
Pronto abatió el desengaño
Lisonjeras presunciones.
Por vez primera veia
La luz de mi sol entonces:
Un año entero ha pasado
Sin gozar sus resplandores.
El ornato de la esquiva
Revelaba sus blasones;
Su lenguaje recatado
No era el de un ánimo doble;
Y atrás tendido el cabello
Sin velos usurpadores,
Por libre la señalaba
Para admitir corazones.
Mas ¡ay! con rigor mas duro
Que á la virtud corresponde,
La que sencilla supuse,
Palabras olvida y rompe;
Huye de mí, no parece
Ni en verjeles ni en balcones;
Yo sufro, quiero indignado
Que el alma su imágen borre,
Y á mi pesar en el pecho
Siempre permanece inmoble.
Jim. ¡Ah!
San. (*A Bernarda.*) No eran á esta don-
Mis corteses expresiones. [cella
Bern. (*Aparte.*) Ahora sí que no lo creo;
Mas nunca peor se logre.

ESCENA VI.

SILO, SOLDADOS, DICHOS.

Silo. Conde, á lo largo del rio
Sube tropa; los pendones
Son los nuestros, y conozco
El clarin de Ordoño.
San. Toquen
El nuestro en aviso, y vamos.
Jim. (*Ap.*) ¡Ay! A partir se disponen,
Y no puedo vindicarme
De injustas acusaciones.
San. Casual, como veis, ha sido
Que mi visita os estorbe.
Perdonad, y á Dios.
Jim. A Dios.
Bern. Él de gloria le corone.
San. (*Aparte á Jimena.*) No puedo ha-
Y leed estos renglones. [blaros: tomad
(*Dale el pergamino en que escribió.*)
Jim. (*A él.*) ¡Ah! sí.
San. Ya que vuestro estado
La obligacion os impone
De orar por todos, ¿tendré
Parte en vuestras oraciones?
Jim. Sí.
San. No olvideis la promesa.
Jim. No olvido yo nada, Conde.
(*Vanse Sancho, Silo, Lupo y los demás soldados.*)

ESCENA VII.

JIMENA, BERNARDA.

(*Siguen con la vista por algunos momentos á los que se retiran.*)
Bern. Ya salimos de afan.
Jim. ¡Gracias, Dios mio!
Bern. ¡Gracias, madre de Dios, de Cova-
(*A Jimena.*) [donga!
Soltad la rueca de silvestre caña;
Es de marfil la que ceñir os toca.
(*Se la quita y la arroja al suelo.*)
Jim. Si vuelven, si te ven...
Bern. No; que la peña
Que nos oculta de su vista, doblan,
Y al ver la novedad, avisaria
El zagal que aposté sobre la loma.
Ya el Rey puede salir.
Jim. Llamaré gente.
Bern. Sobro yo aquí para mover la losa.
(*Aparta una piedra del pedestal de la cruz, descúbrese un hueco, y sale de él Alfonso.*)
Jim. (*Aparte.*) ¡Esta carta del Conde!
Mal mi grado,
El ansia de leerla me devora.

ESCENA VIII.

ALFONSO, JIMENA, BERNARDA.

Alf. ¡Hermana! (*La abraza.*)
Jim. ¡Alfonso mio! ¡De qué riesgo
Nos liberta una mano generosa!
Alf. ¿Cómo pagar...?
Bern. Negocio mas urgente,
Príncipe amado, resolver importa.
Guia y disfraz sabeis que puedo daros;
La distancia de Sámanos es corta:

¿Persistis en pasaros al convento?
Alf. ¿Qué camino al venir trajo esa escolta?
Bern. El de Sámanos era, y por la orilla
Del rio abajo, la vereda toman.
Libre os dejan el paso.
Alf. Le aprovecho.
Bern. Será vuestra partida sin demora.
(*Vase.*)

ESCENA IX.

ALFONSO, JIMENA.

Jim. ¿Con que partes al fin?
Alf. Sí, nos separan;
Me separan de tí por breves horas;
En tu busca vendré cuando la noche
Callada tienda favorable sombra;
Pero tiemble de mi, si triunfo un dia,
Quien hoy consigue que te deje sola.
Tú fuiste de mi júbilo testigo
Cuando ciñó mi sien esa corona
Que ambicioné, porque valor me siento
Para poderla sostener con gloria;
Viste las miras que abarcaba; viste
Que en lucha fiera con la raza mora
Quise á gallegos, cántabros y astures
Empeñar; que á los hijos de Vasconia
Importuné tambien y á Carlomagno,
Para que desde Braga á Barcelona
Se alzaran con un fin, con una idea,
Cuantos la cruz del Redentor adoran,
Y de manos del árabe arrancaran
La herencia rica de la estirpe goda.
Ya de aquel porvenir esplendoroso
Me han dejado no mas que la memoria:
De trono, de poder, de hacienda y fama
Bárbaros enemigos me despojan;
Y con todo, Jimena, te lo juro,
Mas en este momento me acongoja
La idea del peligro en que te veo,
Que la expulsion que mi vergüenza colma.
Jim. ¡Hermano! ¡dulce hermano!
Alf. En tu presencia
Enmudece mi orgullo, y con su antorcha
Disipa la razon la niebla oscura
Que en el pecho mis iras amontonan.
A tu lado, el huir, el ocultarme,
Accion no me parece ignominiosa:
Perdido el trono, conservar la vida,
Creo que es un deber: que á toda costa
Debo esa vida conservar, pues ella
Debe ser de la tuya protectora.
Si á tu lado no estoy... ¡Cuánto martirio,
Cuánto! El despecho y el furor me ahogan,
Y me afrenta el vivir.— Si tú quisieras
Bajo nuevo disfraz seguirme ahora... [alba,
Jim. Recuerda que hoy, al despuntar el
Contigo iba á partir.
Alf. ¡Ah, sí! Perdona.
Yo fuí quien te detuvo. No es posible:
Fuera la fuga hacer mas peligrosa.
Es verdad que el vecino monasterio
De la piedad de nuestro padre es obra;
Que en él hallé refugio cuando, niño,
Me dejó en horfandad mano alevosa;
Que en él, mancebo ya, de Mauregato
Los rencores burlé; mas ya reposan
En la etérea mansion los cenobitas
Que entonces me tuvieron en custodia.
Si almas heladas por mi mal encuentro...
Si tambien ellos contra mí se tornan...
¡Oh! no: espérame aquí.
Jim. Corta es la ausencia.
Alf. Cabe en ella vivísima zozobra. —
Mas dime... En ese pedestal oculto,
Ni pude ver, ni oir. ¿Quién esa tropa
Que me viene á prender, capitanea?
Jim. Un jóven...
Alf. ¿Jóven?
Jim. De presencia airosa,
Grata conversacion, humano pecho...
Alf. ¡A un enemigo tuyo tanto elogias!
Jim. No es mi enemigo, no; no es tu enemigo.
Alf. ¿Pudiste averiguar cómo se nombra?
Jim. Es...
Alf. ¿Quién?
Jim. El Conde de Saldaña.
Alf. ¿Sancho?
¡Bien la facilidad me galardona
Con que le dí un gobierno! ¡bien me paga
Los alazanes y la fina cota
Con que le honré despues, al concederle
Mi licencia real para su boda!
Jim. ¡Qué oigo! ¿Sancho, el traidor que te persigue,
Tiene mando por tí? ¿tiene la esposa?
Alf. Para dentro de un año difirieron
Del vínculo la santa ceremonia.
Jim. ¡Para dentro de un año! ¡que ahora cumple! —
¿Y no recordarás quien fué la novia?
Alf. Fué la hermana de Ordoño.
Jim. ¿Floresinda?
Alf. La que hablaste una vez.
Jim. Sí, y es hermosa.
Bien me acuerdo. Hace un año. — ¿Ves, Alfonso?
¿Ves tú qué de perfidias nos acosan?
Marchémonos de aquí. Vuelve á la noche:
Dónde quiera que vayas, estoy pronta
Siempre contigo á dividir tu suerte.
¡Qué de ilusiones la ignorancia forja!
Ya en ese conde contemplé un amigo,
Porque falaz me dirigió lisonjas...

Alf. ¡Sancho á tí...!
Jim. Nada temas: él no sabe
Que era Jimena la villana tosca.
Alf. ¿Qué te dijo?
Jim. Mentiras: que mi rostro
Le recordaba aquel que le enamora.
Tal vez era verdad: á Floresinda
Galanteó tal vez en mi persona.
¡Es el Conde muy fiel!
Alf. Es deber suyo:
Marido es ya quien el contrato forma.
Jim. Tal es la ley.
Alf. Pero interés sobrado
Parece que te inspira...
Jim. Me sonrojas.
Como nunca el amor has conocido,
Tú siempre sus indicios equivocas.
Yo tampoco amaré.
Alf. ¡Pluguiera al cielo!
Jim. Para mi hermano mi ternura toda.
Alf. Y para tí no mas Alfonso vive.
Jim. Sí, que jamás Alfonso me abandona.
Alf. Nunca: mi voluntad irrevocable
Del amor para siempre me divorcia.
Jamás á una mujer al pié del ara
La banda me unirá cándida y roja. —
Mira, Jimena mia: este momento
De exaltacion sublime y religiosa,
De despedida y riesgo, acaso ofrece
La coyuntura favorable y propia
Para un designio...
Jim. Dile.
Alf. Nuestro padre
Manchó con un delito sus victorias:
A su hermano mató, fué asesinado
Él tambien á su vez...
Jim. ¿Y bien?
Alf. Costosa,
Tremenda expiacion, querida hermana,
Debemos á una víctima y á otra.
Jim. ¿Y cuál?
Alf. Por esto quise que tu vida
Corriera en soledad: todos ignoran
Cuales son las facciones de Jimena;
Solo Ordoño te ha visto, y veces pocas,
Porque, pariente fiel, de mis intentos
Hícele sabedor.
Jim. Dí, que afanosa
Me tienes.
Alf. En el reino que fué mio,
No hay hombre que merezca de tu boca
Oir el dulce sí, que llevaria
La obligacion de hacerte venturosa.
Yo codiciaba ese deber. Jimena,
Por alcanzar de Dios misericordia
Para el que ser nos dió, por imitarme,
Por orgullo además, la blanca toca
Puesta por mano de mi fiel nodriza,
De otra mano recibela devota,
Postrada ante el altar.
Jim. Yo lo prometo.
Alf. ¿Lo prometes?
Jim. Lo juro.
Alf. Tú coronas
Mi esperanza.
Jim. Aniquílese en nosotros
Una prosapia mísera y odiosa,
Que fatigada de mirarse siempre
Blanco de la traicion, cede y se postra.
Alf. Ven, ven, y el respetable juramento
Pronuncia allí, donde el Señor nos oiga,
Delante de la cruz. (*Lléganse á ella.*)
Jim. (*De rodillas.*) Padre piadoso,
Que nos ofreces del dolor la copa,
Sálvanos del peligro que nos cerca,
Y yo renuncio la mundana pompa,
Y en la morada fraternal viviendo,
Sierva tuya seré y humilde esposa.

ESCENA X.

BERNARDA, ALFONSO, JIMENA.

Bern. Vuestro mandato en mi aposento
Quien os ha de guiar: vestid la ropa [espera
Que ha de encubriros, y partid.
Alf. Al punto.
Bern. Por el huerto saldreis.
(*Cierra el pedestal, y éntrase en la casa.*)
Blanca paloma,
De carnívoras aves acechada,
Vele por tí quien la naciente rosa
Firme en el frágil vástago mantiene
Cuando furioso el aquilon le azota.
Fia en aquel á quien tu fe dedicas,
Y en el único bien que no me roban:
Mi aliento, mi teson. Prestado cetro
El que me dieron fué; si le recobran,
Pueden hacerlo. Para destronarme,
Precisa era primero mi deshonra;
Por eso la calumnia les perdono:
El filo de una espada vencedora
Borrará con el tiempo las señales
Que manchan de mi honor la rica joya.
No crean los cobardes enemigos
Que destruyen la fábrica grandiosa
Comenzada por mí, que soy quien pierde:
Son ellos, es la patria. Ruda choza
Tenga, pues, el creyente por asilo,
Mientras huella el sectario de Mahoma
Pavimento de mármoles, y tiende
En él nuestras banderas por alfombra.
Desheredado en el pais nativo,
Con mis hazañas en region remota
Quizá mas rico patrimonio gane
Que ese que mi altivez hoy abandona.

(*Bernarda se presenta á la puerta con unos vestidos de hombre en el brazo, y se dirige al Rey.*)

Bern. Venid. (*A Jimena.*) Quedad aquí

Alf. A Dios, Jimena. [vos en acecho.

Jim. A Dios: aguardo ansiosa.

(*Entran en la casa Bernarda y Alfonso.*)

ESCENA XI.

JIMENA.

Él solo en mi amparo vela,
Solo él. — Y tiene razon:
Hijos de desgracia son
Los hijos del Rey Fruela.
Piadoso el cielo por mí
Debeis hallar, padre mio:
Con harto dolor expío
Culpa que no cometí.
Por vos de su pecho lanza
Jimena el amor. — ¡Ay! no:
Consigo se le llevó.
Fugitiva la esperanza.
¡Y el traidor me llama linda,
Y se atreve á darme quejas!
¡Y desertor de mis rejas,
Me olvidó por Floresinda!
Dice que huyo con rigor
Las veces que á verme acude.
¿Cómo libertarme pude
De tanto avizorador?
Deber suyo hubiera sido
Los obstáculos vencer:
De mas hice yo en querer
Que los hubiese vencido.
En fin, ya todo le aparta
De mí, ya somos extraños:
Aunque encierre mil engaños,
Bien puedo abrir esta carta.
Yo no sé si la destroce
Sin verla. Sí deberia.
No, que ignoro todavía
Si el pérfido me conoce. (*Abre y lee.*)

Aparentando tomar un informe, trazo estas palabras al pié de un escrito de mano ajena: la ocasion me obliga á no decir sino lo necesario. La única vez que os vi en Oviedo, cuando un presentimiento venturoso me llevó á registrar el jardin del alcázar, os dije mi nombre, y me callasteis el vuestro: indicios recientes me han descubierto quien sois.

¡Sabe quien soy!

Yo he solicitado el encargo de perseguir al Rey, para salvarle; pero no he podido traer sino soldados de quienes no me debo fiar. Ordoño es el autor y el jefe de la conjuracion, como vereis por ese plan escrito y firmado por él propio, el cual ignora que yo posea este documento, y aun está persuadido de que no existe. Ordoño, que os conoce como sabeis, quiere á toda costa descubrir vuestro asilo, y quizá no se halla lejos. Avisad á vuestro hermano, y huid, Jimena: huid, ó, por lo menos, ocultaos de Ordoño.

Ni siquiera
Una palabra hay aquí
De lo que esperaba. Fuí,
Fuí demasiado altanera.
Sancho de salvarnos trata;
Como bueno corresponde:
¿Qué mas quiero? Gracias, Conde;
No me tengais por ingrata.
Fuera ya un empeño loco
Volver los ojos atrás;
Ni él debe decirme mas,
Ni yo esperarlo tampoco.
Hecha la promesa santa,
¿Quién devaneos medita?
No ambicione la proscrita
Lo que no logró la infanta;
Pues en tal persecucion
Es harta felicidad
Que algun resto de piedad
Nos quede en un corazon.

(*Oyese á lo lejos el chasquido de una honda.*)

En la cumbre del collado
El pastor la honda restalla.
Algo que avisarnos halla.
¿Vendrá gente?

(*Llégase al fondo á observar.*)

¡Qué he mirado!
¡Es Ordoño! ¡Otra agonía!
¡Ordoño y Sancho! ¿Si habrá
Partido mi hermano ya?
¡Valednos, Vírgen Maria!

(*Éntrase en la casa y cierra.*)

ESCENA XII.

SANCHO, ORDOÑO, SOLDADOS.

(*Los soldados no hacen mas que cruzar por el fondo; Ordoño sale reconociendo el sitio.*)

Ord. ¡Oh! la ventaja es inmensa.

San. Distinto es mi parecer.

Ord. Aquí se pudiera hacer
A pedradas la defensa.

San. (*Aparte.* ¿Habrá servido el aviso
Que dí á Jimena?) Pensemos,
Ordoño, qué resolvemos.

Ord. Si, vamos á lo preciso.

San. Tiempo quedará despues

Para ver esa doncella.
Ord. Silo dice que es muy bella;
Pero no tengo interés...
San. ¿Con que afirmais que Teudon
Está en Sámanos armado?
Ord. Banderas ha levantado
Por Alfonso.
San. Es campeon
De gran valor y pericia.
Ord. Hombre debe ser de cuenta,
Cuando así que se presenta,
La rebelion se desquicia.
San. ¿Ya la llamais rebelion?
Ord. No me parece un insulto
Dar este nombre á un tumulto
Que perece en embrion.
San. No tomo yo por injurias
Vuestras palabras.
Ord. Son copia
Fiel, ó mas bien son la propia
Voz de Galicia y Asturias.
San. Aunque yo mi voto aprecio,
Cuando son de otro sentir
Los mas...
Ord Ir á desmentir
A todos...
San. Es duro.
Ord. Es necio.
San. Pues ¿qué partido tomar?
Ord. Señor, al hundirse un bando...
San. Se puede morir lidiando...
Ord. Mas vale capitular.
San. Yo no tengo inconveniente,
Si no le hubiere por vos.
Ord. Yo os creia de los dos
El menos condescendiente.
San. Mas natural es que tema
El autor de la asonada.
Ord. ¿Y no debe temer nada
Quien se llevó la diadema?
No esteis, buen Conde, tan ancho.
San. De asombro me quedo mudo.
¿No fué aclamado Bermudo
Segunda vez?
Ord. Lo fué Sancho.
San. ¡Yo he sido nombrado rey!
Ord. Y por toda una semana
Grandeza y plebe asturiana
Obedeció vuestra ley.
San. ¿Qué es esto? ¡Sin mi noticia
De mi nombre se abusó,
Mientras he corrido yo
Las montañas de Galicia!
Ord. Por ser tan ejecutivo
La noche del alzamiento,
Que partisteis al momento
Tras el real fugitivo,
Se hizo sin vos la eleccion;
Y despues aquí engolfado,
Dar no pudo el enviado
Con vos por ningun rincon.
Yo he llevado en vuestra ausencia
De los negocios el peso:
Conque no tengais por eso
Escrúpulo de conciencia.
San. Debió seros imposible
Conseguir que os aclamaran,
Y hariais porque nombraran
Al rival menos temible.
Ord. Ansiaba cada elector
El trono...
San. Y mas han querido
Cederle á un desconocido,
Que darle á un competidor.
Ord. Hallándome desairado
De votos en la asamblea,
Dije: á lo menos, que sea
Rey mi futuro cuñado.
San. (*Aparte.*) ¿Habrán huido?
Ord. ¿Qué afan
Os tiene, Conde, perplejo?
San. Nada.
Ord. Entremos en consejo
Para evitar un desman.
A Saldaña gobernó
Vuestro padre tiempo largo;
Y habiendo muerto, el encargo
Que tuvo, se os confió.
Allí donde mil testigos
De vuestros hechos contais,
Natural es que tengais
Un gran número de amigos.
El poder del cetro godo
Es en Castilla una sombra:
El Rey los Condes le nombra,
Y libre la deja en todo.
Vos en Galicia estais mal:
Es claro hasta la evidencia
Que os tomarán residencia
Del reinado semanal.
Si vais á Saldaña al punto,
Y dais al moro un avance,
Como salga bien el lance,
Se sepulta el otro asunto.
Crecida escolta os daré
Que os libre de un accidente,
Y lo demás de la gente
Al Rey se la entregaré,
Bajo expresa condicion
De que yo quede bien puesto,
Y os otorgue, por supuesto,
Completísimo perdon.
San. Hablaré al Rey: á mi cuenta
Eso quede.
Ord. Es que...
San. Acabad.

Ord. Hay una dificultad
Para que yo lo consienta.
San. ¿Dificultad? Y ¿cuál es?
Ord. Conde, que no me conviene.
Amigo, cada uno tiene
Que consultar su interés.
Haced lo que os he indicado,
Pues aquí soy el que manda;
Y teneis fibra algo blanda
Para negocios de estado.
Entended que yo el favor
De Alfonso puedo alcanzar,
Y vos habeis de pasar
Sin recurso por traidor.
San. Hay medio de sincerarme,
Y fácil, os lo prevengo.
Ord. Por si es el mismo que tengo
Para mí, debo explicarme.
Aquí vió, segun me dijo,
Silo una jóven...
San. Serrana
Del pais.
Ord. ¿Y si es la hermana
Del Rey?
(*Sancho se turba: Ordoño le da una mirada, y dice despues con seguridad.*)
Es ella de fijo.
Cercada la casa está;
La hallaré; se la presento
Al Rey; y este miramiento
Su consecuencia tendrá.
¿Qué decís?
San. ¿Por qué he salido
Nunca del hogar paterno?
Ord. Por alcanzar un gobierno.
Sois Conde... y sereis marido.
Disgusto ya deja ver
Mi hermana; mas no os aflija;
Que aceptada la sortija...
San. Nunca será mi mujer.
Descubro con claridad
Que habeis jugado conmigo.
Ord. Conde, perdonad si os digo...
San. ¿Qué me direis?
Ord. Que es verdad.
San. ¡Ordoño!
Ord. Teneis valor,
Erais útil á mi empresa,
Mi hermana es linda y traviesa:
Os gané con el amor.
San. Bien que su artificio ruin
Me ha podido deslumbrar,
Sepa...
Ord. Si os hizo olvidar
A la dama del jardin.
San. ¿Quién reveló...?
Ord. Cierta buena
Mujer que escondida os vió;
Y ella fué la que estorbó
La cita que dió Jimena.
San. ¡Jimena! ¡Trama infernal!
Ya todo me desengaña...
Ord. ¿De qué, Conde de Saldaña?
¿De que soy vuestro rival?
San. Ordoño... los de la tierra
Que llaman de los castillos,
Aunque pecan de sencillos,
Rayos son para la guerra.
Fronterizos del infiel,
Vivimos desde la cuna,
Con buena ó mala fortuna,
Lidiando siempre con él.
Siembra y coge sin contienda
Aquí el labrador el grano;
Allí ha de saber su mano
Labrar y salvar su hacienda.
Lanza es la aijada, chuzo es
El cayado del pastor,
Y la hoz del segador
Alfanje por el revés.
Fe, sin embargo, y decoro
Guarda entre sí el fiel linaje,
Porque allí todo el coraje
Se reserva para el moro.
Como tener debereis
De noble alguna vislumbre,
Os oí, por la costumbre,
Con la paciencia que veis.
Mas ya que en justo furor
Contra vos el pecho se arde,
Mirad si no sois cobarde,
Que yo sé que tengo honor.
Ord. Le teneis, por de contado;
Pero no hay que blasonar;
Que es algo particular
El honor de un conjurado.
San. No; si conspirar fingí,
De salvar al Rey traté.
Ord. Veo que no me engañé
Cuando yo me lo temí.
Y á fe que si me descuido,
Me sacrifica mañana
Esa honradez castellana
Que me habeis encarecido. —
Es forzoso que partais.
Ya tendrá Silo informados
De mi plan á los soldados.
Resolved. ¿En qué os parais?
San. Con un enemigo vil,
¿Qué hace un noble?
Ord. Acaso nada.
San. ¿No mirais que tengo espada?
Ord. Vos teneis una, y yo mil.
San. Cuando lleguen en tu ayuda,
Ya te habré yo confundido.

Defiéndete, fementido.
(*Sacan las espadas y riñen.*)
Ord. ¡Soldados!

ESCENA XIII.

SILO, LUPO, SOLDADOS, SANCHO, ORDOÑO.

Silo. Mirad: no hay duda.
(*A los que salen con él.*)
Rehusa el medio en que estriba
Nuestra salvacion.
San. ¡Villanos!
Ord. Matadle.
Silo. ¡A él, asturianos!
Ord. ¡Viva don Alfonso!
Sold. ¡Viva!
(*Retírase el Conde por la derecha, haciendo frente á Ordoño y á los soldados que le persiguen.*)

ACTO SEGUNDO.

A la izquierda del espectador un ángulo de la torre perteneciente á la primitiva iglesia del Salvador en Oviedo; desde el punto donde termina la pared de la torre, parte hácia la derecha una galería ó pasadizo abierto, que comunica con el palacio de Alfonso. Ventanas en la galería, por donde se verán á lo lejos varios edificios de una plaza aun no acabada de construir. El espacio que media entre el proscenio y la galería, corresponde á un jardin, del cual se verá un grupo de árboles á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

ALFONSO, ORDOÑO, SILO, TOIDA, NEFTALI, UN ENTALLADOR, UN PLATERO Y UN ESPADERO.

(*Salen de la iglesia á la galería.*)
Alf. Venid por aquí, maestros,
Abreviemos el camino.
Ord. La galería nos da
Paso al palacio.
Alf. Se hizo
Para que fuera mi madre
Desde su aposento mismo
A la iglesia.
Toida. ¿Es necesario
Que la conserve?
Alf. Preciso.
Vendrá por ella la Infanta
Cada dia á los oficios
Al templo del Salvador.
Toida. En lugar de un cobertizo
Como este, veré de hacer
Algo que merezca el título
De galería, que Ordoño
Por favor le ha concedido.
Alf. Arquitecto, reservad
La ostentacion, ya lo he dicho,
Para la iglesia.
Toida. Señor...
No os enojareis conmigo.
Yo al Salvador alzaré
Templo decoroso y digno,
En lugar de ese que, hablando
Con el respeto debido,
Manifiesta solamente
La prisa y devoto ahinco
Del Rey vuestro padre; pero
Tambien labraros confio
Mejor casa que teneis.
Ord. Toida, palacio decimos
A la mansion del monarca.
Toida. Yo la advertencia os estimo;
Pero con todo, si vos
Hubiérais como yo visto
Los alcázares de Córdoba
Y de Sevilla, imagino
Que os repugnaria dar
Igual nombre á los prodigios
Del arte, y á unas paredes
Hechas de barro y ladrillo.
Alf. Tiene sobrada razon:
Oviedo está en sus principios.
Deba la posteridad
Al afan vuestro y al mio
Una ciudad en que al menos
Halle un remedo mezquino
De la grandeza de aquellas
Que perdió el triste Rodrigo.
¿Qué me pedís por ahora? (*A Toida.*)
Toida. Por ahora y siempre os pido
A vos libertad y manos,
Y dinero á este judío.
(*Señalando á Neftalí.*)
Alf. Todo lo tendreis: andad.
(*Vase Toida.*)

ESCENA II.

ALFONSO, ORDOÑO, SILO, NEFTALI, UN PLATERO, UN ESPADERO, UN ENTALLADOR.

Plat. Señor, aun no habeis podido
Ver mi obra.
Alf. ¿Sois...?
Plat. El platero.
(*Presenta al Rey una arquita ó cofrecillo de plata.*)

Alf. A ver. ¡Trabajo exquisito!
Ord. ¡Caja preciosa!
Alf. A guardar
Una joya la destino
De gran valor. (*A Silo.*) Vos, oid.
(*Le habla en voz baja.*)
Ord. ¿Y dónde habeis aprendido
La profesion?
Plat. En Sevilla:
Viví diez años cautivo
En la casa en que se labra
La moneda.
Alf. Id pronto, Silo.
Tomad, y volved con ella.
(*Dale la arquita.*)
Silo. Corriendo. (*Vase.*)
Plat. (*Al Rey.*) Estoy instruido
En el arte de acuñar,
Y si quereis...
Alf. ¡Ay amigo!
Ese ya para mi reino
Fuera lujo intempestivo.
Con moneda antigua y árabe
Pasamos cerca de un siglo;
Pasaremos de este modo
Mientras Dios fuere servido.
Maestro, para mi hermana
Quiero un espejo macizo
De plata.
Plat. Lo haré mas terso
Que una lámina de vidrio. (*Vase.*)

ESCENA III.

ALFONSO, ORDOÑO, NEFTALI,
UN ESPADERO, UN ENTALLADOR.

Esp. Yo soy espadero.
Alf. Como
Estareis ocupadísimo
Mientras yo reine, he rogado
Que os dé licencia el obispo
Para poder trabajar
Sin pecado los domingos.
Esp. Por el dia, bien; la noche...
Ord. Es para el sueño.
Esp. Y el vino.
Ord. ¿Quién os ha enseñado?
Esp. Un moro
De Toledo.
Ord. ¡Otro discípulo
Del infiel!
Esp. Infiel ó no,
Quien sabe, tiene legítimo
Derecho para enseñar.
Ent. Yo nada les he debido
A los árabes.
Alf. Ya, sois...
Ord. Entallador, lo adivino.
Mal pudieran enseñaros
Ellos á hacer crucifijos.
Alf. Os encargo un elegante
Reclinatorio esculpido...
Ent. ¿Para vos?
Alf. Para mi hermana.
Ent. Espero que he de serviros.
(*Vanse el espadero y el entallador, y sale Silo con la arquita.*)

ESCENA IV.

SILO, ALFONSO, ORDOÑO, NEFTALI.

Silo. Aquí está.
Alf. Bien. — Neftalí,
Mirad á la plaza: alisto
Gente allí para la guerra,
Y aquí dispongo edificios
Para engrandecer á Oviedo:
Un número muy crecido
De libras de oro es forzoso
En tal ocasion pediros.
Neft. Señor, el Dios de Abraham
Se ha dignado hacerme rico.
Cincuenta años há que soy
Mercader; cuanto he adquirido,
Es vuestro; pero no basta
Mi caudal y el de mis hijos
Para completar la suma
Que necesitais: me obligo
A que la den compañeros
En toda España esparcidos;
Sin embargo, no os conocen.
Una prenda necesito
Para que fien de mí
Como yo de vos me fio.
Alf. Se habia pensado en ello.
Traed ese cofrecillo.
(*Silo se acerca con la arquita; el Rey la abre, y saca de ella un paño de seda en el cual está envuelta una llave grande de hierro.*)
¿Qué os parece, Neftalí,
Que hay dentro de este tejido?
Mirad, mirad: esta llave
De trabajo tan sencillo,
Es la llave del alcázar
De Toledo. En el dominio
Del moro Toledo yace:
De Rey en Rey ha venido
A mí esta joya sagrada;
Y un siervo de Dios predijo
Que un dia con ella propia
Se abririan los postigos
Del palacio que fué silla
Del gótico poderío,
Y que seria un Alfonso

El Rey, el feliz caudillo
Que plantara en sus almenas
El estandarte de Cristo.
Mirad si sobre esta alhaja
Me prestarán.
Neft. Yo la admito...
(*Hablando aparte con el Rey.*)
En apariencia no mas:
Hablemos aquí en sigilo.
Diré que tengo la llave,
Y el cofre estará vacío:
Ninguno vendrá á mi casa
A levantar el pestillo.
Alf. Bien, Neftalí.
Neft. ¿Quereis algo
Mas?
Alf. El dinero que al cinto
Lleveis ahora.
Neft. Os lo entrego
En la bolsa, y me retiro. (*Vase.*)

ESCENA V.

ALFONSO, ORDOÑO, SILO.

Alf. Silo, despues de apagada
La rebelion que he vencido,
Parece que á competencia
Sus autores y yo fuimos:
Ellos á ocultarse bien,
Yo á no querer descubrirlos.
Pero me dicen de vos
Que os habiais ofrecido
A matarme.
Silo. Señor, fué...
Ord. (*Aparte.*) ¿Qué es esto?
Alf. No hay que afligiros.
Como nunca os hice mal,
No podeis ser mi enemigo:
La necesidad por fuerza
Os convirtió en asesino.
Remediaos con el oro
Que os doy en ese bolsillo,
Y haya paz entre los dos;
Porque si un dia me irrito,
Con alzar un pié, hago polvo
Semejantes hombrecillos. [güenza.
Silo. (*Aparte.*) No puedo hablar de ver-
Alf. (*A Ordoño.*) Queria desde este sitio
Ver á mi hermana venir
Del convento, á donde ha ido:
Ya llega. En tanto que salgo
A la plaza y la recibo,
Acabad la conversion
De aquel pecador contrito;
Que os interesa.
Ord. ¿Creeis...?
Alf. Yo de vos nada he creido,
Sino solamente aquello
Que á vos decir os convino.
Teneis mi sangre, teneis
Talento; Conde os elijo
De los notarios.
Ord. Señor,
Me deja tan confundido
Lo que antes oí, que dudo
Si es favor ese ó castigo.
Alf. Si os honrare, agradecedlo;
Si os castigare, sufridlo.
Ord. ¿Con qué...?
Alf. Lo que dije á aquel,
Tenedlo vos entendido. (*Vase.*)

ESCENA VI.

ORDOÑO, SILO.

Ord. Pasmado me deja.
Silo. A mí
Ciego de rabia. ¡Maldito
Sea quien tiene la culpa
De que me vea corrido!
No volveré á dar lugar
Yo, no, por Dios uno y trino,
A que me eche en cara el rey
Ni traicion ni deservicio.
Ord. ¿Te resuelves á ser hombre
De bien? Yo te felicito.
Silo. Felicitarme podeis
De veras; que es muy distinto
De ser partidario vuestro,
Y partidario gratuito,
El tener la bolsa llena
Con el corazon tranquilo.
Ord. Me figuro, sin embargo,
Que puedo contar contigo.
Silo. Para todo lo que fuere
Razonable, justo, lícito,
Sí, señor; pero en trayendo
Al Rey daño en lo mas mínimo,
Tan seguro como hay sol,
Que os pierdo.
Ord. Aprecio el aviso.
Silo. Y si manda que os degüelle
Un dia, por un capricho;
Para que Alfonso conozca
La lealtad con que le sirvo,
Cierro los ojos y acabo
Con vos.
Ord. Sentiré infinito
Dar ocasion á que tengas
Que hacer ese sacrificio.
Silo. Bien: pues si llegare el caso,
No os coja desprevenido. (*Vasa.*)

ESCENA VII.

ORDOÑO.

Necesario es confesar
Que Alfonso es hombre de tino.
Muerto el conde de Saldaña,
Sepultada en el olvido
La revuelta, honrado yo
Con el cargo de ministro,
Tengo que servirle bien:
No me queda otro partido.
Ese voto de Jimena...
No es difícil rescindirlo,
Si ella quiere. Y bien, ¿querrá?
Por ahora es un delirio
Pensarlo; mas adelante...
Desde que en triunfo trajimos
De Sámanos á los dos
Hermanos, ha concedido
Alfonso mas libertad
A la princesa. Concibo
La razon: fia en el voto.
Pero ella no ha recibido
El velo aún: ¿hallaria
Ya en las bodas atractivos?
La he de sondear. — Alfonso
Le tiene tanto cariño...
Demasiado ciertamente
Para un corazon tan frio. —
¡Frio el corazon de un hombre
De aquel ánimo! — ¡Qué miro!

ESCENA VIII.

BERNARDA, ORDOÑO.

Ord. ¡Bernarda! ¿Vos por aquí?
Bern. ¿Vos, Ordoño, en este sitio?
Vuestra hermana se desposa,
¡Y vos no habeis parecido
Por allá!
Ord. ¿Venís de casa?
Bern. Es claro: como testigo
De la muerte del primer
Novio...
Ord. Cierto: es requisito
Indispensable probar
Que el enlace primitivo
Quedaba disuelto.
Bern. Pues;
Aunque si hubiera vivido
El conde, creo que hubieran
Roto al fin el compromiso
Los contrayentes.
Ord. El conde,
Aunque peleó con brio,
Falleció de las heridas
En vuestra casa; y colijo
Que hizo bien, porque ya estaba
Entonces por su delito
Condenado á muerte.
Bern. Si él
No muriera, tan benigno
Fuera con él don Alfonso,
Como con otros lo ha sido.
Ord. Pidieron esa cabeza
Allá en Sámanos á grito
Unánime cuantos jefes
Se congregaron...
Bern. Que en limpio
Fué decir: «Pague por todos
Quien tenga menos arrimo.»
Ord. Con afecto hablais del conde.
Bern. Con afecto... compasivo.
Yo le cuidé, yo le ví
Dar el último suspiro...
Ord. ¿Y por qué no permitisteis
Que viera el cadáver Silo?
Bern. Encomendadle al Señor,
Pues iba á ser el marido
De vuestra hermana, y al menos,
Muerto, dejadle pacífico.
¿Temereis que resucite?
Ord. En el ordinario estilo
No es comun, pero...
Bern. (*Aparte.*) ¿Qué diantre...?
Ord. Todo lo puede el Altísimo.
Bern. Voy á cerrar; que me envia
(*Llegándose á la puerta que va á la iglesia.*)
Por las llaves mi sobrino.
Ord. ¿El arquitecto? — Ya pronto
Va á principiar el derribo
De la iglesia.
Bern. ¡Pronto!
Ord. Sí.
Bern. (*Aparte.*) Toida no me lo previno.
Ord. (*Aparte.*) Se ha quedado algo pa-
Bern. ¿Lo ha dicho el Rey? [rada.
Ord. Él lo dijo.
Si teneis algun tesoro
En sus muros escondido,
Sacadle sin dilacion. [ligro.
Bern. (*Aparte.* Me inquieta.) Ya sé el pe-
Quedad con Dios.
Ord. Anochece,
Y en el lúgubre recinto
Del templo desmantelado,
Quizá tengais un poquito
De pavor.
Bern. No creais tal.
Ord. Con mi compañía os brindo
Para...
Bern. Gracias.
Ord. Ha de ser.
Bern. Si ello ha de ser, no replico.

Venid. (*Aparte.* Si no, recelara.)
Ord. Vamos. (*Aparte.* Haré buen registro.) (*Vase.*)

ESCENA IX.

SANCHO, TOIDA Y NEFTALI, EN LA TORRE.

Toida. Es pieza mas ventilada.
Neft. Estareis aquí mejor.
Toida. El mercader es doctor
Que sabe...
San. Mal empleada
Está en curarme su ciencia:
No de su triunfo se loe,
Porque la fiebre que roe
Mi corazon, es dolencia
Sin remedio, Neftalí.
Neft. Si fuere mi auxilio vano,
Imploradle de la mano
Del gran Dios de Sinaí.
Toida. Dice bien; que es algo feo
Que un valiente asi se explique,
Y á un cristiano le predique
Resignacion un hebreo.
San. ¡Por un infame vendido,
Por una ingrata olvidado,
Como si fuera un malvado,
En este cuarto escondido...!
Toida. Dejad esos pensamientos.
Neft. Mil veces, si bien se apura,
Suele echar la desventura
De la dicha los cimientos.
San. Cuando muerto me juzgaron,
Y del ataud me alcé,
¿Por qué, Dios mio, por qué
Vinieron y me ocultaron?
Fué una mortaja y arena
Lo que mi tumba encerró,
Sí; pero encima quedó
El baldon de mi condena.
¡Huyo falto de vigor,
Entro de noche en Oviedo,
Busco á Ordoño, ¡ay! ¡y no puedo
Saciar en él mi rencor!
Toida. Se empeñó el Rey en traer
A su palacio á mi tia;
Faltó allá la que os ponia
Freno, y... adios, á correr.
Neft. Guiónos á vuestro lado
Un impulso celestial,
Al caer en el umbral
De la iglesia, desmayado.
Toida. Bernarda tuvo el acierto
De venirse con nosotros
Aquella noche; que si otros
Os hubieran descubierto...
San. Me librasteis de morir,
Lo sé: vida me habeis dado;
Mas para un desventurado,
¿Qué beneficio es vivir?

ESCENA X.

BERNARDA, DICHOS.

Bern. (*Aparte al salir.*) A la calle le envié,
Y va sin que nada note:
Para que no se alborote
Sancho, disimularé. —
Una noticia importante, (*Al Conde.*)
Que es forzoso que sepais,
Me han dado. — Sobrino, ¿vais
A derribar al instante
Este edificio desierto,
Que asilo al Conde le presta?
Toida. El Rey siempre me molesta
Con instancias.
Bern. ¿Con qué es cierto?
Señor conde, ya lo oís.
¿Podreis regir un caballo?
San. Mejor dicen que me hallo;
Pero...
Bern. ¿Por qué no partís?
¿Por qué habeis de consumiros
En tan amargo despecho?
¿No tengo yo algun derecho,
Conde, para persuadiros
Lo que os conviene?
San. Bernarda,
Sé que os expongo á los tres;
Pero tú sabes quién es
Quien mi partida retarda.
Neft. Dejémosla que se entienda
(*Aparte á Toida, y ambos se retiran.*)
Sola con él.
Bern. No me atrevo,
Señor, lo digo de nuevo:
Es fuerza que se sorprenda
Jimena mucho, si os ve.
San. Que sufra.
Bern. Una reflexion.
No siendo su corazon
Vuestro ya...
San. ¿Cuándo lo fué?
Solo yo pude pensar
¡Insensato! que nacida
De un monarca fratricida,
Jimena pudiese amar.
Bern. Haceis un cruel ultraje
A su virtud.
San. ¡Su virtud!
Si lleva la ingratitud
En la sangre su linaje.
Bern. Conde, mirad que esa raza

Tiene sangre que me toca,
Y al injuriarla esa boca,
Mereciera una mordaza.
El ingrato aquí sois vos
Que me estais atormentando:
Yo, por quien vivís, yo mando
Que me hableis bien de los dos.
San. ¡Generosa recompensa
Le debo á la noble dama,
Cuando ve que se me infama,
Y no sale á mi defensa!
Ella debe de guardar
En su poder un escrito,
Que del soñado delito
Me pudiera vindicar;
Y aunque sabe mi inocencia,
Dejó sobre mi memoria
Caer la afrenta notoria
De una bárbara sentencia.
Mas ya comprendo el motivo.
Sí; por Ordoño ha callado.
Le ama, y ha sacrificado
El rival difunto al vivo.
Bern. Si os dije...
San. Bien lo denota
La repugnancia que siente
A ver ceñida su frente
Con el velo de devota.
No tienes que disculparla.
Bern. Y aunque la infanta quisiera
A Ordoño ú otro cualquiera,
¿De qué podeis acusarla?
Si aquella tarde de otoño
Quedásteis por ella ciego,
¿Por qué pretendisteis luego
Emparentar con Ordoño?
San. Calla, imprudente; que ignoras
La rabia que en mí despiertas.
Abreme luego esas puertas,
De mi oprobio encubridoras.
Poco el salir me embaraza
Como estoy, sin un acero:
Se le arrancaré al primero
Que atraviese por la plaza;
Y en alas del frenesí
Que mi sentido enajena,
Iré y quitaré á Jimena
La carta que la escribí,
Y en la hoja la pondré
De un puñal, y por padron
De infamia, en el corazon
De Ordoño la clavaré;
Que defensa darán, harta
Para destruir mi mengua,
Muda de Ordoño la lengua
Y acusándole la carta.
Bern. (*Aparte.*) Es capaz de ejecutarlo.
San. Yo pagaré la merced
Que te debo. Adios.
(*Encaminándose á la puerta.*)
Bern. Tened.
Ya que no puedo evitarlo,
Me resuelvo á daros gusto.
Vereis á Jimena.
San. ¡Oh gozo!
Falleciera de alborozo.
Bern. Y tal vez ella de susto,
Si no le aviso con tiento.
San. ¡Oh! parte, no te detengas
Pon cuidado en tus arengas,
Y no la des sentimiento,
Y sé breve. — ¿En qué paraje
La veré? ¿cuándo ha de ser?
Bern. Ahora al anochecer,
Cuando, como suele, baje
A rezar sobre la losa
De su padre.
San. ¿Al templo? ¿aquí?
¡Tan cerca, y no percibí
Las pisadas de mi hermosa!
Bern. Yo la suelo acompañar. —
Os escondeis en lo oscuro,
Y cuando podais seguro
Hablarla, os iré á llamar.
San. ¡Voy á verla! Me acobardo...
No, que sabrá la falsía
Del rival que me vendia. —
Ven pronto.
Bern. Voy.
San. Allí aguardo. (*Vanse.*)

ESCENA XI.

JIMENA, ORDOÑO, DOS DUEÑAS Y DOS PAJES CON HACHAS, TODOS EN LA GALERÍA.

Jim. Llegar hasta aquí permito;
Más allá no lo consiento.
Ord. Nunca falta impedimento
Cuando hablaros necesito.
Jim. ¿Qué me quereis?
Ord. ¡Ah señora!
Que recordárais el dia
Que os ví en aquella alquería,
Vestida de labradora.
Jim. Con fácil condescendencia
Me hallareis á vuestro ruego;
Que los lances de Subrego
Los recuerdo con frecuencia.
Ord. Si de vuestra indignacion
Tal vez provoco el suplicio,
Me valdré de aquel servicio
Para obtener el perdon.
Jim. Aunque no lo divulgué
Por mas de un justo respeto,
Ya con usura en secreto

Esa merced os pagué.
Me encontrásteis fugitiva
En poder de unos soldados,
Que de órden vuestra apostados,
Hiciéronme su cautiva.
Llegasteis haciendo muestra
De obsequioso rendimiento,
Con el rostro amarillento,
Manchada en sangre la diestra;
Y aunque la sangrienta mano
Me dió terrible pesar,
De ella me dejé llevar
A los brazos de mi hermano.
Borrar con aquella hazaña
Quisisteis unos errores,
Y hacer que otros, aun mayores,
No salieran á campaña.
Se cumplió vuestro deseo,
Y mi corazon confuso
Adoró lo que dispuso
El Dios, á quien amo y creo.
Con testimonios bien claros
Os pude entonces perder;
Pero yo quise tener
Un servicio que alegaros.
Y pues á lo que imagino,
La ocasion propia llegó,
Mirad lo que el rey no vió:
Mirad ese pergamino.
(*Saca de la escarcela la carta de Sancho, y se la presenta á Ordoño desplegada.*)
Ord. (*Aparte.*) ¡Cielos! debí de borrar
Otro equivocadamente.
Jim. ¿Callais? Luego es evidente...
Ord. Que os dejo continüar.
Jim. Sancho aquí por jefe os pone
Del pasado desconcierto:
Sancho lo dice... ¡y ha muerto!
La razon ya se supone. —
Vos me buscásteis á mí...
Ord. Para mostraros mi ley,
Para entregaros al rey.
Jim. Yo me lo persuado así;
Pero ya segun justicia,
Creo que os he satisfecho
Callando, lo que habeis hecho
En mi favor en Galicia.
Y si estimais un aviso,
Guardaos de recordar
Lo que trato de olvidar
Porque así el cielo lo quiso.
(*Esforzándose á disimular el sentimiento con la cólera.*)
Prevenid la ira y sonrojos
Que en mí la memoria labra,
O yo con una palabra
Os haré bajar los ojos.
Ord. ¡Me amenazais... y se trunca
Vuestra voz entre suspiros!
Jim. Tanto me cuesta el oiros.
No volvais á verme nunca.
(*Vase, y siguenla las dueñas y los pajes.*)

ESCENA XII.

ORDOÑO, Y DESPUES ALFONSO Y SILO.

Ord. ¿Que nunca la vuelva á ver?
Os veré, bella enojada;
Pero será cuando nada
Tenga de vos que temer.
Preciso es que me apodere
De la carta. (*Salen Alfonso y Silo.*)
Alf. Silo, estoy
De prisa; á la iglesia voy
A orar: sea la que fuere,
Decid á Ordoño la urgencia.
Silo. A vos.
Ord. ¿No fiais de mí?
Silo. ¿Quién reina?
Ord. ¡Oh! yo no.
Alf. Yo sí.
Silo. A vos toca darme audiencia.
Alf. La doy.
Ord. ¡Bondad sin ejemplo!
Silo. Que salga, y despues alabe.
Alf. Salid.
Ord. Voy. (*Aparte.* Cogí una llave
A Bernarda; torno al templo.) (*Vase.*)

ESCENA XIII.

ALFONSO, SILO.

Alf. ¿Qué es ello?
Silo. Yo he procedido
Con vos como un desalmado,
Y vos me habeis perdonado.
Alf. Eso es...
Silo. Notorio y sabido,
No hay duda; mas viene á cuento
Para añadir que seria
Un vil yo, si ver no hacia
Pronto mi agradecimiento.
Alf. Muy bien.
Silo. Pues, señor, salí
De aquí con harto bochorno,
Y paseándome en torno
De la iglesia, hablar oí.
Alf. ¿Dentro del templo?
Silo. En un cuarto
De la torre: me da gana
De escuchar á la ventana,
Llego, oigo, miro... y me aparto
Al punto con tal asombro,

Que os juro sentí en el cuello
Erizárseme el cabello,
Retirándose del hombro.
Alf. ¿Quién pudo rendir tu brio
Con solo el aspecto suyo?
Silo. ¿Quién? Un enemigo...
Alf. ¿Tuyo?
Silo. Es vuestro, de Ordoño y mio.
Alf. ¿Algun conjurado?
Silo. Pues,
Que allí aguarda por ventura
Favorable coyuntura
Para acabar con los tres.
Alf. Has obrado cuerdamente
En hablar conmigo solo.
Silo. En ese escondite hay dolo,
Y el peligro es inminente,
Porque el refugiado es hombre
Capaz...
Alf. ¡Silencio profundo!
Silo. Sabed que es...
Alf. A todo el mundo
Has de ocultar ese nombre.
Silo. ¿Ya dais en quien puede ser?
(*Aparte.* Este Rey no tiene precio.)
Alf. (*Aparte.* Aun no ha comprendido
Que no lo quiero saber.) [el necio
Te nombro por la lealtad
Que en guardar mi vida pones,
Alcaide de las prisiones
De palacio.
Silo. Descuidad.
No ha de escapárseme reo,
Poniéndole yo entre barras.
Alf. A tu enemigo...
Silo. A mis garras
Venir á parar le veo.
Daré de mi celo pruebas.
Alf. Le buscas.
Silo. Bien.
Alf. Llevarás...
Silo. Espada.
Alf. Estará demás.
Silo. Él no la tiene.
Alf. La llevas.—
Te daré, como á hombre fiel,
Un bolsillo.
Silo. Recibí
Uno ya.
Alf. No es para tí
Este.
Silo. Pues ¿es para él?
Alf. Justo.
Silo. ¿Para el escondido?
Alf. Sí.
Silo. Yo creí que era pago...
Y de la espada, ¿qué hago?
Alf. Te llegas muy comedido,
Con ella y con el dinero
En la mano, y dices: «Soy
De casa de Alfonso, que hoy
Supo de vos, caballero;
Y no siendo esa morada
La que hombre cual vos merece,
En el alcázar se ofrece
A daros mejor posada;
Pero si vos aceptar
No quereis la franca oferta,
Un paje os tiene á la puerta
Caballo para viajar;
Y este hierro y este oro
Os darán, si el caso llega,
Favor en una refriega,
Y en toda ocasion decoro.
Partid, pues, sin embarazo,
Y luego volved acá;
Porque si tardais ¡irá
El Rey...
Silo. Y os dará...
Alf. Un abrazo.»
Silo. ¡Un abrazo! Y yo que quiero
Intrepretar... ¡Me he lucido!
Vamos, quedo convencido
De que soy un majadero.

ESCENA XIV.

ORDOÑO, QUE SALE DE LA IGLESIA; ALFONSO, SILO.

Ord. (*Al Rey.*) ¿Aquí estais? Oid.
Alf. ¿De dónde
Venís?
Ord. Del templo, señor.
He descubierto un traidor
Que en esos muros se esconde.
Peligra vuestra corona.
Alf. No tal.
Silo. Bien segura está.
Sabe el Rey el caso ya,
Y conoce la persona.
Ord. ¿Cómo?
Alf. (*A Ordoño.*) Que calleis os pido.—
Voy á enviarle á decir
Que puede verme, ó partir.
(*Vase, y síguele Silo.*)
Ord. Si habla con él, soy perdido. (*Vase.*)

ESCENA XV. (*En la torre.*)

SANCHO, QUE TRAE EN BRAZOS A JIMENA, DESMAYADA; BERNARDA, CON UNA LUZ.

Bern. Colocadla en un asiento.
(*Pónenla en una silla.*)
En el cláustro se quedó
Todo el acompañamiento;

Nada han visto.
San. ¡Respiró!
Albricias. Cobrad aliento,
Señora.
Bern. Prenda del alma,
Vuelve en tí.
Jim. ¡Jesus! dijera...
(*Haciendo ademan como de quien se quiere desasir de una persona.*)
¡Qué osadía tan grosera!
Bern. No te fatigues; ten calma.
San. ¡Siempre conmigo severa!
Jim. (*Mirando al Conde.*) Esa voz es
Habla, habla mas, por favor. [conocida.
San. Perdona, bien de mi vida.
Jim. ¿Cómo, estando prevenida,
Me asustó mi salvador?
Yo de vos perdon imploro.
San. ¡Angel del cielo estrellado,
Causa de mi eterno lloro...
Jim. ¿Vos habeis por mí llorado?
San. ¿Pues no sabes que te adoro?
Jim. Acaso en mi turbacion
Hable yo sin fundamento;
Mas tengo en el corazon
La nueva de un casamiento,
La herida de una traicion.
Y á no ser hoy liviandad,
Quizá os dijera con ira
Que os culpan de falsedad
Palabras que son mentira,
Y acciones que son verdad.
(*Bernarda se retira.*)
San. A escuchar hoy me resigno
Con la humildad que otras veces
Quejas de que no soy digno,
Ya que un labio tan benigno
Todo es para mí esquiveces.
Fué, cuando allá en la quietud
De un aposento enlutado
Me dió el Señor la salud,
Y me encontré abandonado,
Tendido en un ataud,
Fué el pensamiento primero
Que el alma supo formar,
Pedir al Dios verdadero
Que me dejase llegar
A decir cuánto te quiero.
Porque yo, luz de mis ojos,
Que te di sin conocerte
Vida y alma por despojos,
Y sentí mas que la muerte
Ocasionar tus enojos,
Yo no entendia que hubiera
Mayor dicha, mayor bien,
Que vivir hasta que viera
Mi amada la fe sincera
Del que llora su desden.
Aunque adorarte es delito
Que puede costarme caro,
Mi amor, Jimena, es tan raro,
Que tú Infanta y yo proscrito,
Yo ni en tí ni en mí reparo.
Media un abismo sin fin
Entre ambos; pero en tí yo
Solo miro el serafin
Cuya luz me deslumbró
Hace un año en el jardin.
¡Ay! en aquel paraíso
Donde fe pura y ardiente
Juró mi labio sumiso,
Resbalando por el piso,
Nos sorprendió la serpiente.
Una mujer, una espía
Por Ordoño asalariada,
Nos miraba, nos oia.
Jim. (*Aparte.*) ¡Y respeté á la malvada,
Cielos, cuando me vendia!
San. Ese vil calumniador,
Aborto de los infiernos,
Hizo cundir el rumor
De que intentaba vendernos
Tu hermano al Emperador;
Y contra mi sencillez
De soldado, hicieron liga
Dos monstruos de avilantez,
Y me pareció su intriga
Empresa de honor y prez.
Logró Floresinda echar
A mi cuello una cadena
Que no supe rechazar;
Sí. — Yo tenia que amar,
Y no encontré á mi Jimena.
Jim. Solo de Ordoño el acento
En mi pecho despertaba
Desden y pesar violento;
Y yo capricho juzgaba
Lo que era presentimiento.
Mas ya vengo á comprender
Que á la invencible aversion
Hacia bien en ceder,
Pues hizo mi corazon
Justicia en aborrecer.
San. ¿Tú le aborreces? ¿es cierto?
Jim. Ya á perdonarle me inclino.
Ayer os juzgaba muerto,
Y él era vuestro asesino.
San. ¡Yo no sé si estoy despierto!
Mas no: todo es ilusion
De que es tiempo que despierte,
Pues me dice la razon
Que poco sintió mi muerte
Quien permitió mi baldon. —
Al Rey le debiste osada
Poner mi pliego en la mano.
Jim. Y al verme en llanto anegada,

¿Qué hubiera en tal abogada,
Qué hubiera visto mi hermano?
San. Será mucho presumir;
Pero en esos ojos noto...
Di, por Dios...
Jim. ¿Qué he de decir,
Si el labio me cierra un voto
Que tengo á Dios que cumplir?
San. ¿Qué amante ese voto hace?
Jim. ¿Y qué zelosa deslinda
Si es bien que al altar se abrace?
Yo supe el funesto enlace
Tratado con Floresinda.
Tiempo es de que reflexiones,
Tú que con tal arrogancia
Me hiciste reconvenciones,
Que de tí tomé lecciones
De perfidia, de inconstancia.
Tú, con dejarme de ver,
Dejaste en mí de pensar,
Y quisiste otra mujer;
Yo no te debí querer,
Y no te pude olvidar.
San. ¡Qué oigo!
Jim. En esta confesion,
Conde, solo tienen parte
Mi decoro y mi opinion,
Porque tengo que anunciarte...
San. ¿Qué?
Jim. Nuestra separacion.
Ser del Señor ofrecí,
Si de un riesgo me salvaba,
Y al punto libre me ví:
Ya del Señor soy esclava,
Pues hizo lo que pedí.
Contra la suerte luchamos,
Y no hay poder que esclavice
Tal poder. — Sancho, cedamos.
Conspiraste, y votos hice:
No es dable que nos unamos.
San. ¡Separarnos, cuando afable
Tu rostro vine á mirar!
Mas ¿qué tengo que extrañar?
Soy un reo miserable:
Nos debemos separar.
Jim. ¡Ingrato! Mi triste duelo
Podrás hacer que se aumente;
Pero yo tendré el consuelo
De haber cumplido igualmente
Con el hombre y con el cielo.
Yo te justificaré,
Para que cobres tu honor;
Yo á mi hermano le diré
Que si conspiraste, fué
Para servirle mejor.
Aquí es fácil que te vean,
Y tu carta es de tal suerte,
Que mas habrá de valerte,
Si yo logro que me crean,
Y no se duda tu muerte.
Parte á Castilla, y despues
De absuelto, podrás sin miedo
Descubrirte donde estés;
Mas no pongas en Oviedo
En mucho tiempo los piés.
Disimular no sabrás
Tu pasion, por mas que hicieres;
Y si mi hermano quizás
Adivina que me quieres,
No te perdona jamás.
Renuncia esperanzas vanas,
Y acometiendo las villas
A la frontera cercanas,
Envíanos á gavillas
Las banderas africanas;
Y un grito de admiracion
A cada instante una nueva
Traiga de mi campeon,
De la márgen del Carrion
Hasta la orilla del Deva;
Y déme yo el parabien
Si con tierno lloro mancho
El velo que orne mi sien:
Sabré que si quiero á Sancho,
Que si le adoro, hago bien.
San. No prosigas de esa suerte;
Que al mirar tanto heroismo,
Se hace mi pasion mas fuerte,
Pues conozco por lo mismo
Cuanto pierdo con perderte.
No hagas caso del dolor
A que ves que me rendí:
Ya me grita el pundonor
Que si no tengo valor,
No seré digno de tí.
Bien: partiré, viviremos
En diferente lugar,
En apartados extremos;
Por apartados que estemos,
Al fin nos hemos de hallar.
Rival que mi fe venera,
Gozará en tí señorío
De duracion pasajera;
Solo á Dios yo le sufriera
Que me robe tu albedrío.
Pero la Suma Bondad
Bien querrá favorecernos
Acortando nuestra edad,
Para dejarnos querernos
Por toda una eternidad.
Di pues, cuándo partiré,
Aunque el corazon me tronces.
Jim. Con la aurora.
San. ¿Volveré
A verte?
Jim. Recibiré

Tu abrazo segundo entonces.
San. ¿El segundo?
Jim. ¿Cuál intento
Fué el que esta noche tuviste,
Que al entrar tan desatento
En la capilla, me hiciste
Perder el conocimiento?
San. ¡Jimena!
Jim. ¡Tú con el manto
La cara de mí ocultar
Cuando hácia tí me adelanto,
Y para mayor espanto
La única luz apagar!
San. ¡Jimena!
Jim. ¡Un rapto! ¿Qué furias
Te hicieron desatender
Los fueros de una mujer?
¡Robar la Infanta de Asturias!
Quien ama, no ha de ofender.
San. ¿Yo robarte? ¿Qué demencia
Te asalta? ¿Cuándo me oiste...?
Jim. Silencioso á mí viniste;
Que te acusó la conciencia,
Y por eso enmudeciste.
San. Aguarda, Jimena, aguarda;
Que ya un odioso recelo
Todo el pecho me acobarda.—
Mira que te hallé en el suelo,
Cuando llegué con Bernarda.
Jim. ¡Dios mio!
San. Mira que hallamos
En tinieblas la capilla;
Mira que los dos te alzamos;
Mira que mi fe sencilla
Te respetó siempre.
Jim. ¡Estamos
Ya descubiertos!
San. ¿Qué ha sido?
Jim. Sí, cuando yo sola estaba,
Y trémula te aguardaba,
Allí un hombre ha parecido.
San. Sus señas, su porte: acaba.

ESCENA XVI.

BERNARDA, JIMENA, SANCHO.

Bern. Señora, vamos corriendo;
Que el Rey os viene á buscar,
Extrañando la tardanza,
Y tengo un susto mortal.
Me falta una llave; Ordoño
Me la debió de quitar,
Y puede entrar en la iglesia.
Jim. ¡Él entró sin duda ya!
San. ¡Ordoño!
Jim. Huyamos.
San. Escucha.

ESCENA XVII.

ALFONSO, ORDOÑO, SILO y SOLDADOS, EN LA GALERIA; SANCHO, JIMENA y BERNARDA, EN EL CUARTO DE LA TORRE.

Alf. (*A Ordoño.*) Vos esta puerta guardad.
(*Aparte.* ¡Sancho y Jimena en el templo!)
Jim. Adios: luego me verás.
(*Vase con Bernarda.*)
Alf. Vosotros conmigo.
(*Pasa con algunos soldados á la iglesia.*)
San. Voy
A matar á mi rival
Donde quiera que le encuentre. (*Vase.*)
Ord. Las linternas ocultad,
Silo, que sirvais al Rey.
Silo. A él sí; pero á nadie mas.
Jim. (*Dentro.*) ¡Socorro! ¡favor!
Bern. (*Dentro.*) ¡Socorro!
San. Ya tengo con que lidiar.
(*Saliendo á la galería con una espada en la mano, defendiéndose de los soldados que le acosan.*)
Venid.—¡Ordoño! (*Se encamina á él.*)
Ord. Prendedle.
Alf. Prended á ese desleal.
(*Volviendo á la galería con Jimena de la mano.*)
Jim. No es desleal: en mi mano
Su vindicacion está.
Conde, soltad esa espada,
Que no la necesitais.
(*La entrega el Conde.*)
Alf. ¿Por qué te hablaba ese aleve?
Jim. Porque viene á reclamar
Un escrito que en Galicia
Me confió. Escucha y haz
Justicia. (*Abriendo la escarcela.*)
Ord. Ved el escrito,
Sí, vedle.
Jim. ¡Dios de piedad!
¡Me le han robado!
San. Ese infame...
Alf. Basta. Silo, sepultad
Al villano usurpador
De la corona real
En el mas ruin calabozo
Que á un esclavo se le da.
Jim. Respétesele su fuero.
Alf. Le degradó un tribunal.
San. Me sentenció sin oirme.
Alf. Llevadle atado: acabad.
Jim. Eso no: Sancho es mi esposo:
Tratádmele como tal.

ACTO TERCERO.

Sala del palacio de Alfonso. Una mesa con recado de escribir. Algunas armaduras colgadas del muro. Una puerta á cada lado.

ESCENA PRIMERA.

ALFONSO, SENTADO CERCA DE LA MESA; BERNARDA, TOIDA Y NEFTALI, QUE SALEN CONDUCIDOS POR SILO.

Silo. Ordoño, si dais licencia,
Se os quisiera presentar
Despues de acabado el juicio.
Alf. ¿Cómo se defiende?
Silo. Mal;
Pero niega bien.
Alf. ¿Y el Conde?
Silo. O no dice la verdad,
O yo no sé conocerla,
O él no la puede probar.
Alf. Traed á Ordoño al volverle
A la prision.
Silo. Bien está. (*Vase.*)
Toida. Los jueces nos encomiendan,
Señor, á vuestra piedad.
Perdonadnos.
(*Arrodillanse Toida y Neftalí.*)
Neft. ¡Perdonadnos!
Toida. Tia, ¿no os arrodillais
Con nosotros?
Bern. No pequé;
No tengo por qué rogar.
Alf. ¿Por qué habeis favorecido
A mi enemigo mortal?
Neft. Era un jóven...
Toida. Un guerrero.
Neft. Y quisimos imitar
Vuestro ejemplo.
Toida. Recordamos
Con qué magnanimidad
Les disteis á los rebeldes
Amnistía general.
Alf. A él no.
Toida. Ya; pero nosotros
Dijimos: Por uno mas...
Neft. Bernarda, señor, que os tiene
Un cariño maternal
A vos y á Jimena, dijo...
Bern. Que era su deber salvar
A un huésped suyo.
Neft. Que el Conde,
Aunque conoció el disfraz
De la Infanta allá en Galicia,
Se portó noble...
Alf. Y galan:
Decidlo: es su amante.
Toida. Y bien:
¿Por qué lo hemos de negar,
Si ya la vida del Conde,
Mediando respeto tal,
Nos debió de parecer
Sagrada?
Neft. Considerad
Que nuestro amor á Jimena
Socorro nos hizo dar
Al Conde; y por ella diéramos
La vida.
Alf. Libres estais.
Bern. ¡Ah señor!
(*Queriéndose arrodillar con Toida y Neftalí.*)
Alf. Hicisteis bien.
Toida. Mi sangre...
Neft. Mi oro...
Alf. Marchad.
(*Vanse Bernarda, Toida y Neftalí.*)

ESCENA II.

SILO, ORDOÑO, ALFONSO.

Silo. Aquí está el reo; uno de ellos
Quise decir.
Ord. ¡Silo!
Silo. ¡Bah!
¿Quién no le sufre á un amigo
Una familiaridad?
Alf. Dejadnos solos.
Silo. Entonces
Permitidme colocar
Centinelas á las puertas,
Porque á mí me pedirán
El preso, si se me fuga
Por una casualidad.
Alf. Cumplid vuestra obligacion;
Que él la suya cumplirá. (*Vase Silo.*)

ESCENA III.

ALFONSO, ORDOÑO.

Alf. ¿Os han sentenciado?
Ord. Sí.
Alf. ¿A qué?
Ord. A perder mi caudal
Y á destierro.
Alf. No esperé
Yo tanta severidad.
Ord. Yo sí; os lo dije.
Alf. ¿Y á Sancho?
Ord. A lo que era de esperar.
Se confirma la sentencia
De antes: pena capital,
É infamia. Dentro de poco

Os traërán á firmar
Ambos fallos; para mí
Hay una distincion.
Alf. ¿Cuál?
Ord. En vista de mis servicios,
Y de que vuestra bondad
Me tenia perdonado,
Una súplica eficaz
En mi favor os dirigen.
Alf. Bien: atendida será.
Si he permitido á los jueces,
Por no mostrarme parcial,
Que os prendieran, mi palabra
No debe volver atrás.
Conservareis vuestra hacienda.
Ord. Gracias.
Alf. Con sinceridad
Os declaro que no puedo
Concederos que sigais
De Conde de los notarios,
Por la grande enemistad
Que ha mostrado en este juicio
Una parte principal
De los nobles hácia vos.
Ord. Conspiraron á la par
Conmigo; nada alcanzaron,
Y yo sí: era natural
Que á la primera ocasion
Me quisieran derribar.
Luego, Sancho (yo confieso,
Señor, mi temeridad)
Me ha acusado de un delito
Que á vos no debo negar.
Alf. ¡Cómo!
Ord. Compasion imploro:
Es cierto, fuí su rival.
Alf. ¡Tú amas á Jimena, tú
Tambien!
Ord. Muchos años há.
Alf. ¿Y no has temblado al hacerme
Revelacion tan audaz?
¡Un enemigo, un traidor,
Sus pensamientos alzar
Hasta la hermana de aquel
Que entre ignominia y afan
Hoy viviera desterrado
Lejos del suelo natal,
Si no hubiera una justicia
Que abatiese la maldad!
Ord. Señor...
Alf. ¿Qué jueces son esos
Que no saben despojar
El corazon de un culpado
De todo velo falaz?
¡Muerte á Sancho, á vos destierro,
Y ser el delito igual!
Porque ya la acusacion
Que no ha podido probar
El Conde, para mí queda
Convertida en realidad,
Pues un rival de la especie
Que vos, de todo es capaz.
Ord. ¡Ah! quien ama, y años y años
Tiene su amor que callar,
Porque ve que sus suspiros
Aversion excitarán,
¿Cómo no ha de aborrecer
De muerte al hombre fatal
Que le usurpa una ventura
Que ya no espera jamás?
Vos, que por una excepcion,
Harto digna de envidiar,
Tranquilo entrais en los años
De la varonil edad
Sin haber sentido zelos,
Ni saber lo que es amar,
Achacareis á delito
Lo que es infelicidad;
Y no podreis entenderme,
Y aun oirme os cansará,
Porque juez que nunca erró,
No acostumbra perdonar.
A las flaquezas ajenas
Las propias disculpa dan;
Y vos que absoluto imperio
En vuestro pecho gozais,
Que á vuestro querer las olas
Le deteneis á ese mar,
Que llevais á la razon
Sujeta la voluntad,
Y mirais una hermosura
Cual un busto de metal,
Vos ¡ah! no podeis en mí
Vuestro retrato mirar.
Alf. ¿Quién os ha dicho que yo
No pagué á la humanidad
El tributo que ninguno
Debe ni puede negar?
Ord. Pero si habeis una vez
Amado vos, confesad
Que habrá sido sin tener
Imposibles que allanar.
Alf. ¡Imposibles!
Ord. No habreis sido
El testigo presencial
Y continuo de las gracias
Nacientes de una beldad;
No la habreis visto, capullo
Escondido en el rosal,
Crecer, sus hojas abrir,
Y lozano derramar
En las auras el aroma
De su cáliz virginal;
No habreis sentido el horrible
Tormento de codiciar
Una prenda que no habia

De ser para vos.
Alf. Cesad.
Ord. No habreis querido á una jóven,
Que os escuchara jovial
Como deuda, que os tuviese
Deferencia y amistad,
Y os hubiera aborrecido
En llegando á sospechar
Que por ella vuestro pecho
Ardia en llama voraz.
¡Alfonso! ¡dichoso vos,
Dichoso os vuelvo á llamar,
Que de amor no habeis sufrido
La dura cautividad!
Alf. Ordoño...
Ord. Compadecednos,
Y no dudeis que será
Horroroso, padecer
Y no poderse quejar.
Alf. ¡Qué! ¿nunca habeis roto vos
Ese silencio tenaz?
Ord. Quise atreverme una vez;
Mas al quererme explicar,
Me atajaron los enojos
De la rígida beldad.
Alf. Si ella os castigó por eso,
No os debo yo castigar.

ESCENA IV.

BERNARDA, LUPO, ALFONSO, ORDOÑO.

Bern. Señor, la Infanta me envia
A pedir que permitais
Que os vea ya.
Alf. Sí, mandé
Que no me pudiese hablar
Mientras no se sentenciara
Esa causa, y ya lo está.
Que venga. (*Vase Bernarda.*)
Lupo. Os presento aquí
Los fallos del tribunal.
Alf. Los veré. Llamad á Silo.
(*Vase Lupo.*)
Ord. (*Aparte.*) Amansó la tempestad.
Echada está la semilla;
Su fruto producirá. (*Sale Silo.*)
Alf. Llevad á Ordoño á la torre;
(*A Silo.*)
Y vos mi firma esperad. (*A Ordoño.*)
Silo. Vamos. (*A Ordoño.*)
Ord. De un grave negocio
(*Aparte á Silo al irse.*)
Me importa conferenciar
Con Bernarda al punto: creo
Que tú la permitirás
Que venga á la cárcel.
Silo. ¡Oh!
No tengo dificultad.
(*Vanse Ordoño y Silo.*)

ESCENA V.

JIMENA, ALFONSO.

Jim. Ya que hoy el entredicho se levanta
Que en medio de los dos vuestra ley puso,
Fuerza será que me escucheis. No intento
Quejarme ya del abandono duro
Que por tres dias padecí...
Alf. Jimena,
Jimena, perdonad si os interrumpo.
El rey de su presencia os alejaba;
Pero el hermano sin cesar estuvo
Viendo á su hermana, por angosto hueco
Disimulado en el macizo muro
Que cerca esa mansion.
Jim. ¿Tú me veias?
Alf. Te ví, te ví, de admiracion confuso,
Llanto afrentoso derramar, y al cielo
Dirigir ayes de dolor espúrio;
Y la vergüenza que de tí me daba,
Tan sola fué la que impedirme pudo
Que corriese á decir: «Ven, mi Jimena,
Vierte en mi seno la afliccion del tuyo.»
Jim. ¡Ah! me queda un hermano todavía,
Todavía no estoy sola en el mundo.
Alf. ¿Qué quieres de tu Alfonso?
Jim. Que no extrañe
Si por un desdichado le pregunto,
Y su sentencia me revele: á todos
Con iguales palabras importuno,
Y en respuesta me dan vaga esperanza
Con labio alegre y con semblante mustio.
¿Qué falló el tribunal?
Alf. Míralo.
(*Dándole la sentencia del Conde.*)
Jim. ¡Muerte!
¡Y á Ordoño Sancho confundir no supo!
Alf. ¿Con qué pruebas?
Jim. ¡Ay Dios! no recordaba
Que fuera allí mi testimonio nulo,
A tenerle que dar. A tí que sabes
Que es incapaz mi boca de un perjurio,
A tí que puedes la cruel sentencia
Deshacer con un rasgo de tu puño,
Por esta cruz del sacrosanto leño,
(*Poniendo la mano sobre la que lleva al cuello.*)
La inocencia de Sancho afirmo y juro.
Él en Galicia me entregó una carta,
Y en ella el plan del bárbaro tumulto
Por Ordoño su autor; y el vil Ordoño
A favor luego del horrible susto
Que mis sentidos embargó un instante,
Medio de recobrar el pliego tuvo.

Falte á mis ojos la celeste lumbre,
Si á Ordoño en algo sin verdad acuso.
Alf. ¡Crédula! tus palabras son el eco
De la pérfida voz que te sedujo.
Alzarse contra mí, y á los halagos
De mi hermana aspirar, era un insulto
Que tú no habias de sufrir; el Conde
Para evitar tu cólera, supuso
La carta que perdiste, y á mostrarla,
Se volviera tal vez en daño suyo.
Jim. ¡Ah! ¡qué mal le conoces!
Alf. A sus jueces
Remito mi opinion. Mas ¿qué disputo?
¿Puedes negarme que estalló en su nombre
La rebelion que de mi trono augusto
Con furor me lanzó? ¿puedes negarme
Que entre ruidosos vítores del vulgo
Fué proclamado rey, mientras corria
Tras mí con una tropa de verdugos?
Si fué leal á mi persona el Conde,
¿Por qué con tan extraño disimulo
Los lazos ocultó que me tendian,
Y ayudó á los rebeldes para el triunfo?
Jim. Pide sagacidad al cortesano
En las marañas áulicas maduro;
Que un jóven de Castilla solo sabe
Con sangre de Ismael hacer fecundo
El nativo confin. Ordoño, Ufila,
Cuantos crédito dieron al absurdo
Rumor del vasallaje á Carlo Magno,
Reos son como Sancho, y á ninguno
Quisiste castigar.
Alf. Por eso es fuerza,
Si el reino quiero mantener seguro,
Un escarmiento hacer. Yo no buscaba
La víctima; su estrella la condujo
Aquí; la ley sobre su cuello pide
Que hiera; hiero: mis deberes cumplo.
Jim. ¡Cielos! Y Ordoño en tanto...
Alf. Yo no puedo
Distinguir el malvado del iluso.
Ni Ordoño, ni otros ciento de mi corte,
Que son cobardes aunque son astutos,
Conspiraran jamás, á no ofrecerles
El Conde su valor. Muy útil juzgo
Que la ambiciosa juventud aprenda,
Viendo á Sancho morir, cuál es el fruto
De la imprudencia y la traicion.
Jim. ¡Ingrato!
El Conde libertarte se propuso.
Alf. Perfidia doble: pues á dos vendia,
Tome venganza por los dos el uno. [ble
Jim. ¡Sancho, Sancho morir! Es imposi-
Que puedas tú pensar lo que iracundo
Tu labio dice sin querer. ¿Olvidas
Que yo le tengo amor?
Alf. Ese es un hurto
Que haces á Dios, á quien te liga un voto.
Jim. Yo lo quise cumplir, aunque me in-
A formarlo el pesar, mas que el deseo [dujo
De que tuviera fin nuestro infortunio.
Aquella noche que prendiste á Sancho,
Noche cubierta para mí de luto,
¿Sabes cuál fué la ley que irrevocable
Mi varonil resolucion le impuso?
La de alejarse para nunca verme,
La de morir por libertar del yugo
Musulman españoles, que aumentaran
Fuerzas á tu poder, glorias al culto.
Esto me prometió, y esto compliera,
Sin el lance fatal que le detuvo. [virtieron
Alf. ¿Cómo al verme despues, se con-
Tan bizarros propósitos en humo?
Jim. Tú quisiste en mi amado envile-
Y eso jamás lo sufrirá mi orgullo. [cerme,
Alf. Lo tendrá que sufrir. La decantada
Separacion entiendo, el fin descubro.
Esperabas que al Conde sus proezas
Engrandecieran á tan alto punto,
Que pudiese pedir tu mano en premio,
Y en mí negarla pareciera injusto.
Acaso calculasteis los azares
De la guerra tambien, á que conduzco
Mi nacion hasta hoy adormecida,
Y os prometisteis el aciago nudo
Estrechar algun dia, siendo el ara
De esa union que detesto, mi sepulcro.
No, que te hará otra tumba con oprobio
Buscar en una celda tu refugio.
Jim. Se estrechará, se estrechará primero
Esa union infeliz, contra tu gusto.
De mi voto el prelado me dispensa,
Y esposa puedo ser; niega el indulto
A Sancho, manda que su sangre corra:
Mujer que á costa de su honor sostuvo
Que era esposa de un hombre, ya es forzoso
Que la mano le dé.
Alf. Será difunto
Un instante despues.
Jim. Sancho del golpe,
Yo de la pena, moriremos juntos.
Alf. ¡Cuánto le ama, oh Dios!
Jim. ¿Que si le amo?
Tú no lo puedes comprender, y dudo
Si yo misma hasta aquí supe que fuese
Mi amor tan entrañable como puro.
Pocos instantes por la vez primera
Le hablé cuando la suerte le condujo
Al verjel cuya cerca levantaban;
Pocos instantes; que cortés anduvo
(Acaso por demás) en retirarse
Cuando vió mi desden sobrado adusto;
Y sin embargo sus palabras fueron
Por todo un año mi placer, mi estudio,
Mi continua ilusion. En nuestra fuga
Veloz, en medio del peligro sumo,

Solo me consolaba el pensamiento
De que siguiera Sancho nuestro rumbo.—
¿Que si le amo? Por amarle solo,
Disimulando mi dolor agudo,
Que á Saldaña partiera le pedia;
Porque le amo, resistí el impulso
De tus iras, al ver que con afrenta
Le iban á hundir en calabozo inmundo;
Porque le amo en fin, ves que á tus plantas
De la altivez de infanta me desnudo,
Y te pido piedad, perdon, la vida
De Sancho, que es la mia.

Alf. (*Aparte.* ¡Cuánto sufro!)
Levanta.

Jim. No, derramaré en el suelo
Mi ardiente lloro sin reparo alguno,
Aunque á tus piés me vean, y me ahogue
Mi sonrojo despues.

Alf. (*Aparte.*) ¿Dónde me oculto?

Jim. Tú, benigno con todos, ¿es posible
Que con tu hermana rígido y sañudo
Solo vengas á ser? Sólo en buen hora.
Yo cedo á tu rigor y no murmuro,
Si la víctima soy: muera yo y viva
Sancho.

Alf. ¿Por él...?
(*Con un violento ademan de cólera.*)

Jim. Tu rostro furibundo
Me anuncia que te enojo con hablarte
De mi amor; está bien: ya le sepulto
En el pecho, ya callo, y me levanto.
No te irrites; mudemos de discurso;
Hablemos del cariño que te tengo,
Del que me tienes tú: siempre mi escudo
Fué mi hermano, mi guia. Alfonso, dime:
Con mi fatal pasion, ¿en qué te injurio?
¿Temes acaso que te olvide? Mira:
Primero á Sancho. Indúltale, y pronuncio
Mi voto. Pero lloras. ¡Ah! yo venzo.
Naturaleza cobra su tributo.
Vivirá el Conde.

Alf. Vivirá.

Jim. Consiente
Que mis brazos...

Alf. Aparta. Restituyo
A Sancho sus honores, si le dices...

Jim. Habla, ninguna condicion rehuso.

Alf. Le dirás, y de modo que lo crea,
Para atajar á su ambicion el curso,
Que se olvide de tí, que no le amas,
Ni le amaste jamás.

Jim. ¿Qué es lo que escucho?
Yo desmentir mi amor! ¡mentirle á Sancho!

Alf. Con tu primera falsedad te arguyo.
Mentísteme diciéndote casada;
Mentira fué que deshonor produjo:
Miéntele al Conde por honor ahora.—
O mientes, ó perece: no hay efugio.

Jim. No morirá; que tu palabra tengo:
La diste y eres Rey.

Alf. Tiembla, si abuso
De mi poder, Jimena. Mi mandato
Se ha de cumplir.

Jim. Tirano sin segundo,
Ya te conozco: porque nunca puerta
Para el amor en tus entrañas hubo,
De nuestras almas desterrar pretendes
El dulcísimo afecto que no plugo
Al cielo coronar. Odio quisiste
Sembrar entre nosotros: harto justo
Es que recaiga en tí.

Alf. Calla: no digas
Que me aborreces, no.

Jim. Lo digo, y huyo
De tu presencia.

Alf. Ve, ve á prepararte
Para tus bodas; que al momento, al punto
Las voy á celebrar: no con el Conde,
No con el Redentor; con un verdugo
Cuya vista no mas te martirice:
Con Ordoño: tus votos oportuno
El prelado anuló. Parte, no temas;
El conde vivirá, yo lo aseguro.

Jim. Un sacrificio que me dé la muerte,
Será un favor: te lo agradezco mucho.
(*Vase.*)

ESCENA VI.

ALFONSO, Y DESPUES LUPO.

Alf. Vivirá, vivirá; mas no imagines
Que ha de volverte á ver. Fallemos.—¡Lupo!
(*Siéntase á la mesa, examina las dos sentencias y toma la de Sancho.*)
La sentencia de Ordoño, la del Conde...
(*Sale Lupo.*)
(*A Lupo.*) Aguardad.
(*Dictase y escribe.*)
«Quiero como Rey, en uso
De mi prerogativa, la sentencia
De muerte mitigar.» Me tiembla el pulso.
«Cárcel perpetua y...»
(*Sigue escribiendo.*)

ESCENA VII.

BERNARDA, ALFONSO, LUPO.

Bern. Necesito hablarle.
(*A Lupo desde la puerta.*)

Lupo. Ocupado le veis.

Alf. Firmo y concluyo.
(*Toma la otra sentencia.*)
A Ordoño en libertad.
(*Ve á Bernarda y á Lupo que se le acercan.*)
Lejos, espías.

(*Sigue escribiendo, firma y sella.*)
Bern. (*Aparte.*) Por Dios, que este des-
Es un indicio mas. [pecho tan profundo
Alf. Tomad: entrambas
(*Levantándose y dando á Lupo ambos pliegos.*)
Sentencias al alcaide, y que no excuso
Ni la mas leve dilacion.
(*Lupo va á retirarse, el Rey le detiene, y le habla un momento al oido.*)
Lupo. Entiendo. (*Vase.*)
Alf. (*Aparte.*) No ha de volver á verla:
yo lo juro.

ESCENA VIII.

ALFONSO, BERNARDA.

Bern. Quisiera, si no os enoja,
Decir...
Alf. ¿Alguna mentira?
¿Qué hace Jimena?
Bern. Suspira
De modo que da congoja.
Alf. ¿Qué le has oido?
Bern. Enmudece
Con empeño pertinaz,
Manda que la deje en paz;
Replico, y se ensoberbece.
Alf. Su cólera es el castigo
Justo de tus libertades.
Bern. Mayores (y no te enfades)
Me voy á tomar contigo.
Alf. Soy hombre, y es diferente,
Que al fin te debí el primer
Sustento; pero haz por ser...
Bern. ¿Qué?
Alf. Menos impertinente.
Bern. Lo haré.
Alf. ¿Cuál es el asunto
Que á verme te determina?
Bern. Esa boda repentina.
Alf. ¿Quién te dió parte? pregunto.
Bern. Respondo: si en una casa
Se grita cuando se alterca,
Y hay quien escuche de cerca,
Se ha de saber lo que pasa.
Alf. ¿Cómo en tal negocio cabe
Que tengas tú que mediar?
Bern. Te voy á comunicar
Un escrúpulo muy grave.—
Si se entrara en religion
La Infanta, yo callaria,
Pues un esposo elegia
Que nunca fué reparon;
Pero Ordoño es caballero
Que mira (y yo se lo alabo)
Mucho por su honor, y al cabo
La conciencia es lo primero.
Alf. Por Dios, que me apurarás
La templanza ántes que empieces.
Al caso.
Bern. Si te enfureces
Ahora, luego ¿qué harás?
Alf. Sigue, Bernarda: adelante.
Bern. Ten.
(*Presentándole un espejo pequeño de plata.*)
Alf. ¡En la mano me pones
Un espejo!
Bern. En tus facciones
¿Hallas algo semejante
A las de Jimena?
Alf. Absorto
Me dejas. ¿Qué relacion...?
Bern. Será tu contestacion,
Echando por lo mas corto,
Que no.
Alf. Pero ¿á qué te vales
Hoy de tan extraordinarios
Reparos?
Bern. ¿No son contrarios
Tambien vuestros naturales?
Alf. ¡Contrarios! ¡Ay! ¡Ojalá
No lo fueran tan de lleno!
Pero, Bernarda, que peno
Demasiado. ¿Adónde va
A parar esa prolija
Cuestion con que me molestas,
Que entre mil dudas opuestas,
Yo no sé lo que colija?
Bern. A ofrecer un testimonio
De honradez, aunque yo pague
Sola por dos, y naufrague
De Jimena el matrimonio.
Alf. ¿Naufragar? ¿por qué?
Bern. Faltó
Hacer una diligencia.
Alf. ¿Cuál?
Bern. Obtener la licencia
De su madre, que soy yo.
Alf. ¡Su madre! ¡Dios infinito!
¿Es cierto lo que escuché?
Dime que no me engañé.
¡Tú su madre!
Bern. Lo repito.
Madre de Jimena soy.
Alf. ¡Cielos hasta aquí tiranos!
¿Con qué no somos hermanos?
¡Qué misterio rompeis hoy!
Bern. Muerta desgraciadamente
De la vida en el umbral
La hija del lecho real,
Hallándose el Rey ausente,
Quiso la Reina...
Alf. Lo entiendo,

Quiso excusar el dolor
De mi padre, ó su furor:
Uno y otro era tremendo
En aquel carácter fuerte
Incapaz de reprimir.
No tienes mas que decir:
Yo necesito creerte.
No es mi hermana: ¡si el cariño
Fraternal tiene otros goces,
Si lo está diciendo á voces
Mi corazon desde niño!
Sal ya de mi pecho, sal,
Secreto que yo temblaba
De averiguar, y hoy acaba
De mostrárseme cabal;
Sal, que ya la Providencia
De toda culpa te exime:
Ya es puro mi amor, sublime
Le hizo mi resistencia.
Parte, y á mi hermana di,
(No es mi hermana, que es mi cielo,
Mi bien, mi gloria) que el velo
Que me cegaba rompí,
Que ya no será de Ordoño,
Que en vano se desconsuela,
Que la sangre de Fruela
No ha de quedar sin retoño.—
Pero no me satisface
Que tú... (*Hace que se va.*)
Bern. ¿Vos amais...?
Alf. Sí á fe,
Siempre á mi Jimena amé,
La adoro quince años hace.
Bern. ¿De veras la amais?
Alf. Con loca
Pasion: ¿no ves mi alegría?
Bern. Eso es lo que yo queria
Escuchar de vuestra boca.
Alf. Bernarda, me dan recelos....
Bern. Niega ya, desalumbrado,
Que á tu hermana has castigado
Y al Conde, solo por zelos.
Alf. La pasion me despeñaba
Sin conocerlo yo mismo.
Bern. Tu rigor en un abismo
De males hoy sepultaba
A dos, cuyo amor honesto
Es digno de compasion.
Alf. ¿No lo es tambien mi aficion?
Bern. Rey, la tuya era un incesto.
Alf. Mas ya sin crimen aspira
A que Jimena....
Bern. No esperes
Nada, no: su hermano eres.
Cuanto has oido, es mentira.
Alf. ¡Oh!
Bern. Lo cierto es que poseo
Tu secreto, y esta vez
No podrá vengarse juez
Quien se ha confesado reo.
Alf. Pues bien, mi furor se aquiete
Con sangre de quien le atiza.
(*Toma una espada, que hay con otras armas colgada del muro.*)
Bern. ¡Infeliz! ¡á tu nodriza!
Alf. ¡Insensato de mí! — Vete.
(*Soltando la espada y sentándose abatido.*)
(*Pausa: Bernarda da algunos pasos para retirarse, y luego se pára; el Rey vuelve la cabeza y manifiesta en su rostro su sentimiento: entonces Bernarda se acerca á él.*)
Alf. ¿No quieres obedecer?
Bern. Señor, os oigo gemir.
Alf. Quita.
Bern. No me puedo ir,
No, que os veo padecer.
Alf. Déjame.
Bern. Aunque no me cuadre
Tan excelsa dignidad,
Llorad conmigo, llorad;
Que no teneis otra madre.
Forzoso ha sido que apele
Al secreto que os amengua;
Pero cortadme la lengua,
Si temeis que lo revele.
Vos solo y yo lo sabremos:
Jimena lo ignora todo,
Y aun podeis hacer de modo
Que vos y yo lo olvidemos.
De una pasion una hazaña
Las consecuencias ataje...
Y pagadme el hospedaje
Que hallasteis en mi cabaña.
Ofrecísteisme por Dios
Una gracia; lo sabeis:
Os pido que me otorgueis
Mi perdon.... y el de otros dos.
(*Se arrodilla.*)
Alf. Alza; que no debe estar
A mis piés, ni un breve espacio,
La que tiene en mi palacio
Derecho para mandar.
Que venga mi hermana.
Bern. ¡Ahora
Sí que teneis sangre mia!
(*Corriendo hácia la puerta.*)
¡Señora!—Me ahogaria
Si no llorara. — ¡Señora! (*Vase.*)
Alf. ¡Hola! — Afortunadamente
(*Siéntase á la mesa y escribe con rapidez unas líneas.*)
Sé que no tuvo lugar
Silo para ejecutar
Esa sentencia inclemente.

ESCENA IX.

LUPO, ALFONSO.

Alf. Volad: esa órden entregad á Silo.
(*Lupo toma la órden y se va.*)
Mandé que con la trompa me avisara
Luego que la sentencia ejecutara:
No sonó la señal, estoy tranquilo.

ESCENA X.

ORDOÑO, ALFONSO.

Ord. A vuestros piés la gratitud me guia...
Alf. (*Aparte.*) ¡Cielos!
Ord. Os dejo al punto, sin embargo.
Sentencia bien distinta de la mia
El momento presente os hace amargo.
Dignaos de leer estos renglones
(*Le da un pliego cerrado.*)
Que acabo de escribir con prisa grande:
Conocereis aquí mis intenciones;
Y en casa espero que mi Rey me mande.
Alf. Partid á vuestra casa en derechura;
Y con ninguno hableis. (*Vase Ordoño.*)

ESCENA XI.

ALFONSO, Y LUEGO SILO, DENTRO.

Alf. Me da martirio
El ver esa sardónica mesura.
¡Casarle con Jimena! Fué un delirio.
(*Abre el pliego y lee.*)
« El secreto de vuestro corazon no le ha sorprendido Bernarda, sino yo, que se lo he confiado á ella, por ser de los que humillan mucho revelados por un hombre. Si este secreto se divulgara, perderiais el concepto de todos los que admiran la pureza de vuestras costumbres; vuestros enemigos aprovecharian la noticia para completar vuestro descrédito, y os arrojarian del trono. He oido vuestra conversacion con Bernarda, de quien no me quejo porque haya servido á su señora y no á mí; pero os aviso que el premio de mi silencio es la mano de Jimena. »
Primero el corazon sabré arrancarte.
(*Se encamina á la puerta por donde salió Ordoño.*)
La puerta me cerró. ¡Mísera treta!
(*Va á la puerta del lado opuesto.*)
¿Dónde de mi furor has de librarte,
Infeliz?
(*Ruido á la derecha de voces y armas, y al mismo tiempo tocan una trompeta.*)
¡Cielo santo! ¡La trompeta!
Voces. (*Dentro.*) ¡Arma! ¡Traicion!
Silo. (*Dentro.*) A él: ved que os engaña.
(*Alfonso toma una maza de armas: al mismo tiempo salen por la izquierda algunos pajes, que á una señal del Rey corren á echar abajo la puerta de la derecha.*)
Alf. Aquí...
Silo. (*Dentro.*) Muera.
Alf. Tened. — ¡Piedad divina!
Silo. (*Dentro.*) No respeteis que es conde.
Alf. ¡Le asesina!
(*Fuerza la puerta de un golpe de maza.*)
Ya abrí.
(*Franca la puerta, va á la pieza inmediata; pero se detiene al oir la voz de Silo, que sale precipitado con la espada desnuda.*)
Silo. Traed al Conde de Saldaña.
(*Saliendo.*)

ESCENA XII.

SILO, ALFONSO.

Alf. ¿A quién esos crueles mercenarios
Han muerto? ¿á quién?
Silo. (*A los pajes.*) Salid.
(*Vanse los pajes.*)
Alf. Responde luego.
Silo. A ese Conde traidor de los notarios,
Que á Lupo quiso arrebatar el pliego.
Alf. ¿Detener el perdon Ordoño quiso?
Silo. Y ciego queda Sancho, si la Infanta
Por un momento mas no se adelanta,
Dándome ya de la merced aviso.
Lupo la entrega del perdon resiste,
Le hiere Ordoño, de prenderle trato,
Lidia, tocan sin órden á rebato,
Y el criminal espira.
Alf. ¿Ya no existe?
Silo. Mirad. (*Señalándole la puerta.*)
Alf. ¿Nada al morir ha descubierto?
Silo. Nombró á Sancho y á vos: « Erré el camino, »
Dijo; despues: « Merezco mi destino; »
Y le faltó la voz al labio yerto.

ESCENA ULTIMA.

JIMENA, SANCHO Y BERNARDA, POR LA IZQUIERDA; ALFONSO, SILO.

Jim. ¡Hermano...!
San. ¡Mi señor...!
Jim. Siempre esperaba...
Bern. (*A Jimena.*) Bien os decia yo.
San. Mientras respire
Sancho, vuestro será.

Jim. Seré tu esclava.
Alf. Callad, ó hareis que de vergüenza es-
Oid. Porque no hay crímen sin castigo, [pire.
Porque os defiende el cielo soberano,
Libres ambos estais de un enemigo.
Ordoño ha muerto.
Jim. San. y Bern. ¡Ordoño!
Silo. Por mi mano.
Alf. (*A Sancho.*) Acaso declarar vuestra inocencia
Quiso, y en vano fué, ya moribundo:
Justificado estais en mi conciencia;
Pero falta la prueba para el mundo.
Un escarmiento mi dosel reclama,
Que haga á la rebelion temer su estrago:
Sacrificadme, Conde, vuestra fama,
Y la ventura vuestra os doy en pago.
Con un anuncio que sospechas borre,
Se mostrarán de Ordoño los despojos;
De vos se contará que en una torre
Gemís, privados de la luz los ojos.
De Jimena dirán que sin su amante
Eligió en su dolor un monasterio;
Huid en tanto, y en region distante
Vivid cercados de feliz misterio.
Jim. ¡Separarnos de tí!
Alf. No es sin motivo.
San. ¿Permitireis un dia que volvamos?
Jim. Nadie sabrá...
Alf. Jamás: os lo prohibo.
La vez postrera viéndonos estamos.
Jim. ¿La vez postrera?
Alf. Sí. Para tu dote
Los bienes todos de mi padre cedo,
Y á la noche en secreto un sacerdote
Os unirá.
Jim. A tu vista.
Alf. No, no puedo...
San. Señor... [diere un hijo
Alf. (*A Sancho.*) Si el cielo os conce-
Que retrate á Jimena, de ese, aguardo
Que ser el padre me otorgueis.
Bern. Yo exijo
Que se le ponga el nombre de Bernardo.
Alf. (*A Bernarda y Silo.*) Adios.—Vosotros seguireis su suerte.—
Mudad de nombre. Partireis mañana:
(*A los amantes.*)
Y nunca me verás, nunca he de verte.
(*A Jimena.*)
(*Hace que se va.*)
Jim. ¿Te vas sin un abrazo de tu hermana?
(*Vuelve Alfonso, abraza á Jimena y da la mano á Sancho.*)
Alf. Adios, hermana. Adios.—
Tú que mi pena
(*Aparte á Bernarda, separándose de Sancho y la Infanta.*)
Sabes, si el cielo de mi vida el plazo
Acorta en una lid, dile á Jimena
Cuánto habré padecido en ese abrazo.

APÉNDICE.

Los malaventurados amores de la Infanta doña Jimena y el Conde de Saldaña, de quienes nació, segun el arzobispo don Rodrigo, el célebre Bernardo del Carpio, pasan hoy generalmente por una fábula, y aun se niega que haya existido ninguno de estos tres personajes, porque, á la verdad, ni los dos escritores de aquella época, Sebastiano y el Monje de Silos, ni aun el obispo don Pelayo en las adiciones que hizo al primero, dicen una palabra acerca de los padres ni del hijo, cuyas primeras noticias aparecen en dos escritores del siglo décimotercio. Este no es inconveniente para el que pretenda introducirlos en un poema dramático; porque si tiene facultad el poeta para crear personajes de su invencion y ponerlos al lado de los que realmente existieron, nadie podrá impedirle que al presentar en la escena una figura histórica, le coloque al rededor otras inventadas por los historiadores, y que han pasado como históricas tambien por espacio de muchos siglos. Sin embargo, aun en estos últimos tiempos, hay escritor bien respetable que ha admitido la existencia de la Infanta y del Conde, negando solo que dieran el ser á Bernardo: ponemos las palabras del autor á quien nos referimos, al frente de las otras autoridades que abajo se copian, para manifestar en qué fundamentos estriba la parte histórica del drama.

« Fruela..... tuvo un hijo que reinó despues con el nombre de Alonso el Casto, y una hija llamada doña Jimena, tan célebre en las antiguas fábulas españolas por sus amores y casamiento clandestino con el conde de Saldaña,

y por las hazañas de su supuesto hijo Bernardo del Carpio. » -Don Alberto LISTA, *Historia de España*, tomo 26 de la *Universal*.

« Alonso II, sucesor de Bermudo, é hijo de Fruela I, empuñó el cetro en el dia 14 de setiembre del año 791. No lo recibirian todos con igual gusto, pues segun refiere el Monje de Albelda, hubo gente rebelde y poderosa que al año siguiente (no diez años mas tarde, como dice Rodrigo Jimenez) se atrevió á encerrarlo en un monasterio, de donde lo sacaron con noble denuedo algunos fieles vasallos, entre quienes se distinguió Teudan por su fidelidad y constancia.» — MASDEU: *Historia crítica de España*, tomo 12.

« Alonso, jóven á la sazon (791) de 25 años, y educado en la escuela del infortunio, desplegó todas las virtudes necesarias en su situacion. Manso y afable con los suyos, terrible contra los enemigos, intrépido en los combates, prudente en el consejo, no quiso reinar sino para el bien de los cristianos y engrandecimiento de la fe.

. . . . . .

Teudio y otros señores principales, apenas supieron la maldad, le sacaron de su retiro y le restituyeron al trono. No son conocidos en la historia ni los nombres de los conspiradores, ni el objeto que se propusieron en su empresa, ni las resoluciones que tomaron despues de haberla logrado, ni el castigo que se les dió.» —LISTA.

Como hubo razones para que Sebastiano callara un acontecimiento de tanto bulto, y el Silensè que lo menciona, guardara profundo silencio acerca de las personas que intervinieron en él y acerca de sus pormenores, ¿no pudo haberlas tambien para omitir la noticia del casamiento de Jimena y Sancho? ¿No pudo esta razon ser la misma? ¿No pudo el casamiento coincidir con la rebelion, y haber tenido parte en ella los dos amantes ó el uno? Por lo menos es innegable que la pena de perder los ojos no se imponia por la legislacion gótica, sino á los reos de alta traicion, á quienes el rey perdonase la vida: el casamiento clandestino era castigado con mucha menos severidad. Véanse las leyes siguientes.

« Si alguno probare de matar al príncipe, ó de le toler el regno, á cualquier que se le pruebe estas cosas ó alguna de ellas, despois que fuere fallado, reciba muerte, e non sea dejado vevir: é si el príncipe por piadat le quisiere dejar vevir, nol' deje, que nol' saquen los ojos, porque tal non vea el mal que cobdizó facer, é que haya siempre amargosa vida é penada.»— *Fuero-Juzgo*, libro 2º, título 1º.

« Si la moyer libre casar con ome libre, el marido déla debe fablar primeramientre con sos padres; é si la podier haber por moyer, dé las arras á los padres así como es derecho; é se non la podier ovier, finque la moyer en poder de los padres; é si ela casar sen voluntad del padre ó de la madre, é elos non la quisieren recebir de gracia, ela nen los fiyos non deben heredar en a buena de los padres, porque se casó sen voluntad délos; mas sel' quisieren dar alguna cosa los padres, bien lo poden facer.» — *Ibid.* lib. 3º, tit. 2º.

« Si los hermanos tardan el casamiento de la hermana... por tal que la podan meyor casar, é ela (non catando so ondra) tomar marido de menor guisa que non debe, pierda todel derecho que debe haber de la bona de sos padres.» —*Ibid.*, *ibid.*

Estas conjeturas serán de poquísima importancia miradas bajo el aspecto histórico; pero bajo el aspecto dramático no las creo sin interés: porque al aplicar la historia á la escena, casi vale tanto lo que puede ser, como lo que fué.

« El buen rey don Alfonso que vió al tirano (Mauregato) con tantas fuerzas que era imposible resistirle....., salió de Asturias, y fuése á meter á Alava..... Estuvo tambien huido y escondido en el monasterio de Samos... Parece como estuvo agora el rey alli escondido, por un privilegio que tienen los monjes..... Dice en castellano: Estuvo despacio alli en Sámanos y en otro lugarejo llamado Subrego en la ribera del rio Daura, y con los monjes mucho tiempo en el tempo de su persecucion.» — MORALES, *Corónica general*, tomo 7º.

« El arzobispo don Rodrigo cuenta luego tras esto como se le rebelaron al rey don Alfonso algunos de los suyos con tirania, y lo pusieron en tanto estrecho, que se hubo de retirar á un monasterio llamado Abeliense... — Tierra de Abelania..... se llama aquella de Samos; y hemos de entender que el rey estuvo en Samos siendo niño, y en tiempo de Mauregato, y agora tambien. Así que estuvo tres veces.» — MORALES: *ibid.*

« Los gloriosos principios del reinado deste príncipe tan señalado se amancillaron y escurecieron con un desastre y afrenta que aconteció en la casa real; y fué que su hermana la infanta doña Jimena, olvidada del respeto que debia á su hermano y de su honestidad, puso los ojos en Sándia ó Sancho, conde de Saldaña, sin reparar hasta casarse con él..... Acusáronle (al Conde) de traicion y de haber cometido ofensa contra la majestad.» —MARIANA, tomo 5º de la edicion de Sabau.

Masdeu observa que la simple falta de honestidad, cometida voluntariamente entre solteros ingénuos, ni se castigaba en tiempo de los godos, ni daba derecho á la doncella para pretender la mano del autor de su deshonra. Por la ley 5ª del libro 3º título 4º de Fuero-Juzgo, se permitia al padre, hermano ó tio que sorprendiese en aquel delito den-

tro de la casa paterna á la hija, hermana ó sobrina, matarla ó hacer de ella lo que le pareciese; pero la calificacion de *adulterio* que allí se da al crímen, y la disposicion última de la ley 12 del mismo título, manifiestan que se trata de doncellas ya desposadas con otro que su corruptor. Las penas que señala la ley 11 del título anterior, comprenden á los que seducen solteras con engaño, por medios de tercería y faltando á lo que prometieron, ó bien se casan por fraude con ellas, y contra la voluntad de la contrayente. Nada de esto hubo en el casamiento de Sancho y Jimena, tal como se pinta el suceso; y así no es de creer del virtuoso rey Alfonso II un rasgo de crueldad y tiranía tan escandaloso. Si existieron aquellos dos personajes, si fué cegado el Conde y encarcelado por vida, y la Infanta reclusa, otras circunstancias mas graves debieron ocurrir en su culpa; y si esta no fué mas que un matrimonio clandestino, por ella no pudo imponérseles el castigo citado. En tal duda, el autor del drama, aprovechando la frase última de Mariana, conciliadora de ambos extremos, ha manejado el asunto del modo que favorecia mas á los personajes, dejando la tradicion á cubierto; pues reputado el hecho por fabuloso, no habia motivo para guardar á la ficcion el miramiento y consideraciones que ni aun se suelen guardar á los fueros de la historia.

« Tambien algunas doncellas, sin salir de su casa paterna, se vestian de religiosas, profesando virginidad por toda su vida, y se llamaban, ya *vírgenes sacras*, y ya *devotas*, por corrupcion de la palabra latina *Deo votas* que equivale á *consagradas á Dios*. Cuando el obispo las recibia en la iglesia á la profesion, no solo las bendecia como á las viudas, pero tambien las cubria con un velo blanco, que habian de llevar siempre sobre la cabeza, como por testimonio glorioso de su virginidad. » — MASDEU: *Historia crítica de España*, tomo XI.

Romey copia á Masdeu este pasaje como otros muchos.

Conde de los notarios era, segun Masdeu, cargo que entre los godos equivalia al de secretario de estado; segun Salazar, se daba este nombre á los *notarios mayores*, á los *notarios principales*. La autoridad de Masdeu es de mas peso, y la idea que da, mas clara.

Tioda es el verdadero nombre del arquitecto de Alfonso el Casto: se ha invertido el órden de las dos primeras vocales por hacer su pronunciacion mas suave en el teatro. Alteraciones de esta especie eran comunes en los nombres de aquella época: Teudis, Teudio, Teuda, Teudas, Teudan, Teudo, Teudon y Teudonio son variantes de un nombre mismo, y acaso el Tioda lo sea tambien.

El personaje de *Ordoño*, amigo falso del Conde y enamorado de la Infanta, está ideado á semejanza del *Conde don Rubio* que introduce Cubillo en la conocidísima comedia titulada *Primera parte del Conde de Saldaña*, cuyos dos primeros actos se han tenido presentes al escribir este drama.

PRIMERO YO,

DRAMA EN CUATRO ACTOS EN VERSO.

ESTRENADO EN EL TEATRO DEL PRINCIPE A 14 DE ABRIL DE 1842. [1]

PERSONAS.

LUCIANO.
ROSALIA.
ISIDORO.
MARIANA.
DON FABIAN.
DON BLAS.
AGAPITO.
DAMAS.
CABALLEROS.
MONJES.
GUARDIAS DE CORPS.
SOLDADOS.
ALGUACILES.
UN OFICIAL.
UN ESCRIBANO.
UNA CRIADA.
UN UJIER.

La escena es en el Escorial.

La accion principia el dia 11 de Octubre de 1757.

AL Sr D. LORENZO ALLO

SU AMIGO AGRADECIDISIMO

J. E. H.

ACTO PRIMERO.

A la derecha del actor la peña que llaman LA SILLA DE FELIPE II; á la izquierda la subida á una casa grande de guardas, de la cual se verá un ángulo; en el fondo, á lo lejos, se descubren los lienzos de oriente y mediodía del monasterio del Escorial.

ESCENA PRIMERA.

MARIANA EN LO ALTO DE LA PEÑA, Y MIRANDO HACIA DENTRO; LUCIANO AL PIÉ, APOYADO EN UN ARBOL EN ADEMAN DE PERSONA DÉBIL Y FATIGADA.

Mar. Sí, tio, no dude usted;
Esa es la casa del guarda.
Luc. ¿Con que nos tienen ahí
La merienda preparada?
Mar. Pues, ahí.
Luc. Me alegro mucho,
Porque ya me fatigaba.
Mar. Sí, para un convaleciente...
Luc. Es bien grande la distancia
Desde el Escorial aquí.
Mar. Es tal que fastidia.—Nada,
No parecen Isidoro
Ni mi tia.
Luc. Se cansaban
Tambien, y se detuvieron
Junto á la fuente que llaman
De las Arenitas.
Mar. Ya,
Pero...
Luc. ¿Qué?

[1] El asunto de este drama está tomado de un episodio ingerido en la novela filosófica de ENRIQUE ZSCHOKKE, titulada: *Alamontade der Galeeren-sklave*, Alamontade el Galeote. El medio empleado para hacer que el protagonista se descubra, recordará al lector el personaje de lady Macbeth el cual ha sido imitado con el mismo objeto por varios autores franceses de diferentes épocas.

Mar. ¡Qué flema gastan!
Luc. Pues tenla tú. — En esa peña
Cada dia se sentaba
El rey Felipe segundo
Para fijar sus miradas
En la fábrica que habia
De ser maravilla octava.
Para él se labró el asiento
Donde estás encaramada.
Mar. (*Bajando.*) Pues si hubiera sido yo
Entonces reina de España,
Tuviera un defecto menos
Esta especie de atalaya.
Luc. ¿No ves bien desde ese punto
El monasterio?
Mar. No basta.
Se habia de ver tambien
Una senda despejada,
Por la cual se descubriera...
Luc. Sí, ya estoy, á los que tardan
En llegar, como Isidoro.
Mar. Excusado verbigracia:
Como otro cualquiera.
Luc. Vamos,
Vamos, yo sé lo que pasa.
Mar. Eso es decir...
Luc. La verdad:
Que estás muy enamorada.
Mar. ¿Yo enamorada? ¿De quién?
Luc. De Isidoro.
Mar. Yo pensaba
Que no.
Luc. Pues cree que sí.
Mar. Como usted me lo persuada,
Lo confesaré. ¿Qué hacen
Dos, así, cuando se aman?
Luc. Si se quieren, y no pueden
Hablarse...
Mar. Eso preguntaba.
Luc. El galan en ese caso
Procura ver á la dama
En la calle, en el paseo,
En la iglesia... donde vaya.
Mar. ¿Sí?
Luc. Suele alquilar un cuarto
Enfrente de sus ventanas...
Mar. ¡Oiga!
Luc. Suele con frecuencia,
Si maneja la guitarra,
Cantar alguna cancion
Tierna, y en un anagrama
Decir, en secreto á voces,
El nombre de su adorada.
Mar. ¡Mire usted!
Luc. Suele la niña,
Cuando hay pajarera en casa,
Llevar á los pobrecitos
Canarios pamplina y agua,
Y de camino asomar
Furtivamente la cara
Por una guardilla, y luego
Dar dos ó tres ojeadas
A las tejas, á las nubes,
A las veletas; arranca
Un yeso de la pared,
Se le tira á un papanatas
Que cruza la calle, rie
La señorita la gracia,
Y oye entonces una voz
Que en tono jovial exclama:
«¿Con que usted tira la piedra,
Y esconde la mano?» Pára
La atencion, y en la guardilla
De enfrente ve que se halla
El que los pasos le sigue
De dia, y de noche canta:
Se turba la niña un poco;
Pero se sonríe; baja
Los ojos, huye; y con esto
No mas (¿quién lo imaginara?)
Ya queda fija la base
Del tratado de alianza.
Mar. ¿Con que usted todos los dias
En Madrid nos acechaba
A mí y á Isidoro?
Luc. Soy
Tutor, y la vigilancia
Es mi obligacion primera.
Mar. Pero, tio, unas niñadas
De esa especie ¿son amor?
Luc. Son su carrera ordinaria:
Por ahí principia.
Mar. ¿Hicimos
Mal...?
Luc. Tú querrás ser casada,
Supongo.
Mar. Muy bien supuesto.
Luc. Entonces es circunstancia
Precisa que trates gentes
Para ver el que te agrada.
Mar. Ese camino ya está
Andado.
Luc. ¿Haciendo escapadas
A la pajarera?
Mar. Pues.
Luc. Ya vas siendo buena pájara
Tú.
Mar. Con todo, usted me quiere
Mucho; no seré tan mala.
Luc. Porque te quiero, deseo
Verte bien acomodada.
Mar. Creo que Isidoro...
Luc. Es pobre.
Mar. Yo soy rica, eso se gana.
Luc. No es de ilustre cuna.
Mar. ¿Qué

Importa? Un sí nos iguala.
¿No quiere usted que me case (*Afligida.*)
Con él?
Luc. Pero, atolondrada,
¿Quién le admitió en la familia
Sino yo? ¿quién?
Mar. Principiaba
A temer ya... ¡Qué locura!
Cuando veo que le tratan
Mi tia y usted lo mismo
Que á un hermano, y que le pagan
Una pension, á pretexto
De que nos tenga ordenada
La biblioteca; y es solo
Para que adelante salga
Mientras que se llegue á hacer
Jurisconsulto de fama.
Luc. Todo eso y algo mas hice
Cuando vi que te prendabas
De él.
Mar. ¡Cuánto debo á mi tio!
Luc. Y á tu parecer, (sé franca)
¿Te quiere mucho?
Mar. Yo ¿cómo
Lo he de saber? No se apartan
Ustedes nunca de mí,
Y él no me dice palabra.
Luc. Ya rondará por las noches
Tu reja en esta jornada.
Mar. ¡Ay! no, señor: ¡ay! ¡qué miedo!
¿Y si viene la fantasma?
Luc. ¿La fantasma? ¿Viste tú
La de la noche pasada?
Mar. Sí, señor.
Luc. ¿Sí? Yo creia
Que fuese alguna patraña.
Mar. No, no.
Luc. Yo he dormido fuera
Del palacio, y como nada
Turbó mi sueño... Di.
Mar. Anoche,
Un poco antes que sonaran
Las cuatro, como yo estoy
Hace dias desvelada,
Me puse un rato á la reja.
Luc. Ya se adivina la causa.
Mar. Por tomar el fresco.
Luc. Y ver...
Mar. ¡Ay! ¡lo que vi!
Luc. ¿Qué fué? Acaba.
Mar. No sé de dónde salió,
Si brotó de las entrañas
De la tierra, si... ¡Jesus!
Era una figura blanca
Tan grande... ¿cómo diré?
¡Oh! mayor que las estátuas
Que en el patio de los Reyes
Hay puestas en la fachada.
Luc. (*Ap.* ¿Qué será esto?) Y bien, ¿que
Mar. Hacia temblar. Vagaba [hacia?
Entre los árboles, ya
Lenta, ya precipitada;
Vino hácia palacio; entonces
Dió un alarido...
Luc. ¿Gritaba?
Mar. Gritaba, y tambien reia;
Pero como cosa mala,
Como cosa de otro mundo:
Por último, alzó con rabia
La mano, haciendo ademan
De dar una puñalada,
Y pronunció...
Luc. ¿Una blasfemia?
Mar. Peor que si blasfemara,
Mucho peor: lo que dijo,
Fué mi nombre, fué «¡Mariana!»
Luc. ¡Mariana! (*Aparte.*) Debí soñando
Levantarme de la cama.
¡Maldito achaque!
Mar. Al oirlo,
Yo me caí desmayada.
Luc. Eso ¿lo has contado?
Mar. A nadie.
Luc. Sintiera que me engañaras.
Mar. Que no: como me mandaron
Ustedes que me acostara,
Y no obedecí...
Luc. Pues es
De muchísima importancia
Que acerca de esa vision
Guardes silencio.
Mar. Bien.
Luc. Trata
De ser tambien desde ahora
Un poco mas reservada
Con Isidoro.
Mar. ¿Por qué?
Luc. Solo el que yo lo indicara,
Te debia bastar.
Mar. Una
Razoncita mas no daña.
Luc. Hija, el hombre estima poco
Lo que sin afan alcanza;
Y harto temprano comienza
La mujer á ser esclava,
Sin que se abrevie los dias
Que tiene de soberana.
Tú que en la senda de amor
Fijas la inexperta planta,
Y que bella, virtuosa
Y pura, mereces que ardan
De cien y cien albedríos
Las ofrendas en tus aras,
Apréciate en lo que vales;
Manten oculta la llama
De tu pasion; mira y oye

Siempre con desconfianza
Promesas que hace el deseo
Y las borra la inconstancia,
Suspiros hijos acaso
De miras interesadas,
Y obsequios que han de parar
En tiranía mañana;
Que si rindes sin defensa
El baluarte del alma,
Bien pronto del vencedor
Te mirarás despreciada
Cual contrario que no supo
Capitular con ventaja;
Y olvidándote, irá en busca
De otra conquista mas árdua.
Mar. Y con esa alegoría
¿Quiere usted decirme en plata
Que sea con Isidoro
Eso que, á estilo de Francia,
Llaman *coqueta?*
Luc. No; pero
Cuanto mas desvío, cuanta
Mas indiferencia afectes,
Has de ser mas cortejada,
Mas querida de tu amante.
Mar. ¿De veras?
Luc. De fijo.
Mar. Basta.
Si fomenta la pasion
Tenerla y disimularla,
No ha de saber Isidoro
Que yo le estoy inclinada,
Si no pena mas por mí
Que Amadís por Orïana.—
Algun escrúpulo tengo
De que es traidorcilla y falsa
Esta conducta, con todo
Que mi vanidad halaga;
Pero mi tutor lo exige;
Yo le estoy subordinada;
Si peco en obedecerle,
Sobre él mi culpa recaiga.

ESCENA II.

ISIDORO, LUCIANO, MARIANA.

Isid. Señores...
Luc. ¡Hola, Isidoro!
Ya aquí de menos te echaban.
Isid. ¿A cuál debo de los dos
El favor?
Mar. Al tio.
Isid. (*Aparte.*) ¡Ingrata!
Mar. ¿He mentido bien?
(*Aparte á Luciano.*)
Luc. ¿Qué has hecho
De mi esposa?
Isid. La acompaña
Don Fabian, y no he podido
Sufrir su enfadosa charla.
Luc. Pues es un viejo muy guapo.
Isid. Como yo me adelantaba
Aquí, me dió Rosalía,
Que por tu salud se afana
Mas que tú mismo, este pomo.
Luc. Mi medicina: tomarla
Debo á esta hora; es verdad.
Voy arriba á pedir agua
Y azúcar.
Mar. El brazo.
Luc. No.
(*Aparte á ella.*) Si ahora Isidoro hablara
De amor, le podias dar
Unas medias calabazas.
Mar. Bien. (*Aparte á su tio.*)
Luc. (*Aparte.*) Serás mia, aunque todo
El mundo me lo estorbara. (*Vase.*)

ESCENA III.

MARIANA, ISIDORO.

Isid. ¡Luciano venturoso!
¿Quién no le tiene envidia?
Jóven, rico, adorado
De una consorte fina,
Cuya virtud encanta,
Cuya beldad admira,
Él tan solo parece
No conocer su dicha.
Mar. (*Aparte.*) No me divierten estos
Elogios á mi tia.
Isid. ¿No piensa usted lo mismo?
¿No es verdad, Marianita,
Que es muy feliz el hombre
A quien el cielo envia
Un ángel que á su lado
Continuamente asista,
Que le haga mas preciosos
Los goces de la vida,
Y con su cauta mano
Desvíe las espinas
Que cercan el sendero
Donde á su bien camina?
Mar. Y ese ángel ¿solo puede
Llamarse Rosalía?
Isid. Idolo de mi pecho,
No cautelosa finjas;
Que, bien lo sabes, eres
Alma del alma mia.
Mil veces lo dijeron
Los ecos de mi lira,
Y hoy, dulce prenda, el labio
Que de temor vacila,
Humilde te declara

Que eres por quien suspira.
Mar. (*Ap.*) ¡Ay! ¡qué bien enamora!
¡Ay! ¡lo que perderia,
Si su fervor menguara,
Mi inclinacion sabida!
Isid. ¿Callas? ¿Nada respondes?
Mar. Prosiga usted, prosiga.
Isid. No imagines que ciega
Mi presuncion olvida
Que soy hidalgo pobre,
Y eres ilustre y rica;
Lo sé, y mi amor se engríe
Con mi pobreza misma.
Nombre, blasones y oro
Son del saber conquista:
¡Cuán dulce es consagrarlos
A la beldad querida!
¡Qué de veces que el sueño
Dobló mi frente encima
Del libro á cuyas hojas
Robaba la doctrina,
Lisonjeó mi gusto
Grata la fantasía,
Y víme colocado
En eminente silla,
Y vi que por la esfera
Volando á mí venia
Deidad que coronada
De mirto y siempreviva,
La sien se despojaba
Para ceñir la mia!
Y eras, Mariana hermosa,
Tú la que me traías
Amor y dicha en premio
De afanes y vigilias;
Y yo no hallando entonces
Palabras expresivas
Para el inmenso gozo
Del alma agradecida,
Mundo ante tí doblaba
La frente y la rodilla. (*Lo hace así.*)
Mar. No se punce la pierna
Usted con las hortigas.
Isid. Perdóname, Mariana;
Perdona mi osadía.
Si en infeliz albergue
Mi cuna fué mecida,
Yo sabré hacerme digno
De merecerte un dia.
Entonces, y no ahora,
Te rogaré que admitas
Él homenaje puro
Con que mi fe te brinda.
Dime entre tanto solo
Que no lo desestimas.
Mar. Lo estimo mucho.
Isid. ¡Oh gloria!
Mar. Pero alce usted: arriba.
Isid. Mi gratitud eterna...
Mar. ¿Cómo no estimaria
Al hombre que me dice
Cosas tan divertidas?
Me jura que me adora,
Me llama usted bonita,
Me quiere dar la mano
Vestido de golilla
Luego que el Rey le nombre
Corregidor en Indias;
Si esto no es de apreciarse,
Venga Dios y lo diga.
Isid. Ese tono ligero,
Mariana, me intimida.
Mar. ¿Prefiere usted que calle?
Isid. No, siga usted, prosiga.
Mar. Admiro la franqueza,
La heróica bizarría
De un amante que ofrece
Bienes en perspectiva,
Suerte que yo no dudo
Que al cabo la consiga;
Mas si un galan mañana
Mi mano solicita,
Rico, gallardo, amable,
¿No fuera bobería
Dejar por la dudosa
La oferta positiva?
Corren, don Isidoro,
Los años muy aprisa,
Y plazos dilatados
Aterran á las niñas.
Quizá será muy bueno
Pasar embebecida
En esperanza alegre
Que cumplirá tardía,
La verde primavera
De juventud florida;
Pero ir á desposarse
Y ser ya talludita,
Para mi gusto, vamos,
Es cosa que horroriza.
Así, don Isidoro...
Isid. No siga usted, no siga.
Ya veo la sentencia
Que contra mí fulmina.
Mar. No se fie usted mucho
Tampoco de su vista.
Isid. ¿Qué quiere usted decirme?
Sea usted compasiva;
Que no sabe la pena
Con que me martiriza.
Declare por lo menos...
Mar. Prosiga usted, prosiga.
Isid. Que me permite amarla.
Mar. ¿Cómo lo impediria?
Isid. Que espere.
Mar. ¡Ay! A ninguno

La esperanza se quita.
Isid. Prométame el consuelo
De escucharme benigna.
Mar. Si hiciese lo contrario,
No fuera buena amiga.
Isid. Ya nada mas deseo.
Nada; y en pago, exija
Usted la sangre toda
Que por mis venas gira.
Mar. No es tanto lo que quiero.
Isid. Dígalo usted, prosiga.
Mar. Quiero que usted á todos
Amarme les permita.
Isid. ¿Cómo?
Mar. Y que no se enfade
De sus galanterías.
Isid. ¡Mariana!
Mar. Y que les deje
Que esperen.
Isid. ¡Señorita!
Mar. Pues, y que sus requiebros
Oiga yo complacida.
Isid. Eso es decir...
Mar. Que gusto
De la igualdad estricta,
Y no de que un privado
Mande mi monarquía.
Usted que hace ya tiempo
Que reina me apellida,
Medite bien ahora
La ley que se le dicta,
Y vea en sus amores
A qué se determina;
Que á mí me da lo mismo
Que cesen ó prosigan.
No hago mal de coqueta (*Aparte al irse.*)
Para quien hoy principia. (*Vase.*)

ESCENA IV.

ISIDORO.

¿Qué lenguaje es el que oí,
Que me aflige y maravilla?
¿Esta es la jóven sencilla
Que era un ángel para mí?
Yo por ídolo escogí
Dentro de la mente un ser
Que me forjé á mi placer;
Pero al tocar la verdad,
Hallo en lugar de deidad,
Solamente una mujer.
A la que sin distincion
Ha de admitir al momento
El galante rendimiento
De cualquiera inclinacion,
Niego yo la posesion,
Niego en mi pecho la entrada;
Pues cuando doy á mi amada
La llave del albedrío,
Exijo en cambio del mio
Todo un corazon, ó nada.
Mariana, tú á nadie quieres,
Presumiendo mas que vales:
¿Serán á Mariana iguales
Todas las demás mujeres?
¿Serán sueño los placeres
Que yo del amor espero?
¿Existe amor verdadero? —
Si Mariana me engañó,
Preciso será que yo
Sospeche del mundo entero.
En mi retiro profundo
Con los libros encerrado,
Temo haberme figurado
Mejor de lo que es el mundo. —
Por dicha en poco lo fundo.
No hace ley un ejemplar.
Otra mujer puedo hallar
Que ame como un serafin,
Porque la mujer al fin
Ha nacido para amar.

ESCENA V.

LUCIANO, ISIDORO.

Luc. Mi específico tomé;
Mas aunque por él abogas,
Pronto bebidas y drogas
A la calle arrojaré.
Les tengo un odio mortal,
Y voy estando valiente:
Me prueban perfectamente
Los aires del Escorial.
Libre del todo me advierto
De las punzadas reacias
Ya del dolor, á Dios gracias.
Isid. Y á tu mujer.
Luc. Es muy cierto.
Me cuidó... ¡de qué manera
Rosalía me cuidó!
Quince noches se llevó
Clavada á mi cabecera.
Yo nunca lo olvidaré.
Isid. ¿Nunca?
Luc. Ya lo verás tú.
Vale mi esposa un Perú:
Es de lo que no se ve.
Tratarla, confesarás
Que es un rato de los buenos.
Isid. Alábala un poco menos,
Y quiérela un poco mas.
Luc. Yo soy con ella finura
Todo, todo cortesía.
Isid. Pues ella preferiria

Mas franqueza y mas ternura.
Mira, cuando tú me hiciste
Salir de mi guardillon
En Madrid, mi situacion
Era harto infeliz y triste.
Débote mi entendimiento,
Que ensanchó por tí su esfera:
Con miseria, ni siquiera
Se puede tener talento.
Me honraste con tu amistad,
Y para pagarla en parte,
No puedo hacer mas que hablarte
Con toda sinceridad.
Civil sin afectacion,
Apoyo del desgraciado,
Justamente has alcanzado
General estimacion.
A brindarte varias veces
Con cargos de honra han venido,
Y no los has admitido;
Señal de que los mereces.
Voz de numerosa grey
Que tu mano socorrió,
Tu nombre en Madrid llevó
A los oidos del Rey,
Que, de su favor en señas,
Te dió de su mano esposa,
Noble, bella, poderosa,
La flor de las madrileñas;
Logrando así por modesto,
Sin que pretendieras nada,
Casarte con una ahijada
Del mismo Fernando el sesto.
Pues bien, Luciano, á pesar
De tu mérito eminente,
Que te hace ser justamente
El ídolo popular,
Yo, puesta al pecho la mano,
Diré, si me das licencia,
Que hay en tí gran diferencia
Del esposo al ciudadano.
Tú das á la gente rica
De honor y virtud ejemplo;
Tu devocion en el templo
A los fieles edifica;
Y vertiendo diversion
En la plática tu labio,
Nunca se inclina al resabio
De la vil murmuracion:
Por eso es tan de sentir
Que estés haciendo á la par
En tu casa suspirar,
Y en las ajenas reir;
Que á un mendigo tu favor
Ofrezcas con bizarría,
Y tengas á Rosalía
Necesitada de amor.
Luciano, este proceder
Es culpable, y, no lo dudes,
No autorizan mil virtudes
Para faltar á un deber.

Luc. Sufrida la reprension,
Mi panegírico emprendo;
Pero hay que empezar diciendo
Que no te falta razon.
Confesar en la querella
De Rosalía es preciso,
Que ella me quiere, ó me quiso,
Mas que yo la quiero á ella.

Isid. ¿Hay alma que al aliciente
De tal belleza resista?

Luc. Ese es placer de la vista,
Cuando el alma no lo siente.
No basta con la hermosura
Sola para enamorar:
A nadie vi requebrar
Una imágen de escultura.

Isid. Tiene ingenio tu señora,
Y es de admirar esa dote.

Luc. Aunque admiro el don Quijote,
Maldito si me enamora.
Por cálculo y reflexion
Mi voluntad no se infiama;
Cautívemela mi dama,
Porque esa es su obligacion.
Si vivo interés no tomo
Por ella, que no haga extremos;
Queremos y no queremos
Sin saber por qué ni cómo.
Y pues á esto nos conduce
La cuestion, sufre que diga
Que es oro con mucha liga
Ese que tanto reluce.
Con su belleza hechicera,
Mi mujer no es tan cabal,
Que no tenga tal y cual
Defecto, como cualquiera.

Isid. Me dejas de asombro lleno.
Yo no he descubierto...

Luc. Eso es
Porque tú todo lo ves
Solo por el lado bueno.
Su modesta mansedumbre
Que de una santa parece,
No es mas sino que obedece
El genial á la costumbre.
Largo tiempo con afan
Sus sentimientos acalla;
Pero al fin rompe y estalla
Bajo la nieve el volcan.
Zelosa hasta el frenesí,
Su disimulo me asusta:
Yo soy franco, y no me gusta
Que me quiera nadie así.
Y á no haber separacion
De cuartos, ¡ay! recelara

Que el mejor dia me ahogara
Por exceso de pasion.
Aquí tienes de qué modo
Nació en mí la indiferencia
De su reserva y violencia,
Por ser yo blandura todo.
Mas yo siempre he de seguir
Con ella galan y atento.
Isid. Y ¿no es eso fingimiento,
Luciano?
Luc. Es saber vivir.
Isid. Esa ciencia y la honradez
No suelen juntas andar.
Luc. Tú das en equivocar
La virtud con la sandez.
Isid. ¿Qué prometiste al casarte?
Rosalía no es feliz.
Mientras no incurra en desliz
Que de tus brazos la aparte,
Justicia es que el voto augusto
Cabal cumplimiento tenga.
Luc. Lo que al hombre le convenga,
Aquello solo es lo justo.
Isid. Ninguna ventaja toco
De hacer el mal que señalo.
Luc. ¿Qué sabes tú lo que es malo
Ni lo que es bueno tampoco?
Isid. Por mi conciencia instruido,
Me consta con evidencia.
Luc. Una cosa es la conciencia,
Y otra el hábito adquirido.
Antes de saber hablar,
Nos dan para que estudiemos
La pauta porque debemos
Obrar, sentir y pensar;
Y hombre que con vanagloria
Cree por sí discurrir,
No hace mas que repetir
Una leccion de memoria.
El que eleva mas la vista,
Y en el mundo colocado,
Sabe que Dios se le ha dado
Por herencia ó por conquista,
Busca la felicidad,
Que es la mira que le rige,
Y de los medios elige
Segun la oportunidad,
Siendo, en todo lo que intenta,
Su axioma regulador,
Que es el arbitrio mejor
Aquel que tiene mas cuenta;
Y así juzga, con desden
De la voz universal,
Malo lo que sale mal,
Bueno lo que pinta bien.
Como de ser mero amigo
De mi mujer, hasta aquí
Ningun perjuicio sufrí,
Creo que hago bien, y sigo;
Y de tu sermon apelo
Al público testimonio
De que á mas de un matrimonio
Soy citado por modelo.
En fin, hacer los casados
Con su mujer de galanes
Es propio de ganapanes,
No de hombres acaudalados;
Y aun raya en usurpacion
Que un enlace, cuya esencia
Fué la pura conveniencia,
Resulte de inclinacion.
Y pues por tí me cansé
Con un discurso tan largo,
En represalia un encargo
Te voy á dar, que olvidé,
Y es llevar á doña Mónica
La viuda estos treinta duros
(*Saca un bolsillo.*)
Para que de sus apuros
Salga en su dolencia crónica.
Le has de ocultar, claro está,
Quién socorre su vejez,
Y sufrir tanta chochez
Como allí te encajará.
Mi mujer viene: ahí te entrego
La bolsa. Haga este favor
El señor procurador
De casadas, y hasta luego.
(*Vase dejándole á Isidoro el bolsillo en la mano.*)
Isid. ¿No es cosa particular
Tener esas opiniones,
Cuando tan bellas acciones
Las desmienten sin cesar?

ESCENA VI.

DON BLAS, CON UN PARAGUAS ABIERTO; AGAPITO. ALGUNOS CABALLEROS Y DAMAS QUE CRUZAN LA ESCENA EN DIRECCION A LA CASA DEL GUARDA; ISIDORO.

Blas. (*A Isidoro.*) A la órden.
Isid. Don Blas Querol,
Salud.
Blas. Ya no necesito
De sombra: toma, Agapito;
Guárdame ese quitasol.
Agap. Soy paje, no soy lacayo.
Blas. Soy médico, y si te coge
Una fiebre...
Agap. No se enoje
Usted; que voy como un rayo.
(*Le toma el paraguas y se va corriendo.*)
Blas. ¡Qué dia de barahunda
Tendremos!

(*Saca del bolsillo un pañuelo para limpiarse el sudor, y deja caer al mismo tiempo una funda de paraguas.*)
¡Eh, muchacho, eh!
Ponle al quitasol... Tendré
Que ir á llevarle la funda. (*Vase.*)

ESCENA VII.

LUCIANO, ROSALIA, DON FABIAN, ISIDORO.

Luc. Descansa, estarás rendida.
Ros. Yo no. ¿Tú cómo llegaste?
Luc. Bien.
Ros. ¿Por qué te adelantaste?
(*Aparte á Luciano.*)
Me ha traido consumida
Don Fabian.
Fab. Vuelvo el pañuelo.
(*Dando á Rosalía un pañuelo con un poco de arena.*)
Ros. ¡Ah, sí! Repara, Isidoro,
¡Qué polvos! Parecen oro.
Los cogí en un arroyuelo.
Isid. Veamos.
Ros. ¿Cómo se llama
Eso, ó para qué se aplica?
Isid. Le dan el nombre de *mica...*
Fab. Usted confunde á esta dama.
¡Mica! ¿Y de qué nos informa
Usted? ¡Buena explicacion!
Señora, esas cosas... son...
Son .. cosillas de esa forma.
Yo no me atengo á la letra,
Sino que lo especifico:
No digo mica ni mico,
Sino tal y cual, ecetra.
Luc. ¡Viva nuestro regidor!
Ros. Di, nuestro alcalde.
Fab. Interino;
Y de usted atento y fino
Y seguro servidor.
Ros. ¿Bebiste ya...?
Luc. Al punto.
Fab. A ver
(Con perdon de la conjunta,
Don Luciano), una pregunta
En materia de beber.
(*Apártanse los dos á un lado. Rosalía se sienta.*)
Luc. ¿Qué hay?
Fab. Que segun casualmente
Vi ayer tarde en la farmacia
De la villa, por desgracia
Dejó usted un ingrediente
Por notar, cuando me dió
La receta cuyo uso
Le prueba tan bien.
Luc. La puso
Mi mujer, que se encargó
Tiempo há de ser mi enfermera,
Y ese remedio fabrica.
Fab. Entrando yo en la botica,
Me hallé al mancebo Mosquera,
Que al paje Agapito daba
Una droga, que dijeron
Ser para usted.
Luc. Pues fingieron
Eso.
Fab. Mosquera ocultaba
El bote; yo no soy manco,
Y soy alcalde; cogí
El bote, el rótulo vi...
Luc. Y ¿decia...?
Fab. *Espejo blanco.*
Luc. ¡Hombre!
Fab. Es, creo, un anodino
Para...
Luc. ¡Oh! sí, todo lo cura.—
(*Aparte.* ¿Si mi mujer por ventura
Querrá hacer un desatino?)
¿Leyó usted bien?
Fab. *Specul. al.*
Speculum album.
Luc. Marchemos
De aquí, don Fabian, y hablemos
De ese lance original. (*Vanse los dos.*)

ESCENA VIII.

ROSALIA, ISIDORO.

Ros. (*Aparte.*) Sin mirarme se fué.
(*Pausa de algunos instantes, durante los cuales Rosalía clava tristemente la vista en el Escorial.*)
Isid. (*Aparte.* ¿Qué he de decirle?)
¿Por qué miras allí con tal ahinco?
Ros. Isidoro, ¡qué amargas reflexiones
Me inspira ese magnífico edificio!
¡Qué paz debe ofrecer al desgraciado
La sagrada quietud de su recinto!
Isid. ¿No habitamos en él?
Ros. No recordaba
Que es palacio ademas. Ni sé qué digo.
Ver los muros creí del monasterio
Que dedicado á Juana y á Francisco
Allá en Madrid de levantar acaba
La regia cristiandad de mi padrino.
« ¿Querrás vivir en él? » me dijo un dia:
¡Oh! ¡si entonces el hábito me visto!
Dios por boca del Rey el bien me daba:
Lo deseché: mi vanidad expio.
Isid. Lanza esas melancólicas ideas.

Ros. ¿Qué fué lo que de mí Luciano dijo?
¿Cómo disculpa su desden? Responde.
¿Por qué no paga mi leal cariño?
Isid. ¡Ay Rosalía! Quien de veras ama,
Yerra en darlo á entender, yerra en decirlo;
Que un amor entrañable declarado
La ingratitud engendra y el olvido;
Y tú cuya pasion...
Ros. Del blanco lejos
Tu pensamiento da. ¿Pues no me ha visto
Ese esposo cruel, para agradarle,
Caricias alternar con el desvío,
Trocar la seriedad en travesura,
Y dejar la razon por el capricho?
¿Qué mas puede exigirse de una esposa?
Ni tanto. De furor pierdo el sentido.
Si acaso una rival...
Isid. ¡Oh! no delires.
¡Luciano serte infiel!
Rosal. ¡Con regocijo
Supiera su traicion! Así veria
Que no es su pecho de insensible risco,
Y que puedo esperar.
Isid. No desconfies:
A tu afecto y virtudes sometido
Un dia ha de quedar.
Ros. ¿Y cuándo llega?
Seis años hace que por él suspiro.
¡La virtud! ¿qué le importa al que la llama
Flaqueza de un espíritu mezquino?
¿Qué es el amor para quien no conoce
Su tierno afan, su encantador delirio,
Y en vez de abandonarse al bien que adora
Para vivir en él mas que en sí mismo,
Sufre con repugnancia que le quieran,
Y guarda con candado su albedrío?
Ahora que mi fe, mis oraciones
Del Señor la salud le han conseguido,
¡Mira tú lo que obtengo de mi esposo
En recompensa del desvelo mio!
Mas abandono aún: le es insufrible
La fiel constancia de mi porte digno;
Con su estudiada indiferencia intenta
Mi orgullo exasperar; está ya visto;
Quiere que le aborrezca, y hay instantes...
Muchos... en que ha logrado su designio.
Isid. ¡Rosalía!
Ros. Isidoro, impulsos tales
Me dan alguna vez, que me horrorizo.
Ayer...¡Jesus!—¡Mas ay! ¿de qué me quejo?
En esta sociedad en que vivimos,
De pegadiza liviandad francesa
Y española esquivez extraño mixto,
Un sentimiento que avasalle el alma,
Befa merece y general ludibrio.
No hay en la corte corazon que sepa
Dar á un cariño fiel premio debido; [voco.
No le hay que sepa amar.— Le hay, me equi-
Hay este al menos con que yo respiro.
Y otros habrá tambien; es suerte suya
Que nunca se han de ver dos reunidos.
Isid. (*Aparte.* ¡Ah Mariana crüel! si el tuyo fuera
Como el de esta infeliz...!) Sí, bien has dicho.
Jamás se unen, jamás, porque era entonces
Trasladar á la tierra el paraíso.
Ros. ¡Dichoso tú mil veces, Isidoro,
Que jamás el amor has conocido! [berga
Isid. ¿Qué! ¿te figuras que mi pecho al-
Un corazon indiferente y frio?
Ros. Indiferente no. ¿Cómo ha de serlo
Quien es con mi pesar tan compasivo?
Mas la razon en tí por dicha tuya
Sometcrá el amor á su dominio.
Isid. Lo espero así.
Ros. ¿Lo esperas?
Isid. Lo deseo.
Ros. ¿Lo deseas tambien?
Isid. Lo necesito.
Ros. ¿Con que no eres feliz?
Isid. Es imposible.
Feneció mi esperanza; y es preciso
Renunciar para siempre á la ventura
Y al bien que codicié.
Ros. ¿Le habrás perdido?
¿Murió tu dama?
Isid. Vive.
Ros. Desahoga
Por un momento tu dolor conmigo.
Dí: ¿quién es la mujer que preferias?
De casa rara vez salir te vimos,
Y al venir con el Rey á la jornada,
Tú sin dificultad nos has seguido.
Poco debiste verla.
Isid. A todas horas.
Ros. ¿Cómo?
Isid. Un techo á los dos nos daba abrigo.
Ros. ¡A los dos! No prosigas, Isidoro.
Isid. Era en mí presuncion, era delito
Sobrado grande pretender...
Ros. ¡Ah! Cesa;
Líbrame, al menos, del rubor de oirlo:
Demasiado mis ojos, demasiado
Mi corazon callando me lo dijo.
Isid. ¡Señora...!
Ros. Una imprudente confianza
Nos conduce á los dos al precipicio:
Tiempo es de retirarnos todavía
De la garganta horrible del abismo.
Solo un camino que seguir nos queda,
Y buscarlo te toca y elegirlo.
Necesitaba amar, y sé que amo;
Pero yo quiero amar á mi marido. (*Vase.*)

ESCENA IX.

ISIDORO.

¡Va engañada, y lo tolero,
Y no destruyo su idea!
Pero ¿á quién no lisonjea
Que se le diga: « te quiero? »
¿A qué corazon de acero
No mueve tanta pasion?
¡Y eché á Luciano un sermon
Poco antes con tanto brio!
Vamos, ó yo desvarío,
O empiezo á ser un bribon.
¿Soy el que se prometia
Nunca á Mariana olvidar?
En mí puede escarmentar
El que en propósitos fia.
Ni ver debo á Rosalía,
Ni ya pensar en Mariana.
Pues ¿qué he de hacer? ¿Qué? Mañana
Huir del peligro. Sí;
Mañana salgo de aquí,
Y no paro hasta la Habana.

ACTO SEGUNDO.

Vista de la Galería de los convalecientes, y á la derecha del actor la bajada desde la botica á los jardines del convento. Una fuente hácia la izquierda. Varias banquetas esparcidas por el teatro.

ESCENA PRIMERA.

LUCIANO, ISIDORO.

Luc. ¿Aun me persigues aquí?
Deja ya esas tonterías.
Isid. Hace una porcion de dias
Que andas huyendo de mí.
Luc. Es claro: si el porfiar
Lo has tomado por costumbre,
Y á mí me da pesadumbre
Cuando tengo que negar.
Por eso de tí me escondo.
Isid. Pero es hacerme un ultraje...
Luc. Si vas á tratar de viaje,
Cuenta con el *no* redondo.
Tu partida se frustró.
Isid. Me es de precision extrema.
Luc. A mí no, y en mi sistema,
Primero yo, y siempre yo.
Isid. Pues el viaje se hará.
Luc. ¡Bravo!
¿Y los medios, caballero?
Usted no tiene dinero,
Y yo no suelto un ochavo.
Isid. Las razones considera
Que tengo manifestadas.
Luc. Si son mentiras forjadas
Mal y de mala manera.
Isid. ¡Luciano! ¿con que tendré
Que revelar el misterio?
Luc. ¡Hombre! ¡qué tono tan serio!
Vamos: ¿qué es el caso? ¿qué?
Isid. ¿No has sido tú negociante?
Luc. Sí: noble y pobre nací:
Contraté, me enriquecí...
Vaya el misterio adelante.
Isid. Algo la conservacion
De tu oro te importaria.
Luc. Mi bienestar dependia
De él y mi reputacion:
No era, pues, de descuidar.
Isid. ¿Fia un mercader prudente
Sus arcas de un dependiente
Que le pudiera robar?
Luc. No doy con la aplicacion
Del ejemplo que has citado:
Yo no sé que de letrado
Te hayas metido á ladron.
Isid. ¿Y no hay en tu casa joya
Que pueda yo codiciar?
Luc. Acabara usted de hablar.
Ya comprendo la tramoya.
¡Pobre Isidoro! vacila
Tu juicio, y todo lo yerras.
¿Con que en suma te destierras
Porque amas á mi pupila?
Isid. No, no. [rareza
Luc. (*Desentendiéndose.*) ¿Y á qué es la
De tal determinacion?
¿Es por desesperacion,
O bien por delicadeza?
Isid. Si me oyes...
Luc. Por la presente,
Puede ponerse una tacha
A tu amor á esa muchacha
Que goza un caudal decente.
Isid. Yo no aspiro...
Luc. Su tutor
Soy, y al fin me alcanzaria
Alguna bachillería
Del vulgo murmurador.
Si falto de clientela,
Con la niña hago que cases,
Dirán que es porque me pases
Embrollos en la tutela.
Isid. ¡Dale!
Luc. Sigue en tu bufete,
Trabaja y prosperarás;

Que no te envejecerás
Tanto en seis años ó siete.
Isid. Pero dime, ¿cuándo cesas...?
Luc. Mientras tanto á Marianita
Nos la tendrá guardadita
La madre Ana en las Salesas.
Isid. Es inútil, es absurda
La separacion que trazas.
Luc. ¡Qué! ¿te ha dado calabazas?
¡Diantre! La niña no es zurda.
Pues bien, para que no veas
A la que tu descontento
Causa, entrará en el convento.
Isid. Abandona esas ideas,
Por Dios; que me desatina
Tu empeño en favorecerme.
¿Es justo, por no quererme,
Oprimir á tu sobrina?
Ella procedió discreta
En hacer desaire y mofa
De un amante de mi estofa,
Insustancial y veleta.
Debió hacerle presentir
Su espíritu perspicaz
Que era mi pecho capaz
De olvidar, de delinquir,
De abandonarse al furor
De una pasion reprobada,
De querer á una casada
Mujer de mi bienhechor.
Luc. ¡A mi esposa!
Isid. Su presencia
Debo evitar; es preciso.
Luc. Yo te agradezco el aviso,
Y obraré en su consecuencia.
Pero si parece cuento.
¿Quién se pudo figurar
Que hubiese de tropezar
En ese mal pensamiento
Jóven de prendas tan altas,
De tanta sabiduría,
De... vamos, el que me hacia
Avergonzar de mis faltas?
Isid. Con esa idea importuna
Lidio tambien sin cesar,
Y me quiero disculpar,
Y no hallo disculpa alguna.
¿Cómo hallarla? No la hay, no.
Porque al fin, Mariana ha sido
Por quien de amor el latido
Primero mi pecho dió.
Y despues... ¡ah!
Luc. No te asombres
De lo que pasó despues;
Que lo mismo que en tí ves,
Sucede á todos los hombres.
Nos sale una empresa mal;
Se tiene un rato molesto:
Luego..., á rey muerto, rey puesto;
No hay cosa mas natural.
Tú casi de veinticinco
A enamorar principiaste;
Por lo mismo que tardaste,
Quieres con mayor ahinco.
Si es forzoso: á cierta edad,
A no ser uno de leño,
Tener un galante empeño
Es una necesidad.
A nadie ves, ni te trata
Nadie sino dos personas:
Llega un dia, y te aficionas...
Pues..., de la mas inmediata.
Ella es mujer de entusiasmo,
Y ese que caracteriza
Tu natural, simpatiza
Con el suyo que es un pasmo:
Fuera de ser cosa clara
Que teniendo que elegir,
Nos hemos de decidir
Por la que nos hace cara.
Isid. Tu mujer no...
Luc. Me adelanto
A la disculpa que alegues,
Pues aunque tú me lo niegues,
Yo sé que te quiere y cuánto.
Y no me perdone Dios
En mi hora, si no es cierto
Que lo habia descubierto
Antes que vosotros dos.
Isid. Todo eso es acrecentar
De mi partida la urgencia.
Luc. ¿Qué gano yo con tu ausencia,
Ni á qué fin te has de alejar?
Poco tiene por su honor
Un marido que temer,
Cuando el que le ha de ofender,
De sí propio es delator.
Para que en tí se sofoque
Ese fugaz frenesí,
Bastará que por ahí
Veas otra que te choque.
Y si sois tan infelices,
Que la pasion que brotó
En vosotros, extendió
Ya tan hondas las raices,
Que á la razon se rebela
Y al tiempo; que toda extremos,
Es de aquellas que no vemos
Sino escritas en novela;
Entonces, aunque vivais
Tú en Lima y ella en Madrid,
¿Quién os quitará, decid,
Que os ameis cuanto querais?
No mas la cuestion entables
De fuga; oye mis consejos:
Objetos hay que de lejos

Parecen mas agradables.
Yo sé el respeto á que obligo;
Yo sé que no faltareis
Jamás á lo que debeis
A vosotros... y á un amigo.
Isid. No, jamás: si mi flaqueza
Me infundia desaliento,
Con tu confianza siento
Que renace mi entereza.
Me quedo: no partiré,
Ya que tú no lo aprobaras;
Pero solo veces raras
A tu mujer hablaré;
Y en ellas, si algun instante
Nos quedamos sin testigo,
En tu nobleza conmigo
Tu honor tendrá un vigilante.
Cuando me tendiere lazos
La ingratitud seductora,
Sabré buscar, como ahora,
Seguro asilo en tus brazos;
Y aquí la debilidad
Será entre llanto propicio
La ofrenda del sacrificio
Que selle nuestra amistad.

ESCENA II.

MARIANA, UNA CRIADA; LUCIANO, ISIDORO.

Mar. Tio.
Luc. ¿Qué hay?
Mar. Para usted vino
Visita, así que salió.
Luc. ¿Quién?
Mar. Don Fabian el alcalde,
Y con él don Blas Querol.
Luc. ¿El médico? Doy la vuelta
Al punto á mi habitacion.
Mar. Se fueron ya.
Luc. ¿Sin dejar
Un recado?
Mar. No, señor.
Se vendrán á los jardines,
Poco antes de la oracion,
Aqui, frente á la botica
Del convento.
Luc. ¡Ah! Bien.
Mar. Yo voy
Con Ramona á visitar
A doña Inés Calderon;
Pero como no hay allí
Sino viejos, y yo estoy
A matar con ellos, pido
A usted autorizacion
Para abreviar la visita,
Y hacérsela de doctor.
Luc. Bien. Si quieres que Isidoro
Te acompañe... (*Ap. á ella.*) Di que no.
Mar. No, no. (*Ap.*) Segun le desairo,
Debe estar loco de amor.
Isid. Gusta poco Marianita
De que esté á su lado yo.
Mar. Es Isidoro sujeto
De rara penetracion.
Luc. Si no me engaño, hace dias
Que aquella amistad cesó,
Que tomabais al principio
Con demasiado calor.
Mar. ¡No sino que una estuviera
Obligada á pensar hoy
Del modo que ayer!
Isid. Las damas
Gustan de la variacion.
Luc. Los hombres tambien.
Mar. A mí,
Lo confieso, me da horror
Ver siempre lo mismo.
Luc. Entonces
La idea que me ocurrió
Hace poco, debo al punto
Ponerla en ejecucion.
Mar. ¿Y es?
Luc. Aunque su majestad
Habitaciones nos dió
En palacio por hacer
A Rosalía favor,
Y estamos cómodamente,
He pensado acá *inter nos*
Que ya te fastidiaria
El Escorial.
Mar. Se engañó
Usted.
Luc. Por lo cual mañana
Tendrás la satisfaccion
De salir para Madrid
Antes que despunte el sol.
Mar. ¡Para vivir sola en casa!
Vaya, tio, ¡qué aprension!
Isid. Yo me opuse.
Mar. Hizo muy bien
Usted, y gracias le doy.—
Me aburro en viéndome sola.
Luc. Es que estás en un error.
Mar. ¿En cuál?
Luc. No es á casa adonde
Te envío.
Mar. ¿Adónde sino?
Luc. A las Salesas.
Mar. No me hace
Falta mas educacion
Que la que me dió mi tio.
Luc. Pero el tio decidió
Que á su sobrina conviene
La paz de aquella mansion.

Mar. Replicará la sobrina
A su tio y su tutor
Que le contrista en el alma
Tan dura resolucion;
Pedirá que la revoque;
Y él, que nunca la afligió,
Renunciará á sus ideas,
Ganándose en galardon
Un abrazo de la niña,
Y si uno no basta, dos.
Luc. Deberá entonces el tio
Revestirse de valor
Para poder resistir
A tan fuerte seduccion,
Porque le es forzoso hacer
Lo que primero pensó.
Mar. Pero cuando ella la mano
Le bese con sumision, (*Bésasela.*)
Cuando algun tierno sollozo
Ponga por intercesor,
Él compadecido entonces
Se rendirá á discrecion.
Luc. Él la enjugará piadoso
Las lágrimas que vertió;
Procurará con cariños
Disiparla el mal humor;
Y con la risa en los labios,
Con la sincera efusion
Del hombre que ha obrado bien,
Dirá: « Me cuesta un dolor
Inexplicable, hija mia,
Negarme á tu peticion;
Pero esta es la vez primera
Desde que se me encargó
La tutela, que me opongo
A tu voluntad: por Dios,
Cede siquiera una vez,
Una, á quien tantas cedió. » —
¿Qué haria la niña oyendo
La postrera observacion?
Mar. Probablemente callar (*Abatida.*)
Y obedecer, como yo.
Isid. (*Aparte.*) Este empeño de alejarla
Me llena de admiracion.)
Mar. ¿Quiere usted venir conmigo,
Isidoro, adonde voy?
Isid. Por mí, Marianita...
Luc. (*Aparte á Isidoro.* Espérate.)
Recuerdo una ocupacion
Ahora, y le necesito.
Mar. No es dia de gracias hoy
Para mí.
Luc. A Dios.
Mar. (*Aparte á Isidoro.* Isidoro,
Tenemos que hablar.) A Dios.
(*Vase con la criada.*)

ESCENA III.

LUCIANO, ISIDORO.

Isid. ¿Con que hospedas en tu casa
A un amigo seductor,
Y echas fuera á tu pupila?
¡No es mala contradiccion!
Luc. Mariana entre palaciegos,
Frailes y guardias de Corps,
Iba por dias aquí
Tomando el resabio atroz
De recibir los obsequios
De todos sin distincion;
Y la maña de traer
Siempre un ciento al rededor,
Si se arraiga, no se quita
Con la nupcial bendicion.
En la quietud del colegio
Se irá ese primer hervor
De la edad amortiguando;
Y si hace comparacion
A sus solas de los hombres
Que en la corte conoció,
Quizás en su aprecio salgas
Declarado vencedor.
Entonces ya te habrán hecho
Perder toda la ilusion
Las manías de mi esposa
Y tu propio pundonor;
Entonces irá Mariana
Ganando tu estimacion
Cada vez que en el convento
Charleis un rato los dos;
Y al fin parará en noviaje
Formal, el que se frustró.
Isid. Pero tú...
Luc. Quéjate ahora
De lo que hago en tu favor.
Isid. ¿Te figuras?
Luc. Es inútil
Dar vueltas á la cuestion.
Salga verdadero ó falso
Mi pronóstico anterior;
Llegueis á quereros bien,
O á cobraros aversion
Tú y Marianita;... Isidoro,
Te digo en buen español
Que me conviene apartaros
Ahora, y... antes soy yo. (*Vase.*)

ESCENA IV.

ROSALIA, AGAPITO, ISIDORO.

(*Durante esta escena y la siguiente cruzan algunas personas por el jardin.*)
Ros. (*Bajando la escalera.*) Tanto mis-
[terio me pasma.

¿Solo eso saber queria
Don Fabian?
Agap. Pues, que si habia
Visto yo el duende ó fantasma.
Isid. (*Ap.*) Rosalía con su paje.
Nada la debo ocultar.
Agap. Un modo tiene de hablar
Don Fabian, que da coraje.
Y está de Dios que el maldito
Se halle en todo cuanto pasa.
Con las manos en la masa
Nos vió en la botica...
Ros. Chito,
Y aguarda cerca. (*Vase Agapito.*)
(*A Isidoro.*) Segun
Vi desde la galería,
Hablabas...
Isid. Sí, Rosalía,
Con nuestro amigo comun.
Ros. ¿Le has hecho ya convenir
En tu partida?
Isid. No cede:
Tanto insiste en que me quede,
Que ya no pienso partir.
Ros. ¿Ya no partes? ¡Ay! me expones
Con loca temeridad.
Isidoro, por piedad
Te pido que me abandones.
Si hemos de vivir luchando
Siempre en contínua zozobra,
Pon ese viaje por obra;
Yo lo exijo, yo lo mando;
Que si ausentes apagar
Nuestro amor no conseguimos,
El esfuerzo último hicimos
Para poderlo alcanzar.
Isid. Quedarse aquí y resistir
Hazaña mas grande fuera.
Ros. Amando, la verdadera,
La única hazaña, es huir.
Quien busca con fe ilusoria
La ocasion para triunfar,
Ese antes de pelear
Ha perdido la victoria.
No me inspires valentía
Que me haga mas desgraciada:
Quiero ser mujer honrada,
Ya que lo soy todavía.
Recuerda que me engañé
Creyendo que fiel esposa,
Solo por estar zelosa,
De Luciano me quejé.
Aquel lenguaje feroz
No era de amor ultrajado:
Para engañar disfrazado,
Fingia el crímen la voz.
El tiempo rinde los bronces;
Y cuando de mí sin nuevas
Me olvides, lo que no apruebas
Hoy, lo aplaudirás entonces.
Vete, olvida, y ¡ojalá
Su auxilio el Señor te preste,
Y el olvidar no te cueste
Lo que á mí me costará!
Isid. Pero aquí ¿no olvidaremos
Tambien, si nos empeñamos?
Ros. ¿Y si conocen que amamos,
Y no el valor que tenemos?
¿Y si á Luciano el rumor
Llega, y engañado entiende
Que su consorte le vende,
Que su amigo le es traidor?
Isid. Luciano de la malicia
Desprecia el lenguaje impuro,
Y ya estoy yo bien seguro
De que nos hace justicia.
Ros. Quizá con ruin complacencia
Mi descrédito verá,
Pues así disculpará
Conmigo su indiferencia.
Isid. Le haces una ofensa grave
Sospechando de ese modo.
Luciano lo sabe todo.
Ros. ¡Dios mio! ¿Cómo lo sabe?
¿De quién?
Isid. Yo lo revelé
Por vencer su resistencia
A mi fuga.
Ros. ¡Qué imprudencia!
Me perdiste.
Isid. Te salvé.
No era para él un arcano
Nuestra inclinacion naciente.
Ros. ¡Y calla y no te consienta
Huir á país lejano!
A nadie debo acusar
Yo que tan débil me muestro;
Pero ese porte siniestro
Da mucho que recelar;
Y en los golpes desiguales
Con que mi pecho se explica,
Desgracias me pronostica,
Bien que yo no entienda cuáles.
Ya no puedo sin sonrojo
La vista á mi esposo alzar;
Y así, ó me has de abandonar,
O á un monasterio me acojo.
Isid. ¿Cómo sufro que reciba
La honra tuya ese baldon?
No resiste mi teson
A tan dura alternativa.
Podrá Luciano, podrá
Culparme de veleidoso;
Mas su pecho es generoso,
Y al cabo me excusará.
Yo de tu casa ahuyenté

La quietud con mi llegada:
Con mi pronta retirada
A dárosla volveré.
Ros. Pronta debe ser: no aguardes
A mañana: por instinto
Preveo un riesgo indistinto,
Pero terrible, en que tardes.
Verás en tu gabinete
Un bolsillo que he bordado;
En él hay oro sobrado
Para el viaje. Por Dios, vete.
Isid. Partiré al instante.
Ros. Ahora.
Sepárenos mar y tierra.
Mientras te veo, me aterra
Angustia devoradora.
Isid. ¿Podré esa mano estrechar
Que otro tiempo mas risueño
Fué de amiga?
Ros. Tiene dueño,
Y no te la debo dar.
El alma se fuera en pos
De tí; la estoy deteniendo
Por estarnos aquí viendo,
No solo los hombres, Dios.
Vete ya.
Isid. ¿Cómo obedezco,
Si ese llanto reprimido....?
Ros. Atiende á que te despido;
No mires lo que padezco.
Isid. ¡Ah!
Ros. Ni esto es padecer; lucho
Por no llorar: lo notaran...
Y al fin... dos que se separan,
No se habrán querido mucho.
Isid. A Dios: con mas apacible
Estrella te veré un dia.
Ros. Pronto, imprudencia seria;
Mas tarde será imposible.
A Dios. (*Vase Isidoro.*) Por fin ha partido,
Por fin ya puedo llorar.
Basta de disimular, (*Rompe en sollozos.*)
Basta. — ¡Jesus! ¡mi marido!

ESCENA V.

LUCIANO, ROSALIA.

Luc. Todavía no han llegado
Quero! ni don Fabian. — ¡Hola!
¿Tú aquí? Pues ¿cómo tan sola?
Ros. Así estoy bien.
Luc. ¿Has llorado?
Ros. Sí.
Luc. ¿Gustarás de decirme
La razon?
Ros. Sí.
Luc. Represéntate
Mi sorpresa de que...
Ros. Siéntate.
Luc. Y cuánto debe afligirme
Verte... (*Se sientan.*)
Ros. Cuando de mi mano
Te hizo dueño nuestra union,
Yo, por tu reputacion,
Adoraba en tí, Luciano.
Luc. Poniamos á la par
Nuestro estudio en complacernos. —
Y al cabo de seis inviernos,
¿Cómo estamos de adorar?
Ros. Sabes que te conocia
Muy poco al tiempo de hacerse
Nuestra boda.
Luc. A conocerse
Mejor, ¿quién se casaria?
Ros. Pronto observé con dolor
Que no tenia en mi esposo
Un amigo cariñoso,
Sino un especulador,
Que despues que le condujo
La fortuna ó su destreza
Al lujo de la grandeza,
Si se casó, fué por lujo.
Luc. Fuese una especulacion
O no mi objeto al casarme,
Ninguno podrá negarme
Que hice muy buena eleccion.
Ros. ¿Cómo luego paso á paso
Cesaste de ser galan?
¿Es un sistema, es un plan
Tambien el no hacerme caso?
Luc. ¡Un plan! ¿Y con cuál intento...?
Tal vez quisiste irritar
Mi venganza, y provocar
Por último un rompimiento.
Luc. Ya ves que te oigo tranquilo;
Con que háblame francamente.
¿Te parece conveniente
Que nos separemos? Dilo.
Ros. ¡Ah!
Luc. Si no hay quien se convenza
Mas pronto que yo. — Batallas
Entre tí...
Ros. ¡Luciano!
Luc. ¿Callas?
Accedes.
Ros. No. ¡Qué vergüenza!
Luc. ¿Cómo?
Ros. No quiero exponerte
A hablillas del vulgo rudo,
Ni debe romper el nudo
Sagrado, sino la muerte.
¡Separarnos! ¿Qué concepto
El rey de mí formaria,
Si viera tal rebeldía
Contra su gusto y precepto?

Dios y el Rey en su lugar
Nos han unido: suframos
Nuestra cadena, y veamos
Si se puede aligerar.
Yo tu abandono lamento;
Tú puedes tambien quejarte:
Pues cada cual por su parte,
Que olvide el resentimiento.
Juntos hemos de vivir;
Da pena el aborrecer;
La amistad es un placer:
Ella nos puede servir
De áncora fiel y segura
Que evite un naufragio cierto,
Y que nos ponga en el puerto
De la paz y la ventura.
La ejecucion de esta idea
Necesita soledad:
No mas corte ni ciudad;
Marchémonos á una aldea;
Y allí en la quietud del campo,
Entre sencillos placeres,
Mientras yo de mis deberes
La ley en mi pecho estampo,
Mi esposo lo que no supo
Ver antes advertirá,
Y á estimar aprenderá
La consorte que le cupo.
Yo al menos para querer,
Si veo mi amor pagado,
Mucho tengo adelantado,
Y poco esfuerzo que hacer.
Luc. Yo con una condicion
Aprobaré que emigremos
A un pueblo y resucitemos
A Baucis y Filemon.
La mudanza climatérica
Que me propones, requiere
Un testigo, y si viniere
Isidoro...
Ros. No, va á América.
Luc. No tal, si me ha prometido...
Ros. Yo despues le he aconsejado
Bien, y le he facilitado
El viaje, y ya habrá partido.
Luc. ¡Partido ya!
(*Vivamente agitado.*)
Ros. Sí.
Luc. ¡Es tan serio
(*Despues de una pausa.*)
El campo...!
Ros. Y bien...
Luc. ¡Tan groseras
Las gentes! — ¿No te pudieras
Retirar á un monasterio?
Ros. ¡Luciano!
Luc. Mariana va
A las Salesas mañana;
Yo creo que con Mariana
Estarias bien allá.
Ros. ¿Eres tú quien me propuso...?
Luc. Un retiro necesario.
Ros. Me agradara voluntario;
Forzoso, no; lo rehuso.
Luc. Será inútil.
Ros. Pues ¡qué...!
Luc. Irás.
Ros. No, nunca.
Luc. ¿No?
Ros. Aunque perezca.
Luc. Sé hacer que se me obedezca,
Y así... me complacerás.
Ros. ¿Tú separarme pretendes
De tí de ese modo infame?
Tú no quieres que te ame;
Tú amas á otra y me vendes.
Luc. Esa es una inculpacion
Bien difícil de probar;
Más te puedo yo asustar
Con igual acusacion.
Ros. ¡Oh!
Luc. Pero es un miserable
Quien usa de armas vedadas:
Quiero sí que te persuadas
De que es mi órden inmutable.
¿Cómo he de desconocer
Que el amor propio se irrita?
Pero esto conviene.
(*Acércase á tomarla una mano.*)
Ros. Quita.
No creas que he de ceder.
Incansable acechadora
Tus pasos he de seguir
Desde hoy, hasta descubrir
Mi oculta competidora.
Luc. Eso muda ya de aspecto.
La energía de ese tono
Da á entender...
Ros. Que no abandono
Mi plan.
Luc. Ni yo mi proyecto.
Siento la desavenencia
Que nos viene á perturbar,
Porque ahora iba á implorar
De tí una condescendencia.
Ros. ¿Cuál?
Luc. Dias há que no tomo
Mi bebida acostumbrada
Que tú me tienes guardada.
¿Quisieras traer el pomo?
Ros. Para irritar mi altivez
Me encargas ese mandado.
Muy bien: haré de criado
Tuyo, por última vez. (*Vase.*)

ESCENA VI.

DON FABIAN, DON BLAS, LUCIANO.

(*Poco á poco va llenándose el jardin de Caballeros, Damas y Guardias de Corps: unos se sientan y otros pasean.*)

Blas. Buenas tardes.
Luc. Bien venido,
Doctor.
Fab. A los piés de usted,
(*A Rosalía, que va ya lejos.*)
Señora. — Enojada va,
Segun al llegar noté.
Luc. No ha sido nada. Sentémonos.
Fab. Sí, que estoy cansado.
(*Siéntanse los tres junto á la fuente, y don Blas pulsa á Luciano.*)
Blas. A ver
El pulso.
Fab. Aunque mil negocios
Acometen de tropel
Hoy á mi interinidad,
Yo le reconciliaré
A usted con madama, en caso...
Luc. Fuera una ridiculez.
No hay necesidad.
Fab. Mejor.
Cuando dos se quieren bien,
¿Qué valen tres, cuatro, ó quince
Quimeras en medio mes?
Blas. La otra mano.
Luc. Usted estuvo
En mi casa.
Fab. Y no le hallé.
Luc. Me lo han dicho, y he sentido
No haberme...
Blas. Va para seis
Dias que usted no adelanta.
Luc. Será porque no tomé
La medicina.
Blas. Pues hace
Usted mal; es menester
Seguir.
Fab. Como iba diciendo,
Estuve allá...
Luc. ¿Para qué
Era?
Fab. Su majestad quiere
Que averigüe...
Blas. Hay pesadez
Aquí, plenitud.
Fab. Que informe
Sobre lo que puede ser
Esa maldita fantasma,
Que una noche, la del diez,
Alborotó el Sitio todo,
Y puso en arma el cuartel.
Usted se quedó esa noche
En casa de don Andrés,
Y por si acaso notó
Algo...

ESCENA VII.

MARIANA, DICHOS.

Mar. Tio, ¿qué papel
Es este que desde un coche,
Que sale á todo correr,
Isidoro me ha arrojado
Sin detenerse?
Luc. (*Aparte levantándose.* Se fué
Ya.) — Sepamos lo que dice.
(*Lee.*) «A Dios para siempre.»
Fab. Amén.
Luc. Esto es decir que se marcha...
Fab. Y que no piensa volver.
Mar. Pero, tio, ¿qué ha pasado?
(*Llevándose á un lado á Luciano, y hablándole aparte.*)
¿A qué se ausenta? ¿Por quién?
¿Cómo así se desvanece
La esperanza que formé?
Si me ha tomado aversion
Por mi fingido desden,
Usted que tiene la culpa,
Debe el yerro deshacer.
Disponga usted que le sigan,
O yo gente buscaré
Que le detenga y le traiga.
Luc. Sí, no hay tiempo que perder.
Envía á Luis.
Mar. Voy. (*Aparte.*) No quiero
Decir que ya le envié. (*Sube la escalera.*)
Fab. Bromas hay en esta casa.
(*Aparte á don Blas.*)
Blas. Malos síntomas se ven.
(*Aparte á don Fabian.*)
Luc. (*Ap.*) Aunque le alcancen, yo creo
Que no se querrá volver.

ESCENA VIII.

ROSALIA, AGAPITO, DICHOS.

Ros. Mariana, escucha.
(*Encontrándose con Mariana en lo alto de la galería.*)
Mar. No puedo
Escuchar hasta despues. (*Vase.*)
Fab. Pues como iba diciendo, esa
Fantasma de Lucifer
Me tiene fuera de juicio,
¿Estamos? Ya consulté
Al Padre Pavon, al Padre

Cañaveral...

(*Agapito, á una seña de su ama, pone encima del brocal de la fuente un estuche ó cajita, y se retira luego á corta distancia. Rosalía saca de la caja un frasco pequeño con agua, una copa y un pomito que entrega á Luciano.*)

Ros. Tome usted.

Luc. Gracias. (*Aparte á ella.*) ¿Te has
A ir...? [determinado

Ros. (*Aparte á Luciano.*) No señor, no

Luc. Don Blas, tomo la bebida. [iré.

Blas. Salud.

Fab. Es de suponer (*Ap. á don Blas.*)
Que usted receta eso.

Blas. Mucho.

Fab. Sobre esa agua pregunté
Una cosa á don Luciano,
Y no quiso responder.
Será algun secreto; pero
Ya sé yo lo que entra en él.
¿A que tiene *espejo blanco?*

Blas. Hombre, no: ¿qué ha de tener?
Si ese es uno de los nombres
Del arsénico.

Fab. ¿Sí?

Luc. Ten.

(*A Rosalía, volviéndola el pomo.*)

Ros. No.

Luc. (*Aparte á ella.*) Repórtate, no de-
Que hablar. [mos

Ros. (*Aparte.*) Me consumiré.

(*Toma el pomo y lo coloca en el brocal de la fuente.*)

Luc. Prosiga usted, don Fabian.
(*A Rosalía.*) Siéntate.

Ros. (*Aparte.*) ¿Eso mas? (*Se sienta.*)

Fab. Pardiez,
Si he de hablar, diga primero
Usted si me ha de atender.

Luc. ¡Oh! Sí.

Fab. ¿Vió usted la fantasma?

Luc. No, señor, no desperté
Aquella noche, á pesar
Del ruidoso somaten
Que hubo.

Fab. Por mas que huroneo,
Nada, no puedo coger
El hilo de esta aventura;
Y era ganar un laurel,
Pues su majestad me ha dicho
Que tiene sumo interés
En saber la procedencia
Del duende que armó el belen.
El mismo Rey, como estuvo
La Reina tan mala ayer,
Y en tal caso el primerito
Que la vela siempre es él,
Toda la noche de Dios
Al balcon tuvo un ujier,
Que le avisara si el trasgo
Aparecia otra vez.
Mas no.

Luc. Dame el abanico
Si gustas, me aventaré,
Que me ahogo de calor.

Ros. (*Ap.*) ¡Cómo se burla el cruel!

Fab. Dígame usted su dictámen.

Luc. Si es la aparicion un ser
Sobrenatural, entonces...

Fab. Yo el flaco le buscaré.
Hisopazo y tente, perro,
Hasta que diga quién es
Y qué pide y cómo y cuándo.

Luc. Tambien puede suceder
Que sea un tuno que quiera
Jugar con la timidez
Supersticiosa del pueblo.
¡Ay!

Ros. ¿Qué tienes?

Luc. Yo no sé.

Fab. Si es un pícaro, y le cojo,
Y no tiene un cuarto, ¡ay de él!

Blas. ¿Y si es un loco?

Fab. La pena
Le hará en su juicio volver.

Luc. ¿Y si fuere... algun somnámbulo?

Fab. No es cosa de ese jaez.
Los que andan y hablan dormidos,
¿Cómo se han de entretener
En disfrazarse de espectro?

Luc. El señor dirá...

(*Manifiesta gran desasosiego y fatiga.*)

Blas. Diré
Que hay quien tenga esa mania
De hacer soñando tal vez
Algo de lo que trató
De dia. Murió en Uclés
Há tiempo un amigo mio
Intimo, á quien yo curé;
Y al tal, si no se le ataba,
Le solia acontecer...

Ros. Tú te indispones, Luciano.

Luc. Sí, mucho.

Blas. El pulso.—Esta piel
Abrasa.

Fab. ¡Hombre!

Blas. Usted padece...

Luc. Horrible dolor... y sed
Devoradora.

Ros. ¡Dios mio!

Luc. Las entrañas siento arder.

Fab. ¿Si será que la bebida...?

Ros. No, si yo la preparé.

Blas. ¿Usted? A ver ese pomo.
(*Echa en la copa algo del líquido que contiene el pomito.*)
Voy á la botica.
(*Sube apresuradamente la escalera.*)
Ros. Ven
A casa, ven.
Fab. (*Aparte.*) ¡Qué sospecha!
Luc. Por Dios, no me abandoneis.

ESCENA IX.

MARIANA, ISIDORO, DICHOS.

(*Varios Caballeros y Damas que han observado la indisposicion de Luciano, se acercan á él con interés.*)
Mar. Aquí está, aquí estamos.
Luc. ¡Ah!
No veo.
Isid. ¡Qué palidez!
Mar. ¡Querido tio!
Luc. ¡Mariana!
¿Eres tú?
Ros. ¡Esposo!
Blas. Corred.
(*Desde la galería á dos Religiosos que bajan corriendo la escalera, uno con un vaso, y otro con una redoma.*)
Beba el antídoto al punto.
Ese hombre va á perecer.
Le han dado veneno.
Ros. ¡Cielos!
Todos. ¡Veneno!
Fab. ¡Favor al Rey!
Guardias, prended á ese paje.
Ros. No, no.
Fab. Es culpable, lo sé.
De la farmacia del pueblo
Ese doméstico infiel,
Engañándome, ha sacado
Un tósigo.
Isid. ¡Infame!
Agap. Fué
Por órden de mi señora.
Todos. ¡Por órden de su mujer!
Isid. ¡Rosalía!
Ros. ¡Estoy perdida!
Mar. ¡Tia!
Ros. Yo se lo mandé.
Quise... no puedo... (*Se desmaya.*)
Todos. ¡Qué horror!
Isid. Yo no acabo de creer...
Fab. En tanto que al Rey aviso,
Que presa en palacio esté.

ACTO TERCERO.

Galería alta de la Iglesia por el costado del Palacio, vista de ángulo: descúbrese por los vanos parte de la bóveda de la capilla mayor, una pechina y el arranque del cimborio.

ESCENA PRIMERA.

MARIANA, DON FABIAN.

Fab. Vaya usted con el ujier;
(*Al salir, dirigiéndose hácia adentro.*)
No se detenga un momento,
Y vuelva despues aquí,
Porque es necesario vernos. —
Yo le haré á usted compañía (*A Mariana.*)
Mientras tanto.
Mar. ¿Qué hay de nuevo,
Don Fabian? Me habla usted hoy
Con un aire tan risueño,
Que á no ser descortesía
Y pecado el juramento,
Jurara que usted va á darme
Buenas noticias.
Fab. Es cierto.
Mi interinidad es época
De...
Mar. ¿De?
Fab. De grandes sucesos.
Mar. Sí, pero tristes.
Fab. Y alegres
Tambien.
Mar. Dígame usted esos.
Fab. En primer lugar, su tio
De usted, mi señor y dueño...
Mar. Sí.
Fab. Si quiere contentarse...
Mar. ¿Qué?
Fab. Puede dar un contento...
Mar. ¿A quién? ¿Sobre qué? ¿por qué?
Diga usted.
Fab. (*Aparte.* Por poco entrego
La carta.) ¿Por qué será?
Cosa es que la viera un ciego.
Porque se pudo morir
Del tósigo, y no se ha muerto.
Mar. ¿Y á qué fin su majestad
Llama hoy al tio? ¿Qué objeto
Le parece á usted que tiene
Semejante llamamiento?
Fab. El Rey desde la tribuna
Donde há poco estaba oyendo
Misa, reparó en ustedes...
Mar. Ya lo vi.
Fab. Tiene un proyecto,

Me le ha confiado...
Mar. ¿Y cuál,
Cuál es?
Fab. Hija, es un secreto,
Y no un secreto interino,
Sino vitalicio, eterno.
Mar. Pero ¿y mi tia? ¿y mi pobre
Tia? ¿Cuándo la veremos?
¿Cómo está?
Fab. Sin novedad.
Afligida...
Mar. Ya lo creo.
¿Es cosa de diversion
Lo que la está sucediendo?
¡Acusada injustamente
De ese delito tan feo!
Fab. ¿Injustamente? Eso es mucho
Decir.
Mar. Pues yo lo sostengo,
Y lo he declarado así
Una vez, y lo haré ciento.
Y usted que la puso presa
Con tal escándalo, el médico
Don Blas, que solo debió
Callar y aplicar remedios,
Y el juez que aún no ha sabido
Hallar la verdad del hecho,
Son ustedes, todos tres,
Unos...
Fab. ¿Qué?
Mar. Unos majaderos.
Fab. Eso fué lo que de mí
Sus majestades dijeron.
Ni era posible otra cosa:
Como tienen tal extremo
Por su ahijadita, no habia
Forma de que diesen crédito
A los indicios; despues
Ya se han ido convenciendo.
Mar. No hay tal: antes cada dia
Quieren con mayor empeño
Salvarla: por eso fué
Nombrar comisario regio
Para esta causa, y se altera
En ella el procedimiento
Ordinario: al fin, mi tia
No padece en un encierro;
Está en su cuarto, y aun viene
Aquí, donde le han dispuesto
Una tribuna, á oir misa.
Todos estos privilegios
Prueban que sus majestades
Tienen el presentimiento
De que es inocente.
Fab. O quieren
Que lo parezca á lo menos.
Mar. Pero ¿puede usted creer
Que ella haya dado veneno
A su marido?
Fab. Yo no;
Mas ¡qué diantre! el argumento
Del juez es tal, que, hija mia,
No hay con qué desvanecerlo.
Su tia de usted confiesa
Que por su mandato expreso
Se compró el tósigo. Aquí
De Dios. Señora, ¿qué objeto
Llevaba usted al hacerse
Con esa droga?—Silencio
A esta pregunta.—¿Es usted
La que desde que anda enfermo
Su marido, le prepara
Las bebidas?—Yo.—¿Y hay medio
De que alguna otra persona
Pueda intervenir en ello?—
Yo guardo las medicinas
En un botiquin, y llevo
Siempre conmigo la llave.—
Venga la llave.—Se ha abierto
El botiquin, se ha encontrado
En él la droga que dieron
En la botica; faltaba
Un poquito para el peso,
Y ese poco es justamente
Lo que se ha encontrado dentro
Del pomo de que bebió
Don Luciano: ellos tuvieron
Aquella tarde palabras;
Ella hacia mucho tiempo
Que no se llevaba bien
Con su esposo...—Santo y bueno
Será que uno no calumnie
Al prójimo; mas confieso
Que con tales datos, yo
Sospechara del lucero
Del alba.
Mar. ¿Será posible?
Pero no, no, algun misterio,
Algun misterio horroroso
Hay aquí, y no le comprendo.
¿Ha confesado mi tia
Que cupo en ella el intento
De envenenar á su esposo?
Fab. ¡Qué candidez! Por supuesto
Que no; pero eso ¿qué prueba?
Que quiere salvar su cuello.
Mar. ¿No espera usted que la den
Por libre?
Fab. ¿Libre? Sospecho
Que nadie le ha de quitar
Un calabozo perpétuo.
Y aun así, cuando se sepa,
Se ha de alborotar el pueblo,
Segun está furibundo
Contra ese atentado horrendo.
Mar. ¡Ay Jesus!

Fab. Pero yo estoy
Aquí para contenerlo.
¡Pese al diantre! Si se armara
Una bolina por eso
Cuando llevase la tropa
De aquí á su confinamiento
A Rosalía, y hubiera
Pedradas y tiroteo,
Y pudiéramos coger
Unos cuantos prisioneros
Que sacar luego á caballo
A recibir los doscientos
De costumbre, entonces sí
Que quedaba en San Lorenzo
Una memoria indeleble
De mi interino gobierno.
Mar. ¿Y no es mejor dejar fama
De virtudes sin estruendo?
¿Fama de ser complaciente
Con las damas, por ejemplo?
Fab. Como eso se sabe poco. .
Mar. Si no hay mas que ese tropiezo,
Permítame usted hoy ver
A mi tia, y yo le ofrezco
Declarar á todo el mundo...
Fab. ¡Que he faltado al cumplimiento
De mi deber! Usted quiere
Hacerme perder mi empleo
Quince dias antes.
Mar. Vamos:
¿Y si callo?
Fab. Ya veremos.

ESCENA II.

LUCIANO, UN UJIER, DICHOS.

Luc. Marianita, estimaria
Que me hicieras el obsequio
De dejarme hablar á solas
Con don Fabian...
Mar. Obedezco.
Luc. Te acompañará el señor
(*Por el ujier.*)
Hasta tu cuarto.
Mar. Voy.
(*Ap. á don Fabian.*) Cuento
Con usted, y vuelvo al punto.
Fab. Veré, digo: más, no puedo.
(*Vanse Marianá y el ujier.*)

ESCENA III.

LUCIANO, DON FABIAN.

Fab. ¿Vió usted á sus majestades?
Luc. Sí, amigo.
Fab. ¿Y le convencieron?
Luc. A la primera palabra:
Fuera de que yo respeto
Mucho el querer de mi Rey,
Soy á la piedad propenso,
Y bien á disgusto mio
Contra mi mujer pleiteo.
Si no fuera porque el lance
Del semi-envenenamiento
Fué en público, y la justicia
No pudo desatenderlo,
Yo no me hubiera mostrado
Parte.
Fab. Me admiro y me alegro
De esa generosidad.
Luc. Amigo, todos tenemos
Necesidad de indulgencia
Y de perdon, yo el primero.
El Rey quiere que lo olvide
Todo: ya procuro hacerlo;
Que este lance para mí
Nada tiene de halagüeño.
Fab. La acusada niega; el juez
Dice que á no usar de apremios,
No adelantará la causa
Un paso mas; el Rey, tierno
De corazon, no ha querido
Permitir que den tormento
A esa desgraciada jóven,
A quien mira con afecto
De padre: por otro lado,
El atropellar los fueros
De la justicia, era indigno
De un Rey concienzudo y recto.
En tal conflicto, ¿qué se hace?
Lo que la Reina ha propuesto.
Que se escape la acusada,
Y se la sentencie luego.
Luc. Sus majestades querian
Que se entrara en un convento;
Mas yo les he persuadido
Que abandonen el proyecto;
Pues con esa condicion
No huye mi mujer.
Fab. ¡Es genio
Indómito!
Luc. Hagámonos cargo:
Sin la confesion del reo,
No se le puede imponer
La pena de muerte: vemos
Que ella niega; la sentencian
A reclusion: monasterio
Y cárcel allá se van.
O no nos determinemos
A perdonarla, ó sino,
Que sea el favor completo.
Váyase fuera de España;
Proporcionémosle medios
De vivir sin entrechez;
Y, si le es posible serlo,

Que sea feliz.
Fab. Pero, hombre,
Dejándola libre y lejos,
¿La conducta de una esposa
No le importa á usted un bledo?
Luc. El lazo que nos unia
Pronto quedará disuelto.
Su majestad me promete
Interceder al efecto
Con el pontífice.
Fab. Así
Ya de nada me sorprendo.
Luc. Mal pudiera yo olvidar
Que he nacido caballero.
Fab. ¿Y cuándo ha de ser la fuga
De Rosalía?
Luc. Probemos
Antes...
Fab. ¿A qué?
Luc. A decidirla.
Fab. ¡Voto al cimborio! ¿Tendremos
Que pedirle por favor
Que se libre del aprieto?
Luc. Como afirma que no está
Culpada...
Fab. Algun desacierto
Voy á hacer yo, si al hablarla
Me sale con embelecos.
Luc. Por eso no debe ser
Usted quien le hable.
Fab. Convengo;
Pero para tal encargo,
¿De qué hombre nos fiaremos?
Luc. De Isidoro: es un amigo,
Es persona de talento,
Y creo que á Rosalía
Persuada sin gran esfuerzo.
Fab. Cuando venga á misa, haré
Que se hablen en este puesto;
Y si accediese, á la noche
Tomará el pájaro vuelo.
Luc. Corriente.
Fab. Oiga usted ahora
Una ocurrencia.
Luc. Ya atiendo.
Fab. No puede usted figurarse
Qué pesadumbre que tengo
Por no poder descubrir
Si es espíritu, si es cuerpo
La fantasma aquella.
Luc. Y bien...
Fab. Para atravesar el reino,
Es claro que Rosalía
Necesita un compañero.
Luc. Un auxiliar bien pagado.
Fab. Pues, hombre, si dispusiéramos
Que su paje favorito,
Que es muchachon, ó el mancebo
De la botica, que está
Tambien de resultas preso,
La acompañara...
Luc. Es muy fácil.
Fab. Se pondria el paje un cuévano
En los hombros que le alzase
Vara y media ó mas, y envuelto
En dos sábanas ó tres
Que fueran barriendo el suelo,
Podia sacar tapada
Con aquellos faldamentos
A Rosalía, y lográbamos
De esta suerte dos objetos:
Hacer esa escapatoria
De un modo ruidoso y nuevo,
Y que el público creyera
Que los fugitivos fueron
Autores de la fantasma
Anónima.—¿No es invento
Curioso el mio? ¿Qué tal?
Luc. ¿Y si un centinela, viendo
Aquella mole, dispara
Un tiro?
Fab. No hay que temerlo.
A gente del otro mundo
Nadie le pierde el respeto.
Se hará que esten de servicio
A esas horas dos gallegos,
Cada cual por sí capaz
De hacer frente á un regimiento
De esgüizaros; pero al ver
El alma en pena, yo apuesto
A que le rinden las armas,
Dándose golpes de pecho.
Luc. Pues bien, buscaré á Isidoro
Para que venga corriendo. (*Vase.*)
Fab. Que no tarde.

ESCENA IV.

DON FABIAN.

Ea, por fin
Se me logran mis deseos.
Un hombre como yo, es claro
Que debe dejar impreso
En cuanto mano pusiere
De su carácter el sello.
Huyen hoy los dos, se sabe
Mañana, se hacen extremos,
Se envian requisitorias
Por un camino diverso,
Me llama el juez descuidado
Y torpe, yo hago el modesto,
Regresa el señor alcalde
Propietario al Sitio, y ceso;
Y entonces gritan á coro
Gentecilla y palaciegos:

«Por los desatinos que hizo
Don Fabian, le depusieron.
Tiene colérico al Rey.
Van á ponerle en arresto.
Cuando menos se lo espere,
Le envian á Ceuta.» — ¡Necios!
El Rey me dirá entre tanto:
«Buen Fabian, ya sé que puedo
Servirme de tí. — Señor,
Yo sé guardar un secreto.» —
Pero ¿qué demonios hago?
Pues no estoy hablando recio
Conmigo solo! ¿Hay tal pico?
Si me hubiera estado oyendo
Alguno, por vida mia,
Que daba un golpe maestro.
¡Comprometer á mi Rey!
¿Yo? Vamos, si no me enmiendo,
Soy un badulaque, digno
De ser declarado inepto
Para poder ejercer
Otro interinazgo nuevo.

ESCENA V.

ROSALIA, DE NEGRO Y CON EL VELO ECHADO, ACOMPAÑADA DE DOS ALGUACILES DE VISTA; DON FABIAN.

Ros. Vamos de prisa; que nadie
Me vea.
Fab. ¿Tiene usted miedo
Tambien de mí?
Ros. ¿De usted? ¡Yo
Que tantos favores debo
A mi compasivo alcaide!
Pero con todo, hoy me quejo
De usted; hoy me ha abandonado,
Y hoy precisamente siento
Un afan inexplicable
De preguntar... Yo preveo
(Me lo dice el corazon
Sin cesar) que decidieron
Ya mi suerte; y de usted solo
Que me la revele espero.
Fab. ¡Yo revelar!
Ros. No se enoje
Usted; por Dios se lo ruego.
Fab. ¡Faltar yo á la confianza
Que en mí el soberano ha puesto!
Ros. No, solo quiero saber...
Fab. ¡Saber! Pues: ahí está el cuento.
Pues sepa usted que he hecho voto
De callar como un madero,
Porque así me importa á mí
Y á otro, y porque presiento
Que por usted, sí, señora,
Por usted seré depuesto,
Quizá con mengua, del cargo
Que interinamente ejerzo,
Y la clase de interinos
Perderá su buen concepto.

ESCENA VI.

ISIDORO, UN ESCRIBANO, DICHOS.

Isid. Orden del juez.
(*El Escribano da un pliego á don Fabian.*)
Ros. (*Aparte.*) ¡Isidoro!
Por fin á esperar empiezo.
No se ofrecerá á mi vista
Sin traerme algun consuelo.
Fab. ¡Albricias! puede usted ver
A quien guste.
Ros. ¡Dios eterno!
Fab. Y sin escucha. Por tanto,
Nosotros nos correremos
A los lados, mientras hablan
Usted y este caballero.
(*Vanse don Fabian y los Alguaciles.*)

ESCENA VII.

ROSALIA, ISIDORO.

Ros. ¡Cuánto ansiaba esta visita!
¡Cuánto al Señor agradezco
Que ver ya se me permita
Un rostro en que venga escrita
La compasion que merezco!
Dime pronto si han creido
Las gentes esas maldades
Que se me han atribuido;
Qué piensan sus majestades,
Qué ha pensado mi marido.
Dime qué debo inferir
De que me vengas á ver.
Junto me lo has de decir:
No lo podré comprender;
Mas yo lo sabré sentir.
Isid. Mucho pides á la par.
Al vulgo murmurador
No es bien importancia dar.
Ros. ¿Se ceba en mí con furor?
Isid. Harto digo con callar.
Ros. Si hay quien mi honor despedace,
¿No hay quien favor me dispense?
¿No hay quien mi defensa abrace?
Isid. Uno.
Ros. Dios le recompense
La justicia que me hace.
No en vano esperé, no en vano
Le consta que en mi decoro
No cabe un hecho villano.

Su nombre será Isidoro,
¿No es cierto?
Isid. El nombre es Luciano.
Ros. ¡Cómo! ¿Salió á defenderme
Quien mas debiera acusarme,
Y en tanto viéndome inerme,
Tú, debiendo conocerme,
Tú, pudiste abandonarme?
Creí que si rehuías
Ser esta vez mi abogado,
Solo era porque temias
Luchar con las arterías
De otro mas ejercitado;
Pero jamás concebí
Que tan negra sordidez
Imaginaras de mí.
¿Qué debo esperar del juez,
Si tú me juzgas así?
No sabes cuán hondo hirió
El puñal que ahora me clavas. —
¡Yo envenenadora! ¡yo!
Isid. Yo me persuadí que amabas
Con delirio...
Ros. ¡Ojalá no!
Mucho, mucho te he querido. —
¡Dios mio! Soy pecadora,
Lo soy, y perdon os pido;
Pero ¡ay! ¡envenenadora...!
Yo creo que no lo he sido.
Isid. ¡Pues qué...!
Ros. Mira allí un altar;
Casa del Señor es esta
Que hace á la culpa temblar:
Da crédito á la protesta
Que de mí vas á escuchar. —
Hubo un dia de extravío
Para mí, de aberracion,
En que al pié de mi mansion
Sentí que no hubiera un rio,
Y eché menos un balcon.
Fué un dia en que al oponer
De la traicion á la idea
La flaca voz del deber,
Quise acortar la pelea
Por no dejarme vencer.
Hice un tósigo buscar,
Y lo llegué hasta la boca,
Lo dejé y volví á tomar.
No sé mas: estaba loca
Entonces, loca de atar.
Cuando cobré la quietud,
Encerré el polvo homicida
Donde mi solicitud
Guarda siempre la bebida
Que da á Luciano salud.
En aquel sueño fatal
De un alma sin luz ni freno,
Ignoro si maquinal
Mi mano pasó el veneno
De un cristal á otro cristal.
Todo cabe en la batalla
Que traje; mas si despliega
La razon los velos que halla,
Cuando ella vacila y calla,
El corazon habla y niega.
Juzga tú si estoy demente,
Si estragos en mí habrán hecho
Las penas que el alma siente,
Cuando hasta dudo y sospecho
Si mi conciencia me miente.
Isid. Y esa duda, desgraciada,
¿No ves que es fuerza que indique...?
Ros. No, por Dios, no soy culpada.
¿No hallas en mi acento nada,
Nada que me justifique?
Ahora sí que comienzo
A temblar por fama y vida.
¿Por qué vine á San Lorenzo?
De seguro estoy perdida
Cuando á tí no te convenzo.
De seguro que la suerte
En ludibrio me convierte
Y horror del pueblo español,
Y me condenan á muerte,
O á no ver la luz del sol.
Isid. ¡Ay! sí, yo te lo confieso;
Víctima indefensa caes
De infame sentencia al peso.
Ros. ¡Isidoro! ¿es todo eso
El consuelo que me traes?
Isid. No, yo te vengo á salvar;
Serénate, el llanto enjuga.
Ros. ¿Cómo me has de vindicar?
Isid. Tiempo es preciso ganar,
Apelando...
Ros. ¿A qué?
Isid. A la fuga.
Ros. ¿Yo huir?
Isid. Que adviertas te pido...
Ros. ¿Yo huir? ¿yo dar á entender
Que un crímen he cometido
De que no me han convencido,
Ni me pueden convencer?
Eso nunca.
Isid. No te ciegue
La fuerza de ese reparo:
Huye hasta que se sosiegue
La borrasca, y dia llegue
Para tu opinion mas claro.
Mientras no hicieres saber
Que con lícito motivo
Te decidiste á querer
Comprar el veneno activo
Encontrado en tu poder,
Ni nombre, ni calidad,
Ni accion, nada te disculpa.

Ros. Y si digo la verdad,
Entonces doy á la culpa
Mayor probabilidad.
Isid. Huir, huir te conviene.
El Rey, que tu fuga aprueba,
Medidas tomadas tiene,
Sin que su real nombre suene,
Para que partas.
Ros. ¡Qué nueva,
Qué inagotable bondad!
Isid. Hay mas: para esta evasion
Luciano á su majestad
Ha dado su aprobacion.
Ros. ¿La dió sin dificultad?
(*Con amargura, en tono casi afirmativo.*)
Isid. Poniendo una condicion.
Ros. Pesada para él la ley
Era de nuestro consorcio;
Huyendo yo á extraña grey,
¿Qué mas desea?
Isid. Que el Rey
Le facilite un divorcio.
Ros. ¡Un divorcio! ¡Ah! ya reuno
Con mas fuerza mis rencores.
Cese el combate importuno,
Y un pecho entre dos amores
Alcese libre del uno.
Ya es mengua titubear:
Apariencia, realidades,
Todo tiende á desatar
La union de dos voluntades
Que no se pudo formar.
Sea. ¡En hora venturosa
Nació, nació con estrella
Luciano maravillosa!
Basta que quiera una cosa
Para salirse con ella.
Se cansó de mí el cruel,
De sí alejarme anheló;
Sirvióle el destino fiel:
Goza las ventajas él;
Sufro la ignominia yo.
Mientras me llamen en tropa
Mis amigos y parientes
Mengua de mis ascendientes,
Y sea por toda Europa
Escándalo de las gentes,
Él del yugo detestado
Sacudiendo la cerviz,
De mí vivirá olvidado,
Cada vez mas estimado,
Y cada vez mas feliz.
Yo á la mano sometida
Cuya ley adoro y sigo,
Cedo, y á sufrir me obligo
La pena no merecida
Por otra culpa en castigo.
Pero ¿tanto delinquí
Dando entrada á una pasion
Cuya fuerza reprimí?
¿No me dieron ocasion?
¿Me quiso Luciano á mí?
¡Ay cielo! Si pude errar
Bien pago mi error, bien caro.
¿Y Dios lo ha de tolerar...?
No quiero de él murmurar,
Porque no tengo otro amparo.
(*Aparece Mariana en el fondo, y se queda escuchando.*)
Huiré; que su providencia
Quizá en premio de que postro
La altivez de mi inocencia,
Y el peso bárbaro arrostro
De la vil maledicencia,
Quizá un dia protector
Se me declare, y yo alegre
Vea deshecho el error,
Y mi fama se reintegre,
Y adquiera mas esplendor.
Huiré.
Isid. De carcelería
Sales hoy.
Ros. A Luciano antes
Y á Mariana ver querria.
Isid. Sí, los verás.
Ros. ¿Y quién guia
Luego mis pasos errantes?

ESCENA VIII.

MARIANA, ROSALIA, ISIDORO.

Mar. ¡Oh! No lo pregunte usted.
Ros. ¡Mariana!
Mar. Lo entendí todo.
Quien á usted la salvará,
Seré yo, con Isidoro.
¿No es verdad?
Isid. Sí, Rosalía,
Yo te libraré, yo solo.
Yo he de acompañarte...
Mar. Aun cuando
Partiese á un país remoto.
Isid. Ese es mi deber, Mariana.
Mar. Y sino, yo se le impongo.
Ros. ¿Tú?
Mar. Puedo mucho con él.
Ros. ¿Mucho?
Mar. Me sirve á mi antojo.
Isid. Déjeme usted arreglar
Entre ambos el tiempo y modo
Para...
Mar. Aunque yo me quedara,
No serviria de estorbo.
Isid. No es menester.

Ros. Sí, sí, quédate.
(*Ap.*) No sé lo que en ambos noto.
Mar. Pues, y esta ocasion podemos
Aprovecharla nosotros.
Isid. ¿Para qué?
Mar. Hablemos delante
De mi tia sin rebozo.
Isid. Otra vez, otra vez.
Ros. Habla,
Mariana.
Isid. Es el tiempo corto,
Y...
Ros. Calle usted.
Mar. Dice bien.
¿Es algun pecado gordo
Lo que se va á revelar
Para hacer el vergonzoso?
En suma, el señor y yo
Nos queremos.
Ros. ¿Qué es lo que oigo?
¡Tú y él! ¡Cielos! ¿Desde cuándo?
Mar. Hace mas de un año.
Ros. ¡Cómo!
¿Desde antes que entrada en casa
Le concediera mi esposo?
Mar. Desde mucho antes.
Ros. (*Aparte.*) Cayó
La venda; ya nada ignoro.
Mar. Yo por consejos ajenos,
Que me salieron costosos,
Fingí no amarle...
Isid. ¡Fingia!
Mar. Y el buen señor fué tan bobo,
Que se lo creyó de veras;
Y si me descuido un poco,
O se me escapa á las Indias,
O aquí busca su acomodo.
Ros. (*Ap.*) Me hablaba de ella sin duda,
Y yo creí... ¡Oh! ¡qué sonrojo!
Isid. ¡Mariana!
Mar. Aunque para amar
De veras á otra, era pronto.
Ros. Muy pronto, sí; y yo no creo
Que lo desmienta Isidoro.
Mar. Mi tio, que se ha encargado
Del papel de ángel custodio,
No nos ha dejado nunca
Explicarnos; y hoy que logro
Esta entrevista, de usted
El beneplácito imploro,
Pues aunque Isidoro calla,
Sospecho que dice: «Otorgo.»
Ros. Entiendo yo su silencio
Tambien, y por él respondo.
Yo bendigo vuestra union:
Hágaos el cielo dichosos.
No quiero que se difiera
Por mí vuestro matrimonio.
Yo no necesito ya
De nadie.
Isid. A tus piés me arrojo,
Y pido en favor del celo
Que en salvar tu vida pongo...
Ros. Mi vida va á terminar
En un cadalso afrentoso.
Isid. ¡Señora! pues ¿qué...?
Ros. (*Llamando.*) ¡Justicia!
Mar. ¡Tia!
Ros. ¡Ministros!
Mar. ¿Qué enojo,
Qué despecho es ese?

ESCENA IX.

DON FABIAN, ALGUACILES, DICHOS.

Fab. Aquí
Estamos.
Ros. Oidme todos,
Para que de mis palabras
Deis ante el juez testimonio.
Hoy el arrepentimiento
Ha penetrado en el fondo
De este corazon, guarida
De delitos horrorosos.
El veneno, aquel veneno
Que me procuró el soborno,
Para un vil asesinato
Lo destinaba mi encono,
Y con tan bárbaro intento
Yo misma lo eché en el pomo.
Todos. ¡Oh!
Ros. Llevadme donde vea
Si de mí propia me escondo.
Mar. ¡Jesus!
Fab. ¡Infeliz!
Isid. ¡Dios mio!
Ya para ella no hay socorro.

ACTO CUARTO.

Sala adornada de tapices perteneciente al Palacio, á la cual están inmediatas la habitacion de Rosalía por un lado y la de su marido por otro. En el fondo una puerta, y mas allá un largo corredor ó claustrillo. Es de noche: hay una luz sobre la mesa.

ESCENA PRIMERA.

ISIDORO, MARIANA.

Isid. Sosiégate, hermosa mia.
Mar. ¡Ay Dios!

Isid. Todo está en reposo
Por aquí; vuelve á tu cuarto.
¿Vas perdiendo el miedo?
Mar. Un poco;
Pero hasta que no amanezca,
No entro yo en mi dormitorio.
Aquí tengo el paso libre,
Si asoma otra vez el coco,
Y echo á correr.
Isid. Eso ha sido
Un sueño.
Mar. ¡Es mucho negocio
Que no pueda convencerte
De lo que vi con mis ojos!
Era la fantasma.
Isid. ¡Qué!
No.
Mar. Mira, por temoso,
Merecias que viniera.
Isid. Que venga.
Mar. No fuera flojo
El susto que te daria.
Isid. Ahora que reflexiono,
Creo entender lo que tú
Miras como prodigioso.
Me parece que tendremos
Mañana un dia de gozo;
Que aun podrá su vida triste
Salvar del último oprobio
Aquella infeliz.
Mar. ¿Mi tia?
Me dejas llena de asombro.
¿Qué tiene que ver con ella
La vision?
Isid. Yo estoy absorto
Como tú; pero á este lance,
Si tal solucion no adopto,
No encuentro ninguna.
Mar. ¿Cuál?
Isid. Don Fabian, que es medio loco,
Discurrió, para la fuga
De Rosalía, que un mozo
Se vistiera de fantasma.
Mar. ¡Qué sacrilegio espantoso!
Isid. Mas con esa confesion,
Quedó el plan deshecho y roto:
Los Reyes se arrepintieron
De haber sido tan piadosos
Con la culpable, y la dejan
En el mayor abandono:
Fallo de muerte pronuncia
El juez, y sin fruto imploro
Por ella el perdon; el Rey
Se hace á mi súplica sordo;
Y hasta me vedan que llegue
Con mas instancias al trono.
Mar. Yo no puedo persuadirme
Que ha de morir.
Isid. Yo tampoco,
Y á cada momento aguardo
Algo de maravilloso.
En fin, si Dios no la libra,
Tal vez la salve un arrojo.
A Madrid han de llevarla;
Ni sé cuándo ni sé cómo,
Porque ella y el juez y el Rey
Todos son para nosotros
Invisibles hoy; no obstante,
Animo tengo...
Mar. Y yo oro.
Isid. Pero tal vez esten ya
Satisfechos nuestros votos.
La Reina está en cama, el Rey
Afligido y melancólico,
Habrá usado de piedad
(Como en acto meritorio
Para que Dios con la Reina
Deje de ser rigoroso);
Y Luciano y don Fabian
Acuden al tramontojo
De la fantasma que viste,
Para que entre el alboroto
Que produzca, huya la presa.
Hubiera sido muy propio
Haber contado conmigo;
Pero yo se lo perdono.
Mar. Ya verás como los hechos
Te dejan por mentiroso.
Ninguno de ambos pudiera
Tener el capricho tonto
De darme un susto capaz
De ocasionar un trastorno.
Mi tio cierra mi cuarto
Cada noche á piedra y lodo;
Yo sentí andar con la puerta,
Y descorrer los cerrojos
Y volverlos á correr
Muy despacio; me incorporo,
Llamo, no me oyen, me visto,
Doy á la lámpara un soplo,
Abren, una luz lejana
Me deja ver un coloso
Blanco... y entra en mi aposento
Diciendo en acento ronco:
«¡Mariana, Mariana!»
Isid. Vamos,
Eso...
Mar. No la eches de docto
Incrédulo; que de nuevo
Te digo, y no me equivoco,
Que vi la vision, y oí
Nombrarme como me nombro.
El hecho es que está mi cuarto
Abierto, que no tiene otro
Picaporte que el que guarda
Mi tio tan cuidadoso,

Que le hemos llamado, y duerme,
Por lo visto, como un tronco.
Pues ¿quién será la fantasma?
No es hombre, es un duende.
Isid. En golfo
Tal de confusiones, yo
El rumbo ya desconozco.
Vamos otra vez al cuarto
De Luciano: es ya forzoso
Que despierte y abra.
Mar. Siempre,
Con tener sueño de plomo,
Cierra su alcoba lo mismo
Que si fuera un calabozo.
Isid. ¿Qué habrá sido?
(*Profundamente pensativo.*)
Mar. Oigo rumor.
Isid. Alguien viene.
Mar. ¡San Antonio
Me valga!
Isid. Nos llevaremos
La luz. (*La toma.*) Ven.
Mar. ¡Ay! yo me ahogo
De miedo.
Isid. Estando á mi lado,
No temas.
Mar. Huyamos pronto. (*Vanse.*)

ESCENA II.

ROSALIA, ESCOLTADA POR VARIOS SOLDADOS MANDADOS POR UN OFICIAL. DON FABIAN CON ALGUNOS ALGUACILES. UN SOLDADO TRAE UNA LUZ Y UN ALGUACIL OTRA.

Fab. Pisad quedo. — ¡Qué torpeza!
No sonar esos fusiles.
Vosotros, los ministriles,
Volveos desde esta pieza.
(*Vanse los alguaciles.*)
Ros. Sígalos usted, no baje.
Fab. Pues ¡qué! ¿no mereceré
Que usted la mano me dé
Al tomar el carrüaje?
Deseo es bien natural
En momento tan amargo.
Ros. ¡Ay Dios!
Fab. Mucho se la encargo
A usted, señor oficial.
Ros. No trate usted de impedir
Que él por sus impulsos obre:
Todo es igual á una pobre
Que es conducida á morir.
(*Isidoro, que á este tiempo volvia, y llegaba á la puerta con la luz en la mano, oye á Rosalía, sale precipitadamente, deja la luz en la mesa y rompe por entre los soldados.*)

ESCENA III.

ISIDORO, DICHOS.

Isid. ¡A morir!
Ros. ¡Cielos! ¡qué veo!
Fab. Fué en vano todo el sigilo.
Ros. Llevadme.
Fab. Llevadla en vilo
De aquí, cumplid su deseo.
Ella no ha querido hablar
A nadie de la familia.
Isid. ¿Y quién no se reconcilia
Cuando se va á separar,
Y cuando va á ser eterna
La separacion?
Ros. ¡Ay triste!
¿Por qué al paso me saliste?
Isid. El que todo lo gobierna
Me trajo á esta habitacion,
Para que al verte salir,
Pudiera á tus piés gemir
Implorando compasion.
Ros. ¡Quién la pide á quién! — Paraos,
(*A los soldados.*)
Si gustais, aquí un minuto.
Fab. ¿No han de gustar? Solo un bruto
Se negaria. — Apartaos.
(*Los soldados se desvian.*)
Ros. Mariana no podrá oirnos.
Isid. No, se halla de aquí distante.
Ros. Sintiera verla delante
Al tiempo de despedirnos.
Ni ella ni mi esposo pueden
Saber lo que á tí te diga,
Si la angustia y la fatiga
Que concluya me conceden.
Mis desventuras me eximen
De miramientos, pues creo
Que todo es lícito al reo
Que muere y paga su crímen.
Isid. No, por fuerza ó por ardid
O consiguiendo tu indulto...
Ros. Va á ser mi suplicio oculto
Así que llegue á Madrid.
No hay que esperar.
Isid. Sí: yo vuelo
Tras tí con gentes...
Ros. ¡Ah! cesa.
Mi esperanza está en la huesa
Y en la muerte mi consuelo. —
Esta infeliz, hoy odiosa
Al mundo, tuvo al nacer
Cuanto pudo apetecer
La mujer mas ambiciosa;
Mas de un funesto vaiven
Nadie en la tierra se libra,
Porque al fin siempre equilibra

La suerte el mal con el bien.
Yo para mi perdicion,
Para mi oprobio y afrenta,
Recibí un alma sedienta
De goces del corazon;
Y en esa frívola corte
Que enamora por oficio,
Que tiene por moda el vicio
Y el vil interés por norte,
De cuantos amor postró
A mis piés, ninguno vi
Que me quisiera por mí,
Que sintiera como yo.
Pero no es gran maravilla;
Pues ¿quién sospechara, quién,
Que hoy, empolvada la sien,
Vistiendo bata y cotilla,
Pudiera haber ni una sola
Castellana palaciega
Que supiese amar tan ciega
Como una antigua española?
Muda el tiempo las naciones,
Varían los personajes,
Y lo mismo que los trajes,
Se cambian los corazones.
De esta ley se exceptüó
El mio para su daño,
Y vióse en un mundo extraño,
Y el mundo le atropelló,
Cual flor que vino á brotar
En vereda pasajera,
Donde solo haber debiera
Pedernales que pisar.
Pensé que aquel á quien dí
De esposo el sagrado nombre,
Me amaba: vi luego un hombre
Que solo se amaba á sí.
Por él á casa viniste
Tú en quien mi cariño acopio:
No te engañes á tí propio,
Tú tampoco me quisiste.

Isid. ¡Oh! sí; mi estrella maligna...

Ros. No, yo te aplaudo imparcial:
Mi amor era criminal,
Y yo del tuyo era indigna.
Este, este es el verdadero
Crímen en que yo he caido,
Y este á pensar me ha inducido
Otro, y por pensarlo, muero.
Yo jamás quise atentar
A otra vida que la mia;
Por lo amarga que seria,
Fué el quererme envenenar.
Ya estaba resuelta á huir;
Supe tu callado amor,
Y me pareció mejor
Acabar ya de sufrir.
Del vulgo la necia charla
Cuanto quiera me atribuya;
Vida que no ha de ser tuya,
No he querido conservarla.

Isid. ¡Oh nueva que me aniquila! —
Yo te libro, ó moriré.

Ros. No, no: me desahogué
Con esto, y me hallo tranquila.
Nos vimos aquí los dos;
Venció el impulso terreno;
Mas ya parto, y me sereno
Para dirigirme á Dios.
Conmigo espero que ablande
Su justicia rigorosa;
Que si es mi culpa horrorosa,
La expiacion es bien grande.
Cuando mi alma descargada
Del peso de la existencia,
Llegue ante la Omnipotencia
Que nos hizo de la nada;
Si en las etéreas regiones
Algun recuerdo subsiste
De este miserable y triste
Valle de tribulaciones;
Si es lícito del Señor
Que fulminó en Sinaí,
Para el que se queda aquí
Gracia implorar y favor,
Yo solo le rogaré
Que me permita bajar
A ser ángel tutelar
Del hombre á quien tanto amé.
¡Oh! y aun debo cuando así
De nuevo á la tierra me uno,
Velar tambien sobre alguno
Y alguna que aborrecí. —
Ya no aborrezco, ya amansa
La tormenta pertinaz
Del pecho, y ansio la paz
Del que en la tumba descansa.
Di al que sin querer me pone
Hoy en esta situacion,
Que yo le pido perdon
Para que Dios me perdone.
Di que le ruego otra cosa
Que mi afan último fué,
Y es que, muerta yo, te dé
A Mariana por esposa.
No la reveles que amamos
A un hombre mismo ella y yo,
Y hazla, pues te mereció,
Hazla feliz. A Dios. Vamos.

(Vase, y siguenla el oficial y los soldados: Isidoro detiene á don Fabian.)

ESCENA IV.

ISIDORO, DON FABIAN.

Isid. Don Fabian, aguarde usted;
No se marche usted aún.
Fab. No, déjeme usted.
Isid. Por Dios,
Que no vivo de inquietud,
Y ocurre una novedad
De especie nada comun.
Fab. ¿Cómo?
Isid. La fantasma ha vuelto
A aparecerse.
Fab. ¡Jesus!
Pero ¿será algun difunto
Mal hallado en su ataud,
O es quizá que me ha robado
Mi pensamiento un gandul,
Y sale á espantar las gentes
Con faldas y con capuz?
¿Por dónde anda?
Isid. Por palacio.
Fab. ¿Aquí? ¡Voto á Belcebú!
¡En la morada del Rey!
Pues no me dé Dios salud
Si no descubriese el duende,
Y aunque sea ángel de luz
O de tinieblas, le enseño
A no turbar la quietud
Del Sitio donde gobierna
Don Fabian Villaragut.
Isid. Le han visto en nuestro aposento.
Fab. ¿Quién?
Isid. Mariana.
Fab. ¡Huy, huy, huy, huy!
Lo entiendo: algun mozalbete,
Que no es de la sangre azul,
La quiere, y no puede verla,
Y se encaja á bultuntun
Donde ha de costarle el chiste
Ir á comer alcuzcuz
A Morería. Es preciso
Domar á la juventud.
¿Lo sabe ya don Luciano?
Isid. Aun no.
Fab. Avisárselo. Abur. (*Yéndose.*)
Pido una patrulla, rondo,
Le vemos: ¿no se da? ¡plum!
Cuatro tiros, que le dejen
Sin que diga tus ni mus. (*Vase.*)

ESCENA V.

ISIDORO.

Un estorbo menos. — Fuera
La mas vil ingratitud
Abandonar á su suerte
A Rosalía. Segun
Dijo Mariana... Con su oro,
Si acudo con prontitud,
Podré ganar los soldados;
Y si no, aunque la segur
De la justicia provoque
Con algun delito, algun
Desacierto, yo la salvo:
Lo juro á Dios y á una cruz. (*Vase.*)

(*Queda el teatro solo algunos momentos, durante los cuales el reloj del convento da las cuatro. Entonces en el fondo del claustrillo, que está oscuro, aparece un hombre envuelto en una sábana que le cubre de piés á cabeza: adelántase con paso lento y vacilante; y cuando entra en la sala, donde Isidoro ha dejado la luz que trajo, descubre el espectador las facciones de Luciano. Trae en la mano unas llaves, y cerrados los ojos: su ademan y voz son los de una persona afectada del somnambulismo.*)

ESCENA VI.

LUCIANO.

Lo que importa es cerrar.
(*Entorna la puerta del fondo haciendo con una de las llaves el movimiento para cerrar. Despues da unos pasos hácia el proscenio, alza la mano como para colgar las llaves y encerrarlas en una relojera, y las deja caer sobre una silla.*)
Nadie lo sabe.
Mi precaucion no ha sido sin provecho.
Nadie me ve, cerrado bajo llave,
Si tal vez me levanto de mi lecho.
A Madrid, á Madrid; que ya estoy harto
Del Sitio donde vive Rosalía. —
¡Qué cerradura aquella de mi cuarto!
Mejor que las de aquí: no la abriria. —
Todo en el Escorial, todo me asombra.
Aun el peligro que corrí, me pasma.
¿Con que yo soy á quien el vulgo nombra
Cada vez que recuerda la fantasma? —
¿Yo entre sueños hablar? ¿Qué estoy diciendo?
No: yo soy mi mejor, mi único amigo.
Veinte años há que el disimulo aprendo,
Y nunca fuí traidor para conmigo. —
Yo primero. — ¡Mariana! ¡Oh mi tesoro!
¡Rosalía! ¡Qué fe! ¡qué virtüosa!
Es un pobre infeliz el Isidoro.
Ella y él, ¡qué pareja! — ¡Qué enfados

ESCENA VII.

ISIDORO, LUCIANO.

Isid. No hay tiempo que perder : llevo dinero ,
Y pistolas tambien , por si es preciso.
Luciano no responde. (*Repara en él.*)
Luc. Yo primero.
Isid. ¡Luciano!
uc. Yo primero : te lo aviso.
Isid. Esos ojos cerrados...
Luc. (*Sonriéndose.*) Mi cautela
Con la verdad á descubierto engaña.
Isid. Somnámbulo es: el corazon me hiela
Una sospecha atroz.
Luc. (*Aterrado.*) ¿Quién me acompaña?
¿Quién en mi asilo entró sin mi licencia?
¿Quién eres tú que estremecer me has hecho?
Isid. ¿Le hablaré?
Luc. La conozco : es mi conciencia.
Huye : te he desterrado de mi pecho. —
¡Una copa! Da aquí, la haré pedazos:
No puedo ver las copas de esa hechura.
¿Qué dama es esa que me traes en brazos?
¿Cómo pudo romper la sepultura?
Isid. ¿Me es lícito escuchar? ¡Oh! no me
Sin ver... [aparto
Luc. ¿Espejo blanco? Observaremos. —
Otra tarde los dos juntos iremos.
Sal hoy sin mí. Te aguardaré en tu cuarto.—
Salió. — ¡La llave falsa de la arquita!
(*Dirígese hácia el lado donde figuró guardar las llaves, y hace que las vuelve á tomar. Isidoro sigue sus movimientos, repara en las llaves que están en la silla, y las coge, y examina una pequeña, dejando, al hacer esto, las pistolas en una mesa. Luciano vuelve al medio de la sala, y ejecuta la pantomima de una persona que abre y registra un mueble, temiendo ser visto.*)
Isid. ¡Llave falsa!
Luc. ¿Me ven?
Isid. ¡Es esta!
Luc. Ahora.
No acierto... ¡Qué temblor! Mano cobarde,
Sírveme bien. Sin miedo, sin demora.
¿Helada estás? ¡y mi cabeza se arde!
(*La congoja de los remordimientos se apodera de él por un instante, y prorumpe en sollozos.*)
Una gota que abrasa me ha caido...
¡Yo llorar! ¿No abrí ya? ¿Qué me detengo?
Ya debe estar mi pecho encallecido
Con la pasion voraz que en él mantengo.—
¿Renunciaré...? ¿Y mi bien? No hay que hacer caso. —
Este pomo... un papel... Veamos. Corro,
Analizo... ¡Es veneno! Eso me ahorro.
Acerté. Mudo el líquido á mi vaso.
Isid. ¡Oh! [me atrevo.
Luc. ¿Y he de envenenarme? Sí,
Se trata de la dicha. Se prepara
La ocasion... — Si de mí se separara,
Quizá... Si no consiente, pido y bebo.
Ya minoré la dosis; tendré á mano
El doctor y el antídoto... — Era cierta
La traza... — y en efecto, ya estoy sano,
Y libre voy á estar.
Isid. Monstruo, despierta.
(*Sacudiendo reciamente á Luciano de los brazos, para hacerle volver en sí.*)
Luc. ¿Quién llama? ¿Dónde estoy?—¿Tú me observabas?
Isid. Sí, y en tu lenguaraz somnambu-
Delator imprudente de tí mismo, [lismo,
Tu iniquidad de revelar acabas.
Luc. ¿Hablé?
Isid. De todo ya tengo noticia.
Luc. ¿De qué?
Isid. De todo. Es fuerza que repares
(*Mostrándole la llave falsa del botiquin.*)
Ese crímen atroz, y á la justicia
Inocente á tu víctima declares.
Luc. ¿Cómo? [España.
Isid. Escribe un papel, y huye de
Luc. ¿Puedo libre salir de este recinto?
Isid. Solo tu amigo, por ventura extraña,
Solo yo te escuché.
Luc. (*Aparte.*) Ya es muy distinto.
Isid. Y yo á mi bienhechor no seré ingrato,
Aunque bien lo merezca su alma impura.
Luc. No es tiempo ya de hacer el mogigato:
Hablemos, Isidoro, con lisura.
Isid. ¡Eh! nada ya de cuanto digas creo.
Yo escribiré el papel, fírmalo y vete.
Ya te conozco, y con vergüenza veo
Que todos te servimos de juguete.
Luc. ¿Me creerás si digo que lo aciertas?
Isid. ¡Qué audacia!
Luc. ¿Será audacia si te digo
Que olvidas que al abrírsete mis puertas,
Eras, tú que me insultas, un mendigo?
Isid. Al mendigo en tu casa recogiste;
Mas ¿cuál de tu bondad era el misterio?
Tú cerca de tu esposa me pusiste
Para acusarla un dia de adulterio.
Luc. Sobrado lejos de mi fin has ido.
Otra fué mi intencion.
Isid. ¿Otra? ¿Cuál? Dila.
Luc. Que siendo del tutor favorecido,
Te abstuvieras de amar á la pupila.

Rosalia despues cedió al arrullo
De la aficion: me aproveché del lance;
Pero tú solo amaste por orgullo,
Y ella dió en ser honrada á todo trance.
Prueba de que es su amor débil centella,
Bien inferior á mi pasion tirana,
Que por cualquier obstáculo atropella
Para adquirir la mano de Mariana.
Isid. ¿De Mariana? ¡Gran Dios! ¿Somos rivales?
Luc. ¡Ah! — No entendia que ignorabas
Isid. ¿Tú amarla? [esto.
Luc. Sí, y en competencias tales
El uno tiene que ceder el puesto.
Isid. No quien sabe querer.
Luc. ¿Y el que en el orbe
No halla fuerza capaz de detenerle,
Muestra que sabe amar? ¿Debe temerle
Quien caminar hácia su fin le estorbe?
Sirva de ejemplo mi infeliz esposa
Para que nadie resistirme emprenda.
Dueño he de ser de mi pupila hermosa.
¡Triste del que robármela pretenda!
Isid. ¡Triste del criminal!
Luc. Declamaciones
A un lado; por tu bien te lo suplico.
Necesario será que reflexiones
Que no cede jamás el fuerte, el rico.
Isid. El fuerte aquí soy yo: puedo per-
Y salvar á tu esposa es mi conato. [derte,
Luc. Sin que nada mi plan se desconcierte,
Yo la puedo librar dentro de un rato.
Yo la he dejado sin defensa alguna
Porque en la idea de morir se aferra;
Pero contigo parto mi fortuna,
Si á llevarla te obligas á Inglaterra.
Isid. No, vuélvele su honor, vil asesino.
Luc. Por tí lo voy á ser, hombre insensato. (*Coge las pistolas.*)
Aquí hay armas: salgamos al camino;
Pero ten por seguro que te mato.
Si combatir prefieres con espada,
No rehuso tampoco la palestra:
Contra tu mano inhábil y turbada,
Tengo la mia imperturbable y diestra.
Y si, muriendo tú, se te figura
Que mi vida á la ley daré en tributo,
Te engañas; la opinion de que disfruto
De toda ruin sospecha me asegura.
No en balde beneficios he sembrado;
No en balde todo el mundo me venera.
Mi proceder me tiene autorizado
Para hacer sin peligro cuanto quiera.
Isid. Vamos donde tu vil hipocresía
Víctima caiga de mi noble aliento:
Pudo triunfar hasta el presente dia;
Pero hoy va á ser mayor el escarmiento.
En vano con su bárbara prudencia
Los hilos de una red el crímen ata;
Con un golpe no mas la Providencia
El pérfido artificio desbarata.
Véslo en tí: cuando nada necesitas
Para que el triunfo horrible se corone,
Tú vienes, y la máscara te quitas,
Y el labio tuyo contra tí depone.
Luc. Conoce tú (y acaso te estremezcas)
Si al destino le tengo avasallado,
Cuando por mí dispone que hoy padezcas
Error tan de notar en un letrado.
Tú debiste llamar quien me escuchara:
No hay de mi confesion acusadores.
¿Quién, cuando mueras, contra mí declara?

ESCENA VIII.

DON FABIAN, ABRIENDO DE GOLPE LA PUERTA DEL FONDO, Y SALIENDO ACOMPAÑADO DE PALACIEGOS Y SOLDADOS; DICHOS.

Fab. ¿Quién? Mírelos usted: estos se-
Isid. ¡Oh cielo! [ñores.
Luc. Me perdí.
Fab. Vaya usted viendo
Si gente son que confianza inspira.
Y otro mas principal estaba oyendo,
Que haciéndose mil cruces se retira.
Isid. ¿Quién?
Fab. y Pal. El Rey.
Fab. Al andar por este lado,
Sentimos bulla; comprendí el asunto,
Dí aviso, vino el Rey, mandó un soldado,
Y á su ahijada recibe en este punto.
Yo, como alcalde pues, aunque interino,
De la bondad de don Luciano espero
Que se ponga la capa y el sombrero,
Y me siga al lugar de su destino.
Luc. No hay remedio.
(*Entrase en su habitacion.*)
Fab. Seguidle y desarmadle.
(*A dos soldados, que entran en la habitacion de don Luciano.*)
Voces. ¡Viva el Rey, viva el Rey!
(*Dentro.*)
Ros. (*Dentro.*) Señor, clemencia.
Isid. Es ella: ya está aquí.
Ros. (*Dentro.*) No, perdonadle.
Una voz. Muera el calumniador de la inocencia. (*Dentro.*)

ESCENA ULTIMA.

ROSALIA, APARECIENDO EN LA PUERTA DEL FONDO; MARIANA, QUE SALE DE SU CUARTO POCO DESPUES; DICHOS.

Ros. ¡Ah! nada he conseguido.

Isid. ¡Rosalía!
Ros. ¡Isidoro!
(*Oyese un pistoletazo en el cuarto de Luciano.*)
Isid. ¡Dios mio!
Ros. ¿Qué he escuchado?
Isid. ¿Será posible?
Mar. (*Saliendo.*). ¡Él, él! ¡se ha suicidado!
Isid. No llores: ni ¡iedad mereceria.
Ros. Perdónale, mi Dios.
Mar. ¡Oh desventura!
Ros. Yo mientras permanezca entre vi-
Yo rogaré con súplicas ardientes [vientes,
Por él en la estrechez de una clausura.
Isid. El siglo aún te dará dias serenos.
Ros. Quiero una celda.
Mar. ¿Y yo?
Ros. ¡Ruego importuno!
Ya nadie me ha de ver.
Isid. ¡Nadie!
Ros. Ninguno.
Mar. Pero nosotros sí.
Ros. Vosotros menos.

EL BACHILLER MENDARIAS,

DRAMA EN CUATRO ACTOS EN VERSO

ESTRENADO EN EL TEATRO DEL PRINCIPE A 15 DE OCTUBRE DE 1842.

PERSONAS.

MENDARIAS.
DON JUAN.
DOÑA BEATRIZ.
DON BELTRAN DE ERIL.
ELVIRA.
MELITONA.
ALFONSA.
SORIANOS.
PRESOS.
CRIADOS.
SOLDADOS.

La escena es en Soria el año 1388, por San Juan. Los actos primero y segundo pasan en la ciudad, el tercero y cuarto en el alcázar extramuros.

ACTO PRIMERO.

Sala de una casa particular: las paredes blancas, el techo de armadura en cuadros, con una moldura alrededor, que forma un encasetonado sencillo. Sitiales de nogal y un escritorio: á un lado un altar de San Juan con muchas luces y muy adornado de colgaduras y flores. Oyense en la calle músicas y griteria.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA BEATRIZ, CON MANTO; DON JUAN.

Beat. Ya lo ves, por mas que Elvira
Quiera hacerse la devota,
Ella no pierde una fiesta
De cuantas ofrece Soria.
Vamos á salir tapadas,
Y sin embargo se adorna
Con esmero tan prolijo
Como si fuese á una boda:
La que se engalana tanto,
No piensa meterse monja.
Juan. Ella asegura que sí.
Vos pecais de bondadosa:
Vos no haceis nunca valer
El fuero de protectora
O de madre (pues al cabo
No ha tenido jamás otra),
Y lejos de procurar
Inclinarla á ser mi esposa,
Le ofreceis un rico dote
Si llega á ceñir la toca,
Le asalariais un maestro
De letras, la comprais joyas,
Y en todo su voluntad
Sirve á la vuestra de norma.
Beat. ¡Qué pesadumbre recibo
Con tus quejas envidiosas,
Don Juan! Niño abandonado,
Mi marido (que esté en gloria)
Te trajo á su casa, y hoy
La manejas como propia.
Tú cuidas de mi caudal;
Tú arriendas, vendes y compras
Mis tierras: doña Beatriz
De Lara no es la señora
Aquí; don Juan es el amo:
A tí la familia toda
Por tal obedece, y hasta
El clérigo de corona,
Ese maestro de Elvira,
Que ya tal vez te incomoda,
Tú me le trajiste á casa
Para enseñar á tu novia.
Juan. De Mendarias nada temo:
El bachiller es persona
Que se ha criado conmigo,
Y hace lo que se me antoja.
Beat. Cierto: porque tú lo quieres,
Él tan rígido se porta

Con Elvira.
Juan. Ese interés
Vivísimo que en vos notan
A favor de una muchacha
Huérfana...
Beat. Me desazonas,
Don Juan. Lo he dicho mil veces:
Hay un secreto que ignoras,
En ello.
Juan. Vos la tratais
Como la mas cariñosa
De las madres.
Beat. ¡Madre! — Tú
Cuando hablas, viertes ponzoña. —
Sí, don Juan: mi corazon
Es de madre: así me nombra
Elvira por gratitud:
Me consuela, me ilusiona
Ese título; mas ¡ay!
Si alguna vez de otra boca
Lo hubiese oido... ¡Qué dicha,
Qué dicha inefable goza
La que tiene un hijo, digno
De la madre que le adora!
En su atavío empleara
Yo la tela mas costosa;
No envolverian su cuerpo
Lienzos que no fueran obra
De mi mano; yo arreglara
De su cabello las ondas,
Yo le vistiera la aljuba,
Yo le ajustara la cota,
Yo le tuviera el estribo
Cuando la bélica trompa
Montar le hiciera á caballo
Para ir á lidiar con honra.
Y mis ojos seguirian
Su carrera polvorosa;
Y de allí volara al templo,
Y á la luz de mil antorchas,
Ante el ara de la madre
Del Dios de misericordias,
Ante el ara por mí llena
De ofrendas propiciatorias,
Alzárase cada dia
Mi súplica fervorosa
Por el pedazo del alma
Que me tenia en zozobra.
¿Qué supone la belleza
De la hija mas hermosa
Para lo que vale un hijo
Cuando de la guerra torna,
Y pide á su madre un beso
En premio de la victoria?
Negóme el cielo este bien;
Mas pues en cambio me otorga
El amor de una doncella
Confiada á mi custodia,
Déjanos en paz querernos
Como sabemos nosotras.
Juan. Ella abusa de ese amor.
Beat. Ordenes que yo le imponga,
¿Podrán hacer que te quiera,
Si tú mismo no lo logras?
Juan. Cuando se trata de hacer
A una doncella dichosa,
Y ella su bien desconoce,
Una buena directora
Manda, y se hace obedecer.
Yo, si Elvira es religiosa,
De todo seré capaz.
Beat. Calla por Dios, no nos oigan.
Juan. Ignoro quién fué mi padre:
El cura de la parroquia
Me criaba con el nombre
De don Juan, y esto denota
Sangre ilustre; vuestro esposo
Me igualó con su persona
En la educacion que darme
Quiso; por su muerte pronta
Y sin hacer testamento,
Nada de mi orígen consta;
Pero creerme hijo suyo
No fuera una paradoja.
Con todo, perdí su herencia.
Beat. Yo seré tu bienhechora:
Dividireis tú y Elvira
Mi hacienda.
Juan. Es harto cuantiosa
Porcion la mitad; no obstante...
Beat. Ya: tú la quisieras toda.
Juan. La mano de Elvira quiero.
Darámela sin demora
Si vos hablais en mi apoyo.
Beat. Es imposible: perdona.
Juan. Por el dia de mañana...
Beat. ¡Ah!
Juan. Por la tierna memoria
Que en el dia de San Juan
A vuestros ojos agolpa
Tantas lágrimas.
Beat. No mas:
Con ese recuerdo postras
Mi voluntad á la tuya
Siempre. Basta.
Juan. (*Aparte.* Se sonroja:
He vencido.) No creais
Que os amenazo, señora;
No: yo sé callar; la fama
Vuestra pura, esplendorosa,
Brillará siempre, cual esos
Ricos balajes [1] que adornan
El relicario que nunca
Vuestro seno desaloja.

[1] Una especie de rubíes.

Beat. Basta, digo: yo seré
Con Elvira rigorosa;
Diré que le niego el dote
Ofrecido y se la arroja
De mi lado, si no es tuya.
Juan. Con esa advertencia sobra
Para que ella reflexione...
Beat. Pero si no reflexiona,
¿Qué he de hacer?—A Elvira nunca
Faltará quien la socorra.—
Consultaré á don Beltran.
Juan. La opinion suya ¿qué importa?
Beat. Respeta mi gusto. Haz tú
Pesquisas indagatorias
Sobre tu orígen tambien.
Juan. ¿A qué fin?
Beat. Pregunta ociosa.
Porque yo lo quiero así,
Y basta que lo disponga.

ESCENA II.

ELVIRA, CON MANTO; ALFONSA, DICHOS.

Elv. Aquí estoy ya. ¿Qué os parezco,
Madre?
Beat. Un ángel.
Juan. Una diosa.
Elv. Un solo Dios hay, don Juan.
Palabras blasfematorias
Repugnan á mis oidos,
Aunque suenen á lisonja.—
Vamos, madre; que esta noche
Me he de divertir á costa
De todo el mundo: el señor,
Para que no nos conozcan
Tapadas, que no nos siga.

ESCENA III.

MENDARIAS, DICHOS.

Mendo. Dominus vobiscum.
Juan. ¡Hola!
El maestro.
Elv. ¡Ay! ¡ay!
Beat. Salud,
Bachiller.
Mendo. ¿Se va de broma?
Beat. Es víspera de San Juan...
Elv. Hay velada...
Juan. Se alborota,
Se canta, baila y chancea...
Elv. Cosas inocentes todas.
Mendo. ¿Inocentes? Ya lo creo.
Si se hace la vista gorda...
Y ¡qué peripuesta sale!
¡Disposiciones famosas
Para echarse encima el sayo
Burdo y quedarse pelona!
Pero al caso: ¿y la leccion...?
Elv. Una ocupacion forzosa...
Mendo. Vine á las diez...
Elv. Sí...
Mendo. No estábais.
Vuelvo por la tarde...
Elv. ¡Toma!
Por la tarde...
Mendo. *Volaverunt.*
Dije: «Fuerza es que la coja
De noche en su casa.» Vengo,
Y ¡escapais tambien ahora!
Pues, no señor, sin dar antes
Leccion, no hay escapatoria.
Elv. ¡Madre...!
Beat. En eso él es quien manda;
Yo no.
Mendo. Para ser lectora
De provecho, es menester
No hacerse la remolona,
O tendreis en el convento
Que aprenderos de memoria
El rezo, y será imposible
Que llegueis á ser priora,
Ni aun sacristana.
Beat. Al momento
Despachas.
Mendo. Tómale, Alfonsa,
Tómale el manto.
Alf. (*Que está lejos de Elvira.*) ¿Voy?
Elv. Sí.
Mendo. Los guantes están de sobra
Tambien.
Elv. Me los quitaré.
Mendo. Y cuenta, que hay palmatoria
Flamante, en lugar de aquella
Que echó al pozo esa fregona.
Elv. ¡Vaya!
Alf. Como yo la pille...
Mendo. Creo que no esteis quejosa
(*Aparte con Beatriz.*)
De la dulzura que gasto
Con la niña.
Beat. Me destroza
El corazon el oiros;
Pero si no hay otra forma
De obtener que se disguste
Del monjío. ¡Y aun me agobia
Don Juan á reconvenciones
De que no le sirvo!
Elv. (*A Alfonsa.*) Corta
Es la detencion: no dobles
El manto. ¡á la hora
Mendo. (*Aparte á don Juan.*) ¿Vendrá
La gente?

Juan. Sí.
Mendo. No saldrá
De su jaula la paloma.
Elv. ¿Dónde puse los papeles?
(*Registrando un escritorio.*)
Mendo. ¡Discípula cuidadosa!
Ni los ha visto.
Elv. Sí tal.
(*Aparte.* Por lo blanco de las hojas.)
Ya han parecido.
Mendo. *Laus tibi,*
Christe. Ocupo mi poltrona.
(*Siéntase en un sitial: Alfonsa coloca un escabel delante de Mendarias, y sobre él se hinca de rodillas Elvira para dar leccion: santíguanse ambos antes de empezarla.*)
Vamos allá.—No direis
Que la letra es mala: copia
Es hecha por mí de un pliego
Del Rey, que me proporciona
Por gran favor el notario
Del concejo.
Elv. (*Aparte.*) ¡Qué enfadosa
Tarea!
Mendo. Sabeis así
Cualquier novedad de monta
Que ocurre, al punto. Empecemos
Por el trato de Bayona.
Elv. (*Lee.*) «Trato de paz habido entre los mensajeros [1] del Rey don Juan el primero de Castilla, é el Duque de Alencastre, hermano del Rey de Ingalaterra, firmado en la cibdad de Bayona en este año del nascimiento de N. S. de mil é trecientos é ochenta é ocho años.»
Mendo. Bien: al primer otrosí.
Ya va un punto.
Beat. Ese se borra.
Elv. [2] «Otrosí, que finada ya la guerra, los dichos Rey de Castilla é Duque de Alencastre, é la Duquesa doña Costanza su mujer, fija del Rey don Pedro, farán que se faga casamiento por palabras de presente entre el Infante don Enrique, fijo primogénito del Rey de Castilla, é doña Catalina, fija de los dichos Duque é Duquesa.»
Mendo. Aquí.
Elv. «Otrosí, que el dicho Rey de Castilla dará é pagará al Duque de Alencastre seiscientos mil francos de buen oro é justo peso; é amen desto, cada un año por toda su vida de los dichos duque é duquesa, cuarenta mil francos puestos en la cibdad de Bayona.»
Juan. Ya sabe el inglés
Vendernos cara la torta.
Elv. ¿Pero Bayona en Francia
No está?
Mendo. Sí tal.
Elv. ¿Se aloja
Ese Duque inglés, ó manda
Hoy allí?
Mendo. Vaya de historia.
Bayona y Burdeos son
De los ingleses ahora.
Juan. Seiscientos cuarenta mil
Francos se le desembolsan
Al Duque este año.
Mendo. Seguid.
Elv. «É que los dichos Duque é Duquesa renunciarán é demitirán en el Rey don Juan é sus herederos todo el derecho que dijeren que hobieren á los regnos de Castilla.»
Mendo. Vamos, estais mentirosa
Esta noche como nunca.
Elv. «Otrosí, de los fijos del Rey don Pedro que el Rey de Castilla tiene presos, que esto fincará (*Elvira lee* finará.) en la cuerda...»
Mendo. ¿Qué cuerda ni qué maroma?
En acuerdo.. y porque vos
Os acordeis... (*Tómale la mano.*)
Elv. Perdon: otra
Vez lo haré mejor.
Mendo. Estudie,
Que no es ninguna mocosa.
(*Le da palmetas.*)
Mendo y *Elv.* (*Repitiendo.*) «De los fijos del Rey don Pedro que el Rey de Castilla tiene presos, que esto fincará en acuerdo del Rey é del Duque.»

ESCENA IV.

DON BELTRAN, DICHOS.

Belt. Guárdeos Dios.
Juan. ¡Señor alcaide!
Beat. Don Beltran, su servidora.
Belt. Elvira, altar y leccion
Cosas son contradictorias.
Elv. Ya, pero...
Belt. (*A Mend.*) ¿Adelanta?
Mendo. Nada.
Belt. La teneis medio llorosa.
Mendo. Si me cuesta el enseñarla
Mas que á vos regir la tropa
Que teneis de guarnicion
En el alcázar de Soria.
Belt. Don Juan, á buscaros vengo.

[1] Elvira lee *mesnaderos* en lugar de *mensajeros.* Mendo corrige.

[2] En este y los demás trozos que lee Elvira, comete una porcion de equivocaciones, que tambien corrige Mendo.

Juan. ¿Quereis que hablemos á solas?
Belt. Quiero antes oir á Elvira.
Mendo. Esta letra es mas redonda.
(*Dale otro papel.*)
A ver.
Elv. (*Lee, y don Beltran le va diciendo las palabras en voz baja.*) «Hase ordenado en las Cortes de Briviesca que para cobrar la cuantía que el Rey ha de dar al Duque de Alencastre, que se demande un empréstito general al regno.»
Mendo. Don Beltran, silencio.
¡Qué bien se va cuando sopla
Algun espíritu santo!
Esta alumna me deshonra.
Dos docenas de palmetas
Merece una perezosa
Tal.
Belt. Perdonadla.
Mendo. (*A doña Beatriz.*) El señor,
Que siempre por ella aboga,
Me precisa á conmutar
La sentencia percusoria.—
No salga esta noche Elvira.
Belt. Eso...
Alf. (*Aparte.*) Mal lobo le coma.
Elv. ¿Que no salga?
Mendo. Y bajo llave
Esté encerrada en su alcoba.
Elv. ¿Por qué?
Beat. ¿Por qué?
Mendo. Porque estamos
En la víspera ruidosa
De San Juan, que á las doncellas
El cerebro les trastorna.
Elv. A las que piensen casarse...
Mendo. Y ese altar con tanta rosa
Y tanta luz, ¿no se ha puesto
Para hacer la ceremonia
Sabida de orar al santo,
Y quedarse silenciosa
Con un pié en agua despues,
Atendiendo á ver si nombran
A alguno los que vocean
Por la calle hasta la aurora?
Beat. No hará eso Elvira.
Juan. Seria
Pecar de supersticiosa.
Belt. No es capaz...
Elv. (*Aparte.*) No habia yo
Pensado en ello, y me acosan
Con prohibírmelo, tanto,
Que ya...
Beat. ¿Con que habrá encerrona?
Belt. ¡Pobre Elvira!
Juan. Os haré yo
Compañía.
Belt. Y yo.
Elv. Gustosa
La admitiera; pero ved
Que era entonces ilusoria
La pena. (*Aparte.* Así me liberto
De la presencia enojosa
De don Juan.) Adios, señores. (*Vase.*)
Mendo. Cuidado tú, cariboba,
Con la puerta.
Alf. ¿Abrirla yo?
¡Pues ya! (*Aparte.* Lo he de hacer á posta.)
(*Vase.*)
Beat. Venid, por si la presencia
Nuestra á don Beltran estorba.
(*Vanse doña Beatriz y Mendarias.*)

ESCENA V.

DON BELTRAN. DON JUAN.

Juan. Noble don Beltran de Eril,
¿Qué me teneis que mandar?
Belt. De vos quiero confiar
Un negocio harto sutil.
Juan. Cuando salís del castillo
A tales horas, barrunto
Que es gravísimo el asunto.
Belt. El venir es muy sencillo
En noche de tal jarana:
Os hablo, y al paso noto
Si hay síntomas de alboroto
En Soria para mañana.
Juan. ¿Qué puede á este vecindario
Conmoverle, don Beltran?
Belt. Ese préstamo á que dan
El nombre de voluntario.
Juan. Soria no lo paga.
Belt. Veo
Que ignorais una noticia.
Juan. ¿Se deroga la franquicia
De la quema y el saqueo?
Belt. Señor, no hay que hacer asombros:
Cura el tiempo los reveses.
Juan. ¿Qué dejaron los franceses
Aquí? Ceniza y escombros.
Belt. Pero en diez y ocho años
Desde esa calamidad,
Bien pudo ya la ciudad
Reponerse de sus daños;
Y fundada en esta base
Va la nueva ley de fisco.
Con todo, temo un pedrisco
Mañana, y dudo que pase.
Juan. Si ya la saben algunos,
Pondrán el grito en los cielos
Desde hoy, y vuestros recelos
No serán inoportunos.
Belt. Vamos ahora al encargo
Que hace poco recibí

Del Rey, y aunque me honra, á mí
Me repugna, sin embargo.
Lo haré; pero al Rey despues
Diré en frases comedidas
Que es mal averigua-vidas
Un soldado aragonés;
Y si no lo escribí ya,
No fué por falta de gana,
Sino porque esta semana
Parece que viene acá.
Juan. ¿Y qué es lo que va conmigo
En tal averiguacion?
Belt. El descubrir quienes son
Los padres de vuestro amigo.
Juan. ¿Quién?
Belt. El Bachiller.
Juan. ¿Mendarias?
Belt. Con él os habeis criado...
Juan. ¿Son para bien del estado
Tales nuevas necesarias?
Belt. Trajo un caballero inglés
El pliego, y á lo que siento,
En ese descubrimiento
Pone el Rey gran interés.
Juan. ¿Un inglés?
Belt. Que ha conocido
A Mendarias en Bayona.
Juan. No equivoca la persona.
Mendo en Bayona ha vivido.
Belt. Es preciso hacer que dé
Completa razon de todo,
Preguntándole de modo
Que hable y no sepa de qué.
Me lo previenen así.
Vos que sois jóven capaz,
Disimulado y sagaz,
¿Me hareis este encargo?
Juan. Sí.
Pero vos cuya prudencia
Tal respeto en casa inspira,
Y tiene en Beatriz y Elvira
Irresistible influencia,
¿No hareis para que el desden
De Elvira se disminuya,
Y pueda llamarla suya
Quien muere por ella?
Belt. Bien.
Pero no es fácil mandar
En el ajeno albedrío.
Juan. Tampoco el encargo mio
Es fácil de ejecutar.
Belt. Malcasar á una mujer
Es exponerla á un desastre.
Juan. Servir pudo al de Alencastre
El padre del bachiller,
Y por secretas razones
Quizá les puede importar
Al Rey y al Duque á la par
Echar al hijo prisiones.
Belt. ¡Oh! si haceis un acertijo,
Lo armareis segun os cuadre;
Pero en la culpa de un padre,
¿Qué tiene que ver el hijo?
Juan. Padece grave desmedro
Vuestra memoria, por Dios.
¿No hay preso, encargado á vos,
Un hijo del Rey don Pedro?
¿Un don Juan?
Belt. Sí, señor, hayle;
Y ni de él se me permite
Hablar, ni que le visite
Sino un médico y un fraile.
Juan. Niño era, y en reclusion
Le puso cruel decreto.
Belt. ¿Es el bachiller sujeto
De tanta suposicion?
Juan. No será ningun infante;
Pero el cura que nos dió
Enseñanza, le crió
Con el esmero bastante
Para poder afirmar
Que, enseñándole latin,
No era hijo de un galopin.
Belt. Eso me habeis de aclarar,
Y os ofrezco en recompensa
Favorecer vuestro amor;
Aunque de uno á otro favor
Hay una distancia inmensa.
Disimulad la lisura
Propia de un guerrero anciano,
Que no adula cortesano,
Pero tampoco murmura.
Si Elvira os hace penar
Porque prefiere el convento,
A tan respetable intento
No se puede replicar;
Pues aunque seais un lince,
Si á Cristo Judas tasó
En treinta dineros, yo
No diera por vos ni quince;
Y la muchacha, al revés,
Creo que es tesoro tal,
Que está el doncel mas cabal
Con mucho honor á sus piés.
Mas al fin, si ha de tener
Esposo, y pocos hay buenos,
El que la merezca menos,
Mas la debe de querer.
¿Es con vos feliz? he sido
Casamentero de estrella.
Que no lo es: os mato, y ella
Se buscará otro marido.
No hay pues en lo que ofrecí
Peligro que me acobarde.
A Dios, y en su gracia os guarde
Para guardaros de mí. (*Vase.*)

ESCENA VI.

DON JUAN.

No le he replicado al viejo;
Mas no ha de quedar impune
Su amenaza, como pueda
Yo darle una pesadumbre.
Esa informacion... En ella
Hay misterio á todas luces;
Y no debe ser misterio
Que en beneficio redunde
De Mendarias, cuando quieren
Que con maña le pregunte.
A él y á mí juntos el cura
Don Celebrun Celebruncz
Nos recogió: diré á Mendo
Que necesito me busque
Noticias mias; y como
Las de entrambos se confunden,
Las suyas vendrán con ellas,
Y él las dá, y no lo trasluce.

ESCENA VII.

MENDARIAS, DON JUAN.

Mendo. Cuidado con que el encierro
(*Cruzando por el fondo.*)
Por toda la noche dure. —
Adios, señora.
Juan. (*Llamando á Mendo.*) Chit.
Mendo. (*Llegándose á don Juan.*) Presa
Queda la niña; y no dudes
Que con haberle vedado
Que haga la oracion y escuche
Las voces de los que pasan,
Basta para que procure
Hacer uno y otro, y logren
Su fin tus solicitudes.
Juan. Los músicos están cerca,
Y así que yo les anuncie
Por mi ventana que es tiempo,
Comenzarán.
Mendo. ¡Qué de embustes,
Qué de marañas te cuesta
La ambicion que te consume!
Juan. Dirás el amor.
Mendo. El tuyo
Es un amor *ad utrumque:*
A Elvira y al dote. Aquí
Tienes tu amor en resúmen.
Juan. ¿Qué entiende un capigorron
De eso?
Mendo. Cuenta, no me atufe;
Que aun puedo ceñir espada
El dia que me disguste
Del manteo.
Juan. ¿Y la promesa
Que á don Celebrun y al Duque
De Alencastre hiciste? ¿Así
Lo que les juraste cumples?
Mendo. ¡Pobre cura! Era un presbítero
De apostólicas virtudes.
¡Qué de afanes y regaños!
¡Qué de varas de acebuche
Le tengo de costa yo!
Juan. Eras aquí un bulle-bulle
Insoportable.
Mendo. Si acierta
A ser de mayor volúmen
Aquel ladrillo de marras,
Te dejo en el sitio.
Juan. Estuve
Dos meses descalabrado.
Mendo. Desde entonces nos reunen
Los lazos de una amistad
Que ha de ser indisoluble.
Tienes derecho á mandarme.
Juan. No verás que de él abuse.
Mendo. ¿No es abuso el exigir
Que atolondre y atribule
A esa pobre niña, ese ángel
De candor y mansedumbre,
Para que harta de aguantar,
Case contigo? No supe
Lo que hacia cuando aquí
De dómine me introduje.
Juan. Veo que te has hecho en Francia
Muy tierno.
Mendo. Soy... *homo duplex*,
Mezcla de galan y docto:
Mendarias lidia y arguye,
Y lo mismo es para él
Amo amas que *musa musæ.*
Juan. ¡Oiga!
Mendo. Díganlo en Bayona
Damiselas y monsiures.
Juan. ¿Te querian?
Mendo. Todas: yo
Odio las ingratitudes;
Correspondia: me hallaba
Con un rival; cada lunes
Y cada martes habia
Pendencia.
Juan. ¡Buena costumbre!
De fijo á don Celebrun
Le diste mil inquietudes.
Mendo. Cuando yo maté al inglés
Que era de la servidumbre
Del de Alencastre, por poco
Le cantan el *de profundis*
Al viejo. El Duque tambien
Hizo por mí cuanto pude
Apetecer: me escondió:
Si nó, mi garganta cruje.

Juan. La gracia de Dios entonces...
Mendo. Por ella y la certidumbre
De que ordenándome yo
Lograba quedar inmune
De la justicia seglar,
Dije: Ea, que me tonsuren.
Hago confesion, me imponen
Una penitencia dulce,
Pero extravagante; mandan
Que vaya á Inglaterra y curse;
Me gradúo; el pobre cura
De gozo, y de cien octubres,
Se muere; torno á Bayona;
Al de Alencastre le ocurre
Que entre religioso para
Que en su gracia continúe;
Rehuso, enfádase, y vuelvo
A nuestros lares comunes.
Juan. Y nuestra amistad antigua
Se renueva.
Mendo. Me seduces
Mostrando la cicatriz
Que hace en tu sien un pespunte,
Y de atormentar á Elvira
Entro en el villano ajuste.
Juan. Por darte ocupacion...
Mendo. Me haces
Verdugo.
Juan. Pronto concluyes.
Y si quieres emplearte
En cosa que mas te guste...
Mendo. Desde luego.
Juan. Pues, á ver
Si mis padres me descubres.
Tú, Elvira y yo somos huérfanos:
No hay cosa que mas abunde
En el dia que los hijos
Fruto de amores volubles;
Pero se los reconoce,
Y á nosotros no: me aturde
Esto, y me obliga á pensar
Si es que una sangre nos une.
Mendo. ¡Hermanos tú y yo!
Juan. A la puerta
Del piadoso Celebrunez
Juntos nos echaron.
Mendo. Tú
Envuelto en sedas y tules,
Y yo en estopa y sayal;
Tú al cuello con un estuche
Verde y una alhaja, yo
Con unas cuentas azules.
¡Vaya una igualdad!
Juan. No importa:
Yo estimaré que te ocupes
En esta investigacion;
O muéstrame los apuntes
Que te dió don Celebrun
Sobre los dos.
Mendo. Es inútil:
Están en cifra.
Juan. Recuerda,
Hombre, nuestras juventudes,
Y no me desaires. Mira
Esta señal.
Mendo. Me destruyes
Con ese argumento, al cual
Mi resistencia sucumbe.
Juan. ¿Y por qué es la resistencia?
Mendo. Razon hay en que la funde.
¿No fuimos expuestos juntos?
Pues cuantos datos ilustren
El hecho, revelarán
Tambien quién soy yo; y aburre
Mucho á un bachiller en cánones,
A quien hidalgo presumen,
Salir hijo de un pelgar
O de una judía.
Juan. Anduve
Con mi súplica imprudente:
Justo es que por tí renuncie
A saber mi orígen.
Mendo. Eso
Es hacer que se estimule
Mas mi generosidad,
Y nadie excederme juzgue
En ella.
Juan. (*Aparte.*) Cayó en el lazo.
Mendo. Mañana así que despunte
El sol, corro las iglesias,
Y encargo en todas que anuncie
El predicador que importa
Mucho para un *casus juris*
Saber quién abandonó
A la piedad transeunte
Dos niños la noche tal;
Que hay prendas de que resulte
La identidad del sujeto,
Y que si él las restituye,
Por mucho que pida, nada
Habrá que se le rehuse.
¿Qué te parece?
Juan. Soberbio.
Mendo. Cito á mi posada, acuden;
Y veremos si en tiniebla
Tal se nos dá una vislumbre.
Dinero, ¿habrá?
Juan. (*Aparte.* Beltran debe
Pagar...) Sí. Adios.
Mendo. Él te ayude.
Juan. Yo voy á mi cuarto.
Mendo. Yo
A ver qué galan se luce. (*Vanse.*)

ESCENA VIII.

ALFONSA, Y LUEGO ELVIRA.

Alf. Ya los he visto salir :
El dómine me ha encargado
Con esta puerta cuidado :
Con cuidado voy á abrir.
El ama se recogió,
Y don Juan se encerrará :
Nadie nos escuchará.
(*Abre y llama á Elvira, que contesta desde adentro.*)
Chit, salid.
Elv. ¿No hay nadie?
Alf. No.
Elv. ¡Ay! es mucho rigorismo
Este.
(*Sale con el cabello tendido y vestida de blanco.*)
Alf. ¡Calle! ¡despeinada,
De blanco! ¿Haceis la velada
Que os prohiben?
Elv. Por lo mismo.
Alf. Bien.
Elv. Se acaba la paciencia.
¡Una noche que deseo
Salir un rato á paseo,
Se me ha de negar licencia!
Alf. Señora, si es un Neron
El diantre del clerigüillo; —
Y dais en el estribillo
De no estudiar la leccion.
Elv. Es que á poco que estudiara,
Ya supiera yo leer.
Alf. ¿Y no quereis aprender?
Elv. No por cierto.
Alf. ¡Cosa rara!
No os debe dar escozor
La férula.
Elv. Te parece
A tí; pero, amiga, escuece
Mas otra cosa peor.
Alf. Mi pobre discernimiento
Cuál sea no ha conocido.
Elv. En leyendo de corrido,
Me zampan en el convento.
Alf. Vos quereis con harto afan
Ser monja.
Elv. ¿Qué he de querer?
Alf. Casaos.
Elv. No puedo ver
Al maldito de don Juan.
Por él he dicho que dejo
El mundo: así tiempo gano :
Lo malo es que cada mano
La paga con el pellejo.
Alf. ¿Por qué dudais en decir
A mi ama la verdad?
Elv. ¿Ir contra su voluntad?
¡Jesus! primero morir.
Alf. Yo pienso que por el gusto
De doña Beatriz, no fuera
Don Juan á quien escogiera
Para esposo vuestro.
Elv. Justo.
Pero él rige el albedrío
De ella como por milagro,
Y yo, por deber, consagro
A doña Beatriz el mio.
Alf. A ser yo vos...
Elv. ¡Oh! no se hable
De inobediencia formal
A una dama, sin la cual
Fuera yo una miserable.
Voy dando largas, resisto
A medias, á ver si encuentro
Escape: si no le hay, entro
Monja, me caso con Cristo.
Alf. Pero, vamos, con franqueza :
Si casaros no quereis
Con don Juan, ¿es que teneis
Quebradero de cabeza?
Elv. Yo creo que pide á voces
Un huésped mi corazon.
Alf. ¿A quién diera habitacion?
Decid.
Elv. Si no le conoces.
Alf. ¿Qué no le conozco? ¡Bah!
Esa disculpa no pasa.
Veamos. ¿Quién entra en casa?
¿Es el maestro quizá?
Elv. ¡Qué!
Alf. No merece desprecio.
Elv. No, y aun digo sin rebozo
Que me parece buen mozo
Cuando no sacude recio.
Alf. ¿Es don Beltran?
Elv. Loca estás.
Alf. Me habeis de decir su nombre
Porque os dí suelta.
Elv. Es un hombre
A quien no he visto jamás.
Alf. Tal querer, se me figura
Un poquillo estrafalario.
Elv. No te diré lo contrario;
Pero amor todo es locura.
Ni es tampoco una pasion
Lo que siento, no lo creas:
Combato con mil ideas,
Y una vence á la razon.
En fin, de blanco vestida
Me ves, y el cabello suelto :
Es que á San Juan he resuelto
Pedir que de mí decida.
Tráeme agua.

Alf. Aquí está el lebrillo
De plata.
(*Sácalo de debajo de la mesa que sirve de altar.*)
Elv. Quítame al pié
Izquierdo el chapin.
Alf. Bien.
Elv. Vé
Y echa ahora aquel pestillo.
Alf. Sí, por si acaso.
(*Mientras Alfonsa cierra, Elvira echa agua de uno de los jarrones del altar en el lebrillo.*)
Elv. El misterio
Empieza. ¡ Dios de Israel!
¿ Qué nombre oiré?
Alf. Si es Manuel...
Elv. Entonces... al monasterio.
(*Pone el pié izquierdo desnudo dentro del lebrillo que ha colocado Alfonsa frente al altar.*)
Profeta precursor, estrella hermosa,
Cuya luz anunciándonos venia
La del místico sol que trajo el dia
Término de la humana esclavitud;
Que viste al Unigénito del Padre
Inclinar la rodilla reverente
Cuando tus manos la divina frente
Regaron con el agua de salud;
A tí en la noche de hoy en que te place
Revelar á la vírgen amorosa
Quien ha de ser el que la llame esposa,
A tí los ayes de mi pecho van.
Y el pié me baño en ceremonia pia,
Y con túnica blanca el traje imito
Del pueblo que buscándote contrito
Cercaba la ribera del Jordan.
Tú ves mi corazon desde la silla
Que gozas entre mártires triunfante;
Indeciso le ves y vacilante:
Dispon ahora de mi honesta fe.
La voz de tus oráculos decida
Entre el mortal y el vínculo divino:
Dime á quien debo amar, y mi destino
Con el que tú me nombres uniré.
(*Suena dentro música y cantan lo siguiente.*)
Maravilla siendo están
De la gente de Teruel
Una dama y un galan.
Finos aman ella y él.
Aprender podrán
El cariño fiel
Las doncellas, de Isabel,
Y los hombres, de don Juan.
Elv. ¡ Don Juan! —Don Juan dicen.
Alf. ¡ Hemos
Hecho negocio! ¡ Voto á...!
Elv. Pero ¿ qué don Juan será?
Juanes hay mil.
Alf. Escuchemos.
(*Cantan dentro.*)
Los amantes de Teruel
Ya es el nombre que les dan.
Pero ¿cuándo se unirán?
Rica es ella, pobre es él.
Con este afan
Que es tan cruel,
Penando están.
Pero Isabel
Quiere á don Juan.
(*Se repite este verso varias veces.*)
Alf. Que ameis á don Juan ordena
La voz.
Elv. Si un Juan indicara
Que yo sé, no me costara
Obedecer mucha pena.

ESCENA IX.

DON JUAN, SALIENDO POR LA PUERTA QUE DA A LA CALLE; DICHAS.

Juan. Elvira...
Elv. ¡Oh Dios!
Alf. (*Aparte.*) ¿Hay huron
Como él?
Juan. ¿Os he sorprendido?
No hay por qué: solo he venido
A sacaros de prision.
Bajé á la calle, dí vuelta
Por la puerta principal,
Y no he de llevar á mal
Que vos...
Alf. Yo le he dado suelta.
Elv. Os ruego que no digais
A madre...
Juan. ¿Cuál os encuentro?
No temais. Vete tú adentro.
Elv. Vete. (*Vase Alfonsa.*)
Juan. Hermosísima estais.
Un ser pareceis, que dudo
Si á la tierra pertenece,
Que adoraciones merece...
¡ Ah! tendreis el pié desnudo.
Elv. ¡ Eh...!
Juan. La prueba.
(*Señalando el chapin.*)
Elv. ¡ Qué apurar!
Alzad ese chapin.
Juan. Le alzo.
Elv. Salid mientras me le calzo.
Juan. No, que yo os le he de calzar.
Elv. No.
Juan. Sí.
Elv. No.

Juan. La noche que es,
Lo dispensa.
Elv. Lo permito.
Por San Juan.
Juan. No es un delito
El que me postre á esos piés.
(*Pone Elvira el pié sobre el escabel en que se apoyó para dar leccion, y don Juan le calza el chapin. Vuelve á sonar la música dentro, y cantan.*)
Con este afan
Que es tan cruel,
Penando están.
¿Será Isabel
Bien de don Juan?
Juan. ¿Hicísteis ya la oracion?
Elv. La hice.
Juan. Soy afortunado,
Pues el nombre que ha sonado...
Elv. Es el vuestro.
Juan. La cancion...
Elv. Acaso es vuestra.
Juan. Esa es mucha
Suspicacia.
Elv. Vos cantar
Mandásteis.
Juan. ¿Pude acertar
Yo si estábais en escucha?
Elv. A la calle habeis salido...
Juan. Por la otra puerte salí.
Elv. Visteis músicos, y...
Juan. Vi
Mucha gente haciendo ruido,
Y de paso me acerqué
(Porque venir me importaba
A donde mi Elvira estaba),
Y la ocasion pregunté
De la bulla: unos ingleses
De carácter algo esquivo
(Que están aquí con motivo
De la paz), poco corteses,
Parece que promovieron
Una quimera: llegó
El alcaide, y les habló,
Y todos se contuvieron;
Y con la amistad que brilla
Cuando no hay quien la trabuque,
Dieron mil vivas al Duque
Y al Rey don Juan de Castilla...
Elv. ¿Don Juan de qué? No he entendido.
Juan. De Castilla.
Elv. Pues, entero,
Ese es el nombre primero
Que hirió esta noche mi oido.
Juan. Picais algo en ambiciosa.
¡En el Rey habeis pensado!
Elv. Está el Rey muy bien casado,
Y Dios le guarde su esposa:
Rijan entrambos la grey
Que yo gobernar no espero;
Mas ¿no hay ningun caballero
Que se llame como el Rey?
Juan. Castilla no es apellido;
No hay tal linaje en España.
Elv. ¿Fuera cosa tan extraña
Que empezara en mi marido?
Juan. Ansiábais antes la toca,
¡Y ya de marido hablais!
Elv. Vos de anunciar acabais
Mi suerte por vuestra boca.
Yo con respeto profundo
Rogué á San Juan me dijera
Dónde á Dios servir pudiera,
Si en la celda, si en el mundo;
Y aquí de mi vocacion
Dando por vos testimonio,
Me señala un matrimonio
Que era toda mi ambicion.
Juan. ¿Qué escucho?
Elv. Una maravilla
Que al cielo no cuesta nada:
Él me tiene destinada
Para un don Juan de Castilla,
Y aquel á quien prefiriera
Mi pecho sin duda alguna,
Aquel (mirad ¡qué fortuna!)
Se llama de esa manera.
Don Juan de Castilla nombran
Por via de distintivo
Al triste infante cautivo,
Y yo mi señor.
Juan. Me asombran
Ese brio y ese exceso
De franqueza. ¿Cómo hicísteis,
Elvira, que conseguísteis
Hablar al infante preso?
Elv. Si aun no le vi.
Juan. ¿Por escrito
Fué...?
Elv. No sé escribir tampoco,
Ni aun leer.
Juan. Me volveis loco.
¿Le amais por fe?
Elv. Cabalito.
Cada vez que visitábamos
A don Beltran en el fuerte,
Se disponia de suerte,
Que siempre nos colocábamos
Frente al torreon aquel
Que sirve de calabozo
Al desventurado mozo
Hijo de Pedro el Cruel;
Y detrás de los barrones
De la espesísima reja,
Cuya distancia no deja

Ver de un rostro las facciones,
Parecia allá lejana
Movible sombra indecisa,
Que ya lenta, ya de prisa,
Cruzaba por la ventana;
Y que al pasar, entre el son
De la cadena rodante,
Lanzaba un ay penetrante
Que partia el corazon.
Y mirando yo á la torre
Donde el gemido se oia,
Secretamente decia:
« Nadie á ese infeliz socorre,
Nadie en salvarle se afana;
Y en esa cárcel angosta
Se aja mísera y se agosta
La flor de su edad temprana;
Y allí vejez prematura
Su sien encanecerá,
Y allí olvidado tendrá
Solitaria sepultura.
¡Cuánto ese hombre estimaria
El don de la libertad,
O hallar en su soledad
Consuelos y compañía! » —
Parecióme tal empleo
Muy digno de ennoblecer
A quien está de su ser
Dudosa, cual yo me veo;
Y el plan vine á concebir,
Que en empeño se convierte,
De obtener que se liberte,
O con él presa morir.
Juan. ¿Quisierais encarcelada
Sufrir ajeno castigo,
Pudiendo vivir conmigo
Libre, dichosa y honrada?
Elv. Sois argumentante diestro;
Pero ¿dudais en conciencia
Que fuera mas penitencia
Vivir una al lado vuestro?
Juan. ¿De dónde inferir podeis
Que conmigo padezcais?
Elv. Del modo con que tratais
A quien todo lo debeis.
No sé qué causa secreta
Os da autoridad tan rara
Con madre; mas basta para
Que yo no me comprometa.
Juan. Si de mi parte se pone,
¿Qué direis á su precepto?
Elv. Don Juan de Castilla, acepto;
Don Juan á secas, perdone.
Juan. ¿Con tan ingrata osadía
Le respondereis?
Elv. Sí tal,
Que una voz hoy celestial
Me reveló mi energía;
Además de ser mal visto
Que vos, cual yo vil gusano,
Resistais, siendo cristiano,
La voz del primo de Cristo.
Yo á su oráculo me entrego,
Pues fuera error bien notorio
Tener con vos purgatorio,
Y hallar el infierno luego.
Juan. No agravieis la fe sencilla
Que humilde os vengo á ofrecer.
Elv. Pero si he de ser mujer
De ese don Juan de Castilla.
Juan. El Rey con motivo grave
Quiere que no tenga medro
La sangre del Rey don Pedro,
Y que en sus hijos acabe;
Y si el don Juan pretendiera
Casarse, lo estorbaria.
Elv. ¿Y cómo lo impediria
Si yo lograra que huyera?
Juan. Poner al reino en discordia
Merece penas crueles.
Elv. Dios manda hacer á los fieles
Obras de misericordia.
Juan. Vos imposibles tratais,
Desatinando de intento.
Elv. Por mas imposible cuento
Que á ser mi esposo vengais.
Juan. Eso es ya claro decir...
Elv. Que está la noche muy buena
Para coger la verbena,
Y hareis mal en no salir.
Juan. ¡Me despedís!
Elv. Perdonad:
Yo soy la que se despide;
Que á vos ninguno os impide
Quedaros aquí. (*Toma una luz.*)
Juan. Aguardad.
Elv. Ea, dormid bien.
Juan. ¿Y cómo?
¡Ah! Dejad ese capricho
Por don Juan.
Elv. Harto os he dicho.
Dios me le da; yo le tomo.
Juan. Consultad...
Elv. ¡Qué tarabilla!
Consultaré con la almohada
Si seré buena casada...
Juan. ¿Con...?
Elv. Con don Juan de Castilla.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

MENDARIAS, DON JUAN.

Mendo. ¡Te luciste, vive Dios!
(*Riendo á carcajadas.*)
Juan. ¡Bien conmigo te diviertes!
Mendo. No te olvidas de don Juan
De Castilla fácilmente.
Juan. Medidas tengo tomadas
Para que el mal se remedie.
Ya verás lo que te dice
Doña Beatriz.
Mendo. ¡Hola! ¿Tiene
Su misterio la llamada?
Juan. Y grande.
Mendo. Perfectamente.
Aguardo á saberlo.
Juan. ¿Diste
Los pasos correspondientes
Para aquel anuncio?
Mendo. Sí.
Si alguno á buscarme fuere
A casa, enviaránle acá:
Una nota clara y breve
En cada iglesia dejé,
Que en alta voz á los fieles
Repetirá el sacristan
O el predicador. — Me debes
Agenciar algun dinero
Para premiar á esas gentes
Por el favor que nos hacen.
Juan. ¿Cuánto será suficiente?
Mendo. Poco: cien maravedis
De cobre, viejos.
Juan. Tú siempre
Tiras de largo.
Mendo. Tú pecas
De corto.
Juan. Basta con veinte.
Mendo. ¡Qué miseria!
Juan. Por tu rumbo,
Tus padres fueron marqueses.
Mendo. Ya tomara yo que fueran
Hidalgos: no me recuerdes
La hilaza de mis pañales;
Que juro por mi bonete,
Que no veo zapatero
Ni tundidor, sin que tiemble
Que va á decirme; «Seo dómine,
Vuesarced nos pertenece.»
Juan. Igual temor puedo yo
Abrigar.
Mendo. Es diferente.
Juan. ¿Por qué?
Mendo. Llevas don, y en cuanto
Haces, revelas quien eres.
Yo me dejo dominar
De todos; tú nunca cedes:
Combinas un plan, y allí
Te fijas, y erre que erre;
Aquello ha de ser, y nada
De tu designio te mueve;
Ni atenciones, ni respetos,
Ni sentimientos: de Reyes
Tu sangre debe de ser,
Pues son los que únicamente
Logran que lo que desean,
Se haga, cueste lo que cueste.
No es muy regio el reparar
En el dinero; pero ese
Será influjo de la madre.
Juan. Me voy: doña Beatriz viene. (*Vase.*)

ESCENA II.

DOÑA BEATRIZ, MENDARIAS.

Beat. Os he mandado llamar
Para un asunto no leve.
Mendo. Mayor placer para mí
Como á serviros acierte.
Beat. ¿Sabeis que quiere don Juan
A Elvira?
Mendo. Y que ella prefiere
A otro don Juan.
Beat. Un delirio
Es; pero ¿cómo se vence
La resistencia?
Mendo. ¿Es Elvira
A la voz vuestra rebelde?
Beat. Si no me atrevo á mandarle
Que á don Juan la mano entregue;
Si temo hacerla infeliz.
Mendo. Mandad á don Juan que deje
La pretension.
Beat. ¡Ay maestro!
Mendo. Señora...
Beat. ¡Ojalá pudiese!
Mendo. Siendo vuestra voluntad...
Beat. Su voluntad es mas fuerte
Que la mia.
Mendo. (*Aparte.* ¡Aquí hay misterio!)
Don Juan es un mequetrefe
Como yo, un hijo de nadie,
Y no le toca dar leyes
A....
Beat. No prosigais.
Mendo. Decidle
Que vos sois quien le mantiene;
Que deje á la niña en paz,

O desocupe este albergue.
Beat. Es que él exige que á Elvira
Diga eso yo cabalmente.
Mendo. ¿Lo exige? ¿Puede exigirlo?
(*Aparte.*) ¿Será esta su madre?
Beat. Puede,
Aunque no debiera.
Mendo. Entonces
¿Qué sé yo qué os aconseje?
De cualquier modo, bondad
Sobrada es la que concede
Tal poder á un... un intruso
Como don Juan.
Beat. Él posee
Mi confianza... y secretos...
Ha manejado papeles
Importantes.
Mendo. Sí, los hay
Que uno los fia, y lo siente
Luego.
Beat. Hay hallazgos casuales...
A él debo que se conserve
Integro hasta hoy el mas
Precioso de cuantos bienes
Gozaba antes de casarme.
Mendo. (*Aparte.*) Hijo suyo es.
Beat. Me parece
Mejor lo que vais á oir.
Mendo. Decid, que estoy impaciente.
Beat. Yo quiero á Elvira en el alma,
Y me reconozco débil
Para darle pesadumbre
Con rigores aparentes,
Con una amenaza en vano,
Si los ojos la desmienten.
Vos, Mendo, sois la persona
Sola á quien Elvira teme:
¿Quereis ver si conseguís
Que su capricho deseche
Por ese Infante invisible,
Y admita á quien la pretende?
Mendo. ¿Qué medios he de emplear?
Beat. Emplead los que quisiéreis.
Os permito la amenaza
De mi abandono.
Mendo. De suerte
Que... ¿vos me dais firma en blanco?
Beat. Sí, Mendo.—Pero se entiende
Que no la habeis de afligir
Demasiado.
Mendo. ¡Qué excelente
Carácter!
Beat. Idos con tiento,
Porque sois un poco agreste.
Mendo. Señora, no habeis llegado
Todavía á conocerme.
Beat. ¡Oh! sí tal; y mas os digo:
Vuestras facciones prometen
Mas dulzura que teneis.
Cuando yo os vi... francamente...
La cara, la voz, el ser
Expósito... ¡Me conmueve
Tanto un huérfano!...
Mendo. ¡Ah señora!
Llanto vuestros ojos vierten;
Llanto vertísteis tambien
Cuando os vi primeramente:
Si algun secreto dolor
Suele agitaros al verme,
Y es de aquellos que se alivian
Cuando hay quien los compadece,
Sépalo yo, y con mis lágrimas
Vuestra amargura se temple.
Beat. ¿Sabeis, Mendo, que ese tono,
Esas razones corteses
Y sentidas, os están
Muy bien?
Mendo. ¡Pues qué! por haberme
Echado á cuestas el hábito
De San Pedro (y ciertamente
No por mi gusto), ¿creeis
Que tengo el pecho de nieve?
El dómine y el amigo
Son cosas muy diferentes.
Beat. Lo empiezo á ver.—¿Y sois clérigo
No muy voluntariamente?
Mendo. Si recibí la tonsura,
Fué...
Beat. ¿Por qué?
Mendo. Por una muerte...
Beat. ¿Que hicísteis?
Mendo. Sí.
Beat. Y era el muerto...
Mendo. Rival mio.
Beat. ¡Matasiete
Vos y enamorado!
Mendo. Un jóven
Sin padres que le sujeten,
¿Qué ha de ser?
Beat. ¿Fué desafío?
Mendo. No los evita un valiente...
O un presumido.—Conozco,
Señora, que no conviene
A mis años el honor
De ser vuestro confidente;
Pero mirad en mí un hijo...
Beat. ¡Hijo!
Mendo. Que á su madre ofrece
Su voluntad, sus deseos;
Que servir de algo pretende
A la que tiene que amar,
Si ha de cumplir sus deberes.
Beat. Perdonad, amigo. ¡Y yo
Que os creia indiferente,
Y hasta incapaz de ternura!
Mendo. Si á vuestro lado se aprende.

No he sido muy cariñoso
Yo tampoco anteriormente;
Pero vos amansariais
A la fiera mas silvestre
Con vuestro acento no mas.
Beat. ¡Ojalá que poseyese
Tal secreto!
Mendo. En fin, yo sé
Guardar los de toda especie.
Quien ha de ser sacerdote,
Ya veis... Tengo yo igualmente
Mi secretito tambien.
(*Sale Elvira y quédase escuchando.*)

ESCENA III.

ELVIRA, DICHOS.

Beat. Decidlo, si pertenece
A vuestro orígen, decídmelo.
Mendo. No; si es esto: al concederme
Las órdenes, me impusieron
La penitencia siguiente.—
Dia de la Trinidad
Maté al inglés...
Elv. (*Aparte.*) ¿Esas tiene
Mi dómine?
Mendo. Y por cinco años,
Siempre que decir oyese:
« ¡Válgame la Trinidad! »
Al momento he de ponerme
De rodillas, y besarle
La mano al que lo dijere.
Por cierto que se ha compuesto
De manera, que el presente
Mes fina el plazo, y aún
Ni una vez arrodilléme.
Beat. Secreto de mas cuantía
Esperé.
Elv. Madre... (*Acercándose á los dos.*)
Beat. ¿Qué quieres?
Elv. Ha venido don Beltran.
Beat. Voy corriendo allá. Detente
Aquí tú.
Elv. Bien.
Beat. Y oye al dómine
A quien dejo mis poderes. (*Vase.*)

ESCENA IV.

MENDARIAS, ELVIRA.

Elv. Antes que empiece á reñir
Hoy el señor bachiller,
Sepa que sabré leer
Muy pronto, y quizá escribir.
Mendo. Yo lo celebro, y confio
Que cumplireis la promesa.
¿Tirais á ser abadesa?
Elv. ¡Qué! ya se acabó el monjio.
Mendo. ¿Quereis boda?
Elv. Es claro y obvio.
Mendo. Entonces se me figura
Que está de mas la escritura.
Elv. Si ocurre escribir al novio...
Mendo. En casa vais á tenerle,
Y siempre mal pareciera.
Elv. No está en casa, que está fuera,
Y donde no es fácil verle.
Mendo. ¿No es don Juan?
Elv. ¿Tengo yo trazas
De amar á un don Juan casero?
Mendo. Madre quiere...
Elv. Yo no quiero.
Mendo. Y él espera...
Elv. Calabazas.
Mendo. Dareis un pesar agudo
A madre, que le apadrina.
Elv. Tambien ella está que trina
Con ese hombre testarudo.
¿Por qué mi valor no iguala,
Y su imperio recobrando,
No quita á don Juan el mando,
Y le envia noramala?
Mendo. Ya quiere hacer vida nueva,
Ya su dominio recobra;
Mas hace al ponerlo en obra,
En vos la primera prueba.
Ved que para convenceros
De hablar por ella me encargo;
Ved, si se enoja, el amargo
Conflicto en que habeis de veros.
Con toda formalidad
Os ruego que el sí otorgueis:
De lo contrario, os perdeis.
Elv. ¡Válgame la Trinidad!
Mendo. ¡La Trinidad!
(*Cae de golpe de rodillas.*)
Elv. ¿Qué os ha dado?
¿Qué es esto?
Mendo. Cumplir así
La pena que merecí
Tiempo hace por un pecado.
Dejad que os bese la diestra
Humillado á vuestras plantas.
Elv. Eh, vaya esta vez por tantas
Como he besado la vuestra.
Mendo. Prosigo, pues... (*Se levanta.*)
Elv. (*Interrumpiendole.*) Dispensad.
Yo, sin hacerme favor,
¿No merezco algo mejor
Que don Juan?
Mendo. En realidad...
Elv. Si doña Beatriz se enoja,
Si de su auxilio me priva,
¿No habrá un alma compasiva

Que en su casa me recoja?
Yo sé servir á una dama,
Yo entiendo hilado y costura...
Vamos, si fuérais ya cura,
¿No me quisiérais por ama?
Mendo. Tal vez no. — Si no os casais,
Haceis á madre perjuicio.
Elv. Ese es un puro artificio,
Que para asustarme usais.
Mendo. Hay un secreto espantoso...
(*Aparte.*) Finjamos: la aturdiré.
Elv. ¿Cuál?
Mendo. No puedo...
Elv. Guardaré
Mi mano para otro esposo.
Mendo. No lo será el que os agrada:
Pensarlo es un desacierto.
Elv. Si del uno me liberto,
Ya me doy por bien librada.
Pero es muy rara manía
Que por don Juan abogueis,
Cuando oponeros debeis
Mas bien á su tiranía.
Vos sois jóven, y jurara
Que habeis loqueado en grande:
¿No encontrais nada que ablande
Vuestro rigor en mi cara?
Mendo. ¡Vive Dios! ¡Qué liviandad!
¿Así olvidais mis lecciones?
¿Así las obligaciones?...
Elv. ¡Válgame la Trinidad!
Mendo. Permitid... (*Arrodillado.*)
Elv. Hay que ajustarse
Antes; pronto se despacha:
El besar á una muchacha
La diestra, debe pagarse;
Y un pecador que se humilla,
Disculpa ajenos errores.
Mendo. Decid.
Elv. Servid mis amores
Con don Juan, el de Castilla.
Mendo. De seducirme haceis gala
Vos.
Elv. Y no vale mentir;
Mas dejaos seducir,
Que esta seduccion no es mala.
Mendo. ¿Vos quereis que yo prometa...?
Elv. ¿Resistireis por ventura
A la mano en que tan dura
Descargábais la palmeta?
Mendo. Por Dios...
Elv. (*Aparte.* Veamos si priva
Mas bien con él el ultraje.)
Basta: de vuestro linaje.
Dais prueba en la negativa.
Mendo. ¿Cómo?
(*Alzándose de pronto sin besar la mano á Elvira.*)
Elv. No es de caballeros
A una dama desairar;
Mas yo no debí rogar,
Porque debí conoceros.
Mendo. Supe ya tales hablillas
Mil veces desatender;
Mas vos lograis encender
El color de mis mejillas;
Y aunque pudiera excusarme
Con que mi suerte no ordeno,
Pues me tuvísteis por bueno,
Como tal he de portarme.
Elv. Con que...
Mendo. Cesan mis reparos.
Ya soy vuestro.
Elv. Sois la prez
De España. Vaya, esta vez,
Tomad sin arrodillaros.
Es la mano de una amiga. (*Dándosela.*)
(*Aparte.*) Sé que tiene vanidad.
Mendo. (*Aparte.* ¡Qué hermosa!) Determinad
Lo que quereis que consiga;
Bien que parece un absurdo
Amar sin saber á quién.
Elv. ¿Y es absurdo mi desden
A don Juan?
Mendo. Menos me aturdo
De eso: él y todos los Juanes
Habidos y por haber
No merecen poseer
A Elvira.
Elv. Para mis planes
Lo primero es apartar
De mí á ese don Juan tan ávido.
¿Le teneis por hombre impávido,
No fácil de amedrentar?
Mendo. Ni es cordero, ni es leon;
Y séalo ó no, se ensaya...
Elv. Lograré tenerle á raya
Si me auxilia un campeon.
Don Juan oprime á Beatriz.
Represalia: amenazadle
En nombre mio, y dejadle
Con un palmo de nariz.
Mendo. Será darle zelos.
Elv. Hasta
Darle zelos se os consiente.
Mendo. Mas dados por un suplente,
Son zelos de mala casta.
Elv. (*Aparte.*) ¿Valdrá lo que el bachiller
El Infante que he pensado
Que me está predestinado?
Mendo. ¿Cómo os he de defender?
Elv. Como... alumna.
Mendo. ¡Elvira!
(*Tomándole una mano.*)
Elv. Quedo,
Que diré: como una hermana.

Mendo. ¡Ah! ved... (*Con énfasis.*)
Elv. Veo una sotana.
Mend. ¡Oh! ved el alma que hospedo
Bajo la fria apariencia
Que labraron por mitad
La idea de mi horfandad
Y una extraña penitencia.
No es para mí el soberano
Empleo del sacerdocio,
No: mi ventura negocio
Por un camino mas llano.
Desechad el devaneo
De esa imposible conquista;
Que amor pide trato y vista
Y recíproco deseo.
Infantes quieren Infantas;
Elegid con igualdad:
En vez de que os honre, honrad
Al que suspire á esas plantas.
Hombre á quien van á brindarle
Con un amor *gratis dato*,
Como le halla de barato,
No piensa nunca en pagarle.
Si decís á mis demandas,
Que una notabilidad
Quereis, harta novedad
Es un galan hopalandas
Cual yo, que entré por enganche
(Dios me perdone) en el clero,
Y por vos torno al sendero
De vida de mas ensanche.
Fué ardiente mi juventud;
Vuestros labios lo acertaron:
Siempre mi pecho inflamaron
La belleza y la virtud:
¡Mirad si esfuerzo penoso
Me habrá costado el fingir
Dureza, y hacer gemir
A un serafin tan hermoso!
Fúlgido sol de beldad,
Si rígido me mostré
Contigo, sábelo, fué...
Elv. ¡Válgame la Trinidad!
Mendo. ¡Ah! oid. (*Se arrodilla.*)
Elv. (*Aparte.*) ¡La salida es chusca!
Mendo. Oidme, y todo se explica.

ESCENA V.

MELITONA, Dichos.

Melit. Guárdela Dios, Elvirica.
Elv. Tia Melitona, ¿qué busca?
Melit. Busco al dómine.
Elv. Escuchad.
(*Habla aparte con ella.*)
Mendo. (*Aparte.*) Para que mi orgullo
¡Buena leccion! [dome,
Melit. Alce, tome.
(*Llegándose á Mendo.*)
¡Válgame la Trinidad!
(*Mendo besa la mano á Melitona y se levanta.*)
Elv. (*Aparte.*) ¡Qué risa!
Mendo. (*Aparte.*) ¡Y aun lo celebra!
Elv. (*Aparte.* ¡Así fuera tan gallardo
Como este el preso bastardo!)
A Dios. Y en paz. (*Ap.* ¡Bien requiebra!)

ESCENA VI.

MENDARIAS, MELITONA.

Mendo. ¿Quién es ella? ¿qué me quiere?
Melit. Repárame y lo verás.
¿No dice el traje que soy
Plañidera titular?
Mendo. Aqui no se ha muerto nadie.
Melit. Peralvillo el sacristan
Me dirije á tí, hijo mio,
Porque parece que estás
Encargado de informarte
Sobre ese particular
De unos niños...
Mendo. ¡Ah! sí.
Melit. Estuve
En tu posada, y acá
Me encaminaron.
Mendo. Y bien:
¿Qué me podeis revelar?
Melit. Lo que sé de mi compadre
Aniceto Barragan.
Mendo. ¿Quién es ese?
Melit. Un sevillano.
Mendo. ¿Noble?
Melit. Maton: ¡una sal,
Un garbo tenia!
Mendo. (*Aparte.* ¡Ay Dios!
¿Tendré consanguinidad
Con él?) ¿Dónde pára ese hombre?
Melit. ¡Ay! paró en el hospital,
De resultas de un paseo
Que hizo por esta ciudad,
Con chilladores delante
Y envaramiento detrás.
Mendo. ¿Se hizo el amigo de pencas?
Melit. No lo pudo remediar.
¡Murió la prez de Sevilla!
Mendo. ¿Murió?
Melit. Sin publicidad,
Sin ser visto de ninguno.
¿Quién lo creyera jamás?
En alto acabar debiera;
Bien que espiró en un desvan.
Mendo. Ya es algo. (*Ap.* Me burlo, y casi
Por él debiera rezar.)

¿Qué tenia con los huérfanos
Que entender ese jayan?
Melit. Él los trajo de Sevilla.
Mendo. ¿Somos andaluces Juan
Y yo?
Melit. ¿Eres aquel Mendillo,
Aquel travieso rapaz
Que se llevó á Francia el cura?
¡Huy! Estás hecho un dean.
Pues sí, Aniceto os guardó
Hasta que os hubo de echar
A la puerta de la casa
Del cura.
Mendo. ¿Teneis señal
Alguna?
Melit. El dia que fué
Sacado á despolillar
Aniceto, por si acaso
Le sentaba el aire mal,
Me mandó llamar, y dióme
Unas prendas á guardar.
Mendo. ¿Hay papel ó pergamino
Con ellas?
Melit. Sí que los hay.
Mendo. Vaya, pues dádmelos.
Melit. ¿Cómo?
Mendo. Que los deis.
Melit. Y tú ¿qué das?
Mendo. Señora, haced vos la entrega,
Y luego se os premiará.
Melit. Dá tú la paga, y despues
Daré yo mi propiedad.
Mendo. ¿Con qué antes?
Melit. Antes.
Mendo. ¡Oh! no;
Antes no.
Melit. Pues á la par.
Toma y daca: ya rebajo.
Mendo. (*Aparte.* Ello para mí es igual:
De mi bolsillo no sale.)
Fijemos la cantidad.
Melit. Hijo, en mi oficio hay apenas
Un ardite que ganar.
De siglo á siglo se muere
Un sujeto principal;
Para Santiago de Julio
Cumplo medio centenar;
Y de dia en dia voy
Perdiendo la habilidad
Para quedar sin esfuerzo
Airosa en un funeral.
Yo que antes, cuando queria,
Lloraba á cántaros, ya,
Sin la cebolla, no puedo
Una lágrima arrojar.
Si doy alaridos, cojo
Una ronquera tenaz,
Y si hago que me repelo,
Me hago daño de verdad.
Por eso, hijo, en este lance
No te debes espantar
Si aprovecho la ocasion.
Mendo. Pues decid: ¿acaso hará
Mi dinero que lloreis
Con mayor facilidad?
Melit. No; pero tendré con él
Menos veces que llorar.
Mendo. ¿Cuánto, para llorar menos,
Es lo que necesitais?
Melit. Mil maravedís de cobre.
Mendo. ¿Mil?
Melit. Mil... y pico.
Mendo. ¿Serán
Nuevos, supongo.
Melit. (*Aparte.* Subamos.)
Viejos.
Mendo. Se os dará el millar.
Melit. (*Aparte.* Poco he pedido, pues no
Me pone dificultad.)
Los mil se entiende que son
Por los pliegos nada mas.
Las joyas no entran en cuenta.
Mendo. Las joyas ¿qué costarán?
Melit. Hay un relicario...
Mendo. ¿De oro?
Melit. No.
Mendo. ¿De plata?
Melit. De metal;
Pero menos de doscientos
Maravedís, no saldrá
De mi poder; que aunque liso,
Quizá vale un dineral.
Pues ¡y las cuentas azules!
Mendo. No tengo curiosidad
De verlas. (*Aparte.*) Son de las mias.
Melit. Es que...
Mendo. Nada: os quedarán
De beneficio. Y bien, ¿cuándo
Me entregareis lo demás?
Melit. Cuando puedas entregarme
Los dos mil.
Mendo. Disimulad:
Son mil y doscientos.
Melit. ¿Eso
Son?
Mendo. Sí.
Melit. Yo no sé contar:
Doscientos y mil, creí
Que eran dos mil.
Mendo. Pues errais.
Melit. Pues para no errarlo, cuenta
Los dos mil, y acertarás.
Mendo. Venid esta tarde.
Melit. Vengo,
Traigo, tomo, doy, y en paz:
Por dos mil maravedís,

Heredas á Barragan.
¡Ay pobre Aniceto! ¡ay! ¡cómo
Tenia aquel espaldar!
¡Ay pobre compadre mio!
¡Ay pobre andaluz! ¡ay! ay!
Mendo. ¡Eh, tia, eh!
Melit. Creí que estaba
Viendo llevarle á enterrar. (*Vase.*)

ESCENA VII.

DON BELTRAN, MENDARIAS.

Belt. Maestro, esperando estuve
Que esa vieja carcamal
Se fuera.
Mendo. Señor alcaide,
¿Qué me teneis que mandar? [gen...
Belt. (*Aparte.* El Rey y el inglés lo exi-
¡Buena es mi sagacidad
Para ello!) ¿Hay trazas en Soria
Que os hagan creer que habrá
Bulla?
Mendo. Lo que es por ahora,
Reina la tranquilidad.
Belt. Me alegro. Don Juan me ha dicho...
Mendo. ¿Qué cosa?
Belt. Que ¿cómo andais
De descubrimientos?
Mendo. Bien.
El velo se va á rasgar
Esa tarde.
Belt. ¡Oiga! ¿tan pronto
Sabreis con seguridad
Quién os dió el ser... á los dos?
Mendo. Sí.
Belt. Quisiera presenciar
El acto.
Mendo. ¿Por qué no?
Belt. Pues
Hoy por la festividad
Tengo convidada á Elvira:
Si me quisiérais honrar...
Mendo. ¿En el castillo?
Belt. Es mi casa.
Mendo. La llorona träerá
Aquí los pliegos.
Belt. Que vaya
Al alcázar: avisad...
Sé donde vive.
Mendo. Corriente.
Iré. — ¡Qué miedo cerval
Tengo de qué...!
Belt. ¿Miedo? El hombre
Se debe de preparar
A todo.
Mendo. Ya; mas la negra
Honrilla, la vanidad...
Si se encuentra uno con sangre
De Mahoma ó de Caifás...
Entrañas de tigre tiene
Todo padre que es capaz
De abandonar á sus hijos
Con tal inhumanidad.
Belt. ¡Entrañas de tigre! Vaya,
Que eso es mucho ponderar.
Puede un hombre á veces...
Mendo. Nunca
Puede hacer una ruindad.
Belt. ¿Ruindad llamais...?
Mendo. Condenada
Por la fe, por la moral.
Belt. Hombre...
Mendo. (*Aparte.* Don Beltran se turba:
¿Será el padre de don Juan?)
¡Negar su nombre, su amor,
Su cuidado paternal
A una infeliz criatura,
Que tal vez perecerá
De miseria!
Belt. Se le puede
Asistir sin declarar
El nombre.
Mendo. ¿Y quién el cariño
De los padres suplirá?
De los vicios que contraiga
Por efecto regular
De esa educacion un hijo,
Cuenta al padre pedirá
La justicia del Señor
En su recto tribunal.
Belt. ¿Y si el hijo no es vicioso?
Mendo. Cualquiera infelicidad
Que sufra, todas las lágrimas
Que vierta, recaerán
Sobre el padre despiadado...
Belt. Bachiller de Barrabás,
Puede no ser infeliz.
¿No estais viendo un ejemplar
En la casa? Juan y Elvira
¿Qué echan menos?
Mendo. ¿Ignorais
Tal vez que doña Beatriz
Va de su lado á lanzar
A Elvira...?
Belt. ¡Qué oigo!
Mendo. ¿Y que el otro
Sufriera el propio desman,
Si doña Beatriz tuviese
Un poco de aliento mas?
Belt. ¡Justo Dios! ¡Y me decia
Que los iba á desposar!
Mendo. Contra su gusto.
Belt. ¿Por qué?
Pues ¿quién la precisará
A dar su consentimiento?

Mendo. La ingrata importunidad
De don Juan, la fuerza. Elvira
Le odia.
Belt. ¿Qué es eso de odiar?
¿Quién es ella para odiarle
Sin un mandato especial?
Mendo. (*Ap.* Le defiende: es su hijo.) Yo
Os voy á desengañar.
Elvira tiene otro amor.
Belt. ¡Qué superficialidad! —
¿Quién es?
Mendo. Don Juan de Castilla.
Belt. ¡Jesucristo! ¿Aquel bausan?
Mejor iria con un
Pobre de solemnidad.
¡Y á mí se me calla todo!
Es una loca de atar
La chica, y doña Beatriz,
Que no la corrige, mas.
Esto no ha de ser. Señora, (*Gritando.*)
Don Juan, Elvira, llegad. [torpeza?)
Mendo. (*Aparte.* ¿Habré hecho alguna
Oid.
Belt. ¡Voto á mi solar,
Mendo, que ha sido el hablaros
Inspiracion celestial!

ESCENA VIII.

DOÑA BEATRIZ, ELVIRA, DON JUAN, DICHOS.

Belt. Señora, bastante tiempo
Usé de vuestra bondad;
Demasiado tiempo fuí
Esclavo del qué-dirán
De una familia orgullosa
Y de un pundonor falaz.
El depósito que os dí,
Os lo vengo á reclamar,
Porque yo desde este dia
Principio á ser su guardian.
¡Soy padre!
Mendo. (*Aparte.*) Juan es el hijo.
Juan y Elv. ¿Padre de quién?
Belt. (*A doña Beatriz.*) Publicad
A quién dió el ser Magdalena
De Falces, mi angelical
Esposa.
Juan y Elv. ¿Fuisteis casado?
Beat. Y lo tuvo que ocultar.
Belt. Aun despues de muerto el idolo
De mi amor.
Elv. (*A Beatriz.*) Hablad.
Juan y Mendo. Hablad.
Beat. Abraza á tu padre, Elvira.
Elv. ¡Padre!
Belt. ¡Hija mia!
Mendo. (*Aparte.*) ¡Fatal
Descubrimiento!
Juan. (*Aparte.*) Es legítima.
Mendo. (*Aparte.*) ¡Y estaba yo por jurar
Que iba á ser masculina esta
Recuperacion filial!
Elv. Vos siempre sereis mi madre.
Beat. Siempre me lo llamarás.
Elv. De alcaidesa va á tenerme
Vuestro tocayo, don Juan. (*Aparte á él.*)
Belt. Hoy hallas padre; mañana
Tendrás esposo.
Juan. Aceptad
Mi enhorabuena.
Elv. (*A Beltran.*) ¿Y quién...?
Belt. Eso
No lo debe preguntar
Una niña bien criada:
El que la den, tomará.
(*Aparte á ella.*) Si don Juan resulta noble,
Con don Juan te casarás.
Juan. (*Ap.*) Él me prometió...
Elv. ¡Ay Mendarias! (*Ap. á él.*)
Mendo. (*Ap. á ella.*) En Dios y en mí
[confiad.

ACTO TERCERO.

Sala en el castillo de Soria. Una puerta en el fondo, otra á un lado, y al opuesto ventanas. Mesa y sitiales.

ESCENA PRIMERA.

DON BELTRAN, DON JUAN.

Juan. Es echar por el atajo.
Belt. Todavía estoy perplejo.
Juan. ¿No os parece mi consejo...?
Belt. Me parece vil y bajo.
Juan. No sé qué tenga de vil
Cumplir una órden real.
Belt. ¿Es cosa noble y marcial
Convertirme en alguacil?
Presos sabré mantener
Aquí los que se me fien;
Mas ¡que á un alcaide le envien
Mandato para prender!
Juan. ¿No fué el convidar á Mendo
Para ponerle á recado?
Belt. Solo me estaba mandado
(Por eso en ira me enciendo)
Traerle, para que hablara

El inglés explorador
Con él; y mi buen milor
Ahora sus instrucciones
Me muestra, y su excelentísima
Dice cual vos, con poquísima
Diferencia de expresiones:
« Que venga la Melitona,
Que dé el título, y leido,
Se le hace á Mendo un cumplido,
Y se le encaja en chirona. » —
¿Qué cumplido ni qué arenga
Tamaño rigor ablanda?
Juan. Añadid que el Rey lo manda,
Y que á él tal vez le convenga.
Belt. ¿A quién? ¿á Mendo? Eso irrita.
Juan. Él ha sido un perdulario;
Y un retiro sedentario
Es lo que mas necesita.
Belt. Si fuérais vos...
Juan. ¿Y entendeis
Por qué el Rey prenderle quiere?
Belt. Mirad: lo que no os dijere,
Nunca me lo pregunteis.
A otra cosa menos seria
Pasemos; que si no...
Juan. Hablemos
De Elvira.
Belt. Nada tenemos
(*Afectando despego y orgullo.*)
Que tratar en la materia.
(*Aparte.* La muchacha no se libra
Del novio que yo á propósito
Contemple: á ver si este expósito
Es hombre de buena fibra.)
Elvira no disimula
Que no puede soportaros;
La promesa de auxiliaros
Que os hice, resulta nula.
Juan. Como yo la adoro aún...
Belt. No le haceis grande merced.
Juan. Ya no es mi igual; mas creed
Que sale de lo comun
Este amor que le es molesto.
Belt. Resignaos.
Juan. Me resigno;
Mas fuera de amarla indigno
Si la olvidara tan presto.
Belt. ¿Quereis haceros justicia
Completa? Pues confesad
Que en vuestro amor, la mitad
A lo menos, es codicia.
Vos vivíais hasta ahora
Con una niña hechicera,
Como vos coheredera
De vuestra fiel protectora,
Y dijísteis: « No me prive
La participe presunta
De nada; todo se junta
Si ella mi mano recibe. »
Hoy dan mas brillo á sus prendas
Caudal nuevo y jerarquía,
Y decís: « Bueno seria
Pillar entrambas haciendas. »
Está muy bien calculado;
Pero sírvaos de gobierno
Que no quiero para yerno
Un huérfano desechado.
Juan. No imagineis que yo tilde
Vuestra determinacion:
Conozco mi situacion,
Y me toca ser humilde.
Quizá hoy descubra en mi abono
Que sangre noble heredé;
Pero me consolaré
Si no; que no lo ambiciono.
Belt. ¿Cómo no?
Juan. Si mi homenaje
Con gusto Elvira aceptara
Siendo yo hidalgo, me holgara
De ser hombre de linaje:
Esto es poco meritorio
Para ella, y en consecuencia
Espero sin impaciencia
Noticias de mi abolorio;
Y oigo sin indignacion
Llamarme hijo de desecho,
Porque os debo de derecho
Respeto y veneracion.
Belt. Ese respeto es ya mengua:
Mas hubiera yo querido
Que con el rostro encendido,
Trémula de ira la lengua,
Me dijéseis: « Don Beltran,
No hay que mirarme con ceño,
Porque el grande y el pequeño
Todos son hijos de Adan. » —
¡Respeto! ¿Qué hidalgo sufre
Lo que yo os digo, con calma?
Vos teneis de nieve el alma,
Y la del noble es de azufre.
Sabed que un experimento
Fué esa palabra afrentosa:
Elvira por melindrosa
Me tenia descontento;
Que no es bien que me despoje
Yo, por ser ella una perla,
Del poder de establecerla
Con aquel que se me antoje.
Dijo con tal arrogancia
Que os aborrece, que el modo
Me irritó mucho, con todo
Que no hace mal en sustancia;
Y afirmo por San Jerónimo
Que si os me poneis soberbio
Aquí, si me hablais con nervio
Al nombraros hijo anónimo,

Me seducís, se me altera
El caletre, pierdo el tino,
Y emparentar determino
Con vos, quiera ella ó no quiera.
Juan. (*Aparte.*) ¡Ah! [mático
Belt. Pero os vi tan fle-
En el instante fatídico,
Que tuve ya por verídico
Lo que antes fué problemático.
Debeis tener sangre hebrea;
Yo gasto un humor diabólico,
Y no trata un buen católico
Con gente de esa ralea.
Cuando la llorona llegue,
Yo como real ministro
Haré con vos el registro
De las señales que entregue;
Os daré luego en dinero
De tal servicio el salario
(Porque oleis á mercenario
Vestido de caballero);
Y si aquí nunca volveis,
Si en la calle, al encontrarme,
Os pasais sin saludarme,
Un grande favor me hareis.
Juan. Vereis que sin vacilar
Os serviré complaciente.
(*Aparte.*) ¡Vive Dios, viejo insolente,
Que me las has de pagar! (*Vase.*)

ESCENA II.

ELVIRA, DON BELTRAN.

Elv. Padre...
Belt. ¿Qué ocurre?
Elv. ¿Son ciertas
Las sospechas que he formado?
¿Estais conmigo enojado?
Belt. Me alegro de que lo adviertas.
Elv. ¿Porque os dije que se fragua
En mí cierta propension...?
Belt. Es que tal declaracion
Merece encierro á pan y agua.
Elv. Yo me someto al castigo.
Belt. ¡Ah! ¡bueno!
Elv. Pero si erré,
Fué solo que equivoqué
El padre con el amigo.
Belt. Eso muda de apariencia.
Salvando la dignidad
Paterna, ya la amistad...
Elv. Permite alguna licencia.
Belt. La mayor satisfaccion.
Elv. Lo de la inclinacioncilla
A don Juan el de Castilla,
Fué solo una indicacion
Hecha al amigo.
Belt. Muy bien.
Elv. Hubiera dicho á mi padre:
Haced de mí lo que os cuadre,
Por siempre jamás, amén.
Belt. Esto es ser honrada y buena.
Elv. Yo mi obligacion acato.
Belt. Eres el vivo retrato
De mi pobre Magdalena.
Sigue, con tu voz recréame.
Elv. ¿Filial ó amistosamente?
Belt. Como á tí mas te contente.
Elv. A lo amigo.
Belt. Pues tutéame.
Elv. Si nos oye algun soriano,
Dirá que os falto al decoro:
Que así se hablan mora y moro.
Belt. Tambien hermana y hermano.
Elv. A ver si cojo el estilo.
Beltran...
Belt. ¿Qué quieres?
Elv. Pedirte
Un favor.
Belt. ¿Puedo servirte?
Elv. ¡Oh, sí!
Belt. Cuenta con él: dilo.
Elv. Como hago de piedad gala,
De ver al infante trato.
Belt. Le verás dentro de un rato.
Elv. ¿En la torre?
Belt. En esta sala.
Elv. ¿Sale de allí el prisionero?
¿Quién ese milagro hizo?
Belt. Es que hay un don Juan postizo
Y otro don Juan verdadero.
Elv. El don Juan original
¿No es el que preso se encuentra?
Belt. No: quien hoy en cárcel entra,
Es el Infante real.
Elv. ¿Y hasta hoy en la torre pena
Otro lo que no debia?
Belt. La deja un don Juan vacía,
Y el otro don Juan la llena.
Elv. No entiendo esa trapisonda,
Y toma el diálogo un sesgo...
Belt. Oye, pues que nada arriesgo,
La verdad monda y lironda.
Muerto don Pedro en Montiel
A manos de don Enrique,
Se fué su poder á pique,
Y rindiéronse en tropel
Al vencedor en un punto
Los pueblos que aun peleaban,
Menos Carmona en que estaban
Los hijos del Rey difunto.
Quitóse al fin el padrastro,
Y cuando en Carmona entró
El Rey, un niño encontró
Que dijeron de la Castro.

Elv. Pues yo estaba en la creencia,
Segun es pública fama,
De que á don Pedro esa dama
No le dejó descendencia.
Belt. En la misma persuasion
Estaba el Rey; mas se hallaron
Indicios que demostraron
Que le quedó sucesion
De otra dama sevillana,
Que supo ocultarse honesta;
Y por si era el hijo de esta
El que por de doña Juana
De Castro pasar se hacia,
Quedó en la duda acordado,
Conforme á razon de estado,
Ponerle en carcelería:
Libre pudiera intentar
Hacer su nombre valer
Un dia; y el precaver
Excusa de remediar.
Dieron á Beltran Claquin
El niño de union bastarda
Para velar en su guarda,
Y aquí el francés paladin
Le trajo cuando de Soria
Vino á tomar posesion
En virtud de donacion
Del Rey de ilustre memoria.
Elv. Y la ciudad al francés
No quiso feudo prestar...
Belt. Y él la mandó saquear...
Elv. Y quemarla luego.
Belt. Pues;
Y por esa rebeldía
De Soria, el aventurero
La vendió al Rey por dinero,
Y se me dió la alcaidía. [tan...!
Elv. (*Aparte.*) ¡Oh! ¡qué pormenores
Belt. Y yo en esta fortaleza
Respondo con mi cabeza
Desde entonces, de don Juan.
Casi solo un sacerdote
Le ve, y al cabo se ha hecho..
Elv. Un galan de honra y provecho.
Belt. Un tonto de capirote.
Elv. ¿Cierto?
Belt. El que te figurabas
Un mozo brillante, eximio,
Tiene una cara de jimio...
Elv. ¡Ay Dios!
Belt. No vale dos habas.
Elv. ¿Es por ventura bisojo?
Belt. Cabal. Y ha estado perlático.
Elv. ¿No tiene una tos de asmático
Tambien?
Belt. Y es bastante cojo.
¿Le viste ya?
Elv. Sí.
Belt. ¡Prohibídolo
Tengo, y te le dejan ver!
Elv. Yo no queria creer
Que fuera él.
Belt. Pues es tu ídolo.
(*Aparte.* Yo dí la órden...) ¿Te entusiasma
Ese Adónis todavía?
Elv. La obra de mi fantasía
Se trueca...
Belt. En una fantasma.
Como que del cautiverio
Sale el pobrecillo tal,
Que de aquí irá al hospital,
Y desde allí al cementerio.
Elv. El don Juan de alto coturno
Será cosa muy distinta.
(*Aparte.*) Si no tiene mejor pinta,
El pronóstico nocturno
Queda sin ejecucion.
Belt. (*Aparte.*) Confundida ya la noto.
Elv. Atemos el hilo roto,
Beltran, á la relacion.
Belt. De un hombre de poco lastre
No has de ser tú.
Elv. Cuando gustes...
Belt. A efecto de los ajustes
Hechos con el de Alencastre,
Dicen que ahora resulta
Por un exámen prolijo
Quién es de don Pedro el hijo
Y de aquella dama oculta.
La hermanastra del bastardo
Que hoy de Alencastre es duquesa,
Dió al Rey la noticia; y esa
Es la causa porque aguardo
Que el descendiente genuino
De la prosapia que se odia,
Sea bajo mi custodia
De una torre hoy inquilino.
Elv. ¿Con que si á don Juan se encierra,
Sufre que se le encadene
Su hermana?
Belt. Hija, así conviene
A Castilla y á Inglaterra.
Elv. Y en caso de interesar
A los dos reinos coger
Y encerrar á esa mujer,
¿Se dejaria pillar?
Belt. Como amigo y sin enfado,
Te diré que una muñeca
Bien puede hilar á la rueca,
Pero no hilar tan delgado.
Elv. ¡Líbreme el señor San Roque
De tales deudos y hermanas!
(*Oyese á lo lejos tocar á rebato.*)
¡Calle! tocan las campanas
En la ciudad.
Belt. Ese toque...

Elv. Es á rebato.
Belt. Ya infiero
La causa: está alborotada
Ya Soria.
Elv. Si hay asonada,
El futuro prisionero
No vendrá.
Belt. No iré á cogerle
Yo.
Elv. Ni yo lo permitiera.
Verle prender lo sintiera...
(*Aparte.*) Pero mucho mas no verle.

ESCENA III.

DOÑA BEATRIZ, ALFONSA, DON BELTRAN, ELVIRA.

Beat. ¿Oís? ¿oís? ¿Qué alboroto
Es este, señor alcaide?
Belt. El préstamo voluntario,
Sin duda.
Elv. Decidme, padre,
Si es voluntario ¿por qué
La gente ha de alborotarse?
Belt. Es voluntario el pedirlo;
Pagarlo es inevitable.
Repetir quiero á mi tropa
Las órdenes dadas antes. (*Vase.*)

ESCENA IV.

DOÑA BEATRIZ, ELVIRA, ALFONSA.

Alf. Mirad, mirad.
(*Asomándose á la ventana.*)
Elv. ¡Cuántos vienen
Al castillo á refugiarse!
(*Llegándose á la ventana tambien.*)
Alf. Son judíos de la Aljama.
Beat. Gente opulenta.
Elv. Y cobarde.
Beat. Dos motivos de temer.
Inspiracion de algun ángel
Fué venirnos al castillo.
Elv. Sí, señora; en todo trance
Estamos seguras.
Beat. ¡Ay!
¿Y tu maestro?
Elv. ¡Qué diantre!
Y es verdad. Estaré inquieta
Mientras que Mendarias falte...
Y don Juan.
Beat. Don Juan aquí
Está.
Elv. Si son tres los Juanes.
Juan el de casa, otro Juan
Que entra en esta, y el que sale.
Beat. No entiendo...

ESCENA V.

DON BELTRAN, DICHAS.

Belt. No hay que temer
Por ahora.
Beat. ¿No se sabe
De Mendo?
Belt. Pronto estará
Aquí: con los capellanes
Nadie se mete.

ESCENA VI.

MENDARIAS, MELITONA, DETRAS DON JUAN, DICHOS.

Mendo. Señores...
Belt. ¿Veis?
Melit. ¡Ah!
(*Dejándose caer en una silla.*)
Juan. ¿Puedo presentarme?
(*A don Beltran desde la puerta.*)
Belt. Hombre, sí: luego que digo
Yo dos ó tres sequedades,
Tan amigos como siempre.
Melit. ¡Ay! ¡ay! ¡qué miedo tan grande!
Nunca he llorado con menos
Esfuerzo.
Belt. ¿Qué novedades
Hay en Soria?
Mendo. Poca cosa
Es: gritos descomunales,
Carreras, pedradas, muchas
Lanzas y espadas al aire,
Ocho ó diez vecinos muertos...
Beat., Elv. y Alf. ¡Muertos!
Mendo. Unas casas que arden,
Otras que se han de arrasar,
Orden de fortificarse
Otras; en fin, todo es una
Miseria que nada vale.
Juan. ¿Tan poca importancia das
A tales atrocidades?
Beat. En efecto...
Melit. ¡Ay Jesus mio! (*Sollozando.*)
Elv. Me pongo esta vez de parte
De don Juan: es la primera.
Melit. ¡Diez van ya! (*A Alfonsa.*)
Alf. Esos funerales
Mas teneis.
Elv. Y ¿cómo ha sido
Que á esos infelices maten?
Mendo. Eran los que sostenian

Que el préstamo se pagase.
Juan. ¿Y quiénes eran?
Mendo. Haedo,
Ruiz, Tello, Artal, los Garayes,
Monroy... en fin, los que están
Libres de todo gravámen,
Porque no tienen de donde
Una blanca se les saque.
Belt. Pues ¿y los nobles?
Beat. ¿Y el clero?
Juan. ¿No resisten?
Melit. No tal.
Mendo. Hacen
Causa comun todos.
Belt. ¿Cómo?
Beat. Explicad...
Mendo. Hasta los frailes
Se proponen rechazar
La poca tropa que trae
El Rey, que se halla en un pueblo
Dos ó tres leguas distante.
Beat. Pues ¿qué....?
Mendo. Si el tributo alcanza
A todos.
Belt. ¿A toda clase?
Mendo. A toda: á nobles...
Belt. ¡A nobles!
Mendo. A damas...
Beat. ¡Qué disparate!
Mendo. A doncellas...
Elv. ¡A nosotras
Tambien!
Mendo. A viudas...
Melit. ¡Qué infame
Ley!
Mendo. A sirvientes...
Alf. ¡Qué horror!
Mendo. Jornaleros, estudiantes,
A todos coge, hasta al santo
Ministro de los altares.
Belt. Yo solo sabia el cupo,
Mas no cómo lo reparten.
Pues entonces justo es
Que unos y otros se levanten.
Beat. Justísimo.
Juan ¡Atropellar
Derechos tan respetables!
Elv. Pague el pechero.
Melit. No paso
Por eso; no pague nadie.
Belt. ¿Qué repúblico habrá sido
Autor de tan gran dislate?
Juan. ¡A una ciudad hasta ahora
Exenta de cargas casi,
Echarle una...
Mendo. Que rehusan
Pagar las demás ciudades.
Elv. Todas, en efecto.
Beat. Y todas
Consiguen que se recaude
De otro modo.
Melit. Hablando ahora
De recaudar, si aprontaste (*A Mendo.*)
Aquellos maravedís,
Segun me has dicho, los traes,
Y te entregaré los...
Mendo. ¿Tienes (*A don Juan.*)
Aquel dinero?
Juan. Sí.
Mendo. Dásele
A esta mujer.
Juan. Tomad.
(*Da una bolsa á Melitona, que vacia el dinero sobre una mesa, y lo cuenta.*)
Melit. ¿Vos
Pagais?
Juan. Yo... por el alcaide.
Melit. ¿Mendo es rico? (*Ap. á don Juan.*)
Juan. No.
Melit. ¿Va á serlo?
Juan. Va á ser perpetuo habitante
Del alcázar.
Melit. ¿Eso hay?
Belt. Hija,
Puedes de aquí retirarte,
Porque debemos quedarnos
Solos.
Elv. Haced que me llamen,
Si viene don Juan.
Belt. Ya estoy.
(*Vanse Elvira y Alfonsa.*)
Mendo. Yo no trato de quedarme
Tampoco.
Belt. Sí tal.
Juan. Sí.
Mendo. Tú
Que las nuevas deseaste,
Oyelas y goza en ellas;
Noticias desagradables
Como las que espero yo,
Recíbalas lo mas tarde
Posible. Ahí va eso.
(*Deja un envoltorio sobre una mesa.*)
Belt. Bien,
De todo os daremos parte
Despues.
Voces. (*Dentro.*) ¡Arma, arma!
Belt. ¡Demonio!
Dent. (*Muy lejos.*) ¡Vivan nuestras li-
Belt. ¿Qué es esto? [bertades!
Dent. (*Mas cerca.*) ¡Viva el Rey!
Belt. (*A una ventana.*) ¡Firmes!
Tratan de dar un ataque
Los sorianos al castillo;
Yo mando en él: dispensadme.
Vos, señora, y vos, don Juan,

Mirad eso, y Dios os guarde.
Mendo. Yo os sigo; y si hay cuchilladas,
Ya vereis ¡con qué donaire
Sacudo! (*Vanse don Beltran y Mendarias.*)

ESCENA VII.

DOÑA BEATRIZ, DON JUAN, MELITONA.

Melit. ¿Con que á los dos
Se me remite?
Juan. Sí: dame
Los testimonios. Sentaos. (*Siéntanse todos.*)
Beat. ¿Qué cosa va á averiguarse?
Juan. Los padres de Mendo, y mios
Quizá.
Beat. Es muy interesante.
Juan. (*Ap.*) En verdad que el corazon
Ya fuertemente me late.
Melit. Tomad.
(*Desenvuelve un pañuelo, y saca de él un pergamino, un relicario, un rollo de tiras de lienzo, unas cuentas azules, etc.*)
Juan. Venga: un relicario
Cerrado. ¿Cómo se abre
Esto?
Beat. Ya probaré yo
Luego.
Juan. Unas cuentas de jaspe
Azul.—Compañeras de estas.
(*Tomando otras del envoltorio que dejó Mendarias.*)
Beat. Unas tiras de pañales.
Melit. Unos de lienzo muy rico;
Mas los otros...
Juan. Una clave.
Esto es lo que importa mas.
Por ella ha de descifrarse
El escrito que ha dejado
El bachiller.
Beat. Confrontarle.
(*Don Juan pone la clave, que es un pergamino calado, sobre otro pergamino ó papel que trajo Mendarias.*)
¿Sacas algo en limpio?
Juan. Sí.
Cosas muy particulares.
(*Aparte.*) Don Beltran nada me ha dicho
Del motivo de encerrarle...
¿Si será....?
Beat. Lee, por Dios.
Juan. (*Ap.*) ¿Vendremos á ser rivales?
Melit. Leed.
Juan. (*Lee.*) « En el nombre de Dios, amén. Sepan cuantos esta carta vieren, como yo don Pedro, por la gracia de Dios, Rey de Castilla, etc. »
Beat. ¿Es el Rey don Pedro...?
Juan. Sí, señora, el otorgante.
(*Lee.*) « Por mi alma salvar é desembargarme á fuer de caballero, declaro de haber conoscido á una doncella sin decilla mi nombre, á la cual ansimesmo voto jurado fice de callar el suyo. »
Beat. ¡Otra desdichada, víctima
De los caprichos reales!
Juan. (*Lee.*) « É porque la dicha dama, que agora va á ser casada en Soria, si algun dia le pluguiere, haya razon é manera donde conoscer el fijo que ella puso en mi poder para que fués criado, digo que á una legua de la mi cibdad de Sevilla »...
Beat. De Sevilla...
Juan. (*Lee.*) « Puse en su cuello por mi mano un dia de San Juan »...
Beat. ¡De San Juan!
Juan. (*Lee.*) « Una joya de oro de preciada labor é de finos balajes »...
Beat. ¡Una joya de balajes!
Juan. (*Lee.*) « Con una cifra como la que he fecho entallar por de dentro en un relicario de cobre, que se abre sotil é disimuladamente de la propia guisa que la joya. »
Beat. Ese relicario... venga.
Juan. Señora...
Beat. Sigue, adelante.
Juan. Os indisponeis.
Beat. No, no.
Juan. Pugnais por abrir...
Beat. Dejadme.
Seguid, leed.
Melit. Sosegaos.
Beat. Leed.
Juan. (*Ap.*) Principio á inquietarme.
(*Lee.*) « Este relicario y carta habrá consigo, en señal de su nascimiento, el infante fijo mio é de la dicha dueña, de quien me fice llamar don Alfonso, como mi padre. »
Beat. ¡Él es!... y la cifra es esta;
(*Abriendo el relicario.*)
Sobran las demás señales.
Juan. ¡Vos... de don Pedro...!
Beat. ¡Oh rubor!
¡Madre de Dios! amparadme.
(*Se desmaya.*)
Melit. Señora... — ¡Socorro!
Juan. ¡Cielos!
De Mendarias es la madre.

ESCENA VIII.

ALFONSA, DICHOS.

Melit. Venid, venid.
Alf. ¡Mi señora

Desmayada!
Juan. Pronto: al aire:
En esa pieza estará
Mejor.
Melit. Vamos.
Alf. Ayudadme.
(*Melitona y Alfonsa se llevan á doña Beatriz á un cuarto que está á un lado.*)

ESCENA IX.

DON JUAN.

¡Qué descubrimiento! Adios
Mis esperanzas y planes.
Es Mendo su hijo; no heredo
A doña Beatriz; va á amarle
Elvira, y yo voy á ser
Blanco del comun desaire;
Voy á verme abandonado,
Escupido, miserable.
Rasgara de buena gana
El escrito... Aunque lo rasgue,
¿Qué importa ya? Fuera en vano,
Pues todo Beatriz lo sabe.
Concluyamos de leer
Estas razones fatales.
¿Dónde es la fecha? En Toledo,
Poquísimos dias antes
De partir para Montiel.
Adivinaba el desastre
Sin duda que le esperaba,
Y quiso reconciliarse
Con el cielo ese Rey mónstruo,
Deshonra de cien linajes.
¿Cómo sigue?
(*Lee.*) «Dicho infante mi fijo ha sido dado á criar ansimesmo con otra joya de mediano valor que se guarda en un estuche verde...»
Tambien es
Verde el que al abandonarme
Me pusieron.
(*Lee.*) «Que tiene labrada en marfil una figura del bienaventurado Ildefonso.»
¡Ildefonso!
(*Lee.*) «Y ha sido baptizado con el nombre de don Juan.»
¡Don Juan! Un rayo me mate.
¡Don Juan! ¿Luego yo soy hijo
Del Rey! — ¿Será que me engañe? (*Lee.*)
No: soy hijo de don Pedro.
¡Y he maldecido á mi padre!
Y la que allí de vergüenza
Casi sin aliento yace,
¡Es quien me tuvo en su seno!
Madre mia, perdonadme. —
Pero si aquí me declaro,
Van al punto á encarcelarme:
A un hijo del Rey don Pedro
No hay quien de prision le salve.
¿Qué he de hacer?

ESCENA X.

MELITONA, DON JUAN.

Melit. Ya ha vuelto en sí.
Juan. ¡Gracias á Dios! Voy...
Melit. Infante,
Oid.
Juan. ¿Cómo es eso? ¿Qué?
Melit. ¿Os admirais de que os trate
Como debo?
Juan. ¿Sabes tú...?
Melit. Sé que debeis contemplarme,
Si no quereis que os encierren
Para siempre en una cárcel.
Juan. ¿Te has quedado con algun
Pergamino?
Melit. En esta márgen,
(*La inferior de la clave.*)
¿No veis unas ondas? Prueba
De que han debido cortarle
Un pedazo.
Juan. Y tú le guardas.
Melit. Le guardaba para un lance.
Juan. ¿Le has leido?
Melit. Yo no sé
Leer; pero el personaje
Que me le entregó, me dijo
Las palabras literales
Escritas allí.
Juan. ¿Y qué...?
Melit. Si uno
Las borrara, y en dos frases
Pusiera...
Juan. Habla bajo. ¿Qué?
Melit. ¿No lo adivinais?
Juan. Declárate.
Melit. Que á Mendo y á vos...
Juan. ¿Un trueque?
Melit. Sí. — ¿Qué os parece?
Juan. Admirable.
Melit. Huir, no podeis; por una
De tantas casualidades,
El castillo está cerrado.
Juan. ¿Cómo he de recompensarte?
Melit. No soy codiciosa yo,
Ni gusto de estos enjuagues;
Pero porque cuando muera,
Me pueda á mí llorar álguien...
Juan. Acaba.
Melit. Dadme quinientos
Maravedís en rescate
(De plata se entiende), y uso

De mis plenas facultades,
Y se os desinfanta.
Juan. Advierte
Que urge escribir al instante
Eso.
Melit. Donde presos hay,
Como aquí, ¿pensais que falte
Algun escribiente diestro
En esas habilidades?
Corre de mi cuenta.
Juan. Yo
No tengo suma tan grande
Conmigo: pero esta noche
Ve á casa.
Melit. Quiero fiarme
De vos esta vez.
Juan. Pues corre
A eso.
Melit. Voy.
Juan. Y no tardes. [hijo
Melit. (*Aparte.*) Él nunca dirá que es
Del Rey: bien hago en pelarle. (*Vase.*)
Juan. Encubramos, por ahora,
El esplendor de mi sangre;
Que dia vendrá despues
En que se muestre brillante.
Orgulloso don Beltran,
Tiembla ya del que injuriaste:
Elvira será mi esposa,
Y tendrás que resignarte
A consentirlo.

ESCENA XI.

DON BELTRAN, MENDARIAS, ELVIRA, DON JUAN.

Mendo. Tuvieron
Por fuerza que retirarse.
Juan. ¿Los amotinados?
Mendo. Pues.
Belt. Que ellos alboroten, pase;
Razon tienen; mas pensar
Que habia yo de entregarles
El fuerte, eso no: primero
Sufrir que me despedacen.
Elv. Y mientras tanto don Juan...
Belt. Le vas á ver.—¿Aclarásteis
Aquel negocio?
Juan. No falta,
Para que todo se aclare,
Sino un escrito que pronto
Vereis... (*Aparte.*) ¡Dios mio! ¿quién sale?

ESCENA XII.

DOÑA BEATRIZ, QUE SALE APOYADA EN ALFONSA; DICHOS.

Beat. Don Beltran... un caballero
(*Hablando con fatiga.*)
Como vos, que por oficio
Tuviera el bien, el servicio
Del Rey don Juan el primero...,
Que por la guerra civil
Hubiera visto arrasados
Pueblos, montes y sembrados
Desde el Ebro hasta el Genil;
Que temblara con la idea
De ver entre furia y duelo
Nuevamente en este suelo
Arder la extinguida tea...
Si supiese de un contrario
Del Rey, que blasfema de él,
Y del que murió en Montiel
Fué constante partidario;
¿Cómo con ese enemigo
Vasallo tan fiel obrara?
¿Qué afecto en vos excitara
Esa persona que os digo?
Belt. Mientras un real mandato
Me dejara algun residuo
De albedrío, á ese individuo
Le dijera: «Mentecato,
Si no quieres dar lugar
A que te eche la garra,
Cállate, ó vete á Navarra
O Aragon á blasfemar.»
Beat. ¿Y si en su acaloramiento
Vuestro aviso no admitiera?
Belt. Yo el aviso repitiera
Una vez y otra, hasta ciento.
Beat. ¿Y si á vos la comision
Os dieran de la captura
De esa persona?
Belt. Ya apura
Mucho la suposicion.
El propio Amadís de Gaula
Dijera: «Ya hice y no poco,
Por vos: ¿dísteis en ser loco?
Pues os zampo en una jaula.»
Beat. Pues bien: yo que no me arredro
Ante el poder que hoy blasona
Real, yo soy la persona
Que fué parcial de don Pedro.
Belt. ¿Vos?
Mendo y *Elv.* ¿Vos? [tes
Beat. Yo la que en ardien-
Quejas sin cesar insulta
A quien en vida sepulta
A sus deudos inocentes.
Juan y *Belt.* Señora...

Beat. Yo rica fembra,
Con villas fortificadas,
Unida con los Moncadas
Y Haros; yo la que si siembra
Hoy sediciosa semilla,
Puede harto mas al estado
Dañar, que ese desdichado
Mozo, don Juan de Castilla,
Cuya verde juventud
Hoy va en prision á gemir,
Para ya solo salir
Llevado en un ataud;
Yo en fin, la que con sollozo
Triste pido se conceda
A don Juan, que partir pueda
Conmigo su calabozo.
Juan. ¿Con vos?
Belt. ¿Por qué?
Elv. (*Aparte.*) ¡Ah! ya comienzo
A adivinar el por qué.
Beat. Sobrado tiempo callé;
Ya mis escrúpulos venzo.
Deje de dama el pudor
Quien madre mostrarse debe.
Todos. ¡Madre!
Beat. Sí: porque la plebe
Con su dedo mofador
No me señale, yo elijo
No traspasar el umbral
De este castillo fatal,
Que si no, me roba un hijo.
Elv. ¿Hijo vuestro?
Belt. ¿Vuestro?
Mendo. ¿Quién?
Juan. (*Aparte.*) ¡Qué ansia!
Beat. El del Rey destronado,
El que hoy será encarcelado,
Ese es el mio tambien.
Mendo. ¿Vos madre de don Juan?
Beat. Sí,
De don Juan que está presente.
Elv. ¿Con su nombre ó diferente?
Mendo. ¿Aquí está el infante?

ESCENA XIII.

MELITONA, Dichos.

Melit. Aquí.
Leed.
(*Dando un pergamino á don Beltran.*)
Juan. Leed.
(*Dándole la clave y el otro pergamino.*)
Mendo. No seais tardo.
Beat. ¿No le dice una voz fiel
Aquí á alguno que es aquel
Cuyos abrazos aguardo?
Mendo. Eh, la voz del corazon
Es de las mas engañosas:
A mí me dice mil cosas,
Y todo será aprension.
Belt. «(*Leyendo.*) Seyendo cercano de mi finamiento yo Lope Arias, conoscido por Aniceto Barragan, declaro de haber confesado al clérigo Celebrun Celebrunez, como he tomado para mí (que non debiera) el cabdal que me dió el Rey para la crianza de un su fijo; é atraido por el deseo de mejorar al que hobe yo de mi difunta, cambié ropas y señas á dambas criaturas para echarlas; é por ende, el niño que llevaba un papel en que decia haberse baptizado con el nombre de don Juan, es mi fijo legítimo Mendo, y el que decia llamarse Mendarias es el verdadero don Juan, fijo del Rey don Pedro.»
Mendo. ¡Ah! mi pecho no mentia.
Beat. ¡Hijo querido del alma!
(*Se abrazan.*)
Juan. (*Aparte.*) Me salvé.
Melit. Ved cómo empalma
Un trozo y otro. (*Juntando los de la clave.*)
Belt. ¡García! (*Llamando.*)
Elv. ¡Mi maestro!
Belt. (*Aparte á Elvira.*) La verdad,
Hija: ¿este don Juan inclina
Tu amor?
Elv. Dios me le destina;
Cúmplase su voluntad...
Y sea la vuestra.
(*Sale un soldado con una bandeja cubierta con un tafetan.*)
Belt. Infante
(*De rodillas con la bandeja en las manos.*)
Don Juan, en la precision
De cumplir mi obligacion
(Que es hoy harto repugnante),
Ya que á mi Rey satisfice,
Desquitarme con vos quiero,
Reparando caballero
El mal que súbdito os hice.
Esto os dá mi soberano:
(*Descubre la bandeja: hay en ella unas prisiones.*)
Preso quiere que vivais
Él; yo, si vos me aceptais
Por suegro, os doy esta mano.
(*Tomando la de su hija.*)
Beat. ¿Es posible?
Mendo. ¡Oh dicha!
Juan. (*Aparte.*) ¡Oh rabia!
Mendo. Vos... (*A Elvira.*)
Elv. Segun vos, el deber
Filial es obedecer.
Juan. ¿Y si el monarca se agravia
(*Interponiéndose.*)

De que sin su venia...?
Belt. Espero
Que no.
Mendo. ¡Bah! Por de contado:
Un hombre que se ha dejado
Atrapar como un cordero,
Un Infante, sin razon
Justa preso, me parece,
Señores, que bien merece
Alguna indemnizacion.
Beat. (*Aparte.*) Salvarle será mi anhelo.
Mendo. (*Ap.* Quizá me libre mi esposa.)
Señor... madre... Elvira hermosa...
Estoy tan... así... tan lelo
Con esto de mi linaje...
Y lo de aquella bandeja...
(*Don Juan tira del brazo á Mendo.*)
Y con este, que no deja
Que uno piense en su noviaje,
Que lleno de cortedad,
No sé si mi diestra unir...
Elv. Vaya, os tendré que decir:
¡Válgame la Trinidad!
(*Mendarias se arrodilla y besa la mano á Elvira.*)

ACTO CUARTO.

ESCENA PRIMERA.

(*Es de noche aun, pero cerca de amanecer.*)

DON BELTRAN, ELVIRA, SOLDADOS.

Belt. En su puesto cada cual
Con brio, con decision.
Nada importa que tengamos
A ese pueblo gritador
Dentro de la cerca, nada;
Sois valientes, y ellos no;
La tregua que nos dan, muestra
Su falta de corazon.
Marchad.—Si algun preso trata
De huir, muera.
Elv. ¡Qué rigor!
Exceptuad por lo menos...
Belt. Para nadie hay excepcion.
Alanceado en el acto:
Oís?—El embajador
De los rebeldes, que venga:
Yo mi seguro le doy.
(*Vanse los soldados.*)
Elv. ¡Ay padre! ¡qué horrible noche!
Belt. ¡Buena ha sido, voto al sol!
Salen don Juan y la vieja
De aquí, reina la mayor
Quietud un rato, y de pronto...
Elv. ¡Qué estruendo! ¡qué confusion!
Esos judíos que dentro
De la muralla exterior
Tienen sus casas, habrán
Abierto algun boqueron...
Belt. Tendrá el concejo la traza
Por la cual se fabricó
Este fuerte, sabrá alguna
Fácil comunicacion
Para poder penetrar
En la Aljama, y la ocupó.
Elv. Pero si ciegan el foso,
Si labran algun ponton...
Belt. Se abre la puerta, matamos
Al que entre, y se concluyó.
Márchate á rezar con doña
Beatriz, y estad sin temor. (*Vase Elvira.*)

ESCENA II.

DON JUAN, DON BELTRAN.

Belt. ¿Sois vos el comisionado?
Juan. Señor don Beltran, yo soy.
Me han supuesto amigo vuestro...
Belt. ¡Extraña suposicion!
¿Y qué quiere la ciudad?
Juan. Cosa que sin deshonor
Podeis otorgar. El pliego
Vuestro al Rey, se interceptó.
Belt. Dudo...
Juan. Vedle. ¿Os quedará
Duda?
Belt. Ya ni la menor.
Este lo llevaba Frias.
¿Y el que llevaba Muñoz?
Juan. Eran los correos...
Belt. Eran,
Por si uno fallaba, dos.
Juan. No le hace. En este anunciais
Al Rey que ya se prendió
Al hijo del Rey don Pedro.
Un pueblo en agitacion
Pide un jefe; si libramos
A don Juan, nos es deudor
De un beneficio, que es fuerza
Comprometa su teson
A defendernos: es rica
Su madre, él jóven precoz
É Infante: aclamarle, pues,
Caudillo nuestro y señor,
Ya podeis imaginar
Lo bien que nos pareció.
Belt. Mas yo tengo aquí el objeto

De vuestra proclamacion.
Juan. Para que nos le entregueis,
Me envian de mediador:
Saldreis así del castillo
Con toda la guarnicion
Libre y...
Belt. ¿Antes de vencer
Hablais como vencedor?
Juan. El castillo va á ser nuestro.
Belt. Pues es una indiscrecion
Que me pidais á don Juan,
Pudiendo cogerle vos.
Juan. ¿Rehusais...?
Belt. ¿Que si rehuso?
Por ventura ¿os ocurrió
Que accediera?
Juan. Escuchad.
Belt. ¿Qué?
¿Otra idea?
Juan. Otra mejor.
Vos, si quereis defenderos,
Morireis sin remision.
Vuestros soldados son pocos:
Un trabuco se aprestó
Frente á la puerta, y al punto
Que á su impulso arrollador
Caiga, entramos; y de preso
O muerto no escapais.
Belt. ¡Oh!
Eso está por ver.
Juan. ¿Quereis
Conservar la posesion
Del bachiller y el castillo,
Y hacer al Rey un favor?
Belt. Sí quiero.
Juan. Decid en estos
Momentos de suspension
A los sorianos que el hijo
Del Rey don Pedro soy yo.
Belt. ¿Vos? ¡Una impostura á mí!
Juan. No sereis tan impostor.—
Enseñadles el escrito
Del Rey, sin la aclaracion
De Arias: no sabiendo el cambio
Que con los niños se obró,
Me tendrán por el Infante;
Me aclamarán: yo al feroz
Impetu del pueblo haré
Tomar otra direccion,
Y que el armisticio dure
Hasta que un posta veloz
Avise al Rey, os socorran,
Y acabe la sedicion.
Belt. ¿Y en espera de qué paga
Os echais á redentor?
Juan. Señor don Beltran, Elvira
Ha de ser mi galardon.
Belt. ¿Por ella?...
Juan. Solo por ella
Me puse á alborotador.
Belt. Don Juan Mendo Barragan,
Quien antes os la negó,
Dice ahora que si haceis
Otra demanda ulterior,
Sin respetar el seguro
Va á tiraros de un balcon.
Juan. Mas calma, si no quereis
Hacer ese viaje vos.
Belt. ¡Oiga! ¿De dónde esos humos...?
Juan. De mi... de mi posicion.—
¿Me negais á Elvira?
Belt. Sí.
Ya á don Juan palabra dió.
Juan. ¿Y si fuera yo don Juan...?
Belt. ¡Ridícula pretension!
Juan. ¿Qué me dijérais?
Belt. Dijera:
Venid á ser defensor
Del castillo, quedad preso
Despues, ganad el amor
De Elvira, y con ella os caso.
Juan. Vuestra muerte decidió
Esa respuesta quizá,
Don Beltran: sangre y horror
Sembraré en este castillo:
Pronto á mi disposicion
Elvira, sin padre, y lejos
Del esposo que eligió,
Tendrá por ventura grande
Hallar en mí un protector.
Belt. ¡Protector suyo..! ¡Mendarias!
Vos, cobarde ó baladron,
Me irritais siempre. Idos fuera.
Juan. Un choque exterminador
Va á empezar: doña Beatriz,
Que de madre me sirvió,
Se halla aquí; sepa yo de ella
Si prefiere esta mansion
A la suya en la ciudad.
Belt. ¡Alfonsa! (*Llamando.*)
Juan. (*Aparte.*) Crímen atroz
Fuera dejar á mi madre
Aquí.

ESCENA III.

ALFONSA, DICHOS.

Alf. ¿Sois vos quien llamó?
Belt. Sí. Doña Beatriz, que venga.
(*Vase Alfonsa.*)
Muy breve conversacion
Os permito. Beatriz creo
Se quedará.
Juan. Tal vez no.
Belt. Donde está su hijo...

Juan. Es probable
Que ceda á mi persuasion.
(*Vase don Beltran.*)

ESCENA IV.

DOÑA BEATRIZ, DON JUAN.

Juan. Señora, rápidos huyen
Los instantes que os dedico:
A don Beltran significo
Los riesgos que le circuyen,
Y nada en su ánimo influyen:
Su orgullo le va á perder:
Seguidme para no ver
La lid que se va á trabar,
En que el hierro popular
Sangre á rios va á verter.
Beat. ¿Van á entrar á sangre y fuego
Los bárbaros sitiadores?
Desvanece mis temores:
Dime la verdad, te ruego.
Cuando á ver un hijo llego,
¿Debo temblar por su vida?
Él, yo, esposa, padre, unida
Tenemos todos la nuestra;
Y herido uno en la palestra,
Sentiremos tres la herida.
Juan. Salvar á todos pretendo;
Mas ya recelo y desmayo:
Don Beltran provoca el rayo
Que le amenaza tremendo:
Quiere morir combatiendo
Con inútil vanagloria;
Opone á su hueste Soria
Por cada espada cuarenta:
Bien poca duda presenta
De quién será la victoria.
Beat. Yo no me puedo apartar
Del hijo que al fin recobro.
¡Dios mio! en el mundo sobro:
Llévame tú en su lugar.
No pudo menos de armar
Beltran su diestra briosa:
Quiere lidiar por su esposa;
¿Le perderé por valiente?
¿No respetará esa gente
Su real sangre generosa?
Juan. Para hacerse respetar,
Esté preso y no combata;
Pero lidiando, se trata
De morir ó de matar.
Eso es querer arriesgar
Su vida, sin proteger
La vuestra: ese proceder
Os debe hacer inferir
Que el que os expone á morir,
De vos no pudo nacer.
Un hijo á quien en verdad
El nombre de tal le cuadre,
Debe alejar á su madre
De un sitio de mortandad.
Por eso de la ciudad
Aquí vengo á ver si humilla
Su teson quien acaudilla
Esas lanzas mercenarias.
No es hijo vuestro Mendarias:
Yo soy don Juan de Castilla.
Beat. Vano es quererme engañar
Con tan grosero artificio;
Que ya la causa malicio,
Y es fácil de adivinar.
Tú me quieres heredar;
Tú, que fuiste mi verdugo
Desde que al cielo le plugo
Que supieras mi desliz,
Con ese cuento infeliz
Quieres volverme á tu yugo.
Nunca te abandonaré:
Mi esposo te protegió;
A mí te recomendó;
Yo su encargo cumpliré.
Pero ¿pretender que dé
Mi maternal aficion
A quien en toda ocasion
Debí dureza y desdenes?
Jamás: usurpa mis bienes,
Déjame mi corazon.
No pido que traigas pruebas
De tan villana impostura:
Prueba es contra tí segura
Conocer el fin que llevas:
Admiro, sí, que te atrevas
A venir con esa traza
Que mi seno despedaza,
Cuando há tanto que estás viendo
Cómo ha latido por Mendo,
Y cómo á tí te rechaza.
¡Hijo de mi seno hidalgo!
¡Hijo tú de sangre regia!
Quien la tiene tan egregia,
Siempre lo revela en algo.
Ni del tronco de que salgo,
Ni del real eres rama.
¿En qué muestras tú la llama
Que al pecho noble hace hervir?
Juan. ¿No es noble saber sufrir
Una acusacion que infama?
La vieja y yo supusimos,
Por no quererme dejar
Para siempre encarcelar,
Que el dia que expuestos fuimos
Yo y Mendo, un trueque sufrimos,
Que no se verificó.
Mano comprada escribió
Las líneas que visto habeis;

Falsas son, y lo sabreis
Del mismo que las trazó.
Sois mi madre: sí. Dudad,
Aunque será duda vana;
Pero escuchad á esa anciana:
Descubrireis la verdad.
Oidla, y abandonad
Este asilo mal seguro;
Y creed, aunque tan duro
Mi corazon suponeis,
Que no vivo hasta que esteis
Al otro lado del muro.
Beat. No es posible.
Juan. Aprovechemos
Esta propicia ocasion,
Y mientras la rebelion
Dure, la fuga tracemos.
Enemigo al Rey tenemos;
Él por su seguridad
Nos persigue; renunciad
Al país que me hace guerra,
Y busquemos otra tierra
De sosiego y libertad.
Voces dent. ¡Libertad! ¡libertad!
(*Ruido de armas.*)
Beat. ¡Cielos!
¿Qué oigo?
Juan. Rompióse la tregua.
Dent. ¡Por la ciudad el alcázar!
Juan. Dentro del castillo suenan
Los que lidian.
Beat. La ciudad
Ha faltado á su promesa.

ESCENA V.

ELVIRA, DICHOS.

Juan. ¿Qué es esto, Elvira?
Elv. Los presos
Han quebrantado las puertas
De los encierros, y ya
Desde las torres alientan
A los sorianos que abajo
Están, para que acometan.
Mi padre les hace frente;
Don Juan con ellos pelea
Tambien; pero ya un tropel
Baja por las escaleras
Para abrir, y echar el puente.
Id, y haced que se detengan
Los sorianos, id.
Juan. Seguidme. (*A Elvira.*)
Venid vos tambien con ella. (*A Beatriz.*)
Elv. Pero ¿y don Juan?
Juan. Yo os prometo
Cuidar de que no padezca
Don Juan de Castilla.
Dent. Arriba,
Arriba.
Juan. Vamos apriesa.
Beat. Yo te acompaño.
Elv. ¡Dios mio!
Velad vos en su defensa. (*Vanse.*)

ESCENA VI.

MELITONA, PRESOS ARMADOS.

Melit. Señores presos, por Dios,
Libértense enhorabuena;
Mas no hagan un atropello
Con una honrada doncella.
Un preso. Calle.
Melit. No soy del castillo,
Señores; vine de fuera:
Don Juan consigo me trajo
Para...
Preso. Entregue cuanto tenga.
Melit. Para servir de testigo
A todo lo que él dijera.—
Deje la manga.
Preso. ¿Qué tiene
Aquí?
Melit. Nada.
Preso. A ver si suelta.
Melit. (*Aparte.* ¡Maravedís de mi alma!)
Son medallas.
Preso. Es moneda.
(*Sacándola un bolsillo.*)
Melit. Miren que no es mio.
Preso. ¿Qué
Nos importa de quien sea?
Si no es suyo, nada pierde;
Si es suyo, tenga paciencia.
(*Vanse los presos.*)
Melit. ¡Los quinientos que me ha dado
En oro don Juan, se llevan!
Oigan, escúchenme por
La Vírgen de las Candelas. (*Vase.*)
Dent. ¡Viva don Juan de Castilla!

ESCENA VII.

MENDARIAS Y SORIANOS, TODOS ARMADOS.

Mendo. ¿Qué importa que viva ó muera
Para que de mano armada
Entreis en la fortaleza?
¿De este modo la ciudad
Un armisticio respeta?
Sor. 1°. La fuerza que ya mandaba
El castillo, hizo la entrega:
Que se nos dé por los presos,
Que don Beltran lo rindiera,
Todo es lo mismo: el tomarlo

Era cierto : él señorea
La ciudad ; ella no puede
Hacer una resistencia
Temible sin él ; y entonces
La corte no conviniera
En revocar el tributo
Que á todo el reino subleva.
Sor. 2°. Haciéndonos respetar,
Lograremos que se avenga
El Rey á un reparto justo,
Y la condicion primera
Del trato ha de ser que os nombre
Marqués de la ciudad nuestra.
Mendo. ¿Yo vuestro señor?
Todos. Sí, sí.
Mendo. Mil gracias por la fineza.
No puedo...
Algunos. Aceptad.
Mendo. No debo...
Sor. 1°. Cuando Soria lo desea...
Mendo. Ni soy...
Sor. 2°. ¡Oh!
Mendo. Ni soy capaz
De desairar tal oferta.
Todos. ¡Vítor!
Mendo. (*Aparte.* A ver si reduzco
A esta gente, de manera
Que ellos logren lo que quieren,
Y el Rey un favor me deba.)
Amigos mios...
Todos. Vasallos.
Mendo. Vasallos amigos, fuerza
Es sobre la causa pública
Tener una conferencia.
Todos. Sí.
Mendo. Celebrémosla al punto.
Todos. Al punto.
Mendo. (*A uno.*) Que se suspenda
Toda hostilidad : no sigan
A don Beltran.
Sor. 3°. Él se aleja,
(*Mirando por una ventana.*)
Y se han parado los nuestros.
Mendo. A mi madre se prevenga
Que cuide de Elvira.
Sor. 3°. Bien. (*Vase.*)
Mendo. Sillas.—La sesion comienza.
(*Siéntanse todos.*)
Honrados varones, de Soria vecinos,
Que al hijo de Pedro señor elegís,
Que firme rechace consejos dañinos
Al Rey inspirados en mal del país:
Oidme primero que pública jura
Recíproca ligue la vuestra y mi fe :
Sincero mi labio la suerte futura
Revele del pueblo que yo regiré.
Sor. 1°. Oigamos.
Sor. 2°. Pues habla con mucho despejo.
Sor. 4°. Y anuncia mas fondo que im-
[porta quizás.
Sor. 1°. Por mozo de brio le nombra el con-
Con todo, él es dócil, y harásele mas. [cejo.
Mendo. Engendro de un padre bizarro y
Nacido en aquella lozana region [valiente,
Que riega del Bétis la clara corriente,
Con alma respiro de bravo leon.
Criéme abatido soñando grandezas,
Hambriento de goces vedados á mí :
Desquíteme ahora, nadando en riquezas,
Del tiempo azaroso que pobre viví.
De sedas y de oro se teja mi ropa,
Soberbios palacios albergue me den,
Gentiles donceles me sirvan la copa,
Y hermosas me ciñan de flores la sien.
Sor. 4°. Palacios nos pide.
(*Aparte á los que están á su lado.*)
Mendo. Mas no se presuma
Que pueda el regalo mi aliento menguar :
Tendido en el lecho de mórbida pluma,
Proyectos de guerra sabré meditar.
Hermanos me quedan que gimen en grillos :
Yo juro salvarlos; mi estado armaré :
Vasallos que saben entrar en castillos,
Pondrán como en este, en otros el pié.
Sor. 1°. Señor, ¿puede Soria lidiar con un
Sor. 2°. El juicio ha perdido. [reino?
Sor. 1°. ¡Qué temeridad!
Sor. 4°. Señor, soy un hombre que ya canas
Mostraros quisiera... [peino :
Mendo. Buen viejo, callad.
Si el título de ayo alguno se arroga,
Y tiene el capricho de darme leccion,
Recele que al cuello le ciña una soga
Un dia la mano del rudo sayon.
Algunos. ¡Ay! ¡qué humos!
(*Murmullo general.*)
Mendo. ¿Qué es eso?
Sor. 4°. Yo digo que á un tigre,
A un mónstruo, rehuso mi voto prestar.
(*Vase.*)
Mendo. Si Dios no le inspira que calle y
[emigre,
Del mónstruo le juro que se ha de acordar.—
(*Murmullos.*)
Mi arenga no agrada, y yo no adivino
Por qué mis razones disgustan así :
Quien no esté contento, que siga el camino
Del buen ciudadano que parte de aquí.
¿Por qué he de ofreceros como un San Fernan-
Ser pio, y prudente como un Salomon, [do
Si en mí sus pasiones está renovando
El Rey de Castilla que fué su Neron?
Sor. 2°. ¡Infama á su padre!
Mendo. Traed á mis arcas
Tesoros; yo quiero la pompa oriental :
Fabríquese el nieto de tantos monarcas,

Envuelto en placeres, un reino ideal.
Sor. 1°. Sereis un perdido.
Sor. 2°. Sereis un tirano.
Mendo. ¿Y qué se promete el pueblo infeliz
Que tiembla de un yugo que amaga lejano,
Y quiere con otro cargar su cerviz?
Si el Rey os desangra con recios tributos,
Con un nuevo dueño, ¿saldreis del afan?
De vuestra fatiga los míseros frutos
Por dos devorados entonces serán. [grande.
Sor. 2°. Mirad, pues en eso razon tiene, y
Mendo. Pondránse de acuerdo monarca y [señor,
Y el Rey sobre Soria tendrá en quien la
De leyes é impuestos un ejecutor. [mande,
No es fácil de un brazo que está siempre
Cual de otro distante, el golpe evitar. [encima,
Sor. 2°. El nombre de un dueño me pone [ya grima;
Pero esta asonada ¿cómo ha de acabar?
Sor. 1°. Declare el Infante con toda fran-
Respecto á nosotros cuál es su sentir; [queza
Que no se ha fingido tan mala cabeza,
Si no es para hacernos á un punto venir.
Todos. Que diga, que diga.
Mendo. ¿Quereis de lo hecho
La sola ventaja posible sacar?
Sor. 2°. Es llano.
Sor. 1°. Mirando su bien y provecho,
La plebe y nobleza armóse á la par.
Mendo. Pues bien: el impuesto, en menos
Con otro reparto al Rey ofreced. [cuantía,
Todos. El tercio.
Mendo. Corriente. Si á mí se me envia
En esta embajada, tendrélo á merced;
Pero he de ir con otro, persona pudiente.
Sor. 1°. Sí, vaya el Infante y lleve la voz.
Mendo. Bien que es en la corte mi riesgo [eminente,
Me arrojo al peligro de hoz y de coz.
Diré al Rey, haciendo la salva rendido
Con una protesta de eterna lealtad, [tenido
Que aquellos que han muerto, la culpa han
De haberse alterado ayer la ciudad.
Sor. 1°. Y solo á tal punto su empeño [nos trajo.
Mendo. Al fin era gente de poco valor,
Y es regla que debe, quien queda debajo,
De todo lo malo pasar por autor.
En tanto que pinto al Rey apagada
Aquí la centella de lucha civil,
La villa á la sorda mantiénese armada,
Sin cosa que lleve asomo de hostil.
La corte comprende cuál es el partido
Que á todos liberta de un recio vaiven;
Acepta el dinero que se ha recogido, [*amen.*
Y en punto á los muertos, *requiescant*,
Los pliegos se cruzan, el hecho se abona,
Se dan al Rey vivas, hay fiesta y sermon,
Renuévase el lazo de pueblo y corona,
Y dura la calma... hasta otra ocasion.
Sor. 1°. Sí, sí: que se abracen tan cuerdos
Todos. Tal es mi dictámen. [consejos.
Sor. 2°. Mil gracias se os dan.
Sor. 1°. Honor á este jóven que enseña á
Sor. 2°. Que viva el infante. [los viejos.
Todos. Que viva don Juan.

ESCENA VIII.

DON JUAN, DICHOS.

Juan. Huyó el alcaide: los árboles
De la convecina selva
Nos le han ocultado. Tiempo
Es ya de que se proceda
A la eleccion...
Mendo. Otra cosa
Tiene la ciudad resuelta.
Juan. ¿Cómo?
Mendo. No quiere encargar
A nadie que la proteja.
Sor. 2°. Le sale caro.
Sor. 1°. Y ha visto
Que sabe hacerlo bien ella.
Juan. Con que mi proposicion...
Sor. 1°. Se ha pensado...
Sor. 2°. Y se desecha.
Mendo. Retiraos á elegir
El que ha de ser mi colega.
(*Vanse los sorianos.*)

ESCENA IX.

MENDARIAS, DON JUAN.

Juan. ¿Qué gente de gravedad
Es esta, cuyos afectos
Cambian con tal veleidad?
Mendo. Amigo, son los efectos
De mi popularidad.
Yo su bien les demostré,
Y me nombran su emisario:
Cuando hable al Rey, probaré
Que le serví, y en salario
Mi libertad pediré.
Juan. ¿Tú servirle? Me da risa
Que esa esperanza te halague.
Mendo. Doyle una ciudad sumisa,
Y de rebelde y remisa
En pagar, hago que pague:
Luego con mi peticion
No de lo justo me alejo;
Que no es grande galardon.
Juan. ¿Sabes tú que ese manejo
Tiene un viso de traicion?

Mendo. ¿Traicion?
Juan. Cabal. ¿No comprendes
Que te perdiera, á contarlo?
Mendo. Bien sé yo que no me vendes:
Darme un sustillo pretendes;
Y callar despues de darlo.
Todo es, á lo que colijo,
Envidia al que te robó
Dama y nombre; pero yo
¿Qué culpa tengo en ser hijo
Del padre que me engendró?
Juan. ¿Sabes quién el ser te ha dado?
Mendo. Saber... el interesado
Siempre de saberlo dista:
Yo no puedo ser citado
Como testigo de vista.
Juan. Pues hoy, señor capellan,
Que reconozcais confio
Por padre al buen perillan
Aniceto Barragan.
Mendo. ¿Y don Pedro?
Juan. Ha sido el mio.
Mendo. ¿Y el trueque?
Juan. Frases escritas
De mi órden hacen el trueque:
Prueba hay, si la solicitas.
Mendo. ¡Me das padre y me le quitas
Cual si fuera un zarambeque!
Juan. Inmenso caudal disfruto,
Y siempre fué mi intencion
Pagar la sustitucion.
Mendo. ¡Ser preso yo sustituto!
¡Yo infante de quita y pon!
Juan. Si erré, ya ves que deshago
La equivocacion á tiempo.
Mendo. Tú nunca das golpe en vago:
Hablas porque no hay amago
Para tí de contratiempo.
Juan. Pronto oirás por una cruz
A Melitona jurar
Que es tu padre el andaluz
Arias.
Mendo. Ello ha de quedar
Tan claro como la luz.
Juan. Ya mandé con eficacia
Llamar á la vieja, y pienso
Que la duda mas reacia
Disipe.
Mendo. Estoy bien propenso
A creer una desgracia;
Y aunque saber me disguste
La nueva desagradable,
Siendo intriga que se entable
Por tí, siendo algun embuste,
Me parece muy probable.
¡Luz clara en esta contienda
Pedí! — Una prueba especiosa
Que tu infantazgo defienda,
Me hará cederte prebenda
Tan poco beneficiosa,
Y hasta el mismo nombramiento
Que á los sorianos licurgos
He debido hace un momento,
Que fué el de llevar en Burgos
La voz del ayuntamiento.
Quizá allí tu suerte fijen
Méritos mios que cobras:
Mis conatos se dirigen
Desde hoy á realzar mi orígen,
Y á renacer en mis obras.
Quedo sin madre, y lo siento;
Pero la mia, aunque humilde,
Celebró su casamiento:
Si pierdo un gran nacimiento,
Gano otro limpio de tilde.
Con esto y con la esperanza
Que concibo de medrar
En la guerra por mi lanza,
Soportaré la mudanza
Que va mi suerte á cambiar.
Conducir á Elvira quiero
A su padre antes que irradie
El sol, y diré sincero
Que ya no soy caballero,
Que soy un cualquiera, un nadie,
Que no merece aspirar
A la ventura de unirse
Con Elvira en el altar;
Mas porque el lazo al partirse
No le haya de avergonzar,
Sabré buscar entre infieles
De honor abundante mies,
Que fatigando corceles,
En preseas y laureles
Iré enviando á sus piés;
Y todo sin otro fin
Que el de adquirir nombradía,
Porque pueda el serafin
Que la dicha me ofrecia
Con su mano de jazmin,
Decir al mas engreido
Un dia con justa ley:
«A ser Mendo mi marido,
Nadie hubiera conocido
Que no era el hijo de un Rey.»
Juan. Aunque juzgo muy sensata
Esa tu resolucion
De la partida inmediata,
Reparo en ella una errata
Que merece correccion.
Está muy bien que te afanes
Por dar á la envidia en ojos
Degollando musulmanes;
Que rico botin les ganes,
Y laureles á manojos;
Pero eso de conducir

Fuera del castillo á Elvira,
Ya lo puedes omitir:
El que por ella suspira,
No te lo ha de consentir.
Mendo. Pues no dudes que saldrá.
Juan. Saldrá, no digo que no;
Pero la acompañará
Quien pronto la llamará
Esposa, que seré yo.
Mendo. Es que te aborrece.
Juan. Apelo
Al tiempo: Elvira, en quien brilla
Tanto y tan cristiano celo,
Sabe que la guarda el cielo
Para don Juan de Castilla.
Mendo. Es que el padre, aunque es tu
Real, te tiene aversion. [cepa
Juan. Es que hoy, sin mas dilacion,
Antes que nadie lo sepa,
Me voy con ella á Aragon.
Mendo. Si ella consiente en el viaje...
Juan. Basta que yo lo disponga.
Mendo. ¿Y si hay álguien que se oponga?
Juan. No sé yo ese personaje
De qué modo se componga.
Mendo. Hará presente el derecho
Que dá una boda ajustada,
Y hablará á la interesada.
Juan. Ese plan está deshecho:
Su puerta queda cerrada.
Mendo. ¿La tienes tú prisionera?
Juan. No; mas tengo prevenida
Gente allí de poca espera,
(*Señalando al foro.*)
Que te enseñe la salida
Si tardas en irte fuera.
Mendo. Necesitaba mas arte
Hombre que á tanto se arroja.
¿Cómo has podido olvidarte
De que abre paso la hoja
Que tengo en el talabarte?
Juan. Es Mendo buen castellano,
Y á una ligera señal
Pondrá esa espada leal
A los piés de su rival,
Que es hijo de un soberano.
Mendo. Como aun no vi documento
Fehaciente, no es imprudencia
Que suspenda mi creencia,
Y con todo miramiento
Me niegue á tal exigencia.
Libre Elvira ha de elegir
Permanecer ó marchar:
Si alguno la ha de escoltar,
Háselo él de suplicar,
Y ella lo ha de decidir.
Juan. Te aviso que á vueltas ando
Con el recuerdo importuno
De que he sufrido callando
Sonrojos... y estoy ansiando
Vengarlos hoy en alguno.
Mendo. Y yo debo de avisarte
Que si por incuria ciega
Tuve en tus enredos parte,
Ya es ocasion de enseñarte
Que conmigo no se juega.
Juan. ¡Infeliz! si doy un grito...
Mendo. Yo soy don Juan todavía
En Soria.
Juan. ¡Criados...!
Mendo. Chito,
Si entra alguno, antes te quito
La vida.
Juan. ¡Qué alevosía!
Mendo. Ya que temiste exponerte
Diciendo á todos quién eras,
Pues tuve tu nombre, advierte
Que para que tú le adquieras,
A mí me has de dar la muerte.
Juan. ¡Yo lidiar...! ¡qué desatino!
¡Lidiar con un clerizonte!
Rece el oficio divino.
Mendo. ¡Don Juan...!
Juan. Apártese.
Mendo. (*Desenvainando.*) Ponte
En defensa, ó te asesino.
Juan. ¡Villano!
Mendo. Nadie me afrente:
La lid servirá de dato
Que la sangre experimente.
Vamos á ver si te mato
Villana ó bizarramente.
Juan. Acata mi dignidad
Primero.
Mendo. No me arrodillo
Con hierro en mano: lidiad,
O salgamos del castillo.
Juan. ¡Válgame la Trinidad!
Mendo. ¿Sabeis.....?
(*Cáesele la espada.*)
Juan. Postraos.
Mendo. (*Arrodillándose.*) ¡Qué exceso
De humillacion!
Juan. No repara
Nadie, no temais por eso.
Mendo. Con esta mano que os beso,
Os he de cruzar la cara.
(*Bésale la mano, se levanta, y toma y envaina la espada.*)
Vamos.

ESCENA X.

ELVIRA, DICHOS.

Elv. (*A Mendo.*) Don Juan, ¿es posible
Lo que madre me revela?

Juan. Yo soy don Juan. — Ya observais
Que el bachiller no lo niega.
Elv. ¿Es verdad?
Mendo. No lo sé ahora:
Yo lo diré cuando vuelva.
(*Vanse Mendo y don Juan.*)

ESCENA XI.

DOÑA BEATRIZ, ELVIRA.

Beat. Don Juan... Arias... — No me escu-
Sus miradas centellean. [chan.
¿A dónde irán? ¿Observaste..?
Elv. Harto observé, pues vi impresa
En el rostro de Mendarias
De su oprobio la certeza.
Beat. ¿Habrán tenido razones..?
Elv. ¿Qué importa que las tuvieran?
No hableis de eso; habladme solo
De lo que dice esa vieja.
Yo no lo puedo creer,
Hasta que vean la letra
Los maestros, y declaren
Si es antigua ó contrahecha
Recientemente.
Beat. Muy pronto
Darán su informe: sosiega
Tu agitacion.
Elv. ¡Sosegar!
Pues ¡qué! vos ¿no estais inquieta?
¡Qué! ¿no vale mas el hijo
Que perdeis, que ese que os queda?
¿No os habeis ya acostumbrado
A su halago que embelesa,
A su cariño leal
Que el alma nos encadena?
¿No le quereis como yo?
Beat. Lo confieso con vergüenza:
Temblando estoy de que vayan
A reñir una pendencia,
Y no me atrevo á decir
Por quién mis entrañas tiemblan.
Elv. Madre mia, ya lo veis,
He quedado sola, huérfana;
Don Juan querrá ser mi esposo;
A Mendo su baja esfera
Le separa de mí; vos
Porque á don Juan no le prendan,
Vais á Aragon: yo no.
Beat. Pero,
Hija querida, contempla
Que en medio de una ciudad
Sublevada, estás expuesta.
Elv. No: dejadme en un convento
Aqui, porque estoy resuelta,
Si no puede ser Mendarias
Mi esposo, á que Dios lo sea.
Beat. ¿Eso resuelves?
Elv. Sí, madre,
Y ha de ser con diligencia
Y secreto, no se oponga
Don Juan. Si ahora estuviera
Ocupado, era ocasion...
Beat. Probemos.
Elv. Vamos.
(*Llegan á la puerta, y se presenta un criado.*)
Criado. Se os veda
Salir.
Elv. ¡Qué oigo!
Beat. ¿Quién lo manda?
Criado. Lo manda don Juan. (*Retírase.*)
Elv. ¿Él? Esta
Infamia faltaba solo
Para que yo maldijera
Su nombre.
Beat. ¡Qué desafuero!
Elv. ¿Con que es decir que estoy presa?
Beat. ¡Oh! yo te juro...
Elv. ¿Es decir
Que don Juan me considera
Como esclava suya, y quiere
Llevarme á lejanas tierras,
Para que allí, por la fuga
Puesta ya mi fama en lenguas,
Tenga que unirme con él
Por no acabar de perderla?
Beat. No, no: quedarás aqui.

ESCENA XII.

MENDARIAS, DICHAS.

Mendo. (*Dentro.*) Huid, infame caterva.
(*Se ve á dos criados cruzar por el fondo huyendo.*)
Beat. ¡Cielo! es él.
Elv. Él es.
Mendo. (*Saliendo.*) Elvira...
Elv. Ven.
Beat. Esa espada sangrienta...
Mendo. (*Aparte.*) ¡Fatal encuentro!
Beat. ¿De quién
Es la sangre que gotea
Ese acero?
Mendo. ¡Ah! perdonadme:
Los zelos, la ira, la afrenta...
Yo, señora, tengo brios,
Aunque me falte nobleza.
Beat. ¿Habeis herido á don Juan?
Mendo. Ya socorriéndole quedan:
No haceis á su lado falta.
Beat. ¡Ah! corro con mi asistencia

A salvarle. Si él perece,
¡Temblad de mí! (*Vase.*)

ESCENA XIII.

MENDARIAS, ELVIRA.

Mendo. No se pierda
El tiempo: don Juan queria...
Elv. Líbrame de sus violencias;
Que ya lo sé: un monasterio
Es asilo que respetan
Todos; ocúltame en uno
Mientras noticias me llegan
De mi padre.
Mendo. No es temible
Ya don Juan.
Elv. ¿Crees que muera?
Mendo. Odio eterno me juró:
No pienso que me aborrezca
Por mucho tiempo.

ESCENA XIV.

MELITONA, Dichos.

Melit. Repito
(*Hablando, al salir, con personas que están adentro.*)
Que no doy otra respuesta. —
Elvirita, libertadme
De esos maestros de escuela.
Mendo. ¿Quiénes?
Elv. Son los que hemos hecho
Avisar para que vean
La declaracion del cambio.
Mendo. ¡Oh! yo tambien he de verla.
Elv. ¿Y qué dicen?
Melit. Que no pueden
Creer que es cosa supuesta:
Que les presente yo el preso
Que la escribió.
Mendo. (*Aparte.* ¡Qué sospecha!)
Es preciso.—Se le manda
Escribir...
Elv. Pues.
Mendo. Se coteja
La letra...
Melit. Huyeron los presos,
Señor: ¿cómo se le encuentra?
Mendo. Nombradle, y se le hallará,
Aún que le esconda la tierra.
Elv. Nombradle.
Melit. Yo necesito
Que don Juan me dé licencia.
Mendo. Que le nombreis digo, ó juro...
Melit. A mí no se me amedrenta
Con voces: yo solo temo
A quien debo.

ESCENA XV.

Doña BEATRIZ, Dichos.

Beat. ¿Quién me venga?
¿Quién me consuela? Don Juan
Ha muerto.
Elv. ¡Cielos!
Melit. ¿De veras?
Mendo. Señora, yo...
Beat. Aparta. ¿Sabes
El dolor que experimenta
Una madre, que despues
De tantos años que lleva
Sin conocer á su hijo,
Le halla, y se le matan? Diera
Mis tesoros por verter
Toda tu sangre.
Mendo. Vertedla,
Señora: vedme postrado...
Elv. Perdon...
Melit. ¡Jesus! ¿quién tal piensa?
¿Somos herejes ó moros
Aquí? Mirad, si estais cierta,
Bien cierta, de que don Juan
Murió, y murió de manera
Que no resucite, entonces...
Asignadme alguna renta
Corta... lo que os pueda al año
Costar una camarera...
Y os aconsejaré...
Beat. ¿Qué?
Mendo. Decid.
Melit. Que no compreis tela
Para el luto, pues el pliego
Que los peritos observan,
Aseguran que no es
Escrito de ayer, y aciertan
Beat. y *Elv.* ¡Ah!
Mend. Pues...
Melit. Juran que está escrito
En el año de la fecha.
Mendo. ¿No es fingido?
Melit. No, señor.
Mendo ¿Alguna tramoya nueva
De don Juan?
Melit. Esta fué mia:
Lo primero es la conciencia.
Mendo. ¡Infame!
Melit. Si me insultais,
La declaracion os cuesta
Mas cara.
Beat. Hablad.
Elv. Ese pliego...
Melit. Ayer en la faltriquera

Lo traje con los demás.
Dejo que los otros lea
Don Juan; se da por Infante,
Ve de fijo que le encierra
Don Beltran, se asusta, ideo
Suponer un trueque, acepta;
Finjo que voy á buscar
Quien el falso escrito extienda,
Vuelvo con el verdadero,
Lo muestro y... *requiem æternam.*
Beat. ¡Soy madre aún!
Elv. ¡Soy esposa!
Mendo. ¡No era dable que mintiera
Mi sangre!
Elv. ¡Bien nos has hecho
(*A Melitona.*)
Padecer!
Melit. Harto me pesa.
Yo engañé con la verdad,
No creyendo que quisiera
Pasar nunca por Infante
El muerto; y me hice la cuenta
De que al fin él me pagaba
Muy bien el que le sirviera
Mintiendo, y que si servia
(*Por Mendo, ó sea don Juan.*)
Al señor, era una pena
Decir la verdad de balde.

ESCENA XVI.

SORIANOS, DICHOS.

Sor. 1º. Venid, venid con presteza,
Don Juan: el alcaide ha vuelto;
Las tropas del Rey se acercan.
Sor. 2º. El mismo Rey en persona,
La espada envainada, llega
Proclamando paz á Soria. [ordena
Sor. 3º. (*Saliendo.*) Este pliego el Rey
Que se os entregue, don Juan.
Mendo. ¿Para mí? Rompo la nema.
(*Abre y lee el pliego.*)
Beat. ¡Pliego del Rey!
Elv. Toda tiemblo.
Mendo. ¡Qué veo!
Elv. (*A Beatriz.*) Mirad: se altera.—
Don Juan... (*A él.*)
Sor. 1º. ¿Qué hacemos?
Mendo. Abrid,
Abrid sin temor las puertas
A don Beltran, pues el Rey
Se anticipa á la propuesta
Que íbamos á hacerle.
Todos. ¡Viva
El Rey!
Mendo. Le pidió licencia (*A Elvira.*)
Tu padre para casarnos...
Elv. ¿Y qué?
Mendo. Verás la respuesta.

ESCENA ULTIMA.

DON BELTRAN, SOLDADOS, DICHOS.

Belt. Paz, señores, paz y olvido.
Elv. ¡Padre!
Belt. ¡Hija! Voto al infierno,
Ya te he recobrado.—Yerno,
¿Qué haceis?
(*Viendo immóvil á Mendo, ó sea don Juan.*)
Mendo. ¿Os es conocido
Lo que me escribe su alteza?
Belt. Asunto es para mí oculto;
Lo respectivo al tumulto
Es lo que conmigo reza.
De la imposicion infausta (*A los sorianos.*)
Dad lo que querais, con tal
Que entre algo en el arca real,
Que está, como siempre, exhausta.
Mas por ser en vilipendio
Del Rey cualquiera motin,
Y mas este en que hubo al fin
Sangre, y su poco de incendio,
Fuerza es la sabida treta
En estos lances usar,
Haciendo algun ejemplar
Para salvar la etiqueta.
Y así al que la conmocion
Produjo, ó se le supone,
Un castigo se le impone,
Y es...
Mendo. ¿Cuál?
Belt. Perpetua prision.
Con que rebuscad en Soria
Cualquier viejo sin hogar,
A quien convenga pasar
Por víctima expiatoria.
Mendo. Alto: no hay que recurrir
A tan ruin superchería.
El tumulto es obra mia:
Yo la pena he de sufrir.
Belt. ¿Vos?
Elv. ¡Don Juan!
Sor. 1º. No se recibe
La oferta.
Sor. 2º. No asentiremos...
Mendo. Moderad esos extremos:
Oid lo que el Rey me escribe.
(*Lee.*) «Un tratado me precisa
A limitar mi bondad:
Se os diera la libertad
Si os ordenárais de misa.»
Belt. ¡Cómo!
Beat. ¡Oh Dios!

Elv. ¡Ay de mi amor!
Mendo. (*Lee.*) « Si casaros pretendeis,
En prisiones vivireis:
Ved lo que os está mejor. »
Elv. No quiero yo tan costosa
Prueba...
Mendo. Al cetro de un imperio
Prefiero yo el cautiverio
Con mi madre y con mi esposa.
Elv. ¡Mi bien!
Beat. ¡Hijo!
Mendo. (*A los sorianos.*) Ya observais
Que del motin en descargo
Quieren un preso: me cargo
La culpa, y eso ganais.
Sor. Señor...
Mendo. Fuera cumplimientos.
Belt. ¡Hundir vuestra juvenil
Edad..!
Mendo. Eh, preso por mil,
Preso por mil y quinientos.
Despues del feliz hallazgo
Que de angustias me redime,
Debo con algo sublime
Inaugurar mi infantazgo.
Beat. ¡Hijo!
Mendo. Quien de esto se asombra,
Nunca ha sabido querer; —
Y yo debí de nacer
Para vivir á la sombra.
Belt. ¡Don Juan!
Beat. ¡Dios, á quien invoco!
Salvad...
Elv. ¿Cuándo merecí
Tal sacrificio?
Mendo. Por tí,
El de mi vida era poco.
—Y por mí no hay que llorar,
Señores: si yo me rio.
Soy preso por gusto mio:
Yo me lo sabré pasar.
(*Abraza á su madre y á Elvira. Cae el telon.*)

LA JURA EN SANTA GADEA,

DRAMA EN TRES ACTOS EN VERSO,

ESTRENADO EN EL TEATRO DEL PRINCIPE A 29 DE MAYO DE 1845.

PERSONAS.

El Rey Don ALFONSO el VI de Leon.
La Reina ALBERTA, viuda de don Sancho II.
RODRIGO ó RUI DIAZ DE VIVAR, el Cid Campeador.
JIMENA DIAZ.
GONZALO ANSUREZ.
ALVAR FAÑEZ.
ILLAN.
NUÑA.
Caballeros castellanos.
Caballeros leoneses, gallegos y asturianos.
Damas.
Pueblo burgalés.

La escena es en Burgos y extramuros, año de 1073.

AL Sr D. ANTONIO GIL Y ZARATE,

EN MUESTRA DE AMISTAD Y AGRADECIMIENTO,

EL AUTOR.

ACTO PRIMERO.

Vestíbulo de una ermita cercana á Burgos. En el fondo, entre dos pilares, la puerta: y á un lado y otro unas verjas de madera sobre un macizo de una vara de alto. A la derecha del espectador las gradas y la puerta de la capilla. En el mismo lado, cerca del proscenio, una tabla de ex-voto y debajo un corazon pequeño de metal, colgado de una cadenilla: ¡otro igual en la pared de enfrente. Por la puerta y el enverjado del fondo se descubre el campo.

ESCENA PRIMERA.

La Reina ALBERTA (1) [1], el CID, ILLAN, Damas y Caballeros castellanos, todos saliendo de la capilla. El acompañamiento se va fuera del vestíbulo; la REINA y el CID se adelantan hacia el proscenio.

Reina. Acabé de visitar
Los lugares que solia
Mi esposo en mi compañía
O yo sin él frecuentar.
Mil recuerdos de placer
Llevaré de este confin
A las orillas del Rin,
Que vió mi cuna mecer.
Del suelo por él fecundo
Que le abre cauce hondo y ancho,
Vine para unirme á Sancho,
Rey de Castilla segundo.
Viuda el alevoso acero
De un cobarde me dejó,
Sin que á la corona yo
Tributase un heredero.
Título al cetro perdí;
Bajar del solio me toca:
No murmurará mi boca
De Dios que lo quiere así:
Pues me dió lo que me quita,
No conviene hacer extremos.
Vos, en tanto que volvemos
A Burgos desde esta ermita,
Ved si con algun favor
Me puedo amiga mostrar
De Rodrigo de Vivar,
El noble Cid Campeador.

[1] Véase la primera de las notas puestas al fin del drama.

Cid. ¿Qué gracia quereis que pida,
Si me llamais vuestro amigo?
Con ese nombre consigo
Mas que ambicioné en mi vida.
Por cierto que entrando vos
En número, mi cosecha
De amigos hasta la fecha
Se reduce solo á dos.
El uno Alvar Fañez es,
Mi primo, jóven valiente,
Que de ordinario anda ausente
Allá en el reino leonés.
Vos ya me anunciásteis hoy
El viaje al suelo nativo:
Poco en amistades privo,
Poco afortunado soy.
Por mi genio pertinaz
Me dejan: no es maravilla:
Vos en Vormes, yo en Castilla,
Mantendrémonos en paz,
Y de ser blasonaré
Con la Reina mas dichoso
Que fuí con su real esposo,
Cuyas iras provoqué,
Porque mi labio imparcial,
Que nunca aplaude al que yerra,
Se opuso á la injusta guerra
Que os ha sido tan fatal.
Reina. Por final disposicion
Del gran Fernando primero
De un reino quedó heredero
Cada hijo suyo varon,
Casi en regia dignidad
Las hembras tambien quedando,
Investida con el mando
Cada cual de una ciudad.
Así aquella monarquía
Fuerte antes, recayó flaca
En Elvira y en Urraca,
En Sancho, Alfonso y García.
Mal hubo Sancho de ver
Así de su mayorazgo
Dar uno y otro infantazgo,
Y tres coronas hacer:
Afrentaba su decoro
El título de Señora
Que Urraca tomó en Zamora,
Que Elvira se impuso en Toro,
Y era insulto á la justicia
Que Alfonso en Leon reinara,
Y tendiese la áurea vara
García sobre Galicia.
Padre harto mejor que Rey,
Fernando con loco ahinco
Rasgó sin duelo entre cinco
La púrpura de uno en ley:
Y á fuer de hermano mayor,
Sancho unir quiso por tanto
Los girones que á su manto
Arrancó el paterno amor.
Cid. Fué resolucion extraña
La de hacer tantas partijas;
Por hijos miró y por hijas
Fernando, no por España.
Pero ya que mal ó bien
La division aceptó
El reino en Cortes, debió
Sancho admitirla tambien.
Yo culpé, yo resistí
Que guerra á su sangre hiciera:
Me mandó que le siguiera,
Y entonces obedecí.
Marcho á Leon, rompo, hiero:
Logra en Llantada triunfar
Sancho, y junto á Volpellar
Queda Alfonso prisionero.
Corre la misma fortuna
García luego en su tierra,
Y vencido se le encierra
En el castillo de Luna.
Bien me repugnaba en pro
De mala causa lidiar;
Pero eso lo ha de mirar
El Rey, el soldado no.
« Ya veis, aunque traigo queja,
Que os sirvo, » clamaba terco
Yo á vuestro esposo en el cerco
Sobre Zamora la vieja.
« Imitadme y respetad
Vos, aunque de mala gana,
Los derechos de una hermana
Y una augusta voluntad. »
Ruego vano. Y ¿qué resulta?
Que el traidor Vellido llega,
Y al Rey propone la entrega
De no sé qué puerta oculta.
Él no entiende la solapa;
Vanse juntos... ¡voto al diablo!
Traspasa con un venablo
El pérfido al Rey, y escapa.
Reina. ¡Ah!
Cid. ¡Yo que correr le vi,
Que inquieto agarré de pronto
Un caballo ajeno, monto
Sin hierro en el borceguí!
¡Y aquel infame Iscariote
Iba volando de miedo!
Sigo, sigo... ¡qué! ni aun puedo
Sacar al rocin del trote,
Por mas que la doble suela
Mi pié en el ijar le mete.
¡Maldiga Dios al jinete
Que cabalga sin espuela!
Reina. Sufro que vituperéis
A mi difunto marido,
Pues por vengarle en Vellido

Sé lo que hicísteis y haceis,
Y que no verá en su frente
Alfonso la castellana
Diadema, si no se allana
Primero solemnemente
A jurar que no pensó,
Ni ordenó, ni se ha tratado
Con él el fiero atentado
Que Zamora presenció.
Cid. Exigir ese seguro
Es ley que hizo el reino entero,
Y yo á fe de caballero
Que nos la cumplan os juro.
Fué don Alfonso al país
De Leon á recobrar
Su cetro, y vos á la par
Entre tanto nos regís.
Mas que pensábamos tarda;
Pero en llegando...
Reina. ¿Os vendreis
Luego á mi patria?
Cid. No insteis.
Reina. Sí, la Alemania os aguarda.
Cid. Contra el moro furibundo
Necesita España brazos,
Y estos humildes ribazos
Para mí valen un mundo.
Yo vivo con desazon
Hasta invadir las comarcas
Moras, y á nuestros monarcas
Recordar su obligacion.
Con cuatro palmos aun
De tierra, se andan matando
Entre sí, quieto dejando
Al enemigo comun.
Como algo me tuerza el gesto
Alfonso (porque si no,
Primero es él), se acabó,
Hago tropa, busco un puesto,
Planto mi bandera verde (2),
Señal de firme esperanza,
Y desde allí con mi lanza...
Reina. Permitidme que os recuerde
Que para eso falta os hace
Mas caudal que manejais.
Por qué no lo acrecentais
A favor de un rico enlace?
¿Quereis que elija una dama
Para vos, por despedida?
Cid. Señora....
Reina. ¿Está ya elegida?
Sepamos cómo se llama.
Por fin habreis de casaros:
Edad contais con exceso (3).
Cid. ¡En qué sitio me hablais de eso!
Reina. Pues aquí... Fuera reparos.
Cid. Aquí el astro rutilante
Del bien para mí lució,
Aquí mi pecho sintió
El primer latido amante;
Aquí mi voz siempre esquiva
Sonó una vez cariñosa,
Aquí me dió el sí la hermosa
Que adoraré mientras viva.
Reina. ¿Eso hay?
Cid. A hora muy temprana,
Con venatorios aprestos
Corrí los contornos estos
De Burgos una mañana.
Por entre una y otra breña
Dos mujeres descubrí:
Miré, no las conocí....
—Una niña y una dueña.—
Vírgen celeste, ángel bello
A la niña imaginé:
Desnudo llevaba el pié,
Tendido atrás el cabello,
Sobre un vestido galano
Corta y burda tunicela,
En una mano una vela
Y un cestillo en la otra mano.
Reina. Iba á cumplir algun voto
En hábito penitente.
Cid. Su madre estaba doliente.
En esto, cruzando el soto,
Sale á caballo un jayan,
Traba de la crencha rica
A la hermosa, álzala y pica
El bárbaro á su alazan,
Dando por mayor agravio,
Para que la presa calle,
Tormento á talle con talle
Y horror á labio con labio.
«¡Socorro! ¿quién nos ampara?»
Gritó la dueña: en respuesta
Lanzó de sí mi ballesta
Contra el ladron una jara.
Cayó, espiró, corrí, hablé:
La jóven, algo indecisa,
Trájome aquí, oyó la misa,
Y hasta Burgos la escolté.
Tornó, le ofrecí mi amor,
Y escuchóme sin desvío,
Sufriendo un abrazo mio
Por los del vil robador.
Y luego en cada venida
Debí á mi prenda adorada
Mas cariño á la llegada,
Mas y mas en la partida.
Lloró una vez sin querer...
Fué nuestro mal presentir:
Ojos que la vieron ir,
Nunca la han visto volver.
Reina. Y la que de amores loco
Tiene al burgalés prohombre,
¿Quién es?

Cid. No supe su nombre.
Reina. ¿Sabe ella el vuestro?
Cid. Tampoco.
Reina. No es de Burgos, por supuesto.
Cid. Ni vive en sus cercanías.
Reina. ¿Y eso ha pasado hace dias?
Cid. Hará siete años muy presto.
Reina. ¿Si os olvidó?
Cid. ¿Veis allí
Un corazon de metal?
Reina. Sí.
Cid. ¿Veis en frente otro igual?
Reina. Ex-votos sin duda.
Cid. Sí;
Pero á cada corazon
De esos dos, que aquí pusimos
La incógnita y yo, les dimos
Doble significacion;
Y mirando aquel, arguyo
Que me es mi dama constante,
Pues el que su fe quebrante,
Ha de retirar el suyo.
Reina. ¡Ay Rui Diaz! advertid
Que es mucho para mujer
Siete años, y no saber
Que era la dama del Cid.

ESCENA II.

ALVAR FAÑEZ, DICHOS.

Alv. ¿Qué me decís? ¿es posible?
(*Hablando al salir con unos caballeros de la comitiva de la Reina.*)
¡Aquí el Cid! ¡aquí la Reina!
Reina. ¿Quién...? Pero Alvar Fañez es.
Cid. ¡Mi primo!
Alv. Señora excelsa,
Dadme la mano á besar.
Cid. ¡Alvaro!
Alv. ¡Rodrigo! Venga
Un abrazo.
Reina. ¿Cómo así
Nos cogeis tan de sorpresa?
¿De dónde venís?
Alv. Señora,
De Leon; no via recta,
Porque despues que asistí
A las magníficas fiestas
Con que del Rey don Alfonso
Se ha celebrado la vuelta,
Casi un mes con unos deudos
He pasado en una aldea.
Reina. ¿Cuándo acude Alfonso á dar
Fin á mi lugartenencia?
Hace tiempo ya que en Burgos
Nada se sabe.
Alv. Mis nuevas
Algo atrasadas serán,
Y debísteis ya tenerlas.
Alfonso marchó á Galicia
Con extraña diligencia,
Mandando por todos lados
Tropas hácia la frontera.
Cid. ¡A Galicia!
Reina. ¿Hubo tal vez
Alguna desavenencia
Entre García y Alfonso?
Alv. Se dice que experimenta
El buen don García á ratos...
Reina. ¿Qué?
Alv. Trastornos de cabeza (4),
Raptos de locura: Alfonso
Querrá curarle, á la cuenta,
Y será para la cura
El ejército que lleva.
Cid. Todo eso se ignora aquí.
Reina. Y es para excitar sospechas
El que Alfonso no me avise
De tan graves ocurrencias.
Como estoy de despedida.....
Cid. Vos os vais y el Reino queda.
Bien merece.....
Reina. ¿Priva alguno
Con el Rey?
Cid. ¿Quién le aconseja?
Alv. Gonzalo Ansurez.
Cid. Vasallo
Fiel y de valor á prueba.
Reina. Pero altanero, envidioso...
Pronto vereis cómo siembra
Zizaña entre vos y el Rey.
Alv. Don Alfonso el Sesto aprecia
Como merece á mi primo:
Lo sé de su boca regia.
Solo en hacerle favor,
Solo en complacerle piensa.
Porque es magnánimo Alfonso
Como no teneis idea:
El de la mano horadada
Le llaman por sus larguezas.
Por cierto que he de pedirle
Una merced no pequeña:
La mano de una hermosura
Confiada á su tutela.
Reina. Buen Alvar Fañez, decid
Lo que á Rodrigo interesa.
Alv. Tambien os importa á vos.
Reina. ¡A mí!
Alv. Sí, y en gran manera.
Cid. ¿Pues cómo?
Alv. En Leon me dijo
El Rey: «Mi cuñada Alberta
Sin hijos quedó de Sancho:
Si á Rodrigo pretendiera
Yo como á un príncipe honrar;

Si se hiciese la propuesta
Al Cid y á la Reina viuda
De casarse, ¿consintieran? »
Cid. ¡Qué oigo!
Reina. Vos ¿qué respondísteis?
Cid. Sin duda alguna simpleza.
Alv. Respondí: « Señor, tres veces
En tres mortales refriegas
Debí la vida á mi primo:
Si yo ciñese diadema,
Si yo tuviese tres hijas,
La mas hermosa le diera. »
Cid. ¡Loco!
Reina. Dijo bien: con todo,
Si en mi lugar estuviérais,
Hubiéseis dicho que el Cid
Tiene una pasion secreta
Siete años há.
Alv. ¡Y me lo calla!
¡Felonía como ella!
Reina. Y á la que el lecho ocupó
De un monarca, la sujeta
El uso, casi hecho ley,
A retirarse á una celda.
Cid. Si no quiere.....
Reina. A veces debe
Hacerse..... aunque no se quiera.
Cid. (*Aparte.*) No sé qué pensar.

ESCENA III.

ILLAN, DICHOS.

(*Los caballeros y las damas aparecen en el fondo.*)
Illan. Señora,
Jinetes aquí se acercan,
Que á Burgos parece van
Escoltando una litera,
Y hemos creido á lo lejos
Oir cajas y trompetas.
Alv. Tambien se me ha figurado
Lo mismo veces diversas,
Y he vuelto el rostro y he visto
Una grande polvareda.
Reina. ¿Qué será? ¿Qué novedad...?
Cid. Señora, prudente fuera
Retiraros.
Reina. En efecto.
Alv. Si me concedeis licencia
De serviros.....
Reina. ¿Por qué no?
Cid. Yo veré qué tropa es esa.
Reina. Rodrigo, á Dios.
Cid. Él os guarde.
(*Vanse la Reina, Alvar Fañez, Illan, los caballeros y las damas.*)

ESCENA IV.

EL CID.

Por San Pedro de Cardeña,
Que la viuda de don Sancho,
Si el orgullo no me ciega,
Me cobra aficion. Sus ojos,
Su mal guardada reserva,
¿Qué indican? — Mas ¿no rehusa
La boda que el Rey proyecta?
¿He de imaginar que finge
¿Puedo sospechar que mienta?
Imposible: soy mas necio
Que mi caballo Babieca.
No me quiere, no, ni debe
Quererme, ni yo quererla.
Pero ¡ay! mi desconocida.....
¡Tan niña! rayaba apenas
En los trece: ¿habrá olvidado
Nuestra solemne promesa?
¿O la habrá roto quizá,
Y aquí por escarnio deja
Suspendida de su amor
La ya mentirosa prenda?
¿Y yo despreciara en tanto
El amor y las riquezas
Que puedo tal vez....? — ¿Si habrá
Muerto? Pero viva ó muerta,
No he de amar á otra mujer.
Será locura; que sea:
No afrentaré yo mi nombre
Por locuras como esta.
(*Yéndose á mirar al fondo.*)
Registremos..... Allí ya
Se ha parado la litera.
Dos damas se han apeado
Y hácia aquí vienen cubiertas.
Una romería.

ESCENA V.

JIMENA (5) Y NUÑA, CON LOS VELOS ECHADOS; EL CID.

Jim. (*Saliendo acelerada.*) Aquí,
Aquí fué, Nuña: ¿te acuerdas?
Nuña. Como el primer dia.
Jim. (*Bajo á Nuña.*) ¡Un hombre!
Aguarda á ver si despeja. [dos:
Cid. (*Aparte.*) Con misterio hablan las
Me holgara de conocerlas.
Jim. No se va. — Mírale, Nuña;
(*Conociéndole.*)
Mírale tú: á mí una niebla
Me ofusca la vista: mírale.
Cid. (*Aparte.*) ¿Si las estorbo?
Nuña. Dijera

Que es él; pero no, que es este
Mas gallardo de presencia.
Jim. Por eso debe ser él. [Dejémoslas.
Cid. (*Aparte.*) Me miran: ya, al Cid.
(*Hace que se va.*)
Jim. Se va. Allí está el corazon.
(*Se dirige al ex-voto y corazon colocados á la izquierda del espectador. Rodrigo lo ve, y se detiene.*)
Le besaria de buena
Gana.
Cid. (*Aparte.*) Al corazon se va
Que puse. El pecho me tiembla.
Salgamos de dudas.
(*Vuelve y toma el corazon de la derecha, como quien lo examina, atendiendo entre tanto á los movimientos de Jimena, que observa tambien los de Rodrigo.*)
Jim. Vuelve.
Ha cogido la cadena.....
Desengañémonos.
(*Ase tambien la cadena del corazon de la izquierda.*)
Cid. Coge
Mi ex-voto. ¡Cielos!
Los dos. ¡Le besa!
(*Cada uno besa el corazon que tiene asido, y acabando de conocerse por esta demostracion, corren ambos á encontrarse con los brazos abiertos.*)
Jim. ¡Defensor mio!
Cid. ¡Angel mio! (*Se abrazan.*)
Por fin Rodrigo te encuentra.
Jim. ¿Rodrigo mi bien se llama?
Cid. Sí, mi sol: ¿y tú?
Jim. Jimena.
Nuña. Estaremos á la vista
Para que no los sorprendan.
(*Retírase al fondo.*)
Cid. ¿Cómo es que sin darme parte
Huiste?
Jim. Fué de improviso,
No pude mandar aviso.
Cid. ¿Qué te has hecho?
Jim. No sé: amarte.
Cid. ¿Y dónde....?
Jim. A Oviedo volví,
Y allí tuve mi mansion,
Y un mes al fin en Leon.
(*Pausa, durante la cual Rodrigo contempla absorto á Jimena.*)
¿Qué miras?
Cid. Me miro en tí.
No sabes tú lo que goza
Mi corazon este dia.
¡Vive Dios, Jimena mia,
Que estás arrogante moza!
Me embeleso como un niño
Cuando á mis ojos te ofreces
En hermosura con creces,
Y sin mengua en el cariño.
¿Cómo, ídolo encantador,
Cómo es que hoy aquí te tengo?
Jim. Ha muerto mi madre, y vengo
A Burgos con mi tutor.
Cid. ¿Tu madre te guardaria
Como antes, bien encerrada?
Jim. Conviene así á niña honrada.
Cid. Y á mi amor le convenia,
Que andaba expuesto á reveses
Si de la luz porque existo
Los rayos hubieran visto
Asturianos y leoneses.
Jim. ¿Temiste en mí veleidad?
Me ofendiste, me agraviaste.
Cid. ¡Y qué! ¿tú no sospechaste
Nunca de mí? La verdad.
Jim. Dicta el amor en su escuela
Con desigual enseñanza,
Al hombre la confianza
Y á la mujer la cautela.
Por eso, aunque amante fino
Yo á mi defensor creia,
Cada año aquí dirigia
Un devoto peregrino,
Que era de amor emisario
Sin que él se lo imaginara,
Mandándole que mirara
Cuidadoso el santüario:
Y yo haciendo la deshecha
Decia al volver el tal:
« ¿Qué hay en aquel soportal,
Entrando, á mano derecha? »
Y era mi júbilo inmenso
Al responderme el bendito:
« Allí hay un corazoncito
De una cadena suspenso. »
¡Ah! nunca respuesta igual
Oí sin dar en tributo
Los brazos, por sustituto,
Al cazador del breñal.
Cid. Cobremos. (*Abraza á Jimena.*)
Jim. Basta: ¿qué haceis?
(*Con amorosa dignidad.*)
Cid. Desquitarme, pese á mí:
Un abrazo recibí;
Estoy atrasado en seis.
Jim. Deja esa loca porfía,
Que ya mi tutor vendrá.
Cid. Preciso es que salga ya
Mi hermosa de tutoría.
Jim. Tú veras cómo ha de ser.
Cid. Ello se lo está diciendo.
¿Cómo ha de ser sino siendo
Los dos marido y mujer?

Tiempo es de que un *sí* nos una,
Si me amas.
Jim. No me desdigo:
O de Dios, ó de Rodrigo.
Cid. Y yo tuyo ó de ninguna.
Está jurado.
Jim. Jurado
Por nuestra madre.
Cid. Por ella.
Jim. Por la honra de una doncella.
Cid. Por el honor de un soldado.
Jim. Si hay algun inconveniente.....
Cid. Yo de vencerlos me pico.
Jim. Tengo un patrimonio..... rico.
Cid. Y yo un estado..... decente.
Jim. Una provincia mi padre
A sus órdenes mantuvo.
Cid. Tambien el gobierno tuvo
De otra el padre de mi madre.
Jim. Entre mis mayores brilla
Un monarca de Leon.
Cid. Tronco de mi estirpe son
Los dos jueces de Castilla.
Jim. Bien: de esa manera salvo
Mi eleccion: nada me inquieta:
Si de un monarca soy nieta.....
Cid. Yo desciendo de Lain Calvo.
Jim. Pero si de tan lucidas
Casas los dos procedemos,
Debemos ambos.....
Cid. Debemos
Ser personas conocidas.
Jim. Yo sí, en las cortes de España
Donde la cruz se venera.
Cid. Yo dentro de ellas y fuera,
En la corte y en campaña.
Jim. En fin, para no cansar...
Cid. Por no pecar de inmodesto...
Jim. Soy prima de Alfonso Sesto.
Cid. Soy Rodrigo de Vivar.
Jim. ¡Cielos! ¡el gran adalid
Que al moro de espanto llena!
Cid. ¿Qué menos para Jimena?
Jim. ¿Es posible? ¡Mio el Cid!
Ese título de honor
Que al Rey moro le debiste
Que en Zaragoza venciste,
Y significa *Señor*,
Yo antes dártele debí
Al rendirte el señorío,
De mi gusto y albedrío,
Que fué desde que te vi.
Pero un temor me despierta
De mi éxtasis halagüeño.
Alfonso ¿no tiene empeño
En casarte con Alberta?
Cid. Aunque nada me escribió,
Parece que lo ha pensado.
Jim. Pues á mí con un privado
Suyo, que no me nombró,
Me ha dicho que esté dispuesta
Para enlazarme.
Cid. ¿A eso aspira?
Jim. De eso trata: con que mira
Si previenes mi respuesta.
Cid. Y ¿cuándo piensa llegar
A Burgos Alfonso?
Jim. ¿Cuándo?
Si me viene acompañando.
Te lo anuncié.
Cid. ¡No mandar
Un pliego! ¿Cuál su intencion
Será?
Jim. ¿Cuál? No es muy oscura.
No hacer al reino la jura,
Y tomar la posesion.
Cid. ¡Faltar á lo establecido
Por el voto general
De Castilla la leal!
¡Oh! yo veré si lo impido.
A Dios: voy á disponer.....
Jim. Oye.
Cid. No.
Jim. Es un disfavor.....
Cid. Entre el deber y el amor,
Lo primero es el deber. (*Vase.*)
Jim. ¡Rodrigo!
Nuña. El Rey.
(*Viniendo desde el fondo.*)
Jim. Va á notar
Lo turbada que me encuentro.
Nuña. Id á la capilla, id.
Jim. Entro:
Mi inquietud quiero calmar. (*Vase.*)

ESCENA VI.

EL REY, NUÑA.

Rey. (*Aparte al salir.* Él es quien sale
¡Y mi prima que se empeña [de aquí.
En venir sola, tomando
A todos la delantera!)
Nuña.
Nuña. Señor.
Rey. Dad acá
La mano.
Nuña. (*Aparte.*) ¡Ay Jesus!
Rey. Os tiembla.
Nuña. El viaje, la desazon.....
Rey. Eso lo cura la piedra
De esta sortija. (*Dásela.*)
Nuña. Vivais
Mil años.
Rey. El que se aleja
Por allí, el Cid, ¿es amante

De mi prima? Con franqueza.
Nuña. Gran señor, si os irritais.....
Rey. Ni pienso en ello siquiera.
¿Se quieren?
Nuña. Sí, señor.
Rey. ¿Mucho?
Nuña. Él dejaria por ella,
Segun presumo, aunque fuese
A una emperatriz de Persia.
Rey. ¿Há mucho tiempo que se aman?
Nuña. Mas ya de media docena
De años.
Rey. Bien : id con mi prima
A rezar, y que no sepa
Nada de esto.
Nuña. Harélo así.
(*Aparte.*) El diamante echa centellas.
(*Vase.*)

ESCENA VII.

GONZALO, EL REY.

Rey. Gonzalo, ¿van ya llegando
Las tropas?
Gonz. Las descubiertas
De á caballo ya se ven
Por algunas eminencias;
Los peones, es forzoso
Que disten algunas leguas.
Rey. Ya Alberta habrá recibido
Mi aviso : tengo impaciencia
De ver qué resulta.
Gonz. Yo,
Señor, no me detuviera;
Yo marchara á la ciudad
Y gritara : « Abrid las puertas
Al Rey de Castilla. »
Rey. Para
Decirlo, tiempo me queda.
Gonz. Yo no escribiera tampoco
Una carta como aquella
Al Cid.
Rey. No la envio ya :
Pienso ya de otra manera.
Desisto de pretenter
Que la mano le conceda
Mi cuñada; mas con todo,
Causa hubo para esa oferta.
Poniendo al Cid de mi parte,
Lo estaba Castilla entera.
Gonz. Ensalzar tanto á un vasallo.....
Rey. Es vasallo que se hombrea
Con los reyes.
Gonz. Os venció,
Os hizo preso en la iglesia
De Carrion.
Rey. Si él en mi ejército
Peleara, yo venciera
Gonz. Caudillos tiene Leon
Que por el Cid no se truecan.
Rey. Tú le quieres mal, Gonzalo.
Gonz. Confiésolo sin violencia.
Su indocilidad me ofende,
Me irrito de su soberbia,
Y de que su fama casi
La deba solo á su estrella.....
Fatal para vos. Por él
Sancho os usurpó la herencia :
Su mano os hundió en el claustro,
Su mano os vistió de jerga,
Su mano osó cercenar
Vuestra ungida cabellera,
Y de su mano cruel
Huíamos ¡oh vergüenza!
Cuando fuimos á Toledo
Pidiendo amparo y defensa
A un Rey moro, un enemigo
De nuestra fe verdadera.
Rey. Pues esa mano algo vale.
Gonz. ¿Sabeis que ajustando cuentas,
De la lealtad de Rodrigo
Cabe concebir sospechas? (6)
Rey. ¿De su lealtad á mi hermano?
Gonz. Precisamente.
Rey. Tú sueñas.
Gonz. Cuando Sancho muerto fué,
¿Quién le halló? ¿quién dió la nueva?
Rodrigo solo, que acusa
A un hombre á quien nadie encuentra
Desde ese instante, Rodrigo
Solo, que dejó que huyera.
Cuando oigo decir á todos
Que, sin razon ó teniéndola,
Desterró al Cid vuestro hermano
Poco antes de esa ocurrencia,
Y aunque le llamó despues,
No se dió por satisfecha
La altanería del Cid,
Confieso á vuestra grandeza
Que dudo que la traicion
Solo de Vellido sea.
Puedo equivocarme, sé
Que la enemistad es ciega
Para juzgar, y al Cid yo
Se la tengo manifiesta :
No me hagais caso.
Rey. Sí, sí :
Tratemos de otra materia;
Se envilece el corazon
Cuando se habla de vilezas.
Recuérdame algun vasallo
Que aun esté sin recompensa,
Para dársela.
Gonz. ¿Quereis
Hacer la dicha completa

De un hombre?
Rey. Habla.
Gonz. Ved si ya
Es tiempo de que yo obtenga
La mano que me ofrecísteis
De vuestra prima Jimena. [amor
Rey. (*Aparte.* ¡En qué dia va...!) ¿Es tu
Tal...?
Gonz. Las delicadezas
De galan no cuadran bien
Con mi condicion austera.
Mi estado pide una esposa,
Y por vos he de obtenerla:
Vos me propusísteis una
Como de la mano vuestra:
En mí encontrará un cariño
Fiel y libre de flaqueza:
El apasionado amor
Mi lealtad os lo reserva
A vos y al trono, y es tanto.....
Rey. Sí, como el odio que alberga
Contra el Cid.—Pues bien, será
Tuya, como ella consienta.
Gonz. Señor....
Rey. ¿Qué estrépito es ese?
Gonz. Música festiva suena.

ESCENA VIII.

JIMENA, NUÑA, DICHOS.

Jim. La Reina viene, señor,
Con el clero y la nobleza
De Burgos á recibiros:
Los he visto por la reja
De la capilla.
Rey. ¡Hola! ¿estábais
Rezando asomada en ella?
Jim. Si os desagradé.....
Rey. (*A Gonzalo.*) Los otros
Once de escolta que vengan.
(*Vase Gonzalo.*)
Vos á mi lado. El instante
De vuestras bodas se acerca:
Os diré con quién al tiempo
De exigir vuestra obediencia.

ESCENA IX.

LA REINA, ALVAR FAÑEZ, CABALLEROS CASTELLANOS: CLERO, NOBLES Y PUEBLO BURGALÉS, EL REY, JIMENA, GONZALO, Y OTROS ONCE CABALLEROS LEONESES.

Reina. Rey don Alfonso Fernandez,
Aunque fué poco veloz
El mensajero que á Burgos
Vuestra venida anunció,
Diligente á recibiros
Corren juntos á mi voz
El clero, nobleza y plebe
De su vasta poblacion.
Intérprete de su afecto
Me nombran para con vos:
Recibid su bienvenida,
Rey Alfonso de Leon.
Rey. Reino en Galicia tambien.
Alv. y *Cast.* ¡En Galicia!
Reina. Así leyó
Mi secretario en el pliego;
Mas túvelo por error.
Rey. No: mi hermano don García
Perdió el juicio en la prision
Donde le encerró don Sancho
Despues que le destronó.
Libre como yo García,
Muerto nuestro vencedor,
Recobrar el cetro quiso;
Pero el bien de la nacion
Otra mas segura diestra
Para aquel cetro pidió;
Y ejército numeroso
Marchando tras mi pendon,
Con la rapidez del rayo
La Galicia recorrió,
Abatiendo á los que hicieron
La resistencia menor.
Celebrada brevemente
Allí mi coronacion,
Con igual velocidad
Traigo mi ejército en pos,
Y ante Burgos me presento
De esta nueva portador.
Alv. y *Cast.* ¡Viene con tropas!
Reina. Dejando
Para mejor ocasion
El daros el parabien
Debido á un conquistador,
Haced memoria del pliego
Que Castilla os envió
Cuando me privó de esposo
La mano de la traicion.
Rey. Sí, para que yo entre á ser
De mi hermano sucesor,
Quieren las Cortes que jure
Que de ese crimen atroz,
En mi ausencia cometido,
No he sido cómplice yo.
Veinte mil soldados traigo,
Veinte mil testigos son
Que unánimes en su voto
Deponen en mi favor.
¿Hace falta ya con eso
Tomarme declaracion?
Reina. La decision de las Cortes.....

Rey. Pura lealtad la dictó;
Mas ya con hacerla cumple
El nacional pundonor.
Burgaleses, castellanos,
Entre quienes viendo estoy
Hombres que me han conocido
Niño, jóven y varon,
¿Hay entre vosotros uno
Que de sí para con Dios
Imagine que es Alfonso
De su hermano matador?
Algunos Cast. No, no.
Rey. Pues entonces vamos
A Burgos.
Gonz. (*Con voz fuerte.*) A Burgos.
Una voz dentro. No.
Alf. ¿Quién se opone?
Alv. y *Cast.* El Cid, el Cid.
(*Anunciándole.*)
Jim. (*Aparte.*) ¡Dios mio!
Gonz. ¡El Cid! ¡Oh furor!

ESCENA X.

EL CID, DICHOS.

Cid. No mas aquí ya, no mas:
No hay que perder un instante.
Burgaleses, adelante;
Rey Alfonso, atrás, atrás.
Rey. ¿Que yo mi camino tuerza?
Las leyes venir me han hecho.
Cid. Y si teneis el derecho,
¿Por qué os valeis de la fuerza?
¿Qué busca esa muchedumbre
De caballeros que asoma
Ya por el pié de una loma,
Ya en las quiebras de una cumbre?
¿Cómo es que desde la raya,
Segun informa un huido,
Han preso y han impedido
Que avise cada atalaya?
Quien de una hueste se auxilia,
Y armado embiste la puerta
Que el pueblo le tiene abierta
Como al padre su familia;
Quien miedo quiere inspirar,
Puede infundirlo tan grande,
Que nunca en el reino mande
Que pretende intimidar;
Pues el menos previsor
Dirá, esas lanzas mirando,
Que el que viene atropellando,
Saldrá monarca opresor.
Todo á Castilla le avisa
Que hacerle daño se piensa,
Y en tal caso la defensa
Es natural, es precisa.
Nobles, pueblo burgalés,
A las armas acudid:
Si no quiere Alfonso lid,
Ya nos lo dirá despues.
Alv. y *muchos Cast.* A las armas.
Gonz. (*Aparte.*) Yo me abraso.
Jim. Señor..... (*Al Rey.*)
Reina. Que nadie hostilice.....
Rey. Lo que el buen Rodrigo dice,
Suena bien; mas no hace al caso.
De Sancho espero mañana
La corona recibir,
Y traigo tropas que unir
A la tropa castellana,
Y á una y otra sin rencilla,
Obedeciéndome ya,
Rodrigo las guiará
Contra el moro de Sevilla.
Si á los vigías prendí
Que pudieran anunciarme,
Eso fué por excusarme
Lo que está pasando aquí.
A mí el esperar me enfada,
Y hubiera sido imprudencia
Pediros una licencia
Que tal vez fuese negada.
Pero si á Castilla dan
Mis tropas tan grave susto,
Tranquilizarla es muy justo:
A Burgos no pasarán.
Algunos Cast. Bien, bien.
Rey. Y si os ponen grima
Esos doce que me traje
Hasta aquí, dadme hospedaje
A mí solo y á mi prima.
Reina. Señor.....
Rey. En cuanto al asunto
De la jura reclamada,
No es cuestion acomodada
Para hablarse en este punto.
Con mas oportunidad
Tratarse en palacio puede.
Cid. Como en trato no se quede.....
Rey. Vos ya la solemnidad,
Si os place, arreglar podeis.
Cid. ¡Oh! sí.
Gonz. Señor.....
Rey. De camino
Yo dar otra determino
Que os ruego que presencieis.
Cid. Rey don Alfonso, mandad.
Rey. Mi prima, que sin injurias,
Lleva en Leon y en Asturias
La palma de la beldad.....
Jim. ¡Ah!
Rey. Jimena, á quien regalo
Dos villas y una dehesa,
Va á hacer solemne promesa

De vida y alma á Gonzalo.
Jim. (*Aparte.*) ¡Cielos!
Gonz. ¡Oh felicidad!
Cid. ¡Ah!
Alv. ¿Casais á esta hermosura?
Cid. ¿Cuándo?
Rey. Despues de la jura.—
Marchemos á la ciudad.

ACTO SEGUNDO.

Salon del alcázar de Burgos.

ESCENA PRIMERA.

JIMENA, ALVAR FAÑEZ.

Alv. ¡Ah Jimena!
Jim. ¡Ay Alvar Fañez!
Alv. ¿Fué por ventura ilusion
La nueva que en mis oidos
Hace poco resonó?
¿Os casais?
Jim. Casarme quiere
Nuestro Rey y mi tutor.
Alv. ¿Amais á Gonzalo Ansurez?
Jim. ¿Me haceis tal pregunta vos,
El único caballero
Con quien Jimena trabó
Pláticas alguna vez
En la corte de Leon?
Alv. Cierto es que á Gonzalo nunca
Vuestra boca le nombró.
Jim. Nunca.
Alv. ¡Ay! aquellos instantes
De honesta conversacion
Jamás de la mente mia
Ningun placer los borró.
Con grata curiosidad,
Con gracejo encantador
Me preguntábais noticias.....
Jim. De la ciudad en que estoy,
De Burgos.
Alv. Tal vez pedísteis
Que os hiciese relacion
De qué amigos me trataban
Con intimidad mayor,
Y de quién entre ellos era
Mas galan, ó mas hombron,
Mas diestro en lanza y espada,
Mas certero tirador.
Jim. ¡Ah! sí.
Alv. Y yo siempre al informe
Daba fin con un sermon
De honras á mi primo el Cid,
Que la vida me salvó.
Jim. Por cierto que me dijísteis
Que no era gran cazador.
Alv. El caudillo castellano,
El que en buen hora nació,
Segun su pueblo le llama
En una y otra cancion,
¿Ha de abatirse á emplear
Sus armas y su valor
En tímidas bestezuelas
Que mata un perro, un huron?
Jim. Perseguir al jabalí
Y al oso.....
Alv. Es un deshonor
Para el Cid: es general,
No es montero; y voto al sol,
Que bestia por bestia, moro
Hay mas fiero que un leon.
Serán tan pocas las veces
Que el Cid la ballesta armó.....
Bien que si la coge un dia,
Tirará como el mejor,
Porque en armas es maestro
Nato por gracia de Dios.
Jim. ¡Oh! lo creo.
Alv. ¿Con que al fin
Os venís á la razon?
Me alegro: le haciais antes
Al Cid muy poco favor.
Jim. Como no le conocia...
Alv. Ya le conocísteis hoy.
Jim. En la ermita.
Alv. Allí al venir
Le hallé con la Reina yo.
Jim. ¿Con la Reina?
Alv. Sí por cierto.
Él es muy merecedor
De la honra de acompañarla.
Jim. ¿Y estaban solos los dos?
Alv. ¿Solos? Casi.
Jim. Y bien, ¿qué objeto
Es el que á verme os guió?
Alv. Por el siglo de mi padre...
Perdonad mi distraccion:
Todo lo olvido si alguno
Me nombra á mi salvador.
Ilustre Jimena Diaz,
Un hombre de decision,
Un hombre que en vos adora
Desde el momento que os vió,
Toma á su cuenta libraros
De esa mal trazada union.
Jim. Pero decid...
Alv. Gente llega.

Jim. Pero decidme si sois...
Alv. Soy quien sabe de un revés
Quitarse un competidor. (*Vase.*)
Jim. ¡Otro empeño mas! Sin duda
Nada el Cid le confió.

ESCENA II.

EL REY, LA REINA, JIMENA.

Rey. Todos lo dicen.
(*A la Reina, con quien sale conversando.*)
Reina. Padecen
Todos equivocacion.
Rey. Jimena misma habrá oido...
Reina. Dejad eso.
Jim. ¿Qué es, señor?
Rey. (*Ap.* Demos arranque á sus zelos
Para avivar su pasion.)
¿No ha llegado á vos, Jimena,
Ese público rumor
De que la Reina y el Cid
Se tienen inclinacion?
Jim. A mí... Perdonad... No debo...
(*Aparte.*) ¡Qué sospecha tan atroz!
Reina. En presencia de una jóven,
Es ofender su pudor
De estas materias hablar.
Rey. Una jóven á quien doy
Esposo de hoy á mañana...
Jim. ¡Tan pronto!
Reina. Esa exclamacion
Involuntaria, esos ojos
Que abate al suelo el dolor,
Son objetos que merecen
Ocupar vuestra atencion
Mas que la voz que me achaca
Un desatinado amor,
Que (sabedlo) no es posible.
Rey. ¿No es posible? ¿Por qué no?
Reina. Preguntádselo á Jimena,
Que ella sabe la razon. (*Vase.*)

ESCENA III.

EL REY, JIMENA.

Rey. ¿Qué es esto? ¿qué significa
El encendido arrebol
Que en vuestra inclinada frente
Escribe una acusacion?
Hablad, hablad.
Jim. No me atrevo.
Rey. ¿Soy un tirano feroz?
Confiad en vuestro primo,
Y no temais su rigor.
Jim. No me entregueis á Gonzalo,
Si me teneis compasion.
Rey. ¿Luego Alberta en lo que dijo
De vuestra boda, acertó?—
Bien. Y en órden á la suya
¿Cuál fuera vuestra opinion?
Jim. Yo... ¿cómo quereis...?
Rey. Decidla.
Jim. Por mi voto...
Rey. Sin temor.
Jim. Dejadla que salga viuda
Del territorio español.
Rey. ¿Y si la acompaña el Cid?
Jim. Ponedle por condicion
Que á Burgos vuelva soltero,
O no le deis (y es mejor)
Permiso para alejarse
De donde estemos los dos.
Rey. Si esas gracias os otorgo,
¿Cuál será mi galardon?
Jim. Pedid mi vida.
Rey. Guardadla
Para hacer un servidor
Leal y un feliz esposo
De.....
Jim. ¿De quién?
(*Aparece por una puerta el Cid.*)
Rey. Ved quién entró.
Jim. ¡Rodrigo!
Rey. (*Bajo á Jimena.* Voy de Gonzalo
A obtener su sumision
A vuestro gusto.) Esperadme,
Rodrigo.
Jim. ¡Oh mi bienhechor!
(*Besa Jimena la mano al Rey, y vase este.*)

ESCENA IV.

EL CID, JIMENA.

Cid. ¿Se va el Rey porque entro aquí?
Jim. No: motivo se le ofrece
Mas grave: vos sí, parece
Que andais huyendo de mí.
Da mucho la Real amiga
Que hacer á su consejero.
Cid. Yo solo á Jimena quiero,
Y basta que yo lo diga.
Jim. Cuando á los pocos instantes
De la jura se pensaba
Casarme.....
Cid. Antes importaba
Lo de la jura, siendo antes.
Jim. Yo á cualquier otra atencion
Te prefiero.
Cid. De ese modo
Se estima al Cid, porque á todo

Prefiere su obligacion;
Y esté Jimena segura
De que es tan bella virtud
En hombre la rectitud
Como en mujer la ternura.
Jim. ¿Qué has hecho, pues? ¿qué cuidados
Reclamaban tus oficios?
Cid. Mirar por mis compatricios,
Que son unos apocados,
Cuyo entusiasmo no enciende
La pró general del reino.
¡Voto á las barbas que peino,
Que Alfonso es Rey que lo entiende!
Pidiendo hospitalidad
Aquí se entró: bien sabia
Qué efecto en Burgos haria
Su imponente majestad.
Cien veces á mi ira pábulo
Dió el concilio hoy reunido,
Que casi me ha parecido
Miserable conciliábulo.
La jura con vehemencia
Recuerdo allí, y en conjunto
Responden los mas: «Al punto
Júrese al Rey... obediencia.
—Oid la voz varonil
Del honor:—y grita un necio:
Rui-Diaz, habla mas recio
La voz de los veinte mil.»
Hay gentes muy peregrinas
Que tienen vueltas bellacas:
En un consejo ¡qué urracas!
En un lance ¡qué gallinas!
«¿Qué consistorio tan vario
Es este?» grité yo adusto.
«¿Cómo lo que ayer fué justo,
No ha de ser hoy necesario?
Jure el Rey antes que herede.
¿No hizo Castilla esta ley?
Cumplan el reino y el Rey
Lo que ha mandado quien puede.
Si en los hijos de los godos
No hay ya para tanto aliento,
Yo tomaré el juramento
Salvando la ley y á todos.» (7)
El remate de la arenga
Un sí general me atrajo:
Diríanse por lo bajo:
«Allá el Cid se las avenga.»
La junta viéndose indemne,
Me cede la parte amarga,
Y ella de arreglar se encarga
La ceremonia solemne;
Con lo cual de aquel recinto
Salgo, y vengo donde estás
Tú, mi bien, que vales mas
Que un reino con tercio y quinto.
Quédense armando quisquillas
Allá en la grave cuestion
De si el Rey en la funcion
Se pondrá ó no de rodillas,
Y veamos si consigo
Que pues yo solo te igualo,
No se me apropie Gonzalo
Bien que merece Rodrigo.
Jim. Suele ser la diligencia
La madre de la ventura;
Pero en esta coyuntura
Quien ganó fué la indolencia.
El Rey, por cierta expresion
Que dijo Alberta en despique,
Se ha empeñado en que le explique
Yo su significacion,
Y fiada en la bondad
Que me mostraba, en efecto,
De nuestro callado afecto
Le declaré la verdad;
Y en el punto que lo digo,
Está sin mas intervalo
Intimándole á Gonzalo
Que me renuncie en Rodrigo.
Cid. ¡Cielos!
Jim. Vea el Cid si estima
Tanto el juramento que haga
El primo, y tanto le halaga,
Como el que le hará la prima.
Cid. ¿Quién tanta dicha resiste?
¿Con que cesó nuestro afan?
¡Oh! no ha mentido el refran:
Al que obra bien, Dios le asiste.
Apenas evito al gremio
Del clero y de la nobleza
Cometer una bajeza,
Cuando ya recibo el premio.
¡Y sin abrir yo la boca!
Es cuanto hay que desear,
Porque ello me iba á costar
Mi repugnancia, y no poca.
Jim. ¿Cómo?
Cid. ¿No es accion villana
Proponerle á un hombre honrado
Que falte á lo que ha tratado...
Porque yo quiero á fulana?
Mas si él con toda advertencia
Rompe el empeño primero
Porque hay daño de tercero,
O porque puede en conciencia;
Eso es distinto, y lo sabe
Cualquier sayagués intonso.
Prémieselo Dios á Alfonso,
Que en mí pagarlo no cabe,
Ni aunque sepa conquistar
Para él, feliz paladin,
Cuanto hay desde Albarracin
Al peñon de Gibraltar.
¡Y yo á este hombre atropellé!

¡Qué cosas hace un vasallo!
Gran Rey será Alfonso. Hoy callo;
Pero en jurándole fe,
Si tengo dicha á compás
De mis humos, por la cruz
Que á todo el reino andaluz
Se lo lleva Satanás.

ESCENA V.

EL REY, EL CID, JIMENA.

Rey. Rodrigo.....
Cid. ¡Cuánto os adeuda
Mi pecho!
Jim. A esos piés postrada...
Rey. Ya que no con la cuñada,
Se os casa con una deuda.
Jim. ¿Con que Gonzalo...?
Rey. Teson
Mostraba; pero ha cedido.
Cid. La pérdida que ha sufrido
Es de consideracion.
Lástima el pobre me inspira:
Yo trataré de aplacarle.
Rey. Me propongo yo casarle
Con mi hermana doña Elvira.
Jim. ¡Oh mi Rey!
Rey. Y al fin, ¿qué habeis
Resuelto en junta?
Cid. El concejo
Andaba un poco perplejo;
Mas ya insiste en que jureis.
Rey. ¿Queréisme el por qué decir?
Cid. Es tal, qué no se contrasta.
¿No está mandado? Pues basta.
Jim. ¿Y no se puede abolir?
Cid. Para que observarse deba,
Hay motivo preferente.
Rey. ¿Cuál?
Cid. Es un reino naciente
Castilla: dos Reyes lleva.
Al segundo que nos manda,
¡Buen principio de corona!
Nos lo mata una persona
Que nadie sabe dónde anda,
Y que segun él previno
La accion bárbara y sañuda,
No puede ponerse en duda
Que fué un infame asesino.
Rey. Un regicida.
Cid. Cabal
No; con tal borron no mancho
Al matador, pues don Sancho
No era su Rey natural. (8)
Y aquí que nadie lo escucha,
Si Vellido me hace cara,
Confesemos que quedara
Su nombre con gloria y mucha.
Él á su patria salvó,
Si se oye á los zamoranos.
Mas gritan los castellanos:
«¿Y si álguien se lo mandó?»
¿No debemos enseñar
Al mundo con un ejemplo
Que el regio palacio es templo
Que al crímen se ha de cerrar?
Vos á quien la ley invita
Para ceñir la diadema,
¿Podreis culpar que se tema
Que el delito se repita?
¿Cómo no temblais que infiel
Algun pariente Real
Un dia pague un puñal
Y vida os quite y dosel?
A eso se dará ocasion
Si en muriendo un Rey aquí,
Reina el que le sigue así
Sin mas cuenta ni razon.
Poco, señor, os pedimos,
Y algo merece el mandarnos;
Y en algo hemos de mostrarnos
Súbditos de quien lo fuimos.
Que Alfonso los labios abra
Le es al reino suficiente;
Pues aquí no solamente
Se da fe á la Real palabra,
Sino que se ha de acatar
Cual voz incontrovertible
De Dios, en quien no es posible
Ni engañarse ni engañar. —
Esto lo digo en presencia
De vuestra prima, esperando
Que ella con acento blando,
Con femenil elocuencia,
Hará la razon valer,
Que por mostrarla desnuda,
Tal vez en mi boca ruda
No consigue convencer,
Y logrará de contado
Que en numerosa asamblea
Mañana en Santa Gadea (9)
Jureis... para ser jurado.
Rey. Habló el patricio: oiga pues
Defender sus regalías
A un Rey de dos monarquías,
Próximo á serlo de tres.
Los Soberanos, por mas
Que traigan el mundo en peso,
Son hombres de carne y hueso
Lo mismo que los demás.
El respeto que inspiramos,
Es tan solo el escabel
Que nos eleva; por él
A los pueblos gobernamos,

Y es nuestra ley mas sagrada
Que nunca el respeto cese:
Al que se le pierden, ese
Ni es Rey, ni es hombre, ni es nada.
Decidme vos esta vez:
¿Qué respeto he de esperar
De un pueblo que va á empezar
Por erigirse mi juez?
¿Cómo sonará potente
Mi voz en corte ni en villa
Cuando en magnífica silla
Para regiros me siente,
Si hasta el siervo mas bozal
Recordará que me ha visto
Con la mano sobre el Cristo
Cual reo en un tribunal?
Cid. No temais inobediencia
Del que accion mire tan santa:
Ninguno la ley quebranta
Cuando el Rey la reverencia.
Rey. Sabe el discreto arbitrista
Que hay cosas que entran sin ruido
Que aturda, por el oido,
Y alborotaran la vista.
Si á solas, de Alfonso á Ruí,
Mi juramento aceptais,
Y vos despues anunciais
A Castilla que le dí;
Me conformo... y no embaraza
Que por solo concurrente,
A Castilla represente
Jimena, que nos enlaza.
Mas si entre parches y bronces
Quereis el acto con bulla,
Mucha gente de casulla
Y de espuela y pueblo, entonces (*A Jimena.*)
De todo me desobligo,
Y por buen modo ó por malo,
Vos casareis con Gonzalo,
Aunque le pese á Rodrigo. (*Vase.*)

ESCENA VI.

EL CID, JIMENA.

Jim. ¿Oiste?
Cid. Oí.
Jim. ¡Qué crueles
Extremos!
Cid. O Lucifer
Le tienta, ó se echó á perder
Alfonso entre los infieles.
Jim. ¿Es ira, es venganza vil
Por su derrota y prision?
Cid. ¿Pues le prendí yo en Carrion
Con engaños de alguacil?
Jim. ¡Rodrigo!
Cid. ¡Ruin artimaña,
Débil para seducirme!
Jim. ¿Y qué harás?
Cid. Tenerme firme,
Firme como una montaña.
Jim. ¿No admites la insinuacion?
Cid. Es una superchería.
Entonces yo cargaria
Con la infamia de la accion.
Jim. Eres rígido en exceso.
Con ese medio templado...
Cid. ¡Eh! no es eso lo mandado,
Y así no puede ser eso.
Jim. Renuncia un cargo que indigna
Contra nosotros al trono.
Cid. Yo nunca el puesto abandono
Que mi deber me designa.
Jim. ¿Piensas que la multitud
Aprecie valor tan nuevo?
Cid. Obro yo así porque debo,
Y no por su gratitud.
Jim. Va á ser á los dos funesta
Tu ansia fatal de heroismo.
Cid. Brillará mas por lo mismo,
Pues vale conforme cuesta.
Jim. Te costará dignidades,
Persecuciones, sonrojos,
Mi amor...
Cid. ¡Ay luz de mis ojos!
Jim. Por Dios que de mí te apiades:
Por Dios, en tan dura pena,
Que lleve el amor la palma.
Cede, Rodrigo del alma:
No pierdas á tu Jimena.
Cid. ¿Y mi honor, fúlgido norte
Que sigo, dios que venero?
Jim. ¿Pierde su honor un guerrero
Por un melindre de corte?
Que de ese modo ó que de este,
Con sinceridad ó dolo,
En público ó solo á solo
Alfonso la jura preste,
¿Dejas de ser por quien goza
Mil triunfos tu patria? ¿aquel
Que rindió, imberbe doncel,
Al moro de Zaragoza?
¿El que nunca errando tiro,
No bien estrenó la malla,
Dió muerte en campal batalla (10)
Al Rey de Aragon Ramiro?
¿El caudillo en cuyas manos
Tiene la España sosten?
Cid. Yo quisiera ser tambien
Espejo de ciudadanos.
Jim. Pues para que te adelantes
A todos en todo, pon
Límites á tu ambicion...
Y sé modelo de amantes.

Si es lícito sacrificio
El que mi ruego procura,
Pagártele con usura
Será mi constante oficio.
Si es una flaqueza .. ó ya
Dejé de ser la que fuí,
O una flaqueza por mí
A cualquiera le honrará.
Cid. ¿Quién le resiste, quién? ¡Oh!
¡Si le da mayor encanto
Su orgullo! Merece tanto
Jimena... — Merece un no.
Jim. ¡Qué oigo!
Cid. Al enojo mas fuerte,
A tu aversion me resigno:
Antes que mostrarme indigno
De tí, prefiero perderte.
Jim. Luego si Alfonso...
Cid. Esperemos
Que la constancia corone.
La virtud respeto impone...
¿Quién sabe aún...? Confiemos.
Jim. ¿Confiar? ¿Y si persiste
Y al ara me precipita?
Cid. Retirarás de la ermita
(*Despues de una breve pausa en que hace visibles esfuerzos para dominarse.*)
El corazon que pusiste
Jim. ¿Y mi mano se unirá...?
Cid. A otro que á mí: yo lo pido.
A mí... á mí, dame al olvido.
Yo á tí jamás.
Jim. Bien está.
Bien. — Tan cuerdo me aconsejas,
Tan grande, tan virtüoso
Te miro, que es vergonzoso
Dar aquí ni ayes ni quejas.
Como no te descompones
(Aunque estarás padeciendo),
Yo de tu valor aprendo
A sujetar mis pasiones.
Y eso que es duro sin duda
Ver que mi dueño presunto
Me sacrifique á un difunto...
Porque lo manda su viuda.
Una doncella vulgar,
Con motivo tan sobrado,
Aquí se hubiera dejado
Del dolor arrebatar,
Y dando con todo al traste,
Llamárate á grito herido
Engañador, fementido,
Cruel, que nunca la amaste... —
Ni en su vida amar podria
Quien ya en la niñez soldado,
Como fiera se ha criado
Con sangre y carnicería;
Y por mas que se conquiste
Renombre con sus hazañas,
Se ha formado las entrañas
Del hierro de que se viste. —
Yo no: como tan vecina
Estoy al gran campeon,
Tengo cierta obligacion
Tambien de ser heroina.
Y lo soy: ved esta frente
Que del bien llamábais astro.
De ira ni de amor... ni rastro
Hay en ella... y si lo hay, miente. —
Mil triunfos y mil os dé
Ese valor que os inflama,
Ya os caseis con vuestra fama,
Ya con la Reina...que fué.
Yo... pues mi afecto se trunca
Por vos, habré de casarme
Tambien... para no acordarme
De vos nunca, nunca, nunca. (*Vase.*)

ESCENA VII.

EL CID.

Dios que tu fe me arrebata,
Quiera cumplir tus anhelos,
Aunque esos injustos zelos
Me quiten la vida, ingrata.
¡Este corazon que da
Latidos de que me aterro,
Este dicen que es de hierro,
Que es insensible! ¡ojalá!
Insensible, me prestaba
El inmenso beneficio
De librarme de un suplicio
Cuya existencia ignoraba.
De angustia y rabia se me arde
La frente, el alma: ¡oh! no siente
Martirio igual un valiente
Cuando le rinde un cobarde.
¡Daba yo fin tan diverso
A mi amor! Se ata mi lengua.
Paredes que veis mi mengua,
Calládsela al universo.
No se sepa que fingí
Valor ante una beldad,
Y luego en la soledad...
Mis ojos... ¿Quién anda ahí?

ESCENA VIII.

LA REINA, EL CID.

Reina. Rodrigo, ¡cuánto me alegro
De hallaros aquí y á solas!
Rodrigo, ved que Jimena...
Cid. ¿Es ya de Gonzalo esposa?
Reina. No la condeneis á serlo.

La infeliz se aflige, llora...
El Rey no cede: cedamos
Nosotros.
Cid. ¡Qué eso proponga
La viuda del Rey!
Reina. Mi ejemplo
Serviros puede de norma.
Yo antes la jura exigí;
Yo de ella desisto ahora:
No se ofenderá por eso
De Sancho la augusta sombra.
Él desde la tumba admira
Vuestra integridad heróica;
Mas no quiere que el caudillo
De sus huestes vencedoras
La dicha de un puro amor
Sacrifique á su memoria.
Ni lo habrá de consentir
Su viuda: es mas generosa.
La víctima que reclama
Sancho, no sois vos, es otra,
Es su asesino. Alvar Fañez
Me da una nueva que importa
Averiguar.
Cid. ¿Cuál es?
Reina. Dice
Que entre las varias personas
Que acaban de entrar en Burgos
Con mi cuñada...
Cid. ¿Cuál?
Reina. Doña
Urraca...
Cid. Y bien...
Reina. Pues, entre ellas,
Dicen que, oculto con ropas
De disfraz, viene Vellido.
Cid. ¡Vellido!
Reina. Turbas ansiosas
De su muerte le buscaban:
Gonzalo á su cargo toma
Tambien su persecucion.
Cid. ¡Gonzalo! Muy oficiosa
Es tal diligencia en él.
Reina. Jueces he mandado y rondas
Que se anticipen y al reo
Ante mi justicia pongan.
Ya veis que puede quizá
Declararnos tales cosas,
Que resulte innecesaria
La dispuesta ceremonia.
Cid. ¡Oh, sí! y entonces...
Reina. Sereis
Dueño de la que os adora.
Cid. Y á vos deberé mi dicha.
Reina. Y en ella como en la propia
Gozaré, y acabarán
Las sospechas injuriosas
De alguno, que espero al fin
Que por quien soy me conozca.
Cid. ¡Gonzalo! (*Viéndole salir.*)

ESCENA IX.

GONZALO, Dichos.

Reina. ¿Y Vellido?
Gonz. Ya
Pagó su accion alevosa.
Reina. ¿Quién le halló? ¿quién le mató?
Gonz. Mi brazo os vengó, señora.
Reina. ¿Cómo en lugar de prenderle....?
Gonz. Dos burgaleses de nota
Yacian delante de él
Cuando le hallé: fué mas pronta
Mi espada de lo que quise.
Cid. Y al espirar ¿dijo...?
Gonz. Pocas
Palabras.
Reina. ¿Quiénes estaban
Allí, que de ellas depongan?
Gonz. Dos heridos batallando
Con las últimas congojas:
Vivo y sano solo yo.
Reina. Vos revelareis.....
Gonz. Si otorga
Permiso mi Rey, al punto.
Reina. Vamos por él.
Gonz. En buen hora.
(*Ap. al Cid.*) Despues tenemos que hablar.
Cid. Sí, sin que nadie nos oiga.
(*Aparte á Gonzalo.*)
(*Vanse la Reina y el Cid.*)

ESCENA X.

GONZALO, y luego ALVAR FAÑEZ.

Gonz. Casar con Elvira fuera
Ganar en caudal y en honra;
Pero ¡ceder una dama....!
Sin combate no lo logra
Un rival de mí. (*Sale Alvar.*)
Alv. Gonzalo.
Gonz. Alvar Fañez..... (*Ap.* ¡Enfadosa
Visita!)
Alv. Sabed que vengo
Del cuarto de vuestra novia.
Gonz. ¿De la Infanta?
Alv. De Jimena.
Esa pregunta denota
Gran atraso de noticias
En órden á vuestra boda.
Mientras vos habeis corrido
Tras el Judas de Zamora,
Ha mudado de dictámen
El Rey.

Gonz. Mudanza dichosa
Para mi honor.
Alv. Todavía
No hay que cantar la victoria.
Estoy yo aquí.
Gonz. En esto vos
¿Qué sois?
Alv. Soy..... un rival.
Gonz. ¡Hola!
Alv. Sí, y un rival que creyendo
Apariencias engañosas,
Preferido se juzgó.
Gonz. Presuncion teneis de sobra.
Alv. ¡Y ahora me dice Jimena
Que ama á mi primo! De cólera
Estallo.
Gonz. ¿Contra Rodrigo?
Alv. Como no puedo en su contra
Respirar; como mi vida
Es suya, pues vivo á costa
De su sangre, que por mí
Tiñó abundante su cota;
De otro blanco necesito
Para mi pasion zelosa.
Vos sois el que de Jimena
La felicidad estorba:
Yo renuncio á su cariño,
Porque no hay hombre en Europa
Digno de mirar la dama
Que el Cid para suya escoja:
Con que así, Gonzalo, ved
Si á Jimena sin demora
Olvidais, ó yo me encargo
De enviaros á la gloria.
Gonz. ¿Vos os atreveis conmigo?
Alv. Dejémonos de bambolla.
Basta ser sangre del Cid
Para que á vos me anteponga.
Gonz. Al Cid le honro yo si mido
Mi espada con su Tizona.
Alv. Probadlo en mí.
Gonz. Audaz mancebo,
Combatid hora por hora
Diez años hasta igualar
Los triunfos que me coronan,
Y venid luego á que os mate
Quien hoy por loco os perdona.
Alv. Como deis un paso mas
Para esa union.....
Gonz. Ya es forzosa.
Vos mi teson empeñais.
Alv. Pues fácil es que se exponga
A morir como villano
Quien huye una lid honrosa.
Gonz. ¿Con que amenazais mi vida?
Yo haré que el riesgo que corra
Me traiga cuenta.
Alv. (*Mirando al fondo.*) Si el Rey
No viniese..... Pero en otra
Parte nos veremos. (*Vase.*)
Gonz. Esto
Me decide. Quien se arroja,
Sale bien: si rindo al Cid
Y evito la jura odiosa,
Mi privanza afirmo, y nadie
Me hace ya en Castilla sombra.

ESCENA XI.

EL REY, LA REINA, EL CID, CABALLEROS CASTELLANOS, CABALLEROS LEONESES, GONZALO.

Rey. De vuestra proposicion
(*A los castellanos.*)
Me enteré: haré mi consulta,
Y se os dirá la resulta.
Gonz. ¿Qué es ello?
Rey. Esa pretension.....
Gonz. ¿De la jura?
Cid. Sí.
Reina. Quizá
Con lo que Gonzalo oyó
Se excuse.
Rey. Dilo.
Reina. Si no.....
Cid. Si no, se hará.
Gonz. No se hará.
¿Quién pide la jura? — ¿Cómo?
(*Hay un momento de silencio, durante el cual el Cid aguarda á que hablen los castellanos.*)
¿Ninguno me ha respondido?
Cid. ¿No sabeis que yo la pido?
¿No sabeis que yo la tomo?
Gonz. ¿Solo vos? ¿Y no sabeis
Que sobre lo irreverente
De que á un Rey se juramente,
Vos, Rodrigo, no podeis?
Cid. ¿Juzgais que la calidad
Del juramento me empacha?
Gonz. Es que teneis una tacha
Horrenda.
Cid. ¡Yo! ¿Cuál?
Gonz. Temblad.
Cid. Mandadle que hable, señor.
Gonz. Vellido dijo al morir
Que mató al Rey por servir.....
Todos. ¿A quién?
Gonz. Al Cid Campeador.
Todos. ¡Al Cid!
Cid. ¡A mí!
Gonz. A vos.
Cid. ¡Malvado!
Por la honra de mis abuelos,
Por el Dios que está en los cielos,

Que es mentira que has forjado
Tú, solapado malsin,
Baldon de mis enemigos.
Rey. ¿Hay testigos?
Cid. No hay testigos:
No hay mas que su dicho ruin.
Gonz. Sostengo lo que afirmé.
Cid. Cuanto digas te desmiento.
Gonz. El duelo exijo.
Cid. Al momento,
Al momento; pero ¡qué!
¿Merece ese descreido
Que á lidiar con él me baje?
Ni él, ni todo su linaje,
Ni aun el reino en que ha nacido.
Reina. ¡Rodrigo!
Rey. ¡Rui Diaz!
Gonz. Ved
Que á un reino habeis insultado.
Cid. Pues si el reino se ha picado,
La palabra recoged.
Leoneses. Que satisfaga.
Cid. Salid,
Seguidme.
Reina. No lo permito.
Rey. Desdecíos.
Cid. Lo repito:
No se vuelve atrás el Cid.
Gonz. Mirad que no reconoce
(*A la Reina.*)
Su yerro, que nada escucha.
Cid. Sangre necesito..... y mucha.
No es nada la de esos doce.
Gonz. Con los doce que hay aquí,
Lidiará quien los desdora.
Cid. Con quince lidié en Zamora, (11)
Y á los quince los vencí.
Rey y Reina. Paz, paz.
Cid y Leon. No.
Reina. ¡Qué desven-
Cid. Por mí no tengais recelo. [tura!
(*A la Reina.*)
Mañana á las nueve el duelo, (*A Gonz.*)
Mañana á las diez la jura. (*Al Rey.*)

ACTO TERCERO.

Entrada á la iglesia de Santa Gadea. El tablado representa el ámbito de una lonja que corre delante de la iglesia. Este espacio está cerrado con verjas en el fondo: desde las verjas adentro se quebranta el plano, suponiéndose que de él se baja á otro plano inferior (que es el piso de la calle) por una elevada gradería. A la derecha del espectador la puerta del templo, y cerca de ella un altar con una cruz y un misal. A la izquierda en primer término un dosel, cerrado con cortinas de arriba abajo: mas allá se supone que hay una puerta en el muro de un edificio correspondiente ó contiguo á la iglesia, el cual llega hasta la verja, y tiene un caprichoso balcon en el mismo ángulo. Bancos y sillas á un lado y otro de la escena.

ESCENA PRIMERA.

ALVAR FAÑEZ, ILLAN, DOS CENTINELAS FUERA DE LA VERJA.

Alv. La hora del duelo se acerca,
(*Saliendo de la iglesia.*)
Todo prevenido está;
Y Rodrigo no parece
Ni en casa ni en la ciudad.
¡Salir de Burgos anoche
Sin decir adónde va,
Y no volver! ¡Vive Dios,
Que no sé qué imaginar!
Veamos si este escudero
Me puede instruir..... Illan.
Illan. Señor.
Alv. ¿Vino por aquí
Mi primo?
Illan. ¿Mi amo? Sí tal.
A la madrugada.
Alv. ¡Gracias
A Dios! Gran nueva me das.
Illan. Nadando estaba en sudor:
Se acababa de apear,
Segun me dijo: miró
Con mucha prolijidad
Todos los preparativos
Para la funcion Real:
Debajo del dosel puso
La silla: sobre el altar
Por su mano colocó
En el atril el misal:
Me mandó que una ballesta
Sacara: fuíla á buscar,
Y cuando volví no estaba,
Ni aquí ha parecido mas.
Como vino tan cansado,
Iríase á descansar.
Alv. ¿Y adónde?
Illan. Si no que fuese
Al cuarto de un capellan.....
Alv. Pero teniendo su casa
Ahora en la vecindad,
De modo que, aún sin ser visto,
Desde allí puede pasar
Por la iglesia aquí, seria
Raro..... Me voy á informar

Por sí ó por no. (*Vase.*)
Voces dentro. ¡Viva el Rey
Don Alfonso!
Illan. ¿A qué será
Ese gritería?

ESCENA II.

EL REY, GONZALO; ILLAN, QUE POCO DESPUES SE RETIRA.

Rey. Para
Que no suban, arrojad
Dinero á esa buena gente.
Gonz. Ya os empiezan á aclamar:
No dudeis que esta salida
En público os convendrá.
Rey. Buen templo es Santa Gadea.
Gonz. Y por eso es el lugar
Elegido para un acto.....
Que no se celebrará.
Este es el cerrojo en que usan
Los burgaleses jurar.
Rey. Todo ya se halla dispuesto.
Gonz. Es el Cid muy eficaz.
Tambien todo está corriente
Para el duelo.
Rey. Confesad,
Confesadme si las voces
Que á Vellido le achacais,
No son las mismas que dijo
En el punto de espirar.
Gonz. Os ruego, por el decoro
De la regia majestad,
Que suspendais por ahora
En esa demanda instar.
Rey. Es que si verdad no fuese.....
Gonz. Ya la cuestion principal
No es la inocencia del Cid
O su culpabilidad;
Es un agravio cruel
Al orgullo nacional,
Agravio de que es forzoso
Vengarle, y se vengará,
Logrando vos de camino
Lo que tanto deseais.
En todo vasallo vuestro
Era un deber atajar
Los desafueros del Cid:
Guerreros de temple tal
En tiranos de los Reyes
Viénense al fin á trocar.
Ya habeis visto si producen
Efecto perjudicial
Semejantes osadías
Quedando sin castigar.
Ya vísteis en vuestra casa
Erguirse una niña audaz,
Resistiendo abiertamente
A la triple autoridad
De monarca y de tutor
Y cabeza familiar.
Rey. Afirmo por el recuerdo
De nuestra cautividad
Que esa inobediencia es cosa
Que no puedo tolerar.
Jimena, la que antes era
La dulzura angelical
Propia, la timidez misma,
La misma docilidad,
¡Negarse á daros la mano
Tan resuelta y contumaz!
Por Dios que antes de dos horas
Ha de vencer y agobiar
Esa cerviz altanera
La toca humilde claustral.
Gonz. Debiera cual caballero
Yo de esa pena apelar;
Mas como recto ministro,
Como ofendido galan,
Por mas que me aflija, no
La puedo desaprobar.
Aunque ella ya se arrepienta
De su necia terquedad,
Fuera yo, siendo su esposo,
Burla del vulgo procaz.
Robusteced en Castilla
Vuestra débil potestad:
Yo á la obra cimientos echo:
Vos la debeis acabar.
Si en ese combate, contra
Toda probabilidad,
Pudiéramos ser vencidos
Nosotros, ¡ay de vos! ¡ay
De la paz de vuestro reino,
Si á Rodrigo no domais!
Rey. ¡Oh! si él despues.....
Gonz. Ahora mismo,
Fuera de Burgos ¿qué hará?
Esa nocturna salida,
Ese excesivo tardar
Cuando la hora de la lid
Al momento rayará,
¿Qué significan? Acaso
Contra vos trata de armar
De los pueblos convecinos
La ruda credulidad.
Ese dosel y la silla
Que oculta ese tafetan,
Silla que, á vos destinada,
Burgos la mandó labrar
En Valencia al mas famoso
Artífice musulman,
Os deben con muda voz
Vuestro deber acordar.
Si quereis poner el trono

A cubierto de desman,
Amarrad firme á sus gradas
Al caudillo popular.
Señor, quien se sienta aquí...
(*Alza una de las cortinas que cierran el dosel, y se ve al Cid durmiendo, recostado sobre la silla del trono, caida.*)
¡Cielos!
Rey. ¿No es él?
Gonz. (*Aparte.* ¡Pese á tal!)
Rodrigo es: yace dormido.
Rey. Mientras vos imaginais
Que conspira, ¡está sirviendo
A mi dosel de guardian!
Gonz. Descuidado guardian hace.
Rey. ¡Dormir con tranquilidad
Cuando un combate le espera!
Poco la lid temerá,
Poco su suerte le importa.
Gonz. Poco le debe importar,
(*Reparando ahora en que la silla está caida.*)
Cuando le está un Rey mirando
Con tan rara ceguedad,
Que no advierte su actitud,
Embebecido en la faz.
Rey Alfonso, ella os fascina,
Rey Alfonso, reparad
Que sobre un trono volcado
Rodrigo durmiendo está.
Rey. ¡Y es cierto!
Gonz. Y esa es la silla
Que vos hoy vais á ocupar.
Rey. ¡Por él derribada en sueños!
¿Es profética señal
Que me avisa de un peligro
De que me debo guardar,
O es un acaso...?
Gonz. En Toledo
Por un suceso casual
Como este, os vaticinaron
Que habian de coronar
Tres diademas vuestra frente.
No fué el presagio falaz.
Cumplióse el próspero anuncio:
Prevengamos el fatal.
Rey. ¡Volcado por él mi trono!
Gonz. Señor, es fuerza velar
Por él y por vos.
Rey. Sí, sí.
Gonz. La Reina.

ESCENA III.

LA REINA, SALIENDO POR LA IZQUIERDA; DICHOS.

Reina. Alfonso, piedad
Os pido para Jimena.
¿Cómo quereis principiar
Vuestro reinado en Castilla
Con esa severidad
Contra una dama, una deuda...?
Rey. Hoy hasta las diez podrá,
Por despedida del mundo,
Usar de su libertad
Completamente mi prima;
Pero al tiempo de prestar
Castilla obediencia á Alfonso,
Jimena pronunciará
Sus votos al cielo: yo
Os prometo respetar
El último acto de vuestra
Dominacion temporal:
Respetad vos el primero
De la mia, y perdonad.
(*Vase, y Gonzalo con él.*)

ESCENA IV.

JIMENA Y NUÑA, POR LA IZQUIERDA; LA REINA.

Reina. Nada he conseguido, nada,
Jimena.
Jim. Era de esperar:
Era inútil: son los hombres
Duros como el pedernal.
No, no, me responden todos:
No saben mas que negar.
Gonzalo mismo, que dice
Que me tiene voluntad,
Que tiene zelos, Gonzalo
Hace poco fué capaz
De ofender con otro no
Mi mujeril vanidad.
Dilo tú, que de sonrojo (*A Nuña.*)
Yo no lo podré contar.
Nuña. Por evitar ese duelo...
Jim. Ese duelo criminal...
Reina. Horrible: peligra en él...
Jim. La vida del capitan
Mas ilustre de Castilla.
Reina. De España.
Nuña. Pues por salvar
Esa vida, hizo Jimena
La noble infidelidad
De ofrecer hoy á Gonzalo
Su pretension aceptar.
Jim. Sí, y él rechazó mi diestra.

Él quiere sangre no mas;
No quiere amor.
Reina. ¿Y qué amor
Le puede Jimena dar?
Jim. Sí, razon teneis: ¿yo amarle?
Imposible: odio mortal
Es el afecto que yo
Le pudiera consagrar.
Odio, porque hay odio siempre
Donde hay infelicidad.—
¡Tantos años de ilusiones
En qué vienen á parar!
No hay mujer mas infeliz,
Ni la hubo nunca ni habrá.
Reina. ¿Tanta experiencia de penas
Cabe en tu florida edad,
Que presumes que ningunas
Las tuyas igualarán?
Amante amada te tienes
Del mundo que separar;
Pero tú del monasterio
En la fria soledad
Podrás decirte: «Rodrigo
Me amó y siempre me amará.»
Compara tu suerte ahora
Con la de... (Nuña, apartad.)
(*Vase Nuña.*)
Con la suerte de una triste
Cuya historia escucharás,
Porque hoy desgraciadamente
Se te puede confiar.
A una gótica abadía
Del vasto imperio aleman
Fatigada una viajera
Para Mayo llegará,
Corona de oro en la frente,
Al cuello púrpura Real,
Palidez en el semblante,
Y en el pecho hondo pesar.
A la puerta la corona
Y el manto se quedarán;
Seguiránla los pesares
Dentro del sagrado umbral.
Y sola en la pobre celda
Que nunca ha de abandonar,
Clamará tal vez, regando
Con lágrimas el sayal:
«Yo amé sin culpa, y mi amor
Blanco de perpetuo azar,
Tuyo contra sí el desden
Y el temido ¿qué dirán?
Mas digna acaso que yo,
Poseia una rival
El corazon que en secreto
Yo anhelaba conquistar.
Preciso fué el encubrirme
Con mentiroso antifaz,
Dando á la ardiente pasion
Apariencias de amistad.
Cada estudiado discurso,
Cada medido ademan,
Cada vez que indiferente
Dí al Cid mi mano á besar,
(*Jimena, abatida y confusa, clava los ojos en el suelo.*)
Fué un esfuerzo, un sacrificio
Al decoro mundanal,
Al orgullo de la sangre
Mia, á la virtud quizá;
No sé á qué ni á quién; sé solo
Que aquello era agonizar,
Teniendo que sonreir
Ante el autor de mi mal.»
¡Jimena, Jimena! ¿es esto
Sufrir? ¿es esto penar?
Estas dos mujeres frente
A frente las dos están.
Yo amé tambien á Rodrigo,
Y él no lo supo jamás. (*Vase.*)

ESCENA V.

JIMENA, Y LUEGO EL CID.

Jim. ¡Le ama y él aun no lo sabe!
Grande será su dolor;
Pero aun mi pena es mas grave,
Que en otra mujer no cabe
Amor igual á mi amor.
Sin paga contínua y cierta
Menos la pasion se inflama.
¡Rodrigo! no te ama Alberta
Como yo.
Cid. ¿Quién me despierta?
(*Dentro del pabellon.*)
Jim. ¿Qué voz oigo?
Cid. (*Saliendo.*) ¿Quién me llama?
Jim. ¡Tú aquí!
Cid. Me quedé dormido.....
¡Ah! ¡qué sueño me has robado!—
Pero ese nupcial vestido.....
Jim. Te anuncia, Rodrigo amado,
Que del mundo me despido.
Cid. ¡Del mundo! ¡Y yo te veia
En sueños (¡dulce ilusion!)
Al lado de un campeon
Que tierno tu mano asia!
Jim. Los sueños ¡ay! sueño son.
Mas dile, y al paso cuenta
Por qué anoche te ausentaste
De Burgos.
Cid. Tú me obligaste,
Tú que de mí te apartaste
Respirando ira violenta.
Yo acosado sin cesar

De un pensamiento importuno,
Quise en la ermita mirar
Si estaban en su lugar
Los dos corazones..... ó uno.
Jim. Mi zeloso desacuerdo
Pasó, trayéndome en pos
La promesa.....
Cid. ¡Qué recuerdo!
Jim. « O de Rodrigo ó de Dios: »
De él seré, ya que te pierdo.
Cid. ¡Ah mujer de pecho hidalgo!
¡Ah fiel amante sin par!
¿Qué soy para tí? ¿qué valgo?
Jim. Di el sueño: soñemos algo:
Tardemos en despertar.
Cid. Cabalgaba aprisa, y lleno
De triste inquietud el seno:
Flotaba el manto al desgaire:
Bramaba furioso el aire,
Retumbaba hórrido el trueno.
« Vence á ese viento veloz »,
Gritábale yo á Babieca,
Su ijar batiendo feroz.
En esto doliente y hueca
Lejana se oyó una voz. —
« De vuelta la escucharé:
Corra ahora el caballo, corra. —
¿No hay quien por Dios me socorra,
Por la Vírgen? » — Se me fué
Por sí la mano á la gorra.
Hácia el eco lastimoso
Dirijo al noble animal:
Un relámpago horroroso
Me alumbra, y miro un leproso
Hundido en un tremedal. —
« Da la mano. — No está sana:
No la toqueis (replicó)
Sin guante. — Advertencia vana:
Quizá moriré mañana.
Ten y sal. Sube. » Subió. —
« ¿Dónde habitas? — Lejos. — Guia;
Que no por eso desmayo. »
Aquí me miró al soslayo,
Y dijo: « Haces bien. » — Corria
Mi caballo como el rayo,
Y un valle de sepulturas
Hollaba su planta leve.
Entonces las vestiduras
De aquel hombre, antes oscuras
Y hediondas, ya de la nieve
Afrentaban el albor:
Sus llagas y cicatrices
Lanzaban vivo fulgor.
Jim. ¿Es sueño lo que me dices?
Cid. Es verdad, es un favor
Que el cielo me otorga, acaso
Para que en la lid sucumba
Sin sentir hoy el fracaso.
Jim. ¡Oh!
Cid. « Mira, (gritaba al paso
Mi guia) mira esa tumba.
Alta fué; mas ya cayó,
Pues á un guerrero erigida
De alma aleve y fementida,
Del libro se le borró
De la fama y de la vida.
A un soberbio al otro lado
Esconde la espesa grama:
Por su orgullo ese soldado
Yace siglos há borrado
Del libro de vida y fama.
Con esa severidad
Dios en el varon que lidia
Persigue la vanidad,
Postra la inhumanidad
Y escarmienta la perfidia.
Huya el escollo Rodrigo
Que glorias mil sumergió;
Si no, perderá en castigo
Fama aquí, vida conmigo. »
Dijo y desapareció.
Jim. ¡Qué espanto!
Cid. Y halléme al pié
De esta iglesia; á ella acudí:
Oré, me repuse, hablé:
Bajo el dosel pretendí
Velar; dormíme y soñé;
Y el benigno protector
Que desde el empíreo cielo
Vino á enfrenar mi valor,
Me dió un sueño de consuelo
Tras la vision de terror.
Jim. ¡Ah! Di, di.
Cid. Sobre la arena
De un mar, de naves cuajado,
Vi una ciudad sarracena,
Tinta en sangre cada almena,
Cada muro aportillado.
Sin hierro en el talabarte,
Morisca tropa bajaba
Con pena de un baluarte
Donde la cruz tremolaba...
¡Y era verde el estandarte!
Jim. Es el tuyo.
Cid. Con decoro
Disimulando el rubor,
Sumiso un alcaide moro
Ponia unas llaves de oro
A los piés del vencedor.
Jim. ¿Quién era?
Cid. Le descubrí
Solo de espaldas á mí;
Pero tú, bella y ufana
Cual triunfante soberana,
Tú, Jimena, ibas allí.
Jim. ¡Yo!

Cid. Y á dos niñas tomaste
De la mano y las llevaste
Al héroe: fuése á volver...—
Y en esto me despertaste,
Y á tí sola hube de ver.
Jim. ¡Santo Dios! ¡qué confusion!
Tremenda la aparicion...
Lo soñado tan risueño...
¿Será profético el sueño,
Y amenaza la vision?
(*Descubriendo el pabellon y mirando el trono.*)
Cid. Es de Valencia la silla
Que volcó mi inadvertencia:
¿Predecirá esa ocurrencia
Que ante el pendon de Castilla
Caerá el trono de Valencia?
(*Oyense voces muy á lo lejos.*)
Jim. ¡Ay! ¡cómo su engaño traza
Nuestra fantasía loca!
Ruido suena allá en la plaza:
Corre á vestir la coraza,
Yo iré á probarme la toca.
Cid. Sí: tal es la realidad,
Lo demás es desvarío.
Basta de debilidad:
Jimena, demos con brio
La frente á la adversidad.
Confieso á fe de cristiano
Que anduve ayer en el reto
Procaz, iracundo y vano;
En reparacion prometo
Ser hoy en la lid humano.
Solo á defenderme aspiro:
Contra nadie llevo encono:
Al mismo Gonzalo miro
De suerte, que le retiro
Mi cólera y le perdono.
Y á fe á fe que entre él y yo,
Con todo mi frenesí,
Diferencia se advirtió:
Él cuando acusó, mintió;
Si yo insulté, no mentí;
Que aunque el provincial puntillo
Sufra un tanto de vergüenza,
El hecho es claro y sencillo:
¿Qué culpa tiene un caudillo
De que no haya quien le venza?—
Tal vez todo mi esplendor
Se eclipse hoy: trance harto fiero
Seria; pero si muero,
Del mal el menos.
Jim. ¡Qué horror!
No: postra al calumniador,
Por cuyo labio nocivo
La envidia ponzoña vierte:
No salga del coso vivo,
No: mira que te apercibo
Que desde allí voy á verte.
(*Señalando al balcon.*)
Cid. ¡Tú!
Jim. Mucho la plaza dista;
Mas basta ver la cimera
De tu almete: considera
Que lidias hoy á mi vista
Por vez primera y postrera.
Si vence el opuesto bando,
¿No he de ir al altar llorando
De que al Cid rinda un aleve?
Pero ¡ah! si triunfa quien debe
Triunfar, porque yo lo mando,
En tí fija la memoria,
Pisaré el sacro dintel
Con sonrisa de victoria,
Revestida de tu gloria
Y ornada con tu laurel.
Cid. Basta, que será mi diestra
Despiadada si me exalto.
Jim. Antes de ir á la palestra,
Recibe y guarda esa muestra
Del cariño á que te falto
(*Le da el corazon de metal.*)
Cid. ¡Ah! mi ex-voto penderá
Siempre allí donde reposa.
Jim. ¿Siempre?
Cid. Sí, ninguna ya,
Siendo tú de Dios esposa,
De Rodrigo lo será.
Jim. No lo sepa yo si no.
Cid. Antes un rayo me hienda.
Jim. A Dios. ¡Esto se acabó!
Cid. A Dios, dulcísima prenda.
Jim. No me olvides nunca.
Cid. No. (*Vase.*)

ESCENA VI.

NUÑA, JIMENA.

Jim. ¡Dios potente de Israel,
Cuyos rigores bendigo,
Saca del trance cruel,
Sácame salvo á Rodrigo,
Y doy mi vida por él!
Nuña. Señora, el Rey.
Jim. ¿El Rey vuelve?
Pues ya que tengo licencia,
Veamos á su presencia
Cómo la suerte resuelve
De Rodrigo la sentencia. (*Vanse.*)

ESCENA VII.

EL REY, LA REINA, CABALLEROS LEONESES, CABALLEROS CASTELLANOS, DAMAS.

Reina. No os falta acompañamiento.
Rey. Me embargan uno, busco otro.
Doce caballeros traje:
Los doce están en el coso:
He tenido que avisar
Que vengan mas.
Reina. Vienen todos:
Vuestro ejército va entrando
En Burgos.
Rey. Es un antojo
De mi hermana doña Urraca.
Como se armó ese alboroto
Ayer, y los que quisieron
Matar á Vellido Dolfos
Atropellaron la estancia
De ella y hasta su oratorio,
Está ofendida: ¿qué importa
Esa entrada un rato corto
Antes ó despues?
Reina. ¡Oh! ved
Que me usurpais ese poco
Tiempo de gobernacion:
Os creí mas generoso;
Y de ese adelanto de hora
Me he de vengar de algun modo.
Rey. Yo no me resentiré:
Palabra os doy.
Reina. Me conformo.
Rey. ¿Y vos con vuestra presencia
No honrais el duelo tampoco?
Reina. No: me horrorizan los duelos.
Rey. Son al Estado costosos
Por lo comun, y á no ser
Mal sonante y peligroso
Evitar este, lo hiciera
Por mi parte: me propongo
Esperar su éxito aquí,
A prestar mi jura pronto.....
Si hay quien me la tome.
Reina. Burgos
Con el mas vivo alborozo
Os aclamará, entre tanto
Que si no poneis estorbo,
Yo partiré.
Rey. ¿Al punto?
Reina. Al punto.
Rey. ¿Con enojo?
Reina. Sin enojo.
Rey. Ruido suena.
Reina. Habrá empezado
El duelo.

ESCENA VIII.

JIMENA É ILLAN AL BALCON, DICHOS.

Jim. Clarines oigo:
Salgamos.
Rey. Jimena ocupa
El mirador: por su rostro
Sabremos lo que sucede.[1] [mis votos.
Reina. (*Aparte.*) ¡Dios mio! escuchad
Jim. Ya se ven.
Illan. Mi amo es aquel.
Jim. ¿Es aquel?
Illan. Sí, reconozco
Sus ricas armas, su banda
Verde, su caballo tordo.
Mirad, ya toman carrera.
Jim. ¡Protégele, Dios piadoso!
Illan. No tengais miedo, señora:
Contrarios mas poderosos
Está enseñado á vencer
Que esos vasallos de Alfonso.
Ya llegan, ya chocan.
Jim. ¡Ay!
Tengo que cerrar los ojos.
Illan. Mirad su contrario en tierra.
Jim. ¡Ay Jesus!
(*Como quien respira despues de pasado un peligro.*)
Illan. Cayó redondo.
Ya va uno: viva el Cid! (*Gritando.*)
¡Viva mi señor!
Reina. (*Ap.*) ¡Oh gozo! [triunfa.
Castellanos. (*En voz baja.*) Castilla
Rey. Señora,
Con auspicios venturosos
Principia el Cid.
Reina. El principio
No es nada.
Rey. (*Ap.*) Estoy en un potro.
Illan. Ya vereis qué paso llevan.
Pues aquel..... No me equivoco,
Gonzalo es aquel.
Jim. ¿Gonzalo?
Sí, sí: me lo dice el odio
Con que le miro. ¡Maldiga
Dios tu brazo, hombre azaroso
Para mí, causa primera
De mis males! En el polvo
Hundido te quiero ver:
Aliento para ello cobro;
Que no hay justicia en el cielo,
Si quedas tú victorioso.
Aprisa, Rodrigo: mas,

[1] Se supone que desde el plano de la lonja no se ve á los combatientes; pero sí desde el balcon, como punto mucho mas alto.

Mas: acaba con el mónstruo.
Firme ahora: hiere, véngame,
Venga tu nombre glorioso.
¡Infeliz de mí! (*Dando un grito.*)
Todos. ¿Qué ha sido?
Jim. Voy á morir de bochorno.
(*Quítase del balcon.*)
Reina. ¿Ha sido vencido el Cid?
Illan. Gonzalo ha triunfado.
Leoneses. (*Bajo entre sí.*) Somos
Vengados los de Leon.
Illan. ¡Ay Dios! le sacan en hombros.
Todos. ¡En hombros!
Illan. Inmóvil va:
La gente se agolpa en torno:
¿Si habrá muerto?
Todos. ¿Muerto?
Reina. (*Aparte.*) ¡Cielos,
Valedle!
Illan. A su lado corro.
(*Quítase del balcon.*)
Rey. Id vos. (*A un leonés.*)
Reina. Sabed lo que pasa.
(*A un burgalés.*)
Rey. Tratadle como á mí propio.
(*Vanse los dos caballeros.*)
Reina. Castellanos, la postrera
Vez vuestra obediencia invoco.
Cast. Mandadnos.
Reina. Vencido el Cid,
Consultar era forzoso
Quién ha de tomar la jura:
Yo á tal consulta me opongo.
Desistid de ella tambien.
Cast. Desistimos.
Reina. A ese solio
Ascienda y empuñe el cetro
El hermano de mi esposo.
Darán señal las campanas
En toque alegre y sonoro
De que acaba mi reinado
Y que principia el de Alfonso.
(*Hace que se va.*)
Rey. Honor á la Reina Alberta.
(*Acompáñanla todos.*)

ESCENA IX.

NUÑA, Dichos.

Reina. ¿Y Jimena?
Nuña. Ahogada en lloro
Va al monasterio y os pide
Vuestra bendicion.
Reina. La otorgo
Y en mis brazos se la llevo.
Mas ¿quién sube?

ESCENA X.

ALVAR FAÑEZ, sostenido por dos Caballeros; Dichos.

Alv. Poco á poco,
Señores, que el batacazo
Ha sido de tomo y lomo. (*Le sientan.*)
Reina. ¡Vos con la banda del Cid!
Alv. Y con sus armas y todo.
He combatido por él.
Todos. ¿Por él?
Alv. Si el muy perezoso
Llega ahora.
Reina. (*Con entusiasmo.*) ¡Nuña, sígueme! (*Vase.*)
Alv. Tardaba: yo andaba loco
Buscándole, murmuraban
El Gonzalo y sus consocios:
Al tal Gonzalo le tengo
Un afecto rencoroso
Regular: con que por ver
Si daba un golpe á ese mozo,
Cogí el caballo y arneses
Del primo, y voy y me emboco
En la liza, bien echada
La visera sobre el rostro.
Al verme, se armó un estrépito
De aplausos escandaloso:
Todos gritaban: «Ya está:
Que se empiece: pronto, pronto.»
Los caballos con la bulla
Se espantan y dan corcovos;
Yo haciéndome el distraido,
Bufando y mirando fosco,
A jueces y contrincantes
Los distraigo y atolondro:
El ceremonial se olvida;
Frente á un leonés me coloco,
Él me hace cara, y partimos
A toda advertencia sordos.
En aquella suerte el Cid
Contrahecho quedó airoso;
A la segunda rodé
Sin mas sentido que un tronco.
Gonzalo es hombre de puños,
Lo confieso sin rebozo.
Rey. Habeis expuesto el honor
Del Cid.
Alv. Pero ¡qué furioso
Que vino! A mí me llamó
Simple, á sus contrarios topos,
A los jueces ignorantes
De su obligacion y flojos.
Reclamó combate nuevo,
Se le otorgaron atónitos,
Y vuelta á principiar: esto
Sí, me tiene pesaroso

De mi enredo, porque ahora
Va á hacer mi primo un destrozo
En esa familia; cada
Bote costará un responso.

ESCENA X.

ILLAN, Dichos.

Illan. ¡Castilla! ¡Castilla! el campo
Ha quedado por nosotros.
Seis leoneses han volado
De la silla como copos
De lana.
Alv. Como yo. ¡Ese
Es el Cid, voto al demonio!
Illan. Gonzalo el séptimo fué.
Alv. ¿Rodó tambien ese prójimo?
Illan. Cayó...
Alv. ¿Sí? pues me levanto.
Illan. Pero cayó como un plomo:
Y juzgo que á la hora de esta...
Per Christum Dominum nostrum.
Rey. ¿Murió Gonzalo?
Illan. Parece
Que las entrañas se ha roto.
Allí en el suelo ha rogado
Que no prosiga el negocio,
Pues lo que dijo del Cid
Era falso testimonio.
Rey. ¿Falso? Dios es justo: sea
Con él misericordioso.
Voces dentro. (*A un lado.*) ¡Viva el Cid!
¡Viva Castilla!
Dentro. (*A otro lado.*) ¡Viva Leon!
Alv. ¿Qué alboroto
Es este?
Rey. Ya están mis tropas
Aquí.
Dentro. ¡Viva don Alfonso!
¡Muera el que pida la jura!
Cid. (*Dentro.*) Silencio: dejadme solo.

ESCENA XI.

El CID, Castellanos; Soldados leoneses, asturianos y gallegos; un Escudero, con el pendon del Cid; Pueblo, Dichos.

Cid. Rey Alfonso, acallad la gritería
De esa feroz y desbandada hueste,
Primero que de alguna tropelía
Cólera brote que venganza cueste.
Gonzalo pereció, y en su agonía,
Temblando de la cólera celeste,
A mí en público.....
Rey. Bien: os satisfizo.
Lo sé.
Cid. Pero hubo mas.
Rey. ¿Y qué mas hizo?
Cid. Con viva muestra de dolor profundo
La confesion me declaró en secreto
Que le arrancó á Vellido moribundo.
Rey. Ya me teneis por escucharla inquieto.
¿Qué dijo en fin el regicida inmundo?
Cid. Dijo que de Zamora en el aprieto
(*Aparte al Rey.*)
Vuestra hermana mandó el asesinato,
Y él contó con que á vos os fuera grato. [ble?
Rey. ¡A mí! ¿Tal me juzgaba el misera-
¡Mi hermana fué capaz de accion tan fiera!
¿Qué pensareis de mí?
Cid. No temais que hable.
De vos, ni aun debo sospechar siquiera,
Y de princesa el nombre respetable
Fiel en Urraca mi lealtad venera.
Rey. Basta: vuestra palabra me asegura;
Pero es preciso mas. Haré la jura.
Cid. Burgaleses, leoneses, asturianos,
El digno Rey que obedecer debemos,
Para dechado ser de Soberanos,
La jura otorga que pedido habemos.
Alv. Así le adorarán los castellanos.
Rey. Sí, la otorgo. Tomadla y abreviemos.
Cid. La ballesta.
(*Illan va, y vuelve poco despues con una ballesta armada.*)
(*Aparte.*) Leamos de camino
Lo que ahora la Reina me previno.
(*Saca unas tabletas de marfil cogidas por un extremo con un cordon, y lee en ellas lo siguiente.*)
Que retardeis la jura os encomiendo,
Y no reciba el cetro mi cuñado
Sin que antes las campanas con estruendo
Mi gobierno ya den por acabado.
Precepto singular, que no comprendo;
Pero será cumplido y acatado.
Illan. Tomad, señor.
(*Dándole la ballesta.*)
Cid. La ceremonia empieza.
Oid, y descubrirse la cabeza.
(*Se acerca al Rey, y le pone la ballesta cerca del pecho: el Rey tiende la mano encima.*)
Poned la mano en la ballesta armada (12)
Y jurad ante el reino de Castilla
Que de Sancho la muerte desastrada,
Bien que él os arrojó de vuestra silla,
No fué por vos urdida ni mandada.
Rey. Juro que culpa tal no me amancilla.
Cid. (*Ap.* De la campana la señal no siento.)
Se os da fe.—Se repite el juramento.
Rey. ¡Repetirlo!

Cid. Empuñad este cerrojo
Con que cierra su umbral Santa Gadea.
(*Yendo con el Rey hasta la verja y moviendo la hoja en que está el cerrojo.*)
Rey. Rodrigo, reparad que me sonrojo.....
Cid. Jurad que ni aun tuvísteis leve idea
De que otro por temor ó por enojo
Mandara el golpe que á Vellido afea.
Rey. Yo lo juro, y por Dios que se limite...
Cid. (*Ap.* Nada escucho.) Se os cree. —
Rey. ¡Otra vez mas! [Se repite.
Cid. Con la rodilla hincada
(*Va con el Rey hasta el altar, donde está el misal, y le abre.*)
Y tocando esa página divina
Donde empieza la crónica inspirada
Del que á salvar al hombre de su ruina
Descendió de la célica morada
Para morir en cruz en Palestina,
Rendid á la verdad nuevo homenaje.
Rey. (*Arrodillándose.*) Ved que habeis de prestarme vasallaje.
Cid. Sostened y jurad que tan lejano
De vos anduvo el criminal intento
De tender asechanzas al hermano,
Que antes bien al saber su fin sangriento.....
(*El Rey interrumpe al Cid, y pone la mano sobre el Evangelio.*)
Rey. Juro que ajeno de placer villano
Le consagré el piadoso sentimiento
Que es bien que el noble con su sangre tenga.
Cid. Como jurado habeis, tal os avenga.
No hay en Castilla tribunal de Reyes
Ni nuestros ojos ven los corazones:
Al Sumo Juez que con iguales leyes,
Rodeado de angélicas legiones,
Ha de pedir á las humanas greyes
Cuenta del bien y el mal de sus acciones,
Pues en ciencia y poder es infinito,
El juramento que prestais remito.
Rey. Él juzgue. [vado
Cid. Y para ejemplo del mal-
Que á traicion de un contrario se deshaga,
Y el título de jefe de un Estado
Por un perjurio vil reciba en paga,
Permita el cielo, amen, que destronado
Víctima espire de plebeya daga,
Y arrastrado por valles y laderas,
Cebo á las aves dé, pasto á las fieras.
Rey. ¿A quién es ese amago tan funesto
Con que de rabia se me enciende el rostro?
¿Es á mí?
(*Suenan las campanas: se levanta el Rey.*)
Cid. (*Ap.* ¡La señal!) No: lo protesto.
Vos el Monarca sois á quien me postro.
¡Castilla por el Rey Alfonso el Sesto!
(*Se arrodilla.*)
Todos. ¡Viva el Rey! ¡viva el Rey!
Cid. Vuestra ira arrostro,
Y en señal de legítima obediencia
La mano os pido.
Rey. Huid de mi presencia.
Solo porque sois vos el que dispuso
Que vasallaje aquí se me ofreciese,
Recibirle de nadie aquí rehuso:
Quien súbdito de Alfonso se confiese,
Venga al alcázar, y conforme al uso,
Y sin que el Cid en medio se atraviese,
Tendrá el acto solemne cumplimiento.
Partid vos de mis reinos al momento.
(*Al Cid.*)
Fuera un error que la razon condena
Dejar impune escándalo tan grave. [trena
Cid. Orden con que su mando el Rey es-
Sagrada es por demás, dura ó suave:
Señalad, pues, el término á la pena,
Para mostraros hoy y cuando acabe,
Cuán fiel vuestros preceptos idolatro.
Rey. Por un año salid.
Cid. Saldré por cuatro.
(*Vase el Rey, y le siguen todos, menos Alvar y algunos castellanos.*)

ESCENA XII.

EL CID, ALVAR FAÑEZ, CASTELLANOS.

Alv. ¿Y adónde irás? Alfonso te destierra,
Tú al vecino Aragon de un Rey privaste,
Tu padre del Navarro entró en la tierra
Y pueblos le ganó que tú heredaste. [sierra
Cid. Bien en la España mora habrá una
Donde probar, aunque mi vida gaste,
Si de raiz de infieles la descepo,
Ya que en la España de Jesus no quepo.
Alv. Te seguiré donde la planta sientes.
Algunos cast. Yo tambien.
Otros. Yo tambien.
Cid. ¡Divino rayo
Que en las cumbres de Asturias eminentes
Inflamó á los guerreros de Pelayo!
Brilla sobre esta tropa de valientes,
Para que haciendo de su fuerza ensayo,
Quien echado del suelo de su cuna
Hoy sin patria se ve, se alce con una.
Todos. Sí. [viento,
Cid. Patria, donde libres como el
Lejos vivamos de áulicos erguidos,
De compatricios de menguado aliento,
De Alfonsos, de Gonzalos y Vellidos.
¡Y ojalá cuando vista y pensamiento
A los muros volvais antes queridos,
Ojalá que mireis con faz serena!
Yo no: yo dejo aquí..... ¡Cielos! ¡Jimena!

ESCENA ULTIMA.

La REINA, JIMENA, Acompañamiento, Dichos.

Jim. ¡Mi Rodrigo! [gada.....
Cid. ¡Señora! Esta lle-
Reina. Ya puede ser Jimena tu consorte.
Jim. La voluntad de Alfonso fué burlada
Por la Reina.
Cid. ¡Por vos!
Reina. Trazas de corte.
Para las diez estaba señalada
La ceremonia...
Cid. ¡Vengativo porte
De Alfonso, que á hora tal ya presumia
Que alzado por Monarca se le habria!
Reina. La aclamacion del Rey, por mi artificio,
Fué despues de las diez. Jimena en tanto
Resignada al violento sacrificio,
Ibale á consumar. Yo me adelanto:
Alzo la voz, suspéndese el oficio
Y cesa de las vírgenes el canto
Al oir que le grito á la prelada:
« Esa jóven su fe tiene jurada. »
Jim. Con la cruz en la mano me pregunta:
Yo no pude mentir.
Reina. Allí, delante
De la curiosa muchedumbre junta,
De vos Jimena declaróse amante.....
Cid. ¡Ah!
Reina. Y á mí se arrojó casi difunta.
La prelada exclamó: « No se quebrante
Voluntad que tan firme persevera.
Sirva Jimena á Dios de otra manera. »
Cid. Pero el Rey..... [grado
Reina. Ya lo sabe, y mal su
En vuestra union por último consiente.
Cid. ¿Es posible?
Reina. Conmigo está obligado
A respetar el acto que se cuente
Por último y final de mi reinado,
Y en este aun era mi poder vigente.
Cid. Propios de corte son esos ardides,
Mas no de castellanos adalides.
Lo rechazo.
Jim. Pues ¡qué....!
Cid. Vuelve de nuevo
Al alcázar del Rey y á su tutela:
Yo de sus manos recibirte debo
Por su libre querer, no por cautela,
No como que robada te me llevo.
Él para el sí que tu Rodrigo anhela,
Él quiero que tus sienes enguirnalde.
Pero no admito yo nada de balde.
Jim. Mas ¿cómo....? [vasallas
Cid. Villas hay que por
Codicia Alfonso en el confin rayano:
Yo voy á echar á tierra sus murallas:
Ya el Rey se templará si ve que gano
Una, dos y otras dos, cinco batallas, (13)
Una por cada dedo de tu mano.
Jim. ¿No temes que la muerte nos desuna?
Cid. Conmigo va tu amor, va mi fortuna.
Jim. ¡Otra separacion!
Cid. Esa es la vida
Que de un guerrero á la mujer le espera:
Cuando el clarin á batallar convida,
Viuda ha de ser sin que su esposo muera.
Y siendo tú del Cid la prometida,
En desconcepto de los dos cediera
Marchar al templo sin llevar en arras
Cien haces de cautivas cimitarras.
Animo, pues: consiente, y partiremos.
Y vos dadme la mano generosa.
Quizá ya nunca.....
Reina. Nunca nos veremos.
Jim. Abrazadle cual madre de su esposa;
(*A la Reina.*)
Si no, no callaré lo que os debemos.
Cid. ¡La Reina á mí!
Reina. Una triste religiosa
Vuestra Reina va á ser.
Cid. ¿Qué hay que os obligue...?
Reina. Falta en el mundo quien con él me ligue. (*Abrázanse.*)
Cid. Señora, á Dios.
Jim. (*Arrodillándose.*) Señora, mil per-
¡Oh! cuánto os ofendí! [dones.
Reina. Yo en la clausura...
Yo al Señor con fervientes oraciones...
Yo pediré, Jimena, tu ventura...
Victoria de tu esposo á los pendones,
Paz para mí.
Cid. (*Arrodillándose.*) ¡Celeste criatura!
Reina. Por despedida vuestra union ben-
Partid. [digo.
Cid. Jimena, á Dios.
Jim. A Dios, Rodrigo.

NOTAS.

(1) *La Reina Alberta.* «Ningun antiguo hizo mencion de que el Rey don Sancho hubiese sido casado. Pero lo que aquellos no expresaron, se averigua por dos escrituras las cuales expresan el nombre de la Reina, que era *Alberta:* y podemos decir que fué extranjera, segun lo peregrino de la voz, pues acá no usaron de tal nombre. Cuál fuese la patria ni la casa, no se sabe hasta ahora... y es creible que se volviese á su tierra despues de la muerte del marido, como sabemos lo practicaron otras.» Florez, Reinas católicas, tomo I.

(2) *Planto mi bandera verde.* «E ellos estando en esto, vieron venir al Cid Rui Diez con trecientos caballeros, e conoscieron la su seña verde.» Chrónica del famoso caballero Cid Rui Diez Campeador, capítulo XLI.

(3) *Edad contais con exceso.* «Las grandes hazañas que se le atribuyen (al Cid) relativas al reinado de don Fernando I, se inventaron por los poetas que compusieron sus romances en alabanza del héroe castellano, despues del reinado de san Fernando. Lo primero que se fingió, fué el nacimiento del Cid en el año de 1026. Las memorias mas antiguas que tenemos de Rodrigo Diaz, indican expresamente que era muy jóven cuando murió su padre Diego Lainez, cuyo fallecimiento fué en el principio del reinado de don Sancho, Rey de Castilla. Las genealogías de los Reyes que contiene el Tumbo negro de Santiago, traen esta primera noticia: *Cuando murió Diego Lainez, padre de Rui Diaz, priso el Rey don Sancho de Castiella á Rui Diaz, et criólo et fizolo Caballero.* En lo cual siguió el autor de las genealogías las historias anteriores..... Habiendo, pues, comenzado á reinar don Sancho en el año de 1066, y siendo entonces Rodrigo Diaz tan jóven que tuvo necesidad, por la muerte de su padre, de que el Rey don Sancho le llevase á su palacio y perfeccionase su educacion, se evidencia que los romanceros y crónicas adelantaron su nacimiento al año 1026 con solo el fin de poner al Campeador en edad de poder señalarse en valor, y de atribuirle las hazañas que fingieron en lo relativo al reinado de don Fernando.» Historia del Cid por el Padre Risco, páginas 86, 87, 88.

Cuando lidió el Rey don Sancho con el Rey don Ramiro en Grados, non hi ovo mejor caballero que Roi Diaz. Cita de Risco, ibid., página 119.

La batalla de Grados parece que se dió en el año 1067: luego si Rodrigo era capaz de distinguirse notablemente por las armas en este año, no podia ser muy muchacho en el año anterior 1066: en vista de esto se ha fijado aquí el nacimiento de Rodrigo en 1044, para que en 1073 fuese mayor de edad con exceso segun el Fuero Juzgo.

(4) Se dice que experimenta
El buen don García á ratos...
—¿Qué?—Trastornos de cabeza.

«Estaba García, en cuanto alcanzo, algun tanto dementado, y así era absolutamente incapaz de reinar.» Romey, historia de España, tomo II, pág. 397, col. 2ª de la traduccion.

(5) *Jimena.* (Es Jimena Diaz.)

«El Rey don Alonso, restituido á su reino... olvidándose de los agravios que le habia hecho (el Cid) en las guerras de que resultó su total ruina, fué servido de ordenar se casase con doña Jimena *Diaz*, hija de Diego, Conde de Oviedo, y prima hermana del Rey don Alonso. Este casamiento se celebró tan poco tiempo despues de la restitucion de don Alonso á su reino, que se sabe estaban ya casados en el año de 1074.» Risco, historia del Cid, páginas 127 y 128.

«Las Crónicas del Cid y la Historia general de España llamada del Rey don Alonso, convienen en que Rodrigo Diaz se casó con doña Jimena *Gomez*, hija del Conde don Gomez de Gormaz, á quien el mismo Rodrigo quitó la vida, segun su crónica, en el cap. 2º.»

«El matrimonio de Rodrigo Diaz con

doña Jimena *Gomez* no es otra cosa que una de las muchas patrañas que se han adoptado en nuestras crónicas contra la autoridad de los monumentos mas auténticos, que *solo* dan á Rodrigo por mujer á doña Jimena *Diaz*.» Ibid., cap. 17, pág. 275.

(6) De la lealtad de Rodrigo
Cabe concebir sospechas.

Este recurso de que el autor se vale tambien en el acto 2°, y aun en el 3°, se lo han sugerido, en cierto modo, los versos siguientes de Guillen de Castro, en la segunda parte de *Las mocedades del Cid*.

EL CID (*á Don Alfonso*).

Oye el por qué no te juro,
Pues no te ofendo, aunque callo.
Señor, el vulgo atrevido
Locamente ha murmurado
Que fui cómplice por tí
En la muerte de tu hermano.

Guillen de Castro tomó la especie del romance que dice:

. . . . . Señor,
Ficiéralo de buen grado,
Si no fuera por el vulgo,
Que gran sospecha ha tomado
Que por órden vuestra y mia
A traicion murió don Sancho.

Por eso se dice despues con referencia á Vellido:

Vuestra hermana mandó el asesinato,
Y él (*Vellido*) contó con que á vos os fuera grato.

(7) Yo tomaré el juramento.

« Cumque nullus esset qui juramentum à Rege auderet accipere, suprafatus Rodericus Didaci, strenuus miles, juramentum à Rege accepit. Quapropter Rex Adefonsus semper habuit eum exosum. » LUCAS TUDENSIS.

(8) . . . . Don Sancho
No era su Rey natural.

« Entre los que estaban dentro (de Zamora) habia uno llamado Vellido Dolfo ó Ataulfo, de cuya patria no dicen nada los antiguos y varian los modernos. » FERRERAS, Historia de España, tomo V, pág. 119 de la primera edicion.

(9) Quiere decir en la iglesia de Santa Agueda, parroquia antigua de Burgos, que quizá seria entonces muy principal. *Gadea* es corrupcion de *Agueda* ó *Agatha*.

(10) Dió muerte en campal batalla
Al Rey de Aragon Ramiro.

Esto no es histórico. Se ignora quién dió muerte al Rey Ramiro en la batalla de Grados, en la cual se señaló Rodrigo, como ya se manifestó en la nota 3.

(11) Con quince lidié en Zamora.

« Cum verò Rex Sanctius Zamoram obsederit, tunc fortunæ casu Rodericus Didaci solus pugnavit cum XV militibus ex adversa parte contra eum pugnantibus; VII autem ex his erant loricati, quorum unum interfecit, duos verò vulneravit et in terram prostravit, omnesque alios robusto animo fugavit. » Apéndices á la Historia del Cid por el Padre Risco, núm. 6, pág. 16.

(12) Poned la mano en la ballesta armada.

Los cuatro primeros versos de esta octava son casi los mismos que en igual caso le atribuye Diamante al Cid en la comedia titulada *El cerco de Zamora*.

Las imitaciones que del Romancero del Cid hay en esta escena y en otras del drama, no se advierten á los lectores por lo conocidas que son.

(13) Una, dos y otras dos, cinco batallas...

« E juró luego en sus manos (en las de Jimena) que nunca se viese con ella en yermo nin en poblado, fasta que venciese cinco lides en campo. » Chrónica del famoso caballero Cid Rui Diez Campeador, capítulo III.

LA MADRE DE PELAYO,

DRAMA EN TRES ACTOS EN VERSO,

ESTRENADO EN EL TEATRO DEL PRINCIPE A 24 DE MARZO DE 1846.

PERSONAS.

LUZ.	MERVAN.
VITIZA.	ESCLAVAS.
ALICIO (ó PELAYO).	SOLDADOS.
GERONCIO.	CONJURADOS.
AZAEL.	ACOMPAÑAMIENTO.

La escena es en Túi por Marzo ó Abril del año 702.

La accion pasa en el palacio del Rey.

ACTO PRIMERO.

Antecámara del Rey. Dos puertas laterales y una en el fondo.

ESCENA PRIMERA.

MERVAN, AZAEL.

Azael. Salud al siervo.
Mer. Salud
Al mercader.
Azael. A juzgar
Por el vestido, eres moro.
Mer. Y tú judío.
Azael. Es verdad.
Azael me llamo.
Mer. Creo
No haberte visto jamás.
Azael. Ni yo á tí; mas te conozco.
Mer. A ver.
Azael. Tu nombre es Mervan.
Mer. Cierto.
Azael. Soldado y amigo
Fuiste del gran general
Muza en Africa.
Mer. Sí fuí.
Azael. Cautivo en Galicia estás
Hace seis años.
Mer. Fuí preso
En un combate naval.
Azael. Y desde que Muza supo
Tu infausta cautividad,
Cada primavera envia
Un emisario sagaz
Que te rescate si quieres
Adquirir la libertad,
Y si no, de tí reciba
Relacion individual
De lo que hubieres podido
En palacio averiguar
Como esclavo de Vitiza,
Que es Rey de los godos ya. —
Esta vez vengo yo á Túi
De emisario.
Mer. La señal.
Azael. Es este sello partido.
(*Sácalo de la bolsa.*)
Mer. Mira aquí la otra mitad.
(*Sácala de la faja.*)
Azael. Confróntala.
Mer. Está bien.
Azael. Dime
Si te debo rescatar.
Mer. Nada menos.—Cierta noche

Fuí testigo presencial
De un lance que el Rey á todos
Quisiera siempre ocultar,
Y desde entonces con él
Gozo de una intimidad
Como de cómplice.—Puedes
Cuanto quieras preguntar.
Azael. Muza, ansioso de extender
El dominio musulman,
Quiere saber si es ya tiempo
De que atravesando el mar,
Cubra de blancos turbantes
La España meridional:
Quiere saber si ese Rey
Que acaban de coronar
Los godos, es enemigo
Temible para el Islam,
Si es amado de su pueblo,
Y si por él lidiará.
Mer. ¿Has estado tú en España
Antes?
Azael. Sí.
Mer. Entonces sabrás
Que la pueblan, con mayor
O menor antigüedad...
Azael. Sí, tres razas, primitiva,
Romana y setentrional,
Sin contar la mia, siempre
Aislada entre las demás.
Mer. Tres pueblos hay aquí, dos
Bien mezclados, y uno mal;
Este, el godo, manda; aquellos
Le sirven á su pesar.
Godo y español-romano
Se tienen odio mortal:
Los godos entre sí abrigan
Intestina enemistad,
En dos bandos divididos
Que se hacen guerra tenaz:
Uno ha logrado á Vitiza
En el trono colocar;
Otro pretende á Rodrigo
Vestir la púrpura real:
Nacion tan desavenida
Fácil es de subyugar.
Azael. ¿Y el Rey?
Mer. Siempre fluctüando
Entre la benignidad
Y la violencia, á un delito
Ya se ha dejado arrastrar:
Si hay ocasiones que irriten
Su fogoso natural,
No será el último. Pronto
Muestras de sí nos dará.
Azael. ¿Pronto?
Mer. Difunto su padre,
Partió con celeridad
Vitiza á Toledo; allí
Su coronacion legal
Pudo obtener; aquí en tanto
Se alzó la parcialidad
De Rodrigo, todavía
Muy débil para luchar.
Vuelve Vitiza; al saberlo,
Se conmueve la ciudad;
Rodrigo con sus hechuras
Toma un bajel y se va
De España; el Rey á la Reina
Culpa de complicidad
Con los rebeldes, y anula
El vínculo conyugal.
Hoy presos cien conjurados
Aguardan con ansiedad
La sentencia: tú por ella
De Vitiza juzgarás.
Azael. ¿Temes un fallo severo?
Mer. Si se llega á interesar
En favor de los culpados
Luz, misericordia habrá.
Azael. Luz...
Mer. Es viuda de Favila,
Un ilustre capitan
Tio de Rodrigo: el Rey
Nada le sabe negar,
Pues por ella arde en amor.
Azael. Vacío el lecho nupcial
Del Rey, ¿le ocupará Luz?
Mer. ¡Oh! no lo permita Alá.
¡No tenga al lado Vitiza
Nunca un genio tutelar
Que le encamine hácia el bien
Cuando se incline hácia el mal:
No! tiranice: los godos
Su yugo rechazarán;
Y cuando mire Sevilla
Nuestra bandera ondear,
Los romanos-españoles
De brazos se cruzarán
Viendo impasibles la ruina
Del trono peninsular,
Cuya base no afirmaron
La justicia y la igualdad.
Contenga al Africa Muza;
Deje á España acelerar
Su pérdida propia; abrúmela
Despues con la inmensidad
De su poder; y la España,
No hay duda, sucumbirá.
Azael. Gente viene.
Mer. Pasa allí.
(*Señalando una puerta lateral.*)
Azael. Quisiera al Rey presentar
Unas joyas.
Mer. No es ahora
Tiempo; despues le verás. (*Vase Azael.*)

ESCENA II.

GERONCIO, MERVAN.

Ger. Siervo del Rey, Dios te salve:
Dirige por caridad
A un romano sacerdote
Forastero en el lugar,
Que necesita, que anhela
Ver de Vitiza la faz.
Mer. Mala hora de hablarle escoges.
Acabado de llegar
El Rey á Túi, recibe
El parabien que le dan
Los caudillos de Galicia.
Por aquí debe cruzar;
Pero...
Ger. Al paso puedo...
Mer. Yo
Te daré comodidad
Para verle á medio dia.
Ger. Él viene.
Mer. Pues calla ó sal.

ESCENA III.

VITIZA, ACOMPAÑAMIENTO, GUARDIAS, MERVAN, GERONCIO.

Vit. Con gozo, ilustres varones,
Con gratitud singular
Las protestas escuché
De vuestra fidelidad;
Al mismo tiempo justicia
Vinisteis á reclamar:
Id, príncipes godos, id
Con mi promesa formal
De que daré á los rebeldes
Una leccion ejemplar.
(*Vase el acompañamiento.*)
Mer. Síguelos, clérigo. (*Ap. á Geroncio.*)
Ger. Esclavo,
(*Separándose de Mervan y dirigiéndose al Rey.*)
Quita.—Señor, escuchad.
Vit. No tengo tiempo.
(*Cruzando el teatro.*)
Ger. Sois Rey.
Vit. ¿Quién se atreve á replicar?
¡Un sacerdote!
Ger. Un humilde
Presbítero, que además
Antes era esposo.
Vit. Y bien...
Ger. El apoyo de mi edad
Anciana, mi hijo Alicio,
Que ahora cuenta poco mas
De los tres lustros, ayer
Con bien poca humanidad
Fué encarcelado por cómplice
Del tumulto popular.
Vit. ¿Le prendieron á tu lado?
Ger. ¡Ah señor!
Vit. Di la verdad.
Ger. No la puede á vos ni á nadie
Un sacerdote negar.
Há un mes que Alicio faltaba
De la casa paternal.
Vit. ¿Con licencia tuya?
Ger. No.
Vit. ¿No? ¿Fugitivo quizá?
Ger. Sí.
Vit. Trabajo no pequeño
Juzgo que te ha de costar
La defensa de ese mozo.
Ger. No me supongais capaz
De pedir una merced
Que repugne á la equidad,
No: si es delincuente Alicio,
Su culpa debe pagar;
Mas permítaseme verle:
Yo con el ruego eficaz
De la princesa Luz, esto
De vos pretendí alcanzar.
Vit. ¡Luz! ¿La viste? ¿Y qué? ¿Mostró
Por tí?...
Ger. ¡Cuánta es su bondad!
Pero ha dicho que temia...
Vit. ¿Qué?
Ger. Vuestro enojo excitar.
Vit. ¿Por qué?
Ger. Porque le era fuerza
Con otra importunidad
Acudir tambien á vos.
Vit. ¿Otra?
Ger. Suya.
Vit. ¿Suya? ¿Cuál?
Ger. Yo respeté su secreto,
Como os podeis figurar.
Vit. (*A Mervan.*) Avisen á la princesa
Que venga.
Mer. Se avisará. (*Vase.*)
Vit. ¿Dónde está preso tu hijo?
Ger. Aquí en la torre.
Vit. Podrás
Verle cuando quieras.
Ger. ¡Oh,
Señor!
Vit. Le doy facultad
Para andar por mi pretorio,
No traspasando el umbral.
Ger. Yo respondo...
Vit. En nombre mio,
A él y á tí os hospedará
Luz.
Ger. Señor, ¡tanta merced!

Dadme la mano á besar.
Vit. Acompáñale á la torre,
(*Al jefe de la guardia, despues de haberle hablado en secreto.*)
Y anuncia mi órden allá.
Ger. ¡Bendiga vuestro reinado
La divina Majestad!
(*Vanse Geroncio y la guardia.*)

ESCENA IV.

MERVAN, VITIZA.

Mer. Aviso á Luz envié.
Vit. Y acerca de ella en mi ausencia
¿Qué logró tu diligencia
Descubrir?
Mer. Bien poco sé.
Vit. ¿Llora ya con mas templanza
La pérdida que ha sufrido?
Mer. Ni aquel pesar ha cedido,
Ni aquella sed de venganza.
Vit. ¡De venganza!
Mer. La aniquila
Su ansia, cada vez mayor,
De encontrar al matador
Del malogrado Favila.
Vit. ¿Tiene sospechas?...
Mer. Ninguna.
Vit. Solitario era el paraje;
Yo no llevaba mi traje;
Cubierta estaba la luna.
Pero al salir á la plaza...
Aquel jóven imprudente
Que hallé...
Mer. ¿Aquel que os hizo frente
Con un venablo de caza?
Vit. ¿Quién seria? Él, aunque poco,
Me hirió tambien, y caí.
Mer. Tal vez no será de aquí,
Ni vuelva jamás tampoco.
Vit. De atormentarme no cesa
El recuerdo...
Mer. No andeis triste
Por eso.
Vit. ¿Qué descubriste
Acerca de la princesa?
Mer. Lance de entidad liviana
Es, aunque algo peregrino.
De Norba-Cesárea [1] vino
A ver á Luz una anciana,
Que parece fué su sierva
De mas confianza un dia,
Y á quien ella todavía
Cariño grande conserva
Esta venida influyó
De modo en la triste viuda,
Que desde entonces, no hay duda,
Su dolor se exacerbó,
Sin trazas de que le rinda
El tiempo con su poder.
Luz despues no quiere ver
Ni aun á su hija Hormesinda,
A quien (y es raro misterio
Lo singular del antojo)
Ha mandado con enojo
Conducir á un monasterio.
Luego á cada instante clava
Su mirada zahareña
Luz en una arca pequeña
Que le ha traido la esclava:
Y tan pronto se la ve
El arca besar gimiendo,
Como embravecerse asiendo
Aquel venablo que hallé
Cuando Favila murió,
Y fué del jóven insano
Que alzó contra vos la mano,
Y al veros en tierra huyó.
Vit. ¿Contiene el arca un objeto
Que á Luz su pesar agrave?
Mer. Sola ella guarda la llave
(*Viendo venir á la princesa.*
De tan oscuro secreto. (*Vase.*)

ESCENA V.

LUZ, VITIZA.

Luz. Señor...
Vit. ¡Cómo! ¿tan vencida
Por la afliccion os hallais,
Bella Luz, que os olvidais
De darme la bienvenida?
Luz. Siempre el triste obra sin tino:
Desagradaros temí:
Dama de la reina fuí,
Y es Rodrigo mi sobrino.
Vit. ¿Por qué tan injustamente
Habeis de mí sospechado
Que puedo con el culpado
Confundir al inocente?
Luz. Disimulad un error
Que es de mis pesares hijo.
Vit. Para perdonarlo, exijo
Que me pidais un favor.
Luz. Poned pues en libertad
A un jóven que anoche preso...
Vit. Conseguido teneis eso:
Procurad por vos, hablad.
Luz. Que useis de clemencia pido
Con la turba sublevada.
Vit. Bien: quedará sepultada
Su traicion en el olvido.

[1] Hoy Alcántara.

Me anuncia una profecía
Que los ojos perderé,
Si cauto guardar no sé
Mi persona y jerarquía;
Pero aunque raye en extrema
Hoy quizá mi confianza,
No es la de Rodrigo lanza
Digna de que yo la tema.—
¿Qué mas?
Luz. Debeis recordar
Que en años de escaso fruto
Dejaron mas de un tributo
Los pueblos por abonar,
Y en un término harto breve
Los piden vuestros ministros.
Vit. Haré quemar los registros,
Y no se sabrá quién debe.
Luz. Así de la España entera
Recogereis bendiciones.
Vit. ¿No hay, entre esas pretensiones,
Para vos una siquiera?
Luz. Yo á mi hija envié...
Vit. Sí,
A un claustro: me han dado aviso.
Luz. Pues concededme permiso
Para retirarme allí.
Vit. ¡A un claustro vos! No será,
No: meditadlo despacio.
Luz. Como no hay reina en palacio...
Vit. Hoy mismo la haya quizá.
Luz. Es justo considereis
Que yo serví ya bastante.
Vit. Por eso llegó el instante
De que á mandar principeis.
Luz. ¡Mandar! ¡expresion extraña,
De sonido lisonjero!
¡Mandar! ¿dónde?
Vit. En mí primero,
Y despues en toda España.
Luz. ¡Yo! ¡yo!
Vit. Así se galardona
La virtud que os engrandece.
Un Rey amante os ofrece
Corazon, mano y corona.
Luz. Soy de la raza que Dios
Hundida tiene en el lodo:
Soy española.
Vit. Era godo
Favila, y casó con vos.
Luz. Mas aunque de vuestra grey,
Su puesto no era tan alto.
Vit. Siendo del linaje balto,
Cualquiera puede ser rey.
Luz. Leyes hubo...
Vit. Derogólas
Otra.
Luz. No tan pronto pasan
Costumbres...
Vit. Hace que casan
Los godos con españolas
Cincuenta años; y abolido
Fué el estatuto inclemente
Por un Rey, precisamente
Padre de vuestro marido.
¡Luz! sabed que una pasion,
Que ya recatar no debo,
Fatal me abrasó mancebo,
Me ha consumido varon.
Atormentado en el potro
De los zelos, conocí
Que no pensábais en mí
Porque adorábais en otro.
Y fuisteis suya, y callé,
Y ese hombre me aborreció,
Y á pesar de que murió,
Aun me usurpa vuestra fe.
Por no enlazaros conmigo,
Por ser imposible cosa
Que yo quisiera á mi esposa,
Venganza pidió á Rodrigo.
Ya sabeis lo que es penar;
Por vos padecí quince años:
Mirad, Luz, ¡de cuántos daños
Me debeis indemnizar!
Luz. Señor, señor, ¡qué decís!
Olvidad ese extravío,
Que vais á ser dueño mio
Si á mis deudos acudís.
Nada contra vos me escuda,
Porque á la infeliz mujer
Ni aun libre la deja ser
El triste luto de viuda;
Y al recordar que ofendí
La ley con procaz denuedo
Cuando á Favila en Toledo
Secretamente me uní,
Dirá mi familia austera,
Pues ya me elegí coyunda,
Que me doble á la segunda
Para expiar la primera.
Sed conmigo generoso;
Dadme contra vos amparo;
Yo no puedo, os lo declaro,
No puedo amar á otro esposo.
Mi Favila se llevó
El corazon que le dí:
¡Oh! no me arranqueis un *sí*,
Que fuera el disfraz de un *no*.
Vit. Aunque el pecho me taladre
Cada razon que os escucho,
Mirad que puede hacer mucho,
Cuando es reina, la que es madre.
Luz. No ya cual antes mi amor
Es á Hormesinda infinito:
No una hija necesito;
un hijo vengador.

Vit. ¿Un vengador? ¡Cómo!...
Luz. Rayo
En la lid fuera quizá.
Diez y seis años tendrá,
Si es que vive, mi Pelayo.
Vit. ¡Pelayo! Atónito, inquieto
Me poneis —Haced que entienda...
Luz. Él fué la mísera prenda
De mi consorcio secreto.
Escuchad la confesion
De un trance de honor cruel,
A ver si hácia mí con él
Se apaga vuestra aficion.
—Sabeis que, hija inobediente,
Dejé llevarme al altar
En Toledo, sin contar
Con padre ni con pariente.
Mal la pasion se concilia
Con el disimulo: así
Pronto mi secreto vi
Sabido de mi familia.
¡Qué horrible persecucion
A Favila! ¡qué injuriarme!
Se juró no perdonarme:
Se invalidó nuestra union.
Ellos violencias extrañas
Usando... yo en su poder...
Guardar no pude al nacer
El fruto de mis entrañas.
Me fué robado el que hiciera
De mi vida el embeleso:
Me le quitaron... ni un beso
Permitieron que le diera.—
Al volver yo de un desmayo,
Mi esclava Irene me dijo
Que ella bautizó á mi hijo
Con el nombre de Pelayo.
Vit. ¿Y qué fin tuvo el suceso?
Luz. Trájose un arca embreada,
Por la cubierta horadada,
Provisto el fondo de peso;
Y ordenó mi parentela
Que allí, cristianado el niño,
Revuelto con desaliño
En ropas de ruda tela,
Fuese un momento despues
Abandonado agua abajo
A la corriente del Tajo,
Como en el Nilo Moisés.
Vit. Mas cuando al fin se mostró
A vuestra boda propicio
Mi padre el Rey...
Luz. Ni un indicio
Del expósito se halló,
Cual si para darme guerra
La imaginacion á solas,
Le sumergieran las olas,
Le sepultara la tierra.
Solo há unos dias que estando
En Norba, su patria, Irene,
(Pues libre allí se mantiene
De mis dones disfrutando),
Con asombro superior
A cuanto en voces cabria,
Se halló en una hospedería
El arca misma, señor,
El arca donde al infante
Sus manos propias pusieron,
Y que allí, segun dijeron,
Se le olvidó á un caminante.
Vit. ¿Con que esa arca á donde torva
O triste la faz volveis,
Ha estado?...
Luz. Sí, diez y seis,
Diez y seis años en Norba;
Y ni sé quién la dejó,
Ni á dónde fué el pasajero,
Si era español, si extranjero,
Si vivo al niño encontró,
Si con hórrido fracaso
Dió el arca en alguna roca...
—Ni al que hace negra mi toca
Le deseo lo que paso.
¡Qué noches! Mi ánimo enfermo [1]
De noche á parar no acierta:
Velo y deliro despierta;
Deliro mas cuando duermo.
Ya opresa de angustias graves,
(¡Hijo de mi seno casto!)
Ser te ve tu madre pasto
De las fieras y las aves;
Ya el corazon me quebranta
Mirarte jóven gentil
En traje de esclavo vil
Con argolla en la garganta;
Ya te oigo fiero, indignado
Gritar: «Mi padre murió...»
Vit. ¡Ah!
Luz. «Ya que no puedo yo,
¿Por qué tú no le has vengado?»—
Señor, donde el poderío
Se disputan á la par
Odio y dolor, no hay lugar
Para otra pasion vacío.
Abandonad un desvelo
Que me ha de encontrar ingrata:
No hagais vuestra á la insensata
Que halla placer en su duelo;
Y si hacerme deponer
Un dia el negro capuz
Quereis, y que tenga Luz

[1] Imitacion de la *Mérope* de Alfieri, escena II del acto III. Se han tenido presentes para el drama varias tragedias que hay con aquel argumento ó con otro semejante.

A su Rey que agradecer;
Buscad, traedme al impío
Que de mi esposo me priva;
Devolvedme, haced que viva
El infeliz hijo mio;
Y cuando ante mí en pedazos
El asesino aparezca,
Y el júbilo me enloquezca
Viendo á mi hijo en mis brazos;
Llegad entonces, llegad,
Y exigente acreedor,
Pedid á mi pundonor
Mi vida y mi voluntad;
Pero tampoco os asombre,
Señor, que anegada en llanto
Ruegue hoy que olvide entre tanto
Vitiza mi triste nombre.
Vit. Pues bien, oireis que retumba
Hoy un pregon rigoroso
Que arrancará, si es forzoso,
Los secretos á la tumba.
En rico traje ó vil sayo,
O hecho ya polvo y ceniza,
Os devolverá Vitiza
Lo que ahora fuere Pelayo;
Y ya que tal el camino
Para mereceros es,
Yo postraré á vuestros piés
Al que llamais asesino;
Pero entonces recordad
Que hoy cumplí vuestros deseos
Empleando en esos reos
Con exceso la piedad;
Y fuera contradiccion
Si juez vos en causa vuestra,
Desmintiese la maestra
Con su ejemplo la leccion. (*Vase.*)

ESCENA VI.

LUZ, Y LUEGO ALICIO.

Luz. ¿Qué me quiso decir? ¿Es por ventura
Que de mi esposo al matador conoce
Y salvarle pretende? Fuera en vano.
(*Sale Alicio.*)
Ali. Señora... [jóven...
Luz. (*Aparte.*) ¡Santos cielos! Este
Ali. ¿Sois la princesa Luz?
Luz. Y tú ¿quién eres?
(*Ap.*) Ese aspecto galan, su voz, su porte,
¿No son... no se parecen?...
Ali. Yo, señora,
Soy hijo del anciano sacerdote...
Luz. ¡Ah! sí: remisa en tu favor anduve.
Mas debí hacer.
Ali. ¡Oh no!—Mientras informes
Un soldado á mi padre le pedia
De mí, yo recorriendo estos salones,
Anhelante os busqué para mostraros
Mi viva gratitud.
Luz. Tu cuna ¿dónde
Ha sido?
Ali. Cerca de Gijon.
Luz. ¡Tan lejos
De aquel país por donde el Tajo corre!
¿Llámaste?
Ali. Alicio.
Luz. ¿Falleció tu madre,
O vive aún?
Ali. ¡Ay! no: la perdí.
Luz. Entonces
¿Qué edad contabas tú?
Ali. Cinco años, creo.
Luz. ¿Cómo ha sido el prenderte?
Ali. Mis errores
Os quiero confesar.
Luz. Dímelo todo,
Y no temas de mí reconvenciones,
No: mujer, madre soy... ¡madre sin hijo,
Madre que llora al infeliz consorte!
Yo tengo afan de conocer tu vida:
Nada en tu relacion dejes que ignore.
¿Cómo se te crió?
Ali. Por mucho tiempo
Las fieras acosar del patrio bosque
Fué mi ordinaria ocupacion, armado
Con fuerte chuzo, cuyo astil de roble
Yo corté y adorné. Quiso inscribirme
Mi padre de Vitiza en las legiones,
Y condújome á Túi: una desgracia
Nos ocurrió al entrar; acobardóse
Mi padre y me volvió mal de mi grado
Al quieto albergue de su iglesia pobre.
Ya en aquella quietud me consumia,
Ya en aquel estrechísimo horizonte
Me ahogaba; parecíame, señora,
Que desde esta ciudad me daban voces,
Me tiraban: por último, una tarde
Que por un encinar á un oso enorme
Buscaba el rastro, percibí á lo lejos
De un guerrero clarin los gratos sones.
El son me arrebató; fuése alejando,
Y fuí siguiendo el belicoso toque,
Y andando y escuchando embebecido,
Perdí la senda, me cogió la noche.
A la aurora encontré con los soldados
Que guiaba el clarin. — Dios me perdone
La ingratitud con que pagué á mi padre
Sus desvelos y amor.
Luz. No te abochornes:
Habla.
Ali. A pocas palabras que dijeron...
Luz. Los seguiste: ¿no?
Ali. Sí. Y eran traidores,

Despues lo conocí; secuaces eran
De Rodrigo, que el susto y el desórden
Por campiñas y pueblos derramaban,
Buscando de su causa valedores.
Traté de huir: me hicieron maniatado
Correr con sus caballos á galope.
Vienen á unirse con Rodrigo en Túi;
Viene Vitiza en pos; mis opresores
Me arrastran en su fuga, el Rey los prende,
Y en cadenas con ellos se me pone.

Luz. Grande tu culpa fué; mas ya el castigo
Llevaste que á la culpa corresponde.
Siento de tí piedad; y sin embargo
Solo debieras encontrar rigores
En mi labio y en todos. Tú no sabes,
Alicio, qué martirios tan atroces
Padece el padre de quien huye un hijo;
Tú no sabes lo que es el que le roben
A una madre ese bien. ¡Feliz la tuya
Que murió sin sufrir tan duro golpe!
Mucho debió quererte: amor inspiran
Tu rostro, tu mirar, tus expresiones.
Yo no me canso de escucharlas. — Dime
Qué fué, si no hay motivo que lo estorbe,
Lo que la vez primera que vinisteis
Aquí, llenó á tu padre de temores.

Ali. ¡Ah! ¿Qué me preguntais? Hay un secreto...
Mi padre mismo aún lo desconoce.

Luz. ¿Lo desconoce... y le aterró? No atino...

Ali. ¡Eh! vos haceis que involuntaria [brote
Del pecho la verdad.

Luz. Tu protectora
Y amiga fiel tu confesion recoge.

Ali. Tarde y sin luna en la ciudad entramos:
Ya en la plaza, ignorábamos adónde,
Para hospedarnos, ir: en una esquina
Mi padre me dejó y adelantóse.
Rumor en esto se movió lejano
Entre unos arruinados paredones,
Y me acerqué á mirar: un hombre al punto
Con acero en la mano se me opone,
Y con terrible voz, «atrás,» me dice,
«Atrás, ó el pecho te abrirá mi estoque.»
— «Yo espero aquí,» le contesté. — «Villano,»
Repuso, «aprende á obedecerme dócil.»

Luz. ¿Te acometió?

Ali. Furioso.

Luz. Y tú indefenso...

Ali. Nunca sin armas van los cazadores:
Yo mi venablo rústico traia,
Y él me libró de perecer entonces.

Luz. (*Ap.*) ¡Un venablo! Si aquel...

Ali. A mi enemigo
Se lo arrojé, y cayó quedando inmóvil,
Sin voz en tierra.

Luz. ¿Muerto?

Ali. Yo confuso
De mi victoria en tan forzado choque,
Sin dilacion huí. Rusco á mi padre,
Le hallo y me dice congojoso: «Corre;
Sígueme, que la guardia del palacio
A un delincuente busca, y si nos coge,
Nos ha de encarcelar.»—A nuestra aldea
Me hizo el paso torcer aquella noche,
Y sepultado en mí quedó el secreto
Que hoy por primera vez mi labio rompe.

Luz. ¿Cuándo ese lance fué?

Ali. No se me olvida:
Hace un año y un mes... y dias...

Luz. ¿Once?

Ali. Once, cabal.

Luz. (*Aparte.*) ¡Qué escucho! ¡el sitio, el dia!...

Ali. ¿Sabeis quizá noticias posteriores?...

Luz. ¡Irene! (*Llegándose á una puerta y llamando.*)

Ali. ¡Qué inquietud!

Luz. (*A una esclava que sale.*) Aquel venablo... (*Vase la esclava.*)

Ali. ¿Qué pude yo decir que así os azore?

Luz. ¿Reparaste quizá cómo vestia
El infeliz que heriste? ¿Como prócer,
O capitan?

Ali. De capitan.

Luz. El manto...

Ali. Rojo... Para juzgar de los colores,
Era escasa la luz: de la persona
Libre está que la imágen se me borre.

Luz. La estatura...

Ali. Elevada.

Luz. La voz...

Ali. Bronca.

Luz. La espada rica.

Ali. Sí.

Luz. (*Aparte.* Todo es conforme.)
¿Abandonaste tu venablo en tierra?

Ali. Sí.

Luz. ¿Sí? ¿Cómo era?

Ali. ¿Pareció?

Luz. Responde.
Su astil...

Ali. Mondado en parte...

Luz. En parte tiene
La corteza, y figuran sus labores...

Ali. Dos cintas que hacen cruz.

Luz. El hierro...

Ali. Largo,
Y al asta fijo con brocal de bronce.

(*La esclava sale con un venablo: Luz se le toma.*)

Luz. Mira y di la verdad. ¿Es este?

Ali. El mismo :
Él es.
Luz. ¡Dios vengador de mis mayores!
Ali. Con este me libré de un temerario,
De un injusto agresor.
Luz. No le baldones.
Ali. No le defendais vos : matarme quiso.
Luz. Me engañas, impostor. ¿Sabes quién te oye?
¿Sabes á quién mataste? á mi marido.
Ali. ¡A vuestro esposo yo!
Luz. Mas no blasones
De tu victoria... Guardia. (*Llamando.*)
Ali. ¡Era su esposo!

ESCENA VII.

MERVAN, GUARDIAS, LUZ, ALICIO.

Luz. Guardias. [órden...
Mer. Mandad, señora, dadnos
Luz. Ese mató á Favila.
Mer. ¿Ese?
Ali. ¡Yo he sido!
(*Con gran pena y abatimiento.*)
Luz. Ya lo ois. — Que le vuelvan á la torre.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

VITIZA, MERVAN.

Vit. ¿Nada en fin se ha descubierto?
Mer. Podeis estar bien tranquilo.
Para Luz, sin duda alguna
El matador es Alicio.
Vit. La aparicion de ese jóven
Me expone á grave peligro :
Llevarle á mucha distancia
De esta ciudad es preciso.
Mer. ¿Y si vuelve? Contemplad
Que es algo travieso el niño.
Vit. Si al Africa le traslado
Y allí el jefe de un castillo
Le vigila bien, no es fácil
Que torne al país nativo.
Mer. Bien poco por vos mirais.
Vit. Luz gusta de Rey benigno :
Forzoso es probar á ver
Si así su favor conquisto.
Por ella, de los rebeldes
Ya de prision ha salido
Parte, y á los otros luego
Libertaré de sus grillos;
Y á los que marchen de Túi,
Y á cuantos por mis dominios
Viajaren desde hoy, burgueses,
Tratantes ó peregrinos,
Que me busquen á Pelayo
Encargarles determino.
Mer. Una persona podrá
Mejor que nadie serviros
En ese negocio.
Vit. ¿Quién?
Mer. Azael.
Vit. ¿Ese judío
A quien de comprar acabo
Las joyas que á Luz dedico?
Mer. Va por todo el reino...
Vit. Bien.
A Luz con recado mio
Preséntese á recibir
Ordenes. Corre á decírselo. (*Vase Mervan.*)

ESCENA II.

LUZ, VITIZA.

Luz. ¡Ah, señor!
Vit. Os esperaba...
Luz. ¿Sabeis?...
Vit. Todo le he sabido.
Nada me digais.
Luz. Compliróse
Por fin mi anhelar continuo :
Ya dí con el ser fatal
Que de luto me ha vestido.
Vos de él respondeis.
Vit. Calmaos.
Luz. Imposible : no respiro
Sino furor y venganza.
Pronto, pronto : ¿qué suplicio
Destinais al que á traicion
Me privó de mi marido?
Vit. ¿A traicion? ¿Por qué, por dónde
Se le imputa ese delito?
Segun el padre, casual
Debió ser el homicidio :
Y el hijo hablando con vos...
Luz. Mienten el padre y el hijo.
¿Por ventura ignora nadie
(Vos podeis ser buen testigo)
La templanza de Favila,
Su virtud, su recto juicio?
¿No era vuestro mas valiente,
Vuestro mas noble caudillo?
Decid.
Vit. ¡Oh! sí. (*Aparte.*) ¡Qué tormento!

Luz. ¿Y este hombre tiene el capricho,
La bajeza de medirse
Con un rapaz, sin motivo,
Y el rapaz borra al valiente
De la tabla de los vivos?
¡Oh! no puede ser: creerlo
Posible, fuera delirio.
Vit. Y un jóven que de palacio
Siempre lejos ha vivido,
Que no conoció á Favila,
Y aquí con su padre vino,
¿Qué impulso pudo tener
Para el crímen inaudito
Que le achacais?
Luz. ¿Su defensa
Tomais vos?
Vit. Yo no le he visto,
Y así ningun interés
Cobrar por él he podido.
Luz. No le veais, porque va
El traidor á seduciros:
Lo sé por mí —Vos me habeis
Ricas joyas ofrecido,
Que no me es dado admitir
En el dolor en que gimo:
Solo un don puede agradarme
Mientras ignore el destino
De mi Pelayo: ese don
Le quiero, le ansio, le pido.
Vit. ¿Cuál?
Luz. Hacedme juez y dueño
Arbitro de mi enemigo.
Vit. Convengo; pero tambien
Una promesa os exijo.
Luz. Tened magnanimidad...
Vit. Bastante ya la he tenido.
El dia que de Pelayo
Se sepa, ese dia fijo,
Mia habeis de ser.
Luz. Señor...
Vit. Reina sereis, lo repito.—
Un hebreo mercader,
Personaje hábil y activo,
Que con otros emisarios
Para que os sirvan expido,
Vendrá luego: dadle todos
Los informes instructivos
Que el hallazgo faciliten
Del expósito perdido,
Y haced para los demás
Que se extienda en un escrito
Cuanto hayais en este caso
De vuestra esclava sabido.
Luz. ¡Ah! voy si me permitís...
Vit. Id, que tambien me retiro.
(*Vase Luz.*)

ESCENA III.

MERVAN, VITIZA.

Mer. Queda avisado Azael.
Vit. Será conducido Alicio
Aquí á presencia de Luz,
Que de él dispondrá á su arbitrio.
Procura que no peligre
Nuestro secreto.
Mer. ¿Permito
Al padre que hable al muchacho?
Vit. No viéndolo Luz, permítelo. (*Vase.*)
Mer. Sacerdote, ven y espera,
(*Llegándose á una puerta.*)
Que al punto vendrá tu hijo.
(*Sale Geroncio y vase Mervan.*)

ESCENA IV.

GERONCIO.

¡Ocultarme un lance así!
¡Oh necio y fatal sigilo!
Sabiéndolo yo, no hubiera
Mi pretension dirigido
A Luz, no la viera él
Hoy tampoco.—¡Es tan altivo,
Tan indócil!... Urge ya
Cortar el vuelo á sus brios.

ESCENA V.

ALICIO, GERONCIO, Y AL FIN MERVAN.

Ger. Aquí está.
Ali. ¡Padre y señor!
Ger. No ese título me des.
Ali. ¿Qué intempestivo rigor?...
Ger. Arrodíllate á mis piés:
Respóndele al confesor.
¿Por qué la sangre vertiste
De que hoy se te pide cuenta?
Ali. Padre, esa voz me amedrenta.
¿Piensan de mí?...
Ger. Que mentiste,
Que asesinaste.
Ali. ¡Oh qué afrenta!
¿Yo?—Ministro del altar,
Sin querer lidié y herí;
Mas ya llego á sospechar
Que soy capaz de atentar
Contra el que me culpe así.
Ger. Con menos altanería
Te debes hoy defender.
Ali. La inocencia da osadía:
Seguro yo de la mia,
Nada tengo que temer.

Ger. Conviene que te persuadas
Que vidas de alma dotadas
Dios solo justo las trunca :
Manos de hombre ensangrentadas
No son inocentes nunca.
Ali. Si un contrario me acomete
Sin oirme ni un vocablo,
¿He de ser yo su juguete?
Tratáranme cual compete,
Y no blandiera el venablo.
Ger. Favila ¿te dijo?...
Ali. « Atrás,
Villano; atrás, *villanuelo :*
Te mato si no te vas. »
Y alzó la espada sin duelo...
— « Pues ten : contra fuerza, mas. »
Ger. ¿Por qué hacerle resistencia?
¿Te estuviera mal?...
Ali. ¿Huir?
Padre, era mucha prudencia.
Ger. Tuviste la de encubrir
La desastrosa ocurrencia.
Ali. ¡Ah! mucho pené y aun peno
Por habérosla ocultado.
— ¡Villanuelo! Aquel dictado
Fué como un pellon de cieno
A mi semblante arrojado.
Ger. Soberbia en tí sin excusa,
Que Luz execra y deplora.
Ali. Pero ¿es ella quien me acusa?
¡Bien de mi franqueza abusa!
Mas no, ¡si es mi protectora,
Mi amiga! Roba en un punto
El alma su dulce encanto :
A dama tan noble junto,
Raro es que fuese otro tanto
Vano y feroz el difunto.
Ger. ¡A tu víctima escarneces!
¡Oh! ¡cómo te pervertiste
Desde tu fuga! Mereces
Por tus locas altiveces
Oir lo que nunca oiste.
Ali. ¡Padre!
Ger. Acaba de colmar
La medida del error:
Di tambien sin vacilar
Si has llegado á renegar
De la fe del Salvador.
Ali. Por piedad...
Ger. Al mal caminas
De suerte, que llevas traza
De hacer pensar que te inclinas
A profesar las doctrinas
Que heredan los de tu raza.
Ali. ¡Mi raza! ¿Quién me ha engendrado?
¿No es romano este mi brio?
Ger. No : tú eres un desdichado
Por su padre abandonado,
Y ese padre era judío.
Ali. ¡Judío!
Ger. Sí : yo logré
Sacarte de un riesgo fuerte :
Yo por hijo te adopté...
Y hoy sabré aquí defenderte
De todos...
Ali. Ya ¿para qué?
(*Aparte.*) ¡Yo judío!
(*Sale Mervan y detrás la guardia.*)
Mer. Viene Luz:
Geroncio, vete al momento.
Ger. Perdóname este tormento,
Hijo, y sé fiel á la cruz.
Ali. Padre, hasta el postrer aliento.
(*Vase Geroncio. Mervan se retira.*)

ESCENA VI.

LUZ; UNAS ESCLAVAS, CON UNA ARQUITA; ALICIO; MERVAN, RETIRADO; GUARDIAS.

Luz. Poned en la mesa el arca.
(*La colocan.*)
Llegadme aquí el delincuente. (*Siéntase.*)
Ali. (*Ap.*) Temo que han de ver patente
Sobre mi rostro una marca.
Luz. Matador, el Rey ordena
Que yo tu suerte decida.
Ali. Mandad quitarme la vida :
Bendeciré mi condena.
Luz. (*Ap.* Toda ya me ha conmovido
Su voz de dolor tan hondo.)
Ven aquí.
Ali. (*Ap.*) ¿Dónde me escondo?
Luz. (*Ap.* ¿Y quién le da al fementido
Tal poder? En iras ardo
Apartada de su vista,
Y en viéndole, me contrista
Su afliccion, y me acobardo.
Valor.) Dime... sé sincero.
Dime... pero sin mentir.
Di... si mereces vivir.
Ali. Ni lo merezco, ni quiero.
Luz. ¿Confiesas?...
Ali. Todo, señora,
Todo lo que pregunteis.
Luz. ¡Me engañaste antes!
Ali. ¿Quereis
Mas cuando me acuso ahora?
Luz. Si te declaras culpado,
No es bien que te mortifique.
Mas quiero que se me explique
Mejor aquel altercado.
Ofensa, provocacion,
Algo capaz de irritar
Debió entre los dos mediar
Para mover la cuestion.

Porque ello, si temes que hable
Con pasion, Galicia entera
Podrá decirte quién era
Mi esposo: benigno, afable,
Diestro en regir el acero,
Cauto en la lid sin igual...
Por él llanto general
Vertieron noble y pechero.
Tú al recto varon heriste,
Tú al diestro adalid mataste:
¿Cómo ese triunfo alcanzaste
Cuando allí morir debiste,
O mas bien huir veloz,
No pudiendo soportar
Si te miró, su mirar,
Si habló contigo, su voz?
Ali. Esa voz y esa mirada
Fatales á entrambos fueron:
Jamás de mí consiguieron
Ira ni soberbia nada.
Luz. ¿Y quién eres tú, reptil,
Para juzgarte ofendido,
Porque un godo esclarecido
Te hable en tono señoril?
Ali. ¡Ah!
Luz. ¡Qué orgullo incomprensible!
¿Cuándo tu estirpe ha criado
Plebeyo tan entonado,
Audacia tan insufrible?
Acaso menos altivo,
Con ser de la sangre balta,
Fuera el hijo, que me falta
Descubrir si es muerto ó vivo.
¡Dios le libre, hasta llegar
Donde conmigo se abrace,
De alguno cual tú, que nace
Tan solo para matar!
Ali. Rogad tambien le liberte
De verse en tal estrechez,
Que por favor á su juez
Pida como yo la muerte.
Luz. ¿Te figuras que me obstino
En quererte castigar?
¡Si es tan dulce perdonar!
Pero ábreme tú camino.
¿Qué pierdo yo con que vivas?
¿Qué ganaré si murieres?
Siempre fueron las mujeres
Mas blandas que vengativas.
En prueba quiero olvidar
Mi judicial ministerio:
Quizás haya aquí misterio
Que no alcanzo á penetrar.
A mí propia sin violencia
El hecho me has confesado:
Pues bien, yo no me persuado
Aún la malevolencia.
Si algun prócer, descontento
Con mi esposo, te sedujo
Y te obligó con su influjo
A servirle de instrumento,
Dílo.
Ali. Señora, mi mano
No se vende.
Luz. Pero asombra
Que tú por tí solo... Nombra,
Si es preciso, al soberano
Mismo; y pues no hay á quien cuadre
La idea de sugestion
Mejor, culpa si hay razon
Para ello, á tu mismo padre.
Ali. ¡Mi padre! ¡Pues qué! segun
Lo que hoy os conté indiscreto,
¿No era para él un secreto
Ese triste lance aún?
Ninguno mi instigador,
Nadie mi cómplice ha sido,
Y si le hubiera tenido, —
Nunca fuera delator.
Luz. ¿Con que yo no he de saber
A qué grado corresponde
Tu delito, ni hasta dónde
Puedes disculpable ser?
Pero sí: bien conjeturo
Cuanto ha podido pasar.
¡Matas y sabes callar!
Asesino, de seguro,
Asesino eres. ¡Qué horror!
¡En años tan juveniles!...
Poco mas de quince abriles
Tendrá, y fué ya desertor
De su casa... y es secuaz
De rebeldes y malvados,
Enemigos enconados
De mi esposo y de la paz;
Siendo tal su pertinacia,
Que despues de declararse
Reo, no piensa en echarse
A mis piés pidiendo gracia.
Sal, evita el furibundo
Enojo que mi alma siente:
Huye á la Libia, serpiente
Capaz de infestar el mundo.
¡Vejez dichosa le das
Al padre que te engendró!
Ali. ¡Ah!
Luz. Llevadle donde yo
No le vea ni oiga mas.
(*Llévanse á Alicio.*)

ESCENA VII.

LUZ, MERVAN, ESCLAVAS.

Luz. Agradece, mónstruo fiero,
Que aun madre imagino ser;

Que sino, por Dios que ahora
Iba en derechura al Rey
A pedir que de ese cuello,
Que no se deja vencer,
La cabeza separaran
Para abatirla á mis piés.
¿Y por qué no? Di á tu amo (*A Mervan.*)
Que siendo pronta y cruel,
Imponga al reo la pena
Que se le antoje escoger. (*Vase Mervan.*)

ESCENA VIII.

GERONCIO, LUZ, ESCLAVAS.

Ger. Princesa Luz, escuchadme.
Luz. Geroncio, ¿qué pretendeis?
Ger. Vengo á defender á Alicio.
Luz. Es en vano.
Ger. Es mi deber.
Luz. Ha confesado su crímen.
Ger. Señora, reconoced
Que si mató á vuestro esposo,
Fué provocado por él.
Luz. Os ciega el amor paterno.
Ger. Señora, difícil es.
No soy yo padre de Alicio.
Luz. ¿Pues quién es su padre? ¿quién?
¿Qué sangre es la suya?
Ger. ¡Ay! sangre
De los hijos de Israel.
Luz. ¡Es un hebreo! ¡es judío!
Ger. De raza, mas no de ley.
Luz. Pero aquel valor y aquella
Tan española altivez
¿Cómo se hallan en el hijo
De un sectario de Moisés?
Parece increible.
Ger. Nunca
Su orígen le revelé
Hasta hoy.
Luz. ¿Y cómo vino
A vuestras manos?
Ger. Há un mes
Y diez y seis años ya
Que á Lusitania pasé,
Y encontrándome en Lisboa,
Testigo fuí sin querer
De un tumulto que hubo allí
Contra la judáica grey.
Corrió en las plazas la sangre
De cien víctimas y cien.
Todos huian: dejaba
El marido á la mujer,
El padre al hijo: yo en medio
De aquellas almas de hiel
Sin fruto el hórrido estrago
Procuraba detener.
Un jóven en una calle,
Perseguido de un tropel,
Me pone un niño en los brazos
Clamando: « Por Dios, tened,
Ocultadle, que esos tigres
Ni aun respetan la niñez. »
Huyó con esto hácia el rio;
Yo á mi posada tambien:
Los amotinados llegan
Y pretenden que les dé
El niño, que contaria
De dos semanas á tres.
Yo les decia: « Es cristiano. »
— « Es hijo de un mercader
Judío, » me replicaban:
Muera. — « No, no le mateis:
Este niño es hijo mio. »
Con esto le liberté.
Luz. Y luego...
Ger. Luego, señora,
Verdad se vino á volver
La mentira: traje al niño
A Gijon, y le crié
Como si le hubiera dado
A luz mi angélica Inés.
Luz. Mas... del padre verdadero...
Ger. Mucho lo solicité;
Mas nada supe.

ESCENA IX.

AZAEL, DICHOS.

Azael. Señora...
Luz. ¿Quién eres?
Azael. Soy Azael,
Negociante israelita,
A quién vos teneis que hacer,
Segun el Rey me asegura,
Un encargo.
Luz. Verdad es:
Uno que pudiera darme
Vida larga de placer,
O acabármela de un golpe
Con tremenda rapidez.
Ger. (*Aparte.*) Este hombre... esa voz...
Azael. Mandad
A vuestro siervo.
Luz. (*A las esclavas.*) Traed
El arca.
Ger. (*Aparte.*) Es el mismo.
Luz. (*A Azael.*) Aquí
Fué puesto un niño al nacer.
Azael. ¡En esta arca!
Luz. Sí, mi hijo.
Azael. ¿Qué años hace?
Luz. Diez y seis.
Azael. ¿Y dónde fué?...

Luz. Fué en Toledo.
Azael. Lejos era... (*Medio para sí.*)
Luz. ¿Para qué?
Azael. Habladme del arca.
Luz. En ella
Dispuesta segun la veis,
(*Hablando con los dos.*)
Lanzaron el niño al Tajo,
De sus aguas á merced.
Azael. ¡Al Tajo! Acabad, señora.
Luz. ¡Ay! he dicho cuanto sé:
Tan solo puedo añadir
Que este año una esclava fiel
Halló esa arca...
Azael. ¿Por ventura
En Norba-Cesárea fué?
Luz. En Norba, sí. Pero tú...
Azael. En algun hospicio.
Luz. Pues.
Pero ¿cómo?...
Ger. (*A Azael.*) Vos allí...
Azael. Allí yo el arca dejé.
Luz. ¡Ah! ¿Luego tú con el niño
La debiste recoger?
Di que sí, dilo: no digas
Que no, que me moriré.
Azael. Sí, sí.
Luz. ¡Bendita la hora
En que Dios te hizo nacer!
Azael. Viajaba orillas del Tajo...
Luz. Del Tajo... preciso. Y bien...
Azael. Y venir vi por las aguas
El mal seguro bajel,
Dentro sonando quejidos
Que con asombro escuché.
Luz. ¡Hijo mio!
Azael. Por un lado
Hice entrar á mi corcel:
Así la caja y abríla,
Y en ella un infante hallé.
Luz. ¿Dónde está, dónde?
Azael. Aguardad.
Luz. ¡Qué! ¿no se halla en tu poder?
Azael. ¡Ah! no.
Luz. ¿No? ¡Madre infeliz!
Ger. No temais. (*A Azael.*) Vos, respon-
¿No llevásteis ese niño?... [ded.
Azael. A Norba: allí abandoné
El arca.
Ger. ¿No fuísteis luego
A Lusitania con él?
Azael. Sí, y en medio de un tumulto...
Luz. ¿En Lisboa?
Azael. Le entregué
A un anciano...
Luz. (*Designando á Geroncio.*) ¿Este?
(*A Geroncio.*] Callad.
(*A Azael.*) ¿Qué le dijiste?
Azael. «Tened,
Ocultadle, que esos tigres...
Luz. Ni aun respetan la niñez.»
Azael. Esas fueron mis palabras.
Luz. No hay duda, no hay duda, él es.
Ger. Alicio es el hijo vuestro.
Luz. Es mi Pelayo. Corred,
Traedle, traedme al hijo
Que tantos años lloré.

ESCENA

VITIZA, Dichos.

Vit. Señora, con la justicia
Y con vos cumplí á la vez.
Alicio al Africa parte,
Y nunca mas le vereis.
A servidumbre y destierro
Perpetuo le condené.
Luz. ¡Esclavo mi hijo!
Vit. ¡Cómo!
Luz. Dios me le quiso volver.
Alicio es Pelayo.
Vit. ¡Alicio!
Luz. Sí, díselo tú, Azael:
Decídselo vos, Geroncio. —
¿Qué testigo es menester
Despues que lo afirmo yo,
Que en mi seno le llevé?
Vit. (*Aparte.*) Conviene alejarle.
Luz. (*Al Rey.*) Pronto,
Que venga.
Vit. Pero atended.
¿Olvidais que su venablo?...
Luz. ¡Un rayo parta mi sien!
¡Pelayo mató á Favila!
Ger. ¡A su padre!

ESCENA XI.

MERVAN, Dichos.

Mer. (*Al Rey.*) Disponed
Cómo se ha de reprimir
A ese indómito doncel,
Que casi al sayon ahoga
Cuando le quizo poner
La argolla de esclavo.
Luz. Es hijo
Mio: bien hizo.
Vit. Preven
Que con todo miramiento
Y escoltado de ocho ó diez
Se le lleve y se le embarque.
Luz. Señor...
Vit. Nada me rogueis.
Mas benigno yo que vos

La sentencia pronuncié:
Sufra el culpable la pena
Que confesó merecer.
Luz. Dadme á Pelayo, y su madre
Será vuestra, hoy si quereis.
De rodillas os ofrezco
Mi mano. — ¡Ah!
(*Dando un grito al ver á Pelayo, y corre desalada hácia él.*)

ESCENA XII.

ALICIO (ó PELAYO), CON ESPADA EN MANO, DEFENDIÉNDOSE DE ALGUNOS SOLDADOS; DICHOS.

Pel. No han de poder
Conmigo vuestras espadas,
Teniendo esta que os quité.
Luz. ¡Hijo del alma!
Vit. y Ger. (*A los soldados.*) Dejadle.
Pel. Señora, decid al Rey
Que á la esclavitud prefiero
La muerte.
Luz. Ven aquí, ven.
Yo soy tu madre: Geroncio
No es el que te ha dado el ser,
Fué el desdichado Favila...
Pel. ¡Madre, yo no le maté!
(*Arrebatado de gozo al dar una mirada á Vitiza.*)
Yo no he muerto á nadie, no.
Darme los brazos podeis.
Luz. ¿Es posible? ¡Ay! ¡qué alegría!
Pel. Vive el que yo derribé.
No fué la herida mortal.
Venid, la cara volved: (*Al Rey.*)
¡Miradle! (*A Luz.*)
Ger. ¡El Rey!
Pel. ¿El Rey?
Luz. ¡Vos
Que mi mano pretendeis,
Vos que odiábais á mi esposo,
Vos estábais donde fué
Muerto aquella noche!
Vit. Luz,
Monarca soy: suspended
Juicios que serán al cabo
Fatales á todos tres.
Tú al Africa partirás: (*A Pelayo.*)
Vos al trono ascendereis:
Cada cual su suerte admita
Y deje en la lobreguez
Del misterio la desgracia
De esa triste noche.
Luz. Bien,
(*Reprimiéndose á toda costa.*)
Yo respetaré ese arcano,
Con tal que vos respeteis
En la viuda de Favila
El estado de viudez.
Vit. Imposible. — Retiraos.
(*Vanse Geroncio, Azael y las esclavas.*)
A mi amor has de ceder.
Pel. Madre, cuando el Rey me halló,
Sangre en su acero noté:
Con él en mano salia
Tras una rota pared:
Tras ella debió mi padre
A sus manos perecer.
Vit. ¡Insensato!
Luz. ¡Él le mató!
Sí: mira en la palidez
De su semblante la prueba
Del crímen: huyamos de él.
Vit. Inútil es ya negarlo:
Yo á Favila provoqué:
Yo en combate singular
Le tendí muerto á mis piés:
Yo al salir de entre las ruinas,
Con un jóven tropecé,
Que al mandar que se alejara,
No me quiso obedecer.
Muerto el padre, faltó poco
Para dar muerte tambien
Al hijo: él me hirió: Pelayo
Tendrá de mi sangre sed:
Yo la tengo de la suya,
Porque odio á su padre en él.
Luz, un justo Rey de mí
O un monstruo puedes hacer:
Sacrifícate en las aras
Del general interés:
Sacrifícate á Pelayo,
Cuya sangre hoy verteré,
Si hoy, dueño tuyo, no logro
A su padre suceder.
Pel. ¡Tirano!
Luz. ¡Hijo mio!
Vit. Vedlo
Entrambos y resolved.
(*Vase, clavando una mirada amenazadora á Pelayo, estrechamente abrazado por su madre.*)

ACTO TERCERO.

Habitacion de la Reina en el palacio de Vitiza. Una puerta principal en el fondo; á la izquierda del espectador otra, que comunica con la morada del Rey; á la derecha dos; la primera, que tiene cortinas, da paso á las

estancias de la Reina; la segunda corresponde á una escalera secreta. Al lado izquierdo una ventana grande.

ESCENA PRIMERA.

LUZ, SENTADA JUNTO A LA VENTANA; VITIZA.

(*Varias esclavas cruzan la escena, llevando en azafates regalos del Rey: sobre una mesa hay otros, entre ellos varias ropas magníficas.*)

Luz. Ya nos habeis separado.
¡Diez y seis años ausente,
Y ni un dia solamente
Me le dejásteis al lado!
Vit. Pelayo ultrajó mi cetro:
Cuando á un Rey se le amenaza,
Diciéndole que se traza
Su ruina, yo no penetro
Cómo nuestra dignidad
Consentirá prescindir
De hacer á un loco advertir
Cuál fué su temeridad.
Luz. Por el honor de su padre
Nuestro enlace resistia.
Se arrebató...
Vit. ¿Qué queria?
¿Que le dejara su madre
Morir? ¿Que Vitiza abriese
Las puertas de su reinado
Con un odioso atentado?
Luz. Ya no empezábais con ese.
Vit. Si á Favila fué siniestro
El combate entre él y yo,
Quien fué tu esposo, debió
Ser mas valiente ó mas diestro.
Sin razon te poseia,
Pues te defendió tan mal:
Cuando el cíngulo nupcial
Mañana te dé por mia,
Que vengan, que osen quererme
Disputar el bien que gano.
Luz. El que es fiel á un soberano,
Combate con él inerme.
Sujeta la mano entró
Mi esposo en la lid impía,
Donde no la valentía,
Sino el poder le mató.
El poder, cuya sentencia
Me priva con fiero abuso
De un hijo, hoy que me le puso
En brazos la Providencia.
El poder que despiadado
Sobre el lecho me agarrota
Que sangre caliente brota
Del seno por mí adorado.
Pero ese poder emana
De Dios que me escuchará,
Y no, no permitirá
Que yo respire mañana.
Vit. ¡Mañana! ¿Harás tentativas
Contra tí? Luz, reflexiona
Que hay bien cerca una persona
Que vive... con tal que vivas.
Hace poco me injurió:
Delirante me aparté
De vosotros, y mandó...
Lo que el furor me dictó.
Luz. ¡Cielos!
Vit. No sé qué seria;
Mas no se pondrá por obra.—
Motivos tienes de sobra
Para odiar mi tiranía;
Pero crímenes de amor,
Él los puede reparar:
Paz vierte de sí el altar,
Y el tiempo es consolador.
Hay, aunque tu gusto inmoles,
Hay suertes, Luz, mas aciagas;
La tuya permite que hagas
El bien de los españoles.
Pregunta, averigua, inventa
Cuanto por medios humanos
Pueda á godos y romanos
Tenerles en algo cuenta,
Y acude á mí; y si vacilo
En cumplirte algun empeño,
Que me castigue ese ceño
Que no puedo ver tranquilo.
Cediendo á la mansedumbre
De mi consorte real,
Se me hará al fin natural
La piedad con la costumbre.
La pasion á un precipicio
Me descarrió tremenda:
Guíame tú por la senda
Que trueca en virtud el vicio.
Luz. ¡Con que vos que en agonía
Continua me manteneis,
Vos hacer os proponeis
De mi virtud granjería!—
Yo á vuestro querer me ciño
Como una gracia recabe:
No entre Pelayo en la nave
Que ya le espera en el Miño.
¡Yace tan lejos, tan lejos
De aquí la orilla africana!
Si puedo, como una hermana,
Con súplicas ó consejos
Contribuir algo al lustre
Del reinado, que goceis
Mil años, no receleis
Que vuestra esperanza frustre.

Besaré vuestro calzado
Cada dia, medianera
De la expoliada heredera
Y del justo calumniado.
Tendré en toda accion por hito
Conseguir, como conviene,
Que vuestro nombre resuene
De todo español bendito.
Ya lo oís; ya lo ofrecí:
Dadme antes el galardon:
Otorgad la peticion
Primera que hago por mí.
Vit. Oye, Luz: voy á ser franco.
No ignoro lo que te aflijo;
Mas por su bien á tu hijo
Del lado tuyo le arranco.
Mi discurso vitupera
Tan necia supersticion;
Pero aquella prediccion
De mi futura ceguera,
Mas y mas con rebatirla
En el alma se me ahonda;
Y mirando á la redonda
Quién es capaz de cumplirla,
Me hacen temer los arrojos
Del que huérfano dejé,
Que algun dia rendiré
A su venganza los ojos.
Luz. ¡Señor!
Vit. ¡No ver ese azul!
(*Señalando á la ventana.*)
¡No verte á tí! — Cruzar debe
Pelayo el mar: no renueve
En mí el furor de Saul.
Luz. ¡Ah! sí, sí.
Vit. Cuando ni rastro
De este miedo en mí subsista,
Y él pueda sufrir la vista
Del ominoso padrastro;
Venga aquí; en tanto limite
Sus deseos á esperar
Le vayas á visitar;
Pero él... ¡que no me visite!
Luz. No, no; yo le escribiré,
Yo le enseñaré paciencia. —
¿Me dareis pronto licencia
De verle?
Vit. ¿Pronto? Veré.
Merécela: anda, inspecciona
Esas magníficas salas,
Ya tu habitacion: tus galas
Prueba, prueba tu corona.
Sufre que en mi estrado radie
Tu hermosura en su fulgor
Hoy mismo: ese corredor
(*Señalando la puerta de la izquierda.*)
No concede paso á nadie
Sino á la Reina hasta mí:
Para mis plantas vedado,
A tí sola será dado
Cruzarle yendo de aquí.
(*Luz rompe en sollozos.*)
Busca tus dueñas, enjuga
Los ojos y deja verte
Despues...
Luz. Lo manda mi suerte.
Cedo. (*Ap.*) Intentemos la fuga. (*Vase.*)

ESCENA II.

MERVAN, VITIZA.

Mer. Estoy de vuelta, señor.
Vit. ¿Dejas á bordo á Pelayo?
Mer. Aun no.
Vit. ¿Qué escolta le diste?
(*En tono de reconvencion.*
Mer. Hombres bien aleccionados
Por mí, de acuerdo con vos.
Vit. Y bien...
Mer. Trató de ganarlos.
Vit. ¿Con qué fin?
Mer. Con el de entrar
Oculto en este palacio.
Vit. Que no venga ese infeliz.
Mer. Pues viene, y es á quitaros
La vida.
Vit. ¡Él á mí!
Mer. Así ha dicho
Él propio al sagaz soldado
Con quien trató de escaparse
Cuando á la nave llegáramos.
Vit. ¿Cómo no le habeis por fuerza
En la galera embarcado?
Mer. Recordad lo que mandásteis.
Vit. Mandé espiarle los pasos,
Indagarle los designios...
Mer. Y fingir para indagarlos
Inclinacion á servirle.
Vit. Pero arrojármele armado
Al frente, para que irrite
Mi furia y le haga pedazos,
Jamás disponerlo pude...
O debió ser delirando.
Mer. Delirio sin duda fué,
Y nosotros deliramos
Tambien creyendo que vos
Pensábais tenderle un lazo.
Fingieron sus conductores
Ceder y le abandonaron.
Vit. Nada en mi bien adivinas:
Parece que es tu conato
Perpetuo que yo señale
Mi carrera con estragos.
Mer. Es el hijo de Favila,
Señor, tan apasionado;

Es en él tan elocuente
El furor, el ruego, el llanto,
Que á menos de ser de piedra,
No hay mas que sentir su agravio
Cuando dice de su padre...
Vit. ¿Que mis zelos le inmolaron,
Que espiró casi á su vista?
Mer. Que vos, ruinmente callando,
A él propio le habeis expuesto
A morir sacrificado
Por su madre aquí.
Vit. ¡Tal osa
Proferir el temerario!
Mer. Aunque él supiera callar,
¿No hablarán los partidarios
De Rodrigo, primo suyo?
¿No tendrán muy buen cuidado
De unirle á su bandería?
Vit. Dices bien: debo esperarlo.
Si yo le maté á su padre,
Que le vengue, no es extraño.
—Quizá dejándole aquí,
Pueda Luz reconciliarnos,
Y evite una sedicion
Que allá en un país lejano
Mas fácil fuera tramar.
Mer. Soy un infeliz esclavo:
No me toca dar consejos,
Sino ejecutar mandatos;
Amais á la madre; fuerza
Es que procedais incauto
Con el hijo: al pronto ¿cómo
La pasion no ha de *cegaros*?
Vit. ¡Cegarme! ¿Qué has dicho? Sí:
Mi riesgo me has recordado.
Sin tí, en la red que me tiende
Mi negro destino, caigo.
Yo soy Rey: debo tener
Sujetos á mis vasallos,
Debo defenderme, debo
Vivir: mueran mis contrarios.—
¿Cómo pretende ese loco
Penetrar hasta mi cuarto?
Mer. Su cómplice, ó mejor dicho,
El nuestro, tiene el encargo
De facilitarle entrar
Hasta la sala en que estamos;
Y lo hará luego que empiece
La noche á tender su manto.
Vit. Sigue.
Mer. Porque resultara
Su atroz designio probado,
Se le dijo que un disfraz
Le sería necesario.
Vit. ¿Cuál?
Mer. Un traje de Luz: ella
Sola puede visitaros
Libremente por allí. (*Por el corredor.*)
Vit. Y en ese ardid tan villano,
Él ¿consintió?
Mer. Sí.
Vit. Vergüenza
Es... bien que al fin, un muchacho...
¡Y el necio no reflexiona
Que necesita el amparo
De su madre para el crímen,
Y que ese lo espera en vano!—
Recorran pueblo y contornos
Los que al prófugo escoltaron;
Y en hallándole, á la nave
Con él, y amárrenle á un banco.
Prevenlo: yo en tanto haré
Que cierren todo el palacio.
Mer. ¿No mandásteis esta noche
Soltar á los indultados?
Vit. Ni ellos ni nadie saldrá
Mientras no esté asegurado
El conspirador: despues
Franquea tú sin reparo
Las puertas á todo el mundo;
Antes no.
Mer. Quedo enterado.
¿Y si Pelayo penetra
Dentro de este sitio sacro?
Vit. Si seduce por su mal
O burla á mis emisarios
Y el pié en el pretorio fija,
No haya piedad; allanadlo
Todo á viva fuerza, y quede
Libre yo de mi entenado.
Mer. Bien.
Vit. A Luz di que esta noche
No me vea: que lo mando
Así.
Mer. Muy bien.
Vit. Tú, colócate
En un hueco de ese tránsito
Unico á mi habitacion: (*El corredor.*)
Como pase disfrazado
O sin disfraz por allí
Mi enemigo...
Mer. Le traspaso,
Ahogo su voz, oculto
El cuerpo, y queda ignorado
Todo.
Vit. Me entendiste. Voy
A mandar cerrar. (*Vase.*)
(*Ha oscurecido.*)

ESCENA III.

LUZ; LUEGO ESCLAVAS, QUE SACAN LUCES; MERVAN.

Luz. (*Aparte.*) Dios trajo
Mis pasos aquí: no hay fuga

Ya.
Mer. Negocios impensados
Hoy vedan al Rey, señora,
Que os reciba.
Luz. No era mi ánimo
Verle.
Mer. En hora buena.
(*Hace que se va.*)
(*Salen esclavas que ponen luces y se retiran.*)
Luz. (*Ap.* A ver
Qué intenta.) ¿Los conjurados
Están libres?
Mer. En cogiendo
Cierto reo, van á estarlo.
Luz. ¿Y si tardan en prenderle?
Mer. Se halla cerca... y vendrá rápido
El aviso: será un toque
De trompeta.
Luz. ¿Está tratado
Así?
Mer. No: se me ha ocurrido
Ahora: es mas breve. En tanto,
Nos cerrarán el alcázar.
Luz. ¡Ah! ya... ¿y despues?
Mer. En sonando
El toque, libres serán
Todos los encarcelados
En la torre, y el umbral
Regio vuelve á quedar franco.
Luz. Bien. Vete.
Mer. ¿Con que no veis
Hoy al Rey?
Luz. De aquí no salgo.
Mer. Guárdeos Alá. (*Vase.*)

ESCENA IV.

LUZ.

¡Fiera! ¡Fieras!
¡Cómo le estais acechando
Para devorarle! Al fin,
Si le encuentran los soldados
Fuera de aquí, no hay peligro.
Viva de mí separado;
Pero viva. Ya es de noche.
A las puertas los candados
Siento correr. Se salvó:
Aun no puede haber entrado.

ESCENA V.

PELAYO, LUZ.

Pel. Gracias: ¡oh! bien me guiaste.
(*Hablando con un soldado que le ha introducido por la puerta secreta*)
Aquí ha de ser su morada.
Luz. ¡Qué oigo! Él es.
Pel. ¡Madre adorada!
Luz. ¡Infeliz!—¿Dónde te entraste?
Pel. Donde un monstruo tiraniza
Con su poder tu albedrío,
Donde esta noche confío
Libertarte de Vitiza.
Luz. Pasar el regio dintel
Fué abrirte la sepultura:
La perfidia y la impostura
Te han asaltado en tropel.
Quien aquí te ha conducido,
Los que tu fuga ampararon,
Todos los que te prestaron
Favor, todos te han vendido.
Pel. La cólera y el sonrojo
Me ahogan. Quiero dudar,
Madre: quiero preguntar
Al guia...
(*Llégase á la puerta por donde entró, y no puede abrirla.*)
Pasó el cerrojo.
Luz. ¿Lo ves? Pero si á Mervan
Y al Rey los he estado oyendo
Yo aquí: si era un plan horrendo
Para obligarte á un desman,
A un crímen; si ansian que trames
La pérdida de ese tigre,
Para que sin que él peligre
Te pierdas tú.
Pel. ¡Vil! ¡Infames!
Luz. Diste en el inicuo lazo
Del enemigo sañudo:
Solo tienes por escudo
Mi cariñoso regazo.
Ley tirana me vedó
Con mi sangre alimentarte;
Mas de aquí no han de arrancarte,
Sin que antes perezca yo.
Pel. No, madre del alma mia,
Vive y en vengarme piensa:
Exponerte en mi defensa
Dos víctimas juntaria.
Tus bodas quise impedir;
Tuve en mi designio azar;
Osado vine á matar;
Impávido iré á morir.
Ya soy del que fuí distinto;
Debo á mi nombre respeto:
El hijo de Luz es nieto
Del Rey Flavio Recesvinto.
Mi muerte la potestad
Quebranta de mi verdugo:
Si vivo, te aguarda un yugo;
Si muero, la libertad.
Luz. ¡Oh bizarras expresiones
En que su estirpe refleja!

Lo mismo al padre semeja
En ánimo que en facciones.
Mas y mas con tu denuedo
Se enardece mi cariño,
Y aprendo valor de un niño,
Y nada me infunde miedo.
Esa canalla soez
Te busca : no te amedrentes,
Hijo mio : los valientes
No mueren en la niñez.
Pero tampoco es valor
Ir el riesgo á provocar.
Entra allí : voy á tratar
De salvarte... con honor.
Pel. Y si no, no saldrá falso
Este brio prematuro.
Luz. Yo, mi bien, yo te aseguro
Que no hay para tí cadalso. (*Vase Pelayo.*)

ESCENA VI.

LUZ, LUEGO AZAEL.

Luz. No quiero tentar á Dios :
Veré antes al Rey. (*Sale Azael.*)
Azael. Princesa,
Cosa que al Rey interesa,
Quiero decírosla á vos.
Luz. Sígueme, si es que te agrada.
Voy allá.
Azael. No os dejarán :
Tiene órden un capitan
De prohibiros la entrada.
Luz. ¿A mí?
Azael. Sobre su cabeza. [revoque
Luz. (*Aparte.*) ¿Cómo he de hacer que
El fallo?
Azael. En sonando un toque
De trompa, que con presteza
Me han dicho que sonará,
Entonces audiencia franca
Nos dará el Rey.
Luz. (*Aparte.* ¿Quién le arranca
El perdon no entrando allá?)
Pero... ¿y si una carta empleo?...
Azael. Todo aviso lo desdeña
El Rey, mientras no hagan seña
De que han sorprendido á un reo.
Luz. (*Ap.* ¡Un medio me queda solo!)
Di ya, di.
Azael. El pueblo israelita,
Vejado con inaudita
Crueldad, obra con dolo.
Espía de Muza entré
Aquí : él prepara un ensayo
De su fuerza : vi á Pelayo,
Y á venderos renuncié.
Su madre sois, al monarca
Os unís, y me merece
Amor cuanto pertenece
Al niño que hallé en el arca.
Luz. ¡Buen Azael!
Azael. De un amigo
Sé que estallará un tumulto
Esta noche, y que anda oculto
Disponiéndolo Rodrigo.
A nadie quiero dañar :
Del caso estais advertida :
Ved cómo sin una herida
Se puede el golpe burlar.
Luz. Gracias. ¡Oh! yo en mi alma leo
Lo que me toca cumplir.
(*Llegándose á la puerta por donde entró Pelayo, que es la de las cortinas.*)
Hijo, ya puedes salir.
Retirate, buen hebreo.
(*Entra Azael donde estuvo Pelayo.*)

ESCENA VII.

PELAYO, LUZ.

Pel. Voces oí de la gente
Que en mi busca juzgo que anda;
Pero mi aliento se agranda
Para hacer al riesgo frente.
Luz. ¿Qué riesgo, hijo? Ya cesó.
Con un paso que yo dé,
Te salvo... Mas no podré
Verte luego.
Pel. ¿Cómo no?
Luz. Así el lance se gobierna.
¿Para qué lo he de explicar?
No vuelvas á conspirar :
Fia en la justicia eterna,
Y perdona generoso
Al que hace tu vida amarga :
Llega un dia en que descarga
Dios el brazo poderoso.
Siempre en la memoria ten
A Geroncio y al judío :
Te sacó infante del rio,
Y hoy te servirá tambien.
Pel. ¿Él á mí?
Luz. Cuando se oyere
La trompa, sal; pero sea
Vistiendo la ropa hebrea
De Azael.
Pel. ¡Madre!
Luz. Lo quiere
Tu madre.
Pel. No has de querer

Afrentarme.
Luz. Sufra en paz
Ese ominoso disfraz
Quien tomaba el de mujer.
Pel. ¡Ah! perdon. (*Confundido.*)
Luz. Yo te le pido,
Si te afligí por vencerte.
Sintiera mas que la muerte
Que te fueras resentido.
No lo estás: ¿no?—Ea: el plazo
Hasta vernos tardará
Mucho tal vez: bien será
Darnos el postrer abrazo.
Pel. Madre, ¡el postrero! ¿Qué dices?
¡Qué llanto!
Luz. Es de ánimos tiernos...
Cuando volvamos á vernos,
¡Seremos ya tan felices!
Pel. ¡Madre!
(*Llevando á su hijo hasta la puerta de la cortina.*)
Luz. Vé, y sígate en pos
La dicha en mar y campañas.
¡Pedazo de mis entrañas!
¡Luz de mis ojos! A Dios.
(*Éntrase Pelayo.*)
¡Protégele, cielo santo,
Que en mi corazon penetras!
Quiero trazar unas letras...
(*Llégase á un bufete y toma unas tablillas que hay en un azafate.*)
Voces de sold. (*Dentro.*) Entremos.
Luz. Vienen. El manto...
(*Coge un velo magnífico de otro azafate, y éntrase precipitada por el corredor, cubriéndose el rostro.*)

ESCENA VIII.

VITIZA, GERONCIO Y SOLDADOS, POR LA PUERTA PRINCIPAL: GERONCIO SALE EL PRIMERO, Y NO REPARANDO EN OTRA PUERTA QUE LA DE LAS CORTINAS, SE COLOCA DELANTE DE ELLA.

Sold. Entremos. (*Dentro.*)
Ger. (*Saliendo.*) No, parad.
Vit. Seguid.
(*Saliendo con los soldados.*)
Ger. (*Delante de la puerta.*) Detente,
Rey, en nombre de Dios.
Vit. Sufra el castigo
De su traicion Pelayo.
Ger. Es inocente.
Nunca fué partidario de Rodrigo.
Vit. Ellos le aclaman su caudillo á voces,
Y han roto de esa estancia las paredes
Para triunfar con él. Entrad veloces.
Apártate: no es tiempo de mercedes. [Pelayo.
Ger. ¡Princesa! ¿dónde estás? Salva á
(*Gritando.*)
Vit. Presentadme sus miembros por [despojos
Antes que salga Luz y en llanto rompa.
Ger. Mercenarios, atrás.
(*Tocan á la derecha la trompeta.*)
Vit. Sonó la trompa.
Libres de un enemigo están mis ojos.
Allí le han muerto.
(*Señalando la puerta del corredor.*)
Ger. ¡Oh Dios!
(*Éntrase en el corredor.*)
Vit. (*A un jefe.*) Ved si un desmayo
Tiene postrada á Luz: velen por ella.
Vamos tras esa turba que atropella
Los escalones de mi excelso trono.
A ninguno la vida le perdono.

ESCENA IX.

MERVAN, VITIZA, SOLDADOS.

Mer. Esto arrojó al caer.
(*Le da unas tabletas.*)
Vit. (*Mirándolas.*) Esto lo ha escrito
Luz: aquí la traicion me revelaba
Y la vida del hijo me pedia.
¿Cómo en esta mansion á Luz no advierto?

ESCENA X.

PELAYO Y CONJURADOS, POR LA PUERTA DE LA CORTINA; DICHOS.

Pel. Madre, venid, venid.
(*Gritando al salir.*)
Vit. ¿A quién has muerto?
(*Mirando atónito á Pelayo, y luego á Mervan.*)
Pel. Libertar á mi madre necesito:
Dámela, Rey, ó tu vivir acaba.
Vit. Dámela tú.

ESCENA ULTIMA.

GERONCIO, SOSTENIENDO A LUZ, HERIDA; DICHOS.

Ger. ¡Socorro!
Pel. ¡Madre mia!
(*Rodéanla y colócanla en una silla.*)
Mer. Me engañé.
Pel. ¿Quién te hirió?
Vit. ¡Dios me destruya!
Mer. Yo pensé al hijo herir en ese traje.

Ger. Por tu vida tu madre dió la suya.
(*A Pelayo.*)
Pel. ¡Qué has hecho! Deja que mi mano
Vit. ¿Tú fuiste?... (*A Luz.*) [ataje...
Luz. Sí; le amaba con delirio...
Le quise redimir... y á mi Favila
Permanecer leal.
Vit. ¡Oh qué martirio! [tila
Luz. Rey, yo muero: la sangre que des-
Mi seno maternal, paga merece.
Paz haya entre vosotros.
Vit. Tregua corta,
No paz á mis contrarios les prometo.
Huyan, si es que la vida les importa:
Ya en mí toda virtud desaparece.
(*Los conjurados dan muestras de querer retirarse.*)
Ger. Mirad al cielo y olvidad el mundo.
(*A Luz.*)
Luz. El cielo por mi labio moribundo
Te anuncia, Rey, tu porvenir completo.
Vit. Calla... (*Azorado y trémulo.*)
Luz. Concitarás odio profundo,
(*Con acento profético.*)
Y en tu dosel Rodrigo colocado,
Ni ojos te quedarán para que llores.
Vit. ¡Piedad!
Luz. Tus hijos á nacion extraña
Venderán su país.
Vit. ¡Ellos traidores! [cinado.
Mer. (*Ap.*) Ya está nuestro poder vati-
Ger. Ruegos aplaquen la celeste saña.
Luz. Hijo mio... tu madre te ha salvado...
Porque has de ser... el salvador de España.
(*Muere.*)

HONORIA,

DRAMA EN CINCO ACTOS EN VERSO

(PRIMERA Y SEGUNDA PARTE),

ESTRENADO EN EL TEATRO DEL PRINCIPE A 6 DE MAYO DE 1843.

PERSONAS.

HONORIA.
DESIDERIA.
JIMEN.
DON GARCILLAN.
EL DOCTOR ALMORAVID.
DON LOPE.
BONIFAZ.
DAMAS.
CABALLEROS.
EMBOZADOS.
CRIADOS Y CRIADAS.
PAJES.
ALGUACILES.
ALDEANOS Y ALDEANAS.
UNA HERMANA LEGA.
UN RELIGIOSO.

La escena es cerca de Sepúlveda, en Segovia, y en un pueblo inmediato.

La accion pasa por los años de 1468.

PRIMERA PARTE.

ACTO PRIMERO.

Bajada desde la ermita de San Julian, en el término de Sepúlveda, á la orilla del rio Duraton, que corre por entre una quebrada profundísima. Arboles, peñascos y matas por todas partes: del horizonte se ve muy poco.

ESCENA PRIMERA.

HONORIA, DESIDERIA.

(Honoria desciende con tristeza y lentitud una de las sendas que serpentean entre los peñascos; Desideria baja de puntillas por otra senda observando á Honoria, y al llegar á lo llano, la alcanza y le toca en la espalda.)

Hon. ¡Ay!
Desid. Te observé, te cogí:
Te vi registrar el árbol.
Hon. ¡Qué susto!
Desid. Bien cerca tienes
Agua, si te has asustado;
Limpio corre el Duraton,
Y traje en mi cesta vaso:
Beba y sosiéguese el ídolo
Del pueblo sepulvedano.
Hon. Déjate de chanzas.
Desid. Tú
Que conmigo te has criado
En San García, tú que hoy
Vives como yo al amparo
De doña Inés en Sepúlveda,
¡Te reservas de mí tanto!
¿Qué es esto, Honoria?
Hon. Cumplir
Un juramento sagrado.
Desid. ¿Juramento de callar?
No es delito quebrantarlo
Entre mujeres.
Hon. Hoy cesa
La obligacion; hoy el plazo
De mi silencio se cumple.
Desid. Auto en favor. Ea, vamos:
¿Para qué ha sido el hacerme
Levantar hoy tan temprano?
Hon. Para subir de las huertas
Fruta.
Desid. Y luego que llenamos
Las cestas, ¿no me has traido
Poco á poco paseando

Hasta San Julian? ¿no has hecho
Que entrara en el santuario,
Para que no reparase
Cómo en el hueco del álamo,
Que hay junto al pozo sin fondo,
Introducias la mano?
¿Qué buscabas allí?
Hon. Cosa
Que no hallé.
Desid. ¿No?
(*Poniéndose la mano delante de la boca, para que Honoria no la vea sonreirse.*)
Hon. Condenado
Vicio tienes de reirte
Cuando una está suspirando.
Descubre esa boca; y hagas
Burla ó no, véase claro.
Desid. Vaya en gracia. — ¿Y qué debias
Hallar? ¿papel ó regalo?
Hon. Papel.
Desid. ¿De un galan?
Hon. Galan
En todo.
Desid. Por muchos años.
¿Algun muchacho del pueblo?
Hon. Ni es del pueblo, ni es muchacho.
Desid. ¿Con que forastero?
Hon. Sí.
Desid. ¿Labrador?
Hon. No, cortesano.
Desid. ¡Oiga! ¿Un caballero?
(*Mordiéndose los labios.*)
Hon. Mucho.
Desid. ¿Rico?
Hon. Pobre.
Desid. ¡Ah! ya.
Hon. Soldado.
Desid. Y ¿á quién sirve, hoy que Castilla
Está dividida en bandos?
¿Al Infante don Alonso?
Hon. Al Rey don Enrique cuarto.
Desid. ¿Dónde has conocido tú
A ese hombre? ¿Cómo fué? ¿Cuándo?
Hon. Hace tres años, aquí.
Desid. ¿En sitio tan solitario?
Hon. Cuando recia enfermedad
En donde Inés se cebó,
Cuya incesante bondad
Desde siete años cuidó
Nuestra mísera horfandad,
Por ella el ánimo inquieto
A rogar aquí me trajo;
Pues trabajando á destajo
Muchas noches en secreto,
Del precio de mi trabajo
Gasté parte en cera, y pan
De ofrenda, y en el bolsillo
Guardé el resto con afan
Para echarlo en el cepillo
Del bendito San Julian.
Hecha con alma contrita
La humilde oracion al santo
De quien fiaba mi cuita,
Bajaba yo de la ermita
Vertiendo mis ojos llanto,
Y exclamé: — «¿Quién, quién ahora
Su amparo me prestará,
Si falta mi bienhechora?» —
Y oyóse una voz sonora
Que dijo: «No faltará.»
Mi pasmo llegó á su colmo.
Dar gracias al santo quiero;
Torno á subir el sendero... —
Y veo detrás de un olmo
Asomar un caballero.
Me habló; yo, sin escuchar,
Emprendí la senda abajo;
Siguióme; empecé á temblar;
Tomé entonces un atajo;
Mas él me vino á atajar.
Me ofreció en la senda inhiesta
Su apoyo; yo rehusaba;
Pero de instancia en respuesta,
Él ya la mano me daba
Desde el medio de la cuesta:
Mi susto cediendo fué
Al verle tan cortesano,
Y hasta llegar á lo llano,
Por hacer caso del pié,
Abandonéle la mano.
Dijo que con su bandera
Recorria la Castilla,
Y andando por mí en espera,
Me habia seguido fuera
De los muros de la villa.
Me llamó lucero y sol
Y cielo; yo le trató
De mentiroso y fistol;
Y el juró quererme, á fe
De caballero español.
Bien que nada le creí,
Dejé seguir el quillotro;
Rogóme volviese allí;
Respondí que no... y volví
Otro dia, y otro y otro.
La bandera al fin partió;
Él prometió que vendria;
Yo lo dudé, y él cumplió
Estando en la ermita el dia
Mismo que me señaló.
Y siempre le encontré lleno
De amor, libre de resabios
Marciales, tan noble y bueno...
(*Reparando en la accion de Desideria.*)
¡Eh! no te muerdas los labios

Al oir el bien ajeno.
— En suma : ¿á quién no interesa
Tanto y tan fiel testimonio
Del amor que se profesa,
Y mas con una promesa
Jurada de matrimonio?
La muchacha mas esquiva
Se rindiera : de mí sé
Decir que aunque no reciba
Mas nuevas de él, le querré
Siempre, siempre mientras viva.
Buena prueba ahora doy
De mi cariño profundo :
Tres años, que cumplen hoy,
Me mandó que á todo el mundo
Callara que amada soy ;
Pero si hoy amanecia
Y él no estaba en mi presencia,
Ni el álamo contenia
Papel que como solia
Justificara la ausencia ;
Pudiera yo revelar
Misterio tan escondido,
Y puesta al pié del altar
De San Julian implorar
Venganza de un fementido ;
Y tú ves que aunque me toca
Temer, pues á todo falta,
Me tiene de amor tan loca,
Que aun la duda que me asalta
No ha salido de mi boca ;
Pues juzgándole por mi,
Cuando me pregunto yo
Si volveré á verle aquí,
Por mas que el juicio que no,
Siente el corazon que sí.

Desid. ¡Amor bien encarecido,
Aunque un poco temerario!
Criónos una villana ;
Falleció sin declararnos
Nada del orígen nuestro ;
Que no hay entre las dos lazo
De parentesco, es lo solo
De que informadas estamos.
Recogiónos doña Inés,
Puramente por un rasgo
De piedad, en San García ;
Y aunque nos haya educado
Aquí luego cual pudiera
Perteneciéndola en algo,
« Las bastardas » es el título
Que la villa nos ha dado.
Bastarda, huérfana y pobre,
¿Son circunstancias acaso
Propias para que á nosotras
Nos quiera ningun hidalgo?
¿O pasas tú con el tuyo
Por nieta de don Pelayo?

Hon. Sabe que huérfana soy
Sin parientes ni allegados ;
No sabe mas : atenciones
Debidas á un tio anciano,
Dijo que le precisaban
A ocultar nombre y estado,
Y que por eso tampoco
Recibir queria en cambio
Mas noticias de mí.

Desid. ¡Qué!
¿Ni siquiera le has hablado
De las cajitas de acero,
Que á modo de relicario,
Cuadrada una, otra redonda,
En San García llevábamos?

Hon. Sí ; pero ya doña Inés
Nos las habia tomado
Cuando á Jimen conocí,
Y luego se las llevaron
Los soldados del Infante
Que entraron la villa á saco.

Desid. ¿Jimen se llama tu fiel
Y puntual enamorado?

Hon. ¡Puntual! — No me aflijas : tiempo
Queda para un desengaño.
Respeta á Jimen, cual yo
Respeto á ese desdichado
De Bonifaz, que te quiere.

Desid. ¿Bonifaz? ¿Le hago yo caso?

Hon. Es rico, es gran pescador...

Desid. No me echará un mentecato
El anzuelo á mí. Yo vivo
Sin amorosos cuidados
Muy feliz : nada me inquieta,
Nada deseo.

Hon. ¡Qué engaño!
¿Nada? Ya, ya.

ESCENA II.

BONIFAZ, CON CAÑA DE PESCAR, CHISTERA Y RED ; DICHAS.

Bon. ¡Desideria!
¡Honoria!

Hon. ¡Feliz hallazgo!
Tu galan.

Bon. ¡Qué par de truchas
Entrambas para mi plato!

Desid. ¿Entrambas?

Hon. Eso es hacer
A Desideria un agravio.

Desid. Bonifaz no sabe nunca
Lo que se pesca.

Bon. ¡Canario!
En querer pescarte á tí,
No anduve muy acertado,
No.

Hon. ¿Por qué?
Bon. ¿Por qué ha de ser?
Porque no muerde en gusano,
Ni entra en la red. ¡Si supieras,
Honoria, cuál me ha tratado
Ayer! Señor, que le den
Calabazas á un cristiano,
Vaya con Dios; pero, amiga,
Que le llamen ranacuajo
A uno, y chisgarabís
Y aguilucho de retablo
Por añadidura, ¡tiene
Escama! Renuncio á barbo
Con tantas espinas.
Desid. ¡Oiga!
Bon. ¡Qué manteo has estrenado
Tan garrido, Honoria! Ayer
Con el disgusto del chasco
No reparé; pero ¡vaya
Si te está pintiparado!
¿Sabes que me gustas? ¿Sabes
Que en tí venia pensando?
Desid. Honoria no piensa en tí,
Bonifaz.
Bon. Ya me hago el cargo.
Señor, sin que se eche el cebo,
No viene el pez; eso es claro.—
Antes que lo olvide, toma
Todo lo que hoy ha picado.
(*Dándole los peces que trae en la chistera.*)
¡Harto me picas á mí
Tú!
Hon. No, gracias.
Bon. O aceptarlos,
O creeré que me tienes
Tambien por un monicaco.
(*Echa los peces en la cesta de Honoria.*)
Chica, ya lo sabes, yo
Ni soy carne ni pescado;
Pero á hombre de bien no cedo
Ni al Rey don Gaspar el mago.
Si necesitas un dia
Novio, á falta de hombre honrado,
Aquí estoy yo. A Dios: me voy
Hácia el puente de Talcano:
Echaré la red á ver...
Y si alguna anguila atrapo,
Vuelvo y te la doy.
Desid. ¿Y á mí?
Bon. Linda pesca, á tí ¡cañazo! (*Vase.*)

ESCENA III.

DESIDERIA, HONORIA.

Desid. ¡Miren el mueble!
Hon. Ten, es
(*Echa los peces en la cesta de Desideria.*)
Tuyo de ley su regalo.
Desid. ¿Qué mas da que tú lo lleves?
¿Y sabes que ahora caigo
En que dice bien? Ningun
Traje tan bien te ha sentado
Como ese.
Hon. Tú lo elegiste
Para mí.
Desid. Visto despacio,
Parece mejor que en pieza.
Hon. Haré que me dejen dártelo,
Pues te gusta.
Desid. ¡Oh, no!
Hon. Con él
Agradará mas tu garbo
A Bonifaz.
Desid. Bonifaz,
Díme, ¿será el reemplazo
De Jimen, si no parece?
Hon. ¿Te han dado envidia las cuatro
Flores que me ha dirigido?
Desid. No; pero me pesa el trato
Que le hice sufrir ayer
En un momento de enfado.
Así es que deseo...
Hon. Sí,
Todo cuanto ves, llevártelo.
Mi manteo y mi obsequiante
Aquí se te han antojado
En un momento: convéncete
De que todos deseamos,
Y tú mas que nadie.

ESCENA IV.

JIMEN, DICHAS.

Jimen. ¡Honoria!
(*Saliendo por lo llano.*)
¡Honoria!
Hon. ¡Dios soberano!
¡Es Jimen!
Jimen. Sí, tu Jimen,
Sí.
Hon. No me has abandonado:
Ya soy feliz. ¡Ay! estaba
Con tu tardanza penando.
Jimen. Verás como no era mia
La culpa.
Hon. No es necesario.
Desid. (*Ap.*) Nació con ventura Honoria.
Jimen es mozo gallardo.
Retirémonos, no piensen
Que me propongo estorbarlos.
(*Apártase hácia el fondo, y poco despues se va por un costado.*)

ESCENA V.

HONORIA, JIMEN.

Hon. Ya del susto me desquito.
Jimen. ¿Dudaste que yo viniera?
Hon. No es mucho lo que quisiera
Quien no dudara un poquito;
Pero yo con vanagloria
Me decia sin cesar:
¿Ha de poder encontrar
Quien le ame como su Honoria?
Jimen. Sol mio, tengo tambien
El orgullo por mi parte
De que no supiera amarte
Ninguno como Jimen.
Ya podemos sin reserva
Tejer el lazo amoroso,
Y ser esposa y esposo.
Hon. Di señor y humilde sierva.
¿Cómo es...?
Jimen. Entre tantas vidas
Que hoy por toda la comarca
Lleva al sepulcro la parca,
De incógnito mal heridas,
La de mi tio el tributo
Pagó de la humanidad.
Hon. Es triste felicidad
La que ha de costar un luto.
¿Murió en Segovia?
Jimen. No obstante
Que allí es donde residia
Y tiene casa, seguia
Al Rey, cuya corte errante
De lugar en lugar anda;
Y así la incomodidad
Del viaje y su ancianidad
Le postraron en Aranda.—
Ahora ¿crees que quepa
Resistencia en doña Inés
A unirnos?
Hon. No; mas ya ves
Que es necesario que sepa
Tu condicion y apellido;
Y yo, á mi ver con justicia,
Deseara una noticia
Del tio que ha fallecido.
Jimen. ¿Oirás de disgusto absorta
Que era Conde?
Hon. Di primero:
¿Te dejó por heredero?
Jimen. No.
Hon. Pues entonces no importa.
Jimen. La riqueza ¿no te agrada?
Hon. Villana, es mala pareja
De Conde.
Jimen. Aunque no me aqueja
Por mí la codicia nada,
Yo quisiera engalanar
A la hermosura que adoro,
Con sederías del moro,
Con perlas del indio mar;
Yo quisiera en un bridon
Verla cabalgar, asida
En una mano la brida,
Llevando en otra un halcon;
Quisiera yo que con trajes,
De amor espléndido señas,
Sirviéranla en casa dueñas,
Fuera escuderos y pajes;
Que solo sobre tapetes
Pisara su pié gentil;
Que aspirara ella el abril
En esencias y en pebetes;
Que lo mas precioso y rico
Su camarin ostentase,
Y una princesa envidiase
Las plumas de su abanico;
En fin, quisiérate dar
Cuanta dicha se conoce,
Guardándome solo el goce
De vértela disfrutar.
Hon. Y á mí entre tanto oropel
Que te prenda imaginario,
Me afligiera de ordinario
La certidumbre cruel
De que cuanto mas empeño
El grande pone en brillar,
Tanto mas hace envidiar
Y padecer al pequeño.
Jimen. La suerte así lo dispuso.
Hon. Muerto ya el Conde tu tio,
¿Quién hereda el señorío?
Jimen. Una hija suya que expuso,
De la cual nunca saber
Quiso mientras que vivia,
Y cerca de la agonía
Se dignó reconocer.
Es su última voluntad
Que la busque y dé su hacienda,
Y en pago se me encomienda
A su generosidad;
Por lo cual voy con un juez
A que su partida apreste
A Segovia; y culpa de este
Fué mi tardanza esta vez.
Él á doña Inés visita
Ahora (es su conocido),
Y yo en tanto, conducido
Por mi amor, cumplo la cita.
Hon. ¿Luego esa vida opulenta
Que me desea tu amor,
Pende solo del favor
Dudoso de tu parienta?
Jimen. El heredero presunto
Del tio era yo; mas luego

Que supe de su hija, el ruego
Mio decidió al difunto
A no dejar despojada
A la huérfana infeliz,
Siendo ella por un desliz
De su madre, castigada.
Hay además un secreto
Que mi esperanza resguarde.
Hon. ¿Lo podré saber?
Jimen. Mas tarde.
Hon. ¿No ahora?
Jimen. No.
Hon. Me sujeto.
(*Con cierta repugnancia.*)
Jimen. Ya ves que si mi leal
Porte la heredera estima...
Hon. ¿Qué deudo teneis?
Jimen. Es prima
Mia.
Hon. ¿Qué prima?
Jimen. Carnal.
Hon. ¿La tratas?
Jimen. ¿Cómo he podido?
Aun no la conozco.
Hon. ¿Sientes
Que seais los dos parientes
En un grado prohibido?
Jimen. ¡Qué temores!
Hon. No son raros,
Porque el secreto me agita.
Gracias que la Condesita
Y tú no podeis casaros.
Jimen. ¿Casarnos? En ley cristiana
Eso no pudiera darse:
Lo mismo es para casarse
Una prima que una hermana.
Hon. Cierto: á un Rey que haga consorcio
Con deuda, si se divulga,
Su santidad le excomulga,
Como resista el divorcio.
Jimen. Esto al caso no nos hace,
Pues antes de ir á encontrar
A mi prima, he de ajustar
Con doña Inés nuestro enlace.
¿Quieres mas?
Hon. No me atrevia
Tanto como eso á pedir.
¿Adónde tienes que ir
Por tu prima?
Jimen. A San García.
Hon. ¡Cómo! ¿á la villa de fama
Por sus lindas hijas?
Jimen. Sí:
Paso por Segovia.
Hon. Di:
Tu prima ¿cómo se llama?
Jimen. Flor.
Hon. No es nombre conocido
En el pueblo que has citado.
Jimen. ¿Cómo sabes....?
Hon. Me he criado
En él, y acaso he nacido.
Jimen. ¡Dios mio! ¡Qué duda estalla
En mi pecho! Tranquiliza
Mi afan: tu madre ó nodriza
¿Cómo se llamaba?
Hon. Olalla.
Jimen. ¿Ruiz?
Hon. Sí.
Jimen. ¡Cielos! En poder
De una Olalla Ruiz estaba
Mi prima Flor.
Hon. ¡Qué! ¿cuidaba
De tu prima esa mujer?
Jimen. ¿Y tu orígen es incierto
Tambien?
Hon. Nada sé de mí.
Jimen. La nodriza...
Hon. La perdí
A los siete años.
Jimen. ¿Ha muerto?
¿Sabes si hay algo escondido
En la caja ó medallon
Que....?
Hon. Para mas confusion,
Esa caja se ha perdido.
Jimen. ¿Será tal nuestra miseria....?
Hon. ¡Oh! se ha criado tambien
Conmigo otra jóven.
Jimen. ¿Quién?
Hon. A verla vas. — ¡Desideria!
(*Llamando.*)

ESCENA VI.

DESIDERIA, Dichos.

Desid. ¿Qué ocurre?
Hon. Por Dios, responde
A una duda que se ofrece.
Una de las dos parece
Que ha de ser hija de un Conde.
Jimen. Del Conde de Valabril.
Desid. ¿Una?
Hon. Sí.
Desid. ¿Hija... natural?
Jimen. No.
Desid. ¿Legítima?
Hon. Sí tal.
En nuestra edad infantil,
¿Recuerdas te hayan contado
Algo que deje á entender
Cuál de entrambas puede ser
La heredera del condado?
Siempre á nuestra guardadora
Distinciones mereciste

Que yo no, y además fuiste
Siempre mas observadora.
Jimen. Decid, que nos interesa
Infinito...
Desid. Sentiria
Dar pena á quien le vendria
Mejor que á mí lo condesa.
Jimen. No obstante...
Hon. Di.
Desid. Yo imagino
Que Honoria, si lo olvidó,
Recordará se me dió
Siempre á mí el traje mas fino.
Jimen. ¿Es verdad?
Hon. Sí. [ello
Desid. Que, aunque de
Nada se infiera quizás,
Yo no la he puesto jamás
Las manos en el cabello;
Y ella, que me sobrepuja
En todo, hizo mi tocado
Siempre, y aun este labrado
(*Señalando el colchado de la camisa.*)
Lo debo á su hábil aguja.
Hon. No hay duda.
Jimen. Es otra señal...
Desid. El recuerdo que no exijo,
Pues Olalla no lo dijo
A mi amiga servicial,
Es el de una rara especie
Que yo te debí encubrir,
Por ser mal hecho afligir
A persona que se aprecie;
Y porque la confidencia
Se me hizo en tan corta edad,
Que pude, por vanidad
O por mala inteligencia,
Sufrir equivocacion
Que seria de interés,
Y mas si entendí al revés
Quizá la revelacion.
Jimen. ¿Y es....? [dora...
Desid. Que una... goberna-
Me dió á luz.
Jimen. ¿Fué...?
Desid. Burgalesa.
Hon. ¿Y á mí?
Desid. Decirlo me pesa.
Una renegada ó mora.
Hon. ¡Mora! (*Aterrada.*)
Jimen. ¿Y qué?—En Burgos nació
(*A Honoria.*)
La Condesa, allí mi tio
Fué gobernador. Bien mio,
No somos primos tú y yo.
Hon. Seré morisca.
Jimen. Blasones
Para los dos mi nobleza
Tiene: la mejor limpieza
De sangre son las acciones.
Desid. Pero...
Jimen. Ven, que á doña Inés
Voy á demandar tu mano.
(*Tomando de la suya á Honoria y partiendo ambos.*)
Hon. Ella nos dirá...
Desid. Es en vano:
Ella...
Hon. Ven. (*A Desideria.*)
Desid. Oid.
Jimen. Despues.
(*Vanse Honoria y Jimen.*)

ESCENA VII.

DESIDERIA.

Satisfagan su capricho;
Pregunten sobre el asunto
A doña Inés, que por junto
Sabe lo que yo le he dicho.—
Id con Dios, primo Jimen.
Sí, porque se me figura
Que la Condesa futura
Soy yo.—Pues, señor, muy bien;
Por fin el deseo ardiente
Aquel, que me mortifica
Siempre que miro una rica,
Se me cumple de repente.
Voy á heredar un condado,
Luciré joyas y galas,
Tendré en magníficas salas
Mi habitacion y mi estrado;
Pero por mas que me sobre
Todo en el fausto que espero,
No tendré yo un caballero
Que me haya querido pobre.
De modo que comparando
Suerte con suerte, en rigor
Honoria con el amor
De Jimen, sale ganando.
¡Ojalá ella la heredada,
Y yo la querida fuera!—
De cualquier modo sintiera
No ser condesa y amada.
Es dura cosa en verdad
Dos bienes apetecer,
Y venir á poseer
Solamente la mitad.
Unica dueña me veo
(*Saca de la faltriquera dos medallones de acero, uno cuadrado y otro redondo, pendiente cada uno de un cordon ó cinta.*)
De estas prendas tan buscadas,
Que cogí y di por hurtadas

En el dia del saqueo.
Deseaba yo inquirir
Lo que hay dentro, y no he sabido
Nada: no las he querido
Romper, ni las pude abrir,
Ni á un artífice fiar
Para tal operacion,
Pues por ellas un pregon
Hizo doña Inés echar.
Humana persona sabe (*Sonriéndose.*)
Nada sobre el nacimiento
De las dos; si no presento
Los medallones, no cabe
Justificar en rigor,
Porque yo lo diga y crea,
Cuál entre Honoria y yo sea
La Condesa doña Flor.
¡Pobre Honoria! en tal enredo
No se podia casar.
¡Buen chasco se iba á llevar!
Ya; pero entonces no heredo;
Y fuera el abrir la puerta
A tan malignos antojos
Sacarme yo entrambos ojos
Por dejar á Honoria tuerta.
Haré con habilidad
Que parezcais de contado,
¡Malditos! que habeis burlado
Toda mi curiosidad...

(*Da enojada contra una peña un golpe á uno de los medallones, que tiene asidos de las cintas, y el medallon se abre. Dentro hay un papel doblado, que toma con una mano, mientras que conservando en la otra el medallon, examina su mecanismo.*)

¡Ah! rompí el medallon.—Pero
No. ¡Qué dicha! no está roto.
Cedió el muelle, y segun noto,
Se abren por el asidero.
Ya puedo salir de afanes.
Leamos este papel. (*Lee.*)
¿Qué descubro?—¡Suerte infiel!
¿Soy esta yo? A Dios, mis planes.—
Viene gente. ¿Los escondo?
No: me infaman: abismarlos
Debo. Sí, voy á arrojarlos
Dentro del pozo sin fondo.

(*Sube precipitadamente la senda que guia á la ermita.*)

ESCENA VIII.

HONORIA, JIMEN, DON GARCILLAN; LUEGO, DESIDERIA.

Hon. Vereis á mi compañera
De suerte.
Jim. Don Garcillan,
Habladla vos como juez,
Y decidnos qué pensais.
Gar. Hasta ahora nos hallamos
En profunda oscuridad.
Visito á doña Inés hoy;
Ella, como es natural,
Adónde voy me pregunta;
Principioselo á contar,
Y averiguo con asombro
Que aquí la huérfana está
Que en San García los dos
Entendiamos hallar.
Por eso venia á daros
Cuenta de la novedad.
Hon. ¡Desideria!—¡Ah! ya la veo.

(*Al tiempo que Honoria la llama, aparece Desideria en lo alto de la senda, y baja.*)

Baja pronto.
Garc. Os es fatal
La pérdida de las cajas.
Doña Inés no sabe mas
Que esos indicios que ahora
De descubrir acabais.
Hon. Ven, Desideria.
Desid. Señores,
¿Qué me teneis que mandar?
Garc. El Conde de Valabril,
Señora, (Dios le dé paz)
Figurándose una ofensa
Contra la fe conyugal
(Que luego tuvo al morir
Por una ilusion falaz),
Cuando su esposa murió,
De su casa hizo lanzar
Una hija nacida á costa
De la vida maternal.
Una tal Olalla Ruiz
Encargóse de criar
La niña; y dudoso el Conde
Entre cólera y piedad,
A esa mujer un papel
Dió, guardando copia igual,
Que á la huérfana proscrita,
Si en su estado de humildad
Importaba conocerla,
Sirviese de credencial.
Hoy la expósita su nombre
Y herencia va á recobrar.
Yo tengo el traslado, falta
El escrito original;
Vos, que, segun se me dice,
(*A Desideria.*)
Con algun dato contais
Para presumiros hija
Del Conde don Sebastian,
Dignaos manifestarme

Cómo lo habré de buscar,
Y decidme todo cuanto
Pueda servir además
Para que pronto se os pueda
Por Condesa saludar.
Desid. Ignoro si en San García
Luz mayor daros sabrán
Personas que con Olalla
Mantuviesen amistad;
Lo que yo sabia, téngolo
A doña Inés dicho ya,
Y aun eso con el temor
De poderme equivocar.
Jimen. ¿Nunca os mostró ese papel
(*A las dos.*)
Olalla?
Desid. Nunca.
Hon. Jamás;
Recuerdo sí que mil veces
Nos ha dicho á cada cual
Que ella misma fué quien hizo
Las dos cajitas labrar,
Y que bien que no tuviesen
Ningun valor material,
Nos importaba muchísimo
Guardarlas. Es de pensar
Que cuando nuestra nodriza
Les daba importancia tal,
Contendrian los papeles
Que hacen falta.
Desid. Es regular;
Pero los hemos perdido;
Tal vez no parecerán,
Y este misterio sin ellos
Difícil es de aclarar.
Garc. Y vos ¿podeis acordaros
Con toda seguridad
De lo que Olalla os decia
Buen número de años há?
Hon. ¿Te dijo que era mi madre
Mora?
Jimen. ¿Lo podeis jurar?
Desid. Hasta ahora lo creí;
Mas como vos observais,
Siete años tenia entonces,
Y pude entenderlo mal:
Aventurarme á jurarlo
Fuera una temeridad.
Jimen. Me parecísteis mas cierta
Antes.
Hon. ¿Te vuelves atrás
De lo que has dicho?
Desid. ¿Apeteces
El orígen musulman?
Hon. Jimen no repara en ello.
Jimen. Moros bien hidalgos hay.
Hon. Peor que la sangre mora
Es la consanguinidad.
Jimen. A San García es forzoso
Partir.
Garc. Hay que pregonar
Los medallones.
Desid. Ya se hizo:
¿Quién sabe dónde estarán?

ESCENA IX.

BONIFAZ, DESCALZO DE PIERNA; DICHOS.

Bon. Desideria, Honoria...—Guarde
Dios á todos.
Desid. Bonifaz
(*A don Garcillan y Jimen.*)
Es un amigo.
Bon. Un amigo,
Sí, que os viene á regalar,
Entregando á cada una
De su pesca la mitad.
Hon. Eh, déjanos.
Bon. A otro dia
Despues del saqueo, Blas
El pregonero anunció
Que os importaba cobrar
A toda costa unos dijes
Perdidos.—¿Os acordais
De las señas?
Hon. Demasiado.
Desid. ¿Y qué?
Bon. Os voy á aturrullar.
Frente al desembocadero
De un copioso manantial
Acabo de echar la red;
Y al ir tentando, mirad,
Envuelta con unas ovas,
¡Qué pieza vine á sacar!
(*Saca de la chistera los dos medallones.*)
Desid. ¡Los medallones!
Hon. ¡El mio! (*Tomándolo.*)
¡El tuyo!
Jimen. ¡Oh felicidad!
Garc. ¿Es posible?
Desid. Pero ¿cómo
Irian allí á parar?
Bon. El caso es que no se cria
Ova en aquel arenal,
Y la que traian era
Del pozo de San Julian.
Hon. ¿Del pozo sin fondo?
Bon. Así
Lo llaman por ignorar
Todos que no se le encuentra
Fondo, porque es un canal
Inclinado que recoge
Varios hilos de agua, y va

Con ellos dentro del rio
Justamente á desaguar
Donde esas prendas hallé.
A mi ver, si algun secuaz
Del Infante las robó,
Las ha debido arrojar
Allí arriba. (*Señalando hácia la ermita.*)
Hon. ¡Ah! me has salvado.
Gracias.
Desid. (*Aparte.*) Me perdió.
Hon. (*A don Garcillan.*) Tomad.
Este es el mio: rompedlo.
Garc. Sé yo abrirlos.
Bon. (*A Desideria.*) ¿No me das
Gracias tú?
Desid. ¿No se podia
Por ahora dilatar
El registrarlos?
Hon. No.
Jimen. No.
Garc. Decid solo, si gustais,
Cuál es vuestro y cuál de Honoria.
Hon. ¡Qué! no hay posibilidad
De trocar uno por otro,
Porque nos desmentirán
Doña Inés y mil testigos:
El redondo es propiedad
De Desideria, el cuadrado
Mio.
Desid. ¿Quién lo ha de negar?
Es público.
Hon. Abrid.
Garc. (*Abre el medallon.*) Hay dentro
Un papel.
Jimen. Él nos dirá...
Hon. Leed.
(*Garcillan lo desdobla y lee.*)
Bon. (*Aparte.*) Mi pesca produce
Sobrada curiosidad.
Desid. ¡Qué ansia! (*Aparte.*)
Jimen. ¿Es lo que se esperaba?
Hon. Oigamos.
Desid. (*Aparte.*) ¡Estoy mortal!
Garc. (*Lee.*) «La niña que lleva este papel por señal, que le será puesta al cuello dentro de una caja de acero de figura cuadrada, es doña Flor, hija de la Condesa de Valabril doña Florentina Giron.»
Jimen. ¡Mi tia! (*Aterrado.*)
Hon. ¡Qué oigo! (*Idem.*)
Bon. ¡Hija Honoria
De un Conde!
Hon. ¿No os engañais?
(*Dando el papel á Honoria.*)
Garc. Leed.—Y la nota tiene
Completa conformidad
Con la del Conde.
Jimen. (*A Honoria.*) ¿Sospechas
Que hayan podido trocar
Esa seña?
Desid. Se la he visto
Desde su mas tierna edad.
Hon. Es cierto; mas no es posible
Que sea tan principal
Mi cuna. Abre tú esa caja. (*A Desideria.*)
Jimen. No tengais dificultad
En permitirnos...
Desid. Pudiera
Negarme; mas por sacar
A Honoria de dudas... Ten.
(*Abre el medallon redondo, saca el papel y dásele á Honoria.*)
Hon. (*Lee.*) «Por este papel, que yo Olalla Ruiz he mandado escribir y guardar dentro de una caja redonda de acero, será conocida Violante, hija natural de una señora cuyo nombre me está prohibido revelar, la cual ahora vive en tierra de moros.»
Desid. Ya ves: hija natural
Y acaso morisca soy,
Si confundí la verdad
De lo que Olalla me dijo,
Como se debe pensar.
Hon. Luego nosotros...
Garc. Señora,
Vos, segun esta señal,
Si otra no le quita fuerza,
Sois doña Flor de Guzman,
Condesa de Valabril.
Desid. Condesa, y prima carnal
De don Jimen.
Jimen. ¡Primo suyo!
Hon. ¡Dios mio! ¡piedad! ¡piedad!
(*Déjase caer abatida sobre un césped.*)
Jimen. ¡Honoria mia!
Garc. ¡Infelices!
Bon. Desideria, este galan (*Ap. á ella.*)
Se aflige, Honoria tambien;
¿Por qué les sienta tan mal
La condadura á los dos?
Desid. Por una calamidad.
Son primos los dos, se quieren,
Y no se pueden casar.

ACTO SEGUNDO.

Sala en casa de los Condes de Valabril, en Segovia.

ESCENA PRIMERA.

DESIDERIA, CON UN RICO TRAJE DE DAMA; BONIFAZ.

Bon. ¿Con que no está?
Desid. Debe pronto
Volver.
Bon. ¡Oh! pues yo sin verla,
No me voy.
Desid. ¿Y qué me dices
Del lujo, de la grandeza
De esta casa?
Bon. Que no habrá
Así ni media docena
Aquí en Segovia.
Desid. La Infanta
Doña Isabel y la Reina,
Que hoy se hallan en la ciudad,
Seguro que no se hospedan
En palacio mas magnífico.
Bien puede vivir contenta
Con su estado Honoria... digo,
Mi señora la Condesa.
Bon. ¿No lleva el nombre de Flor?
Desid. Ella, como yo, conserva
El del pueblo: habia sido
Confirmada con él, suena
Bien, es algo singular
Y mil dichas le recuerda,
Y, es claro, le gusta.
Bon. ¿Cómo
Logró la reconocieran
Condesa de Valabril?
Desid. Porque nació con estrella,
Nada mas. En San García
No se halló ninguna prueba
Del nacimiento de Honoria;
Y tan solo por la seña
Del medallon y el papel,
Se le abandona la herencia.
Jimén, que es el inmediato
Pariente, abogó por ella:
Ningun juez peca de rígido
Si están las partes contentas.
Bon. Pues, amiga, ese es un rasgo
Nada comun de nobleza.
Desid. ¡Simple! Eso es amor.
Bon. ¿Qué gana
Jimen si su prima hereda?
Ella se puede casar,
Menos con él, con cualquiera.
Desid. No se casará; no hay miedo.
Bon. Si quiere, ¿quién se lo veda?
Desid. Hay dos estorbos: el uno,
Que ella tambien sigue muerta
Por Jimen.
Bon. ¿Y el otro estorbo?
Desid. El otro es cosa secreta.
Bon. Quedo enterado: es razon
Que hace muchísima fuerza.
Desid. El Conde de Valabril
Fundó un convento: ¿creyeras
Que me parece que en él
Ha de ocupar una celda
Honoria?
Bon. Mas natural
Es que se quede soltera,
Si quiere al primo.
Desid. Pues no:
Me alabo yo de profeta.
Bon. ¿Y qué tal hace de dama
Honoria?
Desid. Bien mal: no acierta
A comprender que en su clase
Todo el mundo tiene puesta
La mira; y así comete
Gravísimas imprudencias.
Bon. Vaya, ¿qué sucede?
Desid. Yo
Soy de Honoria compañera,
Soy (puede decirse) hermana
Suya, segun me contempla;
Y me desazona mucho
Cuando hay aquí concurrencia
O asistimos al alcázar,
Oir tantas indirectas,
Y aun tantas acusaciones
Formales, con que se afea
Que vivan en una casa
Ella y Jimen, que no niegan
Tenerse inclinacion. Esto
Da lugar á mil sospechas,
Injustas, pero que ofenden
A su crédito.
Bon. ¡Pamema!
Si dan en decir que yo
No sé coger una tenca,
Y traigo todos los dias
Rebosando la chistera,
¿Qué importa? Pesque yo bien,
Y hablen de mí lo que quieran.
Desid. Ellos están casi siempre
En una sala; en presencia
De la familia hablan bajo;
Comen juntos, juntos cenan;
El sale poco, sin él
No pisa las calles ella;

Pero en todo esto no hay ápice
De malicia : ligereza,
Imprevision, sí : es muy poco
Previsora la inocencia.
Bon. Ya, ya : libre está que tú
Imprevisiones cometas.
¡Pobre Honoria! Lo que extraño
Yo mucho es que andando en lenguas
Su fama, la trate nadie.
Desid. Y aun en casa la festejan
Los que fuera la murmuran.
Bon. ¿Y á tí?
Desid. ¿A mí? Nadie se acuerda
De mí.
Bon. ¿A que sí?
Desid. ¿No ves que otra
Toda la atencion se lleva?
Bon. Entonces, ¿por qué rehusas
Mis amorosas ofertas,
Mujer?
Desid. Te lo he dicho ya :
No gusto de hombre que pesca.
Bon. El melladoncito es
El pez que se te indigesta.
¡Rencorosa!
Desid. ¡Yo!
Bon. ¡Envidiosa!
Desid. ¿Yo envidia? Pues á tenerla,
¿Viviera yo aquí?
Bon. (*Reflexionando.*) Es verdad...
En parte : ajustemos cuentas.
Eres pobre, y sin embargo
Me das calabazas; dejas
A doña Inés que te trata
Como hija predilecta,
Y te vienes aquí, donde
Eres casi una sirvienta.
¡Huy, huy, huy! no puede estar
La maula mas descubierta.
Desid. ¡Qué aprension...!
Bon. Siempre pecaste
De ambiciosa y altanera.
Desid. ¡Bonifaz!
Bon. Sí tal : si vives
Con tu amiga...
Desid. Es por quererla.
Bon. Sí, por quererle quitar
Su amante.
Desid. (*Con rabia.*) Infeliz!
Bon. ¿Te quemas?
Otra señal.
Desid. Calla, calla,
Te digo.
Bon. Porque padezca
Honoria el dolor de ver
Que con toda su opulencia
No puede quitarte el gusto
De inspirarla zelos, fueras
Tú capaz de enamorarte
De un forzado de galera,
De un judío, hasta del hijo
De la hija de mi abuela.
Desid. Bonifaz, oye.
Bon. Soy sordo.
(*Yéndose.*)
A Dios.
Desid. Ven.
Bon. No me detengas.
Desid. Dime...
Bon. Dime tú, si quieres
Que algun favor te agradezca,
Dónde tiene su posada
Don Rui-Beltran de Valera.
Desid. Pues¿qué...?
Bon. Le traigo unos pliegos.
Desid. ¿De quién?
Bon. No sé de quién sean.
Desid. Te aconsejo...
Bon. ¿No respondes?
Desid. Usa de alguna reserva
Para hablar con él.
Bon. ¿Me dices
Dónde vive?
Desid. Es que se arriesga...
Bon. ¡Dale!
Desid. Se asegura...
Bon. ¡Torna!
Desid. Y es fácil que piensen...
Bon. ¡Vuelta!
(*Vase.*)

ESCENA II.

DESIDERIA.

Vaya bendito de Dios,
Pues no quiere que le advierta
Que acusan á Rui-Beltran
De seguir correspondencia
Con el Infante, y espian
A cuantos con él conversan.—
¿Pudiera hacer ese estúpido
Con su informe, que resuelva
Doña Inés mandar llevarme
A Sepúlveda? ¿Partiera
Yo? Jamás, y eso que todo
Aquí, todo me atormenta.—
Persuadiré á Bonifaz. —
Jimen y su prima llegan.

ESCENA III.

HONORIA, JIMEN, UNA CRIADA, DESIDERIA.

Hon. Sí, sí : que con todo espacio
(*A la criada..*)

Venga Bonifaz: me agradan
Sus visitas... cual me enfadan (*A Jimen.*)
Las de convento y palacio.
(*La criada quita á Honoria el velo y se retira.*)
A la Infanta y á las monjas (*A Desideria.*)
Vimos.
Desid. ¿Y á la Reina?
Hon. No:
Un palaciego salió,
Y en medio de mil lisonjas
Dijo que á su alteza era
Imposible recibirme;
Que enviaria á decirme
Cuándo, y su silla ó litera
Para ir.
Jim. Don Lope de Utiel
Fué.
Desid. ¿Te recibió la Infanta
Bien?
Hon. ¿Pues no? si es una santa
Princesa doña Isabel:
Admira al mozo y al viejo
Su virtud y discrecion.
Jimen. Deja esa conversacion.
Hon. Se acabó, Jimen, la dejo.
Desid. Si otra de mas importancia
Vais á emprender...
Jimen. Sí, de mucha.
Desid. Me voy: hablad sin escucha.
Jimen. No, no salgais de la estancia.
Desid. ¿Les habrá dado materia
(*Aparte desviándose á un lado.*)
De disgusto la visita?
Hon. Jimen, ¿qué hay?
Jimen. (*En voz baja.*) Honoria, evita
El hablar con Desideria
Sobre aquella indicacion
De la Infanta.
Hon. Y yo ¿qué pierdo
Con que lo sepa? Recuerdo
Enterita la expresion.
« Ya que no teneis malicia,
Dijo, portaos de modo
Que como yo, el pueblo todo
Tambien os haga justicia. »
Jimen. Pues tiene su fundamento
Advertencia tan enfática.
Recuerda luego ¡qué plática
Sufrimos en el convento!
Hon. Estuvo la madre Cruz
Aun mas cansada que estila,
Con la eterna retahila
De: « Dios os preste su luz,
Preservéos de toda mengua
Su santo conocimiento,
Y libreos de un juramento
Falso, y una mala lengua. » —
Pero, señor, porque habito
Contigo, ¿pueden culparnos?
Habernos amado, amarnos,
¿Es por ventura delito?
(*Desideria se retira.*)
Jimen. Y dime, ángel de candor,
¿Piensas que el mundo comprende
Cómo á entrambos nos defiende
Nuestro amor del mismo amor?
A una pasion permitir
En nuestro pecho la entrada,
Y por una ley sagrada
Tenerla que reprimir,
Y hacer en bárbara guerra
Que el rebelde corazon
Arrojara la porcion
Que le prestaba la tierra,
¿Es tan fácil sacrificio,
Que posible se contemple
Por espíritus de temple
Medio entre virtud y vicio?
No: palma tan meritoria
La negarán suspicaces
Cuantos fueren incapaces
De imitar nuestra victoria.
Hon. ¿Qué importa si yo la via
Del bien impávida sigo,
Y tengo á Dios por testigo
Y á mi conciencia por guia?
No repitas el capítulo
De cargos que refuté
Al tiempo que recobré
Mi condicion y mi título.
Dijiste que á no habitar
Los dos casa diferente,
Iba en nuestra fama el diente
La murmuracion á hincar;
Y de modo asegurarme
De su garra pretendiste,
Que sin compasion quisiste
De tu presencia privarme.
Sin fruto, pues no hay poder
Con que al vulgo restringir,
La libertad de mentir,
Ni el deleite de morder.
Desideria ó Garcillan
Nuestro afecto revelaron,
O mas bien lo publicaron
Nuestros ojos sin guardian;
Y así resistí y resisto
A tus ruegos sempiternos:
Cuanto perdamos de vernos,
Ha de dársenos por visto.
Dichosa yo en tal estado,
Seguir en él me propongo:
El honor tuyo, supongo
No será mas delicado.
Jimen. ¿Y es justo, siendo mentira,

Exponerme á ocasionar
Que me puedan achacar
Una interesada mira?
Hon. ¿Cuál?
Jimen. Pensarán que dependo
De tí.
Hon. ¿Y bien?
Jimen. Que mi hospedaje
Se parece á un pupilaje.
En fin...
Hon. ¿Eso irán diciendo?
Toléralo, aunque batalles
Con tu honradísimo orgullo,
Como sufro sin murmullo
Que aquel secreto me calles.
Y al fin, si tendrán razon.
Sí tal: yo no lo recato:
Por sujetarte, dilato
Hacerte una donacion.
Si yo te enriquezco, dejas
De verme diariamente;
Y aun veo, si habla la gente,
Que de Segovia te alejas.
La oferta testamentaria
Que abandonó á mi querer
Mi buen padre, es menester
Que te sea necesaria.
No lo es aún: ten paciencia.
Si precisa la contemplo,
Si te casas, por ejemplo,
Cesará tu dependencia.
Jimen. ¡Yo casarme, Honoria! Arguyo
Que olvidas lo que juré.
Yo solo me casaré
Por gusto y servicio tuyo.
Hon. Yo de tu promesa en pos,
Yo en premio de ella, me obligo,
Ya que no viva contigo,
A guardarme para Dios;
Y si violencias ó dolo
No me hacen la vida amarga,
Solo la codicio larga
Para existir por tí solo.
Imítame tú á despecho
De necios ó maldicientes:
Si de ellos herir te sientes,
Huye y ven bajo este techo
Que por asilo seguro
La paz doméstica elige:
Aquí la virtud erige
Aras al afecto puro.
Puro, sí; que destinadas,
Jimen, nuestras almas fueron
A unirse; y cuando se vieron,
Una á otra desaladas
Se vinieron á arrojar;
Y al ceder su amor fogoso,
La amistad forma el reposo.
En que han debido parar.
Hay sobre el piso convexo
Que forma el globo terrestre,
Hay quien por obra demuestre
Que no tiene el alma sexo.
Y si al girar en sus gonces
Por tí la puerta del ser
Nacieras cual yo mujer,
Lo mismo te amara entonces.
Así mi pecho se ufana
De sentirse palpitante
Con la viveza de amante,
Con la blandura de hermana.
Jimen. Basta ya, luz de los ojos
Que en tí se ceban sedientos:
Tú elevas mis pensamientos,
Cobardes antes y flojos.
Ceda el pundonor mundano
A virtud mas eminente:
Cuando contemplo tu frente,
Cuando te estrecho esta mano, (*Bésasela.*)
¿Cómo entrar en tu mansion,
Cómo llegar á mi oido
Pudiera el sordo zumbido
De la voz de la opinion?
En tal bienaventuranza,
En este goce inefable,
Si el corazon insaciable
Algo á pretender alcanza,
Seria mi único anhelo,
Por no ver mi bien cesar,
Morir en él para entrar
Desde un cielo en otro cielo.

ESCENA IV.

DESIDERIA, HONORIA, JIMEN.

Desid. Perdonad la distraccion
Que á causaros he venido.
Don Lope Utiel me ha pedido (*A Jimen.*)
Que os diga si la atencion
Tendreis de oirle un instante.
Jimen. ¿Don Lope?
Hon. Vé con presteza;
Quizá le envía su alteza.
Desid. Con recado terminante
De la Reina viene.
Jimen. Acudo
A saber qué se nos manda.
Hon. Sí, no te detengas, anda.
(*Vase Jimen.*)

ESCENA V.

DESIDERIA, HONORIA.

(*Va anocheciendo.*)

Desid. Semblante menos ceñudo
Te advierto ya. ¿Se disipa
La seriedad que trajiste?
Hon. Cualquiera pesar de un triste
Mengua si se participa...
Desid. Con un primo: ya.
Hon. Un asunto
Quisiérate consultar
Que dejamos por tocar.
Desid. Sí, nunca salís de un punto.
Hon. Se trata de la persona
Que para ser abadesa
Debo designar en esa
Fundacion, como patrona.
Tú que á las monjas conoces
Cual yo, pues las has tratado,
¿Propusieras al prelado
A la madre Ana Quincoces?
Desid. Para gobernar se pinta
Sola en su cargo interino;
Sin embargo, yo me inclino
A otra eleccion muy distinta.
Cuando una comunidad
Se funda, siempre se cuenta
Con que hija, amiga, ó parienta
Se lleve esa dignidad:
Y no faltará en Segovia
Muy á propósito alguna
Que, bien porque la fortuna
La destituyó de novia,
Bien porque á las repetidas
Voces del Señor atienda
Solícita, y ser pretenda
Una de las escogidas,
Tomará de buena gana
Por la prelacía el velo,
Y desplegará mas celo
Que puede una pobre anciana.
Una jóven hermosura
Capaz de amar con ardor
Su deber y al Criador
En vez de la criatura,
Me parece en sí juntar,
A lo que puedo entender,
Cuanto cabe para hacer
Una prelada ejemplar.
Hon. Lo mismo digo; y no es cosa
De dejar que me la roben,
Si sabes de alguna jóven
Así, para religiosa.
Desid. Tal vez.
Hon. ¿Quién es?
Desid. Por las señas,
A quién aludo verás.
Hon. Di el nombre.
Desid. Tú lo dirás.
Hon. Señala, ya que te empeñas.
Desid. Es una que goza el don
De una extrema candidez,
Y á la moral rigidez
Debe una satisfaccion.
Hon. ¿Una muchacha?
Desid. Pues: una
Que, por esa tiranía
Del qué dirán, deberia
Acordarse de su cuna.
Hon. Ya.
Desid. Pues; una que al abrir
Los ojos, verá espantada
Que está de escollos cercada
De que no puede salir;
Que al mar que la asalta rudo
Soltó ella el soplo del austro;
Que solo la salva un claustro;
Que... ¿Sabes á quién aludo?
Hon. Amiga, el rumbo perdí
En la borrasca alegórica.
Declárame sin retórica
Si tratas quizá de tí.
Desid. ¿De mí? Llevo una leccion
Que en verdad no la esperaba:
Creí que te retrataba
A tí, faccion por faccion.
Hon. ¿Quién me impone á mí el deber
De entrar en un monasterio?
¿Por qué culpa? Esto es ya serio.
Desid. ¿Por qué has llegado á entender
Tú que yo lo necesite?
Hon. Perdona mi arranque arisco:
Fué...
Desid. Ser de orígen morisco
No es óbice que me quite
Amar á cualquier cristiano;
Y á ser de él correspondida,
No hay parentesco que impida
Que pueda darle la mano.
Hon. Deja ese entrecejo torvo,
Mujer; que harás maliciar
Que ya principiaste á amar,
Y yo te sirvo de estorbo.
Desid. ¿Estorbo? ¿De dónde infieres?...

ESCENA VI.

BONIFAZ, DICHAS.

Bon. El santo de los cobardes
Me socorra. — Buenas tardes,
O buenos anocheceres.
Hon. ¡Bonifaz! ¡tú aquí!
Bon. Yo mismo.

Del alcázar vengo, y traigo
Tal prisa, que á un tris me caigo,
Y en las gradas me descrismo.
Salvadme.
Hon. ¿Qué te alborota,
Buen Bonifaz? Yo te ofrezco...
Bon. ¡Yo bueno! ¡yo que merezco
Estar en una picota!
Hon. ¿Tú?
Bon. Yo: un hombre de pericia
Me acaba de hacer patente
Que soy un gran delincuente,
Sin tener de ello noticia;
Y que si al buscarme un juez,
Tú (digo, vos), vos... me fallas,
Coleará de las agallas
En el aire como el pez.
Hon. ¿Qué ocurre?
Bon. ¿Qué ha de ocurrir?
Que por ser yo tan babieca,
Tomé de Gil Raspaseca
Unos pliegos al venir,
Los que me rogó el truhan
Que entregara en propia mano
A un señoron segoviano
Que llaman don Rui-Beltran.
Desid. El secuaz de don Alonso.
Hon. Hombre temible.
Bon. Por cuyo
Temor, á un agente suyo
Pueden cantarle un responso.
Desid. A mas de uno han castigado
Ya.
Hon. Si Rui-Beltran no aboga
Por ellos...
Bon. Siempre la soga
Quiebra por lo mas delgado.—
Yo, ajeno de todo, busco
A mi hombre: habia salido,
Al alcázar dirigido:
Voy al alcázar; me ofusco
Entre tanto personaje,
Y digo á cuantos encuentro:
« Don Rui-Beltran ¿está dentro?
Porque le traigo un mensaje. »
Unos, como con enojo,
Miran, bufan y se largan;
Otros, como que me encargan
Silencio, guiñando el ojo.
Hallo por fin en efecto
Al don Rui tan deseado:
Nos apartamos á un lado;
Me habla al pronto circunspecto;
Pero apenas en la sarta
De preguntas que dirige,
Respondo que á todos dije
Que le traia la carta,
Huy! fué tal su indignacion,
Que á ser menos diligente
Yo, me deja sin un diente
Allí de un sornaviron.
Y vi entonces, al compás
De sus ternos escapando,
Que era del contrario bando
Ese hombre de Barrabás;
Que he sido sin advertirlo
Traidor á la real corona,
Y que el don Rui me abandona
Porque canté como un mirlo.—
Condesa de Valabril,
A quien sin querer tuteo,
Guárdame de un lance feo
En cualquier chiribitil;
Que si en dos riesgos me quiso
Poner mi bachillería,
Antes con ella te habia
Salvado de un compromiso.
Hon. Gracias: de cualquiera suerte,
Te tuviera y tendré oculto.
Bon. Y perdóname el insulto
Del tú.
Desid. ¿Qué ha de agradecerte
Honoria?
Bon. Mientras andaba
Dando en el alcázar vueltas,
Por unas palabras sueltas
Que oí, vi que se trataba
De tí.
Hon. ¿De mí?
Bon. En un corrillo
De unos cuantos mozalbetes.
Desid. ¿Qué decian?
Bon. (*A Honoria.*) ¿Me prometes
No enfadarte?
Hon. Sé sencillo:
Dinos...
Bon. Es que tal maldad
No le ocurre á Belcebú.
Desid. ¿Y es?
Bon. Que dais Jimen y tú
Escándalo en la ciudad.
Hon. ¡Escándalo!
Desid. ¿Dicen eso?
Bon. Angelitos patizambos
Les mueven la lengua.—Que ambos
Vivais aquí ¿es un exceso?
Hon. ¿Luego hasta con ignominia
Nos tratan ya?
Bon. « Les agravia
Quien piensa mal, » dije: « rabia
Es todo, y no mas, *inquinia.*
Que al heredar ella el feudo
Se amaban... ¡Valiente oprobio!
Se quisieron á lo novio,
Y se quieren á lo deudo.—
Que algo hay en casa que tire

A Jimen, pues nunca sale. —
Y Desideria, ¿no vale
La pena de que la mire? »
Desid. ¿Eso has dicho?
Bon. Inspiracion
Grande fué: ¿verdad?
Desid. ¡Qué flujo
De hablar!
Bon. Pues mira, produjo
Efecto la insinuacion.
Desid. ¿Efecto?
Bon. Y de magnitud.
Hon. Fuiste sobrado atrevido
En fingir...
Bon. Pero he fingido
Con verosimilitud.
Hon. Permite que te recuerde...
Desid. Te he dicho... [sas?
Bon. (*A Honoria.*) ¿Tambien me aco-
¡Eh! no seais melindrosas;
Tú ganas, y esta no pierde.
Desid. ¿Y mi crédito? Un embuste
¿Ha de hacérmelo arriesgar?
Bon. Vamos, que lo regular
Es...
Hon. ¿Qué?
Bon. Que Jimen le guste.
Desid. ¿A mí?
Hon. ¿A Desideria?
Bon. Puedo
Engañarme; pero el trato,
El...
Desid. Eres un mentecato.
Bon. Quizá.
Desid. Un idiota.
Bon. Concedo.
Desid. Un hablador.
Bon. No te azores,
Y véase si hay error,
Juzgando de lo interior
Por señales exteriores.
Dime tú... ó decidme vos, (*A Honoria.*)
Qué hay: la verdad pura y tersa. —
Mi antigua novia ¿conversa
Con Jimen á gusto?
Desid. A Dios.
Voy á preparar un cuarto
Donde ese necio se esconda.
Bon. Espérate á que responda.
(*Deteniendo á Desideria.*)
Desid. Apártate.
Bon. No me aparto.
Mas: ¿no es justo se cavile,
Al verla con relumbrones
En casa, que habrá razones
Para que se emperejile?
Desid. Honoria me está mandando
Sin cesar que me aderece.
Hon. ¡Oh! y en eso se obedece
Puntualmente lo que mando.
Bon. Mas: es de tal calidad
La amiguita (y no se enoje)
Que es fácil que se le antoje
Bien de ajena propiedad.
Desid. ¡Que oigas á un loco villano...!
Bon. Mas: ella debe atender
A sí, pues tú no has de ser
El perro del hortelano.
Hon. Luego...
Bon. Mas: (y de los mases
Aquí va el de mas valor)
Ganará mucho tu honor
En que con Jimen la cases.
Hon. ¡Casarla!
Bon. Porque se evite
La comun vocinglería.
A las dos os convenia;
Con que... ¿Cuál es mi escondite?
Hon. ¿Lleva eso alguna vislumbre
(*Asiendo de la mano á Desideria, y apartándose con ella á un lado.*)
De verdad? Habla sincera.
Responde.
Desid. Para tí, ¿fuera
Una grande pesadumbre?
Hon. Fuera tan duro tormento,
Fuera tan cruda agonía,
Que no la resistiria.
Desid. Pues, mujer, mucho lo siento.
Hon. ¿Le amas?
Desid. Oye con templanza.
Iba á decir que no sé
Qué prueba te ofreceré
Que me sirva de fianza.
Para que quedes en paz,
¿Qué se te ocurre mandarme?
Hon. Casar con otro.
Desid. ¡Casarme!
Cuando tú.—Ven, Bonifaz. (*Vanse los dos.*)

ESCENA VII.

HONORIA.

Le ama. — ¡Y yo no lo advertia!
No, que en mi dulce bonanza
Me cegó la confianza,
Y confié en demasía.
¡Le ama! — Es una alevosía.
Me debe ella respetar;
Debe, pues yo del altar
No espero la bendicion,
Dejarme por compasion
Libre de zelos amar.
Pero el interés villano
Me responderá soberbio

Con ese vulgar proverbio
Del perro del hortelano.
Mio es Jimen : si su mano
Me deniega la fortuna,
Basta que amor nos reuna :
Yo su promesa admití :
Su corazon para mí,
Su mano para ninguna.
¿Para ninguna? ¿Podrá
Jimen complir lo jurado?
Hasta ahora no he dudado :
¿Por qué, pues, recelo ya? —
Otra le ama : lo sabrá,
Querrá agradecido ser,
Él es hombre, ella mujer,
Yo prima... ¡Ay Dios! me estoy viendo
Sufrir el martirio horrendo
De envidiar y aborrecer. —
¿Qué procedimiento es ese?
¿Manda eso la amistad? ¿mándalo
El honor? — Ya : doy escándalo;
Mi amiga quiere que cese.
Pues cuidado no le pese
La caridad. — ¡Oh! no tal :
Jimen ha de ser leal;
Yo lo conozco por mí.
No la querrá, no; y así
¿Qué me importa una rival?
Mas ¿y el empeño cruel
Con que en mí cebarse anhela
Esa voraz sanguijuela
Pegada siempre á mi piel?
Nada : yo le haré un papel
De una donacion : reciba
De mí esta merced, y viva
Donde nada menos eche,
Ni á mí ni á Jimen aceche,
Ni sepa de él, ni le escriba.

ESCENA VIII.

JIMEN, Don LOPE; Dos Pajes, que sacan luces; HONORIA.

Lope. Esto hay.
(*Aparte á Jimen al salir.*)
Jimen. Era natural.—
Honoria, por tí don Lope
Viene.
Hon. Enhorabuena sea.
Lope. Condesa, quiere esta noche
Veros la Reina, y me manda
Que os acompañe en su nombre.
Teneis su litera pronta.
Hon. Agradezco sus favores.
Jimen. ¡Hola! (*Llamando.*)
Hon. ¿Solo vos me habeis
De acompañar?
Lope. Se supone
Que irá con vos una dueña.
Hon. ¿Y nadie mas?
Lope. Mil perdones.
Esa pregunta... (*Habla aparte á Honoria.*)

ESCENA IX.

DESIDERIA, una Criada, HONORIA, JIMEN, Don LOPE.

Desid. ¿Quién llama?
Jimen. La Condesa se dispone
(*A Desideria y á la criada ó dueña.*)
A salir.
Hon. (*A don Lope.*) Hablad.
Lope. Señora,
Vuestro primo se conoce
Que se olvida de informaros
De los usos de la corte.
Hon. Soy yo quien no los aprende,
No obstante que se me informe.
Lope. No haceis bien. Mirad : la Reina
Se negó á veros...
Hon. ¡Negóse,
Decís!
Lope. Se negó, repito,
Porque iba con vos entonces
Don Jimen.
Hon. ¿Qué me anunciais?
Lope. Y extraño en verdad que ignore
Que no pareceis bien juntos
En todas las ocasiones.
Hon. Él antes me lo previno,
Y yo...
Lope. Debeis ser mas dócil.
Esto por mi boca os dice
La Reina, y cumplo sus órdenes. [afrenta!
Hon. ¡La Reina! (*Aparte.*) ¡Otra nueva
Lope. Oid las insinuaciones
De Jimen en adelante,
Y ahora vamos.
Hon. Disponte
Para acompañarme tú, (*A Desideria.*)
Si gustas.
Desid. ¿Yo? Unas labores
Queria concluir.
Hon. ¡Ah!
(*Aparte.* ¿Se quedará por él?) Oye,
Jimen; veo que te debo
(*Hablan aparte los dos.*)
Mil sacrificios enormes,
Porque me has cumplido mil
Antojos que eran errores :
Haz el último.
Jimen. ¿Y es?
Hon. Haz
Que á Sepúlveda se torne

Con Bonifaz Desideria:
Irá colmada de dones
Mios.
Jimen. Pero...
Hon. A tí y á mí
Nos importa.—A Dios, señores.
(*Hace una seña á la criada, y se va con don Lope y con ella.*)

ESCENA X.

DESIDERIA, JIMEN.

Jimen. (*Aparte.*) ¡Despedir á esta mu-
¡En buen empeño me pone! [jer!
Desid. ¿Se ofrece algo que decirme
De parte de vuestra noble
Prima?
Jimen. Eh...
Desid. Sí habrá, sí, pues hemos
Tenido contestaciones.
Jimen. ¿Se puede saber la causa?
Desid. Era de interés muy pobre:
Se trató de mí.
Jimen. Pues era
Interés de los mayores.
¿Por qué ha sido la cuestion?
Desid. Porque Honoria se propone
Darme estado, y yo le digo
Que...
Jimen. ¿Qué?
Desid. Que no se incomode:
Que sigo el ejemplo vuestro;
Que mientras no se despose
Ella, y mientras no caseis
Vos, no quiero velaciones.
Jimen. Bien dicho. Ella ¿manda en vos?
El dia que se os antoje
Podeis volver á Sepúlveda. [torbe.
Desid. Cierto, no hay quien me lo es-
Jimen. Y en verdad, aquí debeis
Sufrir hartos sinsabores.
Desid. Mas que pensais.
Jimen. Ver á Honoria
Cercada de adoraciones
Y obsequios, mientras que vos...
Desid. Astro de luces menores,
Desaparezco á su vista.
Jimen. Allá en Sepúlveda...
Desid. Dóblese
Esa hoja: todo menos
Volver á pisar terrones.
En casa de los amigos,
Si hay causas que desazonen,
Las hay de consuelo.
Jimen. ¿Acaso
Teneis en Segovia amores?
Desid. Hay mil obstáculos. ¿Quién
Ha de querer á una jóven
De sangre infiel?
Jimen. Buena sangre
Tiene quien tiene buen porte.
Desid. La falta de hacienda...
Jimen. Honoria
Va á daros un rico dote.
Desid. ¡Oiga! ¿Sí?
Jimen. Lo ha prometido:
Lo sé.
Desid. Dios la galardone.
Es un gran favor.
Jimen. Que debe
Pagarse.
Desid. Estoy tan conforme,
Que ya tal vez lo he pagado
Con mas que le corresponde.
Jimen. ¿Con qué?
Desid. Con un sacrificio
De aquellos de primer órden.
Jimen. ¿Cuál es?
Desid. Callar un secreto:
Seguir vuestras intenciones.
Jimen. ¿Un secreto?
Desid. Vuestro.
Jimen. ¿Mio?
Desid. Ya os asoman los colores.
No hay por qué; no puede haber
Un rasgo que mas os honre.
Jimen. ¿Qué quereis decir?
Desid. Que oí
Lo que con un sacerdote
Y un escribano en Aranda
Tratásteis el diez ó el once
Del mes pasado.
Jimen. ¿Es posible?
¡Desideria! ¿mis acciones
Andais espiando
Desid. Pché:
Soy mujer: esto me abone
O disculpe el ser curiosa.
Jimen. ¡Por Dios, que...! [ces,
Desid. Hablábais á vo-
Y se leyó tantas veces
Aquella carta del Conde,
Que pude tomar la pluma,
Y, con mil interrupciones
Y enmiendas, copiar lo escrito.
Jimen. ¿Copiarlo?
Desid. Ya se supone
Que de malísima letra:
La mia. A ver si está acorde.
(*Saca un papel.*)
Jimen. ¡Cielos!
Desid. (*Lee.*) « Hija mia, firmado ya mi testamento, con arreglo á la generosidad de Jimen, te dirijo esta carta para que sepas que voy á morir en medio de una cruel in-

certidumbre. Si tu madre fué esposa leal, yo he sido injusto contigo separándote de mi lado; si fué culpable, no deberias tú heredar ni transmitir mi nombre. No pretendo forzar tu voluntad; pero si quieres cumplir el último deseo de un anciano pundonoroso, renuncia á la grandeza de tu estado, sé religiosa. »

¿Dice así?

Jimen. Así dice.

Desid. Me alegro. Este papelote
Ya, para que no digais
Que merece se le corte
La mano á toda mujer
Que sabe escribir... se rompe.

(*Rasga el papel.*)

Jimen. Gracias, Desideria.

Desid. Amigo,
Vos me dais tales lecciones
De nobleza, que obligais
A que hasta en ella se os copie.
Digo: ¡perdeis un condado
Por no privaros del goce
De ver á Honoria! Es sublime
Heroismo... con un toque
De simplicidad.

Jimen. Señora,
Basta.

Desid. Pero aunque os elogie
Como caballero, como
Cristiano temo os acose
Algun escrúpulo.

Jimen. A mí...

Desid. Lo que *in articulo mortis*
Ruega un padre, ciertamente
Que lleva carácter de órden.

Jimen. No tanto, no.

Desid. Confesad
Que al dictar esos renglones
El moribundo, dijísteis
Vos para vuestro capote:
« Cuando los lea la hija,
Se hace religiosa al golpe,
Y heredo el vínculo, aunque ella
Todo lo libre se apropie. »
Resulta hija la misma
Que amábais para consorte:
¡Aquí el apuro!

Jimen. Si á Honoria
Muestro el papel...

Desid. Acabóse
Para ella la paz: la lucha
Entre sus obligaciones
Y su amor, fuera cruel,
Cierto. Acaso los fervores
Amorosos de uno y otro
Con el tiempo se aminoren:
Entonces será ocasion
De dar la carta y de que obre;
Mientras tanto haceis muy bien
En rogar á vuestros cómplices
Que callen, y callar vos. —
Con oro y buenas razones
Ganásteis notario y clérigo:
Don Jimen, ¿de qué resorte
Os valdreis para evitar
Que mi lengua se desboque?

Jimen. Amiga de Honoria sois,
Y no ignorareis que corren
Acerca de ella y de mí
Bien injuriosos rumores:
Divulgada esa noticia,
Ya veis que fueran atroces
Las sospechas: no querreis
Que viles suposiciones
La infamen. Vos sois testigo...

Desid. De que sois acreedores
Entrambos á que por mártires
Del fino amor se os corone.
Por mártir yo del silencio,
¿Puedo imponer condiciones?

Jimen. Decid.

Desid. Si Honoria se empeña
En que de aquí desaloje,
Prometedme interceder
Para que el fallo revoque.

Jimen. Lo prometo. ¿Exigís mas?

Desid. ¡Oh! las consideraciones
Que á la que guarda un secreto
Se deben, se presuponen.
Jimen me protegerá
Cuando yo su auxilio implore,
Jimen, cuando yo y Honoria
Tengamos nuestras cuestiones,
Pondráse de parte mia
(Si es razon que se coloque),
Y abrazará algun consejo
Mio, que á su bien importe.

Jimen. ¿Quereis que sea un esclavo
Temeroso del azote?

Desid. Quiero que Jimen su honor
Y su libertad recobre.

Jimen. ¿Su honor?

Desid. Que sus compañeros
Y amigos no le abochornen.

Jimen. ¡Cómo!

Desid. Que no se le llame
Entre viejos y entre jóvenes
El galan pupilo, el digno
Modelo de segundones,
El penitente de amor,
Y qué sé yo cuántos motes.

Jimen. Desideria, si sabeis
Tanto, sabreis que mi estoque
Ha dejado escarmentados
Tambien á los mofadores.

Desid. Pero con las mofadoras
No se puede.
Jimen. Que se mofen.
Desid. Todos callan si haceis caso
De mis amonestaciones.
Jimen. No cuideis tanto de mí,
Que riñamos á la postre.
Desid. ¿Reñir? ¡Ingrato! Mas no;
Vuestro corazon es noble;
Y en fin, que me agradezcais
O no mis disposiciones,
Yo las he de proseguir
Hasta que por ellas logre
Que os veais libre, estimado
De todos, feliz... y Conde. [amor?
Jimen. ¡Conde! ¿Y Honoria? ¿Y mi
Desid. Dejaos de exclamaciones.
Jimen. ¡Oh! yo me propongo hacéroslas
Creer.
Desid. Vos, Jimen, sois hombre:
De cuanto el hombre proponga,
Dios y la mujer disponen. (*Vase.*)

ESCENA XI.

JIMEN.

¿Qué es esto? ¿es amistad, amor ó envidia?
Ni yo lo sé, ni descubrirlo intento:
Ver usurpado mi secreto siento;
Pero sin fruto Desideria lidia.
Todo cuanto me cerca, todo insidia
Un cariño que en sí vive contento;
La malicia lo empaña con su aliento;
Lazos ya le prepara la perfidia.
Mas ¿por qué justa ley tiene proscrito
El mundo nuestro amor, y la mudanza
Me impone por deber á voz en grito?
Señor, cuyo saber todo lo alcanza,
Dime tú en duda igual, di si es delito
Amar á una mujer sin esperanza.

ACTO TERCERO.

Habitacion de Jimen en casa de Honoria. En el fondo la puerta de entrada; á la derecha del espectador la puerta de un dormitorio, y mas arriba una mesa ó bufete; á la izquierda un balcon, y un biombo formando ángulo saliente entre el balcon y la puerta de entrada. El techo, todo de madera, compartido en casetones ó cuadros, uno de los cuales es un ventanillo, cerrado con una portezuela. Es de noche y la pieza está á oscuras.

ESCENA PRIMERA.

HONORIA, QUE SALE EN TRAJE DE RECOGERSE, CON UNA LUZ EN LA MANO, Y PISANDO CON SIGILO; DESPUES JIMEN.

Hon. No me engañé: descansará sin duda;
Cerrado tiene ya su dormitorio.
Sí: mañana Jimen verá el escrito
Que con furtiva mano aquí depongo.
Tiempo es ya por mi mal de que se cumpla
La voluntad de un padre.
(*Va á dejar el papel en una mesa y se detiene al sentir á Jimen.*)
Jimen. Pasos oigo.
(*Asomándose á la puerta de su alcoba, y saliendo al conocer á Honoria.*)
¿Quién es?—¡Honoria!
Hon. ¡Ay Dios!
(*Llena de turbacion, trata de ocultar el papel y se le cae al suelo.*)
Jimen. En estas horas
Que te llaman al plácido reposo,
¿A qué vienes aquí? ¿Qué pliego es ese
Que tratas de ocultar? Cayó. ¿Lo tomo?
Hon. Para tí lo escribí. Si has de leerlo,
No en mi presencia. A Dios.
Jimen. ¡Idolo hermoso!
(*Viendo el papel y deteniéndola.*)
Detente, que ya entiendo... sí, ya he visto
Lo que has trazado en él. No me sonrojo
De admitir este don: al hombre nunca
Cubrirle debe de vergüenza el rostro
Una merced de amor.
Hon. Eres ya rico;
Satisfechos, Jimen, dejo tus votos.
Hoy por última vez morada tuya
Este asilo será tan venturoso:
Quiérelo así la Reina, así me dice
Que lo manda mi honor y mi decoro.
Jimen. ¿La Reina?
Hon. Una region desconocida,
Un mundo que contemplo con asombro,
Me descubrió su voz: en ese mundo,
Contra el cual combatir es peligroso,
Consiste la virtud en la cautela,
Y es delito la falta de rebozo,
La ingenuidad inútil ó nociva,
La verdad nada, la apariencia todo.
Callado nuestro amor, lícito fuera;
Reos de haberle descubierto somos;
Y es fuerza para amarnos todavía
Que uno haya de vivir distante de otro.
Jimen. Modera tu pesar, dueño querido:
No porque nos separen queda roto
El tierno lazo que nos une. El mundo
Que reclama un esfuerzo tan penoso,
Harta razon para exigirlo tiene;

La voz de la experiencia habla en su abono.
¿Qué hallarás en Castilla si diriges
Una mirada perspicaz en torno?
Raudal de corrupcion pujante brota
Bajo las gradas del augusto solio,
Que las chozas y alcázares inunda,
Y aun salpica el altar de cieno hediondo.
Cuando del regio tálamo los velos
Arrastra la malicia por el lodo,
¿Cómo cabe esperar que se establezca
Privilegio especial para nosotros?
No quiso el cielo que visible al hombre
Pudiera ser del corazon el fondo;
Yerran los que tan mal juzgan del nuestro;
Pero es error que se repite poco.

Hon. ¡Ojalá que á mi vista fuera dado
Penetrar en tu pecho misterioso!
Comprenderia entonces cómo puedes
Un lenguaje emplear declamatorio
Cuando me dejas ¡ay!, cuando obedeces
Un precepto tiránico y odioso,
Que arrancar á tu labio deberia
No mas que acentos de dolor y enojo.
Tú no sabes amar cual yo te amo.

Jimen. ¿Qué hablas de mas amor? ¿qué de abandono?
Me verás en tu calle cada dia
Regir ufano mi alazan fogoso:
En la corte, en la iglesia, en tu sarao
Me encontrarás tambien: siempre que el soplo
De la calumnia emponzoñar no pueda
La expresion de la fe con que te adoro,
Mira en tu alrededor; no estará lejos
De tí Jimen, en tu beldad absorto.
Caballero nací, viví soldado,
Y al númen del honor la frente doblo:
De una separacion que la honra libra
Y deja á mi querer su casto logro,
No me puedo quejar. Tú que lanzada
Del paternal alcázar ostentoso,
Flor solitaria, cándida creciste
Bajo las ramas de la vid y el pobo;
Tú cuyo espejo allí desde la cuna
Fué la virtud, la sencillez tu adorno,
Aunque ames tanto como yo, no debes,
Ni pudieras amar del mismo modo.
Sin miedo tú del qué dirán te ries,
Tranquila con el noble testimonio
Que la conciencia da; yo no, bien mio;
Para mí la opinion es un tesoro
Cuyo valor á inestimable suben
Pérdida fácil y difícil cobro.

Hon. Tú mas noble serás, yo mas amante,
Y es el único timbre que ambiciono.

Jimen. Dividirlo conmigo necesitas;
De merecerlo bien me vanaglorio.
Yo de cada capricho de los tuyos,
(Perdon te pido porque así los nombro),
De cada inocentísimo deseo
Para la fama tuya pernicioso,
Yo el inmediato efecto presentia;
Yo lo pronosticaba, y en mi apoyo,
Del amor á las artes acudiendo,
Luchar queria contra tí brioso.
¡Ay! en vano: á un acento, á una mirada,
Mi razon ofrecia por despojo
Las armas á tus piés, y el caballero
En ciego amante se trocaba solo.
Por fin, al culto fiel de tu hermosura
Me puedo consagrar con desahogo:
Un muro entre los dos alce el respeto,
Y por la inmensa redondez del globo
Vuele despues la fama del cariño
Que obsequios mil difundirán famoso.
De tus colores sacaré libreas,
Entallado tu nombre en letras de oro
Mi escudo lucirá, y en un torneo
Adonde acudan de país remoto
Cien guerreros de prez, el brazo mio
Siempre por tí lidiando victorioso,
A todo paladin que lid me ofrezca
Le hará rodar por el menudo polvo,
Si de virtud y de beldad la palma
Niega á tu corazon, niega á tus ojos.
Pide mi vida, mi ventura pide;
Si importan á tu honor, te las inmolo.

Hon. Quietud y oscuridad es lo que quiero,
No servicios brillantes y ruidosos:
Aldeana primero que señora,
Con el retiro y el silencio gozo;
Y si alguna merced por despedida
Pretendiera de tí, de precio corto
Fuera no mas.

Jimen. ¡Oh! dila.

Hon. Desideria
Ya no me inspira ni temor ni encono.
Aunque te ame...

Jimen. ¿Tú crees...?

Hon. Nada importa.
De mi primer impulso me abochorno.
Ruines los zelos son; si yo los tengo,
Nobles los he de hacer y generosos.

Jimen. No cabe amor en Desideria, envidia.
Tan solo sentirá.

Hon. Yo lo supongo:
Envidió á los principios mi atavío,
Mi fortuna despues: más ambicioso
Luego su corazon, que solamente
Creo que se deleita con el robo,
Por envidia es quizá de que me ames,
Capaz de amarte con ahinco loco.
Sea: lícito le es, ¡por mi desgracia
Mas lícito que á mí! No me alboroto
Ya por su inclinacion; conmigo viva.
El obsequio, Jimen, satisfactorio

Mas quizá para mí que un sacrificio
De resolver y ejecutar costoso,
Seria...
Jimen. ¿Cuál?
Hon. Que revelar quisieras
Aquel secreto por el cual malogro
En tu teson mil súplicas.
Jimen. ¡Honoria!
Hon. ¡Estréchasme la mano cariñoso!
¡Pones el labio, suspirando, en ella!
Nada de tí consigo, lo conozco. [verme.
Jimen. Sí: cuando puedas renunciar á
Sin que bañe tus párpados el lloro,
Cuando abra el tiempo con su dura diestra
En tu frente y la mia surcos hondos,
O cuando creas que Jimen ha sido
Desleal á tu fe, vil, codicioso,
Mal caballero, te lo juro, entonces
El secreto diré que tanto escondo.
Hon. ¡Ah! nunca lo sabré.
Jimen. Sera entre tanto
Joya que en tempestad cayó en un golfo.
(*Golpean adentro blandamente la puerta del fondo.*)

ESCENA II.

BONIFAZ, HONORIA, JIMEN.

Bon. Don Jimen.
(*Desde dentro á media voz.*)
Jimen. Que no te vean
Aquí á estas horas: retírate.
Hon. Detrás del biombo... (*Se oculta.*)
Bon. (*Entreabriendo la puerta.*) Señor
Don Jimen.
Jimen. ¿Qué hay que motive
Esta llamada?
Bon. (*Saliendo.*) ¿Qué hay? Hay
Un miedo atroz. Me persiguen.
Jimen. ¿Cómo lo sabes?
Bon. Arriba
Donde tengo mi escondite,
Hay un tragaluz; por él
He visto lo menos quince
Fariseos de una traza
Fatal (traza de alguaciles);
Y rondan la casa, y temo
Que soy á quien se dirigen.
Jimen. ¿Has visto bien?
(*Oyense aldabazos dentro.*)
Bon. A la puerta
Llama. ¡Válgame la Vírgen!
Jimen. Escuchemos quien se anuncia.
(*Llégase al balcon.*)
Es don Garcillan.
Bon. Lo dije:
Prendimiento al canto.
Jimen. Sube
Al cuarto de que saliste:
No es fácil que allí te encuentren.
Bon. Yo no lo creí difícil,
Y queria por lo mismo
A campo raso escurrirme.
Jimen. Pasa entonces por mi alcoba.
(*Llegándose con él á la puerta del dormitorio, y señalándole lo interior.*)
Ven, mira: en ese tabique
De enfrente hay puerta; la cierras
Por el lado opuesto...
Bon. Y firme.
Jimen. Tiene un cerrojo por dentro
Y otro por de fuera: sigues
El corredor, y hallarás
La bajada á los jardines.
Con esta llave un postigo
(*La saca de un cajon.*)
Abres; y si no percibes
Ruido ni gente, sal.
Bon. ¡Bravo!
Hágame Dios invisible
Por las calles; que en el muro
Ya sé por dónde me tire
Sin peligro.
Jimen. Para darte
Tiempo, si acaso nos piden
Tu persona, haré que el juez
Toda la casa examine,
Llevándole muy despacio.—
Vete pues, y no vaciles.
Deja al paso este papel
(*Dándole el que trajo Honoria.*)
Ahí.
Bon. San Pedro me libre,
Que fué pescador.
(*Entra en la alcoba, y Honoria se asoma desde el biombo.*)
Hon. ¿Qué ha sido
Eso?
Jimen. ¡Qué! ¿no nos oiste?
Hon. No.
Jimen. Que Bonifaz recela
Que la justicia le espíe.

ESCENA III.

DESIDERIA, JIMEN; HONORIA, OCULTA.

Desid. (*Dentro.*) ¡Jimen!
Jimen ¡Desideria!
(*Al oir la voz de Desideria, Honoria vuelve á esconderse.*)
Desid. (*Saliendo.*) El juez
Garcillan está aquí, y dice
Que desea hablar con vos
Un momento, si es posible.

Jimen. ¿Conmigo á estas horas?
Desid. Viene
Sin apariencias hostiles;
Quiero decir, sin la ronda. [litre
Jimen. ¿Sin ronda? (*Aparte.* El otro be-
Visiones, de miedo, vió.)
Sepamos, pues, con qué fines
Me busca.—Pasad.
Desid. Me quedo.
Jimen. ¿Aquí?
Desid. Si se me permite.
Jimen. ¿Para qué?
Desid. Para esperaros,
Para saber el orígen
De esta venida nocturna
Cuando volvais.
Jimen. (*Aparte.* No malicie,
Si me opongo.) ¡Ah! bien. A Dios.
Desid. Traed noticias felices.
(*Jimen se encamina lentamente á la puerta, Desideria se llega al balcon y observa la calle.*)
Alguna novedad hay (*Al balcon.*)
En Segovia. Se distinguen
Muchas luces por las calles.
(*Jimen, aprovechando la distraccion de Desideria, dobla una hoja del biombo, hace salir á Honoria, y ambos se colocan en la puerta.*)
Jimen. Ahora.
(*Aparte á Honoria.*)
Hon. Vé á referirme
(*A Jimen en la puerta.*)
Lo que el juez te diga.
Jimen. Sí.
(*Vase Jimen por un lado: Honoria se oculta por el otro algunos instantes.*)
Desid. Parece un anuncio triste
Ese movimiento sordo,
Ese silencio terrible
De los que vienen y van.
¿Qué habrá que así los agite?

ESCENA IV.

HONORIA, APARECIENDO POR LA PUERTA DEL FONDO, COMO SI VINIERA DE SU CUARTO; DESIDERIA.

Hon. ¿Tú aquí, Desideria?
Desid. Ha sido
Que vine á dar un recado
A Jimen: en casa ha entrado
El juez.
Hon. Sí; ya lo he sabido.
¿Sospechas tú cuál objeto
Aquí á Garcillan le traiga?
Desid. Un recelo se me arraiga,
Y tal que con él me inquieto.
¿Habló por casualidad
La Reina de si se iba
A hacer una rogativa
Pública en esta ciudad?
Hon. Sí, porque paz y concordia
Tenga el reino.
Desid. Oigo decir
Que aun hay mas por que pedir
Al cielo misericordia.
Hon. ¿Sí?
Desid. Y es voz de mal presagio
Cuando principia á extenderse.
Hon. ¿Qué es?
Desid. Que comienzan á verse
Los indicios de un contagio.
Hon. ¡Su majestad nos defienda
Del mayor de los azotes!
Desid. Por eso los sacerdotes
Encargan tanto la enmienda
De las costumbres, que están
¡Huy! en una corrupcion
Espantosa.
Hon. Es ocasion
De volver en sí.
Desid. Un volcan
Pisamos, un precipicio
Se abre bajo nuestra planta.
Hon. Un contagio ¿á quién no espanta?
Desid. ¿Te ha encargado algun servicio
La Reina? ¿Para qué fué
Llamarte?
Hon. Benevolencia
Pura: me hizo una advertencia
Util, y la cumpliré.
Desid. Como ella plática enjergue,
Dicen que habla de provecho.
Hon. Mañana bajo este techo
No tendrá Jimen albergue.
Desid. ¿Tan gran novedad ocurre?
(*Sonriéndose.*)
¡Vaya! ¿Con que...?
Hon. ¿Eso te alegra?
Desid. Así os librais de la negra
Nota con que se os aburre.
Ello, sí, te habrá costado
Mucho: las separaciones
Exigen explicaciones...
Hon. Pues no se han necesitado.
Desid. Estará muy bien resuelto
No darlas; pero en tan crítico
Lance, fuera muy político
No dejar un cabo suelto,
Que luego á dar guerra vaya.
En caso tal se cancela
Todo escrito, y se revela
Cualquier secreto que haya.
Hon. ¿Cualquier secreto?

Desid. Es razon.
Hon. Ya : pueden tanto los buenos
Modos...
Desid. Vaya, tú echas menos
Alguna revelacion.
Hon. Cierto.
Desid. ¿De Jimen?
Hon. Pues ya.
Desid. ¿Tú le rogaste...?
Hon. Y se niega.
Desid. ¡Miren qué gracia! Y ¿qué alega?
Hon. Que si habla, me pesará.
Desid. ¡Oh! como den en ser cautos
Los hombres, todo lo abultan.—
Si fuera la que te ocultan
Cosa que constara en autos...
En papeles.
Hon. Sí. ¿Qué harias?
Desid. Aprovechar un momento,
Y hacer un allanamiento
Sin andar en n ñerías.
Hon. ¡Registrar con tan endeble
Motivo...! ¡Idea siniestra!
Desid. Tú tienes llave maestra
Para toda puerta y mueble.
Hon. Se va mañana.
Desid. Este juego
La diligencia lo gana:
Hoy es antes que mañana,
Y ahora es antes que luego.
Hon. No, no.
Desid. Pronto se escudriña
Lo que hay dentro de un bufete.
A no ser que...
Hon. Basta: vete.
Desid. ¿Si temerás que te riña?
Hon. ¡Mujer! Por Dios...—Pero dime:
¿Y si hago un descubrimiento
Fatal?
Desid. ¡Qué presentimiento!
Jimen es hombre sublime:
De su carácter estóico
Es muy propio colegir
Que así trata de encubrir
Algun rasgo suyo heróico.
Hon. Él afirmó que á excitarse
Entre ambos la disension,
Haria esa confesion.
Desid. Pues, para justificarse.
¿Cuánto va que es una oferta
De una boda ilustre y rica?
Hon. Eso no me perjudica.
Desid. ¿Quedaria brecha abierta
Quizás en la sucesion?
¿Guardará algun documento
Que á tu reconocimiento
Hiciera contradiccion?
Eso sí que el ocultarlo
Era un deber por su parte,
Y á tí podria dañarte
Quizás el averiguarlo.
Hon. Tambien por delicadeza,
Por un escrúpulo urgente
De conciencia, es conveniente
Procurarse la certeza.
Desid. (*Aparte.* Es mia.) Era aventurar
Mucho; no te lo aconsejo:
Ya me desdigo, y te dejo.
Buenas noches: descansar.
Hon. ¿Te vas?
Desid. Antes que me acueste,
Quiero ver á qué el alcalde
Viene, que no será en balde.
¡Dios nos libre de la peste! (*Vase.*)
Hon. Amen. A Dios.—Tal vez labro
Mi mal; mas no hay quien reprima
Tal ansia. Ya se fué: encima
Tengo la llave; entro y abro.
(*Entra en la alcoba.*)
Desid. Clavado quedó el arpon:
(*Apareciendo furtivamente en la puerta del fondo.*)
¿Habrá sido bueno el tiro?
Sí; por aquí no la miro:
Entró en esa habitacion.
Tengo de acechar antojo...
Por la otra puerta, se entiende.
¿Y si sale y me sorprende
Allí? Pasaré el cerrojo.
El hidalgo desvarío
De Jimen debe acabarse.
¿No empiezan á separarse?
Que los separe un monjio. (*Vase.*)

ESCENA V.

BONIFAZ, ABRIENDO CON PRECAUCION LA VENTANILLA DEL TECHO Y ASOMANDOSE POR ELLA.

¿Adónde va la trampilla
Esta que por ver me queda?
Ya estoy: adonde se hospeda
El primo de la primilla.
Pues por el observatorio
De al lado, si por lo listo
Que miré no erré, la he visto
A ella abrir un escritorio.
No hay que pensar por ahora
En salir á cielo raso;
Nada: hay gente á cada paso
Que trasciende á prendedora.
Quédome en este desvan
A pagar aquí metido
La culpa que han cometido
Raspaseca y don Beltran.
(*Cierra la trampa.*)

ESCENA VI.

JIMEN, DON GARCILLAN, DON LOPE, ALGUACILES, CRIADOS; HONORIA, DENTRO DE LA ALCOBA; BONIFAZ, ARRIBA.

Lope. La Reina propia me dijo
(*A don Garcillan.*)
Que estábais aquí.
Garc. Sí, vine
A dar aviso á Jimen,
Pues me encargan que le invite
A la junta que esta noche
De pronto ha de reunirse.
Jimen. Es favor...
Garc. Me coge al paso.
Lope. Concurro tambien.
Garc. Asisten
Nobles, médicos, teólogos,
Y otras personas visibles,
Entre ellos un forastero
Que quiere á vos dirigirse: (*A Jimen.*)
El doctor Almoravid.
Jimen. No le conozco.—Indecible
Es mi sorpresa: creia
Que eran temores pueriles
Los del contagio.
Garc. No puede
El hecho contradecirse.
Abundan las pruebas, y antes
Que la ciudad se contriste,
Importa infinito ver
Bien lo que se determine.
Lope. Pero antes de todo quiere
La Reina que se averigue
Dónde pára un Bonifaz,
Que parece que les sirve
De correo á los rebeldes:
A entrambos se nos remite
Este encargo, y así traje
Vuestra ronda que os auxilie
Para prenderle.
Jimen. Os afirmo
Que no es persona temible
Ni culpable: ha visitado
A Honoria, como os previne;
Despues se marchó: vereis
Si mandais que se registre
La casa, que no está aquí.
Garc. Haced que nos autorice
La Condesa con su venia,
Y si ella no lo resiste...
Lope. Como se trata de un reo
De estado, no es presumible
Que se niegue.
Jimen. Ved mi cuarto
Primero, y luego seguidme
Al de Honoria.
Hon. ¡Ah!
(*Entreabriendo la puerta de la alcoba para salir, y volviéndola á cerrar al ver gente.*)
Garc. ¿Qué sonó?
Lope. Cerraron, sin advertirse
Quién.
Garc. ¿Puede esconderse ahí
Bonifaz?
Jimen. No es verosímil.
(*Aparte.*) Desideria se quedaba
Aquí: es ella.
Lope. ¿Se decide
Que entremos, ya que Jimen
Consiente que se principie
El registro?
Garc. No: que él entre.
Jimen. Bien.
Lope. ¿Él solo?
Jimen. Permitidme,
Don Lope, que os diga...
Garc. Entrad:
Amais al rey don Enrique,
Y no negareis un hombre
Que se teme que conspire
Contra él.
Jimen. Obraré de suerte
Que esa opinion justifique.
(*Aparte.* Habrá corrido el cerrojo
Bonifaz, y eso le impide
A Desideria salir.)
(*Llégase á la puerta, levanta el picaporte y no puede abrir.*)
¿Cómo?
Lope. ¿Qué hay?
Garc. ¿No puede abrirse
La puerta?
Jimen. Con llave está
Cerrada.
Lope. Todo coincide
Para creer...
Jimen. (*Alzando la voz.*) Quien seais,
Dejad que el cuarto visite
Yo solo. Abrid.
(*Entreábrese la puerta y pasa Jimen: Bonifaz abre la trampilla.*)
Bon. (*Aparte.*) Ruido suena.
¡Huy! La gavilla de tigres
Ya se coló.
Lope. (*A Garcillan.*) Dentro está
Sin duda el correveidile
De don Beltran: de esta casa
No le vió salir Martinez.
Garc. ¿Vos le conoceis? (*A un alguacil.*)
Alguacil. No hay miedo
De que á mí se me despinte.
Le he visto, y tengo buen ojo.
Bon. (*Aparte.*) ¡No te los sacara un [buitre!

Jimen. ¡Honoria encerrada! Todo
(*Aparte al salir de la alcoba.*)
Menos decirlo.
Garc. ¿Qué vísteis?
Jimen. Señores, me equivoqué
Antes.
Lope. (*A Garcillan.*) ¿Qué tal?
Jimen. Persuadíme
De que Bonifaz estaba
Fuera de Segovia libre.
Está en casa.
Bon. (*Aparte.*) ¡Diantre!
Jimen. Espero
Que os dignareis consentirme
Vaya á que de vos mi prima
Una gracia solicite.
Garc. ¿Cuál?
Jimen. Que á Bonifaz dejeis,
En lugar de conducirle
A la cárcel, arrestado
Aquí.
Bon. (*Aparte.*) *¡Sancta mater Christi!*
Garc. No hay inconveniente, siempre
Que á custodiarle se obligue
Honoria.
Jimen. (*Aparte.* A descorrer voy
Ese cerrojo.) Es creible
Que ella del preso responda.
(*Aparte.* Yo trataré de eximirle
De pena.) Os le entregaremos
Vivo ó muerto.
Bon. (*Dando una voz.*) Mil y miles
De gracias, seo don Jimen.
Garc. ¿Dónde...?
Alguaciles. Él es.
Jimen. (*Aparte.*) ¡Maldito simple!
¡Yo que pensaba salvarle!
Bon. Para esto no se recibe
A nadie en la casa.
Jimen. ¡Imbécil!
Bon. Se le echa, y se excusa el chisme
De decir: «Ahí está el pájaro;
Agarradle, ministriles.»
Garc. Bajad.
Bon. Diga la Condesa
Si sale por mí; si admite
Este es mi cuarto; aquí puede
Ponérseme quien me atisbe,
Y oir mi declaracion
El juez.
Garc. Dice bien: que avisen
A la Condesa.
Bon. Ahí está,
En ese cuarto.
Jimen. ¿Qué dices?
¡Bárbaro!
Lope. ¿Aquí la condesa?
Garc. ¡A estas horas! Imposible.
Alguaciles. ¡En el cuarto de su primo!
Jimen. Creed...
Bon. Que Dios me castigue
Sí no es ella la que andaba
Mirando los cajetines
De un bufete: en fin, que sea
O no, importa dos ardites.
¿Qué tiene de extraño?
Garc. (*Ap. á Lope.* Hagamos
Que no se desacredite.)
Guiad á su habitacion. (*A Jimen.*)
Lope. Ello es. (*Ap. á don Garcillan*).
Garc. (*Ap. á Jimen.*) ¿Por qué nos
Aquí? [trajísteis
Bon. Es ella, ó Desideria.
Garc. Vamos.
Bon. Pues aquí estoy ínterin.
(*Cierra la trampa.*)
Jimen. No presumais...
Garc. Basta.
Lope. Sé
Callar.

ESCENA VII.

DESIDERIA, Dichos.

Desid. Señores, oidme.
(*Saliendo de la alcoba.*)
Todos. ¡Ah!
Garc. y Lope. ¡No era ella!
Jimen. (*Aparte.*) ¡Qué sorpresa!
(*Jimen habla á un criado al oido, y este se va.*)
Desid. Salgo, bien que con rubor,
Pues veo en duda el honor
De mi amiga la Condesa.
Garc. Desideria, perdonad...
Lope. El cielo nos es testigo...
Desid. Este lance es un castigo
De... de mi curiosidad.
Abandona esta mansion
Mañana Jimen, y Honoria,
Con la bondad que es notoria,
Le ha hecho esta donacion.
(*Muestra un papel.*)
Para que él no lo supiera
Hasta despues que marchara,
Quiso ella que se la echara
A él en su papelera.
Hallé cartas, me entretuve
Registrando una, traté
De escapar, me acobardé
Al veros, y me detuve.
Garc. No hay mal.
Lope. No.
Desid. (*Aparte á Jimen.*) Ruido sentí
En la puerta, abrí en el acto,

Salió Honoria, hízose un pacto
Entre ambas, viney mentí.
Jimen. ¡Bien! ¡bien! (*Aparte á ella.*)
Desid. (*Aparte.*) La he comprometido.

ESCENA VIII.

HONORIA, UN CRIADO, DICHOS.

Hon. Este hombre me da noticia...
(*Con grande agitacion que procura reprimir.*)
Garc. Perdonad á la justicia
Que se os haya interrumpido
A tal hora vuestra paz.
Ya veis...
Hon. Todo se me alcanza;
La mas completa fianza
Ofrezco por Bonifaz.
Lope. Culpad á la lealtad mia
Que este disturbio ocasione.
Hon. No es cosa que desazone
Lo solemne de este dia:
Dia, señores, que Honoria,
Por muchos años que cuente,
No ha de poder fácilmente
Desterrar de la memoria;
Dia en fin tan señalado,
Que mi primo y yo...(*Aparte á él.* Atencion.)
Irrevocable eleccion
Hemos hecho en él, de estado.
Jimen. ¿Qué va á decir? (*Aparte.*)
Hon. Yo, cumpliendo
Lo que mandó moribundo
Mi padre, abandono el mundo.
Garc. ¿Vos, señora?
Jimen. No te entiendo.
Hon. Sí, don Garcillan, con harta
Razon creo que aprobeis
Mi designio, si leeis
Lo que contiene una carta.
(*Aparte á Jimen.*)
La vi, lo sé todo.
Jimen. (*Aparte.*) ¡Oh Dios!
Hon. Fijo está nuestro destino.—
Vos pudiérais ser padrino (*A Lope.*)
De Jimen, y mio vos. (*A Garcillan.*)
Garc. y Lope. Señora...
Jimen. Esta no es materia
Para...
Garc. ¿Quién va á ser esposa
De Jimen?
Hon. Mi generosa
Amiga, aquí, Desideria.
Jimen. (*Aparte.*) ¡Ella!
Hon. La que al cuarto aquel
Viene, y siendo mi ministra,
Cartas de Jimen registra,
¿No se ha de casar con él?
Lope. Reciban ambos así
Mi parabien.
Jimen. (*Aparte á Hon.*) Yo no llevo
Al altar...
Hon. La honra le debo:
(*Aparte á Jimen.*)
Págasela tú por mí.
Jimen. (*Aparte.*) Nunca.
Lope. Entrambos callan.
Hon. ¡Oh!
No se deshará el enlace:
Ella le quiere, y él hace
Siempre lo que mando yo.
Jimen. Por Dios... (*Aparte á ella.*)
Hon. Muestra de otorgar
Él da callando modesto,
Y ella dice que con esto
(*Dando á Desideria la mano de Jimen.*)
No la queda que envidiar.

SEGUNDA PARTE.

ACTO PRIMERO

Y DEL DRAMA EL CUARTO.

Jardin de una casa de campo á una legua de Segovia. Una elevada escalinata en el fondo: á la derecha del espectador el muro de la casa con ventanas y puerta: á la izquierda dos pedestales ó machones, coronados con una escultura cualquiera, que indiquen ser aquella la entrada ó paso á una calle del jardin.

ESCENA PRIMERA.

JIMEN, DESIDERIA, GARCILLAN, DAMAS Y CABALLEROS, TODOS DE CAZA. APARECEN BAJANDO POR LA ESCALINATA A LA PARTE INFERIOR DEL JARDIN, DONDE HAY UNA MESA QUE VARIOS CRIADOS ESTAN ACABANDO DE SERVIR. JIMEN DA LA MANO A DESIDERIA Y TRAE UNA SAETA EN EL CINTO.

Desid. En el jardin se descansa
Hoy de nuestra cacería;
Con que bajad: no permito
A ninguna que se vista
Ropa casera, sin que antes

El agasajo se sirva.
Vamos, señores: aquí
Todos: yo mando en mi quinta.
Dama 1ª. Señora Condesa, el Conde
(*En tono de chanza.*)
Dar la mano debería
A una huéspeda, y no á vos.
Jimen. Viene de la caza herida...
(*De chanza tambien.*)
Desid. Y á título de doliente,
Mi buen esposo me mima.
Dama 1ª. ¿Sentís en efecto...?
Garc. ¿Es algo
Mas de lo que parecia?
Desid. No es nada, don Garcillan.
Una saeta perdida,
Tirada desde muy lejos,
Que ya al suelo se caia,
¿Qué daño puede hacer? Cuanto
Saltó la sangre.
Dama 1ª. Expuestilla
Habeis estado.
Desid. Eso es cierto.
Haré decir unas misas,
Para dar gracias á Dios
Que del peligro me libra. —
Dame tú la flecha. (*A Jimen.*)
Jimen. Ten.
(*Desideria rompe la flecha por medio.*)
Dama 1ª. ¿Para qué es el dividirla
Por la mitad?
Desid. (*A un criado.*) Lucas, lleva
Este trozo á la capilla
De San Sebastian; este otro
Lo guardo para que sirva
De memoria del suceso
En casa.
(*Da al criado la punta de la flecha, y el criado se va. Desideria clava el otro pedazo en la tierra de un jarron.*)
Jimen. Desearia
Saber quién la disparó.
Un cab. Es á la verdad distinta
De las nuestras.
Desid. Algun pobre
Cazador sin duda iba
En lo espeso del pinar
Siguiendo al corzo la pista:
Tiró la flecha sin vernos;
Y oyendo despues la grita
Que movísteis al mirármela
En una manga prendida,
Calló y se fué.
Jimen. Puede.
Desid. Aquí
Hay fiambres, golosinas,
Frutas, vinos... Cada uno
Puede ver á qué se inclina. (*Siéntanse.*)
Dama 1ª. Señora condesa, ya
Que Segovia queda limpia
De la peste, ¿cuándo vemos
El Azoguejo?
Desid. ¿Qué prisa
Corre? Estamos á una legua:
El dia que se decida,
Pasamos.
Garc. Es mi cuñada
Leonor algo antojadiza,
Y quiere saber...
Dama 1ª. Queremos
Todas saber mil noticias.
¡Tanto luto como habrá
Tanta herencia repentina...!
Desid. Lo pensaremos.
Dama 1ª. Cuidado,
Que á la primera visita
Que hagais á Honoria, yo quiero
Ir en vuestra compañía.
Dama 2ª. Y yo tambien.
Dama 3ª. Y yo.
Todas las damas. Todas.
Jimen. Anda hace tiempo enfermiza.
¿No te escribe eso? (*A Desideria.*)
Desid. Pues.
Dama 1ª. Hoy
Es ella la maravilla
De Segovia.
Garc. La llamaban
Antes la santa novicia,
Y ahora la santa madre
Honoria.
Dama 2ª. Dios la bendiga,
Porque á ella sola se debe
Que mil infelices vivan.
Jimen. Ella dió de sus riquezas
Una parte muy crecida
En favor de los dolientes
Que la epidemia sufrian.
Ella sugirió al obispo
Que se hiciese enfermería
De mujeres su convento.
Garc. ¡De qué modo hizo asistirlas,
Aunque no mandaba, pues
No quiso la prelacía
De la fundacion! Os debe
Dar orgullo vuestra prima.
Desid. Seguro: yo en especial
Le estoy muy agradecida:
Me casó, dejó á mi esposo
Todo lo que no podia
Quitarle, cediendo el vínculo...
Jimen. ¡Condesa! (*Aparte á ella.*)
Dama 1ª. Ahí va esa píldora.
(*Aparte á Garcillan.*)

Garc., *Cab.* y *Damas.* } La madre Honoria es un ángel.
Desid. (*Aparte.*) ¡Qué enfadosa letanía
De elogios!
Garc. Curas se cuentan
A su cuidado debidas,
Que á milagro se atribuyen.
Desid. ¿De ella ó de la medicina?
Debe tenerse presente,
Señores, que allí asistia
Ese doctor á quien nadie
Conoce, y todos admiran.
Garc. ¿El doctor Almoravid?
Desid. Que parece de familia
Mora, como su apellido.
Seco, alto, cara cetrina,
Pronunciacion extranjera
Y unos ojos que intimidan.
Jimen. Cierto, es hombre misterioso.
Desid. A mi casa vino un dia,
Me hizo una pregunta ó dos
Sobre dónde fuí nacida
Y educada; respondí;
Se le escapó una sonrisa
Como de burla ó disgusto;
Y va y me pide en seguida
Que en el convento de Honoria
Le procure una entrevista
Con ella.
Garc. ¿Con ella?
Dama 2ª. Es raro.
Garc. ¿La vió?
Desid. Sí.
Garc. ¿Y qué le queria?
Desid. Eso... los dos lo sabrán.
Pero es tanta la malicia
De las gentes...
Jimen. ¡Desideria!
Dama 1ª. ¿Qué? ¿Qué es eso?
(*A Desideria con sencilla curiosidad.*)
Desid. La porfía
Del doctor en verla, cada
Vez que se lo permitian,
Hizo pensar...
Dama 1ª. ¿Con que dió
En hablarla...?
Desid. Y disuadirla
De ser monja.
Jimen. Mas Honoria
Rechazó sus tentativas.
Desid. ¿Lo niego yo?
Dama 2ª. ¿Es el doctor
Amante de la monjita?
Jimen. No lo creais.
Desid. La primera
Soy yo que la santifica.
Solo que como el doctor
Almoravid preferia
El asistir á las madres,
Hay infinitos que opinan
Muy poco piadosamente
De su presencia continua
En el monasterio: en fin,
Murmuraciones...
Jimen. (*Levantándose.*) Mentiras.
Desid. Mias no son.
Jimen. Estas damas
Querrán quitarse de encima
El traje de caza.
Damas 1ª *y* 2ª. Sí.
Desid. Ya veis que mi esposo os cuida.
No os detengais.
Garc. (*A la dama* 1ª.) La Condesa
Tiene una lengua de víbora.
Dama 1ª. Sí; ¿mas por qué no hace Ho-
Que á ese doctor le despidan? [noria
(*Vanse don Garcillan, las damas y caballeros.*)

ESCENA II.

DESIDERIA, JIMEN.

Jimen. ¡Muy bien! ¡os portais, señora!
¿Con que ello, no ha de bastar
Orden ni ruego á enfrenar
Vuestra lengua detractora?
En un estado brillante
Os veis por esa mujer;
Os dió por satisfacer
La envidia vuestra, su amante;
La gala que llevais puesta
Es suya; ¡y no os contentais,
Que aun su opinion envidiais,
Que es lo solo que le resta!
Desid. ¡Qué acusacion tan fogosa!
Yo siento haberte enojado:
Perdona si he blasfemado
Un momento de tu diosa,
Y alaba la bizarría
Menos de la noble dama;
Que si conserva su fama,
Le cuesta un poco á la mia.
Si contigo me casé,
A Honoria libré de afrenta;
Porque aquello fué una venta
En que, es verdad, yo gané;
Mas desde que nos ha unido
El cura, si bien atiendo
A mi porte, no comprendo
Que conmigo hayas perdido.
Jimen. Era sobrado excusada
Para tu abono esa arenga:
Cualquier mujer que yo tenga,
Bien sé que ha de ser honrada.

Pero tu denigrativa
Comezon, ya me disgusta:
Sé pues con Honoria justa,
Ya que no caritativa.
No creas que no penetra
Tu esposo tus intenciones:
Cualquier plan que te propones,
Te lo conozco á la letra.
Desid. Tu gracia divinatoria
¿Sabe por qué vegetar
Quiero aquí?
Jimen. Por no escuchar
Las alabanzas de Honoria.
Desid. Cabal: oir ensalzarla
Tanto, aburria. — No entro
Mas en Segovia, si dentro
Queda Honoria.
Jimen. ¿Irás á echarla
De su convento?
Desid. Soy terca,
Si mi bienestar padece:
La rival que me oscurece,
Yo no la quiero tan cerca.
¿No hay conventos á millares
Donde viva sosegada
Una vírgen consagrada
Al culto de los altares?
Vaya su camino arriba,
Y hasta el cielo se remonte,
Con tal que yo en mi horizonte
Ni la sienta ni perciba.
Y luego, que en realidad,
Solo el doctor afianza
Que la cure una mudanza
De aires, de su enfermedad.
Jimen. ¿Se le agravó la dolencia?
Desid. Un poco.
Jimen. ¡Y sin ver su escrito,
Por bien de paz, te permito
Llevar la correspondencia!
¡Oh vergonzosa desidia!
Mira si partir prefieres:
Yo voy á Segovia.
Desid. ¿Y quieres
Que no tenga á Honoria envidia?
Parte, sube en tu alazan,
Cruza el camino volando,
Y déjame devorando
Zelos que me matarán:
Harto há que me persuadí
Que de mí profugo vives,
Y que aunque no ves ni escribes
A Honoria, tu alma está allí.
Solamente en ella piensas,
Y en su efigie idolatrando,
Mi cariño estás pagando
Con zelos que son ofensas;
Y no miras lo que excede
La pasion de que hago alarde,
Al amor de una cobarde,
Que se encierra y te me cede.
A mí no se me enclaustrara
Si en su puesto hubiera estado:
Yo á mi rival, del trenzado
La hubiese llevado al ara. —
La razon aquí me inspira
Que mi violencia modere:
Mujer á quien no se quiere,
Malogra el llanto y la ira.
Me dirijo á un hombre cuerdo
Capaz de considerar
Que nos importa marchar
Ambos de comun acuerdo.
Bien que morisca y bastarda,
Exigente y caprichosa,
Desideria que es tu esposa,
De tí respetos aguarda.
Para que de un dia hermoso
Recibamos los reflejos,
Trasládese Honoria lejos;
Y de que en nuestro reposo
No verás hora turbada
Por fiadora te salgo. —
Si conozco yo que valgo
Menos, y á su vista, nada.
En fin, aunque una merced
De rival debe dolerme,
Ella te mandó quererme;
Cúmplamelo vuesarced,
Y no pediré tenaz
La ausencia con que le asedio:
Mientras tanto, ese remedio
Es el único eficaz;
Y por esta conviccion,
Contento con tu indulgencia,
Ya dí alguna providencia
Relativa á traslacion.
Jimen. Veo, por mas que ingeniosa
Te me vengas vindicando,
Que por la envidia empezando,
Concluyes en ser zelosa.
¡Buena prenda has descubierto
Para vivir sin disputa!
Será preciso una gruta
Ir á buscar al desierto:
En cualquier otro retiro
Damas hemos de encontrar,
Y te vas á accidentar
Si una me mira ó la miro.
Bien: mi noble proceder
Te servirá de leccion;
A ver, segun mi opinion,
Si el marido hace mujer.
Que deje se tratará
Su pacífica morada
Honoria, y bien apartada

De tí se la llevará.
Mas si soy condescendiente
Así, cuenta no me apures;
Cuenta que de ella murmures
Ni aun que tu boca la miente;
Que si llegas á irritar
Al que tu bien te aconseja,
La celda que Honoria deja,
Tú la puedes ocupar.
Desid. Para indicarme un deber,
No es preciso amenazarme.
(*Aparte.*) Lo veo: no podrá amarme
Mientras viva esa mujer.

ESCENA III.

DON LOPE, DE CAMINO; DICHOS.

Lope. ¡Ah de casa! ¡Hola!
Jimen. ¡Don Lope!
Recibid mi bienvenida.
Desid. ¿Qué tal venís de Madrid?
Lope. Bueno. A Segovia volvia,
Y quise veros.
Desid. Vereis
Otros amigos y amigas.
Jimen. Manda que dispongan...
(*A Desideria.*)
Desid. Voy
Al instante. (*Vase.*)
Lope. Juraria
Que os llega otro huésped.
Jimen. ¿Quién?
Lope. A la entrada de la villa
El doctor Almoravid
Está.
Jimen. ¿El doctor?
Lope. Y ya habia
Pasado adelante; pero
Una de las averías
Propias del viaje, parece
Que á retroceder le obliga.
Ello es que una gran porcion
De gente va dirigida
A una litera parada
Debajo de unas encinas.
Jimen. El doctor es buen jinete:
Supongo que no vendria
En litera.

ESCENA IV.

DESIDERIA, DON GARCILLAN, DAMAS, CABALLEROS, JIMEN, DON LOPE.

Desid. Vedle allí.
Todos. ¡Don Lope!
Lope. Señoras mias,
Señores... ¡Qué buen encuentro
Me proporciona mi dicha!
Leonor, Garcillan, Vitoria,
Bien hallados.
Voces dentro muy lejos. ¡Viva! ¡viva!
Desid. ¿A qué será esto?
Voces dentro. Allí, allí.

ESCENA V.

BONIFAZ, DICHOS.

Bon. Dios guarde á la compañía.
Desid. ¡Bonifaz! ¡tú por acá!
Bon. Señora, soy espolista
De una amiga vuestra.
Desid. ¿Quién?
Bon. ¿Quién ha de ser, voto á cribas?
¿Por quién puedo yo emplearme
En funciones tan indignas,
A no ser Honoria?
Todos. ¡Honoria!
Desid. Ya. ¿Con que esa vocería...?
Bon. Es por ella. ¡Qué! si está
Alborotada la villa
De gozo, de gratitud,
De... Pues ¡y cuando salia
De Segovia! Pero viene
Tan mala la pobrecilla...
Todos. ¿Viene enferma?
Bon. Pues si no
¿Para qué se pasaria
A otro monasterio?
Jimen. (*Ap.*) ¡Cielos!
Damas. Corramos á recibirla.
Bon. Ya entrábamos en el bosque;
Mas se sintió acometida
De un accidente, y paramos
A ver si se tranquiliza.
Dama 1ª. Vamos á ver á la santa.
Todas. Vamos.
Desid. ¡Oh qué algarabía!
(*Aparte.* ¡Honoria aquí!) Reparad
Que está enferma; no aturdirla
Con voces: una emocion
Fuerte le será nociva.
Jimen, ¿no vienes?
Jimen. (*Aparte á Desideria.*) Lograste
Por fin lo que pretendias:
De Segovia sale.
Desid. Sí;
Y viene á mi casa misma:
¡Logro bastante!
Garc. (*A don Lope.*) Aguardad
Vos.
Jimen. (*Aparte.*) ¡Cuánto temo su vista!
(*Vanse Desideria, Jimen, Bonifaz, las damas y caballeros.*)

Una voz. (*Dentro.*) Que se abran todas las puertas
De los jardines.
Muchas voces. (*Dentro.*) Abrirlas.
Garc. Ya viene.
(*Van saliendo aldeanos, aldeanas y niños por la izquierda, y criados por la puerta de la casa, todos los cuales van colocándose á los lados de la escalinata, á la puerta ó en las ventanas.*)
Voces de los que salen. Aquí estamos bien.
Lope. Al jardin se precipita
Todo el pueblo.
Bon. (*Dentro.*) Coged flores:
Lo manda el amo.
Garc. ¡Sencilla
Demostracion, pero bien
Justa y significativa!
Unos. ¡Viva nuestra madre Honoria!
Otros. ¡Viva muchos años!
Todos. ¡Viva!

ESCENA VI.

HONORIA, SOSTENIDA EN UNA HERMANA LEGA, Y ACOMPAÑADA DE UN RELIGIOSO; DESIDERIA, JIMEN, DAMAS, CABALLEROS, PUEBLO, DON GARCILLAN, DON LOPE.

(*Al aparecer Honoria en lo alto de la escalera, los aldeanos tiran las gorras al aire, las aldeanas arrojan flores al suelo, y todos se hincan de rodillas conforme va descendiendo.*)
Hon. Levantaos por Dios.—¿Qué se re-
Para aquel que nos ve desde la altura, [serva
Si ante una miserable criatura
La rodilla doblais? Indigna sierva,
Quise ambiciosa de renombre vano
Socorros dar á la ciudad doliente;
Fué falsa caridad, y justamente
Dios me castiga con mi fin temprano.
Garc. Vivireis, vivireis.
Hon. Si mi existencia
Lejos de mi convento finaliza,
Solo, padre, mi pecho tranquiliza
(*Al religioso.*)
Que lo dejé por vos, por obediencia.
Mas ya que de mi celda desterrada
El pié de nuevo por el mundo traigo,
La dicha tengo de que en brazos caigo
De aquella amiga con quien fuí criada.
Ven, Desideria, ven: ¿donde te has ido?
Vea tu rostro yo, que me comprende.
¡Cuán feliz has de ser si el cielo atiende
Los ruegos que por tí le he dirigido!
Hay, Desideria, un vínculo precioso
Entre las dos que nuestras almas liga.
¿Cómo...? Empiezo á sentir nueva fatiga.
¿Cómo no me presentas á tu esposo?
Desid. Mira á mi esposo aquí.
Jimen. Tu amigo tierno.—
¡Cielos! ¡cuánto dolor leo en su frente!
(*Aparte.*)
Hon. (*Aparte.* Le miraré, pues ya el Omnipotente
Calmó el afan que imaginaba eterno.)
(*Alza los ojos para mirarle.*)
Jimen... vengo por fin á ser testigo...
(*Aparte.* No sé qué turbacion involuntaria
Me priva de la fuerza necesaria...)
Jimen... nos une Dios... Él sea conmigo...
(*Se siente desfallecer.*)
Jimen. ¡Honoria...!
Desid. Se desmaya.
Hon. Aturdimiento
(*Esforzándose á serenarse, pero sin poderse sostener.*)
Del viaje, nada mas.
Desid. (*Aparte.* Fingir no pudo:
Elle le ama tambien; ya no lo dudo.)
Esposo, dirigidla á mi aposento.
(*Vanse Honoria, Jimen, el religioso, el pueblo, y algunas damas y caballeros: otros se quedan.*)

ESCENA VII.

DESIDERIA, DON GARCILLAN, DON LOPE, DAMAS, CABALLEROS.

Desid. (*Aparte.* Lleva testigos: bien
Acompañarla Jimen.) [puede
Se cumplió vuestro deseo; (*A la dama 1ª.*)
Ya lográsteis conocer
A la santa religiosa
Que inspira tal interés.
Garc. Es un entusiasmo justo:
El aplauso que se dé
A la virtud, es estímulo
Que la puede promover.
Desid. Todo requiere fortuna.
Don Garcillan siempre fué
Apasionado de Honoria.
Garc. Cierto; pero ¿no es cruel
El ver á esa criatura
Enferma?
Desid. No os asusteis:
Me parece que su mal
No es cosa muy de temer.
La presencia de su primo
Quizá la cure: es muy bien
Específico la vista
De un deudo fino y cortés.

ESCENA VIII.

BONIFAZ, POR LA ESCALINATA; DICHOS.

Bon. (*Aparte.* ¡Para buen asunto el
Me ha venido á detener!) [médico
Señora... (*Aparte.*) ¡Jesus! ¡qué lance!
Se armará aquí una Babel.
Desid. ¿Qué hay, Bonifaz? ¿Quieres algo?
Bon. Lo diré á solas.
Desid. Despues:
Antes di, ¿cómo es que vienes
Con Honoria?
Bon. Me arruiné:
Digo, me arruinaron. Cuando
Salí del arresto aquel
Para Sepúlveda, habia
Producido un somaten
La noticia del contagio.
Voy á entrar. ¡Dios de Israel!
Cien paisanos mios, hecho
Cada uno un lucifer,
Gritan que traigo la peste;
Que no se me da cuartel.
Los arengo, no consigo
El poderlos convencer;
Viene una razon de á libra
Y me santigua una sien;
Huyo, declara el concejo
Que contagiar intenté
La poblacion, y aplicándome
Su vil codicia por ley,
Me lo venden todo, y quedo
Per istam sanctam, amén.
Desid. ¡Hombre! ¡qué calamidad!
Garc. Se puede ahora poner
Una demanda...
Bon. A Segovia
Me volví, echando la hiel,
Y dije: No pesco ya,
No; pero yo cazaré.
Allá en la ronda de afuera
Ballestero quise ser:
Paró en la ciudad la peste,
Y al cesar, picó tambien
Dentro de mi pueblo; un dia
Vino á Segovia á vender
Frutas el de la pedrada,
Y pagómela, pardiez.
Desid. ¿Cómo?
Bon. Se empeñó en entrar,
Me opuse, instó, y á las tres
Advertencias, cogí el arco
Y una jara le fleché.
Damas 1ª y 2ª. ¡Qué horror!
Bon. La órden era esa:
Yo cumplí con mi deber.
Desid. Tiro tan cercano...
Bon. Como
Era yo arquero novel,
Primero que los avíos
Aquellos acomodé,
Ya el otro estaba de mí,
Lo menos á veinte y seis
Pasos.
Desid. ¡Ah! de esa manera
Solo le pudiste hacer,
Si le acertaste, una herida
Leve.
Bon. Cuanto le toqué:
Se iba riendo; con todo,
Rió por última vez.
Desid. ¡Calle! pues ¿qué...?
Bon. Es un secreto
De la ronda.
Desid. ¿Correré
(*Dirigiéndose en tono de chanza á las damas.*)
Peligro por el flechazo
Que hoy me tiró no sé quién?
Bon. ¿A vos?
Desid. Sí, junto al camino.
Jimen se empeñó en traer
La saeta: ve allí un trozo.
Bon. ¡El arcángel San Miguel
(*Aparte examinándola.*)
Me asista!
Desid. No la conoces:
¿Verdad?
Bon. (*Aparte.* Yo me adelanté
Dos horas con el doctor,
Y hemos cazado tambien.)
(*Alto.*) ¿Tenia el otro pedazo
Una señal? ¿una B?
Desid. No hice alto: en la iglesia está,
Si quieres satisfacer
Tu curiosidad.
Bon. La tengo
Y bien grande; pero... ved
Que me ha encargado el doctor
Que á vos cual amiga fiel
De Honoria, diga un recado.
Desid. ¿Qué doctor?
Bon. ¡Ah! ¿No sabeis
Que el doctor Almoravid
Se halla aquí?
Desid. ¿Se halla aquí?
Bon. Pues.
Toma, si acompaña á Honoria.
Desid. ¿La acompaña? ¿Qué tal, eh?
(*A las damas.*)
Garc. Está enferma y necesita...
Desid. Que vos la justifiqueis.
¡Cuidado si tiene empeño
En curar á esa mujer
El tal doctor!

Bon. (*Inadvertidamente.*) ¡Desideria...! (*Reparando.*) Señora... No delireis. Precisamente... Escuchad.

(*Hablan aparte Desideria y Bonifaz.*)

Dama 1ª. Hijas, principio á temer
Que no es Honoria tan santa
Como yo me figuré.

Garc. Nada en contra de ella prueban
Indicios de ese jaez.

Lope. Imprudente siempre ha sido.

Desid. ¡Eso dice! (*Aparte á Bonifaz.*)

Bon. Y que no andeis
Con dilaciones.

Desid. ¡Jesus!
¡Qué compromiso!—Veré
De anunciárselo. Aquí llega.

Bon. Sí, si queria coger
El aire. (*Aparte.*) Le diré á Honoria
Lo que me temo.

(*Vase llevándose el pedazo de la flecha.*)

Desid. (*A las damas.*) Tened
La bondad de perdonarme;
Aquí sale, como veis,
Nuestra enferma, y he de hablarla
A solas.

Dama 1ª. Está muy bien.

Bon. Lo que es cierto, no estoy; pero
(*Al salir, hablando aparte con Honoria.*)
Al doctor le prevendré,
Y corro á la iglesia: está
Lejos, y por no perder
Tiempo mientras vuelvo á casa,
La campana tocaré.

Hon. ¿Con que si oigo tocar, hablo?

Bon. Si no, no la amedrenteis.

(*Vanse don Garcillan, don Lope, Bonifaz, las damas y caballeros.*)

ESCENA IX.

HONORIA Y LA RELIGIOSA, EN LA CUAL SALE APOYADA; DESIDERIA.

Desid. (*Ap.*) ¿Cómo la he de preparar
A la noticia?

Hon. Me alivia
El salir á respirar
El aura olorosa y tibia
Del jardin. Podeis marchar. (*A la religiosa.*)

Desid. A mi esposo prevenid
Que estoy en este paraje. (*Vase la religiosa.*)

Hon. Salió á ofrecer hospedaje
Al doctor Almoravid.

Desid. Tu compañero de viaje.

Hon. En verdad que no quisiera
Que á casa nos le trajera.

Desid. A él parece que le gusta
Sentarse á tu cabecera.

Hon. Ese médico me asusta.

Desid. Pues sabe mucho el doctor.

Hon. Perdóneme si le ofendo.
Há poco me dió un licor,
Y desde entonces, sintiendo
Me voy cada vez peor.
Verdad es que lo bebí
Con tan fuerte repugnancia...

Desid. ¿Por...?

Hon. Porque al doctor le oí
Decir una extravagancia,
Que es blasfemia para mí.

Desid. ¿Cuál?

Hon. Hablando de mis votos,
Dijo: «Poca es mi pericia
En esto; mas con justicia
Me atrevo á dejarlos rotos
Sin dispensa pontificia.»
Me irritó aquella impiedad.

Desid. Supongamos que lo fuera,
Y no una vulgaridad:
Yo no creo que perdiera
Por ello su habilidad.
Sé con el docto varon
Mas tolerante, hoy que tienes
Esa gran satisfaccion
Digna de mil parabienes.

Hon. ¿Cuál?

Desid. Tu triunfal procesion.

Hon. Mas vale el placer de hallarte
En este segundo Eden
Feliz con tu esposo.

Desid. En parte
Lo soy; mas puedo mostrarte
Mujer mas dichosa.

Hon. ¿Quién?

Desid. ¿Quién? El lucero que brilla
En Segovia, y es el pasmo
De gente docta y sencilla,
Que no duda en su entusiasmo
Inclinarle la rodilla.

Hon. Basta.

Desid. Oye la distincion
Entre ambas, y di si es leve:
Un pueblo, media nacion
Te ama, y á mí ni el que debe
Amarme de obligacion.
Si ocurre que Jimen pierda
Su frialdad lo que baste
A que conmigo malgaste
Un halago, es que se acuerda
De que tú se lo mandaste.
Yo entre sedas y entre alhajas,
Tú en humilde desaliño,
Dime si no me aventajas,
Pues vivo de las migajas

Que sobran de tu cariño.
Hon. Mucho en verdad me entristeces
Con la nueva que me das;
Pero ¿y si acaso mereces
Todas esas esquiveces
Que ponderándome vas?
Yo casi á creer me inclino,
Conociendo el noble y fino
Corazon de tu consorte,
Que la culpa de su porte
La tenga tu poco tino.
A poder mi voz lograr
Que tu pecho desampare
La propension á envidiar,
Como á él le puedo mandar
Que sus desdenes repare,
Santüario esta vivienda
Hiciérais de paz los dos;
Mas ya que de mí no penda
Que ella á vosotros descienda,
Puedo implorarlo de Dios.
Haz tú de tí mas caudal;
Mira lo que has adquirido,
No lo que goza tu igual;
No canses á tu marido,
Y no hables de nadie mal.
Nuestro loco devaneo
Los objetos hermosea
En que se fija el deseo;
La posesion vuelve feo
Cuanta engalanó la idea.
Y no fuera muy extraño
Que examinando con pausa
Si hay en tus zelos engaño,
Solo fuera cierto el daño,
Siendo aparente la causa.
Yo los tengo por un sueño,
Si de Jimen por mí juzgo,
Y sostendré con empeño
Que pues mi pecho sojuzgo,
Él será del suyo dueño;
Y de su pasion primera
Ya ni vestigio existiera,
Si tu insano frenesí
Haciéndole no estuviera
Siempre acordarse de mí.
Desid. ¿Con que, segun decidiste,
Queda por cosa sentada
Que en mí tan solo consiste
Si yo no soy la casada
Mas venturosa que existe?
Creo que lejos del blanco
Tu ingenio los tiros hizo,
Y así no me satisfizo;
No obstante, séame franco
Tu labio, y me tranquilizo.
Juzgas de Jimen, atenta
A que tú vives en calma;
Y es la razon á mi cuenta,
Porque parece os alienta
A entrambos á dos un alma.
Yo creeré que he soñado
Todas cuantas amarguras
Por Jimen he devorado,
Si me afirmas y me juras
Que tú nunca le has llorado;
Que con el santo sayal
Contra el amor escudada
En el recinto claustral,
Nunca has vuelto una mirada
A mi lecho conyugal;
En suma, que esa incidencia
De perder voz y color
De Jimen á la presencia,
Efecto fué de dolencia,
Y no falta de valor.
Con tal pues que se me dé
A esta pregunta por tí
Un sí en respuesta, perdí
Mi temor, y esperaré
Que Jimen adore en mí.
Hon. Por lo mismo que no miente
Mi boca, no estoy dispuesta
A contestar: es patente
Que á una pregunta imprudente,
Fuéralo mas la respuesta.
Desid. No así mi afan se mitiga:
Cuando callas, con razon
Temes la revelacion.
Hon. No temo lo que te diga,
Sino la interpretacion.
Tomará un dia otro sesgo
Tu genial, que hoy no lo admite;
Y con el tiempo, en desquite,
Dia vendrá en que sin riesgo
El alma en tí deposite.
Si yo de mi enfermedad
Supiera que fallecia,
Toda la dificultad
Cesaba, y satisfaria
Tu inútil curiosidad.—
Quizá ese dia veremos
Pronto.
Desid. (*Aparte.*) Ella me abre carrera
Para que el anuncio ingiera;
Mas temo...
Hon. ¿Nos estaremos
Viendo por la vez postrera?
Desid. ¿Por qué tan desalentada
Te entregas á la zozobra?
Hon. ¡Ay! me encuentro tan postrada...
Quien da esta vida prestada,
Cuando quiere la recobra.
Desid. Jóven eres.
Hon. Mi mal dura
Tanto... ¿Sabes en conciencia

Tú lo que de mí se augura?
Desid. Yerra mil veces la ciencia.
Hon. Pienso que el doctor procura
Que el daño se me reboce.
Dime, por Dios Uno y Trino,
Si es verdad lo que adivino.
Desid. (*Aparte.* Ella su estado conoce.)
Por Bonifaz me previno
El doctor...
Hon. ¿Qué?
Desid. Me ha encargado...
Hon. Di.
Desid. No vayas á creer
Que es caso desesperado.
Hon. ¿Te puedo ya responder
(*Mirando fijamente á Desideria.*)
A lo que me has preguntado?
(*Desideria baja los ojos y calla.*)
¡Ah, sí! el riesgo es inminente.
Desid. No...
Hon. Sí: la muerte me aguarda:
Tu silencio te desmiente.
Desid. Perdon si fuí...
Hon. ¡Dios clemente!
¡Venga! la culpé de tarda.—
¿Qué me podrás exigir
Que yo te niegue en albricias
De venirme á trasmitir
La mejor de las noticias
Que pudiera recibir?
¿Cuando, como aletargada
Con apacible beleño,
Llego á la muerte anhelada,
Como quien se rinde al sueño
Tras fatigosa jornada?
Si antes no te satisfice,
Razon es que ya sucumba
La resistencia que hice;
Que á la márgen de la tumba
Toda la verdad se dice.
Sí, cuando entre honor y saña
Tendí al altar la cerviz,
Quedó en la equívoca hazaña
En mí el amor cual zizaña
Que no perdió la raiz.
Gérmen fué emponzoñador,
Que produciendo sus frutos,
Hizo que nunca el dolor
Mis ojos tuviera enjutos
De llanto consumidor.
Tormenta fué de pujanza
Que amansó con lentitud,
Hasta que allá en lontananza
Formó el iris de bonanza
El rayo de la virtud.
Vi entonces la suavidad
De la ley de mi Hacedor,
Y usé de su libertad,
Amándole á él por amor,
Y á Jimen por caridad.
Y nunca la frente lacia
Eché en el rudo terliz,
Sin rogar con eficacia
Para él al Señor la gracia
De ser contigo feliz.
Que esto y nada mas quedó
De mi pasion á Jimen.
Todo el deseo murió...
O sino... se convirtió
En deseo de su bien.
Este afecto permitido,
Este amor enaltecido
Fué del alma dulce pasto,
Con el amor confundido
A Dios, reverente y casto:
Bien que, por la misma union,
Tal vez me aterraba austera
La voz de la religion,
Para que no le ofendiera
Con una profanacion.
Ya con el afan termino
Que tuve, de poner freno
Al ánimo de contino
Porque huyese lo terreno
Y abrazara lo divino.
Ya mi pié firme vadea
El peligroso remanso:
¡Mil veces bendito sea
Quien despues de la pelea
Me premia con el descanso!
¡Bendito el que al desatar
Los lazos de mi existir,
Los aparta sin sentir!
Desid. ¡Ah! ¡se te debe envidiar
Hasta el modo de morir!
Añade á tanto prodigio
Que obrar donde quiera sueles,
Por colmo de tus laureles,
El sobrehumano prestigio
Con que á tus plantas me impeles.
(*Arrodíllase.*)
Hon. ¡Oh! no.
Desid. Deja que humillada
Te ruegue que me perdones...
Hon. ¿Alguna culpa olvidada?
Desid. Mil.
Hon. Quiero excusar cuestiones
Al salir de esta morada.
Desid. He sido tan criminal...
Hon. Deja mi pecho contrito
En paz.
Desid. Ven donde tu mal
Cuiden.
Hon. Solo necesito
El médico espiritual.
Desid. ¡Oh! Dios tu fin no consienta

Cuando desterrada sale
De mí la envidia sangrienta,
O haga, porque no lo sienta,
Que una suerte nos iguale;
Y si la sentencia airada
Que sobre tí dar le plugo
Ser no puede revocada,
La víctima no manchada
Que muera con su verdugo.
(*Tocan á lo lejos una campana.*)
Hon. ¡La campana! ¡Oh Dios!
Desid. ¿Qué es esto?
¿Quién á estas horas la toca?
Hon. (*Aparte.*) Es Bonifaz.
Desid. Ven, ven presto
A casa.
Hon. ¡Oh! no. Dios te ha puesto
Las palabras en la boca.
¡Es nuestro ser tan precario!
¿Podrás (y esto no te agite)
Dar el perdon necesario,
Si por yerro involuntario
Hay quien la salud te quite?
Desid. ¿Quitar la salud has dicho?
Hon. Ya ves que hoy te hirieron...
Desid. ¡Oh!
Esto...
Hon. Aunque apenas brotó
La sangre...
Desid. (*Aparte.* ¡Monjil capricho!)
Yo perdono á quien me hirió.
Hon. ¿Cierto?
Desid. Cierto.
Hon. No lo olvides,
Y promete obedecerme.
Desid. ¿En qué?
Hon. En curarte.
Desid. ¡Ponerme
En cura...!
Hon. Y no te descuides.
Desid. ¿Pretendes loca volverme?
Yo manejo brazo y mano
Bien, y siento apenas...
Hon. Haz
Cuenta que no hablaré en vano.
Desid. Recuerdo el sepulvedano
(*Medio para sí.*)
Herido por Bonifaz.—
¿Me podrá en riesgo poner
Mi herida? ¿Será creible?
Hon. En esta época terrible
Verias establecer
Alguna medida horrible,
Jamás usada, inaudita,
Para que no se extendiera
Por una provincia entera
Un mal que solo se evita
Cuando y como Dios lo quiera.
Desid. Sí, tenia en general,
Quien de enferma poblacion
Fuese á otra libre del mal,
Inmediata imposicion
De la pena capital.
Pero ¿adónde me conduces
Con esto? que me acobarda
El afan que en mí produces.
Hon. Segovia formó una guarda,
Que por falta de arcabuces,
Fué casi toda de arqueros;
Y el jefe quiso lograr
Que en llegando á disparar
Los tiradores certeros
Al que intentara escapar,
Sin remedio pereciera
El prófugo brevemente
Solo con que se le hiriera,
Aunque, herido y todo, huyera
En un caballo excelente.
Desid. Y bien...
Hon. Cada flecha dada
Con este fin exclusivo
A la gente asalariada...
Desid. Por Dios...
Hon. Estaba empapada...
Desid. ¿En qué?
Hon. En un veneno activo.
Desid. Y la que á mí me ha tocado...
Hon. Medio hay que su accion destruya.
Bonifaz la ha examinado...
Desid. ¿Él?
Hon. Y el toque que ha sonado,
Dice que la flecha es suya.
Desid. ¡Suya! ¡Oh Dios!
Hon. Sí, pero espera.
Desid. ¡Suya! ¿No habrá salvacion
Para mí?
Hon. ¿Te descubriera
Yo el riesgo, si antes no hubiera
Pensado la curacion?
Desid. ¿Tú? ¿Qué me puede valer
Tu auxilio?—(*Gritando.*) ¡Criados! ¡Hola!
¿Me dejarán perecer
Sola aquí?
Hon. Conmigo sola
Tienes cuanto has menester.
Desid. Quita, mujer, que nació
(*Queriendo separarse de Honoria, y llevándosela consigo hácia la casa.*)
Para la vergüenza mia.
Tú en mi pena gozas.
Hon. ¿Yo?
(*Soltándola con un movimiento de indignacion.*)
Desid. ¡Socorro!
(*Precipítase por la puerta del costado derecho.*)

Hon. Mereceria...
(*Mira hácia adentro.*)
No, no, que se desmayó.
(*Va á socorrer á Desideria.*)

ESCENA X.

JIMEN Y BONIFAZ, BAJANDO LA ESCALINATA.

Bon. Que me perdone.
Jimen. ¡Oh Dios! ¡ambas
Expuestas á perecer!
No vuelvas sin el doctor.
Bon. Con sus criados se fué
A ver esas ruinas góticas
Que cerca de aquí se ven.
Jimen. ¡Honoria! — Mas antes debo
Acudir á mi mujer.
Bon. Al recogerse á los guardas
Las flechas, las entregué
Todas, menos esa sola
Que yo no debí de ver.
Cruza el venado el camino...
Jimen. Vete.
Bon. Me inspira Luzbel
Que entre en el monte y le ataje;
Le tiro, ¡y vengo á coger
La saeta envenenada!
Y no hay duda: las marqué:
La conozco.
Jimen. ¿Y se consigue
La ponzoña detener
Del modo que tú me has dicho?
Bon. A todo el mundo lo oireis.
Jimen. Basta, corre. (*Vase Bonifaz.*)

ESCENA XI.

JIMEN.

Yo remedio
Tan extraño probaré.
Si me informo del doctor,
No me dejará exponer
Mi vida, que juzgará
Llena de venturas él.
Aun mi esposa ha de ignorarlo:
Dormida la curaré.
¡Desideria! vivirás.
No sabrá bien absorber
Un irracional el tósigo
De tu herida; yo lo haré. —
Si muere mi Honoria, quiero
Morir á la par tambien. —
¡Traérmela aquí á espirar!
¡Dios mio! es rigor cruel.
¿No adora mi esposa en mí?
(*Con amarga ironía.*)
Justo es mi vida ofrecer
Por ella. Sí: yo el veneno
De su herida chuparé.
(*Se dirige resuelto á la casa, y en el umbral de la puerta se halla con Honoria, que le ha estado escuchando un instante.*)

ESCENA XII.

HONORIA, JIMEN.

Hon. Sería ya inútil.
Jimen. ¡Ah!
Hon. Como por dicha has tardado,
Mi labio se ha adelantado:
Salvada tu esposa está.
Jimen. ¿Tú...?
Hon. Cuando ella en su sentido
Vuelva...
Jimen. ¡Tú te envenenaste!
Hon. Le dirás que tú sanaste
La herida.
Jimen. ¡Oh! no. — ¡Te has perdido!
Hon. No es culpa de gravedad:
Siempre de mi mal muriera:
Lo que hoy en tí crímen fuera,
En mí es generosidad.
Jimen. ¡Honoria! ¡Y has de dejarme!
Hon. Y aun con ánimo gozoso.
Muerta yo, serás dichoso:
Muerta, podrás olvidarme.
Jimen. ¡Olvidarte!
(*Tiéndele los brazos para sostenerla, porque la ve apoyarse en una silla: ella le rechaza blandamente.*)
Hon. Si hoy de mí
Te apartan mis brazos yertos...
Jimen, con ellos abiertos
Te voy á esperar allí.
(*Señala el cielo, y toda trémula se entra en la casa.*)

ACTO SEGUNDO

Y DEL DRAMA EL QUINTO.

Vista exterior de las ruinas de un palacio gótico, las cuales ocupan un tercio del tablado y casi todo el telon de fondo. En este la puerta principal con dos hojas estropeadas y endebles; sobre la puerta una ventana grande. A la derecha del espectador, y de

frente á él, otra puerta tambien de dos hojas medio carcomidas. Al lado izquierdo árboles corpulentos y espesas matas. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

DON GARCILLAN, DON LOPE, DAMAS, CABALLEROS, UN CRIADO CON UN FAROL.

Garc. En estas ruinas, aquí
Sin dársele sepultura,
Quedará depositada
Mientras el obispo juzga
Qué nos corresponde hacer
En tan ardua coyuntura.
Dama 1ª. ¡Jesus! ¡qué lance!
Dama 2ª. ¡Qué escándalo!
Lope. ¿Quién lo imaginara nunca?
Dama 1ª. Estaria loca Honoria
Cuando le dió aquella furia.
Lope. Mas ¿quién oye lo que dijo
Que no se aterre y confunda?
Corre la voz de que está
Cercana de ser difunta
La santa, y el pueblo todo
Acude y la casa ocupa.
Un desmayo hace que Honoria
La confesion interrumpa;
Llega el doctor, da un encargo
Al padre, que se apresura
A cumplirlo; Almoravid
Queda con la moribunda
Un instante; acude luego
La Condesa; y de su aguda
Voz llamados, no tan solo
Nosotros, sino la turba
De afuera, oimos aquellas
Expresiones que espeluznan.
Garc. «¡No soy cristiana! ¡no estoy
Bautizada!»
Lope. Y aquí anuda
Su lengua la muerte, y rinde
El alma.
Dama 1ª. Eso fué locura,
Fué un extravío: y sostengo
Que sin razon dificultan
El sepultarla en sagrado.
Lope. Sabeis la respuesta pública
Del doctor, cuando la gente
Le preguntaba confusa.
Dijo que no estaba loca
Honoria, que era la pura
Verdad cuanto habia dicho,
Y que á él le constaba.
Dama 1ª. Y cruza
La alcoba al decirlo, sale,
Y por mas que el juez le busca,
(*Señalando á don Garcillan.*)
No se le ha podido hallar
Desde entonces.
Garc. Esa fuga
Da motivo de creer
Que es todo tramoya suya.
Pero es negocio eclesiástico:
Y luego la gente rústica
Que ve así morir á aquella
Mujer á quien se tributa
Veneracion como á santa,
Se escandaliza y murmura.
Cuanto mas la idolatraron,
Repugnancia mas profunda
Tal descubrimiento causa.
Dama 2ª. Si el médico disimula,
No hay nada.
Garc. Pues la Condesa
Merece menos disculpa.
Si hace al escuchar á Honoria
Que su confesor acuda
Solamente, y no vocea
Para que allí se reunan
Todos, se ignora el suceso,
Y el escándalo se excusa.
Lope. Ya; pero si muere Honoria
Sin que el escándalo cunda,
Quedaba su nombre ileso,
Hubiera metido bulla
Su entierro, y vendria á verle
Media España: era una angustia
Para la rival de Honoria
Semejante barahunda.
Dama 1ª. ¿Con que la envidia tambien
Despues de la muerte dura?
Lope. ¿Por qué no, si sobrevive
Todo lo que al muerto ilustra?
Garc. Bien pudiera la Condesa
Suspender el que conduzcan
Aquí el cadáver, teniéndolo
En casa mientras pronuncia
Su fallo el obispo. Fué
Desde Segovia á Sepúlveda;
Pero mañana á las diez
Su decision absoluta
Nos traerá un propio.
Dama 1ª. Luces
Allá abajo se vislumbran.
Garc. Sí; vienen ya con el féretro.
Dama 1ª. Mirad: ¡es cosa que asusta!
¡Ni un clérigo!
Dama 2ª. ¡Ni una cruz!
Garc. No reza nadie.
Lope. Circundan
El ataud en silencio.
Garc. ¡Hoy entre vítores triunfa,

Y hoy sin que nadie la llore,
Con infamia la sepultan!

ESCENA II.

DESIDERIA, ALDEANAS VESTIDAS DE BLANCO QUE TRAEN EN EL ATAUD A HONORIA VESTIDA TAMBIEN DE BLANCO. ACOMPAÑAMIENTO DE DUELO. PUEBLO, CRIADOS CON HACHAS, DICHOS.

Desid. Tomad y abrid, ya que es fuerza
(*Dando una llave á un criado, que abre la puerta del palacio.*)
Que un triste deber se cumpla.
Aquí espero que volvamos
Pronto con la pompa augusta
De la religion á dar
A esa infeliz criatura
Descanso en tierra sagrada,
Que por hoy se le rehusa.
Garc. Sí; pero como personas
Que su crédito repugnan
Al mal, como agradecidos
A una bienhechora, en suma,
Como fieles, imploremos
De la Inteligencia justa
Piedad para esa mujer
Que con su fin nos conturba.
Señor, virtuosa siempre
La vimos; de su hora última
No nos es dado juzgar;
Pero á mí mi fe me anuncia
Que le abres tu seno tú
Que reinas en las alturas.
(*Pausa, durante la cual oran todos.*)
Desid. Id.
(*Entran el ataud en las ruinas: siguenle los del acompañamiento.*)
Lope. Jimen no habrá querido
Ver la traslacion nocturna.
Desid. Pues, y me encargó del duelo.
Lope. ¿Y eso?
(*Designando la herida de Desideria.*)
Desid. Novedad ninguna
Siento en el brazo: el doctor
Al tiempo de hacer la cura,
Me dió por libre de todo
Riesgo.
Dama 1ª. Por vuestra fortuna,
De rozarse la saeta
En la aljaba por la punta
Tanto tiempo, habia ya
Desgastádose la untura
Del veneno.
Lope. Si el doctor
Sostiene que de su ayuda
No necesitais, podeis
Vivir tranquila y segura.
No se engañó en el pronóstico
Funesto que hoy os enluta.
Desid. Ya observaria que á Honoria
La mataba la clausura.
Se consumía de pena
Ella de verse reclusa.
Garc. Libre fué su vocacion.
Desid. Murió, y es inoportuna
La reticencia; no importa
Ya que todo se descubra.—
Si mi prima tomó el hábito,
Fué porque está muy en duda
Si su madre ingirió ó no
Sangre bastarda en la alcurnia
Del Conde.
Garc. ¿Es posible?
Desid. Es cierto.
Y allá cuando la aventura
De prender á Bonifaz,
La dama que estaba oculta
En el cuarto de Jimen,
(Aunque yo tuve la culpa)
Era Honoria.
Lope y Garc. ¡Honoria!
Desid. Allí
Colocada en la estrechura
De quedar sin opinion
La encontré; allí la renuncia
Del mundo y mi casamiento
Le inspiró el cielo: resulta,
Señores, que no fué todo
Virtud lo que se gradúa
De tal; fué interés, deseo
De mantener incorrupta
Su reputacion, en fin,
Lo que se ve en la conducta
De la mujer casi siempre,
Que es vanidad y tontuna.
Lope. ¡Excelente oracion fúnebre!
Desid. Puede que sea la única
Donde el orador se atiene
A la verdad, y no adula.
(*Salen de las ruinas los que entraron, habiendo dejado dentro las luces.*)
Garc. Ya salen.
Desid. Vamos. Yo, es cierto
(*Un criado cierra y da la llave á Desideria.*)
Que fuí mil veces injusta
Con ella, y solemnemente
Lo declaro.—Oiga la súplica
De perdon que le dirijo
A la region donde alumbra
Luz de desengaño eterna,
Paz que la pasion no turba;
Y desde allí me verá
Mi compañera de cuna

Reconciliada con ella
Al fin.
Garc. (*Aparte.*) Sí, sobre la tumba,
Cubierta de deshonor,
Donde tu piedad la insulta. (*Vanse todos.*)

ESCENA III.

JIMEN.

Todo se desvaneció,
(*Saliendo por entre los árboles últimos de la izquierda.*)
Lúgubre susurro, luces,
Túnicas blancas, capuces,
Palmas... ya nada quedó.
En silencio indiferente
Yacen las ruinas que habita
Allí una beldad marchita,
Aquí un corazon doliente.
¿Por qué la razon no ahuyenta
De mí este afan, como anhelo,
Si aun de que pise este suelo
Podrá pedírseme cuenta?—
¡Honoria! No; no esa tez
Han de ver descolorida
Los ojos que allí la vida
Bebieron alguna vez.
No; tu voto me sujeta
Cuando conmigo contiendo:
Como la celda viviendo,
Jimen la tumba respeta.
Solo, mi Honoria, á hurtadillas
He llegado á estos umbrales,
Y de tus restos mortales
Me despido de rodillas,
Para rogarte, pues ya
Que te olvide has exigido,
Que tú me des el olvido,
Pues en mi poder no está.
(*Mirando á la ventana grande sobre la puerta.*)
Mas ¿qué es esto? El resplandor
De las hachas disminuye.—
Hielo por mis venas fluye.—
Percibo un sordo rúmor.—
Detenerse es por demás.
La puerta resiste en vano.
La forzaré.
(*Abre la puerta de una patada.*)

ESCENA IV.

UN EMBOZADO CON ANTIFAZ, QUE APARECE EN EL UMBRAL DE LA PUERTA CUANDO JIMEN VA A ENTRAR; DICHO.

Emboz. Atrás profano.
Jimen. ¡Jesus mil veces!
(*Retrocediendo.*)
Emboz. ¡Atrás!
(*Retírase el embozado y ciérranse las hojas de la puerta.*)
Jimen. ¿Ha sido una aparicion?
¿Es un viviente? — ¿Qué dudo?
Con el estoque desnudo
Arranco tras la vision.
Ningun pensamiento impío
Me mueve. (*Abre.*) ¡Nueva sorpresa!
Ya todo en tiniebla espesa
Está. — ¡El ataud vacío!
¡Qué esperanza! ¡qué recelo!
¡Me la roban!—Luz se ve
Allí... ¡Oh! no la cederé
Ni á los ángeles del cielo. (*Entra.*)

ESCENA V.

DESIDERIA, BONIFAZ, CON UN FAROL.

Desid. Es inútil, no me niegues
Que hácia aquí se encaminó
Jimen.
Bon. Porque daros pude
Muerte, aunque sin intencion,
Teneis derecho de hacer
De mí un lacayo, un pastor...
A todo me avengo, menos
A serviros de soplon.
Ha salido el Conde, sí:
No sé hácia donde salió.
Desid. ¡La puerta abierta!
Bon. ¡Caramba!
¿No teneis la llave vos?
Desid. ¡Apagadas las antorchas!
Llega con ese farol.
Bon. ¿Qué habrá ocurrido?
Desid. ¡El cadáver
No está! Desapareció
De aquí.
Bon. ¡Vírgen de la Peña!
Desid. No está.
Bon. ¡Vírgen de la Hoz!
Desid. ¿Habrá sido arrebatado
Por divina permision?
¿Habrá...? Jimen ha venido
Aquí...
Bon. ¿Si resucitó
Para cristianarse, y luego
Morirse en gracia?
Desid. El doctor
Que se oculta... mi marido...
¡Espantosa confusion!—
Animo. Da esa luz. Sígueme.
Bon. ¡Por la madre que os parió,
Y no conoceis, no hagais

Desatino tan atroz!
Desid. Sígueme.
Bon. No entreis, no entreis
En esa horrible mansion.
Aunque os pertenece, há un siglo
Que no tiene habitador:
Visiones horribles, dicen
Que al temerario que entró
Le persiguen sin descanso.
Desid. ¡Cuentos!
Bon. Quizá un malhechor,
O muchos, tienen aquí
Su guarida, y ellos son
Los que el cadáver se llevan
Para que la poblacion
Se asuste, y huya y no pare
Diez leguas al rededor.
Volvámonos, reunamos
Toda la gente de pro
De la villa, y que ellos vengan
A hacer la requisicion.
Desid. Sí, vamos: es mas seguro.
Bon. Mas prudente.
Desid. Loca voy.
Haré que cerquen las ruinas.
Bon. Bien: yo seré un cercador.
(*Vanse.*)

ESCENA VI.

JIMEN, TRES EMBOZADOS.

Jimen. Bandidos, no os librareis.
(*Dentro de las ruinas, á lo lejos.*)
Emboz. 1°. (*Dentro.*) Romped por aquí.
Emboz. 2°. Cedió.
(*Abrense las puertas de la derecha: dentro de este ángulo del edificio aparecen con antifaces tres embozados, uno de los cuales tiene una hacha, y otro cuida de Honoria, que inmóvil como un cadáver yace recostada en unas gradas.*)
Huyamos: estás herido.
Emboz. 1°. Levemente.
Emboz. 2°. Huye, señor.
Abandona tu proyecto.
Quédese en esta region
Esa infeliz. O atacar
Todos á Jimen...
Emboz. 1°. ¡Qué horror!
Emboz. 2°. O desistir de llevarla.
Emboz. 1°. ¿Y ha de ignorar mi intencion?
¿No ha de conocerme nunca?
¡Ah! todo se me frustró.
Emboz. 2°. Escríbeselo y salvémonos.
Emboz. 1°. Sé feliz, Honoria. A Dios.
(*Vanse los tres por la derecha.*)

ESCENA VII.

HONORIA, SIN SENTIDO, Y LUEGO JIMEN, AMBOS EN EL PORTAL QUE SE VE A LA DERECHA.

Jimen. (*Dentro.*) No saldreis con vuestra [empresa:
Ya en vuestra sangre teñí
La espada. (*Sale.*) ¡Ah! vencí, vencí:
Abandonaron la presa.
Huyeron.—¡Ay Dios! ni el sello
De la muerte descompone
Su rostro: respeto impone,
Tan candoroso, tan bello.
¿Por qué profana esa gente
Tu morada mortuoria?
Yo no sé; yo no sé, Honoria,
Mas que te tengo presente.
¡Ay! aun aquí eres ajena,
Y no me debo atrever
Ni una lágrima á verter
En tu frente de azucena.
Y cuando el pecho se parte
Del dolor que le devora,
¡Ay! ¡el solo que te llora,
Se esconde para llorarte!
¡Honoria!—¡Y se ha reducido
A esto la que amaba!—Inerte
Cual piedra...—¿Por qué la muerte
No nos habrá reunido?
Mucho el premio ha de valer
Que Dios nos ha de guardar,
Para podernos pagar
Tanto y tanto padecer.
Horrible es que se dilate
Por tanto tiempo el martirio.—
¡Santos del cielo! ¿es delirio?
Creo que su seno late,
Creo notar que respira.
Querer llevarla robada...
¡Dios mio! no me persuada
Yo lo que será mentira.
Sienta yo su mano, sienta
Circular... (*Asela una mano.*)
No, no es prestigio.
Honoria vive. ¡Oh prodigio!
Hon. ¡Ay! (*Abriendo los ojos.*)
Jimen. Honoria mia, alienta.
Hon. ¡Ay!
Jimen. Gracias, mi Salvador:
Volvísteis por vuestra esposa.
Mírame.
Hon. Padre... me acosa
Una duda.
Jimen. El confesor
Me cree. Soy Jimen.
Hon. (*Sin comprenderle aun.*) Él
Me ha de llevar al abismo.

¿Creereis... que ahora mismo...
Temo quererle...?
Jimen. (*Aparte.* ¡Mas hiel
Sobre la herida enconada!)
Calla, que Jimen lo exige.
Yo soy Jimen.
Hon. ¡Tú! ¿Qué dije?
¿Por ventura...?
Jimen. Nada, nada.
Ni lo sientes ni imaginas,
Ni lo creo: no pensemos
En esto; pensar debemos
En que salgas de estas ruinas.
Hon. ¿Ruinas? Cierto: no descubro
La ostentosa colgadura
Del cuarto. ¿Qué vestidura
Es esta con que me cubro?
¿Dónde estoy? No es esta ropa
La de mi órden.
Jimen. A mejor
Ocasion diré...
Hon. El doctor
Al presentarme una copa,
Si no confundo el sentido,
Me anunció...
Jimen. ¿Qué te decia?
¿Qué?
Hon. Que se me creeria
Muerta. ¿Si lo habreis creido?
Jimen. Sí, sí.
Desid. (*Dentro.*) A este punto acudid.
Jimen. De Desideria es la voz
Que oigo.
Hon. Búscame veloz
Al doctor Almoravid.
Él un horrible alboroto
En mi razon ha excitado;
Él es el que se ha empeñado
En que era nulo mi voto.

ESCENA VIII.

DESIDERIA, DON GARCILLAN, DON LOPE y CABALLEROS CON ESPADA EN MANO, PUEBLO, DAMAS.

Garc. Los que huyen no se la llevan.
Desid. Aquí debe estar.
Jimen. ¡Miradla!
(*Saliendo con Honoria.*)
Todos. ¡Milagro!
Desid. ¡Vive! ¿Es verdad?
Jimen. El cielo quiso salvarla.
(*Las damas llegan á sostener á Honoria, y la traen á un lado de la escena, donde hay unos trozos de las ruinas, sobre los cuales se sienta.*)
Yo la liberté de manos
De unos viles que intentaban
Llevársela.
Desid. ¿Y quiénes eran?
Jimen. A ninguno vi la cara.
Garc. Ya los persiguen. Honoria
Pudiera indicarnos...
Desid. Habla,
Honoria.
Hon. Nada comprendo.
Hablais de robo, con armas
Venís... El doctor podrá
Daros alguna luz.
Desid. Falta
Del pueblo.
Jimen. (*Aparte.*) Debió ser él
A quién dí la cuchillada.
Desid. ¿Recuerdas, Honoria, habernos
Dicho que no eras cristiana?
Hon. Sí. ¡Qué horror!
Garc. Delirariais
Entonces.
Hon. No deliraba,
No.
Jimen. ¿Cómo?
Hon. Jura el doctor
Que yo he sido bautizada
Con agua de flores.
Garc. Era
Nulo el bautismo. Sin agua
Natural no hay sacramento.
Lope. Pero el decirlo no basta.
Jimen. Deberia darnos pruebas
El doctor.
Hon. Me ofreció darlas.
Desid. Y no lo ha cumplido, y huye,
Con ser la cuestion tan ardua.
Hon. ¡Oh! si ha mentido, es un monstruo:
Por poco el susto me mata.
Desid. No temas: tu enfermedad
Tambien será imaginaria.
Hon. ¿Tambien?
Desid. A favor de pócimas
Para que te desmayaras,
Habrá logrado el doctor
Que tú de Segovia salgas,
Para simular tu muerte
Fuera del cláustro.
Hon. ¿Qué causa
Pudiera el doctor tener...?
Desid. Eso cualquiera lo alcanza.
Jimen. ¡Desideria!
Desid. Ya es forzoso
Creer que el doctor te ama.
Hon. ¡Oh vergüenza!
Jimen. ¿Piensas...?
Desid. (*A Jimen.*) Pienso
Que como la circunstancia
De nulidad del bautismo

Los votos invalidaba
De Honoria, quiso el doctor
De esta manera engañarla,
Para que se figurase
Que podia ser casada.
Hon. ¡Casada!
Desid. Y comprometerla
Con el rapto á ello.
Hon. Calla,
Que es un puñal para mí
La menor de tus palabras.
Desid. Yo no te culpo.
Hon. Me culpa
La suposicion, me ultraja,
Sí; que todos creerán
Que para usar esa traza
De robar una mujer,
Ella debió autorizarla.
Mejor sabes tú que nadie
Que es imposible que amara
Yo mas que á un hombre... que á Dios...
No sé qué digo: se abrasa
Mi frente, y á un tiempo juicio
Y paciencia se me acaban.
Si puede hallarse al doctor,
Si lo que afirma se aclara,
No volveré yo al convento,
Cuyos muros no me salvan
De calumnias afrentosas
Y traidoras asechanzas.
Abrazar no quiero vida
Que tantos me hacen amarga,
Ni imponerme obligaciones,
Pues no me dejan guardarlas.
Desid. Honoria es muy concienzuda,
Y no olvidará la carta
De su padre.
Hon. ¡Oh Dios! ¡Qué dije!
Fuerza es que mis votos vaya
A renovar en el claustro.—
Mi padre y su honor lo mandan.
(*Aparte.*)

ESCENA ULTIMA.

BONIFAZ, EL EMBOZADO 1° CON UN BRAZO VENDADO; ALDEANOS ARMADOS; DICHOS.

Bon. Cuidado, que no se escape.
Emboz. Dejadme paso, canallas.
(*Se descubre.*)
Todos. ¡El doctor Almoravid!
Doct. Yo soy: así se me llama,
Y ese es mi oficio y mi orígen;
Mi nombre cierto es Audalla.
Todos. ¡Un moro!
Doct. Cabal: un moro
Noble y rico de Granada.
Jimen. Estais herido: vos sois...
Doct. Soy el que á Honoria robaba;
Soy el que le dió á beber
Una pocion que aletarga;
Soy el que para evitar
Que viva la sepultaran,
He descubierto que fué
Con engaño bautizada.
Hon. Pero ¿es verdad?
Doct. Me lo ha dicho
Tu madre... que fué mi hermana.
Hon. Es imposible.
Doct. Era mora.
Desid. ¿Mora?
Doct. Sí, fué cautivada
Niña; á Segovia trajéronla;
Prendó á su señor la esclava;
Murió aquel sin que los vínculos
Del amor legitimara;
Y firme ella en su creencia
(Cual buena mahometana),
Al dar á luz una hija
Cuya vida peligraba,
Para no imprimirle el sello
Que al nazareno señala,
Mandó que un siervo ignorante
La frente infantil regara
Con agua de olor.
Bon ¡Huy! ¡qué
Mora tan mala cristiana!
Doct. Supimos de ella; partí
Y la conduje á la patria:
De la hija, ya en secreto
A San García enviada,
El nacimiento calló:
Fué luego esposa Zoraida,
Y ya es polvo.
Desid y Hon. ¿Ha muerto?
Doct. Sí.
Al morir me lo declara
Todo y me entrega papeles,
Para que venga en demanda
De mi sobrina: la encuentro,
Y viéndola tan fanática
En su fe postiza, tuve
Que apelar para llevármela
A ese medio extraño.
Hon. Estais
En un error.
Desid. La bastarda
Hija de mora, soy yo.
Jimen. Sí.
Doct. Quien lo crea se engaña.
Tú, cuya insaciable envidia (*A Desideria.*)
Despuntó desde la infancia,
Codiciosa de la joya
Que al cuello Honoria llevaba,
Cual otra tú, precisaste

A tu nodriza á trocarlas.
Todos. ¿A trocarlas?
Desid. Falsedad.
Yo no me acuerdo de nada.
Hon. Ni yo.
Doct. Teníais tres años.
Desid. Siempre con la misma alhaja
Se nos vió.
Doct. No permitiste
Que dos horas disfrutara
Honoria su distintivo.
Desid. ¿Y cómo nuestra encargada
No habló de ese trueque á nadie?
Doct. Cuatro años despues Olalla
Te dijo que era tu madre
Una noble castellana,
Mujer de un gobernador
De Burgos, y que ignoraba
Si era la madre de Honoria
Una mora ó renegada.
Esto deshacia el trueque;
Y la nodriza contaba
No morirse tan de pronto
Sin hacer que destrocárais.
Garc. ¿Consta eso?
Doct. De todo hay pruebas,
Ya por mí justificadas.
Míralas tú, que eres juez,
Y di si aparecen válidas.
(*Entrega unos papeles á don Garcillan.*)
Olalla menciona aquí
El trueque de las medallas
Y los nombres que os pusieron
Para que ocultos quedaran
El de Flor y el de Violante.
En este papel se marca
Entre las señas de Honoria
Un lunar en la garganta.
Todos. No hay duda.
Doct. No la hay: tú eres
La de estirpe musulmana,
Honoria; tú, Desideria,
La Condesa propietaria,
Prima de Jimen.
Desid. ¡Su prima!
Bon. ¡Casado con prima hermana!
¡Jesus! Matrimonio nulo.
Hon. ¿Podrá ser? [salga
Desid. (*A don Garcillan.*) Hablad, y
De duda si soy esposa
O si quedo divorciada.
Garc. No hay tribunal que no juzgue
Evidente la probanza.
Desid. ¡Ay! — ¿Y los votos de Honoria?
Bon. ¡Toma! No siendo cristiana,
Tampoco pudo ser monja.
Garc. Si los hizo voluntaria,
Entonces...
Hon. Los pronuncié
Creyendo que ejecutaba
La voluntad de mi padre.
Garc. Quedais libre.
Doct. (*A Desideria.*) Y á tí pasa
La obligacion.
Jimen. Y el condado,
Pues la donacion firmada
Por Honoria es nula.
Desid. Sí,
Todo es nulo por desgracia.
Hon. (*Aparte.*) ¡Infeliz!
Doct. (*A Jim. y Hon.*) Vosotros, creo
Que os amásteis y os amábais...
Jimen. Por compasion...
(*Señalando á Desideria.*)
Hon. Respetad...
Doct. Vuestra suerte fué cambiada:
(*A las dos*)
Destrocais: á ella tu claustro,
A tí su marido.
Desid. (*Aparte.*) ¡Oh rabia!
Jimen. Desideria...
Hon. Amiga mia...
Desid. Basta de consuelos, basta.
Yo tu galan te usurpé;
Tú mi esposo me arrebatas;
Monja te hice, monja me haces:
Lícita es la represalia.
Bon. Bautizo y boda en un dia
Vamos á tener en casa.
Doct. La primera ceremonia
No la veré yo: mañana
Torno á mi país.
Hon. ¡Tan pronto!
Doct. Con el oro que guardaba
Para tí, volveré luego.
Hon. Señor...
Doct. Pero antes que parta,
¿No me dará mi sobrina
Los brazos?
Hon. Ellos y el alma.
Doct. Los tuyos, Jimen.
Jimen. Señor...
Doct. Hijos, Alá os destinaba
El uno al otro; yo tengo
Vuestras manos estrechadas:
¿Pudiera uniros?
Jimen. Aún
No es tiempo.
Hon. No.
Doct. En mí recaiga
La culpa. (*Hace que se abracen.*)
Garc. Y en mí.
Jimen. ¡Bien mio!
Hon. ¡Jimen! — ¡Dios eterno, gracias!
¿Quién mas dichosa que yo?
Desid. Ninguna: huérfana, dama,

En el siglo, en el convento,
Enferma, resucitada,
Tu vida feliz ha sido,
Mi vida triste y amarga.

Hon. ¡Siempre envidiándome!
Desid. Siempre
Mereces ser envidiada.

NOTAS.

1ª. Este drama va dividido en *dos partes*, no porque el autor crea que comprende dos acciones, sino porque abraza dos épocas y corresponde en cierto modo á dos géneros. Los tres primeros actos pertenecen algo mas á la comedia que al drama; en los dos últimos casi todo es drama y nada es comedia. El lector á quien incomode ese renglon de *primera y segunda parte*, considérelo como una errata y bórrelo de su ejemplar.

2ª. El desenlace producido por la nulidad de los votos religiosos, es una imitacion de *En el mayor imposible nadie pierda la esperanza*, comedia de Moreto, el cual tomó esta idea de una anécdota ó cuento que se halla repetido en varias obras. En el acto 5º hay tambien una imitacion de *Romeo y Julieta;* y en cuanto al trueque de los distintivos de ambas huérfanas (medio comunísimo sin ir á copiarlo de *La Recherche d'un père*), hay que prevenir que cuando se empezó á escribir este drama, el autor creia que no deberia representarse *El Bachiller Mendarias;* por lo cual no reparó en echar mano de un recurso que le resulta empleado ahora dos veces de seguido.

LA VISIONARIA,

COMEDIA EN TRES ACTOS EN PROSA,

ESTRENADA EN EL TEATRO DEL PRINCIPE A 21 DE MARZO DE 1840.

PERSONAS.

DOÑA CRISPULA.	UN ORDENANZA.
VALENTINA.	UN MÉDICO.
DON VICENTE.	DOS SEÑORAS.
RAIMUNDO.	UN CERRAJERO.
MARCOS.	ALGUACILES.
UN ESCRIBANO.	

La escena es en Palma, capital de la isla de Mallorca.

La accion pasa en 1805.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una sala baja. En el fondo una ventana grande con reja, por la cual se descubre la calle. A la derecha del actor, la puerta de entrada; á la izquierda otra, con una mampara, que da paso á las piezas interiores. Una mesa, sillas muy altas de respaldo, y un bastidor de bordar.

ESCENA PRIMERA.

VALENTINA, BORDANDO JUNTO A LA REJA; DOÑA CRISPULA, OBSERVANDO A DON VICENTE, QUE PASEA LA CALLE CON INQUIETUD.

Crisp. Ya lleva una hora de planton, y no hay trazas de que se retire tan pronto. Imposible que sea mallorquin ese perdulario. Valentina.

Val. ¿Manda usted?

Crisp. Ven aquí: deja la labor.

Val. Si usted me permite concluir este ramo... Son dos puntadas.

Crisp. Hazme el gusto de quitarte de la ventana inmediatamente.

Val. Voy: no se enfade usted.

(*Se levanta.*)

Crisp. Supongo que esta vez no dirás que veo visiones, que interpreto al revés las cosas. Mira aquel hombre.

Val. ¿Y quién es, madre?

Crisp. Eso es lo que yo te iba á preguntar, hija.

Val. Con la celosía, no distingo bien sus facciones; pero me parece, por el aire del cuerpo..

Crisp. ¿Qué? Vamos: di.

Val. Me parece que no le conozco.

Crisp. Si estuvo en Santa Eulalia el domingo pasado.

Val. Puede.

Crisp. Y bien cerquita de nosotras.

Val. ¿Qué tiene de particular?

Crisp Y no apartó los ojos de tí mientras duró la misa

Val. No reparé. Y lo que es hoy, ni siquiera he mirado á la calle.

Crisp. Lo que tú te empeñas en callar, lo revelan las imprudencias de tu novio.

Val ¡Mi novio! ¿Quién? ¿aquel caballero? A usted debo el primer anuncio de esa conquista.

Crisp. ¿Pues á qué vienen las mojigangas que hace?

Val. ¿Y cuáles son?

Crisp. Rondar la calle arriba y abajo, sin perder de vista nuestra casa... Una miradita á esas rejas, otra á los balcones del cuarto principal, que está desalquilado... Se viene despues al portal; sube la escalera, dando

un pisoton en cada peldaño; silba, canta, golpea con el baston puertas y paredes..... ¿Para qué armará tal estrépito, sino para que al oirle, te asomes?

Val. Todo eso se puede hacer sin objeto determinado. El ocio, el fastidio, la impaciencia...

Crísp. Si nunca me salen erradas mis conjeturas.

Val. ¿Nunca, madre? ¿Se acuerda usted de aquel chasco tan serio...?

Crísp. ¿Cuando me figuré que robaban ahí enfrente, y era el escribano don Celedonio que hacia un embargo? Apariencias tan equívocas confundirian á cualquiera.

Val. No, yo hablaba de cuando fuimos al santuario de Bonanova.

Crísp. ¡Ah! ¿El dia del Dulce Nombre?

Val. ¡Buen sofoco me hizo usted pasar, sin culpa ninguna! Porque nos seguia un militar, cojo por mas señas, se figuró usted que trataba de entregarme un papel. Me agarra usted del brazo, echa á correr conmigo, me riñe, me pellizca.... ¿Y qué era todo el misterio? Que usted habia perdido su abanico en la ermita; que aquel buen hombre lo habia recogido, y queria devolvérselo á usted.

Crísp. Y por esa casualidad, ¿querrás tú persuadirme que entre tanto monuelo que te requiebra al paso cuando salimos, no hay quien te guste?

Val. A usted es á quien le desagradan todos.

Crísp. ¡Y á tí ninguno! ¿Qué desenvoltura! ¡Qué atrevimiento! Me has de quitar á pesadumbres la vida.

Val. Madre, madre, por las entrañas de María Santísima, ¿quiere usted decirme, en qué falto á los deberes de buena hija? ¿No me ve usted dia y noche amarrada á ese bastidor, sin alzar cabeza, para que el fruto de mi trabajo nos saque de la estrechez en que nos pone la corta viudedad que usted goza? ¿Con quién gasto yo conversacion? ¿Pone los piés aquí nadie mas que Raimundo?

Crísp. ¡Ah! ese no es de temer. Estoy completamente cierta de que no te quiere.

Val. ¿Quererme? Ni piensa en mí siquiera. ¡Valiente cabeza de gorrion! Tres dias hace ya que no parece por casa.

Crísp. En fin, si me aseguras que esotro zángano no ronda por tí...

Val. No señora, no. (*Llama don Vicente á la reja.*)

Crísp. ¡Calle! Pues él es el que está llamando. (*Llegándose á la ventana.*) ¿Qué se le ofrece á usted, caballero?

Vic. Perdone usted mi franqueza, señora. Yo tenia precision de molestar á usted con una visita. La persona que debia presentarme no parece, y me canso de aguardar en la calle.

Crísp. ¿Y quién es ese sujeto?

Vic. El sobrino del propietario de esta casa.

Crísp. ¿El sobrino de don Leon?

Vic. Pues, don Raimundo.

Crísp. Don Raimundo Torrella. En efecto, muchos dias suele venir por aquí á estas horas. Dé usted la vuelta, que voy á abrir.

Vic. Mil gracias, señora. (*Quítase de la ventana.*)

ESCENA II.

DOÑA CRISPULA, VALENTINA.

Crísp. ¿Lo has oido? A casa viene, yo no le conozco; con que no hay remedio, es á verte.

Val. Pues yo no le quiero ver, si viene por mí. Permita usted que me retire á mi cuarto mientras hablan ustedes.

Crísp. Bien: así le podré yo sondear mas libremente. (*Va á abrir la puerta.*)

Val. ¿Qué querrá este hombre? ¿Para qué se encargará Raimundo de traer aquí á nadie? ¡Como soy yo tan aficionada á visitas! Merecia que no recibiese las suyas. (*Vase.*)

ESCENA III.

DOÑA CRISPULA, DON VICENTE.

Crísp. Perdone usted que le haya hecho esperar.

Vic. Por Dios, señora...

Crísp. Hará usted el favor de tomar asiento. (*Va á buscar sillas.*)

Vic. No era necesario, pero... (*Aparte.*) No se figurará esta señora que vengo á ver la casa para comprarla.

Crísp. Vamos, sin cumplimiento.

Vic. He dado á usted una prueba de que no los uso.

Crísp. Mejor: á mí me gusta la gente franca.

Vic. Su rostro de usted no me es desconocido. Yo la he visto á usted no sé dónde.

Crísp. Sí, como soy tan devota de Santa Eulalia...

Vic. Cierto: en Santa Eulalia se hallaba usted el domingo. Y si no me engaño, la acompañaba á usted una jóven.

Crísp. Mi Valentina, mi hija única.

Vic. Criatura hechicera.

Crísp. ¡Eh! Tal cual.

Vic. No, no; que es su vivo retrato de usted.

Crísp. Déjese usted de lisonjas.

Vic. A fe de Vicente Montaner.

Crísp. ¿Montaner es su apellido de usted?

Vic. Para servirla.

Crísp. ¿Tiene usted algun parentesco con doña Dolores Montaner de Bausá?

Vic. Somos primos.

Crísp. ¿Primos? Pues Dolores es madrina de mi hija.

Vic. Por muchos años.

Crísp. De manera que usted y el difunto don Jaime...

Vic. Éramos hermanos.

Crísp. ¡Excelente casa! ¡Hombre opulentísimo! Usted habrá tenido parte en su herencia.

Vic. No, señora; la repartió entre los pobres de la familia.

Crísp. (*Ap.*) Es rico.

Vic. Bastante hizo por mí con enviarme á la Habana y ponerme en carrera.

Crísp. ¡Hola! (*Ap.*) Es indiano.

Vic. Se empeñó mi hermano en que yo habia de hacer mi fortuna en América, y no paró hasta salirse con ello. « Te vas á Cuba (me estaba repitiendo siempre), y cuando hayas adquirido un mediano capital, regresas á tu país, te haces propietario y te casas con una palmesana honrada y bonita. »

Crísp. (*Aparte.*) ¿Qué tal? ¿Si decia yo bien?

Vic. Cuentas galanas, que luego salen como Dios quiere. En fin, despues de quince años de expatriacion...

Crísp. Vuelve usted á Palma, como buen mallorquin, con los tesoros del nuevo mundo.

Vic. Aun queda por allá lo mejor de mis bienes.— El motivo que me obliga hoy á recurrir á la complacencia de usted...

Crísp. Ya me figuro cual será.

Vic. No extrañaria yo que tuviera usted algun antecedente. Un trato lícito no hay por qué ocultarlo de nadie.

Crísp. Mucho que no.

Vic. Pues, señora, yo á los quince dias de haber desembarcado, pasé casualmente por esta calle. Miré aquí... volví á mirar... y me quedé parado mas de media hora ahí delante.

Crísp. Pues, contemplando las rejas...

Vic. Las rejas y los balcones y toda la casa, porque le confieso á usted sin rebozo que me tiene enamorado, trastornado el juicio.

Crísp. Ya lo he conocido yo. Si miraba usted con una ansia, con una inquietud...

Vic. Es furor, es locura. En apasionándome yo de un objeto, no puedo disimularlo, y sacrifico cualesquiera intereses al logro de mis deseos.

Crísp. Es decir que cuando usted quiere, quiere bien.

Vic. Con toda mi alma.—Me presenté á don Leon...

Crísp. El tio de Raimundo.

Vic. Como dueño de la casa...

Crísp. Y él le hablaria á usted de nosotras.

Vic. Sí, me dijo que el piso principal estaba desalquilado, y que el bajo le ocupaban una señora viuda y su hija, personas de honor y virtud á carta cabal. Nos vimos varias veces. La última (que fué en la semana pasada) quedamos en que hoy se reuniria aquí don Raimundo conmigo; y mire usted el grandísimo botarate ¡qué prisa tiene! Yo, no pudiendo sufrir mas, dije para mí: Apelemos á la bondad de esta señora, que tal vez se dignará franquearme sus puertas, y darme las noticias que necesito.

Crísp. Ha hecho usted perfectisimamente. Sin testigos, podemos hablar aun mejor.

Vic. Sí, señora. Y me haria usted un obsequio grande, si reservara para sí todo lo que ahora tratásemos.

Crísp. Corriente.

Vic. Cuando les consta que uno es de los que atropellan por todo, se hacen de rogar y se ensanchan al doble.

Crísp. Señor don Vicente, ya sabe usted el refran: á buen bocado, buen grito.

Vic. Confieso que las apariencias no pueden ser mejores; pero esto no basta. ¿Cómo puedo yo conocer el fondo, aunque desde la calle me parezca hermosísima?

Crísp. Por eso viene usted á verla.

Vic. Para eso esperaba á don Raimundo.

Crísp. Pues ya no es necesario. Cuando usted quiera, pasaremos al gabinete, y en seguida...

Vic. Dígame usted primero. Parece que hubo en un tiempo, con motivo de ciertos amores, una comunicacion del cuarto principal á este.

Crísp. ¿Amores? ¿Comunicacion?

Vic. Secreta.

Crísp. O no ha habido tal cosa, ó tan

secreta ha sido, que yo no he podido descubrirla.

Vic. No lo digo porque sea un defecto.

Crísp. Pues, aunque me esté mal el decirlo, sepa usted que ni tiene ese, ni otro ninguno.

Vic. Pues entonces es una alhaja.

Crísp. Y que la codician muchos.

Vic. Eso ya me lo dijo don Leon, y en parte no lo extraño.

Crísp. Quizá el exterior es en ella lo que menos vale.

Vic. Pues la fachada es magnífica. Me decido. Robusto cimiento, sólida estructura, capacidad, segun dicen... Vamos, será mia.

Crísp. Poco á poco: falta que yo quiera.

Vic. ¡Ah! ¿Luego consiste en usted?

Crísp. ¿Pues en quién?

Vic. Don Leon no me ha dicho palabra.

Crísp. Pues yo le digo á usted que el negocio ha de ser á mi gusto.

Vic. (*Aparte.* ¡A buena parte he venido á informarme!) Yo he manifestado á usted, quizá imprudentemente, la vehemencia de mi deseo; pero ya lo hice, y no me vuelvo atrás. Díceme usted las condiciones que exige.

Crísp. Yo lo pensaré maduramente, como corresponde á negocio de tal entidad.

Vic. Resuelva usted pronto, por Dios. Ya puede usted haber conocido mi carácter impaciente.

Crísp. Sí; pero tengo precision de saber antes la voluntad de mi hija, porque está mas interesada que yo.

Vic. Ya. En ese caso, permítame usted que hable yo tambien con la señorita.

Crísp. Es muy puesto en razon. (*Pasa Raimundo por delante de la ventana.*) Allí viene ya don Raimundo.

Vic. Ya era tiempo. (*Doña Críspula va á abrir.*) ¡Me he portado! Ahora que sabe esta señora el capricho que tengo, me va á costar un ojo de la cara la casita dichosa.

ESCENA IV.

DOÑA CRISPULA, RAIMUNDO, UN CERRAJERO, DON VICENTE.

Raim. Servidor de usted, doña Críspula; servidor, don Vicente.

Vic. Amiguito, venturosos los ojos que ven á usted.

Raim. Riñame usted ahora, cuando vengo desde el puerto en una carrera, y me he dado una costalada, que por poco no me desnuco. Yo le decia á mi tio: Ya me ha predicado usted bastante; yo no le hago á usted falta para el embarco, y se la estoy haciendo al señor don Vicente; pero el buen viejo es tan fecundo cuando regaña, ó se despide... Y como hoy tenia que reunir ambos puntos en una plática...

Crísp. ¿Se despedia de usted?

Vic. ¿Don Leon se ha marchado?

Raim. Sin ánimo de volver á Palma.

Vic. ¿Pues con quién he de entenderme yo entonces?

Raim. Mi tio se lo hubiera dicho á usted, si hubiese parecido por allá estos dias.

Vic. Ya les previne á ustedes que pasaria en Puerto Pí una semana.

Raim. Tambien hemos andado nosotros ocupadísimos. Como iba diciendo, desde que los ingleses rompieron las hostilidades, principió mi tio á enviar sus fondos á Barcelona; y cuando ha visto que el almirante Nelson ha querido hacernos una visita, ha dicho: «No, zámpome en España de un salto, y no paro hasta el corazon de la Península.»

Vic. (*Aparte.*) Doña Críspula será la encargada de la venta.

Raim. El señor es el cerrajero, y yo traigo las llaves; la de la puerta y la otra. Doña Críspula, con permiso de usted, voy á enseñar el cuarto de arriba al señor don Vicente, que parece nos quiere comprar la casa.

Crísp. ¿Comprar la casa? Ah, sí, ahora recuerdo...

Vic. Ya he hablado con esta señora...

Crísp. Sí, ya sé que el señor Montaner viene de América con ánimo de adquirir propiedades en Palma. (*Aparte á don Vicente.*) Guarde usted silencio con Raimundo sobre lo que hemos tratado.

Vic. (*Aparte á doña Críspula.*) Bien está.

Raim. Bajaré luego. A los piés de Valentinita.

Vic. A Dios, señora.

Crísp. A mas ver. (*Vanse don Vicente, Raimundo y el cerrajero.*)

ESCENA V.

VALENTINA, DOÑA CRISPULA.

Val. ¿No ha estado aquí Raimundo, mamá?

Crísp. Sí, ahora sale.

Val. ¡Y no ha querido saludarme si-

quiera! Cuidado que se va haciendo descortés hasta un grado insufrible.

Crísp. ¡Ay Valentina, Valentina! ¡Cuánto peor es la falsedad que la impolítica!

Val. ¿Por qué lo dice usted?

Crísp. ¡Valiente cuidado te dará que no te salude Raimundo! El don Vicente es el que sientes que se vaya sin hablarte.

Val. ¿Qué don Vicente?

Crísp. El señor Montaner.

Val. ¿Quién es ese señor?

Crísp. El Indiano.

Val. Pero ¿quién es el Indiano?

Crísp. Tu novio.

Val. Dale. ¿Y quién es mi novio?

Crísp. Dale. El que estaba haciéndote guiños á la reja, el que se nos ha encajado en casa sin aguardar á que le presenten, el que me ha declarado que está perdido de amores por tí, el que me acaba de pedir formalmente tu mano.

Val. ¿Es posible?

Crísp. Házteme de nuevas ahora.

Val. Crea usted...

Crísp. Lo que yo creo es que debes dejarte de misterios y tonterías; que es tiempo ya de pensar con juicio, y determinarse al vado ó á la puente.

Val. ¿Le ha dicho él á usted que me quiere?

Crísp. Con delirio, con frenesí. Y mira que desea una contestacion decisiva y pronta.

Val. Pero, señora, si yo aun no sé...

Crísp. Y va á venir á verte: yo le he prometido una conferencia contigo.

Val (*Aparte.*) A lo menos le veré entonces, y sabré á que atenerme.

Crísp. ¿Y á qué te parecerá á tí que va con Raimundo? A ver el cuarto principal, porque piensa comprar esta casa. ¡Una casa con dos viviendas separadas, tres con la del tonelero; que acaso es la única de la ciudad que las tiene...! Don Vicente es hombre riquísimo, y no extrañaria yo que hiciese la compra para regalártela. ¿Te ha hecho alguna indicacion...?

Val. ¿Cómo me ha de haber indicado nada, si le he dicho á usted que jamás...?

Crísp. No se desdirá, aunque la maten. Sigue enhorabuena tu sistema de disimulo: á mí, que no he tratado hasta hoy á ese hombre, me ha parecido un sujeto de excelente carácter, un partido superior á lo que tú mereces.

Val. ¡Merezco yo tan poco...!

Crísp. No, eso no: tienes tus defectillos; pero tambien te me pareces en muchas cosas: bien lo ha reparado don Vicente. Y no es mal mozo, que es otro *item mas* importante.

Val. El hombre que se hace querer es el mas hermoso del mundo.

Crísp. Su edad... ¿Qué edad podrá tener? ¿La de Cristo? Será todo lo de Dios. Tú vas á cumplir diez y ocho años; con que no es una boda, ahí, desproporcionada. A tí te gusta vestir bien: siempre te andas quejando de que te traigo como á la hija de un payés infeliz: en tu mano está llevar el tren de una grande de España. Tú gustas de la lectura, de los bailes, de los paseos, de los saraos; en fin, de lucir y de divertirte, como todas las jóvenes: yo no te puedo proporcionar tales desahogos, porque necesitamos trabajar para vivir. Todo eso y cuanto apetezcas, te proporcionaria tu boda con don Vicente.

Val. ¡Ay mamá! poca experiencia tengo de mundo; pero me parece que la mujer que ame á su marido, no necesita fausto para vivir contenta.

Crísp. Auto en favor. Piénsalo bien, y entre tanto yo consultaré á tu madrina y tomaré mis informes acerca de don Vicente. Déjate de melindres, repito, y mira que conveniencia mejor no ha de presentársete nunca.

Val. ¡Ah! Raimundo. (*Viéndole entrar.*)

Crísp. Si: dejé abierto á propósito.

ESCENA VI.

RAIMUNDO, DOÑA CRISPULA, VALENTINA.

Raim. Buenos dias, Valentinita.

Val. Sea usted bien venido.

Crísp. ¿Qué hace don Vicente?

Raim. Anda con el cerrajero registrando los rincones de la casa, empeñado en dar con una puerta condenada, cuya llave dejó mi tio. Yo he venido entre tanto... (*Saca del bolsillo una caja de tabaco y ofrece un polvo á doña Críspula.*)

Val. ¿A regalarme la nariz á mi madre?

Raim. A regalarme yo con la vista de su hija.

Val. Usted me favorece.

Crísp (*Aparte.* ¡Qué inocenton es este muchacho!) Raimundo, usted no es de cumplimiento. Valentina le hará compañía mientras me visto.

Val. ¿Va usted á salir?

Crísp. Sí, á casa del escribano, don Celedonio.

Raim. ¿Qué negocios tiene usted en la curia?

Crísp. Embargaron, ahí, á un conocido; me pidió que me constituyera su depositaria por unos dias, y pasan meses y meses, y tengo la casa revuelta con sus trastos. Se ha nombrado por fin otro depositario, á peticion mia, que es el tonelero nuestro vecino; y quiero saber en qué consiste que no hayan sacado los muebles de aquí. Despues pasaré á casa de la madrina.

Val. (*Aparte á su madre.*) No le hable usted todavía de eso.

Crísp. ¿Y á qué aguardar?

Val. Necesitaba yo para decidirme..... una... una explicacion... (*Mirando á Raimundo.*)

Crísp. ¡Con don Vicente! Bien: callaré por ahora.

Raim. (*Durante el diálogo de madre é hija, se ha estado sacudiendo el polvo de la ropa con un pañuelo, y al sacar este del bolsillo, ha dejado caer al suelo una carterita envuelta en un papel.*) ¡Cómo se empolva uno, cuando rueda por el suelo!

Crísp. ¿Qué hace usted? Tome usted un cepillo. (*Le da un cepillo que saca de un cajon de la mesa.*)

Raim. Viva usted mil años.

Crísp. (*Alzando del suelo la cartera.*) ¿Qué envoltorio es este? ¿Es de usted, Raimundo?

Raim. ¡Diantre! Se me ha caido sin duda al sacar el pañuelo.

Crísp. ¿Ha dado usted en la gracia de ser jugador?

Raim. ¿De qué lo infiere usted, señora?

Crísp. ¿No es esta una baraja?

Val. ¡Madre!

Raim. Desenvuelva usted, y lo verá.

Crísp. (*Desenvolviendo el papel.*) ¡Ah! si es una cartera. Una cartera nuevecita.

Val. Muy preciosa.

Raim. Regalo de mi tio, que está á la disposicion de ustedes. Siento no poder decir lo mismo de lo que encierra.

Crísp. ¿Hay billetitos?

Raim. Bastantes.

Crísp. ¿De la novia?

Raim. De Banco.

Crísp. Creo que falsifican muchos de esos ahora.

Raim. De estos no, porque son muy raros aquí: de vales falsificados, verdad es que hay plaga. Por eso ha dado ese bando tan rigoroso el capitan general. Fusilado á las veinte y cuatro horas el que resulte reo de falsificacion. Para él son estos billetes.

Val. ¿Para el reo?

Raim. Para el capitan general, señora. He ido á llevárselos, y habia salido su excelencia. Hasta la tarde no podré verle.

Crísp. Pues si se le antoja á usted sacar el pañuelito en el puerto, hace usted un pan como unas hostias.

Raim. Figúrese usted. Y ahora no tengo tio á quien ir á contarle lástimas.

Crísp. ¿No le es forzoso á usted pasar por aquí para ir al palacio?

Raim. ¡Ah! ¿Quiere usted guardarme la cartera hasta luego?

Crísp. Sí, señor, porque mas segura estará en mis manos que en las de usted.

Raim. No diré lo contrario. Tómela usted.

Crísp. Venga. Voy á aviarme. (*Vase.*)

ESCENA VII.

VALENTINA, RAIMUNDO.

Raim. ¡Cuánto me alegro de que nos haya dejado solos mamá! Tengo mil cosas que decir á usted, Valentina.

Val. Serán muy agradables, segun los indicios.

Raim. Como que estoy de enhorabuena. Tuve antes de ayer con mi tio la trifulca mas horrorosa... Vamos, soy el hombre mas dichoso de toda la isla. Lo menos que me dijo fué que era un imbécil, un haragan, un perdido...

Val. Reciba usted mi parabien.

Raim. Lo acepto con el alma.

Val. No es para menos el fortunon. ¿Y por qué hacia esos elogios de usted?

Raim. No fué por equivocar una cuenta, dar en algun pago dinero de mas, ó cobrar de menos...

Val. A esas habilidades ya estará acostumbrado.

Raim. Si las hago cada dia. La cuestion fué puramente personal.

Val. ¿Y á qué persona se refirió?

Raim. ¡Cosa mas rara! A usted.

Val. ¡A mí! ¿Con qué motivo?

Raim. Manías de señor mayor. Se ha empeñado en que estoy muerto de amor por usted.

Val. ¡Por mí! ¿Qué es lo que oigo?

Raim. ¡Ya ve usted qué calumnia! Yo que en la vida le he dirigido á usted ni siquiera la vulgar expresion de «buenos ojos tienes.» Y eso que lo podia decir, sin quebrantar el octavo mandamiento.

Val. Y usted ¿qué respondió á la acusacion?

Raim. Lo que dicen que ya no está en uso. — La verdad.

Val. Negaria usted.

Raim. Como un hereje. Pero él me arguyó tanto con mis visitas á esta casa, con el gusto que tengo en ver á usted y en ensalzar las cualidades que la distinguen, que yo principié á sospechar si mi tio tendria razon; si mi corazon habria rendido la plaza, sin contar con la voluntad para ello.

Val. ¡Qué bueno seria!

Raim. Hubo mas. Me dijo su merced que apostaba veinte mil libras á que en haciéndose él á la vela, venia yo aquí sin falta, y dejábamos ya entablado nuestro casamiento.

Val. No peligra el dinero del buen don Leon, por lo visto.

Raim. Señor, si no es propio de la situacion. Si yo le digo á usted que la quiero, ¿cómo le he de decir que me marcho?

Val. ¿Se marcha usted? (*Ap.*) ¡Cielos!

ESCENA VIII.

DOÑA CRISPULA, ASOMADA A UNA PUERTA; VALENTINA, RAIMUNDO.

Crísp. (*Aparte.*) ¿Qué se hablarán estos chicos?

Val. ¿Y adónde es el viaje?

Raim. A Cartagena.

Val. ¿Pronto?

Raim. De un dia, de un momento á otro puedo recibir la órden de partir. En esto paró la sarracina de antes de ayer. Al cabo de una granizada de réspices, sale mi tio con la pata de gallo de que no sirviendo yo para comerciante, seré militar, seré marino. ¡Yo que lo he deseado toda mi vida! ¡Marino! ¡Yo que siempre me represento la fortuna naciendo, cual Vonus, de entre las olas! Como me hallaba tan poco dispuesto á una peripecia del género heróico, me quedé con la boca abierta, se me oprimió el corazon, el agua del mar se me vino á los ojos, y eché á llorar lo mismo que un náufrago cuando cuelga un ex-voto en la ermita de la Bonanova.

Crísp. (*Aparte.*) Bien decia yo que de este no hay que tener recelo. (*Vase.*)

ESCENA IX.

VALENTINA, RAIMUNDO.

Val. ¿Con que nos abandona usted? ¡Cuánto lo siento! Ahora que queria yo que bailase usted en mi boda...

Raim. ¿Usted se casa? ¿Con quién?

Val. Eso no lo debo declarar todavía.

Raim. ¡Y me lo dice con tanta frescura! Usted que se vendia por mi amiga, que me aseguraba no tener para mí secreto ninguno, ¡me ha ocultado el de mas importancia!

Val. Ha sido cosa muy repentina: tan repentina como su marcha de usted.

Raim. ¡Casarse cuando yo me ausento! ¡Vaya una aprension! ¿Pues no podria usted aguardar á que yo volviera?

Val. ¿Me traeria usted algun amante reclutado á bordo?

Raim. Yo quisiera que me dijese usted qué necesidad tiene de casarse tan pronto.

Val. Yo quisiera que me explicase usted qué precision hay de que usted se embarque.

Raim. Mi tio lo manda...

Val. Mi madre ha dispuesto mi casamiento.

Raim. Es el caso muy diferente. Usted se casa... solo por casarse; y yo me hago marino... ¡Calla! pues es verdad: yo me hago marino por casarme tambien.

Val. ¿Tambien el tio le proporciona á usted boda?

Raim. No, señora; mi tio solamente me desposa con el mar, á lo Dux de Venecia: el que ha pensado en boda soy yo.

Val. ¿Sí? Pues vaya. Diga usted, diga usted.

Raim. Yo me he puesto á discurrir estos dias y he hecho este cálculo: Señor, los inglesitos han dado ahora en la flor de apresarnos en plena paz nuestros buques, y llevarse los millones de las Indias, via recta, á descargar en el Támesis. Su majestad que Dios guarde, invita á sus leales y valientes súbditos (alusion personal de que no puedo desentenderme) á que rechacen la fuerza con fuerza mayor. Cuando se trata de vengar el honor de la patria, ¿ha de permanecer un Torella aquí, acopiando naranjas, aceite y escobas? No, por vida del rey Gerion. Hombre al agua. Yo no sé maniobrar en tierra, porque no es mi elemento; pero en el mar soy mas intrépido que un churriguer. Estamos en el año de gracia de 1805; para el de ocho, ya se puede haber acabado la guerra. Yo me hallaré seguramente con diez ó quince balazos repartidos por el

cuerpo; con un ojo, ó una pierna menos, tal vez; pero mandaré tal vez un navío; con que váyase uno por otro. Entonces vuelvo la proa, echo el ancla, me divorcio con la gloria, y me caso con Valentina.

Val. ¡Conmigo! ¡Qué declaracion tan súbita!

Raim. ¿Le desagrada á usted?

Val. No por cierto.

Raim. Pues está andada la mitad del camino. Yo á nadie desluzco: yo no quito que sea un bienaventurado ese otro novio de usted, sobre todo si Dios le da un tabardillo; pero mas vale lo malo conocido, que lo bueno por conocer.

Val. Un verdadero cariño suple cien faltas.

Raim. Dicen que el verdadero cariño le trae á uno desvelado; y lo que es el mio, no me desvela mayormente, pues aunque sueñe con usted todas las noches, al cabo para soñar, duermo. Que me lleve Dios si advierto que algun curioso registra esa reja; que no haya insistido en saber de usted quien es su novio, por no verme en la precision de andar á estocadas con él; que si oigo hablar con poco miramiento de usted, rompa la crisma al lucero del alba; esto quizá no sea una verdadera pasion: no obstante, deje usted que nos casemos, que yo me apasionaré entonces de otra manera.

Val. Cualquiera mujer se contentaria con ese amor.

Raim. No, señora: ¡qué diantre! Tenga usted ambicion, como yo la tengo... Y dígame algo de lo que necesito saber.

Val. ¿Qué quiere usted que yo le diga? Usted no habrá dejado de observar...

Raim. Sí, he observado que nadie la visita á usted sino yo, y he dicho: Puede que Valentina venga á poner los ojos en mi persona, si se hace cargo de que no tiene otra en quien ponerlos. — ¡Usted se rie! Es decir que no se incomoda. — ¿Usted calla? Es decir que otorga. Ahora recuerdo que tengo un rival... ¿Se rie usted tambien con él de ese modo? ¿Se rie usted de los dos, Valentina?

Val. No, señor, su rival de usted no me inspira gana de reir.

Raim. ¿Con que es cierto que todavía no he perdido su amistad de usted? ¡Y yo, majadero de mí, acusándola injustamente! Merecia cien bofetadas, y me las quiero dar con la mano ofendida. (*Se la besa repetidas veces.*)

Val. Basta, Raimundo, basta de castigo.

Raim. No tenga usted misericordia de mí. He sido un gaznápiro, que sin la urgente circunstancia de la partida...

ESCENA X.

DOÑA CRISPULA, VALENTINA, RAIMUNDO.

Crisp. ¿Qué hacen ustedes?

Val. ¡Cielos!

Raim. Señora...

Crisp. ¿Con esas ceremonias anda usted al despedirse, Dios sabe hasta cuándo? Todo lo he oido. Un abrazo y bien estrecho.

Raim. ¡Valentina!

Val. ¡Raimundo! (*Se abrazan.*)

Crisp. Y otro á mí, que yo tambien soy amiga de usted.

Raim. ¡Amiga! Mi madre.

Crisp. Cuenta, que si tenemos ocasion de volvernos á ver, esta despedida es puramente provisional.

Raim. ¡Oh! Por supuesto. Aunque es una ceremonia algo triste, tiene su parte deliciosa tambien. (*Toma el sombrero.*)

Crisp. (*Ap. á su hija.*) Te voy á dejar encerrada, para que no abras á don Vicente. Que venga á hablarte cuando esté yo aquí.

Val. Como usted quiera.

Raim. ¿Gusta usted de que la vaya sirviendo?

Crisp. (*Aparte á Raimundo.*) Dejo á la chica bajo llave, porque no quiero que reciba visitas peligrosas.

Raim. Bien pensado: sí, guárdela usted de todo el mundo.

Crisp. De todos, menos de usted. A mí no me la pega ninguno.

Raim. (*Besando á Valentina la mano á hurto de su madre.*) Eso es claro, ninguno. (*Vanse.*)

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA CRISPULA, SENTADA; VALENTINA, DE PIÉ; AMBAS CON GRAN AGITACION: VALENTINA TIENE LA CARTERA EN LA MANO.

Crisp. ¡Jesus! ¡Qué lance! Mañana empiezo una novena á San Antonio bendito

Lo estoy viendo, y no lo acabo de creer. Un milagro es, un milagro.

Val. ¡Ay! ¡qué cartera de mis pecados! Deseando estoy que venga Raimundo y se la lleve, y no la vuelvan á ver mis ojos. ¿Dónde la perderia usted?

Crisp. Cuando llegué á la lonja de don Agustin, la cartera iba conmigo. Yo queria que don Agustin, como es persona tan inteligente en esto de papel moneda, viese los billetes.

Val. ¿Y qué necesidad habia de que los viera ese hombre?

Crisp. Me importaba salir de una duda, y prevenir un daño, muy grave tal vez. El Señor ha hecho justicia á la rectitud de mis intenciones.

Val. ¿Qué daño es el que usted recelaba?

Crisp. Suponte tú, como ese Raimundo es tan atolondrado, que antes de venir hoy aquí, se hubiese dejado la cartera en paraje donde un pícaro le hubiese podido escamotear los billetes legítimos y ponerle otros falsos...

Val. (*Aparte.*) ¡Gran Dios!

Crisp. Es cosa que puede suceder: esto no es ver visiones.

Val. (*Aparte.*) ¡Qué sospecha!

Crisp. ¡Buen lance hubiera sido ir á presentárselos al capitan general, que está deseando ajusticiar á un falsificador! Por eso deseaba yo que registrase don Agustin la cartera. Yo no me detuve en la tienda ni tres minutos. — ¿Está el amo? — No, señora. — Lo siento, porque tenia unos billetes que enseñarle.

Val. ¿Eso dijo usted?

Crisp. Ni una palabra mas. Y me marché al punto.

Val. ¿Y habia mucha gente en la lonja?

Crisp Muchísima: media hora costaba el abrirse paso hasta el mostrador. ¡Qué fortuna la de haber envuelto yo la cartera en un sobre dirigido á mí! Se me caeria en la calle, y como todos me conocen...

Val. ¿Si se la robarian á usted en aquella apretura?

Crisp. ¿Estás en tu juicio? Si le hubiese echado la garra un ladron, ¿nos la hubiera devuelto? ¡Y con qué circunstancias! En el mismo órden están los billetes que esta mañana: parece que manos no los han tocado ¡Lástima que no hayas podido ver sino de espaldas á ese siervo de Dios!

Val. Yo tenia entreabiertos los postigos del gabinete; siento que tiran de la calle una cosa; miro, y me hallo con la cartera de Raimundo. Me asomo á la ventana, y diviso un hombre embozado que se retiraba apresuradamente de aquí, y al momento dobló la esquina. Me dejó usted encerrada, y así no me fué posible pasar al patio; que si no, llamo á la puerta del tonelero, y como su taller tiene la entrada por la otra calle, tal vez por allí hubiera podido salir al encuentro al incógnito.

Crisp. ¡Mira tú que buena alma! ¡Huir cual si cometiera una mala accion, cuando hacia una de que serán capaces tan pocos! ¡Entregar un hallazgo que hubiera podido conservar sin peligro, y no dar la cara, porque no le agradeciésemos el favor!

Val. Un instante despues llegó usted.

Crisp. Dios le conceda tanta gloria como pesadumbre me ha excusado.

Val. En efecto, ¿qué hubiéramos respondido á Raimundo?

Crisp. ¡Y ahí es decir que tengo el arca llena para satisfacer lo que hubiese perdido! Si llego á echar menos la cartera antes de volver á casa, me da un accidente y no vuelvo de él. Te quedas sin madre, Valentina.

Val. Mi mamá, si me quiere, no querrá exponer otra vez á su hija á perder su único apoyo.

Crisp. Líbreme Dios. ¿Tocar yo en adelante á cosa que no me pertenezca? Ni pensarlo. Guarda, guarda en la mesa ese chisme, porque temo que aun se nos ha de escapar de entre las manos. (*Valentina echa la cartera en un cajon.*) No mas conjeturas sobre negocios de esta naturaleza.

Val. ¡Oh, sí, mamá! Viviremos tan felices entonces en medio de nuestra pobreza...

Crisp. Tú, hija mia, ya que sacas esta conversacion, tú has nacido para disfrutar una suerte mas envidiable. Desde la lonja de don Agustin, fuí á casa de la madrina, que está desazonadilla la pobre, y puede que envie á Marcos esta tarde por tí. ¿Has pensado ya la contestacion que has de dar á don Vicente?

Val. Sí, señora: ¿pues no?

Crisp. ¿Y es?

Val. La que usted puede discurrir.

Crisp. Admitirás su mano.

Val. ¡Cómo! Perdone usted: no es eso lo que pienso decirle.

Crisp. ¿Con que no? ¿Sabes tú lo que me ha contado Dolores? ¿Sabes la fortuna que pierdes? Don Vicente es un sujeto amabilísimo.

Val. No será el único de la ciudad.

Crísp. Es poderoso.

Val. Yo pobre.

Crísp. Acaba de comprar una casa de campo magnífica en Sa-Taulera, para pasar los veranos.

Val. Yo estoy acostumbrada á pasarlos en Palma.

Crísp. Tiene coche inglés.

Val. ¡Buena recomendacion para mí! ¡Mire usted qué hombre! que va á dar dinero á los enemigos de su nacion, á los que están cada dia cañoneando los buques de bandera española, echándolos á pique, volándolos... ¡Cuántos hijos de Mallorca no han perecido á sus manos ya! ¡Cuántos no están expuestos á perecer!

Crísp. ¿Qué frenesi patriótico es ese que te ha dado de pronto?

Val. ¿No nos oyó usted á Raimundo y á mí la conversacion que tuvimos esta mañana?

Crísp. Sí por cierto, y al subir él al cuarto de arriba, me dijo que su tio le habia agregado á la Marina real.

Val. Pues si procura usted mi bien, refiera usted á don Vicente aquel diálogo punto por punto.

Crísp. Y á él ¿qué le importa?

Val. ¿No le ha de importar la noticia de que tiene un competidor?

Crísp. ¡Raimundo su competidor! ¿Ese badulaque, el único de quien no sospechaba yo, ese se ha atrevido...?

Val. ¿De qué se admira usted ahora? ¿No dice usted que nos oyó?

Crísp. Fué solo un momento.

Val. (*Aparte.*) ¡Ah! ¡imprudente de mí!

Crísp. ¿Con que te ama Raimundo?

Val. No es tiempo ya de negarlo.

Crísp. ¿Y por él desprecias á don Vicente?

Val. Despreciarle, no: no hay motivo.

Crísp. ¡Acabáramos! Me habias dado un susto. ¿Quieres que sepa don Vicente que tienes otro amante, para que los zelos aviven su cariño? No me parece del todo mal ese rasgo de coquetería.

Val. ¿Coquetería? Usted me atribuye habilidades que yo no tengo.

Crísp. Convéncete de que por mas que estudies, no podrás formar un proyecto, sin que yo lo adivine. Ya esta mañana dije yo al señor Montaner que no te faltaban pretendientes: con todo, mira como te manejas; no te quedes sin uno y sin otro. Sin don Vicente, quiero decir; pues aunque Raimundo se haya declarado contigo, tú no le habrás escuchado, seguramente.

Val. ¿Cómo no le habia de escuchar? A no taparme los oidos...

Crísp. Digo que no le habrás dado la mano.

Val. La tomó él.

Crísp. Ni palabra ninguna.

Val. Palabra no; solamente le dí un abrazo por órden de usted.

Crísp. El cual equivale á un pasaporte.

Val. (*Aparte.*) Dejémosla ahora con su aprension.

Crísp. Estoy tranquila. Si tuvieras quince años, sí, me inspirarias algun temor, porque á esa edad se encapricha una de cualquiera, sin hacerse cargo de nada: á los diez y ocho, ya se reflexiona algo mas. ¿Cómo habias de plantar á un hombre de caudal y de mérito, que te ofrece su mano, por un calaverilla, que tal vez no se acordará de tí en perdiendo de vista la costa?

Val. Puede que sí.

Crísp. Puede que no. Puede tambien acabar su carrera en el primer combate.

Val. No lo permita Dios.

Crísp. Ni yo lo deseo. Pero demos que tú le quisieras, que él te guardara fidelidad, y que las balas se obligaran á respetar su uniforme. ¿Y si yo falto antes que ascienda Raimundo, antes que la campaña concluya?

Val. Mamá, usted se deleita en atormentarme.

Crísp. ¿Quién mirará por tí? ¿Qué amparo te queda? ¿La madrina? Pues nada le sobra; y siendo parienta de don Vicente, lo que te aconsejará entonces es lo que te suplico yo ahora, y lo único que te está bien. En fin, yo no debo tolerar que malogres tan buena ocasion, te arrepientas mañana, y te quejes de la debilidad de tu madre.

Val. (*Aparte.*) Me parte el corazon con cada palabra.

Crísp. ¡Qué veo! ¿Estás llorando? ¡Hija querida! No ha sido mi ánimo el afligirte: ya sé yo que no viene al caso nada de lo que he dicho, sino que unas palabras traen otras y... Mira, mejor es que abandones artificios de que no necesitas, y que te expliques francamente con el Indiano. ¿Lo harás?

Val. Sí, señora.

Crísp. ¿Llamó á casa al marcharse?

Val. Nadie ha llamado.

Crísp. Entonces no volverá hoy.

Val. Está arriba: despues de comer, ha vuelto con el cerrajero y un albañil.

Crísp. ¡Qué diantre! Puede bajar á vernos, y yo tenia precision de salir. Desde la tienda de don Agustin, me fuí á casa de la madrina y me olvidé de pasar á la del escribano.

Val. No se detenga usted por eso: bien acostumbrada estoy á quedarme sola.

Crísp. Te volveré á encerrar.

Val. Mire usted que Raimundo tiene que recoger la cartera.

Crísp. Se la das por la ventana. El tal Raimundito me ha pegado un chasco, que me servirá de escarmiento. Poca conversacion por la reja: tome usted y abur; nada mas.

Val. Bien está. Nunca he dado á la vecindad que decir.

Crísp. Y si don Vicente está arriba y lo advierte... ¡No digo nada! Con que, á Dios.

Val. Él guie á usted. (*Vase doña Críspula.*)

ESCENA II.

VALENTINA.

¡Desdichada de mí! Crueles son las reflexiones que acaba de hacerme mi madre. Crueles... y justas acaso. Por justas que sean, mi corazon grita mas fuerte. Raimundo, bien que destituido de cualidades brillantes, tiene para mí la de hacerse amar. Ser suya es la única felicidad á que yo aspiraba. ¿Y he de renunciar á la esperanza que me hacia gustoso el retiro y dulce el afan de mis labores? En mala hora me vió el Indiano.—Que ya no soy niña; que Raimundo es un simple...—¿Qué hombre mas discreto he tratado hasta ahora? Por lo que ven los ojos, es por lo que se aficiona la voluntad. Sí, es necesario que yo hable á don Vicente, ó le escriba: yo no quiero engañar á un hombre de bien. Sepa que mi corazon no es libre; que mientras me quiera Raimundo, no puedo ser de otro. (*Abrese en la pared una puerta disimulada de dos hojas, al nivel de una mesa sobre la cual hay dos canastos de ropa, que ruedan al suelo al girar los postigos. Don Vicente aparece en el hueco.*) ¡Poder de Dios! ¿Qué es esto?

ESCENA III.

DON VICENTE, SALIENDO POR LA ESCALERA SECRETA; VALENTINA.

Vic. Señorita... ¡Huy! ¡Qué estropicio he causado! Disimule usted...

Val. Caballero... Perdone usted tambien mi sorpresa. ¿Cómo...?

Vic. ¿No les advirtió á ustedes Raimundo esta mañana que estábamos buscando una escalera oculta?

Val. Sí, creo que nos habló de una puerta condenada; pero yo lo habia olvidado.

Vic. Tambien yo indiqué algo á mamá... Porque supongo que tengo el honor de hablar á la hermosa Valentina.

Val. Servidora de usted.

Vic. Señora mia. ¿Me permite usted pasar á la sala para ver cómo se disimula el ajuste de estas puertecillas?

Val Es usted muy dueño. (*Arrima una silla á la mesa.*) Por esta silla bajará usted mas fácilmente.

Vic No se incomode usted. — ¡Cuánta bondad! (*Baja.*)

Val. (*Aparte, recogiendo la ropa de los dos cestos y poniéndolos en una silla junto á la mesa.*) Ya puedo decir que he visto al rival de Raimundo.

Vic. (*Que ha estado examinando cómo cierran las puertas de la escalera secreta.*) El diantre que conozca el secreto.

Val. Mi madre y yo, que vivimos aquí hace una porcion de años, ni siquiera lo sospechábamos.

Vic. A don Leon le dieron noticia de esa escalera cuando compró la casa; pero nunca habia tenido necesidad de buscarla, ni curiosidad tampoco. Yo sí, porque habiendo de ocupar las habitaciones de entrambos pisos, esta comunicacion me vendria muy bien. Despues de haber buscado el cerrajero y yo la puerta esta mañana, nos convencimos de que habia que derribar un tabique: hemos tenido que volver con un operario, y al fin pareció el escondrijo: se descubrió la puerta y el agujero de la llave. A propósito, ¿le ha prevenido á usted su señora madre que yo he solicitado con usted una conferencia?

Val. (*Ap.* No me atrevo á decirle en su cara...) Sí, señor. Pero... Ha tenido que salir... y en ausencia suya...

Vic. Bien: hablaremos en otra ocasion. Yo de todos modos he de verme con mi señora doña Críspula, porque ni he preguntado acerca de la casa nada á Raimundo, ni aunque quisiera, hubiera podido. Me autorizó para echar abajo el tabique, me dijo que comia hoy con unos oficiales de Marina, escapó como un rayo, y no le he vuelto á ver.

Val. Ni yo.

Vic. Vuelvo á pedir perdon á usted del susto y la molestia que le he causado, y con su licencia me retiro.

Val. (*Ap.* A lo menos no es importuno.) ¿Quiere usted hacerme primero un favor?

Vic. Con el alma y la vida. ¿En qué puedo complacer á usted?

Val. En registrar con cuidado los billetes que hay en esta cartera. (*La saca del cajon, dejándolo á medio cerrar.*)

Vic. ¿Con cuidado dice usted? A ver. (*Abre la cartera y mira los billetes uno por uno.*) Fruta rara es esta en nuestro país: yo creia ser el solo que tuviese algunos.—Pues nada observo reparable. ¿Quiere usted que se los descuente?

Val. Examínelos usted como si se los presentaran con ese objeto.

Vic. (*Volviendo á mirarlos.*) ¡Hola! Vamos con detencion. Estos números se me figuran demasiado marcados, demasiado recientes. El papel y el estampado parecen legítimos... pero en el número... A ver por el revés —¡Demontre!

Val. (*Ap.*) Yo estoy temblando toda.

Vic. ¿Son estos billetes de usted, Valentina?

Val. Mios no.

Vic. ¿Ni de su madre de usted?

Val. Tampoco.

Vic. Me alegro infinito, porque son falsos.

Val. ¿Falsos? (*Ap.* ¡Ah! bien lo temí.) ¿Falsos dice usted? ¿Está usted seguro?

Vic. Segurísimo: no le quede á usted duda.

Val. (*Aparte.*) ¡Dios de bondad!

Vic. Encargue usted al dueño de estos papeles que los haga ceniza, porque aun el conservarlos en su dominio, le puede ser peligroso.

Val. ¿Peligroso?

Vic. Y mucho. Ya tendrá usted noticia del bando expedido por el capitan general.

Val. Es rigorosísimo, es inhumano.

Vic. Rigor indispensable, porque el abuso de la falsificacion habia llegado en esta plaza al mayor extremo.

Val. ¿Y si fuese indispensable presentar hoy esos títulos? Si fuesen como un depósito...

Vic. Lo tendria que abonar el depositario.

Val. ¿Es grande la suma?

Vic. Grande... Conforme. Tres mil pesos.

Val. ¿Cuántas libras?

Vic. Cuatro mil quinientas.

Val. ¿Cuatro mil? (*Ap.*) ¡Madre! ¿qué hiciste?

Vic. ¿No podrá el depositario disponer de esa suma?

Val. Jamás: es pobre.

Vic. Entonces, segun el carácter de la persona á quien se deba el reintegro, así tendrá el asunto mejor ó peor compostura.

Val. Es el capitan general, ese dinero es suyo.

Vic. Poco le importaria á su excelencia la cantidad en otra ocasion, y aun ahora mismo; pero necesita hacer un ejemplar de escarmiento.

Val. De esa manera...

Vic. El que vaya hoy á palacio con estos billetes, puede estar seguro de que mañana ha dado cuenta al Criador.

Val. (*Ap.* ¡Oh! Yo no puedo consentir que Raimundo peligre.) Pero si ese infeliz es inocente...

Vic. Se justificará, si puede. Pocas diligencias caben en veinte y cuatro horas; sin embargo, si sus declaraciones dan luz para descubrir el culpable.

Val. (*Ap.*) Mi madre entonces se verá presa, encausada... ¡Oh! ¡Qué ignominia!

Vic. Valentina, usted se ha quedado suspensa. Las noticias que he dado á usted, le interesan mucho, si no me engaño.

Val. No lo sabe usted bien.

Vic. ¿Tan de cerca le tocan á usted?

Val. Sí, don Vicente, muy de cerca.

Vic. Si usted quisiera hacer confianza de mí...

Val. (*Ap.*) Si es cierto que este hombre me ama...

Vic. Sin empeño de averiguar quien es la persona que debe restituir la cartera, podria darle algun buen consejo, siempre que me aclarase usted ciertos puntos.

Val. Iba á hacer á usted esa súplica.

Vic. Como esta es la vez primera que nos hablamos, y usted no puede ver mi corazon, no sé si atribuirá á curiosidad mi oferta, si le parecerá temeraria.

Val. Hija de la honradez, hija de la bondad la supongo.

Vic. Francamente, yo deseo ser amigo de usted, ya que no me toque aspirar á otro título.

Val. (*Aparte.*) Piensa con delicadeza.

Vic. No obstante, si tiene usted otro de quien valerse...

Val. ¿Amigos? Dos hombres han entrado en mi casa desde que murió mi padre. Usted es el uno.

Vic. ¿Raimundo será el otro?

Val. Ese es hoy para mí un acreedor.

Vic. ¿Cómo?

Val. Su tio le entregó esta mañana esos billetes para que los llevase á la capitanía general...

Vic. ¡Don Leon! Imposible que ni por ignorancia ni por malicia diese títulos falsos á su sobrino.

Val. Imposible tambien que los haya falsificado Raimundo.

Vic. Tal creo. Y ese muchacho ¿cómo los paga?

Val. Ni está aquí su tio, ni él tiene medios, ni culpa.

Vic. ¿Han salido acaso de su poder los creditos?

Val. Han salido y no han vuelto. Su excelencia no estaba en palacio, y Raimundo confió la cartera...

Vic. ¿A quién? Sospecho desde luego de esa persona.

Val. ¿Sin conocerla?

Vic. No tendrá el don de persuadirme, como usted lo posee.

Val. (*Ap.* Padezca yo, y no pierda el concepto mi madre.) Pues... No se admire usted de mi turbacion. — No acierto á decirle que aquella cuya amistad usted solicita...

Vic. Esa es usted.

Val. Esa es la que en una tienda llena de gente se ha dejado robar entre la confusion la cartera de Raimundo.

Vic. ¡Usted, Valentina! No sé si creerlo.

Val. ¡Oh! Sí, sí, créalo usted, créame usted, dígame usted que lo cree.

Vic. Basta, no insista usted mas. Ese tono me convence... de que me debo dejar convencer.

Val. Sí; la cartera ha sido robada, y al cabo de dos horas, un desconocido la arrojó por la ventana del aposento inmediato.

Vic. ¡Qué infamia! ¡No contentarse con el hurto, sino exponer al robado á pagar el crímen del malhechor! Así aseguraba él su impunidad, así se ocultaba mas fácilmente.

Val. Lo que yo no comprendo es cómo pudo hacerse tan pronto la falsificacion.

Vic. Se conoce que ese picaro ha ejercido sus habilidades fuera de aquí. Tendria billetes con el número en blanco, pilló la cartera, imitó los números en los títulos falsos, y se quedó con los verdaderos.

Val. ¡Oh! eso ha sido.

Vic. ¿Y Raimundo no tiene noticia de este suceso?

Val. Aun no. Ni mi madre.

Vic. ¿Ni su madre de usted?

Val. ¡Así ambos lo pudieran ignorar siempre!

Vic. Yo creia que Raimundo alcanzaba con usted amistad mas íntima.

Val. (*Aparte.* Ya está zeloso.) No, señor: viene á casa, porque mi madre lo permite, porque mi madre le estima... sin hacer caso de él.

Vic. Y su hija le hace caso, le estima y le ama. ¿No es verdad, Valentina? Tambien en esto creeré lo que usted me asegure.

Val. Pues le aseguro á usted... puedo jurarlo... que hasta el dia de hoy no me ha dicho palabra de amor. Y se halla en vísperas de partir de Mallorca.

Vic. Si usted me lo permite, yo me encargo de terminar este asunto con su excelencia, sin que Raimundo ni mamá lleguen á traslucir lo mas mínimo.

Val. ¡Ah! Si usted me libra de este conflicto, mi gratitud será eterna. (*Quiere arrodillarse.*)

Vic. ¿Adónde va usted con esa demostracion? Nada de gratitud: yo tambien tengo aquí mi particular interés. Yo exijo de usted en cambio. .

Val. ¿Qué exige usted?

Vic. Que haga usted lo posible para que se me venda esta casa.

Val. ¿No mas que eso? De mil amores. Poco valgo; pero yo hablaré, yo trabajaré cuanto esté de mi parte...

Vic. Pues tenga usted la bondad de darme la cartera.

Val. Tome usted. (*Llama Marcos á la ventana.*) ¿Quién llama? (*Va á verlo.*)

Vic. (*Aparte.*) Me haré cuenta que alguno de los golosos ha pujado en tres mil pesos la finca.

ESCENA IV.

MARCOS, A LA VENTANA; VALENTINA, DON VICENTE.

Val. ¿Eres tú, Marcos?

Marc. Servidor de usted, señorita.

Vic. ¿Marcos? (*Llegándose á la ventana tambien.*) En efecto, es el criado de mi prima Dolores.

Marc ¡Oh, señor don Vicente!

Val. ¿Es usted primo de mi madrina?

Vic. Primo segundo. — ¿Qué le trae al amigo Marcos por esta casa?

Marc. Un recado de mi señora. Se halla un poco indispuesta, y queria que doña Valentina hiciese el favor de ir á verla al instante.

Val. No está madre en casa.

Marc. Ya lo sé: si la he encontrado junto á la del escribano don Celedonio. La dí el recado que traía, y me dijo que me

adelantara y se viniese usted conmigo corriendo.

Val. ¿Te ha dado la llave?

Marc. ¿La llave? No, señora.

Val. Pues no puedo salir.

Vic. ¿Está usted encerrada?

Val. Así me guarda siempre mi madre.

Vic. Así se deben guardar los tesoros.

Marc. Estaba la buena señora tan enfrascada en una disputa, que no es extraño se le olvidase que tenia la llave consigo.

Val. ¿Trataban de los muebles depositados?

Marc. Pues: parece que el negocio ha pasado de un escribano á otro, al cual no conoce su madre de usted; y por eso, como que le repugnaba entenderse con él. Don Raimundo procuraba convencerla...

Val. ¿Estaba allí Raimundo?

Marc. Todos se dirigian aquí.

Vic. (*Adelantándose hácia el proscenio con Valentina, y hablándola en voz baja.*) ¿Vendrá por ventura á buscar la cartera?

Val. Sin duda. Y delante de mi madre, yo no sabria qué excusa dar. Si Marcos hubiera traido la llave, me iba, y evitaba una explicacion peligrosa.

Vic. ¿Quiere usted hacer uso de aquella escalera, y saldremos por el cuarto principal? El cerrajero permanece aun con las llaves arriba.

Val. Sí, señor, sí. ¡Feliz casualidad!

Vic. Mi coche se halla ahí al lado: ¿me permite usted que la lleve en él á casa de mi prima?

Val. Con mucho gusto. (*Valentina y don Vicente se acercan á la reja.*)

Vic. Marcos, avisa á mi cochero que arrime.

Val. Y luego quédate aquí para decir á mi madre que el señor don Vicente se ha tomado la molestia de acompañarme á casa de tu ama. (*Aparte á Marcos.*) Si se incomoda, dile que yo la desenojaré.

Marc. Pero ¿por dónde...?

Vic. Dile que hemos salido por la escalera secreta.

Val. Y á don Raimundo, que su cartera la tengo yo.

Vic. Y que le será devuelta al instante.

Marc. Bien está: me situaré en la tienda de vinos para ver venir á mamá.

Vic. (*Dando dinero á Marcos.*) Toma esa friolera: esperarás bebiendo.

Marc. Será á la salud de ustedes, señores. (*Quítase de la ventana.*)

Vic. ¿Salimos?

Val. Cuando usted quiera.

Vic. Voy el primero. Cerraremos para que quede segura la casa.

Val. Muy bien.

Vic. Déme usted la mano.

Val. (*Subiendo por una silla á la mesa.*) Tengo miedo de...

Vic. Cuidado, por Dios.

Val. ¡Ay! (*Va á caer, se apoya con una mano en la silla donde están los canastos de ropa, y tira la silla al suelo. Don Vicente sostiene á Valentina, que toma al fin la escalera.*) No ha sido nada. Vamos. (*Vanse y cierran la puerta secreta.*)

ESCENA V.

DOÑA CRISPULA, UN ESCRIBANO Y ALGUACILES, POR LA PUERTA DE ENTRADA.

Escrib. Sí, señora; doy fe conozco esta casa. Adelante, alguaciles. En cuya virtud dicté la providencia de entrar por la otra calle, por la tienda del tonelero. (*Los alguaciles se colocan, á cierta distancia, delante de los cestos caidos, de modo que doña Crispula no ve aquel desórden al pronto.*)

Crísp. Señor secretario, yo quiero que el vecino presencie la entrega del depósito.

Escrib. Si al constituirnos en su oficina nos ha otorgado poder para enviarle allí los efectos en secuestro, ¿á qué es molestarle?

Crísp. (*Aparte.* ¡Qué hombre tan negado! ¡Qué cara! ¡Un facineroso parece!) Yo me hubiera compuesto mejor con el señor don Celedonio.

Escrib. Yo creia que aquel jóven con quien celebró usted comparecencia en la esquina, la habia vencido á usted en juicio con sus alegatos.

Crísp. Cuando hablé yo con aquel jóven á parte, le eché una reprimenda por cierta maula que me ha jugado; y por eso se ha quedado en el taller, y no ha venido con nosotros. Yo, como no le conozco á usted...

Escrib. (*Sacando un papel.*) Este documento en debida forma es el que debe usted conocer, y le basta.

Crísp. Como he tropezado con usted en medio de la calle...

Escrib. Usted iba á personarse en la posada de don Celedonio; yo salia: me interroga usted; declaro: requerimiento de mi parte para que usted suba; rebeldía de parte de usted... Resulta de autos que nuestro conocimiento, tácito ó expreso, goza ya de la autoridad de cosa juzgada.

Crísp. (*Aparte.*) ¿Será este hombre escribano de veras? A ninguno he oido hablar como él.

Escrib. Reitero la demanda, reclamo la entrega de los muebles consabidos, como mas haya lugar en derecho.

Crísp. Déjeme usted antes avisar á mi hija... (*Reparando en la silla y cestos caidos.*) ¡Ay Madre de Montserrat!

Escrib. ¿Qué le sucede á usted? ¿Qué aspavientos son esos?

Crísp. Aquella silla... aquella ropa...

Escrib. Están en el suelo; ¿y qué?

Crísp. (*Gritando.*) Valentina, Valentina. No responde. Hija, muchacha.

Escrib. Haga usted una requisitoria y suspenda el pregon.

Crísp. (*Encaminándose á la puerta de la mampara y reparando en la mesa.*) Este cajon entreabierto... (*Lo registra.*) ¡Cielos! La cartera no se halla aquí. ¡Valentina! (*Abre la mampara y retrocede llena de espanto.*) ¡Ay, que no está en su cuarto!

Escrib. Testimonio fehaciente de que está en otra parte.

Crísp. Tenia la llave yo, la he dejado encerrada.

Escrib. ¡Diantre!

Crísp. Aquí ha entrado gente. Habrán retirado allá adentro á mi Valentina, la habrán atado, vendado la boca, muerto quizás. Aquí hay ladrones.

Escrib. y Alguaciles. (*Llenos de miedo.*) ¡Ladrones!

Crísp. ¡Hija de mi alma! Yo no me atrevo sola... Socórranme ustedes. Los infames vendrian por el patio. Ellos no han salido.

Escrib. ¿No han salido? Salgamos nosotros.

Crísp. No, seguidme.

Escrib. (*Con gran fuerza de expresion que sorprende á doña Crispula.*) ¡Silencio!!!

Crísp. Yo no callo. Me asomaré á la reja.

Escrib. (*Deteniéndola*) Quieta: usted nos pierde.

Crísp. (*Aparte.*) ¡Perderlos! Me aterra este hombre.

Escrib. Venga usted con nosotros y salvará la vida.

Crísp. ¿La vida?

Escrib. Vamos: pronto.

Crísp. (*Turbada y dudosa.*) Pero... No son ustedes... de la justicia?

Escrib. ¿No nos ve usted temblando de que nos pillen? Nosotros siempre vamos á cosa hecha.

Crísp. (*Aparte.*) Ya lo comprendo: todos son unos.

Escrib. Escapemos.

Crísp. Por Dios... ¡Mi hija...!

Escrib. Silencio, repito, silencio.

ESCENA VI.

RAIMUNDO, DOÑA CRISPULA, EL ESCRIBANO, ALGUACILES.

Raim. ¿Qué ruido es este? ¿Qué pasa aquí?

Crísp. Raimundo, líbreme usted de estos bandidos.

Escrib. Yo soy escribano.

Alguaciles. Somos justicia.

Crísp. Han sorprendido á Valentina, nos han robado, le han robado á usted... Están adentro.

Raim. ¿Adentro? Pagarán con la vida. (*Desenvaina el espadin y se encamina á la puerta de la mampara. En esto el coche ha parado delante de la reja. Don Vicente y Valentina suben á él, y el carruaje arranca.*)

Crísp. ¡Cielos! No: mirad. Ella es, ellos son. ¡Un rapto!

Raim. ¡Don Vicente! ¡Valentina!

Crísp. Corred, detenedlos. ¡Que me roban mi hija...! ¡que se huyen!

Escrib. A ellos, que huyen.

Raim. Parad, parad ese coche.

Escrib. y Alguaciles. ¡Favor á la justicia! ¡favor al Rey! (*Vanse todos apresuradamente.*)

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

DON VICENTE, ESCRIBIENDO; RAIMUNDO, MARCOS.

Raim. ¿Acaba usted?

Vic. La primera carta, principio la segunda.

Raim. (*En voz baja.*) ¿Son para los padrinos?

Vic. Ya sabrá usted para quiénes son.

Raim. Despáchese usted.

Vic. Mas flema, querido. Nunca llevo yo prisa para hacer simplezas.

Raim. ¿Simpleza llama usted...?

Vic. Simpleza se llama satisfacer á un botarate.

Raim. Usted me insulta.

Vic. Usted no me deja escribir.

Raim. No piense usted que se ha de librar de mí tan fácilmente como de los alguaciles y el escribano. A mí no se me vence con oro.

Vic. ¿Quién sabe?

Raim. ¿Qué dice usted?

Vic. Que allá lo veremos. — He concluido. Marcos, toma: á su direccion inmediatamente. (*Vase Marcos.*)

Raim. Supongo que ahora nada le detendrá á usted.

Vic. Supone usted mal, porque lo primero, quiero saber si ha vuelto de su accidente esa pobre niña.

Raim. Niegue usted que ese interés que manifiesta, es amor.

Vic. Lo que niego á usted, y lo he dicho cien veces, es el derecho de pedirme tales explicaciones.

Raim. Y yo le he repetido á usted otras tantas que soy el amante de Valentina.

Vic. Nada me importa.

Raim. Correspondido.

Vic. No tengo zelos.

Raim. Pero usted no se mueve de aquí. Usted quiere hablarla.

Vic. A su madre. Hágame usted el obsequio de dejarme á solas.

Raim. Hubiera complacido á usted hace rato, si no se hubiera hecho el sordo cuando le pedí mi cartera.

Vic. Ni sordo, ni mudo. Bien claro he respondido que no quiero soltarla.

Raim. ¡Don Vicente!

Vic. Al anochecer nos veremos junto á la cueva de la Joana, como usted ha indicado: entonces, antes de medir las armas, entregaré á usted esa prenda de tanto valor.

Raim. Ahora la necesito, ahora la quiero, ahora va usted á ponérmela en la mano.

Vic. Ahora digo que no.

Raim. Por última vez la reclamo.

Vic. Y yo la niego.

Raim. Mire usted que haré un desatino.

Vic. Cuanto dice usted y hace lo es.

Raim. Mi cartera, ó le envaso á usted de una estocada. (*Desenvaina el espadin.*)

Vic. ¿Qué es eso, imprudente?

Raim. ¡La cartera! Es empeño de honor el que me obliga á exigirla. ¡La cartera, digo!

Vic. Pero, hombre, considere usted...

Raim. Considero que á usted no le asiste título para retenerla, que yo tengo humos de marino, y que mi sufrimiento se acaba.

Vic. Y tambien el mio. Tómela usted, y allá se componga.

Raim. Bien está. Me retiro para ir á entregarla.

Vic. Vaya usted con Dios. Feliz viaje.

Raim. Y cuidado con faltar á la cita. (*Vase.*)

Vic. ¿A la cita? Como tú acudas, no será malo. Vaya el muy impertinente á la cárcel, ya que se empeña.

ESCENA II.

DOÑA CRISPULA, UN MÉDICO, DON VICENTE.

Médico. Nada, no necesita ni un mal sinapismo. No darle mucha conversacion, no molestarla por ahora, y que tome otro par de tazas de salvia. Abur, doña Crispula. (*Vase.*)

Crisp. Dios guarde á usted. (*A don Vicente.*) Parece que se ha retirado Raimundo.

Vic. Sí, señora; le entregué su cartera, tal como me la dió Valentina, y se fué con mil diablos. — ¿Con que sigue la niña tan bien?

Crisp. Va cobrando el conocimiento. A su lado quedan aquellas dos amigas.

Vic. Bien. Yo, como puede usted figurárselo, necesito hablar con usted.

Crisp. Yo tambien debo hacer á usted algunas preguntas.

Vic. Pues diga usted.

Crisp. No: usted primero.

Vic. Como usted mande. (*Aparte.* Bueno será que lleve su sermoncito.) Ruego á usted que me escuche con atencion.

Crisp. Ruego á usted que se siente.

Vic. Pues, señora doña Crispula de mi alma, yo ni aun quiero recordar el lance en que acabo de verme, por no causar á usted mortificacion y disgusto. Usted pudo observar cuál fué mi sorpresa cuando, apenas subimos al coche, resonaron los gritos de ustedes, que nos mandaban detener en nombre de su majestad. Se abrieron de golpe las puertas y ventanas de toda la calle; se abalanzó un tropel de gentes á parar las mulas; nos hicieron apear á mí y á la niña; y sin hacer caso del pobre Marcos, nos trajeron aquí entre los denuestos de mil majaderos, que precisamente porque no me conocian, se consideraban autorizados para calificarme

á su arbitrio. Usted y Raimundo me apellidaban raptor, el escribano y los alguaciles ladron, los vecinos espía de los ingleses, y aun hubo quien dijo que yo habia tenido la culpa de que perdiésemos las cuatro fragatas en el cabo de Santa María. Valentina se acongoja y pierde el sentido, chillan todos, nadie oye. — Repito que me propongo no volver á tratar de acontecimiento tan desagradable.

Crísp. Sí, ya veo que usted lo pasa por alto, refiriendo todas sus circunstancias.

Vic. Dejando esto á un lado, yo quisiera merecer de usted el favor de explicarme de qué principio partió, en qué indicios se fundaba usted para creer que me llevaba robada á la chica.

Crísp. Amigo, ver que mi hija salia de casa, sin mi permiso, con el hombre de quien sé que está enamorada...

Vic. ¿Qué dice usted, señora?

Crísp. Que Valentina acaba de revelar todo lo que pasa entre ustedes dos. ¿Lo entiende usted? Todito.

Vic. ¿Y ha dicho que me quiere?

Crísp. Las vecinas y el médico lo han oido como yo. ¿Y sabe usted lo que añadió despues? « ¡Infeliz de mí, si don Vicente no me cumple su palabra! »

Vic. Ya entiendo yo esas expresiones. ¿Hizo mencion de la cartera?

Crísp. Sí; pero confundiendo las especies. Ya se ve, estaba delirando...

Vic. ¡Ya! ¿Con que en medio del delirio fué cuando dijo que me queria?

Crísp. Por ese delirio he averiguado yo cosas...

Vic. ¿Cuáles? ¿De qué mas ha hablado?

Crísp. ¿De qué? De imprudencias graves... de compromisos...

Vic. ¿Sin nombrar á usted?

Crísp. Nombrándose á sí misma.

Vic. ¡Ah! Pues tambien lo comprendo.

Crísp. Me alegro mucho. Ha hablado despues de su honor, de la escalera oculta, y hasta de recurrir al capitan general. Con que yo necesito que usted me explique esta jerigonza. ¿Qué palabras se han dado ustedes? ¿qué compromisos median entre ambos?

Vic. Uno muy sencillo. Fué el objeto final de la conversacion que tuvimos. Valentina me prometió conseguir que se me vendiese la casa.

Crísp. ¿La casa? ¿Qué casa dice usted, santo?

Vic. ¿Qué casa he de decir? Esta.

Crísp. Pero venga usted acá: ¿es suya?

Vic. ¿En qué quedamos? ¿De quién es?

Crísp. ¿No lo sabe usted? De don Leon.

Vic. Bien; pero ¿quién me la vende?

Crísp. ¿Qué sé yo? Pregúntesele usted á Raimundo.

Vic. ¿No me encargó usted que no le hablara sobre el particular?

Crísp. Ni lo he pensado. Usted sueña. Usted entiende al reves las cosas.

Vic. Iba á decir á usted lo mismo.

Crísp. Caballero, si me he equivocado una vez, por casualidad...

Vic. Usted padece tantas equivocaciones casuales como pensamientos le ocurren.

Crísp. No le toca á usted echármelo en cara. ¡Suponer que ha prometido mi hija lo que le es imposible cumplir!

Vic. ¿Imposible, señora? Recuerde usted lo que me dijo.

Crísp. ¿Qué dije yo?

Vic. Que en usted y Valentina consistia la venta.

Crísp. ¿Yo he dicho eso?

Vic. ¿Con que no?

Crísp. ¿Cuándo? ¿dónde?

Vic. Hoy, en esta sala.

Crísp. Señor, si solo tratamos de nuestro asunto; para él queria yo contar con la voluntad de mi hija.

Vic. ¿Y á qué asunto he venido yo aquí?

Crísp. A uno que esta mañana quedó pendiente, y ahora quedará terminado.

Vic. Sea enhorabuena, porque deseo concluir.

Crísp. Por concluido. Señor don Vicente, es usted mi yerno.

Vic. ¡Yerno de usted!

Crísp. Sí, señor, le concedo á usted la mano de Valentina.

Vic. ¿La mano de...?

Crísp. Sí, la que usted me ha pedido con todo el entusiasmo y ahinco de una verdadera pasion.

Vic. ¿Yo? (*Aparte.*) ¡Simple de mí, que no habia advertido que esta pobre mujer es loca!

Crísp. Parece que usted se ha quedado absorto.

Vic. No es para menos... (*Aparte.*) Si la desmiento, arma otro escándalo.

Crísp. Verdad es que la sorpresa, el contento...

Vic. Pues —El anuncio de una felicidad tan inesperada...

Crísp. Nada quiero averiguar acerca de las palabras misteriosas que se le han escapado á mi hija. Sin embargo, las señoras que están acompañando á la niña, no son

mudas... Sabrá todo el mundo que ustedes se quieren... Vamos, es indispensable dar prisa á la boda.

Vic. ¿La boda? (*Aparte.* Esto va serio: tratemos de eludir la cuestion.) Permítame usted decir dos palabras antes á Valentina.

Crisp. No me parece que, en el estado en que se halla, seria oportuno...

Vic. Tiene usted mas razon que yo.

Crisp. Mañana ó esotro...

Vic. Pues bueno: mañana ó esotro quedará zanjado el asunto. — Yo tengo que practicar esta tarde unas diligencias...

Crisp. No se detenga usted por mí. — ¿Me promete usted hacer feliz á mi hija?

Vic. Nada omitiré de cuanto esté de mi parte. Con permiso de usted, señora.

Crisp. A Dios.

ESCENA III.

DOÑA CRISPULA.

Todo se compone perfectamente. Es muy buen sujeto el señor Montaner. Un poco desmemoriado... Achaque de ricos... Un poco arrebatadillo tal vez... Achaque del que ha mandado á negros.

ESCENA IV.

RAIMUNDO, UN ORDENANZA DE MARINA, DOÑA CRISPULA.

Raim. Un momento, ordenanza. (*Llamando.*) Don Vicente, don Vicente. (*A doña Crispula.*) ¿Dónde está don Vicente?

Crisp. Acaba de marcharse. No sé cómo usted no ha tropezado con él.

Raim. ¿Dónde ha ido?

Crisp. A un negocio urgente.

Raim. ¿A su casa?

Crisp. No me lo ha dicho.

Raim. Le buscaré, le hallaré donde quiera que pare.

Orden. Mire usted que no hay tiempo que desperdiciar; nos están ya esperando. Viene la órden á raja-tabla.

Crisp. ¿Qué órden es esa?

Raim. La de embarcarme.

Orden. Con tres luegos.

Raim. Y busco á don Vicente...

Crisp. Ya, por lo de la casa.

Raim. Para darme de estocadas con él.

Crisp. ¡Un desafío! Raimundo, por Dios... ¿Estamos entre infieles, que no les importa su salvacion? Renuncie usted á ese designio.

Raim. No, señora: uno de los dos amantes de Valentina ha de soltar la piel.

Crisp. Si usted ama á mi hija, ¿tendrá valor para comprometer su reputacion, llenarla de sentimiento, privarla tal vez del que va á ser su esposo?

Raim. No se quedaria sin proveer la vacante.

Crisp. No seria para usted.

Raim. ¿Luego tanto sentiria su pérdida? ¿Luego tanto le quiere?

Crisp. Por supuesto. ¿Se casaria si no le quisiera?

Raim. Es que á veces por salir de soltera y de madre... Es que ustedes suelen disponer de las hijas á lo cabo de escuadra. ¿Quién dice que sí? ¿Usted ó ella? Sepamos.

Crisp Ella lo ha dicho, y si usted se empeña en oirlo de su misma boca, venga usted.

Raim. ¡Engañosa, ingrata! Pero ¿cuándo ha nacido, cómo ha podido formarse esa inclinacion?

Crisp. Eso es lo de menos. Olvide usted á Valentina, y considere que la aficion de dos personas honradas, dirigida á buen fin, es muy respetable.

Orden. Que se hace tarde: al primer cañonazo deberiamos entrar en la lancha.

Raim. Pues, señor, se acabó. Todos me dicen que soy un pollino, y lo merezco por haber sido capaz de enamorarme de tal escorpion. Yo volveré sobre mí. Los ingleses, los marineros, todo el mundo me ha de pagar la rabia que ha sembrado en mi corazon esa pérfida. Doña Crispula, Dios le dé á usted salud, y pídale usted para mí...

Crisp. Sí, laureles, victorias.

Raim. Una descarga de metralla lo mas pronto posible. Despídame usted de Valentina, y dígale usted que ella... que yo... que usted... que mi tio... Ella sale.

ESCENA V.

VALENTINA, DOS SEÑORAS, DOÑA CRISPULA, RAIMUNDO, EL ORDENANZA.

Val. (*A una de las señoras.*) Basta, lo agradezco: ya no necesito su apoyo de usted.

Crisp. ¿Cómo te atreves...?

Val. Estoy buena ya. ¡Oh Raimundo...!

Raim. Presente.

Crisp. Viene á despedirse de tí.

Raim. Sí, señora, vengo porque me voy. Me embarco.

Val. ¿Ahora?

Orden. Sobre la marcha.

Raim. Sí, señora, al instante. Lo estoy deseando con una furia...

Crísp. (*Ap. á Raimundo.*) Cuidado con lo que usted dice.

Raim. (*Ap. á doña Críspula.* No tema usted. que sé disimular como la primera.) Valentina, cuando yo era niño, me contaba mi abuela, que santa gloria haya, que el suelo de nuestro país... pues, el de usted y el mio... no criaba sabandijas... es decir, bichos malignos, sierpes venenosas. — A la abuela de Poncio Pilato le sostendria yo que mientras haya mujeres que con sus ojos, y con su labio, y con su mónita, y... (*Suena un cañonazo distante.*)

Orden. ¿Oye usted? Vamos.

Val. ¿Qué es eso?

Raim. Es el cañonazo de llamada, el cual nada tiene que ver con usted; conmigo sí. Valentina, Dios le dé á usted lo que mas le convenga. Los hombres mudan de parecer segun las circunstancias...

Val. ¿Qué me quiere usted dar á entender con eso?

Raim. Que el mayor favor que puede usted hacerme, es considerar como un capricho, como una broma, de que me arrepiento, lo que hablé con usted esta mañana.

Val. ¿Es posible?

Raim. Hágase usted ilusion; persuádase usted que yo me habia desayunado con una cuartera de malvasía de Bañalbufar. En fin, olvídese usted de mí; yo haré otro tanto de usted; pelitos á la mar, y Cristo con todos. Hasta el valle de Josafat, señoras. (*Vase con el ordenanza.*)

Val. ¡Raimundo! Oiga usted. ¡Raimundo!

ESCENA VI.

DOÑA CRISPULA, VALENTINA, LAS DOS SEÑORAS.

Val. (*Aparte.*) ¡Cielos! ¡Me olvida! ¡A Dios, esperanzas; á Dios, ilusiones de tantos años!

Crísp. Hija, no hagas caso de tonterías. Vaya bendito de Dios. Doña Lucía, doña Gabriela, muchísimas gracias por la asistencia. Pueden ustedes retirarse á descansar.

Una Señora. Si hacemos falta...

Crísp. Suplicaremos á ustedes... Abur, abur. (*Las acompaña hasta la puerta.*)

Val. (*Aparte.*) Ha temido á su rival, ha dudado de mi constancia. ¡Qué ofensa!

Crísp. ¡Eh! ya se nos ha marchado Raimundo. A menos bultos, mas claridad.

Val. ¡Cuál me ha tratado!

Crísp. Nada te ha dicho que deba sentirse. ¿Que te olvidará? Gracias infinitas... ¿Que le olvides tú? Prevencion excusada. ¡Cierto que el niño merece tenerle muy en la memoria!

Val. ¡No lo mereceria, no: por ingrato, por injusto, por necio!

Crísp. Y por haber faltado á mi confianza. Bien que otros han hecho lo mismo, y se lo perdono.

Val. ¿Por quién lo dice usted?

Crísp. Olvidemos lo pasado. He dado lugar á que te quejes de mí, y no me estaria bien reprenderte.

Val. ¿Reprenderme? ¿Por qué?

Crísp. Por nada, mujer. Se compuso ya todo. Estuviste delirante por un buen rato y dijiste...

Val. ¿Cosa de que usted pueda ofenderse?

Crísp. Yo no soy de mármol: tengo honra y vergüenza...

Val. ¡Ay! pues le pido á usted perdon, mamá. Yo no sé en que términos me explicaria; pero lo cierto es que don Vicente ignora la verdad; don Vicente ni aun sospecha la ligereza de usted.

Crísp. ¿Qué ligereza? Solo falta que me eches la culpa.

Val. Mamá, sea usted ingenua: ¿quién la tiene?

Crísp. ¿Nada te remuerde á tí la conciencia? ¿No estás pesarosa de haberme ocultado tu amor? ¿de haber hablado á solas con el Indiano?

Val. A no haber él abierto esa puerta, ¿cómo hubiéramos salido del compromiso de los billetes?

Crísp. ¿Cuáles?

Val. Los de la cartera de Raimundo, que eran falsos.

Crísp. ¿Falsos? ¿De dónde te consta?

Val. Lo dijo don Vicente. Yo creia que usted lo supiera.

Crísp. ¿Por qué conducto?

Val. Por haberlo dicho yo delirando.

Crísp. Mujer, yo creo que cuando realmente deliras, es ahora. Tú nos has dicho entre lágrimas y sollozos que eras perdida, si don Vicente no te cumplia su palabra. ¿Qué palabra era?

Val. La de evitar que usted y Raimundo fuesen acusados como falsificadores.

Crisp. ¿Qué me cuentas? ¿Con que le habian trocado los billetes? ¿Con que mis sospechas se realizaron? ¿Y don Vicente por casualidad tenia consigo otros que sustituir?

Val. No, señora. De camino que ibamos á casa de la madrina, queria entrar en la suya, verificar el noble cambio y remitir á usted la cartera, para que sin saber nada se la entregase á Raimundo.

Crisp. Si digo que mi yerno es un ángel de Dios. Tú te la llevabas, temerosa de que me acometiese otra tentacion como la pasada. No hacias mal.—¡Ay! ahora que me acuerdo... ¡Pobre muchacho!

Val. ¿Quién?

Crisp. Raimundo, que antes de embarcarse, va á llevar los billetes al capitan general.

Val. Y bien, ¿qué?

Crisp. Que don Vicente no ha salido de aquí; no ha tenido tiempo para ir á su casa; la cartera se la ha vuelto al chico, tal como se hallaba antes.

Val. ¡Cielos! ¿Está usted segura?

Crisp. El mismo don Vicente lo ha dicho.

Val. ¡Ah! No habrá podido resistir á las instancias de Raimundo. ¿Qué es lo que ha hecho usted?

Crisp. ¡Dios mio! Le prenden sin remedio.

Val. Le van á formar causa, va tal vez á perder la vida.

Crisp. Por su imprudencia, por haber fiado la cartera de manos no tan seguras, no tan felices como las mias.

Val. ¡Pues qué! ¿Aun no ha conocido usted á quién debe el infeliz esta desgracia? —¡Oh! no es tiempo de acusaciones, sino de diligencia. Yo, madre, no sé si podré llegar al palacio: por Dios, corra usted, detenga á Raimundo, pídale la cartera; quítesela usted de las manos, y tráigala usted á las mias.

Crisp. Sí, mujer: voy volando.

Val. No haga usted mas de lo que la ruego; por el dia de mi nacimiento, que no haga usted mas. Mire usted que si Raimundo entra en una cárcel, le ha de costar á usted lágrimas.

Crisp. Sí, porque seria una lástima. ¡Lo que dan que hacer los desaciertos de los muchachos! (*Vase.*)

ESCENA VII.

VALENTINA, Y DESPUES DON VICENTE.

Val. Sálvese ahora; luego sabrá mi madre á qué peligro le expuso. (*Sale don Vicente por la escalera oculta.*)

Vic. ¡Valentina!

Val. ¡Ah, don Vicente! Baje usted. Mil cosas tengo que preguntarle. Acabo de saber que la infausta cartera...

Vic. No tema usted. Probablemente cuando Raimundo vaya á entregar los billetes, ya un dependiente mio se habrá anticipado en su nombre.

Val. El cielo premie tanta virtud.

Vic. Envié á mi cajero un aviso con Marcos y una carta para su excelencia. Al presentarse Raimundo en la capitanía general, le pondrán en la mano un recibo, y le dirán que vaya con Dios. Si Raimundo tomase la delantera al cajero, lo peor que podria suceder seria que le arrestaran por breves momentos. Tranquilícese usted, pues ni peligra ese jóven, ni el decoro de usted.

Val. Gracias, mil gracias.

Vic. Por usted, por el buen concepto que de usted he formado, he vuelto á pisar esta sala, sirviéndome de la llave de la escalera, olvidada en mi poder. He subido, he aguardado ahí, he sentido salir á madre, y aprovecho la presente ocasion para suplicar á usted que procure quitar á la buena doña Críspula un capricho de la cabeza.

Val. Perdónela usted. La infeliz, entre mil buenas cualidades, tiene una...

Vic. Una con que nos vuelve locos á todos. Para que usted la desengañe, cuando la pille en un lúcido intervalo, informaré á usted de lo que ha de decir.

Val. Ya lo espero.

Vic. Es una revelacion importante, que por ahora exige secreto.

Val. Nadie lo sabrá mientras usted no lo permita.

Vic. De los quince años que he permanecido en la Habana, doce me llevé trabajando sin fruto: en los tres siguientes la casualidad, la bondad del Señor, me hizo rico de un golpe.

Val. Bien merecia serlo quien habia de hacer tan buen uso de sus caudales.

Vic. Cuando el oro nos abre las puertas de la felicidad, cuando nos allana la posesion de una mujer digna, como usted, de ser adorada, vil y miserable seria quien, favoreciendo al prójimo, no se desquitase de una parte mínima de lo que debe al cielo.

Val. (*Aparte.*) Ya se declara. — ¿Qué respondo yo á un hombre á quien debo tanto?

Vic. Tres años hará que regresó á la Habana, desde Santiago, una jóven cuyos méritos no podré encarecer mejor que comparando con usted su persona. Acababa de cumplir veinte y cinco años, y era millonaria...

Val. Dos méritos que yo no tengo.

Vic. Ignorantes de una circunstancia particular, mil pretendientes le habian ofrecido la mano. — Este mérito no le faltará á usted.

Val. Ni le he tenido, ni le deseo.

Vic. Mi habanera decia otro tanto, y al cabo un hombre sin mas prenda que su hombría de bien, la hizo mudar de dictámen y envanecerse de ser amada.

Val. Cosa naturalísima.

Vic. Pero que ofrecia muy graves inconvenientes.

Val. Siendo rica y libre...

Vic. Una madre por el estilo de la de usted, una visionaria á lo divino, la habia obligado de niña á que hiciese voto de castidad. Era necesario solicitar dispensa, y dar con el mayor sigilo los pasos, por no apesadumbrar á la madre, la cual agriada por sus dolencias, que la impedian moverse del lecho, se hubiera escandalizado hasta el punto de maldecir á su hija. (*Viendo entrar á doña Críspula*) ¡Maldiga Dios á la que ahora nos interrumpe!

ESCENA VIII.

DOÑA CRISPULA, MARCOS, VALENTINA, DON VICENTE.

Crísp. (*á Marcos.*) Ahí tienes al señor don Vicente.

Val. ¿Habló usted á Raimundo?

Crísp. He hallado á Marcos al salir de esta calle, que para el caso, nos da lo mismo.

Marc. Su cajero de usted me manda decirle que ya se ha visto con su excelencia.

Val. (*Aparte.*) Respiro.

Marc. Su excelencia queda en admitir los billetes que le presente Raimundo, entregarle su carta de pago, y devolvérselos á usted inutilizados.

Vic. Bien: vete. (*Ap. á Valentina.*) Está usted servida. (*Vase Marcos.*)

Val. (*Ap. á don Vicente.*) Le debo á usted mas que el vivir.

Crísp. De buen peligro ha libertado usted al pobre Raimundo.

Val. ¿Se sabe si ya se ha embarcado?

Crísp. Yo creo que sí, aunque no he oido el tiro de leva.

Vic. Parece que debia usted inferir lo contrario de esa razon.

Val. Sí, sí; miradle.

ESCENA ULTIMA.

RAIMUNDO, DOÑA CRISPULA, VALENTINA, DON VICENTE.

Raim. Siento mucho tener el gusto de ver á ustedes por última vez, despues de la última.

Crísp. ¿No se ha marchado usted todavía?

Raim. ¿Pues no ve usted que estoy aquí? ¡Vaya una pregunta! No, señora, no me he marchado, porque no ha salido el paquebot que habia de llevarme; no ha salido, porque están los ingleses á tres millas de aquí, y están á tres millas de aquí los ingleses, porque se han engolosinado con las presas que han hecho esta mañana, y acaban de saberse.

Val. ¿Ha entregado usted los billetes?

Raim. De allá vengo, señorita. Ya sé todo el teje-maneje que ha habido. ¿Creyeron ustedes que yo no habia de mirar los títulos al tiempo de dárselos al capitan general? ¿Que no habia de conocer la falsificacion, y quedarme hecho un babieca? ¿Que no habia de reconvenir luego á su excelencia que me daba un recibo, en vez de mandarme levantar la tapa de los sesos?

Vic. ¿Ha tenido usted una explicacion con su excelencia?

Raim. Me ha enseñado la carta de usted.

Vic. ¿Quiere usted ahora batirse conmigo?

Raim. A muerte. A eso vengo.

Val. ¡Raimundo!

Crísp. Hombre de Dios...

Raim. Yo no tolero que otro pague por mí los descuidos de Valentina.

Crísp. ¿Qué Valentina? Yo fuí quien perdió la cartera.

Raim. ¿Usted?

Vic. ¿Usted?

Crísp. Valentina no salió esta mañana de casa.

Raim. Ya: se atribuyó la habilidad de usted para sacar mejor partido del novio.

Val. Para salvar á mi madre.

Raim. ¿Hay estrella mas pícara? Ni el consuelo me queda de haber estado expuesto á morir por esta muchacha.

Crísp. Digo usted por su mala cabeza. A usted fue á quien le falsificaron los billetes.

Raim. A usted habrá sido, en tal caso.

Vic. A usted debe haber sido.

Val. En efecto, madre, ha sido á usted.

Crísp. ¡A mí! ¡Jesus! Estoy empecatada, estoy dejada de la mano de Dios.

Val. Tres mil duros debemos al señor don Vicente.

Vic. No me debe usted nada.

Raim. Nada, ni una malla, ni media. Caballero Montaner, es de usted esta casa. Ahora salga usted al campo conmigo.

Vic. ¿Qué dice usted?

Raim. Digo que antes que nos demos de cuchilladas, le vendo á usted la casa que quiere, que se la doy por los consabidos tres mil. ¿No lo entiende usted? ¿Y usted? ¿Y usted? Cuidado que es torpeza.

Crísp. Criatura, ofrezca usted lo que sea suyo.

Raim. Mio es lo que ofrezco, voto á la campana de la Figuera. ¿No me ven ustedes los ojos hinchados de llorar? Pues no es por usted, (*Dirigiéndose á Valentina*) y si lo fuera, me guardaria muy bien de decirlo: es por mi pobre tio, que acaba de entrar en el puerto...

Val. ¿Cómo?

Raim. ¿Cómo? Sin cabeza. Una bala de cañon se la ha llevado al cielo.

Vic. ¿Atacaron los ingleses el buque?

Raim. Hecho una granada viene el casco.—¡Y con sesenta á la cola, habia hecho el santo varon la tontuna de dejarme por su heredero!

Crísp. ¿Su heredero?

Val. (*Aparte.*) Ya es rico.

Raim. Así me acaba de decir ese escribano que no era ladron.

Crísp. Amigo, reciba usted el parabien del pésame que debemos darle.

Raim. ¿De qué me sirve el dinero ahora? Pero no, pero sí, de algo me puede servir. Valentinita, yo voy á hacer testamento tambien. Lego todos mis bienes á usted, me bato en seguida con el señor, le dejo que me abra en canal, y entonces no tiene usted mas remedio que llorarme *coram populo*, vestir luto por mí y retardar su boda. Despues de yo muerto, poco me importa que se case usted con el patriarca de Jerusalen.

Val. ¿Oye usted esto, mamá?

Crísp. Hija, ya es tarde. El señor don Vicente...

Vic. El señor don Vicente está ya frito de que no se le deje meter baza en esta baraunda, y lo echará todo con ciento de á caballo. Señor don Raimundo, señora doña Críspula, con una palabra se ataja el raudal de desatinos que vierten ustedes, cada cual con su tema. Yo no puedo casarme con Valentina, por la sencillísima razon de que estoy casado.

Raim. ¡Casado!

Val. ¡Casado!

Crísp. ¡Casado con ella sin mi permiso!

Vic. ¡Vive Dios! No, señora; casado con otra.

Val. ¿Con la habanera millonaria?

Vic. La misma.

Crísp. Me he quedado extática.

Vic. ¿Se convencerá usted ahora de que yo no he pedido la mano de su hija? ¿De que solo hablé de la casa?

Raim. ¡Unos amores de cal y canto!

Val. ¿Creerá usted ahora lo que yo la dije? ¿Que hasta hoy no habia visto al señor?

Raim. ¿Creerá usted ahora que yo no creo nada de lo que usted me ha dicho?

Crísp. Será lo que quieran ustedes; pero yo estaba plenamente persuadida de que mi hija no tenia inclinacion á Raimundo.

Raim. Prueba segura de que me quiere, porque usted lo entiende todo al contrario. ¿No es verdad, Valentina? Dígalo usted.

Vic. En efecto; á ella le toca...

Crísp. Bien, yo me conformo. Dígalo ella.

Val. Entre mentir y desmentir, ¿qué medio hallaria usted, don Vicente?

Vic. Callar y dejar hacer.

Raim. Usurpo el consejo. Señora doña Críspula, por usted ha estado en un tris mi pellica; por usted he injuriado á esta palomita sin hiel; por usted he querido batirme con armas desiguales, es decir, con un hombre casado. En satisfaccion de tantas ofensas..... don Vicente, (*Tendiéndole una mano.*) usted es mi amigo. Doña Críspula, (*Tendiéndole la otra.*) usted es mi madre. Ven aquí tú, pimpollo, tú eres mi esposa. (*Se separa de don Vicente y doña Críspula, y abraza á Valentina.*)

Vic. ¡Bravo!

Crísp. Pues, señor, mi bendicion les caiga. Por fin veo á mi hija casada á mi gusto... con quien yo no queria.

Val. ¡Y eres militar! ¡Y tendrás que dejarme!

Crisp. No tal: Raimundo, como ya es rico, tratará de eximirse...

Raim. Por equivocarse usted, hasta en eso lo yerra. No me eximiré, no, señora: ¡la sangre de mi tio pide venganza! Todos los grandes generales han sido casados. Lidiaré por mi patria, por mi Rey, por mi amor, por mi suegra... Me distinguiré, brillaré... No quiero proseguir, porque no digan ustedes que yo tambien estoy viendo visiones.

LA COJA Y EL ENCOGIDO,

COMEDIA EN TRES ACTOS EN PROSA,

ESTRENADA EN EL TEATRO DE LA CRUZ A 16 DE JUNIO DE 1843.

PERSONAS.

ADELA.	GREGORIA.
DON FABIAN.	TOMASA.
DON RUFINO.	UN CRIADO, QUE NO HABLA.
DON SILVESTRE.	

La escena es en Madrid en una casa de posadas.

ACTO PRIMERO.

Patio con jardin al cual tienen salida algunas habitaciones de huéspedes; á la derecha del espectador un ángulo del cuarto de Adela, con una ventana grande de frente al público. En medio del jardin un pozo, junto á él una pila, y por el medio bancos ó sillas y una mesa. Las persianas del cuarto de Adela están cerradas.

ESCENA PRIMERA.

DON FABIAN, GREGORIA, Y LUEGO TOMASA.

(*Gregoria aparece cruzando el teatro, de izquierda á derecha del espectador, con una bandeja y en ella varios platos; don Fabian sale por la izquierda, detrás de Gregoria.*)

Fab. Chit, chit, señora Gregoria.

Greg. ¡Don Fabian! ¿Qué milagro es este, que se le ve á usted por el jardin? Desde que se halla usted aquí de huésped, creo que es la primera vez que baja.

Fab. Sí, señora, la primerita: figúrese usted que no será sin motivo.

Greg. Pues ¿qué hay? Diga usted pronto, que ando de prisa.

Fab. Está muy hermoso este jardinito del patio, y pocas casas de huéspedes tendrán otro igual en Madrid; es muy agradable respirar por la mañana el olor de las flores; pero, querida Gregoria, las diez y media han dado hace rato.

Greg. ¡Las diez y media ya! ¡Y la nueva huésp da queria el desayuno á las diez!

Fab. Si tuviera usted la bondad de acordarse del mio...

Greg. ¿Todavía está usted en ayunas?

Fab. Sí, señora; por eso...

Greg. ¡Pobre don Fabian! Con esa calma, no es extraño que usted engorde.

Fab. Pues á pocos dias de abstinencia como este, me quedo en lo firme.

Greg. Es el caso que me ha destinado el ama desde hoy á los cuartos de abajo, y por eso me toca servir á la señora que vino anoche; la Tomasa es la que tiene que asistirle á usted. Ahí sale: acuda usted á ella. (*Vase, y sale Tomasa en direccion opuesta, llevando tambien un almuerzo.*)

Fab. Tomasita, ¿me hace usted el favor de subirme al cuarto el chocolate?

Tom. Eso le tocará á la tia Gregoria, que es quien le ha servido á usted siempre.

Fab. Si me dice que le han encargado á usted la asistencia de arriba.

Tom. Anoche me dijo el ama los nombres de los huéspedes á quienes habia yo de servir desde hoy; pero lo que es á usted no le mentó. A la cuenta seria un olvido.

Fab. Pues, uno de tantos.

Tom. Como usted no riñe nunca, ni habla, ni pabla, no hay forma de tenerle presente. Descuide usted; que yo le llevaré el almuerzo, en aviando á todos. (*Vase.*)

Fab. ¡Lisonjera distincion! Pues hasta ahora, gracias á Dios, he pagado mis tres pesetillas tan puntualmente como el primero. Debo irme de esta posada, y muy pronto. ¿Estamos en Mayo? Para ferias ó para navidad, me despido.

ESCENA II.

DON SILVESTRE, DON FABIAN.

Silv. No sé como he acertado á volverme por esas calles. (*Viendo á don Fabian.*) ¡Hola! Felices dias, camarada.

Fab. Felicísimos. Beso á usted la mano.

Silv. Usted, si no me equivoco, es el caballerito de anoche.

Fab. ¿De anoche? ¡Ah! sí. Muy servidor de usted.

Silv. ¡Y tan servidor como usted se mostró! ¡Vaya, que fué buen lance! Cruza usted el portal cuando llegábamos la chica y yo, y los mozos acababan de dejar en el suelo nuestro equipaje; se me antoja que es usted un criado, cojo un lio y se le echo á usted á cuestas gritándole: « Marcha con eso adentro. » No sé que fué mas de admirar, mi torpeza ó la cachaza de usted, que se entró con el fardo como un corderito.

Fab. Me mandó usted con un aire tan imponente, que no me atreví á desobedecer.

Silv. De nuevo le pido á usted mil perdones en mi nombre y en el de mi sobrina.

Fab. ¿Es sobrina de usted la señora que le acompañaba?

Silv. Sí, señor, una muchacha que vale un Perú.

Fab. ¿Con que es jóven? No tuve el gusto... el honor... de ver á la señorita. Sentada en un rincon oscuro... y con aquel sombrero... Yo, tambien, me subí corriendo á mi cuarto.

Silv. Ese es el de mi sobrina y mio, señor don... ¿Cómo es su gracia de usted?

Fab. Me llamo... me llaman...

Silv. (*Interrumpiéndole.*) ¿Se le ha olvidado á usted su nombre?

Fab. ¡Por Dios! ¿cómo puede usted imaginar...?

Silv. (*Aparte.*) Se ha puesto colorado.

Fab. Vea usted el registro de la patrona, ó pregúntele quien soy, y le responderá: « Fabian Huronera. »

Silv. Muy señor mio: Silvestre y Adela Gomez están á la disposicion de usted, amigo don Fabian.

Fab. Haga usted presentes mis respetos á la señorita.

Silv. (*Yéndose.*) En hablándole recio al hombre, se le deja cortado. (*Vase.*)

Fab. Pues: si me hubieran dado mi chocolate, no hubiera tenido precision de bajar, y de hablar luego con un desconocido, que para mí es el apuro mayor que hay. (*Encamínase á la izquierda, y tropieza con don Rufino, que sale por el mismo lado.*)

ESCENA III.

DON RUFINO, DON FABIAN.

Ruf. ¡Eh! mire usted por donde va.

Fab. Perdone usted... una distraccion... — ¡Oh señor don Rufino!

Ruf. ¡Usted aquí, don Fabian!

Fab. Si vivo en esta casa.

Ruf. Bien lo sé; pero como usted habita allá en las altas regiones...

Fab. Un asuntillo urgente me ha sacado de mis casillas: á no ser por la necesidad, no hubiera bajado.

Ruf. Pues yo venia... por supuesto que con ánimo de ver á usted para tratar de nuestras cuentas.

Fab. Mil gracias.

Ruf. Yo, que antes era editor responsable, ahora soy propietario de un periódico.

Fab. Si usted es cuanto hay que ser, cuanto quiere.

Ruf. Para llegar á ser algo, hay que emprenderlo todo. Usted ha escrito para mí, y es justo que se le remunere por su trabajo.

Fab. Cuando usted quiera.

Ruf. Pero antes venia á tomar unos informes. Aquí sirve una vieja, llamada Gregoria, que fué ama de llaves de mi papá, y queria que me dijera si ha venido ya una señorita de Cádiz, que habrá de parar en esta posada.

Fab. Esa señorita ¿viaja en compañía de su tio?

Ruf. Justo: un hombre de edad, gordote, rechoncho...

Fab. Que se llama don Silvestre.

Ruf. Cabal, y ella Adelita.

Fab. Tio y sobrina llegaron sin novedad anoche, y ocupan ese cuarto.

Ruf. ¿Ese? Bien. — ¿Y qué tal es la gaditana?

Fab. Yo entraba en casa cuando llegaron; pero no reparé en ella.

Ruf. Mal hecho: en las mujeres se debe reparar siempre. Cuidado que usted, por su maldito encogimiento, no sirve para nada.

Fab. Pues sin embargo hice á esos señores anoche un servicio.

Ruf. ¿A la sobrina?

Fab. Al tio.

Ruf. El tio me importa á mí dos bledos. En fin, Gregoria los habrá visto y me dirá...

Fab. Ella los sirve.

Ruf. Tengo una impaciencia de saber...

Fab. Le interesa á usted mucho la nueva huéspeda.

Ruf Hay su por qué: y eso que todavía no la conozco.

Fab. Sabrá usted quizá que es bonita.

Ruf. Segun noticias es persona de lindo talle, de mucho garbo, mucha gracia para andar.. Ya se ve, gaditana.

Fab. Tendrá la sal del mundo.

Ruf. Pero es bizca: y yo aborrezco á los bizcos de muerte.

Fab. Entonces...

Ruf. La madre de Adela tuvo una hermana que casó con un tio mio, el cual pasó de España al Perú, donde hizo un mediano caudal.

Fab. De modo que Adelita y usted son primos políticos.

Ruf. Sí, señor. Del tal tio hacia veinte años que nadie sabia nada, cuando al buen señor le ocurrió la idea de morirse, habiendo sobrevivido á hijos y mujer.

Fab. Ocurrencia feliz para usted, si testó á favor de la parentela.

Ruf. Testó en efecto; y al parecer fué su ánimo beneficiar igualmente á su línea y á la de su esposa.

Fab. Si ustedes no son muchos...

Ruf. Por parte de la tia, no mas que Adela; por parte del tio, solito yo. Otro primo lejano habia tambien por mi lado; pero murió al concluirse la guerra civil.

Fab. Siendo así, Adelita y usted partirán á medias la herencia.

Ruf. La idea del tio indiano fué que la disfrutaran en comun dos de sus parientes y afines, hembra y varon, á favor de una boda.

Fab. Es decir que casándose usted con su prima, se alza con el santo y la limosna.

Ruf. El alzamiento con respecto á la prima no lo ambiciono.

Fab. Puede ser una jóven amable; puede quererle á usted mucho.

Ruf. Nunca podrá mirarme con buenos ojos.

Fab. Esa nueva operacion de tenotomía aplicada al estrabismo prueba muy bien.

Ruf. Yo no tengo vocacion de casado.

Fab. En el corto tiempo que hace que nos conocemos, le he oido á usted decir alguna vez que era enemigo del matrimonio; pero yo creia que habia usted mudado de dictámen.

Ruf. ¿Cómo? ¿Qué significa eso? ¿Qué sabe usted para...?

Fab. Serán suposiciones.

Ruf. Pero hable usted

Fab. Nada, sino que paseándome por la orilla del canal, porque mis paseos siempre son...

Ruf. Sí, por donde Cristo dió las tres voces. Prosiga usted.

Fab. Iban delante de mí unos cuantos jóvenes, que parecian como libreros ó cajistas... y hablaban de usted.

Ruf. Mal, por supuesto, porque esa gente ..

Fab. No, señor, muy bien... Decian que usted no entendia una jota del arte.

Ruf. ¡Buen elogio!

Fab. Pero que por lo mismo era usted mas fácil de contentar.

Ruf. Sí, de engañar. ¡Bribones!

Fab. Decian que pagaba usted bien, que tenia dinero...

Ruf. ¡Qué calumnia!

Fab. Y que seria usted pronto un sujeto rico.

Ruf. Porque mi empresa prosperaria.

Fab. No: porque iba usted á casarse con una señora millonaria y...

Ruf. Y vieja: ¿no es verdad?

Fab. Precisamente.

Ruf. No haga usted caso de habladurías. Hay gentes que no viven si no divulgan todo lo que pasa. No porque eso tenga nada de particular: seria una especulacion como otra cualquiera; pero... ¡Yo dinero! ¡yo pagar bien! Dígame usted si no le estoy debiendo los artículos que me ha redactado.

Fab. Verdad es, y por cierto...

Ruf. Ese periodiquillo miserable que he puesto, lo sostengo con dinero prestado.

Fab. ¡Dichoso el hombre á quien le prestan!

Ruf. Créame usted; no vuelva usted á pasearse por la pradera del canal: corre allí un aire húmedo muy perjudicial á la gente de letras. Pasemos á la fonda de enfrente, y mientras se hace hora de visitar á mi prima, le enteraré á usted de un pensamiento para mejorar mi periódico, en el que cuento con el auxilio de usted. Podremos tomar algo, porque usted es madrugador y hará ya tiempo que se ha desayunado.

Fab. No, señor, hoy me ha hecho esperar la criada mas que otros dias.

Ruf. En haciéndose de miel, se burlan de uno criados é impresores. Ea, vamos.

Fab. No concurro allí nunca, y así, como que me repugna entrar.

Ruf. Sacuda usted ese encogimiento, visite usted, converse usted: al mes de práctica habrá usted adquirido igual desembarazo que yo.

Fab. Sí, á los ocho dias habré cometido tantas atrocidades, que ya no me atreveré á saludar á un alma viviente. Si no ha producido Asturias un hijo mas cuitado que yo. Cuando estudié latinidad con el dómine, las primeras semanas no habia dia en que no llevase palmetas, á pesar de que tenia buena memoria y estudiaba bien la leccion. Acercarme al maestro para darla, y ponerme á temblar, todo era uno: así es que me cogia tantos puntos como veces me miraba. Durante el curso era yo de los mas adelantaditos de la clase; el dia de los exámenes siempre me quedaba de burro. En la universidad, lo mismo: en habiendo acto público, perdia á vista de una concurrencia numerosa todo el concepto que me habia granjeado mi aplicacion entre los catedráticos y los compañeros. Por eso no me he atrevido á graduarme en leyes, porque estoy seguro de que si el dia de mañana me tocara defender la causa de un hombre mas inocente que el mismo Abel, de fijo con mi defensa iba derecho al palo.

Ruf. Por eso le predico á usted: mientras no venza ese empacho ridículo, se reirán de usted hombres y mujeres.

Fab. Las señoras hasta hoy poco se han burlado de mí.

Ruf. ¿Ha sido usted mas afortunado con ellas?

Fab. No, sino que como la primera y la segunda y la tercera me han escarmentado, no me he atrevido á emprender con la cuarta.

Ruf. Usted debe principiar á franquearse con las personas á quienes trata.

Fab. No me trato con nadie. Usted y otro compañero suyo que me dan que escribir, y el muchacho de la imprenta que me trae las pruebas, son casi las únicas personas que veo, y eso de tarde en tarde.

Ruf. Pues principie usted á desenfadarse conmigo.

Fab. (*Aparte.*) ¡Famosa ocasion para pedirle lo que me debe!

Ruf. Y marchemos ahora á la fonda.

Fab. Señor don Rufino, tomando su consejo de usted, quisiera...

Ruf. Café primero con tostadas, ¿no?

Fab. Quisiera hacerle á usted presente...

Ruf. Luego unas chuletas ó un bifteck.

Fab. Usted no extrañará que en mi situacion...

Ruf. Si prefiere usted una trucha ó jamon dulce...

Fab. Yo trabajo noche y dia...

Ruf. Eso es, noche y dia: y sin gozar jamás de una diversion, sin almorzar en fonda ni... Hoy *debuta* usted.

Fab. Solo á fuerza de privaciones es como consigo...

Ruf. Cierto: no faltarán en la fonda literatos jóvenes á quienes aconsejar que aprendan de usted.

Fab. Sin dinero no puede uno...

Ruf. Eso les diré yo: sin dinero no se puede vivir. ¿Quieren ustedes ganarlo? Trabajen ustedes como el señor. ¿Quieren ustedes no hallarse en apuros? Limítense ustedes como el señor. No vestirá con lujo; pero no deberá un cuarto: antes le deberán á él. Yo le debo, señores; yo no me avergüenzo de confesarlo.

Fab. Por lo mismo estimaria que usted...

Ruf. Yo miro por la gloria y adelantos de ustedes mas que ustedes mismos. Los españoles pecamos por lo comun de holgazanes; y si la necesidad no nos estimula, nos echamos á dormir. Por eso yo me hago á veces el remolon para pagar: claro es que el que no paga es porque no puede ó no quiere. Señor don Fabian, todas las obras de mérito se han escrito con hambre: usted se halla ahora en la mejor ocasion para hacer algo de provecho.

Fab. (*Cortado.*) Adopto la insinuacion de usted, y me retiro á ponerla en práctica.

Ruf. ¿No almorzamos juntos?

Fab. Gracias por el convite y por el aviso. (*Aparte.*) Este hombre, para mí, aconseja como paga: siempre el resultado es igual á cero. (*Vase.*)

ESCENA IV.

DON RUFINO.

Ya me le he quitado de encima, y de balde. Gastar algo con él, vaya; pero darle lo que le debo, hasta que me case no puede ser. ¿Qué seria mejor? ¿casarme con la bizca ó con la vieja? La herencia del tio redituará unos dos mil duros anuales, á todo correr; los bienes de doña Gertrudis rentan seis veces mas: la vieja me ha adelantado cantidades enormes; ella paga todas mis trampas; ella poco puede vivir: si el matrimonio es un cautiverio, estoy por el mas breve; si es una especulacion, debo estar por la mas productiva. Despues de la muerte de Gertrudis, probablemente seré dueño de cuanto posee; y si quiero, podré escoger entre todas las niñas de Madrid que miren á derechas. Veré á mi prima, y pensaremos; pero el caso es que hay que decidir de hoy á mañana. Lo primero es buscar á Gregoria. (*Vase.*)

ESCENA V.

ABRENSE LAS PERSIANAS DEL CUARTO QUE OCUPAN ADELA Y DON SILVESTRE, Y APARECEN LOS DOS SENTADOS A UNA MESITA REDONDA, ACABANDO DE ALMORZAR; GREGORIA LES ESTA SIRVIENDO.

Ade. Sí; mejor está abierto, Gregoria. Ya que nadie nos ve, respiremos el aire fresco del jardinillo.

Greg. Si ustedes reparan en la asistencia algo que no sea de su gusto, díganlo.

Ade. El té no me ha parecido bueno: cuando salga, he de ver si lo encuentro de mejor calidad.

Silv. ¿Habrá manzanilla en casa, Gregoria?

Greg. Sí, señor; y si no, se traerá de la botica.

Ade. ¿De la botica?

Greg. Pues ¿de dónde? En las boticas se halla de todo.

Silv. ¿Hasta el vino de Sanlúcar?

Greg. ¡Ah, que es un vino de su tierra de usted! Se lo preguntaré al ama.

Silv. Sí, ve y no te vuelvas sin una cañita. (*Vase Gregoria.*)

ESCENA VI.

ADELA, DON SILVESTRE.

Silv. Con que, sobrinita del alma, ya estás en Madrid, y supongo que hoy verás á tu primo político.

Ade. ¿Quién sabe? Se le anunció el dia de nuestra llegada, y no por eso ha salido á recibirnos. Infiero que tiene poquísimo deseo de conocer á su prima.

Silv. ¿Y tú?

Ade. Yo estoy resuelta á llevar á cabo mi plan; pero poco esperanzada de un feliz éxito.

Silv. ¿Aun no has visto al primo, y ya recelas de él?

Ade. Recuerde usted los informes que ha recogido esta mañana. En primer lugar le han dicho á usted que ha sido siempre una especie de vago.

Silv. No hay cosa mas noble que no trabajar.

Ade. Que es un tramposo, un petardista.

Silv. Pero sabe serlo: solo engaña á ricos y á tontos.

Ade. Se susurra que galantea á una vieja.

Silv. Mejor se prendará de tí que eres jóven.

Ade. Es que yo no quiero que se prende de mí por ser jóven, ni por ser heredera, sino por ser mujer de bien... y algo mas.

Silv. Ese algo mas comprende lo de amable y discreta, lo de no ser ya bizca, etc., etc.

Ade. Yo le confieso á usted que vivo en una inquietud mortal hasta salir de mi experiencia.

Silv. Poco puede durar tu zozobra, porque el plazo urge.

Ade. Sí: mi tio político don Gabriel me instituyó su heredera absoluta, si en el término de un año me casaba con un pariente suyo.

Silv. Y si no, pasarian al pariente mas inmediato los bienes del tio, quedándote solo una pension anual de seis mil reales.

Ade. El buque que traia la primera copia del testamento padeció naufragio, el segundo perdió la derrota, y el tal documento ha venido á Europa por Londres, de Londres á Santander, y de allí á Madrid: de manera que el año se cumple mañana.

Silv. Eso te excusa de cavilar mucho tiempo sobre la decision. Con decir: « Soy novia, » está concluido.

Ade. O con decir: « No me caso, » y contentarme con esa corta pension.

Silv. No seria mal disparate. Mira que la mujer no suele tener mas que una ocasion para ser rica.

Ade. Ser rica, ser rica... Bien me gus-

taria á mí serlo : aun soy jóven y ya no soy niña, y por consiguiente no me falta ambicion; pero esto de arriesgar una su felicidad por el vil interés...

Silv. Sé buena y serás feliz, lo mismo siendo rica que siendo pobre. Ya se ve : tú quisieras que el tio te hubiera dejado sus bienes sin carga ninguna : muy bien querido; pero como él pensó de otro modo, no hay mas que sujetarse á su voluntad. Considera tu situacion : tú no tienes mas arrimo que yo, y por mas que haga...

Ade. Tio, por Dios... Usted tiene hijos y pocos medios : demasiado ha hecho con acompañarme á Madrid consintiendo en ser mi auxiliar y mi cómplice.

Silv. Los peligros de la opulencia no sé qué tan grandes serán, porque nunca los he conocido; los de la pobreza sí, y te aconsejo que no te expongas á ellos. Mas virtud se necesita para vivir contenta con seis mil reales, que para corregir á un marido calavera, teniendo las cualidades que tú. Y luego debes reflexionar que en el enlace de los dos herederos de don Gabriel el sacrificio es igual y recíproco. Tambien amará su libertad don Rufino, tambien le asustará tu exterior, tambien mirará con repugnancia ese matrimonio, porque á todo el mundo incomoda que le digan : « Con fulana te has de casar, ó te desheredo. » A pesar de los informes que he recibido, yo formaré muy buena opinion de tu primo si conviene en casarse, aunque no le vea muy enamorado: motivos tienes para estar segura de que despues, al aprecio seguirá el amor.

Ade. No es tanto lo que exijo yo por ahora : fuera un absurdo; pero con el galanteo de la vieja no puedo transigir.

Silv. Adelita, fuera de bromas : ¿has dejado en Cádiz algun quebradero de cabeza?

Ade. ¡Tio! ¿No tiene usted mil pruebas de que mi corazon es libre?

Silv. Es verdad : y lo que es en Madrid, todavía...

Ade. No he visto mas hombre que el huésped de anoche, cuya cortedad nos ha hecho reir tanto. ¿Cómo me ha dicho usted que se llama?

Silv. Don Fabian : para tí me ha dado memorias.

Ade. Debe de ser un Juan Lanas completo.

ESCENA VII.

GREGORIA, EN EL CUARTO; DICHOS.

Greg. Aquí está la manzanilla, señor.

Silv. Ya no me acordaba yo de tal cosa; ya se me ha pasado la sed.

Greg. He tardado porque me ha detenido un caballero, preguntándome mil cosas de usted, señorita.

Ade. ¿De mí?

Silv. ¿Quién es?

Ade. ¿Es siquiera el mozo de cordel que mi tio se improvisó anoche?

Greg. ¡Qué! No, señora, si es mi señorito : quiero decir, el hijo de un amo que tuve yo. Es don Rufino.

Ade. ¡Mi primo!

Silv. ¿Dónde anda, que no viene?

Greg. Me dijo que le parecia aun temprano para visitar, y que se alegraria infinito de verla á usted antes de anunciarse como pariente.

Ade. ¡Oiga!

Greg. Me encargó que no le dijese á usted palabra, y por lo mismo se lo prevengo.

Ade. ¿Y ha cumplido usted del propio modo el encargo que le hice á usted anoche?

Greg. ¿El de callar que usted no es bizca, sino que en cambio...? ¡Vaya! no, señora : me he hecho la desentendida; nada sabe.

Silv. ¿De veras?

Greg. A fe de quien soy. Las circunstancias de los encargos no son iguales : el señorito ha prometido regalarme y usted me regaló. (*Asomándose á la ventana.*) Allí viene ya.

Ade. Quite usted ese velador y retírense ustedes.

Silv. Yo me retiro, y voy á salir para dejarte el campo libre.

Ade. Sí, yo sola quiero entenderme con él. (*Vanse don Silvestre y Gregoria.*)

ESCENA VIII.

DON RUFINO, EN EL PATIO; ADELA, A LA VENTANA.

Ruf. (*Aparte al salir.*) Segun dijo Gregoria, á la ventana debe estar.

Ade. (*Medio tapándose con una cortina.*) Aquel ha de ser. No me descontenta la traza.

Ruf. (*Aparte.*) Entre la cortina distingo un bulto : ella será.

Ade. (*Aparte.*) Haremos la deshecha á ver cómo se explica.

Ruf. Señorita...

Ade. Caballero...

Ruf. (*Aparte.* No es bizca: no es ella.) Disimule usted la libertad...

Ade. Hasta ahora no es grande.

Ruf. (*Aparte* ¡Qué chusca!) El cuarto de doña Adelita Gomez...

Ade. Es el mismo que ocupo yo.

Ruf. ¿Este?

Ade. Pues.

Ruf. Yo no sabia... ¿Ha venido usted quizá con ella?

Ade. Nunca me separo de su persona.

Ruf. Formo un gran concepto de quien merece tan amable amiga.

Ade. ¿No conoce usted á Adela? Como usted preguntaba por ella, juzgué que sí.

Ruf. Nunca la he visto; pero tengo un dato para conocerla.

Ade. ¿Un dato, eh? Ya comprendo cuál.

Ruf. Una señalita.

Ade. Un distintivo particular.

Ruf. Una gracia, gratis data.

Ade. Que se nota al golpe, cierto. ¿Usted quiere que la avise?

Ruf. Es mi obligacion visitarla; pero temia que la hora fuese intempestiva.

Ade. Ella... ocupada está, y bien, segun parece.

Ruf. En el tocador acaso.

Ade. No, en conversacion con un caballero

Ruf. Siendo así, esperaré.

Ade. Pero nosotras no gastamos etiquetas: ya ve usted; el solo anuncio de que tiene usted relaciones con Adelita ha bastado para detenerme á hablar con usted desde una ventana, como si estuviera en Andalucía. ¿Se conversa en Madrid tambien por las rejas?

Ruf. Poco, porque apenas hay cuartos bajos.

Ade. Diga usted, y debajo de los altos ¿qué hay? ¿soportales? ¿zaguanes?

Ruf. Tiendas.

Ade. Ya: como todavía no he visto la heróica villa...

Ruf. Llegada de anoche, ¿cómo? Yo me ofrezco á mostrar á usted todo lo notable de la capital.

Ade. Mil gracias. Pero no continue usted así: tenga usted la bondad de dar la vuelta y pasar adelante: aunque el tio habrá salido, hablará usted con su servidora.

Ruf. Señora mia.

Ade. Ello, para entrar aquí habrá usted de pasar por donde está Adelita.

Ruf. ¡Oh! pues ya le digo á usted que no trato de incomodarla. Yo solo me he apresurado á venir por saber si habia llegado con salud.

Ade. Sin novedad. Cansadilla... como yo.

Ruf. Es inevitable. ¿Y qué tal el viaje?

Ade. Bueno. Solo hemos volcado una vez.

Ruf. Entonces ha sido felicísimo.

Ade. Para lo que se acostumbra...

Ruf. Supongo que no habrán ocurrido desgracias.

Ade. No, señor, unos coscorrones y nada mas.

Ruf. Del mal el menos. El susto sí seria grande.

Ade. Adela fué quien se asustó menos.

Ruf. ¿Tiene espíritu, eh?

Ade. Está hecha ya á esos lances. En un vuelco de coche fué donde le sucedió la avería que usted sabrá.. Porque supongo que usted será persona que le toque muy de cerca.

Ruf. Figúrese usted: cuando soy el primero que la visita...

Ade. ¿Es usted...? — No será usted su primo, porque don Rufino la hubiera venido á ver anoche.

Ruf. Estuvo sumamente ocupado. (*Ap.*) No me soltó la otra.

Ade. De modo que usted viene á disculparle. Usted será un amigo suyo.

Ruf. Intimo, inseparable.

Ade. Como yo de Adela. Me lo he pensado desde que le vi á usted.

Ruf. Sentiria mucho que estuviese resentida con su primo.

Ade. Pues algo hay de eso. Ha recibido ciertos informes que no favorecen gran cosa á ese galan.

Ruf. ¿En averiguaciones anda la señorita?

Ade. Si eso le ofende al primo, cóbrese en la misma moneda: averíguele los pecados á la primita.

Ruf. Pues supóngase usted que don Rufino me ha dado á mí esa comision.

Ade. Va por supuesto.

Ruf. ¿Tendria usted la imparcialidad suficiente para informar de su amiga sin adular ni deprimir?

Ade. Me parece que este diálogo, entablado con una persona á quien veo por primera vez, es una señal de franqueza.

Ruf. Como la pregunta que voy á hacer á usted lo es de la confianza que usted me inspira.

Ade. De la cual yo me felicito. Pregunte usted.

Ruf. Adelita ¿viene dispuesta á casarse con su primo?

Ade. No venia mucho; pero va mudando de parecer.

Ruf. ¿A pesar de los consabidos informes?

Ade. El último informante aboga por don Rufino.

Ruf. Y Adela... Usted se reirá de la pregunta, supuesto que voy á verla al instante; pero la curiosidad...

Ade. Adelante con la curiosidad.

Ruf. ¿Qué tal parecer, qué tal vista tiene? ¿Es cosa que repugne...?

Ade. Lo que es de cara...

Ruf. Por ella pregunto.

Ade. Pues crea usted que no trocará Adela de figura conmigo.

Ruf. Señorita, eso es burlarse. Esas facciones, esos ojos...

Ade. No son mejores que los de Adela, no.

Ruf. Es que yo no tengo por buenos sino á los que sobre ser como esos, miran... como usted.

Ade. Los de Adela reunen ambas cualidades.

Ruf. Pero ¿no es bizca?

Ade. Ya no.

Ruf. ¿Cómo? ¿Le han hecho la nueva operacion?

Ade. Felicísimamente: si dentro de poco no habrá un bizco por un ojo de la cara.

Ruf. ¡Y dirán que no progresan las ciencias! ¡Oh! pues teniendo la prima la presencia de usted, no hay en que reparar.

Ade. ¡Hola! ¿usted perdona cualquier defectillo corporal en favor de un rostro agradable?

Ruf. ¿Qué duda tiene? Los ojos son el espejo del alma. Pero esa visita...

Ade. (*Mirando hácia adentro.*) Se está acabando. ¡Ay! Adela se dispone á salir.

Ruf. ¡Qué diantre! y yo que deseaba verla... Usted no extrañará este deseo...

Ade. Antes lo estimo.

Ruf. Detenerla cuando va á salir fuera impolítico; pero...

Ade. Le diré que cruce por el patio, y usted puede salirle al encuentro y hablarla.

Ruf. Sí, y acompañarla. Un millon de gracias por tanta bondad.

Ade. No hay por qué. Cuidado, no se asuste usted al ver á la prima.

Ruf. Si es como usted, no hay miedo.

Ade. Pues por lo mismo. Abur. (*Cierra las persianas y vase.*)

Ruf. A los piés de usted, señorita.

ESCENA IX.

DON RUFINO.

¿Asustarme? Si Adelita vale lo que su compañera de viaje, es una perla, una joya. Buenos y rebuenos son los patacones de doña Gertrudis; pero una mujer amable, aunque sea propia, tiene su valor. ¡Cáspita, y qué salada es la gaditanita!

ESCENA X.

DON FABIAN, Y LUEGO GREGORIA Y TOMASA; DON RUFINO.

Fab. (*Saliendo por la izquierda.*) Tampoco está por aquí la muchacha, y tengo que salir. Vamos, hoy toca desayunarse despues de siesta.

Tom. (*Saliendo por la derecha.*) Ea, ya despaché. ¡Huy, don Fabian! ya no me acordaba de usted. Suba usted á su cuarto, que allá voy corriendo con el chocolate.

Fab. Corriendo no: vaya usted despacio, no se le vierta. (*Aparte.*) Si no hubiera aquí gente, le decia mil tempestades.

Tom. Pero usted ¿no viene?

Fab. Déme usted desde arriba una voz. (*Vase Tomasa.*)

Greg. (*Saliendo.*) Señor don Rufino, he dicho á doña Adelita prodigios de usted, y está tan contenta.

Ruf. ¿No va á salir?

Greg. La mantilla se estaba poniendo.

Ruf. Cuando salga, anúncieme usted á ella con cualquier pretexto.

ESCENA XI.

ADELA, CON MANTILLA, ECHADO EL VELO, APOYADA EN UNA MULETA Y COJEANDO; UN CRIADO, DETRAS; DICHOS.

Ade. (*Al criado.*) Sí, Pedro, vaya usted delante y pregunte eso al ama. (*Vase el criado.*)

Greg. (*A don Rufino.*) Aquí está ya: mírela usted.

Ruf. ¡Jesucristo!

Fab. ¡Una coja!

Greg. El señor es el primo de usted, señorita.

Ade. ¡Mi primo!

Ruf. ¡Mi prima!

Ade. ¡Querido primo! ¡Cómo me ha engañado usted! (*Quítase el velo.*)

Ruf. ¡La de la ventana! — El engañado he sido yo.

Ade. No tal: soy coja, pero no soy bizca.

Ruf. (*Aparte.* ¡Buena compensacion!) Yo ignoraba...

Ade. (*Aparte.* ¡Qué gesto ha hecho!) A una volcadura de un coche debo este flaco servicio. Yo le suponia á usted mas enterado de mi filiacion.

Fab. (*Aparte.*) Tiene gracia la cojita.

Ruf. Pues no: y por eso... (*Aparte.*) Yo no me caso con una inválida.

Ade. (*Aparte.* ¡Ni una expresion de cortesía siquiera!) En fin, ya nos hemos visto.

Ruf. El reconocimiento ha sido un poco glacial; pero...

Ade. Calmada la primera sorpresa, obra la sangre, digo la afinidad.

Ruf. Cierto, y fuera de este sitio...

Ade. Aun aquí, mi primo no me rehusará un abrazo.

Ruf. ¿Cómo era posible? (*Al tender Adela los brazos á su primo, cáesele la muleta y dale en un pié á don Rufino, que se aparta haciendo ademanes de dolor, mientras que Adela se apoya en Gregoria: la muleta permanece en el suelo.*)

Ruf. ¡Ay!

Ade. ¡Ay que le ha caido á usted la muleta encima!

Ruf. Sí, sobre la punta del pie. ¡Ay!

Ade. ¡Cuánto lo siento!

Ruf. Yo tambien.

Greg. (*A don Fabian.*) Alce usted esa muleta, hombre de Dios.

Fab. (*Alzándola*) No me atreví...

Ade. Es mi estrella fatal, primo.

Ruf. Dígalo mi pié.

Ade. Iba á salir; usted hubiera podido acompañarme...

Ruf. (*Aparte.*) ¡Y que Gertrudis lo supiese!

Ade. Y por esta maldita casualidad... Reniego de mi muleta.

Ruf. (*Aparte.*) Amén.

Ade. (*Aparte.* ¡Y no se me ofrece!) ¿Le incomoda á usted mucho el golpe? ¿No puede usted andar, primo?

Ruf. ¡Ay prima! (*Ap.* Ponderémoslo, para no acompañarla.) Mire usted como ando. (*Cojea.*)

Ade. Anda usted como yo.

Fab. (*Ofreciendo la muleta.*) Señorita...

Ruf. (*Aparte.*) Herencia, y no boda: es preciso hacer que me aborrezca.

Ade. (*Aparte.*) Salió lo que yo pensaba: ya no me puede sufrir.

Ruf. Unos paños de agua y vinagre, creo que me harian al caso.

Ade. ¡Válgame Dios! ¡Qué daño le he hecho á usted, primo! (*Aparte.*) Apuesto á que lo finge por no salir.

Ruf. ¡Es tanta mi sensibilidad de piés...!

Fab. Señorita...

Ade. Asista usted á mi primo, Gregoria. Volvámonos adentro.

Ruf. ¡Oh! no deje usted sus diligencias por mí.

Ade. (*Aparte.*) ¿Cómo le daria yo en ojos...?

Fab. Tenga usted la bondad de... (*Dándole la muleta.*)

Ade. Gracias. Usted es quien tuvo anoche la atencion...

Fab. Sí, señora, el del lio.

Ruf. ¡Ay!

Ade. El criado no sabe las calles, y mi primo no me puede acompañar: ¿gustaria usted de ofrecerme su brazo?

Fab. ¿Yo? Sí, señora... ¡toma.....! ¡vaya...! Si don Rufino lo permite...

Ruf. ¿Porqué no? ¡Ay!

Ade. (*A don Fabian, que se equivoca de brazo.*) Ese es el brazo de la muleta.

Fab. Perdone usted. (*Aparte.*) He de estar colorado como un pimiento.

Tom. (*Desde una ventana junto al tejado.*) Don Fabian, aquí tiene usted ya el chocolate.

Fab. (*Aparte.* ¡Maldita sea tu boca!) Hoy almuerzo fuera.

Ade. Sí, conmigo.

Fab. (*Aparte.*) ¡Ay Jesus! ¡y no llevo mas que medio duro!

Ade. Primito, á Dios.

Ruf. Abur.

Ade. Aliviarse.

Ruf. Divertirse.

Ade. (*Aparte.*) No será Rufino mi esposo.

Ruf. (*Aparte.*) A mi vieja me vuelvo.

Fab. (*Aparte.*) De hambre y de cortedad no veo la tierra que piso.

Ade. Por aquí, don Fabian.

Ruf. Por allí, Gregoria.

(*Adela cojeando, apoyada en don Fabian, se va por un lado, y por el otro don Rufino, cojeando tambien, y apoyado en Gregoria.*)

ACTO SEGUNDO.

Sala de la habitacion de Adela. Puerta principal en el fondo y una de un gabinete á un lado. Un sofá y cerca de él un velador.

ESCENA PRIMERA.

DON RUFINO Y DON SILVESTRE, QUE APARECEN SENTADOS.

Silv. (*Levantándose.*) No, no es razon que espere usted mas. (*Yendo hácia la puerta del fondo.*) Perico. Gregoria. — Se han vuelto sordos. — Permítame usted que vea si están ahí, y que envie á uno de los dos á ver si viene esa chica.

Ruf. Déjelos usted, que ya mi prima no tardará.

Silv. No le hace, no le hace. — ¡Perico! (*Vase.*)

ESCENA II.

DON RUFINO.

A este buen hombre ya le he calado: es un imbécil que puede servirme de mucho El diantre de la cojitranca me sedujo al pronto; pero despues..... ¡Guarda, Pablo! Y el tio que me afirma que es incurable... Lo que antes dije: « herencia, y no boda. » El papel que debo hacer con mi prima está reducido á dos puntos: jurar que estoy pronto á casarme con ella, y al mismo tiempo disgustarla de modo que no se atreva á cogerme la palabra. Es preciso improvisarle un novio inmediatamente. Don Fabian es el único para el caso. Sí, es preciso hacer que don Fabian quiera á mi prima y mi prima á él, y comprometerlos á los dos á casarse: con esto la herencia se me viene rodada.

ESCENA III.

DON SILVESTRE, DON RUFINO.

Silv. Ya le han dado al muchacho las señas y ha salido á buscar á mi sobrinita dichosa.

Ruf. ¿Qué necesidad habia de eso?

Silv. Hace dos horas que está usted aquí esperándola.

Ruf. ¿Y qué? mientras tanto usted y yo hemos hecho conocimiento.

Silv. ¡Cuidado que ha sido imprudencia de criatura hacer que el criado se vuelva á casa, y dejarse acompañar de un extraño!

Ruf. Y rogarle, que es mas.

Silv. ¿Con que ella le rogó que le diese el brazo?

Ruf. Y don Fabian, á pesar de su timidez, no se hizo de pencas.

Silv. Ahora que hablamos de ese individuo, ¿qué casta de pájaro es?

Ruf. Es un literato de buhardilla con quien tropecé hará cosa de un año, por ser yo entonces editor responsable de un periódico, para el cual encargaban de cuando en cuando á ese mozo algun articulillo de municion.

Silv. Ya: en la redaccion se verian ustedes.

Ruf. No, señor: los editores responsables no parecen por las redacciones. Como nada tienen que hacer allí...

Silv. ¿No ven lo que firman?

Ruf. Si su obligacion es firmar sin ver. Al editor se le envian en blanco unos pliegos de papel de imprimir, él echa en ellos su garabato, y el redactor los llena con lo que mejor le parece. Este fué el motivo de conocernos Fabian y yo. Me llevó á casa un par de artículos para que viera si queria autorizarlos con mi firma, y yo conociendo en este paso su ignorancia completa de las costumbres periodísticas, le hice preguntas, le dí consejos, y desde aquí datan nuestras relaciones, que se reducen á habernos hablado media docena de veces para algunos asuntillos de imprenta.

Silv. ¿Creerá usted, señor don Rufino, que ese jóven no me da buena espina?

Ruf. Él es un tonto, y eso tiene adelantado para hombre de bien.

Silv Esta mañana cuando le pregunté como se llamaba, casi no acertó á responderme. ¿Qué hombre de bien teme decir su nombre?

Ruf. Pues hoy es cuando le he visto mas intrépido que nunca. Bien que la curiosidad de conocer á la nueva huéspeda... Anoche, creo que se hizo encontradizo con ustedes.

Silv. Anoche nos le encontramos en el portal; esta mañana me le encontré en el patio; despues ha vuelto, y se ha encontrado con Adela: de modo que á pesar de la cortedad del angelito, viendo estoy que un dia me le voy á encontrar en la sopa.

Ruf. (*Aparte.* Aquí de mi plan.) Señor don Silvestre, su penetracion de usted confirma mis recelos. Yo tambien he sospechado que don Fabian se inclina á mi prima.

Silv. Perdone usted; yo no habia penetrado tanto.

Ruf. No vale disimular: usted no es lerdo y los indicios saltan á los ojos. Fabian se halla en un estado infeliz; ha supuesto rica á mi prima, la ha visto coja, la ha creido mas fácil de alcanzar, y hasta ahora no lleva mal camino.

Silv. Pues en usted consiste el echarle á un lado. ¿Está usted en ánimo de casarse con Adela?

Ruf. Si ella me quiere, al punto.

Silv. ¿A pesar de su cojera?

Ruf. Ya sabe usted el refran: la buena casada, la pierna quebrada.

Silv. ¿Cesará usted de visitar á esa otra señora mayor?

Ruf. ¿A doña Gertrudis? Si le he dicho á usted que solo mantenia con ella relaciones de intereses.

Silv. Entonces usted será mi sobrino. Trate de hacerse querer de Adelita, y cuente con mi auxilio.

Ruf. Lo acepto con entusiasmo. Oiga usted lo que debemos hacer.

Silv. Disponga usted de mí.

Ruf. Adelita quizá no venia muy dispuesta á prendarse de mi persona.

Silv. Cierto, y los informes que de usted nos han dado no la han dispuesto mas favorablemente.

Ruf. Yo sospecho que se ha picado porque no he salido con ella.

Silv. Hizo usted un disparate de los que una niña tarde perdona.

Ruf. Adela, por lo mismo que no me quiere, debe estar muy propensa á dejarse querer de otro.

Silv. Sin embargo, como tiene que decidir de hoy á mañana...

Ruf. El ser simple tal vez es un mérito para con las mujeres.

Silv. Para con algunas no diré que no.

Ruf. Por eso lo primero que debemos hacer es combatir la propension que Adela pueda tener á inclinarse á Fabian.

Silv. Yo le diré que cometeria un absurdo si se encaprichara por ese titere.

Ruf. No, lo que debe usted hacer es dar por supuesto que se ha encaprichado.

Silv. ¡Hombre!

Ruf. Y reconvenirla por ello: esto da mas pié.

Silv. Verdaderamente...

Ruf. Y si ella niega que él piense en ella, sostenerlo de firme, hasta que acosada, aturdida, aburrida, se le haga saltar y tome una resolucion... favorable á mí.

Silv. Usted me seduce con su elocuencia, me aturde tambien y me inspira su propio entusiasmo. Sí, señor, yo predicaré, yo machacaré, yo desesperaré á mi sobrina, para que usted sea mi sobrino. De un modo ú otro, usted heredará al tio de Indias.

Ruf. Ese es mi único objeto.

ESCENA IV.

ADELA, DON FABIAN, DICHOS.

Ade. Ya estamos de vuelta.

Silv. Ya era hora.

Ruf. Bien venidos, señores.

Fab. (*Queriendo retirarse.*) Con permiso...

Ade. ¿Se pasó ya el dolor?

Ruf. Cuando la he visto á usted, ha cesado.

Ade. Bueno es que de la que hizo el daño salga el remedio.

Fab. Si ustedes permiten...

Ade. Ustedes me consentirán que vaya á quitarme esta ropa.

Silv. De camino que vas á tu cuarto, te diré en el gabinete cuatro palabras.

Fab. (*Despidiéndose.*) Señorita...

Ade. Adios, don Fabian: no se olvide usted de mi encarguito.

Fab. ¡Oh! pierda usted cuidado.

Silv. (*Yéndose con Adela.*) ¡Encarguillos tenemos! (*Vanse los dos.*)

ESCENA V.

DON FABIAN, DON RUFINO.

Ruf. Amigo don Fabian, no dirá usted que no le favorecen las damas.

Fab. Hasta ahora no tengo mucho que agradecerles.

Ruf. Ambiciosillo es usted. ¿Le parece poco acompañar á una niña y almorzar con ella? Porque supongo que usted no estará todavía en disposicion de decir misa.

Fab. Poco menos. Pero ¡de qué susto he salido! Cuando estuvimos en la calle, Adela mandó retirar al criado y me dijo que primero iriamos á casa de un señor antiguo, camarada que fué del padre de ella. Harto me asustan á mí las visitas; pero, ¡qué trasudores me daban cuando pasábamos por delante de una fonda! Diez reales de vellon era todo lo que llevaba en el bolsillo.

Ruf. ¡Ah, ah, ah!

Fab. Yo rezaba á todos los santos del

cielo para que me librasen de aquel apuro, yo iba tropezando con todos, consumido de angustia y sin atreverme á decir á la pobre coja: « Esta boca es mia. » Llegamos á la casa del señor consabido, que es un castellano viejo que vió construir la puerta de Alcalá, y vive aun á la usanza de su pueblo: apenas nos habiamos sentado, cuando ya habia prevenido al ama que sacase las once. ¡En la vida podré yo pagar á aquel santo varon la merced que me ha hecho! Amigo, nos pusieron una mesa con tantas viandas y tanto lujo, que apenas me atreví á probar un bocado.

Ruf. A la vuelta ya tendria usted menos cortedad con mi prima.

Fab. Sí, señor, animado por su bondad, y libre de tener que confesar el estado de mi bolsillo, pude responder á las preguntas que me hacia.

Ruf. ¿Y qué encargo es ese que le ha hecho á usted?

Fab. Son dos: el té que le han servido esta mañana no le ha gustado, y desea que pregunte dónde lo hay bueno: necesita además una criada, y me ha pedido que avise en la agencia.

Ruf. ¿Y qué clase de preguntas hacia?

Fab. Principalmente sobre los usos y costumbres de Madrid. Por ejemplo: me preguntó si pareceria mal salir por la noche al patio á tomar el fresco. Yo dije que no habia inconveniente.

Ruf. Ya lo creo. ¿Y qué infiere usted de esa pregunta?

Fab. Que tendrá de noche calor en su cuarto.

Ruf. ¿Y nada mas deduce usted?

Fab. ¿Qué mas?

Ruf. Lo que está patente.

Fab. Soy un topo: nada columbro.

Ruf. Don Fabian, hablemos claro. Mi prima le ha escogido á usted por su guia, su confidente, su agente. Por modesto que usted sea, no me podrá negar que estas confianzas prueban una cosa.

Fab. ¿Cuál?

Ruf. Que mi prima le tiene aficion á usted.

Fab. ¿Está usted en su juicio? ¡A mí!

Ruf. A usted, á usted.

Fab. Credulidad se necesitaba para persuadírselo. ¡Una mujer que me ha visto anoche por primera vez!

Ruf. Por la impresion de la primera vez se suele amar.

Fab. A una persona que posea cualidades aventajadas, pase; pero ¡á mí!

Ruf. ¡Puede usted quejarse! ¿Es usted feo?

Fab. Hombre...

Ruf. ¿Es usted tonto?

Fab. A lo menos dicen que lo parezco.

Ruf. Recomendacion para ser querido.

Fab. Y el ser pobre ¿es tambien recomendacion?

Ruf. Es que Adela no es rica.

Fab. ¿No heredan usted y ella al indiano?

Ruf. ¡Valiente friolera! ¿Sabe usted lo que le tocará á mi prima, segun mi cuenta? Unos seis mil reales anuales.

Fab. ¿Nada mas? Eso es lo que vengo yo á ganar con mis articulillos.

Ruf. Y eso cuando se los pagan á usted. Casándose ustedes dos, juntaban doce mil, que ya dan para ir pasando medianamente. Porque eso sí, como usted se case con Adela, los seis mil del pico no hay quien se los quite. Y como usted ni es muy ambicioso, ni debe tampoco prometerse un gran porvenir...

Fab. ¿Qué me he de prometer, si llevo ya mil desengaños de que no sirvo para ninguna carrera? ¿A quién me presento yo, que no me tenga por un idiota? Que entro en una casa para el manejo de papeles, ó en una asociacion literaria: como los primeros dias ando aturdido y fuera de mí, cometo mil errores; y antes que llegue á cobrar confianza y acreditarme, ya se han hartado de mí, ú otro mas resuelto me ha birlado la plaza. No se hable de pretender, porque una vez que me propuse dar un memorial, aunque tuve ánimo para llegar á los ministerios, no me atreví á pasar de la portería.

Ruf. Pues ya ve usted: con ese carácter, difícil será que usted medre ni haga jamás una gran boda.

Fab. Y tan difícil como es.

Ruf. Mi prima le convenia á usted. Usted que tan filósofo se muestra escribiendo, debia preferir en una esposa lo moral á lo físico.

Fab. Seguro que debe preferirse.

Ruf. Y en realidad, para una mujer, el uso expedito de ambos piés es un puro lujo. Las cojas andan, las cojas corren: lo que no pueden hacer es bailar; pero una casada debe renunciar al baile.

Fab. Y las solteras que bailen como yo, tambien.

Ruf. Con que ánimo, don Fabian. Usted se debe casar con Adela.

Fab. Para casarse se necesita quererse.

Ruf. En mi opinion no es muy preciso.

Fab. En la mia sí. Y como yo no he pensado en tal cosa...

Ruf. ¡Oh! pues la muchacha lo merece. El tio dice que es la misma amabilidad y virtud.

Fab. Será un ángel; pero yo no la quiero.

Ruf. Vamos, que es imposible que á usted le disguste.

Fab. Tampoco me disgusta: me es indiferente, pues al cabo es una mujer á quien hoy principio á tratar. Ahora, si mas adelante... sobre todo, si ella me quisiera...

Ruf. Si ella le quisiera á usted, ¿la corresponderia?

Fab. Siempre es lisonjero verse querido.

Ruf. Pues usted lo es.

Fab. ¡Bah!

Ruf. Prueba al canto.

Fab. ¡Qué!

Ruf. Irrecusable. Adela le ha dado á usted una cita.

Fab. ¿Cómo? ¿cuándo?

Ruf. ¿Todavía no ha caido usted en ello, hombre de Dios? ¿No le ha dicho Adela á usted que esta noche queria salir á tomar el fresco al jardin?

Fab. Sí tal, así que anocheciera.

Ruf. Pues ahí tiene usted la cita con todas sus circunstancias: dia, sitio, y hora: ¿quiere usted mas? ¿Cómo se dan las citas de amor al principio?

Fab. Como esta para mí será la primera...

Ruf. Ya se conoce. Pues, querido, si usted es hombre de honor y vergüenza, no debe faltar.

Fab. Hombre de vergüenza sí soy: de muchísima. Pero ¿y si es todo una ilusion de usted?

Ruf. El modo de desengañarse es acudir.

Fab. Eso verdad es. Acudiendo y mirando bien lo que hablo... No propasándome á una declaracion...

Ruf. ¡Ah! ¡quiere usted que ella sea la que se declare! Me parece que cuando da el primer paso, no se le caerá á usted la venera si da el segundo.

Fab. Pero se me caerá el alma á los piés si me contesta con un réspice.

Ruf. Ninguna jóven se enfada porque la requieran de amores. Y además ¿qué juicio formaria usted de una dama que á la primera insinuacion se rindiera? Muéstrese usted muy fino y muy apasionado, y no le desdeñarán á usted, no.

Fab. ¿De dónde he de sacar yo una pasion que no siento?

Ruf. Tanto mejor para ponderarla. Estudie usted su papel, piense usted antes lo que ha de decir.

Fab. ¡Oh! por pensarlo no quedará. Para cualquier asunto que tenga que tratar con una persona, me prevengo antes en casa. Me siento, cavilo en silencio al principio; luego me enfrasco; me levanto de la silla hablando solo; doy mil vueltas á la cuestion; y cuando llega el momento, y la tal persona me sale con un reparo que no se me ha ocurrido, me quedo hecho un pasmarote, encajo una necedad y ciento en seguida.

Ruf. Afortunadamente en esta ocasion no puede usted errar. Si habla usted á Adela con desembarazo, su elocuencia de usted la persuadirá; si se muestra usted tímido, considerará ella la timidez como una señal de amor; y en ambos casos debe usted prometerse una respuesta favorable. Con que, ¿bajará usted al patio?

Fab. (*Aparte.* Yo de buena gana le diria que no; pero si no me atrevo.) Usted me ataja por todos lados. No estoy convencido; pero no sé qué responder. En fin, una señorita coja será menos descontentadiza que otra que esté en mejor pié.

Ruf. Es decir...

Fab. Es decir que acudiré á la dichosa cita... que Dios sabe aun si es cita ó no.

Ruf. Bien. Pues retírese usted á estudiar dulzuras para el coloquio.

Fab. No: antes voy á desempeñar los encargos de Adela. (*Vase.*)

Ruf. Al galan involuntario ya le tengo medio convencido: falta ver cómo se nos presenta la dama.

ESCENA VI.

ADELA, DON RUFINO.

Ade. Perdone usted que me haya entretenido tanto.

Ruf. He conversado con don Fabian, que por cierto me ha divertido mucho.

Ade. No ha sido tan divertida mi conversacion con el tio. Una repasata me ha echado...

Ruf. Cosas de señor mayor.

Ade. Cosas de señor que todo se lo cree. ¿Qué tonterías le ha dicho usted acerca de ese don Fabian, que me ha aturdido toda con ellas?

Ruf. Primita, ¿no podriamos hablar de algo mas importante que ese sujeto?

Ade. Para mí todo es mas importante que él. Diga usted.

Ruf. ¿No seria oportuno que principiásemos á tratar de nuestros negocios particulares?

Ade. Segun los que sean.

Ruf. Yo aludia al testamento del tio difunto.

Ade. ¡Tanta prisa! Considere usted que he llegado á Madrid ayer.

Ruf. Considere usted que el plazo para decidir nuestra suerte cumple mañana.

Ade. En efecto: segun el testamento de don Gabriel, ó para mañana habia yo de estar casada con pariente suyo, ó al otro dia pasaba á usted el derecho á la herencia.

Ruf. La llegada del testamento se ha retardado...

Ade. Por lo cual es imposible que se casen mañana los que hoy mismo aun no se conocian: así á entrambos nos estaria bien acordar una próroga lo mas larga posible.

Ruf. Lo mas breve, diria yo; y lo que es por mí no la necesito.

Ade. ¿Usted ha tomado ya su resolucion?

Ruf. Decisivamente.

Ade. Me figuro ya cuál será.

Ruf. No es difícil.

Ade. No: y por si á usted le cuesta trabajo explicarse, yo seré su intérprete.

Ruf. Veamos.

Ade. Mujer que como yo necesita un apéndice para andar, mal puede inspirar una pasion repentina.

Ruf. ¡Oh! eso...

Ade. Hombre que como usted ya no es criatura, y ha vivido casi siempre en Madrid, debe ser de paladar muy delicado.

Ruf. Es que usted...

Ade. Por consiguiente mi primo no querrá casarse con su prima. ¿No es esto lo que iba usted á decirme en limpio? Confiese usted que sí; que yo no me enfadaré por eso.

Ruf. ¡Hola! ¿no se enfadará usted, primita? Eso es decir que usted me daria calabazas de buena gana. Es usted muy dueña.

Ade. Ya: como que á usted no le pesaria librarse de una mujer contrahecha y hallarse con una herencia muy cabal.

Ruf. Ni á usted le disgustaria que yo renunciase á su mano, dejándola con su libertad y la herencia. El argumento es aplicable á los dos.

Ade. Hay antecedentes en contra de usted. Usted ha sido siempre mas aficionado á galanteos que al matrimonio.

Ruf. Tampoco usted le habrá tenido grande aficion cuando no se ha casado.

Ade. ¿Tantos hombres hay capaces de querer á una coja?

Ruf. ¿Hay muchas mujeres que quieran á un pobre?

Ade. Lo cierto es que ayer usted no salió á recibirme.

Ruf. Vine hoy temprano.

Ade. Y se entretuvo usted á mi ventana con una jóven que suponia usted no era yo.

Ruf. Pero esa jóven, que es usted, me agradó infinito.

Ade. Mientras me vió usted en busto; que cuando me vió de cuerpo entero...

Ruf. Me sorprendió en efecto que la torcedura de los ojos se hubiera trasladado á una pierna; pero usted, en vez de mostrárseme amable, se burló de mí y se fué á visitas con un advenedizo.

Ade. Porque usted no quiso acompañarme.

Ruf. Porque usted me imposibilitó.

Ade. Señor don Rufino, valga la verdad. Usted no quiere casarse conmigo.

Ruf. Eso es lo que yo he sospechado de usted.

Ade. Tal vez seriamos infelices casándonos.

Ruf. Si uno de los dos se empeña, de fijo.

Ade. ¿No podriamos hacer una transaccion útil á uno y otro, ya que los dos queremos nuestra libertad, y por desgracia necesitamos dinero?

Ruf. (*Aparte.* Ya capitula.) Segun y conforme.

Ade. ¿No podriamos partir la herencia?

Ruf. Partirla, bien; pero ¿de qué suerte?

Ade. ¿De qué suerte? Señor, á medias.

Ruf. Querida prima, permítame usted una observacion. Usted ha pedido la primera que se prolongue el plazo; usted ha declarado espontáneamente que no se incomodaria porque yo desistiera de pretender su mano; usted ha propuesto la primera que dividiéramos los bienes del tio: usted, que es la que falta á la condicion del testamento, parece que debia contentarse con el reparto hecho por el testador.

Ade. Ya: la pension para mí, y lo demás para usted.

Ruf. En justicia eso debia ser.

Ade. ¡En justicia! La cuestion no era de justicia sino de delicadeza, y ahora veo que usted ni asomo de ella tiene.

Ruf. ¡Prima! (*Aparte.*) Esto marcha.

Ade. ¡Mire usted qué hombre, para quererle, para decidirse por él de hoy á mañana! Un egoista, dominado solo por el vil interés, un mal pariente que abusa de la honradez y tierno corazon de una huérfana, que no quiere, ni puede, ni debe dar su mano sino á quien la merezca, á quien le pague su amor.

Ruf. No es culpa mia si usted me le rehusa; y pues que tal es su decision... (*Hace que se va, y dice aparte.*) Yo triunfo.

Ade. (*Aparte.* Me he precipitado sin necesidad: probemos el medio contrario.) Señor don Rufino...

Ruf. (*Volviendo.*) Señorita...

Ade. (*Aparte.* Para desdecirse, siempre hay tiempo.) Antes que rompamos del todo, exijo de usted una contestacion categórica.

Ruf. ¿Sobre...?

Ade. Sobre el asunto en cuestion. ¿Usted está pronto á ofrecerme su mano?

Ruf. Bajo todos conceptos debo responder á usted y le respondo que sí.

Ade. Pues bien: disponga usted que se firmen nuestros esponsales mañana.

Ruf. (*Aparte.* Esto va con segunda.) Hoy si usted quiere.

Ade. Hoy no, porque esta tarde la quiero destinar á una averiguacion previa. Quiero saber qué especie de relaciones mantiene usted con doña Gertrudis Ciscon.

Ruf. (*Aparte.* ¡Malo!) Me ha adelantado unos fondos.

Ade. Yo sabré la casa de esa señora, y la visitaré.

Ruf. (*Aparte.* ¡Demonio!) Yo le daré á usted las señas. (*Metiendo la mano en un bolsillo.*) No tengo aquí mi cartera.

Ade. No faltará donde escribirlas. (*Llama.*) Gregoria.

ESCENA VII.

GREGORIA, DICHOS.

Greg. (*Dentro.*) Señora.

Ade. (*Alto.*) Un tintero y papel.

Ruf. (*Aparte.*) Pondré las señas de mi ántigua patrona, doña Tiburcia, y la haré fingirse doña Gertrudis.

Ade. (*Aparte.*) Se me figura que está inquieto.

Greg. (*Saliendo.*) Aquí está el recado de escribir.

Ade. Déjelo usted aquí y váyase. (*Gregoria pone el tintero y el papel en el velador inmediato al sofá, despues de lo cual se retira, mientras don Rufino escribe.*)

ESCENA VIII.

ADELA, DON RUFINO.

Ade. En dando las seis, tomo la muleta y la mantilla, y sea hora conveniente ó no sea, nos encajamos en casa de esa señora mi tio y yo.

Ruf. La urgencia del caso lo disculpa. Aquí están las señas. Calle de Hortaleza, frente á la fuente de los Galápagos.

Ade. Mire usted que yo he de sonsacar por todos los medios posibles á doña Gertrudis.

Ruf. No tengo miedo.

Ade. Como usted haya tratado matrimonio con ella, yo lo he de saber: las viejas no niegan eso nunca.

Ruf. Pero si lo niega, ¿se casará usted conmigo?

Ade. Como no haya inconveniente por usted, sí.

Ruf. (*Aparte.* Yo pondré remedio.) El inconveniente que pudiera haber quedará zanjado ahora mismo. Yo soy menos desconfiado que usted, y aunque necesito ciertos informes, quiero debérselos á usted misma. Si nos casamos, ¿dará usted al olvido su naciente inclinacion á don Fabian?

Ade. ¿A don Fabian? Aquí tenemos otra vez la manía del tio.

Ruf. ¡Oh! pues cuando el tio lo cree, no es extraño que yo lo tema.

Ade. El tio y usted deliran.

Ruf. Usted esta mañana le ha concedido á don Fabian una distincion...

Ade. De que me hubiera guardado muy bien, si ese sujeto no me fuera del todo indiferente.

Ruf. Pues, primita, él no la mira á usted con indiferencia.

Ade. Suposicion.

Ruf. Acabo de hacérselo confesar.

Ade. Permítame usted que lo dude. A mí no me ha hecho ni la mas leve insinuacion.

Ruf. Pues no tardará en declararse.

Ade. Si se declara, le diré que me caso con usted, y se acabó la historia.

Ruf. ¡Oh! dígaselo usted con todas las precauciones posibles, porque sino...

Ade. ¿Qué sucederia?

Ruf. Todo hombre tímido es sensible en extremo, y con una respuesta dura seria capaz ese infeliz de tirarse al canal. ¡Un primer amor malogrado!

Ade. ¿Un primer amor?

ESCENA IX.

GREGORIA, DICHOS.

Greg. Señorita.

Ade. ¿Qué hay?

Greg. (*Al oido á Adela.*) Don Fabian me ha dado con mucho sigilo un papel para usted.

Ade. (*Alto.*) ¡Don Fabian!

Ruf. Si estorbo...

Ade. Al contrario. Gregoria, repita usted, para que el señor lo oiga, lo que me acaba usted de decir.

Greg. Ya que usted lo manda, lo haré. Don Fabiancito ha llegado ahora á la puerta sudando como un pollo, me ha dejado este cucurucho (*lo saca*), y me ha encargado que le dé á usted esta cartita.

Ade. (*Tomándola y dándosela á don Rufino sin abrirla.*) Hágame usted el favor de leerla; que yo (*tentando el cucurucho*) ya supongo su contenido. (*Hace una seña á Gregoria, y vase esta. Durante la escena siguiente se la ve algunas veces cruzar por el fondo.*)

ESCENA X.

ADELA, DON RUFINO.

Ruf. Veamos. (*Abre y lee.*) « Adelita, con el mas vivo interés acabo de desempeñar la doble comision con que usted me ha honrado. »

Ade. ¿No lo dije? Adelante, que ya vendrá lo bueno.

Ruf. No se ria usted, que este diminutivo de *Adelita*, y este *vivo interés* no se han puesto aquí á humo de pajas.

Ade. Prosiga usted.

Ruf. (*Lee.*) « Comision con que me ha honrado, y que perteneciéndole á usted no podia menos de serme preciosa. » ¡Qué tal! ¿y esto?

Ade. Es pura cortesía y no mas.

Ruf. (*Lee.*) « Yo no he podido encontrar té mejor... que el que despachan en la lonja cuyas señas expreso abajo. »

Ade. Y de eso ¿qué me dice usted?

Ruf. (*Lee.*) « Y del cual dejo á usted una muestra. »

Ade. Aquí está: si usted gusta...

Ruf. (*Tomando el cucurucho.*) Pues para muestra, lo menos le ha traido á usted media libra. Regalar así quien apenas tiene para comer, digo, ¿es prueba de amor?

Ade. (*Aparte.*) ¡Pobrecillo!

Ruf. (*Lee.*) « Respecto á la criada, me han informado de una que gusta mas de servir á una ama que de servir á un amo, cualidad rarísima, que en Madrid es inestimable: la verá usted mañana. Beso los piés..., etc. — P. D. Además del té perla, del que yo tambien hago uso, hay en la misma lonja té negro, que el comerciante me ha ponderado en su género por el mejor. »

Ade. ¿No, dice mas?

Ruf. No señora.

Ade. ¡Oh! es menester que mi tio oiga esta derretida epístola amatoria. (*Yéndose.*) Tio, tio. (*Entra en el gabinete.*)

ESCENA XI.

DON RUFINO.

Por mas que diga, no ha recibido mal la noticia del supuesto amor de Fabian. — ¿Se pudiera sacar todavía mas partido de este papel? Yo me acuerdo de haber leido en una novela que dos personas se daban ciertos avisos por medio de un periódico, en el cual rebuscaban las palabras ó sílabas precisas para su idea, las señalaban con una rayita sutil por debajo, leia cada cual lo rayado por el otro, y se enteraban recíprocamente. (*Lee.*) « Adelita, con el mas vivo interés... » Si al nombre de Adela siguiese un epíteto como *hermosa*, *adorable*, *preciosa*... ¡Calle! la palabra *preciosa* está escrita á los cuatro renglones; mi prima no ha visto aun el papel: voy á subrayar el nombre propio y el adjetivo. (*Toma la pluma y raya.*) A ver si hay voces en la carta con que poder construir una frase. No... por aquí no. — Tampoco. Pero ¿qué digo? Sí tal: perfectamente. Rayo aquí: otra raya acá, y el sustantivo se trueca en pronombre: otra aquí, y este nombre se convierte en verbo. Ni de encargo podia Fabian haber escrito mas á propósito su billete. Tantas rayas, que son bien gordas, le han de chocar á Adela forzosamente; y al momento que lea dos dicciones de las subrayadas, cae en la cuenta. Ya vienen: disimulemos.

ESCENA XII.

DON SILVESTRE, ADELA, DON RUFINO.

Ade. Salga usted y verá un trozo de prosa galana de mi nuevo amante.

Silv. ¿Qué prosa viene á ser esa?

Ruf. La de una carta de don Fabian que yo sostengo que es una especie de declaracion de amor, y Adela no quiere creerlo. Léala usted y decida, y á la noche me participará su dictámen. Ahora tengo precision absoluta de separarme de ustedes. (*Da el papel á don Silvestre.*)

Ade. Vaya usted con Dios, primito, vaya con Dios.

Ruf. (*Aparte.*) Corro á dar á doña Tiburcia sus instrucciones y su propina. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

ADELA, DON SILVESTRE.

Silv. (*Lee.*) « Adelita, con el macizo interés... »

Ade. Lea usted bien, por Dios.

Silv. Es que está inicuamente escrito. ¡Ah! (*Lee.*) « Con el mas vivo interés... acabo de desempedrar... — No, de desempeñar. — Acabo de desempeñar la doble comision con que usted me ha honrado... » Ya, son los encargos de que me hablaste.

Ade. Lea usted.

Silv. En efecto, aquí los especifica : el té y la criada. No hay duda en que esto no es una declaracion de amor; pero el tonillo meloso con que está escrita, la prontitud con que ha ido ese hombre á evacuar esas diligencias... ¡Calla! ¿Qué diablos sale aquí?

Ade. Ustedes se han empeñado en hacer pretendiente mio á mi paje de esta mañana, y lo mismo piensa él en mí que yo en él.

Silv. Cabal : en lo rayado está la trampa. ¿Con que dices que don Fabian no se acuerda de tí?

Ade. Como yo de él, lo repito.

Silv. ¿Qué mas quisiera el muy necio para reirse? ¿No has visto tú esta carta?

Ade. Se la mandé abrir al primo y él la leyó.

Silv. Pues mírala ahora, y te convencerás de que tenia don Rufino razon.

Ade. ¿Razon? Leamos. (*Lee.*) « Adelitá, con el mas vivo interés... »

Silv. El nombre de *Adelita* tiene una raya por debajo para llamar la atencion. Adelante.

Ade. Mmmm. (*Lee.*) « Perteneciéndole á usted, no podia menos de serme preciosa. »

Silv. El adjetivo *preciosa* está subrayado tambien.

Ade. (*Lee.*) « Yo no he podido encontrar té mejor. »

Silv. Los dos monosílabos *yo* y *te* subrayados.

Ade. ¡Qué diantre! (*Lee.*) « En la lonja... » Mmm... — « Respecto á la criada .. » Mmm... « gusta mas de servir á una ama que de servir á un amo. »

Silv. Subrayado el *amo*. Lee ahora de seguido todas las voces rayadas.

Ade. (*Lee.*) « Adelita... preciosa... yo... te... amo. » ¡Cosa mas particular!

Silv. Pues todavía falta : continúa.

Ade. (*Lee.*) « Cualidad... Mmm... inestimable. »

Silv. *Inestimable*, con raya.

Ade. (*Lee.*) « Además del té perla... »

Silv. Con raya el *perla*.

Ade. Y tambien con su rayita los dos monosílabos de arriba *yo* y *te*.

Silv. Sigue.

Ade. (*Lee.*) « El comerciante me ha ponderado en su género... »

Silv. Las tres últimas letras de la palabra « ponder*ado* » y las dos de « gén*ero* » tambien tienen su cacho de raya. Une ahora.

Ade. (*Lee.*) « Inestimable... perla... yo... te... adoro. » ¡Qué aprension!

Silv. Ahí tienes. « Adelita preciosa, yo te amo : inestimable perla, yo te adoro. » ¿Qué tal? ¿Negarás ahora que esta es una declaracion?

Ade. ¿Cómo he de negarlo si es evidente?

Silv. ¿Negarás ahora que te quiere don Fabian?

Ade. A lo menos aquí lo dice, y dos veces para que no haya duda.

Silv. ¿Y te quedas tan fresca, sin incomodarte, sin hacer añicos ese papel?

Ade. ¿Por qué? El artificio, aunque pueril, no deja de tener gracia. No le creí yo á don Fabian con tanto ingenio.

Silv. ¿Ya le alabas?

Ade. Sí por cierto. Vea usted : mi primo con toda su trastienda no habia conocido ese secreto á voces : prueba de que no seria capaz de hacer otro tanto.

Silv. ¿Ya le prefieres á tu primo?

Ade. Motivos habria : algo mas de delicadeza deja ver don Fabian que Rufino.

Silv. Cuando una persona nos gusta, todas son perfecciones en ella.

Ade Pero ¿usted se figura que quiero á don Fabian?

Silv. Empiezas á quererle, sí.

Ade. Pues se equivoca usted. Él sí me quiere : eso ya está visto : yo se lo agradezco, y aquí se acabó.

Silv. Por agradecer se empieza.

Ade. Creo que será un buen amigo.

Silv. La amistad es la tercera del amor.

Ade. Es de estimarle que no se haya desdeñado de acompañar á una coja.

Silv. Por el pié te ha cogido.

Ade. Pero de esto á cobrarle cariño hay una distancia infinita.

Silv. Yo te creeré si mañana te decides á casarte con tu primo.

Ade. Pues bien, tanto me aburren usted y él, que para que vean que don Fabian me es del todo indiferente, si esta tarde averiguamos que mi primo no ha tratado de casarse con doña Gertrudis, me caso con él.

Silv. Admito la condicion: ese es el matrimonio que te conviene. Y para que el don Fabiancito no te vuelva á molestar con billetes de máscara, yo le diré esta noche lo que hace al caso.

Ade. ¡Jesus! De ningun modo.

Silv. A la hora de la cena subiré á su camaranchon, y le pediré que me componga, por mi dinero, unos versos para tus bodas.

Ade. Seria insultarle.

Silv. Y de camino le volveré el té que nos ha traido. (*Lo coge.*)

Ade. Seria un desprecio.

Silv. Y en señal de tu boda le llevaré un cucurucho de dulces de calabaza.

Ade. No haga usted tal cosa.

Silv. No hay que darle vueltas: yo he resuelto apadrinar á Rufino, y esta noche te he de dejar libre de las persecuciones de ese otro baboso. (*Yéndose.*)

Ade. Oiga usted.

Silv. Nada.

Ade. Va usted á desesperarle.

Silv. Que se ahorque: un tonto menos. (*Vase.*)

ESCENA XIV.

ADELA.

Tio. No me atiende. Tio. Si le dice esas atrocidades á don Fabian, se va el pobre á morir de sonrojo. Es menester que mi tio no le vea; es menester que antes le hable yo y le prevenga con buenos modos; ya que me quiere, me toca impedir que le traten mal por mi causa. No me queda mas recurso que mandarle á decir que esta noche necesito hablar con él en el patio. ¡Vea usted aquí á una pobre mujer precisada á dar una cita á un hombre con quien no tiene maldito el interés! Reniego, amén, del tio, del primo, y de esa fatal herencia que parece que me la ha enviado el enemigo para que me case contra mi gusto.

ACTO TERCERO.

La decoracion del patio jardin.— Principia á anochecer.

ESCENA PRIMERA.

DON RUFINO, GREGORIA.

Ruf. Al fin me ha obligado usted á contárselo todo.

Greg. Como si ya no me hubiese figurado yo lo que pasa. Yo sé quien es doña Gertrudis Ciscon y que tiene su habitacion en la Red de San Luis: de modo que cuando me dió parte doña Adela de que iba á visitar á la tal señora, y que usted le habia dicho que vivia en la calle de Hortaleza, al momento dije: « Aquí hay intríngulis. »

Ruf. ¿Dijo usted eso á mi prima?

Greg. ¡Eh! no: me lo dije á mí misma, allá en mis adentros.

Ruf. (*Dándole dinero.*) Reciba usted esto por ahora. Por Dios que no me descubra usted.

Greg. Acuérdese usted de las travesuras que hacia cuando yo estaba en casa de papá, y le ayudaba á usted en ellas. ¿Quién las ha sabido? Nadie. Yo le aseguro á usted que no se arrepentirá de haberse fiado de mí.

Ruf. Es que esta mañana me calló usted que mi prima era coja.

Greg. Porque ella me lo encargó: ahí verá usted mi fidelidad. Yo sirvo á todo el que se vale de mí, se entiende si me paga: sirvo á unos contra otros á veces; pero á cada cual segun su intencion.

Ruf. ¿Cómo es que don Silvestre no ha ido con Adela á casa de doña Tiburcia?

Greg. Ya se marchaban juntos á ver á la tal doña Tiburcia, ó sea la doña Gertrudis postiza, cuando recordó don Silvestre que tenia que despachar una carta, por lo cual se quedó en casa escribiendo, y la señorita fué con el criado. Salió despues el tio á certificar la carta, y desde Correos hacia cuenta de dirigirse á casa de doña Tiburcia, donde aun pensaba encontrar á la señorita.

Ruf. Pues habrá mudado de parecer, porque doña Tiburcia solo ha recibido la visita de Adela : el tio no se ha dejado ver.

Greg. ¿Viene usted de allí ahora?

Ruf. En derechura.

Greg. ¿Y qué tal ha hecho su papel la antigua patrona?

Ruf. Ella dice que perfectamente. Dice que Adela queda ya convencida de que no he pensado casarme con doña Gertrudis; pero doña Tiburcia, con arreglo á mi plan, le ha persuadido tambien que aborrezco el matrimonio con vieja y con jóven.

Greg. Con lo cual comprenderá la señorita que usted la está engañando, como es cierto, y le enviará á usted enhoramala, que es lo que usted desea.

Ruf. No hay otro medio para pillar la herencia del tio.

Greg. Pero si llega usted á casarse con doña Gertrudis, que es tan rica, ¿no tiene bastante con los bienes de esa mujer?

Ruf. En primer lugar, lo que sobra no daña; y luego que esa boda aun no está hecha. ¿Y si doña Gertrudis muda de parecer y no nos casamos? Y aunque nos casemos, ¿y si testa á favor de alguna sobrina, como hizo mi tio? Yo soy hombre de gusto y de garbo; tengo ambicion, y amor á los placeres; y por mucho caudal que junte siempre gastaré mas que tenga : mi prima es una pobre muchacha enseñada á pasarlo con estrechez, y no sabria qué hacer del dinero. Ella no lo necesita para vivir contenta, y yo sí : lo que necesita es un marido como don Fabian, y ese yo se le proporcionaré. Por eso trato de que esta noche precisemos á los dos á explicarse, quererse y casarse.

Greg. Ya le dije á usted el recado que doña Adela me dió para don Fabian : que bajase aquí al anochecer.

Ruf. Usted y yo y algunos huéspedes, amigos mios, bien acechando desde las rejas, bien escondidos entre esas matas, escucharemos á los amantes, para que no puedan desdecirse despues.

Greg. Ya : cogiéndolos en el garlito, ¿cómo ha de tener ánimo la señorita para decir luego que se quiere casar con usted?

Ruf. Si al cabo no habia de ser feliz conmigo. ¡Qué diantre! si es coja. En no ser yo su esposo, le hago un favor; y con tomarme la herencia, le quito un cuidado.

Greg. ¡Y aun se quejará!

Ruf. Será una ingratitud, será no conocer su bien.

ESCENA II.

TOMASA, CON UNA REGADERA; DON RUFINO, GREGORIA.

Tom. (*Viendo á don Rufino.*) ¡Calle! aquí está por quien vino preguntando el otro. (*Acercándose.*) Caballero, usted creo que se ha de llamar don Rufino.

Ruf. Ese es mi nombre.

Tom. Bien decia yo : si la señá Gregoria me ha hablado de usted. Pues aquí ha venido un criado en busca de usted hace poco.

Ruf. ¿De parte de quién?

Tom. De parte de la señora .. doña Gertrudis qué sé yo como. Rincon ó Picon creo que es el apellido.

Ruf. ¿De parte de doña Gertrudis? (*Aparte.*) ¿De dónde sabrá ella que vengo yo aquí?

Tom. Sí, señor; de parte de esa señora, y con un recado muy urgente. Yo me fuí á mis haciendas ahí adentro, y en el ínterin ha llegado usted.

Greg. Pero dale el recado al señor.

Tom. Que fuera usted corriendo, corriendo, á casa de esa señora.

Ruf. Si he estado allí casi toda la tarde.

Tom. Pues el caso es ese : parece que apenas salió usted de casa de la doña Gertrudis, cuando ocurrió... ¿qué sé yo qué me dijo el criado? Ocurrió que hacia usted falta, y yo quedé en avisar á usted si venia.

Ruf. Bien está : gracias. (*Aparte.* Algun capricho de los suyos.) Gregoria, ¿podrá usted hacerme un favor?

Greg. Mande usted.

Ruf. Suba usted al cuarto de don Fabian, y dígale que no baje al patio : que no hable con mi prima hasta que yo venga.

Tom. Su prima de usted es la señorita coja; ¿no es esto?

Ruf. Sí : doña Adela.

Tom. Pues yo daré ese recado al señor don Fabian, porque tengo que subir á su corredor en regando aquellas macetas.

Ruf. No lo olvide usted. (*Tomasa va y llena de la pila inmediata al pozo la regadera que ha traido.*) Gregoria, aun no es de noche; tendré tiempo de ir á casa de doña Gertrudis y volver; pero por si acaso no puedo, aceche usted á don Fabian y Adela, y si se hablan, avise á los huéspedes de ese cuarto para que los escuchen. (*Señala una reja.*)

Greg. ¿Los del número cinco?

Ruf. Sí; los conozco y están en servirme.

Greg. Se les avisará. (*Vanse los dos.*)

ESCENA III.

TOMASA, Y LUEGO DON FABIAN.

Tom. (*Regando las macetas.*) Subiré al cuarto de don Fabian ahora mismo, porque de lo contrario me va á suceder con el recado lo que esta mañana con el desayuno: cuando se le dé, ya será tarde.

Fab. (*Saliendo.*) Esta es otra temperatura : me derretia, me ahogaba de calor en mi cuarto. — Buenas tardes, Tomasita.

Tom. Muy buenas, don Fabian. Me excusa usted una distraccion. Don Rufino me ha dicho que le diga á usted que no hable esta noche con la señorita andaluza hasta que él venga.

Fab. Corriente. (*Aparte.*) Vamos, me quiere ayudar. Dios se lo pague.

Tom. Y que no baje usted al patio.

Fab. Como he bajado ya, eso querrá decir que me suba. Subiré así que haya acabado de oscurecer.

Tom. Hará usted bien, porque en su cuarto de usted, como está tan retirado, nadie le oye á usted cuando habla solo, y aquí sí...

Fab. ¿Me ha oido usted algo, Tomasa?

Tom. Pasaba por el corredor, le sentí á usted charlar, y atisbé por la cerradura.

Fab. Pues créame usted, Tomasita; no es bueno eso de espiar á las gentes : por lo regular no oye uno sino disparates.

Tom. ¡Qué! si hablaba usted como un diputado. Jamás le he visto explicarse con tanta soltura. Se conoce que tiene usted mas confianza consigo que con nadie.

Fab. ¿Y qué decia yo?

Tom. Decia usted : « Compadézcase usted de mi cortedad : nunca ha sido mayor; pero nunca mas fundada que ahora. »

Fab. (*Aparte.* ¡Bestia de mí!) ¡Yo le hubiera estimado á usted tanto que me hubiese dado una voz... !

Tom. Hubiera sido una lástima. Usted estaba en sus glorias hablando, y yo escuchándole. (*Sigue regando los tiestos.*)

Fab. (*Tomando una silla.*) Está visto : en hallándome solo y desocupado, necesito mordaza.

Tom. (*Aparte y observando los movimientos de don Fabian.*) ¡Qué trajin traia allá solo en su cuarto! Parecia que eran dos, él y una señorita.—Se ha sentado : apuesto á que es por no hablar solo, si se pasea. — Mueve la cabeza hácia abajo. Yo ya le entiendo sus ademanes : estará diciendo entre sí : « ¡Qué estrafalario, qué majadero soy! » — Se encoge de hombros : eso significa : « ¿Y qué remedio tiene? ¿qué le hemos de hacer? » — Ahora menea la cabeza, ladeándola hácia donde estoy yo : jurara que dice : « La Tomasa me ha oido : ¡eh! ¡para que no sepa todo el mundo mis conversaciones secretas! » — Mira hácia la puerta : es que espera á alguno.—Los tiestos ya están aviados : me voy. (*Vase.*)

ESCENA IV.

DON FABIAN.

(*Permanece algunos instantes en silencio; pronuncia despues algunas expresiones en voz muy baja, y luego va subiendo progresivamente.*)

Esta manía de hablar solo... No me sucederá otra vez. (*Pausa.*) La tal Adela... Me ha mandado venir.—¿Qué he de hacer? Vendré.—La hablaré.—Don Rufino me ayudará.—Dicen que la gaditana me quiere : un hombre á quien una mujer distingue, debe hablarla con resolucion. (*Se levanta.*) Con resolucion, pero con miramiento; pues aunque ella haya puesto los ojos en mí antes que yo en ella, no es justo que una señorita de modo sea la primera que se declare. A mí me toca decir que la quiero... y por Dios que se me figura que no mentiré. — ¡Una coja! Y bien mirado, ¿valgo yo lo que ella? Si ella es coja, yo soy tartamudo y lerdo y patizambo. Nada, nada; tengo estudiada mi arenga, y así que llegue ocasion, la espeto de corrido, sin mirar á Adela para no turbarme. — « Señorita, compadézcase usted de mi cortedad : nunca ha sido mayor; pero nunca mas fundada que ahora. Su hermosura de usted... » — Pero si miro al suelo al hablar de su hermosura, va á creer que es pulla, porque entonces lo único que puedo verla son los piés. Debo decir : « Ese hermoso semblante, esos divinos ojos, ese talle de sílfida, ese... »

ESCENA V.

ADELA, EL CRIADO, DON FABIAN.

Ade. ¡Oh señor don Fabian! ¿Ya le tenemos á usted por acá?

Fab. ¡Oh Adelita! (*Aparte.*) Me cortó el hilo á lo mejor.

Ade. ¡Jesus! ¡qué cansada vengo! ¡qué calor traigo! ¿Tiene usted la bondad de acercarme una silla?

Fab. Con mil amores. ¿Va usted á descansar aquí un rato?

Ade. Sí, señor, y si usted gusta de hacerme compañía mientras viene mi tio...

Fab. Yo, Adelita... (*Aparte.*) Rufino no está aquí; pero ¿cómo resisto yo al ruego de una señora?

Ade. (*Al criado.*) Pedro, haga usted el favor de llevar esa mantilla á mi cuarto. (*Vase el criado.*)

Fab. (*Aparte.*) ¡Nos dejan solos, y ya oscurece!

ESCENA VI.

GREGORIA, QUE SALE DE PUNTILLAS Y SE ESCONDE DETRAS DE UNAS MATAS; ADELA, DON FABIAN.

Ade. (*Aparte.*) Como es tan tímido, conviene hablarle con la mayor suavidad.

Fab. (*Aparte.*) Ahora, ¿quién conoce que esta mujer es coja?

Greg. (*Aparte.*) Aquí me coloco.

Ade. Señor don Fabian, yo deseaba mucho este momento.

Fab. ¿Sí? Vaya, pues... pues Dios se lo pague á usted.

Ade. Por otro lado lo temo tambien un poquito.

Fab. Lo mismo me sucede á mí.

Ade. Principio por manifestar que he leido su carta detenidamente, que me he enterado bien de ella, y por todas y cada una de sus cláusulas le debo á usted un agradecimiento sin límites.

Fab. Usted me avergüenza. Usted merece que uno se... ¡Vaya...!

Ade. Pero tengo que hacer sobre el particular varias observaciones.

Fab. Yo no he hecho mas que repetir lo que me han dicho en la lonja y en la agencia. Si el té ó la criada no son lo que usted desearia...

Ade. No se trata de mis encargos, señor don Fabian, sino del que los ha desempeñado.

Fab. Ya, se trata de mí.

Ade. Sí, señor: mi tio se proponia verle á usted mañana, y esto me obliga á verme antes con usted.

Fab. Bien haya el tio que me proporciona esta... este...

Ade. No le debe estar muy agradecido usted, porque él no piensa de usted tan favorablemente como su sobrina.

Fab. ¿No? pues merezca yo el favor de la sobrina, y mas que se pongan contra mí todos los tios del universo. (*Aparte.*) Esto no ha salido mal.

Ade. Podré acaso ceder á la fuerza de las circunstancias; pero el aprecio que hago de usted será inalterable.

Fab. Adelita hermosa... (*Aparte.*) ¿Qué mas claro lo ha de decir?

Ade. Por lo mismo, y confiada en la honradez de usted, quiero consultarle sobre mi porvenir, quiero poner en su mano mi suerte.

Fab. (*Aparte.*) Esta es la ocasion crítica para mi arenga.

Ade. Usted decidirá segun su delicadeza le inspire.

Fab. (*Entusiasmado.*) ¿Apela usted á mi delicadeza? Pues sí, pues bien: ya sé lo que me corresponde hacer.

Ade. Oigame usted.

Fab. Perdone usted: óigame primero. (*Aparte.* Ya está muy oscuro, y á favor de las tinieblas tendré menos empacho.) Señorita, compadézcase usted de mi cortedad: nunca ha sido mayor; pero nunca mas fundada que ahora. (*Viendo salir á Tomasa con una luz.*) ¡Ah!

ESCENA VII.

TOMASA, CON UN FAROL DE REVERBERO; DICHOS.

Tom. (*Cruzando la escena.*) El farol del pasillo se me habia olvidado. (*Vase.*)

Fab. (*Aparte.*) Esa maldita luz me ha dejado ciego.

Ade. Animo: siga usted. (*Aparte.*) El pobrecillo me quiere de veras.

Fab. Pues como iba diciendo... (*Aparte.* Ya no sé donde iba.) ¡Ah!—Su hermosura de usted, ese lindo talle, esas gracias que estoy viendo...

Ade. ¿A oscuras las ve usted, don Fabian?

Fab. (*Aparte.* Ya me perdí.) Los ojos del alma... penetran... descubren... Y cuando uno se halla al lado de una... de una hermosa... y le faltan los recursos... los recursos propios... (*Mirando hácia la puerta.*) y tambien los ajenos... entonces no tiene mas recurso que recurrir .. que recurrir á decir..... (*Cambiando rápidamente de tono.*) A decir que si á usted le parece, suspenderemos esta conversacion hasta que venga don Rufino.

Ade. ¿Cómo? ¿Rufino ha de venir?

Fab. Segun creo, no tardará.

Ade. Conviene que no nos vea juntos.

Greg. (*Aparte.*) Aquí estoy yo para suplirle. (*Llégase á una reja quedito, y*

dice á las personas que se supone están dentro:) Atencion.

Ade. Aunque solo nos conocemos de hoy, por lo que me han dicho de usted y por la idea que da de sí mismo al momento que se le habla, estoy segura de que es un jóven juicioso y de buena familia.

Fab. Mi familia, aunque pobre, era honrada como la que mas. Y digo *era*, porque estoy en que de ella solo he quedado yo, y acaso un primo segundo ó tercero, cuyo nombre ignoro, y de quien nunca he tenido noticia. Porque ha de saber usted que aunque me llaman Fabian Huronera, ni soy Huronera ni soy Fabian.

Ade. Bien, ya me explicará usted eso despues.

Fab. Un efecto de mi cobardía. Cuando vine de Asturias á Madrid, me trocó el nombre el alcalde del barrio, al darme el padron.

Ade. Un yerro casual, ya entiendo.

Fab. Fuí al otro dia, le hallé despachando á una porcion de gente y le dije: « Señor alcalde, vengo á hacer á usted presente, con el debido respeto, que ha padecido una equivocacion. » — « Yo no me equivoco nunca, » me replicó muy grave: « vaya usted con Dios, y déjeme despachar. No piensan ustedes sino en desconceptuar á la autoridad pública. » Ya se ve, como dijo que él era infalible, debí creer que quien se habia equivocado de nombre hasta aquella fecha, era yo; y así me retiré pidiéndole mil perdones, y resuelto á ser don Fabian hasta nuevo empadronamiento.

Ade. Atiéndame usted. — Una tia mia carnal se casó...

Fab. Sí, con un tio carnal de don Rufino: ya sé la historia.

Ade. Sabrá tambien usted que el tio murió en América dejando un caudal...

Fab. Sí, muy corto.

Ade. No, muy decente: renta mas de dos mil duros anuales.

Fab. ¿Eso renta?

Ade. Y todo lo heredaré yo, si en un término dado me caso con un pariente de mi tio político.

Fab. ¡Qué me dice usted!

Ade. Pero si no, don Rufino lo hereda todo.

Fab. ¿Todo? (*Aparte.*) Pues me ha engañado.

Ade. Menos una pension de seis mil reales para mí.

Fab. (*Aparte.*) Ahora comprendo la pulla de los seis mil reales. ¡Habrá pícaro!

Ade. Y lo peor es que el término para mi decision cumple mañana.

Fab. ¿Mañana?

Ade. De modo que me hallo en la alternativa siguiente: ó prometer mañana casarme con mi primo, que es un buen perillan, ó perder la herencia y reducirme á una triste pension. ¿Qué me aconsejaria usted que hiciera?

Fab. ¿Con que si usted se inclina á otro que su primo, tiene que sacrificar las conveniencias al amor? Yo no sabia eso.

Ade. ¿No?

Fab. Ni una palabra. Si yo hubiera tenido la menor idea de que usted podia ser, así, rica, ¿juzga usted que me hubiera atrevido á pensar...? Yo estaba en la inteligencia de que usted en ningun caso podia heredar mas que la consabida pension.

Ade. ¡Ah! ¿usted me tenia por pobre?

Fab. Por tan pobre como yo. Unos seis mil reales vendré á ganar al año.

Ade. No es gran cosa, seguramente.

Fab. ¿Qué ha de ser? Y pudiendo usted disfrutar cuarenta y seis mil...

Ade. ¿Con que, en su opinion de usted, debo casarme con don Rufino?

Fab. (*Con tristeza.*) En mi opinion... En mi opinion, Adelita, usted es una jóven que merece disfrutar todas las prosperidades de la vida, y mas fácil es que lo consiga usted con la herencia que sin la herencia.

Ade. ¿Cree usted que la felicidad se mide por el dinero?

Fab. El dinero tiene su mérito, y jamás lo he conocido yo como ahora.

Ade. Pero es que yo no quiero á mi primo.

Fab. Si usted es su esposa, usted cumplirá sus deberes: usted le querrá.

Ade. Es que él tampoco me quiere á mí.

Fab. ¡Como si fuera fácil vivir á su lado de usted sin amarla!

Ade. Es que yo estoy persuadida de que él huye tambien de unirse conmigo.

Fab. ¿Es cierto que trata de casarse con una vieja?

Ade. Por desgracia no.

Fab. ¿No? Pues tiene usted razon, que es una desgracia muy grande.

Ade. Él quiere que la boda se deshaga por mí para llevarse la herencia.

Fab. ¡Qué iniquidad! Yo iba á aconsejar á usted que le cogiera la palabra á su primo, que se casara con él y le obligase

á que la quisiera á usted con el alma y la vida; pero ya ¡un demontre!

Ade. Hubiera sido un consejo muy generoso; pero...

Fab. Pero muy necio. ¡Hola, hola! ¿Luego el primito se figura que usted no vale mas que la herencia del indiano y todas las Indias? Pues bueno: ármese usted de resolucion; enfádese usted.

Ade. Bien.

Fab. Y cuando el primo venga, dígale que usted se estima demasiado á sí propia para unirse con un hombre que no tiene entrañas ni honor. — Y sepa usted que esto es verdad.

Ade. Así lo creo.

Fab. Dígale usted que se guarde, en hora buena ó mala, esa herencia que tanto codicia; que á él no le aprovechará de nada porque la consumirá en cuatro dias, y á usted no le hace falta para ser feliz como lo ha sido hasta hoy.

Ade. Tambien eso es verdad.

Fab. Y que para que conozca la mujer que pierde, va usted á casarse con un hombre á quien ama y que adora en usted.

Ade. Y eso ¿será verdad?

Fab. En usted consiste.

Ade. En mí sola no.

Fab. Sí tal, porque á la dama toca elegir.

Ade. Y al galan proponer.

Fab. Tal puede ser él que no se atreva á ponerse en candidatura.

Ade. ¿Quiere usted que le diga las cualidades que desearia yo en un esposo, y encargarse de buscarme uno?

Fab. ¿Uno? (*Aparte.* Animo: esto se prepara bien.) Lo que es uno, ya pudiera yo indicarle.

Ade. Pues yo no necesito dos.

Fab. Es que tiene tantos peros el tal, que dudo si será de recibo.

Ade. ¿Es hombre de bien?

Fab. Sí; pero bastante simplon.

Ade. ¿Será capaz de quererme?

Fab. ¡Oh! mucho; pero exigirá de usted otro tanto.

Ade. ¿Será aplicado y trabajador como su esposa?

Fab. Sí; pero hasta ahora poco le ha lucido su trabajo.

Ade. ¿Gastará buen genio? ¿Reñirá con su mujer?

Fab. Hasta la presente no ha reñido con nadie; pero se ha burlado de él todo el mundo.

Ade. ¿Sí? Pues yo me encargo de satisfacerle en nombre del género humano.

Fab. ¡Es posible! ¿Está usted resuelta...?

Ade. A no rehusar mi mano á ese sujeto, siempre que...

Fab. Siempre que se resuelva él...

Ade. A pedirla.

Fab. Pues... la pide... la pido.

Ade. Yo la concedo.

Fab. Y yo la... la... la...

Greg. (*Llegándose de pronto y dando á don Fabian la mano de Adela.*) Hombre, tómela usted con mil santos.

Fab. ¡Huy! ¡qué vergüenza! teniamos un testigo.

Greg. (*Aparte.*) Y mas de dos.

Ade. No me importa ya que todo el mundo lo sepa.

Fab. ¿No? ¡Canario! pues á mí tampoco. Ya es tiempo de sacar los piés de las alforjas. (*Besa repetidas veces la mano de Adela.*)

ESCENA VIII.

DON SILVESTRE; TOMASA, CON UNA LUZ; DICHOS.

Silv. (*A Tomasa.*) Muchacha, alumbra. (*Viendo á don Fabian y Adela.*) ¡Bravo, señoritos, bravísimo!

Fab. ¡Ay Jesus! (*Se aparta confundido á un lado: Gregoria y Tomasa despues de haber hablado entre sí un instante se retiran: la luz ha quedado sobre una mesa.*)

Silv. Teniendo tú aquí tan buena ocupacion, ¡bien podia yo estar aguardándote un siglo en casa de aquella señora!

Ade. Bastante le aguardé yo á usted.

Silv. ¿En casa de doña Gertrudis?

Ade. Sí, señor, segun convinimos.

Silv. Si vengo yo de allí, y me ha dicho que no has parecido.

Ade. Se ha equivocado: á Pedro se le puede preguntar.

Silv. Ignoro por qué me lo ha negado doña Gertrudis. En fin, ya sabrás que se te cumple tu gusto. Rufino, en efecto, le ha dado á la vieja palabra de matrimonio, y ella jura que le sabrá impedir que se case contigo.

Fab. ¿De veras?

Ade. Tio, yo no le entiendo á usted: doña Gertrudis me ha sostenido que todo eso es pura suposicion.

Silv. A mí me ha demostrado que es verdad, y con pruebas irrecusables.

Ade. Si se ha reido de mí cuando le he hecho esa pregunta.

Silv. Pues cuando yo le he hablado de ello, ha llorado como una Magdalena.

Ade. No creia yo capaz de arrojar una lágrima á una mujer tan fria y tan sosa.

Silv. Al contrario; si es una viejecita muy lista.

Ade. ¿Lista? ¡Con aquel corpanchon de un par de quintales!

Silv. Si es delgada.

Ade. Pero altona.

Silv. No tal, chiquita, muy elegante, postizo negro.

Ade. La doña Gertrudis que vi yo, viste mal y gasta peluca rubia.

Fab. O las doñas Gertrudis son dos, ó esa mujer cambia de genio y de figura á cada visita. Vamos á ver: ¿dónde vive esa dama pelirubia y pelinegra?

Ade. Calle de Hortaleza, frente á la fuente.

Silv. Eso es: yo no he podido acompañar á mi sobrina, porque tenia antes otras cosas que hacer; pero segun las señas que dejó don Rufino, esa fuente tiene por distintivo unos galápagos.

Ade. Justamente.

Fab. Así es.

Silv. Pues bien: desde aquí me dirigí á la puerta del Sol: allí pregunté, y me pusieron en una calle toda de tiendas.

Fab. La calle de la Montera, sin duda.

Silv. Esa misma. Ello es que me dijeron: « Siga usted esta acera de la derecha, y no pare hasta encontrar la fuente de los galápagos. » Seguí, hallé una fuente grande...

Ade. Chica.

Silv. Grande, con sus dos galápagos de bronce.

Ade. De piedra.

Silv. No tal, de bronce, interpolados, por mas señas, con dos ranas del mismo metal.

Fab. Esa es la fuente de la Red de San Luis.

Silv. ¿Hay acaso por allí dos fuentes adornadas de galápagos?

Fab. Sí, señor: hay una al extremo de la calle de la Montera, y otra en la calle de Hortaleza, mucho mas arriba.

Silv. Pues dígole á usted que este Madrid es un galapagar. Pero sea lo que fuere: yo, llegado que hube á la fuente susodicha, pregunté en una lonja si vivia por allí una doña Gertrudis Ciscon, y me contestaron que en el primer piso de aquella casa. Subí al primer piso, me anuncié, me recibieron, y no cabe duda en que aquella es la doña Gertrudis verdadera, porque delante de mí envió un recado para que buscaran á don Rufino á fin de carearle conmigo. La lástima fué que no se le encontró.

Ade. Vamos, la Gertrudis que yo hallé debe ser una solemne embustera: esto ha sido una farsa de ese enredador de Rufino, que no dice palabra de verdad.

Silv. Poco á poco: él fué el que me insinuó que te inclinabas á don Fabian, y segun las trazas no ha mentido en eso.

Ade. Mintió en la fecha, porque entonces estaba yo muy distante de pensar como ahora.

Fab. ¿Con que mintió, eh? ¡Qué picardía! Él me lo dijo, y yo lo creí.

Ade. Afortunadamente no me engañó al asegurarme esta mañana que usted me consagraba su afecto.

Fab. ¿Esta mañana? Pues tambien eso es mentira: entonces todavía no pensaba yo en usted.

Ade. ¿Será posible?

Silv. Segun veo, cada uno de ustedes estaba muy satisfecho de que era querido, y á ninguno de los dos le habia pasado por la imaginacion el querer al otro.

Fab. ¡Vírgen de Atocha!

Ade. Otro embuste de mi primito; pero á lo menos es innegable que el señor me ha escrito esta carta. (*Se la da á don Fabian.*)

Fab. (*Mirándola á la luz que hay en la mesa.*) A ver.—Sí, señores, mi carta es esta; no hay duda. (*Lee.*) « Adelita, con el mas vivo interés... » Sí por cierto; es verdad; yo me interesaba vivamente por el desayuno de Adela, y... Pero ¿quién ha subrayado aquí tantas dicciones?

Silv. Usted que las ha escrito, será.

Fab. Yo no, yo no he tirado raya ninguna.

Ade. ¿No? ¿Si haria eso don Rufino cuando le dejé solo?

Silv. ¿No? Pues lea usted: lea usted lo rayado, y verá lo que sale.

Fab. (*Leyendo.*) « Adelita... preciosa... yo... te... amo... inestimable... perla... yo... te... adoro. » ¡Qué adulteracion! ¡Qué anacronismo!

Ade. ¿Luego usted no escribió con doble sentido ese billete?

Fab. ¿Cómo habia yo de componer de intento esos dos versos chabacanos que parecen de un aguador? Adelita, yo de palabra me explicaré mal; pero por escrito, ya

es otra cosa. El que escribe puede corregir: ¡así se pudiera hablar de dos veces, una en borrador y otra en limpio! Yo no le hubiera escrito á secas á usted: «yo te amo»; ni ¿cómo habia de haberme atrevido á tutear á usted? Yo no me hubiera contentado con llamar á usted «perla» sino «ángel, diosa, cielo.» — ¡Ah! perdone usted; ahora caigo en que nos estamos queriendo por equivocacion.

Ade. Aun por eso iba usted á aconsejarme que aceptara la mano de mi primo. Como usted no me queria...

Fab. Lo mismo que usted. Si hubiera estado decidida en mi favor, no me hubiera pedido consejo sobre lo que habia de hacer.

Silv. Por dicha, el desengaño ha venido pronto; y al cabo, si ustedes se han querido por impulso ajeno, dueños son de quererse por su voluntad.

Fab. Ya es imposible.

Ade. ¿Por...?

Fab. Porque si don Rufino se casa con la vieja, la herencia es de usted; y yo no puedo ni debo querer sino á una mujer... como yo.

Ade. ¿Que no sea coja?

Fab. Que no sea rica.

Ade. ¡Eh! calle usted y no diga desatinos.

Silv. Aquí viene el falsificador de cartas y viejas.

ESCENA ULTIMA.

DON RUFINO, ADELA, DON FABIAN, DON SILVESTRE.

Ade. Señor primo...

Silv. Señor don Rufino...

Fab. Señor tira-líneas...

Ade. ¿A casa de quién me ha dirigido usted esta tarde?

Silv. ¿Sabe usted que no estoy acostumbrado á que nadie juegue conmigo?

Fab. Yo sí lo estoy; pero trato ya de perder la costumbre.

Ade. Usted no puede aspirar á mi mano: me constan ya sus relaciones con doña Gertrudis.

Silv. La de los galápagos de bronce, no la otra. Sepa usted que la acabo de ver.

Ruf. Lo sé ya: salir usted y entrar yo ha sido todo uno.

Silv. Lo creo: como que estando yo allí le envió á llamar á usted.

Ruf. Sí, para hartarme de vituperios á consecuencia de las noticias que usted le dió, y para decirme en dos palabras que ajustásemos cuentas y buscase otra novia.

Ade. ¿Con que en efecto era novia de usted?

Ruf. Antes de conocer á usted, pensé en ella, lo confieso.

Ade. Y despues de conocerme usted, no ha pensado en mí sino para engañarme.

Fab. Para engañarnos.

Silv. A los tres.

Ruf. La ambicion me cegó: por ella aparté los ojos de usted y los puse en la herencia. De esto ha nacido el dirigir hoy á usted á una doña Gertrudis fingida.

Silv. Y por lo mismo habrá sido el suponer que Adela y don Fabian se querian.

Ruf. Yo los creí muy dispuestos á ello, y traté de ponerlos de inteligencia. La prueba de que no me equivocaba, está en lo que me acaban de decir Gregoria y unos huéspedes, que les han escuchado á ustedes la conversacion á oscuras.

Ade. (*Aparte.*) ¡Cielos!

Fab. Este hombre se ha empeñado en que por fuerza nos hemos de amar.

Ruf. Nada de eso; yo á pesar de todo, estoy pronto á dar la mano á Adela, si quiere admitirla.

Ade. Nunca: se la doy al señor para cumplirle el gusto de casarse con pobre.

Fab. ¡Adela de mi vida!

Silv. (*A Adela.*) ¿Con que son para el señor los bienes del tio?

Ruf. Mi prima se obstina en ello: ¿qué le he de hacer?

Ade. Sí, guárdeselos usted, y ¡ojalá mis circunstancias me permitiesen rehusar la pension á que tengo derecho, para no tener que agradecer ni un maravedí al difunto don Gabriel Garay!

Fab. (*A Adela.*) ¿Cómo, don Gabriel Garay? ¿Era ese su tio de usted?

Ade. Tio del señor.

Fab. ¿Natural de Oviedo? ¿casado con doña Verónica Gomez?

Ruf. El mismo.

Silv. El propio.

Fab. Ese tambien era mi tio.

Ruf. ¿De usted?

Ade. y Silv. ¿De usted?

Ruf. No puede ser: solo tenia un sobrino llamado Ramon.

Fab. El Ramon soy yo.

Ruf. Si se llama usted Fabian.

Fab. De eso responderá el alcalde del barrio.

Silv. A don Ramon le mataron los facciosos.

Fab. Es una calumnia; no hicieron mas que darme una paliza y dejarme por muerto.

Silv. ¿Con que los novios son primos políticos? Don Rufino de mi alma, le acompaño á usted en el sentimiento de la pérdida.

Ruf. Déjeme usted en paz.

Fab. ¿Cómo? ¿qué es eso?

Ade. Que el señor se ha quedado sin doña Gertrudis y sin la herencia del tio: casando yo con un pariente suyo, es legítimamente mia; y el primo Rufino me ha comprometido á casarme con el primo Ramon.

Fab. ¿De modo que Adela se quedaba pobre por mí, y por mí vuelve á ser rica? Prima novia, en paz y jugando.

Silv. (*Dando una palmada en el hombro á don Rufino.*) ¿Qué dice usted á eso?

Ruf. Que me he lucido.

Ade. Queda usted convidado á mi boda, y le reservo el primer rigodon.

Fab. ¿Bailas con muleta?

Ade. La muleta duerme esta noche en el pozo. (*Corre ágilmente al pozo y la tira.*)

Fab. ¡Qué veo!

Ruf. ¡No era coja!

Silv. ¿Qué habia de ser? En mi familia nadie anda en malos pasos.

Fab. ¿Qué ha sido esto?

Ade. Un capricho para ver si me querian por mí y no por la herencia.

Fab. ¡Canario! ¡qué esposa se ha perdido usted, primo!

Ruf. Hombre, no me lo diga usted otra vez, si no quiere que vaya á echarme tras la muleta. (*A Adela.*) ¡Quéjese usted de mis trapisondas, despues de habernos engañado á todos de una manera tan atroz!

Fab. Yo no me quejo.

Ade. Mi engaño es de mejor índole que los de usted. Yo deseaba cariño y usted dinero; por usted he reunido ambas cosas. En recompensa, se le pagarán á usted sus deudas y se le cederá la pension.

Fab. Llegó el punto en que se vea
(*Al público.*)
Si agradó nuestra fatiga,
Y falle el concurso y diga
De qué pié el drama cojea.
¿Habrá aplausos ó marea?
En medio de tal afan,
Sufra el público galan
Que al fin de esta decimilla
Parodie una seguidilla
Que todos conocerán.
« Como tengo este genio
Tan encogido...
Bien quisiera un aplauso;
Mas no le pido. »

NOTA.

En esta comedia hay varias imitaciones: para las principales se ha tenido presente una pieza en un acto de Mr. Fagan, titulada: *Le Rendez-vous*, y otra en dos, perteneciente al teatro inglés, que fué traducida á nuestro idioma en el año de 1801 con el título de *La prueba caprichosa.*

JUAN DE LAS VIÑAS,

COMEDIA EN DOS ACTOS EN PROSA,

ESTRENADA EN EL TEATRO DE LA CRUZ A 12 DE MARZO DE 1844.

PERSONAS.

JUAN DE LAS VIÑAS.	UN ALCALDE.
DON VENANCIO.	UN CABALLERIZO DE S. M.
LEOCADIA.	CRIADOS.
DON GORGONIO.	CRIADAS.
DON LUCIO.	ALGUACILES.

La accion pasa extramuros de Madrid á principios del siglo XVIII.

ACTO PRIMERO.

Vista de las afueras de Madrid desde el camino de Vallecas: en un ángulo del fondo una casilla de campo con puerta y balcon practicables.

ESCENA PRIMERA.

JUAN DE LAS VIÑAS, Y DESPUES DON GORGONIO.

Juan. Pasado el convento de Atocha, la segunda casa de campo, á la izquierda del camino de Vallecas: esta es. (*Llégase y llama.*) ¡Ah de la gente! ¡Ave María purísima!

Gorg. (*Dentro.*) ¿Quién es?

Juan. ¿No vive aquí don Gorgonio Grajales Ladron de Guevara?

Gorg. (*Dentro.*) Está fuera.

Juan. Pues lo que es su voz se ha quedado dentro. Si le conozco yo á usted.

Gorg. (*Dentro.*) No puedo yo decir de usted otro tanto.

Juan. Soy Juanillo el de Cuenca, el hijo de la señora Bárbara su vecina de usted, su administrada de usted, la que se quedó pereciendo por su maña de usted.

Gorg. (*Al balcon.*) En efecto, es el mismísimo Juan de las Viñas, tan agudo como siempre.

Juan. Para lo que usted guste mandar.

Gorg. Yo esperaba que no hubieses encontrado nunca mi casa.

Juan. Pues ya ve usted que soy mas hábil de lo que usted se figura.

Gorg. ¿Y qué es lo que quieres de mí?

Juan. No es dinero ni cosa que lo valga, porque entonces excusado era el viaje.

Gorg. Tú me haces justicia.

Juan. Pero acaso tendrá usted una carta de mi madre para mí, y vengo por ella.

Gorg. ¿Nada mas?

Juan. ¿Y qué mas?

Gorg. ¿De veras?

Juan. ¿Me ha cogido usted alguna vez en mentira?

Gorg. Tienes razon: tú aunque simple, eres un buen muchacho. y si te vas pronto y no vuelves, el mejor del mundo. Aguarda, que bajo á abrir. (*Aparte.*) Todo lo ignora aun: no hay que andar con recelo. (*Quítase del balcon.*)

ESCENA II.

JUAN; Y LUEGO DON LUCIO, EMBOZADO.

Juan. Nada ha mudado el buen señor: tan berrugo y tan desconfiado es en Madrid como en Cuenca.

Lucio. (*Saliendo.*) Mocito, mocito, mo-

cito. ¡Caramba con el mocito! ¿Oye usted, buen hombre?

Juan. Oigo, sí señor.

Lucio. ¿Hace rato que anda usted por aquí?

Juan. Sí señor.

Lucio. ¿Ha visto usted por aquí una calesa?

Juan. Sí señor.

Lucio. ¿Se ha marchado ya?

Juan. Sí señor.

Lucio. ¿Como si el calesero se hubiese cansado de esperar?

Juan. Sí señor, como si hubiese perdido un viaje y le hubiera salido otro.

Lucio. ¡Carambita, carambola, caramba! ¡Maldita sea la prisa del calesero y la tardanza mia!

Juan. Amén, por la parte que á usted le toque.

Lucio. ¿Ha echado usted la vista hácia aquella huerta?

Juan. No señor.

Lucio. ¿Hácia aquella puerta falsa?

Juan. No señor.

Lucio. ¿No ha visto usted salir por allí una dama jóven?

Juan. No señor.

Lucio. ¿Una tapada?

Juan. No señor.

Lucio. ¿Ni asomarse á lo menos?

Juan. Ni aun eso. — Caballerito, ¿quisiera usted decirme...?

Lucio. ¿Cómo? ¿Usted me viene con preguntas? ¿Usted trata de sonsacarme? ¿Es usted algun espía colocado aquí por el padre de la muchacha?

Juan. ¿Yo?

Lucio. Si dice usted una palabra de lo que le he descubierto, si dice usted que me ha visto siquiera....

Juan. ¿Qué sucederá entonces?

Lucio. Tenga usted entendido que aunque me han criado para abate, soy hombre de humos.

Juan. ¿Pretende usted que le abra yo en los cascos una chimenea?

Lucio. A fe de Lucio Quiñones que si usted chista, le atravieso de un espadinazo. (*Aparte.* Voy á ver si encuentro otro calesero que fie.) ¡Carambita, carambola, caramba! (*Vase.*)

Juan. El abate en ciernes amenaza y se escurre. No sé como me he detenido en sacar la tizona. Pero ¿quién se mete con un chisgaravís semejante?

ESCENA III.

DON GORGONIO, JUAN.

Gorg. Esta es la carta, la cual vino cerrada dentro de la mia. En justicia me debias abonar la mitad del porte.

Juan. ¡Para abonos estoy! Si soy dueño de un maí.... llévele el diablo á usted.

Gorg. No gusto de oir juramentos ni lástimas: adios.

Juan. ¿No quiere usted auxiliarme con un consejo?

Gorg. Lo que es auxiliarte, lo haria yo de muy buena gana. Di.

Juan. Pues, señor, ya sabe usted que mi madre poseia algunos bienes en Cuenca.

Gorg. Por cierto que nadie atinaba cómo los habia adquirido, excepto yo.

Juan. Sabe usted que empezamos á venir á menos desde que fué usted nuestro administrador.

Gorg. Casualidades desgraciadas.

Juan. Y usted empezó á ir á mas.

Gorg. Casualidades venturosas.

Juan. Sabe usted que abracé varias profesiones, y que me las hicieron dejar.

Gorg. No lo digo por alabarte; pero ¡eras tan inepto para todas!

Juan. Inepto, sí, inepto. Lo que yo sé decir es que me puse á alcabalero; y porque no quise defraudar de sus derechos á la real hacienda, los tratantes (que no podian verme) no pararon hasta hacer que se me destituyera de órden de su majestad don Felipe V. Me puse á mayordomo de un señor; y porque no sisaba con la señora, hizo que su marido me plantara de patitas en la calle. Entré de oficial en una escribanía; y porque rehusé hacer una trampa, mi principal me aconsejó que tomara otro modo de vivir, porque no servia para la curia. ¿Fué esto ineptitud, ó fué cumplir con mi obligacion?

Gorg. Cierto que tu obligacion era cobrar la alcabala; pero como los derechos eran exorbitantes, tú por servir al Rey desollabas á tus convecinos. Cierto que tu obligacion era mirar por los intereses de tu amo; pero los bienes eran del ama, y entre él y tú no le dejábais manejar un maravedí. Cierto que tu obligacion era ejercer legalmente la curia; pero la trampa que te propusieron era de las que llaman legales, y se intentaba para detener los efectos de otra de la parte contraria. Tú obraste honradamente; pero como hiciste daño, natural era que te le hiciesen á tí.

Juan. Pues: eso mismo me decia todo

el mundo; y cada vez que lo oia, me daban unos berrenchines de desesperacion, que ya. — « ¡Hola! » exclamé yo entonces: « ¿con que el fruto que saco de portarme bien, siguiendo los impulsos de mi corazon, es atraerme desgracia sobre desgracia, y el desprecio de las gentes por añadidura? Pues bueno; yo escarmentaré; yo me corregiré: es decir, me pervertiré, me haré malo, malísimo. »

Gorg. Chico, chico...

Juan. Y cumplí mi propósito. Yo dije: « ¿Soy desgraciado obedeciendo á mi natural instinto? Pues voy á hacer todo lo contrario de lo que él me dicte; ¿á ver si así tengo mas fortuna? »

Gorg. ¡Hombre!

Juan. ¿Por qué le parece á usted que me hallo en Madrid?

Gorg. Me parece... Me parece que no lo sé.

Juan. Pues es por una atrocidad, por una inhumanidad sin ejemplo.

Gorg. ¡Demonio! ¿Qué has hecho?

Juan. Una diablura en grande.

Gorg. ¿Cuál?

Juan. La obligacion de un hijo, creo que sea socorrer, mantener á su madre.

Gorg. Por supuesto.

Juan. Mi madre, aunque jóven y guapa, no tenia mas recurso que yo. Pues, amigo, la he abandonado como un galopo.

Gorg. Sin decirle...

Juan. Ni una palabra. Vendí unos vestidos, hice unos cuartos, me acordé de usted, y puse en un papel: « Madre, me escapo de casa y me voy á Madrid: si quiere usted enviarme su maldicion, remítamela franca de porte por conducto de don Gorgonio: » — ¿No se admira usted de mi perversidad? Admírese usted, hombre; admírese usted.

Gorg. Me admiro, me espanto, me despeluzno y me encierro en mi casa para no verte. Cata la cruz. (*Vase.*)

ESCENA IV.

JUAN.

Hace bien en huir de mí: un mal hijo es un monstruo cuya vista mata como la del basilisco. Emprendamos con la carta de madre. ¡Buenas cosas me dirá la infeliz! Que la he condenado á la miseria; que por mí va á morirse de hambre. Me falta valor para abrirla. Pero no, pícaro; ya que hiciste la iniquidad, sufre las consecuencias: lee y aguanta, ó cuélgate de una viga; que sin dinero y maldito de tu madre, nada te está mejor. Con todo, lo del ahorcamiento debe ser la postrera aleluya en la vida del hombre malo. (*Abre la carta.*) Poco escribe; pero será de mi flor. (*Lee.*) « *Juanito...* » ¡Juanito á mí! No hay duda que merezco bien esta expresion cariñosa. (*Lee.*) « *Juanito de mi vida...* » La bondad de mi madre me parte el corazon. (*Lee.*) « *Juanito de mi vida: no podias haber hecho cosa mas acertada...* » ¿Eh? *Acertada*, dice. (*Lee.*) « *No podias haber hecho cosa mas acertada ni mas agradable para mí, que separarte de mi lado.* » ¡Cosa mas particular! Me doy la enhorabuena. (*Lee*). « *Yo no soy tu madre.* » ¿Qué es lo que descubro? ¡Cuánto me alegro! ¡cuánto lo siento! ¡Perder una madre que (sin serlo) me ha querido tanto! ¡Librarme del pesar de haber abandonado á mi madre! Porque no siéndolo, vamos, la escapatoria tiene otro ver. (*Lee.*) « *No soy tu madre: don Lucas Velez queria darme su mano...* » ¡Esas tenemos! (*Lee.*) « *Pero exigia que te apartase de mí; yo no me atrevia á decirte palabra, y tú me has librado de un cruel compromiso. Si quieres averiguar tu origen, recurre al santero de San Blas, Cosme Candiles, y á don Gorgonio Grajales, valiéndote de cualquier medio, por violento que sea, para obligar al último á que se explique. Don Lucas, que es ya mi esposo...* » Por muchos años. (*Lee.*) « *Envia con esta fecha órden á don Roque Ruiz, el mercader, para que te dé una ayuda de costa.* » ¡Jesucristo! ¡qué dicha! (*Lee.*) « *Y de parte de la que te amará como madre siempre, recibe la seguridad de su agradecimiento por tu fuga y su cordial bendicion.* » De rodillas, madre Bárbara, de rodillas la recibo yo, besando tu carta, ya que no tu mano. Esto es lo que se llama acertar contra todas las probabilidades. Está visto que mi sistema es bueno, y no hay mas que seguirlo.

ESCENA V.

LEOCADIA, TAPADA; JUAN.

Leoc. Caballero, caballero...

Juan. Eso está en duda.

Leoc. Caballero en duda, favorézcame usted.

Juan. ¿En qué y cómo?

Leoc. Usted ha hablado aquí con don Lucio: usted le conocerá, usted será su amigo.

Juan. Nada menos que eso.

Leoc. Si tiene usted cara de amigo de todos.

Juan. Entonces tambien lo seré de usted, aunque no la conozco sino para servirla.

Leoc. Eso es lo que yo pido y usted debe hacer: servirme.

Juan. ¡Y bien! ¿qué le pasa á usted?

Leoc. La mayor desgracia posible. Yo vivo en aquella primera casa de labor: mi padre, que es un profesor de agricultura muy querido del Rey, muy inteligente en hortalizas y plantíos, y que nada entiende de lo demás, va á marcharse mañana con un buen empleo á las Indias.

Juan. ¿Es esa la desgracia de que usted se queja?

Leoc. Sí señor, porque mi padre me quiere llevar consigo, y yo no quiero ir.

Juan. ¿Y por qué no quiere usted?

Leoc. Es porque me quiero quedar.

Juan. ¿Y por qué quiere usted quedarse?

Leoc. Porque hay una persona que no quiere que me vaya.

Juan. Que será don Lucio Quiñones.

Leoc. ¿Ve usted como le conoce? Yo no le he dicho á usted su apellido.

Juan. Lo que yo conozco es que usted quiere mucho al señor Carambita.

Leoc. Mucho, mucho no, porque se me antoja que es un mentecato solemne.

Juan. Basta que usted lo diga.

Leoc. Y es pobre, segun me ha confesado.

Juan. Y es un marica, un títere, aunque no lo confiese.

Leoc. Pero yo he vivido siempre encerrada; he cumplido diez y seis años (que me parece que ya es tiempo de tener mi cuidadillo en el alma); don Lucio es el primero que se ha presentado, y... su fortuna le ha valido.

Juan. Fortuna harto envidiable, siendo usted rica, segun supongo, de buena índole, como ya observo, y hermosa, como desearia ver.

Leoc. Mi padre á veces suele exclamar mirándome..... (*Se descubre.*)

Juan. ¡Divina criatura!

Leoc. Eso mismo suele decir mi papá.

Juan. ¿Qué es lo que exige usted de mí? ¿En qué puedo servirla? Mándeme usted: disponga usted de mi persona, de mi vida.

Leoc. Pues óigame usted. Don Lucio queria sacarme hoy de mi casa.

Juan. Señorita...

Leoc. Va usted á decir que es muy mal hecho; ya lo sé yo: vaya si lo sé; pero hágase usted cargo de la razon.

Juan. A ver.

Leoc. Mi padre ha aceptado ese maldito empleo, que no le hace falta, y se expone á una navegacion peligrosa, á la diferencia notable del clima, á las enfermedades de aquella tierra..... Yo le he hecho estas reflexiones; pero él..... empeñado en que he de ser millonaria, aunque arriesgue su vida. ¡Mire usted para que necesitará millones una muchacha que vive á lo labriego! ¿Cómo le estorbo yo á mi padre que se marche á América? Casándome en Madrid; porque como me quiere tanto, donde yo esté ha de vivir él. ¿Y cómo me caso? Moviendo un escandalillo que no tenga otra compostura; pues pensar que si don Lucio me pide, mi padre ha de concederle mi mano, eso es pensar en un imposible, porque parece que el Rey le ha dicho á mi padre que él me casará cuando lo crea oportuno. Con que ya ve usted.

Juan. Ya, ya. (*Aparte.*) La muchacha es encantadora.

Leoc. Hoy habia de haber venido Lucio por mí con un coche.

Juan. No he visto ninguno por estos contornos.

Leoc. Ni yo. Solo vi una calesa; y le aseguro á usted que el tal carruaje casi casi me ha quitado las ganas de dejarme robar.

Juan. Sí, un robo en coche ya es mas decente.

Leoc. Mi padre ha tardado hoy en salir, y así no he podido salir yo hasta despues que ha salido él.

Juan. Es natural.

Leoc. Aquí entra mi pretension. ¿Quiere usted acompañarme hasta un convento de la calle de Atocha, dejarme allí y buscar á don Lucio?

Juan. Señorita.....

Leoc. Se lo estimaré á usted tanto....

Juan. (*Aparte.* ¿Cómo resiste uno á...?) Señorita, basta que usted... (*Aparte.*) Pero ¿y mi sistema?

Leoc. ¿Qué piensa usted?

Juan. (*Aparte.*) La obligacion del hombre es amparar á la mujer, y eso es lo que me dicta mi corazon; pero ¿y si me cuesta caro?

Leoc. ¿A qué se decide usted? Por Dios...

Juan. (*Aparte.* Nada, nada; lo que debo hacer es todo lo contrario de lo que pienso.) Señorita... (*Ahuecando la voz.*) ¿Cómo se llama usted?

Leoc. Leocadia Morales Valdeperal y Tomiza.

Juan. Señorita doña Leocadia Morales

etcétera, ¿sabe usted que lo que me propone es un atentado contra las leyes divina y humana?

Leoc. Sí señor, es verdad; pero....

Juan. ¿Sabe usted que la obligacion de una hija es hacer en todo y por todo la voluntad de su padre?

Leoc. ¿Qué duda tiene? Yo lo confieso.

Juan. ¿Sabe usted que no hay cosa mas sagrada que un padre capaz de sacrificar sus comodidades, su salud, su vida acaso, por el bienestar de su hija?

Leoc. ¿No lo he de saber? Si yo propia....

Juan. ¡Y usted ahora, sin reparo, sin remordimiento ninguno, proyecta hacer á ese padre amoroso una ofensa tan grave! ¿Qué pensará cuando vuelva y no la encuentre á usted en casa?

Leoc. ¡Ay Jesus! no me lo recuerde usted.

Juan. ¿Qué dirá cuando sepa que ha huido usted con un pisaverde, indigno de merecer ese ingénuo corazon, ese tesoro de gracias y de hermosura?

Leoc. ¡Oh! no me adule usted para reñirme.

Juan. ¡Teme usted que la vida de su buen padre peligre en América! ¿Y el sentimiento que ahora le va usted á dar? ¿no basta para acabar con sus dias?

Leoc. ¡Qué horror!

Juan. ¿Y por qué es todo? ¿Por que la violencia de una pasion irresistible la arrastra á usted á cometer ese crímen? Ni aun esa disculpa tiene usted. Usted no ama verdaderamente á don Lucio; usted no puede ni debe amarle. Y entonces ¿qué espera usted de un vínculo que la honestidad reprueba y que el amor no justifica?

Leoc. ¡Ah! perdon, perdon: no añada usted mas. Dios le ha enviado á usted para librarme de mi pérdida; usted es mi santo tutelar, usted es sin duda mi ángel custodio.

Juan. (*Aparte.*) ¡Vaya un angelito!

Leoc. Ahora conozco que soy una loca, una hija ingrata. Yo repararé mis desaciertos, yo renunciaré á ese imprudente capricho que deslumbraba mi razon. Perdóneme usted en nombre del cielo y de mi padre. (*Se arrodilla.*)

Juan. No obtendrá usted mi perdon si al momento no se vuelve á su casa.

Leoc. Bien, sí señor, me volveré: lo que usted quiera, como usted quiera.

Juan. Alce usted, vamos.

Leoc. Pero no le diga usted nada á mi padre.

Juan. Eso, señorita....

Leoc. ¡Ay! aquí viene: yo me escapo antes que me vea. Por Dios no le diga usted nada, no me pierda usted. (*Vase.*)

ESCENA VI.

DON VENANCIO, JUAN.

Ven. (*Aparte.* ¡Mi hija fuera de casa, y hablando con un desconocido!) Hidalgo, palabra.

Juan. ¿Qué se le ofrece á usted?

Ven. Aquella niña que va hácia allí corriendo, es rama de este tronco.

Juan. ¡Hombre! ¿tronco es usted?

Ven. Quiero decir que es mi hija.

Juan. ¡Ah! Muchas con salud.

Ven. Han estado ustedes hablando.

Juan. Largo y tendido, sí, señor.

Ven. ¿Qué asuntos tienen ustedes que ventilar?

Juan. (*Aparte.* La otra me ha dicho que calle, y es lo que deberia hacer; por lo mismo no lo hago.) ¿Qué asuntos, eh? Asuntos que le tocan á usted bien de cerca, asuntos de honra.

Ven. Esos se deben tratar con el padre, no con la hija.

Juan. Ya; pero cuando el padre no cumple con su obligacion...

Ven. ¿Cómo que no cumplo con ella? Mi huerta es la mejor cuidada de la provincia, mis verduras y mis plantíos son la envidia de todos.

Juan. Sí señor: pero mientras usted se embebece plantando brécoles y sembrando pepinos, no sabe lo que ocurre en su casa.

Ven. ¿No sé lo que ocurre? Explíquese usted.

Juan. Su hija de usted está enamorada.

Ven. ¿Sin aguardar el real permiso?

Juan. A la cuenta no será necesario para querer.

Ven. Pero si es una flor todavía en capullo, una mocosilla que hace seis meses jugaba con las muñecas.

Juan. Ya es con muñecos.

Ven. ¿Y quién es el que la levanta de cascos?

Juan. El muñeco que la levanta de cascos es un tal don Lucio Quiñones: ¿le conoce usted?

Ven. Ni en rama ni en grano.

Juan. Aunque le conociera usted en polvo, nada perdiamos. Pues, señor, como su hija de usted se habia encaprichado de ese don-

cel, le hacia muy poca gracia el irse con usted hasta el otro mundo.

Ven. Por eso seria el oponer tantas objeciones al viaje.

Juan. Cabalito. Y viendo que usted las desechaba, ¿ sabe usted lo que habian determinado los dos amantes?

Ven. Acabe usted, que tiemblo como la hoja en el árbol.

Juan. Pues no era mas que trasponer el chico á la chica y acudir al Vicario.

Ven. ¿Trasponerla? Es decir, trasplantarla: es decir, un rapto.

Juan. Yo lo he impedido.

Ven. ¿Usted?

Juan. Yo, sí señor: he sabido el lance por una casualidad, he echado un buen sermon á Leocadia, y la he puesto mas blanda que un guante.

Ven. Eso de ponerla blanda corre de mi cuenta. ¡Infame! ¡ atrevida! La he de empozar como el cáñamo, la he de enterrar como la escarola, le he de quitar á golpes la vida.

Juan. Lo que es una buena felpa, merecida se la tiene.

Ven. ¿ Cómo? ¿ Usted aprueba que maltrate á mi hija? ¡ Qué sospecha! ¿ Será usted otro amante suyo, zeloso del otro?

Juan. (*Aparte.* Sin querer, la he salvado de una tollina.) Y bien: ¿ y qué? ¿ tendria algo de particular?

Ven. Tendria y mucho. ¿Es usted digno de ingertarse en mi casta?

Juan. (*Con graciosa petulancia.*) No señor.

Ven. A lo menos es usted franco. — ¿Es usted noble?

Juan. No conozco á mis padres.

Ven. ¿Tiene usted bienes?

Juan. Treinta dias al mes, ropa puerca y bolsa limpia.

Ven. ¿Y con esas cualidades se atreve usted á poner los ojos en mi hija?

Juan. ¿ Y porqué no? Querer por querer, un pordiosero puede adorar á una princesa. Yo hasta ahora no he dicho palabra á su hija de usted.

Ven. ¿ No? ¡ Y me lo dice usted primero á mí! Hombre, no puedo menos de confesar que así proceden las personas de honor y de juicio: y esto me previene mucho en favor de usted.

Juan. ¡ Qué! si ustedes se van mañana de este país, y yo me quedo. A muertos y á idos.....

Ven. Cierto: de un amor semejante, ¿quién puede ofenderse? Amigo mio, su ingenuidad de usted me ha interesado muchísimo, y la extrañeza de su conversacion ha mitigado la ira que me inspiró la temeridad de Leocadia. Usted con un poco de cultivo, con algo de poda, seria un árbol de provecho. ¿Gusta usted de decirme su nombre?

Juan. Juan de las Viñas.

Ven. Me gusta el apellido por sus consecuencias. ¿ Con quién se trata usted en Madrid?

Juan. Don Gorgonio, el que vive aquí, me conoce.

Ven. ¿ Quiere usted hacerme el favor de pasar á mi huerta y aguardarme allí un momento?

Juan. No tengo inconveniente.

Ven. Pues hasta luego.

Juan. Hasta despues. (*Vase.*)

ESCENA VII.

DON VENANCIO.

(*Llamando en casa de don Gorgonio.*) Señor vecino.—Vaya con la muchacha, ¡ qué de vicio va echando! En descuidándose con las hijas, al momento se le plagan á uno de pulgon. Ya se ve, el mismo encierro en que ha vivido, la falta de madre, su propia sencillez, su atolondramiento... Hija de padre al fin.

ESCENA VIII.

DON GORGONIO, DON VENANCIO.

Gorg. (*Al balcon.*) ¿ Era usted, señor don Venancio?

Ven. ¿ Me permitirá usted que le haga una pregunta?

Gorg. Con muchísimo gusto: bajo al momento. (*Quitase del balcon.*)

Ven. El Rey me dijo ayer que le pidiese una gracia por despedida: ese chico me ha salvado la honra: voy á hacer una cata en él para tantear su fondo; y si me sale bueno, he de pedir á su majestad que le conceda un destino.

Gorg. (*Saliendo.*) ¿ Qué me tiene usted que mandar?

Ven. Acabo de hacer conocimiento con un jóven muy extravagante, una especie de carnueso silvestre....

Gorg. Por las señas no puede ser otro que Juan de las Viñas.

Ven. Justo: me ha dado cuenta de que ronda á mi chica un tal don Lucio; me ha confesado que él la quiere tambien; y me ha petado tanto el diantre del mozo, que si us-

ted me da buenos informes de él, no me pongo en camino hasta sacarle un empleo en América.

Gorg. ¿Trata usted de llevarle á América? (*Aparte.* ¿Qué mas pudiera yo desear?) Señor don Venancio, Juanito es un mozo de provecho, honrado, fiel, incapaz de hacer una trampa, incapaz de ensuciarse las manos con tizne de moneda. Envíele usted á Indias, envíele usted.

Ven. Pero su familia....

Gorg. Excelente, me consta.

Ven. ¿Sí? Pues está usted mas adelantado que él mismo. Diga usted, diga usted.

Gorg. (*Aparte.* Maldita imprudencia!) Quise decir que me parecia.... Hay probabilidades... pero faltan las pruebas. ¿Y qué le hace la familia para la persona? El muchacho es bueno: sáquele usted de España, créame usted: aquí hay Viñas de sobra y en América no.

Ven. Queria yo conocer á fondo su cepa.

Gorg. (*Aparte.* ¡Qué demonio!) Acaso le podrá dar á usted noticias el mercader don Roque Ruiz.

Ven. ¿Don Roque? No necesito mas: gracias por todo.

Gorg. No hay de qué... (*Vase don Venancio.*) Las noticias que adquiera de don Roque, serán harto vagas; pero no hallando otras, habrá de contentarse con ellas. Lo que es yo, libre está que declare mas. ¡Guarda!

ESCENA IX.

DON LUCIO, DON GORGONIO.

Lucio. (*Aparte.* Los caleseros se niegan á servirme de balde, y la hora ha pasado: que salga Leocadia y nos iremos á pié.) Buen viejo, ¿ha visto usted pasar por aquí á su hermosa vecina?

Gorg. ¿Doña Leocadia? Sí, ha salido y se ha vuelto.

Lucio. ¡Carambita! ¿Salió sola?

Gorg. Sola salió; pero aquí encontró compañía.

Lucio. ¿Compañía? ¿Quién?

Gorg. Un jóven.

Lucio. ¿Un jóven? Y por casualidad, ¿sabe usted...? ¿Les oyó usted algo?

Gorg. No; pero presumo cuál seria el objeto de la conversacion.

Lucio. ¡Me importaria tanto...!

Gorg. ¿Es usted por ventura el don Lucio que pretende á Leocadia?

Lucio. Silencio, que va usted á perderme.

Gorg. No, eso ya está hecho; nada tiene usted ya que perder.

Lucio. ¿Pues cómo?

Gorg. El jóven que habló aquí á doña Leocadia, que es un tal Juan de las Viñas, hijo presunto de Bárbara Robles, vecina de Cuenca....

Lucio. Sí, bien: ¿qué?

Gorg. Ese ha descubierto su amor de usted, y ha dado parte á don Venancio.

Lucio. ¡Cielos!

Gorg. Ese quiere tambien á Leocadia.

Lucio. ¿Es posible?

Gorg. Don Venancio lo sabe, y supongo que aprobará su amor cuando trata de emplearle en América, adonde él se va.

Lucio. ¿Con que mi rival se interpone entre mi ídolo y yo, y se alza con la proteccion del papá? ¡Carambita, caramba! Es menester que uno de los dos deje de existir.

Gorg. Nada perderia yo en que fuese el otro... Mírele usted por dónde viene.

Lucio. ¿Aquel? Ya le conozco, el de antes, el de sí señor y no señor, el que queria hacerme una chimenea en el occipucio. Me las ha de pagar.

Gorg. (*Aparte.*) Por sí ó por no, estaré á la mira. (*Vase á su casa, y quédase acechando detrás de la puerta, que entreabrirá una ú otra vez durante la escena siguiente.*)

ESCENA X.

JUAN, DON LUCIO; DON GORGONIO, DENTRO.

Juan. (*Sin ver á don Lucio.*) Vaya que el don Venancio me ha dejado confuso. Que recoja mis papeles y todo lo que me pertenezca. Pues, señor, iré primeramente á San Blas, á ver si me da luces Cosme Candiles.

Lucio. Señor don Juan de las Viñas...

Juan. Señor don Lucio Quiñones...

Lucio. Ya lo sé todo.

Juan. ¡Dichoso usted que nada tiene ya que aprender!

Lucio. Usted ha estorbado la fuga de Leocadia, porque es mi rival.

Juan. ¿Eh?

Lucio. Sí señor, porque usted la quiere.

Juan. Santo varon, desengáñese usted... (*Aparte.*) Pero, ¿qué iba á decirle? Todo al revés.

Lucio. ¿De qué me he de desengañar? Vamos.

Juan. De que Leocadia no es para usted.

Lucio. ¡Oh! no confie usted en el favor del padre, no crea que porque él le agencie á usted un empleo en América...

Juan. ¿Empleo en América? Ahora comprendo: esto es lo que me queria dar á entender con tantos circunloquios.

Lucio. ¿Con que aun no lo sabia usted?

Juan. No, amigo don Lucio; á usted debo tan agradable noticia.

Lucio. ¡Y soy yo quien se la participa! — Señor don Juan, yo necesito desahogar mi bilis: yo necesito hacerle á usted algun daño en trueque del que me hace. Yo no soy quimerista; pero estoy furioso, rabioso, reventando de odio y mala voluntad. Si usted no mide conmigo su espada, es un hombre sin honor.

Juan. Oiga usted.

Lucio. Un vil cobarde, un gallina.

Juan. Oiga usted, seor abate renegado, véngase detrás de aquellas tapias, y verá quien soy. (*Vase.*)

Lucio. Al momento voy, al momento. ¡Carambita con el abridor de chimeneas! Pero Leocadia sale por allí sola: aprovechemos la ocasion. (*Va á recibirla.*)

Gorg. (*Saliendo de su casa.*) ¡Un desafío! Esto es mejor que el viaje de América para librarme del Juanito dichoso. Avisemos al alcalde de las afueras. (*Vase.*)

ESCENA XI.

LEOCADIA, DON LUCIO.

Lucio. Leocadia mia, sígueme: aun es tiempo.

Leoc. Ya no lo es: mira hácia aquella puerta.

Lucio. ¡Carambita! ¿Es tu padre el que está allí medio asomado?

Leoc. Él es, y de su parte vengo á hablar contigo.

Lucio. ¡Carambola! ¿Y por qué? ¿y para qué?

Leoc. Para pedirte buenamente que renuncies á mi cariño: solo á este precio me perdona mi padre.

Lucio. Falsa, no es verdad eso: ya sé la verdad: tu nuevo amante acaba de confesármelo.

Leoc. ¿Cuál nuevo amante?

Lucio. Ese Juan de las Viñas, que ha trastornado mis planes para afirmar los suyos.

Leoc. ¡Calla! ¿Con que todo lo que me dijo fué por estar enamorado de mí?

Lucio. ¿Luego no lo sabias?

Leoc. Si hasta ahora no se me ha declarado.

Lucio. ¡Y soy yo quien le sirve de intérprete!

Leoc. ¡Qué disimulado! ¡qué astuto! Mira, Luciito mio, no te enfades; pero francamente, ese Juan de las Viñas sabe mas que tú.

Lucio. Eso es, alábale en mis barbas.

Leoc. Y lo que es de persona....

Lucio. ¡Carambita, carambola, caramba!

Leoc. Con que si llego á quererle, no podrás decir que te he dado un sucesor indigno. Adios, y consuélate con ese recuerdo que te envia mi padre. (*Le da una cartera y vase.*)

Lucio. Un recuerdo.... ¡una cartera! (*La abre.*) Libranzas contra don Roque Ruiz. ¡Librancitas á mí, y en tal circunstancia! Las haré mas añicos.... No, no; las hará añicos don Roque, si quiere, despues que yo las haya cobrado.

ESCENA XII.

JUAN, POR UN LADO; DON GORGONIO, EL ALCALDE DE LAS AFUERAS Y ALGUACILES POR OTRO; DON LUCIO.

Juan. Señor don Lucio....

Gorg. (*Aparte al alcalde.*) Aquel es el retador, aquel es el verdadero culpable. (*Señalando á Juan.*)

Alc. Estad á la vista, corchetes.

Lucio. Señor mio... (*Aparte.*) Este pagará por las libranzas.

Juan. Vengo á buscar á usted.

Gorg. (*Bajo al alcalde.*) Ya oye usted: él le busca.

Lucio. Señor mio, vamos allá. Aunque he estado á pique de ser abate como decia, nuestro desafío ha de ser á muerte, como decia...

Juan. Si usted decia eso, yo no lo oí, y yo no lo digo: no admito el duelo.

Gorg. (*Aparte.*) ¡Maldito seas!

Alc. (*Aparte á don Gorgonio.*) Hombre, esto no es lo que usted me dijo.

Lucio. ¿Con que usted no admite el duelo? (*Aparte.* Este es el momento de gallear.) Yo le he ofendido á usted, y estoy en ánimo de ofenderle verbal y manualmente, y cualquiera en su lugar....

Juan. Es que yo hago lo contrario de lo que haria cualquiera.

Lucio. Si usted no saca al punto la espada, le hago picadillo con esta. (*La saca.*)

Juan. En ese caso, porque usted no me pique... ya me pico yo. (*Saca la espada y las cruzan los dos.*)

Alc. (*Corriendo á ellos.*) Ténganse al Rey. Prendedlos, desarmadlos. (*Los alguaciles los desarman.*) Les hemos oido á ustedes.

Lucio. (*Aparte.*) ¡Buena la hice!

Juan. (*Aparte.*) ¡Acerté en negarme!

Alc. Señores, ustedes sabrán la severidad de las leyes contra el duelo, y si no lo saben, yo lo sé y basta. Usted (*á don Lucio*) que es el provocador, no merece miramiento ninguno: irá usted á la cárcel. Usted (*á Juan*) que ha resistido el duelo, podrá quedar bajo fianza en una casa segura.

Juan. En la del señor, por ejemplo. (*Por don Gorgonio.*)

Gorg. En la mia no, en la de don Venancio.

Lucio. (*Aparte.*) ¡Cielos! ¡con Leocadia!

Juan. (*Aparte.*) ¡Con Leocadia!

Alc. (*A un alguacil.*) Acompañe usted al señor á casa de don Venancio. (*A don Lucio.*) Y usted venga conmigo.

Lucio. ¡Carambita, carambola, carambá! (*Vanse.*)

ACTO SEGUNDO.

Sala en casa de don Venancio.

Dos puertas laterales y una ventana. Otra puerta en el fondo. Un biombo cubriendo un ángulo donde hay un tocador.

ESCENA PRIMERA.

DON VENANCIO, DON GORGONIO.

Gorg. Por estas razones me pareció que el muchacho estaria mejor en su casa de usted que en la mia.

Ven. Sí, sí: diga usted que los dedos se le antojan huéspedes, y no diga mas. Usted debia fiarle porque le conoce mejor que yo.

Gorg. A usted le gusta y á mí me encocora.

Ven. Usted se queda aquí, y yo me voy mañana.

Gorg. ¿No me ha dicho usted que seria capaz de suspender el viaje hasta sacarle á Juan un destino?

Ven. Ya se le he sacado, ya he visto al Rey. ¿Le parece á usted que si se forma causa sobre el duelo, me serviria de plato de gusto detenerme para custodiar á ese señorito

ESCENA II.

LEOCADIA, DICHOS.

Leoc. Ya está corriente la habitacion para el arrestado.

Ven. ¡Qué hacendosa andas tú hoy, por no hallarte á solas conmigo! ¿Creerá usted que se ha compuesto de modo que aun no he tenido ocasion de reñirla?

Leoc. ¿Qué hay que reñir? Si yo he delinquido, tambien he satisfecho. Usted prometió perdonarme si despedia á don Lucio: le despedí: estamos en paz.

Ven. Eso es: todavía habrá que darte dinero encima.—Señor don Gorgonio, yo ando de prisa, y con los preparativos del viaje y con el huésped, tengo toda la gente ocupada. ¿Quisiera usted llegarse á la tienda de don Roque Ruiz y decirle que no se olvide de comunicarme las otras noticias que me ha ofrecido acerca de Juan?

Gorg. Con sumo gusto.

Ven. Y perdone usted la molestia.

Gorg. Adios, señores.

Ven. Abur.

Leoc. Mucho se entretiene por allá nuestro preso. ¡Ah! ya sale aquí.

ESCENA III.

JUAN, DON VENANCIO, LEOCADIA.

Leoc. ¿Qué le ha parecido á usted el cuarto? Lo he arreglado yo.

Juan. Está como de mano de usted. Pero ¡qué incomodidades he venido á causar! Ustedes están de marcha, y habrán tenido que deshacer lios, desempaquetar trastos....

Leoc. Favor que nada cuesta no es de estimar.

Juan. Señor don Venancio, ¿daré yo ocasion á que usted retarde su marcha?

Leoc. ¿Y qué importaria?

Ven. Sí importaria algo; pero segun discurro, no hay que temer. A estas horas suelen sus majestades bajar de paseo al convento de Atocha: iré y daré cuenta al Rey de ese desafío; y aunque ya hoy le he molestado con una peticion, estoy seguro de que mandará poner á usted libre.

Leoc. Sí, sí, papá: no se pierda el tiempo: corra usted.

Ven. Llevaré de camino un ramo de flores para la Reina, lo mejor de mi estufa; las voy á coger. (*Aparte á Juan.* Haga usted por desagradar á Leocadia, y se viene usted conmigo á las Indias.) Haz tú compañía al señor.

Leoc. Cuanto usted quiera, papá. (*Vase don Venancio.*)

ESCENA IV.

JUAN, LEOCADIA.

Leoc. ¿Gusta usted de que nos sentemos?

Juan. Un preso está á la disposicion de su alcaide.

Leoc. En efecto, el alcaide (ó la alcaidesa) ahora soy yo. En virtud, pues, de mis facultades.... siéntese usted ahí.

Juan. Obedezco sin réplica.

Leoc. ¿Se le hace á usted muy dura la cárcel?

Juan. (*Aparte.* El padre me propone que la disguste; con que debo procurar agradarla.) ¡Ay Leocadia hermosa! Lo que yo sentiré es que tan dulce cautiverio no dure siempre.

Leoc. ¿De veras?

Juan. ¿Duda usted de mí?

Leoc. Deberia dudar, sí señor: ¡es usted tan misterioso, tan reservado!

Juan. ¿Reservado yo? Por lo regular suelo decir cuanto me pasa al primero que llega.

Leoc. Pues, y al propio tiempo suele usted guardar con la persona mas interesada un silencio obstinado.

Juan. ¿Tiene usted alguna queja de mí?

Leoc. Si le parece á usted que no hay por qué....

Juan. (*Aparte.*) ¿Si se habrá persuadido tambien que la quiero?

Leoc. ¡Declararse con don Lucio, y no tener confianza conmigo?

Juan. (*Aparte.*) ¡Ciertos son los toros!

Leoc. Al diantre se le ocurre elegir por confidente á su opositor. ¿Qué habia de resultar? un lance, de fijo. Si hubiese habido muerte ó heridas, ¿quién hubiera tenido la culpa?

Juan. (*Con tono sentimental algo afectado.*) La desgracia que sin cesar me persigue.

Leoc. ¿Su desgracia de usted? Pues cierto que debe usted quejarse. Sin haber dicho esta boca es mia, se halla usted instalado en casa, con honores de favorito del padre y de predicador de la hija: ya es avaricia pretender mas.

Juan. (*Aparte.* A una indirecta de esta especie debia uno echarse á sus piés y declararle su amor: yo todo al contrario.) Señorita, (*Levantándose.*) las quejas de usted, que serian capaces de sacar de sus casillas á un anacoreta, me ponen en un extraño conflicto. Yo, señorita, soy un hombre particular, singular, exótico, (como diria don Venancio): soy un hombre que siente en el corazon ciertos arranques centrípetos, y luego en la cabeza ciertos sacudimientos centrífugos: hombre sistemático, problemático, tal vez lunático: hombre cuya razon y cuyos afectos andan tornapuntados... y entre sus afectos y su razon, entre la inclinacion impulsiva y la voluntad repelente... no sabe como demonios salir de la trapisonda en que se ha metido.

Leoc. Habla usted que da envidia oirle; pero... ¿qué quiere usted decir?

Juan. Señora, lo que digo es que entre su padre de usted por un lado, y usted por otro lado, y don Lucio por otro lado, y yo por otro, que son los cuatro costados de mi posicion, estoy aquí preso con muchísimo gusto... digo, contra mi santísimo gusto... me alegro, y lo siento... y... Cada vez me voy embrollando mas.

Leoc. Ya varía eso algo de lo que decia usted antes. Al principio afirmó usted que se alegraba infinito de hallarse preso, y ahora veo que en parte se alegra y en parte lo siente. Pues lo que es yo, le prometo hacer que la prision dure todo lo posible: si á usted le agrada, para complacerle; y si no, para castigarle de sus enredos.

Juan. ¡Oh! eso será lo que tase un sastre. Si se me antoja salir, ¿quién me detiene?

Leoc. Amiguito, en nombre de su majestad ha sido usted preso: la obligacion de un buen vasallo es respetar la justicia del Rey.

Juan. Es que yo...

Leoc. Y la obligacion de un arrestado es no comprometer á su fiador.

Juan. Eso basta para que haga yo todo lo contrario.

Leoc. ¿Tratará usted de fugarse?

Juan. Andandito.

Leoc. Cerraré las puertas. (*Va á cerrarlas.*)

Juan. Brincaré por la ventana.

Leoc. No salte usted, no, que se hará usted daño. ¡Ah!

(*Salta Juan por la ventana.*)

ESCENA V.

DON VENANCIO, LEOCADIA.

Ven. ¿Por qué chillas?

Leoc. ¡Ay papá! ¡qué picardía tan grande! ¡qué insulto! Enládese usted. Consuéleme usted.

Ven. ¿De qué? ¿Por qué? ¿Ha entrado algun rebaño en la huerta?

Leoc. No señor, no ha habido entrada sino salida: el arrestado se ha ido de casa sin hacerme caso.

Ven. ¿Juan de las Viñas?

Leoc. Juan de las Viñas, sí señor, que se ha portado como un Juan Portal.

Ven. ¡Lindo! Si el Rey no le indulta, vienen á tomarle declaracion: no podré presentarle, y me veré en un descubierto con la justicia.

Leoc. Sí señor: á eso nos expone.

Ven. ¡Voto á la cebolla del azafran! ¡Y yo que no estaba lejos de aclimatar á ese cermeño en mi casa!

Leoc. ¡Y yo que he estado bien cerca de decirle que le queria!

Ven. ¿Eso ibas á hacer, cabeza de chorlito?

Leoc. Como me habian asegurado que él me queria á mí...

Ven. ¿Quién te lo ha contado?

Leoc. Don Lucio.

Ven. ¿Y de quién lo sabia don Lucio?

Leoc. De quien no podia equivocarse, de Juan.

Ven. Juan me juró á mí que en su vida te habia dicho palabra.

Leoc. Eso es verdad: ni aun ahora se ha explicado tampoco.

Ven. ¿No? (*Aparte.* Ya lo entiendo: como le mandé que la disgustase, ha huido para desairarla.) Pues, hija mia, cuando un mozo de las prendas del señor don Juan de las Viñas, ha sido capaz de abandonar la casa de su fiador, sus razones le habrán asistido: respetémoslas.

Leoc. ¡Con que usted ya le disculpa!

Ven. No me pregunte usted, no sonsaque usted á su padre.

Leoc. ¡Ah! ya lo entiendo yo tambien. Usted le habrá exigido palabra de callarme su amor; y el pobrecillo, por no faltar á su promesa, y temiendo caer en la tentacion, ha recurrido al ingenioso arbitrio de la fuga.

Ven. (*Aparte.*) ¡Qué penetracion de chica! Toda ha salido á mí.

Leoc. ¿Quién no ha de admirar un sacrificio tan grande? ¿quién no ha de querer á un jóven tan virtuoso?

Ven. Niña, niña, usted sabe cuántas veces el Rey ha prometido casarla. Usted no debe querer sino á quien mande el Rey.

Leoc. Yo le rogaré que me mande querer á Juan.

Ven. Tú mereces otra cosa mejor.

Leoc. Esa es vanidad de padre. Usted ha confesado que pensaba instalar en casa á mi prófugo.

Ven. Sí, pero ¿por qué? Porque como él te queria, y yo pensaba que tú á él no, ninguno mejor para espantajo, digo, para vigilante tuyo y de tus pretendientes.

Leoc. Por no hacer de espantajo, se habrá espantado él.

ESCENA VI.

EL ALCALDE, DICHOS.

Alc. Señores, señores, ¡gran novedad!

Ven. ¿Lo dice usted por la escapatoria del preso?

Alc. Tranquilícese usted: don Juan se ha encontrado conmigo al salir, y que quieras que no, le he hecho volver.

Leoc. ¡Ah!

Ven. ¡Hola!

Alc. Leyendo queda un pliego que le ha traido un dependiente de la Real Casa.

Ven. (*Aparte.*) Su nombramiento.

Alc. La novedad que vengo á anunciarles á ustedes, es que don Lucio se halla ya libre.

Ven. ¿Don Lucio libre?

Leoc. Pues entonces Juan....

Alc. Queda libre tambien, por supuesto. Es lo único que le he dicho de cuanto pasa.

Leoc. Pero ¿qué pasa?

Alc. Que al entrar yo en Madrid con don Lucio y los alguaciles, tropezamos con sus majestades que paseando á pié, venian á Atocha.

Ven. En efecto, nada tenia de particular.

Alc. Don Lucio atropella á su escolta, corre y se echa á los piés del Rey pidiéndole indulto. «¿Qué has hecho?» preguntó su majestad entre bondadoso y rígido. — «Señor, es un desafío; no ha habido sangre; apenas hemos llegado á cruzar las espadas: el alcalde lo puede decir.» — Yo declaré que era verdad.—«¿Y quién es el...?» — «El que ha reñido contigo», queria decir el Rey; pero la Reina le interrumpió diciendo

con gracia: « No preguntes quién es él, sino quién es ella. »

Ven. ¡ Hola ! ¿ Con que la Reina...?

Alc. Al momento adivinó que habia dama por medio.

Leoc. ¿ Y qué les respondió don Lucio?

Alc. ¿ Qué habia de responder? que el duelo habia provenido de tener zelos él de un galan mas afortunado, y que la dama era doña Leocadia Morales.

Ven. ¡ Pues ! ya saben los Reyes tus devaneos. ¡ Buen escándalo das !

Alc. « ¿ Leocadia?» exclamó el Rey, « ya la conozco: es una muchacha muy linda. »

Ven. (*Con enfado.*) Favor de su majestad.

Alc. « Una niña muy loca », añadió la Reina.

Leoc. Favor de su majestad.

Alc. Con esto el Rey alargó benignamente la mano á don Lucio, pronunciando el: « Yo te perdono. »

Ven. ¡ Qué Rey tan bueno !

Alc. Y volviéndose á mí, me dijo: « Cuéntale á Morales el lance; adviértele que se divulgará al momento, porque nos han oido mas de treinta personas; y aconséjale en mi nombre que trate de que su hija se case al punto con el que ella prefiera. »

Leoc. ¡ Qué Rey tan bueno !

Alc. Con que le cuento á usted el lance, le advierto que se divulgará al momento, porque lo han oido mas de treinta personas, y le aconsejo en nombre de su majestad que trate usted de que la niña se case con el que ella prefiera.

Ven. Pero, señor, si me voy de Madrid mañana.

Leoc. ¿ Si querrá su majestad que me case hoy?

Alc. Su majestad me anunció por último que enviaria desde Atocha sus órdenes.

Leoc. ¡ Ay papá! mire usted: un caballerizo de su majestad.

ESCENA VII.

UN CABALLERIZO DE SU MAJESTAD, DICHOS.

Cab. El señor don Venancio Morales.

Ven. Caballero caballerizo, yo soy.

Cab. Su majestad me manda prevenir á usted que habiendo consultado con el señor arzobispo, que estaba en Atocha, su excelencia dispensa las amonestaciones: y esperan á usted, á su hija y al novio para desposarlos dentro de media hora.

Ven. ¡ Dentro de media hora !

Cab. El señor alcalde será el padrino. Tal es la órden de su majestad. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

DON VENANCIO, LEOCADIA, EL ALCALDE; LUEGO CRIADOS Y CRIADAS.

Leoc. ¡ Dios mio! ¡ yo novia de real órden !

Alc. ¡ Yo padrino !

Ven. ¡ Yo suegro !

Leoc. Su majestad lo manda: no hay mas que obedecer.

Alc. No hay mas que obedecer.

Ven. No habrá otro recurso.

Leoc. (*Llegándose á una puerta.*) Juana, Manuela, Martina.

Ven. (*Llegándose á otra puerta.*) Andrés, Tomás.

Alc. (*Asomándose á la ventana.*) Cabo de ronda, que le dé á usted mi ama de gobierno el vestidode gala. Corra usted; que es cosa del real servicio. (*Salen por distintas puertas tres criadas y dos criados.*)

Criados. ¿ Manda usted, señor?

Criadas. ¿ Manda usted, señorita?

Ven. La casaca de corte, la peluca de sacatrapos: pronto. (*Vanse los criados.*)

Leoc. Que abran, que descerrajen los cofres: traedme el jubon, la basquiña y la mantilla del Corpus. (*Vanse las criadas.*)

Alc. Aquella bendita mujer no va á saber donde están las hebillas. (*Vase.*)

Ven. ¡ Media hora para escoger un yerno !

Leoc. ¡ Media hora para peinarse y vestirse! ¡ imposible!

Ven. Y no hay que darle vueltas: su majestad quiere que case á la chica con el que ella prefiera.

Leoc. Papá, ahora que me acuerdo: ¿ á quién he de preferir yo? No venga usted luego diciendo que no me he casado á su gusto: decídalo usted.

ESCENA IX.

JUAN, DON VENANCIO, LEOCADIA.

Juan. Leocadia, ya ve usted que no me he escapado muy lejos. — Señor don Venancio, acabo de recibir una real órden....

Ven. Yo otra.

Leoc. Yo puedo decir que otra tambien.

Juan. La mia es un nombramiento.

Leoc. La mia es una facultad de nombrar.

Juan. A usted (*por don Venancio*) debo sin duda que cambie mi suerte con una novedad tan feliz.

Ven. Hay mas novedades.

Leoc. El Rey está en Atocha.

Ven. Y la Reina tambien.

Leoc. Y el arzobispo tambien.

Ven. Y tendremos que ir nosotros tambien.

Leoc. Pues, tambien nosotros. El primero mi papá.

Ven. Pues, con la novia.

Leoc. Y con el novio.

Ven. Y el padrino, que ha ido á buscar las hebillas.

Juan. Señores, ¿qué jerigonza es esta?

Leoc. Si es lo mas claro del mundo. Mire usted: don Lucio le ha dicho al Rey que no ha corrido sangre.

Ven. El Rey le ha dicho á don Lucio que ¿quién era él?

Leoc. La Reina le ha preguntado qué ¿quién era ella?

Ven. Luego ha venido el alcalde.

Leoc. Luego el caballerizo: y ya no hay amonestaciones, y hay indulto, y un consejo y una órden.... y se divulgará el lance.... y dentro de media hora.... ya verá usted.

Juan. Lo que es hasta ahora estoy á ciegas.

ESCENA X.

DOS CRIADOS Y DOS CRIADAS, TRAYENDO PRENDAS DE VESTIR; DICHOS.

Criado. Señor amo, aquí está la ropa.

Criada. Señorita, cuando usted quiera.

Leoc. Hablen ustedes; que detrás del biombo bien puedo oirlos. (*Ella y las dos criadas se colocan detrás del biombo.*)

Ven. Señor don Juan de mi vida, voy á explicar á usted la rara situacion en que usted me encuentra, embrollado con una boda que ha de sembrarse, nacer, crecer y madurar en un periquete. ¿Me permite usted que en su presencia me vista?

Juan. Es usted muy dueño. (*Don Venancio se muda de peluca, chupa y casaca.*)

Leoc. (*Detrás del biombo.*) Papá, repito que disponga usted libremente; pero préstele un traje á Juanito por sí ó por no.

Ven. Sí, ya entiendo. Vé á buscarlo, Tomás. (*Vase el criado.*) Amigo don Juan de las Viñas, su majestad para atajar las murmuraciones que ha de producir el desafío de don Lucio y usted, quiere que Leocadia se case al instante.

Juan. ¡Cielos! ¿Con quién?

Leoc. (*Detrás del biombo.*) Con el que yo prefiera: tal es la augusta voluntad de la Real Persona.

Ven. Me hallo, pues, en el caso de conferenciar con usted gravemente sobre el particular.

Un Criado. (*Volviendo con un vestido.*) Aquí está la ropa, señor don Juan.

Juan. ¿Y me he de encajar yo eso?

Leoc. (*Detrás del biombo.*) Haga usted lo que se le mande.

Juan. Veamos en qué pára esta funcion. (*Se quita su ropa.*)

Ven. Por fortuna parece que á Leocadia no se le habia arraigado mucho la aficion al caballero Quiñones.

Leoc. (*Detrás del biombo.*) ¡Qué pesadez! Corre pronto esa jareta, Martina.

Juan. ¡Oh! El sermon que yo le eché esta mañana era capaz de ablandar á un risco.

Ven. Usted por su parte me confesó que estaba prendado de la chica: usted hizo igual declaracion á don Lucio: don Lucio se lo contó á Leocadia: Leocadia lo sabe....

Juan. (*Enajenado.*) ¡Ah! Y yo sé tambien cómo debo aprovechar tan feliz coyuntura. (*Acercándose al biombo.*) ¡Leocadia, Leocadia hermosa! y bien... si sabe usted eso, ¿qué es lo que usted me dice?

Leoc. (*Detrás del biombo.*) ¿Yo?... Vístase usted.

Juan. ¡Dios mio! ¡qué dicha! Yo dudo si lo entiendo, yo dudo si me equivoco. Señor don Venancio, á usted acudo para....

Ven. Hombre, vístase usted.

Una Criada. (*Detrás del biombo.*) Señor amo, la señorita está mirando á don Juan por un agujero, y no se deja aviar. ¡Ay!

Ven. ¿Qué ha sido eso?

Criada. (*Detrás del biombo.*) Un pellizco atroz.

Juan. (*Junto al biombo.*) Leocadia, vida mia, perdone usted mi turbacion, mi sorpresa....

Ven. Que se pone usted la chupa al revés.

Juan. ¿Quién piensa en la chupa ahora que...?

Ven. Ahora que se trata de casaca: es verdad.

Juan. Un sueño creo que es lo que me está pasando; pero¡ qué sueño tan delicioso! Ya por fin descubro los afectos de mi corazon,

por fin me conozco. Sí, Leocadia mia, desde el momento que la he visto á usted, la he amado: mi amor, sin sospecharlo yo, me ha hecho por instinto impedir la fuga de usted, hablar con su padre, deslumbrar á mi rival y dejarme conducir á esta casa. Leocadia, Leocadia mia, yo no la merezco á usted: yo no merezco ni alzar los ojos á mirarla. Desde aquí (*arrodillándose junto al biombo*) la adoro á usted postrado, porque en su presencia no tendria valor para estampar mis labios en esa mano hermosa, prenda de mi ventura.

Leoc. (*Sacando la mano por un agujero del biombo.*) Tómela usted sin verme. (*Juan la besa repetidas veces.*)

Ven. Basta, basta, hombre: avíese usted; no se impacienten sus majestades.

Juan. ¡Justo cielo! ¡Yo sin bienes, sin padres, sin ser conocido de ustedes, yo yerno de usted!

Ven. Media una órden del Rey, el cariño de una hija mimada, la poca aprension de un padre, y un viaje á Indias donde todo el mundo hace papel.

Juan. ¡Qué injusticia tan grande hacia yo al saber de la Providencia! Figúrese usted que amostazado de que mi honradez solo me atraia desgracias, me habia propuesto el absurdo sistema de hacer todo lo contrario de lo que me dictase mi corazon.

Ven. Yerno mio, usted (sin vanidad) es un poco simple; y como su corazon, aunque honrado, no le dictaria mas que imprudencias; el modo de acertar y proceder con cordura, era practicar todo lo contrario. Hay honradeces muy estúpidas, amigo Juan.

Juan. ¡Calle! Pues bueno seria que tuviese usted razon. Recapitulemos. El primer acto de mi sistema fué abandonar á la que yo tenia por madre, que andaba triste y despegada conmigo.

Ven. Si usted estorbaba, hizo bien en quitarse del medio.

Juan. Luego Leocadia me pidió su amparo, y se le negué.

Leoc. (*Detrás del biombo.*) Hizo usted bien, porque de lo contrario hago yo un disparate.

Juan. Luego le emboqué á usted el cuento del galanteo de don Lucio.

Ven. Hizo usted bien, porque peligraba mi honra.

Juan. Luego dije á don Lucio que yo amaba á Leocadia.

Ven. Hizo usted bien, porque así se le desahuciaba y nos librábamos de él.

Leoc. (*Detrás del biombo.*) Hizo usted bien, si dijo verdad.

Juan. Sí que la dije, sino que aun no habia caido en ello. Pero ¿y el haber rehusado un desafío?

Ven. Fué muy bien hecho, porque el duelo es un crímen.

Juan. ¿Y el haber querido quebrantar el arresto?

Ven. Entonces he conocido yo toda la delicadeza de usted.

Leoc. (*Detrás del biombo.*) Y yo.

Juan. Resulta que sin saberlo me he portado como un Salomon. ¡Viva mi fortuna! ¡viva mi sistema! Pero no: muera para siempre: desde ahora lo abandono y declaro que ya no rige.

Ven. ¿Por qué?

Juan. ¿No lo adivina usted? Porque lo que ahora me dicta mi corazon, y yo ejecuto, es aceptar con entusiasmo este enlace; y segun mi sistema lo deberia rehusar.

Ven. ¡Toma! es que el rehusarlo seria una necedad tan grande como lo hubieran sido las que usted ha evitado: este caso no entra en regla comun.

ESCENA XI.

DON GORGONIO, CON UNA CARTA EN LA MANO; DICHOS.

Gorg. Santas y buenas tardes, señores.

Ven. Felices.

Juan. Felicísimas.

Gorg. Señor don Venancio, don Roque acababa de salir de su tienda; pero habia dejado para usted esta carta, por lo cual se la traigo á usted.

Ven. Désela usted á don Juan, que á él le pertenece.

Juan. ¿A mí? ¿Y qué viene á ser esto?

Ven. Tal vez halle usted ahí noticias acerca de su familia.

Juan. ¿De mi familia? En entrando yo en la de usted, lo demás..... (*Abre la carta.*)

Leoc. (*Saliendo de detrás del biombo, ricamente vestida.*) ¿De la familia de Juanito se trata?

Juan. ¡Ah! ¡qué hermosa está usted!

Ven. Veamos, veamos.

Juan. (*Lee.*) « Señor don Venancio Morales Valdeperal: Muy señor mio... » (*A Leocadia.*) Es que parece usted un serafin... (*Lee.*) « No pudiendo, como ya le

previne á usted, ilustrarle mas en órden á los padres de Juan de las Viñas... »

Gorg. (*Aparte.*) Ya sabia yo que seria bien poco.

Juan. (*A Leocadia.*) El pico del peto está torcido. (*Lee.*) « Mandé llamar, segun quedamos, á Cosme Candiles, el santero del San Blas... »

Gorg. (*Aparte.*) ¡Maldita ocurrencia! ¿Qué habrá dicho ese diablo?

Juan. (*Lee.*) « Y suyos son los datos que á usted comunico. » (*A Leocadia.*) En el hombro tiene usted cogido el encaje con el escote.

Ven. Hombre, usted se emboba contemplando á la chica, y á cada renglon hace una pausa. Dé usted aquí. (*Quítale el papel.*)

Leoc. Lea usted pronto; que hay mucho que hacer.

Ven. (*Lee.*) « Candiles... de San Blas... El susodicho Candiles declara que llevó desde Madrid á Cuenca á Juan de las Viñas de edad de tres meses, y le puso en manos de Bárbara Robles por encargo de una persona desconocida. »

Gorg. (*Aparte.*) Bien.

Juan. Esa Robles es la que he tenido por madre.

Ven. (*Lee.*) « Declara asimismo el referido Candiles, con toda seguridad y certeza, que acerca de los padres del expresado Juan de las Viñas nada sabe de fijo. »

Gorg. (*Aparte.*) Salí del susto.

Ven. Pues, señor, el informe del tio Candiles puede arder en un candil. ¡Vaya un...!

Leoc. (*Cogiendo á su padre el papel.*) Si se interrumpe usted así, no acabaremos: yo seguiré. (*Lee.*) « Nada sabe de fijo; pero segun lo que oyó á cierto sujeto que hoy se halla en Madrid... »

Gorg. (*Aparte.*) ¡Diantre!

Leoc. (*Lee.*) « El padre del mencionado Juan de las Viñas fué... el difunto... » (*Soltando el papel.*) ¡Dios mio! ¡qué horror! ¡qué horror! (*Huye á su cuarto.*)

Juan. ¡Leocadia!

Leoc. No se me acerque usted. (*Entra y echa la llave.*)

Ven. ¡Qué diantres le pasa! (*Coge el papel y lee.*) « El padre del mencionado Juan... fué... » (*Suelta el papel.*) ¡Vírgen de los Enebrales! ¡qué descubrimiento! (*Dirígese á su cuarto.*)

Juan. ¡Señor don Venancio!

Ven. ¡Apártate de mí, infeliz! (*Entra y cierra.*)

Juan. Pero, señor, ¿quién es mi padre? (*Coge el papel.*) Salgamos de dudas. (*Lee.*) « El padre del mencionado fué... » (*Soltando el papel.*) ¡Jesucristo! Yo no sobrevivo á este golpe. Voy á precipitarme en el pozo de la huerta. (*Vase.*)

Gorg. Pero ¿qué demonios dice ese papel, que vuelve loca á esta gente? Leamos. (*Coge el papel y lee.*) « El padre de Juan de las Viñas fué el difunto ejecutor de justicia de esta Villa y Corte. » ¡El ejecutor! El verdugo. ¡Ah! Ya lo adivino: bien fácil es. Pero ¿cómo habia yo de acordarme al pronto de lo que le dije á Cosme veinte años há? En fin, si el muchacho se ahorca de rabia, pleito por menos.

ESCENA XII.

DON LUCIO, DON GORGONIO; LUEGO DON VENANCIO.

Lucio. El señor don Juan de las Viñas ¿está por acá?

Gorg. Ha salido á tomar el fresco.

Lucio. ¡Carambita! su majestad me enviaba á que me reconciliase con él.

Ven. (*Saliendo por la puerta del fondo.*) Toma ese dinero, infeliz: huye donde nadie te... (*Reparando en don Lucio.*) Caballero, perdone usted. ¿Quién es usted?

Lucio. Soy don Lucio Quiñones.

Ven. ¡Don Lucio! El que me... el que la... Muy señor mio.

Lucio. Vengo de Atocha, donde acabo de recibir una gracia de su majestad despues de haber recibido otra: total dos. Principio por pedir á usted el perdon mas humilde. ¡No lo volveré á hacer mas, no!

Ven. ¿Viene usted de Atocha, eh? Su majestad ¿nos estará esperando?

Lucio. Por momentos.

Ven. Su majestad ¿se disgustaria si no se efectuase la boda?

Lucio. Le he oido decir que tenia empeño formal en ella.

Ven. ¡Empeño! Está visto, seria un escándalo el excusarse. Señor don Lucio, usted ha querido á Leocadia.

Lucio. Y la quiero todavía; pero...

Ven. Usted será su esposo.

Lucio. ¡Carambola! Pero es que ya...

Ven. Usted lo será, usted lo va á ser. Venga usted conmigo.

Lucio. Mire usted que Leocadia...

Ven. Leocadia ha de hacer lo que yo le mande, ó le costará la vida. Sígame usted.

Lucio. ¡Caramba! Atiéndame usted.

Ven. Sigame usted.

Lucio. Señor, que yo...

Ven. Señor, que yo lo quiero. Venga usted, venga usted. (*Llévaselo por fuerza.*)

ESCENA XIII.

DON GORGONIO, Y LUEGO JUAN.

Gorg. ¡Calla! ¿Con que al cabo don Lucio se casa con Leocadia, y entra en la boda el Rey? Y parece que don Venancio habia pensado antes en otro yerno: no podia ser sino Juan.

Juan. (*Subiendo por la ventana, trayendo un palo.*) ¡Un hombre solo! Sí, sí: esto es lo que debo hacer. (*Cierra la vidriera y despues la puerta del fondo.*)

Gorg. ¿Aquí otra vez este? ¡Ay Vírgen santa! — Oyes, oyes: ¿qué haces, chico?

Juan. ¿Qué hago, eh? Lo que debe hacer un hombre desesperado y dejado de la mano de Dios.

Gorg. El que está desesperado se ahorca.

Juan. Eso es lo que suele hacerse; pero no lo que se debe hacer. No debe uno ahorcarse, sino dejarse ahorcar: es mas cristiano, mas nuevo.

Gorg. Hombre, ¿quieres obligarme á que te ahorque yo?

Juan. No señor, ello vendrá por sus pasos contados. El camino del cadalso es el delito: yo quiero delinquir.

Gorg. Delinque tú solo; déjame huir para no ser tu cómplice.

Juan. Yo no le quiero á usted para cómplice, sino para víctima.

Gorg. ¡Juanito!

Juan. No hay Juanito que valga. En la huerta me he encontrado con el pozo abierto de par en par, que no parecia sino que me convidaba á sepultarme en su seno...

Gorg. ¿Y porqué has rehusado el convite?

Juan. Porque no he querido meterme en honduras. Allí cerca ví este garrote...

Gorg. ¡Juanito!

Juan. Y al momento comprendí que era el instrumento de muerte destinado á mí...

Gorg. ¿Para matarte?

Juan. Para matar con él al primero que hallara.

Gorg. ¡Animas benditas!

Juan. El primero ha sido usted: póngase bien con Dios, porque para merecer la horca, para ir al palo, voy á principiar por deslomarle á usted de una paliza.

Gorg. ¡Favor!

Juan. (*Echándole mano.*) Le ahogo á usted si chista, le derriengo si calla: escoja usted.

Gorg. ¡Juanito! — Válgame Dios! Yo no sé que decirle para ablandarle. — Juanito, recuerda nuestras antiguas relaciones.

Juan. Así será mayor el delito y mayor la pena, mejor para mí. ¡Muere á mis manos! (*Apalea á don Gorgonio.*)

Gorg. (*Huyendo.*) Juanito, por Dios, que estás engañado, que yo he conocido á tu padre.

Juan. Razon mas para que te acogote. Toma.

Gorg. Que no es eso: que tu padre era un caballero ilustre.

Juan. Eso lo dice usted por salvar su pellejo. Zurrido.

Gorg. Créeme: á fe de Gorgonio Grajales Ladron de Guevara. Tengo testimonios irrecusables, auténticos...

Juan. ¿Pues qué? ¿No era mi padre verdugo?

Gorg. Sí; pero...

Juan. (*Dándole.*) Toma.

Gorg. Hombre, no, no: óyeme. Verdugo era; pero él no era el verdugo.

Juan. Toma, para que te vengas con retruécanos.

Gorg. Era Verdugo de apellido; de oficio no.

Juan. ¿Será posible? ¡Verdugo de apellido! ¡apellido noble! Pero ¿cómo lo confundió el santero?

Gorg. Le dije... le... le deslumbré yo.

Juan. Es decir que le engañó usted.

Gorg. Fué con la verdad.

Juan. ¿Y á qué vino ese engaño?

Gorg. A que tus padres... — Hombre, tira ese palo, si quieres que me explique. (*Juan lo tira.*) Tus padres, que estaban proscritos por haber sido secuaces del archiduque, murieron ocultos en mi casa, donde tú naciste.

Juan. ¿Y por qué me hizo usted hijo de nadie sin mi permiso? ¿por qué? (*Coge el palo.*)

Gorg. Tente, y te devolveré el dinero de tus padres que guardo todavía: tente, por Dios.

Juan. ¿Con qué usted me ha robado mi herencia?

Gorg. Robarla no: me quedé con la mitad en remuneracion de haber escondido en mi casa á tus padres, y la otra mitad se la dí á tu madre adoptiva en Cuenca.

Juan. ¡Y se hizo usted nuestro adminis-

trador para alzarse tambien con esa parte de mis bienes! De modo que pudiendo yo vivir cómodamente con lo mio, aun he tenido que ser gravoso á mi pobre nodriza. Es menester de todos modos acabar con usted. (*Le apalea.*)

Gorg. ¡Socorro! ¡socorro!

ESCENA XIV.

El Alcalde y Alguaciles; luego Don Lucio, Don Venancio y Leocadia; Dichos.

Alc. (*Abriendo la puerta del fondo de una patada.*) ¿Qué alboroto es este? ¿qué pasa aquí?

Gorg. Señor alcalde, sálveme usted de este verdugo.

Juan. Señor alcalde, préndame usted á ese ladron.

Lucio. (*Saliendo, como que huye de don Venancio.*) Señor alcalde, haga usted que me escuche este hombre.

Ven. Señor alcalde, mande usted á ese frugívoro que se deje casar.

Leoc. (*Que ha salido deteniendo á su padre.*) Señor alcalde, sáqueme usted de aquí y lléveme á un convento.

Alc. Por supuesto, al de Atocha: allá vamos todos.

Lucio. ¡Carambita! ¿Me dejarán ustedes hablar? Yo no puedo casarme, porque acabo de aceptar un beneficio eclesiástico: voy á ser abate.

Ven. ¿Abate? ¿Y quién se casa con mi hija?

Leoc. Ya que no ha de ser el señor (*por Juan*), ninguno.

Juan. (*Casi sin poder hablar de gozo.*) Es que... Leocadia mia... es que... señor don Venancio... es que... señor alcalde... es que ya puedo casarme yo.

Ven. ¿Habiendo sido su padre de usted verdugo?

Juan. Lo fué como yo: todos en mi familia hemos sido Verdugos, con muchísima honra, porque este es el apellido de mi familia.

Ven. ¡El apellido!

Leoc. ¡Ah!

Ven. ¿Es creible?

Gorg. Es cierto, indudable. Una equivocacion del santero. Yo tengo las pruebas y las presentaré á su majestad. El señor es verdugo como yo soy ladron.

Juan. Usted lo es de...

Gorg. Sí, Ladron de Guevara: y tú eres Verdugo de...

Alc. De las Viñas.

Gorg. (*Resintiéndose.*) De Costillares. Yo he sido hasta hoy depositario de ese secreto.

Juan. Y de otras cosas.

Gorg. Pero hoy restituyo al señor su nombre y demás.

Alc. ¡Señor don Juan Verdugo de Costillares!

Ven. ¡Yerno mio!

Leoc. ¡Juanito mio!

Alc. ¡Ahijado mio!

Ven. ¡Qué susto nos has hecho pasar!

Juan. Todo el mal ha consistido en haberme separado de mi sistema: y si no vuelvo á él y apaleo al señor...

Alc. ¿Con que llegó usted á darle á don Gorgonio?

Juan. ¡Oh! pero de firme! El señor lo puede decir.

Gorg. (*Llevándose la mano á la espalda.*) Testimonios hay.

Ven. ¡Qué atropello!

Leoc. ¡Pobre vecino!

Juan. Pero la virtud de ese talisman prodigioso (*Señalando el palo.*) ha hecho al señor confesar que conserva en su poder bienes de mis padres.

Alc. ¡Hola, hola!

Ven. Entonces has obrado perfectamente. Hay árboles que dan á palos el fruto.

Juan. Ahora me acuerdo de que mi madre me encargaba que hiciese hablar al señor de cualquier manera. Tiene usted razon, suegro: he hecho perfectamente. Ya ve usted, don Gorgonio: la obediencia filial...

Ven. Don Gorgonio debe alegrarse de que le hayas excusado un pleito.

Alc. Que lo hubiera perdido con costas.

Gorg. Me hubieran dolido menos que las costillas.

Alc. Pero ¿qué hubiera sido de usted si le hubiese cogido la muerte poseyendo lo ajeno?

Leoc. ¡Ay! quizá debe usted su salvacion eterna á mi Juan.

Gorg. Vaya, pues... gracias por todo al señor don Juan.

Juan. Mande usted, don Gorgonio, mande con franqueza sobre el particular.

ESCENA ULTIMA.

El Caballerizo de Su Majestad, Dichos.

Cab. Señores, está un coche de su majestad á la puerta para conducir á los indi-

viduos de la boda. ¿Se hallan prontos ustedes?

Leoc. El papá sí.

Ven. La novia tambien.

Alc. El padrino y testigos tambien. (*A don Lucio y don Gorgonio.*) Ustedes lo serán.

Cab. ¿Y el novio?

Juan. ¡Qué pregunta! Por supuesto que el novio... Pero ¡qué digo! El novio no.

Todos. ¿Cómo?

Juan. Como que no: ¡estoy escarmentado! La única vez que he cedido á mi natural impulso, he recibido una noticia horrible: si hago lo mismo ahora, me va á suceder otro percance.

Alc. Pero, hombre, ¿quiere usted casarse? Sí ó no.

Juan. Quiero casarme; pero voy á decir que no quiero.

Ven. Entonces ¿cómo te han de casar?

Leoc. ¡Juanito!

Juan. Compónganse ustedes como gusten: yo no quebranto mi sistema: yo no me dejo casar voluntariamente.

Ven. Pues mi honor está ya comprometido, y la boda ha de verificarse.

Leoc. Yo estoy comprometida tambien.

Alc. Y yo, como alcalde y como padrino.

Cab. Y sobre todo la voluntad del soberano. Tiene usted que casarse por fuerza.

Todos. Eso es, por fuerza, por fuerza.

Alc. Alguaciles, cojan ustedes al novio y llévenle al coche.

Todos. Al coche, al coche.

Juan. Basta, señores: eso ya es otra cosa. Cuando se me violenta, lo que mi ánimo me dicta es resistirme á todo trance: debiendo segun mi sistema hacer todo lo contrario... lo contrario de resistir es obedecer.

Ven. ¡Gracias á Dios!

Juan. Leocadia mia, estoy á tus piés. Señores mios, estoy á sus órdenes. Señor don Gorgonio, despues ajustaremos cuentas. No corre prisa: cuanto antes mejor.

Leoc. ¡Ay! Vámonos, vamos: no se impaciente su majestad.

Juan. Al revés de lo que siento
(*Al público*
Procedo, y atino así:
Haga el auditorio aquí
Lo mismo en este momento.
Si es que ha quedado contento,
Con no aplaudir lo dirá:
Si es que disgustado está,
Retumben estas paredes
De aplausos: verán ustedes
¡Qué pesadumbre nos dá!

OPÚSCULOS VARIOS

EN PROSA.

HISTORIA DE DOS BOFETONES.

1839.

PRIMERA PARTE.

De la iglesia de San Sebastian de Madrid salia á la calle de las Huertas un dia de pascua de Pentecostes, hará siglo y medio con poca diferencia, un mendigo tan andrajoso como lucio y colorado, con un ojo y un pié menos, una joroba mas, dos muletas, cien remiendos y cien mil marrullerías. Bajaba resueltamente la calle, harto desigual y barrancosa entonces, avanzando seis piés burgaleses de cada tranco, y deteniéndose alguna vez á excitar la conmiseracion de los fieles que subian á la parroquia, hiriendo sus oidos con mil estudiadas fórmulas de pordiosear, articuladas en voz aguardentosa y aguda. Brincando y pidiendo, bendiciendo á unos, renegando de otros y estorbando á todo el mundo, llegó á las últimas casas de la calle vecinas al Prado, y se paró delante de una de buena apariencia, como recien construida, limpio aun el desnudo ladrillo de la fachada, sin orin todavía los clavos de la puerta, blanca la madera del ventanaje, y acabada de esculpir sobre el friso de la portada en caractéres legibles á la media hora de estudio, esta inscripcion que trasladamos al pié de la letra, y que parece queria decir: *Resucitó al tercero dia, año mil seiscientos, María, Jesus, José, setenta y ocho.*

RRESSVR REX Y TTERCIA DIE
AN. 16 MAR. IHS. IPH. 78.

(Entre paréntesis, esta fecha de la resurreccion del Señor me parece algo atrasada.)

Allí el astroso pordiosero, esforzando la robusta voz de que estaba dotado, comenzó á demandar limosna, pasando lista á todos los santos del calendario; y cabalmente al nombrar al glorioso fundador de la venerable órden *tercera*, se oyó un suave ceceo detrás de las espesas celosías de una reja, correspondiente á la casa flamante que observaba el cojo, el cual oido el reclamo, atravesó de un brinco la calle, echó un papel y tomó otro por debajo de la celosía, recogió por delante de ella unas monedas, soltó un « el Señor la corone de gloria, » y emparejó calle arriba listo como un cohete, clamando á grito pelado: «Por la invencion de San Estéban, hermanitos, una caridad á este pobre lisiado. »

Pocos momentos despues los postigos de aquella reja se cerraron con estrépito, se oyeron voces de mujeres, unas humildes como de quien pide silencio, y otras imperiosas como de quien manda obediencia; y al cabo de un rato se abrió la puerta y salieron dos damas limpia y honestamente vestidas; pero sin paje, ni dueña, ni rodrigon, ni criada. Cubiertas con sus mantos, no era fácil adivinar su clase por lo señoril ú ordinario del rostro: el hábito del Cármen que llevaban, lo mismo convenia á la rica que á la pobre, á la tendera que á la titulada; pero el rosario devanado á la mano izquierda de cada una de las dos tapadas, labrado de filigrana de oro, con medallas preciosas y una cruz sembrada de diamantes, revelaba la riqueza que se encubria en el modesto atavío de la persona. Santiguáronse las dos al atravesar el umbral, y la que venia detrás dijo á la primera con voz

grave y no muy recatada: «Cuidado, doña Gabriela, con lo que te he prevenido; tú ya debes considerarte como casada, porque el señor don Canuto de la Esparraguera debe llegar muy pronto á recibir tu mano. Basta de devaneos; que si llego á cogerte otro papel, allá de tu ingenioso Gonzalvico, por el siglo de mis padres que le he de dar ocasion para que encarezca en veinte sonetos la grana de tus mejillas.» Doña Gabriela respondió con voz tan sumisa y apagada á esta amorosa insinuacion en forma de apercibimiento, que solo se le pudo entender la palabra *madre*, tras un suspiro ahogado entre los pliegues del velo. Y con esto la madre y la hija se encaminaron á San Jerónimo, donde tocaban á misa mayor, dejando adivinar el desabrido silencio que una y otra guardaban, la poco airosa celeridad del paso y el violento manejo de los mantos, que si los hubiesen alzado entonces, hubieran dejado ver dos caritas ajenas de toda consonancia con la festividad de aquel dia, que ya hemos dicho era de *pascua*.

¿Qué habia sido entre tanto del ágil correo con joroba y muletas? El cojo mientras tanto habia ya dado cuenta de su encargo en el atrio de San Sebastian á un caballero muy atildado de bigotes, pero algo raido de ropilla; y mientras el galan, vista la carta de doña Gabriela, iba á su casa y escribia la urgentísima respuesta que su enamorada le pedia, ya el correveidile habia evacuado tres ó cuatro negocios de igual especie, habia visitado media docena de tabernas, y antes que principiase el sermon en San Jerónimo, ya se hallaba á las puertas del convento aguardando ocasion de cumplir con un nuevo mensaje para Gabriela, encontrándose con ella al tiempo que saliese del templo el numeroso concurso que asistia al santo sacrificio.

Era entonces la iglesia de los padres Jerónimos inmediata al Prado, que de ella tomaba el nombre, mucho mas concurrida que lo ha sido en estos calamitosos tiempos que hemos alcanzado. En aquella época en que habitualmente se combinaba la holganza con la piedad, se iba á misa á San Jerónimo como si dijéramos: «por atun y ver al duque,» porque antes ó despues, ó despues y antes, se paseaba el Prado, el cual á la sazon merecia este nombre legítimamente, pues no era su suelo como ahora un tablar de monótona infecunda arena, sino una vistosa alfombra de lozana yerba salpicada de frescas flores. Agolpábase la muchedumbre de curiosos á las puertas del templo para ver entrar y salir á las hermosas, y aprovechar una sonrisa, una palabra ó cosa de interés mas alto, y agolpábanse por consiguiente allí los que acuden siempre adonde se reune gran gentío: vendedores, ociosos y pedigüeños. Fruteras despilfarradas, bolleros sucios, alojeros montañeses harto mas á propósito para terciar la pica que para portear la garrafa, demandantes para monjas, para frailes, para hospitales, para presos, para una necesidad, para una dote, para mandar pintar un ex-voto, para comprar un cilicio, todos se apiñaban á las puertas del convento; y estimulados los unos por su interés, los otros por un santo celo (que viene á significar lo mismo) disputaban sobre el puesto, lo defendian ó usurpaban á fuerza de juramentos y cachetes; y cuando acabada la funcion, la gótica puerta vertia revueltas oleadas de pueblo, confundiendo en completa anarquía sexos, edades y condiciones, un grito general compuesto de mil se elevaba por el aire, y penetrando por las prolongadas naves del lugar santo, parecia al oir aquel ruido sordo bajo la empinada bóveda que las venerandas efiges, inmóviles pobladores de altares y nichos, murmuraban entre sí ofendidas de aquel escandaloso estrépito, codicioso y profano.

Apenas doña Gabriela y su madre, menguado el ímpetu de la multitud que las habia llevado á gran trecho de la puerta, pudieron caminar por voluntad propia y se detuvieron á reparar el desórden de los mantos y vestidos, fueron conocidas de la turba postulante; y en un abrir y cerrar de ojos se formó en torno de ellas un triple muro de chilladores espectros. Afamada por su caritativo corazon doña Lupercia (que no es justo se ignore el nombre de una mujer benéfica), así acechaban los necesitados su manto, su rosario y su vestido, como una enamorada pescadora la vela del barco de su marinero. Era de ver la grita, el ahinco, el afan con que los pobres acosaban á la madre y á la hija. Un ciego, apisonando con su palo los piés de sus colegas á título de reconocer el terreno, se empeñaba en que le comprase Gabriela un romance de un ajusticiado; otro le ofrecia una jácara á lo divino donde, sin que la inquisicion se escandalizase, se calificaba al pan eucarístico de *pan de perro;* otro mas sagaz le presentaba la historia de los amores del conde de Saldaña, y conseguia ser atendido el primero. Doña Lupercia mientras tanto reñia al uno, preguntaba al otro por su mujer, limpiaba la moquita á una mu-

chacha, tiraba á un chicuelo de las orejas, y distribuia el bolsillo segun las leyes de la equidad y de la justicia. Daba un real de á ocho á un infeliz que medio escondido entre los demás apenas se atrevia á implorar un socorro con la mirada de la necesidad y del encogimiento; pero al ver á un ex-trompeta, que apestando á tabaco y zumo de vides decia con harto mal modo: « Distinga voacé de personas, y acuérdese, voto á Bruselas, de que ricos y pobres, todos los hijos de Adan somos hermanos, » la discreta señora buscaba el ochavo mas ruin del bolsillo, y entregándoselo al grosero con aire, le replicaba: « Tome, señor soldado; que si todos *sus hermanos* le dan otro tanto, millones puede regalar al Rey de España. »

Un grupo de damas y caballeros, de cuya alta jerarquía daba testimonio otro grupo de lacayos poco distante, se acercó en esto á las dos misericordiosas tapadas, cuyos nombres habian oido entre las bendiciones de los desgraciados á quienes socorrian. Abriéronles paso los mendigos, y la madre y la hija se levantaron entonces los velos. La madre contaba ya cuarenta y cinco otoños, y aun era hermosa: la hija era lo que la madre habia sido á los veinte abriles, una preciosa jóven. Al ver Gabriela á unas amigas suyas entre las damas que venian á saludarla, asomó á sus labios una sonrisa, graciosa sí, pero insuficiente á disipar cierta nube de tristeza que empañaba su semblante, animado antes y rubicundo, y ya pálido y ojeroso. Los recien venidos, despues de los comedimientos ordinarios, dirigieron á Gabriela repetidos parabienes de su próximo enlace, que ella oia clavados los ojos en el suelo, no sabemos si por modestia ó disgusto. Uno de los caballeros que allí se hallaban, atormentaba su escasa imaginacion buscando hipérboles y piropos con que encarecer la felicidad de una novia, cuando en mala hora para ella descubrió su madre un brazo envuelto en una manga, toda rasgones y zurcidos, que penetrando el corro, buscaba la mano de la confusa y distraida desposada, la cual á pesar de su confusion, recibia disimuladamente un papel que procuraba ocultar en el pañuelo. Arrojóse doña Lupercia á su hija con la celeridad del águila, quitóle el billete, miró el sobrescrito, conoció la letra, y dejándose arrebatar de la ira, en nadie mas violenta que en una mujer devota, levantó furiosa la mano y descargó sobre doña Gabriela el mas recio bofeton que mejillas femeniles soportaron jamás. « Se lo habia prometido (perdóneme el Señor el enfado), » decia doña Lupercia, mientras la triste jóven, casi muerta de rubor, se tapaba con el velo para ocultar su llanto. Y despidiéndose apresuradamente de aquellos señores, cogió á su hija del brazo, y se la llevó de allí, todavia mas aprisa que habian venido. Los mancebos del corro se rieron de la madre, las doncellas se burlaron de la poca destreza de la hija, las madres dijeron que estaba bien hecho lo que no sabian á punto fijo por qué se habia hecho; y al cabo de cinco minutos en que se habia hablado de salmon, de comedias, de peinados, del flato y del gran turco, ya nadie se acordaba de una cosa tan insignificante como un bofeton dado *coram populo* á una niña casadera.

¿Y creerán nuestras amables lectoras (á quienes libre Dios de tan duros trances) que la severísima doña Lupercia se contentó con la afrentosa correccion que habia impuesto á la apasionada doncella? Nada de eso. Así que llegó á su casa, y antes de quitarse el manto, pidió la llave del cuarto oscuro y encerró en él á su hija, retirándose sin decirle ni una sola palabra; pero dejándole sobre una mesa una luz, un rosario, sus capitulaciones matrimoniales, y un tratado de agricultura. No hay que pensar que doña Lupercia tomase un libro por otro: el tratado de que hablamos, obra de un religioso sapientísimo, amigo de la familia, á vueltas de las instrucciones para el cultivo de la zanahoria y del puerro, contenia excelentes consejos de moral para las jóvenes, llegando á tal punto el esmero y minuciosidad del reverendo autor, que les prescribia lo que debian hacer cuando les aconteciese hallarse á solas con un hombre mal intencionado; y les aconsejaba que al salir de casa mirasen si les colgaba algun hilacho, ó si llevaban mal atadas las ligas. La lectura, pues, de algun capítulo de dicha obra era muy del caso en tal ocasion.

Aquella noche entre doce y una penetró con mucho sigilo una criada en la prision de Gabriela, y le entregó otro billete de su amante, instruido ya por el cojo del doloroso suceso de la mañana. Gabriela se apoderó con ansia de la pluma y del papel que le traia la sub-comisionada del cojo, y de un tiron escribió estas palabras: « Líbrame del poder de mi madre, Gonzalo mio, porque jamás seré esposa de un hombre, que aunque honrado, discreto y rico, tiene una cicatriz en la cara, no es capaz de escribir una redondilla, y se llama don Canuto. » Aquí llegaba, cuando acordándose del bofeton y

temiendo que podria no ser el último, rasgó el papel y dijo con resolucion á la mensajera: « Vete, y dí á don Gonzalo que ni me escriba, ni me vea, ni vuelva á pensar en mí en toda su vida. »

Quince dias despues, mientras su madre estaba en el jubileo, se halló doña Gabriela en su cuarto al anochecer con el mismo don Gonzalo en persona. « Sígueme, » prorumpió él: « todo está dispuesto para la fuga: dineros me faltan; pero arrojo me sobra: viviremos pobres en una aldea, pero felices. » Gabriela seguia maquinalmente á su galan, el cual habia ya pasado el umbral de la puerta, cuando recordando el tremendo golpe de la mano materna, recuerdo que llevaba consigo el de la promesa solemne hecha al caballero de la cicatriz, se paró, retrocedió, y cerrando de pronto el postigo, se quedó la dama dentro, y en el portal el desventurado amante, que no tuvo mas remedio que irse hácia el Prado á tomar el fresco, muy provechoso en ocasiones así.

Otros quince dias despues el cura de San Sebastian rodeado de una turba de curiosos, tapadas y muchachos, y asistido de sacristan y monacillos, preguntaba en la sacristía de la parroquia á doña Gabriela si queria por su legítimo esposo á don Canuto de la Esparraguera. Y aunque es de ley que todas las que se oyen dirigir tan tremendas palabras las escuchen con los ojos bajos, ello es que doña Gabriela, ó porque oyó alguna tos ó chicheo, ó porque sonó en el techo algun ruido que llamó su atencion y temió que se le desplomase encima, levantó contra el ceremonial la vista, y su mirada se encontró con la de don Gonzalo. Tuvo ya la novia en los labios la primera letra de un *no* claro y redondo, que no diese lugar á interpretaciones; pero acordándose en aquel momento del bofeton de pascua, miró á las manos de su madre, y pronunció sin titubear el fatídico *sí quiero.*

Cuatro años despues subia á San Jerónimo una señora bizarramente vestida de terciopelos y encajes, con diamantes en la frente y perlas al cuello, vertiendo salud y alegría su semblante lleno y colorado, emblema de la paz y la dicha, apoyando su carnoso brazo en el de un caballero con un chirlo en el arranque de las narices, y acompañada además de dos dueñas, dos pajes, dos niños y dos pasiegas con dos criaturas de pecho. Traia la feliz pareja una conversacion secreta, aunque al parecer muy festiva; y habiéndose parado un instante, dijo el caballero: « ¿Fué por aquí sin duda? » « Aquí fué, » respondio la noble matrona, fijando con amorosa expresion sus ojos hermosísimos en el semblante de su esposo. El caballero estrechó vivamente la mano de la virtuosa consorte, y le dijo en voz baja: « No me podrás negar que fué un bofeton bien aprovechado. »

SEGUNDA PARTE.

Era de noche, y un sereno de Madrid anunciaba las dos y media. Esto anuncia que hemos dado un salto superior al de Alvarado en la calzada de Méjico; y si añadimos que el sereno llevaba pendiente del chuzo un farol numerado, nuestros lectores conocerán que hablamos de estos felices tiempos de libertad y de estados excepcionales, de liceos y de represalias, de poesía y de miseria. Eran las dos y media de la noche, y dentro de un gabinete profusamente adornado con estampas de la Atala, de Ivanhoe, de Bug-Jargal y del Corsario, una interesante jóven de negros ojos y negra caballera, el rodete en la nuca y los rizos hasta el seno, se deshacia al amor de la lumbre en amargo llanto que inundaba sus mejillas medianamente flacas y descoloridas. Es comun decir que cuando llora una niña tiene algun hombre la culpa de su lloro; y esto era puntualmente lo que se verificaba con doña Dolorcitas del Tornasol aquella noche, porque hombre era el que habia escrito no sé qué cuento, novela ó drama que tenia en el regazo, y al héroe de aquella soñada historia, oprimido de imaginarios males por gusto del autor, iban consagradas las lágrimas de la sensible lectora. Por lo demás ningun hombre habia dado á Dolorcitas hasta entonces motivo de pesadumbre, porque á todos los veintiseis amantes que habia tenido hasta la edad que contaba (sin incluir en aquel número ningun galan del tiempo en que la niña iba á la maestra) á todos veintiseis habia dado calabazas, al uno por jóven, al otro por machucho; al uno por rico, al otro por no serlo; al uno por elegante, al otro por zafio. Aguardando que la suerte le deparase algun Arturo ó caballero del Cisne, todos le parecian Frentes-de-Buey y Cuasimodos. Esparcidos por el suelo estaban todavía los pedazos de un billete color de rosa, perfumado y con orla y sello

y canto dorado, primera entrega del vigésimo séptimo galan, hecha furtivamente aquellá noche en una academia de baile; pero téngase entendido á pesar de esto, que sin llegar el amante novísimo al modelo ideal que existia en la cabeza de la melindrosa niña, tenia sin embargo cierto aire ó traza novelera que agradaba algun tanto á la pretendida. Mientras ella se acongojaba por la infelicidad ajena á falta de la propia, el libro mal colocado en los pliegues de la amplísima falda que se escapaba de un talle de sílfida, cayó repentinamente en el brasero, cuyas ascuas devoraron en un punto la inocente márgen de las mentirosas páginas. Acudió Dolores á salvar del suplicio de la inquisicion á su héroe favorito; pero acudió tan tarde, que convertida ya en brasa gran parte de las hojas, el rápido movimiento de la mano libertadora al sacarlas del fuego, solo sirvió para hacer que brotase del libro consumidora llama que envolvió el brazo de la niña defendido solo por una delgada tela de algodon, fácil de inflamarse. Soltó Dolores asustada el libro, cayó este ardiendo sobre la falda, prendió en ella, y vióse en un momento rodeada de fuego y humo la señorita, que aturdiéndose entonces de todo punto, principió á correr por la casa como una loca, pidiendo auxilio con tan desaforadas voces como la ocasion requeria, y un poco mas, si cabe. Al estrépito que armaba, despertó no solo la única persona que vivia con ella (que era una anciana, tia suya), sino la vecindad entera: quién creyó que los facciosos estaban ya cantando el *Te Deum* en Santa María, quién que estallaba en Madrid un pronunciamiento en regla, quién que sus acreedores habian descubierto el undécimo asilo que habia mudado en cuatro semanas. Conmovióse toda la casa; los milicianos nacionales de ella se echaron las correas encima y salieron á los corredores á paso de ataque y haciendo la carga apresurada: y fué ciertamente un espectáculo notable el ver abrirse unas tras otras todas las puertas y ventanas que daban al patio y á la escalera, y asomar por ella viejos y viejas, mozos y mozas, chicos y chicas, cada cual con su luz en la mano; envuelto en un cobertor el uno, el otro en una capa, ellos sin calzones y ellas en enaguas; habiendo llegado á tanto la curiosidad de una vecina coja y medio cegarra, que al salir á informarse olvidó su muleta, y no se olvidó del anteojo. Mientras todos preguntaban y ninguno respondia, los gritos habian cesado, y por consiguiente la perplejidad era mayor. Era el caso que la respetable doña Gregoria (la tia de Dolores), puesta en pié al primer grito que oyó, habia saltado de la cama, y encaminándose hácia donde sonaban los alaridos, se encontró al atravesar la cocina con la atolondrada jóven, que ya no estaba para conocer á nadie; y gracias á las nueve arrobas que pesaba la buena anciana, pudo resistir el recio envion sin venir al suelo, y la que cayó hecha un ovillo fué la sobrina. La tia aprovechando aquella feliz coyuntura, hizo un esfuerzo para verter sobre Dolores un barreño de agua, y en un santiamen apagó el fuego y puso á la niña mas fresca que una lechuga. Desnudóla, llevóla á la cama, apaciguó el tumulto vecinal con dos palabras, volvió á la autora de él, vió que todo el daño que habia sufrido se reducia á un ligero chamuscon de rodillas abajo, y un rizo menos; con lo cual la prudente doña Gregoria se sosegó y principió á indagar la causa del incendio. «Ha de saber usted,» decia Dolores ya recobrada de su turbacion, «ha de saber usted, tia de mi alma, que de aquel lienzo que me regaló mi padrino, estaba haciendo yo unas camisitas que pensaba dar á los niños de la pobre viuda de la buhardilla, que están los angelitos que dá lástima verlos, cuando...» Al llegar aquí la relacion que, como ve el lector, no prometia mucha fidelidad histórica, salteó las narices de doña Gregoria un tufo á chamusquina que le hizo salir de la alcoba al gabinete, temerosa de nueva catástrofe; y casi debajo del brasero halló el lomo de un libro en rústica, cuyas hojas habian sido reducidas á pavesas. Apareció entonces toda la verdad del caso; amostazóse sobradamente la buena señora y apostrofó á su sobrina con los epítetos de embustera, desobediente, perturbadora del sosiego público, y romántica amén de esto, que le parecia peor que todo. Ella, para disculparse, habló de subterfugios inocentes y de irritabilidad de nervios, de consideraciones justas y de arbitrariedad doméstica, soltando de aquella boca tan copioso raudal de bachillerías, formuladas en la peregrina fraseología moderna, y acompañadas con tales suspiros, ayes y lágrimas, que la grave doña Gregoria, mas por ver si conseguia hacerla callar que por otra cosa, se atrevió á poner su mano irreverente y prosáica sobre aquellas mejillas de alfeñique. ¡Nunca tal hiciera la mal aconsejada tia! Allí los chillidos de Dolores cual si la mataran, allí el arrancarse frenética los ca-

bellos, allí el caer en un soponcio de media hora de duracion, y salir de él para entrar en una convulsion espantosa, en medio de la cual invocaba á todas las potestades del infierno, desgarraba las sábanas y aporreaba á su tia, que no tuvo mas remedio que pedir favor á los vecinos. Nuevo alboroto, nueva encamisada. La habitacion de Dolores se llenó de gente: unos se destacaron en busca de facultativos, otros por medicinas. « Sinapismos, » decia uno; « friegas, » replicaba otro; « darle á oler un zapato, » decia un señor antiguo; « darle con él en las espaldas, » decia una desenfadada manola. Por último, como todo tiene fin en este mundo, menos las miserias de España, á las dos horas y media de brega y baraunda cesó el síncope, y volvió en su acuerdo la irritable señorita, á tiempo que se deshacian tocando á fuego las campanas de la parroquia, donde engañado uno de los vecinos, habia ido á avisar así que oyó las voces del primer alboroto, sin haber podido conseguir hasta entonces que el sacristan despertase. Poco despues comenzaron á sonar las demás campanas de Madrid; acudieron las bombas de la Villa, los serenos, los celadores, los alcaldes, la guardia con dos docenas de aguadores embargados, los milicianos que estaban de imaginaria; y guiados todos por el diligente vecino, ocuparon la casa; y poco satisfecho el celo de los peritos de la Villa con la declaracion unánime de los interesados, invadieron los desvanes, subieron al tejado, descubrieron dos ó tres carreras, echaron una chimenea abajo y rompieron los vidrios de un tragaluz, con lo cual se retiraron plenamente satisfechos de haber cumplido su obligacion.

Pocos dias despues, el vigésimo séptimo galan de Dolorcitas recibia una carta en que la chamuscada niña le decia que era el único hombre que habia encontrado el camino de su corazon, y le rogaba que tendiera su mano protectora hácia una huérfana infelice, víctima de una tia bestial.

Tres meses despues anunciaba un periódico chismográfico de la Corte que una agraciada jóven de ojos negros, pelinegra y descolorida, se habia fugado de la casa de su tutora en compañía de un peluquero, llevándose equivocadamente él ó ella cierto dinero y alhajas que no pertenecian á ninguno de los dos.

Dos años despues en la feria de Jadraque obtenia los mayores aplausos una cómica de la legua llamada como nuestra heroina, representando en un pajar el papel de la Infanta doña Jimena; y al dia siguiente su alteza la señora Infanta dormia en la cárcel de la villa por disposicion de un alcalde celoso de la salud y de la moralidad pública.

Mes y medio despues un alguacil que habia traido de órden de un señor juez una ninfa de ojos negros á Madrid, como pueblo de su naturaleza, contaba á un colega suyo en un figon de la calle de Fuencarral, que la ninfa mencionada habia preferido una habitacion en el hospicio á vivir bajo la custodia de cierta parienta suya que no gustaba de monerías.

Otro mes y medio despues faltaba una noche una persona en el dormitorio mujeril de la casa de Beneficencia de esta Corte, y los dependientes del Canal de Manzanares á las cuarenta y ocho horas sacaban de aquellas cenagosas aguas el cadáver de una jóven con las manos puestas delante de la cara.

La jóven era la desventurada Dolores. Un castigo imprudentemente impuesto la condujo á la carrera del vicio; el mismo castigo hizo á Gabriela entrar en la senda del deber. A otros caracteres, otro modo de manejarlos: otros tiempos, otras costumbres.

Se publicó en el periódico titulado *El Panorama.*

EL LUNES.

1839.

LUNES 17 DE JUNIO.

Por aciago generalmente reputan al dia que los gentiles distinguieron con el nombre del Dios de la guerra; pero yo, aunque tengo particulares motivos para no emprender la apología del martes, creo que si puede ser considerado como fatal y funesto alguno de

los dias de la semana, tan triste privilegio corresponde al lunes sin duda. Y no alegaré en apoyo de mi opinion el influjo del vario planeta á quien este dia está consagrado: no, señores; ya no solamente no hay quien crea en las deidades del paganismo, sino que hemos llegado á tiempos tan calamitosos, que ni aun los partes militares insertos en la Gaceta nos merecen entera fe y crédito. La fatalidad del lunes proviene de que para muchos es dia de pereza, de ociosidad y de holganza, y dia por consiguiente de propension al vicio, que así enerva el espíritu como enflaquece el cuerpo.

Pero real y verdaderamente, ¿no se necesita una resolucion punto menos que heróica para decidirse á saltar de la cama un lunes, despues de haber pasado la noche del domingo en un baile ó el dia en el campo, bien de caza, bien de broma y jaleo? ¡Levantarse uno á trabajar cuando se le agolpan á la imaginacion los placeres de la víspera! ¡Cuando se acuerda uno tan deliciosamente de su pareja de rigodon ó de banquete, del salto que dió la ninfa al pasar el arroyo donde se le quedó el zapato, y donde hubiera caido sin el oportuno socorro de nuestros brazos que por primera vez estrecharon su talle aéreo! ¡Cuando nos parece sentir aquel pisoton eléctrico, cuando respiandece á nuestros ojos aquella celestial mirada, cuando nos hacen tan dulce guerra, en fin, tantas otras frioleras, que aun con serlo, bastan á constituir la felicidad mayor que cabe disfrutar de tejas abajo! ¿Quién no se embebece en ideas tan gratas, lo bastante para que el ánimo rehuse entrar en el penoso círculo de sus cotidianas tareas?

Memorias de distinta naturaleza suelen ocupar tambien á numerosos individuos de la sociedad católica en la madrugada del lunes. El honrado menestral madrileño recuerda que la mañana del domingo trabajó hasta la una para satisfacer el antojo de un parroquiano ó de un maestro exigente; que fué luego corriendo á misa á la iglesia que dá frente á la plaza con nombre de puerta (1); que marchó despues á someterse á la mano seglar de un barbero, poco dispuesto ya para aguzar el cansado filo de sus navajas; que regresó á su buhardilla; que comió la olla ganada con el sudor de su frente; y que á la hora precisa de disfrutar la dulzura de una siesta plácida... á esa hora fué cuando tuvo que echarse á cuestas la patriótica cruz de ante, la cual es tan pesada como otra cualquiera, menos la del matrimonio. Ahora bien, un hombre que ha empleado toda la tarde del dia consagrado al Señor en atravesar la pradera de los Guardias en todas direcciones con el chopo al brazo; este hombre, aunque haya pasado despues parte de la noche en una de las ermitas de Baco, ¿no habrá de acordarse á la mañana siguiente, de que Dios descansó al séptimo dia, y este dia ha sido para nuestro menestral siete veces de mas afan y molimiento que los seis anteriores? ¿No dará una vuelta en la cama cuando vea entrar la luz por el postigo entreabierto, y dirá con soñoliento labio: « Ya que nos roban el domingo, trasladémoslo al lunes? »

¡Con qué enviones, con qué porrazos, de qué mala gana abren los horteras y aprendices las puertas de la tienda ó taller despues del dia de huelga! ¡Qué caras se ven por las calles tan mustias, tan tétricas y abatidas! No parecen sino de ministros en minoría ó de poetas silbados por ese público, que no porque silbe deja de ser benigno, indulgente y sobre todo ilustrado. Dijérase que á todos pone de mal humor la precision de volver al trabajo. Un teólogo que escribia versos endecasílabos tan bien medidos como aquel de *templa, Filandro, tu lira y cantaremos* (1), veia en este fenómeno la prueba mas convincente del pecado del primer hombre. « Si el trabajo no fuese un castigo, » repetia con frecuencia, « ¿cómo sentirian los hijos de Adan esa fuerte repugnancia á ocuparse en él, una vez interrumpido? » Aseguraba tambien cierto profesor de cirugía preciado de observador filósofo, que por espacio de cuarenta años apenas habia dormido tranquilo una noche de sábado, no porque le atormentasen brujas, sino porque le despertaban hijas, madres ó mujeres de jornaleros que le buscaban llorando para que acudiese á curar fracturas, heridas ó contusiones, que tuvieron su orígen en las tabernas en aquellas noches en que tantos trabajadores se desquitan de la forzosa abstinencia de una semana. Yo confieso que un cachete y un navajazo suelen muy fácilmente brotar al riego de una copa; pero sospecho que aun con mas facilidad los engendra un bostezo; y el lunes es el dia en que mas se bosteza. El Esculapio consa-

1 La del Sol.

1 Es el primero de una composicion dedicada á la reina Amalia, que si no me acuerdo mal, ha de titularse: *Ramillete de mística fragancia para la noche de San Juan, dedicado á las señoras que no tienen fruto de bendicion.*

bido dormiria fuera de su casa los lunes, y así no sabia las veces que sonaba aquella noche su campanilla.

El lunes no hay cocinera que no ahume el chocolate, ni doncella que acierte á peinar á su señora, ni vírgen romántica que no se impaciente con su doncel querido, y aun tal vez hasta con su faldero. Las damas que salen á revolver almacenes en lunes, no hallan tela de buen gusto, ni mercader que se ponga en razon, ni amigo que se encargue de pagar lo que compren. El lunes es cuando las sesiones de los cuerpos legislativos son mas barrascosas, cuando se les descuadernan las galeradas á los impresores, cuando los cajistas levantan á los originales mas testimonios, y aun dicen malas lenguas que no hay en periódico alguno folletin de lunes que se escape de ser desabrido, chapucero é impertinente. (Eso ya lo habrán conocido en este nuestros lectores.) Lunes era, segun conjeturas fundadas, cuando se dieron de cintarazos los dos grande amigos Oliveros de Castilla y Artús de Algarbe; y en lunes mandó el Rey don Enrique el bastardo que encerrasen á su hija doña Isabel en un convento, la pelasen y la encapucharan de grado ó por fuerza, solo porque se habia enamorado sin el real permiso. Si un Rey, si un ministro se ha divertido un domingo, ¡pobre del que vaya á pedirle gracias un lunes!

El carácter avinagrado de este dia tiene en España un testimonio vivo, una expresion animada, grandiosa y terrible, un espejo donde se retrata con todos los rasgos que le distinguen: los toros. Diversion es una corrida de toros; pero es diversion lunática, y sobra con esto para que sea cruel, bárbara y sangrienta. Trasládese esa fiesta á otro dia, y se la verá al punto desvirtuada; aunque la virtud que tiene que perder, no es mucha que digamos. Aquel manolo que ha vendido su chaqueta de alamares para llevar á los toros á su Curra, ¿creen ustedes que se hubiera mostrado tan ruinosamente galan en otro dia de la semana? No por cierto: cualquier otro dia no se hallaria su cabeza en aquel estado de entontecimiento en que se halla en el lunes. Aquellos dos individuos que disputan en el palco, que se insultan en correcto lenguaje, y que parece que van á darse correctamente de mojicones, ¿son dos carreteros disfrazados de diplomáticos? No señor: son dos personas de categoría y de un carácter amabilísimo; pero no pueden menos de ceder á la influencia del lunes. La otra señorita, que rie como una loca de ver rodar por la plaza á un chulo, ¿tiene tan malignas entrañas, que se complace en el mal del prójimo? ¡Qué disparate! Cuando matan en su casa un pollo, aturde la vecindad á gritos. Ve la autoridad presidente que un toro marrajo se coloca en medio del circo, y no hay fuerzas humanas capaces de hacerle desocupar el puesto; y á pesar de ello envia al picador un alguacil con el recado de «dice su señoría que vaya usted al toro.» ¿Querrá el alcalde que le suceda una desgracia al torero? De ningun modo, sino que en lunes no sabe uno lo que se manda. El picador que responde al alguacil: «Diga usted á su señoría que busque él allí á la bestia si quiere,» ¿lo hará con ánimo de insultar á una persona á quien debe respeto? Tampoco, sino que en lunes no sabe uno lo que se dice. Por fin, ese pueblo que silba, que brama, que arroja á la arena cáscaras de frutas, palos y bastones, que se pone de pié furioso, apostrofando entre horrorosas blasfemias con los epítetos mas hediondos al lidiador que rehusa arriesgar desatinadamente su vida, ¿se ha convertido por arte diabólica en una reunion de caníbales sedientos de sangre humana? No: ese es un pueblo sensato y religioso, bien que extraviado momentáneamente por el irresistible y maléfico influjo del lunes.

Conozcamos, pues, que en el dia en que se pasa del reposo al trabajo no es dueño el hombre ni de su corazon ni de su entendimiento, y sírvanos esta observacion para hacernos mas justos, mas indulgentes con las flaquezas de nuestros semejantes. Si aparece en la Gaceta un decreto desacertado, averigüemos, antes de enfurecernos contra el que lo firma, si el dia anterior habia celebrado una fiesta: si nos sentimos en el teatro acometidos de la tentacion de silbar un drama, reflexionemos que quizá lo habrá escrito el autor de lunes en lunes. Para convencernos completamente de que este dia es fatal y aciago, pregúntese en Madrid á los toreros y á los que juegan á la lotería antigua. Todas las desgracias, todas las pérdidas que unos y otros han sufrido, regularmente se han verificado en lunes.

Se publicó en el periódico titulado
El Corresponsal.

EL MADRILEÑO EN LA ALDEA.[1]

Un hijo de Madrid que ha llegado á la edad de mayoría, si, como á muchos sucede, no ha pasado en sus excursiones juveniles mas allá del Pardo ó de la Alameda, claro es que necesita correr tierras, ver mundo. El mundo se extiende por un lado mas allá de las lindes del que principió á ser *canal* y ha parado en cenagal, y por otro mas allá de las tierras que ostentan en sus mojones el sobrenombre de *Rio:* el mundo es tan grande, que saliendo por la puerta de Santa Bárbara, se llega á Mahudes y aun no se descubre donde remata. Esta expresion se atribuye en una crónica inédita del siglo pasado á un paisanito nuestro, mayorazgo, por mas señas, y arrogante chico. Lástima es que Baena no nos haya conservado en su diccionario el nombre de ese hijo ilustre de Mantua: yo solo he llegado á rastrear que era el mismo que preguntaba si llegaban á ser muy recios los árboles que producian la fresa, y si *barbecho* era la clase de papel mas á propósito para que luciesen los rasgos de una firma, fundándose sin duda en la vulgar expresion de *firmar como en un barbecho.* Don Alfredo Ricardo Hugolino del Mirabel y los Colibríes, que es el viajero de quien nos proponemos hablar en este artículo, no es mayorazgo, ni buen mozo siquiera; y falto por consiguiente de toda disculpa para ser majadero, se ha visto en la dura precision de instruirse. Alfredo sabe buscar en el mapa la posicion de *Colonia Agripina*, solo con que le digan que tiene su asiento á orillas del Rin; sabe que al nombre trasmarino de *Walter* corresponde en español el de *Gualtero*, y que *Urraca* es un disfraz del de *María;* sabe, en fin, historia, economía política, frenologia, pirotecnia, y hacer excelente charol de botas; distingue sin titubear un peral de un naranjo, y un garbanzal de una haza de algarroba. Alfredo, pues, en su viaje sabrá sostener en su punto el honor de la heróica villa donde osciló su cuna.

Demos por suspuesto que el descendiente de los Colibríes se ha ajustado con un ordinario, porque no hay diligencia para el punto adonde él se encaminaba; que ha presentado al señor alcalde de barrio, para sacar el pasaporte, uno, dos, ó tres fiadores exentos de toda tacha legal; que ha regalado al corsario para que le dé el mejor asiento, y que al subir al carruaje se lo ha usurpado una Maritornes antojadiza: cosas indispensables ó comunes en todo viaje. Hechas estas suposiciones, tomemos desde luego con él la ruta que pasa por Vallecas.

Los compañeros de Alfredo, que son un ex-mancebo de tienda, un tratante en carnes y una sirviente dimisionaria, harta de ser doncella, comienzan á blasfemar de Madrid, donde han hecho su fortuna, y por poco se tragan á Alfredo, que se opone á sus invectivas. Es menester que sepan los extranjeros que á cualquier individuo de la discorde familia española le toleran sin dificultad sus hermanos que haga la apología de su pueblo natal; pero el pobre madrileño que emprenda la vindicacion de su patria, bien puede contar con que se pronunciarán en masa contra él todos los provinciales que le oigan. Un leonés ponderará la suciedad de las casas de la corte, un manchego la escasez de sus fuentes, un valenciano la inconstancia de carácter de sus hijos, un andaluz la bambolla de sus palabras. El exámen crítico de los usos y costumbres de los madrileños se prolonga de suerte, que ya se hallan nuestros viajantes cerca de Arganda, y todavía no llevan trazas de concluir conversacion tan gustosa.

Cansado Alfredo de sufrir y callar, baja del carro para dar una ojeada á la campiña: nota que las mulas caminan despacio, y saca la cartera para trazar con cuatro rasgos de lápiz el aspecto general del paisaje que observa. En el momento en que los caritativos censores ven á Alfredo entretenido en su obra, aconsejan al mayoral que aguije á las caballerías para tener el inocente gustazo de ver correr á un elegante de la corte con zapato de tela y pantalon de pliegues. Alfredo no repara en el carro, y por consecuencia no corre. Dirígese despues sosegadamente á la villa, y á la entrada encuentra unos muchachos con el traje de Adan en estado de gracia, los cuales entre horrorosos gritos se dan recíprocamente furibundos porrazos. Les dice algunas palabras para poner-

[1] Este artículo pertenece al año 1830, aunque se publicó en 1839 algo distinto de como aquí se inserta.

los en paz, y suspenden en efecto sus hostilidades; pero es para cantar en coro al reconciliador, luego que les ha vuelto la espalda, una coplita, que no copiamos aquí por justos respetos á nuestros lectores. Alfredo piensa que con no hacer caso de aquellos malos bichos, cesarán de insultarle: pronto se desengaña cuando siente pasar zumbando junto á sus oidos sendas peladillas que le arrojan los angelitos argandeños. Regla general: cuando una persona grosera ó mal intencionada se proponga incomodar á un hombre sufrido, no le retarde aquella satisfaccion ni un momento; riña con él, aunque sea sin gana; porque si no, ya encontrará medios el necio provocativo para hacer al prudente que se desazone de veras.

Alfredo habia obrado muy cuerdamente en no apresurarse para alcanzar el carro: el carro habia volcado en la cuesta que hay al otro lado de Arganda para subir á los llanos, desde donde se descubren en un horizonte polvoroso y confuso los innumerables chapiteles de la capital de la monarquía; y para levantar el carruaje, habia sido preciso aligerar la carga. El carromatero habia achacado la caida á los viajeros que le habian inducido á correr; estos, resentidos del batacazo, se habian quejado ágriamente de la torpeza del conductor; y él y ellos habian convenido al fin en que el madrileño tenia la culpa de todo, pues que por él se habia corrido.

La tarde pasa mas tranquila que fué la mañana. Ninguna discusion peligrosa ocupa á los viajeros. Alfredo respira, sus compañeros nada le dicen: verdad es que cuando se duerme, por lo comun no se habla. Pero el monótono ruido del carro, junto con el de los resoplidos del vendedor de buey cansino por vaca, fastidian pronto á nuestro paisano, que se halla bajo un toldo con demasiados respiraderos para que no tengan entrada los rayos abrasadores del sol, y sentado sobre un rollo de soga, que no le ofrece una poltrona muy blanda. El recurso de retratar á los dormilones, lo que equivaldria segun la originalidad de sus fachas á dibujar otras tantas caricaturas, no se puede intentar cuando se camina en un carruaje cuyos vuelcos y mala construccion recuerdan el siglo de Eríctonio: componer versos, tampoco es ocupacion propia de aquellas horas, porque cuando Apolo le abrasa á uno el cuerpo, no le inflama la mente. Pero una especie de instinto guia la mano de Alfredo hácia su bolsillo, donde halla un número de la Gaceta, plagado de providencias judiciales, prospectos y anuncios; y á favor de la amenidad de la materia, en breve el lector forma parte del soñoliento grupo que ocupa el carro. Entonces no habia mas periódico de política en España que la Gaceta del Gobierno: los de hoy no hacen dormir; antes para quitar el sosiego son cuanto cabe.

Termina la jornada: Alfredo habia ajustado su manutencion con el conductor, y por eso cena; no habia ajustado la cama, y por eso se queda sin ella: habia gran concurrencia y sus compañeros han tomado por asalto los últimos colchones. Sospéchase que bien se hubiera podido todavía arreglar en la posada un lecho en que descansase Alfredo; pero una imprudencia de este le atrajo la ojeriza del dueño de la mansion hospitalaria. Era el caso que un buen ciudadano que caminaba filosóficamente á pié, ni mas ni menos que un Tales ó un Pitágoras, se habia presentado á la puerta del meson pidiendo hospedaje, por supuesto por su dinero; y el huésped, en vista de que el viajante filósofo no podia hacer gasto de pienso, por no traer consigo cabalgadura, no habia tenido por conveniente admitirle bajo el techo destinado á dar asilo á todo el que lo pagase. Habíale sorprendido á Alfredo mucho la especie de que en las posadas de España se diese la preferencia á los cuadrúpedos sobre la especie humana, imágen del ser que la hizo, y habia declamado vigorosamente en favor del caminante de infantería. La declamacioncita le costó al orador pasar aquella noche sobre el suelo de la cocina, dando con sus carnes abundante cebo á una falanje de vampiros en miniatura, y que á la mañanita cuando empezaba á quedarse dormido, el cortesísimo posadero se llegase á despertarle revolviéndole con el pié á un lado y otro como si fuera un perro, diciéndole á gritos «¡Eh! levántese usted, *tio suyo*[1], que ya es hora de echar el aguardiente.» Entre los animales selváticos el mesonero es el mas indisciplinable de todos.

A otra jornada llega Alfredo á su destino. Ninguna persona de la casa donde ha de parar le conoce; pero va á ella bien recomendado. Recíbele con los brazos abiertos un buen anciano, padre de dos doncellas que le saludan sin alzar los ojos del suelo, porque antes de saludarle ya le han dirigido una ojeada capaz de satisfacer la doble curiosidad, mujeril y aldeana. Un enjambre de chicos y chicas, ya talluditos, se ha agru-

1 Histórico, lo mismo que la mayor parte del articulo.

pado á la puerta del tio Garrones á presenciar el recibimiento del forastero: sus madres los llaman de lejos, los riñen en alta voz, porque escuchan lo que no les importa; y les preguntan en secreto quién es el recien venido. Media hora despues ya ha habido diez disputas en el lugar sobre el motivo de la venida de Alfredo, y le han casado con todas las solteras del vecindario. Mientras tanto, el objeto de las cuestiones disfruta de una cena abundante, si no delicada: las dos niñas se empeñan en regalar al huésped en términos que tiene que pedirles por Dios que pongan límite á su furor gastronómico si no quieren que reviente de ahito. Al otro dia el interés que Garrones y sus hijas manifestaban á Alfredo, ha menguado mucho. Alfredo se ha levantado á las nueve, hora en que hace ya una que ha almorzado el cura del pueblo: Garrones se ha escandalizado de que su huésped haya perdido la misa, y las muchachas se han picado de que no haya tenido la curiosidad de ir con ellas á ver la iglesia.

Hace aquel dia una visita al señor alcalde: la señora alcaldesa se enfada tanto de que el señorito de Madrid venga á visitarla en traje indecente, es decir, sin capa, que para castigar una grosería con otra, se abstiene de sacar un plato de magras al forastero, creyendo herirle en lo mas delicado de su amor propio. El alcalde, menos reparon que su esposa, ha sostenido la conversacion, llevando la bondad hasta el punto de sufrir, hablando de libros, que le dijese Alfredo que los *Sueños de Torres*, lectura favorita de todos los que leian en aquella casa, no valian un comino. En cambio de esta condescendencia, el prudente alcalde quiere saber el voto de Alfredo sobre una composicion poética manuscrita, en la cual entre otros versos se hallaban los siguientes:

Como galan de la fragante rosa,
El clavel boquirubio
Ambar respira, bálsamo derrama,
De púrpura vestido,
Por sacar la librea de su dama.

Alfredo desde que ha oido el primer endecasílabo de este trozo, presta la mayor atencion á la lectura. El alcalde que lo observa, continúa leyendo con entusiasmo; la alcaldesa, á cuyos ojos desaparece el frac del madrileño luego que advierte en sus labios la sonrisa con que escucha á su esposo, iba ya á levantarse con direccion á la despensa, cuando en Dios y en hora buena, el petulante Alfredo interrumpe al lector diciéndole: «Permitame usted que vea si tengo buena memoria.» Y prosigue en estos términos, remedando el énfasis del alcalde:

Si bien sobre las sienes de escarlata
Le brotan de la rubia cabellera
Dos cuernecillos de lucida plata;
Porque aun entre las flores,
A cuya guarda asisten
Próvidos jardineros y guardianes,
No escapan de estas armas los galanes.

«¿Con que ya tenia usted noticia de estas *décimas?*» exclaman á un tiempo el alcalde y su esposa. «¿Las ha leido usted escritas de mano?» — «No señor» responde ingénuamente Alfredo, «las he visto en un libro impreso casi doscientos años hace (1).» — «Impresas dos siglos há las coplas de mi chico, que es el pasmo de Salamanca!» replica la alcaldesa. Alfredo conoce que ha descubierto una superchería estudiantil, y coge su sombrero y se va sin decir palabra, pensando ya qué clase de armas ha de elegir cuando el hijo del alcalde le desafie, de vuelta de Salamanca. Ya se sabe que las cuestiones literarias se deciden á porrazos.

Se trata aquella tarde de dar un paseo: el viejo insta, sus hijas lo desean, y con todo la hora se pasa, y las dos hermanas no cesan de proponer excusas para retardar la salida. Alfredo comprende que las chicas tienen que decirle alguna cosa y no se atreven. ¡Qué de melindres hasta conseguir que hablen! Primero tratan de ovejas, y luego de esquileo, despues de lana, luego de paños, y por último de ropa de hombre: todo para venir á parar en que el frac ó la levita es un traje impropio y ridículo en aquel pueblo. Las dos niñas han cobrado aficion á Alfredo; las dos gustan de pasear con él; pero por lo mismo quieren que salga á la calle con el vestido que en su entender es el mas airoso, con el que está mejor, con el que nadie se reirá del forastero. El complaciente Alfredo se pone una chaqueta de majo y el calañés de que se sirvió en el camino, con lo cual desaparecen las dificultades para la marcha, y la tarde corre agradablemente, sin mas disturbio que el haberse cariacontecido Garrones al oir que hablando de un olivar hermosísimo suyo, dijese Alfredo que valia sin duda un par de *talegas*. Las niñas no pudieron menos de reirse tambien á socapa, echándose las manos á las narices, y creyeron que Alfredo se burlaba de ellas cuando

1 Véanse las *Selvas del año* al fin de las obras de Lorenzo Gracian.

les explicó que *una talega* eran mil duros.

Una noche no puede dormir Alfredo, y se le antoja dar una vuelta por los alrededores del pueblo, persuadido de que no encontrará una alma á aquellas horas. Al doblar una calle, se le echan encima cuatro gañanes que le descoyuntan para sujetarle, y se le llevan en volandas á una especie de caverna subterránea. El pobre Alfredo cree que ha llegado su última hora. Sus conductores encienden unas astillas de tea, y el temor de Alfredo se disipa: se halla en una bodega rodeado de todos los mozos del pueblo, que le piden la patente de costumbre: es decir, que pague la licencia de salir á rondar. El paseo nocturno, la primera ronda que ha hecho sin pensar en ello, le cuesta además del susto, pagar un pellejo de vino.

Llega en esto la fiesta de la Vírgen titular de aquella parroquia, y hay iluminacion de hogueras, misa de tres en ringla, predicador vitoreado, danzas y procesion por las calles, enramadas á costa del arbolado del vecino menos bien quisto. Hay rifa tambien, siendo el objeto mas raro de ella un castillo de mazapan, construido por las monjas de un convento inmediato. Empieza la rifa del castillo, que allí corre con el nombre de torta: todo el pueblo asiste al acto solemne: las mozas ponen los ojos en la gustosa fortaleza; los mozos sondean la profundidad de sus bolsillos. Alfredo quiere obsequiar á sus huéspedas, y hace una puja considerable; conocen los ladinos labriegos que el forastero tiene gana de llevarse la torta; y algunos van subiendo las puestas tanto mas, cuanto menos esperan pagarlas. Repara Alfredo que el último postor es un sujeto cuya pinta no ofrece grandes garantías de posibilidad pecuniaria, y tiene la malicia de fingir que desiste de su empeño. Queda, pues, adjudicada la torta al tio Matavelas, que lejos de poder gastar en mazapanes, se daria por muy contento si pudiera hartarse de pan de centeno. Llévansela, pídenle la paga, y al declararse mi hombre insolvente, ¡allí de las risotadas de todo el concurso! La rifa se dá por nula, vuelve á hacerse de nuevo, y la obra maestra de las religiosas recae sin disputa en el madrileño, con gran satisfaccion de las señoritas Garrones, mientras que Matavelas se muerde los labios de rabia.

Preséntanse despues los danzantes, que vienen en cuerpo á poner en contribucion la generosidad de los que han gozado de sus habilidades. Alfredo, á quien en la segunda rifa habia salido la torta dos duros mas barata, regala los cuarenta del pico á los bailarines. ¡Gran sorpresa de los beneficiados! Cunde la voz entre la gente, y aparece que ninguno de los magnates de la villa se ha extendido á dar la tercera parte de aquella suma. ¿Qué resulta de aquí? Que toda la poblacion en masa se dá por ofendida y afrentada de la vana prodigalidad del madrileño.

¿Qué efectos produce la torta que Alfredo triunfante pone á disposicion de las dos hermanas? Que de vuelta á casa, la mayor dá á Alfredo espontáneamente un abrazo, y la menor se deja dar un beso sin resistencia.

¿Qué resulta del abrazo y del beso? Que dos mozos, pretendientes de las hijas del tio Garrones, llevan aquella noche calabazas en debida forma, y que Alfredo, sorprendido á la tarde siguiente detrás de unas tal pias, recibe una magnífica paliza de manos de los dos zelosos rivales. Alfredo se levanta del suelo cuando puede, echa mano, aunque algo tarde, á dos cachorrillos, y los apunta hácia los que acaban de aporrearle. Dispara, yerra los tiros, vuelven á acometerle los apaleadores; pero la descarga ha llamado gente, y el alcalde, el digno progenitor del asombro de Salamanca, tiene que tomar conocimiento de tan grave asunto. Matavelas jura á Dios y una cruz que Alfredo ha querido asesinar á los dos mejores muchachos del pueblo; la alcaldesa sostiene que el madrileño es enemigo de toda la juventud de la villa; los poco bizarros caciques de la rifa susurran que hombre que gasta dinero con tal despilfarro, lo debe adquirir muy fácilmente, y que su conducta dá lugar á que se sospeche que es un agente de los emigrados del año 23, un *Negro*; los bailarines que ya se han bebido la propina, no se acuerdan de quien se la ha dado. Alfredo es conducido á la cárcel entre las aclamaciones del vecindario, mientras las dos hermanas se abofetean sobre quien ha de poseer el cariño del preso.

El negocio se enreda en términos que Alfredo no consigue su libertad sino al cabo de muchos dias y de dar palabra y mano de esposo á las dos hijas del tio Garrones: promesa que, como es de creer, no cumple luego á ninguna, dejando en el pueblo la opinion mas triste de la moralidad madrileña.

Diga lo que quiera Melendez en alabanza de la vida del campo, á menos de ser sordo, pescador de caña, ó valetudinario, difícil es que un madrileño pueda vivir á gusto arriba de quince dias en un pueblo corto de España.

El Corresponsal.

EL LUGAREÑO EN MADRID.

« Pues, señor, vamos á los Madriles, » dijo un dia entre pesaroso y alegre el tio Pescuño, ciudadano labrador, vecino de un lugar de la Alcarria, de cuyo nombre no quiero dar cuenta. Ver la capital de la monarquía siempre es cosa lisonjera para un aldeano; y esto es lo que al sacar el pasaporte servia de satisfaccion á nuestro alcarreño; pero emprender un viaje que le habia de obligar á gastos crecidos, templaba esta satisfaccion considerablemente. Sabido es que los alcarreños no suelen pecar de pródigos: bien que ahora [1] no hay labrador en España que pueda quebrantar por este lado las leyes de la prudencia, como no sea con el pensamiento. Si es cierta aquella máxima de que

Ser bueno, se halla de balde;
Ser malo, dinero cuesta;

preciso es confesar que por espacio de un siglo, jamás ha habido en España tantas virtudes, es decir, tanta pobreza como ahora. ¿Quién sabe? Quizá ha decretado el destino que la felicidad futura de España nazca de su miseria misma. Ello es que al pobre nadie le teme, ni le envidia, ni le hace caso; nadie se mete en los asuntos del que nada tiene. Sin protectores y sin enemigos, disfruta del bien mas apreciable, la quietud, la paz. Ya poco podemos tardar en tenerla nosotros.

. . . . . ¡Oh afortunados
Españoles, si nadie os conociera!

Tambien infunde algun recelillo al honrado Pescuño la probabilidad mas ó menos remota, segun circunstancias accidentales, de tropezar por esos caminos de Dios con una banda... de ladrones, no: afortunadamente en nuestro país ya no se roba en despoblado. De puertas adentro, sí señor, cuanto se puede, cuanto hay; pero en los caminos, lo mas que arriesgan los que viajan sin una division por escolta, es el pagar alguna contribucion extraordinaria de guerra. Recaudar este impuesto puede ser tomar lo ajeno contra la voluntad de su dueño; pero al fin una exaccion marcial no es un robo. Es menester que todos vivan; aunque maldita la falta que hace á los mas la existencia de algunos.

Nuestro alcarreño ha llegado felizmente, á mujeriegas sobre su macho romo, hasta la puerta de Atocha. Ve los altísimos paredones del hospital inmediato, y exclama con tanta boca abierta: « ¡Qué barbaridad! » En su lenguaje esta expresion significa sencillamente: « ¡Qué edificio tan alto! » Pero el viajero filósofo que al llegar á Madrid pregunta cuál es el destino de aquella fábrica, prorumpe al saberlo en una exclamacion idéntica á la del patan de la Alcarria. Barbaridad es y grande, en un clima tan caluroso, reunir millares de enfermos en un edificio. Pasa la puerta; sale libre, aunque no sin costas, de entre los Cerberos del resguardo; repara en la fuente de la Alcachofa, y desde la acera de las tahonas, vá descubriendo sucesivamente, á un lado y otro, el jardin botánico, la platería de Martinez, el Museo, las cuatro fuentes, la de Neptuno, el Tívoli, la estatua de Cervantes, el monumento del Dos de Mayo, el Apolo, la Cibeles, la calle de Alcalá en fin, donde está el parador que busca, y á la derecha y en el fondo las verjas del Buen-Retiro y el arco soberbio que lleva el nombre de la ciudad ilustre, patria del autor del Quijote. Atónito el pobre Pescuño con tanta magnificencia como se agolpa á sus ojos, no ha cesado de exclamar desde la puerta de Atocha á su posada: « ¡Qué hermosura! ¡qué asombro! Madrid vale mas que una lluvia de Mayo: desde Madrid al cielo. »

Va luego á comer á una fonda, á una hostería si se quiere: aun el precio ínfimo de la lista le parece caro; pero ya sabe Pescuño á cuánto vendió en el lugar los garbanzos de su cosecha y los carneros de su manada; sabe lo que cuestan portes, puertas y portazgos, y que todo el que ejerce una industria, debe sacar ganancias de ella. Además, que á Madrid no se viene á economizar, sino á echarla de rumboso y satisfacer en cuanto se pueda los caprichos del pícaro cuerpo. Al traerle un mozo con mucha cortesía un plato, cuyo olor solamente vivifica todo el sistema nervioso del buen alcarreño, se acuerda de los bien ponderados avisos que le dió por despedida la tia Mastranzos, la

[1] 1839.

Sibila del pueblo. Ella, que en su vida habia salido de potaje de almortas, le aseguraba haciendo ascos que los madrileños comian mil suciedades; que lo de gato por liebre era tortas y pan pintado, porque caballo y mulo y aun carne humana sabian dar á sus parroquianos los hostereros de la Corte. Pescuño, sin embargo, engancha con el tenedor de plata, que maneja por primera vez, un buen tasajo de ternera, y.... adios razonamientos de la tia Mastranzos. « ¡Dianche! » decia el buen labrador relamiéndose; « mas quiero piltrafas de ahorcado aquí, que pechugas de perdiz en mi lugar, guisadas en la taberna de la Sidora. Cuando me acuerdo de las veces que la he visto partir magras encima del mandil de cordellate... »

Acude al dia siguiente á una funcion de iglesia, y mi hombre se queda estático: ve representar una comedia de magia, y para él cada actor, cada actriz, y sobre todo cada bailarina, es un ser sobrenatural que le encanta: asiste á una corrida de toros, y goza mas, si cabe, que el dia que se libró de la quinta. Se embelesa delante del avestruz en el gabinete de historia natural, y se hace mil cruces al descubrir el dromedario y la elefanta del Retiro, sitio que como tiene su iglesia particular, su campo santo, sus huertas y tierras de labranza, le parece una poblacion, una villa distinta de la Villa y Corte. En esto se fundaria sin duda un geógrafo aleman del siglo pasado que designó al Buen-Retiro como una de las principales ciudades de Castilla la Nueva.

Todo agrada, seduce y admira en Madrid á nuestro aldeano. Si vá á comprar una tela para que su mujer se haga una saya, si ajusta unas cabezadas para sus mulas, si quiere feriarse una hoz de podar ó un pico, los dependientes de las tiendas respectivas sufren sus regateos interminables sin echarle enhoramala; si se extravia á deshora de la noche por las calles, halla serenos que le dirijan á su posada; si pone su cara en manos de un barbero, sale de entre ellas sin barbas y con pellejo, todo al contrario de lo que en su lugar le sucede. Pero en la naturaleza se observa siempre la ley del equilibrio, y el tránsito del bien al mal es tan pronto como inevitable: no hay, pues, que extrañar que el tio Pescuño, tendiendo á la manzana la mano, adquiriese la ciencia del bien y del mal de la Corte.

Un dia pregunta en la calle de la Comadre por donde habia de ir á la puerta del Sol: el sujeto á quien se dirige, le hace el obsequio de acompañarle por un buen rato, y le encamina despues con tanto acierto, que el buen Pescuño se encuentra sin saber cómo en el patio de San Bernardino, donde quieren tomarle la filiacion y hacerle comensal de aquella santa casa. Otro dia, cabalgando en su macho, se lo espantan unos pillos: desbócase la bestia y arroja al jinete, acude á levantarle del suelo un caritativo transeunte, le limpia la chupa, le trae el sombrero, y en seguida saca el incógnito del bolsillo un ejemplar de un bando y exige en términos enérgicos al aporreado patan la multa en que ha incurrido por correr por las calles con su caballería: caridad de alguacil, por fuerza habia de ser costosa.

Pescuño ha venido á Madrid con una comision del ayuntamiento de su pueblo, en virtud de la cual tiene que entregar cierta cantidad de moneda-crédito en una de las oficinas de la hacienda pública. El sencillo alcarreño contaba con despachar brevemente su encargo, porque para recibir dinero creia que los dependientes del gobierno no opondrian tantas dificultades como para darlo. ¿Quién lo pensara? Desde el primer dia le dicen que el asunto es complicado y grave, que hay que liquidar, comprobar, ver expedientes y correr trámites, que lejos de correr, van á paso de tortuga. Un dia el infatigable Pescuño se llega quedito á la mesa del oficial encargado de evacuar su asunto, y tiene la desgracia de sorprenderle *in fragranti*, dibujando una danza de monos. Amostázase el lugareño y pide con algun retintin al caricaturista que no le haga perder mas tiempo en Madrid, porque han sufrido ya sus intereses bastante perjuicio. « Venga usted pasado mañana » le responde el oficial secamente. Pescuño tiene la imprudencia de preguntarle si necesita nada menos que dos dias para dar la última plumada á sus mamarrachos. ¡Tú que tal dijiste! El funcionario público se pone hecho un poeta inspirado (quiero decir, un energúmeno), tira de la campanilla, aparecen cuatro ó cinco sayones, los cuales al oir la órden enfática de « quítenme de delante á ese hombre indecente, » se apoderan del paleto, se le llevan en volandas hasta la escalera, hartándole de improperios, hijos del amor y respeto que profesan á sus superiores; no dándose por satisfecho el zelo porteril hasta que descargan sobre el mal aventurado Pescuño un razonable número de mojicones.

Jura y reniega á ¿qué quieres, boca? el honrado alcarreño contra Madrid; como

si Madrid tuviese la culpa de que él hubiese cometido una cerrilada. Vuelve dos dias despues á las oficinas, recházale el portero, pide auxilio á la guardia, y las bayonetas de los ciudadanos, á la voz de un galopo, amenazan á un hombre de bien que viene á depositar en las arcas del tesoro el fruto de los sudores de una porcion de individuos pertenecientes á la clase mas útil al estado. Desespérase el alcarreño: pasan dias, sus diligencias son vanas, su bolsa disminuye, su angustia crece. Por fin, halla una mano benéfica que le saque de tan duro aprieto; pero esta mano que se tiende hácia la suya, se tiende abierta y es menester que no se retire vacía. Una ribeteadora, parienta (por Adan) de un barrendero de la oficina impenetrable, se encarga, mediante una gratificacion previa, de zanjar el asunto del alcarreño. El pobre Pescuño tuvo que comprar un protector con faldas para conseguir que el erario nacional recibiese su dinero.

« No mas Madrid en mi vida, » decia al bajar la calle de Alcalá, dirigiéndose á la puerta de Atocha, fijos los ojos en la tierra, y tan embebecido en el cómputo de los gastos del viaje, que ni siquiera al pasar por la casa de los duques de Villa-Hermosa le merecieron una mirada de despedida el Dios de los mares, ni el príncipe de los ingenios españoles. Con todo, al cenar en la posada aquella noche, se acordó de las ollas de Egipto, ó sean las de la hostería donde consintió que le diesen gato por liebre; al reñir con la patrona por la cuenta, hizo memoria de que en Madrid se regateaba sin insultarse; al salir, ya en su pueblo, de la casa del desuella-caras con título, echó menos la mano suave del barbero que le rasuraba cuando habia de visitar al oficial dibujante; y pasado algun tiempo, y olvidadas las aventuras de San Bernardino, del alguacil y de los porteros, cuando le preguntaban sus convecinos acerca de la Corte, respondia el imparcial alcarreño: « Madrid es una poblacion grande y hermosa, donde puede vivir cómodamente un hombre, si tiene dinero para gastar, y cordura para conducirse. »

El Corresponsal.

EL MERCADER DE LA CALLE MAYOR.

Eran en Madrid dos siglos hace las gradas de San Felipe lo que ahora la puerta del Sol, es decir, el punto de reunion de los holgazanes y el mentidero de la Corte. Bajo este postrer concepto, sin embargo, cada café de la capital, cada gabinete de lectura, cada redaccion de periódico es una puerta del Sol hoy dia [1]. Afirmarse puede sin escrúpulo de conciencia que son al presente mucho mas copiosas que en lo antiguo las trasgresiones del octavo mandamiento que se cometen dentro de los muros de la muy heróica villa, por la razon sencillísima de que hay ahora en ella mas andaluces que antes, mas diplomáticos, mas pretendientes, mas hambre, mas vendedores, mas poblacion en fin, y por consiguiente mas que mientan.

Una mañana, pues, en aquellos tiempos en que contaba Madrid menor número de mentirosos que en la época que alcanzamos, subia pausadamente las gradas de la lonja de San Felipe un hombre de *edad provecta y duros espolones*, medio escondido el rostro con el ala de un sombrero sin toquilla, pero con mugre, la capa de bayeta, la ropilla de paño negro de recia calidad, y el calzon de lo mismo, con un remiendo en cada rodillera, muy bien echado. Pidiéronle limosna unos cuantos pordioseros que ocupaban los lados de la escalera; socorrió al mas anciano, y él se lo agradeció entre dientes; de los otros pobres el uno le llamó ladron, el otro judío, y los demás le cantaron á coro una letanía de maldiciones. Calló el de los remiendos y prosiguió su camino, dirigiéndose á un corro de mozalbetes, donde se hablaba del mérito de una comedia de Calderon, que dos dias antes se habia estrenado en el palacio del Buen-Retiro. Acercóse el buen hombre seis ó siete beces con el sombrero en la mano á uno de los caballeros del corro, jóven de mejor presencia que vestidura, y se hubo de retirar otras tantas, convencido de que ó no le veian, ó no querian escucharle. Iba en esto el jóven analizando los primores de la co-

[1] 1839. Ya (1842) no existen San Felipe ni sus gradas.

media, y señalando en ella á la par tantos defectos por lo menos como rasgos ingeniosos celebraba, para lo cual repetia algunos versos que habia aprendido de los cómicos; y queriendo imitar la accion del galan en uno de los pasajes del drama de mas efecto, dió dos pasos atrás, y extendió violentamente el brazo derecho en ademan de desenvainar la espada; pero con tan fatal acierto para el pobre diablo que aguardaba el fin de la disertacion crítica, que le plantó encima de un pié el tacon de una bota, y entre barba y narices el puño cerrado. Volvió la cara el mancebo al advertir que habia tropezado con una persona, conoció al paciente, y echando un voto, le dijo: « ¿Ahí estabais, Mondragon? Válgaos el diablo. ¡Siempre con la vara de medir á vueltas, y todavía no habeis calculado la distancia que debe mediar entre nosotros! » Ahogó un suspiro Mondragon al oir estas palabras de doble sentido, contentándose con responder al caballero lo mas sumisamente que pudo: « Si me dijérais, señor don Gaspar, dónde y cuándo me seria posible abocarme con vos, sin que os causara molestia, me hariais una merced que os estimaria en el alma. » — « Yo habia pensado haceros una visita hoy mismo, » contestóle don Gaspar, « porque necesitaba cien ducados para esta noche. » — « Os los tendré prevenidos, » replicó Mondragon, lanzando esta vez el suspiro anteriormente sofocado. « Supongo que ireis de noche, porque de dia ya sé yo que nunca os dejais ver por mi casa. » — « Iré á la noche, » repuso el caballero volviendo á Mondragon la espalda, « y decid á Beatriz que gustaré de oirle cantar un tono nuevo. »

Mondragon hizo una cortesía á cada uno de los jóvenes del corro, que habian estado algo distantes mientras duraba este corto diálogo, y se apresuró á dejar un sitio donde su presencia era una aparicion extraña. « Gracias á Dios, me ha dicho que irá, » exclamó con el acento de la esperanza; y para mostrar su agradecimiento al Señor, dió un maravedí á cada mendigo de los que antes le habian insultado, los cuales, consecuentes en su carácter, le insultaron tambien entonces, aguardando solamente á que estuviese algo apartado de ellos para aplicarle los epítetos de logrero, de ruin, y de giboso por añadidura.

¿Quieren saber mis lectores quién era este hombre remendado y mugriento, con toda la sumision de un pobre, y con ciertos visos de poderoso? Sigámosle los pasos, y á pocos saldremos de duda. Véanle ustedes entrar en una tienda de la calle Mayor, abriéndose paso entre los compradores con tanta grosería, como atencion y encogimiento manifestaba no há mucho en la lonja de San Felipe. Aquella tienda, aquella casa era la suya. Equivocaríase mucho quien, para formar idea de la tienda de Mondragon, escogiese por tipo alguna de las que ahora vemos en el mismo paraje. No se hable de banquetas elegantes y cómodas, no se piense que allí habria lámparas magníficas, ni espejos, ni columnas, ni dorados, ni esculturas, ni pavimento de mármol: una pieza baja, estrecha, oscura, con las paredes denegridas; tres escalones que descender para llegar á un piso mal entablado; y por mostrador una mesa larga de pino sin pintar, como la destartalada anaqueleria; esto era en aquella época un almacen de modas en la capital de España, señora de dos hemisferios.

Damas de guardainfante, escoltadas de rodrigon y dueña, caballeros de hábito, doncellas de labor, sastres y novios ocupaban la tienda: todos al ver á Mondragon, le gritan que los despache, y él con un desabrido *aguárdense* responde á todos, y se entra á dejar el sombrero y la capa. Preséntase despues á la concurrencia calándose un gorro sucio y descolorido, reparte unos torniscones á los mancebos que manejan los lios, y empieza á preguntar á cada uno de los parroquianos qué es lo que quiere. — *Estufillas de martas*, dice una señora: *medias de pelo*, dice un pisaverde. — *Raso*, *rasilla*, *chamelote*, *colonias*, *sempiterna*, claman á un tiempo los demás. — « Vayan á chillar á un lavadero, noramala para sus lenguas, » prorumpe Mondragon hecho la segunda parte de su apellido: « á cada uno le llegará su vez. — Que tengo priesa. — El compañero de mas arriba está mano sobre mano: pase usarced allí y se lo agradecerá, y yo tambien que me deje. » Toda esta amabilidad y dulzura empleaban para despachar sus géneros los antiguos mercaderes de España. Por fin riñendo y contestando, satisface brevemente á todos, les hace pagar lo que quiere, desocúpase la tienda, y el mercader se sube á ver á su hija.

Mondragon era un comerciante rico; pero la misma magnificencia se observaba en el atavío de la hija, que en el mostrador y el menaje de casa del padre. Beatriz vestia un hábito de anascote: en su habitacion no se veia, como en las de las comerciantas

de ahora, piano ni arpa, ni tocador con espejo movible, ni dibujos ó bordados de la señorita puestos en lujosos marcos, ni en su mesa habia mas libros que un *Ordinario de la Misa*, impresion de Amberes con viñetas, regalo de un canónigo, y el *Flos Sanctorum*, en letra de tortis. Sábese empero por tradicion fidedigna que la niña conservaba ocultas en su baul la *Diana* de Gil Polo, las novelas de Montalvan, y un tomo de comedias del Maestro Tirso de Molina.

Beatriz se ocupaba en una labor, en la cual apenas ponia los ojos, porque á la primera mirada que fijó en su padre, conoció que traia que decir, y así esperaba con ansia el momento en que Mondragon desplegase los labios. No se atrevia á dirigirle una pregunta; pero procuraba dejar advertir su impaciencia. Mondragon, despues de un rato de silencio, le rompió diciendo:

— He hablado á don Gaspar.

— ¡Bendita sea la bondad de Dios!

— Le tendremos aquí esta noche: pensaba venir á verme.

— ¡Ah! bien os decia yo.

— Sí, necesitaba cien ducados.

— ¡Para eso viene!

— ¿Para qué ha de acudir á la casa de un mercader un boquirubio de la corte? Para estafarle su dinero, para afrentarle su hija.

— Padre, por Dios... Yo no merezco...

— ¿Cuándo te persuadirás de que á una doncella no le basta ser honrada, si da lugar á sospechas su poco recato? Te han visto hablar á ese hombre que puso en tí los ojos en hora menguada, y has perdido tu reputacion, como si hubieses cometido una culpa mas grave. Él propio, para satisfacer su vanidad, se habrá alabado de favores que no ha conseguido... Para el mundo, Beatriz, estás desconceptuada, deshonrada; y si don Gaspar no te da la mano, no hay mas asilo para tí que una clausura. » Beatriz se deshacia en llanto al escuchar estas terribles palabras. Mondragon prosiguió: « Vendrá tu galan esta noche, y si me atrevo á decirle: sois un aleve si no os casais con mi hija, me responderá: vos sois un villano, y yo no quiero viciar mi sangre mezclándola con la vuestra. Si le recuerdo que le he librado de sus acreedores, y que me he dejado engañar de intento con promesas y firmas que nunca serán satisfechas, para ver si su pundonor le excitaba á reparar el daño que habia hecho su loco amor á mi honra, me replicará entonces que todo el oro que encierran mis arcas es mezquino premio de tan alto enlace, y que no es culpa suya que tú hayas sido crédula, y que yo en medio de la ruindad de mis pensamientos haya hecho un cálculo desacertado sobre la elevacion de su espíritu. Porque, hija mia, yo que fuí pobre y que á fuerza de industria legítima y de constancia soy ya opulento, lejos de haberme granjeado el aprecio de los hombres, me he atraido su aborrecimiento y su envidia; y ese jóven insensato, disipador del caudal de sus padres, ese nada ha perdido de su opinion y lustre por su disolucion y por su imprudencia. La carrera de los honores está abierta para él, y nadie le hace cargo de haber sumido en la miseria á veinte familias; y yo que mantengo en una cómoda medianía numerosos dependientes en varios puntos del reino, soy un hombre despreciable para las gentes. Él, que vive entrampando á todo el que no le conoce, inspira respeto hasta á sus mismos acreedores, y grandes y pequeños le quitan la gorra; á mí me escarnecen hasta los mendigos. »

Hay quien afirme que Beatriz, en tanto que su padre ensartaba esta relacion tan prolija de lástimas, decia interiormente que si los mercaderes se veian tan despreciados á la sazon, tal vez era la causa principal de este desprecio la rusticidad insufrible de sus modales, su ignorancia supina en aquellos ramos que dan cierta blandura y jovialidad al carácter, su avaricia sórdida que les privaba de todos los placeres honestos, y les hacia recrearse en la suciedad y el desaliño, y en fin, la falta absoluta de verdadero espíritu mercantil, que hacia de una profesion útil y honrada un arte de grosera engañifa.

Vino la noche, y don Gaspar, gracias al estado de su bolsillo, cumplió su palabra y acudió á la tienda. Encerráronse en un cuarto la hija y el padre y el caballero; y hubo allí reconvenciones y gemidos y voces, y ratos de hondo silencio, y por último abrazos y lágrimas de la mejor especie. A los dos dias don Gaspar salia de Madrid en posta con un bizarro traje de camino, y Beatriz cantaba á la vihuela en su cuarto un sentido romance con el tono de la mas dulce y amorosa melancolía.

Algunos meses despues se casaba don Gaspar secretamente en una villa junto á Palermo con una hermosa jóven, y la tienda de Mondragon en la calle Mayor de Madrid habia desaparecido. La esposa de don Gaspar se llamaba Beatriz, y el administrador de la casa del caballero era un español de

espalda encorvada que se firmaba M. y Carreño.

Todo esto fué necesario para que un caballero de aquella época se casase con la hija de un mercader que gastaba calzones remendados.

En el dia un noble hubiera sido mucho menos escrupuloso, porque comerciantes como el suegro de don Gaspar ya no se usan.

Generalmente en las preocupaciones que han reinado contra tal ó tal clase ha intervenido alguna razon justa, fundada en los vicios ó ridiculeces de los individuos de ella, y por eso la preocupacion se ha desvanecido en el momento en que la clase menospreciada se ha hecho acreedora á mas ventajoso concepto.

El Corresponsal.

EL JORNALERO.

1839.

Quien tiene oficio, tiene beneficio. Esto se decia en España siglos há, cuando por otra parte la opinion y las leyes habian envilecido á los que ejercian ciertas profesiones útiles; cuando un hidalgo hambron de lugar hubiera ahogado entre sus manos á una hija suya si la hubiese visto enamorada de un molinero, aunque la niña tuviera, amén de pobre, la falta de un ojo y la sobra de una giba, y el galan fuese acomodado, rubio como unas candelas, y hombre de bien por añadidura. Entonces, si hemos de creer á nuestros mayores, habia en este país mas virtud y religiosidad que ahora; y á pesar de que la primera virtud del hombre social ha de ser la justicia, y que la fe del Salvador tiene por base la caridad, la humildad y la mansedumbre, el artesano era generalmente despreciado, cuando no fuese aborrecido. ¡Podia un zapatero corto de vista haberse atrevido, en la religiosa época del hipócrita Felipe II, á cruzar las calles de una populosa ciudad con las tijeras en el cinto, bajo el brazo un lio de tela, y un par de anteojos cabalgados en las narices! Ya le hubiera costado cara la broma. No hubiera andado tres calles sin que le hubieran apedreado los muchachos, ó le hubiese hartado de puntapiés algun lindo don Diego, ó conducido á la cárcel algun corchete celoso del decoro público. Solo tenia derecho á ver artificialmente entonces algun letradazo de hosca y cetrina catadura, capaz de formar un alegato encima de la veleta de santa Cruz, ó bien algun predicador que se hubiese desdentado en el púlpito, donde con citas del moro Rasis, de Lucrecio y de Raimundo Lulio habia probado mil veces al pio y estúpido auditorio, que le aclamaba tirando los sombreros al aire, que san Bernardo fué hermano de leche de Jesucristo. Traje, habla, trato y diversiones á parte, como raza proscrita, tenian á la sazon, en medio de una sociedad holgazana y vanagloriosa, los únicos que cumplian en ella con la eterna ley impuesta por el Criador al hombre, la de ganar el sustento con el sudor de su frente.

Hoy no es así: en la iglesia, en los paseos, en los teatros se ve al artesano al lado del título, y á guante puesto, difícil es que por el traje se acierte á distinguir al uno del otro. Quedan sin embargo aun rezagos de la opinion que dominó un dia, como escombros de un edificio arruinado á orillas de una senda, cuyo libre paso embarazan. Todavía un meritorio de oficina que escribe *huérfano* con G, y *embrion* con H, se burlará de quien califique á un carpintero de persona apreciable. Examinemos las causas de este desvío, y prevengamos antes de todo que los jornaleros de quienes vamos á tratar en este artículo son únicamente los que ejercen las artes mecánicas; no sea que alguno tenga por comprendido en aquella denominacion á todo el que recibe un tanto por cada dia que trabaja: entonces entrarian en el número de los jornaleros muchos que no son artesanos.

¿Qué es un artesano en Madrid? ¿Quiénes son los artesanos ya? Un zapatero es todavía un menestral; un sastre y un peluquero son artistas: un tornero capaz de armar el aparato para tornear óvalos, es un artífice: pues ¿dónde están los artesanos? Harto será que encontremos mas que los

carpinteros, los panaderos y los albañiles, y esto porque los unos labran y los otros usan *artesas.*

Madrastra la suerte con los artesanos, les negó favores que ha concedido á los que emprenden otras carreras. Sentíase antes un jóven llamado por el espíritu de abnegacion, ó por el deseo de la holganza, á la cómoda austeridad del cláustro: con pelarse la cabeza y echarse el saco encima, cátate á Periquito hecho fraile. Un estudiante de retórica tropieza una mañana con el diccionario de la rima; y exclama *ex abrupto:* « Yo soy poeta: » y en prueba de lo que es, emborrona cartapacios, remite composiciones á los periódicos, lleva los dramas de tres en tres á la empresa de teatros, y anda á moquetes con sus compañeros si le echan en cara que ha rimado *andaluz* con *virtud,* y *crezco* con *tudesco.* El artesano para llegar á ejercer un arte, tiene forzosamente que ser aprendiz primero, y emplearse en labrar un palo, pegar mangas, moler almazarron ó machacar suela, operaciones (¿quién lo creeria?) mas difíciles de desempeñar atinadamente que escribir un drama en media docena de jornadas, histórico, patético, simbólico, sistemático, drolático y circunlóquico: lo uno es necesario aprenderlo, y lo otro se hace sin necesidad de aprender nada: véase si es moco de pavo la diferencia.

Un aprendiz en España contrae al abrazar un oficio dos obligaciones: la de instruirse en él *á ratos perdidos,* durante cierto número de años, y la de emplear lo demás de este tiempo en servir al maestro, á su mujer, á sus hijos y oficiales en todo lo que les ocurra. ¿Ven ustedes en el verano esos grupos de muchachos que juegan al chito en las inmediaciones de una fuente, aguardando *vez* para llenar sus botijos? Pues casi todos los actores de aquella escena de laboriosidad son artesanos de primera tonsura. En esta singular posicion tiene una gran ventaja el artesano sobre el alumno de las musas: el uno gasta tiempo y papel sin fruto, y al otro se le paga lo que huelga y lo que estropea en el obrador de su maestro. Fuera de España parece que pasa todo lo contrario: allí el que aprende paga al que le enseña; por lo cual se han empeñado en decir gentes cavilosas que mas allá de los Pirineos se aprende y se enseña mejor y mas pronto.

Hubo una época en que los aprendices componian, por el tiempo que duraba el aprendizaje, parte de la familia de su maestro: con él comian, bajo su techo habitaban, con él iban á misa los domingos por la mañana y á paseo por la tarde, y él vigilaba su conducta y aun era en cierto modo responsable de ella. Aquel tiempo de austeridad pasó; los aprendices de ahora en el hecho de pasar de la casa paterna al taller se emancipan de la autoridad doméstica, y los dias y horas que están fuera del poder magistral, no conocen ni Rey ni Roque. Este hábito de independencia que cobran desde el momento en que ganan un real diario, se fortifica á medida que van adquiriendo alguna destreza en la profesion; por lo cual, si no se les aumenta el sueldo, pronto dejan al primer maestro y buscan otro que les haga mejor partido. Así, corriendo de taller en taller, temidos de los maestros que casi se ven precisados á contemplarlos, tratados á baqueta por los oficiales que se desquitan en ellos de lo que sufrieron cuando aprendian el arte que ejercen, pasa el tiempo, desentorpecen las manos, desenvuelve cada uno su habilidad respectiva, y llegan á la féliz época en que pueden encargarse de un destajo ó ganar un jornal decente, es decir, que llegan á ser declarados ó considerados oficiales. En todo este intérvalo ya han tenido tiempo mas que suficiente para olvidar la instruccion primaria; y es cosa harto frecuente entre los artesanos tener á veinte años ó mas que dedicarse á cursar la lectura, á restaurar la letra, á recordar la aritmética y el dibujo que abandonaron en la edad en que no presumian cuán necesarios les habian de ser tales conocimientos mas adelante.

Entonces es cuando la fisonomía moral del jornalero toma todos sus caractéres propios y distintivos: entonces es cuando suele hacerse desabrido con sus iguales, atrevido con los que mira como inferiores, envidioso de los que gozan mas que él, tosco y grosero con todos. Olvidó la gramática de *Naharro* y se divorció de los libros, y cuando llega el caso, ni sabe escribir una carta, ni formular una cuenta, ni explicar á un parroquiano una operacion mecánica ó el plan de una obra. Esta rusticidad es la que repugna á los individuos de otras clases en que hay mas cultura, aunque no mas virtudes que en la clase fabril. Reunidos casual ó frecuentemente hombres de distintas categorías, cada cual gusta de hablar con quien pueda entenderle, y guarda silencio con los demás. La indulgencia y la cortesía deben reinar en toda conversacion; pero principalmente cuando la conversacion es entre per-

sonas que ó no se conocen, ó se rozan poco: y á fe que las dos prendas mencionadas no son muy comunes entre artesanos, y sobre todo entre jornaleros. Un menestral se irrita si advierte una ligera sonrisa en los labios del que le oye decir *nesecidad*, *correspondiencia*, *fantesía*, *quizaes*, *escorruto;* pero si advierte que algun profano emplea la voz de *cerraja* en lugar de la de *cerradura*, ya tiene ocasion de mofa para una semana. Acude á una oficina del gobierno para que le despachen un asunto; le cuesta dos ó tres viajes la diligencia, y ya le basta esto para decir que todo empleado es un gandul que se complace en entretener al pobre que solicita: sin acordarse mientras tanto de las infinitas palabras que ha dado de concluir sus obras para un dia fijo, sin haberlas cumplido nunca.

El jornalero en Madrid gasta frac ó levita como el elegante; pero un gran número de individuos de la clase no han podido renunciar á su distintivo pecular, la vara. Y ¿cómo han de abandonarlo, si es para ellos un instrumento absolutamente preciso? Llega un dia de fiesta: Paco Tarugo se acicala para ir á Chamberí á ver á Maruja la bordadora: el domingo anterior mientras la daifa ocupaba una silla en la máquina giratoria del supuesto *tio Vivo*, la miraba un terne á lo zaino: buena y aun indispensable es la navaja; pero como es chisme que se reserva para las altas ocasiones, forzoso es llevar en la mano un retoño de fresno; y si se atisba al rival presunto, se cuadra uno, se pone la izquierda en jarra, se agita con la derecha el palo, se tose, se escupe por el colmillo luego; y el galan á quien se dirige la intimacion indirecta, ó se escurre prudentemente haciéndose el sueco, ó se arma la broma y se luce un hombre á los ojos de su dama, sin que haya efusion de sangre. A favor de diez ó doce varazos por activa, pasiva ó participio, tal vez un gaché vence los rigores de una manola esquiva, y tal vez aplicados sobre la carnosa espalda de una beldad inconstante, fija un hombre para siempre aquel corazon jamás rendido al apacible halago de un cariño tierno.

El jornalero de Madrid concurre al teatro, principalmente las tardes de invierno, y por lo comun guarda compostura, escucha con atencion, aplaude muchas veces y silba pocas: los que silban de oficio, los que alborotan, los que ni oyen ni dejan oir, no son jornaleros. Gusta mas de los toros, porque allí se divierte con mas desahogo; pero al paso que vamos, pronto le divertirán igualmente ambos espectáculos, porque pronto veremos en el teatro tanta algazara como en la mas estrepitosa corrida. Las óperas le apestan; las comedias de ahorcados y de magia son su delicia. Suele casarse jóven: su mujer para ser feliz necesita principalmente saber dos cosas; dominarse á sí los sábados por la noche, y dominar á su marido en el resto de la semana. Por fin, en España hasta ahora los jornaleros trabajaban menos que los jornaleros de otros paises, comian mejor, y aunque vestian con mas desaliño, se portaban con mas honradez, y un gran número de ellos moria en su cama sin haber hecho gasto de un maravedí al hospital y sin haber tenido que declarar nunca su nombre á los porteros del *palacio de provincia*. Hoy su suerte ha variado mucho: hoy no tienen que trabajar... con esto está dicho todo.

El Corresponsal.

TROPIEZOS DE UNA ESCALERA.

1839.

No hay que asustarse: la escalera de que voy hablar no es de aquellas oscuras y laberínticas, sigilosamente buscadas á ciertas horas de la noche en Madrid, las cuales si dijeran lo que pasa por ellas, nos obligarian á taparnos los oidos, apurando todas las intercecciones de la gramática. *Las paredes oyen*, dice el refran; pero la experiencia nos enseña que callan, y mas vale así. Por lo demás, ¡ cosa chusca seria el oir hablar á una pared, ya fuera del gabinete de una beldad, ya del despacho de un señor ministro! Los muros de una cárcel podrian tambien contarnos anécdotas interesantísimas. ¡ Tremendo es el umbral de una cárcel! Solo es mas terrible el de la vicaría.

Yo habito en un cuarto tercero de una casa nueva: tengo por consiguiente una habitacion, reducida (porque soy huésped) á una pieza sola, no muy larga, á la verdad, pero sí muy angosta. Cabe en ella, sin embargo, una cama allá en el fondo; y desde las cortinas que la rodean hasta el balcon, hay primero un aguamanil y luego un armario y despues una mesita para escribir, y en el lienzo de enfrente cuatro sillas y un cofre. Cuando me vienen á ver hasta seis amigos, casi podemos estar sentados. Ya ven mis lectores que tengo una vivienda por el estilo de la de Sócrates, y eso que no puedo compararme con Sócrates sino en lo feo. Me parece, con todo, que mi patrona es mas fea que yo. Una bendita de Dios á parte de esto: mujer tan mortificada y penitente, que lo mas del año me trae penitenciado á mí, sin consultar con mi gusto. Cuando no se le olvida echar en la olla el chorizo, me suprime los postres: su memoria es tan infeliz que no se acuerda de coger los puntos de mis calcetas, y tal vez equivoca el dia 21 con el último del mes. A pesar de todo, yo no pienso en mudar de posada: algo será ello.

Suenan tres golpecitos suaves en la pared donde apoya la cabecera de mi cama, pared que es medianería entre mi casa y la del vecino: contesto inmediatamente y corro al balcon; el balcon es lo que yo pago á mi huéspeda. Por pronto que me asome, ya se halla en el balcon inmediato una linda jóven que me dice: « Estamos solas y vamos á salir; si pasa usted á casa, puede que mamá le permita que nos acompañe. » — « Mercedes, niña, ven aquí, » grita la mamá desde adentro, y Mercedes tiene que escapar para que no la pillen en el garlito. Su mamá doña Gregoria es una madre con toda la severidad del siglo XV, todo el saber del siglo XVIII, y toda la desconfianza del XIX: ¡vaya usted á averiguarse con tres siglos juntos! Así es que solo he conseguido besar la mano á mi hermosa una tarde que paseábamos en un sitio donde no parecia un alma; y fué porque habiéndose levantado una fuerte ventisca, el polvo habia cegado momentáneamente al Argos que nos vigilaba. ¡Triste sagacidad la de los mortales, cuando una ráfaga de viento se burla de ella!

Vístome apresuradamente; pero con esmero, porque bien lo necesito: ya he dicho que no soy nada galan, y que mi dama es muy linda. No hay que escandalizarse de que una jóven hermosa se prende de una figura de tapiz; porque las mujeres suelen por lo comun escoger lo peor, y porque mi adorada, entre sus muchas perfecciones, tiene la faltilla de ser coja. Con las damas sucede lo contrario que con las composiciones poéticas; son menos *difíciles* las de pié quebrado. Bajo á brincos la escalera de mi casa, salgo á la calle, entro en el portal de Mercedes, y pongo el pié en el primer escalon al mismo tiempo que una criada sacude desde el último piso un felpudo, no removido quizá en dos meses; y la puerca me cubre en un santiamen desde el sombrero á las botas con una capa de polvo un dedo de gruesa. Juro y reniego copiosamente; pero la broza no huye de mi vestido espantada con mis juramentos; y por no dar que reir á doña Gregoria y quizá á su amable hija, vuelvo á mi cuarto para limpiarme, y por lo pronto tengo que ponerme en camisa. Terminada la operacion, salgo nuevamente de casa; pero tomo mis precauciones antes de internarme en la fatal escalera. Ya habia subido sin tropiezo hasta el cuarto segundo, cuando un inmenso rollo de esparto, una movible columna, una torre inclinada, sostenida en los hombros de un robusto gallego, me ataja el camino. ¡Maldiga Dios á quien tan inoportunamente desestera! Resuélvome á retroceder, no pudiendo avanzar; mas ni aun esto me permite mi pícara suerte. Mientras yo calculaba si el rollo de estera me dejaria paso, otro mozo de cordel que sube con un estante me corta la retirada: cósome contra la puerta del cuarto segundo, y la puerta se abre y caigo á la larga, besando casi las faldas de la respetable doña Casilda que salia acelerada de su habitacion á reñir al mozo que subia el estante. Nunca dije con mas propiedad *á los piés de usted* á una señora; nunca lo dije tampoco de peor gana ni con mas sentimiento: habia caido en manos de la mujer mas habladora que produjeron jamás padre sangrador y madre ropera.

« ¿Se ha asustado usted? ¿Se ha hecho usted daño? Tome usted un vaso de agua. » Y que quieras que no, me encaja en la cocina. « Venga usted donde le dé el aire. » Y me lleva sin mas ni mas á su balcon, perpendicularmente colocado debajo del de Mercedes. « Lo mismo que á usted », continua, « le sucedió á don Telesforo Quincoces el año que fué tesorero de la hermandad de San Lucas evangelista, quince dias antes del que habiamos señalado para casarnos. Cuando digo que le sucedió lo mismo, quiero decir solamente que se dió una costalada en una escalera; pero el pobrecito don Teles-

foro se desnucó del golpe. » — « ¡ Mal rayo parta las escaleras ! » replico yo. — « Amén, » contesta doña Casilda : « en una escalera fué donde reñimos mi Telesforo y yo la última vez. » Y la buena señora me ensarta la relacion de un altercado ocurrido el año que se incendió la plaza Mayor de Madrid. Cuando me refiere las razones de don Telesforo, baja la voz misteriosamente; cuando me da cuenta de las suyas, se enajena, habla en primera persona, y todos los que la oyen se figuran que riñe conmigo. « Usted es un pérfido, » exclamaba como una energúmena, « usted hace cocos á la vecina y luego dice que me quiere; no piense usted que á mí me satisface con decir que se correrán el domingo las primeras amonestaciones. » Una pelotilla de papel que me da en la cabeza, me hace mirar al balcon de arriba, y de entre los hierros veo escaparse la falda de raso de mi bella coja : conozco que nos ha oido, recelo una equivocacion que puede ser fatal á mis amores, y despídome de la novia del difunto cofrade de San Lucas; pero la desapiadada doña Casilda se ha apoderado de mi sombrero, y tarda en limpiarlo todo el tiempo que basta para que el golpe de la muleta de Mercedes deje de sonar en los peldaños de la escalera.

Recobro por fin el sombrero, salgo aceleradamente..... ¡Otro nuevo obstáculo! Un astroso mendigo, tuerto por mas señas, me saluda militarmente con la mano izquierda, me dice que cayó prisionero en Aragon *en la Peña de Orduña*, y me pide una limosna con un modo que da gana de contestarle sacando del bolsillo no una moneda, sino una pistola. Conténtole, ó creo contentarle, con una columnaria, y logro por último verme en la calle; pero ni en la calle ni en las inmediatas descubro á mi querida; su muleta parece que se ha convertido en el baston alado del correveidile de los Dioses. Cabizbajo y melancólico me restituyo á mi palomar, y al desnudarme echo de ver que mi reloj y mi dinero se han ido sin mi licencia con el prisionero de la accion de Orduña, dada en los campos de Aragon.

Ardiendo vea yo tan peligrosa escalera, luego que Mercedes se mude á otra casa, y antes que deje su cuarto la habladora de doña Casilda.

El Entreacto.

UN ENTREACTO.

Cada dia hay cosas nuevas,
Que el ingenio todo es pruebas.

Esto dijo años há uno de los escritores dramáticos españoles mas ingeniosos, que era fraile de la Merced y por mas señas maestro en teología, por lo cual estaba en obligacion de decir verdad; y á mí se me antoja que la invencion del *acto*, y la del *entreacto* por consecuencia, fué una prueba grande de ingenio, así como fué una gran novedad en su época. Apostaria yo, si fuese amigo de apostar, que al bellacon de Aristófanes, al sublime autor de los Edipos, ó al desconocido Menandro, de quien se nos dice que valia por dos Terencios; si les hubiese indicado álguien, ya que á ellos no se les habia ocurrido, la idea de dividir sus dramas en varias partes, dar un descanso en ellas al espectador, y suponer que en aquel intérvalo pasaban algunas horas y se verificaban sucesos que no debian presentarse en accion, les hubiera parecido sumamente feliz este pensamiento, y lo hubieran aprovechado, dando las gracias al inventor, aunque fuese un mendigo de aquellos que para no perecer de frio en el invierno, acudian á calentarse á la lumbre de los baños públicos. Los griegos no conocieron los *entreactos*, porque sus obras escénicas se representaban de un tiron; pero los dramáticos modernos han adoptado la juiciosa y cómoda division de los latinos, dándole ese nombre al cual han precedido los de *intermedio* y *blanco*, y quizá alguno mas de que yo no me acuerdo. Verdad es que antiguamente no descansaban en el espacio de un acto á otro los cómicos ni los espectadores : los entremeses

primero y las tonadillas despues ocupaban aquellos huecos. Concluíase una jornada con una escena de zelos ó con la tierna despedida del galan y la dama, y un instante despues salian al tablado dos ó tres figuras grotescas, se insultaban recíprocamente, ya con leve motivo, ya con ninguno; decíanse desvergüenzas de grueso calibre, sacudíanse, en fin, á vejigazos el polvo, se retiraban, y seguia adelante la comedia, de la cual acaso el espectador ya no se acordaba. En las tonadillas, por lo comun, no se hacia mas que gorgoritear, sabe Dios cómo, un enfadoso altercado de los actores, disfrazados con sus propios nombres, sobre asuntos particulares suyos, tan interesantes para el auditorio como para el Preste-Juan de las Indias. Estos eran los entreactos en el tiempo de las golillas y de las coletas : veamos lo que son en este tiempo de progreso literario, en que para ver morir á *Macías*, es necesario ir á la plazuela de la Cebada.

Cae el telon, y una parte de los concurrentes al teatro se marcha al café. Esto no podia suceder por varias razones en tiempo de Lope : principalmente porque no habia cafés á la sazon. Entonces tanto los mosqueteros como los papamoscas, permanecian dentro del *corral*, y mientras atendian á las gracias del *vejete* ó del *bobo*, se atracaban de avellanas, nueces ó limas, guardando las cáscaras con algun pepino ó zanahoria de buen tamaño traidos de reserva, para arrojárselos á la cabeza al actor que tuviese la desgracia de merecer la desaprobacion del patio. Ahora aunque el mayor número de los espectadores se queda durante el entreacto ocupando su asiento, charlan allí, miran, rien, hacen guiños, talarean, duermen tal vez; pero no comen. Apenas ha caido el telon, empiezan á prepararse los violines para regalarnos con una pieza que mil veces hemos oido : el fastidio que vá á experimentar el oyente se apodera con anticipacion del músico; cada arco parece que arranca un bostezo á las sonantes cuerdas, cada Orfeo se convierte en un Dios, anteponiendo á su nombre una M. Pero este ruido es necesario : el silencio es aun mas fastidioso que una sinfonía traqueteada.

Una dama rubia de la cazuela que todo el acto ha tenido, no sin incomodidad, flechado el anteojo en un asiento de luneta desde donde un caballero aplaudia con interés á una de las actrices, se vuelve á su compañera para preguntarle en qué país se figura la accion de la comedia; y cuando va á responder la preguntada, la dama del anteojo la interrumpe diciendo que no se puede venir al teatro porque las actrices son detestables. Dos abonados del patio traban una fuerte disputa sobre si el pantalon del primer galan es obra de Picon ó de Utrilla : un tercero en discordia, persona de gravedad porque lleva gorro, y mas aun por su enorme barriga, los pone en paz, hablándoles, no sin enternecerse, de los tiempos de García Parra, y ponderándoles la mágica expresion de la voz de aquel actor insigne, mientras no se le llenaba la boca de saliva. Hácia el mediodía de la luneta se disputa acaloradamente en un grupo compuesto de personajes que no deben ser muy linces, porque todos gastan anteojos y empuñan gemelos : los nombres de Metternich, Wellington y Guizot, que se les oye pronunciar á cada paso entre las expresiones de *equilibrio social*, *movimiento de las masas* y *tendencia de los protocolos*, nos manifiestan que son actores de otro teatro mas caro, aunque sus billetes se expiden gratis. Algunos de estos actores con usía ó con excelencia, que se habian dado la mano cordialmente al principio del intermedio, son enemigos irreconciliables antes que se vuelva á alzar el telon : un gesto de placer ó de desagrado, hecho al oir una noticia, es lo que ha producido tan rápida y completa metamorfosis.

¿De qué tratarán aquellos elegantes bigotudos? de modas : están en el artículo de los prendidos. ¿Y aquellas damas del palco, que cuchichean sin cesar? De bigotes : los buenos bigotes llaman la atencion de ambos sexos. Y de la funcion que se ejecuta, ¿quién se acuerda? Esos dos jóvenes de abultadas guedejas á lo Conde de Rebolledo. — « Es una composicion magnífica, » dice el uno. — « Es un plagio, » replica el otro, « esa rapsodia con que hace ocho dias nos fastidian, es una miserable imitacion de un sainete del teatro dinamarqués. Que lo diga, si no, este caballero que nos escucha. — Yo no estoy al corriente de la literatura danesa. — Pero usted no dejará de ver... — Lo que yo he visto es que usted estuvo divertidísimo mientras duró el acto primero. — Ya; pero no se debe tolerar que el público sufra un engaño. — Hombre, deje usted al público en un engaño que tanto le gusta : para que le engañen aquí, paga su dinero. »

El espectador cuyos aplausos incomoda-

ban á la dama rubia, le ha dirigido una mirada significativa, y se dispone á salir : la señora sigue su ejemplo. Reúnense á la entrada de la cazuela. El caballero ofrece la mano á la dama de dorados cabellos, para bajar los escalones, y ella la rehusa con altivo desden : esta negativa produce una explicacion. Vienen primero los raptos de furor y la formal protesta de rompimiento, despues las quejas amorosas, y llegaba la zelosa dama al paso de llevarse el pañuelo á los ojos, cuando interrumpe la patética situacion una pareja procedente de la tertulia. Emparejan unos con otros, se ven, se miran... ¡Dios mio! ¡qué sorpresa! — « ¡Mi mujer con un romántico! » exclama el caballero que bajaba. — « ¡Mi marido con una manola! » grita la dama que no habia querido bajar. El elegante y la manola se escurren uno tras otro, y se dan el brazo al revolver la esquina. Al alzarse el telon, todo ha vuelto al estado normal : la rubia aparece en la delantera de la cazuela, el romántico en la luneta, el clásico (quiero decir, el marido) está en la tertulia : solamente á la manola no se la descubre por ningun lado : tendria sin duda que hacer á aquellas horas. Todo se ha explicado, todo se ha creido, y terminada la funcion, los tres personajes se reunen y marchan juntos, y el pisaverde no tendrá en adelante necesidad de acudir al teatro para ver á la dama rubia : el marido le ha dicho que en su casa, facultades y personas están á su disposicion.

Todo esto y mucho mas pasa en un entreacto : episodios independientes de la accion que se figura en las tablas, cada uno de estos lances puede servir de base á una composicion dramática trágica ó cómica, casi siempre de *intriga*, *de costumbres* siempre, pero rara vez ó jamás de costumbres..... *ejemplares.*

El Entreacto.

UN VIAJE EN GALERA.

1842.

Cada dia va haciéndose el mundo mas viejo, y por consecuencia cada dia va descubriendo mas las manías de la vejez. Los viejos (y las viejas sobre todo) son muy aficionados á cuentos, y el mundo de hoy dia no es mas que una vieja curiosa y parlanchina que rabia por contar lo suyo y averiguar lo ajeno. La ancianidad del mundo es la que hace á los mundanos de hoy desvivirse por saber todo lo que pertenece á la vida privada de las generaciones que les precedieron, y divulgar la suya para instruccion de las razas venideras. De aquí los cuadros y escenas de costumbres, las biografías de todo bicho viviente, las novelas históricas y las historias novelas, las relaciones de actos públicos y los públicos actos de relaciones, las memorias de viajes y los viajes de memoria. Pero si la curiosidad del mundo va, como es de creer, aumentándose con el tiempo, quizá la mayor parte de los artículos de costumbres que se escriben ahora dejen mucho que desear á los curiosos de otras edades. Reflexionarán, y con razon, que estos artículos fueron escritos mas bien para deleitar con la amenidad de la narracion que con la verdad de los lances; que es enteramente gratúito el modo de presentarlos, y que no es fácil distinguir en ellos la línea que separa lo posible de lo caprichoso; y en esta duda, erudito habrá que prefiera una relacion de fiestas reales, aunque sea la de aquellas que hizo Madrid en octubre de 1823 (que es pieza de gusto), á las mejores páginas que trazó la pluma del Curioso Parlante. Nuestro erudito podria decir de la relacion mencionada, como cierto santo varon alabando un poema histórico : « que el autor de aquella obra tenia el mérito de no haber inventado nada. » El elogiante no era el inventor de la pólvora.

Todo este preámbulo viene á parar en resúmen en que será inútil buscar en la narracion de este viaje la chispa y el interés de un cuento de invencion verosímil, porque no es sino la pintura exacta de un hecho comun : es crónica, no es novela; se escribe para los que intervinieron en él, y para que de aquí á cuatrocientos años,

cuando se haya perdido en España la memoria de lo que fueron galeras (pérdida que será ganancia envidiable), pueda un autor de aquella época traducir estas notas en lenguaje corriente; y dirigiéndose á los que no hayan conocido medios de comunicacion tan fatales, ponga por epígrafe á su escrito, como el autor de cierta novela fantasmagórica [1]: « Leed y estremeceos; nada hay aquí de fabuloso. »

Yo tuve... (Otro diria *nosotros* á la moderna; pero yo creo que tal manera de hablar solo es propia de los que escriben en compañía con álguien, y de las personas múltiples ó dobles, como periodistas y embarazadas). Yo tuve precision de salir de Madrid á un pueblo de Castilla la Vieja; me importaba marchar pronto, y los billetes de la diligencia estaban tomados para muchos dias anticipadamente; habian de ir conmigo doña N. N. y don N. N., que no son caballistas, ni yo tampoco; y así fué necesario recurrir á una galera, de lo que me arrepiento como del mayor de mis pecados. Suponga el lector hechos todos los preparativos de marcha; pero permítame no pasar en silencio el mas impertinente de todos, el pasaporte. El pasaporte para dentro del reino me ha parecido siempre la invencion mas estúpida de la civilizacion moderna; y en un país que se dice libre, es un ataque directo á la libertad de los ciudadanos. ¿Qué le importa al poder que manda, que esté yo en Cádiz ó en Barcelona? Donde quiera que yo necesite su amparo, allí debe tener él quien me proteja; donde quiera que yo quebrante la ley, allí debe tener él quien me reprima. Pedirme un fiador porque salgo del lugar de mi residencia equivale á suponer que forma cada poblacion un estado distinto, por lo cual el gobierno, impotente para espiar á cada viajante, exige que le dé otro ciudadano en rehenes, para que si se excede el que marcha, pague el que se queda: ¡sagaz y admirable política! El dichoso documento me costó dos visitas al abonante, tres al alcalde del barrio y una al ayuntamiento: seis diligencias y cuatro reales en todo. En cambio de tantas molestias, el gobierno ofrece al que viaja un camino descuidado é inseguro, donde la vez que los carruajes no vuelcan y los ladrones no roban, es por un favor especial de la divina Providencia.

Hétenos pues N. y N. y yo en el umbral de una posada, calle de la Montera, esperando el momento de la partida, que segun la costumbre de los ordinarios, no llegó hasta unos cinco cuartos de hora despues de lo tratado. Lo público del sitio y el ser ya media tarde hizo que me encontraran allí algunos amigos, lo que dió lugar á despedidas afectuosas y á estorbar el paso á los transeuntes. El abrazo de despedida y el de tornada son lo mejor de un viaje; solo por ellos deberia caminar todo el mundo. Encaramado en la galera, cuando fué mi vez, registré su disposicion interior, y vi que nuestros hábiles conductores habian reunido los cofres de los viajeros y puéstolos de canto, sujetos á lo largo de las varas de la galera, formando así dos líneas de asientos medianamente blandos, por estar cubiertos con mantas; pero siendo todos los baules de diferente anchura, resultaba de uno á otro un escalon de algunas pulgadas, incomodísimo para el pobre á quien tocara sentarse encima. Los mejores puestos se hallaban ya ocupados por algunos consocios prudentes, que habian querido esperar dentro del carruaje y no á la puerta de la posada. Fuí á sentarme, y al enderezar la cabeza, me dí un razonable coscorron contra uno de los aros que sostenian el toldo: pregunté al mayoral si pensaba conducir á los pasajeros doblándolos como quien cierra un compás, y me tranquilizó respondiendo que á las tres ó cuatro horas de camino (¡una friolera!) la carga bajaria por su propio peso, y podriamos alzar la cabeza impunemente. Me consolé reflexionando que yo seria el de menor estatura de todos, y por tanto el que menos derecho tenia para quejarse. Arrancó en esto la pesada máquina, sin embargo de que faltaba, segun dijeron, la mayor parte de los compañeros de camino, porque unos esperaban en la puerta de Bilbao, y otros habian preferido pasearse hasta Fuencarral, acaso por no ir hechos una C debajo del toldo. Yo observaba que apenas habia en la galera lugar vacío, y no podia atinar dónde ni cómo habia de embanastarse tanta gente. Mis temores eran fundados: llegó el terrible y apretado instante de que subieran los que caminaban á pié; y cuando nos vimos juntos adentro y pasaron cinco minutos sin que nadie reventara, sospechamos que nos habiamos convertido en sacos de algodon, capaces de extenderse por ancho prensados por el grueso. Quise entonces conocer qué compañeros me habia deparado la suerte, y advertí con satisfaccion que podriamos ponernos en buena armonía. Veinte y tres individuos componian la galerada, la mayor

[1] La Familia de Vieland ó los Prodigios.

parte jóvenes y de buen humor: seis estudiantes de medicina, uno de arquitectura, un empleado en no sé qué diputacion provincial, un ex-sargento recien casado en Madrid, una jóven que iba á casarse á Durango, un comerciante, una propietaria, dos niños delicados y enclenques, el padre del uno, la madre del otro, otra señora mayor achacosa de una pierna, una señora de menos edad, casada ya tres veces segun dijo, y apalabrada para el cuarto matrimonio, mis dos anónimos consabidos y yo: la mayoría de los viajantes se componia de individuos naturales de las provincias del Norte, y se dirigian á ellas. Desde Fuencarral hasta San Sebastian de Alcobendas donde paramos, la pobre señora de la pierna doliente fué la que hizo el gasto de la conversacion, siendo la víctima en que se cebó la mordacidad de los estudiantes, á mi juicio porque les pareció la persona de mas sufrimiento. Uno la desahuciaba asegurándole que era imposible llegase á Bilbao ni aun á Burgos; otros ofrecian celebrar una consulta gratis aquella noche y practicar la amputacion de la pierna con una sierra de carpintero: la infeliz mujer unas veces les replicaba de firme y otras les dejaba desatinar. El sargento, el arquitecto futuro y otros procuraban cortar la broma; la de los tres maridos defendia con valor á la paciente; el comerciante y el padre de uno de los niños se miraban uno á otro escandalizados y atónitos; la novia bajaba los ojos como si la estuvieran leyendo la epístola de San Pablo; el un niño que iba mareado, nos mareaba á todos, y el otro que estaba cabalmente medio tullido de otra pierna, oia con espanto las predicciones aciagas que hacian á su compañera de mal los desapiadados alumnos de Hipócrates.

Con la llegada á San Sebastian acabó todo, y por lo pronto no pensó cada cual sino en la cena; prometímela mala porque noté que habian parado en el meson otras dos galeras, y se juntaban á cenar mas de cincuenta personas: me equivoqué; no fué mala en cuanto á la calidad; pero en cuanto á la cantidad fué tan escasa, que solo en fuerza de que tal era la voz general, pude persuadirme de que habia cenado. Colocaron á las señoras en mesa aparte; los estudiantes de nuestra galera y algunos mas que venian en otra, se pusieron todos juntos y pidieron el primer plato con tales voces y con un repique de cucharetazos sobre los platos y la mesa, tan sostenido y ruidoso, que indudablemente debió quitar á las Maritornes del parador todo el buen deseo que pudieron tener de servirnos. Con igual estrépito fueron marcados los intermedios de cada entrada, añadiéndose despues la cancion vascuence de *iru dámacho*, entonada á grito pelado por la turba escolástica. Alzados los manteles y quitadas las mesas, aparecieron allí como por encantamiento sendas guitarras, una flauta y una pandereta, indicios de que si Dios no lo remediaba, ibamos á tener baile para descanso de las pasadas fatigas. En efecto, nuestro mayoral trataba de enganchar á la una, y los estudiantes se propusieron, ya que el rato de sosiego habia de ser muy breve, no dormir ni dejar dormir á ninguno. El sargento, que estaba á mi lado, me propuso que antes que el baile finalizase, nos escurriéramos bonitamente hácia los cuartos con el loable fin de asegurar una cama. Hicímoslo así nosotros, y á muchos les debió ocurrir igual pensamiento, porque cesado que hubo el baile de allí á poco, y acomodadas las viajeras en su distrito, los bailarines se desparramaron por los cuartos para los hombres, y los menos listos no encontraron donde tenderse. Acudieron á reclamar á las mozas de la posada, y ellas respondieron que todos los aposentos estaban ocupados, y por consecuencia no habia camas que darles: replicaban ellos; y ellas para excusar contestaciones se metieron en su guarida, cerrando con llave. Aporrearon fuertemente la puerta los sin cama, haciendo renegar desde las suyas á los que las tenian: sosegóse la bulla con la cesion de algunos colchones hecha por los poseedores á beneficio de los desposeidos, que se arrojaron en ellos tendiéndolos en tierra. Preparábase todo para gozar un rato de silencio, cuando en hora aciaga se le ocurrió á nuestro mayoral hacer la cuenta con la huéspeda: discordaron en las partidas, y ni la barahunda del baile, ni el golpeo de las puertas, ni el trasiego de las camas produjo ruido de tan desagradable efecto como los chillidos de la posadera que no queria pasar por los cálculos del mayoral, ni era fácil que quisiera, porque segun se dejaba entender, él sustraia y ella multiplicaba. La disputa se prolongó hasta que vino á despertarnos una de las fregatrices: diligencia inútil, pues harto despiertos nos tenia su maldecida ama, cuyo tiple infernal penetraba hasta en el rincon mas retirado. La noche aquella hubo de correr bajo el influjo de algun astro engendrador de trabacuentas y embrollos: „ eria el astro que preside en España á la ad-

ministracion de la hacienda. Uno de nuestros engalerados tenia que recibir en San Sebastian veinticinco pesos: envió un recado atento al deudor; respondió este con igual atencion que al punto iba á entregar la cantidad referida; alegre el acreedor recompensó generosamente al comisionado; el deudor no se dejó ver, y el acreedor que contaba ya con aquel dinero, tuvo que proseguir la ruta con el que sacó de Madrid, menos la propina de la comision.

Eran cerca de las dos de la madrugada: metíme en la galera suspirando como reo que entra en el cuarto de la tortura: la misma tristeza reinaba en todos. El mayoral sufrió agrias interpelaciones por haber cargado con mas gente que permitia su carruaje; él juraba que aun habia conducido mas otras veces. « Vamos á sofocarnos hoy de apretura y calor» era la voz general que se oia: « la culpa tiene quien no aguarda á alcanzar asiento en la diligencia, aunque para ir solo hasta Burgos tenga que pagar el billete hasta Bayona. » Sostenia el mayoral que no habia en verano carruaje mas cómodo que la galera: á ser en invierno hubiera dicho lo mismo. « En la galera», proseguia, « el toldo quita el sol, y por las esteras de los costados penetra el aire; en la diligencia, como no tiene esa ventilacion, se asa uno cuando le toca un dia de chicharrero como el que tendremos hoy. » No sé qué barómetro habrian consultado el mayoral y los que aseguraban como él que habia de ser caluroso el dia: ello es que todos estaban en la creencia de que ibamos á sufrir en él un bochorno grande, y que el siguiente seria fresco por entrar en el puerto de Somosierra: cabalmente fué todo lo contrario. A todo esto, la galera presentaba un espectáculo singular. Un mugriento candil que pendia del toldo en la delantera, medio alumbraba los semblantes pálidos y ojerosos de los que por no querer ó no poder no habian reposado: corria un vientecillo medianamente recio que hacia oscilar al candil y ondear la llama, la cual aunque apenas prestaba luz, nos regalaba en cambio con tufo abundante. No estaba allí el odorífero candil á humo de pajas: iban á darnos el chocolate, pasta enciclopédica que de todo tenia, menos cacao. La jarra del agua y un vaso de los que se nos trajeron fueron secuestrados por los estudiantes, con el beneplácito del mayoral, en desquite de haberles faltado camas. Principiaron las mulas á andar, el aire á arreciar, mis compañeros á dormir, yo á tiritar de frio: por entre las esteras y el toldo soplaba un céfiro (*sáfiro* decia nuestro zagal) que me hizo maldecir mil veces la ventilacion del carruaje veraniego. El niño de los mareos se indispuso de manera, que daba lástima verle; la elegante capela del maestro sastre recibió copiosas señales de los padecimientos del niño. Almorzóse en la galera, comimos en Cabanillas lo peor que puede imaginarse: sirvientas, mantelería, loza, cocido, asado, pan y agua, todo fué allí sucio y mal acondicionado. El frio nos obligó á caminar algunos ratos á pié, luego subiamos á la galera, y partiendo unos con otros la ropa de abrigo, era de ver á dos ó tres juntos rebujados en una capa: nadie podia figurarse que estábamos á mediados de julio. Llegados á Buitrago y sorbido el chocolate, que era verdaderamente de otra fábrica que el de San Sebastian, salimos á ver la villa, y con motivo de su nombre no faltó quien recordara el famose romance de

El caballo vos han muerto,
Montad vos en mi caballo.
. . . . . .
Esto el valiente alavés
Señor de Fita y Buitrago
Dijo al Rey don Juan primero,
Y entróse á morir lidiando.

Allí tuvimos buena asistencia de plato y cama, prontitud, abundancia y aseo. Los alborotadores de la noche anterior eran ya otros, ó por mejor decir, entonces empezaron á manifestarse con su carácter verdadero. El de los provincianos mas bien es formal que bullicioso: creyeron que el título de estudiantes les imponia la obligacion de decir y hacer locuras; pero cansados luego moral y físicamente, volvieron á su ser natural, y el fondo de honradez y decencia propio de jóvenes de buenas casas, hizo desaparecer la petulancia postiza. Así al dia siguiente dieron la mas completa satisfaccion á la anciana, cuya edad y achaques hubieran respetado si hubiesen caminado solos con ella: la juventud en general ama el escándalo, y donde no halla testigos no se propasa. Era este dia, tercero del viaje, aquel que temiamos que refrescara demasiado por la subida del puerto: determinamos los mas por esta razon caminar á pié las primeras horas, y cogimos una buena solana. Uno de los colegiales que era cazador y llevaba escopeta, hizo varios tiros al paso; quiso matar algo tambien el alumno de Vitruvio, y al disparar se le entró una hojuela de cobre de un piston en un dedo;

los Esculapios se la extrajeron, dando á la operacion tanta solemnidad como si se arriesgara en ella la vida del herido. Juntos á media mañana en la galera para tomar el almuerzo, se renovó y generalizó sobre literatura española una conversacion suscitada durante el paseo á pié entre algunos de los compañeros y yo, la cual aun continuó por la tarde, despues que comimos en Somosierra tan mal como en Cabanillas. Lástima que la parte que yo recuerdo tenga el inconveniente de referirse á personas cuya amistad me honra, y respecto de las cuales mi lenguaje no podria menos de parecer apasionado; reproducido exactamente aquel diálogo, se hubiera visto en él cómo juzgan de los escritores contemporáneos las personas indiferentes, que sin roce con los autores leen sus obras y las críticas que de ellos se hacen. Porque no se puede negar que fuera del público facticio y pequeño que suele juzgar del escrito sin entrar en las ideas del autor, principio sin el cual no hay crítica posible, hay otro público menos presuntuoso é incomparablemente mas grande, que para formar su opinion no hace caso ni de las insolencias del satírico que le escandalizan, ni de las declamaciones del pedante á quien no comprende, ni de la hiel del envidioso que se deja comprender, ni de los elogios que se pagan, ni de las rechiflas que se compran: abandonándose á su instinto y su fe, tiene sobre el círculo melindroso la ventaja de poder sentir las bellezas, cuando el otro no repara sino en los defectos: el uno posee la ciencia del sentimiento, y el otro solo tiene el sentimiento de su ciencia; en el uno el sentir suple por el saber, y al otro el saber le priva de sentir. A muchas reflexiones diera lugar la opinion favorable ó contraria de los que hablaron respecto á las obras que conocian; muchas mas pudieran deducirse de que solo conocieran aquellas y no otras.

Iba el sol á ponerse, y llegaba el punto de separarme de mis camaradas de viaje, cuya compañía me era ya muy gustosa: desde Boceguillas tenia que tomar la direccion de Sepúlveda. Se acordó por voto unánime que se extendiese una relacion de nuestra viajata, y que se imprimiera en un periódico á fin de que pudiese llegar á manos de todos los interesados, no importándonos nada que fastidiase al público un artículo que no se escribia para él, sino para nosotros. Fuéronme diciendo todos su nombre, y quisieron que apuntase hasta los de las mulas: « pastora, capitana, gallarda, bandolera, generala, el macho peregrino, portuguesa y beata. » (Póngolas en primera línea, porque las bestias siempre van delante del carro.) Tambien me refirió cada cual los daños y perjuicios que le costaba ya el viaje, y resultaron tres abanicos y un paraguas rotos, dos pantalones y un casaquin rasgados, una navaja y un trozo de flauta perdidos: en el capítulo de pérdidas creo que debia entrar la paciencia de todos. Autorizóseme para que, fiel historiador, no disimulara las faltas de nadie; por cuya razon, y en desagravio de la urbanidad ultrajada, es fuerza revelar que fueron don Ceferino Garaygorta y don Sebastian Córdoba los que mas escarnecieron á la respetable doña Manuela Fernandez, ayudándoles algo á la broma don Federico Ondarreta y don Bonifacio Blanco: los otros dos colegiales don Claudio Unamuno y don Ramon Zamarripa no tomaron parte en el pesado juego; antes el último y el empleado de la Diputacion don José Alvarez Carvallo fueron los mas comedidos y juiciosos entre los jóvenes de la cuadrilla. Igual elogio merece el sargento don José de Torres, y principalmente los dos niños don Antonio Ballesteros y don Gerardo Hernandez: aquel ni siquiera desplegó los labios, y este si los desplegó, no fué para hablar. La novia doña Justa Iturriaga con las meditaciones propias de su situacion, y don Francisco Ballesteros, padre del Antonio, con el afan de conservar y defender el puesto mas cómodo, tenian demasiado á qué atender para prestar atencion á nada. La propietaria en Madrid, doña Juana Jimenez, don Pedro Meñaca el comerciante, y doña Josefa Hernandez, la madre del niño mareado, constituian la parte senatorial de la galera: don Angel Revuelta el arquitecto *in spe*, y otro sujeto que por modestia no se nombra, hablaron por todos los que callaban: don Valentin Guinea, el maestro sastre, durmió por todos los desvelados; por el contrario, doña Juliana Alfonsea, la de las tres bodas y pico, se mostró muy despierta siempre. De las dos personas próximas á la mia no me toca hablar. Por conclusion, despedido amistosamente de todos los que pasaban adelante, me encaminé á la posada, volviendo de vez en cuando la vista á la galera, como temeroso de verme todavía bajo las cañas de su toldo. Harto son de temer, en efecto, pues con ese carruaje se emplean dos dias y medio para menos de veinte leguas; se ahoga uno de calor, porque no habiendo número fijo de asientos, el conductor embute allí á cuantos

se le antoja; se pasma uno de frio, porque no tiene contra él defensa de ninguna especie; pagando el pasajero bien la asistencia de las posadas, le sirven mal porque viajando en galera se pierde el derecho de comer limpio y sazonado; y en fin son tantos y tales los inconvenientes que tiene, amén de los dichos, que todo el que estime su individuo en algo, debe procurar librarse de viajar en galera como de ser condenado á galeras.

El Pasatiempo.

QUERER DE MIEDO,

DRAMI-CUENTO A GALOPE;

ES DECIR QUE LA ACCION VA A CORRE-QUE-TE-COJO.

Entran en ella (en la accion) los actores siguientes:

UN NOVIO.
DOS NOVIAS.
UNA VIUDA, con deseos de noviaje.
UNA MADRE, persona de gravedad (nueve arrobas de peso).
UNA CRIADA, que no habla mas que una vez, ente inverosímil.
UN LORO, alias papagayo.
UN RELOJ.
TRES CARTAS.

Acompañamientos de muecas, sollozos, carcajadas, etc.

(En una sala con buenos muebles y dos balcones á una calle principal de Madrid, aparece una jóven muy peripuesta, que parece acabadita de sacar de un escaparate: está leyendo una carta, con visibles muestras de desden y melindre. Cerca de un balcon hay una jaula de un loro, el cual charla que se las pela.)

La Señorita. (*Acabando de leer.*) «Su fiel y rendido amante Crispin Crispiniano Cabrejas.» — ¿Se dará igual presuncion? ¡Cierto que era un novio á pedir de boca! ¡Mamá, mamá!

La Mamá. (*Respondiendo desde las profundidades de la despensa.*) Voy, mujer, voy.

La Señorita. ¡Yo con diez y seis años, y él casi de treinta! Calabazas mas solemnes que las que va á llevar el señor don Crispin, ni tampoco. ¡Mamá, mamá, mamá! (*Acercándose á una puerta.*) Pero, mamá, ¿tiene usted la bondad de venir?

La Mamá, saliendo... (*Nota bene.* En lenguaje de teatro, *salir* significa siempre *salir á*, no *salir de:* por consiguiente decir que la mamá *sale* es lo mismo que decir que *entra* en la sala donde está su hija. — Y dice la consabida mamá, saliendo á la susodicha sala, ó sea entrando en ella): Pero, Pepita, ¿á qué vienen esos alaridos que aturden la casa? Mas bulla metes que el loro.

Pep. No es el caso para menos, mamá.

La Mamá. ¿Y cuál es el caso?

Pep. Que he recibido una carta.

La Mamá. Por supuesto, de amores.

Pep. Por supuesto; pero ¿á que no adivina usted de quién?

La Mamá. ¿A que es de don Crispin?

Pep. ¿Cómo lo ha acertado usted al golpe?

La Mamá. Porque ayer me envió una esquela á mí previniéndomelo. Mírala.

Pep. (*Leyendo el sobre.*) «Señora doña Paz Valvidares.» (*Desdobla y repasa el papel.*) En efecto, le pide á usted mi mano, y á mí la mano y el corazon. Pues ni uno ni otro.

Paz. ¿Con que no te gusta?

Pep. ¿Cómo me ha de gustar un hombre tan serio, tan adusto?

Paz. Contigo bien jovial anda.

Pep. Es feo.

Paz. Pero buen mozo.

Pep. Alto y recio sí, pero desgarbado, estrafalario.

Paz. Es rico.

Pep. Sin elegancia ni gusto.

Paz. ¿Sin gusto? Para escoger novia no le ha tenido malo.

Pep. (*Dando una mirada al espejo y sonriéndose.*) Lo que es eso, vamos, puede perdonársele; pero ¿y el haber querido ya nada menos que á tres antes de conocerme? ¿Estoy yo para suplefaltas de nadie?

Paz. Es que tú, por mi cuenta, ya has querido á cuatro.

Pep. A mí se me figura que no quise á ninguno.

Paz. ¿Por dónde has sabido los galanteos de don Crispin?

Pep. Por él mismo: yo le estreché y él confesó.

Paz. Sinceridad que le honra.

Pep. Si tiene unas extravagancias el santo varon... Oiga usted las necedades que ensarta aquí. (*Lee.*) « Sí, Pepita hermosa, usted es el único bien de mi vida. »

Paz. ¿Es necedad eso?

Pep. ¡Válgame Dios! no lo digo por estas expresiones, sino por lo que sigue. (*Continúa leyendo.*) « Yo no me atrevo á presentarme á usted para saber mi sentencia de palabra ó por escrito; y sin embargo desearia salir al momento de tan penosa incertidumbre. Usted, á eso de las doce, acostumbra poner en el balcon á su favorito el loro, y siempre le hace repetir unas mismas palabras entonces; yo estaré en la calle á esa hora; y si veo y oigo al ave que ha de anunciar mi destino, subo á postrarme á los piés de usted; si el balcon está desierto, corro en derechura á la casa de postas á tomar un carruaje que me aleje de Madrid para siempre. » — ¡Ocurrencia mas ridícula!

Paz. Las palabras á que alude, creo que serán las de ese estribillo que no se le cae del pico al loro: « Dueño mio, ¿quién te quiere? yo, yo. »

El loro. (*Repitiendo.*) Dueño mio, ¿quién te quiere? Yo, yo.

(*Pepita se abalanza á los postigos de los balcones y los cierra precipitadamente, dejando la sala á oscuras y gritándole al loro:* « Calla, maldito, calla. »)

El loro. Calla, calla: ¿quién te quiere? yo, yo, yoooooo.

Paz. No te asustes, mujer; aun no son las once, y por consiguiente don Crispin no estará en la calle.

Pep. El reló de los amantes siempre adelanta. Me desesperaria si hubiese acudido al reclamo.

Paz. Con que definitivamente, ¿no quieres casarte con él?

Pep. Definitivamente, mamá. Don Crispin es un buen sujeto; pero no es lo que yo apetezco para marido. La que se case con él, tal vez será dichosa; pero me temo que yo tal vez no lo seria, porque eso de amor y matrimonio, segun he visto en todas las novelas de folletin, cae bajo el dominio tiránico y exclusivo de la fatalidad. Ya ve usted lo que sucede con Marianita, la que está depositada en casa de órden superior. Era la muchacha mas obediente á sus padres; y de pronto se ha enamorado de su don Tomasito, y ni consejos, ni lágrimas, ni amenazas, han podido quitarle el capricho de la cabeza. ¿Qué es lo que ha trocado á Marianita de dócil en terca? La fatalidad. Yo no soy capaz de hacer daño á nadie; yo sé que voy á dar á don Crispin una pesadumbre que le puede costar la vida, si no saco al balcon el loro; y ¿en qué consiste que me encuentro con ánimo para ello, sin sentir el menor escrúpulo de conciencia? En la fatalidad: en que yo no he de ser de ese hombre. Crea usted, mamá, que ni la pólvora, ni la imprenta, ni el dinero, ni aun la moda misma, tienen la fuerza irresistible que el reciente invento de la fatalidad.

Paz. Basta, hija, basta, porque entre el número de las fatalidades debe contarse la de que no me hagan mella tus argumentos; pero yo me he propuesto casarte á tu gusto, y así tu voto es inviolable. Abre esos balcones: yo me llevo el loro al retrete.

(*Doña Paz coge y se lleva la jaula; doña Pepita hace un mimo á su madre con la amabilidad propia de una niña que se sale con su gusto: abre los balcones, y luego se llega á la puerta del gabinete, y dice en voz baja:* « Marianita, ¿puedes oirme? »)

Mariana. (*Que sale enjugándose los ojos.*) Aquí estoy, Pepita: ¿qué ocurre?

Pep. Parece que has llorado.

Mar. ¡Soy tan desgraciada!

Pep. ¿No vas á casarte con el hombre á quien amas? ¿con el hombre que adora en tí?

Mar. ¡Adorar! Catorce quimeras hemos tenido ya en quince dias. Te aseguro que el tal don Tomás va sacando un geniecito... Y luego, cuando una reflexiona sobre el porvenir... Enemistada con mis padres, amenazada de la miseria...

Pep. ¡Ay Mariana! ¡y te casas!

Mar. ¿Y qué he de hacer? Mi reputacion lo exige. Además que todo lo que sufra me lo tengo bien merecido. Si yo no hubiese desechado un partido excelente... Di para qué me llamas.

Pep. Era para decirte que tengo un novio.

Mar. Para bien sea.

Pep. No hay motivo de parabienes; que aunque le tengo, no le quiero tener.

Mar. ¿Vas á darle calabazas?

Pep. Hoy mismo.

Mar. ¿Tiene mala conducta?

Pep. No.

Mar. ¿Es viejo? ¿es achacoso?

Pep. No.

Mar. ¿Es pobre?

Pep. No.

Mar. ¿Es feo? ¿Es tonto?

Pep. ¡Eh! puede pasar. Tal vez tú le conozcas: don Crispin Cabrejas.

Mar. ¿Don Crispin? ¡Y desprecias á ese hombre!

Pep. ¿Te casarias tú con él?

Mar. ¡Ojalá me hubiera casado!

Pep. ¿Te ha pretendido?

Mar. Me pretendió, le desdeñé, pensé que no me acordaria de él en mi vida, y desde que miro cercano mi enlace, no se me aparta el tal don Crispin de la memoria. Yo no sé en qué estaba pensando cuando le dí su pasaporte. ¡Fatalidad que la persigue á una!

Pep. ¡Fatalidad!

Una criada. (*Anunciando.*) Doña Dolorcitas Raspon.

(*Pepita y Mariana corren á recibir á la ciudadana Dolores, que viene toda de luto, hasta el pelo, y mas flaca y ojerosa que el espíritu de la golosina. Se besan, se abrazan, hablan las tres á un tiempo cinco minutos antes de sentarse y otros cinco despues de sentadas, y se pasan otros cinco primero que se entiendan; en limpio, un cuarto hora de guirigay.*)

Pep. ¿Y cómo te va, Dolorcitas? ¿Cómo te sientes de tus achaques? Mas aliviada, ¿eh? Se te conoce. (*Aparte.*) Debe ya estar ética en tercer grado.

Dol. ¿Qué sé yo como estoy? Dos años de matrimonio he pasado, que han sido dos años de infierno: ya se llevó Dios por fin á aquel maldito carcamal que destruyó mis bienes y mi salud: pensaba respirar en mi nuevo estado; pero, amigas, con achaques y acreedores, de nada sirve la satisfaccion de ser viuda.

Mar. ¡Oh! tú te pondrás buena.

Pep. Podrás casarte.

Dol. ¡Casarme! Eso se queda para vosotras; lo que es yo, viuda moriré.

Pep. ¿Siendo tan jóven?

Dol. Veinte y cuatro años tengo; pero ¿y si no cumplo los veinte y cinco?

Mar. No seas aprensiva.

Pep. Debes procurar distraerte. No te faltan amigas ni amigos.

Dol. ¿Amigos? ¡Sí, buenos desengaños va una recibiendo! Conocí yo á un sujeto á quien tenia por la misma bondad, y acaba de darme un chasco... ¡de mi flor!

Pep. y Mar. ¿Cuál? ¿Qué? Explícate.

Dol. Es un jóven que trataba mucho á mi tutor, que se me mostraba muy fino, y... Vamos, parecia que...

Mar. ¿Fué amante tuyo?

Dol. Lo fué: hice el disparate de despedirle, y ¡bien me he arrepentido! Alguna maldicion me debió echar, porque desde entonces han llovido calamidades sobre mí. No olvidaré las palabras que me dijo, no. « Usted no me quiere por esposo; pero se halla en poder de un tutor astuto que tiene puesta la mira en usted, y lo que vá á hacer es ir espantando á esos mocitos elegantes que rodean á usted y en cuya comparacion pierdo yo; aprovechará alguna circunstancia favorable, y usted será de ese hombre libertino, malgastador y viejo. » Palabras de profeta: punto por punto lo que despues aconteció.

Pep. ¿Y cuál ha sido el chasco?

Dol. Luego que enviudé, le fuí á ver casualmente á una casa donde concurria: nos hablamos, le indiqué mi situacion apurada, me ofreció verse con mis acreedores y conmigo; y desde entonces... échale un galgo.

Pep. ¿No cumplió su palabra?

Dol. Las palabras fueron dos: ha hablado á mis acreedores, ha obtenido de ellos una espera de dos años, y aun creo que les haya dado maravedises...

Mar. Hasta ahora el petardo no es muy de sentir.

Dol. Sí lo es, vaya: vosotras no quereis entenderme. Ha visto á esas gentes; pero no me ha visto á mí.

Pep. ¡Ah! ya...

Mar. Dolorcitas, ya sabes el refran: « cuando quise no quisiste, y ahora que quieres, no quiero. »

Pep. Una cosa parecida he oido contar hace poco.

Dol. Con todo, yo tengo sospechas de que eso ha de ser un artificio para ver si doy mi brazo á torcer. A la casa en que le ví, ya no va; he sabido que concurre á esta, y quisiera que le echáseis alguna indirectilla sobre el particular.

Pep. Todavía no nos has dicho su nombre.

Dol. ¿No lo he dicho? Estaba en que sí: es don Crispin Cabrejas.

Mar. ¡Don Crispin!

Pep. ¡Don Crispin!

Mar. Ese condenado de hombre tiene la fatalidad de hacer infelices á todas las que no le quieren.

Pep. ¡Fatalidad diabólica! (*A Dolores.*) Aquí viene mi madre, que podrá encargarse de tu comision.

(*Sale doña Paz con una carta en la mano: se repiten los cumplidos y los besos de la escena precedente.*)

Paz. (*A su hija.*) Toma esta carta de tu prima, que ha venido inclusa en otra que acabo de recibir.

Pep. ¡Carta de Pilar! ¡Cuánto me alegro!

Dol. Mientras la lees, voy á decir á tu mamá dos palabras.

Paz. Tenga usted la bondad de pasar á mi cuarto, y de camino verá los vestidos de Marianita: la modista acaba de traerlos.

Mar. ¿Ha venido la modista? Vamos allá.

(*Y se van en efecto la mamá, la viuda ética y la novia, con la celeridad y ansia que es de suponer entre mujeres, cuando se trata de registrar sus trapitos. Pepita no las sigue, porque ha desdoblado la carta, y su contenido le ha llamado fuertemente la atencion. La primita Pilar, despues de pedirle cuentas acerca de los perifollos que se usan en la corte, se expresa en los términos siguientes.*)

« Aquí en Fraga tenemos un puente de madera, que á pesar de que lo construyen haciendo uso de la célebre maza, cada año se lo lleva el rio. Dias pasados se ha hundido, al tiempo de pasar un carruaje procedente de Madrid; el carruaje ha caido; las personas que iban dentro han recibido fuertes porrazos, y una de ellas ha muerto, que era una amiga mia. Admírate de la desgracia de esta criatura. Tuvo un novio establecido en la corte, y este no le gustó; casó al fin con un catalan, y al venir á esta tierra ha encontrado en ella su sepultura. Si se hubiera casado con el de Madrid, quizá no hubiera tenido necesidad de pasar el puente de Fraga. Yo conocia al tal novio: era un don Crispin Cabrejas, de quien no sé si tendrás noticias. »

Pep. (*Suspirando.*) ¡Ay! demasiadas tengo.

(*El reló de la sala, que es de los que anuncian la hora unos minutos antes, interrumpe el soliloquio de Pepita, diciendo en su lengua: « tirulírulí: tin, tin; ton, ton. »*)

Pep. ¡Dios mio! las doce menos cinco, y ese hombre ya estará acechando: hay que decidirse. ¿Se dará apuro mayor? A tres mujeres ha querido; las tres le han dado calabazas, y las tres han sido ó son infelices: si yo se las doy tambien, voy á correr igual suerte. Marianita, mal casada (porque ya como si lo estuviera); Dolorcitas, mal casada tambien, y amenazada de muerte próxima: si sus acreedores han consentido en no molestarla por dos años, es porque saben que antes de uno la heredarán; á la otra que no conozco, le ha caido encima la maza de Fraga. Pues, señor, ¡estamos bien! ¡Qué maldita fatalidad! O ser mal casada, ética ó difunta, que no sé qué es peor. O casarse con él, ó renunciar á la felicidad ó á la vida. No, ¡caramba! yo quiero vivir y vivir feliz; para eso soy jóven y bonita y amable y honrada y qué sé yo cuantas cosas mas: así lo dicen todos, principiando por el espejo. — ¡Eso es! ¡Y un pimpollito como yo se ha de casar por fuerza con aquel zanquilargo, con aquel!... Pues bien está: ya que la fatalidad lo ordena, me casaré con él por no morirme; pero prometo aborrecerle con mis cinco sentidos. — El caso es que si le aborrezco, vivo infeliz tambien; y de todos modos él es quien triunfa, y yo la que peno. Está visto: no hay mas remedio que casarse con él y quererle; es preciso quererle... de miedo.

El Reló. « Tin, tin, tin, etc. » — Una docena de campanadas.

Pep. ¡Las doce! ¡La hora fatal, la hora que fija mi suerte! Ea: valor. La Vírgen Santísima me favorezca. ¡Ay, que no está aquí el loro!

(*Parte como una exhalacion á buscar el animalito, quedando la sala vacía contra todas las reglas de la comedia clásica. Mientras viene, invitamos al lector á que se asome á uno de los balcones de Pepita, y verá en la calle á un caballero de buena estatura, que inmóvil y fijos los ojos en la repisa donde se coloca la jaula del loro, no repara que los transeuntes, de cada encontron que le pegan, le hacen bailar como una peonza. Pepita llena de azoramiento y vergüenza vuelve con la jaula, alarga*

el brazo y retira el cuerpo para que no la vean al poner al loro en su sitio; agáchase luego y dice bajito al que ha de ser su intérprete : « Dueño mio, ¿quién te quiere? yo. » *El loro se rasca, haciéndose el sueco.)*

Pep. (*Mas recio y con ansia.*) Dueño mio, ¿quién te quiere?

(*El loro calla y alarga la patita á la apuntadora.*)

Pep. (*Dando un pellizco al loro.*) ¿Quién te quiere? yo.

El loro. (*Sacudiendo un picotazo á Pepa.*) Que no, que no.

Pep. ¡Maldito animal! ¿Será seña bastante el que vea al loro? Acaso no, porque el pobre don Crispin es tan suspicaz y modesto... Tendré que asomarme al balcon y hacerle otra seña que no deje duda.

(*Pepita con la cara hecha un fuego se coloca en el balcon, y su bochorno y aturdimiento han llegado á tal punto, que al dirigir la vista hácia abajo, no distingue ningun objeto. Resuélvese á mover la mano á bulto, en ademan de quien llama, y se entra en seguida tapándose el rostro con ambas manos.*)

Pep. La cabeza le he de escaldar á ese pícaro bicho que me ha chasqueado á la mejor ocasion. ¡Y qué daño me ha hecho del picotazo! Siento pisadas en la escalera; suena la campanilla : él es. Tratemos de aparentar serenidad y alegría, de hacer por quererle. (*Ensayando una sonrisa al espejo.*) ¡Huy! si se me están saltando las lágrimas.

Crisp. (*Saliendo con el encogimiento propio de un amante calabazeado por tres veces, por cuya razon no las tiene todas consigo.*) Amable Pepita, ¿puedo fiar en la bondad de usted?...

Pep. (*Sin mirarle ni saber lo que se pesca.*) Si señor, fiese usted. Siéntese usted. ¿Cómo está usted?

Crisp. En el cielo viendo esos ojos. Pero la turbacion que observo en usted, aun (si cabe) mayor que la mia, me llena de sospechas, de miedo.

Pep. (*Entre dientes.*) ¡Sí, miedo! ¿quién tendrá mas?

Crisp. Le tiembla á usted la mano, Pepita. (*Esto equivale á decir que se la ha cogido sin oposicion.*) Está usted toda trémula. ¡Ah! no se anuncia así el cariño, no. Lo veo : es preciso separarnos.

Pep. (*Aterrada.*) ¡Ay! No, por Dios! No se separe usted nunca de mí.

(*Maquinalmente ha abierto los brazos para detener á su amante, que ajeno ya de dudas la estrecha en los suyos, mientras la pobre chica llora como una Magdalena, y recibe en la frente unos cuantos pares de besos con la resignacion de una mártir; en cuya patética situacion sorprenden al interesante grupo la mamá, la novia y la viuda.*)

Paz. (*Como quien riñe de chanza.*) ¡Eh!

Dol. (*Como quien se sorprende de veras.*) ¡Ah!

Mar. (*Como quien se escandaliza de envidia.*) ¡Oh!

Crisp. Soy feliz, doña Paz.

Las tres recien venidas. Ya, ya lo vemos.

Crisp. Pepita me quiere : ¿no es verdad?

Pep. Sí señor.

Crisp. Pepita va á casarse al punto conmigo : ¿no es verdad?

Pep. Sí señor.

Dol. Pero observo que Pepita llora y que tiembla como una azogada, cual si cediese á la violencia, cual si no le quisiera á usted.

Pep. (*Vivamente.*) ¿No querer yo al señor? Le quiero como á mi felicidad, como á mi salud, como á mi propia existencia. Si lloro, es que me ha picado el loro. Vean ustedes ¡cómo me ha puesto la mano! (*Por supuesto que don Crispin estampa un beso en ella para que se pase el dolor.*)

Paz. Pues, hija, no podias elegir marido mas á mi gusto. Sé feliz con él y con mi bendicion.

Mar. (*Reconcomiéndose como si le hubiese picado el loro á ella.*) Amén.

Dol. (*Con gesto de catar vinagre.*) El señor don Crispin hará un excelente casado.

El loro. (*Con tono profético.*) ¡Ajajay, qué regalo!

Crisp. Si Marianita ó Dolorcitas quisiera servirnos de madrina.....

Dol. Tengo que salir á tomar aires á Málaga.

El loro. Buen viaje.

Mar. Yo tengo tambien que pasar á Malagon.

El loro. Buen pasaje.

Paz. Pero siempre quedaremos tan amigos todos.

Dol. y Mar. Sí, sí.

Crisp. y Pepa. Ya, ya.

El loro. (*Desgañitándose.*) ¡Ay qué risa, qué risa me dá!

Y sin mas pormenores
Del casamiento,
Aquí acaba, lectores,
El drami-cuento.

La Risa.

MARIQUITA LA PELONA,

CRONICA DEL SIGLO XV.

Vituperable cosa paresce traer de contino palabras en la boca, de las cuales la sinificacion non se cala, como quier que mancilla seya del home de seso fablar de aquello que non entiende. Dígovos esto á los que la presente relacion hobiéredes á las manos, por cuanto bien os habrá veces fartas acaescido mentar á *Mariquilla la pelona*, é yo tengo para mi sayo que ansí quién fué Mariquilla la pelona sabredes, como sé yo quién se hobo de comer el gallo de la Pasion, magüer barrunto que seria ciertamientre una boca. Quiérovos por ende tirar de inorancia sobre tal subjeto, é vos aviso que la tan remembrada María fué nascida en tierras de Segovia, et en la villa de Sant-García llamada, villa asaz famosa por la fermosura de las mancebas que cria, las cuales tan gentiles é donosas caras han de ordinario, que tales véalas yo en torno de mí á la hora de mi muerte. Padre fué de María un honrado labrador, de nombre Joan Lanas, cristiano viejo é bien quisto é non mal heredado, é de bien poca sal en la mollera, cosa que al padre é la fija mucho de malandanza trojo, cá en los tiempos que alcanzamos, Dios me perdone si non es fuerza mas haber de bellaco que non de bendito. Fué ansí que Joan Lanas, por malos de sus pecados, hobo de haber una litigacion con un su vecino sobre un parral que valdria fasta cincuenta maravedís; é habia razon Joan, é diérongela los jueces, en guisa que ganó la lite, salvo que non duró menos de diez años, nin le montó de costa menos de cinco mil maravedís, amén de un mal de ojos de que vino á fincar ciego á la postre. Como se topó menguado de facienda é sin la vista de los ojos, aborrido é desconortado fizo dineros lo que del heredamiento de sus mayores leixárale la afambrida grey de letrados é de curiales, é tomó la via de Toledo con la su fija que entrada en los disiseis años, habíase fecho una de las mas garridas, apuestas é apetescibles doncellas que se pudieran fallar en Castilla é reinos allende. Cá ella era blanca al par de la azucena é colorada al par de la rosa: derecha é alta de estado, enjuta de talle é recia de cuadriles: otrosí habia la mano et el pié á maravilla pequeños é redondicos, é una mata de pelo que le decendia fasta las corvas. E yo conoscí á la viuda de Sarmiento que fué ama de llaves suya, la cual me contaba como cuasi non podia abarcarle el tronco del pelo con ambas las manos, é que non de otra guisa la pudiera peinar, sinon puesta la doncella de pié, é sobida el ama en una tarima; cá si María se asentara, barrerleía su luenga cabellera el suelo, et enmarañaríasele toda. E non vos figuredes que por ser tamaña su beldad é donaire pecase grandemientre de soberbiosa é casquilucia, segund que las rapazas de ogaño suelen: homildica era como una lega de caostra, é callada como si mugier non fuese, é sofrida como la corderilla que mama, é afanadora como la hormiga, limpia como el arminio, et honesta como una sancta del tiempo en que por la misericordia del muy Alto nascian sanctas en el mundo. Fiduciarvos hé empero en amistanza que habia nuestra Maricuela vanidat non poca del su cabello, é que folgaba de lo mostrar; é por ende, oras en la calle, oras en visita, oras en misa fuese, diz que soltar el manto sotilmente solia fasta lo derribar en los hombros, facendo de la olvidadiza é mal cuidosa: tocas non traia nunca só la montera, cá decia que la ponian bochorno é congoja; é cada que su padre reprochábala por algun fecho punicion meresciente, é menazábala de le toller el cabello, júrovos que le dolia tres tantos mas que una vuelta de zurriaga, et estonce era buena tres semanas arreo: á tanto que Joan Lanas, catando la enmienda, reia á socapa, é fablando su fabla con los sus compadres, decíales que la su fija ganar

habia, como la otra sancta de Secilia, el cielo por los cabellos. Leixado este tema, conviene que sepades que Joan Lanas el ciego con trocar de tierra é posada non trocó de meollo, é si mentecapto era en Sant-García, mentecapto fincó en Toledo, consomiendo hi los sus dineros con físicos é zurujanos roines que non le sanaban la su ceguera é le empobrescian cada dia mas; que á non haber seido su fija tan ducha en labrar é guarnir paños de lino, lana é seda, yo vos prometo que el cuitado de Juan verseía mas de cuatro disantos sin alcandora que se poner, nin bocado que yantar, fueras ende que non lo demandara de puerta en puerta. Años pasaban; é María cada vegada mas fermosa, é su padre cada vegada mas ciego é mas ganoso de ver; fasta que la pesadumbre é coita le acució en cuer é magin tan fuertemientre, que María hobo de conoscer claro como la lumbre del sol que si el su padre non cobrase la vista, finara de pena. A la hora María tomó á su padre é levólo en cás de un físico arábigo de grand saber que moraba en Toledo, é dijo al moro de catar si el viejo habia cura de su malatia. El arábigo cató é tentó á Joan, é fizo con él esas et esotras probaduras, é todo paró en que el físico ficiese juras por el zancarron de Mahoma de que habia certinidad de guarir á Joan facendo que tornase á ver á su fija, á tanto que se le pagase la guaridura con quinientos maravedís de oro en oro: ¡asedo cabo de tan sabroso comienzo, cá los dos lacerados de Joan é María non habian en hucha nin maravedí nin blanca! Fuéronse dende mohinos, é María non cesaba de orar al señor Sant-Illan é al señor Sant-Yego que les quisieran acorrer en tan áspero trance. «¿De dó,» cavilaba ella en sus adentros, «de dó tirar quinientos maravedís para ser quitos con el honrado moro que tornarleía la vista de los ojos al triste de mi padre? A la hé, yo garrida moza soy, é amartelados de sobra cuento, pecheros é hidalgos, que me endilgan quillotros é gentilezas; mas todos son mancebillos pitofleros que de al non curan que de sus garzonías, é buscan barraganas é non dueñas segund la ley de don Jesu-Cristo. Mémbrome non obstante que frente de casa mora el espadero maese Palomo, que de contino me mira é remira é nunca me fabla; é ansí la Vírgen me ayude que me paresce el home de asaz buena masa para marido; pero ¿cuál mochacha, non seyendo tuerta nin gibosa, podelleía querer con aquella la su nariz tan chata, con aquella la su color de dátil maduro, con aquellos los sus ojos de beserro mortecino, é con aquellas las sus manazas que mas aína semejan de animalia bruta que de persona que en las folguras de amor falagar blandamientre debe á la fembra que la suerte le depare para la su compaña? Diz que non seya nada embriago nin apaleador nin doñeador nin mintroso, é que seya otrosí grandemientre cabdaloso é rico: ¡lástima que tales partes adune quien es tan grandemientre feo é tozudo!» Dando é tomando en esto llegaron Joan é María á su posada onde atendiéndolos un escudero estaba con loba de luto; el cual dijo á María que su tia del corregidor de la cibdad era muerta en estado honesto et en la flor de su edad, cá non habia complido los setenta, é que habiéndose de facer las obsequias de la doncellica setentañona al otro dia, fuerza era que el su ataud fuese levado á la eglesia por doncellas, é veníale á pescudar á María si plazríale de ser una de las porteadoras de la finada, é daríagele un hábito blanco é de yantar é un ducado é las gracias por añadidura. María, á fuer de manceba bien endotrinada, respondió que si el su padre venia bien en ello, ansimesmo vernia ella: Joan acetó, é María regodeóse de poder andar á facer alarde de su cabellera, cá sabido es que las mochachas que levan á soterrar á otra van desmelenadas. É cuando á la otra mañana las dueñas de la corregidora adereszaron á María con el hábito blanco como el ampo de la nieve é fino como piel de cebolla; é cuando rodcáronle al cenceño talle una faja carmesí de seda cuyos cabos pendian fasta el ancho ruedo de las haldas; é cuando cingiéronle una corona de blancas flores por la su tersa é candidísima frente, dígovos que con el hábito é la faja é la corona é la fermosa cabellera tendida, é la muy mas fermosa faz é continente suyo, non semejaba fembra de carne é de hueso formada, sinon sobrehumana creatura ó bienaventurada moradora de los lucientes cercos onde asisten las célicas hierarquías. Saliéronla á ver á la sala el corregidor é los del duelo, é todos de contino loaban á Dios á quien tan miraclosas obras plega facer para consolacion é solaz de los en el mundo vivientes. É allá en un rincon de la sala yacia inmóvile, como bulto de peña labrado, uno de los del mortuorio con el capuz de la loba echado, que non se le cataban mas de los ojos, los que habia de hito en hito enclavados en la garrida doncella, la cual traia los suyos honestamente abajados al suelo, é un poco doblegada la cabeza, é un poco co-

loradas de vergüenza las mejillas, magüer la sabia mucho bien oir los loores que de su gentileza faciánse. Abrióse á deshora un cancel, é comenzó de asomar una grande comba de saya, que al non era que la tripa de la corregidora, la cual pareció al cabo de dos brazas de vientre, cá estaba en dias de parto; é como vido á María fincó hí parada, desanchó los ojos de un jeme, mordióse los bezos é llamó á su marido: departieron juntos una buena pieza, é fuéronse dende, é cuando tornaron, ya los del mortuorio eran idos.

En tanto que dan tierra á la defuncta, quiérovos decir, curiosos leyentes, como el corregidor é la corregidora eran desposados luengos años habia sin haber fijos; é cobdiciábanlos como el campero la pluvía de mayo, é por fin habíale tocado su hora de bendicion á la corregidora con grande contentamiento del su marido. Sonrugíase que la tal dama siempre habia picado en antojadiza: ¡juzguedes si serloía en el tiempo de su preñedad! E como frisaba ya en los cincuenta, era ya mas que medianamientre calva é sin pelo, é mesmamente aquellos dias habia encomendado á una barbera que vivia en olor de bruja que le adobase una cabellera apostiza, salvo que non habia de ser de fembra defuncta, cá sesudamente decia la corregidora que si el cabello era de defuncto que gozaba de la superna gloria ó lastaba sus pecados en el purgadorio, profanamiento era levar prenda suya; é si yacia en el infierno, espantable cosa era traer en somo de la persona reliquias de un cuerpo damnado. E desque vido la corregidora la cabdalosa melena de María, antojósele para sí, é por eso llamó en poridad al corregidor, é rogóle afincadamientre de reducir á María á dejarse pelar, en tornando que tornase del mortuorio. — «Afirmovos,» decia el corregidor, «que pretendedes cosa bien peliaguda de recabdar, cá en tal guisa idololatra en su cabello la moza melenuda, que mas aína endurará que la manquen de un dedo, que leixarse toller un mechon de la crencha.» — «Yo vos aseguro,» respondia la corregidora, «que si hoy en este dia no finca por mi mano rasa é monda como un melon la cabeza de esa rapaza, lo que albergo en el vientre tiene de sacar una cabellera pintada en el rostro, é si acertase á ser fembra, catad ¡qué donosa fija se vos apareja!» — «Parad mientes en que María demandará quizaves por el trasquileo muy buenos escudos.» — «Parad mientes en que si non, malograr habedes vueso heredero ú heredera tan á duras penas enventregado, é remembrad de pasada que non sodes tan mancebo que debades fiduciar de reponerlo con otro.» Tornóle con eso al corregidor la espalda é partió para su aposento gritando: «Cabellera pido, cabellera quiero, é si cabellera non hé, para mi santiguada si encaesciere.» Habíase en tanto fecho el entierro sin mas novedad que de mentar fuese, si non que cuando por las calles algun maleante queria entre la multidad urgar á la fermosa María, el encapuzado de quien suso mencion ficimos, tiraba con prestedumbre una correa de só la loba, enderezaba un gentil zurriagazo al descomedido sin le decir palabra, é seguía cabadelante cual si cosa non hobiese acontescido. Tornado el acompañamiento del duelo, el corregidor trabó de la mano á María é díjole: «Ora bien, honrada doncella, menester es que departamos los dos un poco en esotra cuadra,» é diciendo é faciendo metióla en el retrete de su mugier é asentóse en un sitial et inclinó la cabeza é manoseóse la barba en ademan de quien estodia el comienzo que conviene dar á la plática. María, un tanto abobada é confusa, fincó de pié frontera del corregidor, é abajó tambien homildemente los sus ojos negros como la endrina, é por facer algo, meneaba blandamente sobre la falda, los cabos de la faja que le apretaba la cintura, non sabiendo qué se prometer del gravedoso gesto é silencio largo del corregidor, quien alzando la vista é catando á María de suso ayuso, como la vido en positura tan modesta, priso dende motivo para saltar diciendo: «Pardiez, María, que traedes un porte tan recatado é sanctimonioso, que á tiro de ballesta se conosce que vos criades para monja tocanegrada; é si esto ansí fuere, cual me presumo, yo vos ofrezco de negociar como entreis en caostra sin dote, á trueco de que me endonedes cosa que va en somo de vos é que estonce non vos será necesaria.» — «Prométovos, señor corregidor,» repuso María, «que non creo me llame el Señor por aquese camino, cá estonce mi pobre padre fincaria sin el báculo de su vejedad en el mundo.» — «Agora pues, yo vos quiero dar un consejo sano, hermana María; vos ganades el pan con sobrada fatiga, é debríades aprovechar el tiempo tanto como posible vos fuese. Hame dicho una vuesa vecina que para facer el vueso tocado perdedes cada dia mas de dos horas: valiera mas que esas horas las emplegárades en vuesa labor, que en las tejeduras é moños que facedes con vueso cabello.»

— «Así es verdad, señor corregidor,» contestó María tornándose roja como unos claveles, «pero catad que non es culpa mia si hé una madeja de cabellos que para peinarlos é tranzarlos necesito un luengo rato cada mañana.» — «Dígovos que sí es vuesa la culpa,» redarguyó el corregidor, «ca si vos cortárades esa madeja, vos ahorrábades aquesos tranzados é peinaduras, é trabajaríades mas, é ganaríades mas, é non daríades ocasion á que se vos tache de vana, é digan que aun vos ha de levar el enemigo por las guedejas. Non vos acuitedes, ca ya columbro como vos asoman las lagrimillas, que las habedes en verdad farto someras; yo vos amonesto por el vueso bien sin interese ninguno: motiladvos, desmochadvos, rapadvos, buena María; é para tollervos el amargor del desmoche, yo vos endonaria cincuenta maravedís, siempre que me entriegárades la vuesa cabellera.» Cuando María oyó de buenas á primeras el ofrescimiento de tan razonable cuantía por el su cabello, parescióle todo una burlería del corregidor é sonriyóse muy graciosamente, alimpiándose las lágrimas é repitiendo: «¡Cincuenta maravedís me endonades porque me pele!» Al corregidor (que diz non habia toda la trastienda de Ulixes) hóbole de parescer que aquella risa sinificaba que la moza non se pagaba de tan poco precio, é añadió: «si non vos contentárades con cincuenta maravedís, darvos he ciento.» Estonce María vido moverse cabadelante una cortina de un camarin facendo una grande bamba, é comprehendió que hí acechando estaba la corregidora, é que la bamba faciala su desaforada tripa; é como fuese María de buen engeño, calóse luego la entencion del corregidor é que seria un antojo de su oíslo, é puso su firmedumbre en no sofrir el tresquilamiento si non tiraba dende los quinientos maravedís necesarios para pagar al físico arábigo que habia de descegar á su padre de ella. Sobió el corregidor los cient maravedís á ciento cincuenta é despues á ducientos, é María proseguia sus risas, cabeceos é mohines; é cadaque el corregidor facia una puja é María contrafacia la dengosa, cuasi cuasi cobdiciaba ella que el corregidor se retrayera del su propósito, por lo mucho que le dolia se despojar de aquel preciado ornamiento, non embargante que granjear habia por él la salud del su padre. En soma, el corregidor ganoso de cerrar el trato, ca veyendo estaba las idas é venidas de la cortina, é conoscia por ellas la comezon é ansiedad que traeria la su velada, remató clamando: «Ea, rapaza, quinientos maravedís se vos dan: catad noramala si vos acomoda.» — «Norabuena,» respondió sospirando María como si fugiérargele el alma de las carnes con aquesa palabra; «norabuena, siempre que non se haya de saber que finco pelona.» — «Yo vos lo fio» dijo la corregidora entrando en la cuadra con unas aguzadas tiseras en la mano é una fasaleja al brazo. Como vido María las tiseras, tornóse amarilla al par de la cera; é cuando la mandaron asentar en la silla del sagrificio, sintióse descaecer é hobo de pedir un sorbo de agua; é cuando cingiéronle la fasaleja en torno de la garganta, cuéntase que hobiera partido de carrera á non haberle fallido los espíritus; é cuando á la primer tiserada sintió el frio del hierro, dígovos que le paresció que le atravesaban el cuer con una daga buida. Posible non fué que mantoviese la cabeza queda un momento durante la tonsuracion se facia; desviábase mal su grado á un lado é otro fugiendo las mordedoras tiseras, cuyo fuerte golpeo é crujido feríale acerbamente las orejas; nada empero valian sus meneos é trajin á la mezquina tresquilada, ca la pertinaz tresquiladora, con el ansia é cobdicia de una mugier en cinta que satisfaz un antojo, tomábale bien ó mal á puñados los cabellos é íbaselos bravamente cercenando, é caían en la blanca fasaleja escorriéndose dende fasta pervenir en el suelo.

A la fin rematóse la facienda, é la corregidora que non cabia en sí de gozo, trújole é retrújole á la motilona falagüeramientre la palma de la mano desde la frente al colodrillo diciendo: «por el siglo de mi madre que vos he tonsurado tan igual é á raiz, que non vos rapara mejor el mas polido barbero: recoged vos é tranzad la mata mientras que mi marido vos apercibe las monedas, é yo vuesa ropa, para que de casa vayades sin que nada se barrunte.» Salieron el corregidor é la corregidora, é María desque se topó sola partió á se catar en un espejo que hí habia, é como se vido calva perdió el sofrimiento que hobiera fasta destonce tenido, é gimió de rabia é abofeteóse, é aun estovo por se arrancar las orejas que parescíanle á la sazon desaforadas de grandes, magüer non lo fueran: pisoteó los cabellos é renegó de haber consentido en los perder, sin se remembrar agora de su padre como si tal padre non hobiera. Mas como seya propio de la humanal natura conortarse cuando al non se puede facer, asosegóse poco á poco la sañosa María, é alzó del suelo la cabe-

llera, é atóla é tranzóla en gruesos ramales, non sin la besar é plañir sobre ella muchas vegadas. El corregidor é corregidora tornaron; él con los dineros et ella con el hábito de María, la cual desnudóse é metió en un pañizuelo el sayo blanco, vistióse el suyo, tapóse con el manto fasta los ojos é caminó gimiendo para casa del moro, sin facer cabdal de que el home del capuz echado iba en pos de ella, é que abajando ella el manto en un momento de olvido por la maña que habia de mostrar el tranzado, vídosele estonce claramientre la cabeza mocha. Recebió el moro los quinientos maravedís con el buen talante con que siempre es recebido el dinero, é dijo á María que le trajese hí á Joan Lanas para que hí posara en tanto que duraba el riesgo de la cura; María fué por el viejo é callóle lo del esquileo por non le dar pesadumbre, é mientras que Joan permanesció seyendo huésped del físico, non osó María salir de su posada sinon de noche é bien encobierta: eso non embargaba empero que la siguiese siempre un embozado. El moro cierta noche avisóla en poridad que á la mañana siguiente alzaria á Joan las vendas de los ojos: acostóse esa noche María con grant regosijo, é para sí pensaba que cuando su padre la catase (que seria con asaz de contento), seria ese contento tres y cuatro vegadas mas complido si podiésela catar con el gentil tocado que ella solia se facer en su pueblo. En tal cavilacion andaba al otro dia al se poner la mejor saya é prendero para ir cás del arábigo, é como se hobiese asentado para se calzar, sopitáneamente sintió que le encajaban una como caperuza en la cabeza; é revolviéndose, vido tras de sí al embozado de marras, que derribando el embozo se falló ser el espadero maese Palomo, el cual sin fablar, presentó á María un espejillo de Venecia onde catándose vídose con su mesmísima cabellera en tal forma guisada que dubdó una buena pieza si era sueño que la corregidora la hobiese rapado. Era el caso que maese Palomo, gran compadre de la barbera, visto habia é conoscido en su casa la crencha de María la mesma tarde del dia en cuya mañana veyera á María pelona, é calándose la facienda, sonsacó á la vieja para que guardara para él la crencha de María, leixando para la corregidora otra de igual color que la barbera habia de una finada: trueco por el cual la taimada vieja fízose contar muy lindos escudos. É dice la estoria que tan cedo como María topóse con su tan plañida é sospirada cabellera, por mano rescatada del galan espadero, parescióle el maese muy menos feo que de antes; é non sé si diga que comenzó de tal punto á le catar con buenos ojos: ello es que rogándole él de le prender por su escudero fasta cás del moro, permitiógelo ella, é partieron los dos mano á mano levando ella sin rebozo la cara. En entrando los dos en el aposento del físico, lanzógele á María su padre en los brazos gritando: « Gloria á Dios, ya te veo, fija mucho amada: ¡qué fornida é fermosa te has fecho! ¡Vale la pena de cegar por cinco años á trueco de ver á su fija en tal guisa medrada! Ya que torno á ver la claridad, razon es que no me hayas mas á tu cargo: yo trabajaré para mí, cá respeto de tí ya es hora de que te cases. »—« A eso vengo, » prorompió á la sazon el callado espadero. « Yo, como ya conosceréis por la voz, soy vueso vecino maese Palomo: yo quiero á María é vos pido su mano. » — « A la hé, maese, que la vuesa pinta non es muy cobdiciadera que digamos; empero si María vos aceta, yo soy contento. » — « Yo » respuso María, toda vergonzosica, é atusándose el pelo apostizo (que pesábale estonce en somo de la cabeza y del alma como un fardo de veinte arrobas), « yo, ansí Dios me alumbre, como non atino qué respondervos. » Prísole Palomo la diestra mano sin le decir cosa; é al prendérgela cató María la muñeca del maese, é reparó en los puñetes de la su camisa polidamente labrados, é con algo de suspicion é latimiento del cuer le dijo: « Por lo que mas querades, mi buen vecino, que me declaredes de qué labrandera es aquesa labor. » — « Obra es, » (respondió con yocundidad el maese), « obra es de una donosa manceba que há cinco años trabaja para mi persona, magüer ella nunca fasta agora lo sopo. » — « Agora caygo en la cuenta, » departió María, « de que todas las mugieres que venido han á me dar lienzos que coser é labrar eran por vos enderezadas, é por ende pagábanme muy mas que se usa. » El maese non respondió; mas sonriyóse, é tendiendo á María los brazos, María echóse en ellos embracijándole muy falagüera, é Joan ansimesmo, diciendo á los dos: « Pardiez que sodes nascidos para en uno » — « Mia fe, adorada mia, » repriso el espadero á cabo de rato, « que á ser esta la mi faz menos desplaciente, non hobiera seido yo mudo convusco tan luengos dias, nin hobiérame satisfecho con cataros de lueñe; hobiéravos fablado, me hobiérades vos fecho sabidor de las vuestras coitas, é hobiéravos endonado yo los quinientos maravedís, para la guari-

cion de vueso buen padre. » É fablándole pasito á la oreja, añadió : « Estonce non hobiérades habido aquel tan mal rato en manos de la corregidora; empero si temedes que ella quebrante el prometimiento que vos fizo de callar vuesa motiladura, partiremos si vos place á Sevilla onde nadie vos conosce, é ansí... » — « Calledes » clamó María tirando resolutamente al suelo la cabellera que Joan alzó todo atontecido; « mandad esa cabellera á la corregidora, pues esa é non la de la defuncta es la que pagó tan cara; que yo por guarirme de mi vanidad, voto vos fago, si me lo permitides, de ir rapada toda la vida: mal asientan á mugieres de mecánicos oficiales aquesos apostizos arreos.» — « Contad, » replicó el maese, « que desde el punto que vos sepan pelada las mozuelas de la cibdad envidiosas de vuesa fermosura, van á endilgarvos el apodo de *Mariquilla la pelona*. — « Ansí mesmamente lo creo, » respondió María ; » mas para que entiendan que non se me dará un figo de aquese nin cualquier otro mote, afírmovos que de hoy para adelante non he de sofrir que nadie me nombre de otra guisa que *Mariquilla la pelona*. »

Tal aventura fué la que tan remembrada en las Castillas fizo á la fermosa fija del buen Joan Lanas, la cual casó en efecto con maese Palomo, é fué una de las mas honradas é parideras mugieres de la perilustre cibdad de Toledo.

La Risa.

EL AMA DE LLAVES.

(*Artículo escrito para la obra titulada* : LOS ESPAÑOLES PINTADOS POR SÍ MISMOS.)

Don Diego.—Siempre lidiando con amas, que si una es mala, otra es peor : regalonas, entremetidas, habladoras, llenas de histérico, viejas, feas como demonios.—MORATIN : *Si de las niñas, esc. I.*

Esta baraja de figuras que lleva el título de *Los Españoles pintados por sí mismos*, no se publica solo para los españoles, sino para todos los que gusten de verla : maldita la pesadumbre que le dará al editor el saber que se la manosean el inglés y el chino, el francés y el moro, el portugués y el brasileño, siempre que para entretenerse con ella, se la compren á su legítimo propietario. Todo español sabe lo que significan las palabras *Ama de Llaves ó de Gobierno*; pero en manos de tal extranjero pueden caer nuestras páginas, que fijándose en el distintivo de *las llaves*, vaya á figurarse que la persona á quien se aplica es una portera; ó que descaminado por la voz sonora de *Ama*, piense que se trata de una mujer casera, de una consorte hacendosa por cuya mano corren todas las llaves, inclusa la del dinero, en fin, de una *Ama de casa*. No señor : por Ama de Llaves se entiende acá en nuestro país (que es como si dijéramos en toda tierra de garbanzos) lo que dice el Diccionario del idioma : « una criada encargada de las llaves y economía doméstica », una criada á quien se fia la ropa, utensilios y provisiones. — « ¿Con que es una *sirvienta*, y le dan ustedes el nombre de *Ama* (exclamará aquí alguno de nuestros melindrosos lectores de extrangis)? ¡qué contradiccion! ¡qué rareza! — Amiguito, ¿qué quiere usted? Cosas de España. »

Ese dictado de imperio ó dominio cuadra perfectamente á la que por él se designa, porque hay Amas de Llaves que tienen á sus órdenes doncella, criado, cocinera, y aun quizá otra ama tambien, la de cria : estas aristócratas de la servidumbre, estas sultanas validas, ya se ve que son señoras durante la época de su inseguro reinado. Otras hay, por ejemplo, que viven con un solteron ó viudo sin otro bicho viviente en su compañía : que guisan, que cosen, que friegan, que en nada se distinguen de una criada comun sino por su mayor edad, sa-

ber y gobierno, que inspiran mas confianza al que les da el salario: estas, claro es que no tienen á nadie bajo su inspeccion, y por consiguiente podria decirse que no les conviene el título de *amas*; con todo, les conviene en efecto, y lo son, porque mandan al amo. Regla general: la criada única de un celibato, de un ex-marido, de cualquier hombre que vive aislado, mondo y lirondo, sin hermanos ni tias, sin sobrino, cuñada ni suegra, (que son para el mundo sirviente los enemigos del alma y del cuerpo), no solo es el Ama de las Llaves, sino el ama de todo, en el mismo y aun en superior grado tal vez que una esposa.

Si este artículo hubiera de ser no una copia lo mas fiel posible, sino una caricatura deforme, la tarea del escritor estaba reducida á desleir ó amplificar un poco las expresiones del célebre poeta dramático arriba puestas por epígrafe, las cuales son muy dignas de notar por haber salido de la pluma de un solteron, que por lo mismo hubo de vivir siempre entre amas, y debia conocerlas á fondo; pero como lo que aquí se pretende es retratar al Ama de Llaves, cual si ella hiciera el cuadro por sí misma, principiaremos por suavizar ó explicar aquellas expresiones presentándolas á la luz á que deben verse. Condicion general, aunque no sin excepciones, es de las amas que han de ser solteras ó viudas; cláusula importantísima, aunque no sin dispensa, es que hayan de contar una edad razonable: ahora bien, la mujer que haya cruzado la línea equinoccial sin haber celebrado primeras ó segundas nupcias, ¿qué ha de ser en general sino fea? Y siendo vieja y fea, ¿qué ha de ser sino amiga de la comodidad, habladora y entremetida? Por consiguiente no hay que echar en rostro al Ama de Llaves lo que forma sus cualidades constitutivas. ¿Queria el don Diego de Moratin por Ama de Llaves á una buena moza, calladita y sana? No era mal gusto; pero niñas de esos requisitos difícil es que se libren de ser casadas ó cosa equivalente. Amas de Llaves se usan tambien jóvenes y bonitas; pero estas pertenecen á una especie bastarda: la raza pura, el tipo original, la verdadera Ama de Llaves debe ser jamona, gruñona y feotona. Siendo pues en su mas genuina forma una mujer de cuarenta á cincuenta, y hallándonos actualmente en el año 1843 de la era cristiana (4087 de la poblacion de España segun el calendario); esta hembra ha debido nacer á principios del siglo presente ó fines del próximo pasado: es decir que su educacion, carácter, lenguaje, atavío y hasta su busto, han de resentirse forzosamente del influjo de aquella época: es decir que una Ama de Llaves en el apogeo de su saber y experiencia es una sirviente del siglo XVIII. Antes de tirar en el lienzo trazo ninguno de la figura que ha de bosquejarse, importa dar á conocer qué cosa eran en España las criadas antiguamente, y qué rasgos de estas conserva aun el Ama de Llaves en su singular y variada fisonomía. Sin esta explicacion, sin este conocimiento de las causas, podria creerse que tales y tales rasgos característicos eran individuales y caprichosos, cuando lejos de entrar en el número de las excepciones, son cabalmente distintivos forzosos y genéricos.

Hubo un tiempo en que la condicion de las criadas en España se diferenciaba poco de la servidumbre. Las costumbres románticas y caballerescas de la edad media nada tenian de suaves ni de benignas. Hasta el siglo XVII inclusive, el látigo era el que dirigia la enseñanza pública, el que afianzaba la obediencia filial, el que mantenia el órden doméstico. Un maestro en teología azotaba en la universidad á un discípulo tonsurado, aunque contase ya cuatro lustros; un mayordomo de grande zurraba sin misericordia la piel á los pajes de su señor, aunque tuvieran medianamente poblado el bozo; el padre hartaba de soplamocos al hijo por quítame allá esas pajas, y la mamá, cuando se le ponia en el moño, echaba mano al de la señorita y la arrastraba por el suelo: el abofetear, repelar, mesar ó dar una vuelta de cabellos, como solian decir, era entonces pan de cada dia. La tal propension al zarandeo, que se ha conservado hasta nuestros dias, era naturalísima en unos tiempos en que hasta los reyes se disciplinaban: ¿cómo habia de respetar la costilla ajena el que se mosqueaba la propia? Pues bien: en país donde tan duro trato recibian los hijos é hijas de los amos, ¿cuál deberian recibir las criadas? Oigámoslo decir á una mozuela desenfadada de los últimos años del siglo XV, platicando muy de propósito con la insigne madre *Celestina* [1]. «¡Oh y qué duro nombre, y qué grave y soberbio es *señora* contino en la boca! mayormente de estas señoras que agora se usan. Gástase con ellas lo mejor del tiempo; y con una saya rota pagan el servicio de diez años. Denostadas, maltratadas las traen; y cuando ven cerca el tiempo de

[1] La Celestina, acto IX.

la obligacion de casallas, levántanles un caramillo; pídenle zelos del marido; ó que hurtó la taza, ó que perdió el anillo; danle un ciento de azotes, y échanla la puerta afuera diciendo: Allá irás, ladrona: no destruirás mi casa y honra. Estos son sus premios, estos son sus beneficios y pagos: *obliganse á darles marido;* quítanles el vestido. Nunca oyen sus nombres propios en boca de ellas, sino: ¿Qué heciste, bellaca? ¿Por qué comiste esto, golosa? ¿Por qué no limpiaste el manto, sucia? ¿Quién perdió el paño de manos, ladrona? Y tras esto mil chapinazos, pellizcos, palos y azotes.» — «¡Y aguantaban eso las criadas de antaño!» saltará aquí echando fuego por los ojos alguna doncella de labor de estas elegantitas y pizpiretas de ahora. — «Salero, ¿no ha oido usted que los amos de entonces daban estado á las mozas de servir? ¿Por qué se dijo el refran de que *Todo lo compone un buen dote?* ¿Qué no sufrirá una mujer por casarse?» — Las pobres Amas de Llaves que por ser cuerpecitos mayores ó malos cuerpos, no tuviesen esperanzas de salir de penas á favor de una boda, esas sí que debian sufrir el infierno en la vida.

Pero pasaron años y siglos y costumbres; dejaron los señores á las criadas que cuidasen por sí solas de establecerse con dote ó sin él; emancipóse la criada: y ¿qué sucedió? Que no teniendo ya freno que la sujetase, toda la soberbia indómita de la clase baja y sin educacion, se desarrolló á sus anchas, y la sirvienta que antes era sufrida, se hizo insufrible. Vayan para hacer contraste con el trozo anterior esos otros, copiados de los sainetes de don Ramon de la Cruz; y no se imagine que por tomarse de obras de invencion no merecen crédito: el que extiende este artículo, que ha tratado Amas por espacio de muchos años, ha presenciado una porcion de escenas análogas, que hacen muy creible lo que va á leerse, y mas todavía. En el sainete de *la Presumida burlada*, la cual es una sirvienta que por el matrimonio ascendió á señora, ella y la que la sirve se dicen las lindezas siguientes.

El Ama. Friega otra vez mal, vea yo
Alguna mota en los platos,
Y verás si te los tiro
A la cabeza.
La Criada. Despacio,
Señora de poco acá;
Que un poco mejor fregados
Están que cuando usiría
Manejaba el estropajo.

Pero de fregoncillas de mala muerte no se debe hacer cuenta: escuchemos á una Ama de Llaves, persona que como constituida ya en cierta dignidad debe expresarse con mas miramiento y decoro. Escuchemos en *los Hombres solos* á la *señora Lucía*, Ama de don Pedro y don Lucas, caballeros que tratan de hacer un obsequio á unas damas. Toman parte en el diálogo, además de los dichos, un barbero, un peluquero y el criado Juanillo.

Pedro (*á don Lucas*). Digo, ¿y has contado
Nuestra mujer de gobierno? [con
Lucas. Hará lo que se le mande.
Pedro. Conforme la coja el viento.
¿De qué humor se ha levantado
Hoy, Juanillo?
Juan. De perverso.
Yo me estoy sin almorzar
Por no decírselo; y eso
Que la tengo dadas pruebas
De que soy buen compañero.
El Barbero. Porque yo quise poner
El escalfador al fuego
Mientras usted se vestia,
Agarró un tizon ardiendo,
Y si me descuido un poco,
Me afeita ella á mi primero.
Lucas. Sin embargo, llamalá.
(*Juanillo va á llamarla, y Lucía se presenta hosca y ceñuda.*)
Lucía. ....¿Qué quiere el concejo,
Que necesita en persona
Mi asistencia?
Juan. (*Aparte.*) ¡Aquí te quiero!
El Barbero. Pocas criadas hay de estas
En las casas donde afeito.
Juan. Pues yo en las mas que he servido
Las encontré de este genio.
Lucas. *Señora doña Lucía*,
Es preciso echar el resto
De los primores de usted,
Y que tenga con aseo
Prevenida una salvilla,
Los vasos y los cubiertos,
Porque vendrán unas damas
Quizás á favorecernos,
Y es preciso quedar bien.
Lucía. Pues muy mal dia escogieron
De venir esas señoras.
Pedro. ¿Y por qué?
Lucía. Porque yo tengo
Que salir precisamente
Esta mañana.
Lucas. ¿Podemos
Saber á qué?
Lucía. A visitar
Tambien á otro caballero,
Que me tiene prevenido
Chocolate con pan tierno.
Lucas. ¿Y quién te ha dado licencia
De que salgas?
Lucía. En no haciendo

Cuenta de volver aquí,
Para irme yo me la tengo.
Lucas. Ni la tienes ni te irás,
Y harás cuanto te mandemos.
Lucía. ¿Yo? ¡Qué gracioso es usted!
¿Y me lo dice usted serio?
Si me he puesto yo á servir
En casa de hombres solteros
Por no aguantar amas, ¡vean
Cómo aguantaré cortejos
De mis amos, y servirles
Para que vayan haciendo
Burla de mí, y esta noche
Se publiquen mis defectos
En la tertulia! ¡Un demonio
Para ellas, y cuatrocientos
Para ustedes!

. . . . . .

El Peluquero (que está peinando á don Lucas).
Un petit morceau de sebo,
Madama.
Lucía. Por la otra oreja,
Que por esta no lo entiendo.
Lucas. Un poco de sebo pide.
Lucía. No le hay.
Lucas. Anda ves á verlo.
(*El peluquero dirige aquí un cumplimiento en francés á Lucía, que se enfurece como si la hubiesen llamado bruja.*)
Lucía. ¡Esto nos faltaba ahora!
¿Qué apuesta usted que le peino?
El Peluquero. ¿Qué dis vusté?
Lucía. ¿No lo entiende?
El Peluquero. Non.
Lucía. Pues óigalo mas recio.
(*Dale un manoton y vase.*)

Aquí se ve al Ama del siglo XVIII, provocativa, feroz y ágil de manos, haciendo el papel de una señorota del siglo XV: en esto habian venido á parar el sufrimiento, la mansedumbre y la esclavitud antigua. Pues de esta ferocidad y de aquella sumision participa hoy el carácter del Ama de Llaves; de la una por efecto de la pésima crianza que recibió, de la otra por efecto de los años y los reveses sufridos, como tambien por el conocimiento de su interés personal. Una mujer de edad cuando ha tropezado en una casa con un amo bueno, conoce que su porvenir depende de su permanencia allí, de su perseverancia en tenerle contento; pero no siempre puede tanto consigo misma, que por no aventurar su suerte renuncie al gusto de soltar una insolencia ó hacer una barrabasada. Esta irritabilidad depende tambien de los incidentes que han traido al Ama de Llaves á serlo, y del país á que pertenece: las Amas naturales de Cataluña por fuerza han de ser mas desabridas que las gallegas y valencianas; las aragonesas mas tercas que las andaluzas, y estas mas picudas y perezosas que las vizcainas: las de los pueblos inmediatos á Madrid compiten en lo zafio y desvergonzado con lo peor de la península. Nadie sirve sino porque es pobre; pero de distinto modo influye la pobreza en una mujer que nació destinada á servir desde luego, que en la que nacida en mejor fortuna hubo de abrazar el servicio doméstico porque se quedó sin padres ó sin marido: aquella será mas grosera y alegre, y esta mas civilizada y quejumbrosa. Y como diversas y aun contrarias han de aparecer forzosamente en su modo de pensar, obrar, hablar y vestir el ama vieja y la jóven, la que sirve en un pueblo y la que habita en una capital, la que vive con un soltero sin hijos y la que ha dado vida á los hijos de un soltero; el expediente mejor para que se comprenda todo lo que por término medio cabe en este brevísimo vocablo de *Ama*, será referir sencillamente dos biografías de dos Amas, extremadas las dos en su línea, entre cuyas individualidades se encuentra la verdad genérica del tipo: advirtiendo que en lo que vamos á referir todo es cierto, menos los nombres de las heroinas, los cuales significan puramente para el lector « Fulana yo no sé como, Zutana ¿qué sé yo cuantos? »

Cándida Rosa Rosalía Robledales, hija de un zapatero remendon de un triste villorrio, se crió chiquituela y endeble, morenuzca, gangosilla y zazosa. Malas lenguas dicen que su padre, infatigable hablador cuando bebia un trago mas (y bebia á todas horas porque no podia menos), influyó no poco en el gangueo y ceceo de su hija: como charlaba sin cesar, le incomodaba sobremanera que le interrumpiesen; y un dia en que nuestra *Rosa Cándida* le atajó su palabra honrada tres veces seguidas, el prudente padre para corregir á la niña del resabio de bachillera, le tiró una horma á la cara que la dejó para siempre con las narices apuntando al juanete izquierdo. Con este y otros avisos del tirapié igualmente misericordiosos, comprendió Cándida lo que le importaba no desplegar los labios, de lo que resultó que no aprendiese á pronunciar bien por falta de ejercicio. Con un padre tan amoroso, claro es que la criatura consideraria el salir á servir como la mayor felicidad: acomodáronla de niñera en otro pueblo, y de niñera pasó á criada. A fuerza de oir decir por unanimidad que era fea y simple, hubo casi de

llegar á creerlo; á fuerza de observar que se le reian en sus bigotes (tenia este adorno tambien) casi siempre que hablaba, hubo de tomar la resolucion de callar; á fuerza de notar que siempre que se presentaba á vistas producia su nariz un efecto nada favorable, trató de neutralizar la impresion de su fealdad con la limpieza y esmero del traje; y como para vestir bien era menester ganar buen salario, hízose aplicada y laboriosa para merecerlo. Humilde Rosalía, callada, limpia y trabajadora, valia un Perú para criada, si Dios la hubiese dotado de un poco mas de capacidad; pero en apartándola del fogon ó de la mesa de planchar, no habia mujer para nada. Llamaba á la puerta un sugeto á quien el amo deseaba hacer un recibimiento amistoso; y Cándida, ó le despedia ó le hacia esperar un cuarto de hora á la puerta: venia un acreedor ó un pegote, y se los encajaba hasta la alcoba. Por esto hubo de perder buenos acomodos, cuando por su traza y explicaderas no le era fácil hallarlos. Dió por fin con un ricacho sesenton, que harto de amas bonitas se prendó de la cara de Rosa, la mas á propósito para espantar importunos, y ella desquitó esta vez á la susodicha de todos los malos oficios que le habia hecho en otras ocasiones: el ser fea le habia impedido entrar de criada en algunas casas, y por fea ascendió en aquella al segundo grado de la escala servil femenina, es decir, á ser Ama de Llaves. Entonces descubrió nuestra heroina una cualidad que aun no habia tenido proporcion de manifestar, y fué un amor á la economía que rayaba en miseria, dote que le valió la confianza del amo en términos de hacer á Cándida depositaria del numerario. Pasaba esto en tiempo de la guerra civil: un susto que dió una partida al pobre sesenton, le dejó medio lelo; Cándida, aunque simple, conoció que debia poner el dinero á buen recaudo, y por sí propia lo escondió en paraje seguro sin decir nada al amo: fuertes tentaciones habia sentido siempre hácia la sisa; pero siempre la habia contenido la idea de que si aun siendo fiel le costaba trabajo acomodarse, teniendo malás mañas ¿quién la sufriria? Por el contrario, si se portaba honradamente con el viejo, natural era que este se acordase de ella al testar. Desde que se le ocurrió á nuestra simple tal pensamiento (que no era una simpleza á la verdad), empezó á mirar aquel dinero como suyo en parte, y como no sabia la parte que habia de ser suya, claro es que debia custodiarlo todo con igual celo. Pronto dió de él una prueba heróica en grado sublime: vuelven los facciosos al pueblo, entran en casa del anciano y le sorprenden en la cocina al amor de la lumbre, y por contribucion extraordinaria le intiman que apronte hasta el último ochavo. El viejo se remite al Ama de Llaves; el ama afirma que no tiene en su poder un real; los huéspedes registran la casa y no dan con el nido: ¡cuál fué la cólera de aquellos cristianos guerreros! Colgada de las llares estaba en el hogar una caldera de agua cociendo: dos de los contribucionarios cogen de los brazos á Cándida y la amenazan con sumergírselos en la caldera si no declara; Cándida se mantiene firme; y por tres veces la zampan de manos aquellos sayones en el líquido, á ochenta grados justos del termómetro de Réaumur. Suena generala; «los cristinos están ahí» es la voz que cunde; los verdugos de Cándida llaman á talones, y el pobre viejo, reciamente conmovido por tal escena, tiene que llamar al escribano, de camino que traen al barbero para la fidelísima Ama de Llaves. El viejo testa y se muere; Cándida se cura y hereda la mitad del tesoro salvado con su silencio: la otra mitad pasa al único pariente del testador, otro viejo de pocos menos años, que se casa con Cándida, la cual feliz y llena de comodidades, goza hoy el premio que ganó con sus manos. Esta mujer pasaba por simple, por tonta: á fe que en todo el trascurso de su vida de sirvienta pudo apostárselas á la mas hábil y honrada.

Múdase la decoracion. Armengola Chirivía ni fué pobre ni simple, ni era tan fea, ni llegó al puesto de Ama de Llaves por escala rigorosa: hija de un labrador, y dotada de anchos hombros y talle, piés atroces y boca desahogada, amén de ser un poco bizca de un ojo y algo mas del otro, en época en que era desconocida la operacion nueva del estrabismo; todavía pudo agradar á un zurdo su paisano, á quien sedujo sin duda la imponente mole de la bizca, la cual por su parte hacia lo imposible por mirarle con buenos ojos. El padre, que queria casar á su hija á derechas, la traspuso á un convento de monjas, donde aprendió á confeccionar mantecados y rosquillas, hojuelas, tortas de chicharrones y demás artículos *ejusdem farinæ:* del monasterio se trasladó ella á los brazos del zurdo, y de ellos á la vicaría; y así los amantes pasaron á novios, y ascendieron á consortes, y descendieron luego á indiferentes, y pararon en

enemigos mortales, porque el zurdo era un vago, jugador y pendenciero, que traia á la bizca desnuda y hambrienta; y del suegro no habia que esperar mas que su maldicion. Consolábase el zurdo con la esperanza de alcanzar en dias al viejo; pero se dió tan mala maña con las suyas, que hubo de morir de mano airada en un garito, dejando viuda á Armengola, que lloró de veras cuando supo que ni aun por esas le perdonaba el padre su aciaga boda. « A servir », dijo entonces la valerosa viuda; y en pago de lo que habia sufrido en su matrimonio, le deparó el cielo una buena casa donde *debutó* (estrenarse se decia en tiempo del antiguo régimen) por Ama de Llaves; y en poco tiempo se impuso en todos los primores de la profesion. Acostumbróse á cuidar la dentadura térreo-metálica del ama, y á despertar con la aurora para abrir la puerta al trasnochador señorito: constante espía de las revoluciones de la moda, no se descuidaba en prevenir á la señora que á los dos meses de uso ya no se podia llevar decentemente el vestido A ó el pañuelo X ó la mantilla Z; todo lo cual refluia en creces plenitud de su cofre ó bolsillo. Llegó á ganar cuatro duros mensuales; pero era tan generosa la viuda del zurdo, que afirmaba serviria de balde á sus amos; y era capaz de hacerlo por las circunstancias siguientes. En aquella casa nadie tomaba chocolate sino el ama propiamente dicha (la cual tenia tan perdido el paladar como la dentadura) y nuestra doña Chirivía, que estipuló en su ajuste la condicion de que habia de asistírsele con chocolate por mañana y tarde. Suprimíase voluntariamente las dos onzas de desayuno y merienda, porque realmente comia muy poco (ya sabremos la causa); y como ella era la que compraba el dicho género, ahorrábase en ocho dias una libra, que á diez reales le redituaba dos duros cada treinta y dos dias, viniendo á juntar una mesada de seis pesos fuertes. Agregábanse á esto veinte reales mas, porque de una onza de chocolate hacía dos jícaras para la poco delicada señora, espesando el líquido con harina tostada; y ya la mensualidad resultaba de siete duros. Item mas: aunque no corriese por su mano la compra del aceite, carbon, tocino y demás cochinerías, jabon, garbanzos y otros artículos por mayor, siempre tenia ella un conocido de su tierra que recomendar al ama, garbancero ó choricero ó cosechero de vino; y por el corretaje de parroquia percibia del vendedor la bizca su tanto por ciento, que no podia estimarse en menos de otros dos pesos al mes: cero y van nueve. Mas: el producto de la venta lícita anual de algunas arrobas de papel de periódicos, flanqueados de prospectos y anuncios; mas, las docenas de frasquetes vacíos de aguas de olor y dentífricos, los guantes y zapatos del ama que Armengola no podia usar porque los necesitaba de triple tamaño; la ceniza del fogon y braseros que le compraban en los tintes; la retribucion del señorito por la portería matutina, y una limosna mensual tambien, que habia tenido la habilidad de sacar á la señora en favor de una religiosa exclaustrada, y la exclaustrada era ella misma: partidas todas que componian mas de un doblon al mes, de manera que nuestra industriosa viuda se embolsaba doce duros cada treinta dias, sin tener que gastar en vestirse. Gracias á los desechos útiles que hacia desechar al ama, con seis pares de zapatos al año y un añadido para el pelo (que ponia gran empeño en que no se le conociese, y siempre se dejaba fuera el cordon del tronco), estaba la buena de Armengola aviada de piés á cabeza. — ¿Qué hacia esa mujer de tanto dinero? — La cuarta parte la empleaba en dulces y golosinas que le estropeaban el estómago y la traian siempre sin apetito, y el resto lo imponia á ganancias en las administraciones de Loterías. — ¿Ganó alguna vez? — Un terno de diez mil reales, que se puede decir fueron dos, porque al mismo tiempo heredó á su padre. Entonces dejó de servir; entonces la obsequió un agente de cierta empresa de minas, que no era zurdo; se apoderó de los cuartos de la viuda, mina única que él se habia propuesto beneficiar; desapareció el dia menos pensado, dejando á Armengola sin auxilio y enferma; y conducida al santo Hospital, espiró por gran favor en la sala de clínica, y su cadáver fué abandonado al cuchillo anatómico.

Casi á estos dos ejemplares puede reducirse el nacimiento, vida, pasion y muerte de la generalidad de las Amas: las que por instinto ó reflexion se portan con prudencia y rectitud, que son las menos, alcanzan una descansada vejez; las demás son infelicísimas. A muy pocas cabe la suerte de morir jubiladas gozando una pension, premio de haber servido bien largos años á un señor poderoso; muchas menos se jubilan por sí, porque el ahorrar es costumbre que no ha cundido nunca mucho en España, y el imponer en la caja de ahorros es cosa

harto nueva todavía. Entre el porte, mañas, carácter y aspecto de Cándida y Armengola está el de todo el resto de las Amas de Llaves, participando mas ó menos ya de la torpeza y fidelidad mazorral de la una, ya de la destreza poco laudable de la otra. Ambas á dos carecieron del distintivo mas general del Ama, que es el mal genio; la una por ser un ave zonza, que hasta para dar bufidos carecia de espíritu; la otra porque su mal humor no hubiera podido fundarse en el orgullo que inspira una buena conciencia: callaba porque tenia por qué callar. Entre la sisona y la limpia de manos está la que ni es del todo fiel, ni del todo digna de desconfianza; entre los dos extremos del silencio por incapacidad y por culpabilidad está la mediana impertinencia de la medianía de capacidad y honradez; entre la lugareña y la ciudadana de provincia, una y otra bastante cerriles é ignorantes, se halla el Ama de Llaves hija de Madrid, de mas disposicion que las otras, pero menos amante del trabajo; mas instruida, pero mas quisquillosa, mas murmuradora y antojadiza; entre los dos límites de la fealdad están las fealdades de menor cuantía, hasta ir desapareciendo del todo, y quedar en medio la flor de la hermosura. En efecto, hasta ahora solo hemos hablado de Amas feas: ¿y las bonitas? Las bonitas no tienen carácter general propio, porque son pocas, porque no son precisamente Amas de Llaves, y porque gozan de todas las exenciones concedidas á la belleza. El Ama de Llaves bonita está dispensada de ser hacendosa y madruguera, y aun de ser obediente, porque sea como sea, no le ha de faltar acomodo. El Ama bonita no tiene necesidad de apropiarse lo ajeno sin contar con la voluntad de su dueño, porque su asignacion por lo regular es crecida, y aunque no lo sea, le importa poco: sabe hacerse regalar y siempre le sale la cuenta. El Ama bonita suele gastar buen genio, pues como se la mima y regala, no hay motivo para que se le exalte la bilis. El Ama bonita, como está mas desocupada que las otras, tiene mas proporcion para cultivar su entendimiento: lee periódicos, novelas y dramas, asiste al teatro, y se escandaliza de los equívocos y no puede sufrir á las damas de comedia *que han olvidado su virtud.* Su lenguaje es culto, su pronunciacion pura y clara; sus antecedentes juveniles no suelen ser muy claros ni puros. Todas han nacido en buenos pañales; todas han quedado huérfanas; y desde catorce años á veinte ó veinticinco, esto es, desde que perdieron á su madre hasta que hallaron su conveniencia... «¡lo que ha pasado por nosotras (dicen), solo Dios lo sabe!» Las Amas bonitas son por lo comun solteras, pocas hay viudas, más hay casadas, emancipadas del marido: caras son todas las Amas bonitas; pero esta última es la mas cara de todas, porque de continuo hay que echar una torta al consabido Cancerbero. El Ama bonita solo es para ricos: verdad es que ellas saben convertirlos en pobres: algunas suelen casarse con el amo *in articulo mortis;* otras se retiran á tiempo con sus ganancias que de ordinario les lucen poco. Por fin las Amas bonitas llegan con el tiempo y los achaques á ser viejas y feas, y entonces sufren la ley comun: vejez miserable y muerte en el Hospital.

Ensayada la parte anecdótica y moral del género, y bosquejados los principales distintivos de las especies, veamos obrar al Ama de Llaves bajo el aspecto comun á todas: considerémosla desde el dia en que va á vistas hasta que se pierde de vista para sus señores. Las criadas se ponen para esta solemne ocasion el mejor vestido; el Ama se contenta con ir decente: el calzado, eso sí, tiene que ser nuevo. Hábito ó vestido negro, liso, de tafetan, con manga de jamon ó de fraile, y cuyo vuelo no ahueca el miriñaque engañoso, pañuelo imitado á manta ó de crespon, mantilla de tafetan, guantes de seda ó los naturales, y un precioso abanico, regalo de alguna de sus amas, componen el ornato exterior de la pretendienta, si habita en la córte ó en alguna capital de provincia; en las demás poblaciones, jubon capilar, basquiña y mantilla redonda. El tocado con igual atraso respecto de la ley vigente; por delante una raya, y cogido el pelo á cada lado, formando un nudo ó rodaja mucho menor que la que usan ó usaban criadas y manolas; por detrás un rodete alto y su peinetita: en provincia el pelo echado atrás y moño de aldabon. La prenda mas característica del vestido del Ama es la que no se ve: un par de faltriqueras tamañas como alforjas. La candidata pregunta por la señora cuando la hay, se anuncia, y si la encaminan á la sala, insta modestamente que la señora no deje sus ocupaciones, y que la reciba en cualquier parte: y todo es porque el Ama sabe ya en virtud de su práctica que mejor se conoce el estado rentístico de una casa por la pieza de labor que por el gabinete. En esta sesion preparatoria, el Ama de Llaves se distingue notable-

mente de la criada; esta charla por los codos y murmura de sus amos anteriores; el Ama no habla mas que lo preciso, y los elogia, porque tiene mas conocimiento de mundo. Al contar el aprecio que hacian de ella en su última colocacion y lo que la queria la señorita mas jóven, el Ama no puede contener las lágrimas, y saca un pañuelo planchado en complicadísimos dobleces, que lleva de intento para dar casualmente una muestra de sus habilidades. Si el amo es soltero ó viudo sin hijos, el ajuste es cosa de un momento; si hay señora y es jóven, agraciada y elegante, tambien se contenta el Ama con un corto salario, porque damas de circunstancias tales nunca inspeccionan la cocina ni la despensa; si la señora es de las que llaman *caseras*, especie ya casi desconocida, si hay además muchachos de cinco años á catorce, el Ama de Llaves pide doble remuneracion, porque le consta que se le preparan mucha brega y continuas disputas. Hecho el tratado á satisfaccion de ambas partes, y traido el baul á la nueva casa, el Ama se entrega de su negociado. El acto de pasar lista á la ropa, suele ser bastante pesado, porque el Ama no elegante, si lee, lee muy mal el manuscrito, tal vez no conoce los números, y hay que hacerle delante de cada artículo tantas rayitas como piezas comprende. Aquí suele caer en la tentacion de murmurar de su antecesora, si el estado de los efectos que recibe da lugar á ello; indica reformas y anuncia el programa de su gobierno, desde cuyo punto principia ya á funcionar. Es la primera que se levanta y la última que se acuesta, esfuerzo no muy penoso para quien por su edad suele ya tener poco sueño. Si está encargada de la compra, coge el talego ó manda coger el ceston al criado, á quien procura tener contento, porque no hay cosa mejor que la buena armonía entre compañeros. Las Amas de Llaves místicas y rezadoras que son de la hermandad de Servitas y de otras cuatro ó cinco, porque una sola no basta á su ardiente devocion, nunca se acomodan sino en casas donde hayan de salir á comprar ellas solas; y no se crea que es con el objeto de monopolizar libremente el ramo de sisas y alcabalas (¿y la conciencia?); es para poder oir las misas que tienen de obligacion por los estatutos de las hermandades. En ellas, por cada individuo que muere, hay que hacer ciertos sufragios: los hermanos son muchos, las muertes menudean, y ninguna devota se contenta con oir las dos ó tres misas que previenen las ordenanzas por cada difunto, sino que duplican á lo menos la cantidad, y de esto resulta que no hay dia que no tengan que emplear hora y media en la iglesia. Por eso es axioma inconcuso en materia de economía doméstica, que toda Ama de Llaves que sea santurrona es muy cara de carbon en Madrid: mientras ella va á conversar con los santos, queda ardiendo en balde la lumbre, que dejó encendida para encontrar á la vuelta una hermosa brasa, á favor de la cual despache en un abrir de ojos los almuerzos. Al dar los buenos dias ó el chocolate á los amos, nunca deja de darles tambien algun consejo higiénico en órden al mayor ó menor abrigo con que deben vestirse segun el estado de la temperatura. Por la noche ó en algun rato desocupado se calza en la nariz los anteojos, y se ocupa en deletrear el Diario para saber si ha llegado ya aquel arriero que trae las remolachas tan gordas, y á qué precio corren las medias negras *para señoras de estambre.* Este ameno y variado periódico, el libro de confesar, la lista de la ropa de que se hizo cargo y la tabla en que se apunta la que lleva la lavandera, son las únicas lecturas del Ama. Toda es celo y diligencia durante los primeros cuarenta dias; pasada la cuarentena es de ley que ha de haber una cuestion mas ó menos suave, segun el genio de los interlocutores: la tal disputa puede adelantarse ó atrasarse, pero nunca suprimirse, porque es una necesidad, un secreto del oficio: el Ama que la ha promovido adrede, conoce por ella el aguante del amo ó ama, y calcula cuántos años ó meses podrá pasar en su compañía. La invencion de esta táctica se atribuye á las Amas gallegas: las alcarreñas la han adornado de variaciones. Si la prueba ha salido á satisfaccion del Ama, su celo que hasta entonces era un poco facticio, se convierte en real y verdadero: vigila y estimula al criado, riñe con la lavandera y el carbonero, lleva la condescendencia hasta ir á paseo con los chicos por donde ellos quieran, y compra de su mismo peculio un par de libras de membrillos que distribuye en las diversas tablas del armario de la ropa para que huela bien, y cuando se pasan, los abandona generosamente á los muchachos. El Ama entonces se amolda al carácter del amo; pone buena cara á las visitas no femeninas que á él le son agradables, y despide á los que sabe que le importunan; se inquieta si viene tarde á casa; se asusta si no come con apetito: si cae enfermo, suspira, se angus-

tia, entra una docena de veces por hora en el dormitorio á preguntar al paciente cómo se halla; con lo cual y con andar gritando todo el dia á los chicos, al criado y á la vecindad que guarden silencio, consigue que no lo haya nunca. Corre á la botica, y de allí al herbolario, y luego á la posada donde se venden las mejores sanguijuelas, finas y á prueba; y de camino dice en la lonja, y en la cacharrería, y en todas partes que el amo está muy malito y que ella va á caer mala de pesadumbre : todo por tener el gusto de oir alabar su celo y cuidado. Entonces es ver al Ama en todo su esplendor, en el centro de su elemento propio. — Que se necesita una sábana : — á oscuras, á tientas la encontrará en el guardaropa. — Que hace falta una bayeta amarilla..... — « ¡ Jesus ! lavadita la tengo de la semana pasada : parecia que me daba á mí el corazon que pronto habia de necesitarse : ¡ si una no estuviera en todo !... » —Pide el cirujano trapos para cataplasmas. — « ¿ Los quiere usted de lienzo fino, de coruña, de vibero? Mire usted, ¡ qué de lios hay en la excusabaraja! cada uno es de su clase. Estos están casi nuevecitos; pero no, que el lienzo es tupido y gordo y hace mucho peso sobre el vientre; no señor : trapo á medio usar es lo que corresponde, ¿ verdá usted? Aquí los hay que ni pintados, y sin un pelo de algodon. » — « Pongan ustedes al señor un botijo de agua caliente á los piés. » — « ¿Ven ustedes? » prorumpe el Ama, dirigiéndose á los niños, que con la boca abierta rodean el lecho de su padre, « ¿ ven ustedes cómo hice yo bien en no dejarles jugar á la calva con el botijo del verano pasado? » — « Si se le habian roto los pitorros y el asa, » contestan los chicos.— « Mejor para ahora, que así no le incomodarán á papá en los piés : voy á buscar tapones de los que conservo de las botellas de cerveza. » — El ama va y viene, se afana, trasnocha, y cuando el amo cura, ella con mas razon que la mula del coche,

..... s'en attribue uniquement la gloire.

Autorizada por estos servicios va cobrando satisfaccion y alas, y haciéndose áspera y regañona. Generalmente la petulancia de las Amas es relativa á su fidelidad, laboriosidad y limpieza : el amo que da con una de las que tienen, como ellas dicen, la casa hecha un cielo, tiene un infierno continuo con ella. Riña porque la servilleta está mal doblada, riña porque la puerta se cerró con sola una vuelta de llave; riña porque el panecillo de hoy vino muy tostado y el de ayer casi crudo; riña porque no se le hace caso; riña porque se consulta con ella; riña porque se la riñe, riña porque se la deja. En estado tan violento y hostil, tres ó cuatro peleonas en grande preparan la dimision ó expulsion del Ama, aunque generalmente ellas son las que toman la iniciativa. El motivo de despedirse suele ser una grandísima friolera; pero como ya llueve sobre mojado, es el grano de arena que hace inclinar la balanza. Murió hace algunos años una Ama devota como ninguna y colérica como ella sola, mujer que rezaba matando un pollo y pelando un pavo, mujer que rezaba todas las horas que no empleaba en regañar, la cual vivamente irritada una vez con los hijos del amo, hizo venir á un hijo suyo, alguacil y voluntario realista nada menos entonces, para que amenazase á los muchachos que les pisaria las tripas si no guardaban respeto á su madre : no hay que preguntar cuál habria sido la opinion política del padre, cuando los chicos no se atrevieron á darle cuenta de la amenaza. Pues esta santa matrona que mandaba en jefe en casa del amo, la dejó porque le cumplieron un gusto. Tenia ella el encargo de la compra de provisiones, era su memoria infeliz, todas las noches al dar la cuenta se le olvidaba alguna partida, y por consiguiente le faltaba dinero. El amo que sabia que aunque soberbia y soez, era incapaz de engañarle, decia que le entregase el sobrante si lo habia, y se dejase de entrar en pormenores : empeñábase ella en que la cuenta se habia de ajustar cuarto por cuarto, y al ver que salia alcanzada, concluia todas las noches rogando al amo que la exonerase de aquel empleo. Harto una vez de oirla, tuvo la debilidad de creerla, y mandó al criado que desempeñara desde el dia siguiente las funciones de la perpetua dimisionaria : el mismo dia por la tarde, la señora Hermenegilda Cambrones, con grandísimo placer de los referidos chicuelos, sacaba el padron para casa de su hijo el corchete, quejándose de que el amo ya no hacia confianza de ella. Otra se despide alegando que el amo le dijo tres veces *ya*, ó *sí*, ó *pues* con retintin, y al tiempo de marcharse no deja escapar la ocasion de ingerir una docena de iguales monosílabos retintinados. Otra oye decir á la señora que en verano se debe gastar menos combustible; y á poco rato el Ama y su baul han desaparecido, y se encuentran apagada en la cocina

la lumbre y puesto el puchero al sol en una ventana. Amos y amas quedan recíprocamente contentos de haber salido de maulas; ellas con marcharse y ellos con que se marchen: el amo recibe otra; el Ama se acomoda con otro; y todo es patilla y cruzado y vuelta á empezar.

Tal es la vida del Ama de Llaves: su porte y conducta son el resultado de la educacion que ha recibido, de la influencia del carácter nacional, del suyo propio, y demás circunstancias que han agitado su existencia. Como en España se educa mal; como no se quiere comprender que hay una educacion para cada jerarquía social; como se desconoce que cada estado y condicion es una carrera con su enseñanza privativa, sin la cual es un puro acaso que el pobre sepa ser pobre, y el rico acierte á ser rico, pues una cosa y otra tienen que aprender mas que parece; el Ama de Llaves, ignorante de los límites de sus obligaciones y derechos, pocas veces es lo que debe ser; y tan pronto aparece la esclava temporal del siglo XV, como la majota procaz del siglo pasado. Esta especie salvaje va desapareciendo, al paso que nuestras turbulencias políticas van formando otra, compuesta de mujeres de modo y principios, á quienes la guerra y demás calamidades han reducido á la servidumbre. De estas, la que de buena fe se resigna á su estado, es la mejor de todas las Amas: instruida y pundonorosa, amante de su deber y capaz de respetar los ajenos, se eleva á gran altura sobre la línea de sirviente y se convierte en amiga: esta no compra, ni vende ni difama ni golosea: viste como sus amas y es la compañera de las señoritas, que encuentran en ella juntamente doncella y aya. Ella y el ejemplar con que concluirémos son las que forman el Ama de Llaves tal como debiera ser, y como se ve raras veces. Hablamos de aquellas respetabilísimas mujeres, rara y noble herencia del siglo pasado, que como vástagos ingertos en una familia, entraron niñas en una casa, y firmes é inseparables de ella, han visto pasar tres generaciones sucesivas, tratadas de tú por el abuelo, el hijo y el nieto; pero queridas y respetadas de todos, y cuya pérdida se llora como la de un pariente, la de una hermana. Una de estas crió á la madre del que escribe estas líneas; ella la acompañó á la casa de su esposo; en sus brazos nací yo; en sus brazos, dos años despues, murió la que me dió á luz; en su honesto regazo creció mi infancia; en la casa de mis abuelos acabó sus dias; y su cariño dulcísimo fué el que desenvolvió en mi corazon el gérmen de ternura que me trasmitieron mis padres.

LA LOCURA CONTAGIOSA.

1844.

A un cuarto principal de una casa nueva, sita frente al Rastro de Valladolid, corte á la sazon de Felipe III, subian una tarde de otoño del año 1603, mano á mano y en conversacion, al parecer de grave importancia, una mujer y dos hombres, personas los tres de razonable edad: el uno con sotana y manteo de raja de Florencia; el otro con capa larga y gorra, baston, guantes y grande anillo; y ella con tocas blancas y saya de jerga: es decir un eclesiástico, un médico y una beata. « Quien nos haya visto venir acá juntos desde la iglesia de San Ildefonso », dijo sonriéndose el eclesiástico al poner el pié en el primer escalon, « se habrá figurado que vamos á visitar á un enfermo de peligro. » — « ¿ Parécele á vuestra merced, señor cura, » replicó la beata, « que es enfermedad poco peligrosa la de mi hermanastro? » — « Aun », replicó el médico, « no nos ha dado cuenta vuesa merced sino de algun que otro síntoma, que no me parece decisivo. » — « Ahora », prosiguió el cura, « nos informará con mas detencion y descanso la hermana Magdalena, porque hasta aquí mas nos ha aturdido con exclamaciones, que instruido con noticias. » — « Por eso rogué á vuesas mercedes, » dijo Magdalena, « que viniesen á casa, y aprovechásemos la

buena coyuntura que se nos ofrece, por haber salido mi cuñada, mi hermana y sobrinas. »

Llamó en esto la beata á la puerta, y habiendo preguntado desde adentro una voz el sabido ¿quién es? Magdalena respondió, « abre, María. » Abrió al punto la criada, y la beata, haciéndole primero una seña, como de quien encarga sigilo, preguntó muy quedo á la moza si seguia aun el amo en su cuarto. « Todavía está allí, » contestó María, « y tan enfrascado como siempre. » — « Vuesas mercedes me hagan la honra de pasar á la sala, » dijo la beata entonces á sus dos acompañantes; y dirigiéndolos ella, entraron en una pieza capaz y limpia, bien que alhajada con pocos y pobres muebles. Con esto, y con mandar á la criada que sacase chocolate al señor cura y al señor doctor, se retiró; y quedando solos los tres interlocutores de al principio, entablaron, segun noticias, la siguiente conversacion.

El Cura. (*Bajito.*) Con que diganos vuesa merced ¿qué mas motivos tiene para creer que el señor hermano se halla tan mal de salud?

Magdalena. La del alma nunca me falte, señor cura, si no es cierto lo que imagino. Pues, señores... (*Suena en el aposento inmediato una ruidosa carcajada.*) ¿Oyen vuesas mercedes? Esas risas son las que á mí me hacen llorar: desde que vino mi cuñado de Sevilla, donde estuvo preso, ha dado en la flor de encerrarse en ese cuarto y soltar de cuando en cuando unas risotadas que me estremecen. Cuando le hablamos, anda siempre distraido, y de ordinario contesta fuera de propósito: á mi entender el sentimiento de haberse visto en una cárcel y acusado injustamente de defraudador de la real hacienda, junto con la pesadumbre de considerar el desamparo en que su prision dejaba á su familia, que somos cinco mujeres, sin contar con la moza, á quienes hasta ahora ha mantenido honradamente con su trabajo; estas consideraciones, repito, han hecho en su ánimo ancha mella, y han debido trastornarle un poco el cerebro.

El Médico. Imposible no es: un hombre pundonoroso, y que pasa ya de cincuenta...

Magdalena. Es que hay otra cosa, y á fe que el señor cura me dé la razon. Mi madre doña Leonor de Cortinas, que santa gloria haya, ¡me tiene dicho tantas veces, afligida de la traviesa índole de mi hermano. me tiene repetido tantas veces, llorando, que las locuras de su hijo habian de dar que decir al mundo! Las predicciones de los padres.....

El Cura. (*Tomando el chocolate que trae la criada.*) Ciertamente son avisos de Dios. (*Aparte.*) Agasajo de chocolate como este, bien se podia perdonar.

El Médico. (*Despachando su jícara.*) Pero esas risas pueden provenir de que el señor hermano tenga algun motivo oculto para estar contento: acaso sus negocios prosperan.....

Magdalena. ¿Qué han de prosperar, señor doctor de mi alma, si jamás se ha visto peor? En otro tiempo escribia comedias, que le daban algo de si, porque los comediantes y el auditorio las recibian bien; pero ya dicen todos que ha perdido la gracia, y que ni aun sirve para componer coplas de ciego. Acomodo estable en la corte no ha podido lograrlo nunca: las cobranzas esas que tenia, le ocasionaban continuos viajes y desazones, y le rendian muy poca utilidad: como fué soldado, no se dá maña para hacer la corte á los señores de ella; y así ninguno le atiende: con que ya ve vuesa merced ¡qué motivos de alegría le asisten! Pero lo mas particular es que desde que le ha acometido esa manía, se rie de cualquier cosa por sencilla que sea, y le ocurren unas bobadas, que jamás se han visto en él ni por pienso, pues seguramente que nunca ha pecado de bobo mi hermano de madre. Figúrense vuesas mercedes si es para extrañar el caso que voy á referir, que es el primero en que yo reparé. Recien llegado mi hermano de Sevilla, tuvo que tratar con un labrador de Sepúlveda no sé qué asuntos correspondientes á la administracion de unas tierras de aquella villa; y como en la lista de ellas hubiese una, sita en un término que parece llaman de *Sancho Pulza;* no bien oyó este nombre mi buen hermano, rompió á reir como un mentecato, diciendo: « ¡Famoso nombre, mudándole algo! ¡Famoso! » Porfiaba el labrador que no habia que mudar al tal nombre nada, y mi hermano en que sí; y anduvieron de este modo altercando media hora, hasta que se separaron los dos, el labrador harto mohino, y mi hermano muy satisfecho. Pocos dias despues habiamos salido él y yo á dar una vuelta fuera de la ciudad, y al subir una loma, encima de la cual hay un molino de viento, vimos que un muchacho se agarró ó se dejó coger no sé cómo de una de las aspas del molino, que le volteó y arrojó á gran distancia, dejándole sin sentido del

golpe. Yo me asusté de manera que no pude dar un paso para socorrer al chicuelo : mi hermano acudió á él; le alzó, y le hizo volver en su acuerdo : pero ¿querrán vuesas mercedes creer que mientras le levantaba y hacia por volverle en sí, no paraba de reirse, exclamando : « ¡Qué donosa casualidad! ¡vaya que no puedo contener la risa! »

El Cura. Poco cristiano es en verdad eso de alegrarse del mal del prójimo.

El Doctor. Que se alegre un médico de que se le presente ocasion de hacer una buena cura, pase; pero un ingenio lego no está en igual caso. Con todo, aun eso no prueba que el amigo se halle fuera de juicio.

Magdalena. Pues vaya otro pasito mas. Vuesa merced, si no me engaño, es pariente de aquel famoso Juanelo Turriano, el del artificio para subir el agua del Tajo.

El Doctor. Cierto que sí.

Magdalena. Vuesa merced mismo es quien me ha contado aquel lance de Juanelo con el Emperador.

El Doctor. En efecto, yo he sido.

El Cura. ¿Qué lance es ese?

El Médico. Uno que no deja de ser curioso. Cuando el César Carlos V, habiendo renunciado las coronas imperial y real, se retiró al monasterio de San Yuste, Juanelo, deseoso de dar á su majestad un buen rato, construyó una máquina de figuras de movimiento, que representaban la batalla de Pavía. Dada cuenta de sus intenciones á los monjes, ellos le proporcionaron con todo secreto sitio á propósito en que colocar su tramoya, y cuando estuvo lista, dijeron al Emperador que viniese á ver una curiosidad de gusto. Holgóse mucho su majestad con ella, porque el sitio de la pelea estaba representado al vivo, y las operaciones de los dos ejércitos perfectamente imitadas. Pues como la figura del Rey de Francia hiciese que se retiraba en derrota, y se hubiesen atascado con no sé qué tropiezo las de los nuestros que le perseguian, el Emperador que tenia los ojos fijos en ellas, como si mismamente estuviese viendo combatir hombres de carne y hueso, se dejó por un momento llevar de su imaginacion guerrera y fogosa, y exclamó á voz en grito, cual si estuviese aun mandando sus invictas escuadras : « Corre, Juan de Urbieta; Diego de Avila, corre, que se os escapa el Rey Francisco. » Figúrese vuesa merced, señor cura, ¡qué efecto harian estas expresiones en todos los circunstantes! Aunque casi todos eran monjes, padre hubo que se arrojó á coger del pescuezo al Rey francés para que no huyera.

El Cura. Yo por mí le juro á vuesa merced que mas hubiera querido presenciar ese lance, que ser nombrado para la mitra arzobispal de Toledo.

Magdalena. Pues bien, refiriéndole yo há pocos dias ese acontecimiento á mi hermano, soltó tambien una carcajada, diciendo : « ¡Brava aventura para achacársela á un titiritero! »

El Médico. ¡Tratar de titiritero á Juanelo, al insigne mecánico, mi pariente! Vamos, no tiene duda : el hermano de Magdalena está loco.

Magdalena. Pues ¿y lo que le oí decir acerca del piadoso robo del cuerpo de san Juan de la Cruz?

El Cura. ¡Qué! ¿Se divierte tambien el señor hermano á costa de los siervos de Dios?

Magdalena. No; pero dijo que él habia de dar su merecido al comisionado que hizo el robo, y al vicario y prior carmelitano que lo consintieron.

El Cura. ¿Y qué es lo que queria darles á los reverendos?

Magdalena. Una buena paliza por mano de no sé qué personaje.

El Cura. ¡Palos á un ministro de los altares! Vamos, no se puede ya dudar que ese hombre está loco.

Magdalena. ¡Gracias á Dios que se convencen vuesas mercedes!

Quedó, pues, con esto calificado de demente el risueño y hasta ahora invisible hermano de la beata, y habiendo conferenciado entre sí los tres calificadores acerca de quien habia de ser el que hablase primero al enfermo, para inducirle á ponerse en cura, hubo de recaer la eleccion, como era natural, en el padre de almas, el cual levantándose y encomendándose á san Ildefonso, abrió la puerta del cuarto donde se hallaba el paciente, y colóse dentro con un *Ave-María*, seguido de la pregunta « ¿Qué hace por aquí un hombre? » Era la pieza grande, y el cura habia cerrado la puerta conforme antes estaba : el doctor y Magdalena se pusieron á escuchar con grande ahinco, y aun miraron por el agujero de la cerradura; pero no les fué posible ver al maniático ni al cura, ni oirles palabra durante un breve rato, hasta que sonó de pronto un duo de carcajadas, en el cual el buen cura reia mucho mas recio que el presunto loco. Miráronse atónitos el doctor y la beata, la cual, como si súbitamente se sintiera agitada de una inspiracion profé-

tica, prorumpió, enclavijando las manos, y alzando los ojos al cielo (es decir, á las bovedillas de la sala) : « ¡Ay, señor doctor de mi vida! ¿Si será locura contagiosa la de mi hermano, y se le habrá pegado al cura?» « ¡Oiga vuesa merced, contestó el doctor, pues no lo diga de chanza, que es cosa que puede suceder, y á fe que esta vez no las tengo todas conmigo! Sin embargo, voy á entrar y á preguntarles de qué se rien, porque á nosotros los de la profesion, como ya nos conocen, no se nos agarran las enfermedades. » Y diciendo y haciendo, encajóse en el cuarto. Siguióse á su entrada rumor confuso de cumplimientos de bienvenida, y luego otro rumor mas suave, que Magdalena no acertó á discernir, aunque se parecia al susurro que hace una persona que reza; y por último tornó á resonar otra salva de risotadas, aun mas estrepitosa que la anterior, por el refuerzo del nuevo auxiliar, cuya voz aun sobresalia sobre la del cura. Aquí fué la confusion y apuro de Magdalena. « ¡Tambien, exclamaba, tambien el doctor se ha contagiado, tambien el médico se vuelve loco! »

En medio de esta tribulacion, é invocando uno por uno á todos los santos del calendario, la hallaron cuatro nuevos personajes, que aparecieron en la sala, todos pertenecientes al sexo, que ahora se llama bello, y que entonces á la cuenta no lo seria cuando no se lo llamaban : dos jóvenes y dos respetables matronas. « ¡Catalina, Andrea, Isabel, Constanza! » exclamó Magdalena fuera de sí, dirigiéndose alternativamente á cada una : « mi hermano se nos ha vuelto loco, y comunica su locura á cuantos le hablan. »—« ¡Loco mi marido!— ¡mi padre! — mi hermano! — ¡mi tio! » exclamaron á la vez las cuatro. — « Pues ¿qué sucede? ¿Qué has notado en él?» preguntó Catalina. — « Que ha dado en la manía de reirse de todo, y á todos les entra hoy la misma manía en oyéndole: escuchad, escuchad ¡qué carcajadas dan allá dentro el cura de San Ildefonso y el doctor Turriano!»—« Es menester que yo aclare esto, » dijo Catalina no poco turbada, y pasó al cuarto que parecia haberse convertido en el templo de la alegría : — á los dos minutos ya reia Catalina como los demás. Fueron entrando sucesivamente, atraidas de una curiosidad mezclada con una buena dósis de miedo doña Andrea, Isabel y Constanza, y á todas les sucedió lo mismo; de manera que á lo último, reunidas las siete voces ó risas, cada una de tono y sonido diverso, formaban el coro mas bullicioso y vario que imaginarse puede. Llamaban á gritos los de adentro á Magdalena; pero ella les respondia mas recio : « No en mis dias : ¡guarda Pablo! No quiero reirme; no quiero perder el juicio.»—«Tú estás libre de eso,» respondió desde adentro una voz un poco tartamuda; y un instante despues, vista la terquedad de Magdalena, que no consentia en moverse de la sala, salieron á ella los que estaban en el cuarto : el cura y el médico, las dos jóvenes, las dos señoras mayores, y detrás de todos un hombre, que rayaba en la ancianidad, de regular estatura y agradable aspecto, buen color, frente ancha, ojos vivos y nariz aguileña, el cual traia unos papeles en la mano. Salian todos fatigados de lo descompasadamente que habian reido; y el cura, dirigiéndose á Magdalena, le dijo : « No tenga vuesa merced cuidado, hermana beata, que por ahora la razon de mi buen feligrés el alcálaino, se halla mas que medianamente firme, sin embargo de que tengo para mí que la prediccion de la difunta doña Leonor, su madre, ha de ser en cierto concepto ámpliamente cumplida : las *locuras escritas* de su hijo el manco han de resonar en todos los ángulos de la tierra.» — «Mira, dijo entonces el hermano, alargando á la beata los papeles que habia sacado : mira lo que tan ocupado me trae hace algun tiempo, y lo que tanto ha divertido á estos señores. » Magdalena tomó los papeles, y leyó este rótulo en la cubierta : *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha, compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra.*

El Globo.

OBSERVACIONES

SOBRE EL COMENTARIO PUESTO AL QUIJOTE

POR DON DIEGO CLEMENCIN.

1844.

El Quijote es el libro mas popular de los españoles; todos lo leemos, todos lo estudiamos, y se emplean á cada paso en la conversacion, como proverbiales, las expresiones que su lectura nos ha dejado impresas en la memoria. Ninguna obra por consiguiente puede tener mas influencia en la formacion del gusto literario en España; ninguna goza de igual proporcion para dar la ley al lenguaje. Pero este escrito, que tan alto y justo concepto merece, no es una produccion intelectual meditada con prolijo detenimiento y escrupulosamente limada; es una inspiracion felicísima, trasladada al papel con prisa, con afan de llevarla á cabo, y sin volver la vista atrás para mirar lo que iba hecho: es un borrador, un bosquejo de primera mano, con harta mas valentía y frescura por cierto que otros mil cuadros bien concluidos. Cervantes escribió la novela del *Ingenioso Hidalgo* siendo viejo y pobre, falto de memoria y de libros: por eso la parte erudita del Quijote es tan inexacta; por eso, cuando llegaba el autor al fin de un capítulo, no recordaba lo que habia puesto al principio. Cervantes además no se paró á ver si habia defectos de órden lógico y cronológico en su obra, porque su objeto no fué componer una fábula regular y rigorosamente concertada, sino un cuento festivo, una leyenda, una cosa que acabase con los absurdos libros de caballerías: vió logrado este fin con la publicacion de la primera parte del Quijote, y no quiso tomarse el enojoso trabajo de perfeccionar un instrumento que tan bien le habia servido; pues si escribió despues la segunda parte, fué quizá porque á ello le instaron sus lectores, sus necesidades y su librero. Pero, aun conociendo y apreciando esta razon ó disculpa de la indolencia de Cervantes, el hecho es que su libro anda en manos de todos, y que está compuesto muy á la ligera; por lo cual es útil que literatos de gran doctrina y de exquisito gusto hayan examinado los defectos y primores de este magnífico monumento de las letras castellanas: bueno es instruir á los indoctos, para que no se figuren que es oro la escoria. El comentario del señor don Diego Clemencin, impreso en Madrid desde el año 1833, hasta el de 1839, seguramente aventaja, porque añade mucho, á lo que acerca del Quijote habian escrito Mayans, Rios, Pellicer y otros autores, así nacionales como extranjeros: las noticias que da el autor sobre los libros de caballería, ridiculizados en el Quijote, son muchas y raras; las observaciones correspondientes al plan, órden de tiempo y trabazon de la obra son atinadas y justas: el exámen gramatical del texto (considerando la lengua tal como ahora se habla) es generalmente concienzudo, fundado y legítimo. Creo, sin embargo, que el señor Clemencin se equivocó en juzgar el lenguaje de Cervantes, como si este hubiera vivido en nuestra época: voces, locuciones, modismos habia (y no pocos) entonces, que ya no son admitidos por el uso moderno. El que tuvo discernimiento y franqueza para conocer y declarar (t. II, p. 196) que el uso actual favorece mas á la claridad y exactitud del discurso, y que esta materia, sin perjuicio de lo mucho que floreció el habla castellana en tiempo de Cervantes, está mas afinada en el dia: ese, repito, hubiera debido excusarse el trabajo de emborronar papel para demostrar que en un período, por ejemplo, habia prodigado Cervantes los relativos; que aquí un *pero* debia ser un *tambien*; que allá no correspondia emplear la preposicion *á*, sino la de *para*; que acullá tal adjetivo no era el conveniente, ó que esta gradacion no estaba bien seguida, ó que la otra inversion era violenta. No podia Cervantes, escribiendo de prisa, reparar en lo que no reparaba casi ningun autor de su siglo escribiendo despacio; y aun acaso el Quijote no debe considerarse como una obra escrita, sino como el discurso impro-

visado de un festivo orador, que en el tono familiar de la conversacion sabe hacerse entender bien de todos, aunque su diccion no siempre sea la mas correcta. Por lo menos hay que confesar que el Quijote contiene un gran número de razonamientos y diálogos, en que entran personas de condicion humilde, y en estos pasajes sí que me parece muy inoportuno el reprender ciertos rasgos de desaliño ó descuido, porque ese descuido suele ser el natural y propio de la conversacion y de la persona que habla; y así Cervantes mas merece elogio que censura. Claro es que el labrador, el cabrero, el ventero y la fregona no han de expresarse como grandes retóricos; y probablemente Cervantes sabria mejor que nosotros cómo hablaban sus contemporáneos. Para los jóvenes dedicados á la literatura, no dejarán de ser útiles los reparos gramaticales, aunque demasiado escrupulosos, del señor Clemencin, porque á lo menos les enseñarán la diferencia que hay entre el lenguaje de un siglo y otro; pero Cervantes tendria derecho para decir que se le juzgaba irregularmente, en virtud de leyes que en su tiempo no se hallaban establecidas. Tambien hubiera podido el señor Clemencin descartar de su comentario alguna que otra nota, sobrado vulgar, con relacion á personajes de la mitología ó de la historia; pues indudablemente, de lectores que no sepan quiénes fueron Titon, Medea, el Conde don Julian y el caballo Babieca, no es de presumir que manejen una edicion de lujo, como es la del Quijote comentado. Otras anotaciones hay de las que recaen sobre el plan y contextura de la fábula, que pecan tambien de rigor excesivo; pues, aunque se hallan en el Quijote muchos cabos que el autor no se tomó el trabajo de anudar, no todos los que el señor Clemencin señala como tales, lo son en efecto. Así no es un defecto que Cervantes diga en la primera página de la obra, que tenia su héroe un mozo de campo y plaza, y que no se vuelva á hacer mencion de tal sujeto despues porque no se nombra á ese criado allí como *persona* correspondiente á la accion, sino como *cosa* ó circunstancia relativa á la persona de don Quijote, á fin de manifestar que la hacienda del Hidalgo alcanzaba para mantener un sirviente: del mismo modo hubiera podido Cervantes hacer mencion del padre, del abuelo y otros ascendientes de don Quijote, y no por eso debiera esperar el lector que todos figurasen en la novela. Otro tanto puede responderse á la observacion de que antes de la primera salida que hizo don Quijote con Sancho, no expresa que aquel hubiese otorgado testamento, y en la aventura descrita en el cap. XX afirma don Quijote que habia testado: cosa de tan poca influencia en la fábula bastaba que se dijera cuando convenia; y en dicho lance venia de molde, sin necesidad de haberse anunciado anteriormente. Sin embargo todas estas críticas poco fundadas parecen de poca monta respecto de otros reparos que nacen, á mi juicio, de que el señor Clemencin no entendió siempre á Cervantes. Me limitaré á ellas en el presente escrito.

Las observaciones del señor Clemencin principian desde la portada de la obra que comenta: el título de *El ingenioso hidalgo* lo parece oscuro y poco feliz: yo por el contrario, lo tengo por claro, propio y chistosísimo. El adjectivo *ingenioso* era una palabra muy de moda en tiempo de Cervantes, y se aplicaba principalmente á los inventores de ideas singulares y peregrinas. Ahora bien: ¿qué idea mas singular pudiera darse, que la que tuvo don Quijote de resucitar la andante caballería, como remedio único de los males que afligian á la sociedad de su época, como poderoso agente para la felicidad del género humano? Se responderá que tal pensamiento, mas bien que singular, era desatinado y absurdo, como producido por la imaginacion delirante de un loco. Pues en eso consiste la gracia del título, el cual lleva ya el sello de aquella ironía delicada, en que sobresale Cervantes. Poco donaire hubiera tenido titular á una parodia de los libros de caballería: «El loco, el disparatado, el mentecato, ó maniático hidalgo don Quijote.» Siendo toda la obra una continuada burla, debia esta principiar desde el título; y á la verdad que es difícil contener la risa cuando considera uno que todo el ingenio del infeliz Alonso Quijano (que lo tenia bonísimo segun la expresion del cura) no le sirvió mas que para atraerle burlas, desprecios, pesadumbres y palizas. El adjetivo *ingenioso*, aplicado por Cervantes á una *persona*, está empleado con respecto á una *cosa* por don Manuel Breton de los Herreros con igual sentido en los versos siguientes de una de sus comedias.

Uno de los cien ministros
Que al año vienen y van,
Para acabar con don Carlos
Y su faccion infernal,
Halló el *ingenioso* arbitrio
De dejarme a mi sin pan.

¿No seria ridículo el argüir á Breton, diciéndole que tal arbitrio mas bien era inhumano y necio que ingenioso? La intencion, pues, del pretendiente, que calificaba de ingenioso al decreto que le quitaba su modo de vivir, y la del escritor que llamaba ingenioso al hombre que juzgaba hacer un gran servicio á su patria, restaurando una institucion que ya no podia sostenerse, eran idénticas: ambas expresiones son pullas. Al que no se persuada con estas razones, y crea que el dictado de *ingenioso* debe entenderse aplicado en sentido natural y recto, se le podrá repetir, como queda indicado, que don Quijote fué autor de un pensamiento ó arbitrio, que en su tiempo no se le hubiera ocurrido á nadie, y esto basta para que tambien en sentido recto esa calificacion sea propia. De cualquier modo el título está bien.

En el primer capítulo de don Quijote se halla el trozo siguiente, en el cual antes del señor Clemencin, nadie habia encontrado que reparar. « Vió que tenian (las armas de los bisabuelos del Hidalgo) una gran falta, y era que no tenian celada de encaje, sino morrion simple; mas á esto suplió su industria, porque de cartones hizo un modo de media celada, que, encajada con el morrion, hacia una apariencia de celada entera. Es verdad que para probar si era fuerte y podia estar al riesgo de una cuchillada, sacó su espada y le dió dos golpes, y con el primero y en un punto deshizo lo que habia hecho en una semana: y no dejó de parecerle mal la facilidad con que la habia hecho pedazos. » El señor Clemencin pone dos advertencias á este pasaje: en la primera dice que si con el primer golpe deshizo don Quijote todo lo hecho, ¿en dónde dió el segundo? La pregunta hace reir: ¿qué duda tiene que encima de la media celada rota pudo el buen hidalgo dar no solo otro golpe sino doscientos? Lo que se colige de la relacion de este hecho, que está pintado con una verdad pasmosa, es que don Quijote, impaciente de ver qué tal le habia salido su obra de pasta, dió con gran prisa las dos cuchilladas una tras otra, y hasta despues de haber descargado la segunda, no reparó que habia roto la celada con la primera. El segundo reparo es mas importante, y recae sobre aquella saladísima advertencia de que *no dejó de parecer mal* á don Quijote la facilidad con que habia hecho la celada pedazos. Las palabras del comento son estas: « Todo lo contrario, *no dejó de parecerle bien:* para conservar la palabra *mal*, era menester decir: *y no* le pareció mal la facilidad, etc. » Se ve que el señor Clemencin creyó que Cervantes habia querido decir que don Quijote se alegró de haber roto su obra; y Cervantes ni quiso, ni pudo querer expresar tal cosa. ¿Cómo le habia de parecer bien á don Quijote el haber inutilizado en un momento el trabajo de ocho dias? Le pareció muy mal, porque vió que habia hecho una cosa que de nada le servia; le pareció tan mal, que, cuando compuso despues la celada « y la diputó y tuvo por celada finísima de encaje, » se guardó muy bien de hacer segunda experiencia con ella: ¡tan escarmentado quedó de la primera que hizo!

En el capítulo siguiente se detiene el comentador en este período: « Vió no lejos del camino una venta, que fué como si viera una estrella que á los portales, si[1] no á los alcázares de su redencion le encaminaba. » Advierte bien el señor Clemencin que aquí se alude al portal de Belen; pero se equivoca en añadir la particula *nó* y en que debiera escribir Cervantes: *que nó á los portales*, *sino á los alcázares de su redencion* le encaminaba. *Alcázar* y *redencion* se contradicen en esta frase, porque el Redentor no nació en ningun alcázar, sino en un portal: por consiguiente el texto está bien con el correctivo del *si no*, y debe entenderse, como se entenderia parafraseándolo de este modo: « Fué como si viera una estrella, que le encaminaba (como la de los magos) á los portales de su redencion, ya que á los alcázares no pueda decirse con propiedad (por la razon citada). »

En el cap. III, en el cual aconseja el ventero á don Quijote que lleve dineros, hilas y ungüentos, escribe Cervantes: « Cuando sucedia que los tales caballeros no tenian escuderos (que eran pocas y raras veces), ellos mismos lo llevaban todo en unas alforjas muy sutiles, que casi no se parecian, á las ancas del caballo, como que era otra cosa de mas importancia. » Clemencin cree que lo natural era decir de *menos importancia*; yo pienso que el ventero hablaba socarronamente como antes, cuando para dárse mérito habia dicho que en el *honroso ejercicio* de la caballeria habia *hecho tuertos, deshecho doncellas y engañado pupilos.* Demás de que solo podia parecer disculpable que un caballero andante llevase al-

[1] La equivocacion del señor Clemencin hubo de nacer de ver impreso *sino* en lugar de *si no*, que es, á mi juicio, la verdadera leccion.

forjas, suponiendo que era para cosas de mas importancia, si cabe, que el dinero y las medicinas, artículos necesarios á la conservacion del propio individuo. Para un tuno como el ventero la salud de don Quijote, á quien tenia por loco, no era cosa muy importante; lo importante para él era que llevase dinero con que pagarle si volvia á la venta: por eso le aconsejaba con tales encarecimientos lo de las alforjas.

En el cap. XI extraña el comentador que se llame comida á la que hicieron don Quijote y Sancho mucho despues de las tres de la tarde; y no recuerda que no se la podia llamar sino así, porque los asendereados andantes no habian hecho otra en todo el dia. De cinco á seis de la tarde come ahora quizá la tercera parte de los habitantes de Madrid, y á pesar de la hora, no se dice que meriendan, sino que comen.

En el cap. XIII, hablándose del Rey Artús, se dice « que andando los tiempos ha de volver á reinar y cobrar su reino y cetro. » *Reinar* y *cobrar su reino* son para el comentador una misma cosa; para mí nó, porque se puede reinar en cualquier país; pero solo puede uno cobrar su cetro siendo rey donde ya reinó.

« Hicieron una mala cama á don Quijote (se lee en el cap. XVI) en un camaranchon, que en otros tiempos daba manifiestos indicios que habia servido de pajar muchos años. » Segun el comentador sobra aquí una de las dos cosas: si queda *en otros tiempos*, debe suprimirse *muchos años*. No es así en mi dictámen: se dice *en otros tiempos*, porque el haber sido pajar aquel cuartucho no era cosa reciente: se dice *muchos años*, porque no habia servido de pajar un dia ni dos, sino largo tiempo.

Al desengañarse don Quijote (cap. XVII) de que la venta donde asistia Maritornes, era venta y no castillo, pone Cervantes en boca del héroe estas expresiones: « Lo que se podrá hacer por ahora es que perdoneis por la paga; que yo no puedo contravenir á la órden de los caballeros andantes..... que jamás pagaron posada. » Al comentador le parece que no es esta la contestacion que debia esperarse de don Quijote, habiendo confesado su engaño, sino que era mas natural que pagase al ventero. Para mí tiene muchísimo gracejo esta ocurrencia, porque es inesperada y propia: inesperada, porque despues que dijo don Quijote: « engañado he vivido.... pensé que era castillo, y no malo, » cree el lector que va á pagar, y luego sale diciendo que no paga; propia, porque don Quijote obra con arreglo á sus ideas, en atencion á que cree que los caballeros andantes no pagaban nunca hospedaje.

Sancho, despues de ser manteado en dicha venta, salió de ella, segun refiere Cervantes, muy *contento* de no haber pagado, y tan *turbado*, que se dejó olvidadas allí las alforjas. Para el comentador no se aviene bien uno con otro. Parece, sin embargo, muy fácil de comprender que Sancho salió *contento* por haber hecho su gusto, y salió *turbado*, porque acababan de mantearle, lo cual debe atolondrar á una cabeza de bronce. A esta razon física se puede añadir otra moral, diciendo que un contento puede turbar lo mismo que una pesadumbre.

El retrato del galeote Ginesillo de Parapilla está desempeñado en el cap. XXII, en esta forma. « Tras de todos estos venia un hombre de muy buen parecer, de edad de treinta años, sino que al mirar metia el un ojo en el otro; un poco venia diferentemente atado que los demás, porque traia una cadena al pié tan grande, que se la liaba por todo el cuerpo, y dos argollas á la garganta, la una en la cadena, y la otra de las que llaman guarda-amigo, ó pié de amigo, de la cual descendian dos hierros que llegaban á la cintura, en los cuales se asian dos esposas donde llevaba las manos cerradas con un grueso candado. » Nota el señor Clemencin con sobrada razon que este preso no venia *poco* diferentemente atado que sus compañeros, sino *mucho*: ¡es una friolera la diferencia! — ¿Seria irónico aquel *un poco*? Puede; pero á mi entender, no lo parece: mas bien creo que esas dos palabras pertenecen á la frase anterior por estar la puntuacion trastornada, debiendo leerse: « un hombre de muy buen parecer..... sino que al mirar metia el un ojo en el otro un poco: venia diferentemente atado que los demás, » etc.

Se halla en el mismo capítulo esta enfática expresion, puesta en boca del propio galeote Ginés: « Basta; que podria ser que saliesen algun dia en la colada las manchas que se hicieron en la venta. » Tiene el señor Clemencin esto por alusion á algun incidente ocurrido en los dias anteriores, durante el viaje de los galeotes, en alguna venta: yo lo tengo por un modo proverbial de decir (que se usaria entonces en tono de amenaza), y equivaldria á la expresion de « pagarlas todas juntas. » En tono tambien de amenaza solemos decir á una persona « que algun dia se sabrá todo, hasta lo de la callejuela, » y lo mismo se alude con este dicho á lances

ocurridos en callejuela, que á los que hayan sucedido en casa, en plaza, ó en despoblado.

En el cap. XXIII llora Sancho la pérdida de su rucio, y don Quijote (que *vió* el llanto y supo la causa) consuela á Sancho. El comentador cree que Cervantes debió escribir *oyó*, y no *vió*. No se alcanza la razon. En el llanto suele haber lágrimas y sollozos; aquellas se *ven*, estos se *oyen* : el escritor puede referirse indistintamente á lo uno ó á lo otro.

El título del cap. XXVI es el siguiente: *Donde se prosiguen las finezas, que de enamorado hizo don Quijote en Sierramorena.* Segun el señor Clemencin estaria mejor *las finezas de enamorado que hizo*, ó *las finezas que hizo de enamorado.* El señor Clemencin supone que hay aquí una trasposicion; yo entiendo que la frase está en su órden natural, porque me figuro que el autor quiso decir: « las finezas que de *puro* enamorado hizo don Quijote. »

Estas desaliñadas observaciones me han ocurrido de paso al hojear los dos tomos primeros del comento del señor Clemencin, curiosísimo y útil en lo demás por muchos títulos: y convengo enteramente con el comentador en que por un supersticioso respeto á las ediciones primeras del Quijote, muy defectuosas en todos conceptos, nos hallamos todavía sin una edicion de esta admirable obra, corregida de varios defectos, que sin duda son yerros de copia ó de imprenta, y no de Cervantes.

Recorreré mas de ligero los cuatro tomos restantes del Quijote comentado, porque bastan á mi parecer las observaciones anteriores para que se comprenda qué grado de estimacion merece la obra del señor Clemencin, y tambien porque, habiéndose publicado los tres volúmenes pertenecientes á la segunda parte despues del fallecimiento del comentador, es de presumir que no habia dado á sus apuntes la última mano, y que, al tiempo de imprimirlos, hubiera suprimido ó modificado algunas notas poco oportunas, que se hallan entre otras dignas de singulares elogios.

« He tenido con el gigante (dice don Quijote en el cap. XXXVII) la mas descomunal y desaforada batalla que pienso tener en los dias de mi vida; y de un revés, zás, le derribé la cabeza en el suelo, y fué tanta la sangre que salió, que los arroyos corrian por la tierra como si fueran de agua.— Como si fueran de vino tinto, pudiera vuestra merced decir mejor, respondió Sancho. » Para el señor Clemencin quedaria la expresion mas airosa y gallarda, si se suprimiera la palabra *tinto*, que la entorpece algun tanto. « Corrian (habia dicho don Quijote) los arroyos de sangre, como si fueran de agua.—Como si fueran de vino, correspondió que corrigiese Sancho, porque la oposicion entre agua y vino es mas clara, mas neta, mas absoluta, que entre *agua* y *vino tinto*.» —Será todo lo que quiera el comentador; pero la réplica está perfectamente dicha, porque Cervantes no trató de esforzar la *oposicion* entre agua y vino, sino la *semejanza de color* entre *sangre* y *vino tinto*, que fué lo que engañó á Sancho la noche antes, al entrar en el aposento de don Quijote. Sancho tuvo el vino tinto por sangre (error en que tal vez no hubiera caido á ser el vino blanco); Sancho quiere desengañar á don Quijote, y nombra el vino con la circunstancia que juzga mas á propósito para que su amo se desalucine. No le quiso decir: « lo que á usted le parecia correr como agua, era vino; » sino « lo que vuestra merced creyó que era sangre, era el vino que mas se le parece, el tinto. »

« Ser homicida de todo el género humano (cap. XL) » le parece al comentador un pleonasmo, « porque (dice) no se puede ser *homicida* sino de *hombres*. » — A juzgar al señor Clemencin con la quisquillosa severidad con que trata á Cervantes, aquí venia de molde el replicarle que el género humano se compone de hombres y de mujeres, por lo cual no habia pleonasmo, sino extension en la calificacion citada, una vez que se referia á un hombre feroz, que lo mismo se ensangrentaba en individuos del uno que del otro sexo. Pero, sin necesidad de recurrir á tan ridícula sutileza, claro está que una cosa es ser homicida (ó matador) de *algunos* hombres, y otra pretender como Azan-bajá ser matador de *todos*, que es lo que quiso significar Cervantes con las palabras « homicida de *todo* el género humano.» En aquel *todo* entrarian los padres y hermanos de Azán (caso que los tuviera) y todas las testas coronadas: de modo que no solamente califica Cervantes al bajá de homicida, sino de parricida, fratricida y regicida.

Escribe el cautivo á Zoraida (cap. XL): « A lo que dices..... que has de ser mi mujer, yo te lo prometo. » Empéñase el señor Clemencin en que la expresion está mal, porque la promesa de que se habla no es del cautivo, sino de Zoraida; lo cual es como si se dijera: *yo te prometo tu promesa.* — Pero, por amor de Dios, señor Clemencin, ¿no se necesita para un matrimonio la voluntad de los dos contrayentes? Es

claro que sí. Luego no basta que diga Zoraida: «Yo he de ser tu mujer,» mientras el cautivo no le responda «si lo serás, porque yo vengo en ello.» No es decir «yo te prometo tu promesa,» sino «yo acepto tu oferta, y por mi parte prometo lo mismo: tú te ofreces á ser mi mujer; yo prometo que lo serás, yo prometo ser tu marido.

El título del cap. LII dice á la letra: «De la pendencia que don Quijote tuvo con el cabrero, con la rara aventura de los disciplinantes, á quien dió felice fin á costa de su sudor.» Comprendió muy bien el señor Clemencin que el relativo *á quien* estaba en plural, segun se usaba en el siglo XVII, en vez de *á quienes*, como ahora se diria, ó mejor á *las cuales;* pero antójasele que no intervino *sudor* en las dos aventuras de dicho capítulo. ¿Y qué aventuras son estas? Poca cosa. Primera: que don Quijote arroja un pan á la cara á un cabrero, y este salta sobre don Quijote, le ase del cuello, y si Sancho no acude, le ahoga. Libre don Quijote, vuelve á embestir al cabrero, el cual pilla á don Quijote debajo, y se dá de mojicones, hasta que de puro cansado le suelta. Segunda aventura. Harto de porrazos, va don Quijote corriendo á enfrenar su caballo, monta en él, acomete á unos disciplinantes, y uno de ellos le sacude tal garrotazo, que le derriba al suelo sin sentido. Si tal brega á pié y á caballo no es capaz de hacer sudar el quilo á cualquiera, que venga un luchador y lo diga. Pero lo mas gracioso es que Cervantes probablemente usaria en sentido figurado las palabras *á costa de su sudor*, y lo que deben de significar es: *á costa de su pellejo*, á costa del cuerpo de don Quijote.

Sancho (segunda parte, cap. II) pugnaba por entrar en casa de don Quijote, y el ama y la sobrina *le defendian* la puerta. *Defender*, á juicio del comentador, está usado en la significacion de *prohibir* una *puerta*, en lugar de *prohibir que se entre por ella;* pero se dice, y se comprende muy bien, que se *defiende* una puerta, cuando hay una persona que pugna por entrar, y una ó mas que le hacen resistencia. Esto es algo mas que prohibir.

Al pisar las calles del Toboso (cap. IX) don Quijote y Sancho, se hace esta descripcion grotesca: «No se oia en todo el lugar sino ladridos de perros.... de cuando en cuando rebuznaba un jumento, gruñian puercos, mayaban gatos; cuyas voces de diferentes sonidos se aumentaban con el silencio de la noche.» Opina el comentador que *voces* no se dice con propiedad sino de las humanas. Sin embargo el Diccionario de la Academia Española define la palabra *voz* diciendo que es sonido formado en la garganta y proferido en la boca del *animal*. Segun la Academia tambien es voz la de los irracionales.

En el cap. XII de la segunda parte se cuenta la aventura del caballero de los Espejos, ó mas bien del bachiller Sanson Carrasco, que con tal disfraz se habia propuesto vencer á don Quijote, y mandarle que se retirase á su aldea. Apéase el fingido caballero en un bosque donde estaban durmiendo don Quijote y Sancho; despiértase don Quijote al ruido que de propósito hacian los recien llegados; atiende y oye que el desconocido toca un laud. — Y repara sobre esto el señor Clemencin «que no era el laud mueble muy cómodo para quien caminaba armado por montes y selvas en busca de un loco.» — Harto mas incómodas eran las armas, y el bachiller viajaba con ellas. El llevar el laud era para hacer que el encuentro del bachiller y don Quijote fuese lo mas novelesco posible [1].

Don Diego de Miranda, el caballero del verde gaban, dice (cap. XVI) que no mantenia halcon ni galgos, sino «algun perdigon *manso*, ó algun huron atrevido.» — Antójasele al señor Clemencin, por la añadidura de *manso*, que se habla de *perro perdiguero*, y no de *pollo de perdiz*. — Entonces hubiera dicho Cervantes una simpleza. ¿Qué perro perdiguero no suele ser manso? Por el contrario, un perdigon puede muy bien no serlo, porque no es ave doméstica. Cervantes habló sin duda de un perdigon *domesticado* de aquellos á quienes se enseña que vengan á comer en la mano y no se espanten de los tiros.

Referido por Sancho Panza el famoso cuento del hidalgo, que convidó á comer á un labrador pobre (cap. XXXI), «púsose don Quijote de mil colores, que sobre lo moreno le jaspeaban y se le parecian.» Y dice el comentario: «Sospecho que está errado el texto; pero no me ocurre cómo pudo decir el original.» — *Parecerse* aquí es *aparecer*, mostrarse, traslucirse, asomarse, ó dejarse ver. Cervantes dice que á don Quijote un color se le iba, y otro se le venia, y que estos colores se le traslucian, ó le asomaban al rostro, y se lo jaspeaban sobre

[1] La aficion á comentar hizo olvidar al Señor Clemencin que el caballero de los Espejos no necesitaba llevar él mismo el laud, pues le acompañaba un escudero. — Nota del señor don Antonio Martinez del Romero.

su tez morena. Tal vez diria el original: « Se le parecian y le jaspeaban. »

Quieren los pinches de cocina en casa del Duque lavar á Sancho las barbas con agua de fregar, usando de un arteson por bacía; y amostazado Sancho de la pesada broma, exclama: « La costumbre del lavatorio que aquí se usa, es peor que de disciplinantes.» — Expresion que no se entiende (pone abajo el señor Clemencin), porque *¿qué es costumbre de disciplinantes?* — Yo digo lo mismo: tampoco lo entiendo; pero vaya un par de conjeturas, nacidas de la palabra *lavatorio.* De los instrumentos que los disciplinantes usaban para zurrarse, uno era un palo ó caña, de donde salian unos ramales que llevaban á la punta una bola de cera erizada de pedacitos de vidrio, algunos de los cuales se les clavaban á los pacientes en la carne. Cuando á estos les lavaban la espalda para limpiar la sangre y ver si tenian hincado algun vidrio, la operacion debia ser algo prolija y no poco dolorosa. Ahora bien: ¿querria decir Sancho que el sucio lavatorio de barbas, que le querian hacer los cocineros del Duque, le incomodaba mas que el lavatorio que sufria un disciplinante despues de vapulado? Esta explicacion no me contenta: vamos á otra. Quizá los disciplinantes acostumbrarian entre sí hacer en Jueves Santo el lavatorio de piés propio del dia; y como eran por lo comun gente soez, la tal ceremonia debia ser harto desaseada. A saberse con certeza que hubiese existido este uso, ya era fácil de comprender que Sancho se quejaba de que le querian lavar las barbas con agua mas puerca que la que dejaban los disciplinantes al lavarse los piés.

Muerto el jabalí en la cacería que dispusieron los Duques para divertirse con don Quijote, se retiraron á comer (cap. XXXIV), « y en requerir algunas paranzas y puestos se les pasó el dia. » Pregunta Clemencin: « ¿Para qué esta requisa, si al otro dia no habian de cazar? » — Respondo: Para ir llevando disimuladamente á don Quijote al punto por donde habian de salir los carros de los encantadores.

En el cap. XLIII reprende con enojo don Quijote á Sancho por su manía de ensartar refranes á cada paso. — Sancho contesta: — « Vuesa merced se queja de bien pocas cosas. A qué diablos se pudre de que yo me sirva de mi hacienda, que ninguna otra tengo sino refranes. » Comento. « Expresion que no entiendo bien. Acaso seria menos oscura poniendo: ¿A quién diablos se pudre? como si dijera: ¿A quién se le echa á perder nada, á quién resulta mal alguno de que yo me sirva de mi hacienda? » El señor Clemencin no comprendió en este pasaje ni la preposicion ni el significado del verbo, ni de quién venia este regido. *A qué* está usado para preguntar en lugar de *¿para qué?* ó *¿por qué? Pudre* se refiere á vuesa merced, es decir á don Quijote: *pudrirse* significa en sentido metafórico incomodarse, consumirse, aburrirse, *quemarse*, como ahora decimos. Póngase á la oracion el interrogante que está pidiendo, y resultará: « ¿A qué diablos se pudre de que yo me sirva de mi hacienda? » Lo cual equivale á decir: «¿Por qué diantres se incomoda vuestra merced de que yo me sirva de mi hacienda, pues no tengo otra que la de mis refranes?»

Tampoco entendió en el capítulo XLIV el señor Clemencin la locucion *traer los piés*, que se lee en el romance burlesco de Altisidora. *Traer las piernas* (véase el diccionario) es *frotarlas, dar friegas* en ellas: traer los piés debe ser *frotarlos, rascarlos.*

Texto de Cervantes: cap. LI. Un rio dividia dos términos de un mismo señorío. Comento. Cosa imposible: no puede haber dos términos, sin ser distintos los señoríos. — Defensa. Cosa posibilísima y clarísima: el rio dividia dos términos *de dos pueblos*, que pertenecian á un mismo señor. Léase el trozo á cualquier patan: y ¿á que lo entiende al golpe?

Texto: cap. LXII. Me precio de cantar algunas estancias del Ariosto. Comento. Aquí hay una impropiedad. Las estancias de Ariosto, como que no son del género lírico, tampoco pertenecen á las poesías cantables. — Defensa. Todo verso se puede cantar: las octavas del Tasso se cantan en Italia; en España pueden cantarse las del Ariosto. El soneto es quizá menos cantable que la octava, y sin embargo en el mismo Quijote se cantan algunos.

Texto: cap. LXVI. Dijo Sancho á los labradores, que estaban muchos al rededor de él, la boca abierta, esperando la sentencia de la suya: Hermanos, lo que el gordo pide, no lleva camino. Comento. No me suena esto bien: mejor estaria: « Dijo Sancho á los labradores, muchos de los cuales estaban al rededor de él con la boca abierta, etc. » — Defensa. No es eso: el *que* no es relativo, sino causal y equivalente á *porque* ó *pues.* Antepóngasele un paréntesis, y quedará mas perceptible: véase. « Dijo Sancho á los labradores (que estaban, *porque estaban*, *pues estaban*, muchos

al rededor de él....) : Hermanos, lo que el gordo pide, etc.»

TEXTO: cap. LXXII. Parece que habia madrugado el sol á ver el sacrificio. COMENTO. No se entiende bien qué sacrificio era este. — CONTESTACION. Verdad es; pero puede colegirse que alude al destrozo que Sancho habia hecho en los árboles, descortezándolos con los azotes que fingió darse en las espaldas.

TEXTO: cap. LXXIII. «Los muchachos decian unos á otros: Venid y vereis la bestia.... de don Quijote.» COMENTO. No es verosímil que los muchachos del lugar diesen á nuestro hidalgo este nombre que él se habia puesto, sino el que anteriormente tenia, que era el de Alonso Quijano. DEFENSA. Los muchachos del lugar, que rabiarian por poner motes á todo el mundo, debian llamar al ingenioso hidalgo con el postizo nombre que le hacia ridículo.

TEXTO: cap. LXXIV. «Vuesa merced (dice Sancho) habrá leido en sus libros de caballerias ser cosa ordinaria derribarse unos caballeros á otros.» — COMENTO. ¿Pues qué, los habia leido Sancho? DEFENSA. ¿Y dice Sancho que los hubiese leido? Lo que hace es recordar á su amo lo que el mismo don Quijote habia dicho en otros términos mas de una vez.

Para no concluir estas apuntaciones con el mal sabor que dejan polémicas de tal especie, y para rendir de paso al señor Clemencin el tributo de alabanza que á su laboriosidad y buen gusto es debido, daré cuenta aquí de una de las notas mas curiosas y amenas de su comentario (tomo V, pág. 165), en la cual se trata principalmente de averiguar quien fué la verdadera persona que Cervantes designó bajó el nombre de Dulcinea. Parece que Cervantes hubo de estar en el Toboso por los años de 1584 hasta el de 1588, y que entonces fué apaleado por los vecinos de aquella villa: suficiente motivo para creer que en todo lo perteneciente al Toboso fuese la pluma de Cervantes guiada por el resentimiento y el afan del despique. Así el señor Clemencin observa muy oportunamente que cuando Cervantes dice que en el Toboso hay muchos linajes antiguos y buenos, se burla á ojos vistas de los toboseños, porque la mayor parte de la poblacion era de moriscos, y no habia en ella mas que un solo hidalgo, que era el doctor Zarco de Morales. Como expresa Cervantes que Dulcinea era principal y bien nacida, naturalmente ocurrió al señor Clemencin que la persona á quien Cervantes encubrió con este nombre fingido, debia pertenecer á la casa del doctor Zarco: tenia el doctor una hermana soltera; y reparando el señor Clemencin en la analogía que hay entre el apellido *Morales* de aquella familia y el de *Nogales* que dió Cervantes á la madre de la supuesta Dulcinea, pues uno y otro son apellidos de árboles y tienen igual número de letras, igual desinencia y unas vocales mismas, dice (y dice muy bien) que en vista de tales precedentes «no parecerá temeridad creer que el original de Dulcinea fué la Señora *Ana Zarco de Morales*, hermana del doctor del mismo apellido. Con un poco de atrevimiento, aun á mi entender cabe esforzar mas estas conjeturas. Cervantes dice que Dulcinea se llamaba en su pueblo *Aldonza Lorenzo:* la hermana del doctor, la presunta Dulcinea del señor Clemencin, se llamaba *Ana Zarco de Morales;* parando la atencion en las letras que componen este nombre y sus dos apellidos, échase de ver que forman un anagrama, aunque imperfecto, de *Aldonza Lorenzo.* Tomando solo el nombre *Ana* con el apellido último de Morales, y repitiendo una vez las letras O, L, y S, resultan los nombres *Aldonsa Loremsa;* pero tomando tambien el primer apellido *Zarco*, y repitiendo una O y la L, salen perfectamente las dos palabras *Aldonza Lorenzo*, sobrando las seis letras AA, C, E, M, R.

Aun hay mas. A la madre de Dulcinea dió Cervantes el nombre de *Aldonza Nogales;* y la madre de la Ana Zarco se llamaba *Catalina Morales:* antepóngasele un *de* al apellido, y con las letras de él y del nombre, repitiendo la C, la N, y la O, formaremos *Aldoncia Nocales*, sobrando una A, una E, una M, una R y una T; si no se pone la preposicion y se repiten la C y la O, resulta *Altomcia Nocales*, y no sobran mas que una A y una R. Todavía puede añadirse algo. Cervantes llamó al padre de Dulcinea *Lorenzo Corchuelo;* y aunque las letras de este nombre no se avienen con las de *Pedro Martinez Zarco*[1], padre de Ana; aunque es probable que con el sobrenombre de *Corchuelo*, diminutivo de *Corcho*, quiso Cervantes ridiculizar el original que tuvo presente, y tildarle de seco y soso, de hombre de poco peso y leve capacidad; todavía, examinando las letras de las palabras *el hidalgo Zarco* (pues así vulgarmente se le llamaria), y repitiendo las letras C, O, R y C, dan las dos dicciones *Lorenzo*

[1] Lo mas que se puede sacar, repitiendo una O, una E y una C, es *Orenzo Corciez.*

Gorchielo, sobrando las letras A, A, D. Todos estos anagramas son defectuosos, y el último sobre todo es deforme; pero las letras que los desfiguran son de fácil trasmutacion en las otras que les corresponden en los nombres inventados por Cervantes; y débese advertir que él evitaria de propósito el hacer anagramas cabales, para tener alguna salida que dar, si los sujetos anagramatizados le pedian satisfaccion, ó sin pedirla, trataban de tomársela. Todo esto va sobre la suposicion, bastante temeraria, de que Cervantes se entretuviera en semejantes puerilidades.

Muchas notas hay en el comentario del señor Clemencin tan interesantes como la que ha dado ocasion á estas cavilaciones, que á la verdad me temo parezcan sobrado ridículas é impertinentes; muchas y muy buenas noticias da de usos y costumbres antiguas, y todo va escrito con la claridad y pureza propias de la pluma que trazó el elogio de Isabel la Católica. Para el que en edad crecida y habiendo antes leido y admirado el *Quijote*, quiera comprender muchas cosas que no están al alcance de todos, el comentario del señor Clemencin podrá generalmente ser provechoso; pero si cae en manos de un jóven, ú otra cualquier persona, que por vez primera vaya á leer la obra de Cervantes, la gran joya de nuestra literatura; el efecto que le harán tantos y tan pellillosos reparos será desconceptuar para con él tanto al autor como á su libro; y hacérselo cerrar y tirar á un lado, diciendo que obra tan defectuosa ni puede ni debe leerse. El Quijote se debe juzgar con mas fe que doctrina, por el sentimiento y no por las reglas; y si el señor Clemencin hubiera sabido algo menos, algo mejor hubiera sido su comentario.

El Laberinto.

DISCURSO

LEIDO POR D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH

EN EL ACTO DE SU RECEPCION COMO INDIVIDUO DE NUMERO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

1847.

Caracteres distintivos de las obras dramáticas de don Juan Ruiz de Alarcon.

Señores: Si es ley de corazones honrados que la vehemencia del agradecimiento corresponda á la magnitud de los favores que se reciben, grande y vivo debe en verdad ser el mio al contemplarme en el seno de una corporacion, por tantos y tan envidiables títulos esclarecida, y de cuyo umbral me alejaban á la vez el conocimiento de las prendas relevantes que se requieren para llamar con alguna confianza á sus puertas, y la justa persuasion de que era y seria siempre en mí temerario el intento de pretender un lugar donde habian tenido su silla Jovellanos y Melendez, Huerta y Cienfuegos, y donde hoy se sientan, dignos sucesores de aquellos varones célebres, otros cuyos nombres no es necesario citar en este sitio, ni quizá en otro alguno, si se habla á españoles, porque todo español sabe y se envanece de confesar quiénes son los hombres cuya fama, sea del género que fuere, compone parte de las glorias de España.

Manifestaros, señores, mi gratitud por haberme acogido entre vosotros, moviéndoos á ello solo vuestra benevolencia suma, deberia ser el objeto principal de este escrito, y el mas grato para mí, si solamente la Academia hubiera de oirme; pero ni la libre expansion de los afectos del alma apetece la publicidad, ni las consideraciones que se deben al respetable auditorio que presencia este acto, permiten que tarde mucho en ocuparme con otra materia. Aficionado á la poesía dramática desde que vi por primera vez un espectáculo escénico, natural y justo

parecerá que en esta ocasion solemne eche mano de un asunto propio de mis gustos é inclinacion constante, prefiriendo lo mas asequible á mis débiles fuerzas. Determinar pues el carácter por que se distinguen las obras de don Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza será el objeto de este discurso, donde pretendo manifestar que ese autor, poco estimado en su tiempo, y no bastante leido en el dia, fué el poeta dramático mas filósofo, el mas original (despues de Lope y Calderon), y el mas correcto en su línea de cuantos produjo España en el siglo XVII.

Por los años de 1630 y los cuatro siguientes, en que aun vivia Lope y ya gozaba celebridad Calderon, pues habia ya escrito alguna de sus mejores comedias, el teatro español, admiracion de la Europa culta, habia llegado á la cumbre de su prosperidad, al período mas brillante de gloria. El drama nacional, produccion espontánea del suelo, árbol majestuoso, cuyo ramaje habia crecido sin probar casi los filos de la crítica, daba copiosísimos frutos, no siempre maduros y sazonados. En las anchas dimensiones de la forma dramática establecida por Lope cabian y entraban de hecho todos los elementos del drama griego y latino indistintamente mezclados; lo patético lo mismo que lo ridículo; la sublimidad de Sófocles y el gracejo plautino, juntos en una accion fingida, como en la vida real se juntan á cada paso la grandeza y la pequeñez humanas, el placer y el dolor, la risa y el llanto. Bajo el nombre genérico de *comedia*, que significaba entonces *fábula dramática* ó *drama*, lo mismo se comprendia una composicion histórica, grave en la mayor parte de sus escenas, como un poema en que todo era inventado y alegre. Título de comedia llevaban los poemas dialogados cuyos protagonistas eran la Reina Ester y los Reyes don Rodrigo y don Pedro, lo mismo que *la Moza de Cántaro, el Desden con el Desden* y *la Villana de Vallecas:* toda produccion dramática era llamada *comedia* en teniendo tres actos. Aparte pues del auto sacramental, que si llevaba esa denominacion seria porque constaba de una jornada sola, habia en el teatro español dos especies principales de comedia: la de capa y espada y la histórica, tradicional ó mítica, sagrada y profana. En ambas especies de dramas y sus variedades, el punto de partida para el autor era generalmente uno, porque todos consideraban el teatro de la misma manera: teníanlo por el santuario de la poesía nacional, no por una cátedra facultativa; por un lugar donde se proporcionaba al público un recreo lícito; y en agradando, la obligacion estaba cumplida. No codiciaban nuestros antiguos dramáticos el renombre de filósofos, de moralistas, de maestros del pueblo: creyendo que la enseñanza moral era inseparable de la religiosa, dejaban que los sacerdotes aleccionasen á los fieles desde el púlpito; y solo tomaban aquel grave carácter en las comedias devotas, porque allí la doctrina emanaba directamente del asunto. La comedia moral, aquella que pretende inculcar en el ánimo de los espectadores una máxima saludable y útil, ya por medio de la representacion de un carácter principal, ya por la accion combinada de todas las figuras comprendidas en una fábula, muy raras veces aparecia en la escena española, donde se moralizaba por casualidad mas que de intento. Nuestro drama era una novela caballeresca: el caballero español adoraba, despues de Dios, en su honor, en su Rey y en su dama: y sabido es que las exigencias del honor, las del vasallaje y la galantería no van siempre conformes á la ley evangélica, ni á las de la recta razon y justicia. En ley de justicia Sancho Ortiz de las Roelas no debia matar á Bustos, por mas que el Rey se lo mandara; Sancho Ortiz no era el verdugo de Sancho el Bravo. En ley de justicia García del Castañar no debia resolverse á quitar la vida á su inocente esposa, aunque la galantease un hombre que García se figuraba ser el Rey don Alfonso XI: debia defenderla en lugar de matarla. En ley de justicia aquel Ursino Colona, aquel anciano que introduce Calderon en la comedia titulada *Con quien vengo vengo*, no debia tomar parte en un desafío que le ponia en el caso de cruzar la espada con su propio hijo; pero Sancho, García del Castañar y Ursino Colona eran caballeros antes que todo: Sancho y Ursino habian dado una palabra, y les era forzoso cumplirla, aunque el uno tuviera que sacrificar la mujer que amaba, y se expusiera el otro á recibir la muerte de manos de su hijo ó á dársela. García no estaba ligado con palabra ninguna; pero peligraba su honra; y no pudiendo asegurarla con la muerte del seductor, la queria preservar de la mas leve mancha, inmolando á la consorte virtuosa en quien no habian hecho mella las seducciones. Celosos creyentes, súbditos entusiastas, caballeros pundonorosos, enamorados idólatras eran en general todos los galanes de nuestras comedias antiguas, porque estas cuatro pasiones ó afectos eran los que ani-

maban á la sociedad española: la dama era amante con preferencia á todo, sagaz, artificiosa y resuelta muchas veces, dulce y tierna otras, discreta siempre. Viejos alentados, hermanos tutores, criadas locuaces y un gracioso, agudísimo por lo comun é impertinente con frecuencia, completaban los personajes que de ordinario aparecian en una fábula escénica, tejido maravilloso de lances de amor, lleno de astucias y tropelías, de disfraces, escondites y cuchilladas, cuajado todo de madrigales y epigramas, odas y rasgos épicos; y esto lo mismo en las obras de argumento contemporáneo que en las que abrazaban épocas anteriores; lo mismo en las de argumento español que en las de personajes extranjeros. Las edades bíblicas, las fabulosas, las antiguas y la media, todas eran iguales para nuestros poetas cómicos: judíos y griegos, cartagineses y turcos, babilonios é indios occidentales, todos en el teatro eran españoles con ropilla y con ferreruelo, valientes y discretos, enamorados y católicos: el teatro español en el siglo XVII, como los españoles del siglo, era constantemente, si no escuela de la mas severa moral, escuela del honor, del ingenio y la galantería. Tal se ostentaba en las obras de Lope, prodigiosas por su número, notables por la facilidad de la expresion y la ternura de los afectos: en las de Calderon, el primero en la combinacion de la trama: en las de Tirso de Molina, sin igual en el donaire malicioso: en las de Moreto, que heredándolos en vida á todos, los superaba en regularidad y gracejo urbano. A estos cuatro ingenios seguian otros muchos que, sin rayar tan alto, han dejado no obstante alguna obra que se acerca en mérito á las de aquellos cuatro colosos. Rojas, Mira de Mescua, Montalvan, Guillen de Castro, Mendoza y otros ciento enriquecian diariamente la escena española, y alguna vez con joyas de imponderable estima, de eterna duracion.

En medio de esta prodigalidad de ingenio, de esta caudalosísima corriente de poesía, ¿no se echaba menos algo en los teatros de España? Sí: el erudito debia sentir la falta de la tragedia: el filósofo buscaba, y no hallaba sino vez rarísima, la comedia moral. La tragedia, tal como la conformaron los griegos, no era á propósito para un pais cuya sociedad no estaba organizada como lo estuvo Grecia, ni habia asimilado su gusto al de aquella nacion por medio del estudio de sus escritos; pero la comedia en que se pinta, no precisamente al caballero ni al hombre de tal siglo ó de tal pais, sino en general al hombre, podia ya echarse menos, podia y debia intentarse en nuestra península en el siglo de los últimos Felipes de Austria. Ya fuese por instinto, ya porque buscando la variedad en los asuntos se habia de tropezar con asuntos morales; alguna vez habian dado los autores dramáticos anteriores á Lope, y los de su tiempo guiados por él, tal ó cual muestra del drama que corrige las costumbres riendo; pero ninguno de los cuatro escritores de primer órden, ninguno de los muchísimos que seguian su escuela, se habia dedicado con preferencia y ahinco á la comedia moral, reservando para ella los mejores recursos, las galas mas ricas de su entendimiento. Un hombre oscuro traido de Indias á España (como otros iban de España á las Indias) por el deseo de mejorar su fortuna, emprendió y consiguió lo que por falta de voluntad, intencion ó peculiares disposiciones no fué dado acabar á Lope, á Tirso, á Calderon de la Barca, ni aun á Moreto, el gran perfeccionador de invenciones ajenas. Este hombre, que preparó desde España el advenimiento de Molière, del poeta cómico por excelencia, fué don Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza.

Para deslindar por qué serie de observaciones, por cuáles estudios, por qué conjunto particular de circunstancias, por qué impulsos del corazon fué conducido á la gloriosa pero difícil tarea de censor del siglo en las tablas, era necesario saber punto por punto la vida de don Juan Ruiz de Alarcon: así comprenderíamos el autor conociendo el hombre; pero por desgracia poquísimas son las noticias que de él han llegado á nosotros, y hasta que sucesivos y venturosos hallazgos, que hay motivo de esperar, den luz mayor sobre los hechos de este varon insigne, forzoso será buscar su fisonomía moral en sus escritos, y contentarnos con ella: ¡bien hermosa resulta por cierto, compensando con ventaja los defectos corporales del individuo! Porque lo primero que de Alarcon se sabe, lo que no se puede dudar porque consta de una porcion de escritos de índole no muy caritativa, es que el infeliz Alarcon era pequeñuelo, feo y corcobado en ambas especies: el año de su nacimiento se ignora; su patria fué Tasco, en la Nueva España. Trasladado á Madrid, y alargándose mucho el término de las pretensiones que traia, le obligó á escribir ese ordinario móvil de los ingenios desvalidos, aquello que Baltasar Gracian llamaba *sexto sentido del hombre*, la necesidad: el año 1621 ya le

habian representado ocho comedias á lo menos, entre ellas la famosa de *las Paredes oyen*, una de las mejores suyas, una de las mejores que se han escrito. En 1627 era relator del consejo de Indias, y en el desempeño de aquella plaza continuó hasta el año 1639, en que falleció á 4 de Agosto, siendo feligrés de la parroquia de San Sebastian, como lo fueron Cervantes y Lope, y teniendo su morada no lejos de la iglesia en la sombría calle de las Urosas. Su familia era ilustre, su educacion debió ser esmerada; su carácter, si correspondia en efecto al que principalmente domina en sus obras, noble debió ser y benigno, veraz, pundonoroso y firme; exquisito su gusto, su experiencia de mundo grande. La coleccion de sus comedias forma un tratado de filosofía práctica, donde se hallan reunidos todos los documentos necesarios para saberse gobernar en el mundo, y adquirir el amor y la consideracion de las gentes: allí se muestra lo que debe hacerse y evitarse para ser hombre de bien y de sabiduría. Alarcon sale al encuentro al inexperto viandante de la vida, y para que el espectáculo del mérito pospuesto y la medianía ensalzada no le sorprenda y le llene el corazon de miserable envidia, le presenta sin hiel y con verdad un cuadro de las raras combinaciones de la suerte en la comedia titulada *Todo es ventura.* Para que no desmayen las ambiciones legítimas, los deseos justos de mejorar de destino, hace ver en seguida al jóven emprendedor en *la Industria y la Suerte*, que tal vez aquella vence á esta y neutraliza su influjo. Ya el hombre, gracias á su actividad bien dirigida, goza el bien que anhelaba: preciso es advertirle ahora que la prosperidad humana es de poca dura, y que el paso continuo del bien al mal es acá en la tierra ley invariable de todos tiempos: tal es la leccion que ofrece el argumento de *los Favores del mundo.* Pero esta ley puede parecer dura y cruel á nuestra comprension limitada: conviene pues dar la sabia razon de esas inevitables alternativas, que es lo que hace ó pretende Alarcon en la amenísima fábula de *No hay mal que por bien no venga.* Sin embargo, el deseo del bien es connatural al hombre: ¿qué medios tiene de asegurar ese bien, ó de recobrarlo una vez perdido? El ejercicio de las grandes virtudes, cuyo modelo vivo descuella en el protagonista de *Ganar amigos*, en el de *los Pechos privilegiados*, en *el Dueño de las Estrellas*, y en aquellos dos rivales tan generosos de *Antes que te cases mira lo que haces.* ¿Qué vicios hacen odioso al hombre en la sociedad, le frustran sus mas vehementes deseos y le atraen tal vez su ruina? El apetito ciego, el interés personal que desatiende los compromisos del honor, la ingratitud, la detraccion, la mentira, temas desenvueltos en *Mudarse por mejorarse*, *la Prueba de las promesas*, *las Paredes oyen*, *el Desdichado en fingir*, *los Empeños de un engaño* y *la Verdad sospechosa.* Para completar el sistema doctrinal de Alarcon, las amargas y dolorosísimas consecuencias generales del vicio están consignadas en otras dos comedias, *la Culpa busca la pena*, y *Quien mal anda en mal acaba.* El resto de las composiciones de Alarcon hoy conocidas, que no pasa de siete, pertenece á la escuela de Lope: las hay de enredo, las hay heróicas, de espectáculo y de magia; pero en todas ellas alguna idea útil brota, y si se oculta, vuelve á salir cual manantial intermitente; las máximas sanas abundan, y al cabo ningun escritor dramático nuestro compuso como él mas de la mitad de sus obras con fin instructivo; ninguno se dedicó de propósito como él á este género de poesía fructífera, madura; ninguno dejó como él modelos de la comedia de carácter, modelos imitados despues por extranjeros y nacionales, y nunca excedidos. Así pues el primero y mas notable rasgo que distingue á don Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza como poeta cómico, es la moralidad, la filosofía.

Moralista entre hombres de imaginacion, claro es que esta circunstancia habia de dar á sus obras un realzado sello de originalidad. Por eso el doctor Juan Perez de Montalvan en el libro que tituló *Para todos*, escribe, mencionando las comedias de Alarcon, estas palabras: «Las dispone con tal novedad, ingenio y extrañeza, que no hay comedia suya que no tenga mucho que admirar y nada que reprender: que despues de haberse escrito tantas, es gran muestra de su caudal fertilísimo.» La novedad que Montalvan admiraba en las comedias de Alarcon, novedad que llegaba para él hasta la extrañeza, no podia consistir en la trama ni en los lances, porque en esto cada autor se esforzaba á ser nuevo; tenia que nacer principalmente de que Alarcon pintaba caracteres morales entre poetas que solo reproducian caracteres caballerescos: tenia que nacer de que Alarcon aspiraba á corregir entre poetas que solo se proponian deleitar.

De la novedad, de la diferencia del fin habia de resultar con precision diferencia, y por consiguiente novedad, en la inventiva ó

eleccion de los argumentos y en la manera de ordenarlos. A disposicion de todos los autores cómicos se hallaba en *el Conde Lucanor* la célebre conseja del Mago de Toledo; y sin embargo nadie sino Alarcon pudo introducirla atinadamente en las tablas, porque á todos pareció sin duda mas doctrinal que caballeresca, y no eran de moda en aquel tiempo los dramas doctrinales. A disposicion de todos estaba el rasgo admirable de Garci-Ruiz de Alarcon, que en el punto de ir á matar á un enemigo suyo, detuvo el golpe al oir á su víctima encomendarse á la Vírgen; pero solo su descendiente Juan Ruiz el corcobado era capaz de fundar en aquella accion de piedad cristiana el filosófico pensamiento que se desenvuelve en *los Favores del mundo.* Escritores modernos han asegurado que la comedia de Lope de Vega titulada *el Premio del bien hablar* sugirió á don Juan de Alarcon la idea para *las Paredes oyen;* lo cierto es que la comedia de Lope de Vega es puramente de enredo, y la de Alarcon de carácter; pero es además igualmente cierto que la de Alarcon ya estaba escrita y coleccionada por los años de 1621, al paso que la de Lope, cuya coleccion principió en 1604, no aparece incluida allí hasta el tomo 21, dado á luz en 1635, el año mismo de la muerte de Lope: las probabilidades de originalidad están á favor de Alarcon. Él introdujo otra grande novedad para su época, modificando el personaje del criado cómico ó gracioso, quitándole el carácter filosófico-bufon, con que de ordinario se le representaba, y reduciéndole á ser un sirviente de confianza. Como en las obras de Alarcon entraba la filosofía por base, no habia necesidad de ponerla en boca de un personaje inferior: como el gusto de Alarcon era mas escrupuloso que el de sus compañeros de arte, le repugnaba una figura que ofendia repetidas veces la ley del buen gusto: como Alarcon en fin buscaba la verdad en sus obras, y el gracioso, tal como solia introducirse, no era personaje verdadero sino convencional, queríale nuestro autor en las tablas como venia á ser en el mundo. Esto lo habian conocido ya y dicho varios dramaturgos; Alarcon lo dijo y lo puso en práctica. La brevedad de los diálogos, el cuidado constante de evitar las repeticiones, y la manera singular y rápida de cortar á veces los actos, acaban de diferenciar completamente las obras de Alarcon de las de todos nuestros dramáticos contemporáneos suyos.

Ahora bien: aunque es loable empeño en un poeta cómico pretender enmendar las costumbres; aunque es preciosa prenda la originalidad en el poeta cómico; no obstante, ni la una ni la otra cualidad, ni ambas juntas, forman cabal un buen autor dramático. Por la simple enumeracion de los asuntos en que se ocupó don Juan de Alarcon, se ha visto que era filósofo: falta saber si sus obras inspiradas por la filosofía cumplian con las condiciones del arte: si morales en su fin y originales en sus medios, contenian caracteres bien ideados y desenvueltos: si estaban diestramente trazadas y bien escritas; si son en fin buenas comedias. Justo es confesar desde luego que el título de alguna promete mas de lo que la obra cumple, como sucede en *la Culpa busca la pena* y en *No hay mal que por bien no venga*: en otras el pensamiento filosófico se desarrolla en una fábula sobrado novelesca y recargada de incidentes, en medio de los cuales desaparece aquel pensamiento, como sucede en la de *Ganar amigos*, que sin embargo es bellísima. De cualquier modo que sea, tiene Alarcon dos comedias de carácter, que son: *las Paredes oyen* y *la Verdad sospechosa:* tiene otras cuatro de pensamiento filosófico mas ó menos grave, que son: *los Favores del mundo*, *la Prueba de las promesas*, *Mudarse por mejorarse*, y *Todo es ventura:* seis producciones que, tomando en cuenta la época en que fueron escritas, y aun sin tomarla con respecto á las dos primeras, colocan á don Juan Ruiz de Alarcon en tan elevado puesto como el que ocupa el mayor ingenio cómico. Las lecciones morales que se propuso Molière en *el Misántropo*, en *el Avaro* y en *el Hipócrita*, no las dió con tan acertado tino como el que tuvo Alarcon en su *Maldiciente* y su *Mentiroso.* El murmurador don Mendo y el embustero don García se hacen odiosos, ridículos é infelices por efecto del vicio á que se abandonan: el misántropo de Molière no puede ser odioso ni aun ridículo, porque siendo hombre de virtud y valor, queda siempre bien puesto en el concepto de los espectadores; y la mayor dicha que puede acontecerle es que le desaire una mujer voluble. El Avaro no recibe por su avaricia mas castigo que un susto de que sale bien pronto. El Hipócrita, conocida ya su hipocresía de todos, arrostra con descaro las miradas de sus víctimas; y si pierde el fruto de sus viles artimañas, no es por haber sido hipócrita en cierta época, sino por haber sido antes un malvado famoso, cuyos crímenes habian llegado á noticia del Rey.

Además, avarientos, misántropos y embelecadores tan exagerados como los de Molière, pocas veces ó ninguna se habrán visto en el mundo: maldicientes y mentirosos como los de Alarcon los ha habido y habrá mientras no mude su ser en otro la flaca naturaleza del hombre: son pues mas verdaderos los tipos del poeta español, y es mas aplicable, y por ello mas útil, la censura del vicio.

Esto en cuanto á los caracteres: en cuanto á la manera de manejarlos, en cuanto al mérito artístico del cuadro respectivo en que figuran, no pudiendo aquí hacerse análisis de cada pieza, creo que bastará referir la opinion que de algunas han formado jueces irrecusables. Corneille, que tradujo en parte y en parte imitó *la Verdad sospechosa*, solia decir que daria dos de sus mejores composiciones por haber inventado el original, que era lo que mas le agradaba de cuanto habia leido en nuestro idioma. Molière confesaba que *la Verdad sospechosa*, imitada por Corneille, era la obra donde habia conocido la verdadera comedia. Voltaire principia el prólogo que puso al *Menteur* de Corneille diciendo que los franceses nos deben la primera comedia, lo mismo que la primera tragedia que ilustró á la Francia. M. de Puibusque llama inapreciable tesoro á lo que halló Corneille en la obra de nuestro americano. El señor Adolfo Federico de Schack, á quien debe Alemania dos volúmenes de piezas del teatro español traducidas, y despues una apreciabilísima historia de nuestra literatura dramática, sostiene, despues de hacer grandes elogios de Alarcon, que no tiene comedia que no se distinga con ventaja. El autor de *Edipo*, el de la oda á la beneficencia, el traductor de Horacio, el cantor de *Guzman el Bueno* han dicho de Alarcon lo que la Academia sabe, y me exime de entrar en pormenores prolijos. Los caracteres ya citados del maldiciente y el mentiroso, el del cortesano y benévolo don Juan de Mendoza, en quien tal vez se retrató Alarcon á sí propio con su nombre, apellido y fealdad, la doña Inés en *el Exámen de maridos*, *el Tejedor de Segovia*, los protagonistas de *Ganar amigos*, *los Favores del mundo* y *el Dueño de las estrellas;* algunas de sus damas, como la Leonor de *Mudarse por mejorarse;* alguna criada, como la Celia de *las Paredes oyen;* muchos criados, como el Tello de *Todo es ventura*, que es realmente el héroe; aquel don Domingo de don Blas, por cuyo bienhechor egoismo se podria dar toda la virtud humanitaria de muchos; estos y otros personajes de Alarcon tienen en sus comedias fisonomía propia, varia y bella; ni se parecen entre sí, ni pueden equivocarse con figuras ereadas por otros autores. Feliz en la pintura de los caracteres cómicos para castigar en ellos el vicio, como en la invencion y desarrollo de los caracteres heróicos para hacer la virtud adorable; rápido en la accion, sóbrio en los ornatos poéticos, inferior á Lope en ternura respecto á los papeles de mujer, á Moreto en viveza cómica, á Tirso en travesura, á Calderon en grandeza y en habilidad para los efectos teatrales, aventaja sin excepcion á todos en la variedad y perfeccion de las figuras, en el tino para manejarlas, en la igualdad del estilo, en el esmero de la versificacion, en la correccion del lenguaje.

Principiaba ya este á viciarse cuando comenzó á escribir Alarcon: algo le tocó del contagio, como era inevitable escribiendo para el teatro, donde, si se ha de agradar, forzoso es acomodarse en cierto modo á los usos ó abusos corrientes; pero era sobrado firme Alarcon, era su juicio muy sólido para sacrificar del todo su fe literaria al mal gusto que iba cundiendo. Quien tenia valor para estampar en el prólogo de la primera parte de su teatro, dirigiéndose al vulgo: « allá van esas comedias... si te desagradaren me holgaré de saber que son buenas, » no podia renovar la fatal caida de Jáuregui, tan puro en su traduccion de *Aminta*, y tan gongorino despues en su *Orfeo*. Dijérase que Alarcon, diariamente alimentado con la sana y sabrosa lectura de nuestros poetas del siglo XVI, no acertaba por fortuna suya sino rara vez á remedar la vana afectacion de los cultos. ¡Ojalá que nada se le hubiese pegado! En *la Prueba de las promesas* se leen estas hermosas liras de un galan desdeñado:

Hermoso dueño mio
Por quien sin fruto lloro,
Pues cuanto mas te adoro,
Tanto mas desconfio
De vencer la esquiveza
Que intenta competir con tu belleza:
La natural costumbre
En tí miro trocada:
Lo que á todas agrada
Te causa pesadumbre:
El ruego te embravece,
Amor te hiela, llanto te endurece.
Belleza te compone
Divina, no lo ignoro,
Pues por deidad te adoro;
Mas ¿qué razon dispone

Que perfecciones tales
Rompan los estatutos naturales?
Si á tu belleza he sido
Tan tierno enamorado;
Si estimo despreciado
Y quiero aborrecido,
¿Qué ley sufre ó qué fuero
Que me aborrezcas tú porque te quiero?

En estos versos, á lo menos en las primeras estrofas, no puede negarse que la diccion se avecina mas á la sencillez de Garcilaso que á la altisonancia de Calderon. De esta sencillez, de esta claridad y tersura nace que despues de dos siglos conserve el estilo de Alarcon la frescura de las obras de ayer y de los buenos escritos de hoy: pasó él dos siglos há; su habla vive. Citaré algunos trozos en que juntamente con la belleza de la expresion podrá admirarse la nobleza, profundidad, galantería ó chiste del concepto [1].

En la comedia titulada *los Favores del mundo* en que Garci-Ruiz de Alarcon, teniendo en el suelo á su enemigo, se pára al tiempo de herirle porque le oye exclamar «válgame la Vírgen,» encarece el príncipe de Asturias don Enrique, hijo de don Juan II, en estos términos la magnanimidad de García:

Vuestra dicha es tan extraña,
Que quisiera, vive Dios,
Mas haber hecho la hazaña
Que hoy, García, hicistes vos,
Que ser príncipe de España;
Que en los pechos valerosos,
Bastantes por sí á emprender
Los casos dificultosos,
El alcanzar y vencer
Consiste en ser venturosos;
Mas en que un hombre perdone,
Viéndose ya vencedor,
A quien le quitó el honor,
Nada la fortuna pone;
Todo se debe al valor.
Dar la muerte al enemigo,
De temello es argumento;
Despreciallo es mas castigo,
Pues que vive á ser testigo
Contra sí del vencimiento.
La victoria el matador
Abrevia, y el que ha sabido
Perdonar, la hace mayor,
Pues mientras vive el vencido,
Venciendo está el vencedor.

En *Mudarse por mejorarse*, pieza cuyo argumento envidiaria Scribe, se hallan los dos cortos pasajes que voy á tener la honra de leer, advirtiendo antes que la accion de la comedia consiste en que un don García, tratado de casar con cierta doña Clara, se enamora de Leonor, sobrina de la novia.

Leo. ¿Por ventura, don Garcia,
Es uso en Madrid corriente
Enamorar juntamente
A la sobrina y la tia?
Gar. Al menos, si tan divina
Sobrina viene al lugar
Como vos, uso es dejar
La tia por la sobrina.
Leo. Mal uso.
Gar. No ha de llamarse
Malo, si es tal la ocasion.
Leo. ¿Cómo puede ser razon
Mudarse?
Gar. Por mejorarse.
Leo. Pues la ley de la firmeza
¿A qué obliga, ó cuándo alcanza,
Si hace justa la mudanza
El mejorar la belleza?
Que ser firme no es querer
Firme el mas hermoso amor;
Que para amar lo mejor,
¿Qué firmeza es menester?
Firme es quien hace desprecio
De otra ocasion mas dichosa.
Gar. Confieso, Leonor hermosa,
Que ese es firme, pero es necio.
Leo. ¿Luego en quien fuere discreto
No hay que poner confianza,
Pues disculpa la mudanza
El mejorar el sujeto?
Gar. Claro está.
Leo. Pues siendo así,
Y que os tengo, don García,
Por cuerdo, y dejais mi tia
Por mejoraros en mí;
Perdóneme vuestro amor,
Que á resistir me prevengo
Hasta que sepa si tengo
Otra sobrina mejor.

La discreta Leonor, comprometida por los enredos de García, se ve precisada á admitir fingidamente los obsequios de un marqués galan y rico, de quien al fin se enamora de veras. García se resuelve á sacarla de su casa en una silla de manos, lo que da lugar al siguiente diálogo entre los dos y la criada Mencía:

Gar. El plazo veis limitado,
Ya veis la ocasion forzosa:
Cumplidme, Leonor hermosa,
La palabra que habeis dado.
Dadme la mano y entrad
En esa silla, señora.
—¿Agora dudais? ¿Agora
Os deteneis?
Leo. Perdonad,
Que ya perdió de alcanzarme

[1] Se omiten algunos en obsequio de la brevedad.

La ocasion vuestro cuidado.
Gar. ¿Cómo, cruel, te has mudado
Tan presto?
Leo. Por mejorarme.
Menc. (*Aparte.*) Dióle con la misma flor.
Gar. ¿No bastara desdeñarme,
Ingrata, sino agraviarme
Haciendo al marqués mejor?
Leo. ¿Negareis la mejoría,
Aunque en sangre sois igual,
De poco á mucho caudal,
De merced á señoría?
Gar. No la niego; mas ¿qué efeto
A tu promesa le has dado,
Tirana, si la has mudado
En mejorando el sujeto?
¿Qué palabra me guardabas,
O qué firmeza tenias,
Si á mí solo me querias
Mientras no te mejorabas?
Firme es sola quien desprecia
La ocasion de mejoria.
Leo. Yo os confieso, don Garcia,
Que esa es firme, pero es necia.

Bajando algo mas la entonacion, es notable la apología que un criado hace de las mujeres en *Todo es ventura.*

¿Qué es lo que mas condenamos
En las mujeres? ¿El ser
De inconstante parecer?
—Nosotros las enseñamos.
—¿Tener al dinero amor?
—Es cosa de muy buen gusto,
O tire una piedra el justo
Que no incurra en este error.
—¿Ser fáciles? —¿Qué han de hacer
Si ningun hombre porfia,
Y todos al cuarto dia
Se cansan de pretender?
—¿Ser duras? —¿Qué nos quejamos
Si todos somos extremos?
Difícil lo aborrecemos,
Y fácil no lo estimamos.
—Pues si los varones son
Maestros de las mujeres,
Y sin ellas los placeres
Carecen de perfeccion,
¡Mala pascua tenga quien
De tan hermoso animal
Dice mal ni le hace mal,
Y quien no dijere: *Amén!*

Mostrar que estos pasajes están bien pensados y escritos, me parece tarea inútil: con oirlos basta. Pues así es como ordinariamente escribe Alarcon: la comedia menos feliz de las suyas está hablada de esta propia manera: como poeta no es igual nuestro Alarcon en todas sus producciones; como escritor, comedias tiene de poco mérito cuya versificacion y lenguaje son mejores que el de sus obras maestras: mas correccion hay en la comedia de *Quien mal anda* que en *la Verdad sospechosa.*

Ahora bien, este autor filósofo, original, correcto, buen dramático, ¿qué estima, qué concepto mereció á su siglo? Vimos ya que Montalvan hizo de él honorífica mencion en su *Para todos:* Nicolás Antonio le pone en muy alto predicamento en su biblioteca: Lope de Vega en su *Laurel de Apolo* le consagró unos versos encomiásticos, cuyo último pensamiento no es muy comprensible; pero el propio Montalvan, el mismo Lope, y con ellos Quevedo, Góngora, Tirso de Molina, Mira de Mescua y otra porcion de autores buenos y malos, hicieron al infeliz Alarcon blanco de una sátira, que á primera vista parece la mas encarnizada y absurda que pudo imaginarse. Consérvase una letrilla de Quevedo contra Alarcon; se conservan trece décimas de los autores antes indicados, entre quienes vuelve Quevedo á contarse; consérvase además algun epigrama suelto y una porcion de seguidillas, todo encaminado á poner á don Juan de Alarcon en ridículo. Allí se le aplican los apodos de camello enano, cohombro, monaza vieja, galápago, poeta zambo, poeta baul, poeta entre dos platos, coco, tilde, esquilon de ermita, costal de huesos, nadador con calabazas, cara de buho, cuerpo de rana y pasatiempo de todos: allí además le llaman corneja y ave de rapiña; allí se le dice que no ha escrito en su vida cosa buena, y que *las Paredes oyen* y *Mudarse por mejorarse* se han de llamar comedias de Alarcon para su descrédito. No hay que indignarse: por fortuna se halla en las seguidillas una expresion que aclara el misterio: dícese en una de ellas que Alarcon « tiene por amigos hombres de cordelejo: » se dice asimismo en una décima que « se le esperaba y habia faltado, » de lo cual y de otros indicios se infiere que todo era una especie de burla ó vejámen de los que se usaban en las academias ó certámenes literarios, tan frecuentes á la sazon en España. Celebráronse en Madrid unas fiestas de toros y cañas, cuya memoria quiso perpetuar el duque de Cea en un poema descriptivo: encargó á nuestro poeta la descripcion; y él, que probablemente escribiria despacio, porque sus obras no son muchas y revelan todas meditacion y detenimiento, recurrió para que le ayudaran á sus amigos don Antonio Mira de Mescua, Luis Belmonte, Anastasio Pantaleon y cierto don Diego, que no se sabe si seria Muget, Figueroa ó cuál, porque no consta el apellido. Salió,

como aseguran los autores de las décimas y era de esperar, muy malo el poema de los cinco [1], y en estas circunstancias hubo de haber una academia, tertulia ó reunion literaria notable en Madrid, á la cual, debiendo concurrir, no asistió Alarcon: falta que presumo fué castigada con las trece décimas, la letrilla y las seguidillas epigramáticas, ó con las décimas por lo menos, que en efecto parecen hechas de repente y en comunidad: todas son desaliñadas, muchas pecan de oscuras, y una de ellas consta de once versos: distraido estaria el señor doctor que la compuso. En las obras de Pantaleon se halla un vejámen dado en una academia, en el cual, despues de haber hecho espantosas caricaturas de los que entraron en el concurso, tildando á uno de ellos de puerco y á otro de vicioso, termina la sátira advirtiendo que todo ha de entenderse como dicho de burlas: una burla de estas debió ser la que se le hizo á don Juan de Alarcon en las coplas de los trece, burla en la cual se cargaria mas la mano por ir dirigida á un hombre á quien no se apreciaria mucho como poeta, y que por sus imperfecciones físicas estaria acostumbrado á oir necedades, así como por su carácter á despreciarlas. Autorizan la última conjetura los siguientes versos de *las Paredes oyen*, en que se manifiestan las razones que impiden al hombre de miramiento contestar á una injuria con otra:

¿Satirizas?— No conviene;
Que esto solo puede hacer
Quien no tiene que perder,
O que le digan no tiene.
Siendo así, ¿cómo querias
Que predique sin ser santo?
¿Qué faltas diré, si hay tanto
Que remediar en las mias?

Alarcon, por lo que dan á entender estos versos, debia ser de carácter pacífico, lo cual bastaba para que se le atreviesen: debia vivir retirado, y sobraba con esto para que se le juzgara con rigor: á quien no se ve, mal se conoce: todas las injusticias que se hacen los hombres al juzgarse en el trato civil, nacen por lo comun de no conocerse.

Verdaderamente los contemporáneos de Alarcon no podian tasar bien el mérito especial de aquel hombre. Sus comedias debian producir poco efecto en el público, porque sus bellezas no eran muy perceptibles para él, y sus defectos (de los cuales ya es razon decir algo) no eran de los que entonces fácilmente se perdonaban. Era Alarcon escritor único en su género, y así sus obras habian de tener algo de aquella extrañeza que apuntó Montalvan, la cual amortiguaria el brillo de las bellezas poniendo de realce las faltas. Ya hemos visto que los argumentos de sus fábulas eran graves por lo comun: primer inconveniente para que una obra guste á gentes que lo primero que buscan en el teatro, es diversion. Sus graciosos no eran bufones: otro inconveniente gravísimo para aquel tiempo: sus enamorados eran poco discreteadores y pendencieros, por lo cual parecerian fríos. Sus damas (y esta sí que realmente era falta crecida) pecaban tal vez de egoistas y prosáicas, por lo cual en varias comedias de Alarcon flaquea tambien el interés. Introducia mucha accion en sus dramas, la llevaba con rapidez, variaba á cada paso el lugar de la accion, y de ello resultaba que el espectador no le tomaba gusto. La repugnante situacion de un hombre luchando con una señora, y el odioso carácter de la mujer que tercia en daño del honor de otra, no son raros en las obras de nuestro poeta filósofo, poco filósofo en esta parte. Añádase á lo dicho una versificacion mas limpia que música, una locucion mas exacta que pintoresca; y dígase si no era preciso que un auditorio, acostumbrado al tono enfático y campanudo de muchos autores, estimase poco las comedias de don Juan de Alarcon, por lo mismo que entendia sus pensamientos perfectamente. « Esto es trivial (exclamaria el descontentadizo mosquetero que tiranizaba el patio de la Cruz y del Príncipe), estos son conceptos de poeta de primera tonsura; no es esto lo que merece los bravos y palmadas de un auditorio culto. »

Hoy no es así: para nosotros todo el teatro antiguo español desde Lope acá ofrece un viso, un tinte, un colorido de antigüe

[1] Fueron (á lo que yo he podido entender) las que se hicieron en obsequio del príncipe de Gales á 21 de Agosto de 1623, segun refiere Leon Pinelo en su historia manuscrita de Madrid. « A estas fiestas (dice) sacó á luz sesenta y siete octavas el licenciado don Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza, como de su grande ingenio. »—Si en una obra de sesenta y siete octavas trabajaron cinco escritores, no podian tocarle muchas á uno: por eso dice Lope con sobrada razon en su décima: « Que es tambien cosa cruel echarle la culpa á él de lo que la tienen tantos. » A pesar de todo, Pinelo, como se ve, alaba el poema. Yo no he podido haberle á las manos.

dad casi uniforme: objetos distantes entre sí, vistos de lejos, aparecen en un mismo plano. La posteridad ha comenzado á resarcir á Alarcon: la extrañeza que le perjudicó para su siglo, no lo es para el nuestro; antes cabalmente de todos nuestros antiguos dramáticos, Alarcon es el que mas se avecina á la comedia moderna: por Alarcon es en mi concepto por donde se ha de principiar el estudio del antiguo teatro español. Nos desagradará en él en primer lugar todo aquello que es efecto del gusto viciado ó poco escrupuloso de la época; pero en ningun otro autor se encontrará menos prominente ese vicio, menos grave esa falta de escrúpulo. Formábanse nuestros antiguos dramáticos una cronología, una civilizacion y una geografía imaginarias para escribir sus dramas históricos, y gustaban de colocar la accion en paises remotos; Alarcon muy pocas veces eligió argumentos fuera ó lejos de España; y en los asuntos españoles que pertenecian á las edades medias, no cometió tantos ni tan absurdos anacronismos como otros: Alarcon, conocedor de sí mismo y conducido por un instinto de buen gusto excelente, se empleaba en lo que mejor entendia, y vislumbraba á lo menos lo que debia hacerse. Españoles son los griegos que pinta en su *Amistad castigada* y en *el Dueño de las estrellas;* españoles y coetáneos suyos son los personajes de *No hay mal que por bien no venga* y *la Crueldad por el honor*, que pertenecen á los siglos IX y XI; pero en *la Prueba de las promesas* y *la Cueva de Salamanca*, todo ó la mayor parte es bastante sincrónico. Nos desagradará tambien la liviandad no escarmentada de alguno de sus personajes de segundo órden, y alguna, aunque muy rara vez, una expresion mal sonante á nuestros oidos; pero así y no mas que así era la cultura de aquella época, y sobre poco mas ó menos tal parecerá la época actual á las edades futuras. Nos desagradará la fisonomía comun de sus segundos galanes y muchas de sus damas: nos entristecerá desagradablemente, por ser caso de inquisicion, su bien escrita comedia *Quien mal anda en mal acaba. La Crueldad por el honor*, *la Amistad castigada* y *el Dueño de las estrellas* nos interesarán poco: perdonaremos la del *Anti-Cristo* por lo atrevido del pensamiento, y *la Manganilla de Melilla* por el buen carácter de Venegas: leeremos sin enfado *la Industria y la Suerte*, *el Semejante á sí mismo*, *los Empeños de un engaño*, *el Desdichado en fingir*, *la Culpa busca la pena* y aun la misma *Cueva de Salamanca*: sonreiremos gratamente con *Todo es ventura* y *la Prueba de las promesas. Mudarse por mejorarse*, *No hay mal que por bien no venga* y *el Exámen de maridos* nos arrancarán la risa á cada escena, risa que se trocará, ya en pasmo, ya en dulces lágrimas al ver aquel don Fadrique de *Ganar amigos*, tan noble y virtuoso que salva de la muerte al que le habia muerto un hermano: aquel Rodrigo Villagomez de *los Pechos privilegiados*, que tan alto concepto tenia de la dignidad Real y de sí propio que no podia imaginar que un Monarca se valiera de él para una accion fea: aquel terrible Tejedor de Segovia, aquel amabilísimo Garci-Ruiz de Alarcon sufriendo constante las vicisitudes de la suerte, cual inmoble peñasco en medio de la mar agitada. Y cuando sonaren en nuestros oidos las sentidas y rigorosas quejas del padre que echa en cara al hijo el degradante vicio de la mentira; cuando veamos á una jóven hermosa refugiarse al amparo de un caballero poco favorecido de la suerte y la naturaleza, huyendo como de una víbora de un amante murmurador, mentiroso de la especie mas abominable, porque la mentira del hablador atolondrado puede ser inofensiva, y la del maldiciente es sangrienta: entonces ¿qué escritor dramático, qué hombre nos parecerá, no superior, no igual, pero ni comparable siquiera al calumniado, al desatendido y olvidado Ruiz de Alarcon? Ninguno, porque en el templo de Talía solo él descuella como campeon de la verdad, de la clemencia, del agradecimiento, de la entereza, de toda virtud.

Conmovido el corazon, complacido el entendimiento, halagado el gusto con las bellezas que abundan en el teatro de Alarcon, ¿deberá, podrá el crítico reparar mucho en las formas de aquel teatro? No: la cuestion de formas ya está decidida: las del antiguo drama español fueron lo que las circunstancias de la época permitian: con esa forma se han escrito excelentes obras: no despreciemos un instrumento útil. El precepto de una *accion sola en un lugar y un dia*, utilísimo para muchos asuntos escénicos, no es aplicable á todos: nuestros poetas antiguos lo desatendieron mil veces con poca necesidad; mil veces tambien obraron juiciosamente en desatenderlo. A falta de estudios clásicos han atribuido muchos esa licencia de nuestros poetas; los ingleses y alemanes del siglo pasado y el presente

muy versados en aquel estudio; los franceses, y tras ellos nosotros, despues de haber ensalzado la ley de las tres unidades, hemos vuelto á la forma establecida por Lope, considerando como él esencial para el drama la unidad de accion, y dependientes de la accion las unidades de lugar y de tiempo. Esto practicó Alarcon en sus comedias, quebrantando la de lugar con muchísima frecuencia, y limitándose en la de tiempo á dos dias en alguna pieza, á cuatro ó cinco en otra, á una hora sola en *la Prueba de las promesas*. Mucho se ha censurado la mezcla de géneros en el teatro español antiguo; Alarcon afortunadamente nos ofrece mas de un modelo de la comedia terenciana, de la comedia pura; Alarcon es el clásico de nuestro teatro antiguo. De las otras composiciones suyas, que pertenecen al género mixto, llamado unas veces tragicomedia, tragedia urbana otras, drama sentimental despues, y hoy lisa y llanamente drama, no hay ya que decir, habiéndose hecho tantas y tan vigorosas defensas de este género al vindicar á nuestro teatro antiguo, cuyo caudal se compone de dramas principalmente: el drama, la mezcla de lo festivo y lo patético está en la naturaleza y puede estar en el arte que la imita, por lo cual desde Menandro acá, en todos los teatros del mundo ha habido dramas. Drama es *el Rudens* de Plauto, drama *los Cautivos*, drama *la Hecyra* de Terencio, y en el mismo *Anfitrion* el personaje de Alcumena pertenece al drama. Un drama fué la primera obra de mérito que produjo el clasicismo en España, *el Delincuente honrado:* la primera obra y la última de nuestro gran clásico Moratin, *el Viejo y la Niña* y *el Sí de las Niñas*, tienen escenas puramente de drama: si quisiéramos proscribir el drama los españoles, no nos quedaria teatro. Apreciemos pues los buenos dramas de Alarcon lo mismo que sus buenas comedias, porque todas las bellezas artísticas deben apreciarse. Alarcon, dotado de imaginacion menos viva que sus competidores, pero por lo mismo extraviándose menos; inferior en fecundidad, pero mas vario y por lo mismo mas original y mas nuevo; superior en luces á muchos; en gusto, correccion y filosofía á todos, es en mi concepto, si no tan gran poeta dramático-lírico-caballeresco como Lope, Calderon, Tirso y Moreto, igual á ellos como escritor dramático de costumbres, y los excede como autor dramático de carácter. Si este juicio pareciere demasiado atrevido, fácil me será conciliar todas las opiniones, evitando un paralelo difícil. Alarcon cultivó un género que no era el de Lope; no comparemos cosas desemejantes; conservemos á Lope su templo donde reciba adoraciones del mundo entre Shakspeare, Schiller y Goethe, Moreto, Calderon y Tirso de Molina; pero en el templo de Menandro y Terencio, precediendo á Corneille y anunciando á Molière, coloquemos el ara de Alarcon como ara de alianza, como vínculo entre el romanticismo antiguo y los clásicos modernos, entre el *Romancero* y el *Gil Blas*, entre el siglo de Carlos V y el de Luis XIV. Allí, lejos de los que le injuriaron de burlas ó veras, podrá Alarcon recibir el incienso que le es debido, sin que ofendidas y envidiosas se agiten en sus plintos las marmóreas efigies de sus competidores.

Tal es, señores, el concepto que de las obras de Alarcon ha formado la humilde persona que en este largo y desordenado escrito ha tenido la honra de dirigirse á vosotros. Si la Academia española que alienta y protege hubiera existido en el siglo XVII, en lugar de las academias en que se vejaba, Alarcon admitido aquí (porque Alarcon es el mas académico de nuestros dramáticos) hubiera hallado entre vosotros defensa y compensacion de las injusticias de sus émulos. Imploro vuestra benignidad al concluir mi tarea: si la pasion me ha cegado al examinar las producciones de este notabilísimo ingenio, sírvame de disculpa la pasion misma: yo confieso que se la tengo, y si me preguntasen cuál era la causa, responderia trovando estos versos suyos:

Porque hizo su siglo mal
En tratarle con desden,
Y tengo al hombre de bien
Inclinacion natural.

He dicho.

Gaceta.

POESIAS SUELTAS.

EL AMANTE DESDEÑADO.

Desierta observo la feliz ventana
Descanso de los brazos de mi esquiva;
Ni su mágica voz se oye lejana,
Ni suena su laud, ni fugitiva
Su sombra vaga en el opuesto muro,
En cuyo lienzo con la noche oscuro
Vierte la luz que arroja
La estancia refulgente
Su claridad amarillenta y roja:
Mírola yo impaciente,
Y haciéndome traicion la fantasía,
Se me figura percibir abierta
De un mundo de placer y de alegría
La esplendorosa puerta;
Y espera el corazon á cada instante
Que del hermoso Eden que ve delante
Mensajero aparezca de ventura
Un ángel de bondad y de hermosura.

¡Ay del amante que suspira en vano!
¡Ay del que busca amor y halla desvío!
Naufraga y á un bajel tiende la mano,
Y se la hiere marinero impío;
Y en ciego desvarío,
Mientras vigor alcanza
Sigue la senda cándida espumosa
(Fiel símbolo de frágil esperanza)
Que en la rizada superficie undosa
Tras sí bullendo deja
La quilla envuelta en cobre
De la nave que rápida se aleja.
Lucha el mísero y vence la pujanza
Del piélago salobre,
Que brama de que el hombre le resista;
Lucha hasta que se esconden á su vista
Sobre el hirviente azul la espuma blanca,
Tras el hirviente azul la oscura punta
Del mástil elevado.
Exhala el nadador desesperado
Un ay entonces que el dolor le arranca,
Cierra los ojos y los brazos junta,
Y entrega al mar con despechado arrojo
Su cárdeno cadáver por despojo,
Que se sepulta como piedra inerte;
Porque la accion robándole á la muerte,
Con la esperanza, en su veloz huida,
De aquel hombre que fué salió la vida.

Héme al pié de la reja sabedora
Del congojoso afan del pecho mio,
Que una sierpe abrigó que le devora.
Héme aquí donde pierdo
Los ayes que en liviano desacuerdo
Del triste corazon al aire envio.
Sedientos de gozar mis ojos vagan
Por la region fantástica risueña
Donde ilusiones pérfidas me halagan,
Donde feliz el ánima se sueña;
Y la espalda entre tanto
Vuelvo á la realidad, embebecido
En el goce ideal del bien fingido:
Porque es en este mar de acerbo llanto
Privilegio el mayor de los mortales
Poder entre el delirio y el olvido
Soñar placeres padeciendo males.

Y males son los que la noche anuncia
Lóbrega y temerosa;
Males la voz del huracan pronuncia
Tronando estrepitosa;
Y el rayo serpeando por la esfera,
Escribe en letras de color sangriento
La sentencia fatídica severa.
Fuego despiden que requema el viento
El macizo sillar y la ancha losa,
Cual si volcan sepulto
De Madrid bajo el sólido cimiento
Tenaz abriese con empuje oculto
Paso á la llama que su seno encierra,
Taladrando las capas de la tierra.
De la nube que vela el firmamento
Desprendiéndose rara, el suelo azota
Gruesa, pesada gota,
Cuyo golpe levanta

Del polvo humedecido
Repugnante vapor, hálito ardiente :
Con voz lúgubre canta
El agorero pájaro en su nido :
Del benéfico sueño abandonado,
Con el cuchillo de la fiebre herido,
Lanza infeliz doliente
Sobre potro de pluma
Penetrante gemido prolongado :
Vil pesadilla abruma
La mente de la púdica doncella,
Gérmen fatal desenvolviendo en ella;
Y de su labio, del coral envidia,
Voz que huye, con afan articulada,
Descubre las quimeras con que lidia,
Y amedrenta á su madre desvelada.
Gime cada morada ;
Que bajo cada techo
Sufre en sueños fantástica tortura
Quien no se agita en doloroso lecho :
Y al gemir allegándose el zumbido
Del aire que murmura,
Y la voz del cuidoso centinela
De las nocturnas aves al graznido,
Y al ronco trueno que la sangre hiela
El son de religiosa campanilla
Y el susurro de rezo misterioso,
Que se oyen y se dobla la rodilla,
Por sí temblando el corazon piadoso,
Naturaleza en confusion tan fuerte
Manda al hombre temer próximo daño;
Y yo en delirio extraño,
Provocando á la suerte
A que con brazo de rigor me oprima,
Quieto en la orilla estoy de la honda sima
Que socava á mis piés el desengaño.

Sobrado conozco, bellísima ingrata,
Que no hay en tu pecho amor para mí;
Si empero piadosa te hallara mi pena,
Tornárase gozo mi triste gemir.

No aspiro á que empañe tus claros luceros
De llanto amoroso rocío feliz,
Ni pido á tu labio que trémulo se abra,
Y lánguido diga dulcísimo sí.

De insecto pequeño, que es átomo vivo,
La estrecha pupila no alcanza á medir
La curva gigante que ciñe los orbes,
Y caben en ella mil mundos y mil.

Tú númen de amores, tú sol de hermosura,
Si quiero á tu esfera la vista subir,
Hundido en el polvo del suelo me miro,
Y tú te me esconde detrás del cenit.

Mas si es tu belleza de estirpe divina,
¿Por qué sus blasones desmientes así?
Con rostro de cielo, con alma de fiera,
Mirarte es amarte, y amarte sufrir.

Al ídolo salta la sangre que arroja
De víctima herida la humilde cerviz;
Y al ídolo en vano su turbia mirada
La res inocente levanta el morir.

Así cada dia con frente serena
Los ayes escuchas, que vuelan á tí,
De aquel que postrado te muestra la llaga
Que hicieron tus ojos con dardo sutil.

La queja del triste regala tu oido,
Porque es de tu triunfo bastardo clarin :
Tambien el balido de inerme cordero
Deleita á la tigre que asalta un redil.

De lloro y suspiros al alma impusiste
Acerbo tributo que ya te rendí :
¿No habrá una sonrisa, no habrá una mirada
Que á tantos rigores dé plácido fin?

¡Ah, sí! yo confio: mi amor me asegura.
Perdóname ¡oh bella! si no conocí
Que máscara adusta de fiero desvío
Sagaz ocultaba legítimo ardid.

Quisiste que en rudo crisol de desdenes
Mi fe sus quilates hiciera lucir :
Vencida la prueba, la harás de tu seno
Joyel con que adornes su puro marfil.

Quizá de mi gloria ya toco el instante.—
Su voz se ha escuchado, sus pasos oí.
Balsámica el aura me avisa que llega,
Y el alma á los ojos se quiere salir.

¡Oh! ven á esa reja; ven ya, mi señora,
Y dulce tu labio de fino carmin,
Vertiendo en mi pecho raudales de gozo,
Le dé la esperanza de un plácido sí.

Cortó la voz al desdeñado amante
Otra voz de suavísimo sonido,
Lisonja sospechosa del oido,
Caricia de enemigo mofador.

Palabras de pasion brotando ardientes
Oyó el tímido siervo á su tirana,
Y creyó que al dintel de la ventana
Llegar no la dejaba su rubor.

« Tú eres mi único bien, » ella decia;
« Tuyo es mi pecho que leal te adora:
Cesa de darme nombre de señora,
Que ya de tu querer esclava soy. »

« Premio debido á la constancia firme,
Sabré en halagos desquitar desdenes;
Contigo ya mi pensamiento tienes,
Y en esta mano el corazon te doy. »

Y viéronse dos sombras en el muro,
Frente de la ventana luminosa;
Y asido de la mano de su hermosa,
Un doncel á la reja se asomó.

Un amargo gemido á los amantes
Pudo turbar en tan feliz momento;
Mas le apagó con su zumbido el viento,
Y la noche ocultaba al que gimió.

AL BUSTO DE MI ESPOSA.

Imágen de mi adorada,
Consuelo de mi dolor,
Unica prenda salvada
Del naufragio de mi amor,

¿Por qué clavados están
Siempre mis ojos en tí,
Si jamás en tí verán
A la hermosa que perdí?

¿Dónde el fuego de sus ojos
Me ha conservado el cincel?
¿Dónde los matices rojos
De su labio de clavel?

Mas ¿pudo quedar cautiva
En piedra, tela ó metal
Su belleza fugitiva,
Su mirada angelical?

Naturaleza al formarte,
Idolo del alma mia,
Quiso luchar con el arte
Que en imitarla porfia;

Y dijo con altivez
Despues que en tí se miró:
« Que venga el hombre esta vez
A copiar lo que hice yo. »

Triunfabas, naturaleza,
Y triunfas en mi memoria;
Pero ¡con qué ligereza
Renunciaste la victoria!

Polvo ya la criatura
Donde brilló tu poder,
No tiene esa piedra dura
Competencias que temer.

Diestro, escultor, anduviste;
Disculpa mi loco error:
No hay en la boca del triste
Sino acentos de rigor.

¿Qué dejaras por hacer
Al que rige las esferas,
Si tú una piedra pudieras
Trocar en una mujer?

Debiera yo comprenderte,
Y en ese mármol fatal
Ver el triste material
De las urnas de la muerte.

Memorias de destruccion
Graba en él la humanidad:
¡Era fatídico el don,
Escultor, de tu amistad!

Yerta me representaste
La faz del bien de mi vida:
¡Pronto la vi convertida
En el mármol que labraste!

Como él encontré de frio
Su labio cárdeno y mudo
La única vez que no pudo
Responder al labio mio.

¡Cuántas veces, dulce dueño,
Turbó con su huella ardiente
La dulzura de tu sueño
El beso que dí en tu frente!

Mas no te pudo arrancar
De aquel letargo profundo:
De él solo has de despertar
Al ay de muerte del mundo.

¡Qué condicion miserable!
¡Cuánta es del hombre la mengua!
¡Tener un ángel que le hable,
Y no comprender su lengua!

Aquella noche postrera,
Bien mio, de tu vivir,
Tú me hablabas placentera
De un dichoso porvenir.

En tu semblante lucia
Profética inspiracion:
Era tu hablar de alegría,
Y era lúgubre su son.

¡Cerca de la dicha estabas!
¡No fué el presagio falaz!
Poco despues habitabas
Las regiones de la paz.

Como antorcha moribunda
Tal vez aviva su fuego,
Y el aire de luz inunda,
Y en sombra se abisma luego;

Así aureola brillante
De esperanza y juventud
Te ciñó por un instante,
Palpando ya el ataud.

Fugaz relámpago aquel
De dicha para los dos,
Todo fué ternura en él
Porque era el último adios.

Así nos viene á halagar
Con su plácido arrebol,
Y se hace mas bello el sol
Al sepultarse en el mar.

Leia en tu languidez
La muerte su triunfo vil,
Viendo tu rosada tez
Vuelta en pálido marfil.

Bella y fuerte de improviso,
Venturas te prometias...
—Era que abrir te veias
Las puertas del paraiso.

Tal te miro en ilusion,
Que en mi despecho me arredra,
Muchas veces en la piedra
Que te retrata en borron.

Que allá en las horas de calma
Vestidas de oscuridad,
En que misterios al alma
Revela la eternidad;

Si tu imágen se estremece
Cuando el viento ronco zumba,
Que levantas me parece
La cabeza de la tumba.

Luz que de purpúrea tinta
Se reviste, porque pasa
Por pliegues de roja gasa,
Tu bulto cándido pinta;

Y sus rayos se despuntan
En el cristal [1] que es el velo
De tu semblanza de hielo,
Y resbalan y se juntan;

Y ornan la impasible sien
Con diadema esplendorosa,
Cual la que tu frente hermosa
Lleva junto al Sumo Bien.

La piedra entonces se mueve,
Se reaniman tus luceros:
Ya coral en vez de nieve
Son tus labios hechiceros:

Y eres tú, la misma, aquella
Que yo delirante amé,
La que mi vida, mi estrella,
Mi cielo en la tierra fué.

Tú, mi angélica Maria,
Tan bella como te vi,
Tan llena de amor, el dia
Que diste el modesto sí.

De tus labios el consuelo
Nace entre sonrisa pura,
Tu frente exhala ventura,
Derraman tus ojos cielo.

Buscando tus brazos voy,
Ciego á la luz con que brillas:
Adórote de rodillas,
Y vienes adonde estoy.

Tu ósculo me hace sentir,
Tu inefable ser divino,
Y de su encierro mezquino
Tras tí el alma quiere huir.

Con tu diestra la detienes,
Y batiendo blancas alas,
Vuelas ¡ay! y me señalas
La mansion de donde vienes.

Y en tu rápido volar,
Despidiéndote de mí,
Te paras á pronunciar
Un *espera* y un *allí*.

[1] Este busto está colocado dentro de un fanal.

Y en el espacio azulado
Luego mis ojos no ven
Mas que un iris empapado
En fragancias del Eden.

Disipada la vision,
Cobras la forma glacial;
Mas dejas al corazon
Esperanza celestial.

Que el hombre que á poseer
Llegó entre delicias mil
Un puro angélico ser
En un cuerpo femenil,

En el valle del dolor
Querer solo puede ya
Unirse pronto á su amor
En el cielo donde está.

LA MUERTE.

Miradle: sobre púrpura sentado,
La copa del placer bebiendo está.
Oid: — en su cantar regocijado
Ay de dolor discorde sonará.

«El hombre, del mundo rey,
Siervo de la muerte vive
Dicta á la tierra la ley,
De la nada la recibe.»

«Gloria y oprobio eslabona;
Pero en desigual razon:
Seguros sus hierros son,
Disputada su corona.»

«No halla el hombre criatura
Que á su cetro no resista:
Dios le dá la investidura,
Y él el poder se conquista.»

«Osado en su frente á herir
Insecto mísero viene,
Que armas para herirle tiene,
Y alas tambien para huir:»

«Y ante las aras se ve
De la muerte sin defensa
El ínclito ser que piensa
Con una cadena al pié.»

«Y la segur del destino
Le postra al golpe fatal,
Cual troncha cañas de lino
Granizada ó vendaval.»

«Es resistir á la parca,
Es huirla insensatez:
Con sola una mano abarca
Del orbe la redondez.»

«El hombre en tal situacion,
Para encubrir su flaqueza,
Con risible sutileza
Forjó la resignacion.»

«Y quiso hacerse creer,
Sofista consigo mismo,
Que era virtud y heroismo
Lo que es falta de poder.»

«¿Por qué ese título falso
De rey, hombre, se te da,
Si eres un reo que va
De la cárcel al cadalso,»

«Cuya muerte á proporcion
Se retarda ó se acelera
Segun dura la carrera,
Segun aguija el sayon?»

«¡Ay! para haber de arrastrar
Tan efímera existencia,
Esclavo de una sentencia
Que no se puede evitar,»

«Yo en el caso de elegir
Hubiera dicho: «Primero
Quedarme en la nada quiero,
Que nacer para morir.»

Así el hombre delira y se atormenta
Luchando con idea tan cruel:
Insecto que de flores se alimenta,
Y labra acibar en lugar de miel.

Tímido caminante en noche oscura,
Se asusta del benéfico pilar
Que próximo descanso le asegura
Tras largo y afanoso caminar.

Cáliz la vida con el fondo abierto
Que al licor deja sin cesar huir,
Y único punto al hombre descubierto
La muerte en el nublado porvenir,

¿Por qué dar á esa copa y á esa meta
Furtivas ojeadas de terror?
Mirarlas sí; mas con la vista quieta,
Y naciera del hábito el valor.

Despavorido huyó la vez primera
Que vió el salvaje el bélico corcel,
Y osado luego á la temida fiera
Clavó el arpon, y se vistió su piel.

Si al término de todos los caminos
Hay un despeñadero que rodar,
¿Por qué en la hondura amontonar espinos?
Plumas donde caer conviene echar.

¿Y qué es morir? ¿qué es eso que desvela
Tanto al hombre que eterno quiere ser?
Hallar al fin la eternidad que anhela,
Y un vestido prestado devolver.

No es el hombre la caja quebradiza,
Forma perecedera si gentil,
Que la mano del tiempo pulveriza
Y restituye á su principio vil:

Allí dentro un espíritu se encierra
Noble, puro, de orígen celestial:
Aquello es hombre, lo demás es tierra,
Y aquello no perece, es inmortal.

Sediento el hombre de ventura vive,
Y apenas en la vida la entrevé:
¿Será posible que la mano esquive
Que de los cielos posesion le dé?

Breve es la vida. — ¡Brevedad dichosa,
Que los dias acorta de ilusion,
Y nos lleva en carrera presurosa
De la verdad á la feliz region!

¿Qué pide la virtud en la bonanza?
¿Qué anhela en la desgracia la virtud?
El piélago cruzar de la esperanza,
Sirviéndole de barca el ataud.

El malvado que gima y se amedrente
De rendir á la muerte la cerviz;
Huélguese en la miseria de viviente,
Temeroso de ser mas infeliz;

Pero es al cabo por decreto eterno
Desastroso el vivir del criminal;
Y si en la muerte asústale el infierno,
Su vida es otro infierno temporal.

Mezcla el hombre de espíritu y de lodo,
Ya excepcionado de la ley comun,
¿Por qué si el alma sobrevive á todo,
Mas privilegios pretender aún?

Esos orbes vivíficos de lumbre
Que al mundo animan y le dan color,
Florones de la diáfana techumbre,
O joyas del vestido del Señor,

Esta del hombre equívoca morada,
Cementerio con galas de jardin,
Todo al voraz abismo de la nada
Corre, y en él encontrará su fin.

Y en medio del magnífico vacío
Que llenará la eterna majestad,
El hombre girará con señorío,
Satélite de un sol divinidad.

Plazo es la vida que emplear debemos
En adquirir felicidad mayor,
Felicidad que adivinar podemos
En los goces que dan virtud y amor;

Y consumir en quejas vanamente
Los dias de este plazo de merced
Es en vez de limpiar escasa fuente,
Cegar su vena y perecer de sed.

Muerte, centro de todo, ley temida
Mucho rigiendo, al abolirse mas,
Porque el dia fatal de tu caida
Contigo al universo arrastrarás;

Angel eres que al alma aprisionada
Libertas de prolija esclavitud,
Y ya del roce con el cuerpo ajada
La vuelves á su hermosa juventud.

¡Muerte! si tú me guias á los brazos
De los seres que amé, de aquellos dos,
Que de mí se llevaron dos pedazos
En el amargo postrimer adios;

Si al padre caro, si á la esposa amante
Ya para siempre me uniré por tí;
Si á la madre he de ver que tierno infante
Primero la lloré que conocí;

Ven, que tú eres la dicha, errado el nombre
Tú haces la vida dulce de dejar,
Y tú puerto seguro das al hombre
Que errante boga por inquieto mar.

ISABEL Y GONZALO.

LEYENDA.

I.

EL DESCUBRIMIENTO.

Niebla densa y fria
Que sube del Tajo,
Cubriendo á la noche
La luz de sus astros,
Envuelve á Toledo
En húmedo manto.
Reina por las calles,
Reina en el palacio
Profundo silencio,
Gustoso descanso.
Ni el ave agorera
Con lúgubre canto
Prontos funerales
Intima al anciano,
Ni agudo ladrido
Despierta al avaro
Que nuevos tesoros
Apila soñando.
Ni suena campana,
Ni escúchanse pasos;
La villa parece
Sarcófago vasto,
Donde confundidos
Godos y romanos,
A sus sucesores
Están aguardando.
Solo entre la sombra
Descúbrese un claro,
De luz moribunda
Resplandor escaso;
Solo en el alcázar
Del Rey castellano,
Y en rico aposento
De techo dorado,
Un hombre no goza
Del sueño de tantos.
Enrique el segundo,
Enrique el bastardo,
Que vida y corona
Quitóle á su hermano,
Solícito espera
La aurora velando.
No porque le acosen
Recuerdos amargos
Del crímen que vieron
Montiel y su campo:
Temblaba algun dia
De verse las manos;
Mas ya se envanece
Del golpe villano:
Truecan de conciencia
Reyes adulados.
Del lecho mullido
Le tienen lejano
Sospechas que abriga
De cierto vasallo,
Que en prenda vedada
Sus miras acaso,
Por desdicha suya,
Puso temerario.
Paséase inquieto
Y asómase cauto,
En una ventana
La vista clavando.
Ventana es aquella
Que fué muchos años
Hito de los ojos
De los toledanos,
Colgada de flores,
Vestida de ramos,
Verdes esperanzas
Que allí se secaron.
Jamás los suspiros
Y amantes regalos
Aquella ventana
Abierta encontraron;
O nunca á lo menos
El bello milagro,
De mil albedríos
Amable tirano,
Señales visibles
De aprecio ni pago
Dió á los homenajes
Que le tributaron.
« Tienes, Isabela,
Corazon de mármol, »
Cantábanle luego
Sus enamorados.
Hoy ya no se culpa,
Sabido el arcano,
Su dura esquiveza,
Su honesto recato.
De Rey y vasalla,
De ilícito lazo,
La triste Isabela

Nació para el claustro,
Y ya el sacro velo
Le están preparando.
Vino para darle
Su primer abrazo
Enrique á Toledo:
Vendióselo caro.
Por toda una vida
De dias de esclavo,
Sin goces el alma
Y el cuerpo penando,
Le dió un apellido
Regio, pero vano.
Cierto que con ella
No anduvo bizarro
El mas generoso
De los soberanos:
¡Fiad en virtudes
De razon de estado!
La víctima hermosa
Del triste holocausto
El cuello sumiso
Tendia llorando:
Enrique por eso
Vigila azorado
De su hija la casa
Frontera á palacio:
Aquellos luceros
Deshechos en llanto
« Amor nos anubla »
Dijeron incautos.
Burlan las tinieblas
El celo del Argos,
Y abierto el postigo,
La luz con sus rayos
El espionaje
Revela callando.
Sale del alcázar
El Rey embozado,
Celoso dos veces,
Padre y soberano;
Y al tocar los muros
Que le dan cuidado,
Pisadas percibe,
Llaves y candados,
Puerta cautelosa
Que se abre despacio,
Y seda que cruje
Rozada con paño;
Y dos voces oye
Decirse muy bajo
En son de cariño,
En eco de halago:
« Adios, Isabela;
Adios, mi Gonzalo. »
El Rey queda inmóvil,
La espada en la mano.

II.

LA VENGANZA.

« Cumplid la piadosa ley,
Noramala para vos:
Sacerdote, hablad de Dios,
Y no me nombreis al Rey. »

« ¿No queda bien satisfecho
Su enojo con mi cabeza,
Si no postra la entereza
De este generoso pecho? »

« Pues á ese mezquino afan
Yo mi pundonor igualo;
No triunfará de Gonzalo,
Que soy Nuñez y Guzman. »

« Tengo vuestra absolucion
De lo que á Dios ofendí;
Pero fiel vasallo fuí:
No pido á Enrique perdon. »

« Crédito á mi labio dad,
Y tened por cosa cierta
Que no se miente á la puerta
De la oscura eternidad. »

« Solo supe que Isabel
Sangre de Enrique tenia
Cuando era ya esposa mia:
Culpe á sus misterios él. »

« Que si al mas alto lugar
Sabe amor alzar el vuelo,
Timbre oculto con un velo
Mal se puede respetar. »

« Pero decís que al Señor
Un corazon usurpé. —
Jamás Isabel su fe
Consagró á su Redentor. »

« Si encarcelada vivir
Le mandó precepto injusto,
El silencio del disgusto
No es promesa de cumplir. »

« Dios su corazon formó,
Y pues que no le hizo suyo,
Sin temeridad arguyo
Que á mí me le destinó. »

« Porque solo hacer dichosa
Mi vida Isabel pudiera,
Y falta al Señor no hiciera
Entre tantas una esposa. »

« Y me dice la ventura
Que en sus brazos he gozado,
Que pude, sin ser culpado,
Ser dueño de su hermosura. »

« Pues bien no se halla real
Donde la virtud no asiste,
Y es inquieto, amargo y triste
Todo placer criminal. »

« El negro cadalso así
Veré con serena cara,
Contemplando en él un ara
De martirio para mí. »

« Y si aunque erguida, me ven
Pálida un tanto la frente,
Es que al paso que inocente,
Soy querido y quiero bien. »

« Y no puede sin temor
La tumba ver un amante,
Pues le señala el instante
De renunciar al amor. »

« Esto, padre, repetid
Al monarca de Castilla,
Y que empuñe la cuchilla
Luego al verdugo decid. »

Enmudecido y absorto
De admiracion y piedad,
Dejó la fúnebre estancia
El ministro del altar;
Y detrás del cortinaje
Descubrió, con pasmo igual,
A un Rey trocado en espía
Menguando su majestad,
Monarca en la vestidura
Y reo en el ademan.
Con violencia respiraba,
Como en su sordo bramar
Hórrida explosion anuncia
El hervoroso volcan.
En esto llegó un anciano
En hábito monacal,
Y entrególe un azafate
Cubierto de un tafetan.
Un pliego y unos cabellos
Venian allí no mas,
Súplicas de una infelice,
Despojos de una beldad.
Volvióse Enrique de espaldas
Para poder ocultar
La conmocion que del pecho
Se le asomaba á la faz,
De recia interior batalla
Inequívoca señal.
Llegóse luego á una mesa
Donde víanse á la par
Cadenas y escapularios,
Licores, frutas y pan,
Cirios de amarilla cera,
Una segur y un dogal,
Y al pié del crucificado,
Dios de mansedumbre y paz,
Hecho cetro de la muerte
Un pergamino fatal.
Desarrollóle el Monarca,
Y en él con celeridad
Dos palabras escribió
Vencido el enojo ya.
Perdon era la primera,
La segunda *libertad.*

III.

LA SEPARACION.

De dos vírgenes tiernas
Apoyada en los hombros,
Trémulas las rodillas,
Desencajado el rostro,
Respirando congojas
Y hablando por sollozos,
Isabel lentamente
Se arrastra al locutorio,
Donde la está Gonzalo
Esperando anheloso.
Detiénese la triste
Para alentar un poco,
Desembargar la lengua
Y serenar los ojos:
Mostrar abatimiento
Parécele desdoro
De la consorte fina
Que con ánimo heróico
En vida se sepulta
Por dársela á un esposo.
Para que á su semblante
Suban matices rojos,
Sangre le pide al pecho
Dilacerado y roto;
Y para ver al hombre
Que en tiempo mas dichoso
Su ídolo fué adorado,
Su bien único y solo,
De la virtud y el cielo
Confia en el socorro.
Compónese la toca,
Desdobla el cuerpo airoso,
Del traje penitente
Repara el abandono,
Fija en una medalla

Osculos mil devotos,
Y á vista de su amante
Ofrécese de pronto,
Cual ángel cuya planta
Huella el poder del Orco.
Largo tiempo es del labio
El ministerio ocioso;
Que al través de las rejas
Que al mundo ponen coto,
Los dos enamorados
Se dicen sin estorbo
En las miradas mucho,
En los suspiros todo.
Dando al fin á la lengua
Súbito desahogo,
Isabel á Gonzalo
Háblale de este modo:

« Al cerrar por mi mano las barreras
Que de tí me separan y del mundo,
Quise que nunca mi dolor profundo
Con tu vista vinieras á aumentar. »

« Hoy te agradezco que mi ley quebrantes,
Plácida recreándome la idea
De que Gonzalo la constancia vea
Con que mi pena sé sobrellevar. »

« Entre temer la culpa y expiarla
Paso los dias y la muerte espero;
Pero á este precio tu vivir adquiero:
Dulce por tí se torna mi dolor. »

« Cuando recuerdo que mi amor bizarro
Conserva á España su mejor caudillo,
Corro al altar y ante el Señor me humillo,
Y bendigo su mano de rigor. »

« A vida sin placeres condenada
Desde que á ver la luz abrí los ojos,
Vegetando entre muros y cerrojos,
Fuí como planta que sin sol creció. »

« Las trovas que cantaron á mi reja
Galanes mil en amoroso ruego,
Yo las oia como escucha el ciego
El bramido del mar que nunca vió. »

« Por tí mi corazon aletargado,
Llanura estéril, arenal desierto,
Se vió de flores de placer cubierto,
Y amaneció la dicha para mí. »

« Aquellas horas de dulzura llenas,
Un beso tuyo, tu menor halago,
Yo, Gonzalo querido, no los pago
Ni con un siglo que suspire aquí. »

« Mil años de penar en el infierno
Fueran de tanto bien premio mezquino...—
Perdona mi locura, Juez divino:
Compadece á una mísera mortal. »

« Habla al esposo la infeliz esposa,
Y se despierta su cariño blando;
Hablo al que todavía estoy amando,
Porque me vence mi pasion fatal. »

« ¡Ah! no lo permitais, Dios poderoso,
Ni tú lo creas, mi Guzman querido.
Nunca sobre tu amor caerá mi olvido;
Pero á ponerle freno aprenderé. »

« Mas entre tanto que angustiada lloro,
Quizá en otra mujer pérfido adores.
No profanes jamás nuestros amores;
Prométeme, Guzman, eterna fe. »

« ¿Me miras y del manto te despojas?
¡De Alcántara la cruz muestra tu pecho!
¡Y yo, Dios mio, de su fe sospecho,
Cuando se acoje como yo al altar! »

« Centro ahora comun de nuestras almas
Dios, que desde su trono nos inspira,
Nuestro cariño mirará sin ira
Que á su seno amoroso va á parar. »

« Y la esposa podrá de dos esposos
Implorar al Eterno por el hombre
Que para gloria de su santo nombre
Lidiará de Granada en el confin. »

« Y al escuchar las ínclitas hazañas
Con que triunfe Guzman del agareno,
Confundiré sin crímen en mi seno
Mano y orígen, instrumento y fin. »

« Que de mi amor con dura penitencia
La parte terrenal acrisolada,
Yo amaré tus virtudes y tu espada
Como destellos del poder de Dios:

« Y tras vida de paz sin amargura
Tranquilos á la huesa bajaremos,
Y en el cielo por fin nos uniremos
Por edades sin término los dos. »

A LAS AGUAS DE PANTICOSA.

¡Aun mas subir! ¿Adónde
Mis pasos lleva la encumbrada via?
¿Dónde el valle se esconde,
Término y fin de la esperanza mia?
¿Dónde brota la fuente
Que hace al cadáver renacer viviente?

El alma se contrista
Del sendero en la bárbara aspereza;
La acobardada vista
Con agrias peñas por dó quier tropieza,
Y un monte y otro monte
La encarcelan en mísero horizonte.

Descubre el Pirineo
Altas cimas de hielo coronadas:
Yo ¡triste! no las veo;
Que cautivar no puede mis miradas
Entre las rocas yermas
Sino el cristal de las bullentes termas.

Estrepitoso zumba
Caldarés en la quiebra donde osado
De golpe se derrumba,
Y de riscos enormes contrastado,
Embravecido ruje,
Y alza sus olas con doblado empuje.

Mas yo aparto los ojos
Del rio y de los fúlgidos cambiantes
Aureos, de plata y rojos
Que pinta en las espumas vacilantes
La luz del claro cielo:
Son otras linfas las que ver anhelo.

Mas allá de la puente,
Ya el importuno estruendo se aminora
Del rápido torrente,
Y al fin el eco mudo lo devora,
Como el orgullo calla
Cuando traslinda la funérea valla.

Nada el silencio augusto
Conturba allí de la pendiente senda;
No hay plácido ni adusto
Pájaro cuya voz el aire hienda:
Solo en el hueco seno
Braman tal vez el huracan y el trueno.

Falta en aquella altura
Aliento al ave que volando sube;
Solo cruzar segura
Puede la esfera la ondulante nube,
Que da con forma extraña
Pomposo pabellon á la montaña.

Ya se irgue aquí lozano
El roble fuerte, el pinalbar derecho,
Y al pié del avellano
Convida el césped con florido lecho,
Donde á la fresca sombra,
Despierta sueño la fragante alfombra.

Allí yace escondida
La deliciosa, la buscada vega
De rocas circuida,
Cuya empinada cumbre al cielo llega:
La nieve que las viste
Cuarenta siglos há que al sol resiste.

Guste mi labio ardiente,
Guste pronto el licor maravilloso
Que aplaque dulcemente
La congoja del pecho fatigoso,
Carcoma de mi vida.
¡Oh! dadme la benéfica bebida.

Quité al fin de la boca
El vaso, limpio de sangrienta mancha.
¡Oh! ya esperar me toca,
Ya confiado el corazon se ensancha,
Sin miedo de que quiebre
Mis venas ya la devorante fiebre.

¡Qué insólita alegría
Por mi espíritu débil se derrama!
Pujante lozanía
Los desmayados órganos inflama,
Y en vivas ansias arde
De hacer el pecho de su fuerza alarde.

Y suelto me encaramo
De los peñascos por la frente inhiesta,
Donde con silbos llamo
Al ganado que pace en la floresta,
O el manantial sorprendo
Que se desgaja de la cumbre huyendo.

O bien en el estanque,
De mil arroyos con la ofrenda rico,
Doy al batel arranque,
Y cuando el remo á gobernar me aplico,
Cada vez que le hundo,
Círculos abro, imágenes confundo.

Y elévase la mente,
Y la bóveda azul atravesando,
Miro al Omnipotente
Con el dedo en los montes señalando
Su giro á los raudales,
Piscina milagrosa de los males.

Y alabo el santo nombre
Del justo Juez que al imponer la pena
De su soberbia al hombre,
De dádivas espléndido le llena,
Con que robusto y fuerte
Retarde la victoria de la muerte.

¿Por qué ignotos canales,
Señor, esas corrientes encaminas?
¿Qué ricos minerales
O qué gases vivíficos combinas
Allá en el antro rudo
Que vista humana penetrar no pudo?

¿Cuál es la lumbre que hace
Que hiervan los copiosos surtidores?
¿De qué, gran Dios, su diferencia nace
De temple y de sabores?
El orbe me contesta:
« Un HAGASE mi fábrica le cuesta. »

Asilo solitario
Que la proscrita paz halló en España,
Dichoso santüario
Que el fiero Marte perdonó en su saña,
Tú cuyas auras quietas
No turbó el son de bélicas trompetas;[1]

Cuando de tí me aleje,
Sufre que en esta losa de granito
Reconocido deje
Mi oscuro nombre por mi mano escrito,
En muestra de que debo
A tu favor el existir de nuevo.

¡Así cuando sonara
De mi postrer anhélito la hora,
Pía mano llegara
A mis labios en copa bienhechora
Tu licor dulce tibio,
Mágico elixir de salud y alivio!

Entonces en sus brazos
Risueña la esperanza me acogiera,
Y los mortales lazos
Sin sentirlo mi espíritu rompiera,
Y de dolor exento,
Vivido hubiera hasta el fatal momento.

[1] Durante la guerra civil las bandas carlistas no penetraron en aquel punto.

EN LA INAUGURACION

DEL

INSTITUTO ESPAÑOL.

¿Cuál es la criatura
De tantas como encierra
La doble inmensidad de mar y tierra,
Cuál es el triste ser á quien natura
Los dones de su amor de suerte tasa,
Que de madrastra rigorosa y dura
Con él parece codiciar el nombre?—
Pródiga para todos, solo escasa,
Solo injusta y cruel es para EL HOMBRE.

Le negó la firmísima pupila
Del ave que á su antojo
Cerniéndose en la atmósfera tranquila,
Examina del sol el disco rojo:
No le armó con la planta
Del fugitivo ciervo
Que al viento se adelanta;
No con la garra del leon, ni dióle
Del coloso selvático la mole:
De nombre rey, por su impotencia siervo,
De riesgos donde quiera
Y enemigos sin número cercado;
Al verle de pujanza desarmado
Con que su ruina el infeliz estorbe,
Creérsele debiera
Nacido mas para manjar de una fiera,
Que para dueño y árbitro del orbe.

Él es empero su señor. Su mano,
Si tan débil por sí, tan desvalida,
Con otra y otra y ciento y mil unida
Se reviste de impulso soberano,
Y desata el indómito torrente
De fuerza, á cuyo empuje
Redoblado y creciente
Junta la creacion resiste en vano.
Por el hombre vencido, el tigre ruge,
Y dócil á la rienda y acicate
Se mueve el alazan: el hombre abate
Y ahonda el recio pino,

Y tremolando en él tirantes lonas,
Sobre el inquieto campo cristalino
Lanza flotante puente
Que une entre sí las apartadas zonas:
El trueno aterrador copia á la nube,
Y á la tierra el volcan; en sus entrañas
Negro polvo escondiendo, [do
Lo incendia; estalla, y con bramido horren-
Desquicia la explosion y al cielo sube,
Cual brizna leve de menudas cañas,
Deshechas en ceniza las montañas.

Con la preciosa herencia
De la anterior generacion uniendo
Su caudal todas de poder y ciencia,
Veloz el hombre sin cesar camina
Por árdua senda que su mano allana,
Sediento de arribar al alto punto
Límite del saber y dicha humana,
Barrera entre el Eterno y su trasunto,
Solio que al del empíreo se avecina;
Y aquel mísero ser á quien mezquina
Dotar nos pareció naturaleza,
Formándole de intento
Símbolo derisorio de flaqueza;
Ese mismo, tan débil cuando SOLO,
Erguida la cabeza,
Domina EN SOCIEDAD de polo á polo;
Y alza su omnipotente pensamiento
Ya tan audaz el vuelo de sus alas,
Que osa en el aire suspender escalas,
Y amenaza asaltar el firmamento.
Así los rayos fúlgidos de Apolo,
Que en la diáfana bóveda perdidos
Esparcen solamente
Blando calor, aliento del viviente,
En el foco oprimidos
Del espejo de Arquímedes ardiente,
Se truecan en centella destructora
Que árboles, piedras y metal devora.
Ved cual de Siracusa
Se agolpa en las almenas
Muchedumbre que al mar mira confusa.
Tiembla el guerrero, su consorte llora.
« Los bajeles, » exclaman, « son aquellos
De Roma, de la bárbara invasora:
Suspendidas se ven de sus entenas,
Y prontas á cebarse en nuestros cuellos,
La vara y la segur y las cadenas. »—
Un hombre el rayo de la ciencia vibra,
Y de tiranos á su patria libra.
Ved como el brazo tiende
Con el escudo fulminante armado,
Cuya llama voraz el aire enciende.
Paradas en su vuelo arrebatado
Caen en polvo las marinas aves;
Las olas hierven; las soberbias naves
Nadante hoguera son. Hórrida grita
Por entre el humo suena,
Y en temerosos ecos se difunde.
Si el romano en el mar se precipita,
Síguele el fuego allí: la escuadra se hunde;
Siracusa la frente alza serena
Y adora al hombre que su ruina evita,
Y en recia voz que el júbilo levanta,
Su libertad y su victoria canta.

Pero triunfos sangrientos y crueles
No son de ambicionar. Sendas de gloria
Varias el hombre ante los ojos mira:
Ramos en sus verjeles
La madre de las Musas, la Memoria,
Ramos guarda de plácidos laureles
Para el compas y la paleta y lira.
Adoradores fieles
Somos del genio que el saber inspira,
Y á coronas pacíficas aspira
Nuestro comun afan. Tambien recata
La sociedad en su agitado seno
Mónstruos que al respirar vierten veneno,
Que contamina y mata.
Crímen, error y tedio forman liga
Contra el ínclito ser que siente y piensa:
Torre aquí se levante de defensa
Donde su diente vil no nos persiga.
Aquí sus luces el saber derrame,
Su asilo mire aquí la desventura,
Despliegue sus encantos la hermosura,
El ingenio se inflame,
Y ardiendo de virtud en llama pura,
Palpite el corazon, admire y ame.

¡Grande empresa en verdad! A darle cima
No será nuestra fuerza poderosa;
Pero español aliento nos anima,
Y el mágico mirar de tanta hermosa.
¿Quién en ignoble ociosidad reposa,
Quién al saber no da vigilia inmensa
Por lograr de unos labios hechiceros,
Escondida entre aplausos lisonjeros,
Una tierna sonrisa en recompensa?
Obra final del Hacedor divino,
Culto de númen la mujer merece:
Por ella nuestra vida se embellece,
Y enseñarnos tal vez es su destino.
Al lanzarnos ahora por la via
Que allá á la cumbre guia
Donde bañado en resplandor descuella
De HUMANIDAD Y CIENCIA el doble templo,
Ya en él la planta sella,
Coronada la sien, AUGUSTA BELLA,
Que con la voz nos llama y el ejemplo.
De virtudes y genios reverente
Cerco la ciñe en torno,
Que cien guirnaldas á la regia frente
Solícitos ofrecen por adorno,

Colocando á sus plantas en trofeo
Las insignias de Apeles y de Orfeo.
Constante bienhechora
De la grande nacion que en ella adora,
Tambien del INSTITUTO es esperanza,
Cuando al nacer alcanza
Que le tienda su mano protectora[1].
Crezca, pues, á su sombra guarecida,
Esta que planta débil abre el suelo,
Y riéguela el sudor de nuestro celo;
Que dia llegará que se alce erguida,
Y en tronco agigantado convertida,
Superior á las nubes se remonte,
Embarazando con su verde pompa
El ámbito del cóncavo horizonte.
Brio mayor á la constancia nuestra
Los obstáculos den; no haya fatiga
De arredrarnos capaz, hasta que rompa
Las auras con los ecos de su trompa
Justa la fama, y diga
Que la labor de nuestra firme diestra
Rinde á la sociedad precioso fruto,
Y es digno de su nombre el INSTITUTO.

1840.

[1] Su majestad la Reina Gobernadora se habia dignado declararse Protectora del *Instituto Español*.

A NUESTRA SEÑORA,

EN LA TRASLACION[1] DE SU IMAGEN DE LA FUENCISLA A SU SANTUARIO.

Salve, Reina poderosa
De los hombres y del cielo,
Templo de oro, blanca rosa,
Fuente viva de consuelo
Para el triste pecador.

Salve, tú que á la serpiente
Que rindió nuestra flaqueza
Quebrantástele la frente;
Salve, espejo de pureza,
Vírgen madre del Señor.

Como el sol que el orbe dora,
Sin descanso tú repartes
Del ocaso hasta la aurora
Tu piedad en todas partes
Con desvelo maternal.

Y á tus piés hoy reunido
Todo el pueblo segoviano,
Las mercedes que ha debido
Al Eterno por tu mano
Agradécete leal.

Cuando airado el juez tremendo
En la tierra nos aísla
Con los males combatiendo,
¡ Madre nuestra de Fuencisla !
Nuestros ayes van á tí.

Que es tu seno de ternura
Rico vaso que recoge
Nuestro llanto y le depura;
Y así Dios el ruego acoge
Que ofendiérale sin tí.

Levantó su voz la guerra
Por los ámbitos de España;
Y amagó dejar la tierra
Plaga horrible con su saña
En total devastacion.

Suspirando, al templo sacro
A implorar tu gracia fuimos;
Y á tu augusto simulacro
Con el luto le vestimos
Que llevaba el corazon.

---

[1] Se verificó el 25 de setiembre de 1842 por la tarde. El pueblo de Segovia saca de su santuario en rogativa en tiempo de afliccion pública esta imágen, y la coloca en la catedral, donde permanece vestida con un traje morado, hasta que habiendo cesado la calamidad, es restituida solemnemente la Vírgen á su ermita; y se dice que antes ó al tiempo de verificarse la traslacion, aparece una estrella en el cielo, que se ve perfectamente en medio del dia. A esta creencia y á aquella costumbre alude la composicion.

Y al Altísimo aplacaron
Tus plegarias, Vírgen pía;
Y las tumbas se cerraron
Que la peste cada dia
Ensanchaba mas tenaz.

Y cesó la lucha horrenda,
Mas terrible que la peste,
Y los gritos de contienda
Resarció el favor celeste
Con los himnos á la paz.

Muda ya la fiera trompa
Que sonaba con espanto,
Da Segovia en esta pompa
Y en la gala de tu manto
Grato indicio de su fe.

Signo es doble, Madre nuestra,
De salud por tí alcanzada,
Y á la par tambien demuestra
Que de España desterrada
La discordia al fin se ve.

Brillen pues los rayos puros
Del clarísimo lucero,
Que al salir de nuestros muros
Testifica al mundo entero
Tu dichosa traslacion;

Y hagan hoy sus tornasoles,
Por influjo soberano,
Desde aquí á los españoles
Ser un pueblo todo hermano,
Mas familia que nacion.

Y esta España, cuyo aliento
Se dignó el saber profundo
Elegir por instrumento
Que rindiera medio mundo
A la cruz del Salvador;

Logre ser ¡oh Vírgen pura!
Por lo fiel que te venera,
La nacion de mas ventura,
Ya que ha sido la primera
En virtudes y valor.

LA MEDIANIA DE INGENIO.

Mediocribus esse poetis
Non Di, non homines, non concessere columnæ.
Horacio.

Simbólica verdad mal disfrazada,
Grito de la razon á la osadía,
Sueño que su impotencia, que su nada
Revelas á mi estéril fantasía;
Ya dejo la carrera comenzada;
Ya inútil reconozco mi porfía,
Y á pesar del sonrojo que padezco,
La leccion provechosa te agradezco.

Duerme el avaro y con el oro sueña
Que afanoso en sus arcas amontona;
Duerme el que sigue la marcial enseña,
Y ve en sus sienes la triunfal corona;
Duerme el amante, y la beldad risueña
Con su cariño fiel le galardona:
Dormí yo con mi altivo pensamiento;
Pero soñé mi oprobio y mi tormento.

En medio me encontré de una llanura,
Piélago inmóvil de sutil arena;
Suelo entre cuya incómoda soltura
Rodeábase al pié tenaz cadena:
Cubria el horizonte noche oscura;
Mas brillaba el cenit con luz serena;
Luz que afrentando la del sol ausente,
Nacia de otro sol mas refulgente.

Del centro levantábase del llano
Altísima pirámide, y su cumbre
Era escabel de un genio soberano
Cercado en torno de celeste lumbre.
Coronas varias de laurel lozano
Tendia á la infinita muchedumbre,
Que anhelosa llegaba á cada instante
Al pié de la pirámide gigante.

Llamados de la plácida sonrisa
Del númen seductor y de su acento,
Que aun en el alma débil y remisa
Despertaba ambicion y atrevimiento;
Rivales todos en ahinco y prisa,
Ansiaban escalar el alto asiento,
Sin reparar en los pendientes lados,
De gradas y asidero despojados.

Bajo la planta vi de algun dichoso
Que el mármol ablandaba su dureza,
Labrándole escalones obsequioso,
Tras él deshechos con igual presteza.
Ceñir vi al genio con laurel glorioso
Del mortal predilecto la cabeza,
Y exclamé : «Cuando todo me resista,
Mayor será la prez de mi conquista.»

En las junturas de la piedra entonces
Hinqué las manos con pueril arrojo :
Para otros cera, mas conmigo bronces,
Mi sangre al punto las tiñó de rojo;
Cada cual de los ásperos esconces
De mí quedaba con algun despojo,
Hasta que al medio ya de la subida,
La voluntad se declaró vencida.

Rodé precipitado de la altura
Donde me alzó para mi mal mi anhelo,
Y encontré momentánea sepultura
Dentro del polvo del movible suelo.
Con mofa universal mi desventura
Solemnizó la multitud sin duelo,
Y al dolor del orgullo escarmentado
Desperté sobre el lecho acelerado.

Rayos de mustia lámpara oscilantes
Hirieron en el muro las facciones
De los ingenios como el sol brillantes,
Que envidian á mi patria mil naciones.
Vi los ojos de Lope y de Cervantes
Moverse en encontradas direcciones,
Y por sus labios extenderse lenta
Sonrisa amarga de piedad que afrenta.

Sí : con postizas alas es en vano
Querer alzar hasta el olimpo el vuelo;
Decreto irrevocable, aunque tirano,
Se burla del afan y del desvelo :
Dó quier que toca la azarosa mano
Que el genio no inspiró, derrama hielo,
Y hasta el aliento del bastardo vate
Aja las flores y su tronco abate.

Vislumbrar entre gasa incitadora
Purpúrea faz con ojos de centella,
Y acercarse á la imágen que enamora,
Y huir y el velo redoblar la bella,
Y seguirla con planta voladora,
Y hallarse siempre separado de ella :
Tal suplicio padece el desdichado
Que á Febo culto da sin ser llamado.

La verdad siente, adora la hermosura,
Y la quiere cantar; mas cuando canta,
Con su voz la verdad se desfigura,
Con sus acentos la belleza espanta.
El pensamiento que pintar procura
Trueca naturaleza en su garganta,
O irritada con él diestra divina
Le fuerza á hablar por áspera bocina.

Puso el genio á sus hijos en la frente
Brilladora señal de vivo fuego,
Y abriéndoles su alcázar eminente,
Lo cerró á la violencia como al ruego.
«Si hay,» díjoles el númen, «quien intente
Mis umbrales hollar osado y ciego,
Sin que de allí le arrojen vuestros brazos,
Caerá sobre él mi pórtico en pedazos.»

Cedamos á la ley que nos condena;
Callar es el deber del labio rudo;
Con el destino la razon lo ordena :
Muera la envidia en el respeto mudo.
Abandone la cítara sin pena
Quien la pulsó de inspiracion desnudo,
Y huyendo competencias desiguales,
Destrócela á los piés de sus rivales.

Cantad, poetas : vuestras arpas de oro
Con su mágico son llenen la esfera;
Mi voz de mil y mil seguida en coro,
Romperá en vuestro aplauso la primera.
Fruto es del tiempo que perdido lloro
La admiracion que mereceis sincera.
Recibid el tributo que os ofrece
Quien os escucha y goza... y enmudece.

LA INFANTICIDA.

TRADUCCION DEL ALEMAN. (*De Schiller.*)

¿Qué escucho? sordamente clamorea
Una y otra campana, y su camino
Corrió la flecha del reló. Pues, ea,
Cúmplase mi destino;
Vamos con el favor del Juez divino:
Llevadme, precursores de la muerte,
Donde el vil criminal su sangre vierte.—
Mundo cruel, que con fatal encanto
Las almas envenenas,
Y horas me diste de ventura llenas,
Recibe mis cariños y mi llanto
Cuando fuera de tí la planta llevo.—
Ya, mundo corruptor, nada te debo.

Adios quedad, contentos de la vida,
Cambiados hoy en podredumbre negra;
Adios, gozosa edad, edad florida,
Cuya embriaguez el corazon alegra.
Sueños tejidos de oro,
Ilusiones de bien, hijas del cielo,
Quedad en este suelo
Donde perdidas al nacer os lloro.
¡Ay! vuestro verde vástago se trunca
Para que no dé flor, ni brote nunca.

En otro tiempo fué la gala mia
De la inocencia el cándido vestido
Que á la pluma del cisne afrentaria:
Realzaba la túnica preciosa
Cinta gentil de colorada rosa,
Y mi rubio cabello entretejido
Con rosas á la par, luengo pendia.
Víctima del infierno en este dia,
De blanquecino traje se me viste;
Pero en lugar ¡ay triste!
De flores en mi sien, sobre ella veo
Negra banda y capuz, señal de reo.

Lloradme las que libres de flaqueza,
No habeis vuestro decoro mancillado,
Y á quienes da su aroma regalado
El lirio celestial de la pureza.
Si os cupo en suerte el brio que domina
La blanda agitacion del pecho hirviente,
Luisa nació mujer, y no heroina.
Yo sentí, cual mujer, humanamente,
Y el sentimiento mi martirio empieza.—
Por el brazo de un pérfido cercada,
Quedóse mi virtud aletargada.

Tal vez de otra beldad gira ya en torno
El corazon de sierpe que me olvida,
Y al lado de la mesa de su adorno [1]
En plática de amor su ingenio apura
Cuando abren para mí la sepultura.
Con los rizos quizá de su querida
Liviano juguetea,
Y el ósculo recoge y saborea
Con que ella le convida,
Cuando en el tajo mi garganta rota,
La sangre en alto desde el tronco brota.

¡Permita Dios, Herman [1], que donde [quiera
Te persiga mi coro funerario,
Y en tus oidos temerosa hiera
La rebramante voz del campanario!
Cuando del labio de la dama tuya
Entre susurro misterioso y tierno
Torrente para tí de gozo fluya,
Una saeta parta del infierno,
Que de improviso deje atravesada
La imágen del deleite sonrosada.

Tanto dolor de quien por tí vivia,
¿No fué para tí nada, ¡oh fementido!
Nada el oprobio que por tí sufria?
¿Nada para tu pecho empedernido
Lo que al leon y al tigre ablandaria,
El ser en mis entrañas escondido?
Huyes ¡ah!: tu bajel rápido boga;
Y en tanto que le miro, y que la pena
Mis ojos nubla, mi gemir ahoga,
Tú en la márgen del Sena
Contra víctima nueva, en torpe amaño,
Diriges el suspiro del engaño.

En el regazo maternal yacia
Reposando feliz el tierno infante,
Y al capullo entreabierto semejante,
Su labio encantador se sonreia.
Con placer congojoso descubria
En cada rasgo yo de aquel semblante
La faz que un tiempo mis delicias era:
Y á la vez me asaltaban á porfía,
Ya del cariño la piedad primera,
Ya desesperacion bárbara y fiera.

[1] Asi se le llama en aleman al tocador.
[2] *José* es el nombre que hay en el original.

«Mujer, ¿qué es de mi padre?» me gritaba
Muda su tierna voz, muda y de trueno.
«Mujer, ¿qué es de tu esposo?» retumbaba
Cada rincon de mi angustiado seno.
¡Ay huérfano inocente!
Será en vano buscar al inclemente
Que tal vez otros hijos acaricia:
Tú con harta justicia
Maldecirás la dicha delincuente
De la mujer y el hombre
Que te legaron de bastardo el nombre.

En el inmenso mundo
Solitaria tu madre se veia
Con su dolor profundo,
Y abrasadora sed la consumia
Cada vez que abrazándote, gustaba
Goces que el deshonor acibaraba.
Del ya pasado tiempo de alegría
Cada vagido tuyo despertaba
El recuerdo cruel y despechado,
Y puñal aguzado
Para la triste Luisa
Era, hijo mio, tu infantil sonrisa.

Suplicio si evitaba tu presencia,
Suplicio igual teniéndote presente:
Los abrazos que daba tu inocencia,
Fatal recuerdo del perdido ausente,
Me ligaban el cuello cual dogales
De furias infernales.
Tronando me aturdia
Voz como si se alzara de la huesa,
Que siempre del aleve la promesa,
Que siempre su perjurio repetia;
Y en la red de Satan así sin tino,
Se convirtió la madre en asesino.

Permita Dios, Herman, que donde huyeres,
Te acose infatigable sombra airada,
Que te despierte con su mano helada
En el dulce soñar de los placeres.
De las estrellas en la luz radiante
Mires centelleando la mirada
Del hijo agonizante;
Y cuando rindas el postrer aliento,
Salga á encontrarte pálido y sangriento,
Y azote que en su diestra te amenace,
Lejos del paraíso te rechace.

Contémplale á mis piés inanimado,
Y á mí que inmóvil, yerta,
Y el juicio conturbado,
Correr miraba por la herida abierta
De su sangre el torrente,
Que se llevó mi vida juntamente.—
Mas ¡ay! de la justicia el enviado
Ya pulsa con estrépito mi puerta.—
Golpe mas duro aún mi pecho siente
Que el golpe que ha sonado.
Corro: la fria muerte apague luego
Este afan que me abrasa como fuego.

Es un Dios de piedad el de los fieles;
Yo, Herman, soy pecadora y te perdono:
Quiero al morir sacrificar mi encono,
Y en holocausto ofrezco tus papeles.
Brotad de los tizones,
Llamas, brotad. ¡Albricias!
Arde la oferta de su fe traidora,
Y ¡oh! ¡cómo de los pérfidos renglones,
Henchidos de lisonjas y caricias,
El fuego se apodera y los devora!
Prendas de gozo ayer, hoy de quebranto,
¿Qué hubo que para mí valiera tanto?

Tiembla de tu belleza seductora,
Tiembla, mujer, del que adorarte jura;
Lazo de mi virtud fué mi hermosura,
Y en el cadalso la maldigo ahora.
¿Qué miro? ¡Cielos! ¡el verdugo llora!
Ceñidme ya, y acabe mi martirio,
Ceñidme con presteza
Un lienzo al rededor de la cabeza.
Para tronchar un lirio,
¿Te ha de faltar denuedo?
No mudes de color, hiere sin miedo.

LA CAMPANA.

IMITACION DEL ALEMAN. (*De Schiller.*)

Vivos voco, mortuos plango, fulgura frango.

Afianzado en el suelo fuertemente
Ya el molde está de recocida greda :
Hoy fabricada la campana queda :
Obreros, acudid á la labor.
Sudor que brote ardiente
Inunde nuestra frente ;
Que si el cielo nos presta su favor,
La obra será renombre del autor.

A la grave tarea que emprendemos
Razonamiento sólido conviene :
Gustoso y fácil el trabajo corre
Cuando sesuda plática se tiene.
Los efectos aquí consideremos
De un leve impulso á la materia dado :
De racional el título se borre
Al que nunca en sus obras ha pensado.
Joya es la reflexion ilustre y rica,
Y dióse al hombre la razon á cuenta
De que su pecho con ahinco sienta
Cuanto su mano crea y vivifica.

Para que el horno actividad recobre,
Trozos echad en él de seco pino,
Y oprimida la llama, su camino
Búsquese por la cóncava canal.
Luego que hierva el cobre,
Con él se junte y obre
Estaño que desate el material
En rápida corriente de metal.

Esa honda taza que la humana diestra
Forma en el hoyo manejando el fuego,
En alta torre suspendida luego
Pregon será de la memoria nuestra.
Vencedora del tiempo mas remoto
Y hablando á raza y raza sucesiva,
Plañirá con el triste compasiva,
Pia rogando con el fiel devoto.
El bien y el mal que en variedad fecundo
Lance sobre el mortal destino sabio,
Herido el bronce del redondo labio
Lo anunciará con majestad al mundo.

Blancas ampollas elevarse he visto.
En buen hora : la masa se derrite.
La sal de la ceniza precipite
Ahora la completa solucion.
Fuerza es dejar el misto
De espuma desprovisto :
Purificada así la fundicion,
Claro el vaso ha de dar y lleno el son.

Él con el toque de festivo estruendo
Solemniza del niño la venida,
Que á ciegas entra en la vital carrera,
Quieto en la cuna plácida durmiendo.
En el seno del tiempo confundida
Su suerte venidera,
Mísera ó placentera,
Yace para el infante;
Pero el amor y maternal cuidado
Colman de dicha su dorada aurora.
En tanto como flecha voladora
Van huyendo los años adelante.
Ya esquivo y arrogante
El imberbe doncel huye del lado
De la niña gentil cuando él nacida,
Y al borrascoso golfo de la vida
Lanzándose impaciente,
Con el báculo se arma del viajero,
Vaga de tierra en tierra diferente,
Y al techo paternal vuelve extranjero.
En juventud allí resplandeciente,
Y á un ángel igualándose de bella,
Luego á sus ojos brilla
La cándida doncella,

Púrpura rebosando su mejilla.
Insólito deseo
El pecho entonces del mancebo asalta:
Ya entre la soledad busca el paseo,
Ya de los ojos llanto se le salta,
Ya fugitivo del coloquio rudo
De antiguos compañeros, que le enoja,
Desde lejos le sigue con vergüenza
El paso á la beldad: solo un saludo
Mil placeres le inspira;
Y de sus galas el verjel despoja
Para adornar la recogida trenza
Del caro bien por cuyo amor suspira.
En aquel anhelar tierno, incesante,
Con aquella esperanza dulce y pura,
Ve los cielos abiertos el amante,
Y anégase en abismos de ventura.
¡Ay! ¿por qué han de pasar tan de ligero
Los bellos dias del amor primero?

Esos cañones negrear miramos:
Pértiga larga hasta la masa cale;
Que si de vidrio revestida sale,
No habrá para fundir dificultad.
Sus, compañeros, vamos,
Y pruebas obtengamos
De que hicieron pacífica hermandad
Los metales de opuesta calidad.

Sí, que del justo enlace
De rigidez al par y de ternura,
De fuerza y de blandura,
La armonía cabal se engendra y nace.
Mire quien votos perdurables hace
Si con su corazon cuadra el que elige;
Que la grata ilusion momentos dura,
Y el pesar del error eterno aflige.
Asienta bien sobre el cabello hermoso
De la vírgen modesta
La corona nupcial que la engalana,
Cuando con golpe y son estrepitoso
Convoca la campana
De alegre boda á la brillante fiesta;
Mas dia tan feliz y placentero
Del abril de la vida es el postrero;
Que al devolver los cónyuges al ara
Velo y venda sutiles,
Con ellos de su frente se separa
La ilusion de los goces juveniles.
Rinde al cariño la pasion tributo;
Marchítase la flor, madura el fruto.
Desde allí entra el varon en lid constante:
Verásele afanado y anhelante
Pretender, conseguir; vereis que osado
Con cien y cien obstáculos embiste
Para que su teson el bien conquiste.
Entonces de abundancia rodeado
Se encontrará, que por dó quier le llega:
Su troj rebosa de preciosos dones;
Crecen sus posesiones,
Y la morada que heredó se agranda,
En cuyo íntimo círculo despliega
Su celo cuidadosa
La vigilante madre, casta esposa.
Ella en el reino aquel prudente manda;
Reprime al hijo y á la niña instruye:
Nunca pára su mano laboriosa,
Cuyo ordenado tino
En rico aumento del caudal refluye.
De esa mano, que le hace en remolino
Al torno girador zumbar sonoro,
Brota el hilo y al huso se devana:
Ella el arca olorosa llena de oro;
Ella los paños de escogida lana,
Ella la tela de nevado lino
Custodia en el armario, que luciente
Mantiene la limpieza;
Ella une el esplendor á la riqueza,
Y al ocio junto á sí jamás consiente.

El padre en esto, sonriendo ufano
Desde alto mirador sobre la casa,
Que deja registrar tendido llano,
De sus bienes el número repasa.
El árbol corpulento
Ve de crecidas pomas agoviado;
Su granero contempla apuntalado,
Y en densas olas al batir del viento
Moviendo las espigas el sembrado.
Y atrévese á exclamar con vanagloria:
« Tan firme como el mismo fundamento
Que sostiene la mole de la tierra,
Fuerte contra el poder de la desgracia
Me hace el tesoro que mi techo encierra. »
¡Oh esperanza ilusoria!
¿Cuál poder eficacia
Contra el destino tiene?
No hay lazo que sus vuelos encadene,
Y antes de prevenir con el amago,
Se nos presenta el mal con el estrago.

Bien se parte la escoria recogida:
Ya principiar la fundicion se puede;
Mas antes que la masa libre ruede,
Récese una plegaria con fervor.
Dad al metal salida.
¡Dios un destrozo impida!—
Rio humeante, negro de color,
Se abisma en la canal abrasador.

Es el fuego potencia bienhechora
Mientras la guia el hombre y bien la emplea;
Que á su fuerza divina auxiliadora
Deudor entonces es de cuanto crea;
Pero plaga se vuelve destructora
Cuando una vez de sus cadenas franca,
Por la senda que elige libre arranca,
Y avanza con fiereza,
Salvaje de cruel naturaleza.
¡Ay si sacude el freno, y ya no hallando
Quien resista sus ímpetus violentos,
En apiñada poblacion derrama
Incendio asolador inmensa llama!
Guardan los elementos
Rencor á los humanos monumentos.
La misma nube cuyo riego blando
Los perdidos verdores
Devuelve á la pradera que fecunda,
Rayos tambien arroja furibunda.—
¿Escuchais en la torre los clamores
Lentos y graves que á temor provocan?
No hay duda: á fuego tocan.
Sangriento el horizonte resplandece,
Y ese rojo fulgor no es que amanece.
Tumultüoso ruido
La calle arriba cunde,
Y de humo coronada
Se alza con estallido,
Y de una casa en otra se difunde,
Como el viento veloz, la llamarada,
Que en el aire encendiendo
Sofocador bochorno,
Tuesta la faz cual bocanada de horno.
Las largas vigas crujen,
Los postes van cayendo,
Saltan postigos, quiébranse cristales,
Llora el niño, la madre anda aturdida,
Y entre las ruinas azorados mujen
Mansas reses, perdidos animales.
Todo es buscar, probar, hallar huida,
Y á todos presta luz en su carrera
La noche convertida
En dia claro por la ardiente hoguera.
Corre á porfía en tanto larga hilera
De mano en mano el cubo, y recio chorro
En empinada comba
Lanza agitando el émbolo, la bomba.
Mas viene el huracan embravecido:
El incendio recibe su socorro
Con bárbaro bramido,
Y ya mas inhumano
Cae sobre el depósito indefenso
Donde en gavilla aún se guarda el grano,
Donde se hacina resecado pienso;
Y cebado en aristas y maderas,
Gigante se encarama á las esferas,
Como en altivo alarde
De querer mientras arde
No dejar en el globo en que hace riza
Sino montes de escombros y ceniza.
El hombre en esto ya sin esperanza,
Se rinde al golpe que á parar no alcanza,
Y atónito cruzándose de brazos,
Ve sus obras yacer hechas pedazos.

Desiertos y abrasados paredones
Quedan allí, desolador vacío,
Juguete ya del aquilon bravío.
Sin puertas y sin marco los balcones,
Bocas de cueva son de aspecto extraño,
Y el horror en su hueco señorea,
Mientras allá en la altura se recrea
Tropel de nubes en mirar el daño.

Vuelve el hombre los ojos
Por la postrera vez á los despojos
Del esplendor pasado,
Y el baston coge luego de viandante
Sonriendo tranquilo y resignado.
Consuelo dulce su valor inflama.
El fuego devorante
Le privó de su próspera fortuna;
Mas cuenta, y ve que de las vidas que ama
No le faltó ninguna.

El líquido en la tierra se ha sumido;
El molde se llenó dichosamente:
¡Ojalá á nuestra vista se presente
Obra que premie el arte y el afan!
¿Si el bronce se ha perdido?
¿Si el molde ha perecido?
Nuestras fatigas esperanza dan;
Mas ¡ay! ¡si destruidas estarán!

Al seno tenebroso
De la próvida tierra confiamos
La labor cuyo logro deseamos.
Así con fe sencilla
Confia el campesino laborioso
Al surco la semilla,
Y humilde espera en la bondad celeste
Que gérmen copiosísimo le preste.
Semilla mas preciosa todavía
Entre luto y lamentos se le fia
A la madre comun de lo viviente;
Pero tambien el sembrador espera
Que del sepulcro salga floreciente
A vida mas feliz y duradera.

Son pausado
Funeral

Ha sonado
En la torre parroquial.
Y nos dice el son severo
Que un mortal
Hace el viaje lastimero
Que es el último y final.

¡Ay que es la esposa de memoria grata!
¡Ay que es la tierna madre, á quien celoso
El rey de los sepulcros arrebata
Del lado del esposo,
Del cerco de los hijos amoroso,
Frutos lozanos de su casto seno,
Que miraba crecer en su regazo,
Su amante corazon de gozo lleno!
Roto ya queda el delicioso lazo
Que las dichas domésticas unia.
La esposa habita la region sombría;
Falta al hogar su diligente brazo
Siempre al trabajo presto,
Su cuidado, su aliño;
Falta la madre, y huérfano su puesto,
Lo usurpará una extraña sin cariño.

En tanto que se cuaja en sus prisiones
El vertido metal, no se trabaje,
Y libre como el ave en el ramaje,
Satisfaga su gusto cada cual.
Si al toque de oraciones,
Libre de obligaciones
Ve los astros lucir el oficial,
Sigue el maestro con tarea igual.

Cruza con ágil pié la selva espesa
Gozoso ya el peon, bien cual ausente
Que al patrio techo próximo se siente.
Abandona el ganado la dehesa,
Y en son discorde juntan
El cordero su tímido balido,
Y el áspero mugido
La lucia vaca de espaciosa frente,
Caminando al establo que barruntan.
A duras penas llega
Atestado de mies á la alquería
Bamboleando el carro; y en los haces
Una corona empínase y despliega
Colores diferentes y vivaces,
Fausta señal de que empezó la siega.
El pueblo agricultor con alegría
Se agolpa al baile y al placer se entrega.
La ciudad mientras tanto se sosiega,
Segun desembaraza
El gentío las calles y la plaza,
Formando en amigable compañía
Las familias el corro de costumbre,
Ya en torno de la luz, ya de la lumbre.
Cierra la puerta de la villa el guarda,
Y ella cruje al partir del recio muro.
La tierra se encapota en negro manto;
Pero el hombre de bien duerme seguro.
No la sombra nocturna le acobarda
Como al vil criminal, ni con espanto
Pesadilla horrorosa le desvela;
No: de reposo regalado y puro
Disfruta la virtud: un centinela,
La previsora LEY, su sueño vela.

¡Preciosa emanacion del Ser Divino,
Salud de los mortales, órden santo!
Mi labio te bendiga.
La estirpe humana que á la tierra vino
En completa igualdad, por tí se liga
Con vínculo feliz, que sin quebranto
Guarda á todos su bien. Tú solo fuiste
Quien allá en la niñez de las edades
Los cimientos echó de las ciudades:
Tú al salvaje le hiciste
Dejar la vida montaraz y triste:
Tú en la grosera prístina cabaña
Penetraste á verter el dulce encanto
Que á las costumbres cultas acompaña;
Tú creaste ese ardor de precio tanto,
Ese AMOR DE LA PATRIA sacrosanto.

Por tí mil brazos en alegre alianza
Reconcentran su fuerza y ardimiento,
Y á un punto dirigida su pujanza,
Cobra la industria raudo movimiento.
Maestro y oficial en confianza
De que les da la libertad su escudo,
Redoblan el ardor de sus afanes;
Y cada cual contento
Con el lugar que conquistarse pudo,
Fieros desprecian con desden sañudo
La mofa de los ricos haraganes.
Es la fuente del bien del ciudadano,
Es su honor el trabajo y su ornamento.
¡Gloria á la majestad del soberano!
¡Gloria al útil sudor del artesano!

Paz y quietud benigna,
Union consoladora,
Sed de estos muros siempre
Benéfica custodia.
Nunca amanezca el dia
En que enemigas hordas
Perturben el reposo
De que este valle goza.
Nunca ese cielo puro

Que plácida colora
La tarde con matices
De leve tinta roja,
Refleje con la hoguera
Terrible y espantosa
De un pueblo que devasta
La guerra matadora.

Esa fábrica endeble y pasajera,
Fuerza es, pues ya sirvió, que se destroce;
Y ojos y corazon nos alboroce
Obra que salga limpia de lunar.
Recio el martillo hiera:
Salte la chapa entera.
La campana vereis resucitar,
Cayendo su cubierta circular.

Sabe con segura mano,
Sabe en momento oportuno
Romper el maestro el molde
Cuya estructura dispuso;
Mas ¡ay si el líquido ardiente
Quebranta indómito el yugo,
Y en vivo raudal de llama
Discurre al antojo suyo!
Con el bramido del trueno,
Con ciego y bárbaro impulso,
Estalla, y la angosta cárcel
Quiebra en pedazos menudos;
Y cual si fuese una boca
De los abismos profundos,
Estragos tan solo deja
En el lugar donde estuvo.
Que fuerza á quien no dirige
La inteligencia su rumbo,
No en creaciones, en ruinas
Emplea su empuje rudo,
Cual pueblo que se subleva,
En cuyo feroz tumulto
Desgracias hay para todos
Y bienes para ninguno [1].

Horrible es en las ciudades
Donde hacinado y oculto
Sedicioso combustible
Largamente se mantuvo,
Verlo de repente arder,
Y alzarse un pueblo iracundo,
Rompiendo en propia defensa
Hierros de dominio injusto.
Entonces la rebelion
Dando feroces ahullos,
Del tiro de la campana
Se suspende por los puños,
Y el pacífico instrumento,
Organo grave del culto,
Da profanado la seña
Del atropello y disturbio.
La LIBERTAD, la IGUALDAD
Se proclama en grito agudo;
Y el tranquilo ciudadano
Cierra el taller y el estudio,
Y échase encima las armas,
Zozobroso y mal seguro.
Los pórticos y las calles
Se llenan de inmenso vulgo,
Libres vagando por ellas
Los asesinos en grupos.
Revístense las mujeres
De la fiereza del bruto,
Y al terror de la matanza
Unen la befa, el insulto,
Y con dientes de pantera
Despedazan en un punto
El corazon palpitante
Del contrario aun no difunto.
Desaparece el respeto;
Nada es ya sacro ni augusto:
El bueno cede el lugar
Al malvado inverecundo;
Y los vicios y los males
Entronizándose juntos,
Envanecidos pasean
La carroza de su triunfo.
Peligroso es inquietar
El sueño al leon sañudo;
Terrible es el corvo diente
Del tigre ágil y robusto;
Mas no hay peligro mas grande
Ni de terror mas profundo,
Que el frenesí de los hombres
Poblador de los sepulcros.
¡Mal haya quien en las manos
Al ciego la luz le puso!
A él no le alumbra, y con ella
Se puede abrasar el mundo.

¡Ah! nos oyó la celestial grandeza.
Ved salir de la rústica envoltura,
Como dorada estrella que fulgura,
Terso y luciente el vaso atronador.
Del borde á la cabeza
Relumbra con viveza,
Y el escudo estampado con primor
Deja contento al hábil escultor.

---

1 Alusion á los horrores de la revolucion de Francia, cuyos ejércitos habian penetrado en el territorio aleman cuando Schiller escribió esta oda, que fué en 1799.

Acudid en tropel, compañeros,
Y segun la costumbre cristiana,
Bauticemos aquí la campana,
Y CONCORDIA por nombre tendrá.
Para amarnos, al mundo vinimos;
Y es la union la ventura del hombre:
Con su voz la campana y su nombre
De esa union pregonera será.

Que ese es el futuro empleo,
Ese es el fin para el cual
El artífice su autor
La ha querido fabricar.
Levantada sobre el valle
De la vida terrenal,
En medio del éter puro
Suspensa debe quedar;
Y vecina de las nubes
Que engendran la tempestad,
Y rayando en los confines
De la region sideral,
Habrá de ser desde allí
Una voz divina mas
Que alterne con las estrellas,
Que en su giro regular
La gloria de Dios pregonan
Y leyes al año dan.
Solo pensamientos graves
Inspire á la humanidad,
Cuando con sonoro acento
Mueva el labio de metal.
Sirva al tiempo y al destino
De lengua para contar
La rapidez de las horas
Y el curso del bien y el mal;
Siguiendo siempre, aunque ajena
De sentir gozo y piedad,
Las mudanzas que en la vida
Se suceden sin cesar.
El propio sonido suyo,
Cuyo armónico raudal
Pujante el espacio llena
Y se oye y pasa fugaz,
Imágen es que nos dice
Que así presuroso va
Todo en la tierra á perderse
En la inmensa eternidad.

Ahora con el cable retorcido
Salga del foso ya,
Y ascienda á las regiones del sonido,
Al aire celestial.
Tirad, alzad, subid. Ya se ha movido:
Ya suspendida está.—
¡Resuene, oh patria, su primer tañido
Con la gozosa nueva de la PAZ!

FABULAS

PUESTAS EN VERSO CASTELLANO.

PRÓLOGO.

Érase un opulento rey que poseia palacios magníficos.

Todos sus palacios tenian jardin.

En el centro de cada jardin habia un estanque de gran extension.

En medio de cada estanque se veia una isleta sembrada de hermosísimas flores.

—¿Con qué adornaríamos (preguntó una vez á su arquitecto el Monarca) la isleta del estanque, perteneciente al jardin de mi palacio número uno?

—Nada mas adecuado (respondió el artista) para en medio de tantas flores, que la estatua de Flora en pié, que acaba de fundir en bronce el mejor escultor del reino.—

Admitió el Rey el dictámen, y la estatua de Flora fué colocada en el jardin del palacio número uno, donde excitaba la admiracion de todos.

Se trató de adornar despues la isleta del palacio número dos, y se colocó en ella otro ejemplar de la estatua de Flora.

Lo mismo se hizo en los jardines de los otros palacios. Cada uno tenia su Flora de bronce: bellas estatuas, pero todas iguales, todas realmente una.

Fundó su majestad una casa de campo con su jardin, su estanque y su isla; y el arquitecto se tomó la libertad de introducir en ella otra estatua de Flora sentada, escultura de diverso autor y distinta materia: era de plomo.

Al verla el Rey, dijo al arquitecto con algun disgusto: ¿Por qué has encajado ahí esa nueva Flora, que bajo todos conceptos vale mucho menos que la primera?

—Señor (contextó el reconvenido), porque no se vea en todos los jardines la misma.

Satisfizo al Soberano la razon, y repuso: Al cabo, aunque vale menos que la otra; en vez de una, tengo ya dos. Para llegar á obtener obras nuevas que compitan con las antiguas, hay que admitir los ensayos.—

La moralidad de esta fábula, ó por mejor decir, la aplicacion de este cuento, es la siguiente.

Don Félix María Samaniego es el fabulista moral español: su mérito es difícil de igualar, quizá imposible.

Pero ¿no se han de leer mas fábulas morales que las de Samaniego?

Las nuevas, probablemente serán inferiores á las antiguas; pero serán diferentes, y habrá esas mas en castellano. Haciéndose repetidos ensayos, puede que alguno salga bien, y eso ganará nuestra literatura.

De esta manera debieron discurrir don Agustin Ibañez de la Rentería, don Juan Pison y Vargas, don Rafael José Crespo y otros autores españoles, que escribieron fábulas en el pasado y presente siglo. No hablo de don Tomás de Iriarte, porque redujo sus apólogos á las materias literarias, ni de don Cristóbal de Beña, porque solo se ocupó en las políticas; pero ¿quién no ha leido y admirado las excelentes fábulas de mi amigo don Ramon Campoamor?

La Flora del señor Campoamor no es de plomo; es de tan buen metal como la del señor Samaniego.

Quedemos, pues, en que no es mal hecho

escribir aun fábulas en España; y dado que lo fuese, por Dios que en sí llevaria la penitencia.

Pero la coleccion que yo publico, no es original sino en parte; y vé aquí un pecado sin perdon para algunos.

Pues vaya otra vez de cuento; que para prólogo de fábulas en verso, no vienen mal fábulas ó cuentos en prosa.

La casa de campo construida por el arquitecto arriba dicho, fué labrada con restos y despojos de antiguas fábricas. Allá en un territorio poco frecuentado, habia descubierto el artista unas ruinas, de las cuales sacó piedras, bustos y aun estatuas casi enteras para el nuevo edificio, que mereció la aprobacion universal, y fué llamado siempre obra del arquitecto *Máximo*.

El arquitecto Máximo pasó á vida mejor, y sucedióle en la direccion de las obras reales el arquitecto *Mínimo*, que hubo tambien de ocuparse en la construccion de una nueva casa real.

Y siguiendo el ejemplo de sus antecesores, sacó de ignoradas ruinas ricos materiales para su fábrica.

Y véase, ¡qué diferencia de suerte! Levantóse general clamor contra el nuevo arquitecto: decian todos que aquello era una profanacion, un robo.

—Señores (replicaba él), yo no hago mas que lo practicado por otro. Lo que se aplaudió al máximo, toléresele al mínimo.—

La Fontaine y Samaniego, sin subir á Fedro ni á Babrio, se valieron de lo que hallaron ya escrito, y no fueron rigorosamente fabulistas originales. ¿Ha de ser culpa en un moderno lo que fué digno de alabanza en sus predecesores? Parece que no. Aunque estas fábulas no sean originales, basta que sirvan de algo, para que sea lícito publicarlas.

Pero es necesario dar á cada uno lo que le pertenezca: por eso al fin del tomo va un registro, donde se expresa qué originales he tenido presentes.

Los lectores que hagan el cotejo del original y la copia, echarán de ver que unas veces he traducido, otras he imitado, refundido ó desfigurado el original, segun me pareció conveniente, y segun hicieron otros antes que yo.

A fin de que resultase mas varia mi reducida coleccion, he introducido en ellas unas pocas fábulas y algun cuento de varios autores nacionales, retocándolos para darles aplicion distinta, para que se entendieran, ó sonaran mejor. Lo que vulgarmente se llama *cuento*, y lo que los retóricos llaman *fábula racional*, es á veces lo mismo.

No doy á luz una obra compuesta de pensamientos mios; doy en ella pensamientos de otros en nueva forma: cogí la tela y pongo el cosido, como aquel jóven de Calderon.....[1] Y va de cuento por tercera y última vez.

Remendaba con sigilo
Sus calzones un mancebo:
Yo que le acechaba, vilo,
Y pregunté: ¿Qué hay de nuevo?
Y él respondió: Solo el hilo.

[1] A Calderon se atribuye la comedia titulada *Nadie fie su secreto*, en la cual se halla la quintilla que cierra este prólogo; pero aquel drama debe ser de otro autor.

EL TREINTA DE ABRIL,

FABULA

QUE SIRVE DE

INTRODUCCION.

De la furia del mar á duras penas
Un viajero nadando se salvaba,
Sumergida la nave que fletaba.
Calado el infeliz como una sopa,
Sin aliento y sin ropa,
Zozobroso pisaba las arenas
Del suelo salvador, suelo que el hombre
Ignoraba en verdad completamente
Si era ó no continente,
Y por supuesto su extension y nombre.
Del nombre no hay noticia:
Isla se sabe que era:
Nuestro viajante se embarcó en Galicia,
Y el perdido bajel era un trasporte
Que salió para América del Norte.
De aquí el lector infiera
La situacion exacta y verdadera
De la isla consabida,
La cual por lo distante y reducida,
O por otra razon, se les escapa
Siempre á los constructores
De los atlas geográficos mejores,
Y nunca la colocan en el mapa.
—¿Qué especie de hospedaje
(Se preguntaba el náufrago) me espera?
Por todo este paraje
No hay tierra cultivada.
¿Si estará inhabitada?
¿Si ocurrirá que por mi mal encuentre
Con un pueblo salvaje,
Que me ponga á tostar en una hoguera,
Y me aloje á bocados en el vientre?
De este modo confuso discurria,
Cruzando una espesura;
Cuando, ¡válgame Dios! ¡con qué alegría
Vió un trillado sendero, donde habia,
Diversas en tamaño y en figura,
Huellas de cuatro piés con herradura!
—Ya (exclamó) no hay cuidado:
Estoy en un país civilizado:
Solo en un pueblo culto se procura
Que gasten los cuadrúpedos calzado.
Siguiendo la vereda,
En un camino entró llano y derecho.
—No hay camino sin gente.—Dicho y hecho.
Una gran polvareda
Se alza en la extremidad del horizonte:
Divísanse entre el polvo diferentes
Caballeros con armas relucientes,
Plumas, preseas y admirable pompa:
Repite el eco del vecino monte
Rudo son de timbales y de trompa,
Y óyese luego aclamacion festiva
De *¡viva el nuevo Rey! ¡viva el Rey! ¡viva!*
Los jinetes se apean,
Obsequiosos al náufrago rodean;
Y antes que diga nada
Ni acierte á disponer de su persona,
Pónenle un manto real y una corona,
Que á prevencion la comitiva trajo;
Súbenle á una carroza engalanada;
Y entre clamores mil, con gozo grande,
Majestad por arriba y por abajo,
Mucho tirar al aire los sombreros
Y dale que le das los timbaleros,
Mándase al nuevo príncipe que mande
A su cochero que ande,
Y haciendo los caballos una curva,
Por donde vino tórnase la turba,
Gritando sin cesar: ¡Viva Facundo
Milésimo octogésimo segundo!
—Vamos (dijo el monarca improvisado),
Sin duda en esta tierra, que es ya mia,
Facundo se le pone,
Llámese Andres ó Juan, Luis ó Conrado,
A todo hombre de bien que se corone.
Bien antigua será la monarquía
Donde, si llevan sin error la cuenta,
Los reyes pasan ya de mil y ochenta.
—No le parezca extraño
A vuestra digna majestad (repuso
Un paje tieso, cual si fuera un huso);
Pues sin que valga aquí poder ni amaño,
Nuestros reyes gobiernan solo un año.
Hoy, último de abril, la Providencia
Cada año nos envia

Un jóven para rey : desde tal dia,
Trescientos, reinará, sesenta y cinco,
Sobre vasallos, cuyo solo ahinco
Darle gusto será con su obediencia.
Mas aun estando con el Rey contentos,
Corridos los trescientos
Sesenta y cinco dias (ordinario
Número que tener el año debe,
No trayendo febrero veinte y nueve),
Su majestad, allá de mañanita,
Que quiera ó no, recibe
La incómoda visita
De catorce alguaciles y un notario,
Cara de enterrador, que le apercibe
Diciéndole cortés, pero algo recio :
Llegó San Indalecio;
Treinta de abril es hoy, y el calendario
De este dominio reza
Que mude la corona de cabeza.
Dejarla es necesario.
Ya vuestra majestad es rey cumplido :
Vuestra merced se dé por despedido.
¿Ve (siguió el informante),
Ve vuestra majestad allí adelante
Sobre una yegua inquieta
Un zángano que toca la trompeta?
Pues es un extranjero,
Que ha sido rey aquí, y es trompetero.
—¿Trompetero? ¡Gran Dios! (gritó el Mo-
¿No supo ese infeliz llenar el arca [narca.)
Para pasarlo bien, rey jubilado?
—No era por cierto su codicia parca;
Pero en este país, que separado
Está del mundo entero,
Da la casualidad que no hay dinero.
— Bienes habrá y alhajas;
Y para echarles mano,
Prometo no dormirme entre las pajas:
Raya en barbarie ya, que un soberano
Luego que cese, reducido se halle
A tocar la trompeta por la calle.
—Las alhajas, señor, y las haciendas,
Lo que rinden y artículos iguales,
No son aquí del Rey; son encomiendas
Y bienes vinculados nacionales.
Durante el año, puede
Con ellos darse el Rey soberbio trato;
Pero á treinta de abril, fuerza es le quede
Todo á su sucesor mas inmediato.
Solamente sacar se le tolera
Dos camisas ó tres, una montera
Y un traje de sotana muy sencillo,
Traje de sacristan ó monaguillo.
—¡Jesus! ¡qué sociedad tan chapucera!
(Interrumpió Facundo) : ¡lindo pago
Para el que reine bien! ¡famosa ganga,
Entrar de rey para salir monago!
¡Bah! reinecillo al fin de morondanga.
Por último, sepamos lo importante :
Pasado el treinta del abril temido,
¿Cómo suele vivir un rey cesante?
— Vive de la carrera que ha emprendido
Para poderse manejar mañana :
Bien, si le da de sí; mal, si no gana.
Sujetos hay de los que fueron reyes,
Que interpretando leyes,
Viven con esplendor : quién es banquero,
Quién sastre, quién obispo, quién herrero;
Vende azúcar el uno; el otro pinta;
Y movido por índole distinta,
No falta quien abrace
La descansada profesion de vago,
Profesion de funesto desenlace,
Que seguida del hambre y el zurriago,
Da por constante suerte
Vida infeliz y desastrada muerte;
Pues ni en la clase ilustre ni en la baja,
Ninguno come aquí si no trabaja. —
Cesó el paje de hablar, y el Rey contesta :
Eso no me disgusta :
Vivir de mi trabajo no me asusta.
Sepa el amigo paje
Que por juego una vez tejí una cesta :
Con un año cabal de aprendizaje,
Cualquiera adquiriria
Destreza regular en cestería.
Desde hoy constantemente
Seis horas al oficio me consagro,
Hasta que labre un cesto, que en su clase
Por un esfuerzo pase
Del arte cesteril, por un milagro. —
Su majestad salió tan excelente
Compositor de mimbre gordo y fino,
Que en el concurso de la industria, vino
A conseguir el respectivo premio,
Siendo solemnemente declarado
Primoroso oficial, honor del gremio.
Al fin de su reinado,
Quedándole por única prebenda
Su rara habilidad, abrió su tienda,
Que nunca se veia
De concurrentes útiles vacía.
Trabajador, y gastador juicioso,
Riquezas adquirió, se hizo famoso,
Y sucesivamente fué nombrado
Alcalde, diputado,
Inspector del marítimo registro,
Cuatro veces virey y al fin ministro :
Todo por ser sujeto
Que observaba su ley con fe y respeto,
Ser íntegro y veraz, de buena pasta,
Y único para armar una canasta :
De modo que á porfía
Cada insular, al verle, prorumpia :
No tenemos aquí, ni habrá en el mundo
Mejor conciudadano ni cestero,

Que el sucesor insigne de Facundo
Milésimo octogésimo primero.

LECTORES Y LECTORAS

JOVENES, que en estudio provechoso
Vais á ocupar las fugitivas horas,
Mirad en ese náufrago dichoso,
Cuya vida tracé con desaliño,
La historia general de todo niño.
Nace: padres, abuelos y parientes
Le reciben con júbilo y cariño;
Le miman con frecuencia,
Sobrado complacientes;
Y en fuerza de los lloros exigentes
Con que por todo á todos importuna,
Reina con veleidosa omnipotencia
Desde el movible trono de la cuna.
Pero el tiempo voraz, el que sin duelo
Traga vidas y mármoles y bronces,
Pronto deja al muchacho sin abuelo,
Y sin padre tal vez y sin herencia,
Y es forzoso por sí vivir entonces.
A peligros tan ciertos y fatales,
Otro remedio no hay que la enseñanza,
Que aprovecha en la edad plácida y verde
Las ventajosas prendas naturales,
Ilustra corazon y entendimiento,
Y un tesoro nos da que no se pierde.
Forma, QUERIDOS JÓVENES, la vida
Serie no interrumpida
De gusto y de tormento,
De hórridas tempestades y bonanza;
Pero, aunque en medio de vaivenes tales,
Fiero tropel de males
Amenace violento
Doblegar vuestras débiles cervices,
Con virtud y talento
No teneis que temer, sereis felices.

FABULA PRIMERA.

LA JOYA MILAGROSA.

Hay, segun los navegantes,
Allá lejos un país,
Cuyos pobres habitantes
Andan á todos instantes
Con sus bienes en un tris.

Ya un espantoso huracan
Hace en la cosecha riza,
Ya sepultura le dan
Las piedras, lava y ceniza
De un repentino volcan.

Los de ilustre jerarquía
Y los míseros gañanes,
Todos viven entre afanes,
Recelando cada dia
Terremotos y huracanes.

Para auxilio en tales daños,
Entrega el comun Señor
Allí á cada morador,
Ya desde sus tiernos años,
Una joya de valor.

Y tales prodigios obra
La joya á los niños dada,
Que con ella todo sobra,
Y sin ella no se cobra,
De lo que se pierde, nada.

Sin embargo, aquella gente
Se echa tanto el alma atrás,
Que es la cosa mas frecuente
Perder la joya excelente,
Y no recobrarla mas.

Causará sin duda espanto
Su locura; pero ¡qué!
¿Nada igual aquí se ve?
¿No hacen muchos otro tanto
Con la joya de la fe?

Y sus luces, en verdad,
Son las que nos guian solas
A puerto de claridad
En la noche y en las olas
De la ruda adversidad.

FABULA II.

LA ROSA Y LA ZARZA.

Murmuraba impaciente
Una Rosa naciente
Del cautiverio duro que sufria,
Porque una Zarza espesa la tenia
Con sus punzantes vástagos cercada.
—Yo (sin cesar decia),
Yo no disfruto aquí ni sé de nada:
Sin un rayo de sol, tasado el aire,
Desperdicio, de todos ignorada,
Y entre espinas incómodas reclusa,
Mi fragancia, colores y donaire.
La Zarza respondió: Jóven ilusa,
Tu prevision escasa,
Del bien que te hago, sin razon me acusa.
Bajo mis ramas á cubierto vives

Del sol canicular que nos abrasa;
El golpe no recibes
Del granizo cruel que nos deshoja;
Y ese muro de espinas que te enoja,
Defiende tu hermosura
De que una mano rústica la coja.—
La flor entonces, de despecho roja,
¡Mal haya (replicó) la ruin cordura,
Que de riesgos que no hay, tiembla y se [apura!
No fué la maldicion echada en vano.
A los pocos momentos un villano
Llega con la cortante podadera:
La despiadada mano
Descarga en el zarzal; hiere, destroza,
Y tan completamente me le roza,
Que ni un retoño le dejó siquiera.
Poco de la catástrofe se duele,
Persuadida la Rosa de que gana,
Quedándose sin aya que la cele.
Descanse en paz la rígida guardiana.
¡Qué feliz su discípula es ahora!
Bañada en el relente de la aurora,
Descoge con orgullo
Su tierno y odorífero capullo:
Princesa de las flores
La proclaman los pájaros cantores.
Pero el viento la empolva y la molesta,
Sol picante la tuesta,
La ensucia el caracol impertinente
Con pegajosa baba,
Y apenas se la enjuga,
Cuando voraz la oruga
Su venenoso diente
Una vez y otra vez en ella clava.
Se descolora la infeliz, se arruga,
Y una ráfaga recia de solano
Desparramó sus hojas por el llano.

Es el recogimiento
Condicion de las jóvenes precisa:
Falta en la mocedad conocimiento
Del suelo que se pisa.
La niña que imprudente,
Sola y sin guia recorrer intente
La senda de la vida peligrosa,
Tema la suerte de la indócil Rosa.

FABULA III.

LOS PREMIOS DE LA EMPERATRIZ.

La emperatriz Sofía
Cuatro veces al año repartia
En publica sesion dos medallones,
Cada cual de valor de cien doblones,
Premio del colegial y colegiala,
Que eran en los exámenes juzgados
En grado superior aventajados.
Vestiditos de gala,
Y de curiosa multitud cercados,
Entraban juntos en la rica sala,
Donde, al son de trompetas y atabales,
A veces con la joya recibian
Otros diversos dones
De las pródigas manos imperiales;
Al paso que en algunas ocasiones
Corridos niño y niña se veian
Al recibir, delante
De aquel numerosísimo concurso,
Dádiva tan chocante,
Que la plebe y la corte, sin recurso
Burlábanse con dura pertinacia
De los dos angelitos: verbi gracia.
Benito y Valentina,
Chicos de doce abriles,
Él docto en la gramática latina,
Y hábil ella en labores femeniles,
Fueron los dos electos
Por la junta de escuelas competente
Como pareja igual, sobresaliente,
Como alumnos perfectos
De latin y costura. Lindamente.
Pero es el caso que en palacio habia
Un pajarito azul, que los defectos
De los niños de escuela descubria;
Y el pájaro maldito
Contó á la Emperatriz... — ¡Qué picardía!
Yo, vamos, el pescuezo le torciera.—
Contó de Valentina y de Benito
La corta friolera
De que él era un lloron, y ella una fiera.
Ya llegó el dia de funcion prescrito.
La señorita, pues, y el señorito
Prepáranse de prisa y van despacio
(Porque mejor los miren) á palacio.
Su Majestad al cuello
Les pone, al son del atabal sonoro,
Los codiciados medallones de oro;
Y despues (aquí es ello)
Dice á Benito así: Cierta avecilla
Que os atisba las faltas y las pilla,
Te acusa de marica y apocado;
Por lo cual, que te compren he mandado
Ese cumplido chal y esa mantilla:
Póntelos de contado.
Y usted (dijo á la niña) que es persona
Del sexo débil y de clase fina;
Pero que audaz y díscola y gritona,
En vez de *Valentina*,
Merece se la llama *Valentona*,
Sepa que por sus rústicas hombradas,
Le va á plantar aquí mi camarera

Un par de charreteras encarnadas
Y una gorra de pelo granadera.

Pues ó renuncian á su ser y nombre,
O han de tener por cualidad primera
Dulzura la mujer, valor el hombre.

FABULA IV.

LA VERDAD SOSPECHOSA.

Llevaban á enterrar dos granaderos
Al soldado andaluz Fermin Trigueros,
Embrollon sin igual, que de un balazo
Cayó sin menear ni pié ni brazo.
—¡Hola, sepultureros!
(Les dijo un oficial), ¿murió ese tuno?
—Murió (contesta, de los dos, el uno).
Aquí Trigueros en su acuerdo torna,
Y oyendo la expresion, dice con sorna:
Lo que es por la presente,
Me figuro que vivo, mi teniente.—
A lo cual replicó su camarada:
No dé usted á Fermin crédito en nada.
Siempre embustero fué: su fin es cierto;
Pero aun miente el bribon despues de muerto.

Quien falte á la verdad, con eso cuente:
Dirá que hay Dios, y le dirán que miente.

FABULA V.

PEDRO ENREDA.

De aquel célebre *Juan*, por mote *Lanas*,
Hijo fué *Pedro*, por apodo *Enreda*,
Buscador impertérrito de nidos
En tiempo de la veda,
Verdugo de lagartos y de ranas,
Y apedreador insigne de ventanas.
Estudiaba latin... Miento: asistia
Quince dias al mes, y no seguidos,
A la clase del dómine García;
Pero eso de estudiar... ¡qué tontería!
Les embelesa tanto los sentidos
A ciertas criaturas
El placer sin igual de hacer diabluras,
Que es trabajar en vano
Enseñarles latin ni castellano.
Al salir, pues, el estudiante maula
Un miércoles del aula,
Le fué Juan á esperar: llegó temprano,
Y estando enfermo por allí un vecino,
Pasóse Juan á verle de camino.
Perico Enreda en tanto
Se anticipó á salir.—A jugar, ea.
Hoy me toca ejercicio de pedrea;
Mas que venga provisto de antiparras
Por la calle y me vea
Ese dómine abanto,
Gruñidor y estafermo.
Yo sabré libertarme de sus garras.—
Dice: y agarra un canto,
Mira con precaucion á la redonda,
Ve una ventana abierta,
(Era la de la alcoba del enfermo),
Lanza por ella el proyectil con honda,
Y al inocente Juan á darle acierta
En lo alto de la calva descubierta,
Causándole del golpe tal herida,
Que por gracia de Dios quedó con vida.

Malas inclinaciones de muchachos,
Que el rigor á su tiempo no endereza,
Darán el fruto de partir en cachos
Al indolente padre la cabeza.

FABULA VI.

EL ENVIDIOSO.

Magnífico manzano
En el corral de un clérigo crecia.
Un vecino, de envidia se moria
Viéndole tan fecundo y tan lozano:
Él ni manzano ni corral tenia.

Y ya que de otro modo
No supo desfogar su encono fiero,
Arrojaba al frutal desde un granero
El desperdicio de su casa todo,
Haciendo del corral estercolero.

Bien ensució el ramaje;
Mas la lluvia á su tiempo le limpiaba,
La tierra con la broza se abonaba,
Y el resultado fué del ruin ultraje
Que mas fruto y mejor el árbol daba.

Mas útil que nociva
Es la gente mordaz que tanto abunda,
Pues hace con su rabia furibunda
Que el íntegro varon mas cauto viva,
Y mas pronto á sus émulos confunda.

FABULA VII.

LA ROSA AMARILLA.

Amarilla volvióse
La Rosa blanca,
Por envidia que tuvo
De la encarnada.

Teman las niñas
Convertirse de blancas
En amarillas.

FABULA VIII.

LOS CASCABELES DE ORO.

Blanca, rubia, lindísima, salada,
Risueña, bien hablada
Y en mil habilidades eminente
Para su corta edad, tal era Rosa;
Mas ¡ay! enteramente
Sus raras prendas olvidar hacia
Una falta notable que tenia.
Rosita, la discreta, la donosa,
Dió en la maña fatal de ser curiosa.
En acechar pasaba todo el dia:
Todito, mal ó bien, lo averiguaba,
Y en seguida á vecinos y lejanos
Todo con adiciones lo contaba:
Curiosidad y chisme son hermanos.
Y si alguno lo duda, gente seria
Le enseñará, tratando la materia
Con grande copia de razones altas,
Que rarísima vez existe sola
Una de aquellas faltas.
Atisbar y contar, allá en el juicio
De muchos y doctísimos varones,
Son como en el reptil cabeza y cola:
Son dos partes de un cuerpo, dos acciones
Unidas con recíproco ejercicio:
Dos formas de pecar que tiene un vicio.
—Basta de digresion, que va larguita.
Sigamos con la historia de Rosita.—
Era bien infeliz: á cada paso
Llenaban á su madre las orejas
De avisos y de quejas
Diferentes personas
Dignas de hacer de su dictámen caso;
Y Rosa castigada,
Sin tregua ni descanso padecia
Dolorosos ayunos y encerronas,
Y siempre se veia
De toda suerte de placer privada,
Raramente vestida y mal peinada.
Doña Tomasa, su madre, pues, dijo:
Veré, con un ardid, si la corrijo.
No se trate ya mas de penitencia.—
Tomó la diligencia,
Y marchóse á vivir en un cortijo.
Como por incidencia,
Transitó por allí desde la Corte
El médico ordinario de la casa.
Encerróse con él doña Tomasa,
Y atando por adentro el picaporte,
Por no tener la cerradura llave,
Fingieron ventilar negocio grave.
Rosita, con aquellos aparatos,
Ya se supone que se puso alerta:
Quitóse los zapatos,
Y alzados los talones,
Pasito á paso fué como un pilluelo,
Y atisbó por debajo de la puerta.
Echada la curiosa por el suelo,
Besando los ladrillos,
Oyó decir á su mamá: Razones,
Indulgencia, rigor, todo se aplica;
Pero nada me vale con la chica.
Hay otros defectillos
Que se pueden sufrir; pero este, creo
Que si no es el mas feo,
Es el que excita mas la antipatía:
Nadie quiere vivir con un espía.
—Vamos, señora, vamos
(Contestaba el doctor), compadezcamos
A tales infelices,
Pues nace el ser curioso
De órgano facial defectuoso.
—¡Calle! ¿Qué órgano es ese?—Las narices.
Persona con nariz de poco peso
Tiene que ser curiosa con exceso.
La curacion del mal está en la mano.
¿Es un sujeto de nariz liviano?
Bueno: inmediatamente
Se le hace un añadido suficiente
De cualquiera metal, y agur, amigo:
En menos que lo digo,
La persona mas terca, la mas zafia,
Se olvida de espionaje y chismografia.
—¿Está seguro usted?—Y tan seguro
Que mas no puede ser: la señorita
Corre ya por mi cuenta. ¡Pobrecita!
Usted la castigaba; yo la curo...
Y sacará una moda muy bonita,
Que á costa de un pequeño sacrificio
Les hará mucho bien á varias gentes.
—¿Y cuál es esa moda, don Patricio?
—La de llevar en la nariz pendientes.
Voy á Madrid: me labrará un platero
Dos arillitos de oro con esmero,
Y haré que les agregue por colgantes

Un par de cascabeles elegantes,
Cuidando que les ponga la bolita
Del peso que la niña necesita.
Romper en la nariz los agujeros
Es obra de poquísimos instantes:
Durante los primeros
Duele, pero poquito, casi nada.
Es mortificacion por conveniencia;
Y Rosa, como niña bien criada,
Recibirá la aguja con paciencia.
En estando aviada
Con sus bonitos cascabeles de oro,
Le juro á usted por Avicena el moro
Que no ha de haber por la muchacha riña.
—Corriente: cascabeles á la niña.—
Rosita sin estruendo,
Pero con miedo atroz, se fué corriendo.
—Es verdad (exclamó), verdad y mucha,
Que siempre oye su daño quien escucha.
¡Vaya que los doctores son crueles!
¡A mí querer abrirme
A hierro la nariz! ¡Yo cascabeles!
Las pinchaduras dolerán de firme;
Y luego, para alivio de trabajos,
¿Qué papel haré yo con dos colgajos
Que nadie gastará? ¿Quién se acomoda
Con tan extraña, tan horrible moda?
¿Qué moda? Si eso iguala
A un letrero que diga: *Yo soy mala.*
Y si voy á Madrid... ¡Vírgen del Cármen!
Conmoverá la poblacion entera
El alboroto que armen
Los cascabeles de Rosita Vera.
Por no estrenar el afrentoso dije,
Pesado á la nariz, molesto al labio,
Me corrijo.—En efecto, se corrige,
Y tan completamente,
Que al regresar el naricista sabio
Trayendo el salutífero presente,
Le dijo la mamá, de gozo llena:
Estamos por acá de enhorabuena.
La nariz de Rosita, no sé cómo,
Era de pluma, y se volvió de plomo.
Ya no atisba jamás ni picotea,
Y está, gracias á Dios, desconocida.
Por eso convendrá que suspendamos
La operacion aquella consabida;
Pero si hay recaida,
Y otra vez repitiere sus deslices,
Entónces le plantamos
Cascabelitos de oro en las narices.

Cascabeles, cencerros, esquilones
De buque bien capaz y brocal ancho,
Llevar á la garganta deberia
La turba de curiosos embrollones,
Traperos de perdidas expresiones,
Que á todo cuanto ven echan el gancho.
Con el ruido el soplon se anunciaria;
Y al llegar á un corrillo, álguien diria:
Quédese aquí la plática pendiente,
Porque el buen perillan que nos acecha,
Lo parla todo, y al contarlo, miente.
Oye lo que le llega buenamente,
Y añade lo demás de su cosecha.

FABULA IX.

TIMANTES.

Pintaba el celebérrimo Timantes
Un Júpiter con ojos fulgurantes,
Rayo en la diestra y en la izquierda rayo;
Y al severo pintor díjole un payo:
Si en ambas manos el rigor le pones,
¿Con cuál vierte ese Dios premios y dones?

Es en la Omnipotencia
Igual á la justicia la clemencia.

FABULA X.

EL RETRATO DE JUPITER.

Haciendo por Tetuan una jornada,
Ocurrióle á Mercurio la humorada
De conducir un Mono á ver el cielo.
Cogióle, pues, al vuelo,
Túvole allá una buena temporada,
Y cuando al fin se le pasó el capricho,
Puso otra vez en el nativo suelo
Al venturoso trasplantado bicho.
En tropel acudieron sus iguales
A pedir al viajero
Noticia de las cosas celestiales.
—Que nos retrate á Júpiter (decian),
Que á Júpiter describa, lo primero.—
Tose el Mono y empieza
La majestad pintando y la grandeza
De la suma deidad... No le entendian.
Habla despues con religioso fuego
Del amor y respeto que inspiraba...
Ninguno le escuchaba.
—Todo eso que nos dices
(Interrumpió un Tití), vendrá bien luego;
Pero los circunstantes
Quisieran mas que refirieras antes
Si tiene el Dios azules las narices,
Si es peludo, si es flaco,

Si es de orígen papion, ó si es macaco,
Si de patas con garbo se enarbola,
Y hasta dónde se alcanza con la cola.
—Calla y no escandalices
(Prorumpió el orador): ¡habrá perverso!
¡Cola pone al Señor del Universo!
El Júpiter que vi de rayo armado,
El poderoso númen que sentado
Vi del Olimpo en el sublime trono,
En nada, en nada se parece al mono.
Ningun Dios, grande ó chico,
Tiene un pelo de mono ni de mico.

Pero quien mas no alcanza,
Lo hace todo á su pobre semejanza.

FABULA XI.

BLASITO.

Estaba el niño Gil postrado en cama
De una fiebre tenaz y peligrosa,
Y el médico mandó que el tierno brazo
Tendiese á la lanceta salvadora.
No era Gil de los tímidos chicuelos,
Que si de sangre pierden una gota,
Se ponen á temblar; brioso y dócil,
Se conformó con la sentencia docta.
A presenciar la interesante escena,
Solícitos acuden á la alcoba
Los padres, la criada, y el primero
Blas, hermano de Gil, que en él adora.
Atale á Gil el sangrador la venda,
Báñale el brazo en agua, se le frota,
Y la vena infantil hinchada al cabo,
El hombre el pincho con los dedos toma.
Callado Blas y atónito observaba
La rara operacion preparatoria,
Sin saber qué pensar; mas en el punto
Que la lanceta vió... ¡Vírgen de Atocha!
¡Qué lágrimas! ¡qué gritos!—Yo no quiero
(Clamaba sin cesar aquella boca),
Yo no quiero que pinchen á mi hermano.
¡Váyase usted de aquí, mata-personas!
—¡Cuánto me quiere Blas! dijo el paciente.
—Es muy buen corazon, dijo llorosa
De placer la mamá: lo mismo el padre
Sintió, y el cirujano y la fregona.
Retiraron á Blas, pues de otro modo
Su fraternal dolor allí le ahoga.
Corrió la sangre del querido enfermo,
Y se alivió y curóse por la posta.
El júbilo de Blas ya se supone.
Como su afecto á Gil era una cosa
Fuera de lo comun, su madre en pago
Dióle unos mazapanes de Vitoria.
—A la parte me llamo, Gil le dijo.
—Guardarlos quiero, contestó con sorna
El cariñoso Blas. Para guardarlos,
Se los comió en seguida el zampatortas.
—¡Bravo! exclamaba Gil. Señor goloso,
Usted que tanto por su hermano llora,
¡Un miserable mazapan le niega,
Y sin reparo los engulle á solas!
Pues el tener buen alma no consiste
Solo en gimotear; consiste en obras.—
Blasito relamiéndose, repuso:
Una cosa es llorar, y dar es otra.

FABULA XII.

LAS ESPIGAS.

La espiga rica en fruto
Se inclina á tierra;
La que no tiene grano,
Se empina tiesa.

Es en su porte
Modesto el hombre sabio,
Y altivo el zote.

FABULA XIII.

LA PEONZA Y LA PERINOLA.

La rebelde, la rústica Peonza
Dijo á la Perinola con enfado
Allá en su jerigonza:
Suerte bien desigual nos ha tocado.
A tí con mucho mimo,
Cuando te hacen andar, te dan impulso,
Entre los dedos revolviendo tu eje:
No se me trata á mí con tanto pulso.
Yo, cuando me andan, gimo
Al compas de la bárbara correa,
Con que un muchacho hereje
Me arrima cada golpe que me brea;
Y cuanto mas el movimiento animo,
Con mas ciego furor me zarandea.
—Querida (respondió la Perinola),
En tí consiste sola
El trato que te dan: tú lo evitaras,
A ser juguete, como yo, ligero;
Mas ¿qué han de hacer contigo,

Si en apartando el látigo te paras?
Yo, sin embargo, consolarte espero.
Nuestro papá el tornero
Puede, si se lo digo
Y quieres animosa decidirte,
Quitarte la madera que te sobra,
Y en ágil perinola convertirte.
—¡Friolera es la obra!
(Exclamó la Peonza sofocada.)
Prefiero que el zurriago me atormente,
A sufrir que la gubia me hinque el diente.

¡No sabes ni empezar el catecismo,
Y al preceptor acusas de inclemencia!
Quéjate de tí mismo:
Para buen colegial no hay penitencia.

FABULA XIV.

EL LATIGO.

La Madre de un Muchacho campesino
Ganaba de comer hilando lino,
Y el Muchacho, grandísimo galopo,
Le hurtaba una porcion de cada copo.
Juntando las porciones, fué tejiendo
Un látigo tremendo,
Con la pícara idea
De zurrar á los chicos de la aldea.
Los ocios del amigo no eran buenos;
La intencion, por lo visto, mucho menos.
Dióse á pelar la rueca tanta prisa,
Que hubo la Madre de notar la sisa,
Y registrando con afan prolijo
El arca donde el Hijo
Guardaba con su ropa sus peones,
El látigo encontró de repelones.
Cogióle furibunda,
Y al Muchacho pegó tan recia tunda,
Que á contar de las piernas al cogote,
No le dejó lugar libre de azote,
Diciendo, al batanarle de alto á bajo:
¡Mira cómo te luce tu trabajo!
A robar te llevó tu mal deseo,
Y con el robo yo te vapuleo.

Siempre verás que el vicio
Se labra por sus manos el suplicio.

FABULA XV.

LA SARDINA Y LA OSTRA.

Dirigida á la amable niña doña Rosita Andriani y Palacios.

A la Ostra le dijo la Sardina:
¿Qué se hace usted, vecina?
Por mas que nado yo, por mas que miro,
Solo en este rincon alcanzo á verla.
¿En qué se ocupa usted en su retiro?
—En criar una perla.

Esa perla eres tú, cándida Rosa.
¡Dichosa tú! ¡Dichosa
La niña á quien instruya
Madre tan ejemplar como la tuya!

FABULA XVI.

EL NIÑO MONO.

A Curro el figurero,
Grande remedador y gran gestero,
Llevó su padre á ver con otros chicos
Una porcion de monos y de micos,
Que, previa la licencia del alcalde,
Un Charlatan al público enseñaba...
Ya se deja pensar que no de balde.
Cualquier extravagante monería
Que uno de los cuadrúpedos hacia,
Currito la imitaba;
Pero ¡cómo! tan bien, que sin empacho
Con los bichos podia
Competir y vencerlos el muchacho.
Verle saltar allí, verle rascarse,
Quebrantar una nuez, una avellana,
Y al encontrarla vana
Escupir y enfadarse,
Fué ver, no una persona,
Sino la mas estrafalaria mona.
—Usted con su cuadrilla
(Le dijo en esto al Charlatan el Padre)
Por fuerza gana patacones buenos,
Porque en verdad, compadre,
Para animales, de razon ajenos,
El instinto que tienen, maravilla:
El habla solo se les echa menos.
—Ahí, señor don Roque
(Respondió el Charlatan), ahí es el toque.
Seis año hace que ando

A realitos ahuchando
Cantidad que resulte razonable
Para poder comprar un mono que hable.
Ya, gracias al Señor, junté el dinero;
Mas no hallo mono como yo le quiero.—
Aquí mi Charlatan vuelve la cara,
Y en las diabluras de Pachin repara.
—¡Jesus! (exclama con asombro chusco.)
Esto es lo que yo busco.
Un mono verdadero,
Pero blanco, pelon, buena figura,
Diestro para llevar nuestro vestido,
Y que hable por cualquiera coyuntura.
Ya dí con él por fin; ya ha parecido
El animal famoso
Que yo busqué afanoso
Por todo el mundo, caminando á pata.
Si me le vende usted, me hago de plata.

Erraba el Charlatan: sobrado abunda
La raza de monillos con calzones,
Que divierte de balde los salones
Con esa habilidad, que Dios confunda.

FABULA XVII.

EL ESPEJO Y EL AGUA.

Disputaron el Agua y el Espejo,
Y fué la riña del tenor siguiente.
—Él: Yo, de genio duro, lo reflejo
Todo sin aprension exactamente.
—Ella: Pues yo, con mi carácter blando,
Todo lo pinto á medias y jugando.
—Él defecto menor, el mas pequeño
Tizne que manche un rostro, yo lo enseño.
—La mancha enseñarás; pero, amiguito,
Hago yo mas que tú, pues yo la quito.

Enoja la desnuda reprimenda;
Dulce amonestacion produce enmienda.

FABULA XVIII.

LA TOALLA.

¡Ay! (exclamó Isabel) ¡ay! ¡qué toalla!
Cuando me enjugo el rostro, me le ralla.
Su Aya le dice: Si la broza quita,
Perdona el refregon, Isabelita.

FABULA XIX.

EL CABALLO DE BRONCE.

Niños que de seis á once
Tarde y noche alegremente
Jugais en torno á la fuente
Del gran Caballo de bronce
Que hay en la plaza de Oriente,

Suspended vuestras carreras,
Pues hace calor; y oid
Una historia muy de veras,
Y de las mas lastimeras
Que se cuentan por Madrid.

Ese Caballo... Yo empleo
Esta expresion, algo tonta;
Pero en mi conciencia creo
Que decir *Caballo* es feo,
Y no decir quien le monta.

Felipe cuarto es el tal;
Pero el uso general,
Que tiene fuerza de ley,
Hace que olvidando al Rey,
Se nombre al irracional.

La razon, yo no la sé:
A muchos la pregunté,
Y nadie fundarla supo.
En fin, *Caballo* diré;
Mas ha de entenderse *grupo*.

Ese Caballo años há
Estaba, como quizá
Sabreis sin que yo lo indique,
Dentro del Retiro, allá
Frente á la casa *del Dique*. [1]

Allí da el jardin frescura
Con sus aguas y verdor,
Y el canoro ruiseñor
Tiene morada segura
De enemigo cazador.

Allí al Caballo volaban
Con fácil y presto arranque
Mil pájaros, que llegaban
A beber en el estanque,
Cuyas ondas le cercaban.

Allí con reserva poca
Le corria todo entero

[1] Así se llama vulgarmente, ó se llamaba, la que está á orillas del estanque mayor del Retiro.

La turba intrépida y loca,
Y hallábale un agujero
Que tiene el bruto en la boca.

Es de tal disposicion,
Que por la parte de afuera
Da fácil introduccion
A un pajarillo cualquiera
Del tamaño de un gorrion.

Por adentro, sin percance,
Todo el cuello de un avance
Mete el pájaro; despues,
Como no hay donde afiance
Ni las alas ni los piés,

Ni ellos le son de provecho,
Ni ellas le hacen sino estorbo;
Y empujando con despecho,
Se hiere garganta y pecho
Contra el borde áspero y corvo.

Y víctima el animal
De su imprudencia fatal
Que salir de allí le veda,
Vuela, anda, se atonta y rueda
Por la cárcel de metal,

Donde triste prisionero,
Pidiendo en vano merced,
Sobre muchos que primero
Tuvieron su paradero,
Perece de hambre y de sed.

Mil avecillas, buscando
Sombra densa en el estío,
Mil en el invierno, cuando
Ya lloviendo, ya nevando,
Traspasábalas el frio,

Embocáronse en la panza
Del Caballo, que en venganza
Debió decir para sí:
Renunciad á la esperanza,
Pájaros que entrais en mí.

Con el tiempo se mudó
Del jardin en que habitó
A la plaza donde está,
Y entonces se le quitó
El cuerpo que encima va.

Y los cóncavos secretos
Del cuadrúpedo cruel
Aparecieron repletos
De plumas y de esqueletos
De aves tragadas por él.

Dañosa curiosidad
Las condujo á muerte cruda.
—¡Ay! ¡cuántos en nuestra edad
Por la brecha de la duda
Se abisman en la impiedad!

Abismo donde pedir
Favor al mortal discurso
No basta para salir:
Él nos deja sin recurso
Desesperar y morir.

FABULA XX.

EL SANTERO.

A cierta romería,
Sobre una dócil mula caballero,
Iba en Andalucía
Un pícaro Santero,
Que de cada espolazo
Al animal sacábale un pedazo,
Y mientras, cariñoso le decia:
Corra, que su cachaza me atribula,
Corra por caridad, hermana mula.[1]

Faz de paloma, corazon de arpía,
Palabras de ángel y obras de demonio:
Tal es, sin levantarle testimonio,
La pérfida, la vil hipocresía.

FABULA XXI.

EL MILANO Y EL PELICANO.

Un Milano voraz, ladron de oficio,
Vió el raro sacrificio
Que un Pelícano hacia
Para salvar á su naciente cria.
Falto de otro sustento,
Su pecho mismo sin piedad heria
El amoroso pájaro contento,
Y por manjar á sus polluelos daba
La sangre que la herida derramaba.
—Por Dios te juro (díjole el Milano)
Que por mas que cavilo, no comprendo
Esa barbaridad que estás haciendo.
¿Qué ave de juicio sano
Vertiera de su sangre ni una gota
Por una impertinente familiota?

[1] Verso de Lope de Vega.

Que son tus hijos : ¡la razon es buena!
Mantenlos, como yo, con sangre ajena.
Y esto ha de ser, mientras el pollo es chico ;
En volando, que viva de su pico.
— ¡Educacion de fácil desempeño
(Respondió el buen Pelícano) propones!
Mas tú enseñas tus hijos á ladrones ;
Y yo á los mios á querer enseño.

FABULA XXII.

EL NADADOR.

Padre hay, de prudencia escasa,
Que dice meditabundo :
Mientras no conozca el mundo,
No saldrá el chico de casa.—
¿Y sabrá lo que allí pasa,
Con encierro semejante?
Contárselo no es bastante,
Para evitar que se pierda.
Esta aprension me recuerda
El cuento del Estudiante.

Con un Amigo se echó
Un Estudiante en el Tajo :
Nadaba solo hácia abajo,
Y por poco no se ahogó.
El Amigo le sacó;
Y cuando ya pudo hablar,
El bueno del escolar
Salió con esta sandez :
No entro en el agua otra vez,
Hasta que sepa nadar.

FABULA XXIII.

EL MUR DE GUADALAJARA

ET EL

MUR DE MONFERRADO.

(Enjiemplo del Arcipreste de Hita.)

Mur de Guadalajara, lunes se alzó temprano :
A Monferrado fuése ver entrojar el grano.
Un Mur de franca barba en casa rescibiól,
Convidól á yantar et una faba diól.
Non el gentil sabor fuye la mesa poble,
Ni es la vianda poca do es el talente noble.
A los manjares rudos el plaser los repara.
Pagós del hospedage el Mur de Guadalajara.
Él su yantar finido, é dicho el alabado,
Convidó el forastero al Mur de Monferrado,
Que á la su casa en villa ir le pluguiera el martes,
A tal que hobiera estonce convite de amas partes.
É vase, et le rescibe el otro, et dale queso,
É buen tosino lardo, que non era salpreso :
Un manjar mejor que otro bien á menudo hí anda :
Mas el villano topa que el diente le demanda.
Folgando que folgaban, departiendo despacio,
Cata que suena fuerte la puerta del palacio.
Abria la señora, dentro quisier entrar :
Los mures con el miedo fugieron á la par.
Mur de Guadalajara cuélas en su forado :
El huésped ¡ay mezquino! corre desatentado.
Ni acá, ni mas allá do se cobije ve :
Mantóvos á lo escuro pegado á la paré.
Pasado el susto recio, ida del cuarto el ama,
Bien falagüero al huésped el convidante llama.
—Señor, sacude el miedo, alégrate (le diz):
Sigamos con la cena : ¡rica es esta perdiz!
—Que no, que no (responde turbado el peregrino) :
Malhada tus perdices adobo de venino.
Al que sosiego falta, panal le sabe á fiel :
Si ese banquete plazte, come tú solo dél.
Cuando fugí sin tino, por poco no me mato :
¡Guay de mi piel estonce si sobreviene un gato!
Aquesta amarga vida ¿qué val con mi cabaña,
Do nunca el homen pisa, do el gato no rascaña?
Con seguranza é pas, vive un honrado mur,
Sin que valor de un figo de todo lo al se cur.
Quien la tu vida quier, que sus peligros cat.
Rica de gustos es la alegre pobredat.

Explicacion de las voces anticuadas contenidas en esta fábula.

Mur, *raton;* mures, *ratones.*
Et *ó* é, *y.*
Enjiemplo, *ejemplo*, *fábula.*
Se alzó, *se levantó.*
Fuése ver, *se fué á ver.*
Entrojar, *encerrar los granos en trojes ó graneros.*
De franca barba, *de cara de generoso.*
Rescibiól, *le recibió.*
Convidól, *le convidó.*
Yantar, *comer.*
Faba, *haba.*

Diól, *le dió.*
Non, *no.*
Gentil sabor, *buen apetito.*
Fuye, *huye.*
Poble, *pobre.*
Talente ó talante, *voluntad.*
Plaser, *placer.*
Repara, *mejora.*
Pagós, *se pagó.*
El yantar, *la comida.*
Finida, *acabada.*
Convidó...que, *convidó á que.*
A tal que, *de modo que, á fin de que.*
Hobiera, *hubiera.*
Estonce, *entonces.*
Amas, *ambas.*
Rescibe, *recibe.*
Tosino, *tocino.*
Salpreso, *salado.*
Hí, *allí.*
Topa, *halla.*
Folgar, *holgar, gozar, divertirse.*
Departir, *conversar, hablar.*
Cata, *ve, ve aquí.*
Fugieron, *huyeron.*
Cuélas, *se cuela, se mete.*
Forado, *agujero.*
Mezquino, *mísero, infeliz.*
Do, *donde.*
Cobije, *cubra.*
Mantóvos, *se mantuvo.*
Escuro, *oscuro.*
Paré, *pared.*
Falagüero, *halagüeño.*
Diz, *dice.*
Malhada (del verbo malhadar), *echa á perder.*
Adobo, *aderezo.*
Venino, *veneno.*
Fiel, *hiel.*
Plazte, *te place.*
Fugí, *huí.*
Guay, *ay.*
Val, *vale.*
Homen, *hombre.*
Rascaña, *araña.*
Seguranza, *seguridad.*
Pas, *paz.*
Figo, *higo.*
Todo lo al, *todo lo demás.*
Cur (cure), *cuide.*
Quier, *quiere.*
Cat (cate), *vea.*
Pobredat, *pobreza.*

FABULA XXIV.

LA PENA Y EL PLACER.

Despues de haber andado
El Placer de la Pena separado,
Júpiter para dar á los mortales
Porcion igual de bienes y de males,
Hizo ante sí venir al par opuesto.
Eran entrambos del estado honesto:
Júpiter, pues, con ocasion tan buena,
Va y al Placer le casa con la Pena.
No se ha visto por vivos ni difuntos
Matrimonio mejor: siempre van juntos.

Aviso al que leyere:
Tema quien goce; quien padezca, espere.

FABULA XXV.

LOS TRES QUEJOSOS.

¡Qué mal (gritó la Mona)
Que estoy sin rabo!
¡Qué mal estoy sin astas!
Repuso el Asno.

Y dijo el Topo:
Mas debo yo quejarme,
Que estoy sin ojos.

No reniegues, Camilo,
De tu fortuna;
Que otros podrán dolerse
Mas de la suya.

Si se repara,
Nadie en el mundo tiene
Dicha colmada.

FABULA XXVI.

LA LLUVIA DE VERANO.

Muy de madrugada
Sale de su aldea
Lucas para un viaje
De unas ocho leguas.
No hay en todas ocho
Parador ni venta,
No hay por el camino
Arboles siquiera.

Gran calor aguarda,
Porque julio empieza:
Va por eso Lucas
Bien á la ligera.
De flexible paja
Sombrerito lleva:
Pantalon y chupa
Son de primavera,
Y alpargata leve
Calza, que sujetan
Lazos que se cruzan
Sobre empeine y pierna.
Con lo cual y un palo
Y un morral de jerga,
Lucas diligente
Del lugar se aleja.
Aun el sol no asoma,
La mañana es fresca,
Nubes aparecen,
Se levanta niebla.
Horas van pasando;
La humedad se aumenta:
Ya menudas gotas
Por el aire ruedan,
Hasta que á torrentes
Lanzan las esferas
Lluvia que amenaza
Inundar la tierra.
Cual estaba Lucas,
Júzguelo cualquiera:
Hízose una sopa
De piés á cabeza.
No era ciertamente
Grande su paciencia:
Enojóse, y loca
Se soltó su lengua.
—Luego quieren (dijo)
Que uno se someta
Dócil á las leyes
De la Providencia.
Esta condenada
Lluvia que no cesa,
¿Qué motivo tiene?
¿Qué bien acarrea?
Mala es y remala
Para la cosecha,
Y salud y vida
Puede que yo pierda.—
Esto hablaba el necio,
Cuando de unas peñas
Un ladron armado
Sale y se le acerca.
Lucas imprudente
Su garrote apresta,
Sin mirar que el otro
Tiene una escopeta.
Del gatillo tira
El ladron con fuerza;
Mas por dicha el tiro
Sin salir se queda.
Lucas acomete
Con audacia nueva,
Y el malvado entonces
Huye entre las quiebras,
Y para que Lucas
Algo se detenga,
La escopeta arroja,
Porque ya le pesa.
Nuestro caminante
Discurrió al cogerla:
No estará cargada,
Cuando así la suelta.
Mírala, y entonces,
¡Cuál fué su sorpresa!
Carga doble dentro
Del cañon encuentra;
Pero entrambas cargas
Barro estaban hechas,
Y lo mismo el cebo
De la cazoleta.
—¡Diantre! (dijo Lucas
Muerto de vergüenza),
Locamente al cielo
Dirigí mis quejas.
Pólvora excelente
La del Ladron era,
Y ella se inflamara
Si estuviese seca.
Niebla y lluvia hicieron
Que se humedeciera:
Si ellas me calaron,
Me salvaron ellas.

¡Gloria á Dios que rige
La naturaleza!
No hay mal en el mundo
Que por bien no venga.

FABULA XXVII.

LOS

POLVOS DE LA MADRE CELESTINA.

Señor Maestro (preguntó Raimundo),
Los polvos de la madre Celestina,
Que todo lo alcanzaban en el mundo,
¿Se sabe ó se imagina
De qué pudieran ser?—Cuatro ingredientes,
(Díjole el Preceptor) omnipotentes,
Entraban en la mágica mixtura:
Oro, saber, esfuerzo y hermosura.

Hoy, lo que tantas maravillas obra,
Es el oro no mas; el resto sobra.

Por gracia, no de Dios, reina el dinero,
Soberano señor del mundo entero.

FABULA XXVIII.

EL ARABE HAMBRIENTO.

Perdido en un desierto
Un Arabe infeliz, ya medio muerto
De sed, hambre y fatiga,
Se encontró un envoltorio de vejiga.
Lo levantó, le sorprendió el sonido,
Y dijo, de placer estremecido:
Ostras deben de ser.—Mas al verterlas,
¡Ay! (exclamó) son perlas.

En ciertas ocasiones
No le valen al rico sus millones.

FABULA XXIX.

EL DINERO.

Gastó su hacienda un rico
En dar limosna,
Y Dios, en recompensa,
Le dió la gloria.

Con el dinero
De este modo se puede
Ganar el cielo.

FABULA XXX.

LA FUENTE MANSA.

Mira esa fuente plácida, Florencio,
Que fluye sin rumor, y baña el prado.
Con su ejemplo enseñado,
Haz al prójimo bien, y hazlo en silencio.

FABULA XXXI.

EL PASTOR Y EL BARBERO.

(De don Sebastian de Villaviciosa.)

Perdonándole el dinero,
La barba hacia á un Pastor
Con la navaja peor
Desazonada un Barbero.
Roma la navaja estaba,
Mellas además tenia,
Y así el pelo no partia;
Pero el rostro desollaba.
Sufria sin respirar
El Pastor la carda horrenda,
Cuando fuera de la tienda
Un perro empezó á ladrar.
Era que el amo cruel
A latigazos le hundia.
Nuestro Barbero decia:
¿Qué harán con el perro aquel?
—Si no lo acertais, yo sí
(Repuso el Pastor bufando):
Le están sin duda afeitando
De limosna como á mí.

Barbero descomunal,
Compasion del pobre ten:
Si haces al prójimo bien,
No se lo amargues con mal.

FABULA XXXII.

LA ZARZA.

A la Zarza punzante
Un Sauce preguntó: ¿Por qué mania
Cuando cerca de tí pasa un viajante
Clavas la garra en él con tal porfía?
¿Es que te ofende si contigo topa,
O tratas de quedarte con su ropa?
No es (contestó el arbusto) por quitarla,
Pues en mí no la empleo;
Pero me tiro á cuanta ropa veo,
Porque tengo un placer en desgarrarla.

Murmurador injusto, [gusto.
¿Por qué derramas hiel? — Porque es mi
—Gustos, así, tan malos,
(Dice bien el refran) merecen palos.

FABULA XXXIII.

TERSITES.

(De don Antonio Puigblanch.)

De tantos guerreros
Que Grecia envió
Al sitio de Troya
Con Agamenon,
Uno fué Tersites,
Mordaz hablador,
Y el ente mas raro
Que nunca se vió.
Con una joroba
De marca mayor,
Los ojos torcidos
A un lado los dos,
Mal pelo, y cabeza
De guardacanton,
Juntaba el ser cojo
El ángel de Dios.
La pinta era mala,
La lengua peor:
Completo era el hombre
Un coco bufon.
Creyendo sus faltas
Ocultar mejor
Con que á las ajenas
Llame la atencion,
A diestro y siniestro
Pica su furor,
Sin que deje quieta
Persona de pro.
Si álguien, sobre todo,
No es de su opinion,
A este arremetiendo
Con bilioso humor,
Tan desaforado
Clava el aguijon,
Que mas que una avispa
Levanta escozor.
Ninguno entretanto
Me le escarmentó,
Y fué, por supuesto,
Mas vano y atroz.
Un dia, tomando
Tono regañon
En una asamblea
Que se congregó,
Quiso que le diesen
De todo razon.
¿Por qué ha de ser esto?
¿Por qué aquello no?
En una palabra,
Meterse á mandon.
El príncipe Ulíses,
Que tal cosa oyó,
Teniéndole ganas
De tiempo anterior,
Al bicho se vuelve,
Y alzando el baston,
Le mide la espalda
Muy á su sabor.
El títere entonces,
Mudando de son,
Se queja á los griegos
Pidiendo favor.
Yo (exclama) ¿qué hice?
—¿Qué hiciste, bribon?
(Ulises le grita
Con hórrida voz).
Hiciste, siguiendo
Tu mala intencion,
Ofensas á muchos,
Y véngolas yo.

FABULA XXXIV.

EL OSO Y EL ELEFANTE.

Quejábase el Oso torpe
Al Elefante sagaz
De cierta contradiccion
Que no acertaba á explicar.
—¡Cuidado (exclamaba el pobre),
Que raya en atrocidad
Lo que los hombres exigen
De un infeliz animal!
A mí, que soy justamente
La misma formalidad,
¿No se empeñan los malditos
En obligarme á bailar?
Si saben que esas monadas
No son de mi natural,
¿Por qué cuando ven que bailo,
Me silban sin caridad?
—Tambien (dijo el Elefante)
Me enseñan á mí á danzar,
Y á fe que tú no me ganas
A respetable y formal.
Y sin embargo, de mí
Nadie se rie jamás;
Antes aplaudir he visto
A todos mi habilidad,
Admirando que una bestia
Tan pesada y colosal
Sepa mover diestramente
Los cuatro piés á compás.
Con que si en hacerte burla

La gente fisgona da,
No debe ser porque bailas,
Sino porque bailas mal.

FABULA XXXV.

LA VISION Y EL LIBRO.

A cierto Pecador impenitente,
De los que tienen conocidamente
Ya en la conciencia callo,
Todas las noches al cantar el gallo,
Una horrible Vision se aparecia.
De nada al visitado le servia
Valerse de conjuros y oraciones:
Tiesa que tiesa la Vision impía
Dos horitas con él se divertia,
Sus ojazos clavándole saltones:
¡Huy! El Señor nos libre de visiones.
Una noche de invierno
En que rabiaba el hombre de furioso
Con aquel pasmarote sempiterno,
Va y coge una novela,
Fresquita produccion de autor famoso,
Perteneciente á la infernal escuela
Patrona del delito,
Y pónese á leer á voz en grito.
Hervia el indecente novelucho
En pasos y personas discordantes.
Allí escenas de crápula y garito;
Allí era ver sayones y danzantes,
Hijas de emperador, disciplinantes
Con máscara y hachon y capirucho,
Brujas que revolaban sobre escobas,
Sangre desperdiciada por arrobas
En duelos, en patíbulo y tortura,
Canto de gori gori, sepultura,
Y al terminar la deleitable historia,
Infierno y limbo, purgatorio y gloria.
Al oir lo bestial de cierto chasco,
Principió la Vision haciendo gestos.
Llegaron dos pasajes nada honestos,
Y á la pobre Vision le dieron asco.
Bufando á cada instante,
Sufrió la relacion una hora justa;
Pero despues se le apuró el aguante,
Y dando un revolcon, tomó el portante.
—Esta clase de libros no le gusta
(Dijo con alborozo el visitado):
Pues bien, ya tengo el exorcismo hallado.—
A la otra noche, la Vision en casa.
El hombre, zas, comienza la lectura;
Y la visita incómoda le dura
Solo media hora escasa.
Lo que es á la tercera
No dejó la fantasma ni siquiera
Dos hojas acabar: huyó diciendo:
No temas que mi vuelta se repita;
Mas ya que te irritaba la visita,
Sábete que un suplicio mas tremendo
Te ha de venir, bebiendo
La moral de tu hermosa novelita.

Escritos hay en cantidad no corta,
Que ni el mismo demontre los soporta.

FABULA XXXVI.

EL ABANICO.

Para ocultar el rostro
Enrojecido,
A las niñas dió Venus
El abanico.

Ciertas y ciertas
Cubren con él la falta
De la vergüenza.

FABULA XXXVII.

EL LEON DESVELADO.

Un adusto Leon, Rey de uña brava,
Con su bufon el Mono conversaba,
Y díjole una vez: ¿Oyes, bamboche?
Yo no duermo en la cama por la noche.
—Váyase (replicó travieso el Mono)
Por lo mucho que duermes en el trono.
Mató el Rey al bufon por la osadía,
Y no durmió de noche ni de dia.

No es fácil que repose dulcemente
Ocioso cuerpo ni alma delincuente.

FABULA XXXVIII.

EL SUEÑO DEL MALVADO.

La fábula anterior iba leyendo
Un Caminante á pié, y halló durmiendo
En regalada paz bajo unos pinos
A un Salteador famoso de caminos.
Alejóse de allí; mas entre dientes

A la fábula dijo : Amiga, mientes.
El hombre de quien huyo acelerado,
Goza un sueño feliz, y es un malvado.—
Sacó por sí la cara,
Contestando la Fábula : Querido,
Si el ladron no durmiera, te robara :
¡Mira lo que su sueño te ha valido!

Excepciones padecen, mas ó menos,
Las reglas generales.
Mientras quietos están los criminales,
No peligran los buenos.

FABULA XXXIX.

RECETA CONTRA IMPORTUNOS.

Ha dado toda la gente
Rica y pobre del lugar
En venirme á visitar,
Y no sé como la ahuyente.
Así á Blas dijo Vicente;
Y él repuso : Fácil es;
Y apuesto á que pronto ves
Que huye de tí el mundo entero.
Pídele al rico dinero,
Y al pobre no se le des.

FABULA XL.

EL CUERVO Y LA ZORRA.

Rabiaba un carnicero
Con el pícaro gato de un vecino;
Y por matar al animal dañino,
Separó una tajada de carnero,
Y adobada con dosis algo fuerte
De un tósigo de muerte,
Púsola en el tejado,
Por donde á su capricho
Entraba á merendar el susodicho.
Un Cuervo que lo vió, partió flechado,
Pilló el macizo trozo,
Y á un árbol escapó lleno de gozo.
Al tiempo que iba el Grajo
A trinchar el magnífico tasajo,
Hete pues que aparécese la Zorra,
Con gana siempre de comer de gorra,
Y exclama diestra con acento blando :
¡Ave de Jove! te saludo grata.—
El Cuervo preguntó á la mogigata;
¿A quién discurres tú que estás hablando?
— ¿A quién? (le respondió la zalamera)
Al águila altanera,
Que del lado de Júpiter clemente
Baja diariamente,
Y echa desde la copa de esa encina
El don que por sustento me destina.
¿A qué venir disimulando ahora,
Cuando miro en tu garra triunfadora
La codiciada presa,
Que á esta desamparada criatura
Contigo el Dios envía de su mesa?
—La Zorra se figura
(Para sí dijo el Cuervo complacido)
Que soy águila yo : locura fuera
Desengañarla y deshacer el trueco.—
Soltó con bizarría majadera
El robo por la Zorra apetecido,
Tendió las alas y se fué tan hueco.
El animal astuto
Cogió contento el fruto
Debido á sus indignas artimañas.
Cómelo con presteza :
Convulsiones extrañas
Luego á sentir empieza,
Y abrásale el veneno las entrañas.

Ciertos bien conocidos perillanes,
Que viven de adular á la simpleza
Sin rastro de pudor, ¿no fuera bueno
Que tragaran en salsa de faisanes
Una dosis decente de veneno?

FABULA XLI.

EL LEON Y LA LIEBRE.

Cierto Leon solia
Por su bondad de genio
Tener con una Liebre
Sus ratos de recreo.
¿Es verdad (preguntóle
La Liebre en uno de ellos)
Que un miserable gallo,
Si empieza el cacareo,
Os hace á los leones
Tímidos ir huyendo?
—No tienes que dudarlo
(Dijo el Leon sincero) :
Lo mismo al elefante
Le pasa con el cerdo,
Que si oye su gruñido,
Se asusta sin remedio.
Los grandes animales
(Preciso es conocerlo)
Una flaqueza de estas

Por lo comun tenemos.
—¿Sí? (replicó la Liebre.)
Vamos, pues ya comprendo
Por qué tememos tanto
Nosotras á los perros.

FABULA XLII.

EL LEON Y LA RAPOSA.

(Del Maestro Tirso de Molina.)

Viejo el Leon una vez
Y tullido (que no es nuevo,
Quien anda mucho mancebo,
Cojear á la vejez);
Como no podia cazar
Y estaba solo y hambriento,
Aguzó el entendimiento
Para comer sin andar;
Y llamando á cortes reales,
Mandó por edicto y ley
Que supuesto que era Rey
De todos los animales,
Acudiesen á su cueva.
Fueron todos, y sentados,
Dijo: Vasallos honrados,
Voy á daros una nueva
Extraña, que en mí provoca
Grandísima desazon:
Sabed, pues, que yo el Leon
Padezco de mal de boca.
No es bien que á sujeto real,
De tantos brutos señor,
Le dé repugnante olor
Su dentadura fatal:
Así el servicio me hareis
Algunos de los presentes
De registrarme los dientes,
A fin de que me informeis
Qué hueso estará en el caso
De que se limpie ó se saque,
Para que pronto se aplaque
La incomodidad que paso.
Metióse con esto adentro,
Y yendo á verle uno á uno,
De allí no salió ninguno.
La Raposa, que es el centro
De las malicias, olió
El poste inmediatamente;
Y llamándola el paciente,
En vez de entrar se apartó.
Cogió en el campo una toba,
O caña de cardo seco,
Mondo, larguísimo y hueco;
Llegó hasta la regia alcoba,
Y asomando la cabeza,
Dijo: Por no ser tenida
Por sucia y descomedida,
No entro á ver á vuestra alteza;
Pues como paso trabajos,
Hoy con ajos almorcé,
Y á un príncipe, ya se ve
Que le han de ofender los ajos.
Por aquesta cerbatana
Vuestra alteza eche el aliento;
Que si al recibirle siento
Mal olor, es cosa llana
Que hay muela que se dañó;
Y el sacarla no es mi cuenta,
Pues no hay en casa herramienta
Ni sé manejarla yo.

Huyó con esto advertida,
Diciéndose al escapar:
Nunca fué cordura entrar
Donde no se ve salida.

FABULA XLIII.

EL DROMEDARIO Y EL CAMELLO.

El Camello le dijo
Al Dromedario:
—Comparado contigo,
¡Cuánto mas valgo!
No cabe duda:
Yo tengo dos jorobas;
Tú tienes una.

FABULA XLIV.

LA LLAVE.

Saliendo á media noche de un jolgorio
Con la razon turbada por el vino
Cierto don Juan Tenorio,
Quiero decir, un mozo libertino,
Travieso cuanto cabe,
Dió un tropezon y se encontró una llave.
—Esta llave, sin duda
(Dijo entre sí con lengua tartamuda),
Es mi suerte, mi estrella, mi destino.
Bien la conozco: la perdió la viuda
Que por aquí desde la iglesia pasa,

La esquiva y hermosísima Colasa,
Por quien suspiro há meses y me alampo.
Voy á su casa, pues, y allá me zampo.—
Allá se fué; mas por estar peneque
Y ser la noche oscura,
Trocó el jóven audaz con otra casa
La de su amada y rígida hermosura;
Pero metió la llave por el trueque
Justamente en su propia cerradura.
Abrió, salióle un quídam al encuentro,
Que principió con él á soplamocos,
Y el hombre conoció que estaba dentro
De un hospital de locos.

Suelen venir á ser los calaveras
Locos al fin de veras.

FABULA XLV.

EL COMPRADOR Y EL HORTERA.

Cuentecillo forjado por deleite
Parecerá sin duda la contienda,
Que se trabó en Madrid en una tienda
De vinagre y aceite.

Despachaba en la calle de Torija
Líquidos un Muchacho madrileño;
Y otro, segun la traza, lugareño,
Fué por aceite allí con su vasija.

—Tú, cara de lechuza
(Dijo sin aprension el Forastero),
Despáchame ligero,
Llíname bien la alcuza.

—Cuando sepas hablar en castellano
(Le replicó el Hortera),
Sabrás que lo que tienes en la mano,
Se llama la *aceitera*.

—En toda tierra que garbanzos cria
(Contestó el provincial enardecido),
Alcuza siempre ha sido,
Y alcuza la nombramos en el dia.

—En tierra (dijo el otro) de garbanzos,
Corre por aceitera solamente;
Y quien le ponga nombre diferente,
Ha nacido entre malvas y mastranzos.—

El Patan en sus trece se mantuvo;
Le rechazaba el Horterilla listo:
Se incomodaron, y hubo
Por consiguiente la de Dios es Cristo.

A las voces y apodos
Cachetina siguió larga y furiosa:
Todo por una cosa
Que se puede llamar de entrambos modos.

Pueril extravagancia
Es, pero comunísima en el hombre,
No poner en disputa la sustancia
Y reñir por el nombre.

FABULA XLVI.

LA FORTUNA.

Hízose moda llamar
A la Fortuna cruel
Y ciega y loca de atar:
Ella mandó circular
Por todo el orbe un papel.

«Quien tuviere (en él decia)
Conmigo cuestion alguna,
Preséntese en Almería
Tal año, tal mes, tal dia.
Firmado: Yo la Fortuna.»

Voló todo pretendiente
Por no llegar el segundo.
¡Cuánta cara diferente!
Hasta de Zafra hubo gente,
Que es pueblo fuera del mundo.

Con terrible trapisonda
Pasó el primer peloton
Al local de la sesion.
Una gran mesa redonda
Casi ocupaba el salon.

Cubre la mesa un brocado;
Y en el centro, donde ya
Ningun brazo llegará,
Se halla esparcido y mezclado
Cuanto la Fortuna da.

Bastones, mitras, dogales,
Moneda en bolsas distintas,
Plumas, azadas, puñales,
Mantos, bulas, vendas, cintas,
En suma bienes y males.

La Fortuna, que es traviesa,
Cuando vió el tropel entrar,
Se entretuvo en colocar
Por la orilla de la mesa
Muchas cañas de pescar.

Y dijo con aire ufano:
Para que el linaje humano
Cese de ponerse apodos,
Van á tener en la mano
Desde hoy su ventura todos.

En la mesa viendo estais
Cuanto recibí del cielo:
Con el brazo llegais;
Vamos á ver qué sacais
Con hilo, cuerda y anzuelo.

Si algun infeliz se engaña,
Y mal por no bien se le enreda,
Que se queje de su maña.
Señores, mano á la caña,
Y á pescar lo que se pueda. —

¡Allí fué ver á la par
A fogosos y tranquilos
Anzuelos al aire echar!
¡Allí enredarse los hilos,
Y romperlos al tirar!

Tras una dote un machucho
Fatigó la caña mucho;
Pero con tan mala traza,
Que le salió un cucurucho
De dulces de calabaza.

Por un anillo ducal,
Que una Venus de arrabal
Ambicionó muy de veras,
Enganchó un par de tijeras
Y un hábito de sayal.

Un coplero sin donaire
Por poco un laurel alcanza;
Mas, burlando su esperanza,
Le alzó una manta en el aire
Como al pobre Sancho Panza.

Un jugador que á un bolsillo
El anzuelo encaminó,
Hizo presa en el gatillo
De un cargado cachorrillo,
Que al disparar le mató.

Pescaba el sordo muletas
Y el volatin andadores,
Y algunas niñas inquietas
Pescaron en vez de flores
Hilo hermoso de calcetas.

Y entre tanto un guardador
De la villa por la noche
(Sereno diré mejor)
Se halló con palacio y coche,
Serenísimo Señor.

Así entre ruidosos gritos,
Picaron allí toditos,
De pena ó de gusto locos:
Los contentos fueron pocos,
Los quejosos infinitos.

Vió la Fortuna la gresca,
Y en ella su desagravio,
Y con lástima burlesca
Dijo al fin: Que Diego el sabio
Nos dé una leccion de pesca. —

Llaman al sabio don Diego,
Y entra conducido luego
De un perrillo ladrador.
—¡Calla! (exclaman) ¡es un ciego!
¡Buen ojo de pescador!

Silban todos al pobrete;
Y él sin que nada le inquiete,
Oye, tienta, hace su arroje,
Y en vez de una prenda, coge
Con el anzuelo el tapete.

¡Bravo! claman por aquí.
¡Viva! chillan por allá.
¡Buena la leccion está! —
Don Diego entre tanto va
Tirando el tapete á sí.

Con él vino, por supuesto,
Cuanto en él estaba puesto
Porque nadie lo pilló,
Y al pié del sabio modesto
Desde la mesa rodó.

Coronas de soberano,
Dotes de bella mujer,
Bastones, oro, placer:
Todo lo tiene en su mano,
De todo puede escoger.

A un cetro tomó aficion;
Mas pesaba en demasía:
Lo dejó con un baston,
Que vió que se convertia
En látigo de sayon.

Encontró venalidad
En el sí de una belleza,
En un laurel vanidad,
Cuidados en la riqueza
Y odio en la celebridad.

Y en vez de gloria y poder,
Tomó el limitado haber
De una honrada medianía,
Que vivir le permitia
Sin malgastar ni deber.

—El ciego os ha de enseñar
(Dijo la Fortuna al dar
La señal para salir)
Cómo podreis alcanzar,
Cómo debeis elegir.

Legítima herencia son
Del ilustrado varon
Los bienes que el mundo encierra;
Pero no hay dicha en la tierra
Donde no hay moderacion.

FABULA XLVII.

EL DIAMANTE Y EL CRISTAL.

Cierto lapidario
Perdió en un camino
Un Diamante tosco
Y un Cristal pulido.
A su camarada
El Diamante dijo:
Yo salir espero
Pronto de este sitio.
Piedra soy al cabo
De valor crecido:
Quien me encuentre, llena
De oro su bolsillo.—
El Cristal picado
Respondióle: Amigo,
Mucho es lo que vales;
Pero no te envidio.
Tú y un vil guijarro
Pareceis lo mismo:
¿Quién, pues, ha de verte
Si te falta el brillo?
Unos pasajeros
Acercarse miro:
Vamos á ver de ambos
Quién es preferido.—
El Cristal lanzaba
Resplandores vivos,
Y esto á los viajantes
Reparar les hizo.
Bájanse á cogerle,
Le alzan con cariño,
Y entre tanto pisan
Al Diamante rico.
Y sin ser de nadie
Desde entonces visto,
Se quedó en el polvo
Para siempre hundido.

Méritos ahora
Húndense de fijo.
Si les falta un poco
De charlatanismo.

FABULA XLVIII.

LOS VIAJES.

Un Pescador, vecino de Bilbao,
Cogió, yo no sé donde, un Bacalao.
—¿Qué vas á hacer conmigo?
(El pez le preguntó con voz llorosa.)
Él respondió: Te llevaré á mi esposa:
Ella con pulcritud y ligereza
Te cortará del cuerpo la cabeza:
Negociaré despues con un amigo,
Y si me da por tí maravedises,
Irás con él á recorrer paises.
—¡Sin cabeza! ¡Ay de mí! (gritó el pescado.
Y replicó el discreto vascongado:
¿Por esa pequeñez te desazonas?
Pues hoy viajan así muchas personas.

FABULA XLIX.

EL ASNO FELIZ.

Llevaba por las calles un Jumento
Varios tiestos en flor, y el grato aroma
Que embalsamaba el viento,
Al rededor juntaba del Pollino
Cuantas narices de goloso olfato
Hallaba en el camino.
Viendo que se le sigue, va y lo toma
Por él el mentecato,
Y exclama interiormente:
No hay duda que hay aquí muy buena gente,
Y es conmigo finísima en sus modos.
Todos me obsequian, me acompañan todos.—
La estacion de las flores poco dura.
Sucede que otro dia
Le cargan á mi Burro de basura;
Y huyendo entonces el fatal encuentro,
Se vuelve cada cual ó se desvia,
Y en hallando un portal, se mete dentro.
Y el animal decia:
No se me puede honrar mas á las claras:
Todos, para que marche sin tropiezo,
Se apartan de mi lado veinte varas.

Así vive feliz un arrapiezo
De los que dicen *ignociencia* y *buya*,
Porque tiene la suerte
De que nada interpreta en contra suya,
Y todo en su provecho lo convierte.

FABULA L.

ESOPO Y EL BORRICO.

Al buen Esopo díjole un Borrico:
Por quien soy te suplico,
Si en algun cuentecillo me introduces,
Que pongas, como debes, en mi labio
Singular discrecion, lenguaje sabio.—
Esopo respondió: Yo bien podria
Fingirte bestia de talento y luces;
Pero al ver tan solemne desatino
Todo el mundo á una voz nos llamaria,
El filósofo á tí, y á mí el pollino.

Es alabar á un necio
Locura digna de comun desprecio.

FABULA LI.

EL CUADRO DEL BURRO.

Pintó el insigne don Francisco Goya
Con tan rara verdad y valentía
Un Burro de la casa en que vivia,
Que el cuadro borrical era una joya.
Mister qué sé yo quién, inglés muy rico,
Veinte mil reales por el lienzo daba;
Goya, que á la sazon necesitaba
Un estudio bien hecho de borrico,
Tenaz á enajenarlo se negaba.
Oyendo al fin un dia
El Asno vivo discutir el trato,
Exclamó sollozando de alegría:
¡Mil duros da el inglés por mi retrato!
Por el original, ¿qué no daria?

FABULA LII.

EL JUMENTO MURMURADOR.

Señor, es fuerza que la sangre corra,
(Dijo al Leon solícita la Zorra.)
Sin cesar el estúpido Jumento
De tí murmura con furor violento.
—¡Bah! (respondió la generosa fiera),
Déjale que rebuzne cuanto quiera.

Pecho se necesita bien mezquino
Para sentir injurias de pollino.

FABULA LIII.

EL PERAL.

A un Peral una piedra
Tiró un Muchacho,
Y una pera exquisita
Soltóle el árbol.

Las almas nobles,
Por el mal que les hacen,
Vuelven favores.

FABULA LIV.

LA LUCIÉRNAGA Y EL SAPO.

En el silencio de la noche oscura
Sale de la espesura
Incauta la Luciérnaga modesta,
Y su templado brillo
Luce en la oscuridad el gusanillo.
Un Sapo vil, á quien la luz enoja,
Tiro traidor le asesta,
Y de su boca inmunda
La saliva mortífera le arroja.
La Luciérnaga dijo moribunda:
¿Qué te hice yo para que así atentaras
A mi vida inocente?
Y el monstruo respondió: Bicho imprudente,
Siempre las distinciones valen caras:
No te escupiera yo, si no brillaras.

FABULA LV.

LOS CARACOLES.

Dos Caracoles un dia
Tuvieron fuerte quimera
Sobre quién mayor carrera
En menos tiempo daria.
Una Rana les decia:
Yo he llegado á sospechar
Que sois ambos á la par
Algo duros de mover:
Antes de echar á correr,
Mirad si podeis andar.

FABULA LVI.

EL FILOSOFO Y LA VERDAD.

Un Filósofo, jóven atildado,
Cómodo y además acomodado,
Tuvo el capricho de emprender un viaje
A buscar la Verdad en carruaje
Que marchara veloz á toda costa.
El Filósofo pues, tomó la posta,
Y por villas lugares y caminos
A su vez á viajantes y á vecinos
Ansioso preguntaba:
¿No sabeis cuánto dista
El alcázar insigne donde mora
Su alteza la Verdad?—A esa señora
(Cada cual contestaba)
Difícilmente le hallareis la pista.
Lo que es yo, ni de trato ni de vista
Ni de oidas conózcola siquiera,
Porque en mi vecindad es forastera.—
La esperanza el Filósofo perdia,
Cuando una tarde al fin, bien á deshora,
Encontró una pastora
Que pellico blanquísimo vestia.
La copa del sombrero le ceñia
Corona singular, ó bien guirnalda,
De ajenjo, siempreviva y azucena:
Cubríale los hombros y la espalda
Rubia, copiosa, undívaga melena,
Y su semblante á veces parecia
De atezado color, feo y agreste;
Y luego descubria
Cándida y rósea tez, beldad celeste.
—¿Sabes, gentil doncella
(Dijo nuestro filósofo viajero),
Cuál es de la Verdad el paradero?
—Para saberlo (respondió sencilla)
Nadie mejor que yo.—¿Qué maravilla,
Si la zagala aquella
Era, con su pellico y su corona,
La Verdad en persona?
Por lo mismo su rostro parecia,
Segun la posicion del que veia,
O segun los antojos del deseo,
Unas veces hermoso y otras feo.—
Ahora bien, pastorcilla
(El caminante prosiguió), ¿por dónde
Ha de guiar el conductor la silla?
—¡Ay, Señor! (le responde)
La rústica, la incógnita cabaña,
Que habita la Verdad, está en la cima
De una altísima y áspera montaña:
Sube un sendero allá, que pone grima,
Y lo fragoso de él y su angostura
No dan lugar á rueda ni herradura.
Al conductor y al amo les aviso
Que á pié, con harto afan, ir es preciso.
—¡A pié! (clamó el señor) ¡á pié jornada,
Segun lo que me dices, tan molesta!
¿Qué será de mi bota charolada?
¿Mas qué Verdad es esta,
Que fama de útil en el mundo goza,
Y en lugar de palacio, vive en choza?
Verdad que tanto cuesta,
Y que es tan ignorante, sobre todo,
Que desconoce el modo
De hacerse con dinero,
No es para nuestra edad, y no la quiero.

Hoy dia es evidente
Que el saber se conquista sin trabajo.
En costando fatiga... buenas noches.
Si quiere la Verdad culto frecuente,
Viva con esplendor y en sitio bajo,
Accesible á los coches.

FABULA LVII.

LA SOBRIEDAD DEL GATO.

Bebe agua pura como yo, borracho,
(Dijo el Gato al Mosquito.)
¿Cómo tu paladar halla exquisito
Ese indecente y pérfido calducho,
De cuyo olor no más tomo yo empacho?
—¿De manera que usted, segun escucho
(Contestó al miz el músico de oreja),
Solo el vinillo deja,
Porque la tal bebida no le agrada?
Pues yo tambien, sin ponderarlo nada,
Ese mérito igualo peregrino.
Si usted no cata el vino,
Yo no como ratones, camarada.

FABULA LVIII.

EL TESORO.

Un tesoro encantado
En cierta gruta de Aragon habia:
Fiero dragon alado,
Cuya boca metralla despedia,
Y cuyos ojos nunca
Se cerraban, guardaba la espelunca.

(Paréntesis: he dicho
Espelunca en lugar de *gruta* ó *cueva;*

Mas no por el capricho
De rebuscar la voz mas rara ó nueva :
La ley del consonante
Fué la que me obligó.—Paso adelante.)

Don Lope Revoltillo,
Gran señor en los cántabros confines,
Congregó en su castillo
Cien y cien esforzados paladines,
De combatir sedientos.
Por cien y cien, entiéndase doscientos.

Número suficiente
Aquel le pareció para la empresa
De quebrantar la frente
Al dragon de la gruta aragonesa,
Y de aquellos rincones
Sacar á luz millares de millones.

Gastó el buen caballero
En equipar su ejército, aunque chico,
Gran copia de dinero,
Y aun para cierto endemoniado pico
De no pequeño alcance,
Contrajo deudas, trampas en romance.

Ello fué de manera
Que al avistar en Aragon el punto
Guardado por la fiera,
El bizarro adalid se halló por junto,
Limpios de polvo y paja,
Cuatro maravedises en la caja.

Traban la lid : en ella
Van todos al dragon, y él acomete,
Derriba y atropella
Capitan y peon, bruto y jinete.
Cien combatientes, ciento,
Rindieron en sus garras el aliento.

Herido ya don Lope,
Con ímpetu mayor al monstruo avanza,
Y sin que en hueso tope,
Mételo por los hígados la lanza.
Da un bufido sonoro
Y muere el animal. ¡ Bien! ¿Y el tesoro?

El tesoro importaba,
¡Rara casualidad! precisamente
Ló mismo que llevaba
Revoltillo gastado con su gente;
No contando las vidas
En la refriega bárbara perdidas,

Ni el afan y molestia
De armar la expedicion, ni un chirlo guapo
Que á Lope dió la bestia.
Pero en compensacion hallóse un trapo,
Hilo y una redoma
Con dos onzas de bálsamo de Roma.

Son los conquistadores
Gloria de su país, pero funesta.
Esfuerzos destructores
Cada laurel á la nacion le cuesta,
Y tras hechos brillantes,
Queda, si estaba mal, tan mal como antes.

FABULA LIX.

EL ELEFANTE BLANCO.

Cazado fué en un bosque
Del reino de Siam
Un Elefante blanco,
Magnífico ejemplar.
Al que hallan los Siameses
Con circunstancia tal,
Divino le reputan
Y adoracion le dan.
No hay que admirarse mucho
De tanta ceguedad :
Tambien hay quien adore
Cuadrúpedos acá.
Domesticada un poco
La rústica deidad,
Con su abultada mole
Honró la capital.
En un palacio rico
Hicieron habitar
A su divina-blanca
Elefancianidad.
Allí en bandejas de oro
Y bombas de cristal
El pienso y la bebida
Le daban á embaular :
Incienso le ofrecia
Con obsequioso afan
Caterva numerosa
De gente principal,
Y cuando en sus paseos
Cruzaba la ciudad,
Por tierra se postraba
La turba popular.
Acompañaba un guia
Al dios irracional,
Hombre que ser pudiera
Allí divinidad.
Con este el Elefante
Se puso á conversar,
Y preguntóle un dia
Cierta dificultad.
—¿Por qué (le dijo) siempre

Que voy á pasear,
Se me arrodillan todos
Cuantos al paso están?
Demostracion tan rara,
Yo no sé á qué vendrá,
Pues yo no dejo al cabo
De ser un animal.
—¡Oh (respondióle el guia)
Modestia singular!
Mejor sabeis la causa
Que un infeliz mortal.
Punto es de fe que luego
Que al seno de la paz
Los héroes eminentes
De nuestra tierra van,
Sus almas vida nueva
Principian á gozar
En cuerpos de elefante,
Cual vos, y nada mas;
Y á fin de que los hombres
Los puedan venerar,
Esa blancura rara
Nos sirve de señal.—
Pasmado el Elefante
Oyó á su familiar.
—Eso (exclamó) ni aun pude
Soñarlo yo jamás.
¡Yo en otros tiempos hombre,
Y hombre que fué capaz
De todo lo que llaman
Humana heroicidad!
Calumnia semejante
No debo tolerar.
¿Qué rasgos en nosotros
Heróicos se verán?
Distingue al elefante
La magnanimidad:
Con un contrario débil
Rehusa pelear:
No envidia á sus iguales:
No es vano y suspicaz:
Feliz en su retiro
Mantiénese frugal:
Y casto en sus amores,
Y fiel á su mitad,
No duda por su raza
Su sangre derramar.
¿Cuál de los héroes todos,
Que hoy se celebran mas,
Cuál tuvo de estas pocas
Alguna cualidad?

FABULA LX.

LOS LOBOS.

Por Dios una descarga de metralla
(Gritó á su Cabo con horror un Quinto).
Ya todo este recinto
De hambrientos Lobos infestado se halla,
Que devoran feroces
Los muertos que al ejército contrario
Hizo nuestro valor en la batalla.
—Oye tú, perdulario
(Dijo al recluta con aullido fuerte
Un Lobo cano, que sintió las voces),
¿Por qué han de disparar? ¿En qué peca-
Nosotros enterramos [mos?
Y vosotros matais: y de esta suerte,
¿Quién será el criminal digno de muerte?

FABULA LXI.

EL PESCADOR.

Un pobre Pescador, volviendo al puerto,
Sacó en la red un muerto.
Sin mirar si era fiel ó si era moro,
Sepultura le dió, y halló un tesoro.

Premio de su virtud sencilla y pura,
La caridad le trajo la ventura.

FABULA LXII.

LA TIERRA DE LOS COJOS.

No lejos del *Estrecho*
Que hoy es *de Gibraltar* apellidado,
Hubo antes un país, ya sepultado
Por la furia del mar. Allí no habia
Ni un hombre que al andar fuese derecho:
Ley natural, que de sorpresa embarga
Por única en el mundo todavía,
Nacer á los indígenas hacia
Con una pierna corta y otra larga.
Salta pues, á los ojos
Que, á tales piernas, era
Consiguiente y precisa la cojera;
Pues aunque hay muchos cojos
Por otras causas que decir no importa,
Cojo es el que se ve por su desdicha
Con una pierna larga y otra corta,

O, términos usando generales,
El que tiene las piernas desiguales.
Aparte de la gracia susodicha,
Cual si tuvieran en la lengua nudos
Mujeres y varones,
Hablaban además á trompicones:
Cojos eran en fin y tartamudos.
Arribó á este país un Europeo,
Y al notar circunstancia tan chocante,
Dijo muy arrogante:
Rey voy á ser aquí, pues no cojeo.—
El hombre se llevó terrible chasco.
No bien de una ciudad las calles pisa,
Cuando viéndole andar los moradores,
Quién de lástima exclama, quién de risa:
Fruncen el gesto y aparentan asco
Señoras, señoritas y señores:
Haciendo muecas y soltando pullas,
Sigue la multitud al forastero,
« Que anda como los pavos y las grullas, »
Y hasta un despilfarrado zapatero,
Asiéndole del brazo,
En tomarle medida se empeñaba
Para hacerle una bota, que supliera
Con lo alto del tacon el gran pedazo
Que, segun él juzgaba,
En una pierna al otro le faltaba.
Burlado el infeliz de tal manera
Ya no pudo callar.—Pueblo sin juicio
(Grita con voz robusta y altanera),
Ir derecho no es vicio;
Lo vicioso y lo feo
Es el vaiven, el torpe bamboleo
Que sin cesar vais dando
Por no saber andar: yo soy el que ando;
Y atónitos de ver mi gallardía,
Cada cual imitarme deberia,
Si esto le fuese dable
A una turba de cojos miserable.—
Todas estas injurias imprudentes
No las oyeron bien aquellas gentes;
Pues como al son de la primera frase
Del colérico huésped, observaron
Que no era tartamudo, no esperaron
A que él sus invectivas acabase,
Para atudirle á voces y silbidos.
Cosa fué de taparse los oidos.
—¡ Qué qué-qué-qué (decian) lengua-guaje!
De-de lo que habla el mu-mu-muy salvaje,
La-là mi-mi-mitad se-se co-come.
Que un ma-maestro se-se le-le lleve,
Y á fu-fu-fuerza de-de zu-zurridos,
Que-que la-la costu-tu-tumbre tome
De-de hablar y an-andar co-como debe.—
Si en escapar de allí se tarda un poco,
Me le enjaulan por loco.

Tal suele acontecer al desdichado,
Que á combatir se atreve
Un error por el tiempo consagrado.

FABULA LXIII.

PLUTON Y EL CRITICO.

Del negro esquife de Caron salia
Escuálido, amarillo y cejijunto
Cierto recien-difunto,
Vecino de la calle de Segovia,
Que muerto de hidrofobia,
Por huésped á Pluton se le venia.
Vióle el señor de la region umbría,
Y extrañeza causándole su traza,
Le dijo: Buen amigo,
¿ Cuál mientras que viviste fué tu plaza?
—Mi plaza fué (le respondió)... Mal digo,
Mi grave ministerio,
Util como el que mas y necesario,
Fué repartir la mofa y vituperio,
Medicina del orbe literario.
Armado con el látigo inclemente
De la fria razon, crítico adusto,
El coco fuí, la pesadilla y susto
Del escritor chanflon y el eminente:
Y hasta que al fin la suerte poco sabia
Me hizo morir de rabia,
Las endiabladas ocurrencias mias
Dieron amargos dias
A todo pobre á quien hincaba el diente.
—¡ Hola! ¿con que mordias?
(Le replicó Pluton). Perfectamente:
Colocado en mi umbral, harás proezas.
Ese perro, que ves, de tres cabezas,
Se halla sin dientes ya y endeble de ancas,
Y ni ladra siquiera al forastero.
Te pondré su cadena y sus carlancas,
Y el puesto ocuparás del Cancerbero.

FABULA LXIV.

EL RUISEÑOR Y LA CALANDRIA.

Poeta campanudo, que te pierdes
Allá por las fantásticas alturas,
Sin que en tu vuelo rápido te acuerdes
De que al pobre lector dejas á oscuras,
A tí con las palabras me dirijo
Que el Ruiseñor á la Calandria dijo:
¿ Por qué tan á las nubes te levantas?
¿ Quieres que no se entienda lo que cantas?

FABULA LXV.

LA PRAGMATICA DE TRAJES.

Notaba con dolor el Rey prudente
De una region, que señalar no quiero,
La general miseria de su gente
Desde el ínclito prócer al pechero,
Y con miseria tal unido el flujo
De inaguantable ostentacion y lujo.
Para cortar el mal, dispuso varios
Edictos suntüarios;
Pero, ¡ fatiga vana!
Dados hoy, olvidábanse mañana.
—Claro está (dijo el Rey con pesadumbre)
Que se burla de mí la muchedumbre.
Tratemos de ver cómo
A cierta clase domo;
Pues logrando una vez que se acostumbre
Un ciento de mujeres y varones
A vestir económico y decente,
De ejemplares así, precisamente
Resultarán despues imitaciones:
Y si el vestido reformado ensaya,
Porque le sienta bien á su figura,
Tal ó cual hermosura
De las que ponen en mi corte raya,
La capital entonces á porfía
Y la nacion, por imitarla, toda,
La ley admitirán trocada en moda.—
Pues dicho y hecho. Remanece un dia
Hueca y oronda la oficial gaceta,
Diciendo: «El Rey nuestro Señor decreta,
Oido su Consejo, lo siguiente:
Desde cinco de agosto del presente
Ha de ser distintivo necesario
De todo ciudadano pretendiente
Vestirse de profeso mercenario,
Y toda pretendienta ciudadana
Vestirá de tercera franciscana.»
¡ Qué pasmo! ¡ qué prodigio!
En poco mas de un año
Ya era casualidad hallar vestigio
Del traje antes comun, que por extraño
Solo quedó para disfraz de baile.
Todos iban allí de monja ó fraile.
— ¿ Cómo el decreto fué tan bien cumplido?
¿ Tanto agradó el vestido?
—¡ Agradar! ¿ Quién tal piensa?
Era barato, cómodo y honesto,
Y eso jamás agrada, por supuesto.
Se recibió con repugnancia inmensa;
Pero en aquel pais desventurado,
Por la miseria y lujo devorado,
Los ya sabidos males
A otro mas grave mal orígen dieron.
Todos, sin excepcion, sus naturales
Pretendientes de oficio se volvieron.

Suplico á mis lectores
Que no den maliciosos en la maña
De ver aquí la imágen de la España.
Quiere decir, sin miras ulteriores,
El cuento relatado
Que es todo pretendiente bien mandado,
Y si obtener su pretension aguarda,
Sufrirá que le pongan una albarda.
Quien tierno de hombros fuere,
No solicite nada, si pudiere.

FABULA LXVI.

EL LINAJUDO Y EL CIEGO.

A un Ciego le decia un Linajudo:
Todos mis ascendientes héroes fueron.—
Y respondióle el Ciego: No lo dudo:
Yo sin vista nací; mis padres vieron.

No se envanezca de su ilustre raza
Quien debió ser melon y es calabaza.

FABULA LXVII.

UNO DE TANTOS.

Poderosos, venid: trazaros quiero
La historia singular de un caballero,
Que, *inmensamente rico*,
Años contó noventa y nueve y pico.
Escuchad y aprended: la historia es esta.
Don Fulano de tal nació en Almansa,
Comió, bebió, murió y en paz descansa.
¡Qué pérdida, señores, tan funesta,
Si muere mas temprano
Tan laborioso y útil ciudadano!

FABULA LXVIII.

BENEFICIOS DE LA LEY.

Caminaba á Jaen un Peregrino,
Y le asaltó un Ladron en el camino.
—La bolsa (le gritó), si no, la vida.—
El infeliz devoto se intimida,

Y entrega su caudal como un cordero;
Pero no satisfecho el bandolero,
A saco luego sus vestidos entra,
Y un relicario de valor le encuentra.
En esto se aparece un Cuadrillero.
Suelta el Ladron la alhaja y el dinero,
Huye, y entre los árboles se embosca.
—¿Cómo (exclama el viajero, agradecido
Al ángel salvador recien venido),
¿Cómo pagar á usted?—Venga la mosca.
—Hombre, déjeme usted lo necesario...
—Déme tambien usted el relicario.
—Pero, señor, con tales condiciones,
Nada, en librarme del Ladron, consigo.
—Yo tengo desgarrados los calzones:
Cámbiemelos usted, y agur, amigo.

Ya que existe un poder que al ciudadano
Libra del golpe de opresora mano,
¿Por qué de ese poder es ley precisa
Que deje al protegido sin camisa?

FABULA LXIX.

EL PAJARO Y EL NIÑO.

Un Pajarillo
Dieron á Blas,
Niño travieso,
Buen perillan.
Atale un hilo,
Le echa á volar,
Y el prisionero
Quieto se está.
Blas le decia:
—Torpe animal,
Goza el permiso
Que hoy se te da.
Largo de sobra
Es el torzal:
Vuelos muy altos
Puedes echar.
—No (dice el ave),
Que en realidad
Ese bien luego
Tórnase mal.
Tú de la pata
Me tirarás,
Siempre que el vuelo
Quiera yo alzar.

No hay servidumbre
Que aflija mas
Que una con visos
De libertad.

FABULA LXX.

EL USO DE LA LIBERTAD.

«¡Viva la libertad!» Así gritaban
Juntos con recia voz por largo rato,
Al verse libres de su duro encierro,
Una Marmota, un Gato,
Un Colorin y un Perro,
Que antes en un cortijo suspiraban,
Víctimas del poder y los caprichos
De un labrador aficionado á bichos.
¿Qué se hace, compañeros?
(Preguntó el Colorin, pues es costumbre
De bestias á la vez y caballeros
Que el promotor de las cuestiones sea
La cabeza mas ruin de la asamblea.)
Yo (prosiguió diciendo muy ufano),
Puesto que terminó la servidumbre,
Y en ella me enseñaban varios sones,
Quiero desde hoy con ellos al tirano
Silbar, y confundirle á maldiciones.
—Yo (dijo la Marmota),
Buscaré un agujero
Para dormir en él un año entero.
—Aquí (el Gato exclamó), segun se nota,
Por los collados hay y los ejidos
Multitud de conejos y de nidos:
Ya que se me presenta buena traza,
Contrabandista me hago de la caza.
—Yo (prorumpió sagaz el Perdiguero),
Como que libre y suelto bien me lamo,
Voy libremente á ver si encuentro un amo.

¡De tan indigno modo
Empleó la cuadrilla emancipada
La libertad dulcísima anhelada!
Para las almas nobles ella es todo;
Para egoistas, nada.

FABULA LXXI.

EL LEON Y LA VACA.

Hubo un Leon que, fiero
Verdugo, y no monarca,
Ni toro ni cordero
Dejó por la comarca.
Su sanguinario porte
Movió feroz encono:
La plebe con la corte
Fué y derribó su trono.
Piedad en su condena
Obtuvo inmerecida:

Perdió la real melena;
Salvó la infame vida.
La turba que no en vano
Le acometió valiente,
Juzgó para un tirano
Tal pena suficiente.
Metióse en un terreno
De abominable traza,
De cambroneras lleno,
Sin fuentes y sin caza.
Allí con hambre aguda,
Secas de sed las fauces,
Comió por carne cruda
Los mimbres de los sauces.
Ya temeroso un dia
De próximo exterminio,
Débil tomó la via
De su anterior dominio.
Una piadosa Vaca
Por tierra le descubre,
Ve que la lengua saca,
Y acércale la ubre.
Se alza él y satisface
La sed devoradora;
Mas chupa tanto, que hace
Sangre á su bienhechora.
Y oyendo que gemia,
«Perdona (dijo el bruto):
Pensaba todavía
Ser príncipe absoluto.»

FABULA LXXII.

EL BARCO, EL RIO MARAÑON Y LA RIBERA.

Yo (dijo el Barco al Marañon bravío)
Navego sobre tí: besa mi casco,
Y admira mi saber y poderío.
— Yo (le replica el Rio),
Si revuelve mis olas un chubasco,
Estrello en un peñasco
Todo ese gran poder: tiembla del mio.
—Vivid en paz (exclama la Ribera):
Si hay borrasca, me inundo la primera.

Si chico y grande con furor insano
Se enzarzan en quimera,
Quien no quiere reñir es el pagano.
Falta, para que á todos bien redunde,
Que no insulte el bajel, ni el agua inunde.

FABULA LXXIII.

EL MOLINERO.

Nuestros romances de ciego
(Jácaras que dicen otros),
Ya se sabe que empezaban
Exactamente de un modo.
Para cantar las proezas
De algun insigne galopo,
Que acabó suspenso en horca
Sus dias facinerosos;
Para referir con gracia
Las trapisondas y embrollos
De alguna bruja, tres veces
Baqueteada en el lomo;
O bien para describir
Amorios peligrosos,
Que por milagro de Dios
Pararon en matrimonio;
Principiaban los poetas
Pidiendo al Señor devotos
Favor para celebrar
Lances que inspiró el demonio.
Yo que un romance de aquellos
Enjaretar me propongo,
Seguir quisiera un estilo
Tan general y piadoso;
Pero temiendo que digan
Que no es de fábulas propio
Nombrar á Dios ni á la Vírgen,
Ni al celeste consistorio;
Ya que haga una invocacion
Segun la norma que adopto,
Invocaré un personaje
Fabulable y fabuloso.
Tú, Lazarillo de Tormes,
Sison célebre entre todos,
Tú que tan cara pagaste
La longaniza y el mosto;
Ya que segun nos refieres
En esas páginas de oro,
Bajo el techo de un molino
Abriste á la luz los ojos,
Inspira mi lengua sosa,
Dale tu decir donoso
Para que el garbo engrandezca
Del molinero Jeromo.

Jerónimo Garranchon,
Agil y robusto mozo,
De vista de águila y manos
Como entre de gato y mono,
Alquilaba de ordinario,
Cual diestro en aquel negocio,
El molino de la harina
De un pueblo cerca de Toro.

Los molineros allí,
Desde el tiempo de los godos,
De todo el trigo que muelen
Se hacen en especie cobro.
Maquilar llaman á esto;
Mal-quitar, sostuvo un docto
Que fuera mejor; la causa
Búsquela por sí el curioso.
Maquila es la cantidad
Que el labrador por abono
Cede al molinero en cambio
De hacerle su grano polvo.
A Jeromo, de maquila,
Tocaba en fanega solo
Medio celemin rasado,
Sin una línea de colmo;
Pero él las cosas á medias
Las miró siempre con odio,
Y á pares los celemines
Maquilaba sin rebozo.
—Es (clamaban los vecinos)
Cosa que nos vuelve locos:
Trigo que dé menos pan,
Nunca lo vimos nosotros.—
Esta merma ocasionó
Quejas, riñas y alborotos,
Y fué quitado el molino
Al tal picaron de á folio.
Tomólo un amigo suyo,
Que, siendo sison mas corto,
Comparándole al primero,
Era concienzudo y *probo*.
Tuvo el nuestro que moler,
Despues que sufrió el despojo,
Una fanega de aquellas
Que ganó, ya dije cómo;
Y encontró á su sucesor
Fuera del molino en corro,
Jugando con siete holgones
Una merienda de pollos.
—¿Tienes prisa? dijo el nuevo.
—Sí.—Pues yo no me incomodo.
Muele y maquila por mí.
—Corriente: á ver si me porto.—
Descargó y entró el costal;
Hinchió la tolva, y de pronto
Lleno de trigo sacó
Un esporton ancho y hondo.
—¿Habré maquilado bien?
(Preguntó al nuevo, Jeromo.)
El hombre, viendo la espuerta,
Le contestó con asombro:
¿No mueles una fanega?
—Sí.—Pues, si no me equivoco,
En ese capacho sacas
Tres celemines.—Y bobos.
—¿Y es el trigo tuyo?—Mio;
Pero es tan blanco y tan gordo,
Que maquilar la mitad,
Aun me pareciera poco.

Es natural: ciertos vicios,
Cuando se arraigan á fondo,
A costa de cuanto tiene
Los ejercita el vicioso.

FABULA LXXIV.

LA ESCALA.

Hambriento un Avion cogió un Mosquito,
Que indulto le pidió por ser chiquito
Y dar poco alimento;
Pero enojado el otro, á fuer de hambriento,
—No esperes (dijo) que tu voz me ablande:
Muere, que si eres chico, yo soy grande.—
No bien hizo la muerte el inhumano,
Píllale entre sus uñas un Milano.
Temblando el Avion gime y suplica;
Pero el Milano adusto le replica:
—No tienes que pensar que yo me ablande;
Muere, que tú eres chico y yo soy grande.—
Vió el Aguila al Milano entretenido
En devorar el pájaro cogido,
Y volando veloz, le prende y mata,
Por mas que ruega y de salvarse trata.
—No es fácil (murmuró) que yo me ablande;
Muere, porque eres chico, y yo soy grande.—
Fué el Aguila á volar; pero la bala
De un diestro Cazador le rompe un ala,
Y al revolcarse por el suelo herida,
—¿Por qué (gritó) me privas de la vida?
—Porque no hay (dijo el Hombre) quien me mande.
Muere, pues eres chica, y yo soy grande.

Nadie uso indigno de sus fuerzas haga,
O sepa, si obra mal, que al fin se paga.
No murió el Cazador, y sí el Mosquito,
Y el lector pensará que sin delito.
No, pues al Cazador con furia impía
Le chupaba la sangre noche y dia.

FABULA LXXV.

LA PRUDENCIA HUMANA.

Cayó en la red del pescador artero
Un Barbo jovencito.
¡Allí fué trabajar el prisionero

Para romper el cáñamo maldito!
Chupa, muerde, batalla,
Deshilacha el torzal, quiebra una malla,
Y al fin se libra del peligro fiero.
—¡Caramba! (prorumpió) ¡de buena esca-
Viviré en adelante sobre aviso. [po!
Quien me pesque otra vez, ya ha de ser guapo.
Mas una cosa de comer diviso,
Que á merced de las olas sobrenada,
Por un hilo sutil á un palo atada.
Es, si no me equivoco,
Pan, y buena racion; pues me la emboco.—
Tírase al cebo el pez sin mas recelo,
Y al salir de la red, tragó el anzuelo.

Así, con sus propósitos ufana,
Se arroja en pos del apetito loco
De yerro en yerro la prudencia humana.

FABULA LXXVI.

EL AVARO Y EL JORNALERO.

(De don Agustin Moreto.)

Todo su caudal guardaba
Cierto Avariento cuitado
En onzas de oro, metidas
En un puchero de barro.
Por tenerlo mas seguro,
Fué con su puchero al campo:
Al pié de un árbol cavó,
Y lo enterró con recato.
Amaneció al otro dia
Hambriento y desesperado
Un Jornalero, sin pan
Ni esperanza en ganarlo.
Sacudió las faltriqueras,
Y hallando en una cuartos,
Sale, se compra una soga,
Y en seguida, como un rayo,
Se va al campo á que le quite
Los pesares el esparto.
Trataba de ahorcarse en fin,
Y escogió para e lo el árbol,
Que era del tesoro en onzas
Inmóvil depositario.
Al afianzar de una rama
Bien la soga el pobre diablo,
Se le hundió en el hoyo un pié,
Y halló el puchero enterrado.
Cogióle, besóle y fuése,
Y corriendo á corto rato
Sus preciosas amarillas
Vino á visitar el amo.
La tierra encontró movida,
Y el hoyo desocupado;
Pero de puchero y onzas
No vió ni sombra ni rastro.
Reparó en la soga entonces,
Y haciendo á la punta un lazo,
Se ahorcó para no vivir
Sin su tesoro adorado.
Así el puchero y la soga
Mal ó bien se aprovecharon:
Él en un hambriento, y ella
En el cuello de un avaro.

FABULA LXXVII.

LA ABUELA.

(De don Juan de Matos Fragoso.)

Cariño grande tenia,
Como es regular tenerlo,
A un niño de pocos años
Su Abuela casi de ciento.
Murió un pariente y dejó
A los dos por herederos,
Para que á medias gozaran
Sus alhajas y dinero.
Un grupo de San Miguel
Con el diablo por trofeo
Quedó de nones al cabo
Del total repartimiento.
Era el ángel de marfil,
Y el diablo de oro: y queriendo
Repartir los albaceas
Alhaja de tanto precio,
Dijo la Abuelita: Yo
Con lo peor me contento;
Venga el demonio conmigo,
Y lleve el ángel mi nieto.

Así son viejas y niñas,
Así son mozos y viejos:
Nadie quiere al ángel pobre;
Todos al diablo opulento.

FABULA LXXVIII.

TAL PARA CUAL.

(De Lope de Vega.)

Cuentan que dos se casaron,
Y, la noche de la boda,
Ya en quietud la casa toda,
De tal manera se hablaron.
Él dijo: Ya no hay que hacer
Secretos impertinentes:
Postizos traigo los dientes;
Paciencia: sois mi mujer.—
—Dijo ella: Perdon os pido.
Postizo traigo el cabello;
No hay que reparar en ello:
Paciencia: sois mi marido.

Es muy justo y natural,
Cuando hace un engaño alguno,
Que encuentre con otro tuno,
Y queden tal para cual.

FABULA LXXIX.

LA O ENTRE NUMEROS.

(De don Pedro Calderon de la Barca.)

De una dama era galan
Un Vidriero que vivia
En Tremecen, y tenia
Un grande amigo en Tetuan.
Rogó al Vidriero la dama
Que al amigo le escribiera
Que una mona remitiera;
Y como siempre quien ama
Quiere con garbo cumplir,
A fin de que á su capricho
La ninfa escogiera el bicho,
Tres ó cuatro envió á pedir.
El *tres ó cuatro* escribió
En números el Vidriero;
Y cátate que en un cero
Vino á trocarse la O.
Y sin mas antecedente
Sobre el extraño pedido,
El de Tetuan sorprendido
Leyó del tenor siguiente:
« Amigo: para personas
De toda mi estimacion,
Mándame sin dilacion
Trescientas y cuatro monas. »
Hallóse apurado el tal;
Pero harto mas se apuró
El Vidriero cuando vió
Contra su frágil caudal
Dentro de muy pocos dias
Apearse con estruendo
Trescientas monas haciendo
Trescientas mil monerías.
Y costó al mal escritor
Su ortográfico delito
Ver hecho trizas todito
El vidrio de su obrador.

Tales yerros cometer
Suele en materia mas grave
Quien manda mal á quien sabe
Malamente obedecer.

FABULA LXXX.

LA IMAGEN DEL AMOR.

A poco de casado
Un Pintor entusiasta de su estado,
Hizo un cuadro soberbio de Cupido.
Pintóle hácia una flor abalanzado,
El rostro enardecido,
Llama vertiendo los divinos ojos
Exentos ya de la enojosa venda,
Y provocando con sus labios rojos
Al ósculo en que amor pierde la rienda.
Es demás añadir que la figura
Estaba en carne pura:
Los dioses de la Grecia mentirosa
No usaban, á la cuenta, vestidura.
—Llega, (dijo á su Esposa
Con orgullo el Pintor), llégate y mira.—
Miró con interés; pero al instante
Se le tiñó de púrpura el semblante,
Bajándole confusa y vergonzosa.
Él, viéndolo exclamó: ¿Desden te inspira
Cuadro que pasará por un modelo?
¿Ves que falte al amor alguna cosa?
Respondió la Mujer: Le falta un velo.

FABULA LXXXI.

LA NOVIA SERPIENTE.

Hubo en cierto país antiguamente
Una Niña encantada,
Que era mitad mujer, mitad serpiente;
Fuera de esto, bonita y hacendada.
Un mágico eminente
No dudó sostener que lograria
El vínculo feliz del matrimonio
La figura quitarle de demonio.
Casaron, pues, á la señora mia,
Y la que media sierpe fué soltera,
Luego que recibió las bendiciones
Se volvió sierpe entera,
Y el dia de la boda, en un descuido,
Se comió con los dulces al marido.

¡ Cuántas hay, sin que tengan el encanto
Que ejercen la hermosura y los doblones,
Que en pronunciando el sí del nudo santo,
Se vuelven culebrones!

FABULA LXXXII.

LAS FURIAS.

Al correo ordinario de los dioses
Dijo una vez Pluton: Amigo mio,
Torpes están las Furias y aviejadas;
Y acá para mi avío,
Jóvenes deben ser despabiladas.
Parte á la tierra pues, y no reposes
Hasta ver si allí me proporcionas
Tres fuertes mocetonas,
Utiles para dar zurrido largo.—
Mercurio echó á volar con el encargo.
En el Olimpo casi el mismo dia
Juno á su mandadera le decia:
—Iris, vamos á ver si te despachas,
Y me subes del mundo tres muchachas,
Libres de la epidémica manía,
Que llaman por allá *coquetería.*
Venus hoy con orgullo escandaloso
Por centésima vez se me ha jactado
De haber sin excepcion *coquetizado*
A todo el sexo hermoso,
Y ha de ser lance para mí gustoso
Si con tres ejemplares la desmiento.
Marcha, y haz el recado.—
Iris partió ligera como el viento.
Lo que anduvo la pobre, no se diga.
Corrió tres veces la terráquea bola;
Mas vana fué su pertinaz fatiga,
Y húbose de volver cansada y sola.
Juno al verla exclamó: ¡Tornas lo mismo
Que de aquí te mandé! ¿Qué es esto, amiga?
¿No hay libres del aciago coquetismo
Tres entre tantos femeniles seres?
Dígote que se portan las mujeres.—
Iris á Juno respondió: Señora,
Tres jóvenes ahora
Te presentara yo, segun las quieres:
Tres que odian los equívocos placeres
Y hacen de austeridad pomposo alarde:
Mozas de tomo y lomo,
Nada coquetas, ¡oh! ni por asomo.
Pero ¡ay! llegué ya tarde.
—¡Tarde has llegado! ¿Cómo?
—El bribon, el tunante de Mercurio
(Su deidad me perdone si le injurio)
De entre las manos á las tres me quita.
—¿Por qué?—Porque Pluton las necesita.
—¡Pluton esas doncellas tan cabales!
¿Para qué?—Para furias infernales.

Esto sucederia,
Si aconteció en verdad en tiempo alguno,
Cuando reinaba en el Olimpo Juno.
Ya es otra cosa: hoy dia
Ni hay plaga tal de coquetillas locas,
Ni en cambio son tan pocas
Las que en defecto de belleza y labia,
Se dan á esa virtud que aúlla y rabia.
Enseña á mis lectoras solamente
Por lo mismo el apólogo presente
Que la que aspire á perfeccion completa,
No ha de ser ni pimienta ni veneno;
Y aunque diga un poeta
Que *entre coqueta y furia*, *la coqueta*,
En medio de las dos está lo bueno.

FABULA LXXXIII.

LA ESPOSA MODELO.

Hay varios pareceres
Sobre si aman de veras las mujeres:
Sin decidir cuestion tan importante,
Vaya un ejemplo de mujer amante.
Blas y Blasa, vecinos de una villa,
No sé si de Aragon ó de Castilla,
Se amaban de manera
Que eran el pasmo de la villa entera.
En protestas de amor la vida pasan. [casan,
Los padres... ¿qué han de hacer? al fin los
Y marido y mujer (¡prodigio extraño!)
Vivieron como novios casi un año.

No era para durar tanta ventura.
Coge Blas una fuerte calentura:
Cuídale su mujer á toda costa;
Pero el mal se le lleva por la posta,
De modo que el doctor al cabo lanza
La sentencia fatal: ¡No hay esperanza!
¡Tremendo anuncio que en el alma hiere
A la consorte fiel!—¡Ay! ¡que se muere!
¡Ay! (grita) que me quedo sin marido!
¡Para qué, justo Dios! ¿habré nacido?
¿Por qué en mí la dolencia no se ceba,
Y en lugar de mi Blas, á mí me lleva?
Muerte, ven presurosa:
Deja al marido en paz, muera la esposa.—
La Muerte en el momento
Se cuela de rondon al aposento,
Y dicen: ¿Quién me llama?
¿Cargo con el galan ó con la dama?—
Blasa responde con turbado acento:
Llévate al infeliz que está en la cama.

¡Oh qué pronto desmiente la experiencia
De la pasion los arrebatos locos!
Esto de dar por otro la existencia
Lo dicen muchos; pero lo hacen pocos.

FABULA LXXXIV.

EL VIUDO.

Suele amar la mujer con gran ternura;
Pero es siempre su amor de poca dura.
La firmeza, al contrario, tiene un templo
En el alma del hombre: va de ejemplo.
Agonizando estaba
Inés Querol, á quien su esposo amaba,
No con amor vulgar, sino extremado
Y en un largo noviaje acreditado,
En que hubo riñas, paz, éxtasis, zelos,
Paterna oposicion, rival y duelos,
Parando en fin la baraunda toda
En que la pobre Inés cayó malita
Sin desechar las galas de la boda.
—Nadie su fin evita
(Dijo la moribunda á su consorte);
Mas ya que está mi muerte decretada,
Hazme para que menos angustiada
Nuestra fatal separacion soporte,
Haz, Gabriel, á tu Inés el juramento
De no pensar en otro casamiento:
Con esto lograrás que en paz me aduerma.—
Juró Gabriel, y se murió la enferma.
¡Cuál fué el dolor del viudo!
¡Jesus! dolor de codo y mas agudo:
Seco, es decir, sin llanto,
Sordo al consuelo, y como sordo, mudo.
Pero Inés falleció, y hay por lo tanto
Un cuerpo que llevar al campo santo.
Para ello se amortaja
Con el nupcial vestido á la difunta;
Mas antes que la encierren en la caja,
Viene á verla Gabriel.—¿Quién es (pregunta,
Cuando la ve tan maja),
Quién es el que dispone de lo ajeno,
Y así me echa á perder traje tan bueno?
Si trato de casarme por ventura,
¿No le podrá servir á mi futura?

Con la pena tal vez el desdichado
No se acordaba ya de lo jurado.
Juró de buena fe, de buena gana;
Pero pronto olvidó.—¡Miseria humana!

FABULA LXXXV.

ANDRÉS MORUGO.

Andrés Morugo, labrador casado
Con Beatriz Malagon, que era una arpía,
Soñó que se moria
Por la misma Beatriz envenenado,
Y que muriendo el hombre echando ternos,
Bajaba derechito á los infiernos.
Despertóse mi Andrés acongojado,
Y entre sí discurria:
Si tal piensa Beatriz, no es disparate
Matarla yo para que no me mate.
Voy á coger el hacha,
Y sin que suelte un ay, se la despacha.—
Cogió, pues, la segur; pero al momento
Le detuvo el siguiente pensamiento:
Como está esa mujer de culpas llena,
Si la mato de pronto se condena;
Y segun en el sueño se me dijo,
Yo me he de condenar tambien de fijo:
Con que despues de cuanto aquí lidiamos,
A una posada sin remedio vamos,
Y tal vez á los dos Pero-Botero
Nos zampe en el mismísimo caldero.
No, no. ¡Bien haya el celestial aviso!
Si me guarda Beatriz tan fiero encono
Que me quiere matar, yo la perdono;
Si no, mi cruz soportaré sumiso,
Ganando de los mártires la palma,
Con lo cual es preciso
Que en exhalando el alma,
Suba yo sin Beatriz al paraíso.
¡Gran determinacion, por vida mia!
Lejos de tal mujer, ya se podia
Ir á tragar en el infierno azufre:
Pero ¡infierno con ella! ¿quién lo sufre?

FABULA LXXXVI.

LA VIUDA DEL MALABAR.

EL SACERDOTE.

Quémate con tu esposo, y vas al cielo.

LA VIUDA.

Si al cielo voy, me quemaré sin duelo.

EL SACERDOTE.

Cenarás con el alma del difunto.

LA VIUDA.

¿Nuevamente con él allí me junto?

EL SACERDOTE.

Y para siempre ya.

LA VIUDA.

Si tal me espera,
No meto yo mis carnes en hoguera.

EL SACERDOTE.

¿No tienes pundonor?

LA VIUDA.

Tengo memoria.
Con un marido malo, ni á la gloria.

FABULA LXXXVII.

ESCENA DE SEGUNDAS NUPCIAS.

EL PADRE.

Fruto de mis primeros esponsales,
Hija en hora tristísima nacida,
Pues al rigor de incomprensibles males
En la flor de la edad pierdes la vida,
¿Qué memoria filial por despedida
Le dejas ¡ ay ! al lastimado viejo,
Que ve llegar tu postrimer suspiro?

LA HIJA.

Padre, infeliz os miro :
Mi compasion, mi bendicion os dejo.

EL PADRE.

¿Qué dejas por legado
A la consorte fiel, que tengo al lado?

LA HIJA.

Esa mujer al túmulo me arrastra.
Dejo la maldicion á mi madrastra.

FABULA LXXXVIII.

EL CIELO EN LA TIERRA.

Soñó cierto Filósofo machucho
(Pues filósofos hay que sueñan mucho)
Que una noche de mayo
San Anton su tocayo
A visitarle con su adjunto vino,
Y haciéndole montar en el cochino,
Llevósele de un vuelo
A recorrer el ámbito del cielo.
Conducido que fué, dijo en el acto
El huésped terrenal estupefacto:
¡ Bien se pasa en la gloria! ¡ bien se pasa!
Un poco de la dicha que sin tasa
Disfrutais junto á Dios, ¿ no conviniera
Que á probar en el mundo se nos diera
Por via de adelanto,
Para llevar mejor aquella vida,
Continua serie de zozobra y llanto?
—¡ Singular peticion! (exclama el Santo.)
La teneis concedida
Desde el tiempo de Adan.—No hago memoria.
—Olvidadizo estás, amigo Antonio.
Mira un buen matrimonio,
Y en él verás la imágen de la gloria.

FABULA LXXXIX.

LA VIDA DEL HOMBRE.

Hecho ya el mundo y poblado
Con todos sus animales,
A cada cual su destino
Júpiter quiso anunciarle.
—Tú has de servir (dijo al Asno)
De acémila perdurable:
Te darán mal de comer
Y palos á centenares.
Treinta años es necesario
Que en ese oficio trabajes;
Despues de treinta cumplidos,
Te dejaré que descanses.
—Treinta años (replicó el Burro)
De afan, de palizas y hambre,
Son demasiado: te pido
Que unos veinte me rebajes.—
Júpiter convino en ello,
Y al Perro mandó acercarse.
—Tú (dijo) serás del hombre
Compañero inseparable.
Tú cazarás, y tu dueño
Comerá lo que tú caces;

Tú le guardarás la casa
Treinta y cinco años cabales.
—Muchos son (repuso el Perro),
Porque es el trabajo grande:
Quítame los veinte y cinco;
Basta con los diez restantes.
—Norabuena (contestó
El siempre benigno padre):
Vete en paz, y al Mono dile
Que se me ponga delante.—
Pasado el aviso al Mono,
Que vino haciendo visajes;
—Tú (díjole el dios riendo)
Casi para nada vales.
Arrastrando una cadena
Y en poder de charlatanes,
Veinte y cuatro años harás
La diversion de las calles.
—¡Yo (gritó el Mono) sufrir
Veinte y cuatro años de ultrajes!
Rebaja pido.—Corriente.
¿Cuánto?—La tercera parte.—
Por su órden tocaba al Hombre
A Júpiter presentarse.
—Ven tú, predilecto mio,
(Prorumpió el númen afable.)
Mira esas verdes colinas,
Mira esos floridos valles,
Mira ese revuelto mar,
Que tú poblarás de naves:
Todo es tuyo: vive y goza
Tesoros tan abundantes.
Treinta años te doy, que es tiempo
De mas para que te sacies.
—¡Treinta no mas! (clamó el hombre.)
Es un soplo, es un instante.
Con plazo tan reducido,
¿Qué ha de poder disfrutarse?
Dame cien años lo menos,
O si no, recoge y dame
Todos los que el Mono, el Perro
Y el Asno dejaron antes.—
Júpiter condescendió,
Bien que no de buen talante,
Y explicó de esta manera
Su decreto inalterable:
—Al Asno, al Perro y al Mono
La vida les heredaste;
Les heredarás tambien
Con ella sus propiedades.
Treinta años de vida de hombre
Tendrás feliz y agradable;
Pero de bestia será
Desde treinta en adelante.
De los treinta á los cincuenta
En tí lloveran afanes:
Mantendrás casa y familia
Con tu labor incesante.
De allí á los sesenta y cinco,
Adorando en lo que guardes,
No dormirás, recelando
Que todos van á robarte.
Si de allí pasas, entonces,
Perdidas tus facultades,
Te harán fábula del mundo
Chocheces inaguantables.
Mejor mil veces te fuera
Con mi gusto conformarte:
Bien te dí, pediste mal:
Quien lo quiso, que lo pase.

FABULA XC.

JUPITER Y LA OVEJA.

Tantos y tales trabajos
Hicieron pasar las fieras
Al mas inocente bruto,
A la pacífica Oveja,
Que á Júpiter hubo al cabo
De pedir que discurriera
Cómo buscaba camino
Para aliviar sus miserias.
Júpiter le dijo: Veo,
Y harto de verlo me pesa,
Mansa criatura mia,
Que te he dejado indefensa.
Para suplir esta falta,
Elige el medio que quieras:
Las armas que mas te agraden,
Te dará mi omnipotencia.
¿Quieres que dientes agudos
En tus mandíbulas crezcan,
O que tus piés se revistan
De fuertes garras que hieran?
—No quisiera yo, señor
(Respondió la pretendienta),
Cosa que me asemejara
A la raza carnicera.
—¿Será mejor que introduzca
Mortal veneno en tu lengua?
—No, que me aborrecerán
Lo mismo que á las culebras.
—¿Quieres que te arme de cuernos
Y á tu frente dé mas fuerza?
—No, que entonces, como el chibo
No me hartaré de pendencias.
—Pues, hija, yo solo puedo
Salvarte de una manera:
Para que no te hagan daño,
Preciso es que hacerlo puedas.
—¿Preciso? (la Oveja exclama.

Dando un suspiro de pena):
Prefiero entonces á todo
Mi flaca naturaleza.·
La facultad de dañar
Gana de dañar despierta,
Y por no hacer sinrazones,
Vale mas el padecerlas.—
Júpiter enternecido
Bendijo á la mansa bestia,
Y ella no volvió jamás
A pronunciar una queja.

FABULA XCI.

EL ALMA DE SALOMON.

Un laborioso Anciano
De sol á sol sin descansar labraba
La fértil heredad que poseia.
Él por su mano araba,
Él por sí mismo el grano,
Que el sustento comun del hombre encierra,
Solícito vertia
En el fecundo seno de la tierra.

A la sombra una vez que en torno arroja
Una altanera encina,
Copuda en ramas y poblada en hoja,
Preséntase al Anciano de repente
Una Vision divina.
Él se sorprende y pasma;
Y en acento mas dulce que severo
Le dice la fantasma:
«No la presencia mia te amedrente:
Soy Salomon: declárame sincero,
¿Por qué, ya que tu edad va declinando,
Tan ávido te afanas trabajando?—
—Si eres el sabio rey gloria de Oriente,
(El labrador contesta)
Bien puedes figurarte mi respuesta.
Yo estudié con desvelo tus lecciones:
En ellas al mancebo le propones
Que á recoger aprenda de la hormiga,
Sin perdonar momento ni fatiga.
Yo su ejemplo he seguido,
Y lo que dócil aprendí mancebo,
Viejo tambien á ejecucion lo llevo.
— A medias solamente has aprendido
(Dijo la Sombra) mi consejo sano.
Vuelve de nuevo y á la hormiga observa,
Y en su sagaz gobierno
Verás que si trabaja en el verano,
Prudente se reserva
Sus acopios gozar en el invierno.
Tú, que al invierno triste
Llegaste de la vida,
Reposa ya y descuida,
Y disfruta por fin lo que adquiriste.

FABULA XCII.

LAS DOS FAMAS.

Dos *Famas* hay: contemporánea es una,
Favorita especial de la Fortuna;
La segunda, que *póstuma* se llama,
De la Verdad y el Tiempo hija querida,
Es la inmortal, la verdadera Fama.
En un caballo alígero subida,
Marchaba, como suele, de corrida
De Fama de los vivos afanosa,
Y al son de su trompeta clamorosa
Llevábase detrás gente sin tino.
De repente á la orilla del camino
La fogosa jineta
Encontró á su rival muda y sentada.
— ¿Cómo es (le preguntó) que no haces nada,
Cuando ocupar debieran tu trompeta
Celebridades que hay de tantas clases?
— Estoy (dijo la póstuma) parada,
Aguardando á que pases.

FABULA XCIII.

EL CANGREJO.

Resto de una comida,
Que orilla de un arroyo fué servida,
Quedó sobre las yerbas arrojado
El conchudo cadáver de un Cangrejo,
Lo mismo que la grana colorado.
Miraban y admiraban reflexivos
Otros Cangrejos vivos
Aquel tinte magnífico bermejo,
Y cada cual de su interior exhala
Esta loca expresion: ¡Hermosa gala!
¡Quién el secreto raro poseyera
De poderse pintar de igual manera!—
Oyendo la ocurrencia peregrina,
Díjoles un Raton, docto en cocina:
Para adquirir matices tan brillantes,
No hay otro medio que coceros antes:
Mirad, pues, lo que al mísero le cuesta
La mortaja de honor que tiene puesta.

Quien envidie la fama esclarecida
Que á los varones célebres rodea,
Tome su historia y vea
¡Cuánto dolor acibaró su vida!

FABULA XCIV.

EL PLANTADOR.

Yo esa higuera planté y aquel manzano,
Y ambos me rinden hoy copioso fruto.
Hijos, igual tributo
Debeis pagar á vuestro padre anciano.

FABULA XCV.

LA MARIPOSA Y LA EFIMERA.

LA MARIPOSA.

Insectillo
Singular,
¿Quién te puso
Donde estás?

LA EFÍMERA.

Ha corrido
La mitad
De mi vida
Natural,
Y he morado
Siempre en paz
Esta mata
De arrayan.

LA MARIPOSA.

Yo el cercano
Manantial
Suelo á veces
Visitar,
Y te juro
Que jamás
Vi tu rastro
Ni tu faz.
Tú no estabas,
En verdad,
Há tres horas
Por acá.

LA EFÍMERA.

Bien lo puedes
Afirmar:
Yo no tengo
Tanta edad.

LA MARIPOSA.

¿Cuánta vida
Dios os da,
Por el órden
Regular?

LA EFÍMERA.

Muchas horas:
Diez quizá.

LA MARIPOSA.

¡Espantosa
Brevedad!

LA EFÍMERA.

¿Hay especie
De animal
Cuya vida
Dure mas?

LA MARIPOSA.

Infinitos
De los que hay,
Miles de horas
Ven pasar.

LA EFÍMERA.

¡Oh qué inmensa
Cantidad!
¿Luego nunca
Morirán?

LA MARIPOSA.

Todos tienen
Que acabar:
Ley es esta
General.

LA EFÍMERA.

Si su vida
Cesará,
No la debo
Codiciar.
Larga ó corta,
Se hace igual
En el punto
De espirar.

FABULA XCVI.

EL EXTRACTO DE LA BIBLIOTECA.

Hizo un Rey extractar su librería,
Que los tomos contaba por millones,
Y un resúmen le dieron que tenia
Estos cuatro renglones:
« Un *quizá* representa
La ciencia toda que el mortal adquiere,
Y la historia del hombre solo cuenta
Que *nace*, *pena y muere.* »

Pero el Monarca, sabio verdadero,

Mandó añadir tras el renglon postrero :
« Cuando el hombre del cuerpo se desnuda,
Ve claro al fin lo que viviendo duda,
Y á la paciente vida meritoria
Sigue infinito bien, eterna gloria. »

FABULA XCVII.

EL CANTO DEL CISNE.

LA PALOMA.

Dulcísimos ecos
Llegaron á mí,
Paloma nativa
De extraño país.
Decid, Ruiseñores,
¿ Quién canta? decid.
Igual melodía
Jamás os oí.

LOS RUISEÑORES.

Paloma que pasas
Por este jardin,
El músico dulce
Le tienes aquí.
De viejo anhelando
Cesar de vivir,
El Cisne celebra
Su próximo fin.

LA PALOMA.

Venid, avecillas,
Conmigo venid :
La muerte admiremos
Del ave feliz.
¡ Bien hayan las vidas
Que acaban así!
¡ Bendito el que puede
Cantando morir !

FABULA XCVIII.

LA MADRE Y EL ALMA INOCENTE.

LA MADRE.

Murió mi dulce María,
Mi consuelo, mi alegría :
Con ella al sepulcro voy.

EL ALMA INOCENTE.

No me llores, madre mia :
Yo era mujer, ángel soy.

FABULA XCIX.

LOS MUERTOS ENVIDIADOS.

Miraba Calderon (no el de la Barca,
Sino el que fué ministro del monarca
Don Felipe tercero),
Rodrigo Calderon miraba, digo,
Un cementerio de Madrid un dia,
Y en él halló un letrero
Cercano del umbral, que así decia :
« Amigo y enemigo
Aquí en profunda paz reposan juntos. »
—¡ Ay! (exclamó Rodrigo)
¡ Venturosos mil veces los difuntos!

FABULA C.

LA REGLA GENERAL.

UN JÓVEN.

Amé á Dios y á mis padres, fuí buen hijo,
Y el Señor en la tierra me bendijo.

UNA JÓVEN.

De tener buena madre honrarme puedo :
Su virtud aprendí, su dicha heredo.

OTRA JÓVEN.

Me crié sin que á nadie obedeciera :
Hoy vivo sin salud en la Galera.

OTRO JÓVEN.

Irreligioso jóven, hijo malo,
Maldito del Señor, muero en un palo.

REGLA GENERAL.

El mundo enseña, de ejemplares lleno,
Que para ser feliz, hay que ser bueno.
El justo goza, los malvados gimen.
¡ Dichosa la virtud! ¡ mísero el crímen!

ORIGINALES TRADUCIDOS É IMITADOS.

De Amadeo Conrado Pfeffel son los argumentos de las fábulas 4, 7, 9, 15, 21, 36, 37, 38, 44, 48, 49, 51, 54, 55, 56, 57, 58, 59, 60, 63, 68, 69, 70, 71, 74, 75, 80, 81, 86, 92, 93, 95 y 97.

Son de Gotoldo Efrain Lessing los de las fábulas 32, 34, 40, 41, 50, 64, 90 y 91.

De Cristian Téotimo Gellert, los de la 26, 35, 62, 67, 83 y 84.

De Godofredo Lichtvehr, los de la 6 y 47.

De Federico de Hagedorn, los de la 22, 25, 39, 61 y 89.

De Juan Guillermo Luis Gleim, la 52.

De Cárlos Guillermo Ramler, la 30.

De Liebeskind, la 28.

Todos estos autores son alemanes. Varios argumentos de sus fábulas son antiguos y habian sido ya manejados por otros poetas.

El argumento de la introduccion y los de las fábulas 2, 11, 12, 16, 24, 53, 72 y 96 están sacados, con notables alteraciones, de la obra titulada : *Fablier de la jeunesse et de l'âge mûr, ou choix de fables tirées des meilleurs auteurs anglais, allemands, hollandais, etc. Par l'auteur de* La Morale en action (L. P. B. de l'Institut et de l'Athénée). Lyon, an IX, 1801.

Acerca de la fábula 87 puede verse en la obra *Chants populaires du Nord, traduits par X. Marmier* (Paris, 1842), la cancion titulada *Le Testament.*

Acerca de la fábula 46 véase *El Criticon* de Baltasar Gracian, Crisi VI, parte II.

Las fábulas 1, 3, 5, 8, 3, 4, 8, 19, 20, 27, 29, 45, 48, 65, 73, 85, 88, 94, 98, 99 y 100 pueden pasar por originales.

FIN.

PARIS.—EN LA IMPRENTA DE E. THUNOT Y Cª, CALLE RACINE, 26.

INDICE.

Pag.

Don Juan Eugenio Hartzenbusch. i

DRAMAS.

Los Amantes de Teruel. 1
Doña Mencía. 25
Alfonso el Casto. 54
Primero yo. 85
El Bachiller Mendarias. 119
La Jura en Santa Gadea. 160
La Madre de Pelayo. 191
Honoria. 213

COMEDIAS.

La Visionaria. 260
La Coja y el Encogido. 283
Juan de las Viñas. 309

OPUSCULOS VARIOS EN PROSA.

Historia de dos bofetones. 327
El Lunes. 332
El Madrileño en la aldea. 335
El Lugareño en Madrid. 339
El Mercader de la Calle Mayor. 341
El Jornalero. 344
Tropiezos de una escalera. 346
Un Entreacto. 348
Un Viaje en galera. 350
Querer de miedo, drami-cuento. 355
Mariquita la Pelona, crónica del siglo XV. 360
El Ama de Llaves. 365
La Locura contagiosa. 374
Observaciones sobre el comentario puesto al Quijote por don Diego Clemencin. 378
Discurso leido por don Juan Eugenio Hartzenbusch en el acto de su recepcion como individuo de la Real Academia española. 386

POESIAS SUELTAS.

Pag.
El Amante desdeñado. 397
Al Busto de mi Esposa. 399
La Muerte. 401
Isabel y Gonzalo, leyenda. 403
A las aguas de Panticosa. 407
En la inauguracion del Instituto español.. 408
A Nuestra Señora, en la traslacion de su imágen de la Fuencisla á su santuario. 410
La Medianía de ingenio. 411
La Infanticida (traduccion del aleman). 413
La Campana (imitacion del aleman). 415

FABULAS.

Prólogo. 421
El Treinta de Abril, fábula que sirve de introduccion. 423
I. La Joya milagrosa. 425
II. La Rosa y la Zarza. . . . . *ib.*
III. Los Premios de la Emperatriz. 426
IV. La Verdad sospechosa. 427
V. Pedro Enreda. . . . . *ib.*
VI. El Envidioso. . . . . *ib.*
VII. La Rosa amarilla. 428
VIII. Los Cascabeles de oro. . . . . *ib.*
IX. Timántes. 429
X. El Retrato de Júpiter. . . . . *ib.*
XI. Blasito. 430
XII. Las Espigas. . . . . *ib.*
XIII. La Peonza y la Perinola. . . . . *ib.*
XIV. El Látigo. 431
XV. La Sardina y la Ostra. . . . . *ib.*
XVI. El Niño mono. . . . . *ib.*
XVII. El Espejo y el Agua. 432
XVIII. La Toalla. . . . . *ib.*
XIX. El Caballo de bronce. . . . . *ib.*
XX. El Santero. 433
XXI. El Milano y el Pelícano. . . . . *ib.*
XXII. El Nadador. 434
XXIII. El Mur de Guadalajara et el Mur de Monferrado. . . . . *ib.*
XXIV. La Pena y el Placer. 435
XXV. Los tres Quejosos. . . . . *ib.*
XXVI. La Lluvia de verano. . . . . *ib.*
XXVII. Los Polvos de la Madre Celestina. 436
XXVIII. El Arabe hambriento. 437
XXIX. El Dinero. . . . . *ib.*

INDICE.

		Pág.
XXX.	La Fuente mansa.	437
XXXI.	El Pastor y el Barbero.	*ib.*
XXXII.	La Zarza.	*ib.*
XXXIII.	Tersites.	438
XXXIV.	El Oso y el Elefante.	*ib.*
XXXV.	La Vision y el Libro.	439
XXXVI.	El Abanico.	*ib.*
XXXVII.	El Leon desvelado.	*ib.*
XXXVIII.	El Sueño del Malvado.	*ib.*
XXXIX.	Receta contra importunos.	440
XL.	El Cuervo y la Zorra.	*ib.*
XLI.	El Leon y la Liebre.	*ib.*
XLII.	El Leon y la Raposa.	441
XLIII.	El Dromedario y el Camello.	*ib.*
XLIV.	La Llave.	*ib.*
XLV.	El Comprador y el Hortera.	442
XLVI.	La Fortuna.	*ib.*
XLVII.	El Diamante y el Cristal.	444
XLVIII.	Los Viajes.	*ib.*
XLIX.	El Asno feliz.	*ib.*
L.	Esopo y el Borrico.	445
LI.	El Cuadro del Burro.	*ib.*
LII.	El Jumento murmurador.	*ib.*
LIII.	El Peral.	*ib.*
LIV.	La Luciérnaga y el Sapo.	*ib.*
LV.	Los Caracoles.	*ib.*
LVI.	El Filósofo y la Verdad.	446
LVII.	La Sobriedad del Gato.	*ib.*
LVIII.	El Tesoro.	*ib.*
LIX.	El Elefante blanco.	447
LX.	Los Lobos.	448
LXI.	El Pescador.	*ib.*
LXII.	La Tierra de los Cojos.	*ib.*
LXIII.	Pluton y el Crítico.	449
LXIV.	El Ruiseñor y la Calandria.	*ib.*
LXV.	La Pragmática de trajes.	450
LXVI.	El Linajudo y el Ciego.	*ib.*
LXVII.	Uno de tantos.	*ib.*
LXVIII.	Beneficios de la ley.	*ib.*
LXIX.	El Pájaro y el Niño.	451
LXX.	El Uso de la libertad.	*ib.*
LXXI.	El Leon y la Vaca.	*ib.*
LXXII.	El Barco, el Rio Marañon y la Ribera.	452
LXXXIII.	El Molinero.	*ib.*
LXXIV.	La Escala.	453
LXXV.	La Prudencia humana.	*ib.*
LXXVI.	El Avaro y el Jornalero.	454
LXXVII.	La Abuela.	*ib.*
LXXVIII.	Tal para cual.	455

		Pag.
LXIX.	La O entre números.	455
LXXX.	La Imágen del Amor.	*ib.*
LXXXI.	La Novia serpiente.	456
LXXXII.	Las Furias.	*ib.*
LXXXIII.	La Esposa modelo.	*ib.*
LXXXIV.	El Viudo.	457
LXXXV.	Andrés Morugo.	*ib.*
LXXXVI.	La Viuda del Malabar.	458
LXXXVII.	Escena de segundas nupcias.	*ib.*
LXXXVIII.	El Cielo en la Tierra.	*ib.*
LXXXIX.	La Vida del Hombre.	*ib.*
XC.	Júpiter y la Oveja.	459
XCI.	El Alma de Salomon.	460
XCII.	Las dos Famas.	*ib.*
XCIII.	El Cangrejo.	*ib.*
XCIV.	El Plantador.	461
XCV.	La Mariposa y la Efímera.	*ib.*
XCVI.	El Extracto de la Biblioteca.	*ib*
XCVII.	El Canto del Cisne.	462
XCVIII.	La Madre y el Alma inocente.	*ib.*
XCIX.	Los Muertos envidiados.	*ib.*
C.	La Regla general.	*ib.*

C 74

Deacidified using the Bookkeeper process.
Neutralizing agent: Magnesium Oxide
Treatment Date: August 2008

PreservationTechnologies
A WORLD LEADER IN COLLECTIONS PRESERVATION
111 Thomson Park Drive
Cranberry Township, PA 16066
(724) 779-2111

WERT
BOOKBINDING
Grantville, Pa
Mar – April 1987
We're Quality Bound

LIBRARY OF CONGRESS
0 023 830 465 9